REVISTA

PINTORESCA

DEL

Avisador Malabueño.

VI

MATERIAS QUE CONTIENE LA REVISTA DE 1851.

ESTUDIOS DE CIENCIAS NATURALES.

Caballos árabes.=Divisibilidad de algunos cuerpos.=Los Llamas.=Las Mariposas.

ESTUDIOS ASTRONOMICOS.

Saturno, sus satélites y anillo.

ESTUDIOS HISTORICOS.

El Mayor André.=Sitio y toma de Calais.=Origen de las armas de fuego.=Combate de Navarino.=Jubileo.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

Los hermanos De-Witt.=Faustino Soulouque Emperador de Haiti.=Noticia del pintor Murillo y de sus obras.=Metastasio.=Juan Wolfgang Goëthe.=Santiago Rodriguez de Velazquez.=Infancia y juventud de Walter Scott contadas por él mismo.=Josefina.=Maria Leckzinska.=Fenimore Cooper.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Sobre la poesia oriental.

VIAJES.

Los árabes.=Ispahan.=La Caverna del tigre.=La gruta de Elias en el monte Carmelo.=Entre Christiania y Drontheim.=La ciudad de Sens en Francia.=El Desierto y el Khamsin.=Tivoli.=Las aguas de Bareges.

COSTUMBRES.

La Luna de miel. Costumbres inglesas.=Familia egipcia.=Conduccion en palanquin de las mugeres moras.=Tienda egipcia.=Familia árabe de camino.=Las mugeres de los Estados-Unidos.=Costumbres y usos de los moros de Argel, su estado civil, casamientos y trages.=Rasgos sicilianos.=Baños turcos.=Los gitanos en Valaquia.=El fabricante de piedras funerarias.=El dia de Reyes festejado por los negros en la isla de Cuba.

LEYENDAS HISTORICAS.

Los dos Amantes.=Justicia feudal.=Domingo el guirnaldero.=Grizel Cochrane.=Historia del Pasquin.=El Santon Abrahen Alguerbi. Episodio del sitio de Málaga por los Reyes Católicos.=Causa célebre.=Melusina.=Blanca Capelo.=El baston de Federico I.=La última entrevista.=La bella Paulina

NOVELAS, CUENTOS Y ANECDOTAS.

Dos hermanas. Tradicion flamenca del siglo XVII.=El amor médico.=Un duelo.=Miss Olivia.=Los hermanos de leche.=Cuadro del diluvio.=El lobo.=La hija de los bosques.=Por ir á Paris.=El hábito hace al monge.=Una venganza conyugal.=Angelo Del-Cano.=Las monedas de oro prestadas.=Un diamante.=El hombre verde.=El diamante gordo.=Un misterio.=Rosamunda.=El narrador del desierto.=La vieja solterona de Boston.=El castillo de Oznar.=La Maldita.=El lago de la Hada.=El Rey árabe y el poeta.=Un drama en un taller.=Tradicion escosesa.=Los benedictinos de san Nicolas el viejo.=Entre la copa y los labios.=Victor Gerard.=A la sombra de los limoneros.=Un nigromántico.=Una aventura trágica de carnaval.

POESIAS.

La Despedida.=En el aniversario de la muerte de D.ª M. R.=Paráfrasis de un fragmento de la profecia de Nahum.=A la Luna.

ARQUITECTURA CIVIL.

Nueva casa construida para la imprenta y oficinas del Avisador Malagueño.

EDIFICIOS Y MONUMENTOS NOTABLES.

El Coliseo en Roma. Ruinas de Pompeya.=La santa capilla, en Paris.=Palacio de cristal en Lòndres para la Exposicion de la industria universal.=Iglesia de Ntra. Sra. de Loreto, en Paris.

INDUSTRIA Y APLICACIONES CIENTIFICAS A MEJORAS MATERIALES.

El ferro-carril de Aranjuez.=Campanas de bucear.=Exposicion de la industria universal en Lòndres.=El Aniquilador del fuego.=Exposicion universal de Bellas artes en Bruselas.=Telégrafo eléctrico submarino.=Algunas armas notables presentadas en la Exposicion de Lòndres.

MISCELANEA.

Semana Santa. Funcion del Santo Sepulcro en Lebrija.=Fragmentos del còdigo indio.=Excentricidades de varios compositores de música.=La montaña inaccesible.=La Cité de Lòndres.

LAMINAS ILUSTRATIVAS QUE CONTIENE LA REVISTA DE 1851.

Vista esterior del Coliseo en Roma.=Tropa de bandidos árabes en seguimiento de una caravana.=Vista de la plaza de Ispahan.=Un egipcio en medio de su familia.=Bartolomé Esteban Murillo.=Gruta de Elias en el monte Carmelo.=Christiania segun un diseño de M. Biard.=Muger mora conducida en palanquin.=Mugeres árabes.=Cuadro del diluvio.=Saturno.=Primer cuerpo de la casa imprenta del Avisador Malagueño.=El Santo Sepulcro en Lebrija.=Embarcadero en Madrid del ferro-carril de Aranjuez.=Puente sobre el canal en dicho ferro-carril.=El Baron de Eschen se presenta ante Florentina y Angelo.=La Baronesa y su hija.=Caballo árabe.=El préstamo.=Tienda egipcia.=Retrato de Velazquez.=Familia árabe de camino.=La Reyna Felipa, interdiciendo por los vecinos de Calais.=Calle de Argel.=Manfredo Camaldano.=Arabes combatiendo.=Hombre de armas.=Josefina.=Casa de Pansa en Pompeya.=La montaña inaccesible.=Melusina en las cavernas de Sassenage.=Cañones antiguos.=Vista de Argel.=Milagro de la santa capilla.=Esplosion del navio almirante turco en el combate de Navarino.=Baño turco.=Maria Leckzinska.=Vista esterior del palacio de cristal hecho en Lòndres para la Exposicion universal.=Puerta de Notre-Dame, en Sens.=Caravana en marcha.=El conde Weder queriendo hacer la tortilla.=Aniquilador del fuego, de mano, y en tamaño grande con ruedas.=El Llama.=Salto del Bernin y cueva de Neptuno en Tivoli.=Fenimore Cooper.=Fachada esterior del salon de baile levantado en Bruselas para la Exposicion de Bellas artes.=Diferentes partes del cable del telégrafo eléctrico submarino.=Espada de la fábrica de Toledo.=Escopeta que se carga por la culata.=Probeta inventada por Mr. Devisme.=Iglesia de Nuestra Señora de Loreto, en Paris.


REVISTA
PINTORESCA
AÑO DE
1852



REVISTA SEMANAL
PINTORESCA
DEL
AVISADOR MALAGUEÑO.

Coleccion de lecturas

de literatura, historia, ciencias, viajes, novelas y anécdotas.

AÑO 1852.



MÁLAGA

Imprenta de Martinez de Aguilar, Editor.

Calle del Marques, n 10 y 12..

1852.

REVISTA SEMANAL

PINTORESCA

ILUSTRADA

REVISTA PINTORESCA.

Estudios marítimos.

UN NAUFRAGIO.

El 28 de Mayo de 1825, guiado por mi mala estrella dí á la vela de Puerto-Luis (isla de Francia) con direccion á las islas Crozet. El deseo de conocer estas islas y la esperanza de considerables beneficios me habian movido á hacer este viage, cuyo objeto era desembarcar en una de dichas islas para llenar unas cuantas barricas de aceite de elefante marino. El armador del buque habia confiado la direccion de la pesca á M. Fotheringham.

Antes de empezar la relacion de nuestras desgracias, creo deber prevenir á mis lectores que el buque era una goleta llamada la *Aventura*, de porte de 55 toneladas, y con una tripulacion de diez y seis hombres franceses, ingleses, españoles, portugueses y holandeses, cuya mezcla es muy difícil evitar en las colonias donde escasean los marinos, y se hacen pagar muy bien.

Impulsada la embarcacion por un buen viento del sud, en breve perdimos de vista las costas de la isla de Francia, y las elevadas tierras de Borbon, y en el espacio de pocos dias soplaron los vientos variables. Desde el 9 al 19 de Junio el tiempo fue estremadamente malo, y el frio se hizo sentir con violencia. Una nieve espesa caia durante el dia, y solo de noche la luna despojaba el cielo, y nos dirigia por la observacion de sus alturas meridianas. Sin su auxilio seria difícil por no decir imposible navegar en invierno en aquellas altas latitudes sud, no presentándose ni un momento el sol durante los meses de Junio y de Julio. Ademas la mar es muy gruesa, y cada noche se señala por un golpe de viento. Los malos tiempos que experimentábamos nos habian obligado á acortar extraordinariamente el consumo del agua.

En la tarde del 4 de Julio vimos una

tierra, y el 5 por un golpe de viento de noroeste anclamos en la costa sudeste de la isla occidental de las Crozet. No obstante la necesidad imperiosa que teniamos de agua, no pudimos á causa del mal tiempo enviar ninguna bota á tierra. Permanecimos á bordo espectadores de la pintoresca escena que teniamos á la vista. La isla estaba cubierta de nieve, el cielo estaba negro y amenazador, los vientos soplaban con furia, y algunas aves marinas, sorprendidas de ver á una embarcacion tan cerca de la tierra que habian escogido por asilo, nos rodeaban por todas partes.

Duraron los malos tiempos hasta el 25 de Julio, es decir veinte dias consecutivos, durante los cuales nos fue absolutamente imposible saltar en tierra para proveernos de agua, de la que careciamos de un todo á la espresada fecha; de suerte que aunque el tiempo era todavia terrible y la mar estaba muy gruesa, determinamos enviar un bote á tierra, en el que se embarcaron nueve hombres; que tuvimos la satisfaccion de verlos llegar á tierra sanos y salvos. Quedamos á bordo tres hombres útiles, pues los demas estaban enfermos; los mas robustos y ágiles habian sido enviados á la aguada, con órdenes terminantes de volver al punto; pero el tiempo que sobrevino á poco nos hizo perder la esperanza de que se egecutasen nuestras órdenes. La noche fue terrible. Hácia la mitad de ella se rompió uno de los cables, y á las dos de la mañana perdimos la cadena-cable que era nuestra única esperanza. Desde entonces estuvo el buque á merced de las olas y de los vientos por espacio de cuatro dias, hasta que al amanecer del 29 una oleada terrible lo arrojó sobre un arrecife, siendo tan violento el choque que le hizo perder el palo de mesana. Una segunda oleada sacó del arrecife á la goleta, y la precipitó contra otro, abriéndose al choque su casco; cada cual procuró entonces salvar su vida; yo me tiré al agua, y en poco tiempo un golpe de mar me llevó á tierra. No bien me vi en seguridad aunque muy estropeado, dirigi la vista en torno mio, y vi á dos compañeros de infortunio que tambien se habian salvado, y que procuraban reunírseme. Pronto divisamos á los demas hombres que quedaban de la tripulacion que procuraban salvarse sobre algunas



El naufragio.

tablas y palos de la embarcacion; y afortunadamente á eso de las nueve de la mañana nos hallamos reunidos en la playa en número de siete hombres. Por algunos instantes contemplamos en silencio el cuadro desolador de la terrible soledad que nos cercaba, una espesa nieve cubria la tierra, y la blancura de la playa solo estaba oscurecida en algunos puntos por manadas de elefantes marinos. Pronto el frio nos sacó de nuestra contemplacion, y

como era natural pensamos en garantirnos de él. Cuando yo ví que la pérdida del buque era infalible, habia tenido la precaucion de tomar una poca de pólvora y dos piedras de chispa, y aun cuando la pólvora llegó á tierra mojada, encontré una poca bastante seca para encender fuego. La isla en que nos hallábamos carecia enteramente de madera; pero hallándose á corta distancia de nosotros algunos elefantes marinos, trabajamos por matar uno á fin de alimentar el fuego con su grasa. Entre otros objetos que el mar iba arrojando á la tierra, se hallaba un remo, del que nos servimos para matar al mas jóven de los elefantes, pues los demas se retiraron asi que vieron que nos aproximábamos á ellos. Destrozamos el animal con ayuda de tres cuchillos que por casualidad teniamos, y llevamos la grasa al sitio en que queriamos encender fuego. Con ayuda de la pólvora y de un pedazo de terciopelo del cuello de mi chaqueta pronto tuvimos fuego; estendimos sobre él pedazos de grasa, y la gran cantidad de aceite que se desprendia produjo en pocas horas una soberbia llama. Aproximámosnos todos procurando calentarnos, y no bien volvimos del entorpecimiento general que nos habia causado el frio, regresamos á la orilla, sobre la cual se hallaban esparcidos algunos objetos, preciosos para nosotros en las circunstancias en que nos hallábamos, entre ellos, algunas vergas, y uno de los mástiles con su aparejo y velas, cuatro barricas vacias, un saco con unas cincuenta libras de galleta, y un cajon en el que habia una sierra, una hacha, una barrena y un martillo. En seguida trasportamos estos objetos á un sitio en que la mar no pudiese alcanzarlos, y tomamos las velas para ponernos al abrigo de la nieve. Con ellas levantamos una tienda, en medio de la cual sostuvimos el fuego, disponiéndonos á preservarnos en lo posible del terrible tiempo con que nos amenazaba la noche, que se nos venia encima. Pronto sentimos tambien el hambre, y no obstante de estar toda la galleta mojada comimos alguna, y queriendo hacer otro tanto con un trozo de elefante marino, que asamos, no nos fue posible pasar bocado, por el mal gusto que tenia. No bien tomamos un poco de alimento, formamos círculo al rededor del fuego; la nieve que atravesaba nuestra tienda nos impedia dormir. ¡Cuán cruel y larga fue para mí aquella noche, la primera de mi cautiverio! Que de ideas no me sugirió! Hallábame en una isla casi desconocida y nunca frecuentada por los marinos, en una isla que no ofrecia señales de vegetacion, y que parecia haber salido del fondo del mar solo para servir de asilo á los mónstruos marinos. Hallábame bajo un clima rigoroso, sin vestidos para garantirme del frio, sin saber cómo nos resguardariamos del mal tiempo, y dudando si nos seria posible procurarnos algun alimento. Todo esto, y el recuerdo de mi madre y de mis hermanos absorvió de tal suerte mis ideas, que abrumado de cansancio me dormí sobre la barrica en que estaba sentado. Por desgracia no fue mi sueño largo; una ráfaga de viento se llevó las velas que nos cubrian, y nos dejó espuestos á las injurias del tiempo; viéndonos obligados á levantarnos y á estar siempre en movimiento para no helarnos. Por último vino el dia, y al instante nos dirigimos á la playa, en la que hallamos los restos de nuestro buque, y algunos atados de duelas: tambien fuimos en busca de las velas que nos habia arrebatado el viento, pero solo una hallamos, pues la otra probablemente habria ido al mar. En seguida matamos un segundo elefante para la conservacion de nuestro fuego, y volvimos á almorzar nuestra galleta averiada.

Consultamos despues qué debiamos hacer, y convinimos en levantar una cabaña ó barraca con los restos de la embarcacion; pero mientras tanto debiamos buscar un asilo provisional contra el aire, y ver si la parte de isla en que nos hallábamos ofrecia algun medio de subsistencia preferible al que ya habíamos empleado. Dividimosnos, pues, en dos grupos; yo me fuí con uno á buscar un asilo para la noche, y M. Fotherigham con el otro á examinar el valle. A corta distancia del sitio en que habíamos naufragado, hallé una caverna abierta en la roca, en la que cabrian cinco ó seis personas. Anuncié esta noticia á mis compañeros, que la recibieron con gritos de alegria. Encendimos en ella fuego, y nuestro ánimo se aumentó al ver venir al otro grupo cargado de aves. Dijéronnos los que lo formaban que habian recorrido la isla cuanto se lo habia permitido la nieve que la cubria; que por todas partes habian visto estaba rodeada de altas montañas, que en ninguna se notaba la menor señal de vegetacion; y finalmente, que habian cogido doce jóvenes albatros (*) cuya carne presumian era mejor que

(*) Los albatros son las mayores y mas pesadas de las aves que vuelan sobre la superficie de los mares; sus alas estendidas tienen de diez á once pies, y su enorme cuerpo ha hecho que se les dé los nombres de *carneros del cabo*, y de *navios de guerra*. Se encuentran en toda la inmensa estension de oceanos que separa el continente americano del Asia y del Africa, pero con especialidad en los mares australes, y sobre todo en los mas próximos al Cabo de Buena Esperanza, entre las islas de yelo que flotan en su superficie hasta la Nueva Holanda y hasta la costa N. O. de América. Hácia el mes de Junio se trasladan en numerosas bandadas desde los mares de la China y del Japon hasta los parages helados del Kamtchatka y del estrecho de Behring donde su llegada precede inmediatamente la de otras bandadas no menos numerosas de peces viageros. Colòcanse allí en la boca de los rios, en que abunda el alimento, y pronto se ponen tan gordos, como flacos están á su llegada. Pocas veces se detienen estas aves en tierra, y están



El leopardo de mar.

la del elefante marino. En efecto, la asamos y la hallamos excelente. En seguida procuramos poner en seguridad toda la madera que habia en la playa. A la tarde nos retiramos á la cueva, y cenamos carne de albatros asada, y galleta averiada. Pasamos la noche mas alegremente que la anterior, y aunque consternados á la vista de la suerte que los amenazaba, y del riesgo que corrian de pasar toda su vida ó muchos años en aquel peñasco, mis compañeros no se dejaron abatir enteramente; pero pensando resignarse á su desgracia y procurarse las mayores comodidades posibles, entablaron una conversacion sobre los medios de procurarse subsistencia. Resolvimos empezar desde el siguiente dia á construir nuestra barraca, reservando idear despues cómo cubrirla, pues la caberna era por demas incómoda por su poca elevacion, que no tendria mas que unos tres pies; agregóse á esta decision la de fabricar algunos utensilios de cocina, con el forro de cobre del buque que habia en varios trozos del mismo. Sin embargo, nos inquietaba una cosa: necesitábamos para conservar el fuego un gran número de elefantes marinos, y eran contados los que se habian visto en la costa. El temor de carecer de fuego en lo sucesivo disminuyó algo nuestro ánimo.

El 1.° de Agosto salimos de nuestra cueva y corrimos á orillas del mar, donde hallamos varios objetos, verdaderos tesoros para nosotros, y venidos á tierra de un modo estraordinario. Contábanse entre ellos una docena de cuchillos, unos fusiles, una lanza, una olla, que aunque rota venia muy á propósito, un colchon de mi pertenencia, algunas herramientas de tonelero, siete planchas enteras y otros efectos de menor importancia. Al punto nos apoderamos de todos estos objetos y los llevamos al almacen, cuyo nombre dábamos al sitio en que depositábamos los restos salvados. En seguida continuamos los trabajos del dia anterior, y á la caida de la tarde habiamos reunido una cantidad de piedras suficiente para labrar las paredes de nuestra nueva habitacion. La noche hizo cesar nuestro trabajo; al volver á la cueva encontramos un anfibio venido recientemente á tierra, que se diferenciaba mucho del elefante marino: la variedad de su piel nos hizo darle el nombre de leopardo de mar. Matámosle en seguida á lanzazos, y despues de despedazarlo lo llevamos á la cueva. Este animal tenia ocho pies de largo, la cabeza ancha y chata, y las quijadas guarnecidas de dos hileras de dientes agudos. Cocimos parte de su carne en la marmita rota que acabábamos de encontrar, pero tan mala y detestable era, que preferimos la del elefante aunque no nos repugnaba menos.

La alegria de haber salvado tantos objetos necesarios, y particularmente los cuchillos, se disminuyó mucho aquella noche, por la manera con que la tripulacion empezaba á portarse con M. Fotheringham y conmigo. Aunque éramos los primeros en trabajar siempre que el interes general lo reclamaba, no por eso dejaban de censurar nuestra conducta, y muy á menudo se atrevian á injuriarnos y hasta á amenazarnos. La particion de los cuchillos, y la reclamacion que hice del colchon que se habia salvado y que me pertenecia, con la idea de prestarlo á un enfermo para que estuviese con alguna mas comodidad, dieron motivo á una acalorada discusion, que sin embargo concluyó, por el tono firme y decidido que adoptamos.

El 2 de Agosto no pudimos trabajar en la casa á causa de la mucha nieve. Recorrimos la playa y hallamos una caja que contenia un instrumento de navegacion, y una pequeña cantidad de dinero. El propietario recogió el instrumento, pero creyendo que el dinero le habia de ser inútil para en adelante, lo dejó en la playa, donde nadie lo tocó. Habiéndonos encontrado tambien siete elefantes marinos, de los que matamos tres, transportamos su grasa y carne á la cueva. Cocimos un lomo entero, porque solo nos quedaban tres galletas, de las que hicimos siete partes, que comimos con el lomo cocido. Mientras que tuvimos pan, la carne de elefante nos pareció malísima, pero cuando no tuvimos otro alimento la hallamos casi del mismo gusto que la de vaca.

El 3 empezamos á levantar las paredes de nuestra habitacion.

El 4 continuamos los mismos trabajos.

En la madrugada del 5 notamos que el dia tardaba mucho en llegar, lo que al principio creimos que era efecto del fastidio que sentiamos. Pero habiéndose adelantado uno hasta la entrada de la cueva, vió que la nieve la habia cubierto, y vino á anunciarnos esta desgracia con aire consternado. Levantándonos al punto nos pusimos á franquear la entrada, pudiendo salir de nuestra miserable situacion al cabo de dos horas de esfuerzos y de fatigas. Entonces para nuestra seguridad establecimos un cuarto de vigilancia, compuesto de dos hombres, encargados de desembarazar la entrada á medida que la nieve se amontonase en ella. Gracias á esta precaucion pasamos en seguridad la siguiente noche, despues de haber cenado un pedazo de elefante, cocido en nuestra marmita rota.

El 8 no teniendo ya que comer, corrimos á la playa en busca de algun elefante, y grande fue nuestra sorpresa al ver encallado en ella una parte del buque en que habiamos naufragado. Trasladamos las maderas á nuestro arsenal, y recogimos igualmente dos lanzas, y un

dias enteros volando sin cansarse. Los albatros, no obstante su grande estatura, su fuerza y su poderoso pico, son muy cobardes, y se dejan perseguir y vencer por otras especies mucho mas débiles.

saco de habichuelas que se habian hinchado con el agua salada. Poseedores de este último objeto nos volvimos á la cueva, donde nos desayunamos con aquellas habichuelas, despues de haber reservado una parte para sembrarlas en la próxima primavera. Despues de almorzar, trabajamos en la casa aunque el frio era intenso. Yo recorrí de nuevo la playa con uno de mis compañeros, con el fin de encontrar otro elefante; pero no hallamos ninguno. Llegados á un estremo de ella subimos á una colina que la separaba de una pequeña ensenada, á la que bajamos deslizándonos por la nieve. No hallando nada en ella, ya nos disponiamos á volvernos, cuando noté en un estremo algunas señales sobre la nieve. Queriendo asegurarme de lo que era, volví atrás y hallé como un ciento de aves bobas echadas sobre sus nidos, y que asustadas al vernos tan de cerca se pusieron en estado de disputarnos el terreno. Sin embargo, habiendo decidido pronto los bastones que llevábamos la victoria á nuestro favor, abandonaron sus nidos



El nido de aves bobas.

de los que sacamos ciento treinta y ocho huevos. Contentos con nuestra presa, regresamos á la cueva, y hallamos ya acostados á nuestros compañeros de infortunio, que habian levantado dos de las paredes de la casa. Los huevos nos sirvieron para cenar, y con ellos nos desayunamos á la mañana siguiente. Freimoslos en nuestra marmita en aceite de elefante, y nos supieron bien, comiéndonos sesenta y dos entre los siete. Estos huevos son algo mayores que los de gallina, tienen el cascaron muy duro, y se diferencian de los otros huevos en que la yema es de un color rojo subido. Como lo experimentamos despues, tienen la propiedad de ser un purgante violento.

El 9 estuvo el dia sombrío é inclinado al desvelo.

El 10 no pudimos salir á causa del temporal, y permanecimos en la cueva al rededor del fuego.

El 11 vimos lucir el sol toda la mañana.

El 12 estuvo el tiempo frio y nebuloso; nos trasladamos á la costa, y vimos cinco elefantes, de los que matamos dos. Trabajamos en seguida en la casa, hasta que la noche puso fin á nuestros trabajos.

El 13, concluida nuestra casa, trasladamos á ella nuestro equipage, echando d spues á suerte el lugar que en aquella debiamos ocupar. Procuramos instalarnos lo mejor que nos fue posible, formando con las maderas de los restos del buque, una tarima que servia á la vez de asiento, para garantirnos de la humedad del suelo. En medio de la casa se puso el hornillo. Durante todo este dia nos vimos asaltados por una nube de pájaros, única especie de aves terrestres que habia visto en la isla. La grasa de las pieles de los elefantes que cubrian las paredes de la casa los atraia á bandadas, pero no podiamos matarlos á p dradas porque desaparecian, no bien veian á alguno de nosotros. Llegada la tarde, y algo mejorado el tiempo subí á una colina, desde la cual se divisaba todo el valle, que podria tener unas dos millas de profundidad. Entre dos montañas distinguí una garganta que me parecia debia aminorar el camino para pasar á cualquier otro punto de la isla. Este decubrimiento, y la certidumbre que yo tenia de la existencia de otro valle al noroeste me hicieron tomar la resolucion de partir al dia siguiente para descubrir dicho valle, y asegurarme al mismo tiempo si era mas abundante en elefantes que el en que nos hallábamos. Al volver á casa comuniqué mi proyecto á M. Fotheringham; decidióse á acompañarme, y convenimos en partir el otro dia de madrugada. Aquella noche cocimos algunos padazos de carne de elefante para alimentarnos durante el viage.

El 24 al apuntar el dia, nos pusimos en camino con un tiempo húmedo y nebuloso, provistos de un baston y de un morral donde iban nuestras provisiones. Llegados al estremo del valle, despues de haber andado dos horas entre la nieve, nos internamos en la garganta que habia visto la tarde anterior, y despues de penosos esfuerzos y fatigas bajamos á un valle que creimos daria al mar. Algunos gritos variados llamaron nuestra atencion, que reconocimos eran de elefant s. Otros gritos partian de la estremidad del valle y cerca de la orilla. Adelantámosnos y vimos un número inmenso de una especie de aves bobas bien diferentes de las que habiamos hallado en nuestra bahia, y que estaban reunidas sobre unos peñascos, por medio de los cuales corria un gran arroyo. Dirigímosnos en seguida á la playa, donde hallamos algunos elefantes marinos. Recorriendo la orilla, divisamos una gruta: acercámosnos y reconocimos que se habia encendido candela en ella. Algo mas lejos vimos varias tablas, que juzgamos serian restos de alguna lancha, p ro cuyo mal estado nos probaba que hacia mucho tiempo debian estar allí. Adelantándonos hácia el sud del valle vimos cierto número de esas aves llamadas *nelleys*, y que yo llamaria cuerbo austral; todas tenian sus nidos en las nieves, y no los abandonaron á nuestra llegada, siéndonos preciso acometerlas á palos para que los dejasen y poder tomar los huevos que suponiamos habria en ellos. En efecto, hallamos cuarenta y cinco, que recogimos para llevarlos á nuestra casa; mas lejos vimos algunos albatros, de los que matamos doce, y tomando cada uno seis nos dirigimos á nuestra morada, ya de noche, cansados pero contentos del descubrimiento que habiamos hecho, y gozosos de conocer el sitio de reunion de las aves bobas, porque sabiamos que todo el año están en tierra, y teniamos la seguridad de no morirnos de hambre mientras pudiésemos llegar á este valle, que llamamos de la Abundancia. Por lo que hace á permanecer en él era imposible, porque no habianos visto ninguna cueva, y que ademas de la madera que nos veiamos obligados á llevar para edificar nuestra casa, tendriamos que acarrear la piedra, pues en esta otra parte de la isla, toda la que habia era muy menuda. Despues de hechas estas reflexiones, nos volvimos para el mismo camino que habiamos seguido por la mañana; pero habiéndonos estraviado á la salida del valle á causa de la oscuridad, despues de andar tres horas por la nieve, que caia á grandes copos, nos hallamos sobre una montaña, donde el frio era tan intenso, que nos vimos obligados á soltar nuestra carga para andar mas de prisa. Despues de dar varios paseos por la cumbre de aquella montaña llegamos al borde de una nevera que nos pareció se estendia suavemente hasta el pie de la montaña, y nada mejor creimos que podiamos hacer que dejarnos deslizar por ella. Asi lo pusimos por obra; pero no bien estuvimos sobre el yelo, cuando nos vimos obligados á ponernos boca á bajo y á tirar los bastones para sujetarnos algun tanto con las manos, pues la pendiente era mucho mayor que nos habiamos figurado. Despues de haber rodado durante algunos instantes, llegaron nuestros cuerpos á un sitio que estaba perpendicular, y caimos de golpe sobre la nieve, que por fortuna nuestra no estaba dura en aquel sitio. Sin embargo, me lastimé bastante y se me dislocó un dedo. M. Fotheringham cayó de pies, y solo sintió un fuerte dolor en las piernas, del que posteriormente se resintió mas de una vez por espacio de un año. El dedo me dolia terriblemente, y lo envolví y apreté con un pañuelo que llevaba. Decididos á no arriesgar mas nuestra vida permanecimos en constante ejercicio cerca del sitio de nuestra caida, aguardando que llegase el dia con una impaciencia sin igual. El frio nos atormentaba mucho, y una nieve espesa penetraba hasta nuestros huesos.

La madrugada del 15 tan ardientemente deseada llegó al fin, y nos permitió examinar el lugar en que nos hallábamos. Nuestro primer cuidado fue ver de donde habiamos caido, y grande fue nuestra sorpresa de hallarnos vivos, al ver que habiamos caido de una altura de cincuenta pies. Dimos gracias con reconocimiento al Ser poderoso y bueno que nos tendia su mano en medio de tantas miserias, y que velaba sobre nuestra vida que ya iba haciéndosenos pesada, y á la

cual solo nos unia ese lazo natural que es el horror á la destruccion. Aclaró algo el dia, y al fin pudimos encontrar el camino. Una lluvia abundante sucedió á la nieve, y como marchábamos apresuradamente, pronto hallamos un sitio por el cual bajamos á nuestro valle, llegando á nuestra casa á eso del medio dia. Nuestra gente estaba sentada al rededor del fuego, lamentando la triste fatalidad que nos habia impulsado á recorrer aquellas heladas montañas. Aunque se conducian con nosotros con sin igual insolencia, hubieran sentido mucho perdernos, porque nosotros habiamos sostenido siempre su ánimo, manifestándoles la esperanza de una próxima libertad en cualquier buque que viniese de la isla de Francia. Por otra parte nosotros teniamos la pólvora que habiamos salvado del naufragio, único medio de encender fuego en la isla, si desgraciadamente dejásemos apagar el nuestro. No dudo que esta última consideracion contribuyó mucho á la alegria que experimentaron al vernos de regreso, y la atestiguaron de un modo no equívoco. Nuestro estado era en verdad lastimoso, estábamos helados de frio, enteramente mojados, descalzos, pues nuestros zapatos se habian quedado entre la nieve, y con la cara tan estraordinariamente hinchada, que apenas podian verse nuestros ojos. Nuestro primer cuidado fue secar nuestros vestidos al fuego; y en seguida quisimos entregarnos al sueño, pero el dolor que me causaba el dedo era demasiado vivo para que me permitiese dormir. Entonces rogué á uno de mis compañeros que me lo entablillase, lo que hizo con dos tablillas y una guita. Algo mas descansado despues de esta operacion penosa, y no teniendo ganas de probar bocado, le referí lo que nos habia acontecido en nuestra escursion, cuyo resultado era casi nulo, no pudiendo habitar en aquel valle, y teniendo que andar para llegar á él un camino impracticable durante el invierno. Si nada les dije que pudiera consolarnos, tampoco lo era lo que me refirieron, pues me dijeron que los pájaros habian devorado la carne de los elefantes que habiamos matado para forrar la casa, y que solo quedaba un pedazo que apenas nos bastaria para aquel dia; añadieron que en vano habian intentado matar otros, pues aunque los habian visto no les habia sido posible darles alcance. Resolvimos, pues, mantenernos con aquel trozo interin salia algun otro elefante á la playa. Por la tarde se presentó un leopardo de mar, pero se retiró asi que nos vió cerca. Yo dormi algo, y pude reponerme de las fatigas de la noche anterior.

El 16 estuvo nevando todo el dia, y el viento amontonó una gran cantidad de nieve cerca de nuestra casa. No teniendo nada que comer nos arriesgamos á salir en busca de algun elefante; pero despues de haber recorrido toda la costa, tuvimos que volvernos sin haber visto ni una ave ni un elefante. Dividimos un pequeño trozo de elefante en siete partes iguales, pero esta ligera comida no aplacó nuestra necesidad. Todo el dia lo pasamos asi, y por la noche faltos de grasa para sostener el fuego, tuvimos que quemar la madera que habiamos salvado del naufragio. El hambre nos atormentó infinito, y en vano procuré yo mitigar la mia bebiendo mucho. Durante la noche cesó la nieve, pero hizo un frio intenso.

El 17 el tiempo fue el mismo de la víspera. En cuanto fue de dia me levanté y quise salir creyendo seria mas afortunado que el dia anterior; pero no bien llegué á un arroyo que nos separaba de la playa vi que era imposible vadearlo. Volví, pues, á casa á comunicar esta noticia á mis infortunados compañeros. Creyeron entonces que todo habia acabado para ellos; pues desde la mañana del 16 no probábamos bocado. Quejas sobre su situacion, gemidos profundos, gritos de rabia y de desesperacion, fueron las consecuencias de aquella idea. En tal estado de abatimiento transcurrió la noche del 17 al 18. Los elementos parecian conjurados para destruirnos. Soplaban los vientos con un furor inaudito, y un cielo negro, triste precursor de las tempestades, apenas nos permitia ver el valle cubierto de una espesa nieve. Fue aquella una noche de dolor, y de pensamientos amargos y destructores. Yo sabia que aun podiamos soportar el hambre dos dias mas; pero si continuaba aquel tiempo, me parecia la muerte inevitable.

El 18 vimos al fin el dia, pero solo sirvió para hacernos conocer mas y mas nuestra triste posicion. Aumentóse nuestra debilidad, hasta el punto de que cuatro compañeros no pudieron salir de la casa. Yo continué bebiendo nieve derretida, y crei hallar algun alivio; pero nadie quiso seguir mi ejemplo. Por la tarde tuve todavia fuerzas para ir por algunos pedazos de madera á nuestro depósito á fin de conservar el fuego. A mi regreso me dejé caer sin fuerzas y asi permanecí hasta la mañana siguiente.

El 19 no nevó con tanta abundancia. M. Fotheringham y yo, que á pesar de todo nos sentiamos mas fuertes que los demas, pudimos aunque con trabajo recorrer la playa. Nada hallamos, y volvimos á la casa sin esperanza: veiamos la muerte cierta. Dos hombres comenzaban ya á sentir la agonia, y temí que la falta de alimentos no indujese á alguno á proponer el sacrificio de uno de nosotros para salvar á los seis restantes. Esta horrible idea hizo que despues de haberlo reflexionado bien, gritase á eso del medio dia, que si alguno queria acompañarme al valle de la Abundancia, estaba seguro de volver pronto con provisiones; afirmé que la nieve no era tanta, y que ningun riesgo corriamos caminando con precaucion. En seguida les insinué la seguridad de una próxima

muerte, si no hacíamos los mayores esfuerzos para librarnos de ella. Estas consideraciones determinaron á dos á acompañar á M. Fotheringham y á mí al valle de la Abundancia; y para remediar la falta de calzado, cortamos una de las pieles que cubrian el techo de la casa, y nos atamos pedazos á los pies. Este calzado aunque era muy frio é incómodo, nos sirvió de mucho para andar sobre la nieve. Partimos pues, en número de cuatro, y á eso de las seis de la tarde llegamos al valle de la Abundancia, despues de haber corrido el riesgo de ser sepultados mil veces en las masas de nieve, amontonadas al pie de la montaña. Hallamos en la playa algunos elefantes que matamos, y encendimos un gran fuego en la gruta que habíamos visto en nuestra primera escursion. Asamos algunos trozos de carne, y confieso que aunque estaba ahumada y grasienta me pareció el manjar mas delicado que habia comido hasta entonces. Sin embargo, me guardé de entregarme enteramente á mi apetito, y exhorté á mis compañeros á que siguiesen mi ejemplo, lo que hicieron sin poner ninguna objecion. Pasamos la noche en este estado, y por fortuna no fue tan mala como las anteriores.

No bien amaneció el 20 tomamos cada uno una carga de elefante y de albatros, y emprendimos el camino al *valle del naufragio*, á donde llegamos á las cinco de la tarde,



Los náufragos al rededor del fuego.

habiéndonos visto obligados á dejar sobre una montaña á uno de nuestros compañeros, que cansado de tantas miserias, dejó su carga, se tiró sobre la nieve, y se hizo sordo á cuantas observaciones quisimos hacerle. Afligidos de aquella funesta resolucion quisimos traérnoslo, pero pronto conocimos que la empresa era superior á nuestras fuerzas. Tomamos su carga, nos despedimos de él, y lo dejamos allí!!... Al llegar á la casa hallamos á nuestros tres compañeros en el estado mas lamentable; no podian moverse, y habian dejado que se apagase el fuego. A las preguntas que les hicimos, respondieron de un modo vago, y al parecer

no hizo en ellos la menor impresion la vista del alimento que les llevábamos. Con ayuda de una poca de pólvora nos proveimos de fuego, y cocimos la carne que habiamos traido. Ninguno quiso probarla; pero los obligamos á comerla, metiéndoles los pedazos en la boca. La fatiga nos hizo en seguida buscar algun descanso, y cada cual lo halló en el sueño, mas ó menos profundo ó agitado, que pudo conciliar. A eso de media noche unos gritos espantosos me despertaron. Me levanté, é incierto de donde podian provenir desperté á mis compañeros. Al oir los gritos se sobresaltaron hasta lo sumo; imaginándose que era el alma del holandes Metzelaar, el hombre que se habia quedado en la montaña, que venia á solicitar nuestras oraciones. Al tercer grito reconoci la voz, y no me quedò duda de que era el holandes quien los daba; pero lo que no pude comprender era cómo durante la noche habia podido venir de aquel sitio tan peligroso, y cual podia ser la causa de sus gritos. Al punto salí de la casa con M. Fotheringham, siguiéndonos algunos de los mas animosos de nuestros compañeros. Dirigímosnos al sitio de donde partian los gritos, y llegados al arroyo de que he hablado, vimos á Metzelaar casi enterrado en la nieve, haciendo esfuerzos para librarse y sin poderlo conseguir.

Sacámoslo con bastante trabajo, y entre todos lo llevamos á la casa; donde despues de recobrar los sentidos, nos refirió que se habia dormido donde lo dejamos; que por la noche lo habia despertado un fuerte dolor que sentia en las piernas, y que habia tenido que hacer los mayores esfuerzos para levantarse y andar; que despues de una marcha penosa, y cayendo á cada momento en hoyos de nieve, habia llegado al arroyo y sepultádose en la nieve como habiamos visto, al quererlo pasar. Dímosle la cama de los enfermos, y un sueño no interrumpido le condujo como á nosotros hasta el dia siguiente.

Al levantarnos el dia 21 vimos cerca de la casa á cinco elefantes machos, y al dirigirnos hácia el arroyo vimos otros muchos en el valle. Llenos de alegria nos desayunamos con los víveres de la víspera, y en seguida atacamos á lanzazos dos de los elefantes que habiamos visto, teniendo la suerte de matarlos. Tomamos toda la grasa y la carne, que empapamos en el agua del mar, y colgamos en seguida en la casa para ahumarla, previniendo el caso de que nuevos malos tiempos nos impidiesen hallar víveres en el valle. Tambien tomamos las pieles, y las estendimos sobre la casa para hacernos calzado cuando tuviésemos necesidad de viajar. El resto del dia nos ocupamos en repasar nuestros efectos con el hilo que habiamos hecho de las cuerdas del aparejo.

Todo el mes de Agosto lo empleamos en perfeccionar nuestra habitacion. En este tiempo los elefantes subieron en gran número á la playa y desapareció nuestro temor de carecer de víveres: la dislocacion de mi dedo solo me causaba un leve dolor, y nuestras variadas ocupaciones nos hizo recobrar cierto buen humor.

A principios de Setiembre subieron á tierra las hembras de los elefantes marinos, y en breve se vió cubierta toda la costa, como tambien de sus crias. Los machos permanecian entre la mar y sus hembras para impedirles que se retirasen al agua y dejaran á sus crias sin sosten; otros elefantes mas jóvenes corrian de un punto á otro para hacer volver á las que hubiesen podido burlar la vigilancia de sus guardianes. Es inconcebible el furor con que se baten estos animales: sus gritos espantan, y á menudo se destrozan antes de abandonar el campo de batalla.

Los elefantes pequeños fueron para nosotros un gran recurso. Desollamos un gran número, y pusimos á secar sus pieles en la casa; dichas pieles bien secas y frotadas con cuidado por algun tiempo, se ponian tan suaves como la seda. Con ellas nos hicimos chaquetas, pantalones, medias, zapatos y sombreros, cuyas prendas eran de mucho abrigo. Todo el mes lo empleamos en estas operaciones, sin apercibirnos del mal tiempo sino cuando saliamos para hacer nuestras provisiones de grasa y de elefante. Las aves que comenzaban á presentarse en grande abundancia nos permitian variar nuestro alimento. De vez en cuando íbamos al sitio de la costa en que habiamos visto los primeros huevos de las aves bobas, y volviamos siempre con veinte ó treinta.

Restableciase nuestra salud considerablemente; nuestros enfermos recobraban todo su vigor, y yo empezaba á resignarme á mi destino. Todo lo concerniente á la casa lo habiamos arreglado del mejor modo posible; cada uno tenia á su cargo la cocina durante una semana; dos estaban encargados de traer todos los dias la cantidad de grasa suficiente á conservar el fuego, y otros dos se relevaban de noche para cuidar de que no se apagase. Los que quedaban en la casa repasaban las ropas y demas efectos que se deterioraban. Los trabajos generales eran los viages en busca de huevos, el ataque á los elefantes machos, y la reparacion de la casa. Asi dispuesto, todo iba del mejor modo posible; muy á menudo hasta pareciamos olvidar cuanto tenia de horroroso nuestro destino para no pensar en otra cosa que en las comodidades que nos habia procurado nuestra industria. Con què placer oiamos silvar el viento, cuando reunidos en torno de un gran fuego de grasa sabiamos que podiamos burlarnos de él! Nuestra casa era pequeña, y por consiguiente el calor era grande; pero incomodándonos mucho el humo, resolvimos remediar este inconveniente. Al efecto abrimos una tronera en una de las paredes, y en lo sucesivo el

humo dejó de molestarnos, pero caimos de Carybdis en Scylla. El frio violento que penetraba en la habitacion nos hizo recurrir á nuestro primer plan; tapamos el agujero, y pusimos el fogon en medio de la habitacion.

Terrible fue el mes de Septiembre en vientos y en frios. Con placer vimos su término, confiados que en Octubre, que equivalia al mes de Abril en el emisferio boreal, se moderaria el tiempo, y cesaria sobre todo la caida de las nieves, que amenudo nos impedian salir de la casa. Los equinoccios se hicieron sentir mucho, y durante un mes reinaron fuertes vientos. Octubre no se anunció bajo mejores auspicios. El frio continuó intenso, y la nieve cayendo en abundancia.

Los últimos dias de Octubre fueron bastante buenos, es decir, sin nieve, y el frio



Metzelaar entre la nieve.

disminuyó sensiblemente desde esta época.

El 31 nos atrevimos á visitar el valle de la Abundancia para proporcionarnos algunos albatros, y con placer vimos que el camino no era tan peligroso como antes.

El 1.° de noviembre recorrimos la costa del noroeste de la isla, y hallamos una especie de aves acuáticas que nos eran enteramente desconocidas: toda una colina estaba llena de ellas y de sus nidos. Evalué en unos tres millones el número de estas aves. Me parecieron de la especie de las abubillas de primer género, y les encontramos sesenta y cuatro huevos. Alegres con este descubrimiento regresamos á casa, prometiéndonos volver dentro de unos dias para retirar todos los huevos que pudiésemos recoger.

Los dias 2, 3, 4, 5 y 6 hizo mal tiempo, y las lluvias fueron continuas, de modo que solo salimos para matar algunos elefantes, destinados á nuestra cocina y á nuestro fuego.

El 7 habiendo mejorado mucho el tiempo corrimos en busca de huevos, y retiramos de siete á ocho mil, que ocultamos dentro de un cercado de piedras que al efecto formamos, trayendo á la casa bastantes en nuestros morrales formados de piel de elefante. Aquel dia desapareció del todo la nieve, y empezamos á ver el suelo que hasta entonces habia estado siempre oculto. El terreno del centro del valle estaba compuesto de pequeñas piedras, entre las cuales sobresalian algunas elevaciones cubiertas de un fino musgo, en medio del cual habia una planta á la que dimos el nombre de col. La probamos, pero estaba excesivamente amarga: sin embargo, servimosnos de ella á guisa de legumbres en una especie de guiso que hicimos con carne de elefante cocida en nuestra rota marmita y con huevos. De estos habiamos traido á la casa cuatrocientos ochenta, y lo que parecerá increible es que cada vez nos comiamos entre los siete de ochenta á noventa huevos, cuyo tamaño era al menos el doble mayor de los de gallina.

Todo lo restante del mes continuaron las lluvias y los vientos; limitándonos á enviar cada mañana á dos hombres para que fuesen á traer el número de huevos que se ne-

cesitaban para el siguiente dia. A fines del mes desapareció toda la nieve á excepcion de la de las montañas, y tuvimos la fortuna de ver llegar gran número de aves bobas que venian á poner y á sacar sus nidos. Tomámosles todos sus huevos, en número de cinco á seis mil, y hallamos que eran de mejor gusto que los de las demas aves de la misma especie que hasta entonces habiamos comido. Estas aves bobas, ó pinguines, son parecidas al ganso, pero tienen las alas muy cortas.

Aunque á fines de Noviembre no alimentaba la menor esperanza de libertad, y hacia los mayores esfuerzos para resignarme á mi triste situacion, no por eso dejé de afectar mi ordinaria alegria, y de hablar de las esperanzas que tenia de salir de la isla por un buque que viniese de la de Francia.

La isla nos era totalmente desconocida, y M. Fotheringham y yo resolvimos reconocerla. Aunque el tiempo continuaba lluvioso no hacia tanto frio, y la nieve habia desaparecido de encima de las colinas. Asi, pues, preparamos lo necesario á un largo viage. El 29 de Noviembre al amanecer nos dirigimos al sud de la isla, y llegamos al estremo del valle, que por este lado tendria unas cuatro millas de largo. En seguida trepamos á una montaña bastante elevada, y llegados á la cumbre divisamos otro valle, mucho mas largo que el nuestro. Descubrimos la mar cubierta de bancos de yelo de una altura asombrosa. Al bajar de la montaña por el lado del sud, hallamos un terreno cubierto de materia amarilla y metálica; ahondamos con nuestros bastones como un pie de profundidad, y sacamos otros pedazos de aquella materia, que creo era cobre

Al dia siguiente nos dirigimos al este de la isla. Yo iba algo delante de mi compañero, con la cabeza baja para evitar las ráfagas de lluvia que el viento traia á mi rostro, cuando oi bastante cerca de mí un grito terrible. Al punto miré hácia el lado de donde habia partido, y sobre un peñasco vi á un enorme lobo marino que me amenazaba sacudiendo la cabeza y enseñándome los dientes. De pronto dió un salto y se arrojó al mar. Poco despues vimos otro mas pequeño, al que logramos matar; quitámosle la piel y nos la tragimos; alegres de saber el sitio donde podiamos encontrar á estos anfibios, pues que su piel es excesivamente mas fina que la del elefante.

Despues de una marcha penosa vimos al fin nuestra antigua morada, y con gran placer descansamos á su abrigo, despues de tres dias de viage.

Al llegar hallamos á nuestra gente en el mayor deso den: se habian peleado y casi habian asesinado al marinero holandes, hiriéndole de gravedad con un cuchillo el portugues Salvador. Hicimos que nos refiriesen la causa del tumulto, y creimos comprender que habia tenido origen en la relacion de los asesinatos de los ingleses por los holandeses en Java en el siglo pasado. Con este motivo se habian dirigido sangrientos ultrajes á Metzelaar, que habia respondido dirigiendo invectivas contra los ingleses y aun contra los franceses. Al punto el honor nacional habia impulsado á los dos franceses á vengar el insulto hecho à su pais; y armándose de palos habian reducido al desgraciado holandes al estado en que se veia. El portugues habia llevado su furia hasta el estremo de darle una cuchillada por la espalda en el momento de caer. Declarámosnos contra tamaña inhumanidad, y les anunciamos que en adelante no habitariamos bajo un mismo techo.

Al dia siguiente decididos á separarnos buscamos un sitio para hacer nuestra casa, y habiéndolo hallado pusimos mano á la obra. En ocho dias edificamos una casa de ocho pies de largo y seis de ancho, con la suficiente altura para estar de pie. Instalámosnos en ella, llevándonos al holandes que ya empezaba á andar.

El 11 de Diciembre fue un dia célebre para nosotros. Serian las tres de la tarde, cuando embebido en mis reflexiones, me interné en el valle. Levantando de pronto la vista vi una caverna cerca de un enorme peñasco; entré en ella, y grande fue mi alegria al ver una tierra azul muy fina, que reconocí era una arcilla excelente. Todo el fondo de la caverna estaba formado de una tierra muy seca parecida á la madera de un arbol viejo. Al punto me ocurrió la idea de hacer con esta tierra algunos utensilios de cocina. Corri á la casa, di parte de mi descubrimiento á M. Fotheringham, y acompañados del holandes trasportamos á la casa bastante arcilla para hacer un par de ollas, y una gran cantidad de tierra seca para que nos sirviese en vez de combustible: tan viva era mi ansiedad por ver terminada la obra que pasé toda la noche trabajando.

Al dia siguiente habia concluido algunos platos y ollas. Encendí un gran brasero con la tierra seca, que pronto se hizo tan ardiente como si fuese carbon, y puse mi obra de barro en medio de las brasas. Despues de seis horas de cocido la retiré, y aquella misma tarde me sirvió la olla para cocer en ella un trozo de elefante con una salsa de huevos batidos, que nos pareció, sin disputa, el mas rico manjar que habiamos comido desde nuestro funesto naufragio. Por algun tiempo estuve indeciso acerca de si haria ó no gozar á la gente de la otra casa del beneficio de mi descubrimiento; pero la humanidad, y acaso tambien una poca de vanidad, pudo mas que el resentimiento. En su consecuencia, fui á enseñarles mi olla; dijeles donde hallarian los materiales, y les espliqué el procedimiento de que me habia va-

lido para fabricarla. Diéronme las gracias, pero al mismo tiempo me dijeron que no podian aprovecharse por entonces de mi descubrimiento, porque habian construido una canoa para ir á la isla del Rey Cárlos donde contiaban encontrar mas medios de subsistencia que en la isla Chabral. Tuve curiosidad de ver la canoa; estaba construida de duelas de barricas amarradas, y forrada con piel de elefante macho. La canoa tenia diez pies de largo y tres de ancho. Esforzeme por disuadirles de su propósito, pues era esponerse á una muerte cierta; sordos á mis consejos persistieron en su idea. Entonces les deseé un feliz viage, y me separé de ellos persuadido que les habia hablado por la última vez. Al comunicar esta resolucion á mis dos compañeros, M. Fotheringham se afligió bastante, pero el holandes vió en su muerte un justo castigo por el modo con que lo habian tratado.

El 17 al ser de dia, me despertó el holandes diciéndome que los *cuatro demonios*, que asi llamaba á sus antiguos compañeros, se habian embarcado. Me levanté, y en efecto vi la canoa navegar rapidamente, con una vela latina hecha tambien de pieles de elefante. Pronto la perdimos de vista; y á las ocho de la mañana habiendo saltado fuertes vientos del sud, nuestras inquietudes sobre la suerte de nuestros desgraciados compañeros, se cambiaron en certeza de su pérdida, puesto que por experiencia sabiamos que los vientos del sud les impedirian ganar una ú otra isla. Por la tarde se aumentaron los vientos, y durante la noche hubo una verdadera tempestad.

A la una de la noche oi gran confusion de voces en la puerta, y golpes violentos que amenazaban echarla abajo. Tomé mi cuchillo de caza, y cortando la piel que cubria una abertura á espaldas de nuestra habitacion, mis dos compañeros y yo salimos fuera. Casi al mismo tiempo, cedió la puerta á los esfuerzos de los invasores, quienes entraron, miraron sorprendidos donde podiamos hallarnos, rompieron nuestros platos y ollas, y se retiraron, llevándose la puerta y un paquete de pieles de elefantes jóvenes que habiamos reservado para hacernos vestidos.

Al otro dia tomamos nuestras armas: las mias, eran un cuchillo y una lanza; M. Fotheringham tenia otro cuchillo y un baston en cuyo estremo habia embutido un grueso clavo; el holandes se armó con una enorme maza. Animados de un ardor marcial nos dirigimos á la antigua casa, cuya puerta hallamos cerrada; llamamos, y el contramaestre abrió en seguida, preguntándonos con tono arrogante qué queriamos. Púsele al punto la lanza en el pecho, y con resolucion le dije que si no me devolvia inmediatamente las pieles le quitaria la vida sin el menor escrúpulo. Sus camaradas quisieron socorrerlo, pero el movimiento que hice para herir al español, les hizo tirar el paquete de pieles fuera de la casa. Retiramosnos entonces, y desde lejos les intimé me dijesen los motivos que habian tenido para cometer el atentado de la noche anterior. El español salió solo y nos dijo, que despues de haber corrido los mayores peligros en la canoa se habian visto obligados á volver á la isla, siendo bastante afortunados en ganar la tierra despues de perdido su frágil embarcacion; que al regresar á la casa habian visto que le faltaba la puerta y otros efectos, y que presumiendo que nosotros nos habiamos apoderado de ellos, habian resuelto tomar cuanto tuviésemos. Le contesté que la certeza de su muerte nos habia inducido á dar aquel paso; pero que nada podia justificar la conducta que habian observado con nosotros; y que por lo tanto les prevenia que una segunda tentativa de este género, haria que les declarásemos una guerra encarnizada que solo concluiria con la muerte de todos. En seguida nos retiramos.

Todo el mes de Enero lo empleamos en la caza de lobos marinos, y lo mismo hicieron las gentes de la otra casa. A fines del mes habiamos recogido cerca de doscientas pieles. Esta caza era muy penosa, porque nos veiamos precisados á atravesar las montañas para ir al sitio que frecuentaban aquellos animales, y traer las pieles á nuestra habitacion, y una carga de doce pieles es demasiado pesada, de suerte que tuvimos que hacer muchos viages para traer las doscientas á nuestro antiguo valle. Concluida la caza nos ocupamos en fabricar colchones de pieles para acostarnos, y tal fue la industria que desplegamos, que nos creimos tan bien en aquellas camas de pieles como en la mejor de Europa. Tambien nos hicimos algunas prendas, disponiéndonos á pasar el invierno con mas comodidad que el anterior.

El mes de Enero fue en lo general bueno, algunos dias se sintió algun calor; pero á la puesta del sol siempre el aire era muy frio.

Con Febrero desapareció el buen tiempo; durante tres dias cayó mucha nieve, pero á poco se deshizo. Aprovechamos un intervalo de buen tiempo para forrar la casa con pieles de elefantes machos; trasladamos cerca de la habitacion una gran cantidad de combustible para conservar el fuego mientras dormiamos, y finalmente trabajamos cuanto pudimos para arrostrar lo menos mal posible el invierno y sus rigores.

Pronto se hizo sentir Marzo con sus tempestades y yelos. Las cimas de las montañas recobraban su antiguo color blanco; cerca de dos meses se habian transcurrido sin que hubiésemos tenido la menor comunicacion con nuestros compañeros, cuando una mañana vinieron á anunciarnos que uno de ellos

acababa de morir, y nos invitaron á que fuésemos á certificar su muerte natural. Fuimos allá, y vimos que habia muerto de aniquilamiento. Confiamos el cadáver á la tierra, y volvimos á nuestra habitacion tristes, y pensando en que pronto, acaso, sufriríamos igual suerte en aquel horrible peñasco.

En esta ocasion se separó el holandes de nosotros para vivir con sus antiguos camaradas, quedando, pues, solos M. Fotheringham y yo.

El invierno se anunció con tempestades violentas y caida de nieves durante muchas semanas consecutivas. Hasta el mes de Junio no faltaron elefantes; pero despues tuvimos muy amenudo que ir á buscar víveres al valle de la Abundancia, lo que nos ocasionaba males inauditos y fatigas terribles.

Un dia despues de volver muy cansados comimos y nos acostamos, durmiéndonos en seguida. Haria unas dos horas que dormiamos, cuando nos despertó una masa de aguas que cayendo sobre el techo de la casa, lo hundió, derribándola toda en seguida.

Confieso que mi primera idea fue que la isla habia sido sumergida. Logramos salir de allí, y por fortuna bastante á tiempo, porque no bien nos vimos fuera, una ola terrible se llevó cuanto habia en la casa. Toda la noche la pasamos recogiendo cuanto el mar volvia á arrojar á la playa, y con el corazon lleno de amargura á la vista de aquellos inesperados desastres, no cesábamos de preguntarnos uno á otro lo que íbamos á hacer. Decidimos levantar otra casa mas lejos de la mar, y ya habiamos puesto mano á la obra, cuando la gente de la otra casa, notando lo sucedido nos instaron tan fuertemente á que volviésemos á vivir con ellos, que al fin accedimos á sus deseos.

A excepcion de este accidente transcurrió el invierno sin que ocurriese nada notable, á no ser los trabajos que pasábamos, y tener constantemente dos compañeros enfermos. Los elefantes fueron muy raros hasta el mes de Septiembre, durante el cual subieron las hembras á tierra, en gran número. Matamos muchas, y secamos sus pieles.

Una noche de dicho mes, sentado al fuego, pensaba en las probabilidades que teniamos para librarnos del destino que nos amenazaba, cuando dos ideas se presentaron á mi espíritu.

Sabia que los albatros al dejar su nido y emprender su vuelo por la primera vez, se dirigen siempre hácia el norte, á cuyo bordo son cogidos muchas veces con anzuelo. Formé el proyecto de atarles al cuello unos saquillos de piel, en los cuales pondria un billete que indicase la posicion de las islas, y por medio del cual rogaria al navegante en cuyas manos cayese, viniese á sacarnos de nuestra miserable situacion; incitaria ademas á venir á algun ballenero con el atractivo de la gran cantidad de aceite que podria hacer en poco tiempo. Tal me animó esta idea, y tales esperanzas me hizo concebir, que al dia siguiente hice cien saquillos, y puse dentro cien billetes de un mismo tenor. Al primer buen tiempo, nos dirigimos todos al valle de la Abundancia, y atamos los saquillos al cuello de los albatros. Nuestra ilusion fue tan grande que creimos segura nuestra libertad.

La segunda idea que me habia preocupado era la de construir una canoa; y en efecto tambien lo puse por obra, ayudado de mis compañeros; en cuya tarea empleamos muchos dias. Pero la Divina Providencia que velaba por nosotros, no permitió que nos espusiésemos á una muerte segura.

El 21 de Diciembre habiéndose aclarado algo el tiempo á eso de las once de la mañana, M. Fotheringham salió de la casa, y no se habia alejado mucho, cuando prorumpió en un fuerte grito, y volvió sin poder proferir una palabra. Sorprendido de esto le invité á hablar, y solo me respondió por señas. Al pronto creí que las miserias que experimentábamos habian debilitado su cerebro, pero al fin me hizo señal de salir, y no fue poca mi alegria y asombro, cuando vi claramente un buque que se hallaria á unas tres leguas de distancia. Todos mis compañeros vinieron á admirar este espectáculo nuevo, y en seguida encendimos un gran fuego sobre una colina. Pero á la noche desapareció, dejándonos entregados á la mas cruel desesperacion. Formamos mil conjeturas sobre aquella inesperada aparicion, que nos hizo recorrer uno y otro dia toda la isla, siguiendo con la vista el buque, que durante quince dias se presentó tres veces, dos sobre todo á poca distancia de tierra. Diariamente encendimos fuego, pero él no lo vió nunca.

El 5 de Enero de 1827, saliendo de la casa, ya de noche, uno de los nuestros, vió un fuego bastante cerca de tierra; nos llamó y vimos como él el fuego, que juzgamos provendria de los hornillos del buque, en donde sin duda se ocupaban en sacar aceite. El buque hizo diferentes maniobras cerca de tierra, pero á nuestro despecho no se aproximó á la bahía.

El 6 continuó las mismas maniobras, pero al parecer con objeto de ganar la tierra. Hácia las cuatro tuvimos la alegria de ver una lancha dirigirse á tierra, y despues de diez y ocho meses volvimos á contemplar figuras humanas, porque nosotros cubiertos de vello y vestidos de pieles, al parecer habiamos perdido el derecho de llamarnos hombres. Cuando los marineros de la lancha estuvieron en tierra, nos miraron con grande asombro, has-

ta que al fin se arriesgaron á preguntarnos en ingles quienes éramos y qué haciamos en aquel pais. Despues de haber respondido á sus preguntas, les rogué que nos recogiesen, preguntándoles á mi vez qué feliz casualidad los habia traido á aquellos lugares. Respondiéronme que tenian mucho gusto en llevarnos á borde, no dudando que su capitan nos recibiese con



Albatros.

regocijo, que el buque que estaba á la vista era *the Cape-Packet*, de Lóndres; que persiguiendo una ballena, despues de haber estado en las islas del Príncipe-Eduardo, se habian sorprendido al hallarse una mañana al frente de unas islas que ignoraban se hallasen en aquella latitud, pero que habian presumido serian las islas Crozet; que hasta la noche anterior no habian divisado nuestros fuegos, y que ya habian sacado algunos toneles de aceite en la

isla situada mas al sud.

Entonces se desvanecieron todos mis temores. Un porvenir risueño se presentó ante mi vista, y á las siete de la noche dejamos la isla Chabrol, en la que habiamos estado diez y siete meses y ocho dias. A las ocho llegamos á bordo, donde fuimos recibidos por el capitan Dumon con toda la humanidad posible, y concluido su cargo, nos permitió ir á la isla Delfina á libertar los nueve hombres que habiamos dejado en ella.

El 3 de Febrero hicimos rumbo para dicha isla, en la que volvimos á ver los nueve hombres de nuestra tripulacion, y los recogimos; hallábanse todos en el mas miserable estado, y habian vivido de la misma manera que nosotros.

Dirigimosnos en seguida al Cabo de Buena-Esperanza, á donde llegamos y desembarcamos el 5 de Marzo siguiente; y habiendo hallado el buque nombrado *Hijos de Francia*, armado por M. T. Dabrée, de Nantes, y mandado entonces, de regreso de China á Nantes, por M. Geoffroy, me embarqué en él, y el 7 de Mayo llegué á S. Nazario, donde respiré al fin el aire de la madre patria, tan querida á todos los corazones franceses!

W. LESQUIN.

EL TESTAMENTO FALSO.

I.

LA VISITA ENTRE DOS LUCES.

Al final de un dia frio del mes de Diciembre, y en que reinaba un viento glacial, dirigiase rapidamente un caballero hácia la entrada principal del caserio de Marstoke en el condado Walwick.

¡Ah! ¡Walter Greville! esclamó el dueño de la morada, que á falta de otra mejor ocupacion para desechar el fastidio, se paseaba en su espaciosa sala, como un marinero de cuarto sobre el castillo de popa, mirando de vez en cuando hácia el parque, á través de los claros de la reja, en tanto que le anunciaban era llegada la hora de la cena; porque en aquella época, los señores de las campiñas se acostaban casi tan pronto como las gallinas de sus corrales. ¡Ah! ¡Walter Greville, el esforzado! por el cielo, que me encanta el volver á verte; y continuó para sí: ¡Qué no te sofocaran las nieblas del Sur! ¿Qué demonio habrá impelido hácia aquí á este perro de mal agüero?

—Mucho me complace el hallaros con tan perfecta salud, mi buen señor Oldcraft, dijo el viagero con una voz gutural y enronquecida, descendiendo de su caballo abrumado de fatiga. Os hallais aquí solo ¿no es cierto, Oldcraft? dijo ya pie en tierra. ¿O bien teneis alguna visita, ó se halla actualmente hospedado alguien en vuestra casa, á mas de vuestra muger?

—Estoy solo, contestó el huésped, pues hasta mi muger se halla ausente: á estas horas se encontrará en Walwick..

—¡Bueno! prosiguió el otro, dejando su caballo en manos de un criado, y dando un apreton de manos á su amigo; mejor aun.

—Pero estás pálido y aun parece que enfermo, Greville. esclamó Oldcraft; entra, entra; un vaso de vino te dará fuerzas y te reanimará; sin duda ha sido muy rápida la jornada que has traido.

—Rapidisima, respondió el viagero; desde la del alba no me he distraido ni entretenido un segundo, escepto para beber, y una vez en Weedon para mudar de caballo; y me

felicito mucho de ello, puesto que, quizá merced á lo precipitado de mi caminata, os hallo solo; y tengo que narraros cosas que solo pueden hablarse ante vuestro oido y el mio. Hablando asi, desató la correa que sostenia su cumplida capa de viage, quitóse su ancho sombrero de castor, y conducido por el dueño de la casa, penetró en su interior en pos de él.

Los personages que acabamos de presentar al lector, tenian ambos bastante buena fisonomía y agradable presencia,—bellos diseños de hombres, como dice Portia,—de formas vigorosas, espaldas cuadradas, y de privilegiada musculatura; ambos vestian ropas que, bajo el reinado de Isabel, eran el trage ordinario de las personas de condicion residentes lejos de las ciudades. No obstante, aun cuando llevaban trages con los colores, aberturas y bordados de la ultima moda, aunque sus gorgueras estuviesen almidonadas y tiesas como tablas, y llevasen al costado espetones largos de cerca de cuatro pies, sin embargo, podia observarse al primer golpe de vista, que ni uno ni otro eran un *gentleman*, un hombre *come il faut*.

Las facciones de uno de ellos, á quien podemos suponer propietario de la casa y de la heredad en que con él hemos dado, puesto que de ella se hallaba en posesion, no tenian nobleza alguna; y si indicaba su fisonomía mucha resolucion, valor y destreza, su figura no obstante se resentia esencialmente de vulgar y comun; era demasiado grueso y pesado, habia tambien en sus maneras, en su persona toda un embarazo, que ni sus vestidos ni lo elevado de su estatura era bastante á que pasase desapercibido. En una palabra, su aire era mas bien el de un hombre en el que ha recaido de súbito una gran fortuna, que el de quien la ha adquirido ó posee de su nacimiento.

El otro, el recienvenido, era un soberbio mozo, de aire sombrío, é inquieta mirada; tenia la nariz aguileña; sus cabellos eran negros y crespos y su fisonomía se hallaba inmutada y convulsiva como si le agitase el temor continuo de que las gentes de justicia se hallasen al alcance de sus pasos y dispuestas á echarse sobre él de improviso. Parecia hosco y presa de mil cuidados, leyéndose distintamente en su rostro abatido, á mas de su espresion habitual los efectos de un viage precipitado y el abatimiento de una estremada fatiga. Hallábase, de la propia suerte que su amigo, vestido con ropas bastante ricas, á la manera de un hidalgo provinciano de la época; y á mas de su daga y su terrible tizona de concha primorosamente trabajada, llevaba á la cintura un par de pistolas de arzon, largas de pie y medio.

Asi que maese Oldcraft hubo introducido á su amigo en una espaciosa sala entarimada de pino, y en cuya chimenea ardia buena porcion de leña, repitióle que habia venido en buen hora á Marstoke: y agitando una campanillita de plata colocada sobre la mesa, ordenó á un criado que trajese, sin perder momento, vino y algunos otros refrescos.

No obstante, su convidado, despues de pasar las manos por cima de los tizones, y sus gruesas botas por en medio de las llamas para calentarse los pies, y de instalarse con perfecta comodidad en un escelente sillon enfrente del que ocupaba Oldcraft, pareció como que se olvidaba de su fatiga para entregarse á la ansiedad y á los sufrimientos de su espíritu. Contragéronsele estremadamente las cejas, su rostro apareció mas pálido aun, sus ojos se hallaban sumidos, y sus gestos todos espresaban la inquietud y la turbacion de su ánimo. Tembló como un criminal cuando el criado abrió la puerta para traerle el vino y los demas refrescos: al cruzarse sus miradas con las del lacayo separólas con espanto, y aproximándose á la ventana, pareció como que esperaba con ansia la furiosa nevada que amenazaba caer: despues, volviéndose bruscamente al lado del fuego, permaneció profundamente absorto en sus penosas meditaciones.

Oldcraft observó á su huésped con miradas fijas durante cierto espacio de tiempo, sin interrumpir su sueño. Parecia como que descubria en la preocupacion de este alguna cosa que no era enteramente de su gusto, porque sus palabras habian cedido en mucho de su cordialidad cuando al escanciarle un vaso de vino, le instó al viagero á que lo bebiese y tomase aliento. Walter Greville tomó la copa que se le ofrecia, y se la bebió hasta la última gota; despues, lanzando un largo y profundo suspiro, dejóse caer sobre una silla cerca de la mesa, y ocultó entre ambas manos su rostro.

El huésped, teniendo siempre fija en él una obstinada y escrutadora mirada, se dispuso á hacerle sufrir una especie de interrogatorio.

—Este vino es bueno, no es cierto, Greville? dijo para comenzar; vaya un segundo vaso, amigo mio, puesto que parece tienes algo nublado el ánimo. Nunca recuerdo haberte visto conmovido hasta tal estremo. No ha mucho decias que deseabas conferenciar conmigo. ¿Conservas aun en el corazon algun resto de aquella antigua impresion de que venias á hablarme? Yo creia que semejante asunto deberia haber quedado para siempre en el silencio entre nosotros dos: ¿he?

—Aquel negocio está y quedó concluido, respondió él recienllegado; pero han nacido de él otras cosas de que necesito hablaros inmediatamente; cosas que nos son personales. En fin, tengo necesidad de los consuelos y de la tranquilidad que podré hallar, señor, en vuestra sociedad y en vuestros consejos, sin que hable de lo oportuno que me es en este mo-

mento el abrigo de vuestro techo. Aquí vengo, maese Oldcraft, á reclamar vuestra hospitalidad, porque emprendo un viage al Oeste. Ya veis que no echo mano de ceremonia alguna en la forma, y que tampoco tengo escrúpulo en invitarme á mi mismo. Por lo demas, en cuanto á esto, nos conocemos bastante para que os diga que conviene á mis intereses tomar el aire del Warwickshire durante algunos meses, y que nadie me vea durante este tiempo, asi como tambien que debe conveniros el responder: Walter Greville, seas bienvenido á mi casa.

—No necesitas evocar las sombras de la tumba, para valerme de las espresiones usadas por nuestro nuevo poeta de Stratford, respondió el huésped, para decirme eso, Greville. Cesa de batir los montes; descubre tu secreto, y sepa de una vez si es que puedo auxiliarte en algo. ¿Qué nuevo crimen es ese, que tan enormemente pesa sobre tu conciencia?

—Aun cuando me faltan espresiones con que esplicarme, Oldcraft, dijo al viagero, necesito... si, es preciso que te lo refiera todo, ó de lo contrario me moriria,

—Maldito endemoniado! murmuró Oldcraft, lo que hace el tonto!... Què, tu insaciable codicia, dijo en alta voz con alguna amargura, no contenta aun con la fortuna que conmigo compartiste, te ha impelido de nuevo al torbellino del juego? ¿Acaso te han despojado las deudas de cuanto poseias y con tanta sordidez habias acumulado liar tras liar, y semejante pérdida te ha trastornado el juicio? Vienes por tal razon llorando, á confiarme tu mala estrella, y á exigirme de nuevo tu parte, imaginando, segun acabas de darme á entender, que no osaré rehusártela?

—No, por cierto! objetó el otro con la gruesa voz gutural que le era peculiar, nada tenias que temer respecto á este punto. Sumido quisiera verme en la miseria hasta la barba, con tal de que lograra verme libre del crimen que he cometido. Soy dos ó tres veces mas rico, Oldcraft, que cuando nos separamos. Pero, maldita sea la hora en que lo fuí! malditas las acciones que de ello me han hecho poseedor! ¡por que he cometido un crimen atroz para obtener estas riquezas, y la mano del cielo posa sobre mi cabeza! Oldcraft, ambos seremos castigados!...

Oldcraft, por sobrenombre Sin-Miedo, habia tomado el título de escudero de Marstoke-House, en el condado de Warwick, habiendo llegado á esta dignidad de simple procurador que habia sido en Londres, y despues de haber contado las horas durante muchos años en Briderrell-Dock. Era, en toda la estension de la palabra, un hombre osado y frio, y en esta ocasion la imperturbable sangre fria de su carácter se mostró escediéndose á si propio. No retrocedió horrorizado ante la brusca declaracion de Greville; tampoco se puso en guardia para contener al criminal despues de una confesion sobradamente esplícita, quizá tenia sus razones para ello. Pero, fuere por lo que quisiere, es lo cierto que en un principio se mostró á lo sumo tranquilo; de pie ante él enfrente de la inmensa chimenea gótica, se mantenia el atlético visitador nocturno, cuyo perro, pronto á defender á su amo, se arrastraba refunfuñando por el suelo. En cuanto á Oldcraft, siempre sentado, el cuerpo inclinado, el puñal en una mano, una pistola armada en la otra, y la vista fija sobre su importuno huesped, parecia hallarse bien dispuesto á recibirlo.

Levantóse por último de su asiento con la sonrisa en los labios, dirigióse hácia la puerta de la sala entarimada en que se hallaban encerrados, la abrió rápidamente cuan grande era, dió uno ó dos pasos por el aposento, girando velozmente los ojos de izquierda á derecha, despues de lo cual, volviendo con suma tranquilidad á ocupar su asiento, tomó la campanilla de plata, y la agitó con un aire al parecer muy satisfecho, para llamar á un criado.

Walter Greville, no obstante, seguia con la vigilancia del gato, todos los movimientos de su confidente. Habíase apoderado convulsivamente con la mano derecha de la culata de una de las pistolas pendientes de su cintura, como dudando de la fidelidad de su amigo; pero cuando Oldcraft volvió á entrar en el aposento, observó con su mirada de águila el movimiento de Greville, y le indicó que abandonase aquel arma, antes de que el criado acudiera á recibir órdenes.

—Tengo, le dijo al criado cuando hubo entrado, negocios importantes que arreglar con mi amigo: se halla muy fatigado á causa de un prolongado viage, hacedle encender una buena lumbre, y disponedle cama en la habitacion que tengo destinada para hospedar á mis mejores amigos; que le sirvan de cenar sin dilacion, vos colocareis en la mesa todo cuanto háyamos menester, despues de lo cual os retirareis; practicareis vuestra ronda para mayor seguridad, y en cuanto todo se halle bien cerrado, nos dejareis solos el resto de la noche. Cuando tengais algo reparadas las fuerzas, Walter Greville, añadió en cuanto salió el criado á apresurar la cena, continuaremos nuestra conversacion; de aquí para entonces puede adquirir calma y tranquilidad vuestro espiritu. Como dicen los escoceses, no hay conversacion posible entre un hombre satisfecho y otro hambriento.

Concluida la cena, levantóse el huesped, tomó al propio tiempo las pistolas de su convidado, se puso en la mesa detras de un sillon, y descolgando una enorme pipa grabada y esculpida con estraordinario arte, la llenó con todo cuidado y tranquilidad de esa hoja em-

briagadora, que á la sazon comenzaba á hacerse moda, y volviendo á colocarse en su silla de descomunal respaldo, lanzó, en tanto que se disponia á escuchar la narracion de su amigo, nubes tan espesas de humo, que la voz podia llegar muy bien hasta él á través del fuego animado que incesantemente alimentaba; pero la fisonomía de su interlocutor y aun su persona toda se hallaban completamente eclipsadas y ocultas detras de la nube.

—Preciso será, dijo Greville, que comience mi historia desde la época en que me marché de aqui. Despues que conseguimos hacernos dueños de estas posesiones, que hubimos enterrado á sir William Marstoke, y que, ganado el proceso que sabeis, tomásteis domicilio aquí en el Warwickshire, os quedásteis vos con los bienes, y yo recibí mi parte en dinero contante; convengo en que la particion fue equitativa, y nunca he tenido por qué quejarme de la manera con que fue hecha.

—En hora buena, sois razonable, mi querido amigo, espuso Oldcraft; vamos, me complazco en que me hagais justicia en esto, como yo os la he hecho á vos en otros puntos; pero continuad, lleguemos á la historia y sed breve; dejad á un lado los cumplimientos.

Cuando os dejé, conocereis perfectamente que no me hallaba muy dispuesto á ir á establecerme en Londres, despues de todo lo que habia pasado. Vendí por consecuencia el reducidísimo número de efectos que podia tener en la antigua casa de Bridewell-Dock, que tantas veces nos habia dado asilo para hacer nuestros negocios, cambié mis ropas de luto por trages de los mas elegantes, y comencé á deliberar conmigo mismo á dónde me acomodaria vivir, puesto que me hallaba en estado de poder hacerlo, de igual á igual con la humilde nobleza del pais. Ni un momento se habia separado de mi imaginacion Mateo Marstoke el católico, hermano de William, á cuya casa acostumbrábais enviarme, durante su proceso con Sherloke, proceso que perdimos hará unos diez años. La amable hospitalidad de Mateo Marstoke, y la vida tan agradable que en su casa se pasaba, durante las cortas mansiones que hice de vez en cuando en su casa del condado de Kent, mantenia en mí una vivísima impresion. Recordé tambien su caracter social y las frecuentes invitaciones que me tenia hechas de volver á verlo; sobre todo me acordaba de las inmensas riquezas que poseia, de las veces que me habia hablado de tanto dinero como guardaba, y de que no sabia qué empleo darle, de los baules llenos de vajillas de plata y de alhajas encerradas en su guarda-ropa, así como de los sacos de oro que habia acumulado con la prosecucion de los años debajo de su cama sin llevarlos por cuenta. En una palabra, me resolví á visitar á Mateo Marstoke, y, partiendo para Kent, llegué á Sandwich, en donde supe que habia abandonado la casa que ocupaba, y que á la sazon vivia en otra de las suyas de Wingham.

—Conozco perfectamente esa casa, repuso Oldcraft; ante su fachada hay plantados algunos álamos, y aun, si, estoy seguro, he entrado en ella. Tambien recuerdo la habitacion de Sandwich, es una grande de ladrillo encarnado, situada á uno de los estremos de la plaza del mercado. Diccon Grusp nuestro agente vivia en un costado, y maese Hoysflesch, el marino, habitaba en el otro.

—Arrendé esta casa, continuó Greville, porque Marstoke la habia dejado, á causa de que era visitada frecuentemente por los espíritus; oíanse en ella ruidos espantosos durante la noche. Despues de haber permanecido unos quince dias en casa de Masrtoke, tomé esta casa y fuime á morar en ella. Debo advertiros que mientras tanto, habíase visto Marstoke acometido de súbito de un ataque de demencia, ó mas bien de imbecilidad. Su salud se habia ido amenguando, y al propio tiempo se hallaba paralítico, así que, esperimentaba un indecible placer cada vez que yo iba á visitarle, porque vivia en pugna continua con los criados que, segun sus espresiones, le devoraban vivo y le mataban á fuego lento. Ya debeis figuraros que, antes de que se pasase mucho tiempo, me habria yo hecho dueño de la casa, en la cual me hallaba á todas mis anchas. Mantuve separados á sus colaterales, maltraté á unos criados y eché á otros, en fin, hice una reforma completa en la casa. Por último, vinosele en mientes al bueno del hombre el consultarme acerca de la intencion que tenia de inutilizar su antiguo testamento y de hacer otro nuevo. Comprendereis que no presté oidos de mercader á su proposicion, tanto mas cuanto que era muy natural el suponer que tenia proyectado el instituirme su heredero, á consecuencia de los servicios que habia prestado. Juzgad de mi sorpresa y de mi despecho, cuando despues de habernos encerrado juntos, supe que tenia una hija que moraba á la sazon en Gante: habíale echado de casa y rechazado de sí hacia un sinnúmero de años, á consecuencia de haberse casado segun su inclinacion y contra la voluntad de su padre, que la habia desheredado, habiéndole durado treinta años la cólera; pero á la sazon eran mas dulces sus sentimientos para con ella, y ansiaba verla antes de morir. En su consecuencia, encargóme de la comision de escribirla, anunciándola su perdon, dándome al propio tiempo todas las instrucciones necesarias para otorgar un testamento en favor de su hija, sin que apareciese mi nombre en él para legado alguno.

II.

EL MOLINO.

—¡Oh! ¡oh! esclamó Oldcraft, hubiera

querido ver en aquel momento tu cara; apostaria que acariciabas con los dedos el mango de tu puñal.

—De modo alguno; pero juré tomar una horrible venganza de aquella mistificacion, y fragüé un plan que no tardé en poner en ejecucion.

—¡Ah! vamos! metites la mano hasta el codo en los sacos que yacian debajo de la cama; probablemente harias saber á sus colaterales famélicos las intenciones del pobre diablo, y lo abandonarias á semejante jauria, de suerte que se viera devorado por los propios.

—Aun no habeis dado con ello, contestó Greville, y aquí es donde comienza la historia de mi actual desdicha.

—Comiénzala pues, prorrumpió el otro; pero, á la verdad, amigo, que yo habia tomado tu preámbulo por el principio, medio y fin.

—Vais á oirla. Empero dadme vino, porque esta historia me ahoga, y quita el paso á las palabras.

El plan que yo formé fue el siguiente: invité á Marstoke para que fuese á pasar en mi casa en Sandwich la semana de Natividad. La ciudad se hallaba á la sazon en movimiento. La invasion con que nos amenazaban los españoles obligaba á todo el mundo á hacer preparativos. A mí me preocupaba un pensamiento único, el de hallar los medios de apoderarme de las riquezas de Marstoke, y de desembarazarme del viejo sin comprometerme. Una idea homicida asediaba noche y dia mi mente, y es que poseia la conviccion de que no hallaria calma ni reposo hasta que hubiese llevado á cabo mi proyecto... En fin, ya lo sabeis, la invasion se difirió; llegó la pascua de Navidad, y Marstoke recibió hospitalidad en la antigua casa de Sandwich. Busqué entre los soldados, marineros, trabajadores y hombres de armas de que se hallaba inundada la ciudad, busqué, repito, y ajusté dos criados, hombres desavenidos con la fortuna, y á quienes hube creido capaces de ejecutar todo cuanto me pluguiese encomendarles, y de los cuales podria fiarme, tratándolos y pagándolos bien. El dia de Noche-buena convidé á cenar á muchos habitantes de la ciudad, é hicimos durar el banquete hasta cerca de la mañana siguiente. Concebireis por lo tanto fácilmente que no habria nada de estraño en que el viejo Marstoke se sintiese súbitamente indispuesto, viéndose obligado á irse á acostar. Y aun llegó á ponerse tan malo, que juzgué oportunísimo que hiciese un testamento segun la intencion que últimamente me habia espresado.

—¡Ah, ya! interpuso Oldcraft. ¡Qué! acaso aderezaste su copa bien! compusiste su *roas-beef* y su *plum-pudding*, ó le echaste el específico de los ratones en la salsa? ¡Ah! á la verdad que eres un solemne tuno, Greville; pero sábete que no tienes lo mejor organizada tu cabeza para tales negocios.

—Nada de eso, replicó Greville. Hice cundir que se hallaba gravemente enfermo Marstoke; y durante la tercera noche, cuando se hallaba toda la ciudad entregada al sueño, hice entrar en su aposento á los dos bravos de que ya os tengo hecha mencion, con instrucciones terminantes. Maldita sea la hora en que hube imaginado semejante crimen. Nunca podré olvidarme de los horrores de semejante noche; en medio del zumbar del viento y de la lluvia, pareciame que iba á desplomarse la ciudad, y que todo se habria convertido en ruinas antes de que hubiese apuntado la aurora. Como me hallaba espiando á la puerta de la víctima en tanto que se perpetraba el crímen, pude oirle luchar muy distintamente con los malvados que le estrangularon en su lecho. Cuando amaneció, ya me hallé con alguna sangre fria, porque habia ido á arrojarme á tientas en mi lecho, como un niño á quien asustan las tinieblas; y reflexionando que lo mas horrible de tan espantoso drama habia pasado ya, me ocupé de la ejecucion del resto de mi proyecto. Tuve que hacer algunos esfuerzos para reunir todo mi ánimo. Subí la escalera y me aproximé á la alcoba de Marstoke; pero fuéme necesario mucho tiempo antes de tener la osadia suficiente para abrir la puerta. Temia ver el desfigurado cuerpo del anciano yaciendo en el pavimento á donde le habia sentido caer, y quedéme con la mano en la llave, sin serme dado abandonarla ni retroceder, cual si me hallara bajo la influencia de un espantoso ensueño.

Por último, despues de haber permanecido muchas horas en esta irresolucion penosa, los dos miserables de quienes me habia valido llamaron á la puerta, y digeron que querian entrar; el ruido me patentizó la necesidad de obrar. Oí que la criada abria la puerta de su cuarto para ir á la de la calle, y revistiéndome entonces de toda mi energía, me precipité en el aposento, y corriendo hácia el cordon de la campanilla, tiré de él violentamente, gritando al propio tiempo á la criada que mandara al punto montar á caballo á uno de aquellos hombres, y que fuera á toda brida á Wingham en busca del notario de Marstoke, porque se hallaba tan malo, que deseaba otorgar inmediatamente su testamento.

En el interin, y antes de que llegase el tabelion, conduje á Diccon Web, el otro hombre, y le hice que se colocara en el lecho al lado del muerto; despues de correr las cortinas todas en torno del lecho y de cerrarlo todo de suerte que no penetrara sino muy escasa luz en el aposento, le encargué que se quejase como un hombre que se halla agoviado de sufrimientos, que imitase la voz de Marstoke, y cuando respondiese á las preguntas que le hiciese

el hombre de la ley, de si me dejaba todos sus bienes, desvaneciese cuantos escrúpulos pudieran ocurrírsele al escribano, dejándole un legado considerable. Fueron tan bien conducidas las cosas, que todo se sucedió sin interrupcion y sin despertar la menor sospecha. Web, remedando la voz del viejo Marstoke, y fingiendo tener apenas fuerza suficiente para espresar la forma en que queria que fuese hecho su testamento, dispuso de su fortuna entera en mi favor; despues de lo cual manifestó deseos de descansar durante un momento del esfuerzo que acababa de hacer, y se suplicó de parte del enfermo á cuantas personas se hallaban presentes, que le permitieran un momento de descanso. Antes de que hubiese transcurrido mucho tiempo difundí la nueva de su muerte por toda la casa, y haciendo subir á todos los criados mostréles el cuerpo como si acabara de espirar en su lecho. No obstante, aun nos resta lo peor del caso. Cierto que habia heredado su fortuna, pero los remordimientos de que aun me siento perseguido, no me permitian seguir viviendo en aquellos lugares; hubiera sentido un vivo reconocimiento hácia cualquiera que hubiese puesto fuego á mis dos casas y me las hubiese reducido á cenizas. Hasta tal punto llegaron á dominarme semejantes impresiones, que temblaba aun á la vista de mi propia sombra. La fisonomía del viejo Marstoke, y sus gritos cuando me llamaba en su socorro, me atosigaban noche y dia. Los dos miserables Web y Basset, comenzaron tambien á serme una insoportable carga, y su constante presencia me producia el efecto del basilisco. Temia deshacerme de ellos, y su presencia me era ruinosa; derrochaban cuanto dinero querian, me robaban á mi propia vista, y uno de ellos estando ébrio, confió á sus camaradas que estaba en su mano el hacer prender á su amo el dia que se le antojase. Informado yo de todo por Basset su compañero, me sentí en en un embarazo tan violento, que resolví huir de aquel parage, y, para evitar el daño que pudieran ocasionarme sus nuevas baladronadas, arreglé con Basset, el modo de deshacernos en secreto de Web. Para esto, hícelos partir á ambos con el objeto de reunirme á ellos en Lóndres, la víspera del dia mismo que me habia yo prefijado para partir, encargando á Basset que se deshiciese de Web en el camino. Basset siguió perfectamente mis instrucciones, solo que las ejecutó mucho antes de lo que hubiera sido menester. Hirióle á su cómplice por detrás, á la sazon que iba cabalgando el uno al lado del otro, sobre los meganos de Sandwich, y apeándose del caballo, arrojó el cuerpo al mar. Habiéndolo escupido las olas inmediatamente, con la marea de la mañana, llevároнle á mi casa, con horror y confusion mia en el momento mismo en que me disponia para emprender el viaje, de suerte que me vi obligado á asistir con el corregidor á las pesquisas que se hicieron acerca de la muerte, del malhechor, y aun me vi en la precision de convenir con el magistrado en lo urgente que era enviar á alguien en persecucion de Basset, como sospechoso que aparecia del asesinato.

Esta contrariedad debia trastornarme naturalmente el ánimo; mas no habiendo dado felizmente los oficiales de justicia con Basset, abandoné la ciudad dos dias despues, y hallándose el pais todo ocupado en los preparativos para resistir á la Armada, me agregué á las fuerzas reunidas en el fuerte de Tilbury bajo el mando del conde de Leicester. Si hubiera podido pasarme á los españoles, sin esposicion, lo hubiera hecho. Mas de todos modos, traté de olvidarme con el ruido del campo y con la monotona pompa de la guerra, de los horribles atentados en que habia tenido tal participacion; pero esto me era imposible. Todo cuanto llenaba de entusiasmo á los que me rodeaban carecia de interés para mí. El espectáculo glorioso de una Reyna poniéndose á la cabeza de sus ejércitos en un campo de batalla, y recorriendo las filas para exhortar á los soldados, recordándoles lo que debian á su pais, y manifestándoles su ánimo de conducirlos ella misma al enemigo, y de morir antes que sobrevivir á la ruina y á la esclavitud de su pueblo, todo esto pasaba desaparcibido para un desdichado, cuyas noches y cuyos dias corrian en la agonía de los remordimientos. El estrépito mismo del combate, el desórden y la confusion que acompañaron á la destruccion de la flota, de los moribundos, los gritos de la victoria, el cañon tronando y vomitando la muerte, todo, todo pasó para mí desapercibido. Recorria el puente de mi navío, y aun abordé al enemigo siempre con la sombra cadavérica de Marstoke delante de mi vista, á cualquiera parte que la tornase, de tal modo, que tuve que tomar muchas veces la determinacion de declararme á la vuelta de la flota, de confesar lo criminal de mi existencia entera, y acabar en la horca mi carrera de maldades.

—Y ¿á qué altura se encuentra en la actualidad este negocio, interrogó Oldcraft, que se tomaba á la sazon un vivísimo interés en la narracion de su cólega. Habla, habla pronto. Acabas de decir que todo se hallaba mal. ¿Te asiste alguna razon para creerlo así?

—Solo la noticia que recibí ayer, respondió Greville, antes de dejar á Lóndres en donde estaba oculto. He sabido que Basset acababa de ser arrestado en Faversham, y conducido á la cárcel como acusado del asesinato de Web. Inmediatamente me he puesto en fuga, y hé aquí como me teneis reducido al último estremo.

El criminal, cubriéndose el rostro con ambas manos, prorumpió en mal contenidos so-

llozos despues de su espantosa narracion. En la agonía de sus remordimientos, se dirigió á su camarada, mas tranquilo y sin duda alguna mas endurecido que él, para demandarle consejo.

—»Consoladme, Oldcraft, esclamó, porque siento pesar tan fuerte la mano del cielo sobre mí, que no puedo vivir bajo la carga de mis crímenes. La muerte parece que aplo-ma mi cabeza, y no obstante no puedo mo-rirme; pero creo percibir el olor de la muer-te aun dentro de esta estancia en que nos hallamos; no parece sino que es esta mi se-pultura.

—Tus palabras son proféticas, dijo Oldcraft adelantando el brazo derecho, y descargán-dole á Greville sus propias pistolas en mi-tad del pecho, y atravesándole los pulmones; tan á boca de jarro habia sido el tiro. Tus palabras son proféticas, insensato, porque es-ta es tu sepultura!»

La desgraciada víctima dejó escapar un grito; la hirviente sangre salia á grandes bor-botones, y cayó de frente inanimado. Su ver-dugo, poniéndose entonces de pie, lanzó la pi-pa al estremo opuesto de la estancia.

—A la verdad que ya era tiempo de des-pachar á este idiota, esclamó precipitándose so-bre el cadáver palpitante; y, volviéndolo pa-ra rejistrar los bolsillos de su casaca y apo-derarse de sus papeles, arrojándolos inmedia-tamente en el fuego sin examinarlos.

—Ya era tiempo de parar la lengua de este lloron, ó me hubiera visto comprometido has-ta no mas, á causa de sus infernales confesio-nes. Los negocios mas antiguos, de la propia suerte que las aventuras mas modernas, hu-biesen ido saliendo todas una á una, y aun no hubiera acabado su madito rosario. ¡Hola! !oh! ¡á mí! ¡socorro! ¡al asesino! ¡socorro! Oh! ¡á mí! ¡Stephen, Robin James! ¡á mí! ¡so-corro!.. Y á la par que continuó prorumpien-do en penetrantes gritos, sacó de la vaina la espada de Greville y la tiró al lado del cuerpo. Despues de esto, corrió á la puerta y abrióla de par en par. ¡A mí! ¡socorro! ¡Arriba to-dos!... ¡arriba! digo!... Me asesinan en mi propia casa!

—»Mirad, esclamó, en cuanto los criados, salidos á medio vestir del lecho, acudieron, asustados y despertados por el pistoletazo y por sus gritos. Ese miserable, no contento con haberme querido arrancar el dinero esta no-che, me ha arremetido de súbito espada en ma-no, y hubiérame asesinado, á no tener la for-tuna de apoderarme de una de sus pistolas y de matarlo en el acto.

En aquellos tiempos de espeton y de da-ga, un hombre muerto en una casa de cam-po no era un acaecimiento tan raro que ori-ginase escesiva confusion y espanto.

No obstante, una muerte tan estraña como la de aquel hombre, que habia recibido un tiro enmedio de la noche, y al lado del ho-gar mismo en que, tan cortos momentos an-tes, se le habia visto vaciar la copa de la amis-tad con su huésped, una muerte de seme-jante especie no pasó del todo por natural, ni sin que diera márgen á bastantes comenta-rios.

Por su parte, el principal actor de tan hor-rible drama se paseaba del uno al otro estre-mo de su aposento, al cual se habia retirado, despues de haber ordenado que se dejara el cuerpo de la víctima exactamente de la pro-pia manera que lo habian hallado los cria-dos cuando acudieron en socorro de su se-ñor.

—«Mi estrella, se decia, como examinan-do en su interior la accion que acababa de cometer, mi estrella está aun en su cre-ciente, puesto que mi ángel bueno, ó mi ángel malo si se quiere, poco me importa cual de ellos sea, me ha enviado aquí á ese miserable lloron, desembarazándome de la inquietud y de la desconfianza que me inspiraba hace mucho tiempo.

Estas felicitaciones que á sí mismo se hacia maese Oldcraft fueron de súbito interrumpidas por las pisadas de algunos caballos que pasa-ban rápidamente por debajo de la ventana de su aposento; puso fin á su soliloquio, apagó inmediatamente la lámpara que ardia sobre la mesa colocada al lado de su lecho, y aproxi-mándose á la ventana, entreabrió con precau-cion uno de sus postigos, y se puso á mirar hácia fuera.

Comenzaba á pintar el dia, y vió una pe-queña partida como de diez hombres que do-blaba á la sazon el ángulo del edificio. Diri-gianse hácia el patio principal, y apenas tu-vo tiempo para entrever lo brillante de sus lo-rigas, cuando desaparecieron por detras de una de las torres que flanqueaba el viejo ca-serío, dirigiéndose hácia la entrada princi-pal.

En otro tiempo, á principios del reinado de Enrique VIII, habia sido Marstoke-House un establecimiento religioso, habitado por una santa comunidad de carmelitas. En la actuali-dad se hallaba únicamente habitado por mae-se Oldcraft y por sus criados, reducidos en número, que únicamente ocupaban parte de un ala; y como quiera que fuese mal quisto y po-co estimado en la vecindad, tenia siempre la quinta aspecto triste y solitario, aun en sus mas festivos dias. Por el lado habitado de la casa, habia al estremo del jardin un gran mo-lino de agua, que habia pertenecido en otro tiempo al monasterio. En la actualidad se ha-llaba ocupado por un tal Jeuden, molinero, que lo hacia trabajar.

En el parque, en las tierras de labor, y en los prados situados al otro lado del molino, habia muchos estanques deliciosamente som-breados por la proyeccion de las ramas de ár-

boles gigantescos, y separados por una especie de divisiones ó calles, que servian para pescar con red ó para desecar aquellos viveros. Antiguamente, casi todas las abadias, castillos ó quintas, tenian sus estanques ó viveros para el abastecimiento de la casa.

Un no sé qué hubo de herir el corazon del culpable cuando se pusieron los ginetes en batalla, pidiendo con grande estrépito que les franqueasen la entrada; opinó que la llegada de los soldados podia tener alguna relacion con las últimas fechorías de Greville, y aun que él mismo quizá no seria estraño á ellas. Esperimentó una opresion de alma cuando oyó los repetidos golpes que daban á su puerta principal, y muy pronto, aun cuando de todo punto ageno al miedo, se sintió presa de unas palpitaciones que le embargaron la fuerza toda. No obstante, bien pronto dueño otra vez de toda su energía, se lanzó fuera de su habitacion, y caminando á tientas por el corredor, gritó á sus criados que no descorriesen los cerrojos de la spuertas antes de que se hubiera él asegurado de qué era lo que pretendian aquellas gentes. Empero la órden habia llegado demasiado tarde, porque la puerta habia sido abierta con tanta mas prontitud, cuanto que él gefe de la tropa habia intimado que abriesen en nombre de la Reyna, anunciando que era portador de una orden de prision contra el llamado Nicolas Oldcraft, acusado de asesinato de sir William Marstoke de Marstoke-Hall.

Maese Oldcraft habia entendido mal estas terribles palabras en el momento de penetrar en el salon, pero no se detuvo mas por ello, y de la propia suerte que otros muchos, tanto ó mas valientes que él, rehuyó el peligro que se le acercaba, y volviéndose á su cuarto despues de haber cerrado la puerta, arrojó un tablero de corredera sobre el enmaderamiento de detras de su lecho, y por allí descendió al jardin, desde el cual esperaba irse á ocultar en el molino, ó escaparse por los estanques que se hallaban á su espalda.

La persecucion duró mucho menos tiempo de lo que él se prometia, pues que se apercibió, al avanzar cortísimo espacio por el jardin, de que se hallaba ya el molino ocupado por muchos soldados que habian penetrado en la casa. No obstante, el molino era su única áncora de salvacion, y deslizándose por una calle sombría que iba á lo largo del riachuelo, trató de llegar á él. El molinero, que se hallaba de pie cerca de la puerta, oia con la boca abierta la relacion que le hacia uno de los hombres de armas de Warwicke. Al llegar Oldcraft al estremo de aquella calle, no teniendo ya que temer, el fugitivo atravesó el maderamen sin promover el mas leve ruido, y como quiera que el molino se hallase parado no titubeó un segundo en ocultarse en la rueda.

—A la verdad que son nuevas bien estrañas, decia el robusto molinero atravesando la plataforma, y que vivimos en bien estraños tiempos. ¡Ah! bien habia yo dicho que no era Oldcraft de lo mejor del mundo. Nunca he querido á ese hombre, y en cuanto á su muger; ¡bah! en este punto me callaré, porque nada de esto me importa; asi que, voy á hacer lo que únicamente me interesa.

Y asi diciendo, se adelantó el molinero y dió agua al molino. Inmediatamente se sintió salir un grito penetrante de enmedio de las aguas que hervian debajo de él. El molinero, de todo punto alarmado obró con ligereza suma, paró el agua y se detuvo la rueda, pero era demasiado tarde, y el cuerpo del desgraciado Oldcraft dividido en dos, flotaba ya enmedio de las espumantes olas, arrastrado por la corriente.

Aun cuando este cuento pueda aparecer como estraordinario, se halla atestiguado por los cronistas. El espresado testamento fue dictado por el asesino que, introduciéndose en el lecho al lado del cadáver de su víctima, hizo el papel de testador en presencia de todos los de la casa, sin que concibiese ninguno de los espectadores la menor sospecha de fraude. Ademas la circunstancia de un hombre escondido en la rueda de un molino y dividido en dos, no es una ficcion. Lo que si no se cuidaron de referir los cronistas es, que la víctima de Greville era católico, por lo cual, aun cuando á Oldcraft hubiese protegido el crímen, la Providencia se hubiera encargado de su venganza.

P. G.

LA GRUTA DE LA BALME.

Al atravesar la ciudad de Cremieu para ir á la aldea de la Balme, recórrese un camino circundado por un lado de rocas de estremada altura, y por otro por áridas llanuras. La superficie de aquellas rocas ofrece la mezcla de los tonos bizarros pertenecientes á las piedras de toda especie, que entran en su constitucion; unas son de un negro subido, otras reflejan colores brillantes, y todas están entrelazadas con la espesa yedra que serpentea desde la base hasta su cúspide, muellemente apoyada en débiles arbustos, cuya pobre existencia es solo sustentada por el escaso estiércol que retienen sus raices entre las capas del calizo. Magestuosos bosques coronan aquellas murallas naturales.

Las llanuras que separan el sendero de la Balme del curso del Ródano son de la mas triste esterilidad; algunas yerbas, algunas débiles espigas se disputan una arena roja, y el viajero fija á su pesar sus ojos en aquellas tierras miserables que el soberbio Ródano parece desdeñar, y las cuales permanecen incultas y abandonadas.

Con esos sentimientos de piedad y de tristeza se llega al pequeño vecindario de la Balme, donde es recibido el viajero por modestos habitantes, siempre sorprendidos de que entre ellos vaya á buscarse y admirarse una maravilla.

Ciertamente que es una maravilla la que allí ocultan las montañas, enmedio de un pequeño grupo de cabañas de madera y de lodo; el pobre abriera su albergue á la sombra de las piedras monumentales que amontonara la naturaleza para hacer el peristilo de aquellos templos subterráneos, enriquecidos con las obras maestras de una escultura, en la cual ni el formon, ni el cincel, tuvieron nunca la menor parte.

Dirigido por su *cicerone* de lugar, hombre que mira sin ver, ó que ve sin comprender, puede el viajero atravesar confiado la difícil entrada de aquella gruta mágica. Su guia, siempre frio, siempre metódico, así en sus excursiones como en sus relatos, sienta su planta en los pasos abiertos por sus padres, repite las palabras que oyera de ellos, y como ellos, abandona su alma á los arrebatos del entusiasmo, del tesoro de la admiracion, sin que una sola chispa de aquel fuego que ilumina, encienda su corazon ó despierte sus sentidos.

La sola emocion que siente el conductor, el solo temor que sabe expresar, es el de que no caiga una piedra, ó el de que no se apague una hacha; y fuerza es decirlo, su solicitud es tan activa que sus precauciones no carecen de acierto.

La entrada de la gruta aparece enmedio de la aldea, su senda goza de las mas bellas proporciones, y está abierta como un arco de triunfo enmedio de las rocas, cuyos picachos se estienden á lo infinito. De las grietas de aquella bóbeda escápase un torrente que se pierde en la cavidad profunda que se abriera al pie de la roca; abundantes piedras, y árboles de hermosa vegetacion, y malas de rocas elevadas en columnas magestuosas, decoran y completan aquel pórtico elegante.

En uno de sus costados aparece una capilla arruinada, en la cual se encuentra el santo madero, para alentar en el peligro y fortalecer el alma.

Apenas se ha atravesado el dintel y dejado tras si la capilla ,desaparece la luz de un modo notable. Entrase en el vestíbulo que tiene cerca de cien pies de elevacion; sus paredes son irregulares y están erizadas de asperezas y abiertas con estrañas escavaciones que penetran mas ó menos en la roca. Por ellas es preciso trepar para pasar adelante; y si pues-

to en su cumbre, se echa una mirada en pos de sí, gózase del mas hermoso espectàculo: la pequeña aldea de la Balme, la verdura del peristilo, el torrente que se precipita por su lecho de guijas, el cielo que se pierde en lontananza, todo esto, iluminado por un hermoso sol, ofrece el mas maravilloso contraste con los abismos y derrumbadero de que uno se ve rodeado. A cada paso que da el viajero parece que se le va á abrir la tierra, anda por desplomados pedruscos, volcadas montañas estan suspendidas sobre su cabeza, así como los restos de arruinados castillos; vese obligado á deslizarse por una tierra negra y arcillosa al través de sendas asaz estrechas para dar apenas paso á un hombre, y de ese modo penetra hasta la segunda cavidad, vasta sala con techo y pavimento de-



La gruta de la Balme.

siguales, y decorada con concreciones calizas llamadas staláctitas. Siguen á esa sala varios anfiteatros, donde se encuentran simétricamente colocadas las numerosas pilas que reciben el agua del torrente.

Esas pilas son todas cinceladas y esculpidas con rara perfeccion. Hay en uno de aquellos anfiteatros una de ellas inmensa, al rededor de la cual están dispuestas y escalonadas otras mas pequeñas; en algunos lugares forman escalones por los cuales se baja; unas figuran enormes pechinas, otras antiguos vasos de Paros, su blancura las destaca del negro fondo de la gruta, haciendo resaltar sus puros contornos y sus franjeadas cinceladuras.

De este recinto se pasa á la gruta llamada de los diamantes, cuyas paredes estan cuajadas de concreciones que brillan con el mas vivo resplandor cuando la luz de las hachas hiere su cristalina superficie, y la reflejan en

todos sentidos sus millones de facetas. La humedad de aquella pieza es peligrosa, y el viajero se apresura á dejarla para llegar á un suave declive, bien que haya de pasar por un difícil sendero al borde del lago.

Pruébase entonces en aquel un sentimiento indefinible de admiracion y de bienestar. Cansado de arrastrarse, de deslizarse, de encaramarse, encuentra por último el viajero un lugar de descanso en una pequeña barca que en otro lugar deseara fuese mas limpia y mas cómoda, mas en fin está allí, y siéntase en ella para hacerse transportar sin fatiga.

El agua de este lago es tan cristalina, que por todas partes se distingue su lecho de dorada arena; encima vése la bóveda que aprisiona aquel mar, el cual ya es sinuoso é irregular, ya forma un estrecho canal cuyas márgenes toca la barca, y apenas lo ha surcado el viajero tendido al nivel del agua, cuando penetra en inmensas cavernas cuyos límites no puede abarcar la vista. El lago de la Balme tiene mas de una legua, y cuando, acabado el viaje naútico, se llega á la orilla, aparece delante una nueva entrada, y aguardamos sensaciones de otro género.

Hasta allí el esplendor del vestíbulo, las cavidades sombrías y peligrosas, los anfiteatros, las esculturas, las cristalizaciones han admirado, deslumbrado, encantado los sentidos; y aquella navecilla, aquella agua cristalina, ha reemplazado con pensamientos graves y solemnes, ideas graciosas y risueñas. Si el viaje terminase aquí no quedaria mas que un recuerdo de admiracion; pero en la cueva donde se va á bajar, el terror se apodera del alma á la vista de los imponentes objetos que la naturaleza tiene allí reunidos.

Despues de haber pasado por corredores de prodigiosa extension, de húmedas y frias paredes, llégase á un inmenso recinto; jamás hubo bóveda destinada á recibir los despojos de los mortales que ofreciese un aspecto tan tristemente solemne, ni última mansion alguna cuyos monumentos se viesen mas rodeados de recuerdos religiosos. Elévanse de todas partes descomunales rocas cortadas como tumbas, sobre las cuales estan acodadas gigantescas fantasmas parecidas á monges en adoracion; aquí y allí vense haces de armas y urnas funerarias; aquí columnas que tienen el aire de sostener la inmensa bóveda de un templo gótico; allí paredes cubiertas de largos canutos figurando juegos de órgano; mas allá cadenas de rocas que parecen altares, y todos esos ornatos, juguetes de una naturaleza inagotable así en sus formas como en sus medios, son el producto de la infiltracion de las aguas que cargadas de materias calizas las depositan tan luego como quedan espuestas al contacto del aire.

Respírase á algunos pasos de este recinto un aire fétido é irritante: siendo mas difícil la respiracion á medida que se va andando. Al silencio de muerte que reina en las cavernas, sucede un rumor lejano que va en aumento cuanto mas uno se adelanta; presto es el hedor insoportable y ensordece el estrépito, quedando el viajero asfixiado á la par que aturdido. En aquel momento, á encontrarse uno solo en aquella atmósfera infectada, enmedio de aquel concierto infernal, creyérase la imaginacion en aquel otro mundo hecho para los criminales, que quizás no es mas repugnante.

Es tanto lo que fatigan las sensaciones que se esperimentan, que ya desde un principio nos viéramos tentados á retroceder si no veniera á la desazon la curiosidad. Despues de una hora de marcha, durante la cual el ruido y hedor han ido siempre en aumento, el viajero llega por último á una cueva con un profundo abismo á un lado y en el otro una plataforma, desde la cual puédense observar las causas así del ruido como de la corrupcion del aire: allí, de memoria de hombres, hanse refugiado millares de murciélagos, cuajando las paredes, y amontonándose sus restos en la enorme hoya á la cual ellos solos pueden acercarse. Desde el punto en que penetra luz en su triste mansion echan á huir por todos lados, estienden su rápido vuelo por encima de vuestras cabezas, y llegan á apagar las antorchas con que os haceis acompañar; su número es tal, que en un instante aquella parte de la gruta queda como transformada en una inmensa pajarera, en la cual pueden apenas moverse aquellos horribles animales; ni puede uno permanecer largo tiempo sin peligro enmedio de aquellos huéspedes salvajes, con quienes topan los viajeros á cada instante, obligándoles á dejar aquel lugar, no descontentos de haber á él venido, mas sí abrumados de emocion y de fatiga. Un corredor extremadamente estrecho conduce al aposento llamado del Rey, por haber descansado en él algunos instantes *Francisco I;* y despues de una corta travesía encuéntrase por último el extremo del vestíbulo, desde donde se vuelven á ver la luz y la verdura con un placer verdadero, pues por un momento pudimos creernos separados de la tierra y de los hombres.

La capilla que hay en la entrada de la gruta recibe los rezos de los habitantes de la Balme, pues todos los Domingos celebra en ella la misa un sacerdote de las cercanías; y el 15 de Agosto un oficio solemne atrae en tropel á los habitantes de las vecinas comarcas. Ofrece un admirable espectáculo aquel pueblo arrodillado en el sendero que conduce á la gruta desde las primeras casas de la aldea hasta al fondo del vestíbulo; mugeres, ancianos y niños agrupados aquí y allí encima de masas de rocas á la orilla del torrente, mezclando sus voces con el ruido del agua que gime por entre las guijas, ó se quiebra en las profundas cavidades; los cánticos repetidos por mil

ecos y perdidos en la inmensidad; el sentimiento religioso realzado por la solemnidad de aquellos lugares; la incierta luz que ilumina á cada grupo segun el lugar que ocupa en el vasto recinto, todo forma el mas hermoso cuadro, el espectáculo mas interesante.

Tal es á poca diferencia la gruta de la *Balme*, menos conocida quizás de los franceses, y sobre todo menos célebre que la mas pequeña cascada de la Suiza, la montaña menos elevada de los Alpes, ó la mas débil circunstancia de la Escocia; pero la Balme es francesa, la Balme les pertenece, la Balme, fuerza es decirlo, no está mas que á 120 leguas de Paris.

A. U.

DEL ESTADO DEL CRISTIANISMO,

DE LAS LETRAS Y DE LAS ARTES EN ABISINIA.

Bajo el reinado de Constantino fue cuando la Etiopia recibió el cristianismo; y habiendo abrazado la fe dos príncipes de aquel pais Abreba y Atzbea, no tardó toda la nacion en seguir su ejemplo. Dos siglos despues, la alianza de Justiniano con el rey de Axum, al paso que llamó los etiopes á que cooperasen á la defensa de la nueva religion, dió un golpe mortal á su ortodoxia. Hábiles misioneros enviados por la emperatriz Teodora hicieron adoptar á un pueblo sencillo la doctrina de Eutyques; la Abisinia casi sin saberlo, se convirtió en monofisita. mas tarde se halló completamente separada del mundo cristiano, y desde entonces quedó definitivamente separada de la grande unidad católica.

Fácilmente se concibe que privada de las luces del Occidente, debia ver la Etiopia degenerar su culto de su primitiva pureza y esplendor, y obscurecerse con las supersticiones que engendra la ignorancia. Hoy en dia apenas se reconocen algunos signos de parentesco entre la Iglesia de Roma y la de Gondar; y los jacobitas abisinios á primera vista parece que mas distan del cristianismo que del islamismo, como se verá por la siguiente indicacion.

Solo los tres primeros concilios ecuménicos reconocen los abisinios, y en Jesucristo no admiten mas que una naturaleza, la divina. No estan acordes en el modo con que el Espíritu Santo unió la divina con la humana, y esta discordancia produce tres sectas, cuyas eternas disputas mas de una vez se han mezclado con las discordias politicas. Dan el bautismo por inmersion, cuarenta ú ochenta dias despues del nacimiento, segun el sexo de la criatura, y nunca antes, á no sobrevenir un caso urgente.

Es muy numeroso el clero, y se divide en dos grandes clases: los sacerdotes seculares y los monges. Los primeros reconocen por gefe un Obispo llamado Abouna, que se elige en los conventos coptos del Egipto, y el cual, por su ignorancia completa en el idioma del país, no ejerce ningun influjo político.

Tienen los monges por gefe el Etchegue, hacen voto de castidad, y viven en cenobitismo.

No es para aquí la relacion de las ridículas creencias que en el ánimo de los abisinios ocupan el lugar de los dogmas que el cristianismo enseña; basta decir que los sacerdotes casi descuidan completamente el ejercicio de los sacramentos, y que el pue-

blo tiene mucha mas fe en los amuletos y en los *boudas* ó brujos, que en el poder de las ceremonias de su iglesia.

Las letras y las ciencias estan punto menos que en completa ignorancia. Toda la instruccion de los niños consiste en hacerles aprender de memoria el Evangelio de S. Juan, algunas epístolas de S. Pablo, salmos y oraciones; luego si el estudiante se siente con alguna disposicion, pasa muchos años amueblando su memoria con el diccionario del idioma etíope. Por falta de imprenta son rarísimos los libros, y casi nulos los progresos de las luces, y no conocen mas obras que la Biblia y algunas crónicas.

Con todo, algunos etíopes, gracias á su comunicacion con los occidentales, han llegado á adquirir en las ciencias y en las letras conocimientos, que en Etiopia les valen reputacion de sabios; acompañamos este artículo



Dofter Esther.

con el retrato de uno de ellos, llamado Dofter Esther, esto es, el Doctor Esther, de quien Salt habla mucho en su viaje á Abisinia. Además de que por el grabado se vendrá en conocimiento del tipo abisinio, que él representa perfectamente, se tendrá tambien una idea del traje que en aquel pais visten los individuos de la clase mas elevada.

La poesía de los habitantes de aquella parte del Africa solo se emplea en asuntos religiosos ó en algunos acontecimientos trágicos, cuyo recuerdo conservan con una especie de elegías que recitan los guerreros ó los viajantes para distraer el fastidio de una larga marcha. Su música indica muy groseros conocimientos en las leyes de la armonía, pues es una melodía llorona y monotona. Entre las artes, la pintura es la que mas adelantada parece estar; y lo mismo que todos los pueblos cuyo estado se acerca al salvaje, gustan de los colores vivos y de imágenes brillantes. Los asuntos que con preferencia representan, son casi siempre efigies de santos que recibieron de los griegos, ó batallas que ganaron. Pintan todas las figuras de frente, menos cuando quieren representar un judío, pues entonces dibujan de perfil su rostro; estraña costumbre, cuyo orìgen se ignora todavía.

Tambien son aficionados á las representaciones dramáticas; pero sus piezas aun recuerdan los mimos y las atelanas de los antiguos; y una pantomima animada compone to-

do el fondo de la accion teatral, en que su bufon hace todo el gasto.

Menos se cultivan aun las artes útiles que aquellas cuyo único objeto es agradar al alma ó á los sentidos. Muy escasos son los productos de la agricultura; la industria manufacturera se reduce á algunos tejidos de algodon, que se cambian á guisa de moneda, y á la fabricacion de muebles y utensilios usuales; y cada ciudad celebra un mercado una vez á la semana, de manera que para toda una semana se compran provisiones.

Varios misioneros europeos, reconduciendo á los abisinios á un cristianismo mas puro, han pocurado al mismo tiempo introducir entre ellos la civilizacion. Momentáneamente el catolicismo concibió la esperanza de hacer entrar en el gremio de la Iglesia aquella oveja descarriada del rebaño cristiano; pero los severos edictos y la política de su rey pronto disiparon toda esperanza. Ha trescientos años que el protestantismo acometió de nuevo la difícil empresa de una revolucion religiosa en la Abisinia; y si bien por la analogía que hay entre los dogmas de los jacobitas y los de la reforma parece mas fácil esta conversion, ello es que poquísimo éxito ha tenido el celo y sacrificios de los misioneros ingleses.

A. U.

LA PREDILECCION.

El amor maternal es á la vez la mas pura, la mas viva impresion del alma. Existe entre las hordas salvages, como entre los pueblos civilizados: amansa á los animales mas fieros, enardece á los mas tímidos; su imperio se estiende sobre todo aquel que recibe una existencia y tiene derecho á darla.

Todas las edades, todas las sectas, nos ofrecen en sus escritos, asi como en los monumentos artísticos, la descripcion y el elogio de este sentimiento profundo y sublime. Si recorremos las Escrituras Sagradas, encontraremos en ellas, con una piadosa emocion, la justicia de Salomon iluminada por un rayo de este inagotable amor. Moisés es salvado por la ingeniosa ternura de su madre; á los gritos de Agar, buscaremos una fuente que pueda devolver la vida á Ismael moribundo. Identificados con este amor lloramos al par de Raquel; y en nuestros templos, el objeto mas bello de nuestra adoracion, aquel que casi confundimos con la misma divinidad, es una madre que dando el pecho á su hijo le colma de caricias.

¡Quién lo creeria sin embargo! Este amor tan benéfico y puro, este primer alimento de la vida que semejante al maná del cielo debe ser igualmente repartido entre los hermanos, produce entre muchas madres de familia, predilecciones irresistibles que vienen á ser un manantial fecundo de males irreparables.

La siguiente anécdota, tiende á prevenir á las madres tiernas y previsoras contra estas predilecciones, que concedidas en secreto, no les ofrecen mas que tormentos y penosos combates; y que conocidas, destruyen la armonía de las familias, y causan casi siempre la desgracia de los seres preferidos.

La señora de Montcars, casada, siendo muy jóven, era madre á los 18 años de dos niños á quienes su salud no la permitió criar. En vano quiso llenar el primero y el mas dulce de los deberes, pues tuvo que ceder á la opinion de los médicos y á las instancias de su marido que la adoraba, y que no quiso dejarla soportar las fatigas de una nodriza. Cárlos y Julio de Montcars fueron criados por una buena aldeana de las cercanías de París, que parecia que con su sangre les inoculaba su salud robusta y su festivo humor.

Los dos niños, educados juntos en una dichosa conformidad de gustos, de sensacio-

nes y de primeros hábitos, experimentaron esa dulce simpatía que estrecha mas y mas los lazos sagrados de la naturaleza. Nada mas grato que ver á Cárlos, que apenas tenia dos años, sostener los primeros pasos de Julio todavia en andadores, y colocar en la boca de su hermano los panales y los bombones que se le daban. En todas partes se les veia jugar juntos con una conformidad que nadie podia distraer; la risa del uno provocaba siempre la del otro; las lágrimas de este hacian correr al momento las de su hermano; hubiérase dicho que eran dos gemelos qne entrados en una misma época en el mundo habian formado la resolucion de dividirse en él sus penas y placeres.

Hallábanse aun en la infancia, cuando madama de Montcars tuvo la esperanza de ser madre por tercera vez. Fuera casualidad, fuera efecto de una predileccion anticipada, estuvo tan alegre y satisfecha durante este último embarazo, cuanto triste y enferma habia estado durante los dos primeros. Ella no pudo disimular á su marido el deseo ardiente que esperimentaba de criar al niño que debia nacer bajo tan felices auspicios.

—Mucho lo sentiré, la dijo su esposo: no habiendo podido criar tus dos hijos mayores, te dejarás arrastrar, á pesar tuyo y aun sin pensarlo, por ciertas preferencias que en vano tratarás de disimular, y cuyo mal crecerá con la obligacion que te impongas de reprimirte. De este modo vas á esponerte á mil combates, á muchos sufrimientos; el amor maternal será para ti un suplicio.

La señora de Montcars, pareció conformarse con semejantes razones, y en cierto modo habia ya abandonado su proyecto, cuando el Museo ofreció la esposicion de las nuevas producciones de la Escuela francesa. Siendo la pintura una de las artes mas queridas de ella, se apresuró á conocer las obras mas famosas, y no tardaron sus ojos en detenerse en un cuadro encantador, en el cual se representaba una madre mirando con la espresion del pesar y de la envidia á una cabra que amamantaba á su hijo. Habia tal verdad en el cuadro, respiraban tal sentimiento las facciones de la madre, que la señora de Montcars, fuertemente conmovida, prometió en secreto aprovechar la leccion que tenia delante su vista. Tocaba ya en la época prefijada por la naturaleza, cuando su marido, que desempeñaba un alto empleo en la corte, recibió la honrosa mision de llevar en nombre de su Soberano algunos socorros á muchos departamentos, devastados por los furores de la guerra. Dejó, pues, á París poco tiempo antes del feliz acontecimiento que esperaba su muger con tanta impaciencia, y pesaroso de no poderla prodigar los cuidados del amor conyugal.

En efecto, no tardó en nacer el tercer hijo, que fue llamado Eduardo; su nacimiento costó apenas un dolor ligero á la señora de Montcars: ¡Hijo querido, decia ella oprimiéndole sobre su corazon, no he pagado bastante la felicidad de darte la vida!

La nodriza se adelantó entonces y quiso tomar al reciennacido de los brazos de su madre para darle el primer sustento; pero esta, con los ojos encendidos, gritó con ese acento penetrante del que manda:

—No, no: sufriria demasiado; y pues que el cielo ha querido que mi esposo esté ausente, me aprovecho de esta ocasion para ceder al irresistible deseo que me anima.

Y pegando los labios de su hijo á su seno, conoció al fin toda la embriaguez del amor maternal.

Su marido no tardó en volver; inquieto al principio y espantado despues con el temor de que las fatigas y cuidados agotasen las fuerzas de su esposa, fue tranquilizándose por momentos, pues cada dia notaba que las fuerzas de la madre crecian al par que su hijo se desarrollaba; por lo tanto, lejos de dirigirle la menor reconvencion, se contentó con prevenirla de nuevo contra la predileccion que iba á tener precision de combatir.

Asi transcurrieron algunos años; los tres jóvenes nacidos cada cual en el intervalo de un año, se encontraron cuando tuvieron once, dotados casi de las mismas fuerzas y de las mismas facultades. Sus padres les repartian por igual sus regalos y caricias, para que nunca la menor preferencia pudiera escitar en ellos esa funesta envidia que se arraiga en todas las almas vírgenes, como una planta venenosa en un terreno cultivado por primera vez. La señora de Montcars, observada sin cesar por su marido, deseando convencerle de que una muger sensata puede defenderse de toda predileccion maternal, disimuló con tanta prudencia y valor la que esperimentaba diariamente por Eduardo, que terminó por demostrarle menos cariño, con el temor de concederle mas que á los demas. Apercibióse el niño de ello, y aun creyó notar que, cuando delante de sus hermanos prodigaba á su madre las caricias mas tiernas, esta esperimentaba una especie de sufrimiento, y que algunas veces lo rechazaba de su seno. El pobre Eduardo era el único que notaba esta turbacion irresistible de la señora de Montcars. Insensiblemente la circunspeccion de la madre dió origen á la timidez del niño, que tomando su embarazo por indiferencia, concibió un pesar profundo que lo puso á las puertas de la muerte. La señora de Montcars desolada, no abandonaba el lecho donde reposaba aquella cabeza tan querida, aquella linda figura descolorida, á quien procuraba reanimar con sus besos y con el calor de su aliento vivificador. En un momento de delirio el niño dejó escapar estas palabras que fueron un rayo de luz para la señora de Montcars:

—¡Ya no me ama á mí, á quien ha ali-

mentado con su sangre; á mí, que soy dos veces hijo suyo!...

La tierna madre prometió entonces devolver por grados á su querido hijo las caricias de que le habia privado, y aun de desengañarle cuando estuviera fuera de peligro. Un dia que este interesante enfermo estaba tendido en el sofá del salon, su madre entró de repente, y creyéndole sumergido en un sueño profundo, cerró todas las puertas, colocó dulcemente un sitial cerca del sofá, y contempló algun tiempo en silencio aquel semblante encantador en el cual se leia la paz de los ángeles. Acercóse todavia un poco mas, y tomando con precaucion una mano de su hijo que cubrió de lágrimas y besos, esclamó:

—Duerme en paz, hijo querido, tú no sabes lo que yo te amo; las palabras desgarradoras que en medio de tu delirio han pronunciado tus lábios, me han advertido ¡ay! demasiado tarde que has dudado de mi ternura; mi cuidado en ocultarte mi amor escesivo, los combates secretos que esperimentaba sin cesar, han producido este fatal error; asi es que el esceso de mi cariño ha podido costarte la vida.

El jóven convaleciente, no pudiendo reprimir la emocion que esperimentaba, tornó su semblante al lado opuesto del que ocupaba su madre á fin de que esta no se apercibiera de las lágrimas que se escapaban de sus ojos. Madama de Montcars, creyéndole dormido de nuevo, continuó asi:

—Pobre hijo mio, cuánto te he hecho sufrir! ¡Ah! yo sabré indemnizarte de las privaciones que me han costado mas que á ti. El cielo me ha perdonado, pues oyendo mis súplicas te devuelve la vida. ¿Me perdonarás tú como él?

—Sí, madre mia, gritó Eduardo arrojándose en sus brazos.

Su alegría no le permitiò decir mas; la de su madre no era menos viva, y ambos confundian sus amantes caricias, cuando el señor de Montcars entró acompañado de sus dos hijos mayores. Eduardo guardó silencio sobre la confesion del amor maternal que le volvia á la vida; recobró sus fuerzas como por encanto, y no tardó en volver á sus paseos, á sus juegos y á sus estudios de costumbre.

Cárlos y Julio no se apercibieron al principio de la predileccion de su madre, pues todas las caricias que le prodigaba las atribuyeron á los cuidados que se deben á un convaleciente.

El dolor que la señora de Montcars habia esperimentado al lado de su hijo enfermo, el temor de esponerle al menosprecio, al sufrimiento que habian puesto sus dias en tan grave peligro, atormentaban á esta madre demasiado previsora, que pasando de un estremo á otro, descuidó por él á los otros dos niños. Cada vez, sin embargo, que sus ojos se detenian en Eduardo, creia que Cárlos y Julio adivinaban su pensamiento, y se apresuraba entonces á apartar sus miradas del tierno objeto de su predileccion, y fijarlas en sus hermanos como en expiacion de su falta. De los tres niños recibia constantemente flores; las que eran presentadas por el mas jóven se encontraban voluntariamente colocadas sobre el seno que le habia alimentado, y del cual no tardaba en arrancarlas temerosa de una preferencia culpable. No pasaba un solo dia, un solo instante, sin que la desgraciada madre, vigilante de sí misma, no temiera introducir con una palabra, con un gesto la turbacion en su familia.

La mas dulce amistad reinó entre ellos mientras que vivió el señor de Montcars; sus ojos siempre fijos sobre su esposa, cuya debilidad sospechaba, y los consejos saludables que la daba cuando se abandonaba á sus preferencias por Eduardo, la obligaron á que repartiera por igual su ternura entre sus tres hijos; pero este padre escelente, atacado de una enfermedad causada por largos viages y por un esceso de trabajo, fue arrebatado repentinamente á su familia desconsolada, á un gran número de amigos que le estimaban, y á su pais, al cual habia servido largo tiempo con honor.

Desde esta época funesta, madama de Montcars se entregó sin temor á toda su predileccion; apresuróse á poner á sus hijos mayores en un colegio, y bajo el pretesto de que el menor era todavia muy jóven, á pesar de haber pasado los 12 años, lo retuvo á su lado. Fácil es de presumir la ternura, las caricias que rodearon desde luego á este hijo querido. Ninguna persona interesada, ningun ojo indiscreto ó celoso podia reconvenirla ni contenerla en las efusiones de su amor. ¡De cuántos cuidados fue objeto Eduardo!... Apenas se entregaba algunos instantes al estudio que exigia su educacion, venia su madre á proponerle un paseo, alguna visita en donde se acostumbrase á los usos del mundo ó á la asistencia á espectáculos teatrales, que segun ella, bastaban para formar su talento y su corazon. A esas costumbres peligrosas unió Eduardo bien pronto la de gastar profusamente; vestido siempre por el sastre que mas en boga se hallaba, era todo un elegante, mientras que sus hermanos contrastaban con él notablemente por la humildad de sus trages de colegio. En tanto que los dos mayores estuvieron enteramente entregados á sus estudios, no observaron la estraña diferencia que habia establecido su madre entre ellos y su hermano menor.

El placer de encontrarse en la casa paterna, á la cual iban muy rara vez, y la dicha de volver á ver á su madre, no les permitian hacer la menor observacion sobre ello. Sus mayores goces y su única ambi-

cion consistian en el deseo de ocupar los primeros puestos de la clase, en obtener un premio en la Universidad, y en ir á ofrecer sus laureles á la que les habia dado la vida.

Entretanto la señora de Montcars se hallaba muchas veces acosada por el tutor de sus hijos, hombre de un mérito reconocido, para que tomara con Eduardo el mismo partido que habia adoptado con sus dos hermanos; pero ella supo eludir siempre esta cuestion con destreza, y acabó por declarar que su tercer hijo sentia una aversion estraordinaria á las ciencias y á la literatura, y que solo anunciaba alguna inclinacion hácia las artes. Por lo tanto, resolvió, no teniendo valor para separarse de él, darle un maestro de lengua francesa, y enviarle en clase de discípulo á casa de un pintor célebre, para que se entregara á la profesion que al parecer le gustaba, y para la cual se imaginaba tener grandes disposiciones. Eduardo llegó al cabo á los 16 años, sin saber apenas pintar una cabeza, envanecido de su buena figura, corriendo con su madre todos los espectáculos, los bailes y los conciertos; gastando él solo el doble de lo que gastaban sus hermanos, adquirió la reputacion de un necio á la moda, siendo objeto de la burla de todos. Solamente la señora de Montcars era la que lo consideraba como un prodigio de talento y de buen tono, y la que esperaba fuese un dia el honor y el sosten de su familia.

Bien pronto Cárlos y Julio terminaron sus estudios. Habian adquirido en medio de sus numerosos compañeros ese carácter varonil y franco que adquieren los estudiantes con el trato mútuo, y que conduce á no estimar al hombre sino por lo que vale, y volvieron al lado de su madre en la época de las vacaciones, en cuyo tiempo trataron de elegir una carrera. Ambos querian ser hombres útiles, y aprovecharse de los buenos estudios que habian hecho. Cárlos queria ser abogado, Julio tenia la ambicion de reemplazar á su padre en el consejo de Estado. Fue decidido que ambos siguieran la carrera á que se inclinaban; pero como la señora de Montcars vivia en la Chaussé d'Antin y los dos jóvenes tendrian que hacer diariamente una travesía penosa, les anunció que los pondria en una pension dentro de la cual podrian seguir sus estudios. Los dos hermanos que salian del colegio en donde habian pasado siete años, y que se imaginaban compartir con Eduardo los goces de la vida y la dulzura del techo paternal, esperimentaron por la primera vez un sentimiento secreto de celos que hizo sufrir mucho á Eduardo. Empezaron á burlarse de él por su afeminacion y sus maneras pedantescas. Picado Eduardo, quiso á su vez burlarse de sus hermanos sobre sus pies, sobre sus maneras ordinarias, en una palabra, sobre esa especie de sencillez salvaje que se nota en los que acaban de salir de un colegio: pero como no tenia ni el talento, ni la instruccion de Cárlos y de Julio, sucumbió en esta lucha desigual, lo cual hirió vivamente su amor propio, y le hizo prorumpir en palabras picantes; las injurias condujeron á las amenazas, preludio aflictivo de la desunion que se establecia entre ellos; presagio funesto de la discordia que los dividiria para siempre.

La señora de Montcars al reñir á Cárlos y á Julio hubiera temido causar á su Benjamin el menor disgusto; por lo tanto, desde el momento en que se aproximó la apertura del curso no pensó en otra cosa que en alejarlos de su casa. Estos dos jóvenes amables se distinguieron en la Universidad, no menos que en el colegio, y se hicieron notar por su mérito y exactitud al trabajo. Durante los tres años de sus nuevos estudios, venian regularmente á pasar el domingo con su madre, en donde adquirieron insensiblemente las maneras desembarazadas, no de los elegantes del dia, como lo habia hecho Eduardo, sino de esa juventud brillante y laboriosa, honor de las familias y esperanza de la patria. Fácilmente se apercibieron de las prerogativas que gozaba su hermano menor, á pesar de las precauciones que tomó su madre para disimularlas, y se quejaron por ello á su tutor. Este creyó de su deber prevenir á su madre; pero ella no vió en tan justas quejas mas que una envidia importuna, ante la cual no quiso ceder en su predileccion; dejó escapar algunas reconvenciones amargas, y este rasgo imprudente no hizo mas que acrecentar la discordia establecida entre Eduardo y sus hermanos. Desde este momento ambos se apresuraron á ridiculizar á su hermano: llamábanle el niño mimado, el marquesito, y notando que su madre los recibia con alguna frialdad, se fueron alejando poco á poco de su casa sin mas que volver alguna vez á ella á rendir á su madre los homenajes dictados por el deber y la gratitud. Esto era lo que deseaba Eduardo; y desde el momento en que se encontró sola, se entregó mas que nunca á su orgullo insensato, á la disipacion mas estravagante, y merced á sus malas compañías, llegó á contraer ciertas deudas que se apresuró á cubrir la señora de Montcars.

Entretanto Cárlos y Julio terminaron con feliz éxito sus carreras. El uno se habia inscrito ya entre los abogados del tribunal de París, y el otro habia sido admitido de supernumerario en las secciones del consejo de Estado. Los dos habian llegado á la edad de 21 años, señalada por la ley para su mayoría; y aunque sabian que casi toda la fortuna de que gozaba su madre permanecia, y aunque les constaba la desigual particion que hacia de las rentas que subian á cerca de veinte mil francos, no quisieron exigir la rendicion de las

cuentas hasta que su hermano Eduardo fuera como ellos mayor de edad. Contentáronse, pues, con la pension de mil quinientos francos que pasaban á cada uno, y encontrando en su trabajo y en su talento recursos suficientes para sufragar sus necesidades, creyeron un deber dar á su madre semejante prueba de respeto filial. Comovida de semejante deferencia, quiso devolverles una parte de su ternura y atraerlos con mas frecuencia á su casa. Su deseo entonces era hacer que armonizasen mas con Euardo, y establecer entre ellos esa concordia, que es el primer tesoro de una madre de familia; pero su fatal predileccion habia destruido completamente la armonía fraternal. Cárlos y Julio por pura bondad cesaron de colmar á Eduardo de sus burlas mordaces: fingieron aun ignorar sus prodigalidades y el ataque que con ellas daba á sus derechos hereditarios; el lazo fraternal no existia mas que entre los mayores. La señora de Montcars gemía frecuentemente; pero una voz secreta le decia que aquella era su obra y la impedia quejarse abiertamente.

Lo que parecia aun establecer una línea de demarcacion entre Eduardo y sus hermanos, era la alta consideracion que adquirian diariamente, mientras que el tierno objeto de una ciega parcialidad no tenia apoyo alguno en el mundo. Eduardo se habia cansado de la pintura, y se habia entregado á la música; vagando de un estudio á otro, sin objeto, sin discernimiento y sin perseverancia, habia venido á ser uno de esos hombres desocupados, que creyendo evitar el enojo que por todas partes le sigue, acogen por casualidad la primera distraccion que se les presenta sin reflexionar si podrá perjudicar su reposo, alterar su salud y comprometer su honra. Eduardo á los 21 años no sabia mas que jugar á la pelota, montar regularmente á caballo, copiar algunos paisages y acompañarse al harpa las canciones modernas. Sus relaciones con sus hermanos, que eran muy raras, solo se encontraban alguna vez que otra en casa de su madre, que siempre arrastrada por su invencible predileccion, aunque haciendo justicia á las cualidades, al mérito de sus hijos mayores, no cesaba de encontrar en el objeto de sus afecciones el querido compañero de su vida privada, al ejecutor complaciente de todos sus caprichos. Eduardo, que sin cesar tenia necesidad de acudir á la bolsa de su madre, desataba los cordones con una gracia encantadora; atenciones cariñosas, súplicas sentimentales, respetuosa ternura, nada descuidaba para conservar el imperio que ejercia sobre la señora de Montcars hasta el punto de privarse esta de todo por subvenir á los gastos escesivos. Jamas Cárlos ni Julio la dirigieron la menor reconvencion; seguros de que no podia enagenar ninguna finca de las que constituian su fortuna, la dejaban generosamente que participase completamente de sus rentas. Ademas habian rehusado ya hacia algun tiempo recibir la pension de mil quinientos francos que su madre les daba á cada uno, pues su posicion los ponia ya en el caso de no necesitar de semejante socorro.

Este rasgo de confianza y de grandeza de alma fue seguida de otra prueba que manifestaba los nobles sentimientos de que se hallaban animados. Arastrado Eduardo á una casa de juego habia contraido sobre su palabra una deuda de honor de 10,000 francos que debia ser satisfecha en el plazo de tres dias. Inutilmente habia implorado el auxilio de algunos amigos. La señora de Montcars que habia notado la sombria inquietud de sus facciones, le abrumó á preguntas, hasta que obtuvo la confesion de su falta y la cruel imposibilidad de repararla. La sensible madre no encontró otro medio para sacar á su hijo de la falsa posicion en que se hallaba, que vender su guarda-joyas, el cual contenia cerca de 12,000 francos en diamantes. Dirigióse, pues, á su joyero, con quien tenia confianza su hijo el abogado, el cual creyó deber prevenir á este último de la estraña resolucion de su madre. No le costó mucho á Cárlos adivinar que los gastos inmoderados de Eduardo, habian determinado á su madre á hacer este sacrificio; y entendiéndose con Julio, pagaron cada uno seis mil francos al joyero, el cual los puso en manos de la señora de Montcars, como si fuera el precio de su guarda-joyas. Esta que reunia generalmente el dia de su cumpleaños un gran número de convidados, encontró sobre su tocador el mismo cofrecito del que se habia desprendido con tanto pesar, y dentro del cual se hallaba un billete concebido en estos términos:

—«Nuestro padre fue feliz al regalároslo: nosotros lo somos mas al devolvéroslo.»

La señora de Montcars arrojó un grito de sorpresa y de alegria, y creyó de su deber divulgar el generoso y tierno homenage de sus dos hijos mayores, ocultando, sin embargo, con cuidado, la causa secreta de la privacion que se habia impuesto. Por la primera vez despues de mucho tiempo, estrechó con embriaguez contra su pecho á Cárlos y Julio que compartieron con ella la viva emocion que sentia. Eduardo no supo hasta entonces el sacrificio que su madre habia hecho por él, y esperimentó ante sus hermanos una confusion que se pintaba en todas sus facciones, la cual no dejó de percibir la señora de Montcars. En ella creyó ver el arrepentimiento sincero de su hijo culpable, y la resolucion de imitar á sus dos hermanos mayores, haciéndola de este modo la mas dichosa de las madres.

Durante algun tiempo Eduardo pareció en efecto resistir á las funestas inclinaciones que le dominaban. Ya no salia á caballo, volvia

á una hora menos avanzada de la noche; no se entretenia tanto en su tocador, almorzaba casi todos los dias con su madre; y finalmente, al cabo de dos meses, no habia acudido á su bolsillo mas que para tomar un billete de quinientos francos con objeto de saldar la cuenta de su sastre.

—¡Dichoso cambio! se decia la señora de Montcars, ¡ah, cuánto me alegro de no haber irritado su carácter vivo y ligero, de no haber afligido su corazon confiado y mucho mas sensible de lo que creia!..... No es mas que un atolondrado que nunca tuvo la idea de hacer mal alguno. Finalmente, la buena madre atribuia este cambio á la leccion que habia recibido á vista del generoso proceder de sus hermanos.

Una mañana que se hallaba sola en su gabinete, y que Eduardo contra toda su costumbre no habia parecido á almorzar con ella, entró el respetable tutor de sus hijos. Mas de una vez este hombre honrado se habia atrevido á reprehender á la madre su culpable debilidad, y al hijo preferido su conducta desordenada; pero apenas uno y otro habian prestado atencion á sus consejos. El lenguaje indulgente que empleaba era para ellos el enojoso sermon de un censor austero. La señora de Montcars viéndole esperó algunas reconvenciones. Recibiólo, pues, con todas las consideraciones que merecia su carácter, mas no sin la desconfianza que produce una ciega prevencion, cuando el buen tutor, sin preámbulo ni mas requisitos preparatorios, la anunció que era necesario rendir cuentas á sus hijos de la fortuna de su padre.

—Yo creia, respondió ella notablemente alterada, que Cárlos y Julio esperarian la mayoría de su hermano.

—Vuestro hijo Eduardo ha cumplido hoy 21 años.

—Ah, ya, en efecto; hoy es 15 de Setiembre, repuso la señora de Montcars, sonriendo amargamente. Parece que contaban los instantes con alguna impaciencia..... Nunca hubiera creido que mis dos hijos mayores...

—No vengo en sus nombres, señora, á desempeñar semejante comision, vengo solo accediendo á la solicitud de vuestro hijo Eduardo.

—¿Qué?

—La verdad, señora: concibo que es cruel; y la terrible leccion que recibís debe espantar á todas las madres que se dejan llevar de funestas preferencias. Sabed, pues, que vuestro Eduardo no aspiraba sino á llegar á la época, demasiado tardia á su parecer, en que debia obtener su legítima. Impulsado con la idea de falsas especulaciones, rodeado de astutos intrigantes que alhagan su vanidad y despiertan su ambicion, espera gozar lo mas pronto posible de la parte que le pertenezca en la fortuna de su padre. Como no osaba en vuestra presencia reclamar los intereses que vuestra facilísima generosidad le ha adelantado con perjuicio de sus hermanos, me ha declarado que habia encargado hacia ocho dias un poder para que me entendiera con vos, y que con el arreglo que hiciéramos se compensarian las rentas de sus bienes con los recibos que teneis de él.

—Yo! gritó la señora de Montcars, llena de sorpresa y de indignacion; nunca tuve la idea de obtener de él el menor escrito; yo le daba con embriaguez mis economías y hasta el producto de mis privaciones; yo he vendido por él mis diamantes, yo le hubiera dado mi sangre, mi vida..... ¡y pagar tanto amor, tantos combates secretos, tan numerosos sacrificios, con la mas negra ingratitud!

A estas palabras paralizósele la lengua, esparcióse sobre su semblante la palidez de la muerte, y cayó en un sofá sin movimiento y como privada de razon. Sus ojos descarriados buscaban por todas partes á el hijo que mas habia amado, al que mas habia colmado con sus caricias. Sus lábios temblorosos y descoloridos no dejaban escapar mas que estas palabras:

—¡Eduardo, hijo cruel, asi desgarras el seno de tu madre!

Despues levantándose de repente añadió.

—Quiero verlo, quiero hacerle retractar de sus palabras, pero ¡ah! no se atreverá á sostener mi mirada, no osará ponerse delante de mí.

—Ah, señora, vuestro hijo se ha evitado este disgusto alejándose de Paris; esta misma mañana ha salido para Burdeos, á donde le conduce una de esas Frynés brillantes, que se encuentran en las casas de juego, y la cual ha llegado á apoderarse de su corazon incauto y de su cabeza ligera, para devorar su legítima bajo el falso pretesto de intentar un cambio de fortuna.

Cuando el austero tutor acabó de hablar, entraron de repente Cárlos y Julio de Montcars, los cuales se arrojaron precipitadamente en los brazos de su madre. Esta no pudo articular un acento; pero su palidez y sus sollozos decian todo lo que sufria en aquellos instantes. Sus hijos trataron de calmar su estrema agitacion y hacerla volver en su acuerdo; y cuando al fin abrió los ojos y los vió á sus pies repitiéndola con una espresion respetuosa y tierna: «Si perdeis un hijo, os quedan dos todavia;» la señora de Montcars inundada en lágrimas esclamó:

—He sido injusta, he sido culpable con vosotros, y ¡hé aqui cómo os vengais!

Y estrechándolos al fin contra su pecho, les hizo conocer que ocupaban ya el lugar que les correspondia.

A la mañana siguiente se procedió al arreglo de la cuenta; subia esta á 480,000 francos, lo que formaba un dividendo para ca-

da uno de los tres hijos de 160,000 francos. Cárlos y Julio no ignoraban el uso que habia hecho su madre de los intereses de este capital; conocian que se hallaba en la imposibilidad de devolverlos, encontrándose por lo tanto reducida á una viudedad de tres mil francos de renta. En su consecuencia, se encargaron de llenar la porcion que tocaba á su hermano, lo cual hizo subir su legítima á cerca de 200,000 francos que recibió en Burdeos. Cárlos y Julio no tardaron en hacer un casamiento ventajoso, que con su fortuna particular y el producto de sus profesiones, les pusieron en estado de ofrecer á su madre un rango digno de ella; pero la señora de Montcars no quiso recibir mas que la viudedad que le habia dejado su marido, pues habiendo hecho en su concepto un mal uso de la fortuna que habia gozado durante la minoria de sus hijos, queria expiar su falta. Por otra parte, viviendo casi siempre ya con uno, ya con otro de sus hijos, y colmada por ellos de esas ofrendas que la piedad filial confia á la delicadeza, no esperimentaba ninguna necesidad.

Su alma empezaba ya á reponerse de la violenta sacudida que habia recibido; la ingratitud de Eduardo habia abierto sin duda una herida dolorosa en su corazon, pero esta herida se hacia menos penosa diariamente con las atenciones de que Julio y Cárlos la rodeaban. Un dia recibió una carta con el sello de Burdeos, cuya lectura la hizo estremecer. Esta carta era en efecto de aquel Benjamin, de su querido Eduardo, que cual otro hijo pródigo, habia sido engañado por una sirena colocándolo en una funesta pendiente. Arruinado, sin recursos, completamente desnudo, y sin tener para llenar las necesidades mas apremiantes, volvia á los pies de su madre á reclamar, no el perdon de sus faltas, pues se consideraba demasiado culpable, sino la piedad que no puede rehusarse al desgraciado, la limosna que se concede al indigente.

Esta carta volvió á abrir la herida apenas cicatrizada de la señora de Montcars que haciendo al principio un misterio de ella á sus dos hijos, se apresuró á enviar al infortunado á quien tanto habia querido los primeros auxilios contra la necesidad. Pero su asistencia fue en proporcion á sus escasos medios: hubiera considerado un abuso pedir un socorro á sus hijos mayores, para aliviar al que les habia privado de una parte de su legítima. El guarda-joyas que habia recibido en otro tiempo de mano de sus hijos, lo habia repartido en las dos jóvenes que se habian casado con Cárlos y Julio. Con algunas alhajas que aun le restaban envió algunos recursos á Eduardo, con objeto de que se procurara en Burdeos un empleo que pudiera producirle una honrada subsistencia; pero apenas sabia escribir correctamente; no tenia idea alguna del comercio ni de las leyes. La pintura que habia abandonado y la música que apenas ejercitaba, no podian ofrecerle recursos suficientes. ¡Oh, cuánto tuvo que sufrir! ¡Cuántos pesares causó á su madre! El mas bochornoso de todos fue la necesidad de implorar la conmiseracion de Julio y de Cárlos, quienes le aseguraron una pension alimenticia, bastante á impedir que deshonrara el nombre que llevaba; pero con la condicion espresa de que nunca pareceria ante ellos, y que nunca mancharia con su presencia el humilde y pacífico hogar de su madre. Por duras que fueran estas condiciones, no eran mas que el justo efecto de la discordia que la señora de Montcars habia introducido entre sus hijos! Fuele, pues, necesario acceder á ellas. Eduardo, reducido á lo estrictamente necesario, humillado por la piedad de sus hermanos, vivió largo tiempo desterrado de su familia, y en un tormento, que recordándole sin cesar las locuras de su juventud, hácia que la maldijera diariamente. Al fin, gracias á la gran bondad de su madre, obtuvo el permiso de volver á Paris. Julio de Montcars con su poderoso influjo obtuvo para él un empleo módico de 1,500 francos, en el cual vegetó durante su vida. Jamás podia sin un sufrimiento escesivo comparar su triste suerte á la de sus hermanos, que felices y opulentos, gozaron de una alta consideracion. Vivió celibato, no tuvo afinidad alguna; fue en el mundo lo que en los primeros dias de primavera es en el bosque un árbol sin ramas y despojado de verdura: turbó el reposo de su madre, enojó su vida, entristeció su vejez; y cada vez que la señora de Montcars fijaba en él la mirada maternal, otras veces tan alegre y tierna, parecia decirle:

—«Hé aquí á donde nos han conducido mi ciega ternura, mi culpable predileccion.»

M. F.

CONSTANTINOPLA.

Y LA EMBOCADURA DEL BÓSFORO.



si los viageros antiguos como los modernos no hallan bastantes elogios para celebrar las bellezas del Bósforo, y los diversos puntos de vista que presenta Constantinopla. Hasta el mismo general Andreosi en su erudita y científica descripcion de Constantinopla y sus cercanias, no ha podido dejar de consagrar algunas páginas á las mágicas orillas de aquel estrecho. Sin embargo, reproduciremos con preferencia algunas páginas del viage á Oriente de M. de Lamartine, en las que retrata con tanta verdad como elegancia los principales objetos que llaman la atencion del viagero afortunado que puede navegar en el Bósforo.

«A las cinco de la tarde estaba yo de pie sobre el puente; el capitan hizo botar un esquife al mar; salté con él y nos hicimos á la vela hácia la embocadura del Bósforo, alejándonos de los muros de Constantinopla que el mar llega á bañar; despues de media hora de navegacion por medio de un sin número de navios anclados, llegamos á los muros del serrallo, que hacen la continuacion de los de la ciudad, y forman en la extremidad de la colina que sostiene á Stamboul, el ángulo que separa el mar de Mármara del canal del Bósforo y del *cuerno de oro* ó grande rada interior de Constantinopla; alli es donde Dios y el hombre, la naturaleza y el arte han colocado ó creado de consuno el punto de vista mas maravilloso que es capaz de mirar y contemplar jamas el hombre sobre la tierra; al verlo lancé un grito involuntario, y olvidé desde entonces para siempre el golfo de Nápoles y todos sus encantos; en una palabra, es este grupo tan magnífico y gracioso, que seria injuriar á la creacion el querer compararlo con algo en el universo.

Las murallas que sostienen los terraplenes circulares de los inmensos jardines del gran serrallo estaban á algunos pasos á nuestra izquierda, separados de la mar por un estrecho levantado por un lado con trozos de piedra dura, que las olas lamen sin cesar, y donde la corriente perpétua del Bósforo forma pequeñas oleadas murmurantes y azuladas como las aguas del Ródano en Ginebra; estos terraplenes, que se elevan en pendientes insensibles hasta el palacio del Sultan, cuyas cúpulas doradas se divisaban al través de las cimas gigantescas de plátanos y cipreses enormes, los cuales tienen los troncos mas altos que los muros, y sus ramages saliendo fuera de los jardines, están pendientes sobre el mar, en tejidos espesos de ramas á manera de sábanas que sombrean los caiques. A la frescura que ella presta se acogen y se paran de cuando en cuando los patrones de estos barcos; de trecho en trecho son interrumpidos estos grupos de árboles por palacios, pabellones, kioscos, puertas esculpidas y doradas que abren sobre el mar, ó baterías de cañones de cobre y bronce de figuras estrañas y antiguas; las ventanas enrejadas de estos palacios marítimos, que hacen parte del serrallo, dan sobre las olas, y se vé al través de las persianas el centelleo que producen los realces y dorados de los cielos rasos de las habitaciones; á cada paso se hallan elegantes fuentes moriscas embutidas en los muros del serrallo, que corren de lo alto de los jardines y susurran en grandes conchas de marmol, convidando á los pasageros con su murmullo que pueden en ellas apagar la sed; en sus alrededores están tendidos algunos soldados turcos, y un sin número de perros sin dueño

discurren á lo largo del muelle, estando echados algunos en las bocas de los cañones de grueso calibre.

A medida que avanzaba la canoa á lo largo de estas murallas, el horizonte se ensanchaba delante de nosotros, se acercaba la costa de Asia, y la embocadura del Bósforo comenzaba á delinearse á la vista, entre otras opuestas, que parecian pintadas con todos los matices del arco-iris; aquí nos paramos de nuevo; la risueña costa del Asia, distante de nosotros como una milla, se quedaba á nuestra derecha toda cortada de anchas y altas colinas, cuyas cimas eran negros bosques de puntiagudas cabezas, las faldas de campos rodeadas de hileras anchas de árboles, á manera de franjas, sembradas de casas pintadas de encarnado, y los bordes de las torronteras cortados á pico y como tapizados de verdes plantas y de sicomoros, cuyas ramas están bañándose en el agua; á alguna distancia, se elevaban estas colinas algo mas, despues descendian otra vez en playas lozanas y formaban un ancho cabo avanzado, en el que habia como una gran ciudad; esta era Scútari con sus grandes cuarteles blancos, parecidos á un castillo real, con sus mezquitas rodeadas de resplandecientes minaretes, con sus muelles y ensenadas, guarnecidas en las orillas de casas, bazares, caiques acogidos á la sombra, debajo de los emparrados ó de los plátanos, y por último con la sombria y profunda selva de cipreses, que cubre la ciudad; al través de sus ramas brillaban con una claridad lúgubre los innumerables monumentos blancos que habia en los cementerios turcos; á la otra parte de la punta ó extremidad de Scútari, terminada por un islote sobre el cual se halla una capilla turca llamada *la Tumba de la Niña*, se entreabria y parecia huir el Bósforo, como un rio encajonado entre montañas sombrias, cuyos ángulos salientes y reentrantes, sus torronteras y sus bosques se correspondian de una á otra orilla, distinguiéndose á sus pies hasta perderse de vista una cadena no interrumpida de aldeas, de lanchas, unas ancladas y otras dadas á la vela, de puertos pequeños, y á la sombra de algunos árboles, casas diseminadas, y palacios magníficos con sus jardines de flores sobre el mar.

A costa de algunas remadas pasamos adelante y llegamos el punto fijo del cuerno de oro, donde se goza á la vez de la perspectiva del Bósforo, del mar de Mármara, y en una palabra, de la vista entera del puerto, ó por mejor decir, del mar interior de Constantinopla; allí olvidamos aquel pequeño mar, olvidamos la costa de Asia, y tambien el Bósforo, para contemplar solamente, sin quitar la vista de la especie de estanque, que hace el cuerno de oro, y las siete ciudades, suspendidas sobre las siete colinas de Constantinopla, convergentes todas hácia el brazo de mar que forma la ciudad única é incomparable, la que es á un tiempo ciudad, campo, mar y puerto, y al mismo tiempo á orillas del rio, jardines, montañas escabrosas, valles profundos, un océano de casas, un hormiguero de naves y calles, lagos pacificos y soledades encantadas; vista, repito, que es imposible á ningun pincel el presentarla, sino en algunas de sus particularidades; vista donde cada bogada arrebata la mirada escudriñadora y al mismo tiempo el alma á un aspecto y á unas impresiones diametralmente opuestas.

Nos hicimos á la vela hácia las colinas de Galata y de Pera; el serrallo se alejaba de nosotros y se hacia mayor á medida que la vista abrazaba mas los vastos contornos de sus murallas y la multitud de sus cenefas, de sus árboles, de sus kioscos y de sus palacios. Tendria por sí solo bastante capacidad donde asentar una gran ciudad. El puerto se iba profundizando cada vez mas delante de nosotros, y circulaba como un canal entre faldas de montañas encorvadas que se ensancha al paso que se avanza. En nada parece este puerto á lo que es; mas bien es un ancho rio, como el Támesis, ceñidos sus dos lados de colinas cargadas de ciudades y cubierto sobre una y otra orilla de una flota interminable de naos agrupadas y ancladas á lo largo de las casas. Pasamos al través de esta multitud innumerable de embarcaciones, las unas al áncora, las otras á la vela navegando hácia el Bósforo, ó ya al Mar Negro ó al de Mármara; embarcaciones de todas clases de figuras, con diversos pabellones; mas adelante vimos la barca árabe, cuya proa se lanza y eleva como el pico de las galeras antiguas, hasta la nave de tres puentes con sus murallas relucientes de bronce. Grupos ó bandadas de caiques turcos con solo dos ó tres remeros con mangas de seda; estos pequeños barcos sirven de carruages de porteo en las calles marítimas de esta ciudad anfibia, circulando entre las otras grandes masas, entre las cuales se cruzan unas y otras, se topan sin volcarse, y se dan codazos como las gentes en las plazas públicas; bandadas de alavastres semejantes á bellos pichones blancos se levantaban de la mar al llegar alguien para ir á colocarse mas lejos y hacerse mecer por las olas. No intentaría contar los navíos, los *briks* y embarcaciones y barcas, que están durmiendo ó vagando en las aguas de Constantinopla, desde la embocadura del Bósforo y la punta del serrallo hasta el arrabal de Eyoub y hasta los deliciosos valles de las aguas dulces. El Támesis en Lóndres no ofrece nada en comparacion de este estrecho. Baste decir para poder formar idea de lo que es, que sin contar la flota turca y las embarcaciones de guerra europeas ancladas en medio del canal,

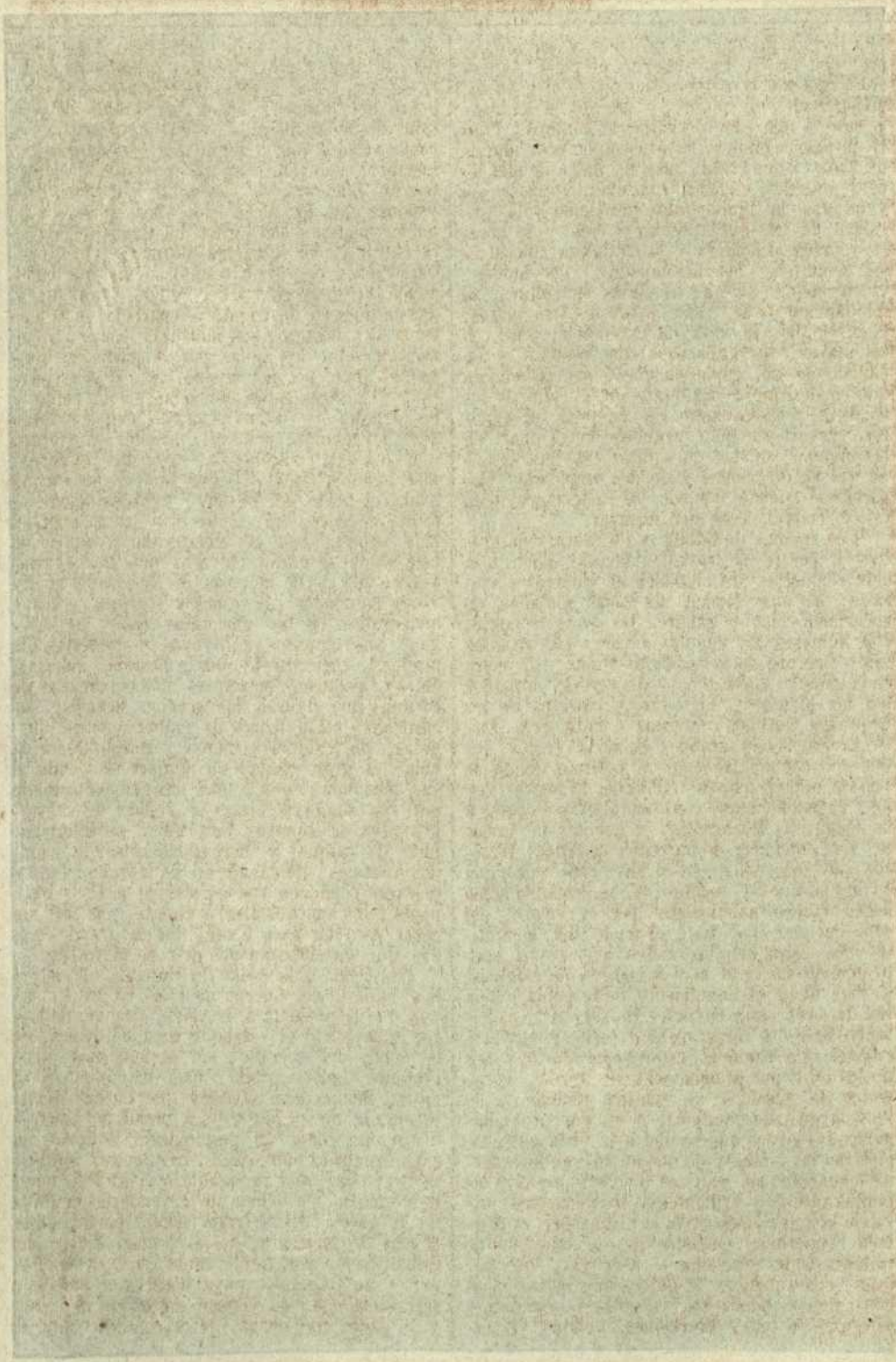
las dos costas del Cuerno de oro están cubiertas de dos ó tres embarcaciones de fondo y en una anchura de una legua junto á los dos lados. No hicimos sino entrever estas hileras prolongadas de proas, mirando al mar, perdiéndose nuestra vista allá á lo hondo del golfo, que se angostaba internándose en la tierra en un verdadero bosque de mástiles. Abordamos al pie de la ciudad de Pera, no lejos de un soberbio cuartel de artilleros, cuyos terraplenes estaban techados y embarados de cureñas y cañones. Una admirable fuente morisca, construida en forma de pagóda indiana con su marmol cincelado y pintado de relucientes colores, estaba cortada como un encage sobre un fondo de seda, y derramaba el agua en una pequeña plaza. Esta estaba ocupada de fardos, de mercaderias, de caballos, de perros sin dueño, y de turcos en grupos que fumaban á la sombra; los barqueros de los caiques estaban sentados multitud de ellos en los brocalles del muelle, esperando á sus amos ó solicitando pasageros; esta es una bella raza de hombres cuyos trages realzan mas y mas su belleza. Usan unos calzoncillos blancos con pliegues del ancho de los que se echan á los zagalejos; se los ajustan en medio del cuerpo con un cinturon carmesí; la cabeza la tienen cubierta de un pequeño bonete griego de lana encarnada, y en lo alto una larga borla de seda que cae pendiente detrás de la cabeza; el cuello y el pecho los llevan desnudos; las espaldas y los brazos los cubre una ancha camisa de seda cruda con grandes mangas colgando. Sus caiques son estrechas canoas de veinte á treinta pies de largo y dos ó tres de ancho, de madera de nogal barnizada y luciente como caoba. La proa de estos botes es tan aguda como la punta de una lanza, y corta el agua como si fuera un cuchillo. La forma estrecha de estos caiques les hace ser mas peligrosos é incómodos para los francos, que no están acostumbrados á ellos; son propensos á zozobrar al menor balance de un pie torpe que los mueva. Es necesario ir tendidos como los turcos en su fondo, y cuidar de que el peso del cuerpo vaya compartido igualmente en sus dos lados. Los hay de diferentes tamaños, aunque todos de la misma forma, y hasta de capacidad tal que puedan llevar desde cuatro á ocho personas. Hay millares de ellos en los puertos de Constantinopla, é independientemente de los que están siempre como los coches simones al servicio del publico, cada particular acomodado de la ciudad tiene el suyo para su uso, cuyos remeros son los mismos criados. Todo el que circula en la ciudad para sus negocios se vé obligado á atravesar en el dia muchas veces el mar.

Despues de salir de esta plazuela, entramos en las calles sucias y populosas de un bazar de Pera; con la corta diferencia de los trages ofrece sobre poco mas ó menos el mismo aspecto, que los de los alrededores de los mercados de nuestras ciudades; hay casillas de madera, donde se venden pasteles ú otra especie de comidas, tiendas de barberos, vendedores de tabaco, mercaderes con legumbres y frutas; una concurrencia que no cabe y siempre activa en las calles; todos los trages y todos los idiomas de Oriente se encuentran, se ven y se oyen; ademas de todo esto, los ladridos de multitud de perros que inundan las plazas y las calles y se disputan los desperdicios que se arrojan á las puertas. De allí entramos en una larga calle solitaria y estrecha, que sube por una pendiente escarpada por cima de la colina de Pera; las ventanas están enrejadas y no dejan ver cosa alguna del interior de las casas turcas, que parecen pobres y abandonadas; de cuando en cuando la verde punta de un cipres sale de una cerca de murallas pardas y arruinadas, y se eleva inmovil en un cielo transparente. Algunas palomas blancas y azules están esparcidas en las ventanas y techos de las casas, y llenan las silenciosas calles con sus arrullos melancólicos. En lo mas alto de estas calles se extiende el magnífico cuartel de Pera, en el que habitan los europeos, los embajadores y cónsules; es un cuartel en un todo parecido á una pobre aldea de nuestras provincias; habia en él algunos palacios hermosos de embajadores, arrojados ahora sobre los terraplenes inclinados de Galata; no se ve de ellos sino las columnas por tierra, los lienzos de muralla renegridos, y los jardines desplomados; las llamas del incendio todo lo han consumido. Pera no tiene ni caracter, ni originalidad, ni belleza; desde sus calles no se puede percibir ni el már ni las colinas, ni los jardines de Constantinopla; siendo preciso subir á lo alto de los tejados para gozar del magnífico golpe de vista de que la naturaleza y el hombre la han cercado.

El mas bello punto de vista de Constantinopla está por cima de nuestra habitacion desde lo alto de un mirador. Este domina el grupo entero de las colinas de Pera, de Galata y de las laderas, que rodean el puerto por el lado de las aguas dulces. Es el vuelo del águila sobre Constantinopla y sobre el mar. La Europa, el Asia, la entrada del Bósforo y el mar de Mármara se ven á la vez y bajo un golpe de vista. La ciudad está á nuestros pies. Si no tuviera la tierra mas que una ojeada, desde aquí seria el punto desde el cual se deberia contemplar. No me era posible comprender, cada vez que me colocaba en este punto y reflexionaba, á par de que en el resto del dia lo hacia bastantes veces, y las noches enteras las pasaba en él, no me era posible, repito, comprender, porqué tantos viajeros como han visitado á Constantinopla, hayan sentido tan poco el deslumbramiento que



Vista de la embocadura del Bósforo.



esta escena produce en mis ojos y en mi alma, que no la ha descrito ninguno. ¿Será acaso porque la palabra no tiene ni espacio, ni horizonte, ni colores, y porque el lenguage solo y único de la vista es la pintura? Pues ni la misma pintura ha presentado cosa alguna de todas estas cosas. Solo ha dado de ella líneas muertas, escenas truncadas, y colores sin vida. Mas la innumerable gradacion y la variedad de las tintas segun el cielo y la hora, la reunion armoniosa y la grandeza colosal de los contornos, los movimientos, las huidas, el entretegido de los distintos horizontes, el movimiento de las velas sobre los tres mares, el murmullo, la vida de estas poblaciones en las playas, los cañonazos que estallan y se elevan de las embarcaciones, los pabellones que se deslizan ó levantan de lo alto de los mástiles, el sinnúmero de caiques, el vaporoso reverbero que centellea en el mar de las cúpulas de las mezquitas, de las agujas de las fortificaciones y de los empinados minaretes; ¿donde, donde se encuentra todo esto? Todavia está por ensayar.

Las colinas de Galata y de Pera con otras tres ó cuatro se resbalan de mis pies á la mar, cubiertas de ciudades de diferentes colores; las unas tienen las casas pintadas de encarnado color de sangre, las otras de negro, con infinidad de cúpulas azules, que atraviesan y cortan estas sombrías tintas; de entre cada cúpula salen grupos de verdor, formados por los plátanos, higueras y cipreses de los pequeños jardines contiguos á cada casa. Entre las casas hay grandes espacios vacios, los que son campos labrados y jardines donde se ven las mugeres turcas cubiertas de negros velos, entreteniéndose con sus hijos y esclavos á la sombra de los árboles; á manera de nubes se ven bandadas de tórtolas y pichones blancos que sobrenadan en el aire azul por cima de los jardines y tejados, y se destacan como flores blancas balanceadas por el viento, del azul del mar que hace el fondo del horizonte —Se distinguen las calles que bajan serpenteando hácia el mar á manera de ramblas, y mas abajo el movimiento de la poblacion en los bazares, que envuelve un velo ó capa de humo ligero y transparente; estas ciudades ó cuarteles de ciudades están separados los unos de los otros por promontorios de verdor, coronados de palacios de madera pintada y de kioscos de todos matices, ó ya por profundas gargantas en las que se pierde la vista entre los pies de las colinas, de donde se ven levantarse solamente las cabezas de los cipreses y las puntas agudas y brillantes de los minaretes; mirando la mar, se estravia la vista sobre su azulada superficie enmedio de un laberinto de embarcaciones ancladas ó á la vela; los caiques, como pájaros acuáticos que nadan en el canal ya en bandadas, ya solos y separados, se cruzan en todas direcciones, yendo y viniendo de Europa al Asia, ó de Pera á la punta del serrallo. Algunos buques grandes de guerra se ven pasar á velas desplegadas si desembocan del Bósforo; hacen su saludo al serrallo desde sus bordos, y en seguida se ven como velados por el humo que los envuelve un instante; vuelven á aparecer resplandecientes por las blancuras de sus velas y doblan, creyéndose que los tocan, los altos cipreses y los anchos plátanos del jardin del Gran-Señor para entrar ya en el mar de Mármara. Otras embarcaciones de guerra (estas son las que componen la flota entera del Sultan) estan surgidas en número de treinta ó cuarenta en la entrada del Bósforo; sus inmensas masas arrojan sombra sobre las aguas por la parte de tierra; en junto no se ven sino cinco ó seis; parte de las otras están cubiertas por la colina y los árboles, y están formando con sus lados algo levantados, con los mástiles y vergas, que parecen entrelazadas con los cipreses, una avenida circular, que huye ó se escapa hácia el fondo del Bósforo. Aquí es donde se forma el centro del cuadro con los montes del lado opuesto ó de las riberas de Asia; desde este punto se miran elevarse mas bellos, mas verdes que los de la costa de Europa, y se divisan coronados de espesos bosques y como arrastrados en las gargantas que los sesgan; sus cumbres cultivadas y cubiertas de jardines, encierran kioscos solitarios, galerias, aldeas, pequeñas mezquitas, todas cerradas de cortinas que figuran los grandes árboles; sus ensenadas están llenas de embarcaciones surgidas, de caiques remeros y barquillas á la vela; la gran ciudad de Scútari se tiende á sus pies sobre una ancha márgen, dominada por sus sombrías cimas y ceñida de su negra selva de cipreses. Una hilera no interrumpida de caïques y barcas cargadas de soldados asiáticos, de caballos ó de labradores griegos que conducen sus legumbres á Constantinopla reina entre Scútari y Galata, y se abre sin cesar para dar paso á otra fila de grandes naves que desembocan del mar de Mármara.

Volviendo á la costa de Europa, desde el lado opuesto del Cuerno de Oro, el primer objeto que se presenta á la vista, despues de haber atravesado el estanque azul del canal, es la punta del serrallo, el parage mas magestuoso, mas variado, mas magnifico y al mismo tiempo mas silvestre que buscar puede la mirada de un pintor. La punta del serrallo avanza como un promontorio ó como un cabo aplanado entre estos tres mares enfrente del Asia; este promontorio vendrá á tener tres cuartos de legua de circunferencia desde la puerta del serrallo donde parte, sobre el mar de Mármara, hasta el gran kiosco del Sultan frente por frente de la escalera de Pera; es un triángulo, cuya base es el palacio ó serrallo mismo; su vértice entra en el mar, y el lado mas largo da al puerto interior

ó canal de Constantinopla; todo se dominaba desde el punto en que yo me encontraba; una selva de árboles gigantescos, cuyos troncos salen del recinto como columnas, muros y terraplenes, y extienden sus ramas sobre los kioscos, las baterías y embarcaciones en el mar; estas selvas de un verde oscuro y barnizado están entrecortadas de alfombras verdosas, de patios floridos, de balaustradas, de gradas de mármol, de cúpulas doradas ó de plomo, de minaretes tan delgados como los mástiles de los navios, y de los anchos cimborrios del palacio, de las mezquitas y de los kioscos, que rodean estos jardines; aspecto casi semejante al que ofrecen los terraplenes, las pendientes y palacios de Saint-Cloud, cuando se les mira desde la orilla opuesta del Sena ó de las colinas de Medou. Estos sitios campestres están rodeados por tres lados por el mar y dominados por el cuarto por las cúpulas de las numerosas mezquitas, y por un océano de casas y de calles, que forman la verdadera Constantinopla ó la ciudad de Stamboul.

La mezquita de Santa Sofía, el San Pedro de la Roma de Oriente, eleva su cúpula sólida y gigantesca por cima del todo, é inmediato á los muros del recinto del serrallo; Santa Sofía es una colina de piedras acumuladas y subidas en cima de un cimborrio que brilla al sol como un mar de plomo.

Mas lejos se lanzan en el cielo las mezquitas modernas de Achmeto, de Bayazeto, de Soliman y de Sultanié con sus minaretes entrecortados de galerías moriscas; cipreses tan gruesos como el fuste que forman estas torres las acompañan, y forman contraste por donde quiera su negro follage y la resplandeciente claridad de los edificios; en la cima de la colina aplastada de Stamboul, se divisaban, entre los muros de las casas y los troncos de los minaretes, una ó dos viejas colinas ennegrecidas por los incendios y bronceadas por el tiempo: aquí existen algunos restos de la antigua Bizancio, que está de pie en el sitio del Hipodromo ó del Atmeïdam; allí se extienden las vastas líneas de muchos palacios del Sultan ó de sus visires; el divan con su puerta que ha dado el nombre al imperio, y en este grupo de edificios, un poco mas alto y como destacándose á raiz sobre el horizonte azulado del cielo, corona la colina dando vista á los dos mares una espléndida mezquita, cuya cúpula de oro, herida por los rayos, parece reflejar la luz del incendio, y la transparencia de su cimborrio y de sus murallas, sobrepujadas de galerias aéreas, le da la apariencia de un edificio de plata ó de porcelana casi azul: el horizonte que se divisa por este lado concluye aquí, y la vista vuelve á bajar sobre otras dos anchas colinas, cubiertas sin interrupcion de mezquitas, de palacios, de casas pintadas, hasta el fondo del puerto donde el mar va disminuyendo insensiblemente en anchura, llegándose á perder la vista bajo los árboles en el valle *Arcadio* de las aguas dulces de Europa. Si se remonta la vista por el canal, se dirige flotando sobre mástiles agrupados á la orilla de la escalera de los Muertos del arsenal; y bajo los bosques que hacen los cipreses, que cubren los lados de Constantinopla, se descubre la torre de Galata, construida por un genovés, sobresalir como el mástil de una nave enmedio de un océano de tejados de casas, y blanquear entre Galata y Pera, semejante á un límite colosal entre dos ciudades; por último vuelve la vista á reposar sobre el tranquilo estanque del Bósforo, que se halla como incierto entre la Europa y el Asia. Aqui tenemos ya el material del cuadro; mas si se añade á estos principales rasgos de que se compone, la orla ó marco inmenso que le rodea y le hace resaltar ó salir del cielo y de el mar, las listas negras de las montañas de Asia, los horizontes bajos y vaporosos del golfo de Nicomedia, las crestas de los montes del Olimpo que aparecen á espaldas del serrallo, á la parte de allá del mar de Mármara, los que extienden sus enormes nieves, como nubes blanquizcas en el firmamento; si se junta á este magestuoso grupo la gracia y color tan vario é infinito que ofrecen estos innumerables detalles; si se forma allá en la imaginacion una idea de los efectos diversos del cielo, de los vientos, de las horas del dia en los mares y en la ciudad; si se representan las flotas de buques mercantes destacarse como bandadas de pájaros marinos, de la punta de las selvas negras del serrallo, tomar por medio del canal, y hundirse con lentitud en el Bósforo formando grupos siempre nuevos; si se suponen los rayos del sol en el ocaso, viniendo á lamer las cimas de los árboles y de los minaretes, y á inflamar como fuertes reflejos de incendio los parduscos muros de Scútari y de Stamboul; si se piensa oir el viento que arrecia ó que calma, ya aplanando el mar de Mármara como si fuera un lago de plomo derretido, ó ya arrugando ligeramente las aguas del Bósforo, extendiendo sobre ellas al parecer madejas brillantes de un hilillo de plata; si se mira el humo de los barcos de vapor elevarse y dar vueltas por el medio de las grandes velas temblorosas de los buques y fragatas del Sultan; si se oye el estampido del cañon de la oracion en prolongados ecos desde el puente de los buques de la flota hasta debajo de los cipreses del campo de los Muertos; si se imaginan los innumerables ruidos de las siete ciudades y de los millares de bajeles, que se elevan como soplos de la poblacion y de la mar, y llegan confundidos por la brisa hasta la columna misma donde se está vagando; si se piensa que este cielo casi siempre está en igual profundidad y pureza, que estos mares y puertos naturales en todos tiem-

pos están tranquilos y seguros, que cada casa de estas largas riberas es una ensenada en la que un navío bien puede estar fondeando en todo tiempo debajo de las ventanas; en donde se construyen y donde se lanzan á la mar buques de tres puentes bajo la sombra misma de los plátanos de la ribera; si al lado de todo esto se trae á la memoria que se está en Constantinopla, en esta ciudad, la reina de la Europa y del Asia, en este punto ajustado y preciso donde se juntan estas dos partes del mundo de cuando en cuando, unas veces para abrazarse, para batirse otras; si la noche viene á su vez á sorprenderos en esta contemplacion, de que nunca se fatiga la vista; si los faros de Galata, del Serrallo, de Secutari, y las luces de las altas popas de los bajeles se encienden, si las estrellas se desprenden del firmamento azul poco á poco, una á una ó por grupos, y rodean las negras cimas de la costa de Asia, las crestas nevadas del Olimpo, las islas de los Príncipes en el mar de Mármara, el terraplen sombrío del serrallo, las colinas de Stamboul y sus tres mares, á manera de una red azul sembrada de perlas, en la que parece sobrenadar aquí toda esta naturaleza; si la mas dulce luz del firmamento, en el que se eleva la luna que acaba de nacer, deja bastante luz para ver las grandes masas de este cuadro, borrando ó suavizando sus detalles, tendreis de seguro de dia y de noche el mas magnífico y delicioso espectáculo que puede mirar el hombre; es una embriaguez de los ojos, que se comunica al pensamiento, una turbacion, en una palabra, de la vista y del alma, este espectáculo grandioso de que gozo incesantemente de dia y de noche hace un mes.

La gran basílica de Santa Sofía construida por Constantino, es uno de los mas magníficos edificios que el genio de la religion cristiana ha podido hacer salir de la tierra; no deja por esto de conocerse, al ver la ignorancia y barbarie del arte que ha presidido en la formacion de esta mole de piedra, que ha sido parto de un tiempo de decadencia y corrupcion. Es el recuerdo confuso y el bosquejo informe de un arte, que se ensaya en el dia. El templo está precedido de un largo y ancho peristilo cubierto y cerrado como el de San Pedro en Roma. Este vestíbulo está separado del pórtico por columnas de granito de una prodigiosa elevacion, sin embargo de estar encajonadas en las murallas y hacer parte de ellas. Una grande puerta se abre sobre el interior; el recinto de la iglesia está decorado sobre sus lados de soberbias columnas de pórfido, de granito egipcio y de mármoles preciosos; pero estas columnas, de diversos gruesos, de diversa proporcion y de órdenes diversos, son evidentemente restos tomados de otros templos, los que han colocado allí sin simetría, sin gusto, como de bárbaros acostumbrados á levantar casucas con fragmentos desprendidos de un palacio. Pilares gigantescos de construccion vulgar sostienen una cúpula aérea como la de San Pedro, y cuyo efecto es al menos tan magestuoso. Esta cúpula adornada en otro tiempo de mosáicos, que formaban cuadros sobre la bóveda, ha sido pintada de amarillo, cuando Mahometo II se apoderó de Santa Sofía para hacerla mezquita. Algunas partes de esta mano de pintura están caidas y dejan conocer la antigua decoracion cristiana. Al rededor de la basílica á la altura del nacimiento de la bóveda hay galerías circulares, que dan la espalda á dilatadas y vastas tribunas. El aspecto del edificio desde allí es bello, vasto, sombrío, sin adornos, con las bóvedas hechas trizas y con sus columnas bronceadas, pareciendose al interior de una tumba colosal cuyas reliquias han sido dispersadas. A su vista sobrecoge á uno el espanto, el silencio, la meditacion que él inspira sobre la instabilidad de las obras del hombre, que construye segun unas ideas que él cree eternas, viniendo á su vez las sucesivas del mismo modo; un libro, un sable en la mano de un guerrero llegan á arruinar estos edificios. En el estado presente de Santa Sofía, puede decirse que se parece á una gran *karavanera* de Dios.

Aquí se ven las columnas del templo de Efeso, las imágenes de los Apóstoles con sus aureolas de oro sobre la bóveda, mirando las lámparas suspendidas del iman. Despues que salimos de Santa Sofía, fuimos á visitar las siete mezquitas principales de Constantinopla; son á la verdad menos dilatadas, aunque mas bellas. Se conoce que el mahometismo tenia su arte peculiar, arte del todo hecho y conforme á la simplicidad luminosa de su idea, cuando construyó estos templos sencillos, regulares y espléndidos, sin sombra para ocultar sus misterios, y sin altares para ofrecer sus víctimas. Estas mezquitas casi se parecen todas en el tamaño y en el color; están precedidas de grandes patios rodeados de claustros, donde están las clases y celdas de los Imanes. Altos y acopados árboles cubren de sombra estos patios, y un sin número de fuentes esparcen el ruido y la frescura voluptuosa de sus aguas. Se elevan minaretes de un trabajo admirable, á manera de otros tantos mojones aéreos sobre las cuatro esquinas de las mezquitas, los que suben por cima de sus cúpulas; reducidas galerías de figura circular con un parapeto de piedra, esculpidas y caladas como de encage rodean á diversas alturas los cuerpos de los minaretes; en ellos se coloca á distintas horas del día el *muetzelin* que da la hora á gritos y llama á los vecinos de la ciudad á pensar en Dios, que es el continuo pensar del mahometano. Un pórtico que recibe la luz de los jardines y los patios

y al que se sube por algunos escalones conduce á la puerta del templo. Este es un compás cuadrado ó redondo, superado de una cúpula sobre elegantes pilastras, ó de bellas columnas estriadas. En una de ellas hay arrimado un púlpito ó cátedra. El friso está formado de versillos del Koran escritos en caracteres labrados sobre el muro; las paredes están pintadas de arabescos, y están sosteniendo alambres que atraviesan la mezquita de unas á otras y de ellos penden multitud de lámparas, huevos de avestruz, y ramilletes de espigas y de flores. Los azulejos de piedra del pavimento están cubiertos de esteras de juncos y ricos tapices, haciendo un efecto sencillo y grandioso. Estas mezquitas no son templos donde tiene Dios su habitacion, sino casas de oracion y de contemplacion, donde los hombres se reunen para adorar al Dios único y universal.

Todas las veces que entré en las mezquitas, ví un corto número de turcos acurrucados, tendidos sobre los tapices, orando con todas las señales exteriores de fervor y de la absorcion mas completa de espíritu.

En el patio de la mezquita de Bayazeto ví la tumba de Constantino vacía. Es un vaso de pórfido de prodigioso grandor; seguramente seria capaz de contener veinte héroes. El trozo de este mármol es evidentemente de la época griega. Es un fragmento arrancado de los templos de Diana en Efeso. Los siglos se prestan los unos á los otros sus templos y sus tumbas, y se los devuelven vacios. ¿Donde se hallan pues los huesos de Constantino? Los turcos han encerrado su sepulcro en un kiosco, y tienen buen cuidado de que no se profane. Las tumbas de los sultanes y de sus familias están en los jardines de las mezquitas que han construido, debajo de los kioscos de mármol sombreados de árboles y perfumados de flores. Algunos surtidores murmuran cerca ó en el kiosco mismo; y el culto tributado á la memoria de los restos de sus mayores es tan inmortal entre los musulmanes, que no he pasado una vez delante de alguno de estos sepulcros, que no haya encontrado ramilletes de flores cogidas hacia poco, colocados sobre la puerta ó sobre las ventanas de estos numerosos edificios fúnebres.

T. M.

EL CARDENAL DE RETZ.



Juan Francisco Pablo de Gondi, célebre bajo el nombre de coadyutor, que tan estrepitoso se mostrara en la época de la *Fronde*, naciera en Montmirail, en 1614. Nada dirémos de su fealdad, de sus piernas torcidas, ni de otras particularidades de su persona. Su familia, de una nobleza nueva y sin gloria, adquiriera no obstante una alta posicion en el estado; su padre era general de las galeras; su tio habia sucedido á otro Gondi en el arbispado de París, que destinaban al hermano del Cardenal, para hacer de aquella silla episcopal un patrimonio de familia; grandezas todas que dimanaban de un aventurero, Alberto de Gondi, quien se encontró mariscal de Francia por haber mandado cien caballos en la batalla de Saint Denís.

Vicente de Paul, aquel admirable modelo de caridad cristiana fue el preceptor de Pablo de Gondi. Asesinado en una partida de caza su hermano á quien destinaban á las grandezas eclesiásticas, aquel acontecimiento abrió al jóven Pablo las anchas puertas de Nuestra Señora. Es preciso hacerle justicia; nada escusó para contrariar las paternales miras; negativas, amenazas, desórdenes, duelos, todo lo que humanamente era posible hacer para demostrar que seria un mal sacerdote, todo lo hizo, hasta querer arrebatar á su prima la señorita de Retz. Despues de haber adquirido cierta nombradía de espadachin, des-

pues de haberse mostrado bajo la sotana paje mas bien que abate, partió el jóven Gondi para Venecia. Poco tiempo despues volvió á París para conspirar contra el Cardenal Richelieu; el ministro, que no perdonaba con mucha frecuencia, mostróse no obstante olvidadizo, y á su muerte encontráronse en sus papeles notas favorables sobre el pequeño abate de Gondi.

Espiraba Richelieu, y seguíale de cerca á la tumba Luis XIII, cual si aquel Rey no hubiese podido vivir ni reinar sin su ministro. La Francia cayó entonces en manos de los estranjeros; una española, Ana de Austria, fue nombrada regente, y eligió para gefe del consejo á un siciliano, al Cardenal Mazarin. Vamos á ver ahora á Pablo de Gondi en la grande escena de los acontecimien-



El Cardenal de Retz.

tos; acababa de ser nombrado para la coadyutoría del Arzobispado de París. Pongamos aquí á Mazarin cara á cara con el Cardenal de Retz, á quien trató siempre como á enemigo.

Los impuestos que se habia prometido aligerar se hacian cada dia mas pesados. El Parlamento de París estalla, el pueblo aplaude y toma las armas; la Contaduría mayor, el tribunal de los subsidios, proponen al parlamento un tratado de union para la defensa del interés general, y es firmado. Mazarin manda llamar á los principales miembros de las cuatro compañías, y les manda hagan trozos el tratado. Preséntase entonces el coadyutor como mediador; engáñanle, prométenle que no se emprenderá nada contra el Parlamento, y algunos dias despues, habiendo sido ganada la batalla de Lens, Mazarin, en el mismo momento en que se canta un *Te Deum* en Nuestra Señora, hace arrebatar de su domicilio á Blanc-Mesnil y á Broussel, miembros los mas populares del Parlamento. Enardece á toda la poblacion esa medida; acude el coadyutor al gabinete de la regente donde celebraba consejo, y en el cual exitó su pre-

sencia insolentes zumbas. Al verle esclamó un cortesano: «Vuestra Magestad debe de estar muy mala, pues el coadyutor le trae la Extremauncion.» Por lo que hace á la Reyna, no obtuvo de ella mas que estas amargas palabras: «Id á descansar, señor, habeis trabajado bastante.» Entonces vuelve el Obispo á su palacio con el corazon lacerado por las mofas, y no sale sino el dia de las barricadas para ir á repartir acá y acullá bendiciones, lo que dió márgen á que dijera la corte que habia bendecido la rebelion.

El coadyutor ya no pensó mas que en atormentar á Mazarin. De allí datan sus relaciones con la duquesa de Longueville, con cuyo crédito daba á los malcontentos al duque de Longueville, su marido, gobernador de Normandía, y al príncipe de Gonti su hermano. Un decreto del Parlamento hecho por unanimidad declara á Mazarin enemigo del Estado y perturbador del reposo público. París pone en pie un ejército de treinta mil hombres, en el cual el coadyutor hace marchar un regimiento levantado á su costa; tómase la Bastilla, y nómbrase gobernador á Bronssel, á Bronssel poco ha prisionero. Toma este movimiento un carácter tan serio, que una parte de la aristocracia se separa de la corte y viene á colocarse junto al Parlamento; porque toda vez que toman consistencia las contiendas civiles, la aristocracia se divide, y una mitad permanece fiel á la corona y la otra mitad se pasa al pueblo. Bien que resuelta á combatir, la corte asustada espide un heraldo, á quien el Parlamento se niega á recibir, bajo el pretexto, sugerido por el espíritu sutil del coadyutor, de que no se envian heraldos sino á los enemigos ó á los iguales, y que respecto al Rey, el parlamento no es ni uno ni otro. Así engañaba Gondi la conciencia cándidamente monárquica de aquellos buenos magistrados.

Firmase no obstante la paz. De vuelta á París, Mazarin no olvidó su enemistad contra el coadyutor, mas por esta vez tenia otro no menos molesto adversario en el príncipe de Condé. Mazarin resolvió perderlos uno por otro. Hizo disparar dos tiros á la carroza del príncipe de Condé, y recaer las sospechas en el coadyutor. Llevado el negocio al Parlamento, preséntase el coadyutor acompañado de un solo limosnero, que pregunta si se le puede creer capaz de un asesinato en la persona de un príncipe de la sangre; y como el presidente de Mesine hubiese hecho alusion á la conspiracion de Amboise, apostrofóle diciendo: ¿Dónde encontrais la semejanza con aquella conspiracion, en la cual figuraban las primeras familias de la Francia, al paso que en esta no echais de ver mas que la política de un siciliano estafador, hecho primer ministro? Algunos dias despues se presentó al Parlamento para hacer alejar de París á Mazarin. En aquella escena memorable fue en la que improvisó algo de Ciceron para dar mas autoridad á su palabra; siendo engañados por aquella falsa cita todos los mas expertos de la asamblea.

Mazarin vese obligado á salir de Francia. Reducida al último apuro, acércase la Reyna al coadyutor, y le ofrece la plaza de primer ministro, que rehusa. Mas dócil fuera cuando se le brindó con la púrpura, pues recibió el birrete de Cardenal en Compiegne de manos del jóven Luis XIV. Todo cambia de aspecto en aquel momento: decídese á la guerra civil el príncipe de Condé; preséntase en la Guyenne, levanta tropas, toma ciudades, y llega de improviso sobre París por medio de aquel famoso combate de la aldea de S. Antonio, donde, estrechado por Turena contra las murallas, iba á ser destrozado á no abrirle París sus puertas.

Aquí acaba la Fronde, y aquí empieza á decaer la fortuna del coadyutor. Cansado el Parlamento de aquellas sangrientas disensiones firma una nueva paz; Mazarin vuelve á la corte, y el coadyutor, á pesar de los avisos que recibe de todas partes, habiéndose atrevido á manifestarse en el Louvre vese detenido sin que el pueblo dé muestras de la menor emocion. Conducenle á Vincennes, en donde, para concederle el favor de ser trasladado á Nantes, se le obliga á dar su dimision del Arzobispado de París, en cuya posesion acababa de entrar por fallecimiento de su tio. Llegado al castillo de Nantes, barrunta su evasion, que ejecuta con inaudita intrepidez.

Despues pasó á España, y de allí á Roma, donde le aguardaban otros acontecimientos. El Papa acababa de morir; llegó el Cardenal de Retz á la apertura del cónclave; en cuya asamblea, su destreza ejércitada ya en el Parlamento, dirigió los votos y mandó abrir el escrutinio. Las intrigas le obligan á alejarse de Roma. Apodérase la tristeza de su corazon, al verse expuesto á esas correrías por tierras extrañas; y despues de haber andado vagando por Holanda vuelve á Francia, mas solo para ocultarse en el interior de una provincia.

Una sola vez apareció en la corte, y Luis XIV le habló de sus cabellos blancos, como para darle á entender que no veia en él mas que á un anciano condenado al olvido y al arrepentimiento. Versalles no le vió mas; la vida del coadyutor de allí en adelante fue enteramente dedicada al trabajo, al cual debemos la redaccion de sus *Memorias*. No que á veces, sin embargo, no viniera á París el Cardenal, mas era en secreto, ignorado, y sin que se dejase ver en parte alguna. En uno de esos viajes falleció casi de repente en 1679 en casa de su sobrina la duquesa de Lesdiguieres.

A. U.

LA PESCA CON REDES.



He tenido la fortuna de vivir en Nápoles, plaza de la Victoria, fonda de M. Martin Zirr, piso tercero, frente por frente del Chialamone y del castillo del Huevo: todas las mañanas cuando despertaba, lo primero que hacia era asomarme á la ventana, y dirigiendo mis miradas tan lejos como alcanzaba mi vista sobre aquel brillante y limpio espejo del mar Tirreno, me preguntaba á mí mismo de dónde podria venir el triste proberbio *Ver á Nápoles y morir*, precisamente en el pais mas alegre, indolente y feliz que hay en el mundo. A fuerza de reflexionar creia sin embargo haber encontrado el origen de aquel estraño y siniestro presagio, debido sin duda, á que no hay una sola época de la historia napolitana en que por una ironia cruel de la naturaleza, aquella ciudad, tan feliz en la apariencia, no haya sido asolada por algun terrible azote; en que aquel pueblo tan apacible y tranquilo no haya sido agitado por las conmociones y la guerra civil; y en que aquellas aguas tan trasparentes y puras no hayan sido enrojecidas con sangre. Recordemos únicamente algunos años atras y veremos á Caracciolo ahorcado del mástil de un navio en medio de una escuadra empavesada con los mas brillantes colores. Retrocedamos todavia mas, y se nos presentará Masaniello envenenado entre las aclamaciones del pueblo de la ribera, y acribillado de balas al pie del altar. Si continuamos siempre retrocediendo, la imaginacion retrocederá tambien horrorizada ante las luchas de los Anjou y de los Duras, ante los asesinatos y crimenes de las dos Juanas, constelaciones sombrias que han dejado en el hermoso cielo de Italia un largo surco de sangrientos recuerdos. Pero detengámonos aquí, y desgarremos una ó dos páginas de esa espantosa historia. Es una narracion que nadie ha hecho, que nosotros sepamos; un drama sencillo y terrible que se desenvuelve en medio de los incidentes mas risueños y pintorescos; es un cuadro lúgubre, con los personajes adustos y mudos, y el fondo gracioso y espléndido.

Era el año de 1414. La noche del 25 de Julio fue una de las mas ardientes del mes, cuyo calor es habitualmente sofocante en Nápoles, y que en aquel infausto año en que colocamos nuestra historia escedió todos los grados de temperatura que la humana naturaleza puede soportar. El sol, rodeado de una aureola de vapores, encendido como el hierro que sale de la fragua, se habia sumergido con impaciencia en un mar de plomo derretido. Hubiérase dicho que el astro del dia, cuya aparicion ordinariamente es saludada con cánticos de alegria, cuya ausencia suele acompañar el poco grato sonido de las campanas, habia procurado sustraerse aquel dia al espectáculo de los padecimientos de los hombres. Pero la noche, tan vivamente deseada, no habia traido ningun consuelo á la poblacion abrasada; una brisa imperceptible y ligera que habia vagado errante al declinar la tarde, semejante al aliento de un moribundo, acababa de estinguirse completamente, y la naturaleza yacia anhelante, inmóvil, estenuada, como una virgen de la antigüedad en poder de un dios desapiadado y vencedor. El golfo tan azulado, tan bullicioso y animado en mejores dias, pareciase á uno de aquellos lagos aplomados y malditos, como el Averno, el Fucino y el Agnano, que cubren con una inmensa mortaja de volcanes apagados. Ni una vela, ni una luz, ni la cancion de un pescador rezagado rozaban su impacible superficie; un silencio sepulcral reinaba en la ciudad y en el mar, como si fuese otra Pompeya. El Vesubio producia un ruido sordo en sus inmensas pro-

fundidades, pronto á vomitar su abrasadora lava sobre la campiña ya medio seca. En las espaciosa llanuras de los Elíseos, los manes de los antiguos parecian regocijarse con aquella atmósfera de humo, infernal que bien pronto no podria respirar ningun mortal. La Merjellina se cubria con un velo, el Pausilipo no se atrevia á mirarse en las aguas que le rodean, y la hermosa y voluptuosa sirena, símbolo de poesía y de amor, la madre del Tasso, la nodriza de Virgilio, parecia exhalar el último suspiro, semejante á Proserpina luchando por desasirse de los brazos de Pluton.

A medida que la noche avanzaba se apoderaba de los habitantes de Nápoles un entorpecimiento irresistible. Todos habian cedido á un cansancio que participaba mas de letargo que de sueño; se hubiera dicho que las estrellas temian mostrar su faz risueña y serena, y que atravesaban débilmente el espeso velo de vapores, como los rayos de una lámpara que se está apagando, por medio de una doble pared de alabastro. Un resplandor incierto y blanquecino alumbraba confusamente los objetos, y el único ruido animado que se oia en aquella calma universal, era el sonido lento y monótono de la campana que marcaba la hora en el reloj del palacio. Sin embargo, á pesar de la postracion general, velaba un hombre. El odio y la ambicion habian hecho desaparecer para siempre la fatiga de sus miembros, el sueño de sus párpados, y el reposo de su corazon. De pie é inmóvil detras de la ventana de una casita de Chiatamone fijaba obstinadamente sus ojos en un punto del horizonte hácia la parte de Caprea. De repente se despejó su frente de veinte y cinco años, sus cejas negras y fruncidas se dilataron, y una sonrisa de satisfaccion se asomó á sus contraidos labios, porque habia divisado á lo lejos, sobre el golfo, una lucesita que habia brillado un momento en el horizonte, y se habia desvanecido con prontitud, como los fuegos fatuos que no dejan rastro alguno de su paso. Indudablemente era una señal convenida, porque en el mismo instante el jóven se estremeció, se apartó rápidamente de la ventana junto á la que estaba en observacion, se embozó en una capa negra, colocó en su cintura una cuerda, tomó en la mano una tea y un estoque de tres filos, y avanzó con precavido y lento paso hácia el muelle de Santa Lucía.

El reloj de Piazza-Falcone daba lentamente la última campanada de las doce de la noche. El nocturno faro que el desconocido parecia aguardar con tanta impaciencia, brilló segunda vez á mas corta distancia, y desapareció de nuevo. Desgraciadamente nuestro jóven, al dirigir sus miradas por la ribera, no descubrió ni un barco ni una lancha amarrada á la orilla.

Los pescadores y marineros, ahuyentados por el *siroco* habian ido á buscar en las grutas ó detras de los escollos un abrigo y un poco de fresco. Ademas, aun suponiendo que hubiese encontrado alguno en aquella fatal noche, no habria sido fácil decidir de grado ó por fuerza á aquella persona á que se hiciese á la mar. El pescador napolitano teme al *siroco* casi tanto como los lazzaroni á los esbirros, y con semejante tiempo un descendiente de Masaniello no hubiera tocado á un remo por todo el oro del mundo. Aun cuando se hubiese tratado de arrojar al diablo, nadie se habria llevado la mano á la frente para hacer la señal de la cruz. Embebido en su profunda preocupacion, no habia reflexionado el jóven en un obstáculo, que podia preverse muy bien, atendido lo caloroso de la estacion, y la pereza natural de las gentes del pais. ¿Qué debia, pues, hacer? Ponerse á buscar á los ausentes podia prolongar demasiado la espedicion, y le esponia á ser reconocido. Esperar en el puerto y hacer desde él la señal al barco misterioso que venia á su encuentro, era un partido que no se atrevia á adoptar, porque la conversacion que iba á entablar no debia tener mas testigos que el cielo y el mar.

En tanto que recorria la ribera entregado á la mayor agitacion, pasando casualmente junto á un poste al que por lo comun solia sujetarse algun buque de gran porte desmantelado ó en estado de reparacion, descubrió una barca medio encallada en la arena, y en el fondo de ella un barquero como de diez y ocho á veinte años que dormia profundamente. Lo que podia ver de sus facciones y figura al traves de la fosfórica claridad de aquel aire abrasado, inspiraba interés y simpatía. De su largo gorro encarnado se desprendia una espesa y risada cabellera negra. De su cuello robusto y bien modelado pendia un escapulario con la imagen de la Vírgen del Cármen. Componiase su vestido de una especie de chaleco de paño encarnado, y de unos calzones anchos de tela rayada que le llegaban hasta un poco mas abajo de las rodillas: los brazos, pecho y piernas del pescador estaban enteramente desnudas. Al ver aquel encuentro inesperado y milagroso, el hombre de la capa negra, aunque tuviese grandes deseos de rodearse del silencio y del misterio lanzó una esclamacion de júbilo. Ya era tiempo: el barco estrangero que conducia hácia él al esperado mensagero, habia llegado á la mitad del golfo, y hecho la tercera señal El desconocido dobló el paso, se inclinó con presteza hácia el dormido barquero y le sacudió con fuerza agarrándole de un brazo.

—Excelencia, murmuró el pescador maquinalmente, vedme aquí; estoy pronto, señor Excelentísimo.

Y despues de dos ó tres ensayos infructuosos para abrir los ojos y sostenerse sobre sus pies, abrumado de fatiga y de sueño, se

tambaleó y volvió á caer en el fondo de la barquilla.

—Levántate, hombre, necesito tu barca, dijo el desconocido sosteniéndole por la cintura; no hay que perder tiempo, vamos, echa pronto el remo al agua y marchemos.

—Hablais muy bien, señor, dijo el pescador que cómenzaba á despertarse y á fijar sus miradas sobre su interlocutor, que no le parecia merecer ya el tratamiento de Excelencia; hablais muy bien en cuanto á vuestro negocio, pero antes de despertarme tan bruscamente, me parece que hubiérais obrado mejor averiguando si me encontraba dispuesto á trabajar en una noche como esta, en que las almas del purgatorio, que deben estar bien acostumbradas al calor, no se atreverian á dejar sus hogares aunque fuese para ir al paraiso.

—¿Y cómo, bellaco, podia adivinar tus intenciones sin despertarte? contestó el jóven caballero, pudiendo apenas reprimirse.

—Entonces valia mas que me dejáseis morir.

—¡Por vida del demonio! dijo el desconocido dando un fuerte golpe con el pie, ¿no estás ahí, bribon, para servir al público?

—Durante el dia podrá ser, mas por la noche soy libre. Asi, pues, si no tienes nada mas que decirme, concluyó el pescador, que se habia despertado completamente y pasado sin mucha ceremonia desde la excelencia hasta el mas sencillo tuteo, puedes irte con mil diablos.

—Vamos, vamos, repuso el desconocido, viendo que no era prudente irritar á un hombre de quien tenia tanta necesidad, házme este pequeño favor, y te le recompensaré como quieras.

—¿Me dariais una onza? preguntó el pescador con tono chocarrero.

—Aunque sean dos con tal de que te despaches.

—Entonces ya es diferente, replicó el barquero dirigiendo una mirada fija y penetrante sobre el desconocido, podemos entendernos.

Y añadió en tono muy bajo:—O este hombre es un príncipe disfrazado, ó un presidiario que se ha fugado.

—Vamos á ver si acabas, desdichado, dijo el desconocido entrándose de un salto en la barca.

—Aguardad un momento, señor mio: ¿vamos muy lejos? porque si he de decir verdad, esta noche, aun con la mejor voluntad del mundo, no puedo mover los brazos.

—Dos millas á lo sumo.

—Dos millas de ida y dos de vuelta..... hacen cuatro: dejadme buscar un compañero.

—Es inútil, yo mismo te ayudaré, dijo el jóven tomando un remo y haciendo con un solo golpe partir la barca tan ligera como una flecha.

—¿Y me dareis, segun hemos convenido, un par de onzas?

—Ahí tienes cuatro, respondió el desconocido arrojándole su bolsa con desprecio, y te prometo tres tantos mas cuando estemos de vuelta; silencio y resolucion.

—Perdonadme, señor Excelentísimo, respondió el pescador avergonzado y lleno de asombro y aun de cierto despecho. Verdaderamente estaba todavia dormido..... no sabia en donde tenia la cabeza..... lo siento en estremo. Volved á tomar vuestro oro; esto ha sido una chanza. Ahora voy á manifestaros que sé servir bien al que me busca, y cumplir con mi deber (hablando asi, remaba con todas sus fuerzas). ¡Qué diablos!..... yo no soy judio y deseo salvar mi alma. Una piastra es bastante..... es quizá demasiado. Es verdad que por la noche no hay tarifa; pero yo no pido muy caro á nadie, y si no fuera por que mañana es dia de fiesta y se anuncian grandes diversiones públicas, una procesion, carreras, y una hermosa pesca con redes, no os hubiera pedido mas que un carlino por milla, que es el precio ordinario. Pero me hallo sin un cuarto, porque todo lo he dado á mi padre y mi hermano menor... muchacho holgazan..... de que no os podeis formar una idea... todo cuanto yo tenia...

Mas el desconocido no escuchaba ya sus palabras. Viéndose á dos ó tres tiros de ballesta del punto á donde queria llegar, sacó su eslabon, dió golpes con él en la piedra, encendió su tea y la agitó por encima de su cabeza. Al punto se vió resplandecer á dos ó trescientos pasos un segundo fanal, y una barca impelida por vigorosos remeros atravesó rápidamente la distancia que separaba á los dos misteriosos personajes de aquella cita nocturna. Entonces pudo percibirse sobre la popa del barco que venia de Caprea, un anciano como de sesenta años, con la barba y cabellos blancos, la espalda encorbada, vestido con una especie de hábito, y cubierto con una caperuza ó capucha larga.

—Apaga tu antorcha, dijo el anciano en voz baja, toda precaucion es poca.

—No me desagradaria examinar tus facciones, respondió el jóven, y ver desde luego con quién tengo que entenderme.

—¿Y para qué si no me conoces? Antes de esplicarme te dire mi palabra de órden, y si la tuya no corresponde con la mia, no pasaremos mas adelante y me volveré como he venido.

—Es muy justo, dijo el jóven arrojando su tea al mar; he aquí no obstante el inconveniente de no conocer las gentes de que uno se sirve, y de escoger los agentes por medio de procurador

—¡Dios mio!..... replicó el anciano con una sonrisa irónica: eso nos sucede con bastante frecuencia, pues ni conocemos á nuestros amigos, ni á los que nos sirven, ni á los que nos perjudican. Desgraciadamente no siempre hay una palabra que sirva de seña para salir de embarazos.

—Dime, pues, la tuya, astrólogo.

—*Aut César, aut nihil.* ¿A ver la tuya?

—*Tres veces maldito, una vez condenado.*

—Está bien, y poniéndose de un salto en la barca del jóven con una fuerza y lijereza que no debia esperarse de un hombre de su edad, el anciano hizo seña á sus dos marineros para que se retirasen inmediatamente y no volviesen hasta que los llamase con un silvido.

Cuando la barca que habia conducido al estranjero estuvo fuera del alcance de la voz, el anciano hizo un gesto significativo para indicar la presencia del barquero, que estaba de mas en la conversacion que iba á seguir.

—Habla con seguridad, dijo á media voz el jóven, respondo de la discresion de ese hombre.

—Si el pobre pescador hubiese podido oir aquellas palabras, ó ver la fatal sonrisa que las acompañaba, hubiera empleado los pocos momentos de vida que le quedaban en encomendar su alma á Dios; pero tenia veinte años, se sentia fuerte con su inocencia, y amaba á la mas hermosa lavandera de Nisida: asi es, que en aquel instante terrible en vez de pensar en su alma, pensaba tranquilamente en su bella prometida.

—Habla, repitió el jóven con tono imperioso; ¿qué noticias me traes de nuestro conquistador?

—Monseñor, murmuró el anciano con voz lenta y lúgubre, desde que el enviado de V. E. vino á ponerme á vuestro servicio, no he cesado de observar los astros para.....

—Yo te he tomado para que observes las acciones del Rey, y no el curso de las estrellas.

—Pero, Monseñor, yo me llamo Galvano Pedicini, soy médico y astrólogo...

—Y yo te pago como espía y como envenenador.

—Perdonadme, Excelentísimo señor, me haceis merced de la mitad; hasta ahora he consentido en teneros al corriente de los progresos de Ladislao en la guerra de Toscana; en cuanto al otro punto, jamás se ha tratado de él ni en vuestras cartas ni en vuestros mensages.

—Eso se daba por supuesto, y he aqui por qué antes de darte mis últimas instrucciones, he querido hablarte por mi mismo, y no fiarme ya de ninguna mediacion.

—Me hallo pronto á recibir las órdenes de V. E., pero debo deciros, Monseñor, que si los servicios que esperais de mí, son de tal naturaleza que puedan turbar mi conciencia, entonces la probidad me impone.....

—¿El pedir un premio duplicado?..... es muy justo. Veamos ahora cómo has desempeñado tu primera comision. ¿Qué os han dicho hasta el presente las constelaciones, mi señor astrólogo?...

—¡Ay!,.. Monseñor, continuó el mágico con voz doliente, los astros me han engañado otra vez, ó mas bien, puesto que las constelaciones son infalibles, yo mismo, en mi acelerameinto por descubrir el porvenir, he debido cometer algun error en mis cálculos, y os habia predicho que el orgullo y el poderío de Ladislao se estrellarian contra las murallas de Bolonia.

El eclipse total de Marte no admitia dudas en cuanto á eso. Pues bien, á pesar del eclipse, tengo el dolor de anunciaros que el Rey...

—Ha tomado no solo á Bolonia, sino tambien á Siena...

—¡A Siena tambien!... esclamó el astrólogo con asombro y terror; ¿quién os lo ha podido decir?

—¿Quién me ha dicho que habia tomado á Bolonia?

—Vos sabiais, pues.....

—Que los vientos te sirven tan mal como los astros.

—No es posible.

—Si todavia lo dudas, entra mañana en la ciudad, y si un hombre que como tú ha vendido su alma á Satanás, no teme entrar en una iglesia, verás que yo y la princesa regente, acompañados de toda la córte, irémos á dar gracias á Nuestra Señora del Cármen, por la doble victoria que ha tenido á bien otorgar á S. M. herética, nuestro augusto amo, tres veces escomulgado.

—Paciencia, murmuró el hechicero cogido en falta; si me encuentro con vos en descubierto de dos victorias, vos tambien, Monseñor, lo estais conmigo en dos meses de paga.

—Si, pero yo, dijo el jóven, enseñándole una bolsa llena de oro, vengo á reparar mi descuido.

—Y yo tambien espero hacer que se perdone el mio.

—Veamos.

—Aunque Monseñor se halla tambien informado de los progresos del Rey Ladislao, quizá no tendrá un conocimiento tan exacto de sus intenciones. No sabe Monseñor tal vez que Ladislao, inmediatamente despues de esta campaña, renunciando á sus vastos planes de conquista, piensa volver á Nápoles cuando menos se le espere. ¿No es verdad que Monseñor no sabia esto?

—No, pero lo supongo.

—Monseñor no supondrá que en el momento en que regrese el Rey, confiará el gobierno á un hombre firme y adicto, y mandará

á su augusta hermana Juana de Durosque no se mezcle mas en la política.

—No, pero lo temo.

—¿Y Monseñor no teme que el Rey principie por hacerle ahorcar?

—No, pero en todo caso lo evitaré.

—¿Y cómo, señor Excelentísimo?

—Escucha, ¿tus remedios son infalibles?

—Mucho mas que las estrellas.

—¿Tu profesion de astrólogo te permite un libre acceso al lado del Rey?

—De dia y de noche.

—¿Qué precio pides por encargarte del Rey Ladislao? ¿Me entiendes?

—No pido mas que desempeñar cerca de V. M. cuando haya podido sentarse al lado de Juana en el trono de Nápoles, el mismo empleo de astrólogo que sirvo ahora al lado de Ladislao.

—Si, añadió el jóven sonriéndose; pero no el de médico.

—El anciano alargó su descarnada mano, tomó la bolsa que le presentaban, y despues de dar un silvido á sus dos marineros se despidió de su interlocutor.

—Adios, Galvano, le dijo este viéndole alejarse.

—Hasta la vista, Pandolfello, murmuró el mágico con un acento estraño y una sonrisa diabólica.

—El jóven se volvió de repente hácia aquel magnífico anfiteatro de casas, jardines, villas é iglesias que se estienden desde Pórtici al Pausilipo, abrazándolo todo entero con una mirada de ambicion y codicia.

—¡Para mí Nápoles!... dijo, para mí la Reyna!... ¡para mí el reyno!...

Despues, acordándose de que no estaba aun concluido todo, y de que habia un hombre de mas entre los vivientes, dió un golpecito en la espalda al barquero, que yacia casi olvidado en el fondo de su barca, y que parecia sumergido en el mas profundo sueño.

—Bastante has dormido, muchacho, gritó el jóven favorito con voz siniestra. Toma tu remo y volvámonos á la ribera.

El pescador no habia cerrado los ojos ni un solo instante. Por el tono con que su estraordinario pasagero habia pronunciado aquellas palabras comprendió que ya no tenia ninguna esperanza de salvacion. Aun cuando hubiera hecho todo lo posible para que ninguna palabra de aquella terrible conversacion llegase hasta sus oidos, desde el momento en que su fatalidad le habia escogido para ser testigo de un secreto de muerte, estaba perdido. Asi fue que no se dejó engañar ni un solo instante por la hipócrita dulzura de su compañero. Volvió, pues, á tomar tristemente sus remos, dirigiendo con precaucion sus miradas por todas partes para ver si descubria una barca, una luz ó un eco lejano. Pero nada: todo era silencio y soledad. Esperaba un momento favorable para arrojarse de improviso sobre aquel hombre, é intentar una resistencia desesperada, ó bien para arrojarse al mar y salvarse á nado, pero el favorito le estrechaba muy de cerca, y veia brillar en su mano un largo estoque que le hubiera introducido en la garganta al menor movimiento. Cuanto hubiese intentado para defenderse, solo habria servido para acelerar su muerte. El pescador dirigió una súplica mental y suprema, y continuó remando, y al observar que se aproximaban á la playa, sin que se viese en ella alma viviente, presentó su pecho á su compañero de viage, y con voz reposada le dijo:

—Sé, Monseñor, la recompensa que me aguarda por haberos conducido á vuestra cita; solo y sin armas, no puedo resistir ni defenderme. He hecho lo posible para no ver ni oir nada, pero he debido comprender demasiado que se trataba de un secreto terrible. Os juro por la memoria sagrada de mi infeliz madre, por Dios y por todos los santos del paraiso, os juro, señor, que jamás trataré de penetrar los misterios de esta noche, y que de mis lábios no se escapará una palabra que pueda comprometeros, aun cuando me quebrasen los huesos con una rueda. No temo á la muerte, pero os ruego me perdoneis, no por mí, sino por mi padre de quien soy el único apoyo. Es un veterano mutilado que ha perdido ya dos hijos en servicio de su patria, y que ya no tiene brazos para ganarse el sustento. Gracia por él y por mi jóven hermano, Monseñor, y Dios tendrá misericordia de vos en este mundo y en el otro: ademas latirán tres corazones que rogarán por vos noche y dia; escuchad la voz del inocente, y fiaos en la palabra del pobre barquero.

—¿Quién es tu padre? preguntó el favorito acercándose cada vez mas al pescador.

—Giordano Lancia. ¿Habeis oido por ventura pronunciar su nombre?

—Lancia, esclamó el jóven con acento de rencor y de cólera. Sí, le conozco muy bien; me ha salvado la vida...

—En ese caso soy muerto, contestó el pescador suspirando. Y en efecto, antes que tuviera tiempo de dar un grito, el desconocido le atravesó el corazon con su puñal.

Despues dejándole caer al mar, dirigió con rapidez la barquilla á sitio solitario y llegó á su casa, para presentarse al dia siguiente temprano, como tenia de costumbre, al tiempo de levantarse la regente.

La hora del medio dia acababa de dar en el reloj de la iglesia de la *Incoronata*, y en el mismo instante, y como para atestiguar la exactitud del antiguo reloj gótico, se oyó de repente el repique inmenso, universal y atronador de las innumerables campanas que en todos tiempos han herido los oidos de los

napolitanos, y especialmente en la historia que nos ocupa. Despues de una noche como la que acabamos de describir, puede imaginarse que la sucederia un dia caloroso é intolerable. Sin embargo, en los barrios situados á orillas del mar, el calor era menos sofocante. Una brisa casi insensible, y que no tenia bastante fuerza para arrugar la superficie del golfo, parecia suficiente para los pulmones de aquellos hombres habituados á una temperatura que pudiéramos llamar propiamente infernal. La mas delgada sombra proyectada por la caña de una columna ó por la cornisa de una ventana, un abanico improvisado con algunas ramas de adelfa, la vista de aquellas aguas serenas y limpias que convidaban á los nadadores con todo el atractivo de una jóven risueña y coqueta, era mas de lo que los napolitanos necesitaban para desafiar la canícula, y pasar la vida con paciencia. Ademas se habian adoptado todas las precauciones de costumbre en las grandes solemnidades, para preservar á una parte de la ciudad de una lluvia de fuego, que el leon celeste deja caer sobre los pueblos abatidos, al sacudir su melena. Todas las calles que se estendian desde el real palacio de Castel-Nuovo hasta la iglesia del Cármen, estaban cubiertas por grandes toldos listados con mil colores: flores y arbustos se hallaban esparcidos por el suelo, sobre el que por una especie de comodidad verdaderamente sibarítica, se habia estendido una doble capa de arena fina y húmeda: fuentes construidas á la ligera, por medio de tres ó cuatro toneles colocados unos sobre otros, arrojaban por las bocas de sus tritones de yeso una plateada cascada que servia para refrescar la atmósfera y regar á los que paseaban.

Todos estos aparatos anunciaban evidentemente alguna fiesta estraordinaria, algun regocijo público, ó el cumplimiento de un deber imperioso y solemne, que no se habia creido oportuno diferir para momentos mas favorables. En efecto, la regente Juana de Duras, sobrina de la terrible Juana I, de homicida y adúltera memoria, despues de recibir en cuanto se levantó á los grandes funcionarios de la corona, y los principales barones del reyno, se trasladó con estraordinaria pompa, y seguida de toda su córte, á la iglesia de nuestra señora del Cármen, para dar gracias á la milagrosa imágen que en ella se venera, por la doble victoria que habia conseguido su hermano y señor Ladislao I, Rey de Hungria, de Jerusalen y de Sicilia.

La noticia habia llegado la víspera, é inmediatamente se dió órden de comunicarla al pueblo por medio de una fiesta improvisada, y dar gracias á Dios con una ceremonia piadosa y solemne, lo cual probaba á un mismo tiempo la devocion de Juana, y su inmenso amor fraternal. El acompañamiento habia atravesado una vez los malecones para ir á la plaza del Mercado; y la multitud, cuya curiosidad estaba muy lejos de quedar satisfecha con aquel primer espectáculo, aguardaba con impaciencia el regreso de la brillante cabalgata. Sin embargo algunos grupos mas indolentes ó desdeñosos, se separaban de la masa de los espectadores y se entregaban á sus ocupaciones completamente estraños al bullicio que reinaba en derredor suyo, escepcion tanto mas chocante, cuanto que formaba un singular contraste con la curiosidad general. Era un *aparte* en aquel coro de gritos de todas clases, un horizonte de cuadro en desacuerdo con los primeros planos, contra todas las reglas del arte, y aun diriamos mejor de la naturaleza. Uno de aquellos grupos lo formaba una docena de pescadores, á quienes se reconocia fácilmente por su tez toscada, por el aire solano, por sus largos gorros encarnados, y la dulce y monótona melodía con que se movian lentamente sacando sus redes del mar.

Se mantenian separados en un pequeño rincon de la playa, y para disminuir la fatiga que el calor hacia insoportable, se dividian en dos trozos ó pelotones que se relevaban puntualmente de cuarto en cuarto de hora. Los pescadores que tenian derecho al descanso, iban á sentarse á la sombra del arco de un puente medio hundido, y formaban círculo en derredor de un personage que animaba en gran manera su recreo. Era un veterano de Avelino, de facciones duras y bronceadas, cabello blanco y encrespado, y pecho ancho y musculoso. Bastaba echar una lijera mirada sobre aquel hombre para convencerse de que habia debido tomar una parte activa y gloriosa en todas las guerras que medio siglo hacia agitaban á su desgraciado pais, codiciada presa de tantos príncipes y pueblos diversos. El número de las cicatrices que en todas direcciones cruzaban el cuerpo del anciano, era verdaderamente prodigioso. Las habia tan profundas, que manifestaban haberse abierto muchas veces, como si el hierro del enemigo, no encontrando ya mas sitio, se hubiera visto obligado á penetrar por la misma herida. Sus brazos y sus piernas, cuyos huesos fracturados se habian colocado bien ó mal, parecian á las ramas nudosas y quebradas de un viejo tronco hendido por el rayo. ¿Por qué lazos misteriosos y desconocidos el alma de un cristiano podia hallarse retenida en aquel conjunto de miembros mutilados, en aquellos restos de armazon humana, en aquella ruina viviente? Era un secreto de la Providencia.

Lo que era incontestable, que andaba, hablaba, regañaba, y cansaba á todos con su impotente é irrisoria cólera. Hacia ya algunos dias que el rencor y los arrebatos del anciano habian llegado á tal grado de exasperacion, que el mayor de sus hijos, el barquero, apenas podia calmarle. ¿Era acaso efecto de un

nuevo pesar, cuya causa ignoraba el jóven? ¿Era tal vez alguna nueva escapatoria de Peppino, muchachon holgazan é incorregible, verdadero lazzaroni en toda la estension de la palabra? Nadie sabia lo mas mínimo; mas sin embargo, la última de sus dos conjeturas era la mas probable, porque siempre que el barquero se alejaba para pescar ó conducir pasageros, el padre irritado lanzaba una mirada severa y de desprecio sobre el último y el mas indigno de sus hijos. Sea como fuere, las espresiones del veterano eran tan violentas, que á otro cualquiera que no fuese él, le habrian costado bien caras. Pero la única venganza que solian tomar de sus estériles quejas, era entregarle como un juguete á la burla del populacho, que solia aprovecharse de la ausencia del barquero, ó de la debilidad del lazzarone, para escitar los denuestos del buen hombre, y escuchar riéndose sus bravatas.

En aquel momento el anciano Giordano Lancia (porque era el mismo) se encontraba sin defensa. Su hijo Lorenzo, que asi se llamaba el barquero, estaba ausente desde la víspera, y no habia vuelto todavia, lo cual le ocurria muy á menudo; pues el pobre jóven tenia que trabajar para tres, y aun asi, á duras penas podia mantener á su achacoso padre y á su hermano. Inquieto é incomodo mas que de ordinario el viejo Lancia, dirigia desde el mar á la ribera, y desde esta al mar, el único ojo que le quedaba, pues un fuerte golpe de partesana le habia reducido al estado de cíclope. Sentado sobre un banco de encina carcomido y cojo, digno pedestal de semejantes restos, el soldado no hacia caso de las burlas y provocaciones de los que le rodeaban.

Absorto completamente en sus ideas, parecia olvidar el lugar en que se hallaba, la causa que á él le habia conducido, y las palabras que acababa de cambiar con algunos pescadores que sacaban las redes. En fin, despues de muchas preguntas que quedaban sin respuesta, y despues de algunos minutos de aquella inspeccion continuada y silenciosa, Lancia dejó escapar un grito de satisfaccion, y casi al mismo tiempo un lazzaroni de doce á trece años cuyas delicadas facciones, agradable sonrisa, y aire casi femenino, contrastaban completamente con la fisonomía dura del soldado, se puso á su lado de cuatro saltos, y se echó á sus pies como un galgo fatigado de la carrera.

—Y bien ¿que hay? dijo el viejo con tono severo.

—No le he encontrado; pero su novia, la linda lavandera, me ha dicho que le vió ayer tarde; Lorenzo estaba alegre y bueno como de ordinario, y esperaba trabajar mucho por la mañana, porque...

—Al decir esto el jóven se detuvo timido y confuso.

—Por qué?... le dijo el padre con una voz fuerte y destemplada.

—Porque me ha prometido un gorro nuevo para hoy, en que todo el mundo se compone para ir á la fiesta.

—Miserable bribon! por tí se mata siempre trabajando ese pobre muchacho. Tú conseguirás que sucumba.

—Pero, padre mio.....

—Cállate, cobarde, haragan, incapaz.

—Pero, padre mio, ¿tengo yo la culpa de no poderme ganar la vida? Nadie me quiere ni para remar, ni para sacar la red. Los mas vigorosos no encuentran ocupacion ni trabajo, y, ó se pudren en la playa, ó se hacen matar en la guerra. Y si yo me separase de vos, ¿quién sostendria vuestros pasos? ¿quién os defenderia contra los insolentes que os faltan al respeto?

Una risa estrepitosa y universal fue la acogida que obtuvo la última escusa del muchacho Coloreáronse sus mejillas, se levantó lleno de vergüenza y de cólera, y enseñó los puños á los que se burlaban, los cuales no se dignaron hacer ni un solo gesto para rechazar aquella demostracion de furor.

—Échate, miserable, gritó el padre con voz de trueno, échate, mal perro, en donde estabas antes. ¡Hé aqui el apoyo que tú me das; escelente defensa!...

—Pero, padre mio..... balbuceó, dejándose caer en el suelo con un movimiento convulsivo.

—¡Silencio!... ¿quieres que les refiera tu último rasgo de valor?...

—Perdon, padre mio, murmuró el lazzaroni con voz suplicante, y se puso á besarle las rodillas para enternecerle.

—Vamos, vamos, Lancia, gritaron los pescadores acercándose al anciano, dejad en paz al pobre Peppino, y hablemos de nuestro negocio. Lo convenido, convenido.

—Teneis mi palabra, contestó el soldado con gravedad, y apaciguándose gradualmente; aunque á decir verdad, añadió volviendo la vista en direccion de la iglesia, en la que acababa de entrar la corte, valdria mas reservar el convenio para otro momento. Hoy reza el diablo.

Los pescadores se miraron sonriéndose.

—¡Ah! ¡Ah! no repareis en eso, haced vuestra señal de la cruz, y el diablo no se mezclará en nuestros asuntos.

—Para hacer la señal de la cruz seria preciso tener brazos, amigos mios, y yo no los tengo. Asi, me contentaré con rogar mentalmente al Señor, que envie, aunque no sea mas que por tres minutos, un buen temblor de tierra, cuando la corte vaya á pasar por debajo de la cúpula del Cármen.

—Eso no es de buen cristiano, y mucho menos de un buen soldado. Volvamos, si os place, á nuestro convenio; ¿quereis correr sus

eventualidades?

—Ya os he dicho que teneis mi palabra.

—Todo el pescado que saquemos en la red que vamos á echar, sean veinte *rotoli*, sean dos libras, es vuestro, teneis el derecho de llevároslo á venderlo, mediante seis carlinos de vuestra moneda. Si no sacamos mas que guijarros, el precio será el mismo; ¿os acomoda?...

—Tocad aquí, gritó vivamente el anciano, estendiendo su brazo mutilado.

—Olvidais que no teneis ya manos; pero esto no importa, porque vuestra palabra es buena, y ademas debeis encontraros con fondos, pues hoy es dia de paga para los veteranos. Asi, pues, continuó el pescador dirigiendo una mirada á sus compañeros, toda la pesca contra seis hermosos carlinos, con el busto de ese buen Cárlos de Anjou, cuya alma tenga Dios en su eterno descanso.

Y recalcó maliciosamente estas dos últimas palabras.

—El alma de Cárlos está en lugar seguro, respondió el viejo con una risa irónica, y espero que toda su raza irá bien pronto á reunírsele.

—¡Oh! ¡Oh! repitieron muchas voces, eso no parece oscuro.

—Hé aquí lo que son los soldados, dijo el pescador que primero habia tomado la palabra: jamás vais al sermon, señor Lancia, ni os habeis encontrado en el Molo un Domingo despues de vísperas, cuando el padre Girolamo, por media libra de pesca por cabeza, viene á referirnos cosas tan escelentes de esos buenos amos que Dios nos ha enviado desde el fondo de la Provenza, verdaderos santos de padres en hijos.

—Sí, sí, es verdad, murmuró el soldado con voz apagada; ¡el Rey Cárlos era un gran Rey! ¡Un Rey de la rama menor, como ellos dicen! Protegia á los pobres, pero maltrataba á sus hijas en secreto: creaba nobles, pero los despojaba de sus privilegios; fundaba conventos, pero aprisionaba á Santo Tomás de Aquino. Sí, ha fundado dos magníficas iglesias, la del Cármen, en la misma plaza en que habia hecho decapitar á Conradino, monarca legítimo, y la de San Lorenzo, donde se reunian en otro tiempo los nobles y el pueblo en el antiguo palacio comunal; sí, el padre Girolamo tiene razon; ved ahi dos altares que hacen bendecir la memoria de su santo fundador; ved dos capillas preparadas de antemano con solicitud verdaderamente paternal, para los dos últimos descendientes de ese buen Rey, Juana y Ladislao; hoy la hermana ha ido á orar al Cármen, la hija del asesino sobre la tumba de la víctima; mañana tal vez el hermano irá á hacer oracion á San Lorenzo, el hijo del usurpador sobre la tumba de la libertad!.....

Cesaron las risas y cuchicheos, y fue estrechándose el círculo en derredor del anciano.

Sí, continuó, son reyes muy nobles de padres á hijos... En efecto, Cárlos II, ese maldito cojo...

—¡Oh! en cuanto á eso tambien cojeais vos, señor Lancia.

—Yo he cojeado por primera vez al levantarme del campo de batalla, en que habia caido todo ensangrentado, ¡pero él... Dios le marcó desde su nacimiento. Ese maldito cojo oprimió de tal modo al pueblo, que levantándose como un solo hombre, esterminó hasta el último de sus opresores.

—El pueblo tuvo razon, gritó el auditorio.

—¿Y Roberto no ha usurpado á su vez el trono que pertenecia á su hermano primogénito? ¿No atrajo la guerra, la desolacion y la miseria sobre nuestro desgraciado pais? ¿Y Juana, su digna hija, la digna tia de esa otra que lleva su nombre, y que la ha sucedido ya en virtudes, no ha ahogado á su marido? Y cuando el pobre Andres, viéndola ocupada en teger un cordon de seda y oro; la preguntó para qué podia servir, ¿no respondió con la mas infernal impudencia: Es para ahorcaros, Monseñor?...

—¡Qué horror! dijo todo el círculo alterado.

—Es verdad, prosiguió el anciano, que Cárlos III, su querido hijo adoptivo, padre de los príncipes que nos gobiernan, ahogó despues á Juana, que no le habia hecho mas mal que salvarle la vida siendo niño, y haberle dado un reyno; mas ¿qué quereis? el reconocimiento es hereditario en esa familia. Asi es que Cárlos III no tardó mucho en recibir la recompensa de su buena accion. La viuda de Andrés le regaló la corona de Nápoles, y la viuda del hermano de Andrés la de Hungria. Pero no tuvo tiempo de pagar este segundo beneficio como habia pagado el primero, porque un momento despues de haber brindado á la salud de la Reyna Isabel y su hija Maria, ambas señoras levantaron á un mismo tiempo su vaso, y á aquella señal, un soldado que se hallaba oculto detras de él, levantó el hacha y le dividió el cráneo.

Y luego, como no muriese tan pronto como deseaban sus parientas, se le arrastró á un calabozo y se envenenó su herida. ¿No es verdad, hijos mios, que la genealogía de nuestros buenos príncipes no puede ser mas edificante; y que yo conozco un poco mejor nuestra historia que el padre Girolamo?..... Ya veis que todo lo que os digo vale lo menos dos libras de pescado por cabeza; pero soy un pobre soldado, y me contento con comprar el que como.

Los pescadores que habian tratado de divertirse, incitando al anciano para que prorumpiese en locas amenazas, permanecian inmóviles y como clavados por el asombro y el terror. Pero el cuarto de hora de reposo ha-

bia pasado, y era preciso relevar á los que trabajaban en las redes; levantáronse, pues, preocupados con las graves palabras que acababan de oir, y volvieron á comenzar lentamente su faena, y su monótona cancion. Los recienllegados se acomodaron en la arena, y la conversacion interrumpida un momento, continuó bajo otro tono.

—Y bien, ilustre Lancia, ¿qué perro os ha mordido? Os oigo gruñir sordamente como el Vesubio en el momento de una erupcion. ¿Corren algun peligro los que os rodean?

—Yo sé de qué proviene ese aumento de amenidad, dijo un pescador que no habia hablado todavia, enjugándose con el reverso de la mano el sudor, que á grandes gotas corria por su frente.

—¡Verdaderamente! dijo el soldado con tono chocarrero.

—De cinco ó seis dias á esta parte, no está conocido. Primero se asemejaba á un perro de presa que no tuviese huesos que roer, y ahora parece á un oso que ha estado en ayunas una semana.

—¿Y luego? continuó el viejo mirando fijamente á su interlocutor.

—Luego... si no concluyes de refunfuñar, voy á contar una historia que nadie sabe aquí, viejo narrador, y de que he sido testigo el Lúnes pasado, al cerrar la noche.

—Habla, y que el infierno te confunda, dijo el viejo temblando de cólera y temor.

El niño se estremeció, y miró con asombro al pescador.

—Pues bien, señores; estaba yo el Lúnes á la caida de la tarde agazapado en un rincon de la calle de Santa Maria Neva en donde me resguardaba de la lluvia que caia en abundancia. Nadie pasaba con aquel malísimo tiempo, escepto el intrépido Lancia, que en su calidad de héroe no teme ni al agua ni al fuego, y ese muchacho que es respecto de su padre lo que la muleta para el tullido, y el perro para el ciego. Lancia iba por en medio de la calle como un mayordomo de fábrica en una procesion, ó como un capitan al frente de su compañia, cuando de repente desembocando en la calle el gran chambelan, le atropelló con su caballo y le echó á rodar por el suelo, sin la menor consideracion á sus gloriosos servicios.

—¡Maldicion!... gritó el anciano; todo está dicho; perderé á mi tercer hijo, mi pobre Lorenzo.

—¡Se vuelve loco!... dijeron los pescadores encogiéndose de hombros, mientras que Lancia abrumado por la desesperacion y la vergüenza, repetia palabras sin consecuencia y terribles amenazas.

—No estaba solo... ¡Fatalidad!... Otro ha sido testigo del insulto.—¡Oh! esta vez no puedo ocultárselo á Lorenzo, mi último, mi único hijo!..... ¡Me vengará... y despues la muerte!... Es claro, tambien se le matará á él. ¡Mis canas!... ¡Mis heridas!... ¡Mi gloria!... ¡Infame!...

Luego recobrando de pronto su energía y su razon habituales, y dirigiéndose á los pescadores asombrados de su brusca salida:

—Sí, señores, dijo, lo que ese hombre acaba de contaros es cierto. El gran camarlengo me ha arrojado por el lodo, y no he querido decir nada á Lorenzo, porque le conozco; es mi digno hijo, es el digno hermano de mis dos primeros hijos, muertos á mi lado en el campo de batalla, y hubiera vengado mi honor aun á costa de su vida, mientras este miserable poltron que veis á mis pies...

—¡Detente!... dijo el pescador mas jóven, el pobre Peppino no es culpable por haber tenido miedo...

—¡Miedo!... ¡Miedo!... repitió el viejo con una terrible esplosion de cólera; ¿lo oyes, miserable, lo oyes? Se ha insultado á tu padre delante de tí; te llaman cobarde delante de tu padre, y no te meneas de tu sitio!... ¡Pero tú no eres mi hijo, desdichado!...

La mirada del niño brilló como un relámpago, pero no se movió de donde estaba.

—Sosegaos, calmaos, Lancia, replicaron los pescadores con seriedad y enternecimiento. Hemos hecho muy mal en burlarnos, y vos no habeis hecho bien en incomodaros por niñerias. Es una felicidad que Lorenzo no esté aquí; es un buen muchacho y no debe esponérsele sin motivo. Pensemos en nuestra pesca; ya nos toca el turno de sacar las redes..... ya no tenemos que trabajar mas que un cuarto de hora. Tengamos buena pesca, Lancia, y dejemos al gran camarlengo y al diablo que le protege. Además, ya se sabe que los nobles siempre son nobles.

Y los pescadores se fueron al sentar aquel consolador axioma.

—¡El noble!..... respondió el veterano sin notar que el círculo se habia cambiado y que sus oyentes no eran los mismos, ¡el noble!..... ¿Pero sabeis quién es ese Pandolfello Alopo, ese poderoso feudatario que marcha orgullosamente al frente de la aristocracia napolitana, ese caballero brillante, que atropella á los transeuntes?

—¿A qué nos viene ahora con ese Pandolfello?... ¿Maese Lancia! ¡Giordano!,.. ¡Señor mio! sin duda nos tomais por otros.

—¿Sabeis quién es ese Pandolfello, el primer chambelan del Rey, el baron mas poderoso del reyno? Pues yo voy á deciroslo. Es un bastardo que no ha conocido jamás ni aun á su madre; un mendigo lleno de inmundicia, un vagamundo espulsado de su aldea como un animal asqueroso. ¿Y sabeis quién recogió á ese bastardo, quién dió la primer limosna á ese mendigo, y quién colocó á ese vagamundo en las caballerizas del Rey? Pues soy yo,

yo, á quién cobardemente ha ultrajado. Era un niño débil, endeble y enfermizo. Gracias á mí, el adolescente raquítico, llegó á ser un jóven robusto y de buena figura. Entonces fue cuando la princesa le vió en su humilde traje, y le hizo primero su copero, luego su favorito, y no tardará en hacerle vuestro Rey. ¡Sí, señores, un mozo de cuadra!...

—Es imposible, dijeron los pescadores.

—Lo que yo os digo es la verdad, y no tendria reparo en decírsela en su cara. Pero yo no tengo ya brazos ni piernas; no podria correr detrás de él, arranearle de la silla, y poner en su frente el tacon de mi zapato, como él habia oprimido mi pecho con los cascos de su caballo. ¡Vergüenza y miseria!..... Oprobio, si, para el miserable bastardo, para el mozo de cuadras que hoy nos insulta con su lujo y con su soberbia, que se mofa del pueblo, y que lleva su crápula y su cinismo hasta tener un bufon para que lo divierta con sus chocarrerias groseras.



—Lancia, dijeron los pescadores en voz baja, no haceis bien en hablar asi del gran chambelan. Hablad de los muertos cuanto querais y nadie se levantará á defenderlos: hablad de la regente y del Rey, y tal vez os perdonaran; ¡pero no digais una palabra de Pandolfello, ó vivid con cuidado; velad sobre vuestros hijos, guardad á Lorenzo!

Sin embargo, la pesca tocaba ya á su término, y las redes pesaban tanto, que los que tiraban de la cuerda se vieron obligados á pedir refuerzo de brazos. Todos los pescadores se pusieron á la cadena, y olvidaron bien pronto al anciano y sus quejas, para comenzar otro diálogo de distinta naturaleza.

—Por la Madona, dijo el hombre que habia propuesto el convenio, ved aquí un buen negocio. Hay quizá doscientas libras de pescado, y acabamos de dejárselo á ese viejo y corajudo demonio por seis carlinos.

—Tú no has hecho nunca otros, dijo su compañero golpeando la arena con la planta del pie: antes de ayer no quisiste tres ducados por la pesca, y no hemos tomado mas que un palo de escoba.

—Y sin embargo habia consultado á S. Pascual, continuó el hombre del contrato hablando consigo mismo; bueno está: en la primera cuestion tendré presente esta jugarreta.

—Decid pues, avelinés: ¿quereis cederme vuestro pescado por una piastra?

—Yo doy dos.

—Yo tres.

Y los pescadores pujaban á medida que las redes iban acercándose á la orilla. Pero el anciano, distraido y como atontado, no daba muestras de comprender las proposiciones que por todas partes se le hacian.

II.

—La dicha le ha vuelto idiota, decian los pescadores.

—Yo lo creo, es enorme.

—Las redes van á romperse.

—Apuesto á que traen un atun.

Y todos aquellos hombres con el rostro encendido, los brazos tendidos, y los ojos brillantes, se aproximaban á las redes con inquieta curiosidad, cuando de repente todos prorumpieron en un grito unánime, y retrocedieron asombrados al ver un cadáver.

—Es un hombre asesinado!

—Un jóven pescador!

—Un pescador!

Estas palabras circulaban entre la multitud asustada y temblorosa, cuando Lancia, saltando de su asiento y dominando el tumulto con voz fuerte y cortada:

—¿Un cadáver? . dijo: será alguna nueva víctima de nuestros tiranos. Apartaos, señores, es mio me parece, le he pagado y es mi pesca.

Y marchando con paso firme y seguro por entre los pescadores que guardaban el mas profundo silencio, llegó á las redes, se bajó lentamente para mirar el cuerpo desde cerca, y á su vez el infortunado anciano lanzó un grito penetrante, desesperado, terrible:

—¡Lorenzo!... ¡Hijo mio!...

No pudo proferir mas palabra, y rodó por la arena al lado del cadáver de su hijo.

Pero el pequeño lazzarone, que hasta entonces habia permanecido en una actitud imposible escuchando las reprensiones de su padre y los insultos de los demás, se levantó con la rapidez del relámpago, tomó á su padre en los brazos con una fuerza de que nadie le creia capaz, le puso suavemente sobre su banco de encina, y sin proferir una palabra, ni echar una mirada sobre el cuerpo de su hermano desapareció hácia la parte de la iglesia. En el mismo instante, la régia comitiva apareció en el ángulo de la calle, precedida de un gran número de hombres, mugeres y niños, casi todos medio desnudos, y colocados por órden de edad y de harapos. Las siniestras voces que salian del grupo de los pescadores, se perdieron en medio de las frenéticas aclamaciones de aquella masa numerosa y compacta que abria la marcha dando horribles alaridos. Los soldados de la escolta manejaban tan bien de plano sus espadas y los regatones de sus lanzas, que la multitud se abrió en dos hileras y dejaba pasar la procesion en silencio.

Los caballeros, los barones, el clero, y los grandes dignatarios, seguidos de escuderos, criados y pajes, rivalizaban en el lujo de sus trajes, la belleza de sus caballos, y el brillo de sus armaduras. Las garzotas de diamantes, los cascos de oro, las corazas de plata, brillaban con los rayos del sol, y deslumbrando al pueblo, le obligan á bajar la vista.

Juana de Duras, regente del reyno, montaba un caballo árabe mas blanco que la nieve, cubierto con una mantilla de seda y oro, bordada de perlas á la usanza oriental. La hermana de Ladislao, cuyo recuerdo ha quedado en la tradicion popular, como tipo de todas las perfecciones que la naturaleza puede conceder á una muger, se hallaba entonces en el complemento de su magnífica belleza. Aunque ya pasaba de treinta años, era imposible mirando su esbelto talle, la pureza de su frente y el aterciopelado brillo de su cabello, atribuirla mas de veinte años. La estremada regularidad de su perfil, y sus negras cejas noblemente arqueadas, daban á su rostro un aire imponente, templado por la dulzura de su mirada. Una seduccion irresistible, un imperioso encanto parecia que encadenaba á sus plantas las voluntades mas rebeldes y el orgullo mas indomable. Jamás muger alguna ha inspirado mas respeto y amor; jamás ha poseido ninguna Reyna una gracia mas severa, ni una magestad mas seductora.

A la derecha de Juana, Pandolfello, que despues de su infame asesinato apenas habia tenido tiempo para mudar de vestido y presentarse en palacio, hacia caracolear con noble gallardia un corcel calabrés de un negro de ébano, que por la perfeccion de sus formas y la agilidad de sus movimientos, no tenia igual en las reales caballerizas. Pandolfello Alopo, apenas tendria veinte y cinco años; pero aunque este espacio de tiempo pueda parecer corto, le habia bastado para elevarse desde la condicion mas vil hasta una fortuna casi régia. Admirablemente hermoso, pero dotado de una belleza varonil y altiva, dominaba con su erguida cabeza aquella reunion de barones y príncipes, bastante miserables para envidiarle en el fondo de su corazon, y demasiado cobardes para prosternar ocho siglos de nobleza á los pies de un bastardo. Sus cabellos, en espesos y perfumados bucles, se deslizaban de una gorra de terciopelo, adornada con una preciosa presilla de diamantes y una sola pluma negra. Fijaba su mirada en Juana con aquella espresion de irresistible imperio que habia obligado á la princesa á entregarle en un solo dia los favores de la corte y los destinos de un reyno. Ajustaba su talle una especie de jubon de gran riqueza, cuyo fondo negro desaparecia bajo el oro y la pedreria, y se veian brillar en su pecho las insignias de la Órden de la Nave, condecoracion singular y clásica inventada por el Rey Ladislao en honor de los argonautas, y que tal vez haya dado origen á la Órden del Toison de oro.

En el momento en que la ilustre pareja pasaba por delante de la playa, en que los pescadores habian espuesto el cadáver de Lorenzo, el anciano, á quien los gritos del pueblo habian sacado de su entorpecimiento, levantó sus mutilados brazos, y lanzó sobre su enemigo una maldicion fulminante. ¡Ay! no sabia todavia que era el mismo hombre que

no contento con haber ultrajado al padre, acababa de asesinar al hijo!... Le maldecia sin embargo por odio, por instinto, y tal vez por presentimiento. Despues, viendo que su voz debilitada por el dolor y perdida entre las aclamaciones generales, no llegaba hasta el chambelan, quiso dirigir sus miradas sobre su jóven hijo para reprenderle otra vez su cobardia; pero, como ya hemos dicho, el niño no se encontraba allí para escuchar aquella reconvencion. Midiendo con una mirada tan rápida como segura la distancia que le separaba del régio acompañamiento, Peppino habia ido arrastrándose como una culebra andando sobre el vientre, espuesto á ser aplastado por los pies de los caballos; luego levantándose de improviso, como una aparicion siniestra entre Juana y su favorito, dió á este último una puñalada. Pandolfello cayó sin dar un solo grito, tan violento y súbito habia sido el golpe, y la princesa todavia no habia observado nada, cuando ya todo el mundo se abalanzaba sobre el lazzarone.

Lancia, no viendo á su hijo en su sitio acostumbrado, lo adivinó todo. Recobrando de repente su fuerza, su salud y su juventud, se adelantó sin guia, sin apoyo, sin dolores, y colocándose delante de Juana:

—¡Perdon!... gritó sollozando, perdon para mi último hijo.

—Ya no soy un niño, os he vengado, padre mio, respondió Peppino con voz firme, soy un hombre, y sabré morir como tal.

—Perdonadle, señora, repetia el anciano con gritos desgarradores; he perdido dos hijos en la guerra, se me acaba de asesinar el tercero, ¿y qué me quedará si me arrebatais el último?...

—¡No hay perdon para el asesino! dijo Juana, con las facciones contraidas por el dolor y la desesperacion.

—Tomad mi vida, pero salvad á mi hijo.

—¿Qué quieres que haga con tu vida, miserable viejo? arrancártela seria una recompensa.

—Entonces, señora, pediré justicia al Rey.

—Ve arrastrándote hasta él si puedes; entre tanto tu hijo espiará su crimen en los tormentos.

—¡Ay! señora, si yo no puedo llegar hasta él, quizá Dios le enviará hácia mi.

—Apoderaos del asesino, dijo Juana, y que ese viejo sea arrojado al mar.

—Y yo pido su perdon, dijo levantándose Pandolfello, que habia caido al suelo por el golpe, mas no por hallarse herido. La Providencia ha salvado mi vida, y las reliquias del bienaventurado San Genaro, que llevo siempre sobre mi corazon, han embotado el puñal del asesino.

—El infame lleva una coraza, murmuró Peppino dirigiendo á su padre una mirada desesperada.

La regente no encontraba espresiones con que manifestar su júbilo, y en su delirio se habria arrojado al cuello de su amante en presencia de todo el pueblo, si el gran protonotario, que por su dignidad ocupaba el segundo lugar en la comitiva, no la hubiese contenido con una mirada. Despues, acercándose á Pandolfello, le dijo al oido:

—Ya sabeis, mi querido señor, que desempeño las funciones de primer magistrado del reyno. Mi adhesion os es bien conocida: indique vuestra señoría el género de muerte que ha de sufrir ese miserable. Ahorcado, descuartizado, quemado, destrozado vivo: vuestra voluntad será una ley. Atentar contra la vida de V. E. es conspirar contra la seguridad del Estado, es casi un crimen de lesa magestad.

—Gracias, mi noble señor, contestó el chambelan en voz baja; agradezco á vuestra Escelencia su amistosa oferta, y la tendré presente en tiempo y lugar oportuno. Pero la muerte de ese villano me es completamente inútil. Que se le encierre en un calabozo, y siempre que algun hombre nos estorbe, le haremos pasar por su cómplice. Cuando necesitemos sus declaraciones bastará con algunas vueltas de cuerda; recomendadle á vuestros atormentadores ordinarios; es una preciosa alhaja.

Los dos grandes dignatarios de la corona se separaron con muestras de la mayor intimidad, y Pandolfello se aproximó á Juana para darla gracias con una tierna mirada por el interés que acababa de manifestarle. La comitiva volvió á continuar su marcha. Por lo que hace al pueblo, habia acudido á ver una fiesta, y asistia á una tragedia. Eran dos espectáculos en uno; asi es que gritaba con toda su fuerza:

—¡Viva San Genaro!... ¡viva el gran chambelan!...

III.

Al siguiente dia de su visita al Cármen, que pudo serle fatal, Pandolfello Alopo respiraba el aire, ya sensiblemente refrigerado, en una de las azoteas del palacio nuevo, medio echado en unos almohadones de terciopelo carmesí, cerrados los párpados, y con su hermosa cabeza apoyada sobre las rodillas de la regente, á quien lo hacia mucho mas querido el peligro que acababa de correr.

Serian las nueve ó las diez de la mañana, una ligera y perfumada brisa, con que nadie se hubiera atrevido á contar el dia anterior, movia y levantaba suavemente los cabellos del jóven. Una ancha y espesa calle de jazmines que formaban bóveda con sus entrelazadas ramas, preservaba á la princesa y su favorito de los rayos del sol y de las miradas de los hombres. Los pescadores habian vuelto á

entonar sus acostumbradas canciones, y á emprender sus faenas diarias; el anciano, sostenido por una fuerza sobrehumana, se habia llevado el cadáver de su hijo, y colocándole sobre su cama, como si estuviese dormido, habia cerrado despues con la llave la puerta de la habitacion, y fue á sentarse en el muelle sin derramar una lágrima ni prorumpir en ninguna queja. Al ver aquel hombre tan grave, tan silencioso y tan impasible, se hubiera dicho que estaba loco, ó que una voz interior le exhortaba en el fondo de su alma á que confiase en Dios y aguardase. Nada turbaba, pues, el sosiego de Pandolfello y de Juana, y la calma que reinaba en el palacio era un reflejo de la que disfrutaba el reyno. Nápoles gozaba entonces de una paz profunda. Nadie se atrevia ya á atacar á un pueblo cuyo Rey, léjos de esperar la guerra en sus estados, la llevaba á los demas con tal rapidéz, que su brazo, semejante al rayo, heria con frecuencia al enemigo antes que tuviese tiempo de ponerse en defensa. La ambicion de Ladislao no tenia límites. Su nombre, glorioso y temido en lo esterior, cubria con su brillo los ignominiosos misterios de su corte; las hazañas del hermano hacian olvidar los desórdenes de la hermana; el cieno desaparecia debajo de la sangre.

Como ya hemos dicho, Pandolfello se hallaba sumido en un adormecimiento, medio realidad medio sueño. Ya no pensaba en el homicidio que habia cometido. Los remordimientos no le duraban nunca mas que algunas horas, y habian pasado ya dos noches sobre su doble crímen. El sueño del gran chambelan era todo de oro y marfil; veiase sentado en un trono de terciopelo carmesí, elevado á la derecha del altar mayor de Santa Clara, con el manto real en su espalda, la corona de las lises en la cabeza, teniendo á Juana á su izquierda, y á los siete grandes dignatarios del reyno á sus pies, en diferentes gradas; mientras tanto el cortejo fúnebre de Ladislao desfilaba silenciosamente hácia la iglesia de San Juan de Carbonara, en donde se habia elevado ya el catafalco, por la afanosa diligencia y esmero de la regente, bajo la forma de tres estátuas, una sentada, otra echada, y la tercera á caballo. Pandolfello se embriagaba con los aplausos de la multitud, y los místicos perfumes, con que cuatro jóvenes turiferarios con sobrepellices blancas, le incensaban de continuo, con la cabeza inclinada hácia el suelo. Cuando llegaba á esta parte de su sueño, apareció un navio en el horizonte. Juana se estremeció vivamente, y tocando en la espalda al favorito, le llamó con una emocion que no podia concebir.

—Pandolfello, una vela por la parte de Caprea.

—¿Es ese un motivo para despertarme tan bruscamente, mi hermosa soberana?... dijo el jóven con una dulce indiferencia, y sin abrir los ojos.

—¡Tiemblo á pesar mio, si fuese una escuadra enemiga!...

—¡Dios mio!... Juana, dijo el gran chambelan levantando con disgusto la cabeza: ¿qué enemigo se atreverá á atravesar nuestro golfo, mientras la bandera de Ladislao ondee sobre este palacio?; ni qué peligro podeis temer, mi noble soberana, cuando entre ese peligro y vos se encuentran los pechos de todos vuestros súbditos?...

—Yo no sé, Pandolfello, pero no puedo desechar un vago terror. Un siniestro presentimiento me dice que nuestra suerte se halla ya decidida en este momento. ¿Veis en la direccion de mi mano, dos, tres, cuatro galeras? El viento las impile rápidamente hacia nosotros. Dentro de una hora, quizá ya no podremos librarnos de la desgracia que nos amenaza.

—En efecto, dijo el jóven apoyándose en la barandilla de la azotea, no podemos tardar en recibir noticias de los viageros que vienen á visitarnos. Tranquilizaos, señora, probablemente es el mensage de una nueva victoria. El Rey, vuestro augusto hermano y mi amo, nos ha habituado á una série tal de triunfos, que no nos es permitido dudar de ningun prodigio. Tal vez necesite nuevos refuerzos para estender su dominacion mas allá de la Toscana, y la escuadra que vemos será la destinada á trasportar tropas desde Nápoles á Liorna. Pero, suceda lo que quiera, hermosa princesa mia, no consiento que permanezcais mas tiempo en dudas. ¡Hola!... añadió dando tres palmadas, y al punto dos pages que se encontraban en un salon inmediato á la azotea, se adelantaron respetuosamente para recibir las órdenes.—Que vayan inmediatamente á averiguar qué noticias nos traen esos navios que navegan á toda vela por el golfo.—

Juana veia acercarse la escuadrilla con una ansiedad progresiva, á pesar de los esfuerzos que hacia Pandolfello para probarla con las razones mas concluyentes y las mas tiernas espresiones lo absurdo de sus temores. De repente la mirada de la regente permaneció inmóvil, abrió los párpados estraordinariamente, un frio mortal corrió por todos sus miembros, y esclamó juntando las manos:

—¡Dios justiciero!... ¡el pabellon real en la galera que viene delante de las demas!...

El gran chambelan se puso pálido como un criminal á la la vista del cadalso. Su conciencia cargada de crímenes le presentaba aquel regreso como un castigo aterrador; mas la reflexion le hizo esperar bien pronto que el monarca, absorto como siempre en sus proyectos y placeres, no tendria tiempo ni deseos de escuchar quejas ni castigar delitos. Dominó su turbacion, y ofreciendo la mano

á Juana para entrar en el salon, la dijo con aire tranquilo:

—Y bien, ¿qué tenemos que temer, señora? Es necesario preparar inmediatamente una fiesta real y espléndida, y como esto entra especialmente en las funciones del gran chambelan, voy ahora mismo á dictar órdenes para que el recibimiento sea digno del vencedor de Italia, y para que el triunfo que vamos á improvisarle supere en magnificencia y brillantez a cuanto se ha visto hasta el dia en el reyno.

Y aplicando respetuosamente sus lábios á la mano de la princesa, se alejó, como habia dicho, para verla en los preparativos de una de esas gigantescas saturnales, que tenian la doble ventaja de adormecer al Rey y aplacar al pueblo.

Antes de salir acompañado del gran senescal, le volvió á llamar Juana para encargarle que nada se descuidase para que el recibimiento que se hiciese á Ladislao fuese tan espléndido que alejase toda sospecha de su mente.



Sin embargo, marineros, pescadores, soldados y lazzaroni se reunian tumultuosamente en el puerto para presenciar el desembarco. Entre aquella multitud circulaban los rumores mas contradictorios y confusos. Formábanse en el muelle numerosos y animados grupos. El gran senescal marchaba al galope para colocar sus oficiales y hombres de armas en dos hileras desde el desembarcadero hasta el palacio. Unos miraban este repentino é inesperado regreso como presagio de nuevas luchas y calamidades que iban á caer sobre aquel desgraciado pueblo, apenas repuesto de sus guerras esteriores y de sus civiles discordias: otros, por el contrario, veian en él un socorro del cielo, y un castigo providencial que haria espiar sus crímenes al favorito, y pondrian un freno á la disolucion de la corte. Todos se maravillaban de que ni Juana ni Pandolfello, cuya astucia y prevision eran bien conocidas, y que tenian un ejército de agentes y de espias, no hubiesen recibido ningun aviso de aquella llegada tan repentina, y de que el mensagero portador de la noticia de la victoria que se habia celebrado el dia anterior no hubiese anunciado á las personas que tenian mas interés en saberlo, que solo precedia algunas horas á Ladislao. Era indudable que no se aguardaba al Rey. La turbacion de los cortesanos, la sorpresa de los empleados de palacio que llegaban en pequeños grupos y en desórden, y la confusion que reynaba en palacio, en las calles y en el puerto, era una prueba inequívoca de ello.

Mientras que el pueblo acudia en masa al muelle, un solo hombre parecia estraño á tanto tumulto y ruido como habia en derredor suyo, y aquel hombre era Lancia. El mutilado soldado, sentado en la arena al sol, con la cabeza inclinada sobre las rodillas, pensaba en sus dos hijos, uno tendido en su cama sin ninguna esperanza de levantarse jamás, y el otro encerrado en los calabozos de Castel-Nuovo, para sufrir los espantosos tormentos que se le preparaban; y lo que mas despedazaba el corazon del desgraciado anciano, sucumbir probablemente con ellos, y deshonrar el nombre de su familia con confesiones arrancadas á la debilidad y al miedo. Cuando daba hondos gemidos, exhalados por su noble dolor, sin-

tió que le daban un golpe en la espalda. Giordamo Lancia, levantó la cabeza, y vió á su lado un hombre de pie y enmascarado que le miraba á través de los dos agujeros de su capucha con una atencion silenciosa y benévola. El anciano, sin salir de su meditacion, fijó la vista en el desconocido por algunos segundos, como si hubiese querido preguntarle con qué derecho le arrancaba de sus tristes pensamientos; pero olvidando al punto las palabras que queria pronunciar y la causa que las motivaba, volvió otra vez á agobiarse y quedar sumido en sus fúnebres recuerdos.

—¡Lancia!... dijo el desconocido bajándose hasta el oido del soldado.

—¿Qué me quieres? contestó el veterano sin variar de posicion.

—Despierta, Lancia.

—Si no duermo; lloro.

—No es tiempo de llorar. La hora de la vengauza ha sonado.

—¡Venganza!... murmuró el anciano sin dejar su sombría actitud; ya no tengo brazos: ya no tengo hijos...

—El último de tus hijos todavia vive.

—¡Ay!... ya lo sé. No han querido concluir prontamente con él, por reservarle una muerte mas cruel, una agonía prolongada. Pobre Peppino! ¿tendrás fuerza para sufrir? ¿tendrás valor para no deshonrarme? ¡Infames!

—Consuélate, Lancia; tu hijo ha sufrido como un hombre, y su constancia ha cansado el brazo de sus verdugos.

—¿Qué dices? esclamó el anciano poniéndose en pie de un salto. ¿Cómo has podido saberlo con sus terribles pormenores? ¿Cómo has podido penetrar los sangrientos misterios de Castel-Nuovo?

—Te digo que esta noche se ha atormentado largo tiempo á tu hijo, para que confesase sus cómplices y comprometer de este modo á muchos inocentes. Te digo que he sido testigo de su suplicio y del valor de tu hijo, á quien no se ha podido arrancar una sola palabra de debilidad ni de súplica. Te digo que cuando concluyó la tortura, se acercó á mí, y me dijo con voz firme: En nombre de la misericordia divina que desciende sobre todo hombre por muy caido que se encuentre, buscad á mi padre, y si el dolor no le ha muerto, decidle lo que acabais de ver. Yo rogaré por tu alma.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué no me volveis mi hijo? ¿Será preciso dudar de vuestro poder?

—No blasfemes, anciano.

—No: ya no hay Providencia; ya no hay justicia.

—Mira delante de ti.

—¿Qué multitud es esa?

—Es un pueblo que acude ante un Rey que viene espresamente á vengarte.

—Llévame hasta él, porque ya no soy mas que una masa inerte é inmóvil; el dolor ha acabado de destruir la poca vida y fuerzas que me habian dejado mis heridas.

—No puedo, Lancia, mi presencia contaminaria al acompañamiento.

—Quién eres, pues? Gran Dios!

—El verdugo!

Al decir estas palabras, el hombre de la caperuza encarnada desapareció como por encanto, y el infortunado padre, no pudiendo dar un paso á pesar de todos sus esfuerzos, levantó sus mutilados brazos hácia el Rey, y en el momento de pasar por delante de él, recogiendo toda la fuerza de aliento y de voz que le quedaba en aquel momento supremo, gritó con voz desgarradora:

—¡A mí, Ladislao, ¡perdon! ¡justicia!

—¿Quién es el hombre que me llama por mi nombre? dijo el monarca dirigiéndose hácia él, y separando con un gesto á los guardias que le rodeaban.

—Señor, continuó el anciano cayendo de rodillas, es un soldado que os pide justicia.

—¿Cómo te llamas?

—Giordamo Lancia.

—¿Lancia?... ese es el nombre de un valiente, y no es esta la vez primera que llega á mis oidos.

—He servido cincuenta años, señor; he tomado parte en todas las campañas que han hecho ilustre al pais en medio siglo, y he sido testigo de todos los crímenes que durante este largo espacio han ensangrentado el reyno.

—Escusadnos nuestras victorias, respondió Ladislao con voz severa; las conozco, y ademas, si llegase á olvidarlas, no faltan aduladores que me las recordarian. ¿Cuáles son los crímenes que has presenciado, dí, cuyo castigo no hayas visto al mismo tiempo?...

—¿Puedo hablar libremente, señor?

—Por el Papa, no me hagas esperar, si no quieres arrepentirte de haber comenzado.

—He visto asesinar á Tommasso, conde de Monte Scaglioso.

—¿Y luego? dijo el Rey con voz sombría.

—A Wenceslao, duque de Amalfi.

—¿Despues?

—A Hugo, conde de Potenza.

—¿Y con posterioridad?

—A Luis, conde de Melito; Enrique, conde de Terra-Nuova, Gaspar, conde de Matera.

—Basta... ¿Qué quieres, anciano, con esa larga y terrible lista de víctimas? ¿te han encargado los muertos de reclamar su venganza?

—¿Y qué me importa á mí todos los San Severinos degollados en un foso y arrojados despues á los perros de palacio? ¿qué me hacen á mí todos los nobles, cuya cabeza ha rodado en el cadalso? ¿qué toda la sangre derramada por su órden? gritó el anciano perdiendo completamente la razon. Me han muer-

to un hijo, me han dado tormento á otro, ¿lo oyes, Ladislao? Y esto por órden de Pandolfello Alopo, y con consentimiento y permiso de tu hermana. He aquí mis quejas: hé aquí los crímenes de que pido justicia.

—Repórtate y ten cuidado... respondió el Rey con aspecto terrible; mientras me has acusado á mi te he dejado hablar, pero acusas á Juana, mi muy querida hermana, acusas á los mayores personajes de la córte: ¡desgraciado de tí, anciano, si no tienes pruebas para sostener tu acusacion.

—¿Pruebas?..... ¿No es notorio á toda la ciudad que no le falta ya á Pandolfello mas que el título de Rey para reynar en tu lugar? ¿No me ha derribado por el lodo, ese cobarde bastardo que me debe la vida y el favor de que goza en palacio? ¿No se ha sacado entre la pesca, aquí en el mismo sitio que pisas, el cadáver de mi hijo? ¿Pruebas?... haz abrir las puertas de la prision, y si no se han apresurado á asesinarle, cuando ha avistado tu galera, para deshacerse de un testigo peligroso, verás á mi pobre hijo, á mi última, mi única esperanza, con los pies sujetos por los grillos, los brazos cargados de hierro, y todos sus miembros descoyuntados por la tortura.

—Todo esto constituye presunciones graves, dijo el Rey con un aire glacial, pero nada me prueba todavía que Pandolfello Alopo sea culpable del asesinato de tu hijo.

Y despues, volviéndose hácia su comitiva, á quien tanta audacia por parte de un pobre soldado habia dejado inmóvil y mudo de estupor:

—Que se apoderen de ese hombre, dijo, y sobre todo que se le prodiguen los cuidados que reclama su estado. Y ahora, señores, á Castel-Nuovo.

En cuanto llegó á palacio, Ladislao se encerró en su cámara con cinco ó seis barones de los mas fieles, que no le habian abandonado un instante en sus largas y arriesgadas espediciones. El gran chambelan, como su empleo le daba derecho, fue el primero que se presentó en las habitaciones del Rey y solicitó besarle la mano. Ladislao mandó se le contestase por medio del conde Avelino que no veria á nadie antes que á la regente, y que se avisaria á la princesa cuando estaria el Rey en estado de recibirla. Este primer contratiempo, unido á la relacion que acababan de hacerle de la estraña escena del veterano, no era el mas á propósito para calmar la inquietud y aprehension de Pandolfello. Mas se tranquilizó no obstante, pensando que en último resultado, como acababa de tomar todas las precausiones necesarias para hacer desaparecer hasta la huella de sus últimos crímenes, nadie podia convencerle ante el monarca. Tratábase cuando mas, de una desgracia momentánea y pasagera; pero Pandolfello contaba con demasiados medios de seduccion, y con la ciega pasion que habia inspirado á la hermana, para temer sèriamente la severidad del hermano. Confióse, pues, á la suerte, ó como se decia entonces, á su feliz estrella, que hasta allí le habia favorecido, y modificando un poco la respuesta del Rey, anunció á la princesa que S. M. se preparaba á recibirla con todas las consideraciones que tan alta señora merecia, y que tenia que contener su estremado cariño fraternal ante la inflexible etiqueta de la corte. Juana, que como todas las personas dotadas de una imaginacion viva, y de una grande movilidad de ideas, pasaba fácilmente del temor á la esperanza, creyó sinceramente las palabras de su favorito, y quiso adornarse para presentarse á los ojos del Rey con todas sus ventajas, y borrar hasta los menores recelos que pudieran haberse suscitado contra ella ó contra su consejero en el animo de su hermano, por aquella irresistible fascinacion que ejercia con los que la conocian desde su mas tierna infancia. Cuando llegó la noche, y las habitaciones de Castel-Nuovo estuvieron espléndidamente iluminadas, el conde Avelino hizo saber á la princesa, y á los siete grandes dignatarios de la corona, que el Rey los aguardaba. Entonces se abrieron las dos hojas de la puerta de la cámara de Ladislao, y en el lugar que ocupaba comunmente el lecho real, se vió un estrado entapizado con terciopelo negro, sobre el cual habia de pie dos hombres silenciosos y cubiertos completamente con su armadura, como dos fantasmas vengadoras. Juana retrocedió tres pasos, y lanzó un grito de terror á vista de tan estraño espectáculo. Pálida, temblorosa y agitada por un temblor convulsivo, se volvió hácia su hermano, y le preguntó, menos con la voz que con el gesto, qué significaban aquellos dos terribles personages.

—Son los jueces, señora, dijo Ladislao frunciendo las cejas. Sentaos, princesa, aquí, á mi derecha. En cuanto á vosotros, señores, dijo dirigiéndose á los grandes dignatarios, conservad cada uno el lugar señalado á vuestro rango, y prestad atencion á lo que va á pasar. Que traigan al acusador.

Al escuchar aquellas palabras, cuatro escuderos llevaron á la real cámara al anciano Lancia sentado en un ancho sillon, y habiéndole puesto á la izquierda del estrado, se retiraron.

—Habla, dijo el Rey, sin temor y sin consideraciones á nadie.

El anciano fijó sobre Pandolfello una mirada terrible, y pronunció lentamente estas palabras, que penetraron cada una en el corazon de Juana como una puñalada.

—Acuso al conde Pandolfello Alopo, gran chambelan de palacio, de haberme indignamente maltratado, pisoteándome con su caballo. Le acuso de haber asesinado á mi hijo Lo-

renzo y de haberle arrojado al mar; le acuso de haber mandado dar tormento á mi hijo Peppino para obligarle á que denunciase inocentes, de que queria deshacerse.

—Qué teneis que responder, Pandolfello? dijo el Rey volviéndose hácia el gran chambelan.

—Ese hombre está loco, respondió el jóven con una sonrisa de desprecio.

—Negais, no es cierto?...

—Me asombro, señor, de que pueda creérseme capaz de semejantes infamias.

—Que se presenten los testigos, dijo Ladislao, sin que su voz manifestase la menor emocion.

Entonces pasó en lo interior de Castel-Nuovo un drama espantoso y terrible. Peppino, mas bien arrastrado que conducido por los soldados, entró en la habitacion, pudiendo sostenerse apenas sobre sus rodillas. El pobre mozo, destrozado por el tormento, dejaba ver en todo su cuerpo las señales de sus padecimientos; pero en su rostro pálido y resignado se advertia un valor heróico y una noble firmeza. En cuanto llegó á presencia del Rey dirigió á su padre una mirada indefinible de amor, de compasion y de ternura. Despues quiso hablar, pero la lengua se le pegó al paladar, perdieron el color sus labios, y una violenta convulsion agitó todos sus miembros. Alargó la mano á su padre en señal de despedida, y cayó muerto á los pies de Ladislao.

—Bueno va, dijo para sí Pandolfello, el gran proto-notario no me ha engañado.

—¡Hijo mio!... dijo el anciano, ¡pobre hijo mio, le han envenenado!

Y Lancia volvió á caer en su sillon sin movimiento y sin voz.

—¿Qué teneis que decir, Pandolfello? preguntó el Rey con la misma impasibilidad.

—Monseñor, soy inocente, ninguna parte he tenido en la muerte de ese jóven. El terror le ha privado de la vida. Ademas trató de asesinarme á vista de toda la ciudad, y yo le he perdonado.

—Solo al Rey pertenece el derecho de indultar, señor mio, contestó Ladislao con voz terrible.

—Perdon, señor, la turbacion me estravia: he querido decir que intercedí en favor del culpable con vuestra angusta hermana, que en vuestra ausencia ejercia los derechos de la soberanía.

—¿Es verdad, Juana?

—Es muy cierto, hermano mio; Pandolfello es un vasallo digno y leal, y nada prueba que haya cometido los crímenes de que le acusan sus enemigos.

—Nada lo prueba en efecto, continuó Ladislao con lentitud; mas como hay presunciones bastante graves contra el acusado, se va inmediatamente á aplicarle el tormento.

—¡A mí, señor! gritó el gran chambelan con indignacion. Soy conde y baron, desempeño el primer empleo en la córte, y solo debo ser juzgado por los nobles mis iguales.

—Mientes, respondió Ladislao, cuya cólera estalló al ver la indomable audacia del homicida, mientes delante de tu soberano y de tus jueces; tú no eres mas que un miserable bastardo, un mozo de cuadra, que no ha temido abusar de las mercedes que se le han dispensado, para cometer las acciones mas infames y los crímenes mas odiosos. Ahora mismo veremos si tienes igual desfachatez. Que entren los criados del verdugo.

Apenas pronunció aquellas palabras el monarca, entraron en la cámara dos hombres de fisonomía siniestra, con los brazos desnudos, y armados con todos los instrumentos de la tortura. Pandolfello palideció ligeramente. Juana juntó sus manos suplicantes, y esclamó con un movimiento de terror inesplicable:

—Eso es espantoso, Monseñor, perdonadle, tened compasion de una pobre muger. No podria jamas soportar un espectáculo tan horrible.

—Habeis sido hasta aquí el Rey de Nápoles, hermana mia, dijo Ladislao esforzando su voz en esta palabra, y un Rey debe saber administrar justicia sin parcialidad y sin debilidad.

En un instante quedó colocado en el techo una polea, las muñecas del favorito fueron sujetadas por detrás de sus espaldas con nudos apretados, y lanzó un grito doloroso. Por medio de una cuerda se le suspendió á seis pies del suelo; sin embargo, sufrió aquella primera prueba ordinaria con valor, y respondió con voz firme:

—Soy inocente.

Bajáronle de allí, y luego, á una nueva seña de Ladislao, los dos ayudantes del verdugo levantaron al infeliz hasta el techo, y soltándole de repente le dejaron caer á plomo desde la altura de tres pies. Aquella dolorosa operacion se repitió por tres veces y en todas ellas Pandolfello contestó con voz ahogada:

—Soy inocente.

Entonces se le tendió sobre un caballete, y los atormentadores ataron á sus pies y manos cuatro enormes pesas de hierro. Crugieron los huesos del paciente, dislocáronse sus articulaciones, y brotaba la sangre con abundancia.

—¡Perdon! gritó el atormentado, perdon, Monseñor, soy inocente.

Suspendiéronse los tormentos; el acusado no habia confesado.

—¿Es culpable? preguntó el Rey á los dos jueces cubiertos con su armadura de pies á cabeza.

—No; respondieron con voz cavernosa.

Pandolfello respiró. Un rayo de esperanza brilló en la frente de Juana; creyó que su amante se habia salvado.

—Y bien, dijo el monarca, ¿no hay nadie

que quiera deponer contra el acusado?

—Nadie, respondieron los concurrentes.

—Entonces yo seré quien desempeñe ese oficio.

Estas palabras del Rey fueron recibidas con un silencio mezclado de asombro y de terror. Aquel estraordinario proceso comenzaba á tomar las proporciones de una revelacion fantástica y sobrenatural.

—Respóndeme, Pandolfello Alopo, ¿dónde estuviste la noche del 26 de Julio?

—En una casita de Chiatamone.

—Mientes; estabas en una barca, y en alta mar.

Pandolfello miró al Rey, como asustado: Ladislao continuó friamente su interrogatorio.

—¿A quién encontraste en tu paseo nocturno?

—A nadie, contestó el jóven cada vez mas desconcertado.

—Mientes: encontraste á un anciano que te salió al encuentro en otra barca conducida por dos remeros, y aquel anciano se llamaba Galvano Pedicini.

—Todo lo sabe, pensó Pandolfello aterrado.

—¿Qué dijiste á Galvano Pedicini?

—Nada, Monseñor... cosas indiferentes...

—Mientes; le pagaste para que me asesinase.

Un grito de horror se oyó en la régia cámara.

—Jamás, señor, balbuceó el acusado temblándole todos los miembros. Galvano ha mentido, me ha calumniado.

—¡Traidor y cobarde! gritó Ladislao con voz de trueno: hé ahí tu bolsa, y se la arrojó á la cara: hé ahí los dos hombres que estaban en la barca del anciano con quien hablaste, y señaló á los dos hombres cubiertos con su armadura... Galvano era yo.

Pandolfello cayó en tierra boca abajo, anonadado por aquellas terribles palabras.

—¿Es culpable? preguntó nuevamente el Rey.

—Si: respondieron los concurrentes con voz unánime. Juana habia perdido el sentido.

Entonces el Rey se levantó, y pronunció la siguiente sentencia que condenaba á Pandolfello.

—Yo, Ladislao I Rey de Hungria, de Jerusalen y de Sicilia, declaro á Pandolfello Alopo reo de lesa-magestad; mando que se le ponga en la frente un cartel infame, que se le coloque atado en una carreta, y se le pasee por todos los barrios de Nápoles; que los verdugos le arranquen las carnes con tenazas encendidas; que se le arrastre por encima de navajas, y que se le arroje en una hoguera de leña verde, para que se queme lentamente hasta que muera.

Aquella horrorosa sentencia se ejecutó literalmente. Despues del suplicio, el pueblo se abalanzó á la hoguera, y se apoderó de los huesos de Pandolfello, para hacer silbatos y puños para látigos.

Un hombre habia asistido á aquella espantosa escena, elevado penosamente sobre el parapeto de un puente, y sostenido por un grupo de pescadores. Fija la vista, la boca entreabierta, y el pecho palpitante, no perdió ninguno de los pormenores de tan horrible ejecucion. Aquel individuo era Giordamo Lancia. Cuando concluyó todo, el desgraciado anciano cuya razon habia recibido tan rudos ataques aprovechó un momento en que nadie fijaba la atencion en él, y se arrojó de un salto al mar, riéndose y gritando al mismo tiempo:

—Amigos mios, venid á pescarme á mí tambien.

E. C.

EL CARNAVAL EN ROMA.

Sola una semana en todo el discurso del año es la que reune en Roma á la nobleza, al vecindario y al pueblo, haciendo iguales á todos en un comun delirio, asi como otra semana iguala tambien á todas las clases por medio de los egercicios de piedad: esta es la Semana Santa, y aquella la semana de Carnaval. Esta época atrae á Roma tantos extranjeros como la Semana Santa, y desde la una festividad hasta la otra dura la concurrencia en todo el tiempo de Cuaresma.

El Carnaval de Roma deja muy atras al de Venecia y de Nápoles; es un fenómeno único, excepcional como excepcional es su pueblo, fenómenos que no tienen modelo ni copia. Esta poblacion *sui generis* debe ser considerada bajo el punto de vista que le es propio. Educada por los soberanos Pontífices, es el resultado moral de su sistema eminentemente cristiano, y no menos conservador de las miras paganas.

A las inmediaciones del Carnaval una agitacion general cunde por toda la ciudad. Multitud de personas de todos sexos, edades y condiciones recorren desde la mañana á la noche los almacenes y las tiendas para comprar ó alquilar diferentes disfraces para cada uno de los dias de tan bulliciosa semana. Mas de un pobre vende su cama para poder comprarse una careta. Los mendigos mismos, que realmente no son pobres, se disfrazan de marqueses. La máscara es rigorosamente necesaria para el populacho, porque le pone bajo la proteccion de la policía, y porque sobre todo quiere divertirse cueste lo que cueste. El *Corso* se transforma de repente en un gran paseo, en donde por todas partes se entapizan los edificios con colgaduras de todos colores guarnecidas de oropeles, y se levantan tablados, cuyos asientos se alquilan para ver las fiestas. Los balcones de palacio se adornan igualmente con esquisitos tapices y alfombras de terciopelo con franjas de oro ó plata, y en el palacio *Ruspoli* se preparan palcos elegantes para lo mas selecto de la sociedad; en fin llega el dia feliz en que se abre el Carnaval, y toda Roma anhela entregarse á los placeres y recreos, aguardando á que suene la *Patarina*, campana de Viterbo, que solo se toca en la eleccion y muerte de los Papas, y en la apertura del Carnaval.

A las dos de la tarde está el Corso lleno, los balcones y ventanas de todos los pisos resplandecen con las colgaduras y trages diversos, y la gente de á pie circula entre el espacio que dejan tres hileras de coches, de las cuales la del medio se compone de carrozas, tiradas por seis caballos, y llenas de príncipes romanos, y de comparsas de músicos y de máscaras, que ostentan alegremente sus alegorías ó pantomimas, arrojándose mútuamente dulces y confites de todas clases. Es propio de la galantería romana no perdonar en estos combates á las damas, las cuales sufren impávidas, y como verdaderas heroinas del Tiber, descargas cerradas de estos proyectiles, sin darse de ningun modo por ofendidas, vengan de donde vengan. Allí, como en todas partes, se ocultan nobles intrigas bajo máscaras vulgares, y los amantes, contrariados en todo el discurso del año, disfrutan de deliciosas vacaciones. En un año son de moda los vestidos de muger llamadas *paglia-cette*, que tanto favorecen al buen talle; en otro campan las rústicas *villanellas*, y en otro el trage de judias. Por medio de las *scaletti*, escaleras de resorte, se hacen subir á los pisos mas altos los ramilletes ó billetes, y estas escaleras las llevan máscaras vestidos de jardineros.

A las tres muda de aspecto el Corso: suenan cajas en la *plaza de Venecia* y en la *Plaza del pueblo*, avisando á los carruages. A la media hora se repite esta señal, y abandonan el puesto todos los carruages de máscaras ó sin ellas, no quedando sino la gente de á pie y los soldados que rodean el Corso. Entran entonces á galope y con sable en mano los dragones que vienen desde el *Palacio de Venecia* á la *Plaza del pueblo*,

alineando con tan brusco ataque á todos los peatones, para abrir paso á los nuevos actores que van á recorrer la carrera. Inmediatamente se cierra la calle con un grueso cable, detras del cual se colocan en fila doce ó quince caballos con sus respectivos palafreneros. Van los caballos empenachados con cintas y plumas de diferentes colores, con ricas gualdrapas, pero llenos de balas de plomo colgantes ¡y pinchos por todo el cuerpo, y estimulados ademas con mechas de yesca encendida en las partes mas sensibles del animal. Asi los pobres llegan furiosos, acoceándose y mordiéndose mútuamente, queriendo salvar la barrera puesta delante de ellos, porque saben van á correr y ser rivales.

A cierta señal se baja el cable, y parten disparados los caballos rivales hasta dar al fin de la carrera en la meta formada por un gran lienzo que cierra la calle entre el *palacio Torlonia y el de Venecia*. Desde un balcon de este proclama un juez al caballo vencedor.



Mascarada.

Suena el Ave Maria, los máscaras se santiguan, los balcones y ventanas se desocupan, y cada uno se retira á cenar mientras llega la hora del *festino*. Se llama asi el baile de máscaras del teatro *Aliberti*, suntuosamente alumbrado en toda su circunferencia, y á donde concurre toda la alta sociedad, ya de disfraz ya sin él. Reina en dicho teatro un trato y conversacion animada, picante, íntima y propiamente italiana. En el último dia de Carnaval al anochecer, el Corso brilla con millares de luces que se mueven, tropiezan, desaparecen y vuelven á aparecer en balcones, ventanas y carruages, producidas por candelillas *(moccoli)* que cada uno procura apagar en la del que está mas próximo. El ataque y la defensa son igualmente vivos, y producen los efectos mas imprevistos. Parece que la calle no tiene fin con esta perspectiva, y por todas partes se oye gritar: *¡Ammazzato quello che non ha il moccoletto!* (muera el que no tiene candelilla) y poco despues con voces lúgubres. *¡E morto il Carnovale!*

E. S.

RESEÑA

del estado de la industria mineral en la Provincia de Málaga, al finar el año de 1851, con una noticia de todas las sustancias calinas y petreas que se consumen en la misma.

Al presentar algunos datos estadísticos sobre la industria mineral de esta Provincia, no entraré en una descripcion geológica de sus interesantes terrenos, lo uno por ser ageno del objeto especial de esta publicacion, y lo otro por haber ya manifestado mis observaciones sobre los mismos, en una Memoria inserta en el periódico la *Revista Minera*, cuya redaccion está á cargo del cuerpo de ingenieros.

Tampoco espero que mi trabajo pueda ser completo respecto de la cantidad de productos metálicos que se han esplotado; pues hallándose hoy á cargo de la Hacienda la recaudacion de los impuestos sobre minas y metales, no tenemos mas datos los ingenieros que los que buenamente nos facilitan las Empresas; pudiendo asegurar sin temor de equivocarme, que desde la supresion de las antiguas Inspecciones, el Gobierno de S. M. carece de una Estadística minera, que tanto se habia logrado mejorar en años anteriores, como puede verse por las Memorias publicadas en los Anales de minas.

ESTADISTICA MINERAL.
ESPECIES METALICAS.

Las que hasta el dia se han descubierto en esta provincia son las siguientes:

Oro.—El nombre árabe de *Guadiaro* (rio de oro) nos indica que este metal precioso debió ser encontrado por los árabes en el lecho de aquel rio; y en efecto, aun en la época presente se suelen hallar algunas *pajitas* de oro en los remansos que se forman en el cambio de sus corrientes.—Tambien en el término de Genalguacil se halla el sitio de los *morteretes*, llamado asi por los muchos morteros que se encuentran, y en los que se dice que lo molian los antiguos, lo mismo que en los *molinillos* que habia para el mismo objeto en los Reales de Genalguacil. (1)—En el término de Tolox recogian los moros el oro en tinagillas, y se sabe que en el siglo pasado se benefició tambien alguna cantidad.—Pero si con el trascurso de los tiempos van las aguas lavando y arrastrándolo de la roca que parece ocultarlo á nuestra vista afanosa, para conducirlo al alveo de los rios, solo en estos es donde debemos esperar recogerlo con ventaja, pues la naturaleza siempre previsora, parece negarse á presentarnos este metal en potentes criaderos, que abaratando su valor, inutilizarian este gran signo de nuestras transacciones comerciales. De aqui el que las grandes esplotaciones de oro se hayan establecido sobre inmensos aluviones como los de la California, que rendirán en este año sesenta millones de pesos, los muy notables de la Siberia (Montes Altaï y Ourales) cuya produccion anual se ha elevado hasta quince millones de duros, perfeccionándose las máquinas de lavado, en términos de beneficiar con utilidad las tierras cuyo contenido es menor de uno á uno y medio granos por quintal (2). En Granada, sin embargo, como dice nuestro compañero y amigo D. Tomas Sabau en una interesante Memoria sobre aquellos terrenos auríferos, que acaba de publicar, hay quien se atreve á costear el beneficio con un cuarto de grano, no distando la fábrica mas que quinientos pasos del punto de esplotacion; una estátua de oro, (añade) y no de bronce, se debia erijir al que tal hiciese. Pero prescindiendo de las ecsageradas noticias que se han divulgado sobre la riqueza aurífera de algunos puntos de España, es indudable que los romanos, con miles de esclavos á su disposicion, y con el alto precio del metal, pudieron esplotar con ventaja tierras muy pobres en oro, dejándo-

(1) Conversaciones malagueñas.
2) Anuarios de minas de Rusia.

nos en el valle de la Maragatería en la provincia de Leon, de Cáceres y otros puntos, vestigios gigantescos que no han podido ser borrados por la accion destructora de quince siglos (1). Este oro servia para ganarse nuestros cónsules los honores del triunfo en la capital del mundo, tan fáciles de adquirir ya en aquella época de corrupcion bajo el imperio de los sucesores de Augusto.—Hoy han sido removidas aquellas ruinas y surcados aquellos canales que rodeaban á la antigua Asturica (Astorga); pero las empresas apesar de haber tropezado con algunos filones de cuarto aurífero, han abandonado en su mayor parte la esploracion, sucediendo lo mismo con los criaderos que se encuentran en Palacios de Salvatierra (Salamanca); con las *piritas auríferas* de los Pirineos de Cataluña y de Sierra Morena, y con las vetas de cuarzo de Valencia de Alcántara (Cáceres) con oro nativo, queda una riqueza media de veinte y dos á cuarenta adarmes por quintal (2). Los llamados *oreros* se dedican sin embargo en el alveo de los rios Salave (Asturias), Navia (El vierzo), Sil (Galicia) y Darro (Granada) al lavado de las arenas en dornillos, bateas, ó gamellas, sacando á veces jornales de consideracion, y elevando la produccion anual á algunas libras de oro afinado.

Cobre.—Se presenta con abundancia en *filones* atravesando los bancos de serpentina, y constituido en lo general por *piritas, malaquita, cobre gris, mispikel* (sulfo-arseniuro de hierro) y á veces el *cobre nativo* como sucede en la mina Civeles, teniendo por ganga el *talco blanco esteatitico* y el *cuarzo*. Las minas Herrumbrosa, Marjal del Toro y la de la Cuesta del Pino surtieron por algun tiempo una fábrica establecida en la orilla del Guadalmaza con cuatro hornos, á los que comunicaban el viento dos *trompas* de quince pies de caida, empleándose en la fundicion el mismo tratamiento seguido para los minerales de Dalecarlie (Fahlum) en Suecia, cuyas minas se hallan hoy á trescientos cincuenta metros de profundidad.

Junto al rio de Almachar tambien en Sierra Bermeja, hubo otra fábrica que era alimentada por diferentes minas de su término: y si bien el poco écsito que tuvieron estas Empresas, debido á circunstancias particulares, ha desanimado para seguir esplorando los *crestones* cobrizos de la Sierra, es indudable que contiene una riqueza en piritas que algun dia dará escelentes resultados, contando con una buena direccion facultativa, capitales suficientes, y las primeras materias que aun abundan en el pais.

(1) Terrenos auríferos de la provincia de Leon, por D. F. J Viadera.

(2) Minerales auríferos de Estremadura, por D. Amalio Maestre. Revista minera.

En la formacion de los esquistos arcillosos carboniferos que corren de E. O. al pie de la Sierra Bermeja se contiene tambien un sistema de filones plomo-cupriferos con direccion de N. E. á S. O., y que en tiempos anteriores parecen haber sido esplotados en término de Casares y sitio llamado el Lomo del Sabinar, de donde segun la tradicion, el Cura de Córtes estraia cantidades crecidas de plata que fundia él mismo, hasta que, cercada la mina por tropas mandadas al efecto, se cegaron las labores, pereciendo en ellas el Cura que las dirijia.—A la inmediacion de ellas ó de otros minados antiguos en los que se han encontrado restos de utensilios mineros, hace diez años que tiene emprendidas nuevas labores una sociedad de Gibraltar sobre las minas llamadas Trinidad y S. Jorge, en las que se ha reconocido un filon de 0,50 de potencia, y esplotado, segun mis indicaciones, en una longitud de veinte y siete varas en el primer piso, produciendo mil quintales de mineral. A su final aparece cortado por otro filon *cruzador* de *cuarzo lechoso* con hierro y cobre, y dislocándole de su posicion le ha arrojado sobre el pendiente. Un detenido estudio de este terreno y el ausilio de un plano general de todas las labores que he facilitado á la Sociedad, hará dirijir en lo sucesivo con mas acierto los trabajos, siendo preciso para esto que terminado el litigio pendiente, como por desgracia sucede donde quiera que una mina ofrece porvenir, se emprendan con el interés que el terreno ya ofrece.—Los ensayos del mineral verificados en Marsella y en Lóndres dan los siguientes resultados.

Plomo..	0,430	Plomo.	0,440
Cobre..	0,037	Cobre..	0,045
Plata. .	0,002	Hierro.	0,095
	1,000	Zinc.	0,018
		Arsénico..	0,013
		Azufre.	0,190
		Plata, ganga y agua.	0,198
			1,000

El contenido de plata es solo de ocho onzas y diez adarmes por tonelada.

Por estos analisis se ve que es una mena bastante complicada, pero aun cuando por el pronto no se pudiese fundir al pie de la mina, su buena situacion á una legua del mar facilita la esportacion de los minerales á Sweansea, en cuyas fábricas podria aplicársele con ventaja el beneficio de concentracion del Cornwal, separando antes mecánicamente el plomo y el cobre.

En los montes de Málaga tenemos tambien algunos indicios de cobre, sin que hasta el dia se hayan establecido mas que lijeras esploraciones sobre las eflorescencias azules y verdosas que tienen las pizarras.

Como minas *plomo-cobrizas* citaremos las Revolucionaria, Cruz, y Maria en término de

Benagalbon, alguna otra en el arroyo Jabonero: los *cobres grises* del cerrado de Sea, las *malaquitas* del camino de Antequera y de las cercanias de Nerja, y por último, la mina de S. Gabriel ó Jesus Nazareno en término de esta ciudad, que tiene un socabon de doscientas varas abierto en diorita, con el cual han cortado un filon de cuarzo *galena blenda, malaquita, hierro y cobre piritoso* ocho varas de potencia en su cabeza y catorce á las ciento seis varas de profundidad, aunque casi esteril. Su direccion es de N. E. S. O. inclinando 65° al S. E. que es la general de casi todos los filones de la provincia, y notable por su continuidad, por la roca en que arma, y por la disminucion de riqueza mientras que aumenta en espesor.

Aparte de otros indicios de cobre que se presentan en toda la costa, y en las serpentinas que se estienden por cerca de Alora y Carratraca, tenemos tambien en la Sierra de Montecorto, tres leguas al N. E. de Ronda, algunos *escoriales cobrizos* y escavaciones de siglos anteriores, sobre *bancos* de hierro hidrocsidado con manchas de malaquita (carbonato y sulfato de cobre), entre las calizas y dioritas-cuarzosas de aquella formacion.

Estos hierros y cobres, de que se encuentran diferentes *crestones*, suelen degenerar á profundidad en *sulfrarseniuro de plomo* y de *antimonio*, presentándose con abundancia, como hoy sucede en la mina Virgen del Cármen, que ha estraido ya 2000 quintales de mena y vendido 800 para Cartagena. Su riqueza media es de 50 por 100 de plomo y 0,70 de plata ó sea 1,40 onzas por quintal de plomo. La empresa ha fundido tambien algunos quintales en un horno de pava. Pero como algunas otras minas van descubriendo tambien ricos minerales de plomo, convendria fundirlos todos en una buena fábrica que allí se estableciera, alimentada con carbon vegetal, que puede obtenerse á bajo precio, y las barras de plomo conducirlas á los talleres de cristalizacion de Cartagena para obtener separada la plata.

Por lo demas, los minerales de cobre ofrecen en España un alhagüeño porvenir, y es indudable que cuando en nuestras ricas minas de Riotinto se planteen las grandes fábricas que su importancia ecsige, cuando contemos con buenos fundidores y afinadores, como hoy los tenemos sin rivales para el plomo, la plata, el zinc y aun el hierro, los mineros se dedicarán á esplotar con afan esos cobres de Sierra Morena y Sierra Nevada, de Burgos, de Asturias, de Murcia, Guadalajara, Navarra, Teruel, Tarragona, Galicia y la Mancha, que hoy apenas se han disfrutado por tropezarse unas veces con la falta de fundidores, otras con la inconstancia de los criaderos, y todas con el desaliento subsiguiente de las Empresas.

Una advertencia sin embargo tenemos que hacer respecto de los criaderos cobrizos, y es, que la naturaleza, mas caprichosa con ellos que con otro alguno, ó bien nos presenta inmensas montañas de *pirita cobriza*, como la de Riotinto, la de Fahlum en Suecia, la de Rammelsberg en el Harz, esplotadas todas desde los romanos; enormes *filones*, como los del Cornwal, que alcanzan hasta 9000 metros de longitud, los de Cuba y del Perú, ó bien *venillas* insignificantes que desaparecen en profundidad, *capas* de escaso rendimiento, ó *masas* de condiciones completamente irregulares. De aquí el que hoy dia el Asia con sus cobres de Banca y de Malaca, Sweansea con sus doce grandes establecimientos, produzcan casi la totalidad del cobre que se consume en el mundo, y que al recordar las enormes cantidades fundidas por los griegos y romanos antes de forjarse el hierro, al pensar que sus dioses, sus armas, sus monedas, eran de cobre y de bronce, ha llegado á creerse con algun fundamento que debieron ecsistir en Chipre y otros puntos grandes masas de cobre nativo, y al menos de ócsidos y carbonatos, sobre las que ejercerian su industria en unos tiempos en que el arte de fundir se encontraba en su infancia, y era insuficiente para manipular sobre los sulfuros que hoy constituyen el importante trabajo metalurgico del cobre.

Plomo.-Plata.—Diferentes minas de este metal al estado de *galena* (sulfuro) y de *plomo blanco* (carbonato) se trabajan hace algunos años en la falda N. de Sierra de Mijas y sitio llamado el Llano de la Plata.—Las nombradas de S. José y El Niño funden sus minerales en la fábrica de dos hornos de cuva con una pava y un horno de calcinacion establecida junto al rio de Guadalmedina, rindiendo un producto de treinta y seis por ciento de plomo, que podria elevarse, sustituyendo los hornos con los llamados de *tiro* ó corriente natural, usados en las cuarenta fábricas del campo de Cartagena que entregarán este año al comercio, mas de trescientos mil quintales de plomo, y treinta mil marcos de plata, que representan veinte y un millon de reales, estraidos de una sierra que nada producia hace muy pocos años.

La mina de *Comoquieras* en el Llano de la Plata que alcanza á sesenta varas de profundidad, suele vender sus minerales á los señores Heredia. Las llamadas *Esperanza* (a) Esmeralda, *Carolina, el Buen criadero* y alguna otra funden por lo regular los suyos en una fábrica de un *boliche* y una *pava* á las inmediaciones de las minas.—Y aun cuando hay en el Llano de la Plata antiguos trabajos de esplotacion, ninguno de los modernos alcanza á cien varas de profundidad, y todos ellos persiguen varias *capas plomizas* que se dirigen de N. E. S. O. inclinando al S. E. y alguna

de ellas reconocida en quinientas varas de longitud, interpolada entre una roca calizocristalina á cuyas inflecsiones se amolda, pero sin que todavia se haya reconocido en ninguno de sus límites, apesar de las muchas aunque poco estudiadas labores que sobre ella se han ejecutado.

Rotas en algunos puntos estas capas metalíferas por los grandes trastornos que ha debido esperimentar todo el terreno de la Sierra, se presentan aisladas pequeñas *bolsadas* de galena que por lo comun concluyen á las pocas varas de profundidad. Su aparicion suele anunciarse por algunas *guias* ó *rafas* de hierro hidrocsidado (requemones) tras de los cuales viene luego el sulfuro de plomo empastando nódulos de caliza y trozos de la misma roca en cristales rombocdricos. Como especies minerales aparecen tambien raras veces el vitriolo de plomo (sulfato) la smitsonita (carbonato de zinc), la beudantina (arseniato de hierro) y el hierro dodecaedrico teñido por el oxidorojo. En la Sierra Blanca viene tambien el ócsido de antimonio (tennautina), el plomo sulfurado negro blendoso y arsenical, y el massicot (ócsido de plomo) que siendo el mas abundante facilita mucho la fusion de estas menas en la pequeña fábrica de un boliche y una pava del arroyo del Quejigo.

La riqueza en plata de todos estos minerales no llega en lo general á un cuarto de onza por quintal de plomo, escepto una pequeñísima guia que se encontró en la mina Deseada con cuatro onzas, pero que desapareció en breve.

En las Sierras de Ojen y Blanca se abrieron tambien en años anteriores muchos agugeros, quedando en el dia en esplotacion la mina llamada *Buena vista*, que alcanza á ochenta varas de profundidad siguiendo un enorme soplado ó grieta de mas de doscientas de longitud, que la hace muy penosa de transitar. Las de *S. Francisco, S. Miguel, Bellavista Campana, S. Marcos y Emilia* esplotan tambien algun mineral que trata de fundirse en una fábrica establecida en este año en el convento de S. Francisco de Marbella.

Por la parte opuesta de la provincia, en el ramal de Sierra Tejea que se estiende sobre Nerja, se han esplotado tambien minerales plomizos, entre otras, en las minas *Furia, S. Antonio, Buena fé, Cármen, Gallo y Cruz*, que en un tiempo fundieron sus minerales en la fábrica que hubo en la Fuente del Esparto, y hoy dia en dos fábricas construidas en Nerja, de las que una de ellas ha debido fundir en este año algunos miles de quintales procedentes de una capa plomiza nuevamente descubierta.

En los montes que se estienden al Sur de la Sierra de Ojen, formados por el terreno siluriano, aparecen diferentes filones de *cuarzo* con *galera* mas ó menos argentífera hojosa y de grano fino, pero muy mezclada con *blenda* y *hierro piritoso*, y por gangas el cuarzo y la caliza espática. Desde el año 1692 se empezó á esplotar la mina Romana por real cédula concedida al señor Ladron de Guevara; pero abandonada por este la tomó á su cargo la sociedad Iberica en 1826 y sucesivamente otras que la abandonaron por no poder fundir los minerales.—Hace ya sin embargo algunos años que la Sociedad *Legalidad* de Gibraltar, continua con toda constancia los trabajos de una mina bajo el nombre de «Si produces» ó «Romano» con sus colindantes El Consuelo y La Estrella, siendo la segunda perteneciente á una sociedad de Jerez, y la que con mas empeño activa sus trabajos que pueden ponerse como modelo por la clase del terreno que atraviesan, por sus fortificaciones y por la buena marcha que todos llevan. El filon está reconocido en setenta y siete varas de longitud y noventa y cinco de profundidad, con una direccion de S. E. á N. O., cortísima inclinacion al N. E. y una potencia de 1,50 de vara. Su riqueza media es de treinta y seis por ciento de plomo y cuatro onzas de plata por quintal de metal; y si bien todavia no se ha compactado lo que debia esperarse de la profundidad en que se esplota, es indudable que es una mina de porvenir, y esperamos que la Sociedad llegará á reintegrarse con usura de los desembolsos que ha hecho. En el año presente producirá cuatro mil quintales de mena, vendida para Cartagena, y en el inmediato se confia en duplicar esta suma.

La preparacion mecánica que sufren las menas plomizas para disponerlas á la fusion, consiste solo en un *quebrado* y *rastreo*, dividiéndolo en tres suertes. Los trozos gruesos con facetas cristalinas que se llama *metal de hoja;* el de grano fino y compacto, que es el mas rico, *metal acerado*, y el de 3.ª que sufre un *acribado* del modo siguiente. El operario (garvillador), coloca de doce á diez y seis libras de mineral menudo (garvillo) en un harnero hecho con pleita y lona, y en seguida le somete á un movimiento circular impulsivo como si limpiase ó aechase trigo. Puesto asi el mineral bajo la accion de la fuerza centrifuga, adquiere un rápido movimiento describiendo círculos concéntricos, y al depositarse de nuevo lo hace segun los diversos pesos especificos, las partes metálicas en el fondo por capas de mayor á menor tamaño, y encima la ganga ó *tierras* que son arrojadas al *vaciadero* inclinando ligeramente el harnero.

En las Alpujarras se emplea ahora un procedimiento de lavado que tambien se ha aplicado en esta provincia, á fin de aprovechar el alcohol y carbonato de plomo muy menudo que contienen las tierras. Para esto, el lavador escava en el terreno tres ó cuatro planos inclinados en distintas direcciones y de una á

dos varas de longitud, que suele revestirse con tablones. A la cabeza del 1.° se coloca un tonel lleno de agua, y con su *grifo* ó *espita* en la parte inferior. Estendidas las tierras se hace caer sobre ellas una corriente de agua que las pone en suspension, y antes de que sean llevadas á la parte inferior del plano, el lavador las echa un *rodillo* ó *pala de hierro* haciéndolas subir hácia el testero. Entonces se forma á modo de un abanico, y resultando dos corrientes opuestas hay un momento en que se neutralizan, el líquido queda tranquilo, y la sedimentacion de las tierras metálicas se verifica por capas segun sus gravedades específicas. Esta operacion se repite diferentes veces por ambos costados del plano, hasta que el agua cargada de *lodos* corre á depositarse en una pequeña balsa escavada al pie del plano. De aqui pasa cuando está aclarada á lavar otras tierras en el 2.°, luego en el 3.° &c. habiendo en Sierra de Gador tierras que sufren hasta cuatro lavados.—El producto ó *schlich* que se obtiene se llama *gandinga*, el aparato de lavar un *rollo*, y esta operacion tan sencilla, planteada por primera vez en el año 1846, ha producido grande utilidad por los enormes vaciaderos que ecsistian en la citada Sierra.

Por lo demas, parece increible hasta qué punto se ha ido ensanchando la produccion española en plomo, pudiendo asegurar que hoy dia estamos á la cabeza en este ramo de industria, y que su esportacion escederá en el año actual de ochocientos mil quintales, cuyas dos terceras partes, cuando menos, proceden de las provincias de Almeria y de Murcia.

Linares y algun otro punto de la de Jaen ofrecen tambien criaderos de interés, no siéndolo menos las antiguas minas de Falset, las de Aveiro en Galicia, las de Calcena en Aragon, y algunas otras de menos importancia que en otras provincias empiezan á esplorarse.—Todo induce á creer que por algun tiempo hemos de conservar la primacia en los plomos, apesar de los descubrimientos del Missouri y del Illisois con su produccion de trecientos mil quintales; apesar de la no menor de las minas de Cumberland, Devonshire y el Cornwall en Inglaterra, y de los grandes esfuerzos de los sajones y mineros del Harz para llevar sus minas á las mayores profundidades que permite la mecánica y el genio del hombre. (1)

Zinc.—Algunas *venillas* de mineral de zinc al estado de *calamina* han empezado á esplorarse este año en la falda de Sierra de Mijas y término de Churriana; tambien la blenda (sulfuro) aparece cerca de Marbella empastando otros minerales, ó cristalizada bajo la especie de *blenda ferrífera* que ha sido clasificada y puesta en el Gabinete de Madrid por nuestro amigo y compañero D. Felipe Naranjo y Garza. Pero estos terrenos no merecen á mi ver que se sometan á mayores investigaciones que sin duda quedarian sin resultado; y prescindiendo de nuestro hermoso criadero de zinc de San Juan de Alcaraz (Albacete) y algunos buenos indicios en Asturias y Galicia, deberemos contentarnos con admirar la enorme produccion de la Bélgica, la Silesia y provincias Rhinianas, donde han conseguido ya fundir tambien la blenda, entregando al comercio mas de trescientos mil quintales de zinc, que despues las artes someten á las infinitas formas en que lo consume la industria.

Antimonio.—Una pequeña *guia* ó *bolsa* de *sulfuro de antimonio* en roca caliza registrada como plomo y despues por otra Empresa como antimonio, ha dado origen á un pleito, en nuestro juicio innecesario por la poca importancia de este criadero. Los consumos de este metal son bastante reducidos; y la Inglaterra, el Austria y la Francia con sus minas de Allemont, producen la mayor parte del preciso para las necesidades actuales. Asi nuestras productivas minas de la Mancha, las de Ateca en Zaragoza y las de Losacio en Zamora apenas consiguen sostenerse, sin embargo de los grandes capitales aplicados á su esplotacion, lo cual contribuye á corroborar nuestra opinion respecto del antimonio de Marbella, que solo citamos como una prueba de la variedad de sustancias metálicas que ofrece esta provincia.

Azogue.—A últimos del año pasado se registró una mina de *cinabrio* en término de Marbella, cuya cualidad no pudimos menos de poner en duda recordando tantas otras minas de azogue denunciadas en años anteriores, y que solo eran hematites rojas con hermoso color sanguineo parecido al de cinabrio; pero esta vez, sin embargo, ecsistia ciertamente el azogue. En un potente banco de hierro hidroxidado esclavado en la serpentina á media legua N. O. de Marbella y orillas de Rio real, se presentan algunas manchas y en otros parages algunas venillas que no han desaparecido á las veinte varas de profundidad. Estas venillas de cinabrio pulverulento y tambien compacto nos han producido en el ensayo hasta doce por ciento de azogue; algunos manchones de color negro y que á la vista solo parecen requemones de hierro, han dado tambien el cuatro por ciento; y como esta mina se halla en manos de personas que han probado ya su mucha constancia minera, y franca condescendencia á la voz facultativa, esperamos que llegará á reconocerse este criadero, que por el valor intrinseco del metal debe

(1) Despues de escrito lo que antecede hemos tenido ocasion de ecsaminar la Estadística mineral de Inglaterra, por la que resulta haberse elevado la produccion de plomo en 1849 á la enorme suma de un millon doscientos noventa y cuatro mil novecientos noventa y cuatro quintales.

ser esplorado con empeño,

Es verdad que nuestro Almaden á las trecientas cincuenta varas de profundidad rinde veinte mil quintales: que en Mieres, en Usagre, en Tijola y Bayarque, en Valencia y en Navarra, se han presentado tambien regulares indicios de minas de azogue, aunque algunos han perdido su importancia con la profundidad. Pero como la produccion de las celebradas minas de Idria en la Carniola, las de Baviera, Hungria Bohemia y Transilvania; las de Chile, Méjico y Huancavelica en el Perú, y aun la muy ecsagerada de la California no ha hecho bajar sensiblemente el valor de este notable metal, siempre conserva mucho interés su esplotacion, y debe animar á intentarla donde quiera que aparezca el cinabrio.

Hierro.—Este es el metal que se presenta con mas abundancia y que ha dado lugar á la construccion de cuatro magníficos Establecimientos de fundicion, dos en la orilla derecha de Rioverde, y los otros dos en las inmediaciones de esta ciudad.

En el camino de Mijas á Benalmádena se presentan grandes bancos de *hierro hidrocsidado pardo* pasando á *ocre* en la superficie, y acompañado de cristales de cuarzo y *drusas* en octocedros y dodecaedros pentagonales.—Las minas Isabel II, Marte, Esperanza y Margarita son de las que mas hierro han producido para surtir de mineral fundente á las fábricas, en union de otros bancos de hierro, esplotados en términos de Ojen y de Monda y de grandes cantidades que se importan hoy de la Sierra de Cartagena.

La principal mena de hierro se saca de las inmediaciones de Marbella al estado de *perocsidado ó magnético*, viniendo con tal abundancia y riqueza en capas ó bancos cortados ya en cerca de doscientas varas de profundidad, que acaso no tenga mas rival que las masas de hierro de la isla de Elba. Otras capas de serpentina rodean su núcleo central; y enormes masas de caliza metamorfizada por aquella roca eruptiva, dominan la gran zona serpentinica, presentando un verdadero ejemplo de un cráter de sublevacion.—Los seis hornos altos de Rioverde y los tres de Málaga emplean el procedimiento ingles, produciendo anualmente ciento sesenta mil quintales, y teniendo montados todos los aparatos con los adelantos de la mecánica mas moderna.

En Sierra Bermeja aparece tambien el hierro con gran abundancia, sobre todo en el puerto del Robledar y en el Cañuelo, donde viene un escelente *hierro ocsidulado* y la verdadera *piedra iman*.—En el puerto de los Perdigones (que ha dado nombre á este sitio) hay capas de hierro en granos, con el que se surtia el martinete establecido en término de Cartagima, sacando tambien el mineral de otros sitios cerca de Alpandeire y Benaojan; y el metal se empleaba en la fábrica de cañones de Jimena sobre el Guadiaro, que se abandonó despues de gastados cerca de doce millones de reales.

En el término de Júzcar hubo tambien en el siglo pasado la fábrica de S. Miguel, donde se hacia la *hojadelata*, y que se abandonó despues de consumidos en su construccion y marcha seis millones de reales, y de haber obtenido los mas felices resultados.

Hoy dia sin embargo, todas estas inmensas cantidades de hierros están destinadas á no ser beneficiadas, mientras que el rico criadero de Marbella siga surtiendo de mena á las fábricas de la Constancia y del Angel, que cuentan con todos los elementos necesarios para impedir que pueda rivalizar con ellas ninguna otra Empresa que se establezca en la Sierra, ó con hierros procedentes de ella.

Grafito.—Este criadero singular, tambien llamado de lapizplomo, plombagina ó carburo de hierro, se presenta en la Sierra Bermeja á cuatro y media leguas O. N. O. de Marbella, del que se ha estraido en este siglo, sin acierto ni método, al pie de cuatrocientos mil quintales, embarcándose en su mayor parte para los mercados esteriores.

Tambien se han establecido trabajos en el Canuto de doña Juana, término de Pujerra; en el de Jubrique, Estepona y de Istan; y por la parte de Levante en las Chapas, y en los términos de Coin y de Alora, de modo que la estension reconocida del lápiz puede regularse en doce leguas de E. O. y cuatro de N. S.

Las minas del cerro de Natias trabajadas desde el año de 1749 han sido de tanto interes, que en un tiempo no tenian mas rivales que las de Newcastle y Cumberland, hoy casi agotadas, y las del Austria superior á orillas del Danubio cerca de Kruman, que rinden anualmente veinte mil quintales; pero entregadas á particulares por contratos alzados ó en virtud de diferentes arriendos, llegaron sus productos al mayor descrédito en el estrangero, y las *cuevas* quedaron en un verdadero estado de ruina.

La Empresa que en la actualidad la trabaja ha conseguido por fin, mediante los planos que levantamos de los trabajos antiguos, conquistar los mas profundos, y abrir una carrera general de ciento sesenta varas que penetrando en el corazon de la montaña ha dado ya con las *bolsas* de lapizblando, y facilitado en gran manera el arranque y la estraccion. Ademas ha establecido en las orillas del Guadalmaza una fábrica para el mondado, raspado y embarrilado del *haba* y el *molido* y *lavado* de las *granzas* y *polvo*, elevando en este año la produccion á seis mil quintales, que en su totalidad se embarcan para Inglaterra.

Nickel.—Despues de la Memoria que hemos publicado acerca del notable descubrimiento de minerales de nickel en Carratraca poco nos res-

ta que añadir. El tiempo, y los trabajos de esploracion que de entonces acá se han emprendido en un terreno que ocupa mas de diez leguas cuadradas, han confirmado todas nuestras predicciones, limitando el criadero á los espacios ya reconocidos, con mas la mina de S. Agustin, pero sin que ninguna de las siete que están en productos haya regularizado las labores ni pensado en dirijirlas con todo el arte que ecsige un terreno muy falso y un yacimiento irregular. La alarma que se ha ocasionado además remitiendo muestras y ofreciendo minerales á multitud de comerciantes en Inglaterra, ha hecho concebir esperanzas ecsageradas, que abaratando su precio y aumentando en proporcion las dificultades del arranque y laboreo, ha producido el desanimo consiguiente en los que creian tener asegurada una fortuna inmediata.

Por nuestra parte, reiteramos ahora lo que ya en diferentes ocasiones hemos indicado. Los Jarales de Carratraca encierran cantidades de nickel que á profundidad ha de presentarse en grandes bolsas al estado de *pirita*, rindiendo una utilidad real y efectiva para el que las esplote; pero el que haya de conseguirlo necesita echar mano de grandes capitales y de todos los recursos del arte para atacar con acierto un terreno que tiene en su contra la falta de consistencia, las aguas, la escasez de maderas, y la irregularidad del mismo criadero. Los trabajos actuales es indudable que no llenan su objeto; y si bien han servido para producir algunos miles de quintales, habrá que renunciar á estraer ni uno solo, y aun á sostener las escavaciones por el método que hoy se sigue, cuando alcancen siquiera á las cien varas de profundidad.

Nuevos analisis del mineral de Carratraca verificados en Lóndres han dado el resultado de que contiene hasta doce por ciento de *cromo* al estado de *ócsido crómico*, mezclado con el *ócsido ferroso* formando el *hierro cromado* que abunda especialmente en las tierras verdosas, y las aplicaciones que han recibido los compuestos de cromo en el estampado de telas y en la pintura, unido á la escasez de sus minas (pues solo se esplota en Siberia en Touset (Rusia) en Turquia, y alguna cantidad de cromo ocsidado en la llanura central de la Francia) da mayor importancia á este descubrimiento, resultando tener en Carratraca un mineral nuevo, muy diferente á los *nickeles cobaltosos* de Hungria, á las tierras con seis por ciento de nickel esplotadas en grande escala en Suecia, y al reciente descubrimiento del Alto Canadá, con cuyos minerales se surten los magníficos establecimientos de Birmingham, y los muchos talleres donde la tecnologia transforma en variedad de objetos galvanizados, el nickel, zinc y cobre bajo el nombre de plata alemana.

Tales son en resumen los metales que el arte minero ha llegado á descubrir en la provincia de Málaga, apesar de que todavia no tenemos una escavacion que alcance siquiera á las cien varas de profundidad. El hierro, el grafito, y aun el plomo se han estraido ya en grandes cantidades, poniendo en circulacion riquezas antes desconocidas, y ocasionando el desarrollo creciente de la industria. El nickel, el cromo, el cobre, el azogue y la plata presentan ya un porvenir que debe animar á la esploracion bien entendida, y el zinc y el antimonio vienen á aumentar esta variedad, y acreciendo el interés de esos terrenos de serpentinas, y de esas pizarras y calizas sublevadas por la roca eruptiva que parece ser la mensagera de los criaderos metaliferos. No dudemos, pues, que la provincia de Málaga está llamada á figurar dignamente en la Estadística mineral, sosteniendo á su vez la fama que dieron á la antigua Iberia los pozos de Anibal, las minas de Bebelo, y las gigantescas obras de esplotacion seguidas por los romanos y continuadas por los árabes.

PROCEDIMIENTOS METALURGICOS.

Los aparatos metalúrgicos que se emplean para la fundicion del plomo en esta provincia son de dos clases, á saber, *hornos de cuva*, llamados *pavas* por el nombre del fuelle que se les aplica aunque otros estan servidos por *trompas;* y *hornos reverberos* que solo cargan cincuenta quintales en veinte y cuatro horas, y llamados tambien *boliches* por sus pequeñas dimensiones. Hay seis de los primeros y cuatro de los segundos en esta provincia. En los últimos se coloca el mineral *recio* y *garvillo* por partes iguales, produciendo unas veinte arrobas de plomo de primera, de modo que al dia rinden veinte quintales, que á razon de 54 reales vale 1080 reales, y calculando el mineral á 3 y medio reales hace 700 reales, que con los gastos á 300 reales diarios quedan 80 reales de utilidad, á los que deben agregarse cuatro quintales de *gacha* ó escoria, rica en plomo, y que refundida da veinte por ciento de plomo, en los hornos de cuva de tres varas de altura.

Los dos hornos que emplean en la fábrica de S. José cargan el mineral despues de calcinado entre muros de mamposteria, y el *polvo* lo amasan con cal formando *adoves*.

Las cinco fábricas de plomo solo marchan cortas temporadas del año, y su produccion en el corriente creemos que habrá ascendido á veinte mil quintales.

Los dos martinetes con seis hornos altos establecidos en Rioverde funden el hierro magnético mezclado con hierro pardo, caliza semicristalina y pizarra arcillosa como fundente (erbue y castina) empleando el carbon vegetal de los montes de Sierra Bermeja; y como en un todo siguen el procedimiento inglés no en-

traremos en mas pormenores.

El hierro colado en lingotes se embarca para esta ciudad, donde sufre el *afino* y transformacion en hierro dulce al estado de chapas, flejes, cuadradillos, y barras cilíndricas por medio de una serie de cilindros limpiadores y estiradores (eboucheurs y etireurs) á los que pasan las *pelotas* obtenidas en los hornos de *bola* (á pudler) y de *recalentado* (á rechaufler) despues de adquirir una forma prismática en *martillos vizcainos*. En la Constancia se ha sustituido sin embargo al choque intermitente del martillo la presion continua y creciente empleando una máquina rotativa importada de los Estados-Unidos, aunque no creemos haya surtido las ventajas que se concibieron.—En esta Ferrería hay ademas tres hornos altos que funden tambien minerales de Marbella, habiendo ensayado primero la antracita seca del pais de Gales, y en el dia el carbon vegetal que suele importarse de Italia.

Hace algun tiempo que se ha suspendido la fabricacion de *aceros*, pero se obtienen de escelente calidad con hierros procedentes de esta fábrica en la de cañones de Truvia, y tambien se preparan muy buenos en la Acería de Lena (Asturias) dirijida por el entendido ingeniero Mr. Paillette.

Tambien suele prepararse la *hojadelata*, diferentes objetos de hierro dulce y colado; y finalmente en este año se ha vaciado la magnífica estátua de don Manuel A. Heredia y sus bajos relieves, modelados en Roma por el distinguido escultor malagueño don José de Vilches, y que hoy se ostenta al frente de la fábrica como una prueba de la buena memoria de sus hijos, y de los adelantos á que hemos llegado en este ramo de industria.

METALES PREPARADOS.

Los tubos y planchas de plomo que se esportan de Málaga proceden todos de la gran fábrica de San Andres de Adra. Los alambres y clavazon de hierro y cobre se obtienen en el taller de alambreria (Trefilerie) de la Constancia, y en los diferentes hornos y máquinas montadas al efecto; asi como tambien los *frascos* para el embase del azogue de Almaden, cuya prueba se verifica colocándolos horizontalmente y sugetándolos á una fuerte presion despues de llenos de agua, la que salta en forma de surtidor por el mas pequeño agugero que el frasco tenga, en cuyo caso se refunde de nuevo.

Tambien se preparan *planchas* de cobre para el forrado de buques, importando del Perú el metal fundido, que se refina en hornos reverberos; despues se corre en *rieleras* paralelipipedas, y se calientan en otros hornos, de donde pasa á estirarse en cilindros en caliente y en frio. Las recortaduras, escorias, barbillas &c. y aun algun *cobre negro* procedente de Lanteira (Sierra Nevada) se refunde en un *cubilote* con mezcla de cal y coke, y el cobre obtenido vuelve á sufrir iguales operaciones.

De desear seria que tuviesen buen resultado los ensayos que plantea el señor Heredia, para fundir en sus fábricas los minerales de la isla de Cuba, que hace tantos años disfrutan libremente los ingleses, y que las grandes utilidades que les resultan en sus colosales oficinas de la isla de Sweansea, refluyeran en nuestra España, reduciéndose á fundir allí los minerales del Cornwall, como por su parte van ya consiguiéndolo en el Perú y Chile, donde se han librado de la tutela en que antes estaban, construyendo en su pais las fábricas de fundicion, para reducir minerales que hasta ahora habian esportado.

SUSTANCIAS QUIMICAS QUE SE EMPLEAN EN LAS ARTES.

(a) SUSTANCIAS NO METALICAS.

Las maderas y combustibles vegetales son muy abundantes en esta provincia, á pesar de las grandes talas que han sufrido en el presente siglo, cambiando en estériles y desnudas rocas las que en otro tiempo aparecian cubiertas de mantos de verdura ó sombreadas por árboles lozanos, y hoy ofreciendo solo en sus peladas cumbres algun arbusto espontáneo ó alguna planta rastrera. Sin embargo, se conservan en la Serrania, Sierra Bermeja, montes de Málaga &c. algunos buenos pinares, encinares, alcornocales y quejigares que pueden calcularse en dos millones de pies.

La riqueza mineral-carbonífera aparece hasta el dia insignificante, pues si bien alguna caliza y arenisca pudieran referirse al grupo geognóstico de la hulla, hasta ahora solo se han encontrado algunos indicios de *antracita* en los términos de Málaga y de Antequera, algunos *lignitos* en Ronda, y alguna *pizarra betuminosa* y *carbonosa* en la Sierra Bermeja y otros puntos; de modo que todo el carbon de piedra y el cok que consume la industria procede de nuestros ricos criaderos de Asturias y principalmente de Inglaterra.

El *negro de humo* de que tanto consumo se hace en la pintura y la litografia se prepara en esta provincia para la fábrica de papeles pintados establecida en la Torre del Mar, sin que el procedimiento de su fabricacion se aparte en nada de los mejores métodos descritos en las obras de química industrial.

El *azufre* se obtiene en el fondo de los baños de Carratraca, de donde suele estraerse para emplearlo en medicina, y tambien parece ser que se encuentra en Alora y Tolox donde se usa para fumigaciones, y algun ejemplar que hemos visto procedente de Antequera. Pudiera estraerse quemando las piritas de hierro

ro que abundan bastante, pero nuestra España es sumamente rica en azufres con los criaderos de Hellin, Benamaurel, Libros (Teruel), Benadux (Almeria) y Conil que tan magníficas cristalizaciones ha suministrado á los gabinetes; aunque no podemos competir para la esportacion con los azufres de la Sicilia que hoy inundan casi toda la Europa, y que en un tiempo estuvieron á pique de ocasionar una guerra entre cuatro potencias.

Los *ácidos nítrico* (agua fuerte), *sulfúrico* (ácido vitriólico) y *muriático* (clorohídrico) cuyo consumo es casi el regulador de la industria de un pais, se preparan en la fábrica de productos químicos de los señores Heredia, donde tambien hacen uso del *ácido bórico* importado de la Toscana para impregnar la estremidad de las torcidas de las velas esteáricas, con objeto de que uniéndose á la pequeña cantidad de *cal* que aun pudieran contener, se forme una perla blanca de *borato de cal*, en la que se quema la mecha sin que haya que despabilar las velas.

(b) ALCALIS TIERRAS Y SUS COMPUESTOS.

La *barrilla*, de que tanto consumo se hace en las jabonerías de Málaga, procede de las costas de Alicante y Almeria; pero tambien se prepara la *sosa artificial* por el método de Mr. Leblanc, y esta es la que emplean los señores Heredia, obteniéndola á menos precio y con mas riqueza en glicerina.

Sabido es que su procedimiento, que consiste en tratar la creta con carbon y sulfato de sosa, dió por resultado librar á la Francia de una importacion de barrilla por valor de veinte millones de reales, arruinando á nuestros cosecheros de la costa de Levante que surtian de este artículo todas las jabonerías del pais.

El *sulfato de sosa*, sal de Glaubero, sosa vitriolada, sal admirable, que es como arriba indicamos un producto necesario para la formacion de la sosa artificial, se obtiene en la misma fábrica, descomponiendo la sal comun por el ácido sulfúrico, y como el vapor resultante es de ácido hidroclórico, tan dañoso para la vegetacion y tan difícil de condensar, se ha construido para el efecto una esbelta chimenea cónica de ladrillo y con ciento una varas de elevacion, que descuella por cima de las demas de la Ferrería hasta la misma altura que la torre de la Catedral.

La *sal comun* se produce en Fuente-piedra en una laguna de una legua de longitud por media de anchura, y en la cual penetran diferentes arroyuelos que la llevan en disolucion, depositándola ademas en sus orillas por las inmediaciones de Antequera. Hoy esta riqueza salífera es un gravamen para la Hacienda que en nada se aprovecha de ella, y que sostiene un numeroso resguardo que no siempre logra impedir las sustracciones fraudulentas con que se surten algunos pueblos de la provincia; y puesto que en tantos otros puntos tenemos inmensos depósitos de *sal comun*, creemos que la agricultura ganaria muchísimo llevando á efecto el desagüe de dicha laguna, conduciendo por fuertes pendientes las aguas saladas hasta el Guadalhorce, y dejando en seco unos terrenos donde bien pronto se desarrollarian admirables pastos.

El *sulfato de potasa* se obtiene como producto secundario en la estraccion de los ácidos, y pudiera emplearse para la formacion de *alumbres* mezclado con el sulfato de alúmina. Los salitreros suelen emplearle para convertir el nitrato de cal en nitrato de potasa, y hoy que con la fábrica del gas establecida por los señores Larios se aprovechan en la destilacion los aceites empireumáticos y sustancias amoniacales, tenemos entendido que se prepara tambien el *alumbre de amoniaco*, que recibe en las artes numerosas aplicaciones.

El *nitro nitrato de potasa ó salitre* se forma espontáneamente en la superficie de algunos terrenos y en algunas cuevas donde la tierra conserva su humedad.—Cuando sobrevienen las lluvias, el nitro se disuelve, y despues, la evaporacion que tiene lugar hace que ascienda la disolucion salitrosa por efecto de la capilaridad de las mismas tierras, evaporándose el agua cuando llega á la superficie, y depositándose el nitro bajo la forma sólida en cantidad considerable.

Una pequeña parte de materia animal favorece la nitrificacion aunque no es del todo indispensable, pues en la célebre caverna de Mémora, esplotada por espacio de cincuenta años, no se han hallado escrementos de murciélago, á lo que se atribuye comunmente la formacion del salitre.—En esta provincia donde las cuevas calizas son tan abundantes casi siempre húmedas, y habitadas por aves nocturnas, deberán encontrarse algunas capas de *nitro* como sucede en la provincia de Granada, cerca de Seron, que ha motivado la construccion de una nitrería en grande escala.—Por lo demás, nunca será preciso acudir en nuestro cálido pais á la formacion de esas nitrerías artificiales con que se surten principalmente en Rusia, en Suecia y aun en Francia.

Las *calizas* se esplotan para diferentes usos. La *cal* se obtiene de la roca cretacea, calcinándola en hornos *comunes* y *continuos* para su aplicacion á las obras.—Al estado de *greda* suele usarse para mejorar la calidad de los vinos torcidos por la absorcion del ácido carbónico: y tambien sirve en Málaga para preparar el *nitrato de cal* con los limones averiados, cuya sal se esporta á Marsella, donde la estraen el ácido cítrico para los jabones de olor, &c.

Como *mármol* se encuentra la cal carbona-

tada con mucha abundancia. En Málaga y Coin se trabaja una caliza dolomítica cristalina, blanca, azulada y pardusca arrancada de las canteras de Sierra de Mijas.

En las inmediaciones de Manilva hay otro mármol blanco estatuario que se ha empleado en la decoracion de la moderna y no concluida Catedral de Cádiz.—Otro mármol encarnado y cárdeno se encuentra en el término de Ronda, y uno blanco-azul llamado *morisco* en término del Burgo, de donde proceda tal vez el solado de la Colegiata de aquella ciudad.—De Antequera se ha estraido mucho *mármol rojo* impregnado de conchas; otro de un hermoso negro del término de Yunquera, y de la Sierra de Mijas lindísimos mármoles arborizados que adornan el palacio real de Madrid, y hermosas *brechas arquitectónicas* de que están torneadas las columnas de la capilla de la Encarnacion en la Catedral de esta ciudad.—Por último, de una cueva estalactítica cerca de Benalmádena se ha estraido el material para una bajilla de *alabastro* que se regaló al marques de la Ensenada (1) y diferentes torneados para el Real palacio. Esta inmensa variedad de mármoles se estiende á casi todas nuestras provincias, y en el Gabinete de H. N. de Madrid se ostentan muestras de Sierra-nevada, Tolosa, Tarragona, S. Pablo y Macael, con cuyas canteras, y una decidida proteccion por parte del Gobierno, podriamos emanciparnos del tributo que pagamos en mármoles á Génova, compitiendo algun dia nuestras primeras poblaciones en su riqueza marmórea con Florencia, Milan y las demas celebradas ciudades de la península italiana.

El *yeso* se encuentra en mucha abundancia, descansando sobre la caliza epicretácea en las cercanias de esta ciudad, en bancos hasta de cuarenta varas de espesor, de los que han saltado aguas ascendentes (hacienda del señor La Cueva) y en Antequera sobre las colinas arenáceas que circuyen su vega, prolongándose á Levante en manchones aislados hasta cerca del Colmenar, y por Poniente hasta Campillos, sin que despues vuelva á aparecer la formacion yesosa en todo el resto de la provincia.

En el arroyo de los Angeles aparece un *cuarzo argilífero* ó *tripoli* de color anteado que pudiera emplearse para pulimentar objetos de metal, y en Casarabonela y cerca de la Alameda se ha esplotado tambien el *silex* ó piedra de chispa por el cuerpo de Artilleria, con la circunstancia de presentar impresiones de conchas algun egemplar que creemos fuese remitido á Madrid.

COMPUESTOS QUIMICOS METALICOS.

En la fábrica de papeles pintados de la Torre del mar se preparan todos los colores de consumo menos el azul de Prusia (cianuro ferroso-potásico) y el verde de Schecle (arseniato de cobre) que son importados del estrangero. El *ocre amarillo* de Cuenca, el *rojo* de Mártos, el *blanco* de España (Creta), la *tierra de sombra* ó de *Verona*, y el *amarillo de cromo* que se obtiene por doble descomposicion del cromato potásico y cromato plúmbico, se preparan y purifican en calderas de doble fondo, alimentadas por el vapor.

El *albayalde* se fabrica en esta ciudad, empleando el antiguo procedimiento *holandes* que es el mismo que se sigue en Alemania y en Adra, aunque en este punto se egecutan todas las operaciones con ayuda de la mecánica mas perfecta, y obteniendo un producto superior al que viene del estrangero, y aun pudiera formarse el *krems* ó *blanco de plata* con solo someter el albayalde á un nuevo molido y lavado. (2)

El *sulfato de hierro* (vitriolo verde ó caparrosa) se produce en la fábrica de los señores Heredia, calcinando en hornos reverberos las piritas comunes que proceden de Marbella, y la sal suelen aplicarla despues á la estraccion del ácido sulfúrico.

Todos los demas productos químico-metalinos que se consumen en la provincia en alguna cantidad, son importados del estrangero y principalmente de Barcelona, donde esta clase de establecimientos se encuentran ya montados con todos los adelantos de la química moderna.

MANUFACTURAS QUIMICAS MISTAS.

Solo mencionaremos en esta seccion las fábricas jaboneries de Málaga, donde se preparan escelentes productos, ya sea con las barrillas de la costa, ó ya con la sosa artificial de que hemos hablado obtenida por el procedimiento de Mr. Leblanc. Es digna de ser visitada la del señor Giró, montada con verdadero lujo, y cuyo elegante ingreso parece mas bien conducir á una casa de recreo ó una quinta de campo que á un establecimiento fabril donde se manejan sustancias grasas. Una gran parte de sus productos (que pueden elevarse á 100,000 arrobas) se embarcan para Galicia, dando al jabon un color jaspeado por medio de la caparrosa; debiendo ser notadas las grandes calderas ó pilas, las cisternas donde se hace la saponificacion, las bóvedas de los hogares, y sobre todo la magnifica armadura ó cubierta del edificio.

Apesar de todo, en Málaga se han limitado á la fabricacion de jabones comunes, y todavia pagamos á Marsella un crecido tributo, importando para el tocador de nuestras damas esos lindísimos jabones de olor prepa-

(1) Conversaciones malagueñas.

(2) Revista minera número veinte y tres.

rados con aceite de sebo, de olivas, de palmera y de almendra, y á cuya perfeccion hace tantos años que se dedican los químicos industriales protegidos por el Gobierno frances.

En cuanto á la *pólvora* que se consume en esta provincia, procede de las fábricas del interior, aunque tambien se hace algun contrabando con este ramo importante y monopolizado de la industria.

SUSTANCIAS PETREAS Y TERROSAS.

La *porcelana* y *loza* se importa' de otros puntos, y solamente se prepara alguna *loza ordinaria* empleando una arcilla azulada smética, y otra amarillenta figulina, que se reviste de un baño blanco por medio de la potea de estaño, ó estannato de plomo.

Con la misma clase de barros se confeccionan las alcarrazas, botijas y cántaras en que se embasan los aceites y vinos para América y el mar Pacífico. Con la mas fina que llaman *sargado* se hacen las figuras de barro, representando nuestros trages nacionales y escenas populares, que tan buscadas son por los estrangeros (1); y con la mas ordinaria los ladrillos, tejas, tubos, baldosas, y todos los productos de tejares y alfarerias.

Las arcillas comunes abundan en toda la provincia, y en algunos puntos son hidraulicas.

Piedras de construccion y de ornato.—No hay *granitos* en la provincia, pero en cambio tenemos escelente piedra *arenisca* roja y blanca en los montes de Málaga y de Almojia, en Sierra Bermeja y otros puntos, usándose en todos ellos para la construccion, y en Marbella para formar el crisol de los altos hornos.—En Antequera, Ronda, &c. se usa de otra *arenisca* amarillenta mas grosera para formar las jambas y dinteles de los edificios, y en otras aplicaciones.

Las *pizarras* se destinan en muchos pueblos de la provincia para techados, y con las *lajas* mas gruesas forman los muros de sus pobres caserios.

Las piedras *calizas* de color blanco y rojo llamadas *jaspon* se esplotan en las canteras del cerro de S. Anton, y dan escelentes sillares con los que se ha construido una gran parte de la Catedral.

La *serpentina* abunda mucho en toda la parte occidental de la provincia, con colores verde pardusco, negro y rojizo, y con dibujos ondulados y flameados como la de Rio real cerca de Marbella, en cuyas canteras podria trabajarse y tornearse como se hace en las montañas de Zoblitz en Sajonia.—El señor Gomez de esta ciudad, posée algunos objetos de mérito labrados con esta hermosa piedra, y escelentes muestras de mármoles comunes y de aguas, alabastros, &c.

Los pórfidos dioríticos, anfíboles y dioritas compactas que con la anterior roca son las eruptivas que han sublevado todas las cordilleras que encierra el trastornado suelo de Málaga, aparecen en grandes masas cubriendo los flancos de las montañas, y por su enorme dureza é infusibilidad, son muy apropósito para empedrados de los caminos y revestir los hornos en que debe desarrollarse una elevada temperatura.

Las *cuarcitas* y *calizas pizarrosas* que tambien abundan, han recibido aplicacion, las primeras en la Ferreria donde se muelen en un bocarte, y las segundas en la construccion civil.

Otra *caliza* mas moderna, arenácea, (cantillo) lijera y cabernosa, se esplota en diferentes puntos de la costa para la edificacion; y de ella está hecho el hermoso muelle del puerto, y la colosal obra del Guadalhorce para la conduccion de aguas, si bien no hubo la mejor eleccion de cantera por lo desmoronadizo de la roca.

En cuanto á *piedras artificiales* solo podemos referirnos á las *pastas* de porcelana que han principiado á confeccionarse en esta ciudad, en una fábrica de botones que creemos ser la única establecida en España, y con cuyos buenos productos acaso dejaremos de importar este artículo que hasta ahora percibiamos de los mercados esteriores.

Herramientas y útiles.—Escelentes piedras areniscas calcáreas y brechiformes se esplotan en Guaro, Antequera, Ronda y Málaga, para construir las muelas de los molinos: piedras de *afilar* abundan ademas en nuestras sierras, y una caliza azulada gris y amarillenta se arranca tambien cerca de Málaga para molendera.—La *ampelita* ó *pizarra negra* de dibujar se encuentra cerca de Benahavis.—El *talco* se saca de las inmediaciones de Marbella para dar el glaseado ó brillo al papel pintado; y el *amianto* ó *asbesto* se ha buscado con éxito en años anteriores, trabajando mechas y telas en Estepona á semejanza de las telas incombustibles en que los egipcios envolvian sus cadáveres para incinerarlos, y de que mas modernamente se tejió una manteleria para el servicio de Napoleon.

En cuanto á *piedras preciosas* ó gemmas solo podemos mencionar el *rubi espinela* que segun noticias se encuentra entre las arenas de Rioverde, aunque hasta el dia no hemos podido proporcionarnos ningun egemplar.

Tal es en resumen, el cuadro general de la riqueza y produccion mineralójica de esta provincia, para cuya enumeracion nos hemos estralimitado de la parte metalífera, por que siendo este ramo de la Historia natural tan poco conocido en nuestro pais, hemos creido prestarle un servicio, y especialmente á los na-

(1) Y que creemos han merecido un premio en la Esposicion universal.

turales de Málaga, presentando reunidas las cuatro clases de metales, sales, piedras, y combustibles establecidas y estudiadas en general con tanta precision y verdad á últimos del siglo anterior por el fundador de la mineralojia y sabio ingeniero sajon el célebre Abraham Teofilo Werner.

PRODUCCION MINERA EN DICHO AÑO.

Plomo en barras	7.373	quintales.
Idem mineral.. .	5.828	«
Hierro..	100.000	«

No tenemos datos de la produccion en las Ferrerías de los señores Heredia.

Lapiz-plomo.. .	6.591	quintales.
Nickel..	6.910	«

Se comprende la esplotacion del año anterior.

Plomo argentífero en barras.	35	quintales.
Idem mineral.	4716	«
Plomo-cobrizo.	1000	prócsimamente todavia sin beneficiar.

Antonio A. de Linera.

Málaga 31 de Diciembre de 1851.

RECTIFICACION.

En vez de decir sustancias calinas como va puesto en el epígrafe de este artículo, debe leerse sustancias calizas.

Estudios de historia natural.

ALGUNOS INSECTOS MINEROS.



Hay muchas especies de orugas ó de gusanillos, tan hábiles en encerrarse en su capullo, como en esconder éste, cualquiera que sea su volúmen. De esta suerte, es casi imposible encontrar, por egemplo, el capullo en que se encierra la mariposa cabeza de muerto *acherontia atropos*. Nos referimos á las numerosas clases de gusanillos que antes de cambiarse en crisálidas se esconden en la tierra; pues no deja de ser singular que pasando toda su vida sobre las plantas y sobre los árboles, se sepulten en el momento de su transformacion.

Algunos de estos gusanos que se encierran antes de su transformacion, no se labran el capullo, sino que se contentan con una morada de tierra de la forma de un nido para guardar su crisálida. Cuando se saca uno de estos nidos tiene solo la apariencia de una pelotilla de tierra de figura redonda ú oblonga, pero sin que se observe en ella la menor uniformidad.



Nido de gusano.

Sin embargo, cuando se abre, presenta en el interior una cavidad tersa y regular, dentro de



Nido de gusano abierto para la mitad.

la cual se alberga con seguridad el capullo ó la crisálida. El pulimento del interior es el mismo que precisamente puede darse á la tierra blanda, humedeciéndola y apisonándola con gran cuidado. Ademas, el nido se encuentra por lo comun tapizado con una tela de seda mas ó menos espesa. Estas especies de gusanos, no bien han pasado de la época de su crecimiento se internan en el suelo y hacen una cavidad de forma oblonga, que tapizan con bolitas de tierra del tamaño de un grano de arena, unidas con seda ó con la materia viscosa que espelen: esta celda basta á proteger el sueño de invierno de su habitante contra el frio y la humedad.

Un egemplo de estas maravillas se encuentra en la mariposa espectro *hepialus húmuli* que antes de retirarse á su nido se alimenta



Mariposa espectro.

de raices de cúpulo. Como otros insectos que se construyen celdas subterráneas, forra las paredes de la suya con un leve tapiz de seda, tan finamente tegida como la tela de araña de las casas.

Algunos observadores inesactos han inferido que estas construcciones estan hechas de un modo grosero é inhábil. Segun ellos el gusano no hace mas que rodar por la tierra, y que esta se le va adhiriendo, merced á la materia viscosa que, segun dicen, cubre su piel. Si asi fuese, la cavidad tendria la forma de un largo tubo á la medida exacta del gusano, y por cierto que no es asi.



Gusano de la mariposa espectro.

No es necesario emplear una observacion muy minuciosa para notar que cada grano de tierra de la celda está unido al del lado por hilos de seda, y que por consecuencia en lugar de haberse fabricado de una sola vez, se ha necesitado un trabajo y un espacio de tiempo considerable. Esta clase de construccion se supone mas en evidencia cuando se echa uno de estos nidos en el agua; el agua disuelve los granos de tierra, pero no obra sobre la seda que los une. Para comprender bien cómo se forma esta celda, no dejará de ofrecer interes seguir al diminuto albañil desde el principio de su trabajo.

Cuando uno de estos gusanos ha concluido de alimentarse, entra en la tierra á la profundidad de algunas pulgadas hasta que encuentra un terreno propio á su designio. No teniendo sitio para ir echando la tierra que va desprendiendo, el solo medio de que puede valerse para formar mas cavidad, es oprimir el terreno con el peso de su cuerpo, rodando circularmente, y en breve formar una fosa oblonga. La fosa podria subsistir asi por la sola viscosidad de la tierra, admitiendo siempre que no se verificase ningun cambio en su humedad; pero como un gran número de estos gusanos necesitan encarrarse en sus nidos durante seis, ocho y diez meses, es menester que la bóveda esté construida con mas solidez.

Trabajando siempre el pequeño albañil en el interior de su habitacion, no puede saberse á primera vista de qué manera se proporciona los materiales para construir una ó dos paredes adicionales en el interior del edificio primitivo. Ademas, como trabaja debajo de tierra, no es fácil descubrir las particularidades, por que los gusanos no producen obras transparentes. Sin embargo, M. Reaumur ha vencido esta dificultad por lo que hace al gusano de la mariposa betónica *cuculia scrophulariæ* al cual despues de haber dejado construir la mayor parte de su casa subterránea, desenterró ésta destruyendo una parte, y colocando casi sobre la superficie del terreno la tercera parte del nido para que lo acabase. Los que no conozcan las costumbres de los insectos pueden su-

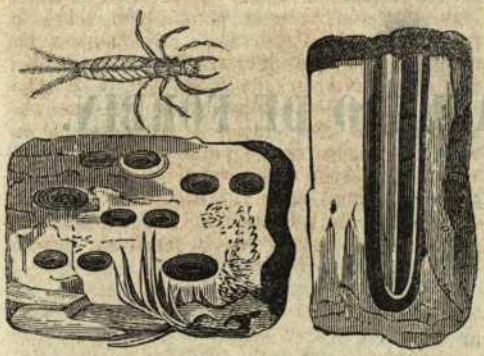
poner que distraidos por la demolicion de su casa suspenden su trabajo; pero el instinto de prevenirse para el gran cambio que han de experimentar es tan poderoso que nada les hace interrumpir el trabajo de su nido.

En su consecuencia, poco tardó el pequeño arquitecto en volver á comenzar su trabajo para reparar el daño causado, en lo que solo invirtió cuatro horas. Lo primero que hizo fue sacar casi todo su cuerpo fuera de la brecha que se habia hecho, y reconoció los materiales que faltaban por la parte exterior. Tomó tierra de la misma manera que ya lo habia hecho, y no tardó mucho en encontrar un grano conveniente; al punto lo unió al muro, lo sujetó con seda, agrandó en seguida la parte exterior de su nido para los granos mas anchos y espesos, y eligió los mas finos para el otro lado. Antes de tapar la abertura, reunió en el interior cierta cantidad de tierra, tegió una red de seda poco espesa sobre la parte que quedaba abierta, é introdujo en las mallas las pelotillas de tierra que habia hecho, sujetándola con su seda hasta que el interior quedó opaco. Desde entonces no pudieron observarse mas las operaciones posteriores del insecto; solamente se notó que continuaba moviéndose. Cuando todo estuvo concluido Reaumur se aseguró, que la parte de trabajo que el insecto habia hecho á su vista, estaba tan espesa y compacta como la verificada debajo de la tierra.



Efímeros y sus nidos.

Las larvas de algunas de las numerosas especies del efímero *(ephemera)* practican hoyos



Efímeros.

en la tierra blanda, á orillas de los rios y de los canales, y debajo de la superficie del agua. Esta operacion está perfectamente descrita por Scopoli, Swammerdan y Reaumur. Las escavaciones son siempre proporcionadas al tamaño de los habitantes, pero doble del largor del cuerpo del insecto. El agujero está debajo del nivel del rio y por lo tanto lleno siempre de agua, de suerte que la larva nada en su elemento, sin esponerse á ser presa de los peces, y hallar cerca los alimentos que le convienen. Si se ha de juzgar por su digestion se alimenta de la sustancia viscosa, ó de la arcilla húmeda que cubre su agujero.

En Lee, condado de Kent, se ha observado un viejo tronco de sauce arrancado de las orillas de un rio, que habia sido perforado en muchas partes por la larva de la mariposa-roble. Arrancado del centro de una arcilla húmeda, sus perforaciones estaban llenas, y habiéndolas hallado apropósito, las larvas del efímero habian hecho en ellas su habitacion, porque la madera les proporciona un asilo mas seguro todavia que la misma greda. Algunos de los agujeros habian sido abandonados, pero otros estaban llenos de larvas.

La arquitectura de la larva de un pequeño género de *cicindeles*, conocido de los entomólogos con el nombre de *manticare*, es muy interesante. Fue descubierta por los naturalistas franceses Geoffroy, Desmaret, y Latreilte, que las dieron á conocer. Esta larva que se halla en la primavera, en el verano y en el otoño en los lugares arenosos, es larga, cilíndrica, blanquizca, y está provista de seis patitas cubiertas de escamas oscuras. La cabeza es de forma cuadrada, con seis ú ocho ojos y muy gruesa. Estas larvas tienen fuertes quijadas, y sobre la octava articulacion del cuerpo dos tubérculos carnudos armados con una espina dura y encorbada; el todo da al insecto la forma de la letra Z.



Nidos de larvas de efímeros.

Con la ayuda de sus quijadas y de sus patas estas larvas ahondan la tierra á la profundidad de diez y ocho pulgadas, forman una cavidad cilíndrica de mayor diámetro que su cuerpo, y cuya entrada es perpendicular. Para sacar la tierra y la arena la ponen sobre su cabeza ancha en forma de trapecio, y llevan su carga fuera de la escavacion. Cuando han logrado formar su pequeña cueva, se fijan á la entrada por los ganchos de sus tubérculos, que son muy adaptables á este fin, y forman un punto de apoyo, mientras que su ancha cabeza tapa la abertura de la escavacion, y se encuentra al mismo nivel que la superficie del terreno. En esta posicion permanece inmóvil, con las quijadas abiertas, pronto á coger y devorar cada insecto que pasa á su alcance, y su voracidad es tan grande que ni aun perdona á los de su propia especie. Precipita su presa en la escavacion, y en caso de peligro se retira á lo hondo de su caverna, donde es muy difícil descubrirla. Cuando está cercano á transformarse en crisálida el insecto tapa cuidadosamente la entrada de la caverna, y se retira seguro á su seno.

T. M.

EL AMIGO DEL CABALLERO DE FORBIN.

I.

EN LA CORTE DE LUIS XIV.



El dia 27 de Julio de 1688 se reanimó la corte sombría y melancólica de Luis XIV, como si esperimentase un sacudimiento galvánico; los semblantes mas glaciales é impasibles tomaban animacion, y las natecámaras se veian llenas, mas temprano que de costumbre. Mad. de Maintenon habia ido á ver al Rey, y hasta el padre Lachaise, que casi no se le veia en Versalles, habia atravesado la multitud de cortesanos para penetrar en la cámara real. Por estraordinaria que fuese esta visita del confesor, hecha en medio del dia contra la costumbre del jesuita y de su penitente, nadie se admiró de ello. Todos sentian una curiosidad tan grande, que les parecia natural y sencilla la que manifestaban los demas, creyendo que en una ocasion tan escepcional como aquella, las reglas y las costumbres debian ceder y aun salir de su carril, por profunda que fuese.

Cuando el padre Lachaise penetró en el salon en que se hallaba Luis XIV, Mad. de Maintenon y todos los miembros de la familia real, paseábase aquel con impaciencia. La vejez y los disgustos habian marcado profundamente con su sello el rostro del monarca, ajado y surcado en todas direcciones; aun se descubria en él la magestad que lo caracterizaba en su juventud, aun cuando esta magestad se asemejaba mas bien á la de una estatua sepulcral, que á la animacion vigorosa de una criatura viva. Parecia embalsamado, por su tez oscura y sus miradas empañadas, que se iluminaban con un reflejo vítreo, en sus órbitas profundamente hundidas. Mad. de Maintenon seguia constantemente con la vista todos los movimientos del Rey, quien iba y venia interrogando con su mirada una magnífica péndola de Boule, colocada sobre su consóla cincelada de cobre, frente á la chimenea. Este reloj de sobremesa tenia la forma de un palacio de concha y de oro en cuyo centro se descubria una figura ecuestre del Rey. Cuando la aguja marcó las diez, sonaron unas campanillas invisibles, y mientras tocaban el antiguo aire de *Charmante Gabrielle* escrito por Lullis y atribuido, no sé por qué razon, á Enrique IV, un genio de cobre movido por el mecanismo interior, apareció sobre el palacio, se deslizó hasta tocar al monarca, y depositó una corona de oro sobre la ancha peluca de la estatua real. Despues de esto sonaron diez campanadas, el genio volvió al interior del palacio, y el reloj volvió á quedar inmóvil.

El Rey se habia detenido maquinalmente para ver aquel mecanismo, pero en breve volvió á seguir su paseo, sin hablar palabra, y sin que nadie se atreviese á levantar la voz. Siempre en movimiento segun su costumbre, se dirigió á una de las ventanas que se habian cerrado, y cuyas cortinas se corrieron á causa

del calor y de la fuerza del sol, y tiró de los cordones de la cortina de brocado, abriendo en seguida las dos hojas de la ventana sin cuidarse de que el sol diese de lleno sobre la cabeza de Mad. de Maintenon. En seguida continuó paseándose. Entretanto, Mad. de Maintenon que padecia de jaqueca, y á quien el calor ponia infaliblemente mala, miraba con ansiedad al padre Lachaise, y no se determinaba á abandonar su puesto para refujiarse en la sombra. El confesor comprendia todo el sufrimiento de la que habia desposado secretamente con el Rey, y sin embargo temia el tomar sobre sí la resolucion audáz de correr las cortinas, ó de invitar á la Reyna á sustraerse del peligroso rayo del sol, porque el Rey no permitia jamás que se desviasen en su presencia del mas estrecho rigor de la etiqueta. Por último viendo ya que Mad. de Maintenon palidecia, y se esforzaba inutilmente en reprimir sus espasmos nerviosos, tomó la heróica resolucion de colocarse detrás de ella procurándole sombra con peligro de su calva cabeza. Cuando se dirigia hácia la ventana para ejecutar este acto de heroismo, se dejó oir un murmullo que partia de la sala del Ojo de buey y que llegó hasta las personas reunidas en torno de Luis XIV. Este rumor pareció escitar vivamente su curiosidad y doblar su atencion. El mismo Rey no pudiendo contenerse por mas tiempo, se volvió hácia su ayuda de cámara que se hallaba de pie en la alfeyza de la puerta, y le dijo:

—Buontemps, da órden á los hujieres de que introduzcan inmediatamente al caballero de Forbin.

Esta era la primera vez en su vida que adelantaba el Rey la hora de audiencia.

Buontemps obedeció; los hujieres abrieron las puertas, y un jóven de agradable fisonomía, vestido suntuosamente entró y se echó á los pies del Rey, que le hizo bondadosamente una señal para que se levantase.

—Caballero, le dijo, os vuelvo á ver con el mayor gusto, y estoy satisfecho del modo con que me habeis servido.

El caballero sin levantarse replicó:

—Señor, mi vida y mi espada os pertenecen, y yo me creeré siempre dichoso pudiendo consagrarlas á vuestro servicio.

—Levantaos, dijo el Rey sonriéndose, el gran almirante del Rey de Siam no debe permanecer mas tiempo en esa postura.

—Señor, respondió el caballero, gracias á Dios, el título que me dais no me pertenece, el mio es menos retumbante, pero estoy mas orgulloso aun con él; este es el de cadete al servicio de vuestra marina.

—No, no sois cadete de marina, caballero, sino teniente de una de mis fragatas, interrumpió el Rey, anunciando de este modo el título y el favor que concedia al caballero de Forbin.

—Ahora, señor teniente de fragata, hablemos algo del pais de Siam, del que habeis llegado y donde habeis permanecido tres años al servicio de aquel Rey; bien podeis darme numerosos detalles sobre las costumbres, el comercio, y ante todo sobre los progresos de nuestra santa religion en aquellas regiones.

—Señor, contestó resueltamente el caballero, las costumbres de ese pais son salvajes, hijas de la ignorancia y la supersticion; la ciudad capital del reino de Siam no vale mas que el pueblecillo mas pobre de Francia, y solo se compone de una porcion de cabañas de juncos. Por lo que toca á nuestra santa religion, solo hace raros y dificiles progresos.

—Mis ministros han enviado, sin deber hacerlo, una embajada á ese pais.

Y viendo que titubeaba el caballero, añadió con dureza el Rey:

—Hablad, caballero, responded.

—Señor, ellos han sido engañados por las artimañas del señor ministro del Rey de Siam, astuto portugués que se llama Constancio, y que queriendo á toda costa grangearse la proteccion de S. M. contra la Holanda y contra los ingleses, se ha esforzado en aumentar á la vista de vuestros ministros la importancia del reino de Siam. Como á tanta distancia no hubieran podido conseguir su objeto, porque yo que me encontraba en aquellos lugares, he cedido á sus mañosos intentos, y he consentido en servir á sus proyectos en cambio del irrisorio título de almirante de una escuadra que no existe, lo que vuestros ministros han visto sobre todo en esta embajada, han sido los medios de esparcir en aquel pais las luces de nuestra santa religion, y no podian prever que ese Constancio que pedia le enviasen misioneros, se esforzase en paralizar los adelantos de los dignos sacerdotes.

Despues de esta justificacion de los ministros, el caballero de Forbin hizo girar la conversacion sobre otro punto, refiriendo mil curiosos detalles sobre las costumbres de los siameses.

—Señor, dijo reasumiendo su plática, en una palabra, el reino de Siam no produce nada, no consume nada.

—Eso es decir mucho en pocas palabras, dijo el Rey manifestando su aprobacion. ¿Y ha sido feliz vuestro regreso? ¿No se ha señalado por medio de aventuras curiosas, ni inquietado por peligros?

—Señor, la fortuna que me permitió abandonar el reino de Siam, donde me amenazaban constantemente las tentativas de envenenamiento del ministro, y las órdenes que me daba, las que eran casi imposibles de ejecutar órdenes en las que mi vida se hallaba siempre espuesta, no debia dejarme llegar á Francia sin someterme á otras pruebas. Cuando llegué á Pondichery me dijeron, que aquellos pueblos, que son idólatras, tienen á una

legua de la ciudad un famoso templo donde van todos los años, en cierto dia, á celebrar una fiesta en honor de sus principales divinidades. Allí se dirigen en tropel de todas las inmediaciones, y yo fui por curiosidad. Despues de mil ceremonias cuyo relato me hicieron, porque yo no pude entrar en el templo, sacaron al dios y á la diosa en honor de los cuales se habian reunido. Estos ídolos son figuras gigantescas y muy bien doradas; despues los pusieron en un carro de cuatro ruedas y los colocaron uno frente del otro. La diosa en la delantera del carro, aparecia en una postura deshonesta, y la actitud del dios no era mas decente.

Tiraban de las cuerdas de aquel carro mas de 200 hombres. Lo restante del pueblo que era muy numeroso, se echaba boca á bajo en el suelo, y sus gritos de júbilo resonaban en toda la campiña. Tambien hay algunos tan sencillos que se echan bajo el carro, creyéndose dichosos al ser despedazados en testimonio del respeto que profesan á su dios.

Terminada esta ceremonia vi hombres y mugeres que rodaban sobre la tierra y que continuaban este ejercicio, dando una vuelta al rededor del templo: pregunté con qué objeto se destrozaban asi todo el cuerpo, por que estaban desnudos, escepto desde la cintura hasta medio muslo que llevan cubierto con un lienzo, y me respondieron, que no teniendo hijos, esperaban por esta suerte de penitencia aplacar á sus dioses, quienes no dejarian de concederselos. Esto es cuanto puedo decir de aquella festividad, no habiendo podido entrar, como ya he dicho, en el templo, donde únicamente son admitidos los idólatras.

Volví dos dias despues, porque deseaba verlo, y me presenté en la puerta con otros franceses que tambien querian entrar. El gefe de los bramines nos negó la entrada bajo pretesto de que no le era permitido profanarlo, introduciendo en él cristianos. Por esta negativa, sin tomarme el trabajo de contestarle, me acerqué á él, me apoderé de un puñal que llevaba en la cintura, y presentándole la punta lo amenace de muerte: entonces no fue necesario aconsejarle que huyese. Entramos pues encontrando tan solo en aquel vasto edificio un gran número de idolos, de diferentes tamaños, y todos en posturas obscenas.

Mientras nos divertíamos en verlos, el bramin ofendido de la afrenta que recibiera, fue á esparcir la alarma en las inmediaciones, y se dirigió hácia nosotros á la cabeza de mas de 300 hombres; pero aquel pueblo, que absolutamente desconoce el valor, se atemorizó de tal suerte al ver nuestras armas de fuego, que no hubo uno que tuviese atrevimiento para acercarse.

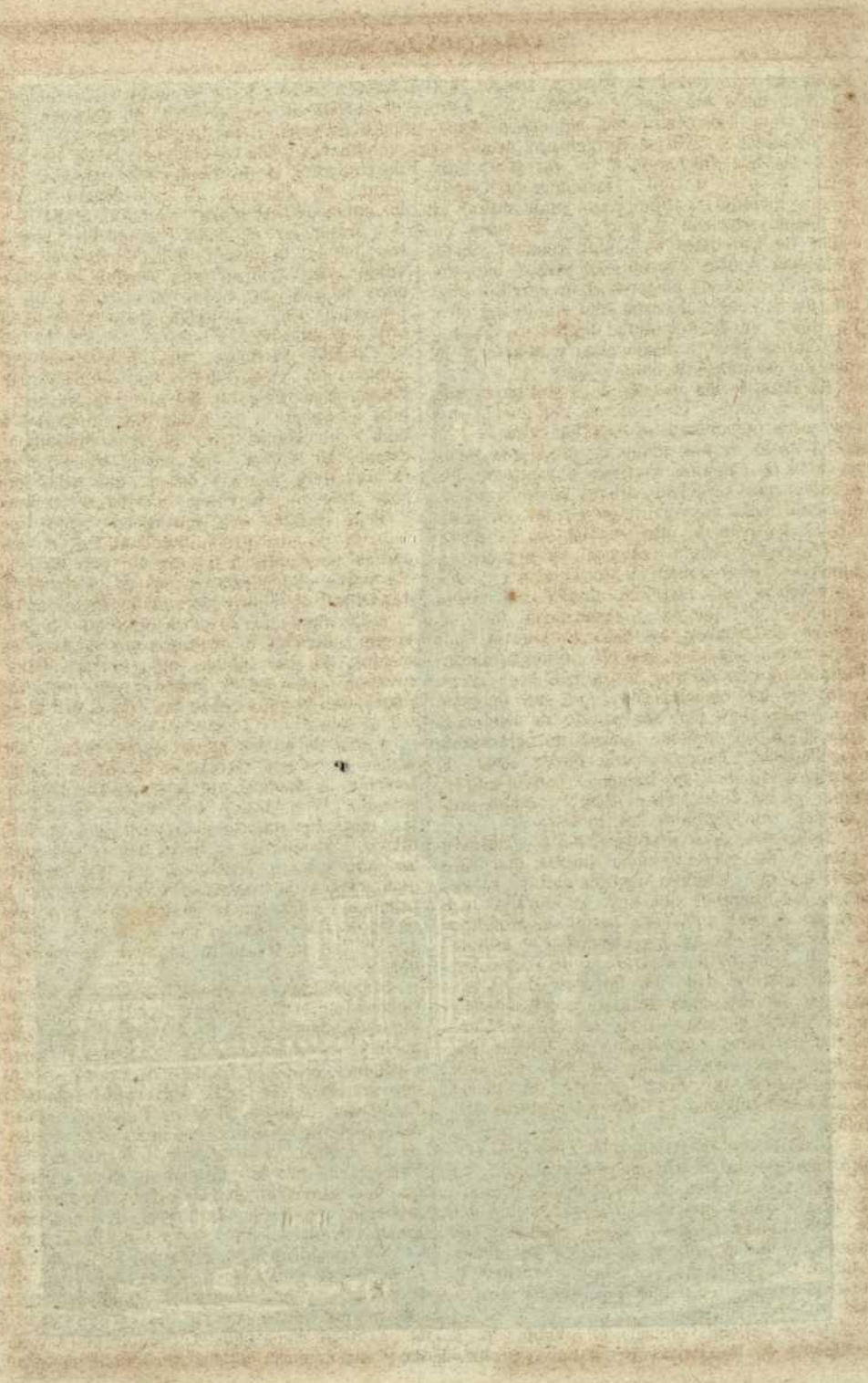
Casi al mismo tiempo, un buque de la Compañía de las Indias se hallaba pronto á darse á la vela para Massulipatan, ciudad famosa por su comercio, y no debiendo llegar en buen tiempo los buques franceses, resolví embarcarme, con el objeto de pasar de aquella ciudad á la de Loulganda que está á 30 leguas de distancia. El gran Mogol bloqueaba entonces esta plaza; yo me alegraba de poder presenciar el modo con que se hacen estos pueblos la guerra, y los medios de que se valen para realizar sus asedios y ataques; pero no consistió en mí la ejecucion de este proyecto, como se puede deducir de lo que voy á manifestar.

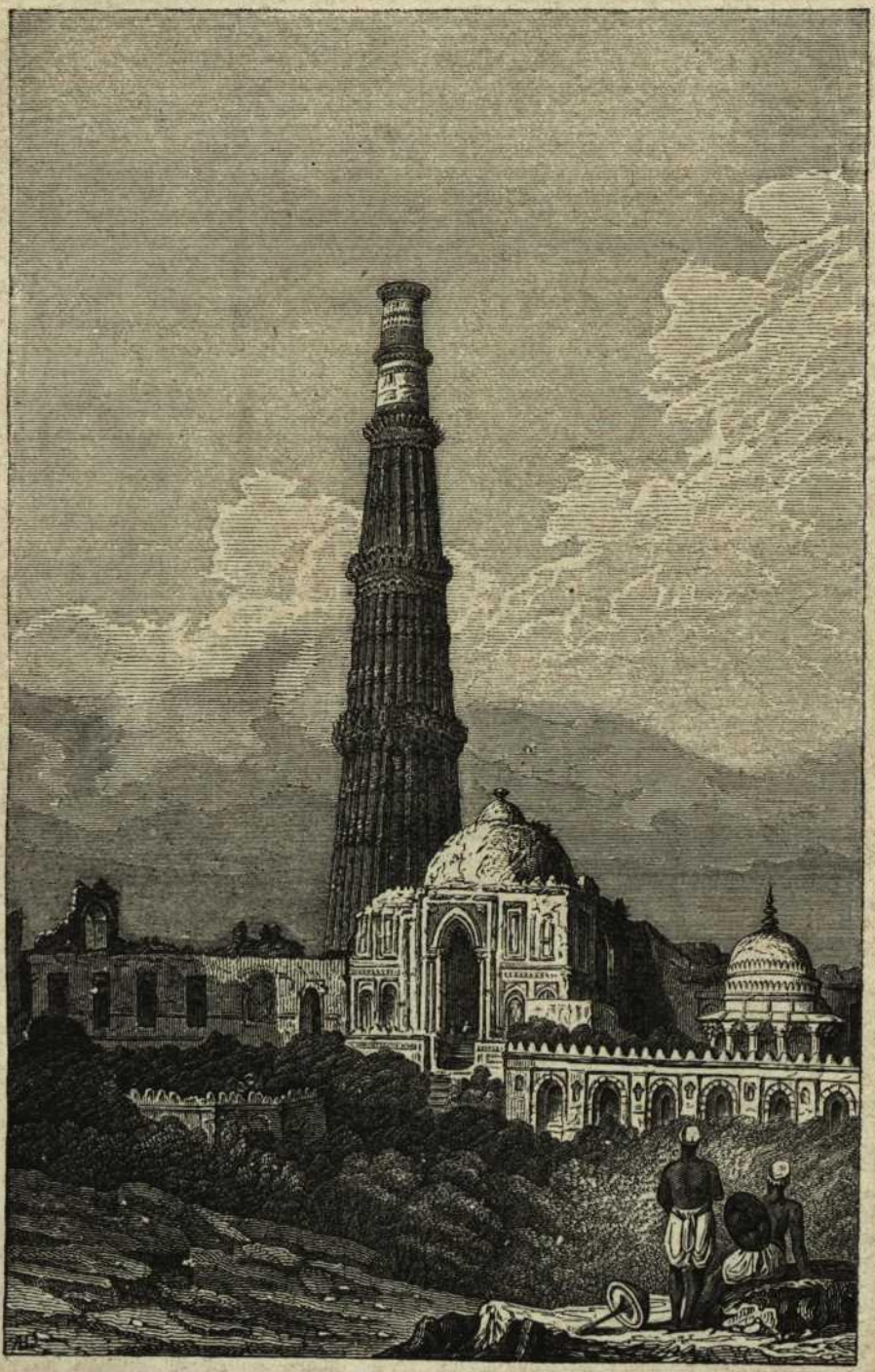
Cuando partimos, nos hallábamos en la estacion del viento del oeste, es decir, en el tiempo mas favorable del año; la travesia se hizo felizmente y en pocos dias. Solo nos faltaba ocho leguas para llegar á Massulipatan cuando nos vimos venir por la parte de tierra una nube negra y densa, que todos creimos fuese una borrasca; aferramos las velas, y llegó la nube con muy poco viento, pero seguida de una prodigiosa cantidad de moscardas semejantes á las que se ven en Francia y que engendran gusanos en la carne; todas tenian el vientre morado. Incomodaron tanto á la tripulacion estos insectos que todos se vieron obligados á ocultarse por algunos momentos. El mar estaba cubierto de ellos, y tuvimos tantos en el buque, que para limpiarlo fue preciso echar mas de 5,000 muertos al agua.

Cerca de cuatro leguas de la ciudad, divisamos como una niebla que la cubria completamente. A medida que nos aproximábamos se estendia, y en breve solo vimos la cima de las montañas que servian para guiarse á los pilotos. Al abordar á tierra vimos que aquella nube no era otra cosa que una multitud innumerable de moscas muy diferentes de las primeras: estas tenian cuatro alas, y se asemejaban á las que se ven á la orilla de las aguas, las cuales están rayadas de pajizo y negro.

Mientras mas nos internábamos, mas se multiplicaban aquellos insectos: tantos habia, que impidiéndonos ver la tierra, nos vimos obligados á acercarnos á ella sondeando. Cuando estuvimos á cierto número de brasas, el piloto mandó levar ancla. Un comisionado de la Compañía, llamado el señor Delande, que tenia órden de visitar al contador, se embarcó en la chalupa, y lo seguimos el capitan y yo. Tan grande era la cantidad de dichas moscas que nos vimos obligados á embarcar una brújula para no perder la tierra, que nos ocultaban completamente; por último llegamos.

No encontrando á nadie en el puerto nos sirvieron de guias los marineros que conocian la ciudad, y nos llevaron á la aduana. En la oficina que estaba abierta no encontramos á nadie; recorrimos todas las habitaciones y nadie pareció. Sorprendidos de aquella novedad,





Massulipatan.

nos dirigimos hácia donde vivia el contador de la Compañia del Oriente, y atravesamos muchas calles sin ver á nadie: aquella soledad que reinaba en toda la ciudad, unida á un hedor insoportable, nos hizo en breve comprender su origen.

Despues de haber andado muchísimo, llegamos delante de la casa de la Compañia, cuyas puertas se hallaban abiertas, y encontramos al director muerto, segun las apariencias de poco tiempo, pues se hallaba entero. La casa habia sido robada, y todo se encontraba en desórden. Impresionado por tan horroroso espectáculo, me salí á la calle y dirigiéndome al señor Delande dije:

—Volvámonos á bordo; aquí no podemos sacar nada de provecho.

Respondióme que su comision le obligaba á seguir mas allá; que teniendo precisamente que dar cuenta de su viaje, no podia volver á bordo sin haber hablado con alguien que lo instruyese con mas precision de la causa de todo aquel desórden.

Seguimos andando y llegamos á la factoria inglesa, la que encontramos cerrada: llamamos fuertemente pero nadie nos respondió. De allí pasamos á la de los holandeses; de ochenta personas que la componian, solo restaban catorce, las cuales eran mas bien espectros que hombres. Estos nos dijeron que la peste habia reducido á la ciudad al estado en que la encontrábamos; que la mayor parte de sus moradores se habian muerto, y que el resto se habia retirado al campo: que no nos podian dar ninguna luz respecto á la casa de los franceses, de los que no habian recibido noticia alguna; que los ingleses habian abandonado la suya despues de haber perdido la mayor parte de sus empleados, y que en cuanto á ellos, teniendo inmensos tesoros en su casa, les estaba prohibido, bajo pena de la vida, el salir de allí, sin lo cual no se hubieran quedado.

En la situacion en que estaba aquella desgraciada ciudad, no habia apariencias de encontrar en ella una embarcacion que me condujese á Golconda, y tuve que renunciar á ver el asedio. Volvimos pues á bordo á referir lo que habiamos visto y oido. Inmediatamente nos dimos á la vela, y sin detenernos mas, dirijimos el rumbo hácia el puerto de Mergui, que pertenecia al Rey de Siam. Trabajosamente me resolví á regresar á un pais de donde no me habia sido fácil alejarme; pero como dicho puerto está mas de cien leguas distante de la corte, y por otra parte yo me hallaba en un buque frances, creí estar seguro contra la mala voluntad de M. Constancio.

Al tercer dia de la salida de Massulipatan, cayeron malos algunos marineros de la chalupa, que habian saltado en tierra. La causa de su enfermedad no podia ser incierta. Encontrándoles calentura el cirujano los sangró. Al siguiente dia yo tambien fui atacado de la fiebre, y rehusé el dejarme sangrar. Los demas marineros que habian ido en la chalupa cayeron tambien malos; fueron sangrados como los primeros, y unos y otros murieron pocos dias despues.

Entretanto continuaba haciendo en mí sus estragos la fiebre, que vino acompañada de un sudor copiosísimo. La violencia del mal me habia debilitado la vista en tales términos que ya apenas distinguia los objetos. Para colmo de males, principiaron á escasear las provisiones, y ya no habia para hacer caldo, pues no pudimos tomar muchos víveres en Pondichery, á causa de ser tan grande la escasez, que reducia la ciudad á una especie de hambre.

Nunca me he encontrado en una posicion tan crítica. No sabiendo ya qué partido tomar, le dije á un esclavo siamés, que no habia querido abandonarme, que me trajese un poco de vino de Persia, del que tenia buena provision; me bebí cerca de medio vaso y me dormí profundamente. Algunas horas despues desperté sudando, pareciame que se habia fortificado un tanto mi vista, y repitiendo el remedio cuya dósis doblé, me volví á dormir, despertando de nuevo empapado en sudor, pero mucho mas despejado. Como operaba el remedio lo repetí por tercera vez, añadiéndole un pedazo de galleta que me comí despues de haberla mojado en el vino. Asi continué durante algunos dias, despues de los cuales mi fiebre continua se cambió en terciana, concluyendo por abandonarme completamente.

Aquí me teneis, señor, en Francia de regreso, sin mas tesoros que mi traje de gran almirante del Rey de Siam, que vale bien trescientos doblones de oro. Pero he recibido en cambio de todos mis trabajos una recompensa que si yo me hubiera atrevido á esperarla, querria haber conquistado aun á costa de mil muertes, esta recompensa es el testimonio real y generoso de vuestra satisfaccion.

—Caballero, dijo el Rey, que habia escuchado todos estos detalles con visibles demostraciones de interes; estoy contento con vuestros servicios, y voy á dar órden á M. de Seignelai para que os confiera el mando de una fragata. Estamos en guerra con la Holanda y la Inglaterra; creo que nos servireis de modo que merezcais al fin de la guerra el título de capitan.

Adios, señor gran almirante, añadió riéndose.

El caballero salió, y todos lo felicitaron, prodigándole protestas de amistad, porque ademas de el interes de curiosidad que escitaba un hombre que acababa de llegar de tan lejanas tierras, se leia en su rostro la acojida que el Rey le hiciera. El caballero de Forbin sin cuidarse mucho de aquellas lisonjas cortesanas, se personó en casa del ministro M.

de Seignelai, le hizo un nuevo relato de sus aventuras, recibió su nombramiento de teniente de fragata con el mando de un buque armado de diez y seis cañones, y partió al siguiente dia para Dunkerque.

La guerra, como el rey le habia dicho al caballero, acababa de estallar con la Holanda y la Inglaterra. He aquí la causa de aquella guerra. Hacia largo tiempo que los protestantes de Inglaterra habian concebido grandes recelos con motivo de la proteccion que su Rey Jacobo II concedia á los católicos. Temian que este príncipe, despues de haber abolido poco á poco los diferentes edictos dados en varias épocas contra la comunion romana, la hiciese al fin dominante en sus Estados. Resuelto á intentarlo todo para evitar este golpe, enviaron secretamente sus diputados á Holanda para tratar con el príncipe de Orange y ofrecerle el reino de la Gran-Bretaña si queria protegerlos.

Este movimiento no pudo ser tan secreto, que la Francia no tuviese aviso de él. El Rey dió sus quejas á los Estados generales, los que disimulando para ganar tiempo, solo respondieron de un modo vago é insignificante. El príncipe de Orange que habia formado de antemano el proyecto de hacerse Rey de Inglaterra, y que se veia en el caso de perderlo todo, pues la Reina se hallaba en cinta, oyó las proposiciones de los diputados, é hizo en el acto los preparativos necesarios para el logro de su empresa.

Necesitaba para sostenerse del apoyo de las siete Provincias-Unidas y de otros príncipes de Alemania, y los empeñó de tal suerte en su partido, que lo ausiliaron con todas sus fuerzas, y no temieron el esponer hasta sus propios Estados, que dejaron sin tropas para socorrerle. Hallándose dispuesto ya todo, se embarcó el príncipe con una escuadra numerosa y enarboló el pabellon inglés con esta inscripcion: *Por la Religion y por la Libertad.*

Despues de algunos contratiempos, que no le causaron mas daños que el de retardar su navegacion algunos dias, se desembarcó en los puertos de Darmouth y de Torbay, donde fue recibido por los pueblos como un libertador que el cielo les enviaba. Lóndres, las provincias, los egércitos de tierra y mar, todo se declaró por él. Entonces el Rey, no viendo seguridad para su persona, cedió á la tempestad y pasó á Francia, esperando un tiempo mas favorable para volver á Inglaterra y hacer valer sus derechos con la espada en la mano. Así terminó aquella gran revolucion que dió lugar á la guerra que declaró al punto el Rey al Emperador y á los holandeses.

II.

IANS.

Para dirigirse desde París á Dunkerque, el caballero de Forbin se hizo preparar caballos de posta, y ordenó á su ayuda de cámara que partiese como correo delante del coche con el objeto de que se preparasen los tiros. Estas precauciones eran de las mas necesarias, cuando se queria viajar con alguna precipitacion, en aquella época en que el servicio de postas estaba muy lejos de hacerse con grande regularidad. El ayuda de cámara se llamaba Antonio Feron. Nacido en el Mediodia, se hallaba poseido de toda la jactancia de un gascon, sin tener la menor habilidad. Segun él, nada le parecia difícil, y se hubiera encogido de hombros, si se hubiera puesto en duda que era capaz de descolgar la luna. Nada de lo que él emprendia se frustraba, poseia desmedidamente el don de hacer las cosas fuera de tiempo, y nunca dejaba de detenerse ante las dificultades, por no haber escuchado las órdenes que recibia y por resolver de pronto á medida de su capricho. El caballero de Forbin, aun cuando tuvo que quejarse muchas veces de su torpeza, lo guardaba á su servicio porque le juzgaba fiel, decidido y de un valor á toda prueba. Antonio Feron le habia contado con tanta frecuencia sus proezas, que su amo se habia decidido á creer bajo su palabra, las inagotables historias de duelos, de encuentros y batallas en tierra y mar en las que el citado Feron afirmaba haber tomado parte. El caballero de Forbin dió órden á su ayuda de cámara de vigilar los tiros de caballos, y cuando iba á entrar en algunas esplicaciones, Antonio Feron gritó que estaba enterado, y partió á escape á las primeras palabras de su amo. Aquel ardor duró cerca de diez minutos, durante los cuales hundia las espuelas en los hijares del caballo y juraba por los santos del paraiso. Mas apenas llegaba á las primeras casas de la aldea de la Villette, cuando conoció que la silla era dura, y que el calor de Julio caia pesadamente sobre su cabeza. Nada creyó mas apropósito para remediar estos dos inconvenientes, que hacer cambiar á su cabalgadura de paso, tomando otro mas tranquilo en lugar del galope, enjugar su frente, y detenerse á la puerta de una posada á fin de refrescarse mejor con uno ó mas tragos de vino. Cuando tenia el tercer vaso en la mano y se preparaba á empinar el codo, oyó á lo lejos chasquear el látigo de los postillones y reconoció el coche de su amo. Entonces vació precipitadamente el vaso, lo tiró á la nariz del tabernero y partió tan veloz como un relámpago, olvidándose en su precipitacion de pagar lo que habia gastado. El tabernero creyó oportuno el llamarlo repetidas veces, protestando contra aquella distraccion, pero era tal la prisa del correo, que no oyó nada, ó tal vez no juzgó conveniente el volver atrás. En lo que, como dijo despues al caballero de Forbin, hacia el sacrificio de su conciencia á los

intereses de su amo, prefiriendo el tener que dar cuenta á su confesor de una deuda de dos sueldos y medio, á darla al caballero de una detencion de seis minutos. El resultado fue que llegó muy á tiempo á la casa de postas para no hacerle perder tiempo á su amo, y tenerle los caballos listos.

A la segunda muda de tiro fue algo menos exacto, y no precedió sino uno ó dos minutos á la llegada de M. de Forbin, pero se esforzó en reprender á los postillones por haber perdido un cuarto de hora en preparar los arreos, y ahogó las protestas de aquellos pobres hombres, con un diluvio de injurias. Pero no logró engañar á su amo con aquella farsa, quien lo reprehendió tan vigorosamente que disipó el principio de embriaguez que ya confundia las ideas del ayuda de cámara, añadiéndole que si chistaba lo mas mínimo antes de llegar á Dunkerque, le haria saltar la tapa de los sesos de un pistoletazo. Antonio Feron creia á su amo capaz de cumplir su palabra, y en su miedo se armó de virtud y de sobriedad, de tal suerte que llegó á la ciudad de Bergnes en Flandes, sin haber bebido nada absolutamente; pero cuando supo que ya no les quedaba mucho que andar, fue tan grande su gozo que vació de un trago un gran jarro de cerveza, y repitió inmediatamente tan bella hazaña. Con menos bastaba para que perdiese la cabeza un hombre que habia pasado tres dias á caballo sin pegar los ojos y sin detenerse un momento. Al sentir el desórden de sus ideas tomó un sendero de travesia, bajo el pretesto de abreviar el camino que pretendia conocer perfectamente, hizo que lo siguieran los postillones apesar de sus advertencias, y se esforzó tanto que el carruage empotrado en los carriles mas abominables que se pueden imaginar, concluyó por romper el eje. Figuraos la sorpresa y la cólera del caballero cuando fue interrumpido en el sueño á que se habia entregado tranquilamente en el fondo de su silla de posta, y se encontró de noche en medio del lodo, con su coche destrozado. La profunda oscuridad en que se hallaban envueltos hacia inútiles los esfuerzos de los postillones y del mismo Antonio Feron. Para sacar el carruaje de aquel mal paso y ponerlo en estado de seguir su marcha, era necesario que se resignase el caballero á buscar un asilo en alguna casa inmediata. Por desgracia no se veia ninguna por allí, y se creyó feliz al encontrar por último un cortijuelo de mediano aspecto. Llamó pues de varios modos sin recibir respuesta alguna; pero al fin consiguió despertar á una vieja que llegó á preguntar con una voz soñolienta quien armaba aquel estrépito.

Cuando supo que se trataba de dar hospitalidad á un viajero cuyo carruaje se habia roto en el camino, apresurose á abrir, y encendiendo al punto un buen fuego de sarmiento, preparado desde el dia anterior bajo la chimenea, puso á disposicion de su huesped todo cuanto poseia en su casa que era pan de centeno, un pedazo de tocino, algunos huevos y cerveza. El caballero se aprovechó de todo esto, cenó perfectamente y acabó por ver con paciencia tan desagradable ocurrencia. La vieja lo recibió con tanta bondad, y su fisonomia, donde se veia pintada la honradez, agradó de tal suerte á M. de Forbin, que entabló conversaciones con ella, lo que no era muy fácil, porque la digna flamenca no hablaba casi mas que el patois de su pais, y el caballero lo comprendia apenas. No obstante, al cabo de un cuarto de hora formaron á su modo una especie de idioma particular, mitad por señas y mitad por medio de palabras flamencas afrancesadas, ó vice-versa, por cuyo medio lograron entenderse, y supo el caballero todo la historia de la anciana. Su marido habia sido pescador, y despues de ejercer honradamente su oficio, murió á una edad avanzada. Vivia dicha anciana de una pension que le pagaba su hijo, empleado desde su mas tierna edad en la marina. Menester era que este hijo hubiese hecho buenos negocios, por que habia comprado el cortijo donde vivia, añadiendo algunas varas mas de tierra al jardin y demas dependencias, sin contar que sus dos hermanas habian recibido de él buenos dotes para casarse con honrados labradores elegidos ó aprobados por su hermano Ians. Interrogada sobre el grado de su hijo, respondió que era marino; no saliendo de aqui dejó al caballero convencido de que el hijo de la hospitalaria campesina era algun marinero cuya parte de presa habia sido buena.

Antonio Feron se encontraba encargado de volver al estado mejor posible el carruaje roto, que equivale á decir que nada adelantaba, y que en vez de sacar á su amo de aquel atolladero el digno ayuda de cámara, solo sirvió para aumentar el conflicto de aquella desgraciada noche. De lo que resultó que el caballero despues de haber tenido tres ó cuatro accesos de cólera, acabó por resignarse, y por su cansancio dormirse delante de la candela; estando tan molido del camino, que aquel sueño duró hasta la madrugada.

Cuando abrió los ojos encontró junto á su huéspeda á un hombre de unos cuarenta años, vestido con la basta camisa encarnada que aun llevan en el dia la mayor parte de los marineros; este hombre fumaba en una enorme pipa, y vaciaba alegremente un jarron pintado de flores, coronado de la blanca espuma que produce una cerveza generosa.

—Este es mi hijo! Este es Ians, dijo la alegre vieja al caballero.

—Hijo mio, replicó este, tu madre es una buena y escelente muger, que me ha acogido bien; si tú sirves en la marina de Su Magestad el Rey de Francia, como he crei-

do comprender, cuenta con mi proteccion, que podrá serte á mi modo de ver de algun provecho, aun cuando no sea mas que para evitarte el castigo que mereces por haber dejado el uniforme, porque sabes que esta infraccion de la ordenanza vale de ordinario treinta cordelazos.

El marinero se sonrió y replicó alegremente.

—Acepto vuestra amistad, y no vuestra proteccion, caballero. ¿Sois vos tambien marino?

—Soy el caballero de Forbin, teniente de fragata, encargado en el mando de la *Perla*, que me espera en el puerto de Dunkerque, prosiguió el ex-gran almirante del rey de Siam.

El marinero levantó su gorro de lana para saludar.

—Bonito grado! dijo, y la *Perla* es una buena velera! Náda como un pájaro; para que Mr. de Seignelai os haya confiado su mando, preciso es que seais un bizarro y que cuente con vos decididamente.

—¿Eres de la tripulacion de la *Perla*?

—No señor, mi teniente; pertenezco á la fragata *Hareng-Saur*, que vale mas que la *Perla*.

—¿Y no querrias pasar á la tripulacion de esta, ni aun prometiéndote un grado mas?

El marinero se echó á reir, enseñando la doble fila de sus blancos dientes, que se ocultaban bajo sus gruesos y rojos labios.

—¡Ah! mi teniente, por un grado se harian muchas cosas, se dejaria el *Hareng-Saur*, pero lo mas difícil es el recibir ese grado.

—Pues bien! yo te lo doy! Tu madre me ha dicho que eres simple marinero; si encuentro en tí capacidad serás como me lo indica tu fisonomía inteligente patron.

El marinero se riyó de nuevo.

—Pues bien! acepto, caballero de Forbin, seré vuestro patron! Haremos juntos la guerra que se prepara, y pardiez que los ingleses y los holandeses verán lo que es bueno.

—Este es ya asunto concluido? preguntó el caballero, contento por la adquisicion que acababa de hacer.

—Seguramente, y con tal de que mis gefes no se opongan.

—Yo obtendré esa gracia del comandante del *Hareng-Saur*. ¿Cómo se llama?

—Es un teniente de navío que se llama el caballero Juan Barth, respondió el marinero agitándose en su silla como si se tratara de que su madre no lo entendiese, pero ella lo comprendió segun las apariencias, pues su fisonomía espresó la mayor sorpresa, é hizo una pregunta en lenguage flamenco. Este empleó el mismo idioma para responderle algunas palabras. En esto llegó Antonio Feron, anunciando á su amo que el coche se hallaba en estado de ponerse en marcha.

—¿Quieres que te busque en Dunkerque? preguntó el caballero al marino.

—Gracias, caballero, le dijo este; pero *Hareng-Saur* debe mañana darse á la vela para largo tiempo sin duda, y he venido á pasar este dia con mi madre y mis hermanas. Bien debeis comprenderlo, un marino no sabe si volverá á pisar tierra, cuando pone el pie á bordo de una fragata armada. Por otra parte, os lo confieso, no moriria contento ni me sentiria con valor en el abordage, si partiese sin haber abrazado antes á mi buena madre, ó sin asistir con ella á una misa dicha por mi intencion por el cura de la aldea; por último, si no me hubiese bendecido como lo hacia todas las noches en mi niñez.

—Está bien; cuando estés de vuelta en Dunkerque pregunta por el caballero de Forbin, y vé á reclamarle la promesa que te ha hecho, dijo el oficial de marina dejando una moneda de oro sobre la mesa.

El marinero se apresuró á devolvérsela.

—Mi madre está muy contenta, caballero, y el tratar de pagarle seria reconocer mal su hospitalidad. Me habeis prometido vuestra amistad y proteccion, prosiguió, recalcando esta última palabra con una sonrisa ¿no es eso bastante? Adios, señor, no tardaremos en vernos.

M. de Forbin comprendió que no debia insistir y asi lo hizo; tomó las señas de la anciana, hizo una señal con la mano al marinero cuando hubo subido en el coche y partió, precedido de Antonio Feron, que hacia chasquear su látigo, como si hubiese dirigido hasta el fin triunfalmente y sin obstáculo el viaje de su amo.

Cuando desapareció la silla de postas, Juan Barth que habia permanecido de pie á la puerta de la casilla pasó su brazo por debajo del de su madre.

—Pronto darán las seis, dijo sacando de su bolsillo un enorme reloj de plata El cura me ha ofrecido celebrar la santa misa á las siete en punto, y necesitaremos unos tres cuartos de hora para llegar á la iglesia. Emprendamos pues la marcha, madre, porque es menester recoger en el camino á mis hermanas y á sus maridos, y sabeis que las mugeres principalmente cuanto tienen niños como Teresa y Margarita se hacen siempre esperar algo.

La anciana se ajustó su corpiño de lana encarnada, se puso como la mantilla española, sobre los hombros y la cabeza una especie de velo de sayal negro, llamado capisayo en el pais, y se apoyó gozosa en el brazo de su hijo. Ians no hubiera estado mas contento, mas tierno, ni mas galante con una hermosa jóven á quien amara con delirio, que lo estuvo con su madre. Estrechaba entre sus manos, una de las manos arrugadas de la anciana, la decia mil ocurrencias, y ponia en juego mil medios para hacerla reir, tomando parte en su alegria con una satisfaccion infantil.

Cuando se aproximaban ya á las haciendas que estaban contiguas silvó de un modo particular, y entonces corrieron sus sobrinos á abrazarlo, haciéndole mil caricias. Uno saltaba á su cuello, otro se subia sobre sus piernas, los pequeñitos bailaban delante de él y le tendian las manos, todos gritaban á cual mas podia, saludándolo con los tonos mas agudos del diapason de sus voces.

—¡Mi tio Ians! ya está aquí mi tio Ians!



La llegada de un tio.

buenos dias, tio Ians!

Este se entregaba alegremente á aquella efervescencia de júbilo que causaba a sus sobrinos su llegada. Por último dijo alzando su enronquecida voz:

—¡Oh! Eh! niños, dad treguas al abordaje, pues que es necesario que hagais conocimiento con la Sta. Bárbara de mis bolsillos.

A estas palabras que les prometian los regalos de su tio, callaron y fueron á colocarse en círculo delante del marinero, fijando en él sus ojos con el ardor de la esperanza y del deseo. Entonces metió la mano izquierda en su bolsillo, y el primer objeto que sacó fue un cañon de metal.

—Quién le quiere?

—Yo! yo! respondieron los dos mayores.

—Diablo! esto es difícil de decidir! Dos fragatas para un cañon! vamos, puede ser que haya otro en el bolsillo derecho.

En efecto, sacó otro cañon, y los dos muchachos al recibirlo se alejaron algunos pasos como si temiesen que se los quitaran.

Las niñas recibieron tambien sus regalos, y entretanto se disputaban al pugilato los mayores la propiedad de un cañon mas brillante que el otro; pero los combatientes abandonaron el campo al ver venir hácia ellos á su tio con el puño cerrado y gritando:

—¡Pardiez! esperad, canalla.

Despues continuó la distribucion de los juguetes, y dirigiéndose á sus hermanas:

—¡He! muchachas, les dijo, tomad estas cadenas de plata para que os adorneis, y guardad estos 200 escudos en el cofre, que siempre es bueno tener trigo de reserva para cuando hay mala cosecha.—Ahora vámonos á misa; cuando háyamos dado gracias á Dios, iremos á comer al figon de Ignacio Benkels, á quien he mandado á decir con el grumete que prepare un ganso asado, un guiso de carnero, y un buen pedazo de vaca, sin olvidar la ensalada, y una torta para los niños. Despues de comer beberemos el último trago y me despediré de vosotros, porque mañana nos damos á la vela; mañana partimos á la guerra! Dios vaya en mi ausilio.

En seguida dió el brazo á su madre, cada uno de los esposos hizo otro tanto con su muger, estos tomaron de la mano á sus niños mas pe-

queños, las niñas marcharon á la cabeza del cortejo, y los dos combatientes, olvidando desde entonces su disputa, se incorporaron al grupo general.

En esta forma se dirigieron á la hermita del pueblo, donde los esperaba el Sacerdote revestido. Ians le habia dado al digno cura 20 monedas de oro para la limosna de la misa, rogándole que distribuyese á los pobres parte de esta suma. Cuando llegaron á la nave se arrodillaron todos y cruzaron las manos. Ians pasaba silenciosamente entre sus dedos, las negras cuentas de un rosario. Despues de la misa, en la que recibieron la Sagrada Comunion, les echó el Sacerdote una tierna plática.



El combate.

Concluida la ceremonia religiosa, Ians convidó á comer al cura, llevando á este y á su madre, cada uno de un brazo.

—Apoyaos bien, le dijo á aquel, por que ni vos ni mi madre podeis nunca molestarme. Es necesario otra fuerza para mover un cabestrante.

En el figon de Benkels festejaron Ians y su familia aquel dia. Por la tarde sacó su gran reloj el marino y abrazó á sus hermanas, cuñados y sobrinos; despues se arrodilló delante de su madre y del cura.

—Bendecidme, les dijo; y no me olvideis en vuestras oraciones.

Los dos ancianos estendieron sobre su cabeza sus manos venerables. Entónces se levantó, precipitóse á un carruage tirado por cuatro caballos de] posta, que el muchacho vestido de grumete habia conducido hasta la hermita, y partió á escape.

—¡Adios! gritó.

—Adios le contestaron todas las voces alteradas. ¡Adios! Nuestra Sra. de Gracia te proteja.

III.

ENCUENTRO.

Al dejar el cortijo de la madre de Ians, se dirigió el caballero de Forbin á Dunkerque, del que lo separaba una corta distancia; esta vez llegó sin entorpecimiento, y sin tener que sufrir las torpezas de su ayuda de cámara. La primera visita que hizo al apearse fue á la fragata *Perla*, que se hallaba entonces en rada, y esperimentó el mayor placer al verla, porque acababa de ser construida, y era una de las mejores embarcaciones de la marina francesa. Terminada su visita á la fragata, y siguiendo las órdenes que habia recibido en Versalles antes de su partida, reunió el caballero en torno suyo á los oficiales de la tripulacion para abrir en presencia de ellos un pliego cerrado del ministro. En él halló la órden de darse inmediatamente á la vela para el puerto de Brest, sin que él ni ninguno saltase en tierra. Obedeciose esta órden, y encontró allí varios buques mercantes cargados al servicio del rey, á quienes tuvo que convoyar. Ademas de su tripulacion, que se componia de 120 hombres y de 24 piezas de artillería, embarcó 100 soldados, y se preparó á dar caza á los navíos ingleses y holandeses que surcaban aquellos mares. Una feliz y brillante espedicion coronó su debúto; un corsario holandes de 14 piezas de artilleria vino á reconocerlo, y se hizo mas

adentro cuando vió con quién tenia que habérselas. El caballero le dió caza y no tardó en avistarle. El corsario reconoció entonces mejor que nunca la inferioridad de sus fuerzas, y resolvió perecer antes que rendirse. Cuando vió que el caballero de Forbin maniobraba para echar los garfios de abordaje, hizo clavar las escotillas de su embarcacion, con el objeto de que su gente, no teniendo donde salvarse, se viera obligada á defenderse hasta el último estremo. El abordaje fue de los mas sangrientos; los desgraciados holandeses se batieron como desesperados, de suerte que en un instante se cubrió su puente de cadáveres. A vista de esto, saltó el caballero al buque para hacer que cesase la mortandad, sin lo cual no hubiese escapado uno solo; tan irritada se hallaba la tripulacion de la *Perla* por la resistencia que habia encontrado. Apenas habia salido el caballero del puerto de Brest, cuando entró en él triunfante, tres horas despues, con una presa de importancia. Toda la poblacion entusiasmada por tan glorioso hecho de armas, se reunió en el muelle para presenciar la entrada de la *Perla* que traia á remolque el corsario holandés, y saludarla con sus aplausos.

Al siguiente dia llegaron órdenes para el caballero de Forbin, encargándole que escoltase hasta Havre-de-Gracia á varios barcos mercantes, y los ayudase á defenderse contra los corsarios, si se presentaban para atacarlos. La *Perla* debia encontrar en el camino al *Hareng Saur*, que cruzaba en aquellas aguas, y á quien habia mandado el ministro se incorporase á aquella para reforzar la escolta de los 20 buques mercantes, que tambien se encontraban armados y en estado de defenderse por sí mismos.

El raro nombre de la fragata de que le hablaba el ministro, hizo recordar al caballero de Forbin el marinero Ians, á quien, con su precipitada marcha se habia visto obligado á faltar á su palabra. Entonces resolvió aprovecharse de aquella ocasion que lo ponia en contacto con la tripulacion donde servia aquel marino, para que se lo cediera su comandante, y cuando daba la órden de hacer las señales necesarias para pedir una entrevista á dicho comandante, llegaron á la isla de Vigth y distinguieron á lo lejos dos buques que se dirigian hácia la escuadrilla. No tardaron en reconocer en aquellos dos navios ingleses armados con cincuenta cañones, y que evidentemente daban caza á la *Perla*, al *Hareng-Saur* y al convoy que estos protegian. Hacia buen tiempo, agitándose un ligero viento. A vista de aquellos dos formidables navios que se acercaban á la escuadra, consultó el caballero por señas al comandante del *Hareng-Saur* para deliberar con él sobre el partido que debian tomar. El mas seguro era el de abandonar los mercantes, porque no se podian salvar los dos buques por otro medio. Entretanto la opinion emitida por el caballero y las respuestas dadas por el teniente que mandaba el *Hareng-Saur* fueron, que apesar de los peligros del encuentro, no convenia huir. En aquel acto se armaron dos de los mayores buques mercantes, los que se dirigieron resueltamente á los ingleses para intentar el abordage en uno de sus navios, interin los demas mercantes entretenian el otro tirándole cañonazos. Tomadas estas medidas, se desplegó el pabellon francés y Mr. de Forbin bajó á su cámara, de donde se le vió á poco salir vestido con su grande uniforme de teniente de fragata, con los cabellos rizados con esmero, medias de seda, y pequeños zapatos con tacon encarnado. La fortuna se presentó favorable en un principio á los buques franceses. La direccion del viento y la calma del mar hacian posible el abordage. El abordage neutralizaba la formidable artillería del enemigo, que entre el doble ataque de dos fragatas francesas podia ser vencido. La *Perla* se aferró al navio enemigo, mas por desgracia el *Hareng-Saur* hizo un falso abordage. El caballero comprendió entonces todo el peligro de su situacion; podia aun salvarse por medio de la fuga, pero prefirió la muerte á aquella confesion de la inferioridad de su tripulacion, y continuó el combate.

Entretanto el *Hareng-Saur* seguia luchando cuerpo á cuerpo con el navio inglés, le arrojaba granadas y acabó por abordarlo. La victoria hubiera recompensado probablemente el arrojo de las dos tripulaciones francesas, si no hubieran emprendido cobardemente la fuga los buques mercantes, dejando asi al otro navio en libertad, para que fuese á auxiliar al que principiaba á ceder al abordage de los nuestros.

Entonces toda resistencia era inútil, pero sin embargo los franceses siguieron batiéndose desesperadamente, y tal vez no hubiera quedado un solo hombre vivo en ambas tripulaciones, si el caballero de Forbin, herido ya en mil partes, no hubiera recibido en la cabeza una granada que al estallar le cubrió el rostro de sangre privándole de la vista. Un momento despues bajó á que le curase el cirujano. Antonio Feron, que hasta entonces se habia escondido prudentemente detrás de un monton de cables y de fardos, poniéndose al abrigo de las balas, se aprovechó de aquella coyuntura para seguir á su amo y colocarse en mas seguridad. El caballero le dió órden de que subiese al puente amenazándole con romperle la cabeza si no continuaba en el sitio del combate, pues creia que hasta entonces se habia estado batiendo intrépidamente, y que solo trataba de seguirlo por cariño. Antonio que vió frente á él la boca de la pistola de su amo, subió precipitadamente, y al oir silvar las balas en torno suyo no se disminuyó su terror,

antes por el contrario se arrodilló deshaciéndose en lágrimas. Como todos tenian formada la misma opinion que el caballero respecto al fanfarron, no pudieron atribuir aquel llanto á miedo, sino á la desesperacion que le causaba la muerte de su amo. Entonces creyéndose sin gefe los soldados, y marineros, solo pensaron en salvarse, muchos se arrojaron á una lancha, y Antonio Feron los siguió, no tardando en llegar á uno de los buques mercantes que se alejaban á todo trapo. Avisaron de aquel pánico al caballero, el cual montando en cólera se precipitó sobre el puente, pero toda la tripulacion habia perecido ó huido, y solo encontró al comandante del *Hareng-Saur* acribillado á balazos, y que hacia una gloriosa resistencia. El caballero fue á colocarse al lado suyo, y apesar del ardor del combate, reconoció con sorpresa en aquel oficial al marinero Ians. Interin luchaba fuertemente con los ingleses reflecsionando en tan estraña circunstancia, un hachazo lo derribó á tierra sin conocimiento. Cuando volvió en sí, se encontró á bordo de un navio británico, prisionero de guerra, y en direccion de Inglaterra.

En aquella época se acostumbraba en la marina el despojar á los que caian en su poder; el caballero, vestido con un uniforme de valor, habia sufrido la suerte comun. Un hombre de abordo le dió una camiseta y un pantalon de guinga en mal estado, porque en sus *Memorias* dice Mr. de Forbin, que una gran parte de su pierna izquierda se veia por entre los desgarrones del pantalon; un par de zapatos rotos y un gorro grasiento completaban la *toilette* del que pasaba con razon por uno de los caballeros mas elegantes de la córte de Luis XIV.

El caballero tomó el partido de reirse de aquel contratiempo con el teniente del *Hareng-Saur*, quien se encontraba algo mejor que él, pues hablaba el inglés, y supo ganarse á los marineros enemigos con algunas bufonadas.

Preguntóle aquel á este, cómo el marinero que habia visto en casa de la anciana de las cercanias de Bergnes se encontraba ya de teniente de una fragata del Rey. Este se echó á reir.

—Es muy sencillo, caballero, le respondió en un patois mezclado de flamenco y de frances. Salí de mi casa de simple grumete, y como mi buena madre se halla tan lejos de comprender mi fortuna, tal vez no creeria que su hijo habia llegado á teniente, y lo miraria como á un loco si se lo dijera. Y además, preciso es confesároslo, encuentro un placer infinito al volver oscuro é ignorado á casa de mi madre, que tal vez no se atreveria ni aun á amarme si me viese de uniforme bordado. Para ella soy siempre el marinero Ians, mientras para todo el mundo soy el teniente Juan Barth!

—Juan Barth! esclamó el conde de Forbin; ¿Sois por ventura el valiente y célebre Juan Barth?

—No tan valiente ni tan célebre como el valiente y célebre caballero de Forbin. Comprended pues mi gozo al sentarme junto á mi madre, sin ver reunirse á mi tránsito los bobos de las cercanías, para presenciar la transformacion del que antes guardaba cerdos. Tendria que sufrir la amistad de muchos que hoy no hacen caso de mi trage de lana; y despues de esto, mis hermanas se volverian altivas y ambiciosas, mis cuñados se avendrian mal á cultivar desde por la mañana hasta la noche su jardin, mientras el hermano de su muger mandaba un buque de S. M. Por S. Juan mi patrono, que siempre seré para ellos el marinero que hace de vez en cuando buenas aprehensiones, y cuyo producto divide con ellos. El dia que descubrieran mi secreto, tendria un verdadero disgusto.

El buque donde llevaban prisioneros á Juan Barth y al caballero de Forbin, cuyo casco necesitaba reparos, se dirigió á Plimouth. Cuando llegaron á tierra, encerraron á los dos oficiales en una prision que daba al mar. Allí dulcificaron en algun tanto los rigores que habian usado con ellos antes, y les permitieron tener á ciertas horas algun trato con los de la ciudad; asi fue, que el caballero de Forbin recibió la visita de un protestante á quien salvó la vida en las guerras de religion. Deseando este manifestar su reconocimiento al caballero, le proporcionó los medios para que tomase una cantidad prestada para vestirse y cubrir sus necesidades en la prision. Despues le llevó un cirujano, del que tenia gran necesidad, pues las heridas del bravo oficial hasta entónces habian sido muy mal curadas. El caballero dividió fraternalmente la fortuna con Juan Barth, y su prision concluyó por serles tan agradable como puede llegar á parecerlo una prision.

Pasaba el tiempo, Forbin pensando en escaparse, y Juan bebiendo desde por la mañana hasta la noche, sin quitar los codos de la mesa de la cantina. Durante el dia se hallaba en libertad para recorrer todo el recinto de su cárcel, pero al llegar la noche los encerraban en un mismo cuarto, cuya única ventana daba al mar, y se hallaba cerrada con enormes barrotes de hierro. Llevaban su rigor hasta el estremo de no dejarles luz, y así no les quedaba otro recurso que acostarse y dormir desde que anochecia, ó hablar en la oscuridad, que era lo que generalmente hacian, cuando las libaciones de Juan Barth no entorpecian el cerebro del bravo marino, siéndole ya indispensable dormir. De este modo llegaron á contarse mutuamente las aventuras de sus singulares existencias.

El caballero de Forbin era el menor de una antigua familia de Provence, ennoblecida por Luis XI, y que contaba muchos miembros ilus-

tres, como entonces se decia, en la carrera de las armas, de la Iglesia y de la toga. Su juventud habia sido alegre y disipada. Un duelo en Tolon en medio del dia, y en el que tuvo la desgracia de matar al caballero de Gourdon, lo espuso á la cólera del Rey, y tuvieron que echar mano para sustraerlo á los efectos fatales del enojo real, de un recurso que no saldria bien en esta época. La familia del caballero de Forbin influyó cuanto pudo para hacerlo condenar á muerte por el parlamento de Provence, como asesino del caballero de Gourdon. El parlamento hizo este servicio á Mr. de Forbin, y el Rey que se manifestó inflexible con un duelista, perdonó sin dificultad á un asesino, concediéndole cartas de gracia. Entretanto hizo dar al jóven el consejo de que se embarcase á bordo de un buque que se daba á la vela para el reino de Siam, y que conducia al monarca de aquellas lejanas regiones una embajada en cambio de la que Luis XIV habia recibido de él.

Despues de una larga y difícil travesía, llegó el caballero al término de su viage, y vió como ya sabemos que aquel reino y aquella ciudad se asemejaban á una aldea. Hizo tanta burla de esto, que el comandante de la espedicion M. de Chaumont, temió que el audaz caballero revelase el ridículo aborto de las esperanzas comerciales que se concibieran respecto á aquel pais, y le quitase las recompensas que esperaba recibir si disfrazaba un poco la verdad. El padre Tachard, que habia provocado la embajada, lo secundó en sus designios, é hicieron ver al pobre jóven que el Rey de Siam deseaba que quedase á su lado para confiarle el mando de su armada.

El caballero se negó redondamente, y el embajador, á nombre de Rey, le ordenó que aceptase, viéndose obligado á ser gran Almirante sin quererlo. Cuatro años vivió entre aquellos bárbaros, espuesto, como lo sabemos por la boca de él mismo, á ejecutar órdenes peligrosas que le imponia el portugués ministro del Rey de Siam, y que encelado por el favor que el Rey manifestaba hacia el francés, queria deshacerse de él haciéndolo morir. Por último, pudo librarse de aquella vida enojosa y cercada de peligros, y se embarcó furtivamente para Francia, donde la buena acogida del Rey, lo consoló de todo lo que habia sufrido.

Juan Barth escuchó la narracion del caballero de Forbin con todo el interés de una imaginacion ignorante, pero aficionada á lo maravilloso, y dotada de suma inteligencia. Hacia mil preguntas á su compañero de cautividad, y no se cansaba de interrogarlo sobre las costumbres de los siameses, divirtiéndose como un niño con los cuentos de hadas.

—Y vos, le dijo un dia el caballero de Forbin, ¿no me referís vuestra historia y vuestras aventuras?

—Caballero, replicó, mi historia no tiene nada de maravillosa ni de admirable, como la vuestra. Sin embargo, si lo deseais, os la diré inmediatamente, con la condicion de que no habeis de reiros de mi lenguaje incorrecto, porque yo no puedo jugar tan bien la lengua como el cuchillo de abordage.

—No desconfies nunca de tí, y vamos á lo que importa, prosiguió el caballero que se encaramó hasta la ventana colocando una silla sobre la mesa.

Juan Barth lo miró con alguna sorpresa, al ver el modo que tuvo de colocarse para escucharlo.

IV.

JUAN BARTH REFIERE SU HISTORIA.

—Advierto, dijo éste que se sentia por momentos mas y mas turbado al principiar su historia, y que no sabia por donde empezar; advierto, repito, que mi narracion no será larga. Yo soy, como sabeis, hijo de un pescador y una campesina, que tuvieron otras dos hijas ademas, Teresa y Margarita. ¿Qué haceis sentado ahí delante de la ventana, y mas ocupado de los barrotes que de mi historia?

—No me hables de esto una palabra, alza la voz y habla lo mas alto que puedas.

Y el caballero se inclinó hácia Juan Barth, haciéndole tocar una lima hecha de un muelle del reloj.



La lima.

—Por S. Juan mi patron, esclamó el marino en el colmo de su gozo, ¿dónde habeis adquirido tan preciosa alhaja?

—La encontré dentro del pan esta mañana. Pero continúa tu historia y habla muy alto, pues temo que se oiga el chirrido de esta sierra.

—Como os iba diciendo, prosiguió Juan Barth, cuyo corazon latia de placer y de esperanza, mi padre y mi madre no poseian mas riquezas que tres hijos, una barca, una red, y una cabaña. Apenas tuve cuatro años, cuando me llevó mi padre á la pesca, por lo que puedo decir que mi mas antiguo amigo es el mar. He pasado mas de una noche sin mas cama que mi lancha, con redes por colchon, la bruma por cortinas y la tempestad por música. Sin embargo, hubo dias en que el mar, apesar de nuestro antiguo conocimiento, se mostraba mal amigo y no queria ofrecernos sus peces. Mi padre me dijo una vez que volvimos con nuestra barca vacía despues de haber pasado tres dias en la mar:

—Hijo mio, este oficio es muy malo. Si yo no fuese tan viejo, ni tuviera una muger y dos hijas, iria á alistarme en la marina holandesa. Pero ya que á mí no me es dado hacerlo, hazlo tú, hijo mio. Ya tienes 12 años; no hay otro muchacho, mas capaz que tú para grumete; si quieres, iremos á buscar al comandante de un pequeño corsario holandés que se halla en el puerto, y se hará el trato.

—Decís bien, padre, acepto.

—Y henos aquí remando hácia la mala cáscara de nuez del corsario. Mi padre le esplicó lo que queríamos al capitan, hombre rechoncho, cuyo aspecto solapado y repugnante á la vez no olvidaré jamás, y despues de haber escuchado la propuesta de mi padre, dijo:

—Si este muchacho no le teme á una docena de cordelazos en los riñones, ni á subirse á lo alto de un mástil, que se quede á bordo.

—En cuanto á los cordelazos, repuso mi padre, no os diré que ha recibido muchos, pero por lo que hace á saltar á la arboladura, lo vereis. Y á una señal que me hizo, subí á la punta del palo mayor.

—Me agrada, respondió el capitan; si necesita cordelazos, se le proporcionarán los que le hagan falta. Adios, buen hombre, me quedo con vuestro hijo.

—Yo hubiera querido, dijo mi padre mesándose los cabellos y cortado al ver su proposicion tan prontamente aceptada, hubiera querido que abrazase á su madre antes de partir.

—Dentro de un cuarto de hora me doy á la vela, y además, hablemos claros, no me gusta que un grumete venga á bordo con los ojos llorosos y el corazon alterado. Abrazad á vuestra muger de parte de Ians y de la mia, dijo riyéndose, y dadle este luis de oro para consolarla de no haber regado con sus lágrimas el hocico de este galopin. Vamos, volved la espalda y adios, porque el viento es bueno, y me impele fuera del puerto.

Mi padre apenas tuvo tiempo para abrazarme, y saltó á su barca que desapareció en breve á mi vista. Tadavia estaba de pie sobre el puente mirando á lo lejos, como si lo viera desde allí, cuando sentí que me pegaron un fuerte puntapié. Era el capitan que me gritaba: «Vamos, animal, ¿has venido aqui para ver volar las paviotas?»

—Capitan, le respondí frotándome los calzones, me habeis prometido cordelazos y no puntapies. Gustóle esta ocurrencia y se echó á reir.

—Vamos, dijo, veo que eres un compañero alegre. Haz tu deber y nos entenderemos.

—En seguida me puse á trabajar, haciendo ver á los marineros y á los otros grumetes que no era un novicio. Uno de mis compañeros quiso burlarse de mí por la caricia que el capitan me habia hecho con el pie, y le respondí con un puñetazo tan bien asestado sobre su cara, que fue á caer á tres pasos de aquel sitio en una cuba llena de agua, donde encontró lo necesario para limpiarse la sangre que corria de su nariz. Le hice aquella advertencia en broma, y despues de aquella aventura me encontré instalado á bordo del *Brousmiche*, como si allí hubiera venido al mundo. —¿Qué tal, caballero?—Perfectamente. Continuad.

—Despues de tres dias de navegacion, encontramos un buque portugues. El capitan resolvió aligerarlo de las mercaderias y del oro que llevaba del Perú, y corrió derecho al enemigo. Este nos tiró á las narices algunos cañonazos y destrozó nuestro casco; muchos se acobardaron, pero el capitan esclamó que nuestra pequeña embarcacion, no debia servirnos mas, y que poco le importaba que se rompiese, pues los portugueses iban á proporcionarnos otra nueva. En seguida mandó el abordage; los garfios sujetan al portugues, y he aquí que nos lanzamos sobre el puente enemigo. Aquella música de pistoletazos, de gritos, alaridos y choque de espadas y cuchillos fue de mi gusto. Yo me hallaba en todo, hiriendo á diestro y siniestro, embriagado con el olor de la pólvora y tan contento como en una boda. Acababa de derribar á un marinero, cuando vi al capitan rodeado de un grupo de portugueses, vendiendo cara su vida. Entonces me arrojo sobre el mas terrible, y con mi hacha de abordage le dividí la cabeza, cayendo sobre el mas inmediato que se volvió hácia mí, y mientras yo luchaba con aquel nuevo adversario, mi capitan que no tenia ya que habérselas mas que con dos portugueses, acabó prontamente con ellos, y vino en mi ausilio, pero yo le grité:

—Capitan! dejadme acabar; y el portu-

gues cayó á mis pies. Un cuarto de hora despues éramos dueños del *Corregidor*; se amontonaron sobre el puente los cadáveres que resultaron de la refriega, y el capitan visitó los baules y la sentina, volviendo muy contento á decirnos que el buque estaba cargado de barras de oro, y que volviésemos á Holanda para repartir el botin.

Cuando nos desembarcamos en Amsterdam y se trató de darle á cada uno su parte, me adelanté como los demas para recibir mi pequeña porcion de grumete, entonces dijo el capitan:

—Camaradas, ¿no sois de opinion de que se dé á este bizarro chico una parte de marinero? Yo mismo lo he visto derribar cuatro portugueses.

—Eso es contra las reglas, observó un viejo marino. Un grumete no debe tomar lo mismo que un marinero.

—Pues bien! todo se hará en regla, bruto, añadió el capitan, pues nombro á Ians marinero. Toma, muchacho, aquí tienes tres libras de oro.

Guárdate eso en el bolsillo; te doy tres semanas de término para que se las lleves á tu padre. Dentro de un mes nos daremos á la vela; sé exacto á la cita.

Nada respondí; me embarqué para Dunkerque, donde arribé tres dias despues, llegando por la tarde á la puerta de mi padre.

Llamé:

—¿Quién es?

—Yo.

—Santa Virgen! Es Ians! esclamó mi madre con su robusta voz.

Y corrió á abrir. Jamás olvidaré su alegria. ¡Ella me abrazaba, lloraba, y daba gracias á Dios, á la Virgen y á todos los Santos del cielo. Yo tambien estaba conmovido.

—¿Quién te ha hecho volver tan pronto?—me preguntó mi padre; tienes el permiso de tu capitan, ¿no es cierto? porque un grumete no debe ausentarse sin la licencia competente.

—Ya no soy grumete! ¡padre!

—¿Qué significa eso? me preguntó severamente el buen hombre.

—Soy marinero; el capitan me ha concedido ese grado.

—Imposible!...

—Ved mi parte en la última presa.

—¿Qué pedazos de metal sucio son esos?

—Este es oro, oro en barras, padre mio. Aquí hay tres libras, y os las traigo para que compreis ropa á mi madre.

El resto de la noche lo pasamos hablando en el hogar, y ya supondreis que no olvidaria mis hazañas del abordage. Mi madre palidecia al escuchar los peligros que corrí, y mi padre daba palmadas alegremente: mis hermanas me miraban con asombro.

Cuando amaneció, fuí con mi padre á vender á un joyero de la ciudad mis tres libras de oro, por las que me dió 4,000 piastras; mi padre no podia creer en tantas riquezas, y consultó con el cura, sobre la inversion que debia darle. Aquel digno sacerdote nos aconsejó que comprásemos nuestra cabaña y el pequeño jardin inmediato, lo que se hizo inmediatamente.

A fin del mes fuí á reunirme con mi capitan, y lo servi hasta el momento en que la Francia declaró la guerra á la Holanda; entonces le dije al viejo lobo marino:

—Jamás os hubiera abandonado, mi capitan, pero ya veis la guerra que se prepara entre vuestro pais y el mio; por consiguiente es necesario que me vaya á servir en un buque francés.

—Tienes razon, me contestó, vete; y si nos encontramos algun dia en el abordage, nos daremos duro, como valientes marinos que somos.

—Primero me comeria mi hacha, que tocar á uno solo de vuestros cabellos, repliqué.

—Bien respondido, me dijo brotando en sus ojos una gruesa lágrima. Espera, esto es atroz! yo llorar. Vamos á vaciar un jarro de cerveza, y despues, adios!

Media hora despues nos separamos y regresé á Dunkerque, donde me embarqué de marinero en una fragata francesa. En un principio me negaron este grado en razon á mi edad, pero luego que supieron que habia navegado tres años en el *Brousmiche*, no me opusieron mas obstáculos, y yo les probé en la primera ocasion que se presentó que habian obrado con acierto. En fin, cumplí con mi obligacion como debia, y grado á grado he conseguido llegar al de teniente de fragata. Olvidaba deciros que me casé; ó, mejor dicho, no lo olvidaba, pero me es tan amargo ese recuerdo que evito siempre el evocarlo. ¡Maria! ¡pobre Maria! muerta diez meses despues de nuestra union, al dar á luz un hijo! Crei volverme loco, cuando al volver de una espedicion llamé á la puerta de mi morada, y mi madre fue á abrirme llorando! Yo lo comprendí todo sin que me dijese una palabra, y mi primer impulso fue el sacar el puñal para concluir con el pesar; pero mi madre me condujo al aposento de mi muger, y me señaló la cuna de mi hijo. Ya no podia morir, amigo, y por él he vivido. Sin embargo, durante muchos años, cuando me he encontrado en un abordage en medio de las balas y de los puñales, he preguntado ¿no habria una para mí? Pero estos pensamientos me han abandonado completamente, y doy gracias á Dios. ¿Qué tal, caballero?

—Por cierto que me olvidaba al escucharos de la tarea que me he impuesto, replicó en voz baja M. de Forbin; tengo el corazon tan comprimido como si fuera á llorar.

Pero, vamos, el oficio del marino no es llorar como una vela que ha recibido la lluvia durante la noche. ¿Y tu hijo? ¿qué has hecho de él?

—Cuando cumplió siete años me lo llevé á bordo con el objeto de hacerlo un marino como su padre. Pero la primera vez que oyó silvar las balas le dió miedo y corrió á ocultarse. La cólera y la vergüenza se apoderaron de mí. ¡El hijo de Juan Barth temblar y huir? Lo até con mis propias manos al trinquete y allí lo tuve un cuarto de hora espuesto á las balas; despues lo desaté, lo tomé por la mano, y lo llevé conmigo á lo mas recio de la pelea. El muchacho aprovechó la leccion, porque se condujo con valor. Despues me reprehendieron mis amigos, entre ellos el señor cura, y fue necesario ponerlo en la escuela, apesar de mis ideas contrarias en este punto. Ya hay dos años que está estudiando, pero es menester que se despida de los estudios, pues cuando salga de esta condenada prision quiero embarcarlo.

En este momento, el caballero de Forbin bajó del tablado que hizo de sillas y mesas para llegar á la ventana.

—Todo va bien, dijo al oido de Juan; el hierro está casi aserrado; con el mas ligero sacudimiento se caerá.

—Pero, quién diablos ha podido enviaros esa lima?

—Lo ignoro, pero los amigos secretos que nos ausilian, no nos abandonarán despues de haber principiado á servirnos tan bien. Buenas noches, Juan Barth.

—Buenas noches, caballero.

Y se durmieron los dos profundamente.

V.

LA EVASION.

Un mes despues de la partida de su hijo, la señora Barth se dirigió á Dunkerque, donde la llamaba el importante negocio de vender cincuenta quesos que hiciera en su casa, ademas de los que necesitaba de ordinario, los cuales no le disgustaba ver cambiados en buenos y sonantes escudos. Encontró toda la ciudad en movimiento; hasta la misma plebe hablaba del fatal acontecimiento que preocupaba los ánimos, por consiguiente la buena muger no tardó mucho tiempo en oir que la *Perla* y el *Hareng-Saur* habian sido pasados por ojo por dos navios ingleses, y que los de sus tripulaciones habian perecido, quedando solo un resto de ellos prisioneros. Al oir esta nueva, la pobre madre que sabia que su hijo estaba en el *Hareng-Saur*, cayó sin sentido en medio del mercado. Rodeáronla, le prodigaron remedios para hacerla volver á la vida, y la preguntaban qué motivos tenia para sentir tanto dolor.

—Mi hijo! esclamó, mi hijo servia en el *Hareng-Saur*.

—Como se llamaba? preguntó uno.

—Juan Barth.

Aquel nombre ilustre produjo una viva sensacion en el grupo formado al rededor de la anciana; el nombre de Juan Barth fue repetido mezclado con el de su madre

—He aqui la madre de Juan Barth, del célebre Juan Barth.

—¿Sabeis el nombre de mi hijo? Dios mio; qué le ha sucedido?

—El burgomaestre os dirá sin duda si ha perecido ó si se encuentra entre los prisioneros.

—Id á verle, la aconsejó uno.

E inmediatamente la multitud que no dejaba de aumentarse, condujo á la pobre muger, que se hallaba en el colmo de la desesperacion, á la casa del burgomaestre. Por el camino preguntaban los curiosos el motivo que reunia tanta gente, y al recibir la respuesta de que aquella era la madre de Juan Barth, y de que iba á saberse la suerte que cupiera á su hijo, se reunian al cortejo y seguian adelante; de modo, que al llegar la pobre anciana á las casas consistoriales la rodeaban dos mil personas. Uno de los porteros se adelantó para saber la causa que impelia asi al populacho á la morada del magistrado. Al nombre de Juan Barth se quitó el sombrero, é introdujo á la anciana en la audiencia del burgomaestre. Al poner el pie en aquella sala, quedó inmovil Mad. Barth, deteniéndola la sorpresa y la emocion al reconocer en un gran retrato de cuerpo entero, colocado en lugar preferente, á su hijo vestido con el uniforme de teniente de marina. Entonces lo comprendió todo.

—¡Mi hijo, esclamó, mi hijo! ¿teneis noticias de él?

—Señora, respondió el magistrado levantándose y ofreciéndola su propio sillon, señora, solo tengo noticias desagradables para vos; el teniente Juan Barth ha sido hecho prisionero.

—Vive! ¡vive! ¡oh! Gracias, Dios mio! esclamó la anciana flamenca alzando las manos al cielo.

Despues de algunos momentos, preguntó:

—Señor ¿sabeis en qué ciudad han encerrado los ingleses á sus prisioneros?

—Las últimas noticias que tengo son que el caballero Barth y monseñor el caballero de Forbin se hallan detenidos en la ciudadela de Plymouth.

—Gracias, dijo, perdonad, señor, mi ignorancia; pero, se puede ir desde Dunkerque á Plymouth por mar?

—Sin duda, replicó el burgomaestre sonriéndose.

—Gracias, repitió. Y salió pensativa, subiendo á su carrillo y ostigando al caballo á latigazos para apresurar algunos instantes su regreso.

Estaba muy entrada la noche, cuando llamó á la puerta de sus yernos, que no la espe-

raban á aquellas horas, y sus mugeres fueron á abrir despavoridas.

—Dios mio! ¡Dios mio! esclamaron al notar la palidez de su madre. ¿Qué desgracia nos ha sucedido?

—Una muy grande! ¡muy grande! Juan Barth es prisionero de los ingleses!

—Pues bien, esclamaron á una voz los yernos de Maria Barth, ¡nosotros lo salvaremos! nosotros hemos sido pescadores 25 años.

—He aquí, hijos mios, lo que esperaba de vosotros! Escuchadme. Juan Barth, mi noble y muy amado hijo, tiene un grado superior en la marina. Es teniente de navio! ¡Es caballero! Está condecorado con las órdenes reales! El nos ha ocultado todo esto temiendo que dejásemos de amarlo como antes, al dejar de ser simple marinero! Porque tal vez hubiéramos sido menos felices y menos laboriosos que en nuestra oscuridad.

—¡Buen hermano! murmuraron las hermanas enjugando sus lágrimas.

—A fe mia que hemos de librarlo! juraron á una los esposos.

—Para eso es menester una barca, oro, atrevimiento, y maña. Sois valientes y muchachos de resolucion. Hablais holandés como si hubiérais nacido en este pais, y podeis espresaros en ingles lo bastante para que os puedan comprender. Dirigios por tierra á Holanda y buscad á nuestro pariente Jacobo Bogaërts. Ponedlo al cabo de vuestra posicion y proyectos; él os proporcionará fácilmente un pase como pescadores holandeses, con cuyo documento llegareis sin peligro á Plymouth, donde trabajareis para conseguir la libertad de vuestro hermano. Ahora venios conmigo, y os daré todas las alhajas y dinero que poseo. Mientras haceis el viaje á Holanda, tomaré á préstamo sobre mi casa, y la venderé si es preciso. En Plymouth hallareis la suma necesaria para vuestra espedicion.

Los honrados flamencos, sin vacilar ni hacer una reflexion abrazaron á sus mugeres, que los animaban en sus generosos intentos. Despues de haber tomado el metálico y alhajas de su suegra, se dirigieron á Bergues para comprar caballos y dirigirse inmediatamente á la frontera de los Paises Bajos. Llegaron á Holanda rodeados de innumerables peligros, de los que se salvaron, gracias á su imperturbable serenidad y á su destreza disfrazada bajo apariencias rústicas. Necesitaban atravesar cuerpos de ejército, salvar fronteras guardadas por tropas considerables, engañar la vigilancia de los soldados acostumbrados á tener en nada la vida de un labriego, haciéndolo morir por la menor sospecha; pero ellos triunfaron de todos estos obstáculos, y consiguieron llegar á casa de su pariente. Este no titubeó en secundar tan noble empresa, y proporcionó el pase que podia únicamente hacer posible su navegacion por entre los buques ingleses y holandeses que surcaban el mar, protegiendo las costas de Inglaterra y Holanda. Despues de haber luchado contra una tempestad; despues de haber sufrido el cañoneo de una fragata francesa, engañada por el pabellon holandés, que se habian visto precisados á enarbolar por la aproximacion de un navio inglés, pudieron al fin entrar en el puerto de Plymouth, donde se desembarcaron, diciendo que la tempestad los habia lanzado tan lejos de las costas de su pais. En un principio los vigilaron con alguna desconfianza, pero en breve dejaron de cuidarse de dos oscuros marineros que pasaban su vida en la taberna, y que solo se ocupaban en emborracharse por mañana y tarde. Para subvenir en la apariencia á aquella vida de desórden y embriaguez, salian á pescar, vendiendo el producto de su pesca. Hacian casi siempre negocio con los empleados de puertas, que lo revendian con alguna ganancia. De este modo llegaron á ser conocidos los dos pescadores holandeses, de todos los que frecuentaban el puerto, y se adquirieron numerosos amigos por su generosidad, su buen humor, y el conocimiento con que bebian cerveza de la mas fuerte. Una mañana que se estaban paseando junto á la ciudadela de Plymouth, vieron un panadero que se dirigia hácia la prision de Juan Barth. Aquel panadero habia empinado mas de una vez el codo en las tabernas del puerto con los dos finjidos holandeses. Al distinguir á los dignos pescadores sintió seca la garganta, y les propuso hacer alto delante de los jarros de una bella tabernera con la que proyectaba casarse. La proposicion fue aceptada en el instante. Bebieron, volvieron á beber, y repitieron sus libaciones: el panadero perdió la cabeza y sus piernas se doblaban; quiso echarse el canasto del pan al hombro, pero no lo consiguió. Peters le ofreció llevárselo, el panadero aceptó, y ambos entraron en la ciudadela. El corazon del flamenco queria salir de su pecho; sin embargo, en su impasible rostro no se veia pintada la menor emocion, y le permitieron que ayudase al panadero en la distribucion de los panes, con mucha mas razon, porque el panadero acostumbraba llevar consigo á uno de sus hijos. Cuando llegó delante de la puerta que encerraba á su hermano, temió Peters que lo vendiera su agitacion. Introdujo rápidamente una limita en un pan, cerró los ojos, volvió la cabeza y entregó el pan á la persona que se presentó para recibirlo. Era el caballero de Forbin, Juan Barth dormia profundamente. Al contacto de la mano pura y suave del caballero, comprendió Peters que el que se hallaba delante de él, no era Juan Barth, entonces abrió los ojos, y vió á su hermano acostado en el fondo de la prision: entonces no fue dueño de contener sus lágrimas, y se le escaparon algunos sollozos. El caballero de Forbin lo miró con sorpresa, pero felizmente

el panadero no observó nada. Dos segundos bastaron á Peters para reponerse, y en seguida salió de aquella cárcel para referir á su cuñado cuanto habia visto y hecho. Ya sabemos el júbilo que produjo la lima misteriosa en los dos prisioneros, y la presteza con que usó de ella el caballero de Forbin, seguro de que no lo abandonarian los que principiaron á ausiliarlos de aquel modo. Comunicábanse por la mañana sus esperanzas en voz baja, cuando se abrió la puerta, entrando el segundo del caballero de Forbin, cuyas graves heridas lo habian obligado hasta entonces á estar separado de sus compañeros de cautiverio. Era éste jóven todavia, y en una espedicion anterior habia perdido uno de sus brazos, desarrollándose despues tan monstruosamente que su cuerpo tomó proporciones estraordinarias, de tal suerte, que la ventana de su cuarto no tenia la anchura suficiente para proporcionarle paso; lo que Juan Barth comprendió en el instante, espresándoselo por medio de una mirada rápida al caballero de Forbin.

—Mi querido Juan, le dijo éste en voz alta; yo respondo del amigo que nos trae la casualidad. Si el no puede tomar parte en nuestra empresa, no dejará por eso de alegrarse al saber la broma que intentamos, y nos ayudará con todas sus fuerzas para hacerla mas favorable.

—Disimuladme y tocad estos cinco, dijo el marino presentando su mano al recienvenido. Os juro por la salud de mi alma, que mi primer cuidado será, si llego á Francia, el ocuparme de los medios necesarios para sacaros de aquí. Entonces le refirió el encuentro de la lima, y la ansiedad con que esperaban que sus amigos desconocidos les diesen la señal de partir. Entretanto y para evitar sospechas, M. de Forbin se puso como de costumbre, á enseñar á Juan Barth á imitar su firma, porque despues de inútiles tentativas conoció ser el último resultado que debia terminar la educacion del marino, incapaz de aprender á leer ni escribir. Juan Barth borroneaba su cuarta hoja de papel sin saber lo que hacia, cuando oyó dos voces que se mezclaban al sonido de los remos, y que cantaban el estribillo de una balada que aun es en el dia popular en Flandes:

A media noche, señor:
No tengais ningun temor.

Entonces se arrojó al cuello del caballero diciéndole lo que acababa de oir, y ya no dudaron que aquella fuese la señal de sus desconocidos amigos. Hicieron sus preparativos para las doce de la noche, y el caballero escribió una carta al gobernador de la cárcel dándole las gracias irónicamente por sus bondades, y prometiéndole pagarle del mismo modo en la primera ocasion que se presentara. Cuando llegó la noche dividieron las sábanas, y ataron unas á otras; hecho lo cual se acostaron vestidos, y fingieron que dormian esperando con impaciencia una señal. De repente sonó una pedrada en los cristales de la ventana, entonces se deslizaron en silencio, quitaron el hierro limado, ataron las puntas de las sábanas, y secundados por el valiente y decidido compañero de infortunio, ignorando si hallarian una barca al pie de la torre, pues reinaba una profunda oscuridad, se dejaron caer á lo largo del muro. Juan fue el primero que llegó abajo: ¡Oh desesperacion! no vió ni oyó nada, y sus pies tocaron las olas.

—Subid, decia ya el caballero, subid otra vez porque nos hemos engañado, aquí no hay ninguna lancha!

Pero aun no habia acabado de hablar cuando oyó el rumor producido por una barca. Entonces se echó al agua, dirigiéndose hácia donde venia aquel ruido. No tuvo dificultad en subir á bordo; el caballero de Forbin hizo otro tanto, y se vieron impulsados á la sentina por dos desconocidos que tripulaban la lancha. Estos sin pronunciar palabra los cubrieron con redes, se retiraron al puerto y esperaron fingiendo que dormian, á que principiase á rayar el alba

Hagámonos cargo de lo que sufririan los dos fugitivos, ocultos bajo las redes, inmóviles, y sin determinarse á respirar temiendo por momentos se descubriese su fuga y que principiasen á buscarlos para volverlos á poner en cautiverio. Por último la aurora principió á aclarar dudosamente el horizonte, y los dos pescadores que no se habian dado á conocer á los que habian libertado, se incorporaron principiando á remar para salir del puerto. De paso saludaron á los guardas y centinelas, que les deseaban buena pesca. Ya fuera, pusieron una vela y principiaron á alejarse rápidamente. Esta maniobra despertó sospechas, las que no tardaron en justificarse, cuando vieron á Juan Barth salir bruscamente debajo de las redes y hacer muecas á los ingleses del puerto, los cuales le contestaron disparándole dos piezas de artilleria cargadas de metralla; y la imprudencia de Juan Barth, le hubiera costado quizá la vida si uno de los remeros no se hubiera levantado velozmente para servirle con su cuerpo de egida; costándole cara tan generosa abnegacion, pues una bala le atravesó un hombro y el remo se escapó de sus manos. El caballero de Forbin, que aun estaba acostado, se lanzó al mar, cogió el remo y volvió á la barquilla con una prontitud, una destreza y una audacia maravillosas. En cuanto á Juan, olvidando su falta y su peligro, se habia echado al cuello de su hermano politico á quien reconoció en el marinero herido

—Hermano mio! ¡hermano! esclamó, no me has olvidado! Has espuesto por mí tu libertad y tu vida! Has recibido una herida que me estaba destinada!

Entretanto el caballero de Forbin y su com-

pañero remaban vigorosamente, y consiguieron alejarse tanto del puerto que los disparos de su artillería no podian alcanzarlos. Entonces el segundo libertador de Juan Barth se volvió hácia el marinero, que sentado en el interior de la pequeña embarcacion se esforzaba en atajar la sangre que salia á borbotones de la herida del buen flamenco.



Mueca á los ingleses.

—Hermano, dijo al mirarlo Juan Barth con tanta sorpresa como emocion, yo habia previsto este lance y me trage á prevencion bálsamo y vendages. Toma el remo, que ahora voy á hacer de cirujano.

Un instante despues curado hábilmente el herido reposaba en el fondo de la barca, que no cesaba de correr tan rápida como una flecha. Las chalupas inglesas asomaban ya por la estremidad del horizonte y se hacia difícil escaparse de su persecucion. En aquel momento divisaron por el otro lado, un pequeño yate conducido por seis hombres al cual se dirigieron, sin que recelasen nada estos, y poniéndoles las pistolas en el pecho á tres de los marineros ingleses que tripulaban aquella embarcacion:

—Si intentais hacer un movimiento para defenderos os mataremos á los tres sin compasion: gritó Juan Barth; pero si haceis lo que vamos á deciros, juro por mi madre y por la parte que me esté reservada en el cielo, que antes de ocho dias estareis todos libres. Conociendo que la resistencia era inútil, respondieron los ingleses que se hallaban prontos á obedecer.

—Que entren cuatro de vosotros en nuestra barca y continuen huyendo delante de las lanchas inglesas que nos persiguen; si os alcanzan os será fácil el hacerles ver que se han engañado, tomándoos por otros. Nos quedamos en rehenes con vuestros dos compañeros. Tan cierto como que soy cristiano, que no se les hará daño alguno, y que tan pronto como lleguemos á las playas de Francia, se volverán á Inglaterra con un salvo conducto y una buena gratificacion. ¡Alerta! y Dios os guarde. No nos hagais traicion, porque la vida de vuestros dos compañeros nos responde.

Los cuatro ingleses subieron á la barca y principiaron á huir delante de los ingleses como se habia estipulado, mientras Juan Barth y sus compañeros dirigian la embarcacion con el auxilio de una brújula que sus libertadores traian consigo.

Gracias á su engaño y á la rapidez con que navegaban, pronto se encontraron fuera de peligro. Entonces Juan Barth que no dejaba de manifestar su inquietud por el herido, y de prodigarle mil y mil atenciones, preguntó á sus dos cuñados, cómo habian sabido que se hallaba prisionero.

—Vuestra madre lo supo en Dunkerque, y nos dió una idea para que viniésemos á ayudaros, porque nosotros estábamos tan desconsolados que solo podiamos lamentar tan desagradable suceso.

—¡Vuestra madre! repuso Juan; ¡pardiez! ¿desde cuando no me tuteais? Ya no me tratais como á un hermano, y por qué? Tal vez porque soy teniente de marina, imbéciles? Eh! que quiere decir esto? El primero de vosotros que no me tutée en adelante ó que use conmigo ese aire ceremonioso, le hablaré con el gorro en la mano!... Pero vamos á otra cosa! Una flotilla inglesa se dirige hácia aquí! Silencio, no varieis de direccion! ¡Son quince buques!

En efecto, un convoy protegido por dos buques de guerra venia derecho hácia el yate, y desde el primero gritaron con la bocina á los fugitivos, preguntándoles donde iban y quienes eran.

—*Fishermun!* les respondió tranquilamente Juan Barth; despues añadió en inglés: ¿Quereis que salte á vuestro buque?

—No es preciso, replicó el capitan: decidnos solamente si es cierto que el caballero de Forbin y Juan Barth son prisioneros. Nosotros venimos de las Indias, y nos han dado esa noticia en el camino; deseamos saber si es cierto.

—No hay nada de eso! contestó Juan Barth. En este momento los dos oficiales de marina de quien me hablais, navegan á bordo del mismo buque con una tripulacion poco numerosa, pero adicta y decidida. Buenas tardes, capitan!

—Buena pesca, camarada!

Y la barca siguió tranquilamente su camino por medio del convoy.

VI.

EN LA CORTE.

Desde que supo la ocurrencia de su hijo, perdió la tranquilidad la anciana madre de Juan Barth. Iba y venia sin cesar, errante como un alma en pena, de casa de sus hijas á la del cura. En la primera lloraba con aquellas, y en la segunda pedia misas y oraciones para obtener de Dios por la intercesion de la Santa Virgen la libertad de su hijo. El digno cura, casi tan triste como ella, se esforzaba sin embargo en inspirarle un valor y unas esperanzas de las que él no participaba, pues solo un milagro podia salvar á los prisioneros. No obstante, el respetable pastor celebraba todos los dias la misa por la intencion de Juan Barth, y la madre de este y sus hermanas no dejaban nunca de asistir á esta misa, derramando abundantes lágrimas, y rezando con un fervor y una fe sin ejemplo. Entretanto pasaba el tiempo y ni su hijo ni sus yernos parecian. Las mugeres de estos últimos se hallaban mas desconsoladas cada dia, y su madre se echaba en cara angustiosamente el haber mandado á aquellos padres de familia en busca de su hijo, por cuya causa tal vez quedarian viudas y huérfanos abandonados á la miseria. Terrible era el dolor que torturaba á aquella pobre madre! Momentos habia en los que se turbaba su razon.

Cuatro meses habian transcurrido de esta manera, y ya no quedaba ni un resto de esperanza á aquellas desgraciadas mugeres. Una mañana, fueron como tenian de costumbre á la misa del cura; aun no era de dia, y la claridad de dos cirios que ardian sobre el altar aumentaba la tristeza de aquellas infelices.

Cuando el sacerdote se volvió para decir el *Ite, missa est*, y se inclinaban la anciana, sus hijas y los niños para recibir la bendicion, hizo aquel un gesto de sorpresa y de júbilo: despues que acabó las fórmulas sacramentales del divino sacrificio, entonó con su voz balbuciente el cántico de alegría; el *Te Deum*. Cuatro voces de varones le respondieron. Las mugeres miraron sorprendidas hácia donde partian aquellas voces, y vieron á Juan Barth detras de ellas con sus dos cuñados y el caballero de Forbin. La madre corrió á su hijo, Margarita y Teresa se arrojaron á los brazos de sus esposos, los niños rodearon aquellos grupos tres veces dichosos, y todas las voces se unieron para cantar el cántico de reconocimiento y de felicidad.

Cuando pagaron á Dios el tributo de gracias que le debian, se dirigieron á su casa acompañados por el respetable cura.

No hay para qué decir, que el desayuno fue alegre, y que hicieron los honores al caballero de Forbin, en el cual reconoció Mad. Barth al viagero á quien dió hospitalidad cinco meses antes. Al terminarse el almuerzo contó él mismo; el combate en el cual cayó prisionero, y los detalles de su evasion. Al llegar al momento en que atravesaron por medio del convoy inglés, terminó diciendo:

—El peligro nos daba fuerzas; navegamos dos dias y medio con buen tiempo y cubiertos de una niebla que favorecia nuestra fuga. Durante este tiempo, remó Barth con infatigable ardor, y descansando apenas para tomar un bocado; por último llegamos á las costas de la Bretaña, habiendo adelantado en menos de cuarenta y ocho horas, 64 leguas.

Por la mañana temprano saltamos en tierra á seis leguas de Saint Malò, cerca de una aldea que se llama Harqui. Allí vino á reconocernos una brigada de seis hombres, que estaba destinada á recorrer la costa para detener á los religionarios que pasaban á Inglaterra. Uno de aquellos soldados que habia servido de sargento en la marina, y que me conocia, se acercó á mí, y despues de saludarme me dijo:

—¡Ah! señor, qué me alegro de volveros á ver! Os tenian por muerto.

Es cierto que así se creia, habiendo dado lugar á aquel rumor, la evasion de mi criado, que dió á entender en sus discursos que yo habia muerto de resultas de las heridas. Mi hermano mayor, capitan de navio, que fue enviado á la descubierta encontró el buque mercante en el que se salvaron mis marineros, y no dudó, por lo que le dijeron, que yo hubiese muerto. El mariscal d'Etrées que se hallaba en Brest de gobernador, quiso castigar á mi criado porque me abandonó, pero despues de su interrogatorio, quedó absuelto gracias á su astucia.

Al llegar á Saint Malò, encontré muchos comerciantes que informados de la situacion en que me encontraba me ofrecieron sus capitales; yo les dí las gracias por su generosidad, y tomando únicamente la cantidad necesaria para hacer el viaje, tomamos una silla de posta y hemos venido á abrazaros. Mañana por la mañana marcho á París. Vuestro hijo apesar de mis consejos no quiere acompañarme: no teme á una batería, y tiembla á la idea de ser presentado al Rey, temiendo que S. M. esté disgustado con nosotros por nuestro último combate, pero yo me encargo de arreglarlo todo.»

El caballero partió en efecto á la mañana siguiente para París. Dejémosle contar á él mismo el término de aquella aventura, reproduciendo testualmente las mismas palabras de las memorias que ha dejado.

«Cuando llegué á París, lo primero que hice fue ir al palacio del Cardenal de Janson, para saber por este conducto, del modo que en la corte se miraba nuestra aventura y la pérdida de dos buques del Rey. Este buen Cardenal que acababa de llegar de Versalles, arrojó un grito al verme, y corrió á abrazarme, manifestándome el gozo que sentia al verme resucitado y fuera de las prisiones de Inglaterra.

En esta acogida, conocí que la corte no estaba descontenta de nosotros. Sin embargo le pedí noticias.

—Querido primo, me respondió; podeis marchar sin temor alguno. M. de Seignelai, despues de haber recibido vuestra carta, ha ido esta mañana misma á leérsela al Rey: todos están contentos con vuestro comportamiento y el de M. Barth; el sacrificio que habeis hecho de vuestras personas y el peligro á que os espusisteis ambos por la conservacion de la flota ha agradado al Rey y á toda la corte. No os hago ninguna falta, id con toda confianza á presentaros al ministro de Marina, y estad en la seguridad de que sereis bien recibido.

Contento con esta nueva, fuí á casa de M. de Seignelai. El ayuda de cámara que se hallaba en la puerta del gabinete, entró precipitadamente para anunciarme al ministro.

—¿Habeis perdido el juicio? le dijo éste. El caballero de Forbin está en las prisiones de Inglaterra y no en mi antecámara.

El criado insistió, y asegurando á su amo que me conocia muy bien, contiuuó diciendo que era yo.

Queriendo el ministro convencerse por sí mismo de lo que se le decia, salió de su gabinete, y viéndome en efecto delante de él:

—¿De donde venís? me preguntó.

—De Inglaterra, le respondí.

—Pero por donde habeis pasado? insistió.

—Por la ventana, monseñor, le contesté.

A esta palabra se echó á reir.

«En seguida quiso saber las circunstancias de nuestra fuga, cuyos detalles le referí, y al manifestarme que le habia agradado sobremanera, le rogué que me proporcionase ocasion para tomar la revancha. Al oir esta palabra, me miró riyéndose, y levantándose sin responderme, me condujo al palacio del Rey, que quiso ser instruido de nuestra aventura.

«Apenas acabé de hablar, se dirigió el ministro á S. M. diciéndole:

—Señor, este caballero me ha pedido que le proporcione ocasion para tomar la revancha.

—Cómo la revancha? me preguntó el Rey.

—Señor, le respondí, porque los buques de V. M. están mejor construidos que los de los enemigos, y si yo hubiese tenido la ventaja de mandar uno de 50 cañones, hubiera apresado infaliblemente los dos navios ingleses que nos han hecho prisioneros.

Esta ocurrencia fue muy del gusto de M. de Signelai. Al siguiente dia salí á su encuentro cuando venia de ver al Rey. Al verme hizo parar á los que llevaban la silla de manos en que iba, y me dijo:

—Caballero, el Rey os ha hecho capitan de navio, y os da 400 escudos de gratificacion para indemnizaros de las pérdidas que habeis sufrido.

Al recibir tan buena noticia, le manifesté mi agradecimiento por la proteccion que me habia dispensado, y á la que yo atribuia aquella gracia. Despues le pregunté si no era estensiva á Juan Barth, quien tambien merecia que se tuvieran presentes sus servicios, pues en la última refriega se habia hecho tan acreedor como yo. M. de Signelai me escuchó con atencion y cerrando los cristales siguió sin contestarme.

No quise dilatar mas tiempo el dar las gracias á S. M., y para ser introducido, hice que me presentaran á M. de Luxembourg capitan de guardias. Cuando le indiqué el motivo que tenia para desear hablar con S. M. se ofreció voluntariamente á acompañarme. En el camino le dije que se habian olvidado de M. Barth, hombre de fortuna, pero de un valor á toda prueba, y que no debia quedar sin recompensa; le añadí que si queria honrarlo con su

proteccion, y apoyar cuanto yo dijese, me tomaria la libertad de hablarle al Rey por él. Admirado el mariscal de mi generosidad, me abrazó y miró con complacencia.

—Tú no tienes que decir mas que una palabra en favor de Barth; yo me encargo de lo demas; no te cortes.

En aquel momento salia el Rey á misa, y le dí las gracias, respondiéndome el Rey con estas palabras:

—Servidme siempre bien, que yo cuido de vos. Entonces tomando la palabra:

—Señor, dije; me tomo la libertad de decir á V. M. que parece haber olvidado al señor Barth, hombre de mérito, digno de ser recompensado, y que en esta última accion ha servido á V. M. con no menos valor y celo que yo.

—Señor, añadió M. de Luxembourg; lo que dice el caballero es cierto: Barth tiene la mejor reputacion.

El Rey se detuvo, y volviéndose hacia M. de Louvois que se hallaba á su lado:

—El caballero de Forbin, le dijo, acaba de hacer una accion generosa que casi no tiene ejemplo en mi corte.

Al siguiente dia fui á casa de M. de Signelai, quien corrió á abrazarme diciéndome:

—Caballero, ya estais satisfecho: el Rey me ha ordenado que trate á M. Barth del mismo modo que á vos. La accion que hicisteis ayer me ha gustado sobremanera; pues la creo mas bella y generosa que la que hicisteis esponiendo vuestra vida por la salvacion de la flota.

Entonces aprovechando la ocasion y buenas disposiciones que encontraba, le pedí que no olvidase á mi teniente, á quien dejé en la cárcel de Plymouth pues era valiente y servia bien á S. M.

—Sois muy generoso, me respondió el ministro; á nadie olvidais (*).»

Juan Barth supo tan buenas noticias en casa de su madre, y partió pocos dias despues para Dunkerque, donde siguió haciendo brillantes proezas contra los ingleses, á los que en mas de una ocasion hizo pagar muy cara su corta cautividad.

T. POR J. T.

(*) Memorias del caballero de Forbin, tomo 1.°

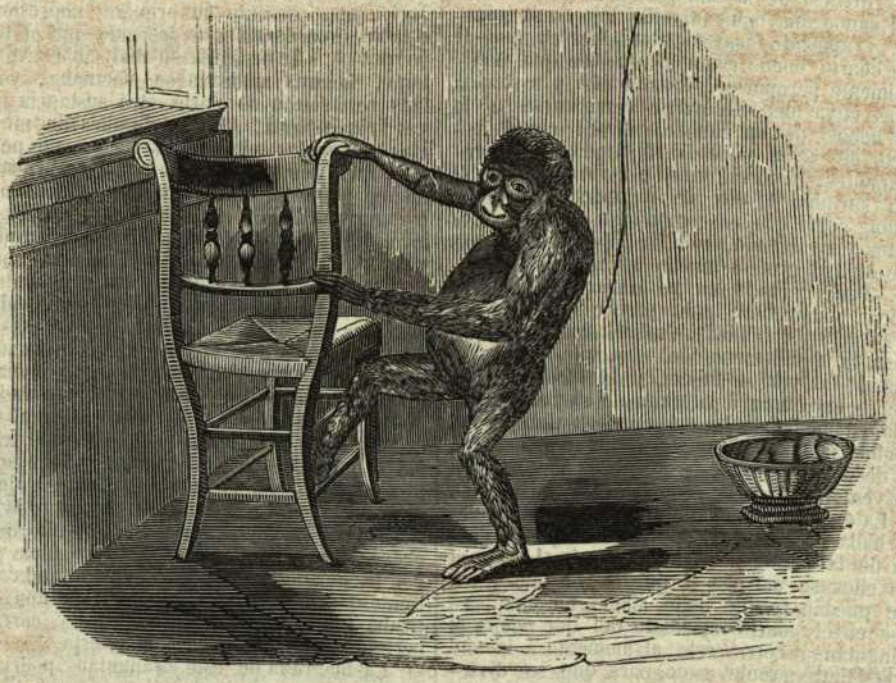
EL ORANGUTANG.

De todos los animales pasa por el mas semejante al hombre, así por la forma de la cabeza como por su noble continente y magnitud de su cerebro; sin embargo, las exageradas descripciones de ciertos autores dependen de no haber visto mas que individuos jóvenes, y todo da á sospechar que con la edad se hace su hocico mas prominente. Cuando jóven, en cuyo estado se ha visto en Europa, es animal muy manso, domesticable y afectuoso, el cual á causa de su conformacion particular llega á imitar muchas de las humanas acciones; pero su inteligencia no parece tan superior como se ha dicho, ni aun aventaja gran cosa á la del perro.»—*Cuvier*.

Las palabras *orangou-tang* significan hombre salvaje: los malayos y los habitantes de las islas de la Sonda dan este nombre á las especies de grandes cuadrumanos que se hallan en aquellos paises, principalmente en la isla de Borneo. Viven persuadidos que esos grandes monos son una raza de hombres degenerada; que en una época antigua de muchos millares de años, ciertos hombres holgazanes se refugiaron en los bosques para huir del trabajo; que á consecuencia fue su posteridad sufriendo alteraciones orgánicas hasta llegar á ser lo que vemos en el dia.

El orangutang jóven que por algun tiempo tuvo el privilegio de ocupar la atencion de los parisienses, ha adelantado muy poco las observaciones que sobre él creyeron hacer los metafísicos; ni el estudio de las facultades del entendimiento humano con respecto á los monos deberá una sola nocion de mas á la adquisicion que ha hecho el Museo de historia

natural. Con todo, por sensibles que á muchos les sean los desengaños de esta clase, y aunque este nuevo ejemplo nos obligue á ir en adelante con mas aplomo y reserva en los juicios relativos á la confraternidad del hombre con el orangutang, no deja el pobre *Jack* de ser un objeto muy interesante en su exámen; y nos creemos felices con haber sido testigos de ese organismo cuya misteriosa perfeccion no comprendia Rousseau, cuando es-



El Orangutang.

cribia sobre los orangutanes: «que tal vez despues de haber hecho mas exactas observaciones se hallaria no ser ni brutos ni dioses.»

El jóven Jack, de edad solo de nueve meses, fue traido de Sumatra. Su frente, elevada y algo convexa en la línea media, muy semejante á la de ciertos hombres, así como lo restante de la cara, carece enteramente de pelos largos, á escepcion de los carrillos; la nariz no forma prominencia alguna; los ojos manifiestan una notable expresion de mansuetud é inteligencia, hallándose los párpados guarnecidos de largas pestañas. El hocico tampoco es muy prominente, pero los lábios tienen mucha movilidad, pudiendo prolongarse mas de dos pulgadas. Los dientes son semejantes á los del hombre, pero los caninos son mas largos. Las orejas solo se diferencian de las humanas en que no terminan en lóbulo. La cara es de color apizarrado. Los pulgares son muy pequeños comparados con los restantes dedos de las cuatro manos. A este animal fáltale enteramente la cola: todo el cuerpo, excepto la cara y parte anterior del cuello, está cubierto de pelo largo y rojo; y el de la cabeza, dirigido hácia delante, tiene mucha semejanza con una peluca.

La estatura de nuestro orangutang es de dos pies y medio, pero su madre al parecer tenia doble altura. El muslo, la pierna y la mano de los miembros superiores, tienen cada cual seis pulgadas de largo; los miembros inferiores presentan mucho mayores proporciones.

Ya en 1808 trajeron á Francia un orangutang jóven destinado á la Emperatriz Josefina, del que se sacaron varias copias en pergamino, existentes en el Museo, pero ora el estado de ese animal, que murió dentro de

cinco meses, alterase su fisonomía, ora el dibujante no acertase con la exactitud del retrato, ello es que se notan grandes diferencias entre aquel animal y el individuo de la misma especie que actualmente poseen los franceses.

No puede uno resistirse á un sentimiento muy diverso de la admiracion al ver al animal dando una mano al niño hijo de su guarda, y apoyado con las otras tres manos, ir del cuarto donde come á aquel en que habitualmente permanece. Esa curtida y arrugada cara, cuya piel solo puede compararse á la del hocico de un caballo, ofrece cierto aspecto de vejez y de triste bondad algo repugnantes; y forma muy estraño contraste el ver á un niño de dos años jugando con el orangutang como con un compañero, revolcándose juntos y recibiendo sus besos, pues parece que este animal profesa mucho afecto á la infancia. Pone cuidado en no dañar al niño ni chocar rudamente, pues parece que se hace cargo de su debilidad. Causa admiracion que tenga la mitad menos de edad que el niño el animal, al ver su fuerza y la facilidad con que se encarama á la cima del árbol levantado en medio de la estancia, quedando suspendido de una mano; ó como se agarra con un dedo al enrejado de alambre que hay en las ventanas.

La dulzura que manifiesta á los niños puede hallar lugar entre las pruebas que se citan de la inteligencia de este animal. Nunca con ellos se entrega á juegos brutales, en que puedan recibir daño. Como un niño cayese en el cuarto inmediato del que ocupa el orangutang, corrió éste al momento á levantarlo. Entregáronle como para que se divirtiese un palo, pero él lo rehusó obstinado, y como guiado de cierto conocimiento de la propiedad, lo tomó y lo devolvió al punto al verdadero dueño. Finalmente vamos á referir otro hecho, que no citáramos si no probase cierto espíritu de observacion bastante gracioso. Quiso detener á un perro que huia, y solo pudo cogerlo por la cola; llevó la mano á las narices, y sintió muy mal olor; volvió á coger el animal y no lo soltó hasta que repitiendo varias veces la misma operacion con la otra mano, quedó convencido de que aquello era la causa de la desagradable sensacion que experimentaba.

En los primeros dias de su llegada al Museo, el mozo encargado de su guarda le dió á comer ensalada: Jack tomó una hoja, pero la tiró al punto con cierto murmullo que anunciaba queja y desagrado. Quiso saberse la causa de semejante repugnancia, y vieron que habia en la ensalada demasiado vinagre. Aunque habia pasado ya la hora de la comida, Jack tenia presente su primera impresion y estaba aguardando con descuido que el tiempo quitase á la ensalada su mal sabor. No obstante, ninguna mudanza se efectuaba, y además resolvieron no darle otra sustancia para ver lo que haria. Al fin, despues de muchas idas y venidas vió en un rincon un pedazo de papel que sirvió para envolver bizcochos: en un momento tomó el papel, extendiólo como una servilleta, lo dobló varias veces, colocó entre sus dobleces una hoja de ensalada, y la apretó y restregó como en una esponja. Con tan feliz descubrimiento fue enjugando todas las hojas del mismo modo, pudiendo así comerlas sin disgusto.

Cerraremos este artículo con la relacion de un acto no menos admirable. La estancia en que permanecia Jack solo estaba separada de la de su guarda por una puerta-vidriera. Cansado éste de las contínuas visitas que le hacia el animal, quitó el cerrojo y lo puso dos pies mas alto en la puerta. Durante algunos dias trató en vano Jack de alcanzar la manecilla del cerrojo, hasta que se valió de una cuerda que pendia del techo, haciéndola pasar por encima de la manecilla, y en seguida agarrándose con fuerza á los pies de una mesa tiraba fuertemente de la cuerda y corria el cerrojo quedando abierta la puerta.

La biografía de este orangutang podria aumentarse con mil hechos diversos que los lectores podrán ver especificados en los públicos folletos, felices con hallar en animales asuntos de interés cuando no pueden encontrarlos en el hombre ni en los asuntos generales. Terminamos pues la historia de Jack, convencidos de que el estudio de sus facultades intelectuales no debe fundarse en las imitaciones mas ó menos particulares que en él se observan, sino mas bien en el atento y difícil exámen de los fenómenos de reflexion y decision espontánea que en él creen existir.

A. P. U.

Diferencia entre la literatura antigua y moderna (*).

SEÑORES:



Absorto en la grandeza del inmenso cuadro que me cumple trazar, angustiosamente apesarado al sentir mi flaca impotencia para descorrer con atrevida mano la cortina de los siglos, y evocar las obras del génio antiguo, comparándolas con las hijas de mas cercana edad, solo da vuelos al abatido espíritu la belleza é importancia que campean en tan gran asunto, digno en verdad de ocupar pluma mas feliz y afortunada que la mia.

La ciudad de Rómulo con sus feroces crímenes y eterna gloria, arrojando al lodo el laurel de sus cónsules y dictadores, y dando á impúdicas Mesalinas el honesto manto de venerables matronas; Roma, tal cual nos la presenta la historia, ya frugal y conquistadora, ya envilecida en brazos de aquellas repugnantes orgías que despedazaron el manto de los Césares, no es ciertamente el gigante literario de la antiguedad. La Grecia, con sus risueñas y embriagadoras fábulas, su severo y ejemplar patriotismo, su musa festiva y elocuente, esa que segun el restaurador de la literatura de nuestros padres, ni aun en la muerte y la desgracia ha hallado la tristeza; la Grecia que oye con anheloso afan la brillante poesia del primero de sus historiadores, y orla las sienes de Herodoto; que erige altares al génio del inmortal Homero, constituye en verdad el sagrado panteon donde el admirador de las antiguas glorias literarias debe penetrar, para demandar á tan ilustres sombras un oráculo que revele los arcanos del génio mas sublime y creador.

La moderna sociedad donde se enseñorean los bárbaros, que salidos de las umbrosas selvas de la Germania, apenas sientan la bravía planta en el muelle y afeminado Occidente, cuando doblan su feroz cerviz al blando imperio del cristianismo; donde en breve campean hábitos desconocidos de la antigua gente, que abriendo al mundo el sendero de un progreso tan lento como lo exige la ley de la humanidad, son la raiz de una nueva era, y el plantel de una literatura todavia mas nueva; he aquí los grandes y multiplicados objetos que demandan profundo estudio, que recaban esmerada meditacion, si hemos de comprender la diferencia entre las creaciones del arte antiguo y las obras del moderno saber.

¿Qué límite separa ambas literaturas? Todos lo sabeis; pertenece á la antigua, la que brilló hasta que el dedo misterioso de la Omnipotencia trazó á las tribus septentrionales los caminos que llevaban á cima sus tremendos decretos; y llamamos moderna, á la que pasados los primeros tiempos de aquel horroroso cataclismo, y un tanto despejado el horizonte social de tan espantable caos, se desarrolló, y alcanzó vida y lozanía amamantada con los principios de la nueva sociedad.

La literatura es la espresion del pueblo en que nace. Vedla comenzando á vivir en las canciones guerreras que se perpetuan de generacion en generacion, y que son la epopeya de los pueblos nómades; seguidla cuando la civilizacion avanza lozana, y el pergamino ó el papel guardan la memoria de los hechos mas notables; estudiadla cuando desarrolladas las condiciones literarias, adquieren vida y alcanzan brillantez todos los géneros; cuando

(*) Este discurso fue leido por su autor el jóven abogado D. José Piñon y Silva, en el acto público que celebró la seccion de literatura de la Academia artístico-literaria de Málaga, el Domingo 14 del próximo pasado mes de Marzo.

la belleza y elegancia de los tipos os revelan la perfectibilidad social: de todos modos, adolescente ó adulta, flor apenas nacida sin tallos ni aromas, ó lozano arbusto de estensas raices y suavísimo olor, la literatura siempre refleja con esacta fidelidad el carácter del pueblo que la da nombre.

Trasladémonos á la sociedad antigua.

Entrad en el corazon de esa civilizacion, si así puede llamarse, y hallareis que como siempre sucede, creció y se desarrolló á la sombra de los principios religiosos. El politeismo, que demuestra la impotencia de la débil razon, que nació por la torpeza de llamar causa á los efectos visibles, dió vida á los tres borrones de aquel mundo; la esclavitud pública del hombre, la esclavitud familiar de la muger, y el horroroso fatalismo, que inmolaba el libre albedrío en las aras de un hado fatídico. Insuficiente para esplicar al ser moral, ni demostró los destinos de la humanidad mas allá de la tumba, ni supo dirigir sus acciones nutriendo el corazon y dando pasto al espíritu. El hombre habia creado á sus dioses, y natural era que la hechura no sobrepujara al autor; ardieron, pues, inciensos, y se erigieron altares para divinizar las pasiones, ó mejor dicho, los vicios mas torpes y repugnantes. En la esfera política, el individuo desaparecia ante la comunidad, porque desconocidos los principios de la preciosa libertad civil, la antigüedad solo da egemplos de ominosa tirania en el poder público, cualquiera que fuesen sus formas; ora miremos que impera en el capitolio el lábaro de los Césares, ora atendamos á la muchedumbre que se arrastra entusiasmada en pos de los oradores republicanos del Piréo. Sin moral, sin verdaderas virtudes, faltos de esa grande y fecunda enseñanza que reune á todos los hombres como individuos de una gran familia, el orgulloso y feroz ciudadano de Roma ó de Atenas no veia fuera de su república mas que una raza despreciable de míseros esclavos ó torpes idiotas.

Tal es el carácter general de la antigüedad, tal fue tambien el de la Grecia, que bebió en él las condiciones esenciales de su literatura. La sociedad helénica estaba mas inmediata á la primitiva naturaleza que las edades posteriores; y ved ahí la causa de esa sublime sencillez que nos entusiasma y arrebata, al escuchar los celestiales sonidos de la lira del gran Homero, y las brillantes narraciones de aquel Herodoto que supo adular la gloria ateniense, elevando hasta la dignidad de la epopeya los hechos fabulosos y verdaderos de la Grecia. Desconocedores los antiguos de los arcanos de la naturaleza, y de los eternos destinos de la humanidad, campea sobre todo en su literatura un barniz de perfeccion esterior, una tendencia marcadísima de armonizar al hombre con la creacion entera, de presentar la completa hermosura del mundo, alabando su esplendorosa brillantez; en una palabra, las letras de Grecia ponen de bulto la perfeccion humana, como fascinando cuanto la rodea con el ascendiente de un poder mágico, como esparciendo por do quiera los copiosos raudales de una felicidad, cuyos ecos no llegan mas allá de la vida. Así imbuidos con la idea de esta perfectibilidad, nos legaron esas brillantes descripciones, esos toques maestros, delicadas vibraciones de la lira helénica, que hiriendo vivamente la fantasía y cautivando el comun asentimiento, han recibido por justo galardon la entusiasmada admiracion de todas las edades, que ganosas de saber y ávidas de gloria, pregonaron la inmortalidad del génio griego.

Por lo demas, no busqueis ni aun en los melodiosos acentos del ciego de Esmirna el contraste ó siquiera la ecshibicion de esas pasiones de suyo graves y profundas, que originando terrible lucha entre la materia y el espíritu, forman las mas bellas páginas de la epopeya. Pasiones, sí, nos presenta la Iliada, pero hijas del instinto, dirigidas á satisfacer el apetito, cuando no aspiran al crímen, distan gran trecho de la sublimidad de esos nobles afectos, que elevándose sobre las miras terrenas, proclaman la dignidad del ser humano. ¿Quereis saber la razon de este defecto? Es que el mundo antiguo gemía oprimido bajo el férreo yugo de la mas dura y tiránica de todas las esclavitudes, el fatalismo; es que el padre de los dioses accediendo á las súplicas de Tétis favorece á los troyanos, y no deja vencer á los griegos sitiadores hasta que Agamenon se reconcilió con Aquiles. Tal es en mi sentir, la fisonomía especial de la literatura antigua que apellidamos clásica.

Pasemos á las creaciones del arte moderno.

Abrumaba todavia á la débil humanidad el informe aluvion llamado civilizacion romana, cuando en la cumbre del Gólgota lució la estrella que señalaba la era de la salvacion del humano linage; y á vueltas de horrorosas persecuciones, la religion del Crucificado, ora brillando en las doradas cimas del Capitolio protegida por el vencedor de Magencio, ora retrocediendo á las catacumbas abatida por el apóstata Juliano, contaba números prosélitos antes que la invasion de los bárbaros sumiera la Europa en tenebrosa oscuridad. En lo moral, el cristianismo habia ya vencido al orbe antiguo con los tres fecundísimos principios que esparcieron por todas partes la luz de la gracia; y levantaron sobre el mundo de la materia y de la esclavitud, el mundo del espíritu y de la libertad; tales fueron, la verdadera idea de la Divinidad, con su esencia infinita y sus sublimes atributos, el conocimiento del hombre físico y moral, y el inmenso poder que sobre él egerce, subyugando todas sus facultades, y dirigiendo á santos fines

las pasiones de su misterioso ser. El cristianismo fue, pues, el primer elemento de la nueva literatura.

Las tribus germánicas, dejando las orillas del Danubio y abandonando los bosques de sus padres, asaltaron con indómita fiereza el decrépito imperio de Occidente. Herida de muerte la indigna descendencia de Caton y César, se derrumbó el colosal edificio, arrastrando tras él los restos de aquella bastarda civilizacion, mezcla informe de cien razas degeneradas, que al caer bajo las águilas del Imperio habian legado á los vencedores las torpes manchas de sus feos vicios. En el terrible ímpetu de los primeros choques, vaciló y casi se estinguió la antigua luz, dejando el mundo sumido en un caos horroroso. Empezaba la nueva civilizacion europea.

Descollaba entre los hábitos naturales de los hijos de las selvas, ese orgulloso sentimiento de valor y poderío personal que reside en todo hombre, y que tomó gran incremento, cuando se vieron dominando en tan hermosa tierra, gozando sus comodidades y albergándose bajo su claro cielo. La religion cristiana, salvada del naufragio general, hirió la agreste imaginacion de los invasores, y templó el fuego salvage de aquel orgulloso instinto, domeñándole y reduciéndole á límites de razon con sus dogmas sobre la dignidad del hombre é importancia de los eternos destinos del espíritu; y aquí tenemos la raiz del famoso individualismo, otro de los elementos esenciales de la nueva sociedad, y de la naciente literatura á que dió vida.

Los germanos amaban y respetaban á sus valientes mugeres, casi hasta divinizarlas; la religion aceptó y modificó tambien este principio, prestando así su corona de idealismo y poesía á esas costumbres heróicas, capaces de dar cumplido asunto á la epopeya; la caridad que es la virtud de los ángeles, y el amor del prógimo que es el lazo de toda la humanidad, se amalgamaron con aquellos sentimientos, y ahí teneis los principios que dieron vida á otro rasgo característico de la nueva sociedad, la caballería; bellísima y poética institucion, aurora de mas apacibles dias, nuncio sagrado del derecho y de la legalidad, que convirtió á los sanguinarios guerreros de la selva, en bravos y esforzados campeones del amor y del honor.

Gran filosofía desplegó el cristianismo al dirigir y subyugar los afectos mas íntimos del corazon humano, no para estirparlos de su misterioso albergue, sino para enderezar á santos fines el terrible fuego que hasta entonces marchitara la ecsistencia del hombre, y que en adelante seria el poderoso móvil de la abnegacion mas noble y heróica. Las pasiones, pues, de criminales que habian sido, se elevaron á virtuosas, se idealizaron estrechándose en íntima trabazon con el espíritu, y coadyuvaron á la regeneracion moral que encerraban las venerandas páginas del Evangelio. Dos de esos principios descollaron en la nueva sociedad, para ser el objeto predilecto de los modernos vates; el amor y el honor. Nacido el primero en el corazon, y el segundo en las regiones del espíritu; casi tocando aquel el cielo, y alimentado este del decoro terreno, ambos causaban los propios efectos en cuanto á la sumision y rendida obediencia que recababan del ser humano, en cuanto á la abnegacion completa de los goces materiales, y sumision á los actos que pasaban plaza de nobles ó heróicos.

Estaba, pues, en sus primeros albores la nueva sociedad, en que ya descollaba esa mezcla poética de heroísmo y religion, de amor y de barbarie, desconocida del antiguo mundo. Ella fue el gérmen del nuevo sistema literario; y la poesía, noble hija del corazon, matrona augusta de los conocimientos humanos, fue la primera que esparció su apacible lumbre sobre la oscurecida Europa. Los trovadores provenzales pulsaron entonces sus rústicas liras, ora ensalzando las hazañas de los héroes de la cruz, ora entonando al pie de un almenado y gótico castillo la sentida letra de algun amoroso romance, ora trovando los tornéos y las justas, ora, en fin, cantando la caballería, el honor y el amor. Dieron, pues, vida al embrion que flotaba sobre la sociedad, y crearon la literatura romántica, así llamada á causa del lenguage en que narraban, que era el que habia sustituido al culto y elegante idioma del Lacio.

Aun cuando los monasterios habian conservado como un sagrado depósito las obras sacramentales de la escuela clásica, el nuevo género nada las debia. No era así con la cultura oriental, que las cruzadas y la invasion sarracena habian difundido en Europa; pero cuando desarrollado el nuevo sistema alcanzaron inmortal renombre Dante, el Petrarca y Bocaccio; cuando el alma ardiente del desgraciado Torcuato Tasso marcó en su Jerusalen libertada el raudo vuelo del moderno saber; cuando en el Paraiso perdido nos mostró Milton la sublime elevacion del genio cristiano, en cuyas alas se remonta el alma hasta abismarse en los profundos arcanos de la insondable eternidad, entonces se columbró en el pincel de estos grandes maestros la armónica galanura y la fresca redondez de los griegos, sabiamente combinada con la inefable grandeza de nuestros misterios, con la grave y digna magestad que brotan los asuntos modernos. Entonces es tambien cuando elevándose las letras á deslumbradora altura, adquirieron las creaciones del nuevo arte los laureles que se destacan sobre las sombras de las generaciones que pasaron!

¿Alcanzamos ya las diferencias esenciales de ambas literaturas? Aunque no solo apellido clásica á la antigua sino á la que tiende á imitarla; y aunque segun el genio y las circunstancias especiales de cada pueblo, así se nota

la fusion de los dos géneros, acabo de someter á vuestra ilustracion, señores, el gérmen de esa discordancia. Los venerados clásicos modelan sus inspiraciones al gusto del politeismo, con su degradacion para la muger y su esclavitud para el hombre; con sus pasiones estraviadas ó altamente criminales, su férreo fatalismo, y la deplorable absorcion del individuo ante la comunidad. Cercanos á la naturaleza, viviendo en una sociedad formada de pocos elementos y no trabajada por hondas vicisitudes, son admirablemente naturales, sencillos y esactos. Materialistas y cifrando en la vida los destinos de la humanidad, brilla en sus cuadros la animacion, la alegria y la perfeccion del ser que aspira la felicidad en medio de ese apacible y grato vergel llamado mundo, donde la muger es la primera flor tronchada por el capricho liviano del hombre, que desconoce la compasion que merece el desgraciado, y el amparo que ha menester el desvalido!!

Hija la cultura moderna de principios tan hetereogéneos, fáltala desde luego la graciosa sencillez de los antiguos, y mas distante de la primitiva naturaleza, ecshibe con menos fidelidad sus magnificos cuadros. Pero educada en los severos y eternos principios del cristianismo, y participando de las costumbres heroicas, aunque groseras, de los germanos, respira la grandeza de la Omnipotencia, la dignidad del Rey de la creacion, y los fines eternos del inmortal Espíritu. Reflejan en sus obras todas las necesidades que ocultan los recónditos pliegues del corazon humano; y reconociendo dentro de sí ese destello divino que pugna por desasirse de la inerte materia, avanza á penetrar en las regiones de la eterna luz. La vida, nos dice el arte moderno, es el nacimiento de una flor, cuyo aroma ha de ecsalarse mas allá de la tumba; la vida es la aurora de la inmortalidad; cuidad que no sea el crepúsculo de la muerte. Y hé aqui por qué está impregnada nuestra literatura de ese tinte de aerea é indefinible vaguedad, que refleja las inmortales aspiraciones del hombre degenerado, buscando en el cielo la realizacion de sus esperanzas; he aquí porqué campea en ella esa sublime y cristiana tristeza, parecida á la incierta luz del astro de la noche, cuando baña la loza de un modesto sepulcro, ó riela sobre los anchos mares. A las viciadas pasiones, á las virtudes, cuando mas puramente humanas de la antigüedad, han sustituido las pasiones nobles y las divinas virtudes, que forman el misterioso lazo de union entre el hombre y su Hacedor. Asi nos hace derramar abundosas lágrimas al describir los triunfos de la inefable caridad; asi al cantar el amor, nos ha legado en la pluma del Dante el tierno y admirable episodio de Francisca de Rimini.

En una palabra: la fórmula antigua busca la perfeccion en la vida y en la armonía de todas las facultades de la naturaleza humana; mientras que los modernos, con la conciencia íntima de su imperfeccion, tienden á conciliar el desacuerdo del hombre interior, enderezando los sentidos á los grandes fines del inmortal espíritu.

He dicho.

José Piñon y Silva.



LITERATURA ALEMANA.

Siendo tan poco conocida entre nosotros la literatura alemana, y deseando que se despierte la aficion á un estudio tan vasto y tan brillante como el que hoy nos ofrece en todos sus ramos, vamos á presentar á nuestros lectores algunos trozos escogidos, con la seguridad de que han de agradecernos el trabajo. Esas flores del Norte, tan lentas en abrirse, como dice un célebre escritor, no son por eso menos bellas y vigorosas. Goëte, creador del drama aleman, da un nuevo impulso á la oda, á la novela, á la política y al estudio de las antigüedades, y cada obra que produce es un acontecimiento en su siglo; Schiller con su guerra de los treinta años, obra maestra de la historia; Müller, los dos Schlegel, Lessing con sus fábulas, y tantos otros, forman el siglo de oro de las letras en la culta Germania, como el siglo anterior lo fue de la Inglaterra; el XVII de la Francia, el XVI de nuestra España, el XV de la Italia, y el XIV de la Provenza; primer eslabon de esa cadena literaria, cuyos brillantes trozos habian sido rotos y deshechos por la espada de los bárbaros, sin que de nuevo consiguiesen enlazarlos todos los esfuerzos del alma creadora de Carlo-Magno.

FABULAS TRADUCIDAS DEL ALEMAN.

EL LOBO Y EL ASNO.

(DE LESSING).

Un asno se encontró á un lobo hambriento. —Ten lástima de mí, le dijo temblando; yo soy un pobre y sufrido animal; mira qué espina me he clavado en el pie.—En verdad que me das lástima, le repitió el lobo, y por mi conciencia, que me creo obligado á librarte de tales sufrimientos.

Apenas habia dicho estas palabras, cuando ya el asno estaba destrozado.

LA GALLINA CIEGA.

(DE LESSING).

Una gallina ciega que habia vivido de sus escarbaduras, continuaba aun despues de ciega en escarbar aplicadamente.—Pero, quién ayudaba á la trabajadora loquilla?—Otra gallina con vista, que cuidando sus delicados pies, no se separaba de su lado, y disfrutaba de las escarbaduras, comiendo los granos que la ciega atesoraba.

Así los alemanes estudiosos, hacen el trabajo de que se aprovechan despues los ingeniosos franceses.

EL ERIZO Y EL TOPO.

(DE MEISZNER).

Cuando presintió el erizo que se aprocsimaba el invierno, le suplicó al topo que le cediese un lugar en su madriguera para resguardarse contra el frio.—Consintió el topo; mas apenas el erizo ganó la entrada, se colocó á sus anchas pinchando á su huésped por aquí y por allá con sus afiladas puas.

Conociendo entonces el pobre topo su ligereza, juraba en alta voz y resuelto que aquello le era insoportable, y pidió al erizo que se marchase, puesto que no cabian los dos en su pequeña vivienda.—El erizo entonces se riyó y le dijo: «Quien no esté contento que se vaya, mi persona se halla á gusto y se queda.»

Piénsalo bien antes de tomar una íntima compañia; que despues de hecho, si ella es

insociable, tendrás que cederle tu puesto á costa de tu interés.

ANÉCDOTAS.

I.

Un tuerto se encontró á un cojo.—Cómo vais? le preguntó el primero.—Como V. vé, contestó el cojo.

II.

Un quidam, solicitó de un ministro un empleo que estaba vacante.—El ministro le replicó: Bien, yo pensaré en ello; á lo que contestó el suplicante: Y yo deseo no tener que pensarlo mas.

III.

Cuando Franklin solicitó de Federico II que le concediese un subsidio para América, le preguntó el Monarca:—Y en qué pensais, señor doctor, emplear ese dinero?—En la conquista de la libertad, replicó Franklin, el derecho natural del hombre.—Despues de alguna reflecsion contestó Federico: Soy Rey y no quiero echar á perder el oficio.

IV.

Un irlandés de elevada estatura, á quien enseñaban los salones del castillo de Kesington, apostó que él conocia á un sugeto que no podria estar en ellos derecho. Pareciendo rara la apuesta, y aceptada por los presentes, salió el irlandés, y volviendo á poco con un jorobado, cobró sin contradiccion la cantidad depositada.

V.

Dos amigos que hacia mucho tiempo no se veian se encontraron casualmente en un puerto.—Qué tal os va? preguntó el uno.—Así así, contestó el otro; me he casado desde nuestra última entrevista.—Eso es muy bueno.—No del todo, pues yo recibí un basilisco por muger.—Ah! eso es bien malo.—No del todo, pues me trajo en dote 2000 libras esterlinas.—Eso á lo menos es un consuelo.—Pero no del todo, pues compré con ella un rebaño de ovejas que todas se murieron.—Eso ya es muy triste.—Pero no tanto como parece, pues con la venta de las pieles gané mas de lo que las reses me habian costado.—Entonces no habeis tenido daño alguno.—Sin embargo, he perdido despues mi casa y todos los bienes de fortuna en un incendio.—Eso es ya muy terrible.—Pero no tanto como parece, amigo mio, pues aquel basilisco de muger se ha quemado tambien.

VI.

Cuando todavia reinaba el último monarca de Polonia, Estanislao Augusto, se suscitó contra él una rebelion, que eran entonces frecuentes. Uno de sus gefes, príncipe polaco, llegó hasta ofrecer 20000 florines por la cabeza del monarca, atreviéndose á escribirle para causarle pena ó insulto.—Pero el Rey le mandó tranquilo la siguiente réplica.—«He recibido vuestra carta que me ha causado mucho placer, pues veo por ella que aun apreciais en algo mi cabeza, mientras que yo por la vuestra puedo aseguraros que no diera ni el ochavo mas roñoso.»—

VII.

UNA RECETA RARA.
(DE HEBEL.)

No es un chiste el llevar una receta á la botica, pero lo fue sin embargo en cierta ocasion que vamos á contar.—Un aldeano conduciendo una carreta tirada por bueyes se detuvo á la puerta de una botica, descargó cuidadosamente un pesado porton, y lo llevó adentro.—El boticario frunciendo el gesto le dijo.—Qué quereis aqui con ese porton? El cerrajero vive dos casas mas á la izquierda.—Pero el hombre le replicó: «Mi muger está enferma, y el médico tenia que recetarla una bebida; en mi casa no habia plumas, tinta ni papel; el médico escribió en esta puerta su receta con un poco de yeso, y yo espero que el señor boticario me haga la merced de disponer la medicina.

VIII.

TRES DESEOS.

Tres alegres camaradas, comieron juntos en la fonda del Cordero, y despues de bien satisfechos, cuando ya el vino hizo su efecto, comenzaron á hablar de mil cosas y á formar castillos en el aire, conviniéndose en que cada uno mostrase un deseo, y el que pareciese mejor de los tres, dejaria de pagar su escote.

El primero dijo: Yo quisiera que los fosos de las fortalezas de Kehl y de Strasburgo estuviesen llenos de agujas muy finas, tener para cada aguja un sastre; que cada uno me cosiese sacos por todo un año, y cuando los hubiese llenado de dinero en doblones, entonces estaria satisfecho.

El segundo dijo: Yo quisiera que toda la fortaleza de Strasburgo hasta el coronamiento de las torres, estuviese llena de letras de cambio del papel mas fino, que cada una representase todo el metálico que cupiese en tus sacos, y que todo esto fuese mio.

El tercero añadió enseguida: Yo quisiera que los dos tuvieseis cuanto deseais, que despues os llevase el diablo en una noche y yo fuese vuestro heredero.

El que así habló, quedo libre de pagar su escote.

IX.

Un viagero referia en cierta tertulia con mucha gravedad que despues de recorrer las cinco partes del mundo habia visto entre otras una rareza, no referida hasta entonces por ningun escritor.—Era una *col* tan crecida, que sin ponderacion, podian bajo una de sus hojas colocarse en batalla cincuenta caballeros y hacer toda clase de maniobras.—Uno de los que le escuchaban, conociendo que esto no merecia refutarse, le contestó con mucha tranquilidad y calma, que él tambien habia viajado por el Japon, donde vió trabajar con no poco asombro á mas de trescientos caldereros en una grandísima olla, en la que se ocupaban ademas quinientos hombres para darla el bruñido. —Y á qué se destinaba una olla tan colosal? le preguntó el viagero.—A cocer la col de que antes nos ha hablado usted, le contestó el preguntado.

A. A. de L.

UNA MUGER DE CIENTO TREINTA Y DOS AÑOS.



Maese Juan Tirouflet era en 1740 el enfermero mas ilustre del hospicio de París. Despues de haber servido bien y cumplidamente por espacio de cincuenta años, y habiendo alcanzado los setenta de su vida, gozaba de las dulzuras del descanso, siendo vestido y alimentado sin tener otro trabajo que el de cuidar á una muger anciana, que segun la tradicion de la casa tenia ciento treinta y dos años.

Esta muger ponia el mayor cuidado en ocultar su verdadero nombre; conservaba toda su razon, y era tratada con miramientos especiales, debidos sin duda á otra causa que á su edad fenomenal. Tenia una celda separada, y un enfermero para su cuidado. Una tierna amistad unia á los dos viejos y maese Tirouflet no tenia mayor placer que leer á la centenaria, conocida por el falso nombre de Ana Oudette *Lebrun*, los libros que podia proporcionarse. Un dia le llevó *las historias trágicas de nuestros tiempos*, y se puso á leer el capítulo titulado: *Particularidades notadas en la muerte de MM. Cinq-Mars y de Thou, ocurrida el Viernes 12 de Setiembre de 1641*. He aquí el estilo de este documento precioso de la historia del siglo XVII.

La semana pasada fuimos espectadores del último acto de una estraña tragedia. Vimos morir públicamente á dos personas que debieran haber vivido mas tiempo, si su crímen no los hubiese precipitado en una desgracia que no han podido evitar. Hemos visto al favorito del mas grande y del mas justo de los Reyes perder su cabeza en un cadalso á la edad de veinte y dos años, pero con una constancia que con dificultad tendrá igual en nuestras historias. Hemos visto á un consejero de Estado morir como un santo, despues de cometer un crímen que los hombres no pueden perdonar con justicia. No habrá una persona que sabiendo sus conspiraciones contra el Estado no los haya juzgado dignos de muerte; así como serán pocos los que conociendo su condicion y bellas cualidades naturales no se duelan de su fin. He aquí una fiel relacion de sus últimas palabras y acciones.

El Viernes 12 de Setiembre de 1641, hallándose reunido el tribunal estraordinario, se hizo traer ante él desde el castillo de Pierrealize á M. de Cinq-Mars. Permaneció delante de sus jueces como una hora y cuarto; al salir manifestó grande agitacion, mirando á todos lados, y saludando á cuantos hallaba á su paso.

A eso de las nueve se mandó al mismo castillo por Mr. de Thou. Mientras tanto Mr. Cinq-Mars habia sido llamado de nuevo ante sus jueces, y al ir dijo: *¡Dios mio! no se acabará esto?* Cuando salió manifestaba mayor firmeza de espíritu. Algun tiempo despues habiendo llegado Mr. de Thou pidió un dedo de

vino, y en seguida fue llevado á presencia del consejo. Al ser interrogado sobre si habia tenido conocimiento de la conspiracion de Mr. Desfiat, respondió en estos términos:

«Señores, yo pudiera negar absolutamente que tenia noticia de la conspiracion, y no está en vuestro poder convencerme de lo contrario, pues solo Mr. de Cinq-Mars podia atestiguarlo. Ahora bien, estando Mr. de Cinq-Mars tambien acusado, no puede ser buen testigo ni bastante para convencerme, pues se necesitan al menos dos de conducta intachable para condenar á un hombre. Ya veis que mi vida y mi muerte, mi condenacion ó absolucion segun las leyes y la justicia dependen de mí; sin embargo, digo y confieso que he sabido esa conspiracion, y me declaro culpable por dos razones.



El enfermero y la centenaria

«La primera es porque durante estos tres meses de prision he estudiado la muerte y considerado de cerca la vida, y he conocido bien claramente, que cualquiera que sea la vida de que pueda gozar en este mundo, siempre será desgraciada; el rostro de la muerte me ha parecido mas bello; la he hallado mas ventajosa; la he abrazado como una grande prueba de mi predestinacion, y he creido que concediéndome Dios tantos favores, podria tener algun dia el sentimiento de haber dejado escapar esta ocasion, que quiero aprovechar y servirme de ella para mi salvacion.

«La segunda razon que tengo para condenarme á mí mismo, es que si se considera mi crímen sin prevencion, no parecerá tan enorme ni tan estraño como á primera vista. Cierto es que he tenido noticia de la conspiracion, pero he hecho lo posible por evitarla. Creyéndome Mr. le Grand su amigo fiel y acaso único, me lo habia confiado todo; yo no he querido hacerle traicion, y hé aquí por lo que merezco la muerte, y por lo que yo mismo me condeno.»

Una hora despues Mr. de Laubardemont, consejero de Estado, y Mr. Robert de St. Germain, consejero en el parlamento de Grenoble salieron de la audiencia para disponer á los

presos á oir su sentencia de muerte, lo que hicieron, exhortándolos á reunir todas las fuerzas de su espíritu y todo su ánimo para dar una prueba de resolucion en una circunstancia que anonada á los mas animosos. Al oirlo los acusados manifestaron una resolucion extraordinaria, confesando que verdaderamente eran culpables y que merecian la muerte. Mr. de Thou dijo á Cinq-Mars, sonriéndose: «Señor, humanamente yo podria quejarme de vos; vos me habeis acusado y por vos muero, pero Dios sabe cuanto os amo. Muramos, señor, muramos animosamente y ganemos el paraiso. Abrazáronse ambos con gran ternura, diciéndose, que puesto que habian sido tan buenos amigos durante su vida, seria para ellos un gran consuelo el morir juntos.

Despues dieron gracias á aquellos señores, á los cuales abrazó Mr. de Thou, asegurándoles que ningun sentimiento tenian de morir y que esperaban hallar en la muerte el principio de su felicidad. En seguida compareció Paletne, escribano del Presidial de Lyon para leerles la sentencia, que oyeron los reos puestos de rodillas.

Despues Mr. de Thou esclamó: «Bendito sea Dios,» y pronunció otras bellas palabras con una firmeza increible que le duró hasta la muerte. Mr. de Cinq-Mars, despues de oir la sentencia se levantó, y con motivo de disponerse en aquella que por lo que hace á él se le aplicase el tormento ordinario y estraordinario para obtener una revelacion mas ámplia acerca de sus cómplices, dijo: «La muerte no me asusta; pero debo confesar que la infamia del tormento molesta mucho mi espíritu. Si, señores, hallo muy estraordinario que se quiera aplicar el tormento á un hombre de mi edad y condicion; creo que las leyes me dispensan de él, al menos asi lo he oido. No temo la muerte, repito; pero, señores, confieso mi debilidad, me cuesta trabajo digerir el tormento.

Pidió cada uno su confesor; Mr. de Cinq-Mars al P. Malavalette, jesuita, y Mr. de Thou al P. Mambrun, tambien jesuita. El que hasta entonces los habia custodiado los entregó por órden del Sr. Canciller al señor Thomé, preboste general, y los reos se despidieron de él y de todos los guardias, que no podian ocultar sus lágrimas. Mr. de Cinq-Mars les dió por ello las gracias y les dijo: «Amigos mios, no lloreis; las lágrimas son inútiles, rogad á Dios por mí, y tened por cierto que la muerte jamás me ha causado miedo. Mr. de Thou los abrazó y besó. En seguida los condenados fueron á saludar á Mr. Thomé y á cumplimentarlo.

Cuando llegó el P. Malavalette, salió á su encuentro Mr. de Cinq-Mars, y le dijo: «Padre mio, quieren darme tormento, y me cuesta mucho trabajo resolverme á ello. Consolóle el padre, y trató en lo posible de fortalecer su espíritu. En esto vinieron para conducirlo á la sala del tormento, pero se serenó, y al pasar al lado de Mr. de Thou le dijo: «Los dos estamos condenados á morir; pero yo soy mas desgraciado que vos, porque antes de morir debo sufrir el tormento ordinario y estraordinario.

Media hora estuvo en la sala del tormento, pero este no se lo aplicaron, pues solo se trataba de cubrir las formas. Al volver al lado de Mr. de Thou, este lo abrazó, y estuvieron hablando como un cuarto de hora. La conferencia terminó con estas palabras de Mr. de Cinq-Mars: «Ya es tiempo de pensar en nuestra salvacion.»

Al separarse de Mr. de Thou pidió una habitacion aparte para confesarse. Obtenida, hizo una confesion general de toda su vida, con grande arrepentimiento de sus pecados y mucho sentimiento de haber ofendido á Dios. Rogó á su confesor que manifestase al Rey y al señor Cardenal el pesar que sentia por haberles faltado, y que en su nombre les pidiese el mas humilde perdon.

Su confesion duró una hora, y concluida dijo al padre, que hacia veinte y cuatro horas que no probaba bocado. Tragéronle en su consecuencia huevos frescos y vino; pero él no tomó mas que un poco de pan, y se humedeció los lábios con un poco de vino aguado. Manifestó al padre que nada le habia asombrado mas que verse abandonado de sus amigos, lo que jamás hubiera creido, y le dijo, que desde que el Rey lo habia favorecido con sus mercedes, solo habia tratado de hacerse de amigos, y que habia estado en la persuacion de haberlo logrado; pero que al fin conocia que no se debia fiar de nadie, y que las amistades de la corte no eran mas que ficcion.

El padre le respondió, que el mundo siempre habia sido lo mismo, y que por ello no debia asombrarse, y en seguida le citó este dístico de Ovidio:

Donec eris felix, multos numerabis amicos:
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Cinq-Mars se lo hizo repetir dos ó tres veces por hallarlo muy á su gusto, y aprendiéndolo lo dijo algunas mas veces.

Pidió papel y tinta para escribir á su madre la señora Mariscala, como lo hizo, rogándole, entre otras cosas, que pagase algunas deudas que tenia, cuya nota enviaba, todo lo cual entregó al padre para que lo enseñase al señor Canciller. El principal objeto de esta carta era rogar que dijesen cierto número de misas por la salvacion de su alma, y concluia asi: «Por lo demás, señora, tantos pasos como doy son otros tantos pasos para la muerte.»

Entretanto Mr. de Thou estaba en la sala de la audiencia con su confesor en trasportes

divinos difíciles de espresar. Luego que vió á su confesor corrió á abrazarle, diciendole: «Padre mio, ya estoy fuera de pena; estamos condenados á muerte, y vos venis para llevarme al cielo. Ah! qué poca distancia hay de la vida á la muerte; cuan corto es el camino! Vamos, padre mio, vamos á la muerte, vamos al cielo, vamos á la verdadera gloria. Ay! qué bien he hecho yo en mi vida que haya podido proporcionarme el bien que recibo hoy de sufrir una muerte ignominiosa para por ella llegar antes á la gloria eterna?

Púsose en seguida á hacer actos de amor á Dios, de contricion y de arrepentimiento de sus pecados, y otras oraciones jaculatorias. Debemos aqui hacer notar que durante los tres meses de su prision se habia dispuesto á la muerte frecuentando los sacramentos, orando, meditando y considerando los misterios divinos, comunicando con sus padres espirituales, y leyendo libros de devocion, particularmente el libro de Belarmino sobre los Salmos, y el *De arte bene moriendi*, del mismo autor.

Muy á menudo recitaba con suma piedad el Salmo 115: *Credidi propter quod locutus sum, ego autem humiliati sum nimis.* Y particularmente este versículo: *Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo.* De continuo daba gracias á Dios muy afectuosamente de que por su misericordia habia roto los lazos que le tenian atado á la tierra y á esta vida.

Decia y reiteraba algunos otros pasages de la Sagrada Escritura, particularmente los del capitulo IV. de la segunda epístola de S. Pablo á los corintios, y del capitulo VIII de la epístola á los romanos.

Estos mismos versículos de la Escritura le servian de entretenimiento en la sala de la audiencia; despues que oyó su sentencia los profirió con mayor sentimiento de amor á Dios, y mayor desprecio de todas las vanidades del mundo.

Sentia una fuerza y un ánimo tan estraordinario para sufrir la muerte que mas de una vez temió que se mezclase en ello alguna vanidad, por lo cual decia: Dios mio, protesto delante de vuestra divina magestad que nada puedo yo por mí solo, y que toda mi fuerza viene de vuestra bondad y misericordia; tanto, que si me dejáseis sucumbiria á cada paso.

Despues de confesarse continuó elevando su espíritu á Dios. A poco fue visitado por el P. Juan Terrasa, guardian del convento de S. Francisco de Tarascon. Alegróse el reo de verle, y tuvo con él y con su confesor una conferencia espiritual. Este religioso habia venido á ver á Mr. de Thou con motivo del voto que este habia hecho si salia libre, de fundar una capilla con trescientas libras de renta anual en la iglesia de franciscanos de Tarascon. Mr. de Thou ordenó en efecto esta fundacion, diciendo, que Dios lo libraba no solamente de una prision de piedra, sino tambien de la prision de su cuerpo. Pidió tinta y papel, y escribió esta bella inscripcion que quiso se pusiese en dicha capilla.

CHRISTO LIBERATORI.
Votum in cárcere pro liberatore conceptum.
FRANC. AUGUST. THUANUS,
é cárcere vitæ jam liberandus,
merito solvit.
XI SEPTEMBR. MDCXLI.
Confitebor tibi, Domine, quoniam exaudisti me, et factus es mihi in salutem.

Esta inscripcion hará que se admire la presencia de espíritu de Mr. de Thou.

Tambien escribió dos cartas que fueron presentadas abiertas al señor Canciller, y despues entregadas al confesor para que las enviase á su destino. Despues dijo: *Este es el último pensamiento que quiero tener para las cosas del mundo; hablemos ahora del paraiso.*

Entonces volvió con el mismo fervor á sus discursos espirituales, y se confesó segunda vez. Preguntó repetidamente si era ya hora de marchar al suplicio, y rogó sobre todo que se le advirtiese cuando llegase el verdugo para abrazarle; pero no le vió hasta haber subido al cadalso.

A las tres de la tarde cuatro compañias de las milicias de Lyon que componian unos 1200 hombres se formaron en el centro de la plaza, formando un espacio cuadrado de unos ochenta pasos dentro del cual no se permitia entrar mas que á las personas necesarias.

En su centro se levantó un cadalso de siete pies de alto, y de unos nueve pies cuadrados. Todas las ventanas de las casas, tejados y demas eminencias que daban vista á la plaza estaban llenas de personas de todas condiciones y edades.

A eso de las cinco los oficiales de justicia rogaron al compañero del P. Malavalette advirtiese á los reos que era tiempo de partir. Viendo Mr. de Cinq-Mars á este religioso hablando al oido de su confesor, conoció de lo que se trataba y dijo: «Veo que ya es tiempo; vamos.» Al salir de la habitacion se le presentó uno de sus criados pidiéndole alguna recompensa de sus servicios. «Nada tengo, le dijo; todo lo he dado.» En seguida se acercó á Mr. de Thou, diciéndole: Vamos, señor, vamos, ya es tiempo.» Mr. de Thou, esclamó: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus.* Despues se abrazaron y salieron.

Mr. de Cinq-Mars iba delante llevando de la mano al P. Malavalette. Al llegar á la puerta del palacio de justicia ya para salir miró

con tanta amabilidad y dolor al pueblo, que arrancó las lágrimas de todos los ojos; él solo permaneció sereno, conservando su firmeza de espíritu durante todo el camino, hasta el punto de que viendo á su confesor enternecido le dijo: «Que no sea menester decir, padre mio, que sois mas sensible á mis intereses que yo.»



Cinq-Mars, yendo al cadalso.

Mr. Thomé, preboste de Lyon, con los arqueros, y el comandante de la ronda con su compañia, recibieron la órden de llevarlos al suplicio.

Al llegar á las gradas de palacio, viendo Mr. de Thou una carroza que los esperaba dijo á Mr. de Cinq-Mars: «Cómo, señor, van á llevarnos en carroza; acaso se va asi al paraiso?» Al entrar dijo á dos soldados de la ronda: «Ya veis, amigos mios, que nos llevan al cielo en carroza.»

Mr. de Cinq-Mars iba vestido con un rico trage de Holanda muy oscuro adornado con encage de oro de dos dedos de ancho: cubria su cabeza un sombrero negro con el ala vuelta á la catalana, y sobre los hombros llevaba una capa corta de escarlata.

Mr. de Thou llevaba un trage negro de paño de España ó de Holanda, con una capa corta.

Ambos se sentaron en el fondo del carruage, Mr. de Thou á la derecha de Mr. de Cinq-Mars, yendo dos jesuitas á cada vidrio; sus dos confesores y otros dos religiosos.

Detrás de la carroza iba á pie el verdugo, que era un mozo de cordel conocido en Lyon con el nombre de Gana-Dinero, hombre de edad, mal vestido, que jamás habia hecho ninguna egecucion, y del que habia sido preciso valerse, puesto que el verdugo de Lyon tenia una pierna rota.

Por el camino recitaron con sus confesores las Letanias de Ntra. Sra., el *Miserere*, y otras oraciones y jaculatorias; hicieron algunos actos de contricion, y de amor á Dios, hablaron acerca de la eternidad, de la constancia de los mártires, y de los tormentos que habian sufrido. Mr. de Thou volvió á pedir perdon á Mr. de Cinq-Mars, diciéndole: «Os pido perdon, si he temido la desgracia de ofenderos aun en la cosa mas mínima.»— «Ay! respondió Mr. de Cinq-Mars, yo soy el que os he ofendido, y el que os debe pedir perdon.» En seguida se abrazaron tiernamente.

Ya cerca de la plaza el P. Mambrun advirtió á Mr. de Thou que se acordase sobre el cadalso de ganar la indulgencia plenaria, por medio de la medalla que le habia dado, y diciendo tres veces: Jesus. Al oir esto Mr. de Cinq-Mars dijo á Mr. de Thou: «Señor, puesto que yo debo morir primero, prestadme vuestra medalla para juntarla á las mias, y despues os la devolverán.» De aquí empezó una noble porfía sobre cual habia de morir primero. Mr. de Cinq-Mars decia que le tocaba á él como mas culpable, y haber sido juzgado primero, añadiendo, que seria matarlo dos veces si moria el último. Mr. de Thou reclamaba este derecho por ser de mayor edad. Tomó la palabra el P. Malavalatte y dijo á Mr. de Thou: «Cierto es, caballero, que sois el mas anciano, y por lo mismo debeis ser el mas generoso.» Lo que confirmado por Mr. de Cinq-Mars: «Bien, le dijo Mr. de Thou, quereis abrirme el camino de la gloria» «Ah! contestó Mr. de Cinq-Mars, yo os he abierto el precipicio, pero precipitémosnos en la muerte para llegar cuanto antes á la vida eterna."

Detúvose la carroza al pie del cadalso. Llegose el preboste á decir á Mr de Cinq-Mars que á él le tocaba subir primero.

Entonces los dos amigos se despidieron afectuosamente, diciéndose que pronto se volverian á ver en el otro mundo, donde vivirian eternamente unidos con Dios. Bajó Mr. de Cinq-Mars del carruage con la cabeza erguida y el rostro alegre, y saludando á los que estaban cerca subió al cadalso, donde estuvo largo tiempo andando, saludando á unos y otros y reconciliándose.

Despues se aproximó alegremente al tajo, y puso en él la cabeza para ver si estaba bien; alejóse luego un poco, tomó un crucifijo, le besó los pies, y lo devolvió á su confesor. Habiéndose acercado el egecutor con unas tigeras, Mr. de Cinq-Mars se las quitó de las manos, y presentándoselas á su confesor le dijo: «Os ruego, padre mio, que me hagais este último servicio; cortadme los cabellos.» Despues levantando los ojos al cielo, dijo: «Dios mio! qué son las cosas de este mundo.» Despues que le cortaron los cabellos se llevó las manos á la cabeza como para acomodarse los que le habian dejado. Habiéndosele acercado el verdugo le hizo seña que se retirase: tomó de nuevo el crucifijo y lo besó. Fijando la vista en el pueblo, y viendo á un hombre que pertenecia á la casa del gran maestre, le saludó y le dijo: «Os suplico que asegureis á Mr. de la Milleraye que soy su mas humilde servidor.» Detúvose un momento, y continuó: «Decidle tambien que le pido mande que rueguen á Dios por mí.»

En seguida despues de haberle cortado el cuello de la camisa, se arrodilló delante del tajo, y juntando las manos dijo:

«Dios mio; os consagro mi vida, y os ofrezco mi suplicio en satisfaccion de todos mis pecados. Si tuviese que vivir mas tiempo, seria otro que hasta aquí; pero puesto que habeis permitido que os ofrezca mi muerte y mi sangre en expiacion de mis faltas, lo hago de todo corazon.»

A estas palabras le presentaron un crucifijo, y pidió las medallas, que besó diciendo tres veces: «Jesus.» En seguida volviéndose arrogantemente hácia el egecutor que aun no habia sacado su machete de una mala funda en que estaba, le dijo: ¿Qué haces ahí? ¿Qué aguardas? Habiéndose ya retirado su confesor, lo volvió á llamar y le dijo: «Padre mio, venid á ayudarme á rogar á Dios.« Luego se arrodilló, y recitó la *Salve Regina* con la mayor serenidad y devocion. El confesor rogó al pueblo que rezase un Padre nuestro y un Ave Maria, é hizo que el reo repitiese estas palabras: *Maria, Mater gratiæ, Mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.* «Y en seguida: *In manus tuas, Domine &c.* Mientras tanto el ejecutor sacó su machete de la funda. En fin, Cinq-Mars levantò con grande resolucion los ojos al cielo, y dijo: «Vamos, es menester morir. Dios mio, tened piedad de mí.» Despues con una constancia increible, sin haberse vendado los ojos, puso su cuello sobre el tajo, y abrazándolo fuertemente, cerró los ojos y la boca, y aguardó el golpe, que el verdugo descargó con bastante torpeza. Al recibirlo dijo con voz fuerte «Ah!» y quedó inundado en su sangre. No habiendo quedado de aquel golpe separada enteramente la cabeza del cuerpo, el verdugo la tomó por los cabellos, y aserró con su machete una parte de la traquiarteria, despues de lo cual tiró la cabeza sobre el cadalso desde donde saltó al suelo, y rodó algun tiempo por él. Su cuerpo permaneció unido al tajo, pues fue menester que el verdugo le abriese los brazos para quitarlo y despojarlo de sus vestidos; despues lo cubrió con un paño, poniendo á su lado la cabeza.

Muerto Mr. de Cinq-Mars, bajó Mr. de Thou del carruage con semblante alegre y risueño. Subió corriendo al patíbulo, tiró su capa, y con los brazos abiertos se fue hacia el verdugo y lo abrazó, diciéndole: *Ah! hermano*



De Thou abrazando al verdugo.

mio, mi querido amigo, cuanto te amo! Déjame que te abraze, puesto que tú vas á proporcionarme una felicidad eterna, vas á ponerme en camino del paraiso.» Despues se apróximó al borde del patíbulo, se descubrió, saludó al pueblo, y tiró su sombrero que vino á caer á los pies de Mr. de Cinq-Mars. En seguida volviéndose hácia su confesor, le dijo: Padre mio: *Spectáculum facti sumus mundo, et ángelis, et hominibus.* «Y luego:» Dios mio enseñadme vuestras vias, mostradme el camino que debo seguir para ir al cielo.» Reconciliose, se arrodilló y comenzó el Salmo 115 que recitó de memoria, y la paráfrasis en francés, en voz alta y vigorosa, con un fervor indecible, mezclado de cierta santa alegría, increible para los que le presenciaban.

Hé aquí la paráfrasis que hizo:

«*Credidi, propter quod locutus sum.*»

«Dios mio, *Credidi*, he creido y creo firmemente que sois mi criador y mi padre, que habeis sufrido por mí, que me habeis rescatado, y que al precio de vuestra sangre me habeis abierto el paraiso, *Credidi*. Os pido, Dios mio, un *grano*, un *pequeño grano* de esa fe viva que inflamó los corazones de los primeros cristianos. *Credidi, propter quod locutus sum:* Haced, Dios mio, que no os hable solamente con los lábios, sino que mi corazon concuerde con todas mis palabras, y que mi voluntad no esté en mi boca. *Credidi.* Yo os adoro, Dios mio, no de palabra; es mi lengua poco elocuente, os adoro de espíritu; si, de espíritu. Dios mio, os adoro en espíritu y en verdad. Ah! *Credidi*, he confiado en vos, me he abandonado á vuestra misericordia, despues de las gracias que me habeis hecho, *propter quod locutus sum.* Y en esta confianza he hablado, lo he dicho todo; me he acusado, *ego autem humiliatus sum nimis.* ¡Cierto es, Señor; vedme estremadamente humillado, pero no tanto como merezco.

«*Ego dixi in excessu meo: Omnis homo mendax.* Ah! cuan cierto es que todo en este mundo es mentira, locura, vanidad. Ah! cuan verdad es: *Omnis homo mendax.*

«*Quid retribuam Domino*, padre mio, *quid retribuam Domino, pro omnibus quæ retribuit mihi?*» Esto lo repetia con grande vehemencia. «*Calicem salutaris accipiam:* Padre mio, es menester beber animosamente este cáliz de la muerte; si, lo recibo de corazon, y estoy pronto á apuradlo.

«*Et nomen Domini invocabo:* Vos me ayudareis, padre mio, á invocar la asistencia Divina, á fin que quiera Dios fortificar mi debilidad y darme el ánimo que necesito para

apurar este cáliz que Dios he preparado para mi salvacion.

Pasó los dos versos que siguen en este Salmo, y esclamó con voz fuerte y animada: «*Dirupisti, Domine, vincula mea:*» He aquí las palabras que dijo:

«Qué gran favor me han hecho los que me han traido aquí! cuanto les debo! Ah! me han hecho un gran bien, puesto que me han sacado de este mundo para alojarme en el cielo. Dios sabe que los amo de todo corazon, y que no siente mi alma la menor aversion hácia nadie en este mundo. *Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis.* Ved aquí Señor, la hostia, mostrándose á sí mismo, ved aquí la hostia que debe seros inmolada.

«*Tibi sacrificabo hostiam laudis; et nomen Domini invocabo.*

«*Vota mea Domino reddam* (dijo estendiéndo los brazos. y mirando á todas partes con el rostro risueño) *in conspectu omnis populi ejus*, (añadió alzando la voz), si, Señor, yo os doy mi alma, mi vida, *in conspectu omnis populi ejus*, (delante de todo este pueblo, delante de toda esta asamblea): *in atriis domus Domini, in medio tui Jerusalem, in atriis domus Domini.* Henos aquí á la entrada de la casa del Señor. Si, desde aquí es, desde Lyon, de donde voy á partir para lo alto (elevando los ojos al cielo.) Mas te debo á tí, Lyon, que al pueblo de mi nacimiento, que solamente me ha dado una vida miserable, y tú me das hoy una vida eterna: *In medio tui Jerusalem.*

Despues de recitar este Salmo, y permaneciendo de rodillas se volvió, y viendo á un hombre que habia abrazado en palacio, le saludó y le dijo con alegría: «Caballero, soy vuestro humilde servidor.»

Se levantó, y aproximándose el egecutor para cortarle los cabellos, el religioso le quitó las tigeras para darlas á su compañero: «Como, padre mio, dijo Mr. de Thou, creeis que yo tema á ese hombre? No habeis visto que lo he abrazado? Toma, amigo mio, cumple con tu deber y córtame los cabellos. Mientras tanto levantò amorosamente los ojos al cielo y profirió esta hermosa sentencia de S. Pablo.

«*Non contemplantibus nobis quæ videntur sed quæ non videntur. Quæ enim videntur, temporalia sunt, quæ autem non videntur æterna.*»

Despues que le cortaron los cabellos se arrodilló junto al tajo, é hizo á Dios la ofrenda de sí mismo con palabras y sentimientos que no puedo espresar. En seguida pidió á todos que rezasen un Padre nuestro y un Ave María, pidió las medallas para ganar las indulgencias, y despues dijo: «Padre mio, no me quieren vendar los ojos?» Y como el religioso le respondiese que esto dependia de él dijo: Si, padre mio, que me los venden.» Y volviéndose hácia los que estaban mas próximos les dijo sonriéndose: «Señores, confieso que soy poltron, y temo morir.» Cuando pienso en la muerte, tiemblo, me estremezco, se me erizan los cabellos, y si veis alguna constancia en mí atribuidlo á Dios que hace este milagro para salvarme. Porque, en efecto, para morir bien en el estado que me hallo, necesito resolucion; no la tengo, pero Dios me la da y me fortifica poderosamente.«

Vendóse él mismo los ojos porque el egecutor se mostraba torpe en demasia, y puso el cuello en el tajo, que un padre jesuita habia limpiado con su pañuelo. De Thou preguntó si estaba bien, y habiéndole dicho que adelantáse algo mas la cabeza, asi lo hizo. Pasado un momento, pronunció estas últimas palabras: *Maria, Mater gratiæ, Mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege et hora mortis suscipe.*» Y despues: «*In manus tuas* &c.

El verdugo le descargó un golpe que no lo mató, siéndole preciso darle otros tres ó cuatro, hasta cortarle la cabeza, que quedó sobre el cadalso.

El verdugo lo despojó, y llevó su cuerpo á la carroza en que habia venido; lo mismo hizo con el de Mr. Cinq-Mars, y con las cabezas de ambos, que tenian todavía los ojos abiertos, particularmente la de Mr. de Thou que parecia animada.

Tal fue el fin de estos personages, que ciertamente debieron dejar á la posteridad otra memoria que la de su muerte.»

La anciana habia escuchado esta lectura con profunda atencion, y dando muestras de una sensibilidad que no le era comun.

—Qué destino tan estraño fue el del marques de Effiat! dijo maese Tirouflet!

—Pues otro hay mas estraño todavia dijo la centenaria, y es el de una muger con quien se casó en secreto el marques de Effiat, ese Cinq-Mars, cuyo trágico fin habeis leido. Se llamaba Marion Delorme. Pobre jóven! amada de un gran señor; ya podeis juzgar cual fue su destino. Richelieu hizo anular el matrimonio, y Marion Delorme, perdida, deshonrada, adquirió una triste celebridad por su escandalosa conducta. Bella, unida á la no menos célebre Ninon, en breve se vió obsequiada por todos los jóvenes mas brillantes de París.

En tiempo de la Fronda la casa de Marion Delorme vino á ser el punto de reunion de los emisarios de los príncipes descontentos. En Enero de 1650 supo la prision de los príncipes de Condé y de Contí y del duque de Longueville, y que ella estaba tambien en vísperas de experimentar igual suerte. Entonces cayó enferma de gravedad, ó fingió estarlo.

Por último á fines de Junio del mismo año se cundió el rumor de su muerte.

La misma Marion Delorme fue la que lo

divulgó, viendo desde las ventanas de su casa pasar su entierro. Desde aqui comienza la nueva vida de Marion Delorme; el mismo dia de su supuesto entierro pasó á Inglaterra y se casó con un rico lord: quedó á poco viuda, y vuelta á Francia con mas de 100,000 francos que le habia dejado su marido fue atacada por unos ladrones en el camino de Dunkerque á Paris. Hallóla á su gusto el gefe de aquellos, y se casó con ella, dejándola de nuevo viuda despues de cuatro años de union. Despues se volvió á casar con un abogado del Franco-condado llamado Lebrun, con quien vivió diez y siete años, pasando los cinco últimos en Paris, adonde negocios de familia habian llamado á su esposo. Al cabo de este tiempo tuvo de nuevo el sentimiento de perder á su marido, y á los ochenta años se encontró á merced de dos criados, que la abandonaron despues de haberla robado. Cuando Marion regresó á Paris en 1682, fue á Versalles; vió á Ninon, pero esta no la conoció. Sin embargo, despues que Marion se vió robada, recurrió á Ninon, y esta le facilitó la entrada en el hospital principal, donde hace treinta y un años que espera con ansia la muerte que no llega para ella!

—Como! esclamó maese Tirouflet, serias?...

—Yo soy Marion Delorme, viuda del marques de Effiat, que fue caballerizo mayor de Luis XIII! respondió ella.

Un año despues murió la centenaria. Maese Tirouflet solo le sobrevivió tres meses; el fastidio y sus setenta y un años lo mataron.

M. de T

A MARIA SANTISIMA.

PLEGARIA.

Salve, Reyna de los cielos,
que del hombre en la memoria,
eres emblema de gloria,
de esperanza y de virtud;
y perdóname, Señora,
si cantar tu gloria intento
con el rudo y torpe acento
de mi trémulo laud.

Estrella de la esperanza
eres tú, Virgen Maria,
para el que en noche sombría
cruza de la vida el mar;
astro cuya luz serena
conduce á seguro puerto,
á quien el piélago incierto
errante surca al azár.

Sol místico, cuyo rayo
de amor y virtud es llama,
que luz y vida derrama
en la mansion del mortal;
y tras las sombras espesas
con que el porvenir se cubre,
la senda al hombre descubre
de la patria celestial.

Salve, ante el Señor, oh Virgen,
de los hombres mediadora,
que tu mano salvadora
lleva á la senda del bien;
pues amante los acoges
de tu piedad bajo el manto,
ven á consolar su llanto,
sus penas á calmar ven.

Porque en ellos amorosa
derramas desde los cielos,
los dulcísimos consuelos
de tu tierno corazon;
y como Madre los miras
siempre con ojos benignos,
pues aunque de serlo indignos,
al cabo tus hijos son.

Te invoca con fervor santo
el mortal que en triste duelo,
no encuentra á su mal consuelo
sin tu celeste favor;
y tambien con ruego humilde,
de tu mano protectora
la madre el auxilio implora
para el hijo de su amor.

Salve, oh Virgen: tú del Gólgota
llorastes en la alta cumbre,
el dia que el sol su lumbre
á la natura negó;
y tú el rostro del Dios-hombre
miraste en dolor profundo,
que por la salud del mundo
sombra mortal eclipsó.

Y triste y abandonada
en medio de tu amargura,
al hijo de tu ternura
lloraste en la soledad;
tu llanto los hombres vieron
que cerca de ti pasaron,
mas en sus pechos no hallaron
á tus dolores piedad.

¡Ay! del triste que padece
tú los dolores consuela,
y por la existencia vela
del desgraciado mortal;
que nunca apagar veremos
la luz de nuestra esperanza,
si benigna nos alcanza
tu mirada celestial.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

Madrid: Marzo de 1852.

VISIONES DE LA NOCHE EN LOS CAMPOS.

POR JORGE SAND.



Siempre he dicho verdad, y en esto no miento, dice Jorge Sand comenzando la narracion que sigue.

En distintas ocasiones y en horas diferentes de la noche, he recorrido el campo solo ó acompañado de cobardes, y escepto alguno que otro meteoro inofensivo, ó añosos árboles, no he logrado jamás hallar un objeto fantástico digno de atencion.

Esto no obstante, continúa, disiento de los que sostienen que las supersticiones rústicas son mentira, imbecilidad y efectos del miedo: en mi opinion deben denominarse ilusiones ópticas ó fenómenos esteriores insólitos é incomprensibles, pues no creo en hechicerias ni ensalmos. Los cuentos de brujas y las fantásticas apariciones atribuidos á los imaginarios prodigios de la noche, forman el poema caséro de las preocupaciones campestres.

Y si no, ¿cabe por ventura aberraciones en el modo de obrar los sentidos? ¿á qué razones filosóficas están sometidas?—Todo su fundamento consiste en que se han tenido por ciertas y constantes; en otro concepto es enteramente falso sostener que aquellas son obra del miedo, lo cual podrá concederse en ciertas pero raras ocasiones. Hombres hay de sangre fria con un valor natural muy reconocido y rodeados de circunstancias que no agitan, al parecer, su espíritu; hombres tambien esclarecidos, sábios, ilustres que han esperimentado apariciones sin haber sufrido alguna alteracion su juicio ni perturbádose su salud.

Mucho se ha escrito sobre este asunto, pero es lo mas notable el tratado del doctor Pierre de Boismont, analizando las causas del alucinamiento. Solo haré una observacion útil en estos trabajos serios, á fin de demostrar

que mas propensa es la gente del campo á las ilusiones que las personas cultas. A no dudarlo, la ignorancia y la supersticion conducen á considerar como efectos sobrenaturales las simples aberraciones de los sentidos; no siendo otra su causa producente que la imaginacion, segun queda indicado; ella no hace mas que esplicarlas.

Diráse que la primera educacion, los cuentos de viejas, las horrendas relaciones de las nodrizas y de las abuelas preparan el ánimo de los niños y aun el de los adultos para fenómeno semejante. Ya lo veo; tambien se dirá que las nociones elementales de física y algo de burla volteriana pueden purgar fácilmente los campos de esas preocupaciones; esto es menos cierto. El aspecto continuo de aquellos, el aire que allí se respira, los variados cuadros que la naturaleza ofrece á nuestros ojos, y que sufren modificaciones instantáneas en la sucesion de las alteraciones atmosféricas, son para el rústico condiciones especiales de su existencia intelectual y fisiológica. Ellas le hacen un ser mas primitivo, si puede ser, mas normal, mas apegado al suelo y confundido con los elementos de la creacion, que los que por la cultura de la mente nos encontramos, digámoslo así, mas apartados del sol y de la tierra, llevando una vida facticia, encerrados en el morrillo de bien aparejadas habitaciones. En las chozas, en las cabañas, el salvage vive entre nubes, relámpagos y viento que rodean y penetran sus frágiles moradas. Hay pescadores en el Adriático que no conocen el abrigo del techo, pues duermen en su bagel cubiertos con una estera, la faz bañada por la claridad de las estrellas, acariciada la barba por la brisa, y mecidos incesantemente por las olas. Muchos buhoneros bohemios, tratantes en bestias, duermen siempre al aire libre como los indios de la América del Norte. La sangre de estos hombres circula ciertamente de distinto modo que en nosotros, sus nervios tienen diferente equilibrio, otro curso sus pensamientos, sus sensaciones se producen de diversa manera. Pregúnteseles, y ni uno habrá que no haya visto prodigios, apariciones, estrañas é inesplicables escenas de noche: entre ellos los hay valientes y muy racionales, pero que no son de los menos alucinados. Medítense las precedentes observaciones, y por una multitud de hechos curiosos tendremos que el alucinamiento es compatible con el pleno ejercicio de la razon.

Este es un estado fatal del cerebro, sin embargo de presentirse la causa física ó moral de las perturbaciones espirituales ó corporales, aunque á veces obra de un modo inesperado y misterioso, á punto de sorprender los espíritus mas firmes.

En los aldeanos suele originarse aquella, al parecer por una ley regular de su organizacion, y les afecta de otra manera que á nosotros. En cuanto á nosotros solo esperimentamos terror cuando á virtud de la pesadilla ó la fiebre perdemos el conocimiento. Entonces queremos atribuirlo al sueño ó cosa semejante; pero nos hace impresion el no poder sustraernos de ese estado con un solo esfuerzo de la voluntad. Gente ha habido cuyo juicio ha vacilado dudando de su existencia; los campesinos nunca sienten esta congoja; creen haber visto objetos reales á que tienen sumo miedo; pero no afectándoles la conciencia, se hace ciertamente menos peligrosa la fascinacion en aquellos que en nosotros. No es ella pues el móvil único de mi inclinacion á admitir hasta cierto punto las visiones de la noche: creo que existe porcion de pequeños fenómenos nocturnos, esplosiones ó incandescencias gaseosas, condensaciones vaporíferas, ruidos subterráneos, espectros celestes, leves aerolitos, hábitos caprichosos inobservados, movimientos aparentes de animales; mil cosas, afinidades misteriosas, ó bruscas perturbaciones de las costumbres de la naturaleza que casualmente observan los sabios, y que los rústicos en su perpetuo contacto con los elementos señalan á cada instante sin poder esplicar.

¿Qué juzgaremos, v. gr., de lo que se refiere de los loberos?—Este es el mas reciente vestigio de semejante creencia entre los licántropos. En Berry, donde las fábulas con que se entretienen los muchachos no son tan portentosas ni terribles como las que saben nuestras abuelas, no recuerdo se me haya hablado ni una sola vez de aquellos *hombres-lobos* que tanto admiraban en la antigüedad y en los tiempos medios. Sin embargo, se hace uso allí todavía de la palabra *garou* con que se significan, pero se ha perdido ya el sentido genuino de la espresion. No son los cazadores de lobos los que acaudillan esas bandas de hechiceros que se transformarian en tales fieras para devorar los niños vivos; son antiguos leñadores á quienes se considera sabios ó malignos guarda-cazas que poseen el secreto de encantar, subyugar, amansar y conducir do quiera los lobos efectivos. Bastantes personas he conocido, dice el autor, que al salir la luna han encontrado en la cruz de cuatro caminos, uno de esos ensalmadores enteramente solo y marchando presurosamente seguido de mas de 30 de los indicados animales feroces: ¡30 lobos!!!.. Dos sugetos, testigos presenciales del caso, me han referido haber visto cierta noche pasar por el bosque una grande manada de aquellos. Apoderándose de ellos el terror, se subieron á un árbol para preservarse de una invasion, y desde allí notaron que todos se detenian á la puerta de la cabaña de un leñador reputado por hechicero en la comarca, la cercaron y á sus espantosos ahullidos salió, hablóles, paseó-

se entre ellos, y se dispersaron sin hacerle daño.

Esta historia es de un palurdo, y no estraño su ignorancia; pero lo que no se concibe es que personas ricas, bien educadas y de criterio, viviendo cerca de un monte donde se divertian frecuentemente cazando, me hayan jurado por su honor haber presenciado un hecho semejante con sus propios ojos. Un viejo, guarda de monte de oficio, se fijó cierta ocasion en una encrucijada, haciendo caprichosos gestos, á cuya señal acudieron trece lobos, de los cuales el mas enorme fue á lamerle la mano derecha y le acarició. Silbando á los demas, á guisa de perros, se lanzó luego con tan grata compañia á la espesura del bosque. Los narrantes de esta escena no se atrevieron á seguirle y se retiraron tan sorprendidos como asustados. ¿Si serian entonces presa de una alucinacion? Cuando esta afecta al mismo tiempo á muchos, lo que puede ocurrir con facilidad, adquiere un carácter inesplicable, lo reconozco. Se supone cierto lo que es un engaño, y entonces suele denominarse *alucinamiento contagioso*: mas de qué sirve saber el nombre si no conocemos la causa? ¿Cómo está simultaneada en una considerable masa de individuos reunidos esa disposicion de nervios y de la circulacion de la sangre para oir ó ver objetos quiméricos? Lo ignoro.

Pero ¿por qué no ha de admitirse que el que vive en el seno de las malezas, que tiene á toda hora proporcion de estudiar las costumbres de los animales salvages, haya logrado por fortuna ó por cierto género de induccion, el medio de sujetarlos y hacerse amar de ellos? Diré mas: ¿No será factible que en esas personas exista un fluido simpático á determinadas especies de irracionales? En nuestros dias hemos visto domadores de fieras en jaula, tan hábiles é intrépidos que no parece inverosimil admitir el dominio de algunos hombres sobre los animales salvajes en libertad.

Y ¿por qué ocultarán ese secreto sin provecho mas que el ostentar su poder? ¿Por qué el hombre soez, en quien reside una causa natural y un efecto de la misma índole, no cree que obedece á las leyes de la naturaleza? Preséntesele una medicina, probándole sencillamente su eficacia, y desconfiará; pero agréguese á aquella un término incomprensible al administrarla y tendrá fe. Confiesele el secreto de sanar el constipado ó el reuma con la raiz de malvavisco, y aconséjesele la necesidad de aplicarla haciendo tres signos cabalísticos ó poniendo un baso boca abajo, y se conceptuará hechicero en lo respectivo á ese remedio. Curará á todo el que se ofrezca, mas bien por su fe que por la medicina; pero se reservará cuidadosamente el nombre de la planta vulgar que produjo el milagro; hará de esto un misterio; el misterio es un atractivo.

No hablaré de lo que genéricamente se denomina *secreto*, pues haria una digresion que llevaria á otro terreno este asunto; me limitaré á esponer que hay para todo su secreto, que todos los rústicos de gravedad y esperiencia poseen el secreto de cualquiera cosa; son por lo tanto hechiceros y ellos mismos se lo creen. Saben cómo se han de tener buenos bueyes, y cómo engordan las vacas de los mejores ganaderos. Conocen un remedio para que la lana abunde; otro para que los alfahareros puedan precaver que se desfonden las ollas; el mas á propósito para que los curas encanten las campanas contra el granizo. Saben curar el dolor de cabeza y el mal de vientre, las torceduras de los pies, y toda clase de heridas. Obra en ellos cierta virtud para atraer la caza, poseen la habilidad de influir en el fuego y contener el incendio con ciertas palabras y ademanes, asi como tambien dominan el agua de donde estraen los cadáveres de los ahogados, é impiden la inundacion, y no sé qué mas. Secretos hay para las plagas y enfermedades de los hombres y de los animales. Estos pasan de padres á hijos, ó se trasmiten á precio de plata, pero jamás se descubren gratuitamente á nadie; el secreto de los loberos está en idéntico caso.

La caceria fantástica es una de las escenas nocturnas muy admitidas. Tiene tantos nombres como pueblos hay en el universo. Entre los franceses se le conoce con el de *chasse á baudet* (caza de asnos), y se aplica al ruido repugnante y grotesco de un incomensurable tropel de burros que rebuznan. Cada cual se lo representa como le parece, mas segun los aldeanos es una cosa que no se escucha ni se vé; es una ilusion, un fenómeno acústico. Se me ha figurado oirlo algunas veces, y lo describiré de la manera mas vulgar. En los últimos dias de otoño, cuando los grandes huracanes diseminan las bandadas de pájaros viageros, se oye de noche un inmenso clamor melancólico y angustioso de grullas y ocas salvages. Los patanes que se consideran crédulos y poco observadores no sufren engaño en esto, pues bien les consta el nombre y conocen el grito de las diversas aves exóticas que se pierden y dispersan en las tinieblas. Sin embargo, fingen allí en su mente una caza asnal. Oyen con frecuencia aquel ruido, y yo que largo tiempo he vivido y andado errante como ellos entre ráfagas y nubes, nunca vi tal caceria. Su pasage dicen que suele indicarse por la aparicion de dos lunas, mas yo no he tenido esa suerte; solo he observado la única que todos conocemos.

El toro blanco, el becerro de oro, el dragon, el ansa, la gallina negra, la puerca blanquecina y otros muchos animales quiméricos, guardan, como es sabido, los tesoros enterrados. La noche de Natividad, al pun-

to de cantarse la misa, pierden su poder estos guardianes infernales, hasta el último toque de campana anunciando que concluyen los divinos oficios. Esta es la única época del año en que se hace mas posible el hallazgo de un tesoro; pero es preciso saber donde está; aprovechando tan corto tiempo para escavar y apoderarse de él. Si al *Ite*, *missa est* le sorprendiese á uno cualquiera, adios dicha, adios esperanza.

Esta tradicion es universal; no hay ruinas de palacios, monasterios, ó de monumentos célticos que no encubran tesoros, y todos están custodiados por una alimaña diabólica. Mr. Jules Canougo, en su célebre tratado de cuentos meridionales, ha traducido la graciosa y poética aparicion de la Cabra de Oro, guardiana de las riquezas escondidas en el seno de la tierra. En nuestros climas menos risueños, y al rededor de las crestas que coronan las áridas colinas de la Mancha, hay un buey blanco, un becerro de oro ó una vaquita de plata, que hacen desvariar á las personas codiciosas.

En los valles sombrios, donde existen estensas llanuras fértiles, un animal indefinible se pasea de noche en épocas indeterminadas, persigue los bueyes que están paciendo, anda vagando á las inmediaciones de las alquerias y pone á los labriegos en cuidadosa inquietud. Ládranle los perros y huyen al aproximárseles, y las balas no penetran su piel. Esta aparicion y el terror que inspira aun no se ha perdido. Los colonos de las haciendas, los criados creen y aseguran haber visto en aquellos parages la *gran bestia*, que asi se le nombra por tradicion, la cual tan pronto se aparece de la alzada y forma de un tejon, tan pronto figurando un perro de la altura de un buey enorme, tan pronto bajo el aspecto de una galga blanca de la magnitud del caballo, tan pronto en fin, como una liebre. Los menos ilusos no le atribuyen poder fantástico, contentándose solo con decir que pertenece á una especie desconocida. Mientras tanto esta bestia se muestra, por efecto de la alucinacion, ó porque influye el vapor flotante y condensado. Gentes muy veraces y racionales la han visto en virtud de cualquiera de dichas causas. Contra estas razones podrá insistirse manifestando que los perros han participado de la misma vision; conformes. ¿Qué motivos hay para negar que habrán sido tambien alucinados? ¿Por qué no? ¿Son acaso ladrones que se introducen con aquel disfraz? La bestia jamas ha perpetrado robos; ¿serán malévolos chistosos? Tantos son y tan certeros los disparos de escopeta que se le han hecho, á pesar del miedo que alteraba las pulsaciones, que desde luego debiera haberse herido si no muerto el soñado fantasma. Por fin, si este género de apariciones no es resultado de la ilusion, no hay duda que lo parece. Durante quince ó veinte noches, los veinte ó treinta habitantes de una cortijada la vieron é intentaron su persecucion. Esto trascendió á otros labradores, de ellos se transmitió á otros muchos, siendo el tema de todas las conversaciones.

Todavia es mas espantosa la siguiente aparicion nocturna. En las charcas estancadas, donde se crian inmensos brezos como sucede en el nacimiento de las fuente sombrias y en los caminos no transitados y húmedos, ó bajo las copas de envejecidos sauces, se oye á media noche el tragin de las lavanderas. En varias provincias creen que abocan la lluvia y atraen la borrasca, haciendo levantar hasta las nubes con su agilidad el agua de las fuentes y marjales. En Francia es peor el agüero; baten y tuercen un objeto como lienzo, pero aproximándoseles se truecan en momias de niños. Se necesita gran precaucion para observarlas, y no tocarlas, pues de lo contrario se espone cualquier curioso á crecer seis pies con músculos proporcionados.

Diferentes veces se han sentido ese batir y torcer fantásticos, y resonar con el silencio de la noche cerca de las balsas desiertas. Aquí está el engaño, pues consiste todo en una clase de ranas que producen ese ruido formidable. Triste es en verdad hacer tan pueril descubrimiento despues de invertir el tiempo esperando la aparicion de las horribles hechiceras torciendo sus inmundos andrajos en la bruma de las noches de Noviembre á las primeras claridades de una creciente pálida reflectada por las aguas. Un amigo mio, añade el autor, hombre de mas espíritu que talento, debo confesarlo, dado á las bebidas, muy valiente tratándose de cosas reales, pero fácil de alucinar, encontró dos veces las lavanderas sin haber referido de ellas otra cosa que la mucha emocion que le causaron. Una noche cerca de las once y media observó una barquilla encantada que corria, digámoslo así, serpenteando y brincando hácia el flanco ondeado del barranco d'Ormous, y al borde de una fuente una vieja que batia y torcia trapos en silencio. Como nada vió sobrenatural se determinó á hablarla de este modo. «¡Comadre, cómo lavais tan tarde! No obtuvo contestacion; creyóla sorda y se le acercó. La luna brillaba y la fuente estaba tan clara como un espejo; distinguió perfectamente las facciones de la vieja, que desconoció, y partió asombrado, porque en su vida de agricultor, cazador y corredor en la campiña, trataba á todos los que la poblaban en algunas leguas de distancia. Hé aquí el relato que hizo de las impresiones que le motivaron la presencia de la lavatriz tan singularmente vigilante. «No pensaba yo en semejante tradicion; no creia el cuento de la lavandera. Por eso no sentí desconfianza, pero desde que me aproximé á la bruja, su taciturnidad, su indiferencia, le

dieron el carácter de un ente absolutamente estraño á nosotros. Si la vejez le privaba del oido y de la vista, ¿cómo estaba tan robusta y dispuesta para venir de lejanas tierras enteramente sola, á lavar á deshora en esa fuente congelada, donde prestaba tan fuerte y activo trabajo? Lo que me admiró mucho mas fue que volviendo en mí mismo no esperimenté miedo, sí tan solo una repugnancia, un disgusto invencible. Pasé el camino sin que aquella muger alzara la cabeza; cuando llegué á casa me acordé de las vecinas brujas y me sobrecogió el terror; convengo francamente en que nadie de este mundo me hubiera hecho volver á semejante sitio.»

En otra ocasion, viniendo el mismo amigo de Linieres, donde aseguraba no haber comido ni bebido, circunstancia que no garantizo, pasaba á las dos de la mañana cerca de los estanques de Thevet; iba á caballo seguido de su perro, y fatigado aquel con la marcha echó pie á tierra en una cuesta, encontrando á orillas del camino y próximas á una fosa tres mugeres, que sin hablar palabra estaban batiendo, lavando y torciendo con indecible actividad. Uniósele el perro repentinamente sin ladrar, pasó al lado de ellas sin fijar demasiado la atencion, y á los pocos pasos oyó detrás pisadas, advirtiendo que la luna dibujaba á sus pies una sombra prolongada. Volviose y notó que le seguia una de dichas mugeres, y que las dos restantes caminaban como para alcanzarla. «Bien pensé yo entonces en las lavanderas, dijo él, pero no esperimenté mas emocion que la primera vez. Estas mugeres tenian desmesurada estatura y proporciones. El aspecto y andar de la que me siguió eran de hombre, y no dudé un instante que pudieran ser mal intencionados chanceros del pueblo con quienes me disponia á reñir. Una buena vara era mi arma ofensiva y defensiva; volvíme á ellas y les dije enfadado: ¿Qué quereis? No merecí respuesta, y viendo que no me acometian, lleno de cólera corrí á tomar el caballo que se habia adelantado y monté. Nada me hablaron, y su silencio anunciaba provocacion á contienda. Tenia mi garrote siempre pronto á romperles una quijada al menor gesto. Asi marchaba á caballo con mi cobarde perro, que no chistaba y que saltó al arzon de la silla. Aunque sentí allí mismo otros pasos, continué mi ruta y observé que á mi costado caminaba tambien otra sombra. Volví el rostro y á nadie ví; pero como á los treinta pasos en circunferencia al sitio donde encontré las mencionadas lavanderas, distingui las tres diablas saltando, bailando y brincando como locas en el anverso de la fosa.»

He narrado esta historia por lo que valga; se me ha referido de buena fe y os la regalo; consignadla en el catálogo de los alucinamientos.

Concluiré el artículo de hoy con el legendario del olmo Rateau, árbol magnífico, que se cree existia ya grande y robusto en la época de Cárlos VII. Un olmo no tiene de lejos tan noble apariencia, y se asemeja bastante su ramage á un rastrillo de quien toma el nombre; pero este no es mas que la coincidencia fortuita con la lectura tradicional que lo ha bautizado. Impone su largo y delgado tronco surcado por el rayo y plantado como un monumento en la vasta encrucijada de caminos comunales. Estos, alargados como praderias, tundidos por los rebaños del proletario, estan cubiertos de una yerba corta entre la cual crecen libremente la zarza y el cardo. La llanura se descubre á una inmensa distancia nebulosa, triste y asombrada, á pesar de su fertilidad. Una cruz de madera se enarbola sobre un pedestal de piedra, único vestigio de cuatro antiquísimas estátuas que desaparecieron en la revolucion del 93. Esta decoracion en un parage no frecuentado testifica un respeto tradiccional, y los moradores de aquellos contornos tienen formada tal opinion del árbol, que pretenden no ser posible cortarlo por hallarse debajo de sus raices la carta de Cassini. Este camino abandonado actualmente por los peones, y que en raros intervalos atraviesa la caballería del molinero ó algun gendarme, fue en otro tiempo una de las principales vias de comunicacion de la Francia central. Todavia se le llama camino de los ingleses.

Estos pormenores no están apuntados en la historia, pero la tradicion los conserva. Entre tanto he aquí la linda leyenda del olmo Rateau, en verdad apreciable, no obstante la índole de los animales que juegan en sus páginas.

Un jóven guardaba una manada de puercos al rededor del árbol. Miraba á la parte de la Chatre, cuando vió acudir un pie de ejército que devastaba los campos, prendia fuego á las cabañas y se llevaba las mugeres. Eran los ingleses que descendian de la marcha sobre Berry, con objeto de asolar el pueblo de Saint-Chartier. El porquero alejó el ganado, paróse á cierta distancia, y logró presenciar el paso del enemigo como un huracan. Cuando volvió al olmo, el miedo que concibiera le causó suma cólera contra el estrangero y contra él mismo. «¿Porqué, esclamó, nos dejamos abismar así sin procurar defendernos? ¡Somos muy cobardes! Decidióse á partir, y arrodillándose ante la efijie de San Antonio, que era una de las cuatro insinuadas: «Buen santo, le dijo, es preciso que yo salga al encuentro de esos malvados ingleses, y no tengo suficiente tiempo para encerrar los animales. Tomad mi látigo, santo mio, y guardad los cerdos tres dias con sus noches; os recomiendo su custodia.» Subióse en el pedestal, puso el látigo en manos de la efijie, y dejándose las albarcas corrió pre-

suroso á Saint-Chartier, donde en el plazo citado hizo prodigios contra los anglicanos en union con otros jóvenes y auxiliados por tropa francesa. Perseguido el enemigo tornóse á su piara, contó los puercos, y no faltó ninguno de cuantos habia dejado. Tomó nuevamente posesion de su cetro rústico, dió gracias al santo puesto de rodillas, y contento con haber al menos dado un golpe de mano á la obra de la independencia, continuó guardando sus cerdos.

Otra tradicion mas confusa y menos benigna se atribuye á tan insigne árbol. Unos niños atacados de vértigo tuvieron la horrible idea de jugar su vida á los tejos, enterrando vivo al que perdiera debajo de la piedra de San Antonio. Pero la tradicion mas comun es la siguiente. Un caballero iba y volvia incesantemente á aquel sitio, donde daba algunos paseos de noche. Sin duda debió conocer alli por vez primera el mundo; todos preguntaban quién era y nadie lo sabia. Era negra su vestidura y tenia de alto 20 pies. Este caballero sigue la moda, pues se le ha visto en el último siglo con traje oscuro completo, calzon corto, zapatos con lazos, la espada al lado y de pie cerca del directorio. Se le han notado orejas de perro y larga corbata. En el dia viste como nosotros, y lleva un grande olmo á la espalda, asechando á la gente ó caballerias que tocan su sombra para atarlas de las piernas. Por lo demas debe ser hombre malo, y no se da á conocer sino á los que están en el secreto.

Quien no lo crea que vaya á verlo. Nosotros estuvimos allí precisamente al salir la luna, lo llamamos con todos los nombres posibles y apellidándole políticamente «caballero», mas no acertamos con el nombre que tiene ó con el que le place responder. Ademas, no gusta de bromas.

Si se aprecian estos cuentos populares y se desea buscar mas detenidamente su origen, léase un libro muy sabio y agradable, obra de una muger, «La Normandia romancesca y maravillosa», por Mad. Amalia Bosquet, y en ella se hallarán todas las leyendas francesas hasta de las poblaciones mas ínfimas. Allí se aprende la historia de todas las supersticiones humanas, variando solamente en algunos pormenores, segun los pueblos. Esto prueba que la humanidad está todavía en su infancia, ó que es muy fuerte y natural la inclinacion á lo maravilloso.—JORGE SAND.

VIGILIA.

A LA MEMORIA DE IRENE.

Lloraré, cantaré su fin violento;
y con el canto moveré, llorando,
á mayor compasion y sentimiento. . .
. . . . . .
Tú, pues, que de mi vida la mas parte
Fuiste y serás, ten lástima, piadosa,
Del alma que quisiera acompañarte.
LOPE DE VEGA.

El mundo duerme, y su dichosa calma
Cobija con su velo
La noche silenciosa.
El mundo duerme, cuando inquieta mi alma
Busca en vano consuelo! . . . . . .

Calladas horas, que me habeis robado
Mi dulce paz hermosa,
Y el ángel puro por mi mal amado,
Pasad, pasad ligeras,
Llevando en vuestro seno
Los sueños esperanzas y quimeras,
Que forja un mundo de ilusiones lleno.

¡Ah! yo tambien soñé; tambien un dia
En vuestras negras alas
Llevásteis mis ensueños de alegria.
Tambien ante mis ojos

Hermoso el porvenir se presentaba,
Cuando libre de enojos,
Horas de dicha el corazon contaba.

Entonces ¡ay! gozosa
El alma os vió correr, y su ventura
Os contó cariñosa;
Hoy os cuenta su duelo y su amargura,
Y sobre ella pesais, porque hoy alcanza,
Que huyeron con vosotras una á una
Las hojas de la flor de su esperanza.

Ayer del mundo en el alegre giro
Gozaba el corazon enamorado,
Que el ángel puro por quien hoy suspiro,
Aun no era presa del sepulcro helado.

Y era hermoso vivir; la luz ardiente
Del claro sol, contornos y colores
Daba á un mundo magnífico, esplendente.
Las auras murmuraban entre flores,
Y al hondo valle cristalina fuente
Jugando resbalaba,
En tanto que la tórtola amorosa,
Oculta, sus pesares lamentaba.

De enmarañado bosque en la espesura,
Sordos ecos el viento recogia,
De mil canoras aves los acentos
Los espacios llenaban de armonia.
El lejano rumor de la cascada,
Del mar sereno la ligera bruma,
La lluvia, de la luna plateada,
Y del torrente la revuelta espuma,
Todo brindaba ayer paz y alegria,
Hoy á mi corazon no dice nada!! . . . . .
. . . . . .

Angel de paz, muger encantadora,
Que aun en mis sueños con dolor admiro;
Los rojos lábios de la fresca aurora,
Recogen solo ahora
Muerto mi dulce amor mi hondo suspiro.

Pura bajaste al suelo
Entre el blanco cendal, virgen hermosa;
Pasaste por el mundo, y ese cielo
Tranquilo y azulado
Volvistes á cruzar, por que en la tierra
Los seres como tú nunca han estado;
Bajaste, sí, para que yo te amara,
Por que luego tu ausencia
Eternamente y sin cesar llorara! . . . . .

Ora en la noche, cuando en paz tranquilo
El mundo duerme, queman mi pupila
Lágrimas de dolor, ardiente lloro,
Lloro de hiel que sin cesar devoro! . . . .

Negras horas de luto y de tristeza,
Que llenas vais de misterioso encanto,
Ahogad en vuestro seno
Mis quejas tristes y mi amargo llanto;
Y nunca un mundo á mi dolor ageno,
Comprenda que lloraba,
Al recordar una muger que amaba.

JUAN A. VIEDMA

Madrid—1849.

LA GRUTA DE LOS GIGANTES.

La América del Norte, ese pais primitivo en que la naturaleza ostenta mayores proporciones, que participan á la vez de lo sublime y de lo imposible, no tenia ninguna maravilla que pudiera compararse á la catarata del Niagara, cuando en 1840, unos mineros ocupados en estraer la sal de nitro de una de las numerosas cavernas del estado de Kentucky, se estraviaron enmedio de sus innumerables revueltas, no exploradas hasta entonces, y allí permanecieron separados del mundo, sepultados lejos de la luz del dia, y secuestrados del resto de los vivientes por espacio de sesenta horas. Gracias á las pesquisas de sus camaradas, se encontró á estos desgraciados, que una vez repuestos del espanto que les habia ocasionado su estravio, describieron los admirables descubrimientos que habian hecho durante su permanencia en las entrañas de la roca, y estimularon el deseo de sus oyentes á internarse con ellos en la caverna, provistos de un hilo de Ariadna, con ayuda del cual evitarian los azares de una exploracion desconocida. A estos atrevidos mineros se debe, pues, la descripcion de la incomparable maravilla de la Gruta de los Gigantes.

Hállase situada en el condado de Edmondson, Kentucky, Estados-Unidos de América, á 120 kilometros de las ciudades de Lowsville y de Nashoille, no lejos del rio *Green* (Verde) por el cual dos buques de vapor transportan diariamente á los *Touriste*, y los dejan á doscientos pasos del objeto de su viage.

El paisage en medio del cual está la entrada de la caverna, se halla interrumpido por una hilera de rocas calcáreas de color gris, al pie de las cuales se estiende un valle cubierto de robles, de nogales y de otros árboles, que se creeria habian sido plantados y cuidados por la mano del hombre. En él descuella una posada espléndida, amueblada con gusto, perfectamente servida, donde el viagero halla á su ida y regreso de la expedicion cuanto necesita para su regalo y descanso.

La entrada de la gruta se halla á doscientos pasos de dicha fonda, al estremo de un terrazgo sombreado de pinos y de malezas, á las cuales se enlazan los sarmientos de las vides salvages y las flexibles lianas. A la derecha y al volver de un peñasco, una corriente de aire fresco anuncia al viagero que se halla delante de la entrada, sombria y callada como lo está el antro de Délfos, ahora que no pronuncia oráculos. Al pie de una escalera de cien gradas labradas toscamente por la mano del hombre corre silencioso, un arroyo, cuyas aguas van á perderse en un abismo abierto naturalmente.

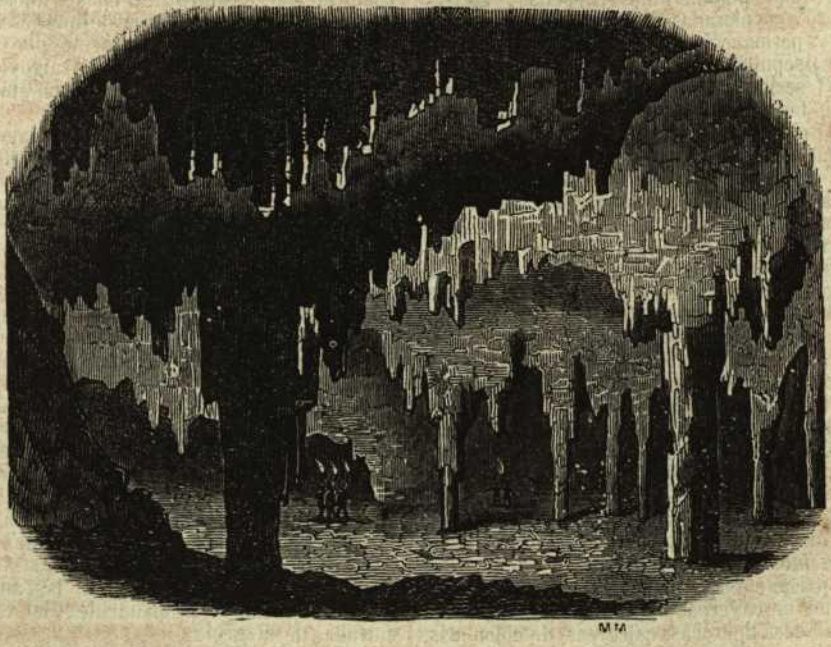
Desde aquí empieza para los viageros una serie de emociones que se suceden durante los tres dias y las dos noches que deben permanecer en la gruta americana. Los tres guias que dirigirán su marcha en este laberinto subterraneo encienden antorchas de resina, y las distribuyen á todos. El primer sitio á que los conducen es á la sala en que en 1823 los trabajadores de las minas de salitre descubrieron el esqueleto de un gigante, cuya estatura debió haber sido muy notable en vida, puesto que el esqueleto tenia ocho y medio pies de largo. Por mucho tiempo estuvo espuesto fuera de su tumba; pero los supersticiosos temores de los trabajadores obligaron al director á enterrar profundamente aquellos restos curiosos que ya el tiempo ha reducido á polvo.

A algunos pasos mas se presenta á la vista una puerta carcomida, aunque sólida todavia, que girando en sus goznes da salida á tal corriente de aire que se apagan las antorchas; esta es, hablando propiamente, la verdadera entrada de la gruta

No es el objeto de este artículo seguir paso á paso á los guias y á los que preceden en las



Entrada de la avenida gótica.



Sala de las stalagmitas.

multiplicadas revueltas de la *Gruta de los Gigantes:* nos limitaremos á describir los sitios principales de esta maravilla única y sin igual en su clase. Baste decir que este subterráneo natural que la mano del hombre no ha profanado con su contacto, y que se presenta á los ojos del viagero con la pureza virginal de una flor apenas entreabierta á los dulces halagos de la brisa, contiene 226 pasadizos, 47 habitaciones, ocho caidas de agua, y 23 arroyos ó lagos. Bastará dar la nomenclatura de los principales pasos, y describir las salas mas notables, remitiendo á nuestros lectores á la descripcion gráfica y completa publicada en Louisville (Kentucky) por uno que ha visitado la cueva, y que se conoce en la libreria americana con el título de *Rambles in the Mammoth-Cave*. (Escursion á la Gruta de los Gigantes.)

Vese al entrar el vestíbulo estrecho que conduce á la «Avenida de Audubon" formado de piedras pulimentadas como el marmol, y sin otro adorno que una cornisa con largas varillas sobrepuestas. Era en lo antiguo lugar de descanso, en el que los naturales enterraban esa raza de gigantes que ha desaparecido. La avenida de Audubon tiene uno y medio kilómetro de largo, y al final hay un pozo profundo de 25 pies, del que mana un agua limpida como el cristal, y en torno del cual se elevan unas columnas cuyas volutas se pierden en las tinieblas de la bóveda; á la derecha se halla la «Sala de los Murciélagos", por que en ella se refugian estos avechuchos durante el invierno.

Al volver hácia atras se penetra en la «Gran Galeria" que es un vasto tunel de 16 metros de ancho, y otros tantos de alto, que conduce al *Kentucky Cliffs*, asi llamados por su semejanza con las montañas perpendiculares que costean el rio Kentucky. Al bajar desde alli como unos veinte escalones se halla una vasta sala, cuya forma y arquitectura se parecen á la de una iglesia, y en la cual podrian reunirse cerca de cinco mil personas. En una de las paredes la naturaleza ha modelado un púlpito al que se llega por una galeria lateral. Este sitio ha sido ya mas de una vez testigo de ceremonias religiosas, y la acústica es alli tan extraordinaria, que hablando naturalmente se produce tanto efecto como si se gritase á mas no poder. Una antorcha puesta en el sitio que figura el altar basta para iluminar todo el recinto, porque la llama hiere con su luz las diamantinas puntas de las stalagmitas y de las stalactitas que reproducen su luz como lo hacen las facetas de un espejo de Venecia. Algunos americanos excéntricos han dado conciertos en este recinto, y se asegura que ningun salon construido expresamente para la música, ha reunido como éste las condiciones que se requieren. Al salir de esta iglesia es donde se encuentra la mayor mina de salitre que existe; su riqueza es verdaderamente inagotable.

La *Avenida gótica*, asi llamada por cierta pequeña semejanza con la arquitectura de la edad media, atrae las miradas por su grandiosa distribucion. Hace cinco años que se encontraban todavia en ella dos momias envueltas en pieles de gamo, y picadas y pintadas de blanco. Una de ellas, perteneciente al sexo femenino era de alta estatura y de formas muy correctas. El exámen de los objetos que rodeaban estos restos humanos, probaron á los que los descubrieron, en el sepulcro de forma cuadrada en que estaban tendidos, que los dos pertenecian á la raza indiana. El uno fue transportado al Museo de Cincinnati, y desapareció en el incendio que destruyó esta coleccion; el otro se halla todavia en el Museo británico.

A algunos pasos de la Avenida gótica, el guia enseña una campana suspendida, que golpeada con un baston producia un sonido argentino. Un vándalo de Filadelfia se entretuvo en romper esta curiosidad, única acaso en su clase. Encuéntrase en seguida la *Cuna de Luisa*, la *Fragua de Vulcano*, y por último, la *Sala de los recuerdos*, en la que los visitadores, valiéndose del humo de sus antorchas, tranzan sus nombres sobre las blancas paredes de la bóveda.

La *Sala de los italaguistas* es una de las curiosidades mas notables de la *Gruta de los Gigantes*. La imaginacion no puede formarse una idea de las bellezas que la naturaleza ha creado á cien metros debajo de tierra. Todas las maravillas del taller de un lapidario, diamantes, perlas, esmeraldas, todo parece amontonado en la bóveda, en las paredes y en las esbeltas columnas de esta sala.

Mas lejos, el guia os hace sentar en la *Silla del diablo*, que es un pilar maziso, sobre el cual se halla un sillon de piedra. Despues se visita la *Cabeza del elefante*, la sima llamada el *Salto de los enamorados*, el *Pilar de cristal*, la *Cueva de las sales*, y por último *la Cúpula de Armetti*, donde se ve una admirable cascada, cuyas aguas se pierden en un pozo sin fondo.

Desde la gran galeria se entra en la *Sala de Baile*, de forma elíptica, y en cuyo centro se eleva una rotonda de columnitas que parece destinada por la naturaleza á contener una orquesta. La igualdad del suelo le hace muy propio para la danza. La magia de este lugar, los ecos que repiten cada sonido, todo parece que invita al placer. A algunos pasos los curiosos viageros se mojan los pies en el *Manantial de las Willis*, en torno del cual estan los bueyes de que los mineros se sirven para sus labores, y que hace quince ó veinte años viven allí fuertes y vigorosos, sin haber vuelto á ver la luz del dia.

A la derecha se halla el *Mausoleo del Gi-*

gante, que es una roca monumental semejante á un sarcófago. Penétrase despues en el *Gran Codo*, que es un tunel arqueado, adornado de stalagmitas multiformes, que alumbradas por fuegos de Bengala ofrecen el golpe de vista mas magnífico que puede darse. Hállase á la izquierda la *Sala de los enfermos*, asi llamada por sus propiedades curativas en todos los que son atacados de la consuncion. Hay como unas cincuenta celdas amuebladas, y suelen reunirse de quince á veinte enfermos, que reciben los socorros necesarios de un médico y de los enfermeros destinados á su asistencia.

A algunos metros de la última celda se halla la *Sala de las estrellas* que ofrece á la vista un efecto de óptica inimaginable. La bóve-



La Sala de las estrellas.

da, que es muy elevada en este sitio, parece esmaltada de todos los diamantes del cielo, y cuando la llama de las antorchas hace brillar sus pulimentadas facetas, hay por necesidad que bajar los párpados ante sus resplandores incandescentes. En algunos parages las sustancias salinas se balancean de la bóveda en grandes copos, que al menor soplo, al mas ligero movimiento se deshacen y caen como la nieve en polvo.

Al pie de la *Catarata*, que es una gran masa de agua que se introduce por un embudo cuya boca es terrifica, se sienta á comer el viagero. Es un sitio destinado á este uso: todo parece adecuado al intento, los asientos y la madera que la naturaleza ha preparado, y la fatiga que desde por la madrugada ha aguzado el apetito.

Continuando esta esploracion se llega á la *Sala encantada del solitario*, especie de Alhambra morisca en la que las stalagmitas y las stalagtitas, reasumen admirables formas de gracia y de delicadeza. Hállase en seguida el *Templo*, que es una rotonda inmensa, mayor que la celebrada gruta de Antíparos, y que para algunos viageros tiene un aspecto mas grandioso que la cúpula de S. Pedro de Roma, ó el de la mezquita de Sta. Sofia en Constantinopla.

Aqui es donde por lo comun las caravanas que esploran la *Gruta de los Gigantes* pasan la noche; cada viagero se envuelve en su manta, y en breve queda sumido en un sueño profundo.

A las cinco de la mañana siguiente todos los viageros estan en pie y pasan á las *Salas desiertas*, cuyo silencio sepulcral solo lo turba el ruido de los torrentes, cuyas aguas caen con fracaso por todas partes. Escalas solidamente aseguradas dan paso á otra sala muy curiosa llamada la *Cúpula de Gorin*, que á la luz de la llama de Bengala, se ilumina co-

mo si se estuviese á campo razo. Al estremo de este sitio encantado está el *Pozo sin fondo*, que es una especie de sima, que tiene la forma de una herradura, y en medio



El Pozo sin fondo.

del cual se adelanta un peñasco formando un cabo. Los guias encienden algunas torcidas de papel para arrojarlas en este abismo, donde pronto las pierde la vista enmedio de la oscuridad.

Sobre esta profunda sima hay un puente por el que se pasa á la *Avenida de Pentico*, que es un tunel de cuatro kilómetros de largo, parecida su arquitectura á la gótica, y á cuyo estremo se encuentra el *Chaparral de Ananas*, magnífica stalagmita, cuyos contornos tienen la forma de aquel estimado fruto. Siguen los *Ziq-zaq*, que son unos pasos romboidos, estrechos y ahorquillados que conducen á la *Parada del bandido*. Es un peñasco cónico, á cuya cúspide se sube el guia para producir un efecto teatral. Desde aqui con ayuda de cuerdas, y por medio de hendiduras estrechas y casi impenetrables, se llega á la *Cúpula gigante*, donde se cena y se pasa la noche.

Al tercer dia se llega á la orilla del *Mar Muerto* cuya agua parece que no tiene corriente, y en la que los guias por medio de una red parecida á un esparavel, pescan para el almuerzo comun unos pescadillos parecidos en todo á los gobios, con la sola rara diferencia que el Criador los ha privado del órgano de la vista. En una barca amarrada á la orilla entran cuatro personas, que son las que caben en ella, y que para su placer, como para el de las que quedan en tierra, encienden sus antorchas, y se aventuran en el lago infernal. Al verlos se diria que la mitologia no es una fábula; es Caronte, que hace atravesar la laguna Estigia á las sombras que le han pagado el óbolo obligatorio.

Mas allá de este lago hay una rápida corriente llamada el *Rio Eco*, que corre bajo una bóveda de tres pies de altura, y que en caso de súbita tempestad, cuando las aguas se elevan sobre su ordinario nivel, han obligado á los que se hallaban al otro lado á aguardar á que bajasen. Hace cosa de un año que se ha descubierto un paso superior á que han dado el nombre de *Purgatorio*. Una de las curiosidades mas notables de la *Gruta de los Gigantes*, es, sin disputa, el gran número de estas corrientes, que no tienen salida al esterior, y cuyo nacimiento, como su curso no han sido descubiertos todavia. Desde unos pasos llamados *el Ghor*, *la Avenida Sillyman* y la *Galeria de Wellington*, se llega por medio de una escala de doscientos treinta pies



El Mar muerto.

al *Eliseo* que tiene á la entrada un manantial de aguas sulfúricas, y cuyas paredes se hallan cubiertas de estalacticas semejantes á cepas adornadas de racimos, por lo que se ha dado á este sitio el nombre de la *Viña de Maria*. Algo mas allá se encuentra *el Santo Sepulcro*, que es una imitacion perfecta de la tumba de Cristo en Jerusalen. Aquí las stalagtitas han tomado á sus lados la forma de largos lienzos, plegados y dispuestos con elegancia suma, y en el techo la de lámparas, semejantes á las que estan suspendidas del de la santa capilla.

El *Gabinete del anticuario Clévelard* es á los ojos de todos los que lo visitan la maravilla mas admirable de esta gran maravilla del Kentucky. Allí, una imaginacion fecunda halla panoplias, cuadros, bajos relieves, curiosidades de toda especie; es un verdadero Museo.

La *Sala de las bolas de nieve*, cuyo suelo está cubierto de stalagtitas redondas y blancas, precede á *la Cueva de las rocas*, cuyo suelo está cubierto de enormes trozos de granito sobrepuesto, y al estremo está la *Sala Croggam* que es la última esplorada de la *Gruta de los Gigantes*.

Tal es la árida descripcion de la mas admirable obra maestra de la naturaleza en America, obra sin igual, y de la que se han reproducido algunas vistas con la mas escrupulosa exactitud. Los lectores de la *Revista Pintoresca*, podrán por este medio formarse una leve idea de esta inmensa gruta, que para recorrerla se necesitan tres dias y dos noches. Agreguemos como complemento de esta pintura fiel, que la maravilla del Kentucky no contiene reptiles ni otros animales perjudiciales, que el aire es tan puro que jamas se ha verificado la descomposicion y putrefaccion de los cuerpos, y finalmente que el fuego se mantiene allí siempre con suma facilidad. La temperatura de la *Gruta de los Gigantes* asi en invierno como en verano es de 59 grados, de Fahreinheit.

B. H. R.

LOS CASAMENTEROS.

I



Conozco una señora que tiene la mania de hacer casamientos; digo mania, por que si fuese interés, especulacion ó glotoneria, comprendiera la satisfaccion con que se encarga de esta clase de negocios; pero no reporta ninguna utilidad; ella no baila, come menos, ¿qué placer encuentra pues en asistir á una boda? ¿Será para oir las quejas y los reproches de aquellos que ha unido? esto sucederá con mas frecuencia que recibir las gracias de los que ha hecho felices. Hay en el mundo rarezas que no se sabrian esplicar.

Esta señora tiene siempre un crecido numero de señoritas que casar, jóvenes juiciosas... (pero nunca dice viejas), amables, complacientes, ingeniosas, pero ninguna rica; las que lo son no necesitan que nadie se ocupe en buscarles marido: estas tienen la irresolucion en elegir. Mas si los partidos que ofrece Mad. B..... no los favoreció la fortuna, son bastante ricos de virtudes y cualidades.

Desgraciadamente para las jóvenes pobres, nosotros estamos en la edad del oro, es decir, la edad en que el oro se considera como el primer poder de la tierra, como la verdadera fuerza motriz que presta movimiento á todo; se prefiere á la inocencia, y con frecuencia al talento; y, es forzoso confesarlo, creo que siempre ha sucedido lo mismo. Los hombres de otras veces no valian mas que los de hoy; la historia está ahí para convencernos; ¡qué de crímenes, qué de bajezas! y todo por el oro! Se humillan ante el poder, porque el poder distribuye los favores, los empleos, y estos son los que dan el oro. «Qué falta para hacer la guerra?» decia Federico el Grande, *dinero*, *dinero* y *dinero!*

Estas palabras del Rey de Prusia pueden aplicarse á todo. ¿Qué se necesita para ser respetado, adulado, para enamorar, para casarse? *dinero*, *dinero* y *dinero!*

Me respondereis: Conozco á muchos que no lo tienen y sin embargo se han casado.

Estoy conforme, no hay regla sin excepcion, y la prueba es lo que voy á referir; pero ¡qué de trabajos, qué de inquietudes antes de conseguir el objeto! ¿y puede considerarse como logrado obligándose, para no morir en el celibato, á ligarse á un ser por el que no se siente ninguna simpatia y que tal vez nos desagrada?

Pero dejemos estas reflecciones que nos llevarian demasiado lejos, y volvamos á esta señora que tanto le gusta hacer casamientos.

Madama B..... no puede casarme por que ya lo estoy, pero nunca me ve sin decirme:

—Buscadme un partido para mi Celestinita!... es una muchacha tan buena! tan amable, un carácter como se encuentran pocos! Nunca está de mal humor!... nunca con mala cara..... siempre contenta... aunque le duelan las muelas! Ah! qué dichoso será un marido con esta muger!

—Tiene algun dote?

—Ay! no... Ciertamente hace diez años se hubiera casado si tuviese dote.

—Diez años? Pues qué edad tiene vuestra Celestinita?

—De veinte y siete á veinte y ocho años... pero la inocencia misma; en cuanto á esto yo respondo.

—Si no me engaño, creo que es muy fea.

—Oh! no!... qué malicia! No es hermosa... es verdad, sobre todo desde que tuvo las viruelas, de cuyas resultas le ha quedado un ojo lloroso; pero esto no se le nota cuando rie: os aseguro que no es fea... no tiene nada de repugnante... Su sonrisa es muy agradable...

—Ah! si, está bien, su sonrisa!... pero entonces se ven sus encias y sus dientes que parecen los de un javali!...

—Ah! trocais las cosas... Sus dientes son un poco largos y amarillentos, es verdad... pero no están picados.

—Es una lástima..... es de una obesidad!...

—Convengo que no tiene un talle esbelto, y que sus rodillas se rozan un poco al andar, pero nada de esto se opone á que sea una escelente muchacha, muy laboriosa, muy económica, que dirigirá muy bien el manejo de una casa...

—Creo esperará marido por mucho tiempo; ser zamba... es muy feo. Comprendo que esto no impide guisar bien un cocido, pero sí quita la ilusion.

—Eh! Dios mio! mi caro amigo, qué gracioso estais! de dónde venis? Pues qué se casa uno siempre por amor!

—Entonces, cuando no es por eso, es por el dinero.

Nada de eso... Se casa uno por no estar solo... por tener una compañera... en fin por casarse!...

—Ah! si, comprendo... Como dijo *Berangger*, para que al llegar á su casa encuentre uno quien le traiga las *chinelas* y lo rodee de *atenciones*.

Madama B... habia dicho bien, no juzgaba fácil casar á la señorita Celestina, y por otra parte no me ocupaba de ello; pero un dia dió la casualidad que me dijera un amigo:

—Conozco un jóven que desea casarse... tendriais alguna muger que presentarle?

Me eché á reir, por que me acordé de Celestina, y contesté:

—Tengo una señorita que proponeros, pero no convendrá á vuestro amigo.

—Por que?... Oh! no será dificil... principio por deciros que no es rico, pero quiere que su muger tenga una ocupacion.

—Una ocupacion... á propósito, esta es pasamanera.

—Pasamanera? esta le convendrá. El está empleado, tiene mil seiscientos francos de sueldo, y ademas un pequeño tráfico de tapones que le produce de cuatrocientos á quinientos francos; desearia una muger que cuidase de su casa y sus tapones mientras está en su despacho.

—Qué edad tiene vuestro jóven?

—De treinta y seis á treinta y ocho años.

—Diablo, este es un jóven en la edad de la madurez!...

—Veamos, querido, enseñadnos vuestra jóven. Que diantre! creo que verla no cuesta dinero.

—Asi lo creo tambien, pero no soy yo quien la enseñe; os conduciré casa de una señora amiga suya que desea casarla; alli podeis arreglaros, pues os prevengo que yo no hago casamientos.

Dupont (este es el nombre de mi amigo) me suplica con repetidas instancias lo conduzca casa de esta señora. Conozco que Dupont es tambien aficionado á arreglar casamientos, pero se lo perdono, pues sé que el placer de asistir á una boda y tomar una indigestion.

Conduzco á Dupont casa de Mad. B... que lanza un grito de alegria luego que sabe el objeto de nuestra visita. Ella y Dupont se entienden bien pronto como si hubiese veinte años se conocieran; la conversacion es viva y lacónica como el estilo de Marivaux.

—Tiene buena figura vuestro amigo?

—No.

—Tanto mejor.

—Y vuestra jóven.

—No hablemos de hermosura.

—Comprendo, no importa.

—Pero laboriosa, amable, económica y arreglada...

—Muy bien; y respecto á intereses?

—Un pequeño ajuar y esperanzas.

—Es bastante.

—Está empleado vuestro amigo?

—Tiene un sueldo de mil seiscientos francos y una corta ecsistencia de tapones.

—Convienen perfectamente.

—Qué edad tiene la señorita?

—Edad... razonable.

—Esto no hace al caso, mi amigo no quiere niñas...

—De todo tiene Celestina menos de eso.

—Ha nacido el uno para el otro.

—Es menester fijar la entrevista.

—Lo mas pronto posible.

—Pasado mañana.

—Enhorabuena. Donde?

—En el Jardin Turco, por la noche, durante el concierto.

—Convengo; cuesta la entrada veinte sueldos, bien puede gastar mi amigo esta cantidad.

—Con que, pasado mañana, en el Jardin Turco, á las ocho.

—Alli estaremos.

—Yo llevaré un sombrero color lila... ademas este caballero nos acompañará.

—Está bien.

Era á mi á quien Mad. B... acababa de designar para darle el brazo y conducirla al Jardin Turco. No podia retroceder, pero como nunca me habia encontrado en una aventura de este género, no me opuse á los deseos de Mad. B... curioso de ver su desenlace.

II.

El dia señalado, fui á casa de Mad. B... una hora antes de la señalada para la entrevista, porque deseaba saber lo que Celestina habia dicho del proyecto de su amiga, por que la casamentera no era amiga de detalles

Todo lo encuentro en desorden casa de Mad. B... veo los preparativos del tocador, las pañoletas, los collares, las flores contrahechas; cintas estendidas sobre un sofá, la criada yendo y viniendo con una media caña en la mano. Sin embargo, Mad. B .. estaba completamente vestida.

—Qué va á suceder en vuestra casa? dije mirando todos los harambeles que desenvolvian á mi alrededor.

—Como, amigo mio, no adivinais! vamos á componer el tocado de la jóven casadera; aqui le daremos la última mano, por que Celestina no tiene mucho gusto, ni tampoco es coqueta; apuesto á que vendrá vestida como una lugareña; es indispensable que deje de poner mano en su tocado.

—Entonces he venido demasiado pronto, me iré.

—No es necesario!... Ella no cambiará de vestidos, debe traer los mejores; por consiguiente podeis quedaros no teniendo ninguna pretension á Celestina.

—Ninguna, os lo aseguro.

—Entonces permaneced; tampoco hay perjuicio en que ella se acostumbre á componerse delante de un hombre...

—Y qué dice de vuestro proyecto?

—Está encantada!... desde que lo supo ni duerme.... ni sabe lo que se hace, ni lo que dice... en fin ha perdido el juicio!...

—Pobre muchacha, tal vez no estará tan contenta despues haber visto al pretendiente.

Sonó la campanilla.

—He aqui á Celestina! esclama Mad. B...

En efecto era la señorita casadera que entra despavorida, diciendo: He llamado quizás un poco fuerte, mi buena amiga, pero no encontraba el cordon de la campanilla... desde esta mañana no sé lo que tengo... no encuentro nada!... Ah! perdonad, caballero, no os habia visto.

Miro á Celestina; jamás me pareció tan fea; llevaba un vestido de tafetan color pichon, una moña y un sombrero encima, una vesta de encage negro que le llegaba hasta las orejas, pero apesar de esto tenia un aire bastante raro, y los ojos encendidos como un tomate.

—Ah! querida mia! qué mal adornada vienes, dijo Mad. B... corriendo á quitar el sombrero á Celestina. Qué idea de adornarse asi! No ha sido en valde mi precaucion de que vinieses con anticipacion...

—Crei que este sombrero me iria bien.

—Estas horrible con él... Ah! Dios mio! tu ojo llora esta noche mas que de costumbre!... esto es desagradable, Has partido cebollas?

—Oh! no. .

—Te pondremos en la cabeza un ramilletito que bajará á tapar un poco el ojo... verás... y esta vesta negra te hace mas gruesa. Por qué quieres aparentar esto? como si no lo fueses bastante! voy á prestarte una manteleta blanca... Por qué no te has hecho las caderas?... tienes la figura de un mango de escoba...

—Es que yo no quiero nada postizo.

—Qué simpleza!... postizo... postizo!... cuando no se tiene verdaderamente, es necesario aparentar... Justina, traeme un corsé que ajuste bien.

—Mi buena amiga, he soñado esta noche que veia un caballo rojo que galopaba en los aires...

—Es muy buena señal... caballo rojo, esto anuncia el buen écsito de las empresas... galopando, indica tu pronto casamiento...

—Y despues yo monté en el caballo...

—Mejor pronóstico aun... Siéntate aquí, compondré tu tocado...

Mad. B... pone muchas flores en la cabeza de Celestina, consultándome á cada una.

—Cómo la encontrais con estos jazmines?...

—No es feo el jazmin...

—Es muy pálido... probemos esta amapola... bien? qué decis?

—Me gusta la amapola.

—No, tiene el color muy subido... Veamos estos junquillos... la encontrais mejor asi?

—No son desagradables los junquillos.

—Ah! Dios mio! qué iba yo á hacer!... un ramillete amarillo.... qué horror!..... quitémoslo pronto!... ah! esta rosa... linda rosa... no es verdad?

—Os confieso que no me gusta tanto la rosa...

—Estais equivocado... Llevarás la rosa... Celestina.. Dios mio! cómo llora tu ojo esta noche; lo bajarás; comprendes?

—Y el otro, mi buena amiga?

—Tambien esto no es menester decirlo; procurarás hacer una monería bajando uno, y levantando el otro! Quiero ponerte aun dos peinecitos y estarás encantadora.

La pobre muchacha se dejaba acicalar como la otra queria; en tanto que Mad. B... le pone los peinecillos, le oí decir á media voz:

—Qué edad habeis dicho que tengo, amiga mia?

—Veinte y ocho años.

—Os habia suplicado digéseis treinta y dos.

—Déjame hacer, cuando una muger dice tener veinte y ocho años se sabe muy bien que tiene treinta y dos.

—Pero si tengo treinta y cinco...

—Eso no le hace!... con tal que no los aparentes.

Por último concluyó el tocado; Mad. B... hizo se pusiese en pie Celestina; que se volviera y anduviese delante de ella; diciéndole:

—No te pongas tan erguida... asi... no balancees el brazo izquierdo como el aspa de un molino de viento... muy bien...

—Qué os parece, caballero?

—Señora mi opinion es que no tengo voto.

—No os comprometereis; pero son las ocho, es preciso partir.

—Las ocho ya! esclamó Celestina palideciendo. Ah! mi buena amiga, creo voy á ponerme mala!...

—No lo anuncieis! y delante de este caballero no está bien hacer esa tonteria. Un hombre que no tiene mas que mil seiscientos francos de sueldo y que vende tapones, no se casará con una muger que padece vahidos y se desmaya; es forzoso que lleve un buen dote para que el marido sufra esas impertinencias. Vámonos.

—Un momento, señoras, antes tengo que ir á buscar un coche.

—Es inútil, está bueno el tiempo y no está lejos; iremos bien á pie.

—No, os aseguro que yo no voy á pie.

—Es V. muy galante.

—No habia en esta accion ninguna galanteria, pues no estaba de humor de salir del brazo con la señorita Celestina; la encontraba horrorosa; las flores y los lazos con que habian adornado su cabeza, aumentaban considerablemente su fealdad; ya habia pensado seria un momento terrible el en que entrase con ella del brazo en el Jardin Turco, y sentia haber aceptado el compromiso de acompañarlas.

Llega el coche y bajamos: en la escalera Celestina se pisa el vestido cinco ó seis veces y cae dos sobre mi espalda.

Bien veis, dije á Mad. B... que tuve razon al querer tomar un coche; á pie nunca habria llegado Celestina al Jardin Turco.

—Es la dicha lo que le hace se le lien las piernas.

—Si esta muger fuese mucho tiempo feliz, no tardaria mucho en romperse las narices.

III.

Llegamos en efecto, y veo con sentimiento la mucha concurrencia que habia en el Jardin Turco, aquella noche se egecutaba un concierto *monstruo*, la afluencia era considerable. Muy pronto tomé mi partido, doy el brazo á las dos señoras, me encasqueto el sombrero hácia atrás, levanto orgullosamente la cabeza y me digo á mi mismo: Nos tomarán por estrangeros.

No sé por qué nos tomaron, pero siento á nuestro paso un murmullo de risas y cuchicheos que nada me gustaron. Arrastro las señoras, echo á rodar algunas sillas, rompo un espejo que llevaba un muchacho, y por último nos sentamos. Habria querido hacerlo en un bosquecillo, pero la cita estaba dada en el Jardin, y no habia mas remedio que esperar allí.

Se deja oir la música *monstruo*; pero aquellas señoras nada escuchan, pues no hacen mas que buscar á Dupont y á su amigo con la vista; no habian venido aun. Observo algunos jóvenes que se detienen á nuestro lado para mirar á Celestina; uno de ellos murmura al alejarse: Es como el concierto. Tambien era yo de su opinion.

Tocaban el lindo cuarteto de *Venecia*. Habia olvidado mis dos damas, era todo oidos, y principalmente cuando la corneta de pixton principió á egecutar un solo, pero en lo mejor de él esclama Mad. B...: Allí van!...

Este *Allí van* fue pronunciado tan alto que todo el mundo se volvió para mirarnos, y cada uno murmuraba:

—Ah! allí van!... quienes son?... Esperan aqui algunos príncipes ó notabilidades?

Juzgad de la sorpresa general al apercibir los dos caballeros que habian arrancado aquella esclamacion. Dupont es un hombre ordinario, pero su jóven compañero merece el trabajo de que se describa; es una gran estatura que tiene cerca de seis pies de elevacion, y que parecia querer competir por su obesidad con el hombre-esqueleto que se dejaba ver en los boulevard; la cabeza separada de los hombros por un cuello que causaria envidia á un camello, su tez color de aceituna, y la nariz tan roma que desde lejos se podia creer no la tenia; por último era sopo de un pie, lo que daba á su modo de andar un balanceo que no podia pasar por gracioso.

Por todos lados oia risas. Esta es la tertulia, monstruo esclamó uno. Es mas monstrua que el concierto, dijo otro.

En esto llegaron los dos caballeros junto á nosotros. Habia tenido cuidado de guardarles asiento, pero aun estando sentado, la cabeza del novio sobresalia á todas.

Se saludaron en silencio, cambiaronse los cumplidos de costumbre, pero Dupont y Mad. B... eran solos los que hablaban. Celestina no se atrevia á levantar los ojos, con todo, yo aprobaba su determinacion. El jóven se inclina, saluda y no habla mas; yo me contento con observar.

Sin embargo, el tiempo corre, los novios nada se habian dicho aun; pero él al mirar á Celestina hizo una mueca que ocultó completamente su nariz, y Celestina despues de haberse atrevido á enseñar un ojo que no lloraba entonces para ecsaminar á su futuro, hizo otro movimiento que indicaba no quedar satisfecha.

Conozco que Mad. B... está contenta; esta toca al codo de Celestina y le dice al oido:

—No te pellizques los labios, eso es de muy mal tono. Ya te he dicho que no mires mas que á la punta de tus zapatos.

—Oh! he mirado otra cosa... y hubiese mejor querido no levantar los ojos.

—Por qué dices eso?

—Por que me parece muy feo este caballero.

—Querida mia, no hay que hacerse la des-

contentadiza cuando se tienen treinta y cinco años y no hay ni un sueldo de dote... Por otra parte tú no eres tan hermosa, y si se va...

—Es verdad, pero yo no tengo como él un pie sopo.

—Que importa! eso no se ve cuando se está acostado!

—Yo no me caso para estar siempre acostada!...

—Pues mira no suceda asi.

En tanto que este diálogo tenia lugar á mi izquierda se entablaba el siguiente á mi derecha.

—Y bien! amigo mio, no decis nada á esta señorita?

—Si nada tengo que decirle!

—Debierais haberos puesto esta noche dos corbatas.

—Me he puesto tres.

—Entonces cuatro, esto hace parecer el cuello mas corto. Qué pensais de la jóven?

—Que la encuentro bastante fea.

—Ciertamente no es bonita, pero tiene una de esas figuras á las que se acostumbra uno..... Y despues las virtudes, las cualidades... eso es lo esencial en una casa.

—Si, pero... es demasiado fea.

—Eh! mi caro amigo, os creeis quizás un Adonis! con vuestro pie sopo, vuestro largo cuello y vuestra pícara nariz?...

—Me conozco bien... pero esto no impide que ame la hermosura.

—Pues os aconsejo que la ameis desde lejos; cuando no se tiene mas que un destino y tapones que ofrecerle, la hermosura nos trata con rigor.

—Entonces no me casaré.

—Y entonces se dirá: No se ha casado porque nadie lo ha querido.

Dejan de hablar. Dupont no está contento; se desvanece la comida de bodas que veia en perspectiva. Mad. B... está muy disgustada por que es el noveno partido que perderá Celestina. El jóven lleva el compás con el pie; parece no ocuparse mas que de la música, y Celestina principia á mirar á derecha é izquierda, porque la presencia de aquel hombre le habia llegado á ser indiferente.

El tiempo volaba, tocaron la última pieza del concierto. Ecsaminé en silencio los dos personages que habian querido casar, y principié á conocer que no los habia mas adecuados; Dupont y Mad. B... por el contrario perdian todo esperanza de unirlos.

Entonces me ocurre una idea burlesca, y en tanto que Dupont me dice con un tono lastimero:

—Es un negocio desgraciado!... y que Mad. B .. responde:

—No hay simpatias, yo dejo escapar un *puede ser* que los hace estremecer de alegria; despues me dirijo á la sociedad en general:

—Me parece que podiamos, ademas de oir la música, hacer otra cosa?... Vamos á colocarnos en uno de estos bosquecillos delante de una mesa. Propongo y ofresco á todos ponche; espero que esto nos reanime un poco pues tenemos necesidad de ello.

Mi proposicion es aceptada. Doy con resolucion el brazo á Celestina... (es menester advertir que ya se habia ido la mitad de la sociedad). Me siguen, entro en un bosquecillo y pido un bol de ponche.

Lo traen y principio á servir.

—Me gusta mucho, dijo Celestina, pero no lo bebo nunca.. temo se me suba á la cabeza.

—Eh! Dios mio! querida, no es ocasion de hacerse la melindrosa... dijo Mad. B... te gusta, bébelo!... si te se sube á la cabeza estarás un poco mas perezosa mañana.

M. Pincelure, este era el nombre del hombre grande, esclama:

—Puedo beber ponche sin ponerme nunca malo; cuando estaba la armada francesa en España lo bebia con mucha frecuencia... tengo fuerte la cabeza, nada me hace mal...

Yo cuido á M. Pincelure, que apura los vasos como si fuesen de agua; y Celestina que parece estar acostumbrada, no hace muecas al beberlo. Aun no se habia acabado el primero cuando pedi el segundo. Como lo habia previsto, el ponche principió á hacer su operacion; estábamos mucho mas alegres que antes de entrar en el bosquecillo. Mad. B... canta con la orquesta la galop de *Gustavo*; Dupont meciéndose en su silla se atraca de almendrados y mira á las señoras con el lente; Mr. Pincelure habla á diestro y siniestro, y Celestina rie.

—Viva la música, dijo el hombre grande; ella me anima... yo no bailo á causa de mi pie sopo, y sin embargo me gusta mucho el baile!... Una vez solamente me arriesgué á bailar una galop... caí con mi pareja y pasaron sobre nuestras costillas la mitad de los galopantes!...

—Yo, dijo Celestina nunca he podido ir á compás; no tengo oido ninguno, y equivoco las figuras impidiendo bailar á los demas... pero no me ha sucedido esto con frecuencia; cuando voy á un baile, me ocupo en hacer primores: nunca me sacan á bailar...

—Y á mi me rechazan siempre.

—Ah! ah! ah!

—Esto va bien, dije á medida voz á Mad. B... y continué llenando los vasos.

—Es mas amable que creia, dijo muy bajo Celestina hablando de M. Pincelure.

—Tiene un aire bonachon! dijo el hombre grande hablando de Celestina.

Yo cuidaba de animar la conversacion.

—Caballero, dige dirigiéndome á Pincelure, no os hagais el modesto, confesad que un pie sopo no impide haber tenido aventuras galantes.

—Puede ser; pero las mias nunca han tenido buen resultado. Una vez me dieron una cita en una calle estrecha; esperé en ella dos horas, y concluí por ser bañado de un modo poco agradable. En otra ocasion hablaba con una señora; de pronto me dijo: Ahi viene mi marido; salvémonos! y echa á correr, yo quiero hacer lo mismo, pero me dejo coger por el marido, y soy apaleado en medio de la calle. Decididamente, es forzoso que renuncie al amor.....

—Y al casamiento?

—Mucho mas!... Una vieja profetiza me ha dicho que si me caso alguna vez seré...

—El qué?

—Seré... oh!... estas señoras lo habran adivinado.

Las señoras reian mucho; Celestina lloraba á fuerza de tanto reir, lo que la embellecia poniendo en mas armonia sus ojos; Mr. Pincelure no dejaba de hablar si no es cuando llegaba el vaso á los labios, lo que sucedia con frecuencia.

Asi pasamos mas de una hora en el bosquecillo, el concierto habia concluido sin que lo notásemos, sosteniamos una conversacion *monstruo* que reemplazaba á la música; Celestina no dejaba de repetir:

—Qué amable se ha vuelto este hombre grande.

Y Mr. Pincelure decia á cada momento.

—Esta señorita parece mas bella de noche!

De pronto gruesas gotas de agua caen dentro del ponche.

—Ah! Dios mio! una tormenta, esclama Mad. B..... y yo que traigo mi sombrero color lila!

—Y yo mi mejor vestido, dijo riendo Celestina.

—Venid á esta tienda, señoras... estareis á cubierto, pasará pronto...

—No creo suceda asi, dige; por otra parte son las once y media, seria mejor tomar un coche.

—Las once y media!... Dios mio! qué pronto ha pasado el tiempo!

M. Pincelure dió el brazo á Celestina para conducirla á una tienda, cuando llegaron, fuese por olvido fuese por distraccion, continuó apoyada en el brazo del caballero grande.

La tormenta arreciaba, corro á la puerta y no veo mas que un fiacre, lo hago parar y me vuelvo donde estaban todos.

Dupont y Mad. B... se ocupaban en recogerse la ropa para preservarla de la lluvia; desde lejos hago una seña á Mr. Pincelure, que acude con Celestina, los hago salir del jardin, los impelo hácia el fiacre y los hago subir.

—Y Mad. B...? balbucea Celestina.

—No os inquieteis por ella, está en el otro lado, yo la conduciré.

—Pero Mr. Dupont?...

—Está ya bien lejos.

—Pero...

—Pero..

No escucho mas, vuelvo á cerrar la portezuela.

El ponche, la tormenta, mi precipitacion, todo los aturde, y el cochero, á quien habia dado las señas de la casa de Celestina, hizo partir los caballos antes que tuviesen tiempo de mirarse.

Vuelvo al lado de Mad. B...

—Donde está Celestina? me dice; qué ha hecho V?

—Los he obligado á casarse.

—Ah! buena broma!

—Ahora apuesto á que se casará con Mr. Pincelure!

—Puede ser!... pero donde están?

—Han partido en un fiacre!...

—En fiacre... los dos!.. Ah! qué habeis hecho? y la decencia?

—Quien os ha dicho que será ultrajada?... Por otra parte, cuando debe efectuarse un casamiento es forzoso disimular alguna cosa, y os prometo de nuevo que este matrimonio se efectuará. Os costará un vestido lleno de lodo y un sombrero un poco mojado, por que el fiacre en que han partido era el que quedaba... no hay ninguno mas en el boulevard, está sucio y roto.

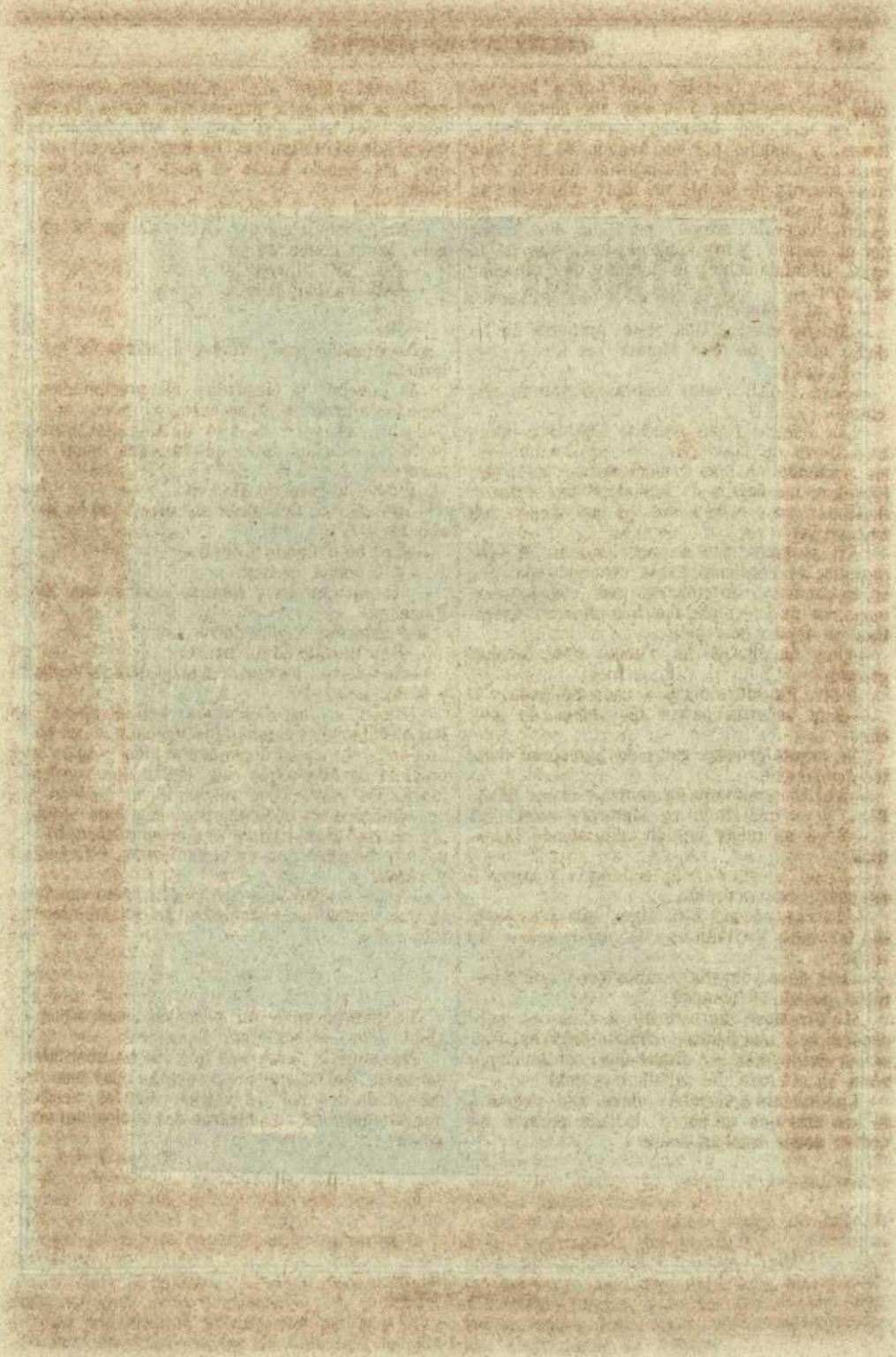
—Nada sentiré si se efectua!... pero confieso que nunca he visto hacer un casamiento de este modo.

IV.

Un mes despues mi pronóstico estaba cumplido. Celestina era Mad. Pincelure.

He aqui la única vez que me he mezclado en hacer un casamiento; para lo cual solo he necesitado dos bol de ponche. Bien es verdad que tampoco se encontrarán dos novios tan originales.

T. POR J. C.





VISTA DE STRASBURGO.

Á MESA REDONDA.

Estaban una tarde de verano, tres viageros hablando familiarmente en la posada de la Flor de Strasburgo. Hacia un calor excesivo, y por tanto es inútil decir que los viageros, despues de visitar los mas curiosos monumentos de la ciudad, como la Catedral, el Palacio real, la antigua casa de nuestra Señora, llamada el Frauenkaus, el Palacio de la Moneda, el paseo de Broglie y otras cien cosas mas, se morian de sed.

--Que no estuviéramos en Nápoles! dijo uno de los tres, con un acento aleman de los mas pronunciados, tendriamos helados para refrescarnos, y no seria necesario aguardar tanto los sorbetes que hemos pedido al muchacho, y que tanto tarda en traer.

--Cómo es eso? replicó su compañero con un acento italiano.

--Es que en Nápoles, la nieve es un objeto de monopolio, como en Francia el tabaco. El Rey de las Dos Sicilias ha conservado una antigua costumbre, en virtud de la cual, este ramo de comercio, está exclusivamente adjudicado á una compañia que paga al Estado un impuesto anual por su privilegio, sin que por esto pueda vender la nieve mas que á un precio módico é invariable; ademas se espondria á sufrir una enorme multa, si faltase en la ciudad este artículo. Una vez el monopolio establecido, cosa siempre funesta, el gobierno napolitano se ha mostrado al menos cuerdo, sosteniéndolo con severidad, por que hay pocas causas mas capaces de escitar un levantamiento en Nápoles, que la falta de nieve durante la canícula, y es por otra parte el origen de una venta considerable para el tesoro.

En Nápoles, el yelo se consume por todas partes; en casa de los particulares, en sus comidas, en los cafés, en las neverías; en sorbetes, en limonadas, en frutas, en bizcochos y bajo mil formas. Ademas, una multitud de vendedores errantes, llevan frutas y jarabes helados, de una calidad inferior, y los *acquaioli* (aguadores), enfrian tambien con nieve el simple brevage que venden á los transeuntes en las esquinas de cada calle.

En la mesa se sirve la nieve no solamente en pequeñas vasijas de hojadelata, para refrescar el vino, sino tambien en unas sangraderas, en donde cada uno toma un pedazo cuando se dispone á beber. El refinamiento de la moda, consiste en colocar este pedazo de yelo en la abertura de un vaso de plata, y vaciar el vino despacio por encima, de manera que filtre gota á gota. Ademas de que esta mezcla tiene algo de agradable, á la vista produce una pequeña fermentacion, que dá al buen vino de *Capri-Rosso*, por ejemplo, un gusto picante y mayor fuerza.

Los cafés, que son bastante numerosos en Nápoles, venden de todos helados durante el verano. Todos los dias, desde las ocho de la mañana hasta la cinco de la tarde, no se toma generalmente mas que sorbetes y limonadas, pero desde esta hora hasta las doce de la noche, se hace un consumo incalculable de refrescos helados de todas clases. Los ciudadanos de la clase media, entran en los cafes, pero la gente rica se queda fuera en sus carruages, y se hacen servir helados de las frutas mas exquisitas. Es necesario confesar que los napolitanos y los sicilianos, son los primeros neveros del mundo; los de Paris, ocupan la segunda línea, y apenas los de Inglaterra pueden ocupar la tercera.

Mientras que los cafés surten de helados á la clase media, los vendedores ambulantes refrescan á las clases pobres. Todas las tardes del verano á lo largo del Muelle, en los alrededores del puerto, y en los otros lugares mas frecuentados por el pueblo, estos vendedores hacen alegremente su negocio.

Si su mercancia es menos sustanciosa, en cambio tiene mas salida, y la frescura nunca le falta.

Por la moneda mas ínfima, los marineros, los *calessieri* fatigados, los obreros despues de su trabajo, y una gran multitud de artesanos, se procuran una cosa dulce y fresca, que el mercader bautiza á su modo. Los Domingos y los dias de fiesta, encontrareis por todos los sitios de la ciudad, en las calles y plazas, y fuera de ella, multitud de estos vendedores de géneros helados, que os atolondraria, con su ruidosa elocuencia, mezclada á los gritos de los vendedores de melones de agua que les hacen concurrencia.

Pero el mayor consumo de nieve y generalmente el mas útil, es el que se hace en casa de los *acquaioli*. Nada hay mas singular y pintoresco que las tiendas de esta especie de aguadores. Una mesa alta ó un banco ocupa toda su longitud; á cada estremo se elevan dos columnas de madera, que sostienen una barra de hierro, de la que están colgados barriles llenos de agua; las columnas están coronadas por un arquitrave, y un frontal de forma fantástica terminan la fachada de la tienda, que suele tener por lo comun cinco pies de largo, por cuatro de ancho y doce de altura. Hállanse adosadas á una pared en el rincon de una calle, pero puestas de manera que deje un espacio suficiente para que el vendedor pueda estar sentado ó en pie entre la pared y su banco. Estas tiendas, sin su adorno y pinturas parecerian púlpitos, mas tales cuales son, se parecen á unos pequeños templos chinos, portátiles. Se les conoce desde lejos por la vivacidad de colores con que están pintadas. La madera está groseramente labrada, y comunmente doradas sus partes mas salientes. Estandartes flotantes y plumas de pavo real, adornan su techo, mientras que el mostrador y las dos columnas están llenas de vasos de todos tamaños y formas. Otros vasos confundidos con botellas, frascos, naranjas y limones, cubren el mostrador en un admirable desorden; despues de esta mezcla, sobre una alta silla arrimada á la pared, está el ministro de este pequeño templo, el *acquaiola* con un gorro de algodon blanco ó colorado en la cabeza, con un ceñidor de seda encarnada, y la garganta, el pecho y los brazos enteramente desnudos, teniendo en la mano derecha una enorme tenaza de hierro que le da el aire de un sacamuelas, de la cual se sirve solamente, para esprimir el sumo de sus limones y naranjas en los vasos de los sedientos transeuntes.

Cada uno de los barriles colgados tiene una ancha abertura para introducir los pedazos de nieve.

El *acquaiola* agita su barril hasta que aquella se ha disuelto en el agua, y lo mueve tambien una ó dos veces siempre que saca un vaso para algun marchante. Este agua deliciosamente fresca, no cuesta mas que un ochavo el vaso; por un cuarto el mercader le echa limon ó naranja y algunas gotas de sambucco, que es una destilacion de la flor de sauco, de color azulado ó mas bien lácteo, y de un gusto particular que no deja de ser agradable luego que está mezclada el agua. De esta manera se hace un consumo muy considerable. El *acquaiola* no despacha rom, ni aguardiente, ni algun otro espíritu; no vende mas que agua.

Los estrangeros se sorprenden al ver que los napolitanos á la hora de mas calor del dia, y cuando están mas sudando y cansados por el trabajo ó por los ardores del sol, se pasen delante de un *acquaiola* y beban sendos vasos de agua helada, sin esperimentar ningun daño. Pero si los estrangeros están en Nápoles un verano seguido, imitan luego á los napolitanos, y como ellos, durante los grandes calores, recurren al *acquaiola* muchas veces al dia.

En Palermo y en toda la Sicilia, encontrareis los *acquaioli*, y en tanto número como en Nápoles. Los napolitanos traen de Italia su provision de nieve; y el monte Etna, la suministra á la Sicilia y á la isla de Malta; sus cumbres y escavaciones ofrecen una mina inagotable á los proveedores de la compañia. Para beber frio, no hay pais como la Italia.

—Teneis razon, replicó el viagero italiano; asi como solo la Europa merece la preferencia entre las demas parte del mundo. Cada pais tiene sus usos; yo vengo del Oriente, y prefiero todavia esas alsacianas con sus cortos guardapies, nariz respingada y sombreros de paja llenos de escarapelas de cintas, á las bellas, es decir, á las obesas musulmanas teñidas de henneh.

—De henneh? preguntó el aleman.

—Si, Linneo, ya lo sabeis, ha dado al henneh el nombre de *lawsania;* es la especie de que habla nuestro viajero la *lawsania* de los botánicos, de hojas sin cabo, largas y agudas por sus dos lados *foliis sessilibus, ovatis, utrinque acutis;* es el *kupros* de los antiguos griegos, el *kacopher* de los hebreos; los árabes le llaman *henneh* ó *hanna*, y los turcos *kanna* ó *al-kanna*.

A esta especie se agrega, segun Olivier, el henneh alba y la *acronycia* que este viajero ha hallado en el Oriente. El *lawsania* es un gran arbusto muy numeroso en Egipto; crece en abundancia en los alrededores de Roseta, y es uno de los principales adornos de los jardines de esta ciudad. Su raiz se arraiga profundamente, y con toda facilidad en terreno blando, grueso, y arenoso, y crece mas que los otros: es uno de los que mas lisonjean la vista y el olfato. El color poco subido de su corteza, el verde claro de sus hojas, la media tinta blanca y amarilla de las flores, reunidas en gran-

des racimos como los de lila, y el tinte encarnado de los racimos que los sostienen, forman un conjunto agradable. Estas flores cuyos matices son tan delicados, esparcen á lo lejos un olor suave y perfumado, embalsaman los jardines, las habitaciones á que sirven de adorno. Las mugeres las llevan al baño.

Una singularidad notable es que el perfume que ecsalan las flores del henneh deja de ser agradable luego que se huelen de cerca; entonces sobresale un olor espermático, y si se aplasta una de estas flores entre los dedos prevalece este último olor. Se saca de estas flores por la destilacion una agua, la cual se sirve en los baños, y con la que se perfuman para ir de visita y para las ceremonias religiosas, tales como la circuncision y el matrimonio, lo mismo que en las fiestas del Bairan y del Courban-Bairan.

Las mugeres del Oriente se sirven del henneh para teñir sus cabellos de color bermejo y sus uñas de encarnado. Esta coqueteria es comun á todas las orientales, y nada tiene de particular que en las comarcas donde el negro es el color general del cabello, pase el bermejo por el mas bello adorno, y que los orientales tengan tanto mas deseo de procurárselo por artificio, cuanto mas avara se ha mostrado la naturaleza en este particular.

Los africanos tambien tiñen sus uñas y hasta sus manos, de un color naranjado que sacan de esta hoja.

En algunas comarcas se ve á los hombres teñirse la barba y untarse la cabeza con henneh creyendo que fortifica los órganos, y que impide la caida de la barba y del mechon de cabellos que conservan sobre la cabeza los sectarios de Mahoma.

Tambien se hace con la hoja seca del henneh unos polvos verdosos que deslien en el agua para frotarse las partes que se quieren teñir; se envuelven luego en un lienzo, y al cabo de dos ó tres horas el color de naranja se queda fuertemente fijo.

Los antiguos hacian igualmente uso de las hojas del henneh para teñirse los cabellos y las uñas de los dedos de las manos y de los pies, porque todas las momias que se han encontrado, tienen las uñas teñidas en color de amarillo naranjado. Otros han dicho que este color podria haber sido producido tambien en las uñas de las momias, por la accion de los betunes que empleaban para embalsamar á los cuerpos.

Las propiedades útiles y reconocidas del henneh no se limitan á los objetos de gusto y de moda; las artes sacan tambien sus ventajas de los polvos de estas hojas que sirven para procurar en el tinte, segun la mezcla, los grados de color desde el amarillo hasta el rojo mas subido.

Las hojas de este arbusto son recogidas con cuidado y hechas polvos en los molinos construidos al efecto.

La cantidad que el comercio envia á todas las posesiones turcas y persas es inmensa, y de una grande utilidad para el Egipto.

Se cargan anualmente para Alejandria catorce ó quince buques de estas hojas reducidas á polvos, y se espiden para Smyrna, Constantinopla y Salónica, de donde pasan al norte de la Europa, para ser empleadas en tinte de las pieles y en la preparacion de cueros.

Los esperimentos que se han hecho en Egipto por los químicos franceses, han demostrado que la parte colorante del henneh es muy abundante, y que se podria teñir con ventaja las telas de lana, obteniéndose colores diversos, segun se empleasen estas hojas, solas, ó con mezcla de alumbre ó con sulfate de hierro. Las mugeres orientales se tiñen tambien las cejas y el borde de los ojos con antimonio.

Lo que nosotros llamamos hoy dia antimonio es el *estibium* de los latinos. Los árabes llaman al metal que emplean en la composicion de este tinte *al-ka-bol*. Plinio refiere que se daba á este metal el epiteto de *platy-othalmon* es decir propio para dilatar los ojos.

El uso de pintarse las cejas es muy antiguo en los pueblos orientales y entre los árabes, puesto que la Sagrada Escritura hace mencion que Jesabel se teñia los ojos. Otter llama *Sirma* á este colyrio, con el cual las mugeres se ennegrecen los párpados y los bordes de los ojos para hacerlos mas vivos.

Olivier en su viaje á Persia y Egipto, da la receta de esta pomada, como tambien la con que estos pueblos se tiñen las uñas de color de naranja; dícese que con la mira de realzar su belleza los dos sexos se untan las cejas y párpados con una pomada negra de antimonio; que las mugeres prolongan ademas por ambos lados el negro que se ponen en el borde de los párpados, á fin de tener en la apariencia los ojos mas grandes.

Estas grandes cejas negras, y el negro de los párpados prolongados á ambos lados dan á la muger un aire duro, esquivo y feroz, sobre todo cuando tiene la tez blanca y los ojos azules.

El rasgo mas notable de belleza en el Oriente es tener grandes ojos negros, y la naturaleza ha hecho de esto, como se sabe, un signo caracteristico de las mugeres de estas comarcas; pero no contentas con este don, generalmente todas las orientales, quieren que sus ojos parezcan mas grandes y mas negros que lo que son, y para conseguirlo se tiñen las cejas y los párpados con la galena de plomo (*galena tessulata*) llamada en el comercio *alquifol*. Redúcenla á polvos, á los cuales dan la consistencia mezclándolos con el vapor fulginoso de una lámpara; las mas opulentas emplean el humo del ámbar ó de cualquiera otra materia grasa y odorifica, y conservan esta droga preparada en pequeñas redomas. Tíñense con es-

ta composicion las cejas y los párpados, y con un pañillo se ennegrecen tambien las pestañas, pasándolo ligeramente entre los dos párpados.

—Caballero, dijo el aleman al italiano, me perdonareis si os pregunto cual es vuestra profesion, cuando hablais tan científicamente del Oriente y de sus producciones?

—Yo soy un mercader como todo el mundo. He estudiado, y debo procurar no perder lo aprendido. Observo pues lo menos mal que puedo, á medida que viajo, y recuerdo cada dia alguna cosa curiosa como lo que os he dicho del henneh, y que me ha parecido interesaros. Y á mi vez, podré haceros la misma pregunta, á vos que nos habeis referido tantas observaciones curiosas sobre mi propio pais?

—Yo soy tambien mercader.

—Dios mio! dijo para sí, el tercer viagero que escuchaba en silencio, ¿en dónde se detendrán los progresos de la ciencia y del espíritu humano, cuando simples mercaderes han adquirido tan grandes conocimientos, y estudian con tanta firmeza y sagacidad los paises que recorren?

Este viagero era un ingles, y se llamaba Walter Scott.

T. por A. Castillo y Gutierrez.

ABOLICION DE LAS SUTTIS EN LA INDIA.



El 30 de Agosto de 1838 fue la ciudad de Odipur teatro de una solemnidad terrible. Los multiplicados cañonazos anunciaron á las doce del dia la muerte repentina del maharana Juwan Singh; y segun la costumbre de los climas tropicales, comenzaron en seguida los preparativos para sus funerales. La poblacion acudió en tropel á las puertas de palacio. No era la pompa de un entierro real lo que escitaba su curiosidad. Iba á contemplar un espectáculo muy diferente. En efecto, los pies de mugeres esculpidos en los túmulos de los soberanos, señal distintiva de una Sutti (*), le aseguraban que las cenizas de un príncipe de Odipur no se reunirian con las de sus antecesores sin que una de sus mugeres ó concubinas se quemase con su cadáver en la misma hoguera. Pero se preguntaba con incertidumbre, cual de las mugeres se resolveria á cumplir este último sacrificio. Se sabia que la mas jóven de las dos reynas descendia de una familia en que esta costumbre se practicaba muy rara vez, y por otra parte, habia sido tan repentina la muerte del maharana, que sus demas mugeres no habian tenido tiempo para prepararse á una resolucion tan desesperada. Grande fue por tanto la admiracion del pueblo, cuando supo que las dos reynas y seis de las siete concubinas, apenas llegó á su noticia la muerte de su esposo se habian decidido espontáneamente á arrojarse á la hoguera. La otra concubina (una favorita) habia rehusado participar de la suerte de sus compañeras con el pretesto bastante característico de que no se sentia con todo el entusiasmo que exigia la santidad del sacrificio.

Los principales nobles intentaron hacer renunciar á aquellas víctimas voluntarias á su fatal proyecto; pero estas en lugar de darles oidos se apresuraron á hacer su determinacion irrevocable; y soltándose sus cabellos, y cubiertas con sus velos corrieron á la puerta de la zenana y se mostraron al pueblo reunido. Desde aquel momento nadie tenia derecho de oponerse al cumplimiento de sus deseos, pues se las consideraba como consagradas al difunto monarca. Principiaron en seguida sus solemnes rezos. A cada gesto que hacian daban los circunstantes un significado misterioso, y cada palabra que salia de sus labios les parecia un oráculo.

Durante este tiempo se habia preparado una gran pira de leña. Las ocho víctimas atavia-

(*) Sutti ó Sati es una palabra que se aplica á la persona y no á la costumbre. Significa muger pura y virtuosa, y sirve para designar á la esposa que concluye su feliz vida conyugal con el acto del Saha-gamana, es decir, quemándose con el cadáver de su esposo; pero generalmente se usa para designar la costumbre misma.

das con sus mas ricos adornos se dirigieron al cementerio montadas en lujosos caballos. Allí se despojaron de sus aderezos y joyas y las distribuyeron entre los espectadores, y subiendo en seguida á la pira se colocaron en órden al rededor del cadáver. Como el maharana no habia dejado hijos, su sobrina, actual soberana, puso fuego á la leña. A esta señal principiaron á sonar los instrumentos, con los cuales se mezclaban los cánticos de los sacerdotes y los gritos de la multitud. Algunos minutos despues el fuego lo habia consumido todo...

Se cree generalmente en Europa que la bárbara costumbre de las Suttis habia sido abolida por lord William Bentinck hace unos veinte años. Esta opinion es cierta y falsa al mismo tiempo. Lord William puso coto á las Suttis en el término que estaba bajo su autoridad, pero fuera de este límite sus órdenes prohibitivas quedaron sin efecto. Es decir que de 77 millones de habitantes que contaba el Indo, obedecieron 37 que estaban sujetos á la Inglaterra; y 19 cuyos soberanos sufrian cierta servidumbre se sometieron igualmente; pero los 21 millones restantes no hicieron caso de una órden que no se les podia obligar á cumplir, porque los Estados á que pertenecian no habian contraido hasta entonces con Inglaterra sino simples tratados de alianza. Entre aquellos Estados se hallaba el reyno de Odipur ó de Meywar. Cuando supo lord Auckland, gobernador general en 1838, el horrible sacrificio humano que se habia verificado en aquel reyno, debió limitarse á una protesta no oficial, y con sus instrucciones el embajador espuso al nuevo soberano el horror que habia causado al gobierno ingles la noticia de aquella Sutti, en que el mismo futuro monarca habia desempeñado un papel tan importante. Lord Auckland preguntó, qué recompensa debia acordar á los nobles que habian tenido empeño de disuadir á las víctimas de su proyecto. Interrogados á este objeto los nobles por el ministro, contestaron, que se les haria una grave injuria si atribuian su conducta á otro motivo que al cumplimiento obligatorio de una pura formalidad.

Asi es que apenas hace trece años, 19 millones de indios veneraban todavia hasta ese estremo las costumbres de las Suttis, sin que el gobierno ingles pudiera oponerse á su celebracion á pesar de sus protestas. Posteriormente se ha efectuado un cambio completo en sus ideas, sus sentimientos y sus costumbres. Los anales de la India no contienen egemplo de una revolucion religiosa como esta. En menos de diez años mas de la mitad de los grandes Estados independientes se han decidido á renunciar á un rito considerado hasta entonces, no solo como sagrado, sino tambien como una especie de milagro permanente que atestiguaba su fe. Y, lo que es mas estraño, la voluntad de un solo oficial ha bastado para librar á aquellos pueblos ignorantes de yugo tan antiguo y tan poderoso como es el de la tradicion. En fin, esta supersticion fue atacada y destruida en el pais en que mas arraigada estaba.

Entre los Estados que mas sobresalia el ardor de las mugeres por sufrir esta última prueba del amor conyugal, ninguno ejercia mayor influencia en la opinion de los indios que el Radgepontano ó pais de los radgepontas, ese grupo de pequeños principados situados en la frontera del N. O. Bien conocida es la consideracion de que gozaba en toda la India la sangre de los Radgepontas (los descendientes de los príncipes). Todos los soberanos deseaban hacerse sus aliados por medio del matrimonio: todos los pueblos los respetaban como tipos del heroismo y del honor: todos seguian ciegamente su egemplo, sea cual fuere la cuestion de que se tratara. En una palabra, era la raza modelo. Por esto los grandes Estados independientes respondian siempre á las amonestaciones del gobierno ingles: «Cuando los radgepontas dejen de celebrar Suttis, los imitaremos.» Pero los radgepontas de ningun modo parecian dispuestos á oir la voz de la razon. Por el contrario, cuantos mas esfuerzos se hacian por inspirarles sentimientos humanos, mas parecia arraigarse en ellos las ideas bárbaras y supersticiosas, y el número de Suttis aumentaba en vez de disminuir. El siguiente hecho dará una idea de los obstáculos que tenian que vencer todavia los representantes del gobierno ingles que intentaban llevar á cabo la revolucion principiada por lord William Bentinck en 1829

En 1840 el encargado de negocios cerca de la córte radgeponta de Kotah indujo bajo su propia responsabilidad al soberano de este reyno á abolir las Suttis en sus dominios.

—Amigo mio, le contestó el príncipe, las costumbres de que me habla V. nos han sido trasmitidas por nuestros abuelos, y se hallan establecidas en todos los pueblos de la India, principalmente en el Radgepontano: asi es que cada vez que muere un soberano de estos Estados, sus mugeres se precipitan con su cadáver en una hoguera, y á ningun mortal es dado derogar una ley divina aunque misteriosa. Sin embargo, como deseo complacer al gobierno ingles tomaré todas las medidas que estén á mi alcance para poner término á esta costumbre.»

El 29 de octubre del mismo año murió en Kotah un bramin (sacerdote de la India) llamado Luchmun, y su viuda declaró inmediatamente que queria quemarse con el cadáver. Necesitaba para esto el permiso del príncipe reinante, y el encargado de negocios, confiado en la promesa que este le habia hecho, esperaba que le seria negado. Pero el príncipe se contentó con enviar á la viuda uno de sus principales funcionarios para obligar-

la á renunciar á su proyecto y ofrecerle una renta vitalicia si consentia en sobrevivir á su esposo.—«No necesito dinero, contestó aquella, tengo padres que no permitirian me faltase nada: es preciso que se cumpla la voluntad de Dios.» Ninguna emocion le causó la presencia de su hijo, niño de muy tierna edad. Los sacerdotes emplearon todos los artificios de que se valian en circunstancias análogas para persuadir al populacho de que el cielo exigia el cumplimiento del sacrificio. La desgraciada muger fue depositada en una sala cuya puerta se cerró con llave y cerrojos. Y bien: *los cerrojos se corrieron ellos solos y la puerta se abrió sin llave.* Tales fueron los términos que usaba el príncipe en la relacion que escribió al encargado de negocios. Juzgando entonces el enviado del príncipe que era inútil toda resistencia, mandó preparar la leña. Diez kilógramos de madera de sándalo y otros diez de algodon, se colocaron formando pira á la orilla del rio; y ya se ponia en marcha la fúnebre procesion, cuando el embajador envió un criado suyo para hacer la última tentativa con la víctima. La exaltacion natural de aquella desgraciada muger estaba tan hábilmente sobreescitada, que nada quiso escuchar. Sin embargo, el gentío que la acompañaba al suplicio se indignó, murmuró y pidió que se prohibiera el que nadie se opusiese á la voluntad divina. El enviado del embajador tuvo sin embargo el suficiente ánimo para acompañar á aquellos furiosos, y mezclándose con ellos llegó hasta donde estaba el soberano, y le recordó la promesa hecha á su amo. Un cortesano le contestó: «Si la viuda del bramin no puede quemarse con el cadáver de su esposo, pronunciará algunas imprecaciones fatales al Estado.» Obrad como querais, dijo entonces el príncipe; en cuanto á mí, soy neutral en el asunto; ni prohibo nada ni autorizo nada.» Los bramines y el pueblo comprendieron muy bien el sentido de aquella respuesta ambigua.

El enviado del embajador fue rechazado, pronunciándose mil amenazas contra su amo. Llamaron á los músicos de palacio que se apresuraron á seguirles, y vistiendo á la víctima trages magníficos, la condugeron al lugar del sacrificio. Durante estos últimos preparativos, el príncipe les dió secretamente la órden de que le despachasen, y esta órden fue tan bien obedecida, que tres horas despues de la muerte del bramin Luchmun su viuda estaba ya convertida en cenizas.

Algunas veces en el momento supremo, las mugeres indias se desaniman, y descendiendo de la pira se quitan las guirnaldas del sacrificio y piden á gritos que se las conceda la vida. Entonces el pueblo, persuadido de que la resolucion tomada voluntariamente por una viuda de quemarse con el cadáver de su marido es irrevocable, la arroja sin compasion en las llamas. Pero con un corto número de escepciones la *Sutti* es siempre una víctima voluntaria que se resuelve sin temor á sacrificarse en aquel terrible suplicio, y que no se espanta de ver acercarse el momento fatal. En vez de llorar á su esposo, se cree muy dichosa en morir casi al mismo tiempo que él, y se viste, no como una desposada sino como una virgen que ha sido recibida ya en la casa de su prometido.

Con el rostro descubierto y el cabello tendido viene por primera vez á contemplar un mundo que no conocia, y que va á dejar en el momento de verle. Su semblante no revela ninguna emocion de debilidad. De vez en cuando echa una mirada á la multitud que le rodea, y se conoce que reza en voz baja, porque se la vé mover los lábios constantemente. El paraiso se abre ante sus ojos, vé á su esposo, y mira con placer el sacrificio que la va á volver á su amor, purificada por la espiacion de todas sus culpas y adornada con la corona del martirio. Es admirable verla en aquel terrible momento entusiasmada con dulces y brillantes visiones sin pensar ni en el pueblo que la sigue dando gritos, ni en la hoguera á que la conducen. Lanzándose gozosa y con paso rápido sobre aquel lecho en que yace el cadáver de su esposo (el último que podrá partir con él en este mundo), estrecha tiernamente contra su pecho su cabeza inanimada. Entonces los sacerdotes entonan sus cánticos, y su hijo mayor, despues de dar tres vueltas al rededor de la pira, le aplica el fuego con su misma mano. ¿Puede darse supersticion mas poderosa que la que da á una muger la fuerza de espíritu necesaria no solo para sufrir voluntariamente un suplicio tan horroroso, sino tambien para ahogar en su corazon todos los sentimientos del amor maternal?

Cuando el gobernador de la India supo los sucesos que habian tenido lugar en Kotah, mandó que ningun embajador en las córtes indígenas se opusiera oficialmente á la celebracion de las *Suttis*. Muchos años transcurrieron sin que se hiciese ninguna tentativa para ello, hasta que un dia el mayor Ludlow, oficial ingles encargado de negocios en Jaypour, se propuso destruir por sí solo tan abominable supersticion.

Algunos teólogos orientales habian demostrado hacia mucho tiempo que, lejos de sancionar las *Suttis* los escritores sagrados mas antiguos y mas respetados como Menon, no hacian alusion alguna á ellas, y en cierto modo las prohibian, pero esta heregía (porque efectivamente lo era), databa de dos mil años, y los sacerdotes la habian conservado con mucho cuidado desde el reynado de Alejandro. La mayor parte de los libros santos posteriores á los de Menon las habian admitido y celebrado á competencia. En fin, formaba uno de los principales artículos de fé de la religion de los indios. No podia, por tanto, concebirse razona-

blemente la esperanza de triunfar con solo las armas de la teología. Nadie habia pensado en emplear este medio, aunque estaba recomendado á los abolicionistas por el coronel Tod en su libro sobre la radgepontana, hasta que le ocurió al mayor Ludlow. Bien pronto los sucesos aventajaron á sus esperanzas.

Debemos sentar antes, que las circunstancias le favorecieron. Siendo de menor edad el príncipe de Jaypour se hallaba administrado su reyno por un Consejo de regencia que presidia el mayor Ludlow, en el cual no solo egercia mas influencia que la que entonces le daba su título de encargado de negocios, sino que habia obligado á los demas Estados radgepontas á unirse con el de Jaypour para hacer de conformidad una reforma importante, que no era del todo agena á la que él meditaba.

Las solteras viejas no gozaban en la India de ninguna consideracion. Una radgeponta que llegaba á edad avanzada sin casarse, era una especie de baldon para su familia, y hace algunos años que no solo la deshonraba viviendo en el celibato, sino que la esponia á una ruina completa si conseguia encontrar esposo. Los regalos indispensables para los sacerdotes y trovadores que acudian en tropel á la boda absorbian casi toda la fortuna de su padre. Todas las radgepontas tienen la debilidad de temer mucho las sátiras y las imprecaciones; y los sacerdotes y trovadores prodigaban á proporcion del precio que se les daba mas ó menos injurias y maldiciones, mas ó menos elogios y bendiciones. Generalmente se les daba cuanto pedian por mucho que fuese, y todos hacian los mayores sacrificios para comprar aquel favor. «El *dahima* vacia sus arcas para la boda de su hija, dice un refran de aquella turba venal, pero las vuelve á llenar con las alabanzas de la humanidad.» Por esto los radgepontas no queriendo arruinarse, casando á sus hijas, ni arrostrar la vergüenza de no haber hallado esposo para ellas, recurrian al infanticidio, degollando secretamente á las hijas que no les inspiraban la confianza de poder casarlas. Si el que nacia era hijo, sus padres anunciaban llenos de júbilo esta nueva; si era hija respondian á sus amigos y parientes que iban á felicitarlos: «*Nada*», y estos se marchaban sin hablar una palabra.

Los príncipes radgepontas habian intentado muchas veces poner término á aquel abominable sistema limitando por medio de edictos las liberalidades que se hacian á los sacerdotes y trovadores con motivo de los casamientos; pero sus órdenes no se obedecieron, y el número de infanticidios era siempre el mismo. El mayor Lodlow tuvo la gloria de poner remedio á aquel mal. Consiguió persuadir á los príncipes radgepontas á unirse entre sí para fijar á los regalos un máximum proporcionado á la fortuna de los padres de la desposada, y castigar con penas severas á los que despues de recibir este máximum exigiesen mas dones. El reunir á los Estados en un pensamiento y una voluntad comunes fue ya un suceso muy notable. Desde el origen de la confederacion no habian olvidado hasta tal punto sus discordias y divisiones. Este primer paso animó á los radgepontas y decidieron renunciar á una costumbre que reprobaba su conciencia. ¿Pero les moveria á revocar otra casi tan horrorosa que reverenciaban? Se habia devuelto el hijo á su madre ¿serian tan felices que conseguirian devolver la madre al hijo?

Desde luego comprendió Ludlow que para que su accion fuese eficaz debia ser disimulada. Indujo á dos ó tres indígenas influyentes á dar los primeros pasos, prometiéndoles conservar una estricta neutralidad hasta que se pronunciara la opinion pública y cederle todo el honor de la victoria. Felizmente desde sus primeros pasos encontró un protector tan resuelto como poderoso. Seth Manick-Chund, asi se llamaba su protector, era entonces ministro de Hacienda, y pertenecia á la secta Oswal; secta que entre todas las de la India era la que mas sinceramente creia en la transmigracion de las almas, y que por consiguiente temia mucho causar la muerte á ningun ser animado. Los sacerdotes de esta secta barrian el sitio que iban á pisar y cubrian su boca con un velo para no esponerse á machacar ó tragarse á algunos de sus atepasados. El ministro de Hacienda convirtió á las ideas del mayor Ludlow á su primer secretario, de las que hicieron participar bien pronto al gran sacerdote del Jaypour, y se apresuraron á difundir las objeciones teológicas ó morales que en su concepto favorecian la abolicion de las Suttis.

1.° El código de Menon no hacia mencion alguna de ellas, sino que por el contrario, prohibia los suicidios, y prometia á las mugeres, cuya vida fuese casta, una felicidad eterna con sus esposos.

2.° La viuda que se quemaba con el cadáver de su esposo, no era mas que una egoista, pues queria comprar con un sacrificio interesado su descanso y el de su esposo: ofendia á Dios proponiéndole semejante comercio, y su pretendido desprendimiento no era otra cosa que un cálculo mercenario.

3.° La costumbre de las Suttis no sancionada por Menon, se habia inventado por alguna raza degenerada. Aquellos hombres sabian que sus mugeres no serian virtuosas, y temian que si sus viudas les sobrevivian, habian de deshonrar el nombre que les habian dado. ¿Necesitaban conservarla los radgepontas cuando estaban seguros de la fidelidad de sus mugeres y de sus hijas? ¿No era hacerles un insulto el tomar contra ellas tales precauciones?

Escusado es referir minuciosamente las fa-

ces de la batalla, bastante corta por otra parte, que tuvo que sostener el mayor Ludlow para triunfar de aquella supersticion que, como se ha visto, databa de dos mil años. Gracias á su habilidad, á su perseverancia y los auxilios que supo proporcionarse, su triunfo fue completo. En 1844 emprendió su obra, y el 23 de agosto de 1846 el consejo de regencia de Jaypour declaraba solemnemente, que cualquiera persona que participase en adelante de una Sutti, fuese como autor ó como cómplice seria castigada con las penas que señalaba la ley contra el homicidio.

En el mes de diciembre del mismo año, once de los diez y ocho principados radgepontas, habian abolido las Suttis, y cinco de los otros diez y seis estados libres de la India habian seguido el ejemplo del de Jaypour. Este suceso importante nos da á conocer que el espíritu indio es susceptible de progreso religioso, pues acaba de efectuarse en sus costumbres mas arraigadas y mas supersticiosas una revolucion radical, y que siempre se habia considerado como un sueño irrealizable.

D. C. P.

TOMA DE TOLON.



El sitio de Tolon empezó la reputacion militar de Napoleon. En él tuvo que luchar sucesivamente contra la impericia de los generales y el amor propio de los representantes del pueblo; pero su carácter recto, voluntad firme, la utilidad de sus concepciones, su vigor y su rapidez en la ejecucion sobrepujaron todos los obstáculos. Empezó por suplir todo lo que faltaba en artillería y municiones, organizando un parque de mas de cien piezas de grueso calibre, hizo un exacto reconocimiento de los puntos accesibles de la plaza, y de las nuevas y terribles fortificaciones que habian levantado los ingleses; en seguida plantó sus baterías.

Apenas el intrépido general Dugommier, militar instruido, hubo reemplazado en el mando del ejército á los generales Cartaux y Doppet, conoció ya lo que valia Napoleon. Su vieja esperiencia no desdeñaba los consejos del jóven gefe de batallon de artillería, y altamente atestiguaba lo mucho en que tenia sus concepciones.

Durante el sitio de Tolon contrajo Napoleon una enfermedad cutánea que alteró por mucho tiempo su escelente constitucion. Un dia que estaba en una batería espuesto al fuego mas violento de la plaza, quedó muerto uno de los artilleros; y como importase en gran manera el que no menguara el fuego de la artillería francesa, tomó Napoleon el atacador, y cargó él mismo diez ó doce tiros. Estaba el muerto artillero infestado de una sarna muy maligna, y Napoleon quedó de ella manchado. El ardor de la juventud, los imperiosos deberes del servicio, le impidieron tratarse cual convenia, y si bien el mal desapareció, el veneno no habia hecho mas que volverse á dentro, y afectó gravemente su salud; de ahí aquella enfermiza flaqueza, aquel aspecto mezquino y débil que tuvo por espacio de algun tiempo. Solo despues de sus campañas de Italia y de Egipto, cuando ya Emperador y con una vida mas sedentaria, consintió en someterse á un método indicado por el célebre Corvisart, el cual le volvió su primitiva robustez.

Tenia la Convencion en el ejército de Tolon tres comisionados: Barras, Freron y Gasparin. Como este último habia servido, tuvo siempre la feliz idea de apoyar el dictámen del comandante de la artillería; pues habia sido testigo de su valor, y conocia su genio. Con el auxilio de este digno representante, en un consejo de guerra celebrado en Ollioules, el 15

de Octubre hizo Napoleon adoptar el plan que habia concebido para someter á Tolon.

Consistia este plan, no en dirigir el fuego de la artillería sobre una ciudad francesa, sino en apoderarse de las alturas del Cairo, que dominan la rada y los fuertes de Tolon y su entrada. Apreciando los ingleses la importancia de esta posicion, habian en ella construido el fuerte Mulgrave, cuya perfeccion y numerosos medios de defensa, le merecieran el nombre de pequeño Gibraltar. Con razon pensaba Napoleon, que tan luego como seria dueño de este punto, desde el cual hubiera amenazado la comunicacion entre la escuadra y la guarnicion sitiada, los ingleses, para no permanecer espectadores de la toma de sus soldados privados del socorro de su marina, evacuarian á toda prisa la ciudad.

En consecuencia, y mientras que, á fin de engañar al enemigo, se hacian demostraciones en un lado opuesto, ocupábase Napoleon en levantar la batería que debia sostener el ataque del fuerte Mulgrave. Habianse ocultado los trabajos con el mayor cuidado; estaban colocados los cañones, y solo se esperaba ya una noche favorable, cuando una órden inconsiderada de los representantes del pueblo, haciendo descubrir y jugar todas las piezas, re-



Bonaparte en el sitio de Tolon.

veló á los ingleses el peligro que les amenazaba. Resolvieron estos al punto destruir las obras de los sitiadores. La noche siguiente, 6,000 hombres al mando del general O'Hara, comandante de Tolon, salieron sin ruido de la ciudad. Habian logrado ya penetrar en la batería; las piezas estaban ya clavadas; admirados los franceses de aquel brusco ataque, habian perdido terreno y procuraban rehacerse, pero Napoleon estaba allí. En vez de retroceder como los demas, precipitóse sin vacilar con un solo batallon, en un ramal de trinchera que le condujo á retaguardia de los ingleses; llegó sin ser visto, y cuando estuvo en medio de ellos mandó hacer fuego á derecha é izquierda. Introdújose el desórden en las filas enemigas sorprendidas á su vez; y el general Dugommier al frente de algunos batallones acabó de decidir la retirada de la division inglesa, que fue conducida en desórden hasta bajo los muros de la plaza.

En fin, cuatro meses despues de empezado el sitio, el fuerte Mulgrave, atacado en la noche del 18 al 19 de Diciembre, fue tomado á viva fuerza. Napoleon y Dugommier entraron los primeros por una tronera. Estaba el viejo general rendido de fatiga. «Ahora id á descansar, le dijo Napoleon. Acabamos de tomar á Tolon; mañana dormiréis en ella.»

En efecto, al dia siguiente, como la escuadra enemiga pudiese ser cañoneada por las baterías que Napoleon hiciera establecer durante la noche, apresuróse á sacar la guarnicion y á evacuar el puerto y la rada de Tolon. El mismo dia ocuparon las tropas francesas los fuertes y la ciudad.

Napoleon Bonaparte habia merecido bien de la patria durante el sitio; y recibió en recompensa el grado de general de brigada de artillería. En calidad de tal, encargáronle al principio el armamento, y el poner en estado de defensa las costas de Provenza y la ribera de Génova. Luego obtuvo el mando de la artillería del ejército de Italia.

A. U.

EL PUENTE DE LOS NOVIOS.

I



Erase una brillante mañana de Junio en que el suelo italiano parece iluminado por celestiales resplandores. Apenas el astro diurno abandonaba su centellante lecho para derramar en el risueño horizonte de la Liguria sus purpúreos y dorados raudales, que habiendo yo descansado durante una noche entera de sueños tan dulces y suaves como el céfiro de Italia, tan perfumados como sus riberas, y tan acariciosos como sus amables y hermosas doncellas, bajé presuroso de mi estancia para ir al terrado del meson campestre á gozar del fresco de la mañana y de la deliciosa perspectiva que ante mi vista se ostentaba.

—*Riverisco... Ha riposato bene?* dijo al verme el posadero, que cubierto todavía con su gorro de algodon se hallaba en el terrado ocupándose en sostener con ciertos lazos las plantas enredaderas que el *maestro* (maestral) de la noche habia puesto en el mayor desórden.

—*Sto benone*, le contesté; *ed ora vado á passeggiare per la campagna, al di lá di quel ponte que si vede poco distante.*

—*Ah! il ponte de Fidanzati..... Vuole ella prender caffé..... S'accomodi, ch'io vo'darle contezza di una storia che si referisce appunto á quel ponte.*

II.

Fue Lorenzo el jóven mas hermoso y decidor de estos alrededores, y el mas amable que se vió jámas en *Fontanabuona* (*). Nadie le aventajaba en el manejo del fusil, ni era mas ligero que él en los bailes de los Domingos por la tarde en la plaza mayor, al son de la gaita. Luego no se hallaba mal en cuanto á bienes de fortuna: esta casa que ahí se ve en la falda de aquel monte le pertenecia en propiedad, ese jardin era suyo, éralo tambien ese bosque de castaños que sombrea la orilla



izquierda del torrente: en una palabra reunia todas las condiciones necesarias para ser feliz; y á pesar de ello, fue el hombre mas desgraciado. Enamoróse de una jóven, que os haré conocer, y desde entonces no hubo para él ni un momento de sosiego. Era Agatina una pobre pastorcilla, hija de un pastor á sueldo de un rico hacendado de *Lavagne*, pero hermosa sobre todas las hermosas, blanca como la leche de los Alpes, y fresca como el escaramujo que se abre en nuestros setos.—Pero las gracias externas sin las prendas del alma son un don funesto, asi para quien las posee como para quien de ellas se enamora.—Nada

(*) Valle muy fértil de Génova, en el norte y las montañas, que consta de unas 36 aldeas: en él se encuentran los montañeses mas robustos y activos de toda la Liguria.

habia mas discorde y heterogéneo que la deliciosa figura de Agatina y su corazon: siendo antojadiza como la veleta mas frívola de una ciudad, solo alimentaba ideas quiméricas, y no suspiraba mas que por una fortuna brillante. No la ocupaba mas objeto que vestirse y engalanarse mas allá de lo que su humilde estado permitia; pasaba los dias adornando con flores sus negros y lustrosos cabellos, y contemplando su imágen en los cristales de una fuente: sentábase en el césped de la orilla del camino para saborear los elogios de los transeuntes; y cantaba los versos que recordaba en su memoria, por cuanto conocia toda la dulzura de su voz, y veia que se paraban los labradores á oir tan suaves acentos. Tantas gracias y seducciones embelesaron y hechizaron á Lorenzo; quien asi de dia como de noche vagaba en torno de la cabaña de la jóven, seguíala al monte por entre los frondosos castaños, á la orilla del límpido arroyuelo; tejia para ella guirnaldas de flores, colocándolas en todas partes donde iba la doncella á sentarse bajo la sombra de los olmos en lo mas caloroso del dia; unas veces con el dulce caramillo la acompañaba en sus canciones; otras se complacia en reunir los desbandados corderillos; en fin cada dia dejaba cerca de la fuente donde ella acostumbraba á beber, un cesto lleno de las mas sabrosas y sozonadas frutas propias de la estacion.

Viéndose Agatina objeto de tales consideraciones y obsequios de parte de Lorenzo, empezó á mirarle con buenos ojos, y sabiendo que por el amor del jóven la envidiaban las demas aldeanas, convencióse de que tal felicidad no era de despreciar, y empezó á corresponder á su tierno amante. Desde entonces Lorenzo estuvo bajo el imperio de un hechizo..... «Oh! qué linda pareja!» decíamos todos nosotros, amigos y compatricios suyos, viéndolos pasear mano á mano por los campos, asistir juntos á la misa parroquial, y dirigirse del mismo modo á los mercados de las vecinas aldeas: «oh! qué hermosa pareja! cuán dulce y venturosa vida les guarda el cielo!» Sin embargo, no hablaba asi la vieja Práxedes.

—«Y quién era esa vieja? pregunté al cándido posadero.

—«La misma madre de Lorenzo. Todos los dias iba á la capillita que se ve ahí en medio del puente, y acabadas sus oraciones se sentaba en el suelo, rezando, hilando, llorando, y pidiendo limosna á los pasajeros para el alma del pobre Lorenzo, su hijo único. El extranjero conmovido por el llanto de la vieja, preguntábale sus penas, y ella le hacia su triste relacion. Ahora hace ya seis semanas que no une sus gemidos al ruido del torrente, pues cayó enferma, y la recogió el bueno del cura, confiándola al cuidado de personas devotas y caritativas..... Pero vuelvo á la historia del pobre Lorenzo, sobre la que me ha hecho anticipar vuestra pregunta.

Así hablaba la vieja Práxedes, que ya entonces veia mas lejos que los demas.—Pobre hijo! esclamaba cada vez que la felicitaban por la dicha de Lorenzo, diera mi vida por que se hubiese apasionado de otro corazon.—Y cuando yo mismo le decia: ¿Estamos pronto de bodas?—Amigo Giulio, respondiame suspirando, se harán cuando Dios quiera.—Oh! el alma de una madre tiene ciertos presentimientos que solo ella conoce; hay en ella misteriosos acentos que preludian la desgracia, lo mismo que la atmósfera da á los animales ciertas señales de tempestad imperceptibles al hombre.»

III.

El tio Giulio interrumpió su relacion para enjugar las lágrimas que le arrancaba, y yo guardé silencio conmovido por su manera franca y viva de contar la historia. En él habla el corazon, de cuyo santuario de generosos sentimientos procede la verdadera elocuencia. Finalmente volvió á tomar el curso de sus ideas, diciendo: «Disimula mi emocion, que harto justifica lo que vais á oir.

Habíase fijado ya el dia de la boda, y anunciádolo el cura en el altar, cuando llegó á esta aldea un sobrino del rico hacendado de Lavagne, que despues de la subita muerte de su tio, acababa de tomar posesion de los bienes que constituian su herencia. Entre los arrendadores de esta hacienda (y los habia de todo el valle) que acudieron á ponerse á las órdenes del nuevo señor, hallóse tambien el pobre pastor padre de Agatina acompañado de su hija. Esta, como ya os dije, habia recibido de la naturaleza una poco comun hermosura; pero aquel dia tenia una belleza divina, con su vestido de los dias festivos y ataviada con la soguilla de oro que le regaló Lorenzo, y las agujas de plata cincelada en el prendido, que hermoseaban en extremo su negra y lustrosa cabellera. Tantos atractivos, como reunia en su frescura, en su dulce sonrisa, en su fisonomía, y en su esbelta cintura, no pudieron menos de dejar muy prendado al nuevo dueño de la hacienda, quien no podia apartarse un momento de la seductora pastorcilla, inventando medios y pretextos diferentes para tenerla siempre cerca. Hacia que ella le trajese la leche para el almuerzo, la manteca para la comida, la natilla para la merienda, y eso diariamente. Acostumbrado á vivir en la ciudad, no ignoraba ninguno de los artificios propios para atraer á las jóvenes, pero la natural astucia de Agatina aventajaba en esta materia á los conocimientos del señorito. Mostrábase en su presencia en ademan respetuoso y modesto, y afectaba tal pudor, que desesperaba al fogoso jóven. A cada protesta de amor respondia ella

poniéndose colorada.—La pobre Agatina no es digna de vuestra ternura.—Ardia el jóven en los mas violentos deseos, y hubiera dado un tesoro por vencer de una vez la resistencia de la bella pastora; asi cuando supo que estaba contratado su matrimonio con Lorenzo, tuvo un pesar de muerte.

«—Pero tú amas á ese Lorenzo? la dijo un dia; le amas á tal punto que ningun caso hagas del sentimiento de tu amo?—Es mi futuro, respondió Agatina bajando los ojos, y no debo amar mas que á él —¿Y si me casase contigo, olvidarias á tu Lorenzo?—Casaros conmigo!... Señor esto es imposible: soy demasiado pobre para vos....» Y esto diciendo, se alejó exhalando un suspiro.

Estas respuestas no hicieron mas que inflamar de nuevo el amor del ciudadano; quien desechando toda consideracion de rango y de fortuna, resolvió positivamente tomarla por esposa.

—Y Lorenzo? dije interrumpiendo al bueno de Giulio.

IV.

Lorenzo ignoraba todas estas intrigas: habia ido á Génova, donde un labrador vecino suyo le entabló un pleito sobre el agua de un arroyo que pretendia pertenecerle.—Los pleitos entre vecinos, particularmente en nuestra tierra, son obstinados y furiosos mas de lo que su objeto requiere, de modo que pasó un mes largo antes de convenirse las partes. Apenas estuvo firmado el convenio, regresó Lorenzo á la aldea. Habia escrito de antemano á Agatina y á Práxedes el dia y hora de su llegada.—Asi ella me saldrá al encuentro, deciase con júbilo, y volaba por esos caminos con esta idea: no veia de lejos ningun objeto que no se le antojase ser su Agatina, que fiel é impaciente le alargaba los brazos. Cuando hubo llegado á la cima del monte desde donde se divisaba la aldea, y vió desierto aquel lugar, detuvo el paso agitado por un fatal presentimiento. El sol iba descendiendo á su ocaso y amenazaba una noche oscura y nebulosa; parecia que el cielo le anunciase algun funesto acontecimiento. Una muger sola dirigia sus pasos hácia la cima, en que estaba sentado y pensativo Lorenzo con la frente apoyada en ambas manos, sumergido en terribles ideas que no podia él mismo determinar; aquella muger era la anciana Práxedes.

«Como es eso, madre mia! vos sola! y Agatina? y Agatina?—Está ocupada en otra parte, respondió la madre con trémulo acento.—En otra parte? cómo? por quién?—Y esto diciendo se levantó agitado y sorprendido. La pobre anciana le echó los brazos al cuello sollozando.—Sosiégate, hijo mio, ha sido la voluntad de Dios que esas bodas nunca tengan cumplimiento.—Dios mio! Dios mio! exclamó el jóven, acaso habrá muerto!—Muerta!..... sí..... muerta para tí!—En este momento se oyó una descarga de escopetas en la aldea; una multitud de cohetes iluminaron las nubes, y los rayos de un fuego que anunciaba el regocijo alumbraron la plaza mayor de la iglesia, que obstruia la muchedumbre: oyóse el estampido de los petardos, y los ecos del valle repitieron los gritos y aclamaciones de la muchedumbre del pueblo.—Con estos regocijos, festejan acaso alguna boda? preguntó Lorenzo con la voz anudada en la garganta... y Agatina?.....—Mañana será esposa del heredero de su amo, dijo tartamudeando la anciana y estrechando á su hijo contra su pecho.—El jóven se desplomó como herido de un rayo.—¿Cayó muerto? pregunté yo al pasadero.—No: respondióme; el pesar no mata.

Ahora, caballero, prosiguió mi narrador despues de una segunda pausa mas larga que la primera, quisiera saber contar el fin de tan lamentable historia, como esos autores de libros cuyas palabras fluyen tan vivas y espontáneas, y tan apropiadas á las pasiones y á los hechos.—Autores de esta especie, dije, y que reunan las circunstancias que acabais de indicar, hay poquísimos; pero por ahora no os cambiaria por ninguno de ellos, amigo Giulio. Continuad segun os dicte el corazon.—El buen hombre agradeció el cumplimiento, refocilóse con un vaso de vino de Asti que le trajo su muger, y pasó adelante en su relacion.

El dia que siguió á tan dolorosa noche apenas empezaba á despuntar la alborada, al tiempo que bajaba yo de mi viña situada en la montaña, cubriéndome la cabeza con la capa y huyendo de la lluvia que me sorprendió en el camino, ví á Lorenzo que se adelantaba lentamente hácia donde yo me hallaba y por el mismo camino; llevaba descubierta la cabeza, borrascados los cabellos, con la cara pálida como de una estatua sepulcral, y abismado en recónditas reflexiones. Estaba lloviendo á mares, granizaba, tronaba, en fin parecia que el cielo se venia abajo. Pero el jóven cuidábase muy poco del granizo ni de los rayos ni del recio huracan. Pasó junto á mí sin verme siquiera ni responder á mi saludo, y fue á pararse en la cima de una eminencia, que hace salida encima del valle. Allí quedó inmóvil con la vista fija en este, y chorreando el agua de sus cabellos y vestido, como una estatua colocada en la fuente de un jardin. Desde allí el desgraciado veia la cabaña del padre de Agatina, y la granja de su opulento rival. A pesar de que diluviaba y bramaba la tempestad, detuve el paso para contemplarlo y compadecerle, concentrando en el desventurado toda mi atencion, cuando el ruido de pasos y un lastimoso suspiro vinieron á distraerle de su objeto: era la vieja Práxedes, quien desde lejos seguia las pisa-

das á su desdichado hijo. Conocióme, y con una seña sin pronunciar una palabra, y con una mirada y gesto que no tienen expresion me señaló á Lorenzo. Nos retiramos á cubierto de una peña que sombreaba un pino silvestre, para ver desde allí lo que haria el infeliz.—Dios mio! tened compasion de mi hijo, exclamó aquella desolada madre, no me priveis del único apoyo de mis últimos dias, á causa de esa maldita muchacha!—Luego volviéndose á mí descolorida, y bañada en lágrimas, reclinando su frente sobre mi hombro, añadió:

—Mis presentimientos, amigo, se han cumplido. Oh! jamás engañan los presentimientos de una madre!

—Valor, amiga mia: el infeliz no puede dominar los violentos efectos del primer dolor.

—Morirá! dijo la anciana; ha recibido una herida harto profunda!—Qué noche la última! qué terrible! Apenas hubo vuelto del desmayo en que cayó al recibir la primera noticia de la traicion de Agatina, corrió á la aldea como un frenético, y yo le seguí. La tempestad que amenazaba habia hecho apagar la iluminacion, y dispersado las gentes del baile é impedido las canciones. Parecia que Dios reprobase esas diversiones que causaban la desesperacion de una pobre criatura. Cada cual se alejaba en distintas direcciones, y Agatina colgada del brazo de su dichoso dueño y acompañada de su padre lleno de alborozo, dirigíase corriendo á la casa del cura para ponerse al abrigo de la tempestad. Entonces Lorenzo se le puso delante afanoso y en el estado mas horrible —Salvadme de Lorenzo, exclamó Agatina, dirigiéndose á su nuevo amante y estrechándole contra su pecho.—Que te salve de mí! ¿con que sientes pues los remordimientos de tu culpa, traidora?—Oh! salvadme! salvadme! seguia gritando Agatina: con lo que se le reunieron en torno los presentes, acudió el cura, pusieronse de por medio los arrendadores del rico hacendado; Lorenzo se vió separado de la perjura, y tras ella se cerraron las puertas del templo. Algunos amigos de mi Lorenzo acompañáronlo á su casa haciéndo todo lo posible por consolarle: hasta el cura fue á verlo y darle aquellos consuelos y palabras de paz y resignacion propias de su ministerio. Pero el desventurado á nadie oia ni veia; el delirio, la fiebre le abrasaban. Toda la noche ha permanecido en la misma situacion, sin atender á mis consejos ni á mis lágrimas; con los brazos cruzados sobre el pecho, corriendo desatentado por la estancia sin responderme una palabra, cual si no fuera su madre la que lloraba No obstante, al asomar el alba ha vuelto en sí.

—Es preciso que la vea una vez, murmuró la última vez; y luego que Dios haga de mí lo que haya determinado.—Y salió apresuradamente de la estancia.

V.

Mientras me referia sus cuitas aquella buena madre cesó de llover; el sol empezaba á despuntar sus rayos al través del denso nublado que iba poco á poco disipándose. Acudian los viñadores á su ordinario trabajo y se esparcian por las verdes sendas; los pastores conducian sus balantes ovejas al acostumbrado pasto, y el valle entero cobraba una nueva animacion y agradable frescura. La campana de la aldea anunció una fiesta, y respondió á sus sonidos una multitud de voces regocijadas.

—«Allí está, esclamó Lorenzo con una voz tan recia que la oimos claramente desde la distancia á que nos hallábamos; y por unescarpado vericueto bajó corriendo al valle.

—«Hijo mio! hijo mio! gritóle la madre tratando de ir á su alcance en cuanto se lo permitian las fuerzas. Luego á ambos los perdí de vista por entre las sinuosidades de la montaña.

La novia al oir el son nupcial de la campana, salió de su choza acompañada de su padre y de varios vecinos, lujosamente ataviada y hermosa hasta deslumbrar, bien que agitada y pensativa. Conocíase que algun siniestro presentimiento la turbaba, y anunciaba en su interior alguna desdicha. Para ir á la iglesia era preciso atravesar el torrente, y este iba crecido, y sus turbias y mugientes aguas precipitábanse embravecidas por la reciente tormenta. Prosternose Lorenzo á los pies de la jóven tendiéndole ambas manos. El padre y amigas de Agatina detuvieron el paso estupefactos y sin proferir una sola palabra.

«Oyeme, Agatina; óyeme por la última vez, dijo el angustiado Lorenzo. Yo aun te amo á pesar de tu perfidia, te amo con desesperacion. ¿Estás resuelta á llevar tu infidelidad hasta su último estremo? Responde estás resuelta?

—Lorenzo, respondió la jóven haciendo un esfuerzo sobre sí misma, están las cosas tan adelantadas que no me es posible retroceder un solo paso. No eramos el uno para el otro.

—Y tus promesas, cruel! y tus juramentos!..... Y esas bodas ya anunciadas al pie de los altares! y el anillo..... mi anillo que llevas todavia!»

Agatina se puso encendida al oir estas inculpaciones, y fijando la vista en su mano vió el anillo de Lorenzo que no sé por qué casualidad habia conservado hasta entonces. Luego quitóselo, y la ingrata lo presentó al desgraciado diciendo con voz trémula:

—«Ahi te lo devuelvo.»

Entretanto mil alegres canciones resonaban en los oidos de Lorenzo; pues el dichoso rival rodeado de gentes entregadas al júbilo, se acercaba al puente al encuentro de su querida.

«Todavia tienes tiempo para arrepentirte, prosiguió Lorenzo rehusando el anillo. Una palabra, Agatina! una palabra y sálvame de la desesperacion!

—Agatina! dijo el feliz rival llegando al puente y admirado de ver aun á Lorenzo de rodillas delante de la jóven. Agatina cobró valor y dijo:

—Déjame Lorenzo, ya es tarde, toma tu anillo.» Y lo echó á los pies del mancebo con un gesto desdeñoso. El anillo dió un rebote en el puente y fue rodando á caer en el torrente. «Recóbrale, prosiguió la infortunada y dió un paso para desprenderse de Lorenzo.

Entonces este levantándose convulso con ojos terribles que despedian llamas, dijo: «Ven conmigo á recobrarlo!» y la precipitó consigo en el abismo.

—Socorro! gritó Agatina á su padre y amigas que se adelantaban para prestárselo... pero fue en vano; la accion de Lorenzo fue un relámpago, y el torrente se tragó las víctimas, que arrastró un momento y las sepultó luego en sus abismos.

Es imposible pintar la consternacion que se difundió por la aldea al saber semejante tragedia; pero sobre todo no hay lenguaje capaz de referir el dolor de la madre de Lorenzo. Recogiéronse luego los dos cadáveres, estrechamente abrazados todavía, y se les diò sepultura en el mismo foso fuera del recinto del cementerio en un lugar desierto y retirado, y el puente de madera que fue teatro de tan horrible escena se construyó de nuevo de piedra, y en él se edificó la capillita que veis en memoria de los dos desdichados para descanso de sus almas.—Allí tambien la pobre madre, demente á consecuencia de tales pesares, arrastraba desde hace veinte años sus tristes dias, contando sus desgracias á los pasageros, y el trágico fin de Lorenzo, como ya os he dicho.

VI.

Aquí termina la relacion del posadero. Por la tarde al atravesar el puente, visité la capilla y vi la piedra en que se sentaba la vieja Práxedes, y al pie del pequeño altar la rueca llena aun del cáñamo que la infeliz hilaba. Dejé allí mi limosna y la lágrima de todo viagero, y salí de aquel sitio profundamente conmovido.—Ve ahí dije para mí un excelente asunto si pudiese contarlo con la ingenuidad del posadero Giulio. Resolví pues referirlo tal como me fue contado.

A. U.

DESCONSUELO.

(Soneto de Camoens traducido libremente.)

Alma cándida y pura, que partiste
De este mundo infeliz rápidamente,
En el cielo reposa eternamente,
Y viva yo en la tierra siempre triste.
Si en la ethérea region á do subiste
Memoria de esta vida se consiente,
No te olvides de aquel amor ardiente
Que en mis ojos purísimo leiste.
Y si acaso pudiera merecerte
El profundo dolor que me quedara,
La indecible amargura de perderte.
Ruega á Dios que tus dias acortara,
Que tan pronto de aquí me lleve á verte,
Cuan pronto de mis ojos te robara.

Juan Jacobo Fernandez de Fuentes.



MAQUIAVELO.



Nicolás Maquiavelo, famoso publicista, nació en Florencia el 3 de Mayo de 1469, descendiente de los marqueses de Toscana y de la familia de los Maquiavelos, señores del monte Spertoli, familia que siguió el partido güelfo. Su padre era jurisconsulto, y su madre amaba la poesía. Obtuvo el empleo de canciller y secretario de los diez magistrados de la libertad y la paz, en cuyo destino siguió catorce años y cinco meses; desempeñó sucesivamente veinte y tres embajadas en reinos estrangeros, y varias comisiones en las ciudades dependientes de la república. Tomó la medida entonces desconocida, de formar cuerpos de milicias sacados del seno mismo de la nacion; previó de antemano que la alianza de la república con la Francia seria perjudicial; pero no pudo realizar su proyecto de impedir las desgracias. Siguió todo el territorio, reconoció los fuertes, y organizó una vigorosa resistencia contra las tropas del Papa y del Emperador; pero Florencia dividida en partidos abrió las puertas á los Médicis, quienes reconquistaron sus bienes y antigua autoridad. Esta variacion ocasionó la ruina de Maquiavelo, quien fue destituido de todos sus empleos, desterrado por un año sin poder salir del territorio florentino, sin facultad de entrar en los palacios de los altos y magníficos señores. Acusado de cómplice en la conjuracion formada por Capponi y Boscoli contra el Cardenal de Médicis, despues Leon X, fue encarcelado y puesto en tortura; pero la generosidad de Leon X le comprendió en la amnistía general. Durante sus infortunios compuso *El príncipe; Discurso del arte de la guerra; Historias y Comedias.* Despues de la muerte del indicado sumo Pontífice fue Maquiavelo llamado en Florencia para que sirviese con sus consejos á la reforma de la administracion pública, y entre

otros de los encargos obtuvo el de dirigir parte del ejército de la liga contra Carlos V. A últimos de Mayo de 1527 quiso tomar una medicina para mejorar su estómago; pero á la violencia de una diarrea espiró el 22 de Julio á la edad de 58, años despues de haber recibido los santos sacramentos. Fue enterrado en la iglesia de Santa Cruz, en donde quedaron sus restos sin la menor distincion, hasta que se le erigió un monumento con esta inscripcion:

Tanto nomine nullam par elogium,
Nicolaus Macchiabelli obiit.

Maquiavelo es tenido en Italia por uno de los escritores que han dado á la lengua nacional mas energía, limpieza y naturalidad. Su estilo difiere enteramente del de sus contemporáneos. Mientras se complacian los Bembo, y los Guicciardini en el desarrollo de sus períodos, Maquiavelo impelido por la impetuosidad de su pensamiento, arroja la frase como se le ofrece á la imaginacion, sin que intente adornarla con una riqueza que le parece estraña. Es digna de notarse la relacion que tiene su estilo con el de Montequieu. No cabe ya duda alguna sobre el estudio que este haya hecho de Maquiavelo, á quien llama un gran hombre en su inmortal obra del *Espíritu de las leyes*, y si no le ha hecho mas particularmente justicia confesando lo que le debe, habrá sido por la reprobacion que pesaba sobre la memoria del secretario florentino.

Entre los antagonistas de Maquiavelo hállanse dos de autoridad. El primero es Federico II, aquel monarca guerrero, filósofo y literato; el segundo Voltaire, quien desplegó en publicar el *Anti-Maquiavelo* del Príncipe real de Prusia aquella infatigable actividad que fue siempre el móvil de sus acciones. Semejante empresa de parte de dos enemigos tan ilustres debe mirarse como un brillante homenaje tributado á la alta reputacion de Maquiavelo, y como el complemento de todas las vicisitudes á que debian quedar espuestas sus obras.

T. M.

DE LA INFLUENCIA DE LAS CONSTRUCCIONES MODERNAS EN LA LITERATURA.

A pesar de tenaces investigaciones se habia ocultado durante mucho tiempo al que esto escribe la verdadera causa de la superioridad de la literatura antigua sobre la moderna, y de la decadencia constante é innegable de esta última.

Una casualidad, providencial sin duda, ha venido á revelársela, y esta revelacion se la debe esclusivamente á un vecino suyo.

Este vecino es pianista.

Hace poco mas de tres meses el autor del presente artículo se hallaba en su despacho abismado en profundas reflexiones que tenian por objeto el investigar el por qué los hombres del siglo XIX saben construir ferro-carriles y telégrafos eléctricos, y son incapaces de crear un poema épico, cuando vino á turbar su reposo un estruendo musical que se producia sobre su cabeza.

Era el nuevo inquilino del piso tercero que se entregaba al agradable ejercicio de pulsar el teclado de un piano.

A una marcha sucedió un wals; al wals una polka; á la polka unas variaciones; á las variaciones unas fantasías; á las fantasías un nocturno, y asi progresivamente.

A los ocho dias el autor de este artículo conocia á fondo el repertorio del vecino, á quien juzgó oportuno mandar un atento recado suplicándole que moderase su entusiasmo musical.

El vecino contestó en el acto con otro recado atentísimo, reducido á decir que estaba en su derecho haciendo ejercicios.

El autor del artículo, reconociendo la esactitud de esta declaracion, no pudo menos de suspirar porque llegue el dia de que todos los ejercicios, inclusos los de piano, se ejecuten

en el Campo de Guardias.

Mientras llega el momento afortunado en que se promulgue esa sabia disposicion, no le queda otro recurso que poner en conocimiento de todos sus lectores que si encuentran cierto desórden en lo que escribe, no lo atribuyan á falta, sino á sobra de método, pues su vecino desgraciadamente posee y toca los de Albeniz, Lemoline, Adam, Vigueri y Hunten.

Pero como no hay mal que por bien no venga, la irritacion producida por una granizada de octavas y arpegios que caia furiosamente sobre sus oidos, fue causa de que se pusiera á meditar sobre el nuevo diluvio de que era víctima, y para el cual no encontraba mas arca de salvacion que el colegio de Sordo-mudos. Poseido en los primeros instantes de ideas de venganza, trató de adquirir un figle para aplicar al vecino la pena del Talion.

Pero abandonó esta idea considerando que la venganza es una pasion indigna del hombre, y el figle un instrumento superior á sus fuerzas.

Algo mas tranquilo, no pudo menos de reconocer que al abrigo de nuestra actual forma de gobierno, que tiene leyes represivas para ciertas cosas, pero no para el piano, el vecino se ganaria tal vez la vida enseñando su arte y propagando sus conocimientos; y que además era muy dueño de emplear sus manos como mejor le pareciese.

Y de deduccion en deduccion vino á parar á la luminosa conclusion de que, si el techo del cuarto segundo fuera mas espeso, percibiria las armonias debilitadas en una mitad y dejaria de gozar de ellas si las casas no tuvieran un tercer piso.

De modo que, en realidad, el único ser responsable de todo el mal causado y por causar era el arquitecto.

Instantáneamente el autor cogió la pluma y escribió rápidamente los dos renglones que encabezan este artículo, esclamando como Arquimedes: *¡Eureka!*

En efecto, acababa de descubrir la verdadera causa de la decadencia de nuestra literatura; las construcciones modernas.

Y este descubrimiento era debido á una redowa, de la misma manera que años antes una manzana inglesa, desplomándose sobre las narices de Newton, le reveló una série de leyes físicas desconocidas de todos los grandes hombres que no tuvieron la dicha de recibir semejante proyectil, ó que, en caso de haberlo recibido, se limitaron á trasladarle al estómago sin previo ecsámen.

Antes de demostrar palpablemente la funesta influencia de las construcciones modernas en nuestra literatura, enunciaré ligeramente, á compas de un schotisch que se está tocando por la milésima vez sobre mi cabeza, las diferentes causas á las que, con notoria equivocacion, se ha atribuido su decadencia.

Culpaban los unos á la política.

Otros á nuestro actual sistema de educacion, basado en el principio de estudiar de todo un poco.

Algunos á las innumerables academias científicas, morales, políticas, filosóficas y literarias, donde consiguen en cada sesion laureles inmarcesibles algunos jóvenes precoses que pronuncian nutridos discursos sobre la pena de muerte, en una edad en que ignoran lo que es la vida, y leen composiciones en que, despues de probar que todo es perecedero en este mundo, que los montes se derrumban; los edificios se arruinan y los rios se secan, esclaman modestamente:

Solo en el mundo
Es eterno por Paca
Mi amor profundo.

Tambien se ha querido hacer responsables de la decadencia de la literatura á los periódicos llamados literarios, y que salvo raras escepciones, solo han servido para sacar á luz un ensayo histórico-analítico-filosófico de la política de Gengiskan, copiado sin gusto y sin criterio de una historia universal; ó dar á conocer unas preciosas fábulas en las que el autor, por medio de un diálogo ingenioso entre un cangrejo, una tórtola y un mico, desarrolla el árduo principio de que el hombre debe ser bueno, y sienta la importante máxima de que el que tiene mucha sangre está pletórico.

Hánse atribuido tambien en parte á las exigencias de los directores de periódicos políticos, que imponen al novelista la obligacion de concluir el folletin del último dia del mes en una situacion interesante que obligue al suscritor á prolongar el abono por un mes mas. Por ejemplo, si el protagonista trata de ahorcarse, que quede con la soga al cuello; si es ginete que esté á punto de despeñarse; si aspira á envenenarse, que tenga la copa en la mano. Eso si, en el número inmediato el novelista queda facultado para hacer que el ginete caiga con su montura en la verde yerba, el ahorcado rompa el cordel, y el envenenamiento se convierta en un simple cólico.

Llevados no pocos del espíritu de partido, creyeron hallar la causa de nuestra decadencia literaria en la milicia nacional, fundándose en que esta sostenia en la república literaria un estado permanente de constipados, anginas y catarros en invierno, y erisipelas y tabardillos en verano, resultado tristísimo de las guardias, piquetes y revistas á que jamás se vieron sujetos Horacio, Voltaire, ni Argensola.

Lo que es indudable es que el romanticismo nació con la milicia y con ella ha muerto.

Lo cual se esplica muy bien, porque la

literatura belicosa solo podia sostenerse en la época en que los favoritos de las musas ostentaban charretelas de lana, dejaban el sable para tomar la citara ó la lira, y se entregaban á la fatigosa profesion de las armas el dia de Corpus, Viernes Santo y algunos otros.

Pero ese estado anormal ha terminado: ya no hay ejercicios de fuego; ya no se representan dramas en veinte cuadros; ya la Medusa ha dejado de naufragar entre bastidores; ya los afortunados vates no coronan sus sienes con los chacós y gorras de pelo; y sin embargo no se ha adelantado gran cosa.

Es, pues, indudable que el mal reside en otra parte, y ahora mismo paso á demostrarlo poniendo el dedo en el cáncer que corroe la inspiracion tan abundante y pura en otros tiempos.

El autor de este artículo concede que para escribir con ingenio es indispensable tener ingenio, asi como para aderezar una liebre los artes de cocina de allende los Pirineos exigen en primer lugar una liebre.

Pero, al mismo tiempo, le parece no menos necesario que el talento, la meditacion.

Ahora bien; la meditacion no existe sin la independencia y el aislamiento.

Y el aislamiento y la independencia han desaparecido en la capital y en los grandes centros de ilustracion desde que habitamos en empapeladas jaulas de cinco y seis pisos.

Demóstenes meditaba sus arengas bajo la espléndida bóveda del cielo helénico, en las doradas playas de su patria, y engrandecia su elocuencia tendiendo su vista sobre la inmensidad de los mares, cuyas inquietas olas avanzando sobre él rugiendo, y desarrollándose venian á espirar á las plantas del mas grande de los atenienses, que aprendia á desafiar las furiosas oleadas populares, las cuales morian á su vez y se estinguian al pie de la tribuna, dignísimo pedestal de su sublime genio.

Ovidio improvisaba sus elegias en las playas de otros mares, y hallaba en las nubes plomizas suspendidas sobre su cabeza, en la estéril naturaleza del pais de su destierro, la inspiracion que hace imperecederos sus versos, y arranca lágrimas de compasion y de ternura, que se derraman al contemplar un infortunio sobre el que han pasado siglos y generaciones.

Fray Luis de Leon en la soledad, en el silencio de su retiro olvidaba el mundo; y la meditacion, el aislamiento, la contemplacion le sugirieron sus magníficas odas, en las que resalta el sentimiento religioso, la grandiosidad de sus pensamientos acrisolados por la persecucion, justificados por la desgracia, ennoblecidos por la resignacion y la fe cristiana.

Montesquieu escribia el *Espíritu de las leyes* en su palacio de la Brede.

Walter Scott en su quinta de Abbotsford resucitaba con su mágica pluma á toda la edad media, con sus trovadores, sus damas, sus paladines, y elevaba un monumento glorioso para su querida Escocia.

Pero ninguno de ellos tenia, al componer sus obras inmortales, una academia de baile sobre su cabeza, ni á su pies un café.

Mal pueden, en efecto, nuestros literatos actuales describir la inmensidad del desierto de Sahara desde una habitacion de seis pies cuadrados.

Ni la hermosura de una fresca campiña sombreada por copudos árboles, cortada por un rio, limitada por un monte, animada por un rebaño que pace la aljofarada yerba y el tomillo oloroso, si desde sus ventanas solo alcalzan á contemplar un sin número de tejados sobre los que se destacan quince ó veinte chimeneas y por los que campean con la cabeza erguida, el pelaje erizado y la cola levantada tres ó cuatro gatos en celo.

¿Hubieran escrito Young y Cadalso sus lúgubres composiciones si les sirviera, como ahora sucede, de acompañamiento las melodias del Tango americano, la Atala ó la jardinera, que parten de la áspera garganta de una vecina fregatriz?

¿Hubiera compuesto Iglesias sus epígramas, ni Alcazar sus redondillas al ronco son de una trompa, mas ó menos tartárea', que aplica á sus labios durante todo el dia uno de esos infelices afiliados en las músicas callejeras, tanto mas infatigable cuanto que el aire se enseñorea las mas veces solo en su desguarnecido estómago.

Tampoco Homero (y perdóneme Vico si no creo que la *Iliada* es obra de una sociedad en comandita de copleros de la legua) tampoco, repito, hubiera escrito la brillante descripcion del combate de Hector y de Aquiles, si se hubiera visto interrumpido por el ruidoso altercado de una pareja vecina que discute de palabra y obra sus diferencias matrimoniales, á compas de los acentos agudos de las criaturas, de los ayes de las criadas, del estrépito de los vecinos, del sereno que toca el pito, y de la policia que, con el celador al frente, acude á tranquilizar los ánimos echando la puerta abajo á fuerza de aldabonazos.

Todo esto es innegable; y si Hesiodo, Sofocles, Eurípides, Pindaro, Demóstenes, Horacio, Virgilio, Catulo y Marcial son un dechado, un modelo inimitable en sus respectivos géneros, no debe atribuirse solo á su grande ingenio, sino muy principalmente á que los griegos, y sobre todo los romanos, tenian cada uno su casa aislada, y no conocieron las medianerias, las casas de vecindad, y no se vieron obligados, como sucede en el dia, gracias á nuestros arquitectos, á vivir en sociedad permanente desde que amanece hasta que anochece y vice-versa, con una docena de familias, de las cuales la una rie mientras la otra llora, la una se aumenta con un vástago, mier

tras en la otra se administra el Sto. Viático, sin mas que una supuesta separacion de un tabique ideal.

Otra prueba irrecusable de la perniciosa influencia de las construcciones modernas en la literatura, es el afan instintivo con que procuran nuestros escritores acomodarse en la Biblioteca nacional y en los ministerios de Gracia y Justicia, Hacienda, Marina ó Gobernacion, colocados todos en antiguos edificios que favorecen indudablemente la inspiracion.

Si tuvieran presentes todas estas consideraciones los modernos Zoilos y Aristarcos, no aguzarian tanto sus aceradas plumas ni las esgrimirian con tanta crudeza contra el triste *vate* que concibe sus obras en una habitacion donde penetran libremente los vapores de la cocina y las inimitables *foriture* de una *prima donna* de teatro casero.

Por su parte, el que suscribe pone término á su artículo, tanto mas persuadido de las profundas verdades que en él ha sentado, cuanto que su amable vecino continua tocando el schotish que las motivara.

Y desde ahora se compromete á escribir escelentes artículos de crítica para cuando el pianista del piso tercero traslade á otra parte sus Lares ó sus Penates; á menos que los lectores del *Heraldo* no quieran anticipar ese momento, erigiendo por suscricion al autor de estas mal perjeñadas líneas una casa á la romana, ó adquiriendo, con el mismo objeto, la de Cordero, ó Rivas, ó Santamarca, cuyas bellas proporciones, aunque modernas, le seducen y le encantan.=VELISLA.

(*D. H.*)

LOS ARAUCANOS.



Aunque fueron muchas las tribus, vecinas del Arauco, que los españoles sometieron á su dominio, no pudieron domar la fiereza de los naturales de aquel pais. Hoy como entonces se hacen soldados en un momento todos los araucanos que pueden manejar una lanza, y como los tártaros se alimentan con la carne de sus caballos, aunque tienen numerosos ganados. No se cubren nunca la cabeza, pues sus espesos y broncos cabellos los preservan bastante contra la lluvia y el sol: para que no les caigan sobre los ojos los sujetan con una cinta que se atan alrededor de la cabeza. No usan otro trage que un pedazo de tela de lana basta y de color azul, que baja desde la cintura hasta las rodillas, y un poncho de paño negro basto que se lo lian en el cuerpo cuando se preparan á combatir, para preservarse de los golpes de las armas blancas. Le sirve de lanza una caña de *colini*, que crece en las llanuras de Arauco, que tiene lo menos catorce pies de largo: es muy delgada proporcionalmente á su largo; pero es al mismo tiempo tan fuerte y elástica, que mas de una vez se ha visto á un araucano arrancar con ella á su enemigo de la silla del caballo que montaba.

En casi todos los bosques del interior de esta provincia se cria el *boïque*, arbol que produce la *cortex winteriana*. Los araucanos lo reputan como sagrado; y en ciertas fiestas y ceremonias peculiares á este pueblo, llevan una rama en la mano; tambien es entre ellos signo de amistad cuando invitan á una conferencia ó salen al encuentro de los estrangeros. Este arbol crece hasta la altura de cuarenta y cincuenta pies; sus hojas se parecen á las del laurel ordinario, y echa flores blancas y odoríferas.

En los dias de fiesta beben una cantidad considerable de *chicha*, bebida cuyo principal ingrediente es el maiz, única cosa que cultivan. Las mugeres ancianas de la tribu preparan este brevage machacando el maiz, y dejándolo luego fermentar con agua y raices. Antes de proceder á estas comidas estraordinarias cuya precisa consecuencia es la embriaguez, los hombres entregan sus lanzas y cuchillos á las mugeres, quienes ocultan estas armas en los bosques, conociendo bien cuan

inclinados son á las disputas, y con cuanta facilidad pasan á las vias de hecho, cuando estan excitados por los licores. En ciertas ocasiones toman este brevage mezclado con sangre de sus caballos, creyendo que esta sangre tiene la virtud de dotarlos de una fuerza y de una virtud sobrenatural.

Aunque sus especies de egercicios militares no guardan regularidad en las maniobras, son muy ágiles y diestros ya en parar los golpes, ya en evitarlos, desapareciendo casi enteramente de encima de sus caballos, y volviendo á aparecer en la silla con una facilidad verdaderamente admirables.



ARAUCANO.

Afectan el mayor desprecio hacia los regalos que puedan hacérseles, sin otro objeto que el de mostrar á los estrangeros su independencia, y hacerles concebir una alta idea de la opulencia de su nacion.

D. Alonso de Ercilla, en su célebre poema *La Araucana* ha inmortalizado las hazañas de estos indios, que despues de tres siglos se conservan todavía independientes: He aquí la descripcion que hace de ellos un viagero.

«Los araucanos llaman mucho la atencion: sus formas son atléticas, sus facciones regulares y agradables: exceden de la estatura comun, y por la mezcla que han tenido con los españoles de ambos sexos su cutis es mas claro que el de otros indios: amantes de su libertad han dado tantos ejemplos de bravura que pueden citarse como modelos de amor patrio: son exactos en el cumplimiento de su palabra: respetan la vida de sus prisioneros: tienen un caracter magnánimo, y otras muchas cualidades apreciables.

Su gobierno es aristocrático-federal: se conocen tres clases de dignidades bajo los nombres de *toqués* que son cuatro, y ademas *apo-ulmenes* ó gefes de provincia, y *ulmenes*, equivalentes á Caciques entre otras naciones: la insignia de los toqués es una hacha de pórfido, y la de los ulmenes un baston con puño de plata: estos últimos son los que administran inmediatamente justicia dentro de su jurisdiccion, pero mas con arreglo á su capricho, que á las leyes de la equidad: los negocios públicos se deciden en el gran consejo ó asamblea araucana, que solo pueden convocar los toqués: los ancianos son considerados y respetados como padres de la nacion.

S. C.

LA GUTTA-PERKA.

El gran número de aplicaciones útiles á la industria, al comercio, á la marina, y economia doméstica que ha recibido la gutta-perka, á pesar de su reciente introduccion en Europa, nos mueve á darla á conocer y á describir la historia de esta importante adquisicion.

Encuéntranse en la naturaleza ciertas sustancias sin duda destinadas á ser útiles al hombre; tal es el *cauchuc*, tal la gutta-perka, que por primera vez se sometió al exámen de la sociedad de artes en Lóndres el año 1843. El doctor Montgommerie refiere del modo siguiente su descubrimiento. «Hallándome en Singapore el año 43, llamó mi atencion el mango de una Segur que tenia un leñador malayo, y reparé que me era absolutamente desconocida su materia. Pregunté al leñador de qué era dicho mango, y me contestó que de gutta-perka, añadiéndome, que para darla la forma que se quisiera, se la echaba en agua hirviendo y se la tenia hasta que el calor la penetrase, con lo cual se ponia tan flexible como la arcilla, cobrando su anterior dureza y rigidez asi que se enfriaba. Le compré incontinenti dicho mango, rogándole me procurase la cantidad que pudiese de gutta-perka. Asi lo hizo, y satisfecho del resultado de las esperiencias á que la sujeté, y de la utilidad que iba á prestar por su abundancia, comuniqué tan precioso hallazgo á la junta médica de Calcuta, y despues á la Sociedad británica de artes, causando á ambas corporaciones el mayor placer, y llamando estraordinariamente la atencion de cuantos lo supieron. Hiciéronse á poco pedidos cuantiosos, creándose un ramo considerable de comercio.»

El árbol que da la gutta-perka, pertenece, segun sir W. Y. Hooker, al género de los sapoteos, y abunda en la isla de Singapore y en los frondosos bosques que cubren la extremidad de la península malesia. Monsiuer Brock, que á imitacion de Mr. Montgommerie ha hecho investigaciones para averiguar la existencia de este árbol en Sarawak y en la costa occidental de Borneo, ha proporcionado los datos siguientes: «El árbol de que se trata se llama *niato* entre los indígenas Sarawak, quienes ignoran la propiedad de la savia; es considerable su crecimiento, y su diametro llega á seis pies. Es muy comun en Sarawak, y es probable que lo sea en toda la Isla de Borneo.

Dicen que es uno de los árboles mas corpulentos de los bosques donde crece: la madera es inservible para la carpintería á causa de su tejido flojo y poroso, pero produce una fruta que da un aceite espeso de que los indígenas se sirven para su alimento. Para obtener la gutta-perka se derriba un árbol magnífico, de cincuenta y á veces de cien años, se descorteza, y el jugo lactescente que se resuma por las hendiduras que se hacen, se espone al aire y se cuaja. Cada árbol da de 20 á 30 libras por término medio.

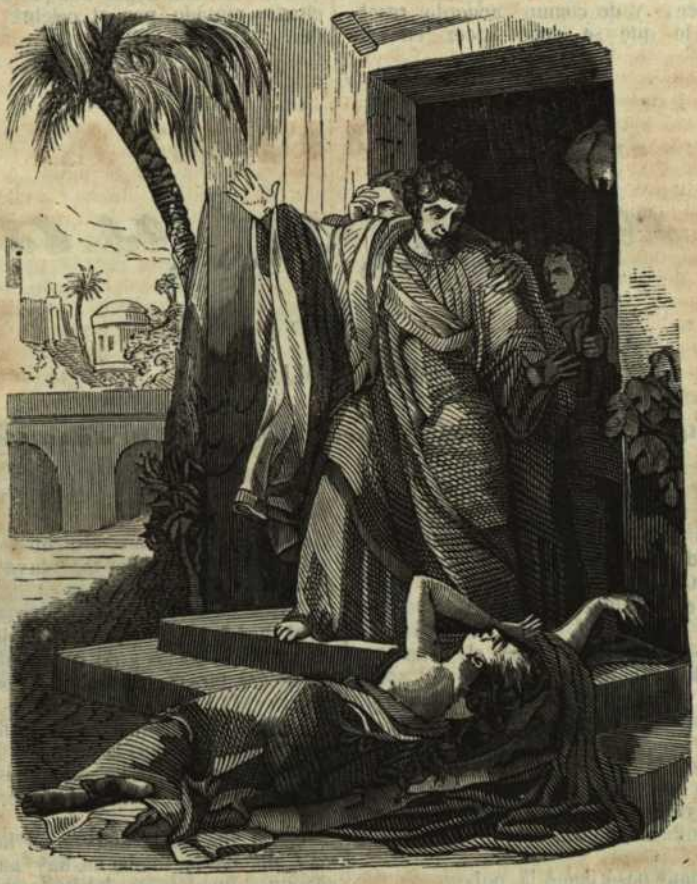
Este proceder tan desvastador y absurdo se aplica en grande escala, puesto que la importacion anual de esta nueva sustancia sube ya á muchos centenares de toneladas. Facil es de preveer las consecuencias de tan ruinosa esplotacion; y si en breve no se toman sérias providencias para atajar el mal, dentro de poco dejará de ser la grutta-perka un renglon lucrativo de comercio, y vendrá á ser un objeto de curiosidad en el gabinete del naturalista, alejado por raro del taller del fabricante. Lástima es, y grande, que se llegue á perder tan útil planta, bastando, segun todas las probabilidades, hacer incisiones en los árboles dejándolos en pie, como se hace para el cauchuc, y obteniendo un producto anual cuantioso.

Recíbese por el comercio la gutta-perka en hojas finas, y en rodillos formados por la sobreposicion de las mismas y cuando por estar blandas se adhieren. Si la sustancia es pura, las hojas son trasparentes y algo elás-

ticas, y varía su color desde el amarillo blanquizco hasta el de rosa. Antes de emplearla, sobre todo en obras delicadas, es muy del caso purificarla porque suele contener serrin y hojas del árbol. Para conseguirlo se echa en agua hirviendo, la cual disuelve alguna de las materias estrañas, espulsa las demas, y al cabo de algunos instantes se obtiene una masa ductil, blanda y plástica, de color pardo blanquecino. Si es voluminoso el trozo, se corta para someterle dividido á la accion del agua hirviendo. Este procedimiento carece de las dificultades que la manipulacion del cauchuc ofrece.

Asi preparada, posee muy curiosas propiedades la gutta-perka. A una temperatura inferior de 50° del termómetro de Farenheit, es tan dura como la madera, pero se la puede rayar con la uña; es su tenacidad muy grande; solo es flecsible en láminas muy delgadas, y se parece al cuerno á la vista y al tacto. Es algo fibrosa su contestura interior, y su resistencia á la frotacion la hace muy adecuada para mangos de instrumentos que se tienen de continuo en las manos. Aumentándola el calor, se aumenta su flexibilidad, y aun no llega la temperatura con mucho á la del agua hirviendo, cuando la masa, tan dura antes, tan tenaz y resistente, se pone tan blanda como la cera. Puédesela partir entonces con un cuchillo y reunir en seguida los pedazos, cuya adherencia será tan completa como si no se hubiesen separado. Cualquiera que sea la forma que se dé á la gutta-perka, conserva la misma al enfriarse. En diez minutos se reblandece, y en treinta recobra su primitiva dureza. Puede someterse á estas alternativas repetidas veces sin alterarse en lo mas mínimo. Si no es como el cauchuc elástica, presenta una tenacidad maravillosa. Una lámina de libra y media de grueso sostiene 51 libras. Tambien ofrece una gran resistencia á una fuerza estensiva, pero una vez alargada no se retrae. En su estado natural de dureza, cede dificilmente á la sierra. Arde como el cauchuc, produciendo viva la claridad, y desprendiendo el olor particular de esta sustancia: es como él, poco soluble en el éter y en otros disolventes del cauchuc, pero se disuelve prontamente en el aceite de trementina.

Son ya diversos sus usos. Su solucion sirve como la del cauchuc para la fabricacion de tejidos impermeables. En estado sólido empleánla los malayos para mangos de instrumentos con preferencia á la madera y el cuerno. Llamada á suceder con economia á la goma elástica, reemplaza ventajosamente al cuero en muchisimos casos, porque sobre reunir sus cualidades, le es muy superior bajo ciertos aspectos. Los gobiernos de Inglaterra, Francia y Bélgica han concedido ya muchos privilegios de invencion para diversas aplicaciones. Entra como ingrediente en las argamasas y betunes, en la fabricacion de un hilo con que se hacen telas, cintas, papel, etc.; se usa con ventaja al cauchuc en la encuadernacion, en hacer impermeables el calzado y prendas de vestir, en la construccion de tubos, botellas y otros efectos. Pero el privilegio mas importante es el que se ha concedido á Mr. Haucok, quien ha hecho curiosos esperimentos sobre la gutta-perka. Por medio de su union con el cauchuc y con otra sustancia llamada gintawan, se obtiene una materia elástica impermeable, insoluble en el agua, á la que es fácil dar el grado de dureza ó elasticidad que se apetezca, haciendo entrar en ella mas ó menos gutta-perka. Prepárase tambien con esta mezcla una sustancia lijera, porosa y esponjosa, propia para rellenar sillas, sofás, colchones, etc. Hácense tambien con ella resortes para péndulos, broches, presillas, ceñidores, ligas, etc. Modificando el proceder una dureza muy grande, la gutta-perka puede tornearse entonces y trabajarse como el marfil. En este estado se utiliza de mil modos; hácense con ella, por ejemplo, hermosísimos marcos, bastones de solidez admirable, anillos de puertas, mangos de cuchillos, puños de sable, peines, flautas, ect., ect. Se trataba de utilizarla para la fabricacion de alfabetos, libros, mapas, y naipes en relieve para los ciegos, y ya debe haberse conseguido. Se llena con ella el vacío de las muelas careadas, lo cual no puede presentar inconveniente. Es ademas la gutta-perka una matriz escelente para la impresion de medallas y monedas, y tiene la gran ventaja de no estar sujeta á romperse. Mezclando con esta sustancia cierta cantidad de ácido sulfúrico, y añadiendo cera ó cebo, se la puede hacer muy soluble, y obtener un escelente barniz completamente impermeable al agua. Mr. Haucock cree que esta solucion podrá servir para la mezcla de los colores en las impresiones sobre tejidos. Esta será, segun él, una de las aplicaciones mas estensas del descubrimiento, por cuanto los colores estampados por este proceder, prometen durar tanto como la tela. El tiempo irá determinando toda la importancia de la gutta-perka en las artes útiles y de ornato, habiendo dado los mas felices resultados las esperiencias hechas en Prusia por Mr. Siemens para aislar los telégrafos eléctricos facilitando su construccion en todas partes, y previniendo sus accidentes, y las que se han verificado en los Estados-Unidos para aislar tambien los alambres en el agua, impidiendo asi su destruccion, y facilitando igualmente los telégrafos eléctricos-submarinos. Ya en principio del año 48 se estableció en Paris una gran fábrica por los Sres. J. M. Cabirol y Compañia, (fauborg Saint Martin, número 222) de tubos, correas, sombrereras, almohadones, suelas de zapato, telas impermeables para delantales, capotas, blusas, pantalones, etc., y es estraño que el comercio no se cuide de introducir objetos tan útiles.=*M. Q.*



EL LEVITA DE EFRAIM.

Asunto sacado de la Biblia, libro de los Jueces, capítulo XIX.



«Lo cual cuando vió el Levita, sacóles su muger y la abandonó á sus ultrajes: y habiendo abusado de ella toda la noche, la dejaron cuando venia la mañana.

«Mas la muger, retirándose ya las tinieblas, vino á la puerta de la casa donde estaba su señor, y cayó allí.

«Cuando fue ya de dia, levantóse el marido, y abrió la puerta para continuar el camino comenzado: y he aquí que su muger yacía delante de la puerta con las manos tendidas sobre el umbral.

«A la que él, creyéndola dormida, decia: Levántate, y vamos. Pero como no respondiese, hallando que estaba muerta, tomóla, y cargóla sobre su asno, y volvióse á su casa.

«Apenas hubo entrado en ella, tomó un cuchillo, y dividiendo el cadáver de su muger con sus huesos en doce partes y trozos, enviólos á todos los términos de Israel.

«Y cuando esto vieron, cada uno exclamó

diciendo: Jamás se ha visto una cosa tal en Israel, desde el dia que subieron de Egipto nuestros padres, hasta este tiempo: decid lo que os parece, y de comun acuerdo resolved que es lo que se debe hacer en este caso.»

Este pasage de los sagrados Libros es el que representa la lámina que acompaña estas líneas. Es una copia aunque imperfecta de un cuadro pintado por el célebre pintor M. Conder.

J. I.

AYER Y HOY.

MELANCOLIAS

al amigo de mi infancia el apreciable actor D. Juan Catalina.

¿Di, te acuerdas? .. ayer éramos seres
llenos de fe, de amor y de ilusion,
y hoy esperanza, amores y placeres
no encuentra el marchitado corazon.

Entonces, ay! llena de gozo el alma
mundos encantadores entrevió,
y un Eden de placeres y de calma
en éxtasis dulcísimo forjó.

Eran sueños tan solo, dulces sueños,
flores del alma que creó un Eden,
panoramas magníficos, risueños,
sombras de sombras, ilusion del bien.

Aquel tiempo pasó como la nube
que impele velozmente el aquilon,
cual la mágica sombra de un querube,
cual célica y furtiva aparicion.

Pues al probar del mundo los dulzores
con loca fantasia y loco amor,
encontré espinas do creí ver flores,
y do alegria, lágrimas... dolor.

Amé y creí como inocente niño;
amé y creí, mas por mi daño fue,
pues en vez de lealtad y de cariño
falacia y desengaños encontré.

Uní mis labios á los de una hermosa
que me brindaba en ellos dulce miel,
y como el áspid que en la flor se posa,
ajó mi alma y me dejó su hiel.

Tendí la mano y demandé consuelo
y otra mano á la mia se enlazó,
y al estrecharla con ardiente anhelo
mil punzantes espinas me clavó.

Huí buscando climas apartados,
otros hombres allí pensando hallar,
do quier vi necios y do quier malvados,
do quiera farsas, deslealtad, pesar.

Ay! desde entonce en insondable abismo
fueron mis ilusiones á caer,
y es para mí el triste escepticismo
la verdad de la vida y el placer.

Mas allá de la muerte no hay dolores (*),
mas allá de la tumba no hay amor,
ni muger que en sus labios entre flores
nos ofrezca un veneno destructor.

Aquí no se conoce ni se admira
al amor, la virtud y la amistad;
mas allá de la tumba no hay mentira
porque es la muerte la primer verdad.....

Adios... adios .. no quiero que mi canto
vaya impío tu gloria á perturbar,
tú tambien como yo no hallas encanto,
mas con quimeras quiereste engañar.

Y aunque unida á la tuya esta mi historia
cual otros tú tambien me olvidarás,
y ni un verso, una flor, una memoria,
del que fuera tu amigo guardarás.

JUAN JACOBO FERNANDEZ DE FUENTES.

(*) terrenales.

DE LOS BANCOS

EN LOS ESTADOS-UNIDOS.



El Bancher's Magazine, en sus apuntes del mes de Enero, nos manifiesta, segun los mas recientes datos, una lista de los Bancos existentes en los distintos Estados de la Union, del capital de su fundacion, de los billetes que tienen en circulacion, y del numerario de que puede disponer. Hé aquí la lista:

Maine, 38 Bancos; capital, 5.098,000 pesos fuertes; en circulacion, 3.2000,000; contante, 630,000.

New Hamsphire, 25 Bancos; capital, 2.588,000; en circulacion, 2.120,000; contante, 140,000.

Vermont, 31 Bancos; capital, 2.685,000; en circulacion, 2.337,000; contante, 180,000.

Massachusetts, 137 Bancos; capital, 43.350,000; en circulacion, 17.000,000; contante, 3.000,000.

Rhode Island, 69 Bancos, capital, 12.338,502; en circulacion, 3.000,000; contante, 350,000.

Connectícut, 47 Bancos; capital, 13.175,675; en circulacion, 5.640,000; contante, 800,000.

New-York, 218 Bancos; capital, 58.497,345; en circulacion, 27.200,000; contante, 7.000,000.

New-Jersey, 25 Bancos; capital, 4.018,900; en circulacion, 3.500;000; contante, 780,000.

Delaware, 9 Bancos; capital, 1.440,000; en circulacion, 1.000,000; contante, 250,000.

Distrito de Colombia, 4 Bancos; capital, 1.182.300, pesos fuertes; en circulacion, 350,000 contante 300,000.

Virginia, 39 Bancos; capital, 10.214,800; en circulacion, 11.600,000; contante, 3.650,000.

Carolina del Norte, 22 Bancos; capital, 4.305,000; en circulacion, 4.600,000; contante, 2.000,000.

Calorina del Sur, 14 Bancos; capital, 11.431,183; en circulacion, 7.500,000; contante, 2.600,000.

Georgia, 18 Bancos; capital; 5.629,216; en circulacion, 4.300,000; contante, 1.700,000.

Alabama, 2 Bancos; capital, 2.000,000; en circulacion, 3.500,000; contante, 1.800,000.

Indiana, 14 Bancos; capital, 2.082,151; pesos fuertes; en circulacion, 3.680,000; contante, 1.300,000.

Yowa, 1 Banco; capital, 200,000; en circulacion, 100,000; contante, 50,000.

Kentucky, 26 Bancos; capital, 10.180,000 pesos fuertes; en circulacion, 7.450,000; contante, 3.300,000.

Luisiana, 5 Bancos; capital, 12.267,120; en circulacion, 3.500,000; contante, 4.300,000.

Michigan, 4 Bancos; capital, 792,000; en circulacion, 650,000; contante, 150,000.

Missuri, 6 Bancos, capital, 792,000; en circulacion, 2.400,000; contante, 1.500,000.

Ohio, 61 Bancos; capital, 7.866,376; en circulacion, 11.635,000; contante, 2.800,000.

Tennesé, 23 Bancos; capital, 8.405,197; en circulacion, 5.300,000; contante, 1.900,000.

Tefas, 1 Banco; capital, 300,000; en circulacion, 400,000; contante 200,000.

Wisconsin, 1 Banco; capital 225,000; en circulacion 250,000; contante 100,000.

Missisipi, 1 Banco; capital 100,000; en circulacion 100.000, contante 50,000.

Núm. total de Bancos, 921; capital, 248.803,061 pesos fuertes; en circulacion, 150.052,900; contante, 50.000,000.

Cuando se formó esta lista, no habia todavia Bancos en actividad en el Ilinois, en la Florida, en Arkansas, ni en la California. En el primero de estos Estados se habia adoptado una ley general sobre el sistema de Bancos; pero el auditor de cuentas del Estado habia gestionado para que se pusiese en egecucion. En las últimas fechas habia hecho saber que estaba dispuesto á recibir los depósitos mandados por la ley, y á dar en cambio billetes de

circulacion. Tambien ha empezado á funcionar en Chicago un banco llamado de los mercaderes y mecánicos, que dispone de un capital de 100,000 duros, y dentro de poco se organizará otro en Springfield, capital del Estado.

La legislatura de la Florida ha acordado en su última sesion la fundacion de un Banco en Talahasee, pero hasta ahora, que se sepa, no ha empezado sus operaciones. Parece que en el Arkanas no se piensa en estas instituciones financieras. En cuanto á la California, su constitucion le prohibe este privilegio.

Estas escepciones no tardarán en desaparecer: la esclusion sistemática y absoluta de los Bancos, es una anomalía en un pais donde el capital metálico está muy lejos de estar en proporcion con las necesidades del trabajo. A consecuencia de las revoluciones financieras que sobrevinieron hace algunos años, el partido democrático, que creia por este medio mostrarse fiel á los principios del general Jakson, hizo una guerra encarnizada á las instituciones del crédito. Los resentimientos populares le sirvieron perfectamente bajo este concepto; pero estos resentimientos han tenido tiempo suficiente para calmarse, y ahora se comprende de que si se deben evitar los escesos vertiginosos que han provocado las antiguas crísis, es, por otra parte, absurdo proscribir sin misericordia las instituciones, que, sábiamente administradas, pueden contribuir tan poderosamente á la marcha de los grandes trabajos que exige el verdadero interés del pais. Este convencimiento penetra por do quiera; por lo tanto, vemos que las legislaturas no tienen miedo ya de autorizar el establecimiento de Bancos, teniendo cuidado solamente de someterlos á las reglas que ha dictado la esperiencia.

P. J.

PRECEPTOS MORALES

de Jorge Washington.



Jorge Washington, llamado padre de la libertad americana, ha dejado numerosas cartas, diarios y manuscritos recogidos y publicados con veneracion por uno de sus conciudadanos. Algunos de estos manuscritos datan de su infancia, y no son notables mas que por la gallardía de la letra y por la disposicion que revelan para el cultivo de las matemáticas. Vamos á tomar algunos renglones que escribió á la edad de trece años y que se les tituló: *Reglas de cortesanía y conducta.* Se ignora si los preceptos que encierran fueron inspiracion propia ó copiados tan solamente por el jóven Washington, pero de cualquier modo que sea no habrá dejado de influir en su conducta durante la vida.

—Cuando os halleis en sociedad, no hagais nada que implique falta de respeto hácia los demas.

—Cuando haya alguno en vuestra compañia no canteis entre dientes ni tamborileis con los dedos.

—No hableis fuera de propósito; no durmais cuando hablen los demas; no permanezcais sentado cuando se levanten los demas, ni andeis cuando los demas se paren.

—Sed conciso y claro cuando hableis con gentes de ocupaciones y negocios.

—Cuando visiteis un enfermo no la echeis de médico si no habeis estudiado medicina.

—No discutais con vuestros superiores, y espresad siempre con modestia vuestro pensamiento.

—Sed sencillo en vestir, y procurad que los vestidos sean antes cómodos que fastuosos; se-

guid las modas adoptadas por las personas mas razonables de vuestra clase.

—No seais como el pavo real ocupado en mirar si sus plumas están siempre tersas y brillantes.

—No frecuenteis sino el trato de personas estimables; vale mas estar solo que mal acompañado.

—Apartad de vuestros discursos la malevolencia y la envidia.

—En la mesa ó entre personas que se entregan á la alegria no hableis de cosas tristes. No recordeis historias lamentables de desgracias y muertes, y si otros menos discretos dan márgen á asuntos de esta naturaleza, tratad de torcer el giro de la conversacion. No conteis vuestros sueños ni vuestras esperanzas sino á vuestro amigo íntimo.

—No profirais palabras injuriosas formal ni chanceramente, ni os burleis de nadie, cualquiera que sea el motivo que dé.

—Manifestaos urbano y benévolo, no atrevido; sed el primero á saludar, escuchar y responder. No os deis el aire de pensador cuando hablan en vuestra presencia.

—Cuando dos personas disputan no tomeis partido sin necesidad por una ú otra. No seais obstinado en vuestras opiniones, y en cosas indiferentes agregaos al modo de pensar de los mas.

—No os apresureis á referir noticias cuya exactitud ignorais. Al contar lo que habeis oido, no citeis siempre las personas que lo han dicho. No descubrais un secreto.

—No trateis de enteraros de los asuntos de otro. No os acerqueis á personas que conversan particularmente.

—No emprendais lo que no podais cumplir, pero mantened escrupulosamente vuestra promesa.

—No digais mal de los ausentes porque es injusto.

—No mostreis demasiado gozo al sentaros á la mesa; no comais con glotoneria: *cortad vuestro pan con el cuchillo;* no os apoyeis en la mesa, ni critiqueis la comida.

—No os senteis á la mesa con enfado, y si no le podeis desechar, disimuladlo. Procurad mostrar satisfaccion en el semblante, sobre todo si comeis con gentes estrañas ó de cumplido; porque el buen humor hace una fiesta de la mesa mas humilde.

—Cuando hableis de Dios ó de sus atributos hacedlo con circunspeccion y respeto. Obedeced á vuestros padres y honradlos cualquiera que sea su posicion.

—Proporcionaos pasatiempos y recreos razonables y no culpables.

—Trabajad por mantener viva en vuestro pecho esa pequeña chispa del fuego celeste que se llama conciencia.

L. C.





MUGER CONDUCIDA EN UN CAMELLO.

Uno de los espectáculos mas singulares del pais argelino es el de los camellos que transportan mugeres en una especie de jaulas cubiertas, de una forma verdaderamente original, las cuales deben ofrecer un asiento muy poco agradable, aunque no sea mas que por el movimiento duro que causa la andadura del dromedario.

D. V.

BUKAREST Y VALAQUIA.

Bukarest es una estensa ciudad situada parte en la llanura, y parte en el declive de una colina. Atraviésala un rio llamado Dombovitsa. Sus casas, bajas, entrecortadas acá y acullá por sotillos de árboles, ofrecen de lejos cierto aspecto asaz pintoresco, gracias á los campanarios de sus trescientas iglesias, que á primera vista dan á creer que existe alguna arquitectura en la capital de los hospodares. Pero así que se traspasan las barreras, huye toda la ilusion, porque ni un solo monumento artístico se encuentra entre aquellos edificios, construidos la mayor parte con ladrillos revocados con cal. Estraño es por cierto que durante la larga dominacion de los turcos no hayan tratado los valacos de imitar aquellas elegantes mezquitas que tanto estilo y tono dan al mas pequeño pueblo otomano. Nadie pudiera figurarse cuan sucias son las calles de Bukarest, soladas con largas piezas de madera, bajo las cuales se encharcan eternamente el agua y el lodo, sin que traten de disminuir aquellos focos de infeccion. Al rodar un carruage por el piso destinado al público, no pocas veces se ha visto levantar al aire aquellas mal ejecutadas tablas á los transeuntes, y rociar á los que por allí pasan con una lluvia de fango negruzco y fétido. En invierno hay ciertos barrios intransitables para los que tienen que andar á pie, y la necesidad primera de toda persona que busque preservarse de calenturas y dolores de costado, es tener buen carruage. Júzguese por ahí á cuantas enfermedades no estará sujeta aquella pobre poblacion. Difícilmente se puede dar en efecto pais mas insalubre que Bukarest, donde el menor descuido higiénico le postra á uno en cama por muchos dias. Las fiebres intermitentes y pútridas constituyen el estado normal de los habitantes, y por colmo de males la peste, peculiar al pais.

Hasta el agua produce allí diversas enfermedades. Por esto los habitantes recomiendan á los estrangeros el uso esclusivo del vino, caritativo consejo que pudiera parecer dictado por otro sentimiento al ver que los que lo dan son propietarios de viñedos, y por consiguiente cuidadosos de proporcionar salida á su género. Pero, fuerza es hacerles justicia, porque en este punto dan los valacos el mas brillante ejemplo. En ningun pais se hallan tantos borrachos tendidos por los caminos; y este hecho concuerda muy mal ciertamente con un proverbio nacional: *Dulces son las aguas del Dombovitsa; el que una vez las bebe, no sabe ya dejarlas.* Constantino Bessaraba, antiguo gefe *(voivode)* de Valaquia, al traspasar su gobierno de Targovitz á Bukarest, hácia fines del siglo XVII, no cambió tampoco de condicion higiénica mudando de capital; porque Targovitz, hoy mediano pueblo, no es mucho mas habitable y sano

Divídese la poblacion de Valaquia en cuatro muy distintas clases, los boyardos, los labradores y artesanos, y los tsiganos ó bohemios. La palabra *boyardo* es esclavona, y significa hombre de guerra: hoy dia es un título honorífico que corresponde á nuestros títulos de nobleza. Los boyardos con las congregaciones religiosas poseen casi esclusivamente las tierras, y la mayor parte de ellos viven en la capital, donde buscan con afan favores de su príncipe, y distinciones que el Emperador de Rusia, su protector, no deja de concederles cuando tiene necesidad de inflamar su celo y entusiasmo. Ocúpanse principalmente en sus horas de soláz en cazar osos que abundan en aquel pais. Algunos de ellos envian á sus hijos á Francia ó Inglaterra para su educacion, y hasta ellos mismos viajan ya con frecuencia por los paises civilizados de Europa; pero la mayor parte se acomodan á la educacion y traje indíjenos.

Obsérvase en su naturaleza cierta mescolanza de sutileza griega y de rudeza esclavona, que acaban de complicar todavia los usos tomados de los turcos. Las mugeres, por el contrario, afectan suma aversion á cuanto recuerda los salvajes modales y costumbres de sus abuelos: hablan generalmente el frances con facilidad y gracia, y visten adaptándose á las modas parisienses. Algunas casas de los principales boyardos son ciertamente dignas de admiracion. En cada una de ellas hay una sala amueblada á la francesa y con esquisito gusto. Sillones de arce incrustados, cortinajes de seda de las fábricas de Leon; hermosos bronces dorados encima de una chimenea de mármol, en medio una mesa con periódicos de Paris y Londres; novelas recien-publicadas, albums, caricaturas, figurines de modas, y en torno de la mesa las señoras de la casa y sus visitas con elegantes trages de las tiendas de Paris; tal es el espectáculo que por un lado ofrece el salon.

Por el otro, un divan á la turca se va desarrollando en un ángulo de la pared, contra el cual se ve una mesa de juego donde se divierten los aficionados al *wisth*, con sus piernas por debajo. Por intervalos les lleva un fámulo encendidos *tchibouks* y su taza de café; y á los de la sala parisiense, vasos de cristal, en un azafate de plata con agua, azucarillos y jarabes.

Divídense los boyardos en dos clases: en la primera entran las principales familias que han tenido la honra de dar hospodares á alguno de los dos principados, y las que ocupan los mas importantes cargos del gobierno. Exenta está dicha clase de toda gabela y contingente.

Compónese la segunda clase de la pequeña nobleza de las provincias, que paga el impuesto de la capitacion lo mismo que los mercaderes y bajo pueblo.

Bajo el gobierno turco, vivieron en todos tiempos los principales boyardos en un estado permanente de conspiraciones y revueltas; y por eso cuenta tantas víctimas que han ensangrentado la historia de aquel pais. Hasta ahora echan toda la culpa á los turcos, sin considerar que por precision debian hacerlo para que respetasen su autoridad cual correspondia. Así que encuentre la Rusia favorable ocasion para incorporarse definitivamente la Moldavia y la Valaquia, no será estraño que aquellos espíritus díscolos obliguen á sus nuevos dueños á castigarles tambien con igual dureza. En el transcurso del último siglo, la familia del hospodar entronizado actualmente en Bukarest, tuvo dos miembros suyos decapitados por la mano del verdugo; en 1740, Constantino Ghika, drógman de la Puerta, sentenciado en Constantinopla; en 1777, Gregorio Ghika, príncipe de Moldavia, cosido á puñaladas por un *capoudji*. Los Soutzo, otra de las familias mas influyentes del pais, perdieron del mismo modo, en 1760, á Juan Soutzo, hermano del príncipe Miguel; en 1769, á Nicolás Soutzo, drógman de la Puerta, y á Alejandro Soutzo en 1806. Igual catástrofe sufrieron los cautacucenos, los callimaquis, los morousys y otros varios.

A punto fijo no sabemos si los nuevos reglamentos del principado modificaron el número y los títulos de los grandes dignatarios que componen el divan; pocos años ha eran: 1.° *El ban de Grayova*, título de gobernador sin gobierno: 2.° *El Gran Duornik*, ó gran juez, el cual tiene los tribunales bajo su direccion: 3.° *El Gran-Spathar*, ó general en jefe, investido al propio tiempo de la policía de la capital y del derecho de juzgar correccionalmente: 4.° *El Gran-Logotheta*, ó gran canciller; los conventos y monasterios están sometidos á su inspeccion: 5.° El tesorero *(vistiar)*: 6.° El Senescal *(Stolnik)*, otros personajes, tales como el *Serdar*, el *Stoudziar* (proveedores de víveres), el *Pahanrik* (sumiller) etc., eran sus adjuntos.

Este divan, presidido por el hospodar, representa el consejo de Estado y la corte suprema. Remite este las causas ante los tribunales secundarios, y falla el hospodar en última apelacion. Las penas que se aplican son generalmente palos á lo turco, ó á trabajar en las minas. Hácese justicia segun el derecho romano y recopilacion de usos y costumbres del pais llamada *Obicei permentule*.

A despecho del código de Justiniano y del *Obicei permentule*, lo cierto es que todo el principado depende absolutamente del capricho del hospodar, quien á su vez dobla la cerviz ante la voluntad soberana de su protector de Petersburgo.

Los labradores valacos verdaderos son siervos como los de Rusia, aunque su franquicia legal nace del año de 1774. Al abolir Constantino Mavracordato las odiosas ruinas de la conquista esclavona, descuidóse de distribuir entre los nuevos libertos las tierras incultas que hubieran asegurado su libertad y subsistencia, creando al mismo tiempo recursos fiscales para el estado. Los cultivadores han quedado pues, cual estaban antes respecto de sus propietarios. Igual sistema se practica en las demas partes del imperio Otomano, y de cuantas instituciones viejas tiene Turquía es la primera que debe abolir, como tradicion inmoral é impolítica de la edad media. Ahí está la causa de la despoblacion siempre creciente en aquellos paises, y si se distribuyesen las tierras incultas entre tantos desgraciados como perecen de miseria y ócio, cubriríase el suelo de pueblos, caseríos y de toda suerte de prosperidad. Parece que el sultan Mahamud con su reciente decreto sobre los mukatahas, ha dado ya un paso en este sentido: complete su idea, y hallará el instrumento mas eficaz de la regeneracion de su imperio.

La clase de mercaderes de Bukarest y de las principales ciudades del principado se compone casi enteramente de estrangeros. Griegos, judíos, armenios son los que esplotan el muy lucrativo comercio del banco del cambio: rusos y alemanes tienen en la capital sus almacenes bien provistos de toda suerte de manufacturas fabricadas en Rusia, Viena y otros puntos de Alemania: los propietarios de estos almacenes hacen generalmente sus compras una vez al año en la feria de Leipsik.

Los ganados, la miel, la lana, la sal, los cueros, los granos, continúan esportándose á Turquía; y sabido es que los sultanes llamaron siempre á Moldavia y Valaquia los dos graneros de Constantinopla. Los caballos se venden en Polonia y Alemania, asi como las ranas, el vino y el pescado salado del Danubio. Los habitantes del pais no comercian sino es al menudeo. A escepcion de algunos artículos especiales, pocas son las mercancias francesas que se ven en Valaquia: menos venta hay aun de mercancías inglesas, y antes de poco bastarán las de Rusia al consumo de ambas provincias, absorviendo en beneficio suyo la casi totalidad del comercio de esportacion.

La navegacion del Danubio, haciendo de la el Valaquia depósito de los géneros de Alemania destinados al Levante y *vice-versa*, establecerá una especie de monopolio que ha de ser un manantial de fortuna para los rusos. Verdad es que con poca destreza pudiera el Austria disputarle este monopolio, porque á medias con el sultan, en su mano está el comunicar tambien con el mar negro, cuyos planes y cuentas le han sido ya propuestos.

Esa vagamunda raza llamada gypsies por los ingleses, yigeuner por los alemanes, bohemios por los franceses, y gitanos por los españoles, y que recorrian antiguamente todas las comarcas de Europa, de donde á fuerza de persecuciones han llegado al fin á espulsarlos; esa raza, repetimos, parece que ha ido á concentrarse en Valaquia y Moldavia. Los gitanos de los principados ningun vicio han perdido de los que antiguamente les distinguian. Justo es tambien confesar que la sociedad, contra la cual han estado siempre en guerra, nada ha hecho para atraerlos á mas honrada existencia. Cien mil gitanos se cuentan aun hoy dia entre Moldavia y Valaquia. Su condicion, aunque varia en la forma, es poco mas ó menos en el fondo siempre la misma, es decir, que son el objeto del desprecio universal. Sus desarreglos y estragadas costumbres, lo salvaje de su carácter y existencia, su irresistible inclinacion al robo, no son ciertamente á propósito para rehabilitarlos de la fama que generalmente tienen. Un gitano se mira como el equivalente de un venado ó de un animal doméstico, segun el trabajo que le impone su amo que le compró por su dinero. A veces recorre tambien las montañas viviendo de caza y de limosna, cuando no importuna á los viajeros que por allí pasan. El gobierno valaco posee en propiedad cierto número de estos esclavos, y los emplea en la estraccion de minas. Los ricos boyardos mantienen á muchos de ellos para acompañarlos en sus cacerías, y hacen el oficio de perros, estimulados con frecuentes distribuciones de aguardiente y de palo seco en sus espaldas. Otros conducen osos, y van por los pueblos dando representaciones de sus danzas y rasgos de habilidad; otros tambien ejercen la profesion de tañedores de varias instrumentos. Con pocos *rublos* se alquila una bandería de ellos, y la mayor parte del tiempo se indemnizan de lo módico del salario, metiendo en sus faltriqueras todo lo que á mano encuentran.

L. I.

EL LOBO.



Cuando Buffon escribió su historia de los cuadrúpedos, esta parte tan interesante de la historia natural descansaba todavía en imperfectas observaciones; por lo que aquel sabio pintor de la naturaleza cometió algunos errores hijos no solo del estado imperfecto de la ciencia, sino tambien del genio esencialmente poético de dicho autor. Su viva imaginacion llevábale á menudo mas allá del mundo positivo; así es que aquellos lectores que buscan en las obras de Buffon algo mas que un modelo de elocuencia, cuadros animados y magníficos de las maravillas de la naturaleza, y pintura de costumbres, es menester que lean á este autor con una cuerda desconfianza y bajo un guia instruido.

Estas observaciones tienen una particular aplicacion á la historia que nos da Buffon del lobo, por lo que á las nociones que vamos á sacar de este sabio naturalista debemos añadir indispensables correctivos.

Los naturalistas actuales comprenden bajo el nombre genérico de lobo, á todos aquellos animales que tienen los dientes semejantes al lobo comun ó perro, y cuyas pupilas constantemente conservan la figura circular, en oposicion á las zorras que á unos dientes parecidos á los del lobo juntan unas pupilas prolongadas como las del gato doméstico. Los primeros ven al medio dia mejor que de noche, y al contrario los segundos ven mejor de noche; y asemejándose estos animales en todos los demas órganos estan comprendidos bajo la general denominacion de *perros*.

El lobo propiamente tal es uno de los animales que tienen mas vehemente apetito de la carne, y aunque para satisfacer á esta necesidad le haya suministrado la naturaleza todos los medios convenientes, tales como armas, astucia, agilidad y fuerza, para alcanzar, vencer y devorar la presa, no obstante muere con frecuencia de hambre, porque el hombre le ha declarado la guerra y puesto á precio su cabeza, forzándole á esconderse en los sitios mas silvestres, donde encuentra muy pocos animales, y aun estos solo á fuerza de emboscadas y perseverancia puede alguna vez devorarlos; de lo contrario se le escapan por la velocidad de su carrera. Naturalmente es grosero y cobarde, pero la necesidad aguza su instinto y astucia, y la misma le hace atrevido. Instigado por el hambre se expone á los peligros, y ataca á los animales que se hallan bajo la guarda del hombre, particularmente á los que puede llevarse con facilidad, como carneros, corderos, perros, cabritos, etc. Escóndese durante el dia en su madriguera, y solo de noche sale, anda en torno de las habitaciones, ataca los rediles, escarba la tierra debajo de las puertas, y á todos los animales mata antes de escoger la presa que ha de llevarse.

Cuando el hambre es extrema, el lobo ataca á los niños y mugeres, y hasta al hombre mismo, y el animal muere en medio de la rabia, cuando de ninguna manera puede satisfacer sus apremiantes necesidades.

El lobo tiene su figura muy semejante á la del perro, sin embargo es muy opuesto el natural de estos dos animales: el perro se domestica muy facilmente y cobra un leal afecto á su dueño, al paso que el lobo, aun cogido en su tierna edad, solo con gran dificultad llega á domesticarse, y aun con esto al avanzar en edad recobra su ferocidad natural.

Buffon creyó sin razon imposible domesticar los lobos y habituarlos á vivir mezclados con los perros; pero los experimentos hechos en el criadero del Jardin de Plantas han dado contrarios resultados: hasta se logró cruzar estas dos razas de animales, y el mestizo que resultó participó de entrambos géneros.



EL LOBO.

El lobo está dotado de prodigiosa fuerza, especialmente en las partes anteriores del cuerpo y en los músculos del cuello y de la mandíbula. Sostiene y se lleva con solo los dientes á un carnero sin tocar este en el suelo, y corre con su presa mas veloz que los pastores; de suerte que únicamente los perros pueden alcanzarlo. Muerde cruelmente, con tanto mayor encarnizamiento, cuanto menos se le resiste; pues toma sus precauciones cuando se trata de animales capaces de defensa. Teme por sí, y nunca se bate como no sea por necesidad; pero nunca por impulsos de valor. Cuando se le fractura algun miembro de un balazo despide grandes ahullidos; pero cuando lo rematan á garrotazos no se queja como el perro, pues es el mas duro, insensible, y tal vez el mas robusto de los animales.

Cuando cae en algun lazo le coge tal espanto, que por mucho tiempo puede matársele sin que se defienda, ó cogerlo vivo sin resistencia, y puede ponérsele un collar, cadena ó mordaza sin que dé muestras de furor.

El lobo prefiere la carne viva á la muerta, con todo devora las carroñas mas infectas: tiene un excelente olfato, y de muy lejos percibe las exhalaciones de los cuerpos en que puede cebarse: gústale mucho la carne humana, y á ser él mas fuerte sin duda nunca comiera otra.

Se han visto lobos en seguimiento de los ejércitos acudir en gran número á los campos de batalla, desenterrar los muertos, y devorarlos con insaciable afan.

Cuando Bongainville aportó en Egmont, algunos lobos que no conocian á la especie humana ni los peligros de su presencia se adelantaron á nado para devorar á los hombres de la tripulacion, tomándolos sin duda por una presa muy fácil.

El lobo comun es de color gris negruzco, bien que los hay enteramente negros, los hay blancos, y tambien con mezcla de varios colores. Encuéntranse que tienen el pelo rojo y la melena negra en el Paraguay, y su cara se asemeja tanto á la de los perros, que fuera fácil tomarlos por tales al verlos por los campos, y no conocerlos á no ser por la longitud de las orejas que tienen medio pie y las llevan siempre tiesas. Hay quien supone haber adiestrado alguno de estos lobos para la caza.

Los lobos son perseguidos en todas las naciones, y en la mayor parte el gobierno paga un tanto por cabeza, como sucede en España, Francia, Inglaterra, etc.

A. U.

FANTASIA.



Por qué está la bella, Edwigia tan triste? Que hace tan retirada, con la mano en la barba, mas triste que la desesperacion, mas pálida, que la estatua de alabastro que llora sobre una tumba? Del estremo de su párpado, una gruesa lágrima rueda por su megilla, una sola, pero que no se seca jamas, como la gota de agua que mana de la bóveda de un peñasco, y que despues de largo tiempo corroe el granito; esta sola lágrima, cayendo sin cesar de sus ojos, ha atravesado su corazon.

Edwigia, rubia Edwigia, ¿qué temeis? ¿por qué llevais sin cesar al costado vuestras pequeñas manos diáfanas, delgadas, y delicadas? Vais á ser madre; este es vuestro mayor deseo; vuestro noble esposo, el conde de Lodbrog, ha prometido un altar de plata maciza, y un copon de oro fino á la iglesia de S. Euberto si le dais un hijo.

Ay! Ay! la pobre Edwigia tiene el corazon herido; un terrible secreto pesa sobre su alma. Hace algunos meses, que un estrangero llegó al castillo; era de noche, y el tiempo

estaba muy crudo: las torrecillas temblaban en sus cimientos, las veletas crugian, el fuego chisporreteaba en la chimenea, y el viento azotaba las ventanas, como un importuno que quiere entrar.

El estrangero era bello como un ángel, pero como un ángel caido; su mirada y su sonrisa eran dulces, y sin embargo inspiraban terror; cierta gracia engañadora, cierta languidez pérfida como la del tigre que acecha su presa, acompañaba todos sus movimientos, y fascinaba á los que miraba como la serpiente fascina al pajarillo.

Este estrangero, era un maestro de música; su tez morena manifestaba que habia visto otros cielos; decia venir del fondo de la Bohemia, y pedia hospitalidad solo por una noche.

En efecto se la concedieron, y pasó en el castillo algun tiempo mas porque la tempestad no cesaba, y el viejo castillo se agitaba sobre sus cimientos, como si el viento quisiese derribar sus almenas en las aguas espumosas del torrente.

Para pasar el tiempo, cantaba estraña poesia, que turbaba el corazon y hacia concebir ideas furiosas: mientras cantaba, un cuervo negro, luciente como el azabache, venia á posarse sobre su hombro llevando el compas con su pico de ébano, moviendo sus alas como si aplaudiese. Edwigia palidecia, palidecia como el lirio á la clara luz de la luna; se ruborizaba como las rosas de la aurora, y se dejaba caer en su sillon, lánguida y casi muerta, embriagada como si hubiese respirado el perfume fatal de esas flores que causan la muerte.

Por último, serenó el tiempo, y el cantor dejó el castillo. Desde este dia, Edwigia la rubia Edwigia no hacia mas que llorar puesta en el ángulo de la ventana.

Edwigia es madre, ha tenido un hermoso niño blanco y sonrosado.—El viejo conde de Lodbrog ha mandado hacer un altar de plata maciza, y ha dado al platero una bolsa de piel de reno con mil piezas de oro, para que haga un cáliz.

El niño es blanco y sonrosado, pero tiene los ojos negros del estrangero; su madre lo ha visto bien. Ah! pobre Edwigia! por qué habeis mirado tanto al estrangero con su arpa y su cuervo?

El capellan bautizó al niño, poniéndole el bonito nombre de Oluf!—Un astrólogo sube á la torre mas alta para sacar su horóscopo.

El astrólogo mide la altura, marca el año, el dia, el minuto; hace largos cálculos con tinta roja sobre un pergamino lleno de signos cabalísticos; entra en su gabinete y vuelve á la plata-forma: sin embargo, no se ha equivocado en sus cálculos, su tema de nacimiento es tan esacto como un peso de oro; y las nuevas observaciones le dan el mismo resultado.

El pequeño conde Oluf tiene una estrella doble; la una verde y la otra roja; verde como la esperanza, roja como el infierno; la una favorable, la otra desastrosa. ¿Cuando se ha visto que un niño tenga una estrella doble?

Con aire grave y acompasado, entró el astrólogo en el aposento de la parida, y le dice pasándose su mano huesosa por su espesa barba de mago:

—Condesa Edwigia, y vos, noble conde de Lodbrog; dos influencias han precedido al nacimiento de Oluf vuestro precioso hijo; la una buena, la otra mala; puesto que hay una estrella verde y otra roja. Por consiguiente, está sugeto á un doble ascendiente, será muy feliz, ó muy desgraciado, ó acaso las dos cosas á la vez.

El conde de Lodbrog responde, al astrólogo: La estrella verde triunfará. Pero Edwigia temia en su corazon de madre que ganase la estrella roja. Púsose de nuevo la mano en la barba, el codo sobre la rodilla, y se puso á llorar en el ángulo de la ventana. Despues que daba de mamar á su hijo, su única ocupacion era mirar al traves de la ventana la nieve que caia en copos espesos y apretados, como si se hubiesen dejado caer desde lo alto las plumas de las alas blancas de todos los angeles y querubines.

De cuando en cuando un cuervo pasaba por delante de la ventana, cortando y sacudiendo este polvo plateado.

Esto hacia pensar á Edwigia, en el cuervo singular que tenia siempre sobre el hombro el estrangero, en su dulce mirada de tigre y en su hechicera sonrisa de víbora.

Y sus lágrimas caian de sus ojos sobre su corazon, sobre su corazon siempre atormentado.

El jóven Oluf es un niño bien raro: se decia que su cutis blanco y colorado encierra dos niños de un carácter diferente; un dia es tan bueno como un ángel, otro es tan malo como un diablillo; muerde el pecho de su madre y araña con sus uñas la cara de su aya.

El anciano conde de Lodbrog, se sonrie, y dice que Oluf será un buen soldado, y que tiene un carácter belicoso. Lo cierto es que Oluf es un bribonzuelo insoportable: tan pronto rie, tan pronto llora, es caprichoso como la luna, y antojadizo como una muger; él va, viene, se para de pronto sin motivo aparente; abandona lo que ha empezado, y hace suceder á la turbulencia, la mas completa inmovilidad; aunque está solo, parece hablar con un interlocutor invisible; cuando se le pregunta la causa de estas agitaciones, dice que la estrella roja lo atormenta.

Bien pronto llega Oluf á los quince años. Su caracter es cada vez mas inesplicable, su fisonomia aunque hermosa tiene una expresion

indefinible; es rubio como su madre, con todas las facciones de la raza del Norte; pero bajo su frente blanca como la nieve, que es la misma frente de la raza antigua de los Lodbrog, brillan en dos párpados turbulentos unos ojos negros, en los que se leen las ardorosas pasiones de los italianos, y la traidora y dulce mirada á un tiempo del cantor de Bohemia.

Con mas rapidez que las palabras pasan todavia los años! Edwigia reposa ya bajo los tenebrosos arcos de la bóveda de Lodbrog, al lado del anciano conde que sonrie en su tumba porque su nombre le ha sobrevivido. Lo que ha dicho Edwigia en su última hora, nadie lo sabe, pero el sacerdote que la ha confesado se ha puesto mas pálido que la moribunda.

Oluf, el hijo moreno y rubio de la desolada Edwigia tiene ya veinte años. Es muy diestro en todos los ejercicios; ninguno tira mejor el arco que él: y sin necesidad de espuelas ni de bocado doma á los caballos mas cerriles.

Jamas ha mirado en vano á una jóven; pero ninguna que le ha amado ha sido feliz. La fatal desigualdad de su carácter, se opone á toda realizacion de dicha entre una muger y él. Una sola de sus mitades siente el amor; la otra el odio; tan pronto le domina la estrella verde como la roja; un dia esclama: « O blancas vírgenes del Norte, brillantes y puras como los yelos del Polo, de pupilas de cielo, de megillas matizadas con los frescores de la aurora boreal! » y al otro dia dice: « O niñas de Italia doradas por el Sol y rubias como la naranja! corazones de fuego en pechos de bronce. » Lo que hay de mas triste, es que es sincero en estas dos esclamaciones.

Ay! niñas; vosotras ni aun le acusais, porque sabeis que él es mas desgraciado que vosotras; su corazon es un terreno sin cesar removido por el influjo de dos luceros desconocidos, donde cada uno, como en el combate de Jacob y del ángel, hace por desasirse de su adversario.

Si vais al cementerio, en las largas calles de los esbeltos cipreses, bajo las inclinadas ramas de los sauces, hallareis mas de una losa solitaria, regada solo con las lágrimas de la aurora. Mina, Dora, Thecla; ¿pesa mucho la tierra que cubre vuestros senos delicados, vuestros cuerpos encantadores?

Un dia Oluf, llama á Dietrich, su fiel escudero, y le manda ensillar el caballo.

—Señor, mirad, como cae la nieve, como silva el viento y hace doblar hasta la tierra las cimas de los pinos; no ois á lo lejos ahullar los lobos hambrientos?

—Dietrich, mi fiel escudero, yo sacudiré la nieve como se sacude el polvo que se pega en la capa; pasaré bajo el arco de los abetos, inclinando un poco el penacho de mi casco. En cuanto á los lobos, sus uñas se embotarán en esta buena armadura.

El conde Oluf de Lodbrog, porque tal es su título despues que ha muerto el viejo conde, parte sobre su caballo acompañado de sus dos perros Murg y Fenris, tiene una cita; y la jóven que lo aguarda, quizas esté ya asomada en lo alto de la torrecilla, á pesar del frio, procurando divisar en la llanura el flotante penacho de su caballero.

Oluf, montado en su gran caballo, cuyos flancos hiere con sus espuelas, se interna en la campiña; y atraviesa el lago helado, cuyos peces están embutidos en el yelo, como petrificaciones en la maza del mármol: las cuatro herraduras de sus caballos, armadas de ganchos cortan sólidamente la dura corteza; una niebla producida por su sudor y su respiracion, le envuelve y le sigue; diríase que galopa envuelto en una nube; los dos perros Murg y Fenris, corriendo á cada uno de los lados de su amo, echan por su narices abiertas columnas de humo como animales fabulosos.—He aqui el bosque de los abetos: semejante á espectros, estienden sus brazos cubiertos de mantos blancos: el peso de la nieve encorva á las mas débiles y flexibles: podia decirse que formaban una serie de bóvedas de plata. El negro terror habita en este bosque donde los peñascos tienen formas monstruosas, y donde cada árbol con sus raices parece encerrar á sus pies un nido de dragones entumecidos. Pero Oluf no conoce el miedo.

El camino se estrecha cada vez mas, los abetos cruzan confusamente sus ramas, y apenas dejan algun claro para ver la sima de colinas cubiertas de nieve que se destacan en blancas undulaciones sobre un cielo negro y empañado.

Afortunadamente Mopse es un vigoroso caballo que llevaria sin doblarse al gigantesco Odin: ningun obstáculo le detiene; salta por encima de las rocas, atraviesa los barrancos, y de vez en cuando, hace brotar de los pedernales torrentes de chispas que se estinguen al instante.

—Vamos, Mopse, valor! solo te queda que atravesar el pequeño llano, y el bosque de los álamos blancos, una linda mano acariciará tu cuello satinado, y en una abrigada caballeriza comerás un gran pienso de cebada y avena.

Que espectáculo tan encantador ofrece el bosque de los álamos! sus ramas están cubiertas de escarchas; y las mas pequeñas ramas, se designan en blanco sobre la oscuridad de la atmósfera: diríase que era una inmensa batea de filigrana, una madrépora de plata, una gruta con todas sus stalactitas; las ramificaciones y raras flores que la escarcha forma en los vidrios no ofrecen dibujos tan complicados y varios.

—Señor Oluf, cuanto os habeis tardado! temia que el oso de la montaña os hubiese cortado el camino, ó que las Wilis os hubiesen invitado á bailar, dijo la jóven castellana haciendo sentarse á Oluf en un sillon de roble junto á la chimenea; pero, por qué habeis venido á una cita de amor con un compañero. ¿Habeis tenido miedo de pasar solo por el bosque?

—De qué compañero hablais, flor de mi alma, dice Oluf muy sorprendido por la jóven castellana.

—Del caballero de la estrella roja que siempre os acompaña. Aquel que ha nacido de una mirada del cantor bohemio, el espíritu funesto que os posee, deshaceos del caballero de la estrella roja ó no volveré á dar oido á vuestras palabras de amor, puesto que no puedo ser muger de dos hombres á un tiempo.

En vano quiso Oluf obrar y hablar, pues no pudo conseguir besar ni el dedo meñique de la mano de Brenda; retirose muy descontento, y resuelto á combatir al caballero de la estrella roja si podia encontrarle.

Apesar de la severa acogida de Brenda, Oluf tomó al dia siguiente el camino del castillo de su amada; los enamorados no se casan ni enojan con tanta facilidad.

Por el camino, se decia: Brenda está loca, sin duda; qué querra decir con su caballero de la estrella roja?

La tempestad era de las mas violentas; la nieve caia á remolinos, y apenas permitia distinguir la tierra del cielo. Porcion de cuervos formando una espiral revoleteaban siniestramente en torno del penacho de Oluf, no obstante los ladridos de sus perros que daban saltos para pillarlos. A la cabeza de los cuervos iba el negro como el azabache, que llevaba el compas puesto en el hombro del cantor de Bohemia.

Fenris y Murg se paran de repente; sus narices humean el aire con inquietud, como si adivinasen la llegada de un enemigo. No puede ser un lobo ni un zorro; pues un lobo y un zorro no serian nada para estos perros.

Siéntese un ruido de pasos, y bien pronto aparece al otro lado del camino un caballero montado sobre un caballo de gran alzada y seguido de dos perros enormes.

Cualquiera le hubiera tomado por Oluf. Estaba armado del mismo modo, un escudo del mismo blason, con la diferencia de que él llevaba una pluma encarnada sobre su casco en lugar de una verde. El camino era tan angosto que era necesario que uno de los dos caballeros retrocediese.

—Señor Oluf, dejadme el paso franco, dijo el caballero con la visera baja, el viage que hago es muy largo, me aguardan, y es necesario que llegue cuanto antes.

—Por el vigote de mi padre, no seré yo el que retroceda. Yo voy á una cita de amor, y los enamorados estamos siempre de prisa, respondió Oluf, llevando la mano al puño de su espada.

El desconocido sacó la suya, y el combate empezó.

Las espadas cayendo sobre las mallas de acero, hacian brotar vivas chispas de fuego; bien pronto, aunque eran de un temple superior, se mellaron como sierras. Los caballos poseidos de la misma rabia de sus amos se pegaban grandes mordiscos en sus venosos cuellos, y se arrancaban girones del pellejo; agitábanse en furiosos saltos, se enderezaban sobre los dos pies de detras, sirviéndose de sus cascos como de puños cerrados, y se daban golpes terribles, mientras que sus ginetes se batian fuertemente por encima de sus cabezas; los perros no hacian mas que morderse y ahullar.

Las gotas de sangre manando por entre las armaduras y cayendo tibias sobre la nieve, formaban pequeños puntos encarnados. Al cabo de pocos instantes se hubiera dicho que sus cuerpos eran las gotas de sangre. Los dos caballeros estaban heridos.

Cosa estraña! Oluf sentia los golpes que daba al caballero desconocido, y sufria las heridas que recibia y las que él hacia á un mismo tiempo. Duelo singular en que el vencedor sufria tanto como el vencido, y en el que dar y recibir venia á ser lo mismo.

Reuniendo sus fuerzas Oluf hizo saltar de un reves el casco de su adversario. Oh terror! Qué vió el hijo de Edwigia y de Lodbrog? Vióse reproducido como en un espejo. Se habia batido con el caballero de la estrella roja. El espectro prorumpió en un grito y desapareció.

La espiral de cuervos se remontó en el espacio, y el valiente Oluf continuó su camino. Cuando volvió á la noche á su castillo traia á la gruta la jóven castellana que esta vez no lo habia esquivado. No viendo ya al caballero de la estrella roja se habia decidido á dejar caer de sus labios de rosa sobre el corazon de Oluf, esa confesion que tanto cuesta al pudor. La noche era clara; el cielo estaba despejado. Oluf levantó su cabeza para enseñar á su prometida su doble estrella; pero solo vió la verde, la roja habia desaparecido.

Al llegar al castillo, gozosa Branda de aquel prodigio que atribuia al amor, hizo notar al jóven Oluf que el negro de sus ojos se habia cambiado en azul, signo de reconciliacion celeste. La sombra de Edwigia está gozosa porque el hijo del noble señor de Lodbrog ha vencido al fin la maligna influencia del ojo anaranjado, del cuervo negro y de la estrella roja.

Esta historia demuestra, como un solo momento de olvido, una mirada aunque sea inocente, pueden tener una influencia fatal.

Lúnes 14 de Junio

Oh jóvenes! no mireis jamas á los cantores de Bohemia que recitan poesias embriagadoras y diabólicas: no os fieis tampoco mas que de la estrella verde. Y vosotros los que teneis la desgracia de ser dobles, combatid con valor aunque debais heriros con vuestra espa-



da por herir á vuestro adversario interior, al mal caballero.

Ahora, si deseais saber quien nos ha referido esta leyenda de Noruega, os diremos, que ha sido un cisne, un hermoso pájaro de pico amarillo, que ha atravesado el Fiord, mitad nadando y mitad volando.

T. POR A. CASTILLA.

AFRICA.

EL BORNOU Y EL PAIS DE MUNGA.



El centro de Africa contiene innumerables é indómitas hordas guerreras, eternamente en recíproca guerra: á veces un gefe diestro y valiente consigue dominar á todas esas tribus salvajes, pero la sumision es efímera y empiezan de nuevo y con mas furor las devastaciones. Siempre ha existido sangrienta enemiga entre los habitantes del pais de Munga y los reynos de Bornou, de modo que los primeros han saqueado diferentes veces las ciudades principales de este pais, y se muestran las ruinas del antiguo pueblo de Birnia que destruyeron hasta los cimientos. Las ruinas de esta ciudad prueban el poderío de los antiguos sultanes de esta provincia, mejor que cuantas relaciones se han hecho de su magnificencia. Ocupaba Birnia un espacio de dos leguas cuadradas, y segun dicen contenia nada menos que 200.000 habitantes: todavía subsisten varias porciones de murallas, las que tuvieron 8 pies de espesor y 28 de altura, siendo la obra de ladrillos rojos y muy duros. Allí cerca hay el rio Muggabi orillado de frondoso y lozano verdor, y con aguas muy profundas: contiene muchos hipopótamos, y de cuando en cuando sus negras cabezas asoman á la superficie de la corriente. Cerca de aquellas riberas hay un reducido valle, donde hace catorce años que florecia la ciudad de Gambarou, que dió su nombre al distrito, y fue residencia favorita de los soberanos de Bornou. Las ruinas que el tiempo no ha destruido todavía prueban á los ojos del extranjero que fue digna esta ciudad de la preferencia de que gozaba. Entre los restos de edificios que por todas partes se ven, nótanse las paredes de una mezquita y las del palacio de los sultanes. Toda la ciudad estaba edificada de ladrillos, y debió de tener mas bello aspecto que ninguna de las actuales. Su situacion es deliciosa y aunque los circunvecinos consistan hoy en llanuras cubiertas de malezas y de plantas inútiles, asegúrase que se cultivaron antes con grande esmero.

Ciertos viajeros ingleses que en 1836 recorrieron el Africa en ocasion que el sultan de Bornou se hallaba en guerra con los mungovianos, nos dejaron algunas relaciones sobre el modo de pelear de esos pueblos. Muy poco órden observan en sus marchas hasta que descubren el enemigo: cada cual sabe que tal dia debe estar en tal punto determinado, y como logre el objeto de llegar á tiempo, nada le importa lo demas. Al frente del ejército va el sheik, inmediato á este sigue el Sultan de Bornou, en cuyas circunstancias siempre le acompaña, bien que nunca se bate. Preceden al sheik cinco banderas: dos verdes, dos listadas de rojo en que hay inscripciones con letras doradas, copiadas del alcoran, y le sigue un negro de toda su confianza á caballo llevándole el escudo, la cota de malla, el acerado casco, en una palabra, todo lo que constituye la armadura del sheik: junto á este hay otra persona extrañamente vestida con un sombrero de paja adornado con plumas de avestruz, la cual lleva la caja de tambor, siendo la pérdida en accion de este instrumento mirada en todas ocasiones como desgraciado y deshonroso acontecimiento. Detras del estado mayor van los eunucos y el harem. El sheik solo lleva consigo tres mugeres montadas en caballos pequeños y esmera-

damente adiestrados, que un esclavo jóven conduce por la brida, y todas llevan enteramente cubierta la cabeza y rostro con un velo de seda de color obscuro. El séquito del Sultan es cinco veces mas numeroso, y tres veces mas su harem; acompáñanle á mas algunos hombres tocando trompetas de palo. El sheik no va acompañado de tales instrumentos, por cuanto es un privilegio de la autoridad real. Delante del Sultan marcha un porta-estandarte, y este estandarte consiste en una asta larga, á cuyo extremo hay sujetas una porcion de correas y cintas de varios colores imitando sin duda las colas del Pachá: á cada lado lleva un guerrero armado con una enorme lanza, con la que estan dispuestos á defender á su señor durante la accion, porque este faltaria á su dignidad si tratase de defenderse por sí mismo. Pero las tales lanzas están á tal extremo sobrecargadas de amuletos, y los que las llevan andan tan agobiados bajo el peso de su gordura, que no puede concebirse cómo en sus manos tengan aquellas armas la menor utilidad; por lo demás, las otras personas que componen el acompañamiento de los príncipes, ofrecen el mas ridículo espectáculo con sus abultadas cabezas, protuberantes barrigones y atiborrados vestidos.

Siempre que los mungovianos atacan una plaza es costumbre suya entregarla á las llamas; y como consisten las habitaciones en simples chozas de paja, en un instante se reducen á cenizas. Los infelices habitantes se ven en la precision de huir apresuradamente, y entonces caen en manos de sus implacables enemigos, que los rodean, y en un abrir de ojos son destrozados los hombres, y reunidos los niños y mugeres para ser esclavos. Las chozas son allí muy cómodas y bien construidas, en atencion al largo heno que abundantemente suministran las orillas de los rios: interiormente divídenlas en varias estancias unos lienzos que trabajan las mugeres con grande habilidad. Todas las chozas tienen su puerta formada de paja sujeta á un marco de madera, y á algunas de las principales rodéalas un recinto de lienzos, que á veces abarca una segunda choza destinada para las mugeres esclavas. Este recinto contiene tambien una vaca ó cabra que mantienen con leche. Esta gente infeliz rara vez defiende sus moradas, sino que cuanto antes las abandona pudiendo asi escapar á la muerte cuando el ataque tiene lugar de dia, ó si el incendio no se apodera con tal rapidez de la poblacion que no la dé tiempo de tomar la fuga.

«El dia 1.° de Junio, al salir el sol, escribe el capitan Denham, presencié un espectáculo militar, que consistió en una revista que el sheik pasó de sus tropas. Acompañábanle los cuatro sultanes que seguian á la expedicion, y en varios puntos del círculo que formaban la infantería árabe y la caballería bornoviana, veíanse sus principales esclavos y oficiales, vistiendo túnicas coloradas bordadas de oro, rodeados de los que formaban su séquito. En cuanto al sheik, era su uniforme limpio y sencillo, y consistia en dos túnicas de muselina blanca, con una banda del mismo color y un turbante de cachemira; del cinto pendíale un sable que segun de continuo estaba diciendo, habíale regalado el *sultan de los ingleses*, y montaba soberbio caballo bayo. Colocóse en el centro del círculo, mientras que sus tropas predilectas, los *kanembous*, que eran en número de 9000 estaban formados en columnas cerradas. A una señal que les hizo para que avanzasen: echaron un grito general el mas agudo que jamás hirió mis oidos, y luego desfilaron por tribus de 800 á 1000 hombres.» Estos guerreros andan enteramente desnudos, á excepcion de un ceñidor de piel de cabra que se atan á la cintura hácia las caderas, con la cara vellosa hácia adentro, llevando ademas varias tiras de lienzo muy estrechas, que les dan vueltas en la cabeza cruzándose en la cara por debajo de la naríz. Sus armas consisten en una lanza y un escudo; y ademas llevan un puñal en la cara interna del antebrazo izquierdo, puesto con la punta hácia arriba y sostenido por una especie de anillo que les abraza la muñeca. Los escudos se forman de la madera de un árbol que llaman *fogo*, y á pesar de su grandor pesan solo algunas libras: las diferentes piezas de madera que los componen, están sujetas unas á otras por medio de tiras de cuero de buey, y otras iguales están clavadas á la cara exterior de un escudo, en líneas sesgas como un mero adorno; en cuanto á su figura, se asemeja á la de una ventana gótica. Al abrigo de esta arma defensiva, los *kavembous* atacan á los archeros en buen órden y á paso lento, sus gefes van montados, llevando una túnica y turbante blancos como una señal distintiva de su graduacion. Al acercarse á la tienda en que se halla el sheik van retardando la marcha, y despues de haber golpeado los escudos con las lanzas, cosa que causa grande efecto, salen del círculo, detiénense de nuevo aguardando á sus compañeros, que tras ellos van desfilando con el mismo órden. Entre estos guerreros y el sheik existe una noble confianza; este hállase siempre en medio de ellos, les arenga con calor y naturalidad, y todos lo rodean afanándose por besar cada cual el primero sus pies y sus estribos. Al ponerse el sol, al tomar los kanembous su posicion para la noche, que siempre escogen en los parajes mas cercanos al enemigo, preséntase un espectáculo pintoresco. Cada tarde establecen una línea regular de puestos ó piquetes de cinco á seis individuos, que se extiende desde el cuerpo principal hasta á alguna de sus tribus colocada á una legua de avance; regularmente

se tienden á cubierto de sus escudos, que no solo los defienden de las flechas enemigas, sino hasta del viento y la lluvia: uno ó dos individuos de cada piquete permanecen siempre en vela, y á cada media hora, ó mas á menudo aun, se comunican un grito convenido de antemano. Apenas en el campo se oye el menor ruido, golpean todos sus escudos y sueltan una especie de ahullido para manifestar que observan vigilancia.

El ejército de Bornou estaba á punto de alcanzar á sus enemigos los mungovianos, cuando se presentaron estos á centenares delante de las tiendas del sheik, postrándose hasta el suelo, y echándose arena sobre la cabeza en muestra de sumision; solo el autor de la rebelion, Malem Tanamy, rehusose á comparecer, temeroso sin duda de perder la cabeza: sin embargo, ofrecia dos mil esclavos, mil bueyes, y trescientos caballos por precio de la paz. Como el objeto del sheik era volver á sus deberes al gefe rebelde, y no el darle la muerte, ni aun despojarle de sus bienes, negóse á toda transaccion. Por fin pasados algunos dias, Malem Tanamy, obligado por sus vasallos que no querian ser víctimas de su obstinacion, siguió el ejemplo de los demas, y fue al campo montado en un corcel de deslumbrante blancura, con un séquito de mil personas, y apeándose á la puerta de la tienda del sheik, se postró en el polvo, y hubiera echado arena sobre su cabeza á no habérselo impedido una órden de este para que compareciese inmediatamente á su presencia. Siguiendo una costumbre establecida para casos tales, iba el culpable pobremente vestido y con la cabeza descubierta. Esperaba en efecto ser decapitado; pero cual fue su sorpresa y júbilo cuando el sheik, despues de haber recibido sus sumisiones, le hizo vestir con ocho hermosas túnicas, y le despidió con una cabeza abultadísima á causa de las telas con que se la envolvió! De esta suerte la diestra política del sheik obtuvo tales resultados, que ya no hubo necesidad de continuar la expedicion; y por otra parte tampoco ignoraba que la suerte de las armas debia ofrecer muchos y dudosos lances. La nacion con que estuvo á pique de medir sus armas, es decir los mungovianos pueden poner en campaña hasta 12.000 archeros; sus flechas son mucho mas largas que las de los felatales, y tienen un arte en emponzoñarlas, que infaliblemente producen la muerte sus heridas. Ya se deja entender que desde entonces el sheik no perdonaria medio ninguno blando capaz de conciliarle á un pueblo que tales rentas y tan imponentes fuerzas reune, y que matando en las fronteras de Bornou, ofrece mejores tropas que todas las demas tribus. Ademas los mungovianos por lo comun luchan á pie, al paso que la mayor parte de los bornovianos lo verifican á caballo. En aquellos paises es la infantería la que decide el éxito de una batalla, y así ya hemos dicho que el sheik daba grande importancia á los infantes *kanembous*, que marchan siempre al enemigo delante de la caballería. Importábale pues unir á sus tropas el ejército de las hordas de Munga: la expedicion no llevaba otro objeto, y se logró sin derramar sangre.

Nada mas triste que las caravanas de esclavos que atraviesan á Munga para ir á Trípoli; hombres, mugeres y doncellas andan atados de dos en dos por medio de anillos de hierro que llevan en las piernas. Los negociantes acostumbran obligar un esclavo á que persuada á los demas que al llegar á Trípoli recobrarán la libertad, y les vestirán de encarnado, color por el que andan perdidos todos los negros. Con tales promesas se logra tenerlos resignados con su suerte, hasta que ya están muy distantes de su patria, cuando ya la fuga les es imposible sin exponerse á perecer de hambre. Si los millares de esqueletos que blanquean el suelo del desierto no probasen una horrible verdad, el saludable aspecto que presentan los esclavos cuando se hallan aun en Bornou, en que se alimentan regularmente, comparado con el lastimoso estado en que los vemos al llegar á Fezzan, probaria harto claramente la fuerza de los padecimientos que empiezan para ellos desde la salida de su pais.

Las ceremonias nupciales ofrecen en esta parte del Africa algo de tan extrañamente caballeresco, y tan superior á la ridícula monotonía de una boda africana, en que se reunen quinientas personas cubiertas de bordados y permanecen contemplándose unas á otras de la mañana hasta la noche, que no podemos dejar de describirlas. El dia en que debe tener lugar la ceremonia nupcial, es decir la última de las que componen el matrimonio, puesto que los esposos hace un año que celebraron los esponsales, la música de la ciudad ó de la tribu, que regularmente se compone de una gaita y dos tamboriles, va primero á dar una serenata á la novia, y luego otra al novio, el cual segun el uso va paseándose por las calles ricamente vestido, con una parte de la poblacion que le va siguiendo. Durante este tiempo, las mugeres engalanadas con sus mejores atavíos van á casa de la novia, y colocándose en varias aberturas de las paredes que hacen oficio de ventanas, miran al patio. Cuando están así colocadas y la novia se halla al frente de una ventana con la cara enteramente cubierta con un velo, quiere el uso que todos los vestidos de boda, como túnicas de seda, chales, pantalones, velos, etc., se cuelguen de arriba á bajo de la casa á fin de manifestar la opulencia de los futuros esposos. Entonces es permitido á los jóvenes árabes ir á ofrecer sus homenajes; precédeles una música, y dos ó tres

mugeres, bailando con mucha dignidad adelántanse hácia el centro del patio en que hay la ventana de la futura novia: allí las damas saludan con clamores alegres á los que las visitan, y estos les vuelven el saludo poniéndose la mano en el pecho mientras dan una vuelta al rededor del círculo que forman los convidados: es muy raro el ver en otros paises tal reunion de ojos negros y brillantes, de anchos pendientes, y blancas dentaduras. Despues de haber dado vuelta en torno, cada hombre pone un regalo en manos de la principal bailarina, que lo enseña á la compañía, y esta aplude mas ó menos segun el valor del objeto: antes de despedirse todos los que han hecho la visita descargan sus pistolas, y los saludan las damas con una nueva gritería.

Terminada esta ceremonia, la novia un poco antes de ponerse el sol se dispone á dejar la casa de sus padres, para lo cual se le envia un camello, guarnecido con nna silla cubierta de pieles y chales. Móntale la novia puesta de modo que pueda ver lo que tiene delante, sin que los demas puedan verla el rostro absolutamente, y en esta disposicion es conducida fuera á caballo, provistos de armas de fuego. Todos estos escopeteros andan en cortos destacamentos de tres ó cuatro, pasando y volviendo á pasar mil veces por cerca del camello que lleva á la desposada, ensordeciéndola con frecuentes disparos. De esta suerte da tres vueltas al rededor de la ciudad, y lo mas divertido de esta escena es que de cuando en cuando el novio trata de acercarse al camello de la novia, al cual rodean una multitud de negras; y estas desde que ven acercarse al jóven le rechazan con grandes gritos, lo que es causa de diversion para los espectadores. Finalmente sin que cesen los disparos, los de á caballo conducen la novia á la habitacion de su futuro. Al llegar debe la jóven manifestar gran sorpresa y negarse á bajar del camello: las mugeres ahullan, los hombres palmotean, y acaba por decidirse á entrar en la casa; y entonces despues de haber recibido con la boca un terron de azúcar de mano del novio, y cuando le ha puesto ella otro tambien en la boca, ha concluido la ceremonia quedando declarados esposos por la muchedumbre de los asistentes.

A. U.

Estudios de historia natural.

EL MUNDO INVISIBLE.

I.

La Nevrosis.



Hay horas en que estraviada la inteligencia en los penosos senderos del analisis, y espantada de la debilidad de sus raciocinios en presencia del universo, se siente abrumada bajo el peso de una fuerza desconocida. Entonces se hace oir en nuestro interior como una voz fatal que nos manda detenernos, y á nuestra vista se abre un abismo profundo, tenebroso, imagen de la noche, en que á menudo nos sumergen las teorias alimentadas por nuestra fragil razon.

En estas horas de abatimiento la ciencia pierde su prestigio; reducida á sus justas proporciones se nos presenta bajo una forma incompleta sin armonia, y mas digna de compasion que de respeto. Pero la imaginacion que es una esclava sumisa, y acaso nuestra mejor amiga, echa por un momento su rico manto sobre la pobre enferma, y oculta á nuestros ojos su triste desnudez. Rápidos rayos de luz iluminan nuestras tinieblas; percepciones incompletas, instantáneas, y sin embargo lú-

cidas, nos hacen adelantar rápidamente por caminos desconocidos hácia el misterioso objeto buscado por el filósofo con tanto teson, y con tan poco buen éxito desde hace tantos siglos.

Hallábame, pues, sumergido en ese sueño dulce y triste, consecuencia inevitable del trabajo de la ciencia y de las investigaciones infructuosas; adelantaba el tiempo, la noche se venia encima, y yo miraba desde mi ventana las colinas lejanas borrarse una á una á medida que se desvanecian las tintas amarillas y rojas del horizonte. Es tan bueno perder en una poética contemplacion la tiránica costumbre de observar! Asi como el viajero va volviendo el rostro hácia la morada que abandona para siempre, yo miraba como queriendo darle un último adios, el cielo puro todavia, y que el invierno iba á cubrir muy pronto de nieblas y á surcar de nubes. Gozamos mas intimamente de un bien que vamos á perder: por esto el otoño es para nosotros la mejor de las estaciones.

No sabré decir cuanto tiempo duró esta completa beatitud, pero si que el orgullo ignorante entró en mi espíritu de un modo insensible; la tierra perdió sus perfumes, el aire su frescura, la noche su poesía, el astrónomo volvió al galope, y senti que el globo era estrecho para contenerme. No, esclamé, no podemos desde nuestro miserable planeta concebir la grandeza de Dios: nada es aquí digno del pensamiento del sabio, todo es conocido, previsto, perecedero, limitado; lo infinito no está mas que en el cielo. Toque yo uno de esos astros que ruedan en los espacios, vea yo encima de él otros y otros astros, y entonces me aseguraré del inmenso poder del Criador.

Pobre y débil criatura, y qué ideas tan insensatas concebistes! Alejado mi pensamiento de la tierra, mas rápido que el águila de los Alpes, me lanzaba lejos de este mundo, y me llevaba á traves de los cielos. Llegado á límites de mi simple vista, y tomando nuevo vuelo, en breve llegué á esos astros esplorados por nuestros sabios, medidos por su compas, pesados por su balanza. Alli me hallé todavia en mundos conocidos: Mas lejos, me decia, hay tambien algo; y procuraba elevarme hácia esos soles misteriosos ya presentidos pero no descubiertos. Acaso hubiese llegado á ellos, y descubierto las leyes ocultas de su movimiento; al menos tal lo creia en mi ilusion, cuando mi loca amiga, que tan caprichosamente me llevaba á gusto de mis deseos, replegó de pronto su manto, y vi escritos en caracteres legibles las palabras que lleva estampadas en su frente el genio del mal: Orgullo y nulidad!

Adios los mundos, adios el cielo! Volví á ser hombre. No habiendo ya nada que sostuviese mi pensamiento, un frio interior y súbito paralizó mis miembros, y de aquella inmensurable altura me sentí caer con la rapidez del rayo sobre esta tierra en que todo parecia mezquino á mi inteligencia. Cuán miserablemente me habia engañado.

De repente se apoderó de mi cuerpo una conmocion violenta; presa de vértigos mi cabeza parecia que se me iba á saltar; mis ojos se sepultaban en sus órbitas, y mis párpados se cerraban como si tuviese en ellos un peso enorme; al mismo tiempo mil demonios me torturaban el cráneo, y me es imposible describir el sufrimiento que me causó esta mezcla atroz de tan diversos tormentos.

Si semejantes dolores fuesen duraderos, la muerte seria su consecuencia; pero pronto la pérdida del sentimiento vino á terminar mi infernal suplicio, y cai desvanecido completamente.

Cuando salí de este estado ya no sufria; era de dia, y sin embargo, yo no podia distinguir ningun objeto; todo se perdia á mi vista en un horizonte azulado, prolongado hasta el infinito, y al bajar los párpados solo veia masas confusas, que pasaban y volvian á pasar ante mis ojos. Inmóvil de sorpresa lanzé un grito de terror.

En aquel momento oí pasos junto á mí, y una voz que conocí era la de un sabio doctor amigo mio.

—Ah doctor! esclamó, ¿qué es lo que me ha sucedido esta noche? Nada distingo; solo veo masas confusas, la luz del dia, y el horizonte azulado.

—Estais soñando? me dijo el doctor, moviéndome; pero cuando se aseguró de que no dormia su asombro fue grande.

—Dios mio! esclamó; No me veis?

—No, solo veo una sombra confusa, y la inmensidad, le respondí.

—Entonces me acercó una cosa á los ojos, y me preguntó qué veia.

—Y cómo podeis traer esa pesada barra de acero? le respondí: me parece un gigantesco pararayos con un enorme cable.

—El gran Paracelso, dijo entre dientes el doctor, refiere en su libro de los *Poseidos*, que despues de haber sufrido grandes terrores fue acometida una muger de una enfermedad semejante..... Lo habia leido sin creerlo, pero hoy... Fenómeno estraño..... .. misterio impenetrable.....

—Pero, esclamé interrumpiéndole, Paracelso curó esa enfermedad?

—Esto sucedia en el siglo XVI, y la desgraciada muger fue quemada viva en Verona por orden de Marcelo II, como endemoniada, aunque el sabio alquimista habia compuesto un licor para curarla, al menos segun decia.

—Dios mio!

—Pero tranquilizaos; no nos hallamos en aquellos tiempos de ignorancia y de barbarie; la ciencia ha hecho grandes progresos desde aquella época, y sabemos que vuestra enfer-

medad depende del sistema nervioso, de un defecto de equilibrio en las fuerzas orgánicas; podemos deciros que el fluido vital, marchando en sentido contrario á lo largo de vuestros nervios ópticos, invierte el órden de la sensacion; que el estado flegmático de vuestras pupilas hace separar el rayo visual en vez de concentrarlo; por último puedo deciros que padeceis una *nevrosis*.

—Y el remedio? preguntó al punto.

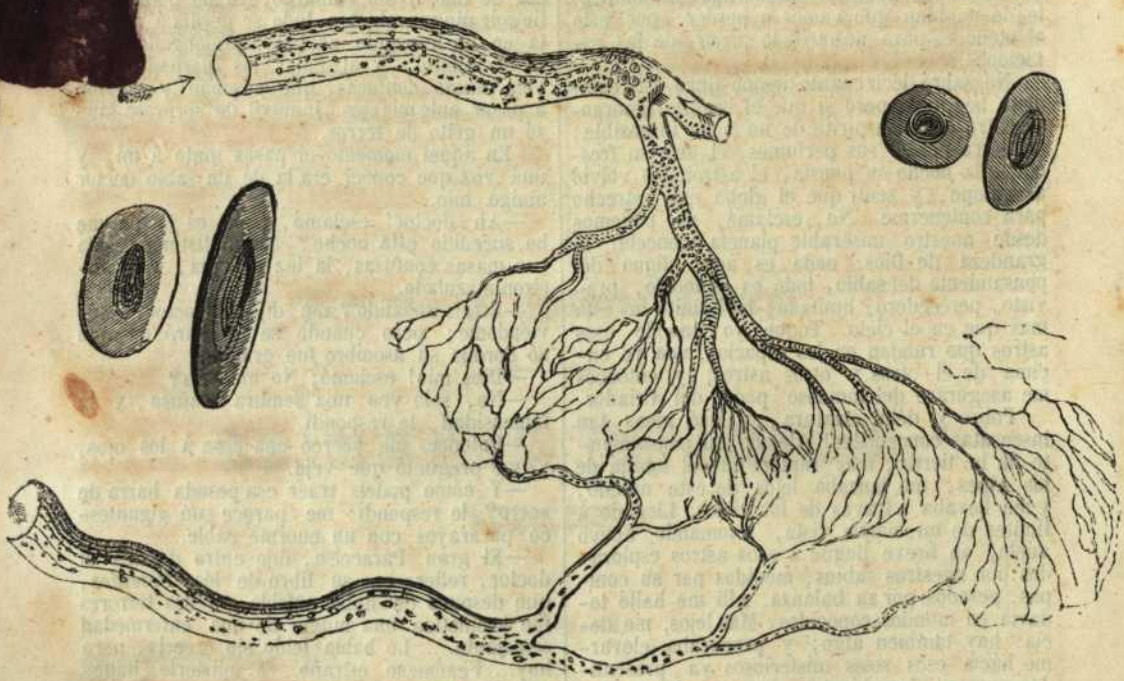
—El tiempo, la paciencia y la naturaleza.

—Pues no deciais hace poco que la ciencia, y la medicina habia hecho tan grandes progresos?

—Y no os dige ya que vuestra enfermedad se llama una *nevrosis!*

Despues de hacer algunas tristes reflexiones sobre el estraño estado en que me hallaba, y confiando en los esfuerzos que haria la naturaleza para recobrar sus derechos, me puse á referir al doctor mi atrevida expedicion nocturna, y de qué modo no creyendo el mundo bastante capaz á mis observaciones, habia ido á visitar los otros mundos.

—Pues bien, mi querido astrónomo, me dijo el doctor, eso que sufris es un castigo del cielo, porque está escrito: Nadie podrá levantar el velo que me cubre, y Dios acaba de castigar vuestra temeridad. A algunos les da la duda roedora, á otros la locura, y por lo que hace á vos, queriendo mostraros que las señales de su poder son



tan visibles en la tierra como en el cielo, ha vuelto vuestros ojos microscópicos.

El foco de la vista está á algunas líneas de vuestros ojos: allí los objetos se aumentan de un modo estraordinario; pero mas lejos se hacen invisibles, y el infinito se halla al cabo de vuestra mano. Esas vigas que pasan delante de vuestros ojos, son vuestras pestañas que se mueven con vuestros párpados. Una aguja fina y una hebra de seda, componen el pararayos, y es el enorme cable que creisteis ver hace poco. Tranquilizaos, sin embargo, la enfermedad no puede durar mas de tres dias, y si quereis creerme mientras dura procuremos aprovecharla examinando en algunos de sus pormenores este mundo que tanto habeis despreciado.

II.

La Sangre.

Las últimas palabras del doctor me volvieron á la vida.

Figúrese á un hombre cuyos ojos por una serie de causas incomprensibles, no pueden ver á la distancia de una ó dos pulgadas otra cosa que la luz del dia, y para el cual los objetos que se le acercan se agrandan infinitamente; figúrese á un hombre, condenado por una estraña perturbacion del sentido de la vista á hallarse en una habitacion de veinte pies cuadrados, aislado y perdido como en un desierto; á no ver en su amigo mas que una sombra inmensa, confusa y lejana, mientras que se halla á tres pasos de él, y le oye hablar cerca de sus oidos del seno de lo infinito, figúrese todo esto, y se tendrá una idea del estado en que me hallaba.

Fueron tan insólitas, estrañas é imprevistas las sensaciones que esperimenté, que nadie podria darles crédito si las refiriese. No distinguiendo ni el suelo ni las paredes, no me atrevia á levantarme, temiendo caer en no sé qué abismo que habia á mi alrededor; permanecia como petrificado en mi asiento, y no pudiendo verme á mi mismo; dudando que yo me hallase allí en carne y hueso, me ocurrió mirar mi mano para asegurarme, de que existia. Dios mio! qué tengo yo sobre la mano, qué montañas son estas, qué laberinto de líneas tortuosas sembradas de anchos agujeros? pregunté al doctor.

Riyóse y me dijo:

—Es vuestra piel; no os parece que se ha afeado considerablemente de ayer acá?

—Entonces, soy un mónstruo!

—No por cierto: solamente que veis las cosas algo mayores. Ah! con que no conoceis todavia la piel de vuestra mano, y ayer hallábais el mundo pequeño á vuestras observaciones! ¡qué vanidad tan ignorante! Observad ahora de cuantas escamas está formada esa epidermis tan delicada; cuantos orificios tiene; se podrian contar mas de mil en la superficie de una pulgada, y por consecuencia como unos dos millones cuatrocientos mil en toda la estension de vuestro cuerpo. Esta película que os parece tan gruesa no tendrá ni un céntimo de línea, y sin embargo, cuan grande no es su complicacion, cuanta su resistencia. Pero ¿quereis ver una cosa mas curiosa todavia? Mirad por aquí, algo mas á la derecha, me dijo tomándome la mano.

—Dios mio, qué me habeis hecho, querido doctor, que estoy todo ensangrentado?

—Nada mas que una sencilla picadura con un alfiler, y tan leve que yo apenas distingo un imperceptible punto rojo.

—Pues yo veo una abertura grande por donde la sangre sale á torrentes. Veo como huevos transparentes en medio de los cuales se agita un punto negro.

—La sangre, me dijo el doctor, en un líquido incoloro, en cuyo seno parece que nadan millares de pequeños glóbulos rojos que se siguen unos á otros y corren rodando sobre ellos mismos. Debeis ver centenares en vuestra picadura; parecen dotados de cierta especie de vida, se contraen y se mueven aisladamente como un animal. Tienen la forma redonda en los maniferos, y elíptica en las aves, reptiles, peces ó insectos. Componense de un nucleo encerrado en un saco membranoso, y se estienden en las arterias; se alargan si el espacio es demasiado estrecho, y corren con una agilidad sorprendente, persiguiéndose los unos á los otros. Si uno de ellos, mas pesado ó menos ágil, se detiene un momento, los demas lo empujan hasta que logran hacerle andar á la fuerza, arrastrándolo con ellos en el torrente de la circulacion. Un observador refiere que habiendo cortado un dia una de las ramas de un pequeño vaso sanguineo, vió los glóbulos llegar hasta el corte, vacilar un instante, continuar muchos su carrera, y caer, mientras que los otros despues de haberse detenido como asombrados, retrocedieron para entrar en la rama no cortada.

—Parece como que se atraen, dije yo; y en seguida se rechazan. Deben acaso su movimiento á algun fluido eléctrico? No estará animada la vida por una descomposicion incesante de este fluido obrando sobre nuestros nervios?

—La ciencia permanece muda á tales preguntas. Solamente Dios podria responder á ellas, dijo el doctor.

Poco á poco mi sangre se habia coagulado: los glóbulos se cambiaron en filamentos paralelos. ¿Qué es esto? pregunté.

—Es el tegido muscular que se organiza; los vasos rotos que se unen. La herida se cicatriza, y renace la epidermis.

—Cuanto trabajo para una picadura! exclamé, y de mis ojos corrió una lágrima de admiracion.

—Deteneos, me dijo el doctor al notar que iba á levantarme. ¿Sabeis lo que es una lágrima? Mirad la que acaba de caer sobre vuestra mano; dejad que se evapore por un instante.

Entonces vi una gran laguna estrecharse poco á poco, y á medida que disminuia, moverse en todas direcciones unas como agujas largas y diafanas, de formas diversas, y reunirse despues en un órden simétrico y perfecto. Las que eran en sí parecidas se buscaban como por instinto, se encontraban siempre y se alineaban una contra otra, con una precision sorprendente.

—Qué tal? dijo el doctor al verme embebido en la contemplacion de aquel fenómeno; no

es una simple lágrima un espectáculo enteramente nuevo para un astrónomo? Ahora sabreis que contiene fosfato de cal, sosa y sal marina. No es curioso observar la manera como se verifica la cristalizacion de esas diferentes sustancias? y cada cristal no os parece dotado de vida? Se pasea, vacila y corre al encuentro del cristal que le parece? No temais que se equivoque, pues sabrá hallar su lugar, colocarse en él, y atraer á si á los demas hasta el último. Asi se verifica, querido amigo, la cristalizacion de todas las sales. Lo primero es un cristal de una forma simple, y que llamamos *primitivo*, en torno del cual vienen á agruparse lamas de una forma secundaria. El cristal primitivo está ya formado de un considerable número de moléculas polihedros de la mayor simplicidad, que, como lo ha demostrado el sabio Haüy, se componen tambien de moléculas todavia mas simples, que llama *sustractivas*, de suerte que hay infinitas en un grano de sal.

—Mientras que me habeis hablado tan bien, querido doctor, yo he contado sobre este pelo que tengo cerca del dedo, trescientas noventa y una agujas cristalinas de seis facetas y todas iguales.

—Yo ni siquiera veo el pelo ó vello, me dijo el doctor, pero seguramente os habeis equivocado, porque en órden de sistema el número impar es imposible.

Y decia bien, pues en mi cálculo habia olvidado uno que un soplo de mi respiracion habia llevado á dos ó tres pasos, segun mi vista, ó á algunas milésimas de línea.

Fijando estaba todavia la vista en las diversas partes de mi lágrima ya seca, cuando cayó en mi mano un tubo largo y transparente.

—¿Qué es esto? pregunté á mi sabio?

—Poca cosa, me dijo; uno de vuestros cabellos.

—Os chanceais, amigo mio, un cabello no está armado de espinas como el tallo de una rosa, ni hueco como una pluma.

—Si tal, señor astrónomo; el cabello es de una naturaleza muy complicada. En primer lugar podeis distinguir en él una emboltura córnea transparente, cónica, sembrada de pequeñas eminencias que llamais espinas; despues una canal por la que circula un líquido oscuro en unos, rubio en otros, y en otros rojo: es la materia colorante. Con la edad la canal se obstruye, se cierra; el licor no puede penetrar en ella, el cabello se pone blanco; las raices, á las que vienen á unirse siete hilos nerviosos y un gran número de vasos sanguíneos, pierden su elasticidad, se secan como la epidermis bajo la cual se estienden, la sangre no llega á ellas para darles la vida, y el cabello muere y se cae.

Asombrado de tales maravillas, no podia apartar mis ojos del cabello, cuando me distrajo un leve cosquilleo que sentí en la punta del dedo, y no tardé en ver un grande animal alado que me oprimia con sus garfios.

—No os movais, me dijo el doctor, y examinad algo ese mosquito que yo apenas veo.

—Cómo un mosquito! Pues si es un monstruo como jamas he visto otro mas repugnante. Por egemplo, sus alas son admirables; diriase que las forman una red de fino encage, y su cabeza está adornada de cuatro plumas magníficas; pero tiene el cuerpo velludo como el del oso, y las uñas encorvadas como las del tigre.

—Y sin embargo, es solo un mosquito de la especie mas pequeña, de esas que por la tarde bullen por millares en los aires, y que el menor soplo lleva á las nubes. Mirad bien lo que va á hacer: tan pequeño, es un animal carnívoro, y si no temeis una leve picada, estaos quieto, y dejadle que tome su comida. Veis bien su trompa que pasea sobre vuestro dedo para buscar el sitio en que la epidermis es menos dura? Sabe que su alimento está debajo. Pensad bien, que no es mas que un insecto cuya picada será tan pequeña que yo no podria distinguirla con un lente.

En efecto, ví al animal inclinar la cabeza, apoyarse sobre sus grandes patas, posar sobre mi dedo su vasta trompa, tan transparente, que á traves de ella pude observar grandes dardos terminados en sierras como las lanzas de los salvages, que iban y venian hasta que taladraron la piel. Por un momento he temido que no bebiese toda mi sangre con la ayuda de su trompa.

—No es el mosquito mas feroz que el tigre? pregunté al doctor.

—Seguramente, me respondió riéndose; comparado el tigre con un mosquito, es casi un cordero.

III.

El musgo, liquen y verdin.

Quise volverle á mirar, pero en su lugar ví una cosa muy estraña: tenia en la palma de la mano como un bosque: veia plantas gigantescas, un dédalo inesplicable de ramas de todas formas, coloradas con todos los matices, desde el carmin subido, hasta el verde esmeralda: mil globos transparentes se mecian en las ramas flexibles y delicadas.

—Qué cosa tan admirable! esclamé.

—En verdad, me respondió el doctor, despues de haber observado con atencion, he necesitado lo menos dos minutos para distinguir el menor objeto: eso que teneis en la mano es cierta cosa que nos repugna y da una idea de la destruccion. Cuanto cuidado ponemos en

nuestras casas para garantir de ello los alimentos, las paredes, los vestidos! pero un astrónomo olvida amenudo las cosas mas vulgares de la vida. Siempre con el ojo fijo en vuestro lente, sin cuidaros de otra cosa, no habeis pensando en hacer pintar el bastidor de vuestra ventana: el sol y la humedad han podrido la madera, que se ha cubierto de moho, de verdin: una pequeña parte se ha desprendido; la casualidad la ha traido á vuestra mano; y os figurais que es un inmenso bosque de vegetales desconocidos.

—No es la casualidad, sino Dios el que lo ha hecho para humillar mi ignorancia. Como! el verdin es cosa tan curiosa de considerar de cerca: muy lejos estaba de sospecharlo siquiera. Como! ese moho repugnante?..... pero, decidme qué cosa es?

—Mi querido astrónomo (el doctor me daba este nombre por ironía) el moho es todavia objeto de estudios serios, y de observaciones prolijas para el botánico; lo estudia conteniendo el aliento, porque es un compuesto de vegetales de una finura y fragilidad tan grandes, que el menor soplo los desune y disemina. Bosquejo primitivo de una vegetación mas completa, el verdin ó moho es un conjunto de plantas capilares, terminadas por pequeños receptáculos que encierran.....

—Silencio, doctor! dejadme ver.

—El qué?

—Una cosa muy curiosa: esos pequeños globos de que os acabo de hablar se agitan, se enroscan y se alargan; todo está en movimiento; qué hermosos fuegos artificiales! estallan como bombas, y lanzan por todas partes un fino polvo de oro y de pedreria: es un espectáculo admirable!

—Justamente, dijo el doctor, iba á esplicaros ese fenómeno. Esos pequeños globos, como le llamais, son receptáculos: cuando la planta ha crecido, lo que hace en menos de una hora los receptáculos hacen su esplosion, saliendo de ellos un polvo de color, de que cada grano contiene el gérmen de un nuevo ser: este polvo, llevado por el menor soplo del aire, se estiende por todas partes, y no bien encuentra una piedra, ó un pedazo de madera húmeda, se adhiere á él; el gérmen se desarrolla, crece, y lanza á la vez su grano, de suerte que en menos de una noche, un solo grano de este polvo, podria llenar de verdin una fanega de tierra.

—Qué fecundidad!

—Por el verdin empieza la serie de plantas llamadas cryptogamas por los botánicos, y que contienen los musgos y las algas. Si me lo permitis arrancaré un pedacito de madera de vuestra ventana, y vereis algunas especies curiosas de estas últimas.

—Antes que le hubiese concedido mi permiso sentí que me ponia en la mano una cosa muy leve, y pude considerar numerosas variedades de plantas pequeñas, delicadas y graciosas, del verde mas hermoso y del azul mas delicado; un bosque encantador en miniatura, fresco, vigoroso y lozano.

—Todo esto, dijo mi sabio, se arraiga en viejos pedazos de madera, del mismo modo que el verdin, y se reproduce por un mecanismo muy parecido. Notad cuan grande es su número. El botánico cuenta mas de mil doscientas especies, porque todo se clasifica y toma un nombre en el libro de la ciencia, desde estos musgos imperceptibles hasta el gigante cedro. Desde el polo hasta el ecuador, el musgo cubre la tierra de los colores mas vivos, y del tapiz mas fino; insensible al frio del invierno, el musgo es el primero que permite á nuestra vista descansar del trabajo que le causa la constante vista de la nieve: vegeta al pie de las neveras siempre jóvenes, siempre matizadas de los mas vivos y dulces colores, y por frágiles que parezcan se adelantan hasta la zona tórrida. Las que teneis en la mano son de la especie mas pequeña.

—Oh si se supiese cuan gracioso es un simple musgo, le dije, muchas horas perdidas se pasarian en observarlo.

—Si! me respondió el doctor suspirando. La ignorancia arranca y barre sin cesar de su casa riquezas que el filósofo recoje con respeto, y cuyo estudio le hace llorar de admiracion.

—Pero no es eso todo, doctor; veo como unos animales de formas estrañas que andan por medio de las alamedas de este bosque en miniatura.

—Eso os dice, querido amigo, que nada hay desierto en la naturaleza, que ningun lugar está vacio, y que no podemos dar un paso sin destruir poblaciones inmensas de pequeños seres, todos con sus costumbres, hábitos, industria, amores y guerras. Los insectos que viven debajo de esos frágiles musgos aun no son bastante pequeños para ser clasificados entre los animales microscópicos: la mayor parte de ellos son gusanos, ciento-pies y larvas.

—Veo, doctor, á uno que trepa con trabajo á la cumbre de una rama: su cuerpo está cubierto de pedreria; tiene las alas azules, la cabeza encarnada, el vientre verde, y brilla como un carbunclo, ¿cómo se llama?

—Es sin duda el mas pequeño de los gorgojos; tan maligno como gracioso de forma. Es un animal temible, cuya voracidad puede reducirnos al hambre devorando nuestras cosechas.

—Cómo, siendo tan pequeño como decis?

—Sí, en poco tiempo puede destruir enormes masas de trigo. La hembra pone hasta ochocientos huevos, y se vale de un modo, por cierto curiosísimo, para poner á su prole al abrigo de la necesidad: trepa hasta la espiga, hace en cada grano un pequeño agujero

y deposita en él un huevo. El grano se cierra, el trigo madura, y la cosecha se hace, despues, en los primeros calores de la primavera, del huevo del gorgojo nace un ser imperceptible que del grano del trigo hace á la vez su alimento y su vivienda. Poco á poco devora la sustancia sin tocar á la cubierta; su cuerpo crece y llena el espacio de la harina que come, de suerte que aunque el grano está vacío conserva su forma, y cuando se cree que va á dar harina solo da un gusano.

—Por qué produce la naturaleza semejantes monstruos?

—Puede que sea, como dice el autor de *Pablo y Virginia*, para impedir á los acopiadores, á quienes espanta sus estragos, que nos dejen morir de hambre conservando en sus graneros la sustancia que nos hace vivir. Creedme, amigo mio, nada es perjudicial ni aun inútil en la naturaleza; cada ser marcha por una senda trazada desde el principio, y de la que no puede separarse, hácia un objeto que concurre á la armonia general; cada criatura forma un anillo de esa admirable y no interrumpida cadena, que se estiende desde el grano de arena hasta lo infinito de los cielos. Si se perdiese una sola raza, quizá causaria grandes perturbaciones sobre la tierra y una revolucion del globo. Un dia os haré comprender el misterioso encadenamiento de los seres; pero este es un asunto grave, imponente que no puede tratarse en una hora. El tiempo pasa; vuestra dolencia puede cesar de un momento á otro, y apenas habeis visto nada. Abajo en el jardin hay una cubeta llena de agua llovida, y en la que se puede observar todo un mundo. Voy á traerla.

En efecto trajo el doctor la cubeta, y al inclinarse para ponerla sobre una silla, vi de cerca una parte de su rostro, que me causó horror.

—Si la hermosa Helena, le dije, hubiese tenido la nariz tan velluda y escabrosa como la vuestra, la boca tan disforme y los dientes tan largos, mucho dudo que la ciudad de Troya hubiese sido reducida á cenizas.

—Ciertamente; la belleza no es mas que una ilusion, porque, á no dudarlo, Helena tenia el cutis tan escamoso y tan agujereado, los cabellos broncos, y el rostro cubierto de vello; pero parecia hermosa á Páris, cuya vista no le permitia distinguir los profundos surcos de sus megillas. Si todos tuviésemos ojos microscópicos, qué seria para nosotros el sentimiento de lo bello? No pudiendo distinguir el conjunto de las cosas la pureza de las líneas, la armonía de las formas, la oposicion de los colores, los juegos de luz; no pudiendo fijarnos mas que en los pormenores en la estatua mas bella, solo veriamos una agregacion monstruosa de cristales, de mármoles, y en nuestros semblantes montañas movedizas. No pudiendo vernos á nosotros mismos sino por partes, todavia estariamos reducidos á conjeturas respecto á la manera con que estamos construidos. Los goces de la vista, lejos de estenderse hasta los cielos se limitarian á la contemplacion de pequeños seres impalpables que destruiriamos al quererlos tocar, y aun estariamos discutiendo si es cierto que existe un sol, una tierra, y árboles y animales grandes. Si conservásemos sobre la tierra nuestra posicion vertical, no distinguiendo nada á nuestros pies, nos hallaríamos como perdidos en una niebla espesa. Para ver alguna cosa, tendriamos que andar sobre las manos y arrastrarnos por el suelo. Invertiriamos una hora en recorrer con la vista un guijarro de tamaño de un puño; y en lugar de preguntarnos si hay mas mundos por encima de las estrellas, no sabriamos de qué astro lejano nos llega la luz del dia.

Mientras mi sabio se perdia asi en el dominio de la hipótesis, yo fijé la vista en la misteriosa cubeta.

Pero deberé llamar así, á un lago inmensurable, á una mar sin fondo, sembrada de islas, de arrecifes, de continentes que encerraban plantas estraordinarias, millares de animales transparentes, fantásticos, monstruosos, que surcaban en todas direcciones estas islas, este oceano; salamandras, serpientes, dragones, dándose batallas encarnizadas, matándose los unos á los otros, chocándose, en fin, con tal fuerza, que creyéndome en medio de demonios enrabiados, estaba asombrado de no oir nada, ni de sentir que me devoraban.

Apoderóse de mi un vértigo, y quise huir.

Astrónomo curioso, me dijo el doctor tocándome en el hombro, y deteniéndome en mi asiento; creeis abarcar de una sola mirada las profundidades y pormenores de ese abismo, cuando una sola gota como la cabeza de un alfiler, os suministraria un dia de observaciones? Estaos quieto; dadme vuestro dedo para que lo moje en el agua. Solo vamos á desflorar la superficie. Mirad ahora.

No bien hube fijado mi vista en mi dedo cuando absorbió toda mi atencion, un espectáculo tan nuevo como interesante.

—Procedamos por órden, me dijo el doctor, nuestras observaciones seran asi tanto mas claras, y breves al mismo tiempo.

—Perdonad, amigo mio; pero ¿qué ballena es esa que va surcando mi dedo y devorando cuanto encuentra al paso!

—Ya os lo diré; os repito que no me pregunteis, y que me dejeis guiaros en este nuevo mundo del que no conoceis ninguna senda. Ante todo no veis unos pequeños glóbulos transparentes que se mueven con vivacidad?

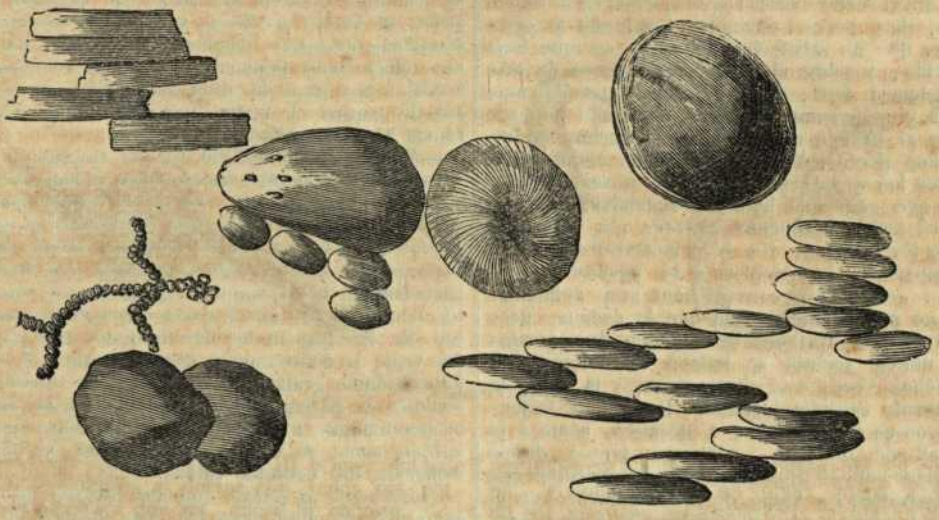
—Si, perfectamente, y cuando se encuen-

tran se unen unos á otros, hasta tres á cuatro.

—Estos glóbulos, amigo mio, son por decirlo asi los primeros cuerpos en que se manifiesta la vitalidad; se llaman *mónada*. La única señal por la cual se puede reconocer que viven es un movimiento circular y progresivo. Bien veis que sus funciones se reducen á poca cosa.

—Y sus placeres, le pregunté, son de dar continuamente vueltas?

—Es al menos su única ocupacion hasta que encuentran un compañero, con el cual se confunden para formar un animal mas completo. Entonces se distingue una canal en toda la estension del cuerpo, y empieza á verificarse la nutricion. Los mónadas son los seres mas pequeños que conocemos, dan vueltas continuamente sobre ellos mismos, y acaban por reunirse varios para formar un animal redondo que llaman *volvox*. El volvox tiene hasta cuarenta estómagos, cuyas funciones son muy visibles á traves de su cuerpo transparente; pasa su vida en dar vueltas y comer. Es el gastrónomo mas alegre del mundo invisible; pero es tambien el de vida mas efimera. Menos de una hora le basta para nacer, crecer, producir diez generaciones, dar vueltas y morir.



MONADAS.

—Desearia saber, dije, si estos animales ven que los examinamos, y qué idea pueden formarse de nuestra masa.

—Si nosotros necesitamos un microscopio para divisarlos, ellos necesitarian un enorme telescopio para distinguir alguna cosa fuera de su gota de agua; su universo concluye allí, y seguramente no sospechan que ningun ojo humano los contempla. Pero dejemos esto, y mirad cuantos acontecimientos van á suceder á los habitantes de ese mundo en tan poco espacio de tiempo. El océano en que nadan se seca poco á poco; y en él se forman islas y continentes; los animales multiplican, se alimentan, y construyen habitaciones, que un leve movimiento de vuestro dedo puede destruir como los temblores de tierra destruyen las nuestras. Si escribiesen su historia, seria sin duda mas notable y menos monótona que la de la raza humana. Tienen sus guerras de nacion á nacion, sus celos, sus odios y sus cataclismos. Aguardad cinco minutos, y su mundo quedará reducido á un átomo húmedo, en el cual dos ó tres individuos se disputarán el espacio, empeñando un combate á muerte, hasta que uno de ellos quede hecho dueño del campo, sin tener que hacer sino llorar por su perdida raza, contemplar las ruinas de su mundo, y morir al fin sobre su tierra seca.

IV.

Viage en la punta del dedo.

Apenas prestaba atencion al doctor, pues estaba enteramente ocupado en considerar á cinco ó seis *volvox* cuyas raras maniobras habian cautivado toda mi atencion.

Como muchos otros de varias especies, estos animales ocupaban sobre mi dedo un lugar distinto que recorrian girando sobre si mismos, sin jamás salir de él. Este lugar, que podia cubrirle la cabeza de un alfiler era para ellos un vasto pais. Nacian en él, pasaban su vida dando vueltas, comiendo y durmiendo, y viejos en un instante, terminaban pacíficamente su carrera. Era su verdadera patria.

En el mundo miscrocópico, como en el nuestro, hay seres insaciables, curiosos y osados, que no satisfechos del suelo en que han nacido, y sobre el cual podrian gozar de una existencia feliz, quieren saber lo que hay mas allá y abandonan sus lares, confiando su destino al pérfido elemento, como decian los antiguos poetas, ó á las furibundas ondas como dicen los modernos. Los cinco ó seis volvox de que acabo de hablar gesticulaban como si estuviesen moralmente agitados por una cosa que los ocupase. No bien encontraban á un compañero, lo detenian y al parecer sostenian con él una conversacion muy animada: yo no podia entender lo que le decian, pero seguramente trataban de engancharlo, porque el nuevo recluta se unia á ellos. Repitieron muchas veces esta estratagema, y la tropa se aumentó considerablemente. De pronto se formaron en buen órden, y despues, como á la señal de un gefe, partieron juntos dando rápidas vueltas. Entonces quise comprender que emprendian un viage de descubrimientos en la punta de mi dedo. En efecto, vi á mis *volvox* dejar su patria, y aventurarse por parages desconocidos con las mismas precausiones y prudencia de nuestros navegantes.

Todo es relativo en este mundo: nosotros nos espantamos de los peligros que hay que arrostrar para dar la vuelta al mundo, y nos preparamos á este largo viage con la misma solemnidad que si se tratase de nuestra vida: las probabilidades de muerte y los peligros no son menos grandes para el volvox que quiere dar la vuelta á una gota de agua.

V.

Descubrimiento de una isla.

Su primer descanso fue en una isla bastante lejana, de apariencia magnífica y sembrada de oasis deliciosos.

—¿De qué se componen las islas microscópicas? pregunté al doctor.

—Puede que de un grano de arena, respondió.

—No, seguramente, repuse, porque esta tiene el aspecto de nuestros prados, y flota ademas á la superficie, mientras que un grano de arena iria al fondo.

—Entonces es alguna planta de la familia de las algas, de la especie que llaman *conferva*.

—Pero no veo su raiz.

—Justamente las *confervas* no la tienen: se distinguen en la superficie de las aguas como una especie de espuma, verde por lo comun, pero á veces de un rojo hermoso ó de un amarillo brillante. Compónense estas plantas de filamentos capilares en los cuales circula la materia colorante, y crecen con una rápidez increible. Cuando la laguna ó pantano en que vegetan se seca, se reducen á polvo, el viento las lleva, y las hace recorrer distancias enormes, despues, si el aire calma, ellas caen tambien, y no bien vuelven á hallar una poca de agua tranquila, comienzan de nuevo á vivir, y á multiplicar sus ramas hasta lo infinito.

—Veo en efecto que mi isla se agranda.

—Yo no veo la que teneis sobre el dedo, repuso mi sabio, porque es de la especie mas pequeña; pero hay una que se llama el *fucus gigante*, cuyas ramas, no teniendo menos de sesenta metros, se cruzan y mezclan con tanta profusion en las tranquilas aguas de los mares ecuatoriales, que á veces detienen por meses la navegacion de los buques. Asi, como veis, lo infinitamente pequeño toca á lo infinitamente grande por relaciones de conformacion y analogias notables: las algas son proporcionadas á las pequeñas corrientes que cubren como el vasto océano, sobre el cual estienden sus temibles ramas.

Ocurriome al punto que mis volvox, presos entre los miles hilos de esta planta, tenian que luchar contra el peligro inminente de que hablaba el doctor. Atraidos, sin duda, por el delicioso aspecto de aquel bosque flotante se habian enredado como las moscas en una tela de araña.

Gracias á su perseverancia y á la sagacidad de sus maniobras, la mayor parte salieron sanos y salvos de la *conferva*, pero otros perecieron en ella víctimas de su imprevision, y maldiciendo acaso el fatal instinto que los habia inducido á dejar su pais.

En seguida vi á los que quedaban perseguir su presa, cercarla, estrechar el círculo que formaban á su alrededor, y alimentarse en fin de animales apenas visibles, que comian con la mayor voracidad. Esto tuvo para mi todo el atractivo de una cosa nueva y fantástica. A traves de su cuerpo tan transparente como el cristal, distinguia cómo el alimento pasaba del primer estómago al segundo, y sucesivamente hasta el cuarenta con una prontitud inconcebible.

Despues de esta estraña comida continuaron explorando aquella mar surcada por millares de monstruos cuyo encuentro evitaban con suma prudencia, llevando á su cabeza como guias á los cuales habian confiado, sin duda, los destinos de la espedicion.

Cuántos escollos y peligros de toda especie habia para mis desgraciados viageros en aque-

lla incomensurable gota de agua! No bien se vieron libres de las pérfidas redes de la *conferva*, cuando desgraciadamente respiré sin tener la precaucion de volver á un lado la cabeza, y en un instante como si hubiese sido un huracan terrible, mi aliento destruyó á su paso volvox, montañas, islas y continentes; las tres cuartas partes de los exploradores perdieron la vida. Si fuera á referir las numerosas vicisitudes de este largo viage, llenaria un volúmen; pero referiré dos cincunstancias notables en las que temblé por la vida de mis argonautas; quiero hablar de dos colonias crueles, por medio de las cuales intentaron abrirse paso.

Ocupaba la primera la punta de mi dedo. Eran unos animales en forma de anguilas, muy voraces, muy sutiles, y gruesos al me-



VIBRIONES.

nos como cuarenta volvox. Mi primer cuidado fue describirlos al doctor con todos sus pormenores para que me dijese su nombre.

—Esas son las ballenas que visteis antes, me dijo, y se llaman *vibriones*. Rara vez se encuentran en el agua, pero abundan en el vinagre.

—Como! esclamé; hay seres que pueden vivir en el vinagre?

—Algunas veces abundan tanto en este líquido que lo oscurecen. Algunos químicos antiguos han pretendido que al insinuarse estos animales en las papillas nerviosas de la lengua, causaban solos esa sensacion casi dolorosa que se llama sabor ácido; pero es una teoria absurda.

Yo apénas escuchaba al doctor, pues hacia algunos instantes que se habia empeñado la batalla entre los volvox y algunos vibriones. Los primeros eran mas numerosos, y á lo que me pareció mas inteligentes, y por lo tanto no dudé que fuese suyá la victoria; pero cambié de opinion luego que vi aumentarse el número de vibriones en una porcion espantosa, sin que pudiese comprender de qué parte de mi dedo llegaban los refuerzos.

El doctor notó mi asombro.

—Los volvox, me dijo, hubieran obrado con cordura dejando en paz á esos animales, porque los vibriones hallan en las heridas, que se les hacen, un medio pronto de reparar sus pérdidas, y aun de centuplicar sus fuerzas: la naturaleza les ha dado la singular facultad de multiplicarse por todos los puntos de su cuerpo, y cada vez que un volvox hiere á uno de sus enemigos debe salir de la herida un gran número du vibriones.

—Si, esclamé, que maravilla! veo salir á centenares por todas las heridas. Desgraciados volvox, con qué demonio teneis que habéroslas! No bien salen á luz parecen animados de un furor belicoso, y obrando como los pilluelos en los motines, sin preguntar de qué se trata, se baten con mas encarnizamiento aun que los demas.

Facil es de concebir cuan imposible era vencer tan temibles enemigos. En estos casos la fuga no puede considerarse como una accion cobarde, y este fue el prudente partido que adoptaron los volvox debilitados por enormes pérdidas.

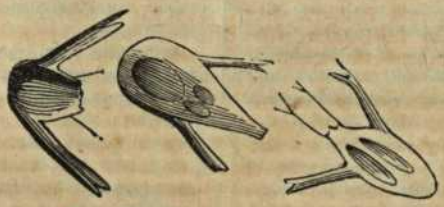
Aqui paso en silencio otros muchos accidentes que les sobrevinieron, incluso algunas enfermedades epidémicas, porque vi perecer un gran número sin que ninguna causa esterior hubiese al parecer causado su muerte, y paso al segundo encuentro, que tuvo lugar á poca distancia de mi uña.

VI.

Los proteos.

Este parage estaba habitado por una poblacion de animales que tenian la forma de cangrejos, armados de pinzas y de largas antenas, pero tan pequeños que cinco ó seis

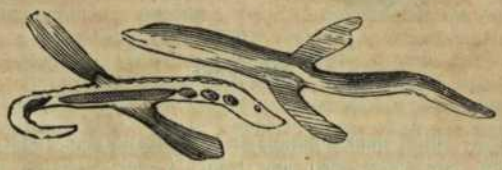
juntos apenas igualaban á un volvox. La ventaja de mis viageros era caer de improviso sobre ellos, y ahogarlos, sin darles tiempo para que se sirviesen de sus garras. En su conse-



PROTEOS.

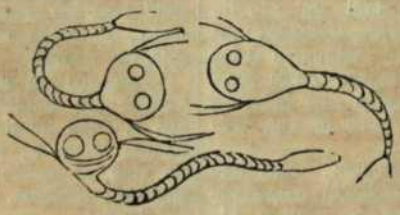
cuencia, habiendo elegido cada uno su víctima, atacaron de improviso.

Pero cuan grande fue mi sorpresa cuando vi á sus enemigos cambiar de prontro de forma, crecer prodigiosamente, y ahogar con su peso un gran número de volvox! Apenas tuve tiempo de notar esta singular transformacion, cuando aquellos animales desaparecieron



PROTEOS.

para hacer lugar á unas serpientes ágiles, que emprendieron al punto la persecucion de los volvox; y no bien los hubieron alcanzado, cuando de serpientes se transformaron en



PROTEOS.

escorpiones repugnantes y temibles.

Apresureme á referir al doctor lo que veia, pidiéndole con impaciencia] que me esplicase la causa de aquel curioso fenómeno.

—La razon de estas transformaciones me dijo, es y será siempre un problema para los micrógrafos. El sabio Muller que hizo de estos animales un largo objeto de estudio, los ha visto agrandarse instantaneamente, cubrirse de puas, y tomar la forma redonda de un herizo de castaña, y despues convertirse en largos reptiles, todo esto en pocos minutos, y sin que jamas haya podido conocer la causa de estas singulares transformaciones. Contentose, pues, con descubrirlo, y consignarlos en su interesante libro con el nombre de *Proteos*. La naturaleza que nada hace en vano, al darles esta estraña facultad, ha pensado sin duda en los enemigos mas fuertes que tendrian que combatir.

—Lo que mas asombro me causa, le dije, es que estos diversos cambios se verifican al parecer bajo el influjo de su voluntad; porque han sabido volverse grandes á

tiempo para ahogar á sus agresores, tomar la forma de serpientes para perseguirlos, y convertirse en escorpiones cuando los alcanzaron, para herirlos con mas facilidad.

—Muy dudosa me parece esa opinion, dijo el doctor, pero vale mas adoptarla, que creer que esas transformaciones se deben al acaso.

No obstante todas las ventajas de los proteos sobre los volvox, estos mas inteligentes y mejores tácticos no tardaron en hacerles una mala jugada, y obligarles á que les dejasen el paso libre. Demas está decir que los volvox hicieron una espléndida comida con las víctimas que quedaron en el campo de batalla.

Despues de muchas luchas encarnizadas de combates sin número, y de transcurrir un tiempo que debia calcular por muchos años de los suyos, como una treintena de los mas robustos, debilitados por largas privaciones, llegaron al fin medio muertos al borde superior de mi uña, donde terminaba su mundo.

¿Qué hay mas allá? debieron preguntarse; y cuánto no daria yo por saber lo que sus filósofos pudieron responder á esta pregunta.

VII.

VORTICELLAS ROTIFERAS.

Perdida andaba mi imaginacion en un océano de hipótesis estrañas, cuando pasaron ante mi vista tres buques de vapor revolviendo el mar con sus rápidas ruedas, y ahogando en ondas de espuma á mis desdichados viageros. Estaba escrito que no debian volver á ver su patria.

A no ser por el doctor que me detuvo el brazo, hubiera anonadado mi universo dando palmadas de sorpresa.

—Qué veis? me preguntó, no concibiendo la causa de mi entusiasmo.

—Buques de vapor! esclamé; pero al fijar de nuevo la vista sobre mi dedo, temiendo que



VORTICELLAS.

estuviesen ya lejos, no vi mas que una sombra que proyectaba en el mar una montaña inmensa.

—Ahora, repuse, no veo mas que una especie de Chimborazo que me oculta todo lo demas.

—Dónde?

—Allí; y alargué con tanta rapidez el índice de la mano izquierda, que mi uña fue á dar contra la montaña en la que hizo una ancha entalladura. Al punto divisé como un crater, y un torrente de lava que salia de él. El doctor dió un pequeño grito, y la montaña desapareció.

—Sois un aturdido, me dijo; acabais de hacerme daño.

—Pues cómo?

—Al inclinar yo la cabeza para ver lo que

causaba vuestra sorpresa me habeis arañado la nariz.

—Ay! pobre microscópico; habia tomado por un Chimborazo la nariz de mi amigo, y un pequeño arañazo, me parecia un cráter del que manaban lavas inflamadas.

—Quisiera saber, repuso el doctor despues de haberse secado una gotita de sangre de su nariz; quisiera saber qué entendeis por vuestros barcos de vapor.

—Son, le respondí, unas especies de máquinas con ruedas que surcan mi dedo en todas direcciones con una velocidad prodigiosa, y como son transparentes, distingo muy bien las diferentes piezas de que se componen.

—Vuestra imaginacion, me dijo el micrógrafo, presta á esos pequeños seres una forma y funciones que en realidad no tienen, porque.....

—Seguramente, le dije interrumpiéndole, tienen á cada lado una rueda, cuyas paletas rechazan el líquido como las de los barcos de vapor.

—No hay tal cosa, repuso; esos son unos animales curiosos que Ehremberg, el mas paciente de todos los observadores, ha llamado *vorticellas rotíferas* justamente á causa de las pretendidas ruedas que cree la vista distinguir á cada lado de su cuerpos; pero no son otra cosa que sus patas.

—Mientras mas lo miro, mas me persuado que son ruedas.

—Pues os engañais.

Originose de aquí una corta disputa, á la que se siguió una larga discusion acerca de la perfectibilidad de los sentidos; y mientras tanto se secó la gota de agua que tenia en el dedo.

Lo sentí estremadamente, y supliqué al doctor que echase en mi mano alguna agua de la cubeta, creyendo encontrar de nuevo los buques de vapor.

—Es indiferente que sea esa agua ú otra cualquiera, me contestó, ¿veis esto?

—Sí, es el pararayos de esta mañana, en cuya punta hay una gota de agua, en la que nadan un gran número de peces; pero no distingo barcos de vapor.

—Paciencia, amigo mio, esta aguja es la varita mágica de que me serviré para devolver la vida á nuestros *rotíferos*. El agua que está suspendida de ella no tiene, sin embargo nada de satánica, puesto que la he tomado de vuestra alcarraza.

—Cómo, ¿hay peces en mi alcarraza?

—Sí, amigo mio, estoy seguro de que se contarian mas de veinte especies diferentes.

Al decir esto dejó caer la gota en la punta de mi dedo.

—Oh maravilla! esclamé, yo sabia que los médicos podian ayudar á los vivos á morir, pero estaba lejos de saber que fuesen capaces de resucitar á los muertos.

Los rotíferos habian comenzado sus evoluciones como antes de nuestra disputa; permanecí petrificado.

—No me vanagloriaré de haberlos resucitado, dijo el doctor, pero puesto que en este punto, como en tantos otros estais en una ignorancia completa, os diré que cuando un rotífero se seca, puede reducirse al estado de pulpa inerte, y permanecer asi meses, años, y acaso siglos; al cabo de este tiempo cuando una gota de agua le caiga encima saldrá de su letargo; sus nervios recobrarán su sensibilidad, y continuará viviendo hasta que un rayo de sol seque otra vez su lago, y haga entrar al rotífero en un sueño vecino de la muerte.

—De suerte, que uno de estos animales puede existir desde el principio del mundo, sin haber vivido en realidad.

—Sin duda, si desde su nacimiento el sol ha secado el agua en que comenzaba á nadar, y si despues de este tiempo ninguna partícula húmeda ha venido á devolverle la vida.

—Pero no vive en ese intervalo de inaccion?

—No, el tiempo de su entorpecimiento no se cuenta para nada.

—Oh! qué no tuviese yo la facultad de los rotíferos, dije entonces; que no pudiese dormirme durante un siglo, y despertar en seguida para juzgar de los progresos de la civilizacion?

—Si tuvieseis esa facultad, pasariais vuestra vida en una cubeta, sin inquietaros por el género humano, repuso el doctor.

T. DE M. F.

DISCURSO

pronunciado en la Academia de Profesores de Instruccion Públic de Málaga, en la sesion del 2 de Mayo de 1852.

El Dibujo es necesario á toda clase de personas.—RUBENS.

SEÑORES.



No desconozco la difícil y espinosa posicion en que se constituye el hombre que desde este sitio dirije la palabra á tan respetable y erudita Corporacion; y mucho mas si tiene el honor de hacerlo por primera vez; pero tampoco ignoro la finura, delicadeza é indulgencia que caracterizan á los individuos que la componen; fiado en tan bellas cualidades me ha parecido menos difícil hablar del arte que proporcionó fama imperecedera á Rafael, Murillo, Velazquez y otros varios, cuyos nombres y gloria seria prolijo y aun enfadoso enumerar.

Yo deberia hacer la historia del dibujo tomándole desde su cuna y siguiéndole paso á paso al traves de los siglos, hasta presentarlo á la altura que ocupa en el nuestro; pero mi erudicion no tiene punto de contacto con la del célebre Pacheco, ni el profundo Palomino, y mucho menos con nuestro contemporaneo y entendidisimo Madrazo; me contentaré, pues, con hacer una ligera reseña de las dos épocas mas notables de la vida del arte, probando al mismo tiempo la necesidad que tienen de aprenderlo tanto los hijos predilectos de la fortuna, como aquellos que han de deber su subsistencia á una larga serie de estudios ó trabajos; este es el cuadro que pretendo bosquejar, y me daré por satisfecho si logro ejecutarlo con mano segura ya que no valiente.

Entre las muchas definiciones que se han dado al dibujo, la mas sencilla, clara, terminante, concisa, y que mas cumple á su objeto, es aquella que dice: «Dibujo es el arte que enseña á imitar la naturaleza, y los caprichos de la imaginacion por medio de líneas.» De ella deducimos dos cosas; primera, que conviene á ambos sexos; segunda, que para poseer con perfeccion este sublime arte es indispensable el conocimiento de la Geometria, ciencia que trata de la estension y de las líneas.

¡Arte que enseña á imitar la naturaleza y los caprichos de la imaginacion!..... qué campo tan rico é inmenso para mas digno orador! ¿y quien podrá negar es necesario á las personas de elevado rango siendo un continuo manantial de delicias y recreo? Desde las inocentes costumbres del sencillo labriego que habita humilde choza, hasta la rígida etiqueta de opulento magnate que pisa bordada alfombra; la historia sagrada, la profana, las divinidades sin cuento del gentilismo, la Aurora, como dicen los poetas, con sus megillas de rosa, y el sol acostándose en su lecho de púrpura; las llanuras con sus arroyos de mansa corriente, el encrespado mar, el horroroso cráter, la luna con su disco de plata, la noche envuelta en su oscuro manto, y el fantástico cuanto caprichoso adorno, serán objetos que se hallarán al alcance de sus lapiceros. Para las personas menos elevadas es indispensable, puesto que es el cimiento de la pintura, de la escultura, de la arquitectura, grabado, vaciado y demas artes ú oficios que hacen amena la vida civilizada. Gracias á su poderoso influjo el aquilon no seca la sabia de las plantas, ni el calor marchita las flores; eterno hace los encantos de la naturaleza, y eternos los laureles con que refresca las sienes

de fuego de los artistas: á su auxilio debe el hombre el conocer á la infame Tulia, baldon de la ciudad de los Césares; al impúdico Tarquino, á la casta Lucrecia, y al impasible cònsul que con ojo enjuto viera al verdugo segar las cabezas de sus hijos; él nos pone al corriente en las costumbres usos y trages no solo de los actuales moradores del globo, sino de aquellos que muchos siglos ha pasaron el umbral de la eternidad; por él viajamos con la celeridad de la chispa eléctrica, sin dispendios, sin incomodidades, admirando ya el coloso de cristal, maravilla del siglo diez y nueve, creada para la esposicion de 1851, ya las capitales de Italia, cuna y tesoro de las bellas artes; ya los volcanes con su ardiente laba, y los desiertos con su abrasadora arena; él es, finalmente, segun Mr. de Piles, en su curso de pintura, pagina 127, la llave de las bellas artes, el órgano de nuestros pensamientos, el instrumento de nuestras acciones, y la luz de nuestro entendimiento. Convencidos de estas verdades los sabios griegos, y queriendo elevarlo al puesto que por su rango reclamaba, promulgaron una ley que obligaba á los nobles á aprender la graficia ó dibujo, y posterior otra que prohibia bajo las mas severas penas se enseñase á siervos. No descenderé á probar si estas leyes fueron mas ó menos justas, mas ó menos sabias; sí diré que despues bajo el reinado de Pericles y de Alejandro el Grande, fue cuando la estatuaria adquirió entre los griegos esa celebridad que ha llegado hasta nuestros dias, y que pasaria por un cuento de hadas ó una fantasia poética, si no existiese el Laoconte, la Venus victrix ó de Milos, por haberse extraido de las ruinas de una ciudad que llevó este nombre, el Gladiador, exhumado de las de Antiun un siglo despues que el Apolo, la estatua del Nilo, la del Tiber, los bajos relieves del templo de Olimpia, que representaban las guerras de los lapitas y centauros, y otras muchas que han sido, son y serán, la admiracion de los profanos, el pasmo de los conocedores, y la regla segura de artistas eminentes. De Miguel Angel se cuenta que en su avanzada edad, estando privado de la vista, se hacia conducir delante de la estatua que representa á Hércules en reposo, conocida por los artistas con el pseudónimo de Torso, y se deleitaba en pasar sus manos sobre tan varoniles y bien espresadas formas. ¿Pero cómo no habia de suceder asi cuando estos mármoles recibieron la vida de Fidias, Praxisteles, Agesandro, Polidoro, Atenodoro y otros cuyos nombres resonaron, con igual gloria en todo el globo, descendieron con igual entusiasmo á todas las clases de la sociedad, y se han trasmitido á todas las generaciones con igual respeto y fidelidad? En ninguna época interpretò con mas exactitud el cincel la mente del artista, ni espresó con mas precision y gracia el perfil del desnudo, ni plegó con mas ligereza, verdad y maestria los trapos; pero desgraciadamente á tan risueño horizonte, á panorama tan encantador, siguiose el tiempo del luto y del dolor; me valdré para trazarlo de las mismas palabras de un literato contemporáneo.

»Hubo un tiempo, en que el empuje de una lanza daba nombre á un caballero, lustre á su prosapia, riquezas y honores á su vida, y gloria á su posteridad." En efecto, Señores, en este tiempo las bellas artes eran un recuerdo que por tradicion se enlazaba alguna vez á los nombres de Grecia y Roma, eran el sonido de una voz, pero de una voz sin idea, como la eternidad. El hombre entonces trataba mas de conservar la vida que de embellecerla; sus ojos buscaban con avidez una colina para edificar un torreon, sus manos se ocupaban en aguzar la punta de una lanza. Era este tiempo el afan del náufrago en la tormenta, la vida muerte, la muerte vida; pero este tiempo tambien pasó, apareciendo el siglo del renacimiento, en el que las bellas artes, como la aurora del nuevo dia, ilumináron al mundo, patentizando su hermosura, borrando las vestigios de las huellas de la edad media; edad bárbara, que como un torrente arrancó de sus cimientos los monumentos que su posteridad, el gusto y la razon reedificaron: aquellos mismos hombres que inflamados por un fanatismo militar, desconocieron el dulce recreo de la imaginacion, se hicieron sociables; difundiose el principio analizador y filosófico, y la curiosidad estimuló á la reflexion. Defectuoso se presentó el dibujo con sus tres hijas predilectas la pintura, escultura y arquitectura, mas á impulso de la emulacion se perfeccionaron de dia en dia: informes eran las representaciones que daba de la naturaleza la escultura en aquella época; seis siglos despues Cánova, nieto de un infeliz albañil, y que debia su educacion á la proteccion que le dispensara el duque Falieri, ejecutaba el famoso grupo de Teseo, vencedor del Minotauro, declarado digno rival de las mejores estatuas por cuantos conocedores habia en Roma en aquella época. De toscas piedras era la morada que daba á los Reyes de Castilla la arquitectura en el siglo doce; en el quince las cúpulas de cien filigranadas torres subian á tocar las nubes, cúpulas que devoró un incendio en el diez y ocho; pero ya Bramante habia inmortalizado el arte de Varron y Vitrubio el diez y seis en la construccion de la soberbia Basílica de San Pedro en Roma. En el siglo trece aprendia el Florentino Cimabue de los griegos á tomar el pincel, y en el quince Miguel Angel y Leonardo de Vínci llenaban á su patria de gloria, el primero con la grandiosidad de sus pensamientos, el segundo con la espresion de los afectos del alma; y Rafael, príncipe de la pintura, que poseia en grado tan eminente estas dos su-

blimes cualidades, estasiaba á los espectadores de sus Virgenes por la correccion, la gracia y la verdad de su dibujo. Desde entonces hasta nuestros dias esta poderosa palanca de ilustracion ha caminado á su perfeccion, si bien notándose que las revueltas y acontecimientos políticos han aumentado ó disminuido los quilates de su valer, pero sin ser obstáculo para haberse hecho el portentoso descubrimiento de la litografia y el no menos grandioso del daguerreotipo. Al dibujo se han dedicado las personas de mas elevado rango; prueba de ello es la justa fama que de perita en el espresado ramo tiene nuestra augusta Soberana y otras Señoras que componen la nobleza de nuestra nacion; y no se crea que siempre ha sido objeto de pasatiempo y recreo para las personas pudientes; muchas de ellas se hubieran visto por caprichos de la inconstante fortuna sumidas en la mas espantosa miseria, pero gracias á el dibujo se sustrajeron á tamaña desgracia. ¿A qué molestar, Señores, con un prolijo relato de las alabanzas que le han dado tanto hombre célebre? Pudiera objetárseme que escribieron en una época de mas atraso, ó que deslumbrados por el arte que profesaban le prodigaron inmerecidos elogios. Una mirada á los objetos de lujo y necesidad elaborados en nuestra península ó importados del estrangero nos convencerá, que si cometieron alguna falta no fue la del esceso? Pero qué dije objetos de lujo y necesidad! no, Señores, me he equivocado; los mas insignificantes, quizas los de menos aplicacion, ¿cuanta es su variedad de formas á cual mas galanas y seductoras? cuanta copia de adorno? cuanta riqueza, cuanto atractivo? y para los hombres que esto ejecutan, cual ha sido la llave maestra que les facilitó la entrada en el santuario donde tanta maravilla se guardara?... el dibujo; el hombre desprovisto de sus conocimientos jamas inventará, siempre será un copista, y sus copias serán objetos inertes sin vida, y desprovistos de esa gracia que, como marca indeléble, deja el arte tras si por donde quiera que pasa.

ANTONIO DE LUNA.

EL PEDIGUEÑO.

Es tanto el amor que os profeso, queridos niños, que quisiera curaros del deseo de pedir prestado. Esta mania de apropiarse por mas ó menos tiempo lo que á otro pertenece, se estiende á veces á toda la vida, y es causa de mil apuros y bochornos. Enrique, al menos, se ha corregido, y me alegro por él.

Enrique era un niño muy antojadizo, que deseaba tener cuanto veia; este deseo se convertía pronto en una necesidad; y no pudiendo comprar, aquellos objetos de su capricho, ni atreviéndose tampoco á decir francamente »dámelo" lo que al menos hubiera sido mas leal, lo pedia prestado. Pero una vez el objeto en su poder, no lo volvia, de lo que se originaban mil disgustos. Por una parte era muy olvidadizo, y por otra muy poco cuidadoso; y cuando despues de mil reclamaciones y de hacerle muchos cargos, que lo mismo alteran la amistad entre los niños que entre los hombres, devolvia la cosa prestada, de la que habia hecho uso como propietario disipador, la entregaba ajada, manchada, rota, que daba grima verla.

Esta conducta le habia atraido una reputacion detestable. Un dia oyó decir: «No le prestes nada, si no quieres quedarte sin ello."

—Eso es lo que yo hago, respondió otro niño; yo no presto nada sin reflexionarlo antes, y cuando presto me digo á mí mismo: »Se lo doy para siempre." Asi me escuso aguardar, y el disgusto de quejarme, y aun el de indisponerme; porque el que pide prestado se incomoda de lo que llama vuestra importunidad, y se salva con esta escusa un poco agria: »Te se devolverá!"

Este niño sí que hablaba y obraba con cordura.

Algo impresionaron estas palabras á Enrique, pero su conciencia se quedó á la mitad del buen camino, y á poco no pensó mas en ellas. «No me lo han dicho en mi cara, luego no seria por mí» pensó con la mala fe de la pereza, que tambien por su parte sabe pedir prestadas estas malas razones al orgullo.

Asi, pues, olvidó que hacia mas de un mes tenia en su poder el sable de hoja de lata y el morrion de húsar de Adolfo; eran tantas las guerras y batallas que habia dado con estas prendas, ya en su habitacion, ya en las calles, que el morrion no era ni una sombra de él, y el sable estaba roñoso, ladeado, roto.

Sucedió que un dia su mamá dió un convite á varias personas amigas suyas. Enrique estaba muy contento; comia bien; se reia de ver reir á los que ninguna cosa tenian que echarse en cara, y estaba muy lejos de esperar que iban á avergonzarlo.

De pronto suena una campanilla, y se oye disputar en la antesala.

—Quién es? dice la madre de Enrique?

—Preguntan por el señorito.

—Que entre quien sea. Enrique no tiene secretos para nosotros.

A poco se presentó el aya de Adolfo.

Enrique creyó que se hundia el suelo; sus ojos se fijaron en aquella muger, y en aquel momento hubiera dado su sangre por no haber pedido jamas prestado.

—Qué quereis? preguntó con afabilidad la madre de Enrique, pensando que venian á convidar á su hijo para alguna representacion de sombras chinescas ú otra funcion análoga.

—Señora, respondió el aya de Adolfo; vengo por el sable y el morrion de húsar de mi señorito. Hace un mes qne el señorito Enrique se lo pidió prestado; y no hay quien se lo haga devolver: espero que V. le mandará que me lo entregue.

Miráronse los convidados entre sí con un asombro y gravedad que afligió profundamente á la tierna madre. Qué golpe para ella! y que vergüenza para Enrique!

La buena señora mandó á este que fuese al punto á buscar los objetos reclamados, á pesar de que preveia la nueva humillacion que iba á sufrir su hijo.



LA RECLAMACION.

Enrique con la cabeza baja, atravesó el comedor con paso vacilante, y volvió cargado con los efectos que le habian prestado, y en los que nadie reconoció un sable ni un morrion. Este fue un nuevo motivo de vergüenza para su pobre madre.

Tomolos de manos de su culpable hijo, y le dijo con tierna severidad.

—Sin duda te has engañado, Enrique; no es esto lo que te reclaman.

Y arrojó lejos de sí los sucios juguetes.

En seguida abrió un armario, donde encaramaba los juguetes con que sorprendia á su hijo, y sacó el schakó mas bonito que se ha visto, y un magnífico sable, no de lata, sino de acero bien templado, colgado de un magnífico cinturon de tafilete encarnado, bordado de oro, y con unos preciosos corchetes dorados que figuraban unas cabezas de leon.

—Yo habia destinado estas prendas para regalarlas á mi hijo, conociendo su inclinacion á todo lo militar. Decid á su amigo Adolfo que tiene mucho placer en enviárselas, y se cree afortunado de poder restituir lo que tan indignamente ha destruido.

Enrique no volvió á pedir nada prestado. Su madre le hizo comprender que el pedigüeño de profesion no es otra cosa que un ladron prudente.

M. V.

COSTUMBRES NOTABLES.



Sería curiosísimo un libro que tratase acerca de los usos y costumbres adoptadas por las naciones: referiremos algunas de las mas singulares y caprichosas.

Las mugeres romanas se ocupaban particularmente en hilar. Caya Cecilia, muger de Tarquino el anciano, pasaba por la mas hábil hilandera de su tiempo. Con este motivo se estableció una costumbre que prueba bien la influencia del ejemplo. Una reciencasada al poner el pie sobre el umbral de la puerta de la casa de su marido respondia á aquel que le preguntaba su nombre: Me llamo *Caya*, esto es, *buena hilandera*.

En los siglos remotos despues de la muerte de los reyes de Egipto, los pueblos que habian sido sus vasallos, hacian el exámen mas severo sobre su conducta. No se les concedia la sepultura sino setenta dias despues de su fallecimiento, y se les privaba de ella cuando un solo vasallo contradecia, aun en un solo hecho, el elogio pronunciado por el gran sacerdote. Los particulares estaban sometidos despues de su muerte, al mismo exámen de parte de sus parientes, de sus amigos y de sus vecinos.

Era costumbre en otros tiempos, arrojar desde las bóvedas de los templos el dia de Pascua de Pentecostes, sobre los asistentes á las sagradas ceremonias, estopas inflamadas que representaban las lenguas de fuego que cayeron sobre los Apóstoles cuando bajó sobre ellos el Espíritu-Santo. Inmediatamente despues que se entona el *Veni Sancti Spiritus* soltaban porcion de palomas que revoleteaban sobre las cabezas de los fieles, las cuales representaban al Espíritu-Santo.

Habia entre los galos una ley que prohibia á todos los jóvenes cortarse las barbas y los cabellos, hasta tanto que se hubiesen distinguido en alguna batalla, matando á algun enemigo: entonces podian hacerlo, habiendo pagado á la patria el derecho de su nacimiento.

En la isla de Ródas, en la América Septentrional, cuando se casa la viuda de un hombre que ha dejado muchas deudas, es menester que ceda á sus acreedores cuanto posee, quedándose solamente con la camisa que tiene puesta, debiendo verificar su matrimonio sin llevar mas que este lijerísimo traje: si no lo hace de este modo, los acreedores estan autorizados á despojarla sin misericordia alguna de cuanto tiene, antes que pase á segundo matrimonio, no quedándoles derecho alguno contra el segundo marido. Queriendo pasar á segundo matrimonio, la muger de uno que habia dejado muchas deudas, salió en camisa de su casa, y encontrando antes de llegar á su futuro esposo, que la traia varias ropas, la dijo á presencia de los que la acompañaban, que aquellos vestidos eran un préstamo que la hacia; de este modo evitó que sus acreedores despojasen enteramente á la novia.

En la isla Formosa se hacen las bodas sin ceremonia alguna: pero con una buena fe que nada tiene de bárbaro. Cuando un jóven está enamorado, pasea frecuentemente por delante de la casa de su querida, y la obsequia entonando algunas canciones; si agradan á la doncella, sale esta, le toma de la mano, y declara que le elije por su esposo; sin necesidad de dote, ni del consentimiento de sus parientes. El nuevo marido viene inmediatamente á establecerse en casa de ella, trayéndose todos sus bienes, y es despues el apoyo de su suegro. Asi las hijas no son gravosas á sus padres en estos climas; por lo que desean tener mejor hembras que no varones.

E. A.

EN EL ALBUM

DE LA

SEÑORITA DOÑA C. P. Y R.

Cruzan por el valle tranquilas y bellas
Las límpidas ondas del claro arroyuelo,
Con cantos alegres y tiernas querellas
Las aves se gozan y miran en ellas,
Jugando en su márgen con plácido vuelo.

De cesped, de mirto, de umbrosa enramada
Su mansa corriente se ve circuida;
Arómas le ofrece la flor mas preciada;
Y al verla amorosa sobre él reclinada,
La besa y murmura con voz adormida.

Mas ¡ay! que muy luego sus aguas se agregan
Al rio caudaloso de rauda corriente,
Y por él llevadas al bravo mar llegan,
Y á las turbias ondas se lanzan y entregan,
Quedando perdidas en su seno hirviente.

Adios lindas aves, flores y pradera,
Y umbrosa enramada de grata frescura,
En vez de los besos y dicha primera,
Tan solo á las aguas tranquilas espera
Gemir en los mares que infunden pavura.

Amargas se vuelven, mezclándose en ellos,
Las que fueron ¡ay! tan dulces un dia;
Perdieron por siempre sus puros destellos,
Perdieron del valle los hálitos bellos,
Su paz, sus encantos, su dulce alegria.

Bramando en las olas del mar se levantan
En montes rugientes de cresta espumosa,
Abriéndose en anchos abismos espantan,
Y en muertes y estragos que el alma quebrantan
Se ceban crueles en su ira furiosa....!!!

Cual el manso arroyo, corriendo encantada,
La tierna edad pasa de amor é inocencia;
Mas ¡ay! que en las alas del tiempo llevada
Y al mar de pasiones y penas lanzada,
Pierde su suave purísima esencia.

¡Oh jóven hermosa! no absorba tus dias
De acerbas pasiones el mar proceloso;
Mirando de lejos sus olas bravías,
Preserva el tesoro de esas alegrias
Que son de inocencia el bien mas precioso.

Cual bella guirnalda de cándidas flores
Tus horas se enlacen en plácida calma;
Y el hado apartando de tí sus rigores,
Y en tí acumulando sus bienes mayores,
Te dé el mas cumplido, la dicha del alma.

Por esta tu dicha es tanto mi anhelo
De verte del golfo cruel alejada:
Asi es como, lleno de amante desvelo,
Al hijo separa del mar con recelo
Aquel que su nave miró un dia anegada.

José Martinez de Aguilar.

TIPOS COETANEOS.

Son en estremo orijinales y exactos los siguientes, sacados de una obra del doctor Fischhart y que creemos serán leidos con gusto.

La obra se titula: *Es fængt an; Tohu Bohu's Traum; ein baffometisch-physisch-wunderlicher Almanack und typical Schatte*, etc. —«Von Andreas Fischhart Ichheit, Doctor utriusque juris, etc, etc.»

Lo cual quiere decir: *Esto empieza: Sueño de Tohú-Bohú, sombra tipica-profético-satirica, muy poco lúcida en apariencia, ó almanaque crepuscular, bafométicо, maravilloso y danzante, ect.* «por Andrés Fischhart Ichheit, doctor en ambos derechos, etc., etc.»

El libro del doctor Ichheit-*Ichheit* es la personalidad del *yo* en la teoría de Fichte, empieza por algunas páginas que parecen referentes al siglo XIX y á su marcha, y despues continúa, en un lenguaje muy difícil de traducir, como sigue:

«El mar estaba lleno de fósforo brillante, «chispeante, azulado; navegábamos hácia las «Islas Baleares. El viento era fresco, y nues«tro vapor, el *Fatum*, iba maravillosamen«te aprisa. Las serpientes de fuego corrian en «las olas, como los pensamientos de Voltai«re han centelleado al través de las planchas «incandescentes del siglo XIX. El gran monar«ca azulado de las llanuras de la noche, la «luna, estendia á lo lejos sobre el tranquilo «mar, este rastro luminoso, consolador, apa«cible, parecido al fuego pálido de la medita«cion solitaria. El buque continuaba su mar«cha: el sulco de su quilla negra atravesaba «estas dos luces. El fósforo apenas encendido, «moria chisporroteando; y la luz azul del cie«lo, dulcemente temblorosa, reinaba siempre «sobre las aguas iluminadas por su rayo sa«grado. No obstante, en medio del puente del «*Fatum*, se levantaba un gigante negro como «una columna fúnebre, y de su cabeza in«forme salian oleadas de chispas rojas, mien«tras que los pesados brazos de cobre hendian «el obstáculo líquido.—Verdaderamente, me di«je, hé aquí la industria material que nos «arrastra vigorosamente y con una fuerza ti«ránica, mientras que los fuegos del espíritu «fosfórico mueren y estallan á nuestro alrede«dor, y todo esto se pasa bajo la mirada «triste y lejana del pensamiento, que es el «mas dulce Febo de las llanuras cetes. El ine«xorable destino nos arrastra; la idea religio«sa nos ilumina, y la locura del ingenio nos «alegra los ojos. Marchemos.—Habia en la «cubierta de nuestro buque una multitud de «personajes diferentes á quienes interesaba po«co este espectáculo, y que solo pensa«ban en sus negocios. Les examiné de cer«ca; no representaban mal las diferentes ra«zas metafísicas de que se compone la civili«zacion actual. Permitidme daros el retrato de «algunos.

«Uno de los mas notables se llamaba Criso«foro Burnall, jóven dandy byroniano y oxi«genado, que habia corrido el mundo; cigar«ro ambulante que iba en busca de emocio«nes, á caza de sensaciones, á cosechar ideas; «estas últimas no le llegaban aun y las otras «no le llegaban ya. Devorábale una calentura «de bien-vivir, y dejaba á París despues de «haber atravesado Lóndres. Veíase en su ai«re lánguido, en su fisonomía lívida y fatiga«da, en su sonrisa dolorida, que le duraba «aun la embriaguez del torbellino que habia «atravesado. El cerebro calcinado, los sentidos «embotados, arrojaba sobre nosotros el desden «que se inspiraba á sí mismo.—Por lo de«más, no era fácil adivinar si el sexo viril ó «el otro predominaban en él: su pelo era lar«go y ondulaba en bucles femeninos; sus bi«gotes se erizaban en su labio; su boca era «saliente; un encantador cachorrillo cincelado

Lúnes 5 de Julio.

«segun el gusto de la edad media adornaba «su cintura. No tardé en comprender que era «de una religion especial y muy estendida; la «religion de los *trajes nuevos;* esta consiste «en adornar perpetuamente y con todas las «envolturas imaginables el cuerpo, que es evi- «dentemente la envoltura del alma; esta re- «ligion es la que inventa los chalecos y da «el impulso á las revoluciones de las corba- «tas. Los sastres son sus sumos-sacerdotes, y «profesa la antigua y primitiva creencia de «la adoracion personal. Al lado de mi jóven «deshuesado é insípido, que en mi clasifica- «cion filosófica llamaba yo el *dandy calcina- «do,* elevábase un gran cuerpo seco y negro, «que se parecia á una armazon huesosa; á nadie «miraba de cuantos le rodeaban y se ocupaba «en dar vueltas eternamente en su mano de- «recha á una pequeña rueda suspendida de «un eje; en la izquierda tenia un reloj; el «número de las evoluciones verificadas en cier- «to número de tiempo absorbia toda su aten- «cion. Este era natural de Escocia y se lla- «maba Mac Futilitar, profesor de economía «política y de industrialismo. Algunos lazos «ocultos le unian á la misma religion del «egoismo corporal cuyos adeptos son en el «dia tan númerosos. Ni una idea grande en «su cabeza, ni una idea que no fuera un «pobre cálculo, un arreglo de poleas y espi- «tas. Su ojo hundido, su frente aplastada, su «nariz camuesa, su sonrisa monótona, me- «recian su lugar en este cuadro aristofánico- «arabesco-atalánico-gótico que os ofrezco. Era «un guarismo montado sobre dos piernas. Ha- «cia potage con los huesos de su herma- «na difunta, y de buen grado hubiera cons- «truido una máquina con los huesos de su pa- «dre.»

En los dos tipos que acabamos de reproducir habrán reconocido nuestros lectores los dos mitos del fastidio enervado y del industrialismo puro. Del mismo cuadro vamos á copiar el del sensualismo sentimental y el de la manía de los muebles de la edad media, tambien muy comunes en nuestra sociedad.

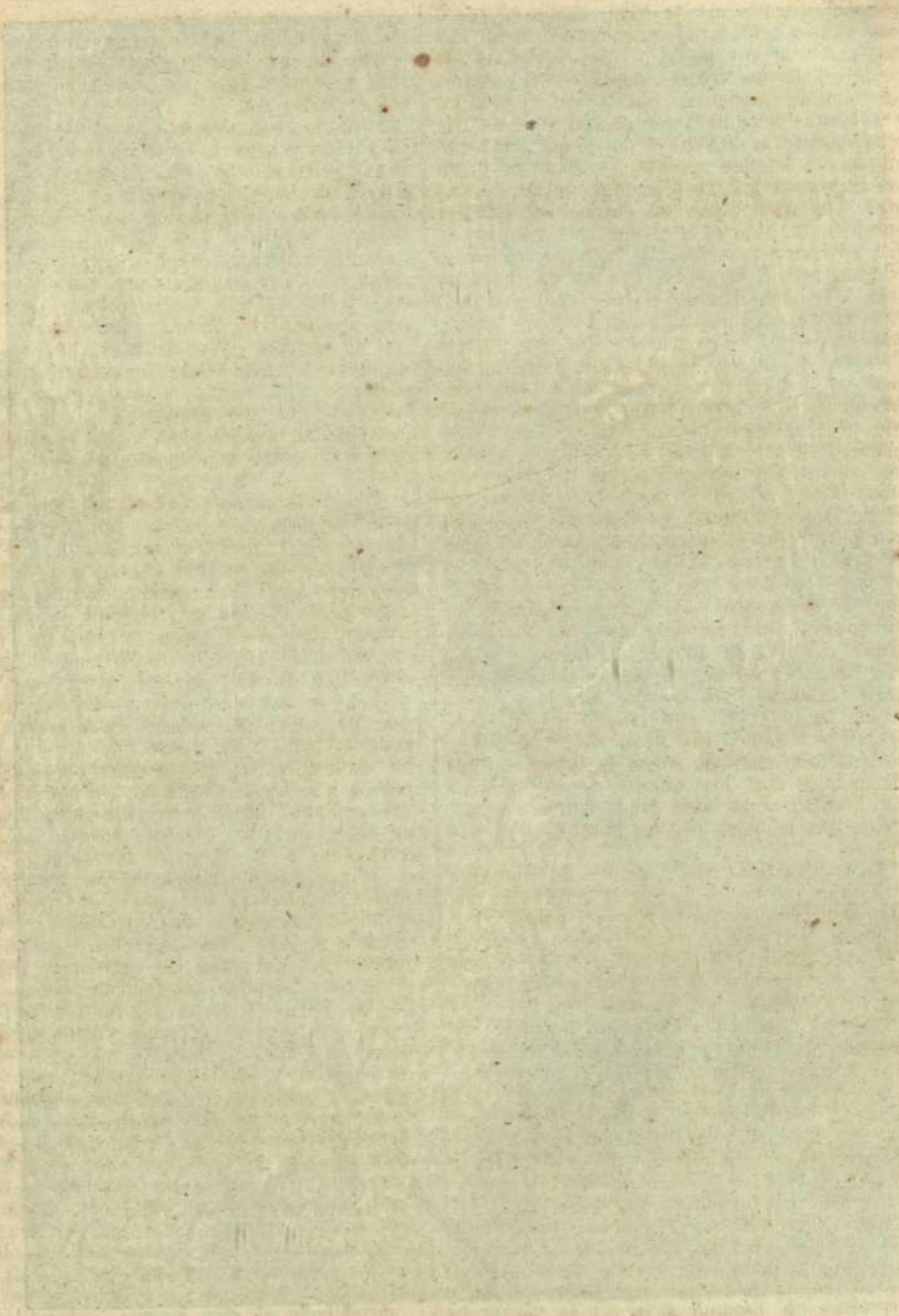
«De los contrastes nace la simpatía. El «profesor Mac Futilitar parecia inspirar mucho «interés á una pasajera, aun jóven, cuyo tra- «je no se parecia á ningun otro; era una se- «ñora de rostro pálido, ó mejor verde, en «traje de amazona, cuyo pantalon de seda en- «carnada aparecia por debajo de un largo traje «de terciopelo blanco, bordado de oro mate, «y que leia comunmente con sostenida aten- «cion la *Gaceta de los Tribunales* para bus- «car en ella crímenes. Pendia de su cintura «una grande limosnera cortada en el patron «mas exacto de las de la edad media; abrió- «la, y noté una multitud de separaciones en «las cuales habia distribuidas cenizas ó pol- «vos de diferentes colores. Tomaba con de- «licadeza entre su pulgar y su índice un «polvo de cada division, sirviéndose de él co- «mo si fuera tabaco, y continuaba leyendo ú «observando, con Mac Futilitar, las evolucio- «nes de la rueda en movimiento.—¿Señora, le «dije, me permitirá V. tomar un poco de ta- «baco?—Levantó los ojos al cielo.—«Caballe- «ro, contestome, ¿lo creeria V? ¡estos dife- «rentes polvos son restos sentimentales, re- «cuerdos eróticos! Los corazones de varios «amantes reducidos á este estado por la com- «bustion, y calcinados en una hoja de amian- «to, á fin de que sirvan para revivirme la «emocion perdida, á mí, señora Lelia, natu- «ral de Versalles, y educada en Ginebra por el «profesor Kotzebue.—Al hacerme esta confe- «sion, cayó de rodillas y se golpeó el pecho: «—¡Ay! ¡ay! ¡Oh grandeza! ¡oh dolor! ¡oh «profundidad de mi alma! ¡oh hombre! ¡oh «muger! dadme una sensacion!—Y se des- «mayó.

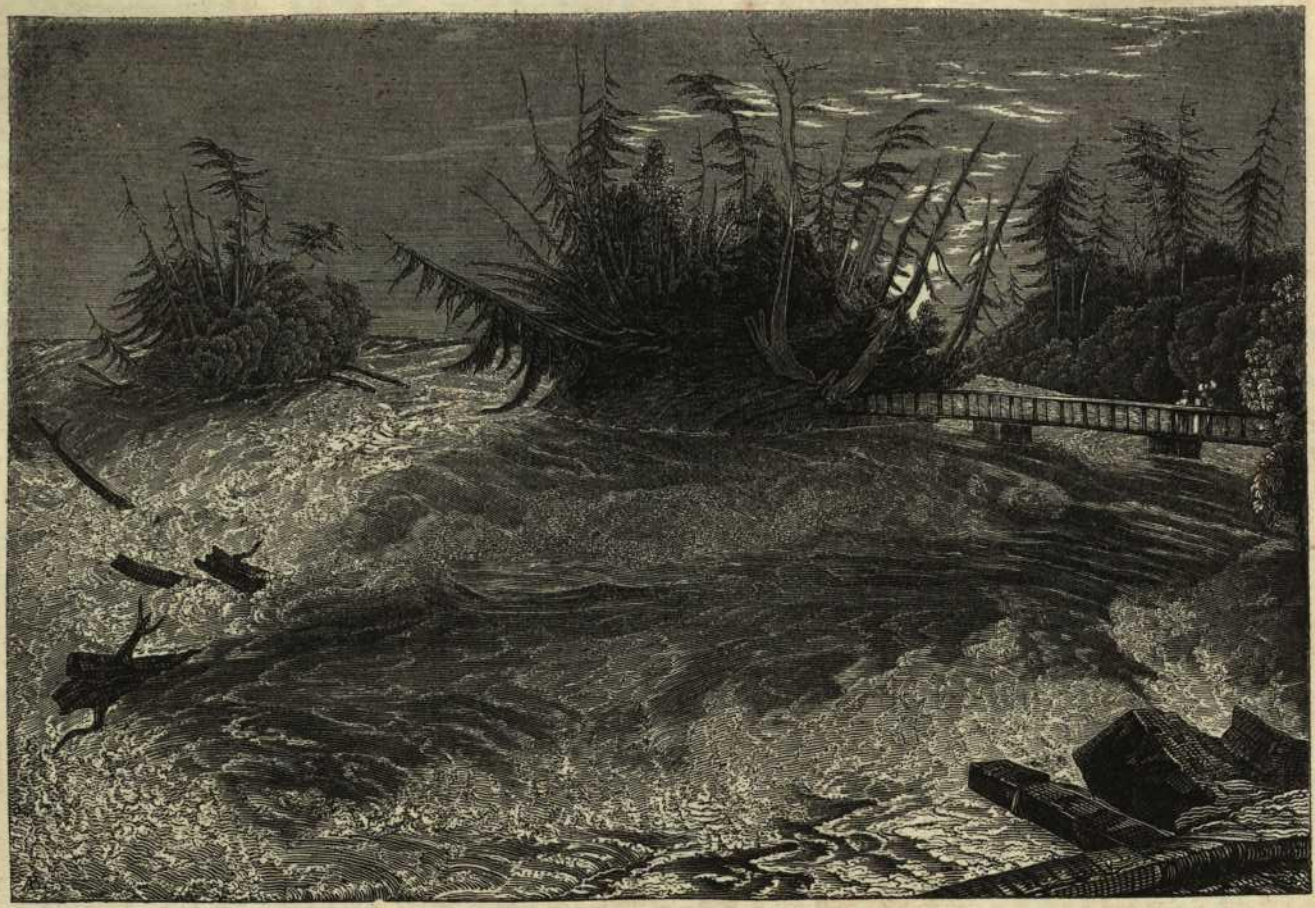
«No pude menos de esclamar alejándome; «—Hé aquí la mas estraña brutalidad, idea- «lizada bajo la forma metafísica.

«Mi sencillo corazon aleman se habia su- «blevado.—Esta esclamacion disgustó mucho «á un noble del antiguo régimen, y este ca- «ballero, abotonado hasta la coronilla, vesti- «do con traje raido, pero llevando diferentes «cruces en el ojal, se me acercó con aire «enojado y me dijo:—Sepa V., caballero, «que Margarita de Valois, en el siglo XVI, «llevaba, como esta señora, á quien V. aca- «ba de insultar de una manera impropia, un «polison guarnecido con todos los corazones de «sus amantes, disecados y calcinados. Esto es «un hecho que le probaré, amigo. El pro- «cedimiento de la señora es aun superior; con «él revive las facultades de la imaginacion «erótica; reemplaza un pasado destruido. Es «la impotencia hecha en ditirámbica; ¡y V. «se burla de esto! La pulverizacion é intro- «duccion del polvo en las cavidades nasales «es de una novedad enteramente progresiva. «Yo me llamo el *baron de Rottenstuhl,* an- «ticuario, fabricante de baules, restaurador de «ojivas, colector de polvo histórico, el ma- «yor conocedor actualmente en bagatelas an- «tiguas, romancescas y enfáticas; acuérdese «V. de que el polison *encierra-corazones* es «histórico. Para esto lea V. á Tallemant de «los Reales. Si no le basta esto, aqui tiene «V. las señas de mi casa, en ella tengo da- «gas y espadones de todas épocas.»

Prescindiendo del tono satírico con que están hechos estos retratos, con la idea de arrojar sobre ellos el ridículo, es preciso confesar que el pincel es maestro en el arte.—J. M. y F.

Diario de Barcelona.





LAS RAPIDAS.

LAS RAPIDAS O CAIDAS DEL NIAGARA.

Antiguamente se designaba con el nombre de catarata toda caida de agua, ya lo verificase por una pendiente seguida, y formase lo que se conoce hoy con el nombre de *rápida*, ya se precipitase desde rocas mas ó menos elevadas, formando lo que en el dia se conoce mas comunmente con los nombres de *cascada ó salto*.

Toda corriente de agua que no es navegable pasa en cierto modo al estado de *rápida;* como solo se necesita un grado de pendiente para que no pueda verificarse la navegacion, facil es concebir que las rápidas son muchas, y que debe haber pocos rios que no presenten en su curso algunos casos, sobre todo cuando atraviesan paises montuosos. Los torrentes, no vinien á ser, pues, mas que rápidas, en donde las aguas cortadas á cada instante, é interrumpidas en su curso por peñascos que ruedan desprendidos de las montañas, ó por rocas salientes, se precipitan con mas ó menos rapidez y mayor ó menor estruendo.

Para formar rápidas que se estrecha el alveo de un rio á traves de las montañas, y en algunos de estos parages, las corrientes adquieren á veces tal grado de impetuosidad que pueden sostener por un tiempo considerable los cuerpos mas parados. Muchos grandes rios ofrecen rápidas que asombran á los viageros. Tales son las del rio de las Amazonas, del Deaware, del Gánges, del Senegal, y otros; figurando tambien en este número las del Niágara. Dos escenas estrañas han tenido lugar en ellas. Durante la última guerra del Canadá, el general Putram, famoso gefe de partidarios, verificó su primera bajada á la isla Goat. Apostaron que nadie en el egército se atreveria á pasar las rápidas por el lado americano; y el general dotado de esa intrepidez que lo hacia superior á los muchos hombres notables de aquella época llevó á cabo la empresa. Eligiendo los cuatro hombres de mas fuerza y arrojo de su cuerpo, se embarcó en un bote por la parte arriba de la isla, y por medio de una cuerda atada al bote y de la cual tiraban desde la orilla algunos hombres forzudos, y con la ayuda de sus cuatro remeros, logró llegar á la opuesta orilla. Volvió con mas facilidad; pero esta proeza no pudo renovarse despues de renovarse la construccion del puente, desde donde está tomada la vista que representa el grabado que acompaña este artículo.

Posteriormente, un gefe llamado Fohementa, despues de haber tenido una violenta disputa con su muger, se acostó en su bote para dormir. El bote estaba amarrado fuera de la corriente del Niágara, y el gefe teniendo sobre el pecho una botella de rom, ya medio ebrio se quedó profundamente dormido enmedio de los juncos. Su infame muger intentó varias veces quitarle la botella, pero viendo que no podia adquirirla sin despertar á su marido, desamarró el bote, y lo impulsó hácia la corriente. Al principio el bote se deslizó con suavidad hasta llegar al primer arrecife de las Rápidas; pero al llegar aquí fue casi volcado por el choque, y entonces fue cuando se despertó el indio. Al primer golpe de vista conoció que todos sus esfuerzos serian vanos, y conservando el bote en equilibrio con una destreza casi maquinal, sacó la botella del pecho se la puso en los labios, y bebió hasta llegar al borde de la catarata. En el mismo momento de caer el bote se vió al indio sentado, con la cabeza echada atras, y teniendo entre sus manos la botella.

No hace muchos años que se anunció que una gran barca cargada de animales silvestres domésticos bajaria por las rápidas. Esta novedad atrajo al rio gran número de curiosos; y en efecto el dia citado se abandonó á la corriente del rio una barca llena de animales Adelantose sin obstáculos hasta las rápidas, y

despues de un sacudimiento espantoso que duró algunos minutos se detuvo con un peñasco. Los osos y los monos trabajaron mucho por salvarse, pero los demas animales quedaron en el fondo de la barca, que á despecho de los mil curiosos que presenciaban aquella escena tan estraña no llegó á la cascada hasta la noche. Al dia siguiente de todo el cargamento solo se encontré una *Oie* que se habia quebrado una ala, y que se enseñaba despues como una curiosidad.

Las rápidas no son los solos objetos dignos de verse en el Niágara. La violenta rápidez de las aguas ofrece un espectáculo que no se ve en ningun otro fenómeno de este género. Colocándose en el puente que une la isla de Goat y el Main, y mirando hácia el lago Grié, se tiene por horizonte montañas de aguas, que en su impetuosa furia parecen revelarse contra los cielos. Solo el que ha presenciado semejante espectáculo puede formarse una idea de la fuerza con que las aguas se precipitan. Los peñascos, cuyas cumbres sobresalen por encima de las ondas, parecen como atormentados de una agonia perpetua, y lanzarse fuera de las irritadas olas como si se escapasen de los brazos de un gigante. Cercanas ya á su caida las rápidas parecen mas agitadas; y es casi imposible que no crea el espectador que presintiendo las aguas el abismo en que van á caer horrorizadas hacen el postrer esfuerzo para librarse. Esta disposicion de ánimo de atribuir al Niágara ideas humanas y cierta especie de instinto, es comun á todos los viageros. Los rugidos de las rápidas, las miles vueltas que dan en torno de los peñascos que hay en medio de la corriente, la súbita calma en que todo queda al principio de la caida, y el ruido infernal que se oye cuando las aguas vuelven á aparecer en torrentes de espuma en las profundidades del abismo, todo le parece al espectador, cuya imaginacion está entonces vivamente exitada, como los efectos naturales de un gran trastorno próximo á verificarse, de una resolucion desesperada, en fin, de una espantosa agonia que deben producir una viva impresion asi en los sentidos como en el espíritu del hombre.

J. I. S.

EL HIPOPOTAMO.



Hace cosa de año y medio ó dos años que el mundo científico y el mundo simplemente curioso y novelero de Lóndres por poco se vuelve loco, de resultas de haber llegado por primera vez en la historia del mundo á aquella capital un individuo de la familia del hipopótamo. La inmensa capital se despoblaba por acudir al jardin zoológico donde habia fijado su residencia el ilustre estrangero; y este entusiasmo es fácil de comprender si se considera que hasta ahora se habia creido imposible que favoreciesen los de su familia con su interesante presencia á ninguna ciudad de Europa. Pero si el hipopótamo en sí es curiosísimo, no lo son menos las ciscunstancias que acompañaron á la captura y viage del individuo que se encuentra en Lóndres, y esto nos mueve á dar de ellas á nuestros lectores una relacion fidedigna y escrupulosamente histórica y exacta que les divertirá tanto como la mejor novela.

El cónsul británico residente en el Cairo habia manifestado repetidas veces á S. A. el bajá de Egipto que un hipopótamo vivo se consideraria en Inglaterra como un regalo del mas alto valor y sumamente interesante. Ahora bien, ocurrian en este asunto varias dificultades de carácter muy sério. En primer lugar, la region favorita de los hipopótamos está situada á la distancia de unas mil y quinientas millas del Cairo; en segundo lugar, como el hipopótamo es anfibio, es mas fácil echarle la vista encima que la mano; y por último, cuando se le rodea es un tremendo antagonista, gracias á su prodigiosa fuerza, á su peso enorme, á la furia que despliega cuando se le irrita, y

á su boca colosal y á los formidables colmillos que adornan sus mandíbulas. Suele matársele con una granizada de balas de fusil, (porque si son pocas no le arrancan mas que un gesto burlon de desprecio) y tirándole desde mucha distancia; pero en cuanto á cojerlo vivo, no es hazaña que hayan realizado jamás los hombres en épocas modernas. Otra cosa es tratándose del elefante. Este no puede meterse en el agua y librarse de la persecucion con una zambullida, ni puede por tanto volcar un bote dándole un porrazo con la frente; ademas no puede apelarse al ausilio de un par de hipopótamos renegados y domésticos que ayuden á la captura y reduccion á la clase de esclavo de un amigo y pariente, como se verifica con los elefantes. Por consiguiente, S. A. el bajá, que no queria comprometer la dignidad del despotismo y su posicion como soberano de Egipto, prometiendo lo que quizás no le seria posible cumplir, se hizo sordo á las repetidas directas é indirectas del cónsul ingles. Nunca le dió una formal negativa; pero aparentaba no oir ó no comprender bien lo que deseaba. S. A. le habia regalado ya numerosos huesos y pieles de hipopótamos y otros animales vivos y muertos, y si no queria comprender lo del hipopótamo, en cambio le ofrecia cuantos pájaros raros pudiese desear.

Sin embargo, quiso la suerte que se ocurriese á Abbas-bajá, ó que alguien le metiese en la cabeza que existian en Inglaterra razas estraordinarias de perros, caballos y vacas, galgos que á la carrera podian dar alcance á la gacela misma, perros de presa pequeños que podian sujetar á un toro, y caballos de sangre capaces de vencer en velocidad al mejor caballo arrabe de sus caballerizas. Estas ideas se asociaron naturalmente en su cerebro con el hipopótamo. El servicio que en materia de perros y caballos podia hacerle el cónsul merecia pagarse en la misma moneda.

Un dia que el cónsul comia con el bajá, este le dijo bruscamente: ¿Con que, señor cónsul, necesita V. un hipopótamo?

—En efecto, Alteza, contestó el agente consular.

Y, ¿seria semejante regalo agradable á la Reyna de Inglaterra y al pais?

—Se le consideraria como una gran curiosidad, replicó el cónsul; nuestros naturalistas lo recibirán con los brazos abiertos, por supuesto, en lenguaje figurado, y el público acudiria en masa para tributarle un homenage merecido.

Abbas-bajá se sonrió con el chiste del cónsul, y añadió.—Está bien: meditaremos sobre este asunto.

Volvióse á medias hácia uno de los criados, y le dijo: Que venga el gobernador de la Nubia. El criado hizo un profundo saludo y se retiró.

Ahora bien, cualquiera que no conociese los hábitos de un soberano absoluto creeria naturalmente que en aquel momento el gobernador de la Nubia se encontraba en el Cairo alojado cerca de la mansion real. Esta seria una equivocacion. El gobernador de la Nubia se hallaba en la Nubia fumando tranquilamente su pipa. La órden, pues tan breve y compendiosa, envolvia la necesidad de despachar en posta un mensajero al través del desierto, montado en un dromedario, el cual mensajero necesitaba despues un bote para remontar el Nilo, mas dromedarios despues, y despues otro bote, y despues otro dromedario para completar al fin la embajada y comunicar la órden del baja. En seguida vemos al gobernador de la Nubia, con toda la etiqueta que el caso exije, atravesar en posta el desierto con un acompañamiento numeroso, embarcarse luego en el Nilo, y viajar noche y dia sin descanso, hasta presentarse en la antesala del bajá y despues en su augusta presencia. El gobernador ejecuta el mas profundo de los zalamalecs.

—Gobernador, dice el bajá (y este diálogo, único en su especie, es rigorosamente histórico y auténtico) gobernador, ¿hay hipopótamos en tu provincia?

—Los hay, Alteza, respondió el gobernador.

Abbas-bajá reflexionó un momento, y luego dijo:—Enviame al gefe del ejército de la Nubia. Márchate.

No medió una palabra mas. El gobernador hizo otro saludo y se fue. Con la misma prisa y ceremonia, si es que ambas cosas pueden combinarse, volvió á Nubia mediante el auxilio de botes, dromedarios, caballos y literas; y á la misma hora en que llegó vió al jefe del ejército de Nubia galopar con su séquito á través del desierto, en cumplimiento de la real órden.

El bajá, sabiendo que se emplearan todos los medios posibles y en lo que consisten esos medios, puede calcular el dia de la llegada de su general, sopena de que le cueste la cabeza. Aquel dia está convidado á comer el cónsul de la Reyna Victoria.

Concluidos los postres, se anuncia la llegada del jefe del ejército de la Nubia. En el acto se presenta ante la sublime barba y el no menos sublime turbante. Se sirven café y pipas, y el gefe del ejército hace un profundo saludo y cierra los ojos ante la pipa real.

—General, dice el bajá sin separar la pipa de los lábios, me dicen que hay hipopótamos en tu pais.

—Es verdad, Alteza, pero.....

—Traeme un hipopótamo vivo, y que sea jóven. Márchate.

Este fue al pie de la letra el diálogo sin una palabra mas. El gefe del ejército de Nubia hizo otro profundo saludo, y se marchó

como habia venido, muy penetrado de la inmensa importancia de su mision, y no sin desagradables inquietudes sobre sus resultados.

Cuando llegó á Dongola, reunió en consejo de guerra á los principales oficiales de su ejército para tratar del grave asunto de la caza del hipopótamo, de cuyos felices resultados les aseguró que dependia la seguridad de varias cabezas, inclusa la suya. Las mismas observaciones se hicieron á los oficiales del ala derecha del ejército acuartelado en sus tiendas en Senaar. Sacáronse los hombres mas escogidos y mas hábiles de todas las fuerzas, y ambas partidas se reunieron en botes en un pueblo concertado de antemano en las orillas del Nilo, donde formaron su plan de campaña.

El general dividió sus fuerzas en varias partidas, y todas marcharon por las orillas del rio, hasta mas allá del punto donde desembocan en él el Nilo azul y el Nilo blanco. Por fin la fortuna favoreció á una de estas partidas; pero este resultado costó mucho tiempo y muchos esfuerzos infructuosos. Ya perseguian á un enorme salvaje de hipopótamo disparándole dardos y balas; ya se veian perseguidos por otro que venia lanzando espuma por la boca y rechinando sus formidables colmillos. Puede formarse una conjetura de los trabajos que sufrieron al considerar que no se apoderaron de su presa hasta que llegaron por el Nilo blanco á una distancia de mil y quinientas millas del Cairo. En las vueltas y revueltas de ataques y retiradas, de persecucion y fuga, puede calcularse que anduvieron á lo menos dos mil millas.

La muerte de la madre de nuestro héroe ofrece circunstancias muy patéticas. Un inmenso hipopótamo hembra, herida ya, huia á todo escape por la orilla del rio. Una bala dirigida por mano diestra, le causó por último una herida mortal. El animal se detuvo en su fuga, á impulsos del instinto materno, y cambiando de direccion se metió en un monte bajo que creia á orillas del rio, para morir, como se vió despues, al lado de su cria. No pudo llegar á este punto, y cayó al agua moribunda. Sin embargo, su accion era tan evidentemente impulso de una atraccion irresistible, que la partida de soldados se dirigió en el acto al grupo de vegetacion á que el hipopótamo se encaminaba. No se movia una hoja ni se oia el menor ruido; pero en cuanto apartaron las ramas salió á escape un jóven y corpulento hipopótamo que se precipitó hácia la orilla del rio. Por poco logra escaparse en medio del tumulto y de la agitacion de la alegria, y lo hubiera logrado á no ser porque uno de los soldados con mas sangre fria que los otros lo pudo derribar en tierra clavándole un gancho en el negro espesor de su costado. Acudieron otros cazadores, y tomando en brazos al abarrillado é interesante adolescente, consiguieron meterlo en el bote, no sin riesgo de que lo echase á pique con su peso y con la agitacion de su desesperada y vigorosa resistencia.

Este magnífico triunfo del régimen establecido en Egipto, perentorio en sus órdenes y rápido en sus resultados, colmó á todos los interesados de alegria. Pero al descender con su presa por el Nilo, y despues de haber confiado la curacion de su herida á los mas hábiles cirujanos del pais, ocurrió la dificultad de cómo se habia de alimentar al jóven é interesante monstruo. La carne le repugnaba; no le era simpática la fruta, y no parecia comprender á lo menos por ahora, la yerba. Púsosele un pescado vivo en la boca, y dando un gran bostezo le concedió permiso para que volviese á vivir en su elemento natural. Sin embargo, pronto se llegó á un pueblo, y aquí la perspicacia del gefe descubrió lo que convenia hacer. Dió órden para que se confiscasen todas las vacas del pais, y las mandó ordeñar. Esto agradó estraordinariamente á su amable pupilo, el cual consumió tal cantidad de leche que inspiró graves temores sobre la posibilidad de establecer durante el viaje el debido equilibrio entre la produccion y la demanda. Llevaronse las sobras de la comida en cántaros; pero la leche se agrió, y entonces fue preciso volver por una vaca que acompañase al ilustre viagero é hiciese las veces de ama de cria. De esta manera viajaron mil y quinientas millas rio abajo, deteniéndose en todas los pueblos, confiscando la leche de todas las vacas, y llevándose la mejor hasta encontrar otras. Por este medio lograron surtir la mesa del ilustre cautivo, cuyas facultades absorbentes en materia de sustancias lácteas parecian crecer y desarrollarse todos los dias.

La division del ejército mandada por el jefe de Nubia, llegó al Cairo con su presa el 14 de noviembre de 1849. El viaje desde el punto de la captura habia durado cerca de seis meses. El general se apresuró á presentarse en palacio para dar cuenta de todo á su señor, y puso al hipopótamo, con una satisfaccion intensa mas fácil de concebir que de espresar, en manos de los empleados de palacio. Su Alteza, enterado de lo ocurrido con la série de vacas nodrizas, resolvió entregar sin pérdida de momentos al cónsul inglés el voraz lactante.

La noticia se comunicó al cónsul con toda la ceremonia oriental, por el mayordomo mayor de Su Alteza, á quien el honorable Mr. Murray hizo un regalo proporcionado á lo satisfactorio de nuevas tan gratas. Un teniente del ejército de Nubia llegó poco despues con una partida de soldados, dando escolta al cuadrúpedo, de cuya fama estaba llena ya la ciudad entera, y que escitó tanta curiosidad en el Cairo como despues en Lóndres, cosa

fácil de comprender si se considera que no podia ser conocido allí un animal para cuya captura y conduccion se necesitan ejércitos, una larga campaña, correr vastos territorios, y disponer de mucho dinero, botes, provisiones y vacas. El entusiasmado cónsul habia hecho ya todos los preparativos necesarios para recibir al ilustre estranjero. En primer lugar habia tomado á su servicio á Hamet Safí Cannana, muy conocido por su esperiencia y saber en la cria de animales. En seguida se habia construido una cómoda habitacion en el patio de la casa del cónsul, con una huerta que daba á un baño. Como el hipopótamo tenia que pasar el invierno en el Cairo, se adoptaron las debidas precauciones para que este baño pudiese estar siempre tibio. Aquí, pues, vivió nuestro hipopótamo, en medio del lujo y comodidades que exigia su elevada gerarquía, gozando de gran popularidad entre los curiosos, y consumiendo tales cantidades de leche que pronto produjo una escasez de este artículo en el Cairo, porque en aquel pais no se ha llegado á la perfeccion de capitales mas civilizadas donde se fabrica este producto tan maravillosamente con sesos y otras sustancias no menos agradables, que no llega á escasearse jámas, por grande que sea el número de los consumidores.

Entretanto se hacian activos preparativos en Alejandria para embarcar al jóven hipopótamo á bordo del vapor *Ripon*. Habíase construido en el entrepuente de este buque una casa, de la cual se bajaba por unos escalones al hoyado, donde habia un gran depósito de agua, un lago verdadero para solaz del emigrado anfibio. Hízose esta obra en Southampton bajo la direccion del secretario de los jardines zoológicos del parque del Regente, á cuya energía y prevision debe la Inglaterra la dicha de poseer este grotesco y amable monstruo. El estanque de agua dulce que se llevaba á bordo, debia renovarse un dia si y otro no. Con este fin se tomó á bordo una provision enorme de agua, que se renovó en Malta; pero ni esto bastó para semejante consumo, y fue preciso echar mano del vapor condensado de las máquinas, que producian diariamente trescientos galones mas. Como hay hipopótamos que viven á orillas del mar en ciertas regiones del mundo, es probable que nuestro amigo se habria habituado fácilmente á bañarse en agua salada; pero no se queria esponer al mas leve riesgo su preciosa existencia; y ademas se tuvo presente, primero, que en su tierna edad, y descendiendo de una larga série de progenitores que habian vivido en las suaves aguas del Nilo, el agua salada podria hacerle daño; y segundo, que si se acostumbraba demasiado á ella, no seria fácil proporcionársela en los jardines del parque del Regente, que es donde está destinado á pasar el resto de sus dias. Por consiguiente se preparó el agua dulce necesaria para renovarle el baño un dia si y otro no.

El cónsul inglés empezó á arreglar la marcha de su noble huésped á fines de Abril, y en los primeros dias de Mayo se despidió afectuosamente de él, y lo hubiera abrazado en la efusion de su afecto, á no ser porque la amplitud de su volúmen hacia imposible esta tierna demostracion.

El hipopótamo salió del Cairo en un gran carro, acolchonado interiormente, y habiendo desdeñado otro que se usaba para conducir caballos de precio de un punto á otro. Creyóse que lo hizo cuestion de dignidad personal; pero Hamet Safi Cannana asegura que solo pensó en la integridad de su piel, espuesta á roces desagradables en las ásperas tablas del primer vehículo que se le habia preparado. Por supuesto no se hizo esfuerzo alguno por forzar á tan alto personaje á entrar en máquina tan plebeya, porque uno de los grandes principios de educacion animal que profesa Hamet consiste en no irritar nunca á los animales, en conservarlos siempre de buen humor, en no violentar nunca su voluntad en todo aquello que no les haga daño, que no sea impracticable, ó que no sea especialmente irracional. ¡Grande y noble principio! ¿Quién con él no desearia ser hipopótamo? ¿Quién que no fuese César, no desearia ser Pompeyo?

Al llegar á Alejandria, unas diez mil almas se lanzaron á las calles para ver pasar al hipopótamo. Si nadie habia visto jamás al prodigioso anfibio en el Cairo, no se estraña que la condicion mental de Alejandria se encontrase en una oscuridad igualmente lamentable.

La multitud era tan compacta, que el cónsul inglés (cuya ternura lo habia avasallado hasta el punto de obligarlo á seguir á su huésped despues de separarse de él en el Cairo, y á confundirse con su séquito) tuvo que solicitar una escolta del gobernador de Alejandria. Esta fue concedida en el acto, y las tropas acudieron á escape blandiendo las cimitarras por enmedio de la multitud. Felizmente no se apercibió de ello el hipopótamo, á la sazon dormido en su acolchonado vehículo, porque de lo contrario la carga de caballería hubiera podido causarle una desagradable conmocion nerviosa.

Restablecido el órden y abierta una ancha calle por enmedio de la compacta masa de la multitud, Hamet Safi Cannana acometió gradualmente la delicada operacion de despertar al elevado personage. Al cabo de una hora poco mas ó menos, la tropa y el pueblo, que eran todo ojos, tuvieron el gusto de ver á Hamet salir ceremoniosamente, á manera de ugier, seguido por el hipopótamo, que marchaba despacio con una indiferencia llena de dignidad.

Lunes 12 de Julio.

Embarcósele á bordo del *Ripon*, donde en breve se le reunieron su Excelencia el general Jung Bahadoor Ranajee, y los principales de Nepaul sus hermanos. Estos personajes hubieran llamado mucho la atencion en otras circunstancias; pero en las actuales ¿quién podia rivalizar en atractivos con el habitante de la casa y del estanque del entrepuente?

Durante el viaje el hipopótamo se hizo mas y mas amigo de su acompañante é intérprete Hamet; en realidad la asiduidad, consagracion y celo que se habia manifestado hácia la persona del interesante huésped, por quien la Gran Bretaña hacia tantos esfuerzos y gastos, no podian menos de inspirar afecto, á no ser que el hipopótamo fuese un monstruo de ingratitud. Hamet habia dormido siempre al lado de su augusto pupilo en el Cairo, y siguió haciéndolo en la primera semana del viage á Inglaterra. Pero á medida que aumentaba el calor de verano, y el volúmen del viajero, esta proximidad producia graves inconvenientes, y Hamet decidió dormir en un coy que hizo suspender á unos dos ó tres pies de la cama del hipopótamo. Metióse Hamet una noche en su hamaca, y habiendo asegurado al hipopótamo, tanto con la voz como con algunas caricias manuales, que se hallaba como siempre al lado de él, se quedó profundamente dormido. No se sabe cuanto tiempo durmió, pero sí se sabe que despertó de repente con la sensacion de haberse caido, y se encontró sin saber como en su antiguo puesto al lado de su voluminoso pupilo. Hamet volvió á intentar otra vez el mismo esperimento; pero volvió á sucederle lo mismo. En cuanto se dormia, el hipopótamo se levantaba, y aplicando su inmenso hocico á la parte mas pesada de la hamaca y que se hallaba mas cerca del suelo, le daba con suma destreza un golpe que hacia caer á su tutor al lado de él en su antiguo sitio. Despues de esto, Hamet siguiendo su regla de no contrariar nunca al hipopótamo en nada que fuese razonable, abandonó la idea de dormir en cama separada y seguir durmiendo al lado de él, á pesar del calor.

El viage fue por lo demas bastante agradable. Los otros pasageros se marearon horriblemente; pero nuestro amigo ni se mareó ni perdió su buen humor un momento siquiera. Gozaba mucho en su baño, en que no faltaba nunca agua fresca, y sus provisiones eran muy satisfactorias. Dos vacas y diez cabras se hallaban á bordo especialmente consagradas á su servicio; pero como estas no bastaron despues para el rápido desarrollo de su apetito, la vaca de los pasageros fue confiscada para su uso especial; y gracias á esta adicion y á algunas docenas de sacos de harina de maiz, llegó á las playas de Inglaterra lleno de robustez y de salud.

En Southampton el hipopótamo, con casa y todo y con su tutor al lado, se colocó en tun *truck* de hierro que fue conducido á la estacion del ferro-carril. Todo ello viajó en un coche especial y por un tren especial hasta la estacion de Lóndres. Llegó á los jardines zoológicos á las diez de la noche, donde fue recibido y felicitado por lord Brougham, el profesor Owen, Mr. Tomas Bell y Mr. Mitchell, los cuales sin embargo no habian creido necesario vestirse de rigorosa etiqueta. Despues llegaron á cumplimentarlo varios sabios, y algunos dibujantes que tenian la mision de retratar su interesante persona para uso de los periódicos ilustrados. El ilustre estrangero descendió de su carruage y se dignó penetrar en los jardines. Abria la marcha un funcionario portador de un farol, seguia Hamet Safi Cannana con un saco de dátiles al hombro, y detrás de él, marchando lentamente, el ilustre personaje, en cuya fisonomia parecia revelarse la conciencia de la esquisita ridiculez de los honores que se le tributaban, y la satisfaccion de las comodidades de que iba á disfrutar.

No nos toca á nosotros descubrir la popularidad inmensa de que ha disfrutado en Lóndres; bástenos haber conducido al objeto de ella á su destino final. Pero si al ver tanto movimiento de ejércitos, tantas negociaciones diplomáticas, tantos gastos sufragados esclusivamente por particulares, tantas precauciones, tanto entusiasmos, sin mas fin que el de adquirir un animal curioso para una coleccion de animales raros, se burlase alguien de la estravagancia inglesa, le responderiamos que es una estravagancia muy noble, la que por difundir la civilizacion y la ciencia hace tales esfuerzos; y que á muchas estravagancias de esa especie con diferentes grados de utilidad, debe aquella noble nacion la preeminencia de que en todo disfruta entre las demas naciones de la tierra. De todos modos no habrá quien no prefiera semejante estravagancia á nuestra regularidad y á nuestro método, cuando poseyendo un edificio como la Alhambra, único en su género en el mundo, dejamos que se vaya cayendo á pedazos ó que se lo vayan llevando en fragmentos los viajeros que vienen á admirar nuestra apatía y nuestra indiferencia, en medio de los tesoros que nos han prodigado por un lado la naturaleza y por otro las artes.

E. H.

EL POETA.

SONETOS.

Aunque no junte nunca una peseta,
y viva como un pobre cenobita,
y amargura en el rostro lleve escrita,
¡quien no envidia la gloria del poeta...!

Sus pesares oculta con careta,
vende en cambio de un libro la levita,
y su esperanza es solo manuscrita;
mas el sabio le aplaude y le respeta.

Desprecia altivo y con severa frente
los nombres de plagiario é ignorante,
que regalarle intenta cierta gente;
y confundido el crítico pedante
aplaude á su pesar el genio ardiente
que crea un paraiso en un instante.

M. Ferrer de Couta.

No reposar tranquilo un solo instante,
por reunir un monton de borradores,
y hallar espinas muchas, pocas flores,
en una senda al parecer brillante;

Ser perseguido con afan constante
solo por atacar viejos errores;
los *críticos* colmarle de *loores*
llamándole plagiario é ignorante.

Dar en cambio de un libro la levita,
y no poder juntar una peseta,
aunque viva cual pobre cenobita;
Ocultar su amargura con careta,
tener mucha esperanza... manuscrita;
¿no es verdad que es muy bueno ser poeta?...

J. J. Fernandez de Fuente.

REAL SITIO DE S. ILDEFONSO

O DE LA GRANJA.



Abrumado Felipe V bajo el peso de sus grandesas y meditando ya la abdicacion de su poder, cuya investidura habia producido una guerra europea, apenas repuesto de las emociones que habia experimentado durante la funesta guerra de sucesion, fatigado de las revoluciones é intrigas de palacio, y del yugo sucesivo, aunque colectivo en su principio, de la princesa de los Ursinos y de Alberoni, Maria Luisa de Saboya, resolvió sustraerse á tantas agitaciones, buscando un sitio favorable donde pudiese olvidar sus dolores, y dar á su espíritu el reposo que echaba de menos.

Este sitio creyó encontrarlo á quince leguas de Madrid, en jurisdiccion de Segovia en medio de un terreno montuoso y árido, cuyas cumbres están cubiertas de nieve gran parte del año, que se halla animado tan solo por el ruido de las cascadas y los torrentes de aguas tormentosas que se desprenden de los montes Carpetanos, y al que prestan constante sombra los pinos de los Alpes y del Norte.

En este hoy ameno y delicioso valle, solo existia una granja monástica, y una ermita dedicada al glorioso Arzobispo S. Ildefonso, fundad por el Rey Enrique IV por los años de 1454. Felipe V quiso reproducir en él los risueños pensiles de Versalles, y sin pérdida de momento se dió principio al desmonte del terreno; y delineacion del real palacio, jardines y otros edificios, poniendo las primeras piedras de sus cimientos el dia 1.° de Octubre de 1720, y mudando el nombre que tenia de la Granja en el de Real sitio de S. Ildefonso.

Antes de entrar en la descripcion del palacio y jardines, y de sus fuentes, que exceden algunas en celebridad á las famosas de Versalles, referiremos los principales acontecimientos ocurridos en este sitio, muchos de los cuales han tenido grande influjo en los destinos políticos del pais. En 10 de Enero de 1724, tres años despues de la fundacion de este real sitio el Rey Felipe V., bien fuese por debilidad ó por cansancio, resolvió abdicar la corona en favor de su hijo don Luis Fernando de edad de 18 años. Asi lo verificó, en efecto, estendiendo en dicho dia y sitio el acta formal de renuncia del trono, que el 14 del mismo mes el marques de Grimaldi puso en manos del príncipe Luis, que se hallaba en el Escorial. Pocos meses despues, en 31 de Agosto del año siguiente, recibió Felipe V, la noticia de la muerte de su hijo, y á ruegos de su esposa, del consejo de Castilla, de los Grandes y aun de los ministros estrangeros, consintió en tomar de nuevo las riendas del gobierno. En 9 de Julio de 1746 falleció este monarca en su palacio del Buen Retiro, y el 17 fue trasladado su cadáver á S. Ildefonso. En 12 de Enero de 1747 la Reyna Doña Isabel de Farnesio entró en el usufruto vitalicio de este patrimonio, y fue reconocida como señora del Sitio; que disfrutó hasta el 10 de Julio de 1766 en que murió, siendo trasladado su cádaver á S. Ildefonso en 18 del mismo mes. En 11 de Setiembre de 1777, nació en el mismo real sitio la infanta Doña Maria Luisa, hija segunda de los reyes Don Carlos IV y Doña Maria Luisa de Borbon. En 2 de Julio de 1782 ocurrió la muerte de esta última señora, cuyo cadáver fue trasladado al panteon del Escorial. Un año despues en 5 de Septiembre nacieron en este mismo real sitio los infantes gemelos Don Carlos y Don Felipe Francisco, hijos de los reyes Don Carlos IV y Doña Maria Luisa, saliendo á luz el primero algunas horas antes. Cinco años despues recibió el Rey en este sitio la solemne embajada que le envió la Sublime Puerta. El tratado de alianza ofensiva y defensiva entre España y Francia, y cuyo cumplimiento fue tan penoso para nuestra nacion, puesto que

la hizo participar de todas las desgracias de la Francia sin tener parte alguna en sus beneficios, se celebró en S. Ildefonso en 18 de Agosto de 1796. Desde esta época hasta los últimos momentos del Rey Don Fernando VII no ocurrió en este real sitio ningun suceso importante á no ser algunas fuertes nevadas; pero en los citados últimos dias de la vida de aquel monarca fue teatro de graves acontecimientos. Agravado el Rey Fernando VII con la enfermedad que padecia, hasta el punto de privarle de atender al despacho de los negocios, confió este cargo á su augusta esposa Doña Maria Cristina por real decreto espedido en 6 de Octubre de 1832. Nueve dias despues encargada esta señora del gobierno supremo de la nacion, expidió el benéfico decreto de anmistia en favor de los liberales. El estraordinario suceso ocurrido en esta época y sitio el dia 22 del mismo mes, es de tanta importancia, y llamará tanto la atencion á la posteridad al verlo consignado en las páginas de nuestra historia, que creemos deber consignar aquí lo que acerca de él han dicho los Señores Fagoaga y Muñico, en la descripcion que de este real sitio y otros han hecho, y de la cual tomamos todos estos pormenores que hemos visto reproducidos tambien en el diccionario Geográfico-estadistico-histórico de Madoz, en el artículo de S. Ildefonso.

«Aquejado Fernando VII fuertemente con la dolencia de su gota llegó el caso de ordenar las últimas disposiciones segun debian quedar consignadas en su postrera voluntad. Interesados ciertos personages y entre ellos los Ministros de Estado conde de Alcudia, y el de Gracia y Justicia D. Francisco Tadeo Calomarde, procuraron con viveza, y por cuantos medios les sujería el alto destino que ocupaban, persuadir al Rey que convenia en extremo al sosiego y tranquilidad de la nacion, y al bien de los vasallos dejar dispuesto, que en caso de fallecer correspondia á su hermano el Serenísimo Señor Infante D. Cárlos la sucesion á la corona, segun lo dispuesto en España por una ley de su antecesor Felipe V; abatido por una parte el ánimo del monarca con los dolores de sus males y persuasiones de tales personas, y por otra parte el sentimiento que le causaba el despojar de la corona á su hija primogénita Doña Isabel, determinó salir de tan angustioso estado anteponiendo la felicidad de sus súbditos y el cumplimiento de sus deberes religiosos que le habian inculcado los afectos á D. Cárlos, y le declaró por un Real decreto sucesor á la corona.

La Reyna Cristina afligida, consternada y sin proteccion alguna en una crisis de tanta importancia pareció al pronto conformarse con tal disposicion.

La única persona que por su rango, decision, espíritu y talento podia burlar las consecuencias de este decreto era Doña Luisa Cárlota, esposa del Sermo. Sr. Infante D. Francisco, y hermana de la Reyna, pero esta Señora se hallaba á la sazon con su esposo en el puerto de Santa María tomando los baños del mar, é ignorante de las ocurrencias que pasaban en este Sitio; pero sin perder tiempo, instruida por personas de su confianza, y por extraordinario, de lo que sucedia, ella y su esposo tomaron la posta, y sin descansar momento en el corto espacio de treinta y seis horas anduvieron 100 leguas, y se pusieron en este Sitio, y en él emplearon otras veinte y cuatro en vencer y allanar los obstáculos que los partidarios de D. Cárlos habian preparado anticipadamente para evitar la entrevista que aspiraban tener con su augusta hermana; vencidas las dificultades conque habian obstruido todos los conductos de comunicacion, logró por último la deseada entrevista y entonces su sola presencia reanimó el afligido espíritu de la Reyna. Trabajaron ambas auxiliadas de varios personajes, y señaladamente por el Excmo. Sr. Conde de Parsent, para persuadir al Rey que debia revocar el decreto expedido á favor de D. Cárlos, y declarar por heredera de la corona á su hija primogénita Isabel, y en su defecto á la segunda María Luisa Fernanda.

Las vivas diligencias y pasos de dichas dos Señoras dados tan á tiempo fueron altamente recompensados, pues lograron que el Rey derogase el anterior decreto por el solemne de 31 de Diciembre, por el que se restableció en España el antiguo modo de suceder á la corona.

En esta ocasion manifestó la Reyna María Cristina hallarse plenamente animada del mas puro amor maternal, y su augusta hermana Doña Luisa Carlota, dió un testimonio auténtico de que sabia sacrificar su bienestar esponiendo hasta su existencia por defender los derechos de su legítima Reyna y sobrina, y contribuir al bien de la nacion. La misma Señora ofreció á la Reyna su ayuda para enmendar el yerro cometido; en el momento llamó á Calomarde, y le dijo, que como adulador miserable habia lisonjeado las inclinaciones del Rey favoreciendo los intereses de su dinastía, y como desleal ingrato escupia la mano que le habia levantado del polvo, cuando ella no podia encumbrarle á mayor altura.

Asi que le creyó bastante humillado con tales improperios, «Acuérdate, le dijo, que tan negra infamia no debe quedar sin su merecido castigo." Calomarde oyó resignado y sin levantar los ojos del suelo esta reprension terrible; quiso disculparse, y apenas acertó á hacerlo; trató de cortar la disputa, y es fama que dejando ver en su rostro un golpe de cólera mal reprimida enfurecióse la Infanta y descargó una bofetada sobre su megilla, pero reconcentrando Calomarde nuevamente su ira respondió en tono medio de despecho medio de

sarcasmo: «Manos blancas no ofenden, Señora;" y haciendo una profunda reverencia volvió la espalda; y la Infanta hizo traer á sí el codicilo del Rey, y le rasgó en menudos pedazos."

El último acontecimiento político de grande importancia ocurrido en el real sitio de S. Ildefonso tuvo lugar durante los dias 11, 12 y 13 de Agosto de 1836, en los que los batallones que estaban de guarnicion trataron de proclamar la Constitucion de 1812. A instancias del sargento Higinio Garcia que capitaneaba la insurreccion de los soldados, la Reyna Gobernadora espidió el real decreto por el que mandó proclamar dicha Constitucion para ser revisada por las córtes; y á las tres de la tarde del dia 13 reunidas las autoridades militar, civil y eclesiástica, y todas las tropas de la guarnicion y milicia nacional de este sitio, se publicó y colocó la lápida en la casa administracion patrimonial. Despues de este acontecimiento permaneció S. M. en el Sitio hasta el dia 17 en que salió para la córte escoltada por la guardia real.

Dada esta sucinta noticia de lo correspondiente á la parte histórica del Real Sitio de S. Ildefonso, la daremos ahora de su estension, edificios y demas notable que contiene. Aunque merced al arte se han vencido grandes obstáculos, sin embargo la situacion montuosa de este sitio ha impedido que la poblacion sea llana; de suerte que sus calles tienen bastante pendiente, aunque guardan regular simetria. Esta poblacion que contendrá unos 300 vecinos tiene 1900 pies de norte á mediodia, y 1500 de oriente á poniente, y está cercada ó amurallada, entrándose en ella por cuatro puertas que se denominan de Segovia, de la Reyna, del Puerto y del Campo: la de Segovia es de hierro con tres entradas, de las que la del medio solo se abre en tiempo de jornada para paso de SS. MM., y la de la Reyna solo cuando los reyes estan en el Sitio. Hay en todo el ámbito de la poblacion varias plazas espaciosas que contribuyen mucho á la claridad y ventilacion de los edificios que las forman; pero solo la de Palacio ofrece una vista sorprendente por reunirse en ella los edificios de mejor gusto.

El principal de todos es el Palacio real, cuya principal fachada que da frente á los jardines es de bastante valor, de muy buen gusto, con buenos adornos y no escaso mérito artístico. Fue delineada por D. Juan Sagneti, dirigida por D. Sempronio Subisati y egecutada por el vizcaino Rios en la cantidad de 3.600,000 reales. Tiene 260 pies de longitud por 60 de alto, y su principal cuerpo, que es el del medio, y cuya invencion fué debida al abate Ibarra, consiste en 8 columnas compuestas, 4 á cada lado, adornando lo restante del frontis pilastras y medias columnas. En su ático hay colocadas cuatro caryátides, 2 medallones, y las armas reales, y sobre la coronacion corren balaustradas con algunos trofeos militares. Cuatro figuras de cuerpo entero, símbolo de las estaciones del año, con sus atributos particulares, se ven en actitud de sostener el segundo cuerpo de esta obra. En la parte baja de su planta hay tres puertas de hierro con adornos dorados que dan salida al jardin frente al parterre de la Fama, por donde sale la procesion el dia de la octava del Corpus. Llama la atencion que la fachada principal de este palacio dé á los jardines, y no al frente de la poblacion, pero como el objeto del fundador fue que este palacio sirviese para la estacion de verano, mandó hacer aquí la fachada para disfrutar del grato murmullo de las aguas, canto de los pájaros y agradable vista de los jardines.

La fachada que da á la plaza, donde está la entrada que comunmente usan SS. MM. opuesta á la fachada principal que se acaba de describir, la forman dos arcos sin ningun adorno, y una entrada cuadrada, todos con sus puertas de hierro: en el primer patio se halla á mano derecha la escalera principal, compuesta de dos brazos ó ramales, sencilla y de buen gusto, cómoda y bien clara: al fin se encuentra el zaguanete de guardias que es donde dan principio las habitaciones.

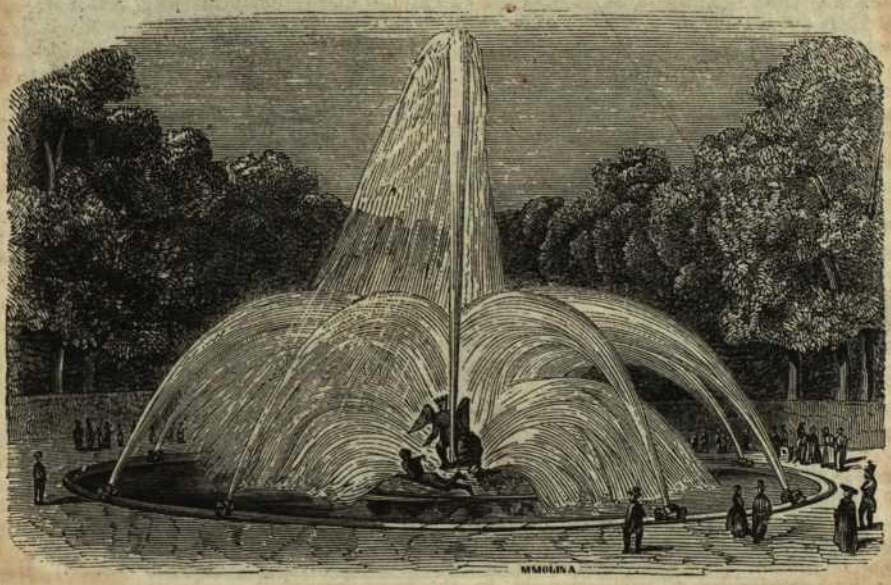
Hállanse estas amuebladas con elegancia y gusto; algunas tapizadas de seda, y los techos primorosamente pintado, al fresco por Saxo, Fideli, Sani y Galvez: llaman particularmente la atencion 31 arañas y 53 reloges que se hallan repartidos en las habitaciones, pues por su magnitud, brillo y excelente dorado forman un conjunto agradable; no siendo menos el que ofrecen los hermosos y ricos mármoles que cubren las mesas, y los floreros que las adornan.

Pero nada merece llamar tanto la atencion como el crecido numero de cuadros que hay distribuidos en las habitaciones; pinturas de mérito, que ascienden á 718, de diferentes tamaños, y debidos al pincel de Rubens, Dominiquino, Andrés, Morate, Caraci, Basano y otros muchos.

La galería baja es sin duda, pieza mas magnífica: tiene la bóveda estucada, y los cornizamentos de puertas, frisos y alfeizares de las ventanas estan guarnecidos de los mejores mármoles de España é Italia. Hay en esta galeria muchas estatuas de mármoles y yeso con otras preciosidades bastante antiguas, entre las que se cuenta una urna cineraria de mármol con medios relieves, pedestal de madera y entrepaños de piedra jaspe, que se cree contuvo las cenizas de Cayo Calígula. Este palacio conserva en su seno el patio ó claustro donde los PP. Gerónimos tenian su hospedería, y enmedio de él una fuente de agua dulce y muy fresca, que se llama la fuente de Palacio, y de la que salen cuatro cañones verticales al pilon que la cerca.

Al frente de la fachada principal de palacio, que queda descrita, se hallan los jardines, que constituyen un lugar delicioso de recreo, y donde aun en las horas de mayor calor se disfruta de una temperatura agradable. Estos jardines contienen innumerables calles tiradas á cordel en diferentes direcciones, de 11, 22 y 44 pies de ancho, á las que dan sombra y frescura altos y robustos árboles fructíferos y no fructíferos en número estraordinario. Se riegan estos, como igualmente los parterres con el agua del gran depósito llamado Mar, donde se reunen las que descienden de los montes Peñalara, Moretes y Carnero. Muchas cosas hay en estos jardines dignas de particular mencion, pero lo mas notable y que llena de admiracion á los viajeros son las fuentes artificiales. Cuéntanse 26 en toda la carrera: las ocho con los nombres de los Vientos, Selva ó Pomona, Neptuno, Andrómeda, Canastillo, Latona, Baños de Diana, y Fama son tenidas por de primer órden; y por de segundo Anfitrite, Tres Gracias, Caracoles 1.ª y 2.ª, Abanico, Apolo, Taza 1.ª y 2.ª, Ocho Calles y Dragones 1.ª y 2.ª

Fuente de los Vientos.—Frente al 5.º balcon de la fachada principal del real Palacio que mira á la esquina del S. hay una calle con varias plazuelas, con bancos para descanso en algunas, y teniendo todas el centro adornado con dibujos de gazon: en la cuarta hay una fuente, con un complicado juego de aguas, que forma una niebla por la fuerza y sacudimiento que tiene en su des-



LA FUENTE DE LOS VIENTOS.

censo: su estanque es de figura circular de 32 pies de diámetro y nueve de profundidad: en su centro y sobre un peñasco de plomo está sentada una figura que representa á Eolo, que tiene entre sus piernas un delfin que arroja por la boca un caño de agua de 13 líneas de diámetro y 50 pies de elevacion: al rededor del estanque hay ocho cabezas monstruosas que vierten agua á él, con direccion á los vientos encontrados. Las salidas ó surtidores que forman la variedad de sus juegos son 32, 24 oblicuas y 8 de elevacion.

Cascada nueva.—Frente tambien á la fachada de palacio y como á 30 pies de distancia, sobre una línea de piedra de Sepúlveda se ven cuatro grupos de niños en diferentes actitudes y jugando con diversos animales, y de trecho en trecho una esfinge, que tambien suele dárseles el nombre de sirenas, con cabeza y pecho de muger y lo restante de leon, hasta el numero de ocho: todas estas figuras estan colocadas sobre pedestales de mármol blanco, unas mas elevadas que otras.

Parterre de la cascada.—A continuacion está un delicioso y florido parterre compuesto de combinados dibujos de mirto y tejo, cercado de una línea de boj, en cuyo centro hay

variedad de flores olorosas y vistosas: á las bandas de los costados y próximos y los plantios hay hayas y lauros. En los lados del parterre se hallan 6 estátuas de mármol, y 18 jarrones de plomo, de gran mérito artístico.

Fuente de Anfitrite.—Al fin del parterre hay un estanque, y su figura de porciones circulares convexas y cóncavas, con algunos quebrantos rectos, cuyo mayor diámetro es de 108 pies. En su centro hay una figura de muger que representa á la diosa Anfitriste sentada en un carro tirado por pavones; con cua-



FUENTE DE ANFITRITE.

tro delfines que despiden agua por sus bocas al espresado estanque. Uno de estos acaricia á la diosa, y por un surtidor de 15 líneas de diámetro, hace subir el agua á 60 pies: hay ademas tres náyades y un céfiro, presentándola varias preciosidades y mariscos, coral, perlas, &c. En los dos descansos están colocados cuatro niños, jugando con unos cisnes que tambien vierten agua en el estanque, y ocho cabezas de céfiro tambien la vierten en la misma direccion. A ambos lados de este recipiente, hay dos hermosas escaleras de mármol, y en sus estremos una figura de mármol, que parece representar los rios Tajo y Guadiana, como admirados de esta suntuosidad y magnificencia. Subiendo las escaleras que están á la derecha en cada una de las cuestas que forman su orilla, hay otros cuatro jarrones con otras tantas estátuas interpoladas. Al fin de la cascada, y en su parte superior, hay dos caballos sobre pedestales de marmol arrojando agua; por cima de estos un perro y un venado, de cuya boca sale un surtidor con direccion á la primera meseta, haciéndolo por el lado opuesto un jabali y un leon. En el testero de ella hay colocados tres monstruos

marinos ó mascarones echando un gran chorro de agua con tanta abundancia, que en pocos minutos cubre las diez mesetas ó escalones que forman la cascada. El número de surtidores de tan agradable perspectiva es de 25, de los cuales cuatro elevan el agua, y los restantos la vierten oblicuamente. Al estremo de las dos calles ó paseos laterales de la cascada, hay otras dos escaleras de mármol que forman juego con las antedichas, y en su remate al lado derecho dos niños que representan volver de caza, teniendo por el cuello á un águila, y en el izquierdo otros dos con un conejo encima, una corneta en una mano, y con la otra conteniendo la presa. Como todas las mesetas tienen el frontis y pavimento de mármoles de variedad de colores; las aguas á su descenso forman un precioso velo, particularmente cuando lo hieren los rayos del sol.

Tres Gracias.—En el plano que forma la parte superior hay una plazuela, y en su centro un estanque circular de 52 pies de diámetro y cuatro de profundidad. En el medio hay un peñasco de plomo y sobre él cuatro feísimos sátiros sosteniendo con la mano derecha una taza ó palangana sobre la que se ven de pie tres figuras con los brazos y piernas enlazadas, y en su cabeza otra taza mas pequeña, de cuyo centro y por la boca de un delfin sale un surtidor que despide el agua á cuarenta y seis pies de elevacion. Tambien la arrojan los sátiros por medio de unos caracoles mas finos que tienen en la boca. Cinco son los surtidores, todos desaguan en el estanque, y sirven para aumentar la cascada.

Cenador.—En la plazuela de la anterior fuente, y á unos siete pasos de distancia de su estanque está el cenador que sirve de coronacion á la cascada y parterre: es una pequeña pieza de forma ochavada con cuatro entradas, á las que se sube por otras tantas escaleras de cinco peldaños; es de piedra de Sepúlveda, perfectamente trabajada, y adornada con pilastras del órden jónico que sostienen la cornisa y capiteles que le circuyen por sus cuatro fachadas, con otros adornos á medio relieve y estátuas de mucho gusto.

En el centro del cenador está la calle larga, y á su final la fuente de *Latona*. A trechos hay hasta cuatro plazuelas adornadas con catorce estatuas de mármol representando dioses y musas. Desde la cascada se pasa á la fuente de *Pomona*: se baja á ella por una escala de dos ramales con balaustrada de hierro, cuyo enverjado sirve tambien de línea divisoria para los jardines altos y bajos. En las mesetas de la escalera hay pilares de piedra, y sobre ellos seis canastillos de plomo, guarnecidos de flores y frutos: al pie de ella hay un leon de mármol blanco de Granada, sentado con una mano sobre el mundo. En el testero de la escalera que sirve de frontis á la plazuela y de coronacion á la fuente, hay un gran zócalo ó pedestal de mármol, y á cada lado dos largos bancos de mármol, con otros cuatro en la misma plazuela, que interpolados con otras figuras las sirven de adorno. La fuente ocupa el centro de esta plazuela circular que está rodeada de frondosos tilos y hayas: compónese aquella de un estanque grande ovalado, con cuatro pilones iguales en la forma y elevados el uno sobre el otro, divididos por mesetas á manera de cascada: su mayor diámetro es de ciento veinte pies y el menor de noventa y cuatro. El primer pilon recibe el agua de un mascaron que tiene á sus lados dos figuras de númenes de un rio: en el segundo se ven nueve cogollos de espadaña que despiden el agua á doce pies de elevacion: el tercero, que es el principal de la fuente, contiene un grupo de varias figuras, siendo las principales Vertumon y Pomona, por entre las que salen sesenta y seis surtidores, tan unidos y enlazados, que al primer golpe de vista parece ser un solo caño, por lo que vulgarmente se le llama el haz de trigo; á los lados hay repartidos varios Cupidos alados en ademan de presentar flores y guirnaldas á Vertumon. El gran golpe de aguas que salen por entre las figuras que la coronan, unido al de los surtidores, hacen formar la cascada descendiendo por las mesetas.

Subiendo de nuevo la escalera, y frente al quinto balcon de la fachada principal de palacio que mira al E. empieza el juego de agua mas completo y vistoso que hay en el jardin denominado *Carrera de caballos:* al entrar en esta calle se disfruta de la grata vista de seis fuentes compuestas de ciento catorce surtidores ó salidas de aguas que juegan á un mismo tiempo, y con diferente elevacion y direcciones colocadas todas simétricamente en línea.

El órden que tienen estas fuentes es el siguiente.

Fuentes del caracol 1.ª y 2.ª—Son exactamente iguales, y consisten en un pequeño estanque circular de veinte y ocho pies, y cuatro de fondo, cercado de piedras y gason; en medio de él hay un grupo de plomp, y sobre él un Cupido alado asido á la cornucopia de la Abundancia, adornada de mariscos de varias clases. Solo tiene un surtidor de nueve líneas, que despide el agua á doce pies de elevacion.

Fuente del Abanico.—El estanque de esta fuente tiene de largo setenta pies, treinta y nueve de ancho y cuarenta y uno de fondo: en su centro hay una figura de muger, representando á una ninfa con dos genios alados jugando con un pez, de cuya boca sale el único surtidor de agua en forma de abanico de donde toma la fuente su nombre.

Fuente de Andrómeda.—Pasando el parterre de este nombre, y á su izquierda, hay un estanque circular de ciento veinte pies de

diametro y nueve de profundidad, con cerco de piedra, á flor de tierra. En el centro hay un grande y elevado peñasco de plomo, en cuya parte superior está sentada Andrómeda triste, sujeta con cadenas y con el vestido y pelo descompuesto; próximos hay dos genios alados, egecutores de las venganzas de las ninfas: en la parte inferior está un mónstruo de



FUENTE DE ANDROMEDA.

figura espantosa, y en el medio Perseo en accion de darle muerte para salvar á Andrómeda del peligro que corre, con el auxilio de los solares de Mercurio y cabeza de Medusa, que le presenta con la mano izquierda para dejarle inmóvil, mientras esgrime con la de-

recha la cuchilla de diamante. A la espalda en un grupo de nubes se ve á Palas, resuelta á ayudar á su favorecido, para lo que tiene su lanza y egida. Cincuenta y una salidas tiene esta fuente, las cincuenta lo hacen por entre las escamas del cuerpo del monstruo en forma oblicua, y de tal manera que con el surtidor de veinte líneas de diámetro que despide por la boca á ciento quince pies de altura, parece una araña. Esta elevacion, la mucha agua que despide, y los altos árboles que circundan á esta fuente, cuando hieren los rayos del sol hacen formar un vistoso arco iris, que le dan gran realce.

Sirven de adorno al estanque dos jarrones con flores, y á la plazuela ocho figuras interpoladas con cuatro bancos de mármol.

Fuente de Neptuno.—La fuente de este nombre ó de los caballos se compone de un estanque cuadrilongo con sus ángulos cerrados en porciones circulares, y un contracerco de gason, cerrado por una barandilla de pequeñas hayas arregladas á tigera: su mayor diámetro es de doscientos veinte y cuatro pies y cinco pulgadas y el menor de cincuenta y seis y medio por diez de profundidad. En medio del estanque se ve á Neptuno en la figura de un anciano respetable, coronado y con el tridente en la mano, triunfante, en un carro tirado de dos fogosos caballos marinos gobernados por un triton montado en el uno, y una nereyda que tiene las riendas del otro: al rededor se ven varios delfines que despiden surtidores de agua, como igualmente los caballos. Sobre el carro, que tiene la figura de un buque y por la parte de proa hay un niño asido á un delfin, de cuya boca sale un surtidor de agua de veinte y una líneas y sesenta pies de elevacion: los caballos despiden por boca y narices seis caños de agua oblicuas. Hay tambien una nereyda al lado de las ruedas del carro, tañendo un caracol, y á espaldas de aquel, y como dándole impulso dos delfines que despiden el agua con direccion al estanque. Dentro de este y á competente distancia de Neptuno y de los dos estremos, hay dos genios montados en caballos marinos que arrojan el agua á una grande elevacion, y otros dos á cada lado con tridentes en la mano.

Al fin de este estanque hay otro cuya fachada sirve de coronacion á la anterior: tiene la figura circular con ángulos rectos y quebrados, y su largo noventa pies por treinta y seis de ancho, conocido vulgarmente con el nombre de *media luna de abajo*. En el medio de la fachada hay una gran concha que recibe el agua que vierte un mascaron colocado en la parte superior del frontis, y le adornan dos figuras representando los rios de España Ebro y Segre. A sus lados hay otros dos mascarones que como el anterior despiden abundancia de aguas al estanque.

Fuente de Apolo.—Dos graderias de piedra de Sepúlveda facilitan la subida á un plano donde se halla un estanque grande compuesto de cuatro pilones, y tres mesetas: su mayor diámetro es de ciento setenta y ocho pies y el menor de sesenta y cinco, y su figura es paralelógrama. En el primer pilon hay un grupo, sobre un cepon de plomo, en el que está sentado Apolo sosteniendo con la mano derecha un arco, en la izquierda la lira, á su espalda un genio que le está alcanzando las flechas, y á sus pies la serpiente Piton atravesada y rendida por ellas arrojando por su herida un chorro de agua, y otro por la boca de trece líneas de diámetro y sesenta y tres pies de elevacion. Al lado izquierdo está la figura de Minerva con casco romano en la cabeza, lanza en la mano derecha y apoyado el brazo izquierdo en un escudo; á sus pies está postrada y encadenada una figura con una careta en la mano que representa al Engaño, y á su espalda los instrumentos de geometría, y otras ciencias. En el segundo pilon hay dos dragones, y junto á cada uno dos Cupidos en ademan de sujetarle; por la boca de cada dragon sale un surtidor de trece líneas de diámetro que hace subir el agua á sesenta y un pies de elevacion. En el tercer pilon hay otro juego igual, solamente que el agua no sube mas que á treinta y nueve pies. Una enorme cabeza de monstruo marino corona estos juegos, vertiendo un gran golpe de agua, que descendiendo por las mesetas forma una pequeña cascada.

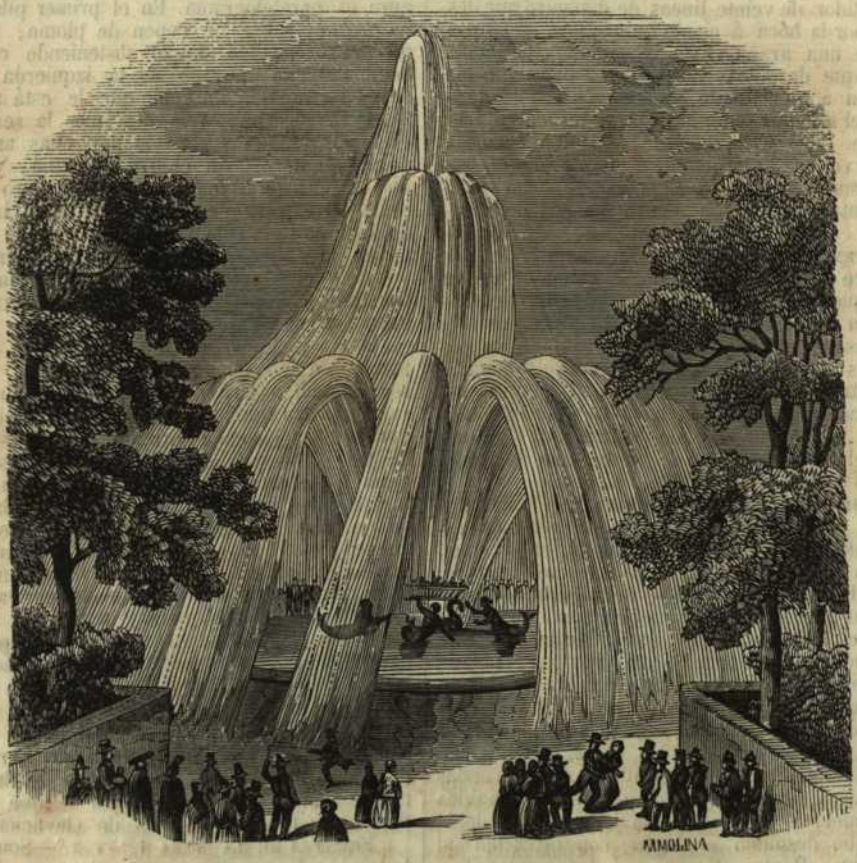
Desde este punto que está dividido por una barandilla de hierro se ven seis estancias de las catorce que componen ó forman la cascada vieja, y la última vierte el agua en un estanque semicircular, que tambien se conoce con el nombre de *media luna de arriba*, y en sus estremos hay dos grupos de dragones alados con la boca abierta por la que despiden agua á cuarenta pies de elevacion.

Fuentes de la Taza 1.ª y 2.ª—Son en un todo iguales, aunque situadas en distintos puntos. Las componen un estanque octogonal ó de ocho porciones por dos de diámetro en su longitud, la una de setenta y cuatro pies, y la otra de cincuenta y dos y medio, y cuatro de profundidad; en la parte inferior de su zócalo hay cuatro mascarones despidiendo agua por la boca; el centro lo ocupa una bien trabajada taza de mármol blanco, con cuatro delfines enmedio, entrelazados por los cuerpos y colas, que sostienen otra taza mas pequeña, en cuyo centro hay dos nayades sosteniendo el cuerno de la abundancia, que arroja un caño de agua de diez y ocho líneas y sube á la altura de veinte pies.

Volviendo al plano y calle de enmedio, se halla el gran estanque llamado Cuadrado, que sirve de depósito para surtir varias fuentes;

está á flor de tierra, tiene ciento cincuenta pies de longitud por igual de latitud, y su profundidad por unos lados es de veinte y un pies y de trece por otro.

Fuente del Canastillo.—A la izquierda del referido estanque, y al fin de una calle corta y ancha está la fuente del Canastillo, que es sin duda una de las mas vistosas, y hecha con mas ingenio para arrojar el agua, de estructura mas sencilla, y que mejor oculta con



FUENTE DEL CANASTILLO.

su esterior lo que es: ocupa el centro de una plazuela circular, adornada con pedestales y bancos de mármol; el estanque es tambien circular rodeado de piedra y gason; su diámetro es de ciento veinte pies: en el medio hay un círculo de espadaña, enlazado con una cinta que sostienen cuatro nereydas que salen del centro y en medio de estas un canastillo lleno de frutas y flores; de él, salen nueve surtidores, el principal de diez y ocho líneas y los ocho de doce, que elevan el agua á setenta y seis pies: en el cerco hay treinta y dos que forman otro juego variado, y caen oblicuamente al estanque, con tal fuerza, que dando presion á las llaves se logra hacerles salir á unos veinte y dos pies del receptáculo, de modo que moja á muchos de los circunstantes.

Plazuela de las ocho calles.—Desde la anterior fuente via recta se baja á una gran plazuela á donde vienen á parar ocho calles en debida proporcion distribuidas; en los ocho ángulos que tiene hay otros tantos arcos de plomo imitando á mármol, de esquisita arquitectura y buenos relieves, con respaldos de haya, ocupando el centro de cada uno, una hermosa fuente, que despide variedad de surtidores rectos y oblícuos: los pilones en hondo, y alza-

do su borde un poco de la superficie de la plazuela; sus pavimentos están cubiertos de baldosas de mármol blanco y piedra azul, la longitud de aquellos es de cuarenta y seis pies por veinte y dos de ancho en cuatro frentes, y de treinta y uno por veinte y dos en las otras, solo se diferencian estas en las figuras que las ocupan, pues en los ángulos de sus pilones y parte superior hay dos cisnes y un niño encima de cada uno, acogidos á sus alas y cuello, vertiendo por sus picos un surtidor de agua con direccion oblícua; cuatro de estas fuentes tie-



PLAZUELA DE LAS OCHO CALLES.

nen una hermosa y gran taza de mármol esculpido de varios adornos; representan los baños de los dioses; por cada una sale un surtidor de doce líneas de diámetro á catorce pies de elevacion. A espaldas de cada taza hay una figura en pie: una representa á Saturno en la de un anciano con barba prolongada, alas, una guadaña, un reloj de arena en la mano, y por atributos dos ciervos que vierten agua á la taza, bajo la que hay un mascaron que lo hace al estanque: la otra representa á la Tierra ó Vesta en una muger en ademan de pedir al cielo tiempos favorables, tiene un canastillo á sus pies y por atributos dos leones, que arrojan agua á la taza de igual forma que la anterior. En la otra está Neptuno con su tridente en la mano, un delfin á los pies y por atributos dos caballos que echan agua á la taza. La figura de la última fuente representa á Ceres con unas espigas en los brazos, sirviéndola de atributos, dos hipógrifos ó sean serpientes aladas, que echan el agua en la taza, y bajo de esta otro mascaron como en las anteriores. Las otras cuatro fuentes ocupan la misma posicion, pero sin taza, y en su lugar se ven figuras magestuosamente sentadas: la primera representa á Marte armado con morrion y cota, y en la mano la espada que va á desenvainar; está apoyado sobre el escudo, y á sus pies tiene varios trofeos militares, á el lado un delfin sosteniendo unas conchas; por ambos costados sale un surtidor de agua, y en medio un mascaron como el de las otras. La segunda representa la Paz ó sea la Victoria en figura de una doncella con alas, que tiene en la mano corona de laurel, y manojo de palmas para premiar á los héroes; á sus pies y á su lado arietes, picas y demas instrumentos bélicos, y la escultura y juego de aguas igual á la anterior. La tercera representa á Hércules membrudo y fuerte, y sostenido sobre la clava, y á su lado la piel del leon Nemeo que habia vencido. La cuarta y última representa á Minerva armada con yelmo de oro, sentada con lanza en mano; á sus pies é inmediaciones instrumentos de astrología, geometría y demas ciencias, como que era tenida como inventora y madre de todas. Sesenta y ocho son las salidas de estas ocho fuentes, cuarenta y ocho verticales y veinte con elevacion.

En el centro de la plazuela sobre una gradería y pedestal octógono de mármol hay tres figuras de plomo pintadas de blanco al óleo, representan á Mercurio alado en sus pies y cabeza, en su mano derecha el Caduceo, y sobre sus muslos á la hermosa Pandora en accion de remontar por los aires, lleva en la mano el pomo donde van las desdichas. Desde esta gradería se ven jugar á la vez diez y seis fuentes, una en cada una de las ocho calles, que vienen á parar á la plazuela, y son: Canastillo, Taza 1.ª, Tres gracias, Dragones 1.ª, Fama, Dragones 2.ª, Ranas y Taza 2.ª, y las otras ocho que quedan descritas.

Fuente de la Reyna.—Esta fuente de agua natural conocida con este nombre, es tan dulce, saludable y fria en el verano, que SS. MM. la dan la preferencia bebiendo de ella; su salida por un pequeño surtidor fijo en la pared, adornada con una media cabeza de Medusa con sus cabellos rizados á manera de áspides ó culebras, y para receptáculo una concha de mármol sobre pedestal de lo mismo, la que con otras tres iguales que se condujeron de Roma, son las que servian para dar agua á los caballos de la Reyna Cristina de Suecia; una media naranja emplomada figurando pizarras, y sostenida por dos columnas sirve de cubierta á la fuente, y en sus cuatro estremos otros tantos grupos pequeños con un Cupido de plomo cada uno sentados jugueteando con varios atributos de pesca y reptiles. En el centro cara á poniente está la diosa Aretusa con el cabello esparcido por la espalda, y dado al viento su vestido, en ademan de correr, apoyada únicamente con el pie izquierdo al grupo en que descansa. Todos ellos estuvieron dorados á sisa, pero el transcurso del tiempo ha hecho desaparecer esta hermosura que los cubria. Se halla colocada en una plazuela en bajo, y como sea el punto mas concurrido de los jardines en la temporada de verano, hay para descanso de los que la frecuentan cuatro hermosos bancos de mármol, ademas de otros colocados en otra plazuela á espaldas ó en la parte alta de la fuente de piedra del Villar de Valdepeñas. Sirven de adorno al frente de la fuente y lados opuestos cuatro pequeños cuadros de gason cercados con antepechos de bajas hayas cortadas á tijera. Dan entrada á la plazuela tres bajadas, dos en rambla para la concurrencia, y la otra para la Real Comitiva, formada por una escalera de gason y cerrada con sus puertas de madera pintada. Cuando concurren SS. MM. de jornada, en la fuente se pone una pira de mármol blanco con un mascaron dorado á fuego y una cabeza de leon con varios adornos de bronce, obra de Demandre.

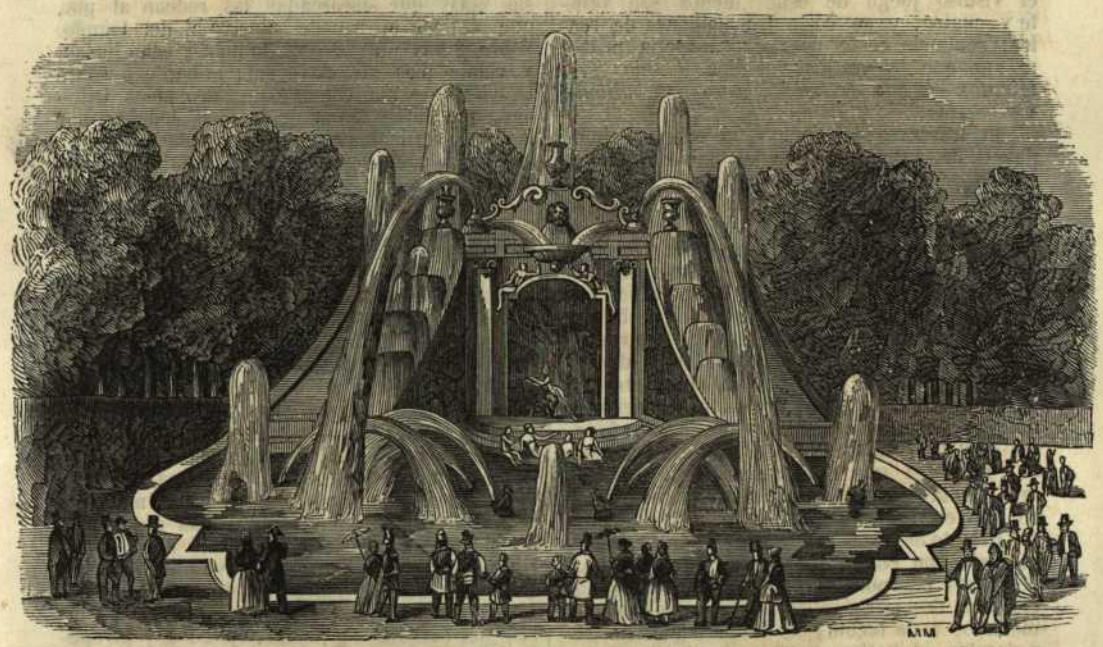
Fuente de Latona ó Ranas.—Bajando desde la anterior fuente ó bien desde las ocho calles hácia el medio dia se hallan la 3.ª y 4.ª plazuelas de la calle larga, con otras cuatro státuas iguales á las anteriores de mármol blanco sobre pedestales de lo mismo, mirándose contrariadas; representan á Talía coronada de yedra, calzada con el zoco y con una máscara en la mano; á Terpsícore con una pandereta en la mano en actitud de tocarla y una arpa á sus pies; á Euterpe con una flauta en la mano y varios instrumentos á los pies; y á Erato coronada de murtas y rosas, con una lira en la mano derecha, en la izquierda un arco, y á sus pies un Cupido con una antorcha en la mano como en ademan de querer apagarla. Las otras cuatro estátuas representan ninfas de Diana en diversas actitudes todas de caza, ó bien sea cuatro de la misma Diana bajo diferentes aspectos. Los modelos de estas estátuas son de Fermin, y el mármol trabajado por Busso.

La fuente de Latona ó Ranas, tenida por de primer órden, consiste en un estanque circular á flor de tierra con cerco de gason, de setenta y cinco pies y tres pulgadas de diámetro: en el medio de este se eleva un pedestal ochavado de mármol blanco y sobre él un grupo de tres figuras de lo mismo, que representan á Latona y sus dos hijos Diana y Apolo en accion de pedir algo á los dioses; sobre el mismo pedestal, y al contorno de la diosa, hay ocho ranas sentadas, de cuyas bocas salen otros tantos surtidores de agua de catorce líneas de diámetro, y veinte pies de elevacion; un poco mas abajo en los frentes de dicho pedestal hay ocho mascarones, que vierten agua en un descanso ó grada que forma el mismo.

En este hay otras ocho ranas como las anteriores, frente dos á dos, arrojando agua en forma de arco, de modo que la una cae sobre la otra, dejando libres á la vista los efectos que produce el agua despedida por los mascarones. Por bajo de este descanso en los mismos ochavos del cepón, hay otros ocho mascarones, que vierten agua al estanque, dentro del que se ven simétricamente repartidas ocho espadañas escupiendo abundante porcion de agua que forma á su salida vistosos abanicos. Con igual proporcion hay colocados alternativamente otros ocho grupos con ocho figuras, la parte superior hombre y la inferior rana, de cuyas bocas sale un surtidor de agua de quince líneas de diámetro. En el círculo del estanque se ven otras diez y seis ranas que vierten el agua al estanque, y dándole toda la fuerza á las llaves van á parar formando un vistoso arco sobre la cabeza de la diosa ó grupo del medio, como en ademan de saciar la sed; las salidas de esta fuente son sesenta y cuatro, cuarenta oblícuas y veinte y cuatro rectas. Por mucho que quiera elogiarse esta fuente, nunca podrá describirse con exactitud su magnificencia, por ser una de aquellas cosas que solo la vista puede explicar; pero no podemos menos de decir ha llenado de admiracion y sorprendido á cuantos la han visto, tanto por el número de surtidores y abundancia de agua

que despiden, cuanto por la diafanidad, vistosos y variados juegos.

Fuente de los Baños de Diana.—Por la calle que está al costado izquierdo de Latona, se baja á los baños de Diana. Esta fuente, acaso entre todas la mas abundante de aguas, consta de un elevado frontispicio ó cuerpo de arquitectura grotesca de cincuenta pies de elevacion, ideada y principiada por D. Santiago Boxeaux, y concluida por el mismo plan por los años 1742 por los escultores Demandre y Pitué: el estanque de ella es de porciones circulares convéxas y cóncavas, y quebrantos rectos; su cerco de piedra marmoliza del Paular, elevado un pie de tierra, componiéndose en su mayor diámetro de ciento doce pies y el menor de cincuenta y seis: en la fachada que sirve de frontis hay en su re-



FUENTE DE LOS BAÑOS DE DIANA.

mate un jarron de plomo imitado á mármol con colgantes de color bronce verdacho, del que sale un surtidor de cinco pulgadas de diámetro; un poco mas abajo á los lados hay otros dos jarrones mas pequeños, cuyos surtidores son de cuatro pulgadas, y ocho pies de elevacion; en los claros que forma el jarron principal y los otros dos, hay dos furiosos leones imitados á mármol abrazados á una serpiente cada uno, y estos arrojan agua al estanque con suma violencia. En la parte inferior del jarron hay una cabeza de monstruo marino ó sea mascaron que vierte el agua sobre una gran palangana, punto donde se reunen las que vierten las serpientes, que están entrelazadas con los leones. Bajo de esta taza se forma una especie de arco ó gruta revestida de conchas y arrecifes, y en ella está sobre un gran peñasco de plomo imitado á mármol de espejon, Acteon tocando la flauta dulce. A proporcionada distancia en ambos lados se ven dos estribos en forma de cascada guarnecidos de arriba abajo con cuatro conchas cada uno, que van bajando de menor á mayor, y recibiendo el agua cada una de la que está encima, y aumentándola con la que sale de ella misma por surtidores de cuatro pulgadas de diámetro y cuatro pies de elevacion. En los claros que forman las expresadas conchas de uno y otro lado del arco, hay un pedestal sobre el que descansa una venada despidiendo agua al estanque. Debajo de la gruta hay una larga gradería de piedra con tres escalones ó gradas de jaspe guarnecidas de plomo, y forman una preciosa cascada con el descanso que hacen de una en otra al estanque; en el medio de las gradas se ve la estátua de Diana bañándose, y seis ninfas

suyas que la están sirviendo, y alcanzándola espejo, sendales y otros útiles, una juega con un perro. Por todo el estanque hay esparcidos doce grupos de ninfas en diferentes actitudes, unas con perros de caza, otras con cornetas, y otras con venados y aves; entre estas, las dos que hacen proporcion al medio y se ven recostadas sobre un pez, despiden por la boca de este un surtidor de agua, que cayendo sobre la del lado opuesto forman un espacioso arco. Las salidas que forman el vistoso juego de esta fuente son veinte y cuatro, y su coste tres millones de reales; contando como cosa segura que la primera vez que la vio jugar Felipe V. dijo: *Tres minutos me has divertido, pero tres millones me cuestas.*

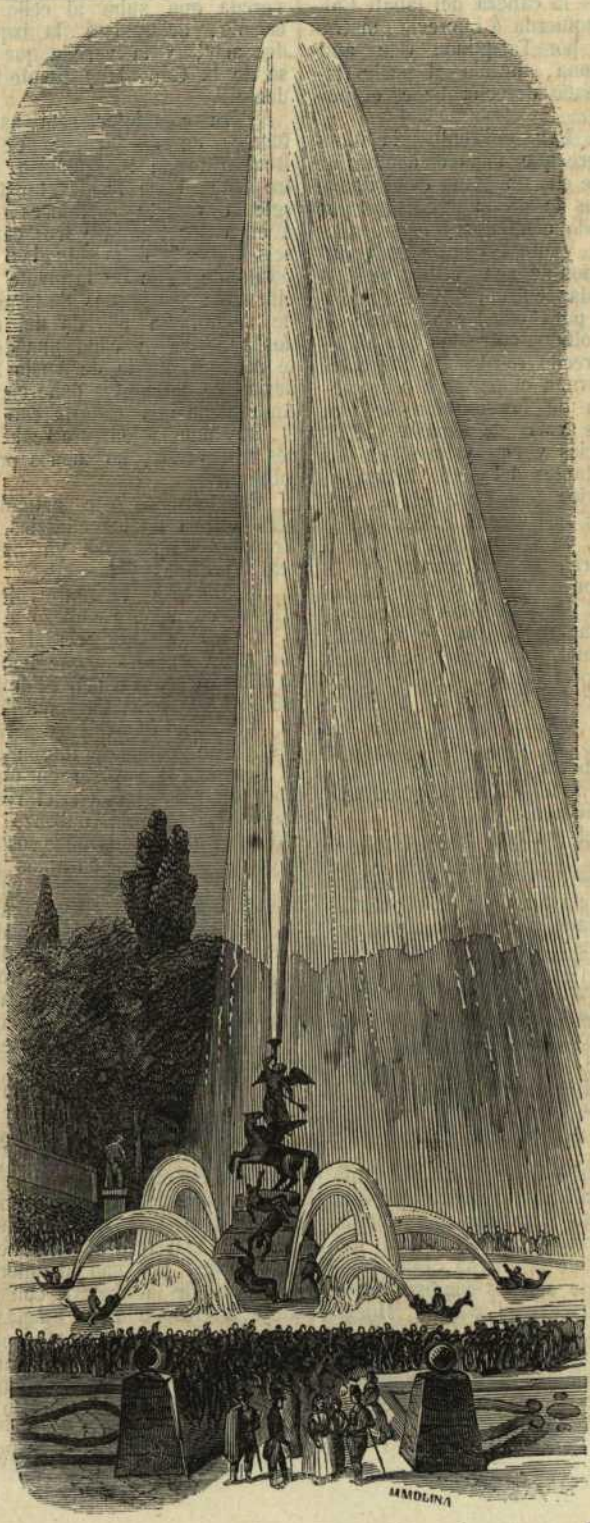
El trascurso del tiempo, la enorme abundancia de agua que despide, unido á esto lo helado y frio del clima, la habian deteriorado tanto, que por espacio de algunos años se ha carecido de este juego, pero en 1844 se restauró bajo la direccion del escultor Demandre, de manera que en nada desmerece á su fundacion. La economía que por precision tiene que observar la Real Casa ha hecho que el bronceado que antes cubria las figuras se convierta en pintado al oleo imitando al mármol, pero nunca tendrá ni la hermosura, ni duracion que el primitivo color. Contribuiria no poco á la belleza de los jardines y fuentes que sus figuras se pintasen del mismo modo, toda vez que está conocido su éxito, y que forma un vistoso contraste el color blanco con el verdor del arbolado.

Delante de esta fuente hay una espaciosa plazuela con cuatro jarrones, y seis estátuas de piedra interpolados á proporcionada distancia. Los dos jarrones de los costados mas inmediatos á la fuente, en la una superficie representan el hecho en que estando Pocris celosa de su esposo Zéfalo, acechándole escondida entre unas ramas, oyendo este moverlas y creyendo haber allí alguna fiera, le tiró, y la atravesó con una flecha; y por la otra superficie un juguete de niño y niña, que van á caza: en las asas tienen dos gallos primorosamente imitados y encima varios trofeos. Los otros dos mas separados estan adornados en la superficie con varios juguetes de genios, unos que van á caza con perros, árcos y flechas, y otros dormidos con el perro á sus pies; en las asas tienen dos cabezas que concluyen con astas de venado, y en la parte superior tres perros perdigueros con una ánade entre sus pies primorosamente expresados. Las seis estátuas, que todas son de mugeres sentadas, parecen ser seis efigies de la misma Diana con diversos atributos de los que la suelen señalar, ó bien sean de seis ninfas suyas con ellos.

Fuentes de los Dragones 1.ª y 2.ª.—Estas fuentes, llamadas asi vulgarmente, y conocidas con el nombre de mesa de Apolo, ó Trípode, se compone de un estanque de porciones convexas y quebrantos rectos, su borde de piedra ordinaria elevado de tierra media vara, de setenta y cuatro pies de longitud por cincuenta y dos de latitud y cuatro de profundidad. En el medio del estanque hay un terrazo, y en la parte inferior cuatro espantosos dragones con boca abierta, cuello dilatado, alas abiertas, uñas largas y afiladas; de su espinazo se elevan como unos uñeros con direccion á sus colas que enroscadas las rodean al pie, que sostiene el trípode alusivo al del templo. Sobre él hay un surtidor de diez y ocho líneas, y veinte pies de elevacion; al borde ó sobre la cornisa están colocados cuatro niños tritones, que tienen en la mano unas conchas, por las que verticalmente sale un caño de agua, siendo la parte superior de pescado. Entre las cuatro serpientes se ven cuatro delfines enlazados que todos echan abundancia de agua por la boca, y en lo alto de esta pirámide hay otro pequeño ó mas bien un trípode orlado de tres cabezas de carnero, por el cual sale agua. Sus surtidores son trece.

Fuente de la Fama.—Es la última de la carrera, de primer órden, colocada al extremo del parterre de su nombre, su estanque de figura circular de sesenta y nueve pies de diámetro. En el centro hay colocado un elevado risco de plomo imitando piedra del Villar, y sobre él una figura de lo mismo bronceada, que representa á la fama montada sobre el caballo Pegaso; lleva en la mano derecha el clarin, y en la otra una especie de cornucopia ó candelero por donde sale el terrible golpe de agua que atravesando el caballo sube á la elevacion de ciento treinta pies. Bajo del caballo y por la parte superior del peñasco se ven precipitados y atropellados, como trofeos suyos, varios númenes malignos que sin duda son la Envidia, el Error, la Infamia y la Maledicencia; y no falta quien diga hace alegoría á la destruccion de los moros en España. En el primer cuerpo del peñasco estan representados por las cuatro fuentes, los cuatro númenes de los rios de España Tajo, Guadalquivir, Duero y Ebro, en forma de matronas recostadas en una gruta, sosteniendo cada una un tinajon que vierte agua al estanque. En el mismo, y á corta distancia de estas cuatro vertientes, hay otros tantos surtidores que suben á nivelarse con el caballo; y con alguna separacion, pero guardando proporciones regulares se ven otros cuatro delfines que arrojan agua por boca y narices á dicho estanque: siendo el número de surtidores el de veinte y uno, y obra de Pitué y Demandre. El coste de las figuras de ella fue 3,850 doblones.

A espaldas de la fuente hay dos estátuas de mármol, la de la derecha representa á Diana en trage de caza, con carcax y pica en



FUENTE DE LA FAMA. Lúnes 26 de Julio

la mano, y sus pies la cabeza del jabalí Calcedonio, la de la izquierda á Lucrecia, matrona romana forzada por Tarquino, está apoyada en una columna, herido el pecho izquierdo y en la mano derecha tiene el puñal.

Parterre de la Fama.—Frente á la fuente se halla el parterre que toma el nombre de la misma, y consiste en un plano cuadrilongo con labores y dibujos de gason arreglados por el arte, rodeado todo con bojes y tejos, unos en forma piramidal, y otros cuadrados y circulares á la elevacion de ocho á diez pies. A los lados hay formadas entre los tejos platabandas que sirven para colocar variedad de florestas de vista y olfato, entre las que alternan de trecho en trecho rosales de diferentes clases y colores. Adornan el parterre ocho jarrones; en los cuatro de las esquinas se ven los escudones de las armas de España y Farnesio en las superficies y con yelmos en las asas; los cuatro restantes del medio tienen en la parte superior varios génios con perros, redes, cornetas y otros instrumentos de caza, y encima de su borde, en vez de asa, sentada á cada lado una figura, la una varonil y la otra de una ninfa, con cornetas de caza en las manos. En medio del parterre estan colocadas, á proporcionada distancia la una de la otra, dos estátuas de mármol blanco con pedestales de lo mismo que representan á Apolo y Dafne; aquel con carcax y flechas al hombro, y arco en la mano en accion de correr en seguimiento de Dafne, y esta ninfa huyendo de Apolo, y empezándose á convertir en laurel por la proteccion de los dioses á quien implora contra aquel númen.

A la conclusion del parterre para subir al plano, que sirve de entrada principal á los jardines, hay una escalera de gason circunvalada de hayas, y cerrada por dos puertas bajas de madera pintada que solo se abren para las personas Reales; pero por la obra de la gran entrada que se ha dado á estos Reales jardines el año 1844, dirijida por los arquitectos de la Real Casa Colomer é Ibaseta, tendrá que desaparecer, y realzarian mas las tres hermosas puertas, aumentando al plano ó plazuela el terreno que ocupa la escalera y sus laterales, dejando todo á un nivel; pues de no verificarlo, una de las puertas solo servirá de adorno.

Fuentes naturales.—Concluida la descripcion de las fuentes artificiales parece ser este el punto mas apropósito para dar una noticia de las naturales esparcidas por el ámbito del jardin. Ademas de la de la Reyna, que queda nombrada, hay siete con los nombres de la Canal, Mimbrera, Colmenar, Cordero, Huerta grande, Intendente, y Pino; que son de buena calidad y salubridad conocida, pero sobre todas excede en frialdad y es frecuentada por muchos la del Pino, que se halla en la vereda que sube al cebo por la parte de oriente, dejando á la izquierda el depósito del mar, y la vereda que conduce á la Casa de la Góndola y fuente titulada del Intendente.

Para completar esta narracion sobre las fuentes de los jardines de la Granja ó del Real Sitio de S. Ildefonso, diremos que entre todas las referidas fuentes hay trescientos setenta y siete surtidores, cuyas aguas van á ellos por treinta y tres caños de diámetro de seis á diez y ocho pulgadas. La arqueta ó depósito de agua de la fuente de Palacio tiene cincuenta y dos pies de largo por diez y ocho de ancho. La bóveda del Canastillo contiene dos cañerias, y cada una de trescientos veinte cañones. En la de Apolo hay otras dos cañerias de doscientos ocho cada una. En la de Andrómeda una cañeria con ochenta y seis.

Hay ademas en este real Sitio otros jardines reservados, no menos primorosos que los públicos.

Concluiremos este artículo dando una ligera noticia de los edificios mas notables de Aranjuez despues del ya mencionado palacio real, jardines y fuentes.

Distinguese la real colegiata, panteon é iglesia, cuya obra empezó al mismo tiempo que la de los jardines y real palacio, y se hizo con tanta premura, que habiendo principiado en 1720 se consagró en 22 de Diciembre de 1723 por el Excmo Sr. Cardenal de Borbon Patriarca de las Indias. Los privilegios concedidos á esta colegiata fueron grandes. La figura del templo consiste en una cruz latina con cinco altares, tres en el recto de la cruz y dos en los laterales ó brazos: se halla estucado de blanco, doradas sus molduras, y las bóvedas y medias naranjas pintadas al fresco con representacion de varios misterios de la vida del Salvador, y los cuatro Evangelistas: el pavimento es de piedra azul, blanca y encarnada. El retablo del altar mayor es de jaspes: la mesa de altar y frontal son de pórfido, y el sagrario de piedra lapiz-lázuli pulimentado, con un mosaico que representa á Ntra. Sra. de Loreto. Hay en todos los altares cuadros de gran mérito. Todas las demas dependencias del templo son de mérito; lo mismo que el Panteon y Sala Capitular.

Contiguo al Real Palacio y con comunicacion desde estas se halla la Casa de oficios, cuyo edificio cuadrilongo tiene todas comodidades necesarias, para despacho y habitacion de los ministros y empleados que acompañan á SS. MM. El teatro es otro de los edificios de buen gusto, próximo al anterior: su figura es en forma de herradura con dos órdenes de palcos, correspondientes lunetas y demas asientos; el escenario es muy capaz y bien provisto de decoraciones. Los cuarteles, en número de siete nada ofrecen de particular, aunque son proporcionados á su objeto. La Casa de los

Canónigos, puede decirse que es despues del palacio el primero y mejor edificio de la poblacion: aunque está sin pintar asciende su valor por tasacion á cinco millones de reales. La casa de Infantes fue mandada construir por los Sermos. Sres. Don Antonio y Don Gabriel para alojamiento de sus familias. Se tasó en 1843 en 4.500,000 rs. Estos edificios se hallan provistos de fuentes de agua dulce saludable, habiendo hasta seis en varias calles de esta poblacion.

Finalmente, la Fábrica de Cristales es otro edificio que no solo hace honor al Sitio sino á la nacion. Se conceptúa el mejor de los que en Europa se han destinado á este objeto: tiene tres hornos y veinte y cinco, archas, diez almacenes espaciosos, 16 habitaciones destinadas para varios talleres, 56 para los obreros, y otras muchas, como igualmente corrales y grandes corredores y galerías; un famoso cobertizo para preservar las lañas en el invierno, diez patios, y una gran plaza, en la que el Rey Don Fernando VII mandó hacer una pequeña, donde pudiesen lidiarse algunos novillos para recreo y diversion de la familia real.

S. C.

A CADIZ.

¡Miradla cuan hermosa se ostenta ante mis ojos,
Herida por los rayos del espirante sol,
Que al ocultar su lumbre entre celajes rojos
La ciñe una diadema de fúljido arrebol!

Miradla allí tendida sobre la blanca espuma,
Pintando su belleza del agua en el cristal,
Envuelta en los vapores de trasparente bruma,
Cual virgen en los pliegues de púdico cendal!

Las olas mansamente en lánguido murmullo,
Contra sus pardos muros se vienen á romper,
Y el céfiro la besa y halaga con su arrullo,
Batiendo sobre ella sus alas con placer.

El cielo la cobija con su estrellado manto,
Y vagorosas nubes de nácar y de azul
Adornan sus contornos, con divinal encanto
Flotantes en el aire cual pabellon de tul.

Segunda Vénus nace del seno de los mares
Y en ella se respira la dicha y el placer,
Ligeras golondrinas entónanla cantares,
Al encontrar sus nidos del Africa al volver.

Sobre la blanda arena descansa muellemente,
Por aguas y por brisas se deja acariciar,
Cual blanca paviota que mecen dulcemente
Las olas azuladas del anchuroso mar.

¡Oh Gades! á tu vista me siento arrebatado,
Y si en mis manos fuera del bíblico cantor
El arpa que en Salem con gloria ha resonado,
Sus cuerdas armoniosas pulsara en tu loor.

Yo entonces de tus hechos cantara la memoria,
De tus heróicos hijos la gloria y el poder,
Las páginas de oro que dieron á la historia,
El sol de libertad que en tí se vió nacer.

Y de las bellas ninfas del suelo gaditano,
La célica hermosura, la gracia angelical,
El fuego de sus ojos, su encanto sobrehumano,
Y la sonrisa pura del labio virginal.

Mas ¡ay!, oscuro vate, en vano es el que intente
Pintar á tu belleza, cantar á tu blason;
Perdona, si llevado de mi entusiasmo ardiente,
Consagro á tu recuerdo mi pobre inspiracion.

R. de Medina é Isasi.

UNA CAZA EN RUSIA.

En el mes de Marzo de 1842 me hallaba yo en el pais de Jarosslaff, uno de los mas bellos paises de la Rusia, y que recuerda los paisajes de la Turena. Su capital Jarosslaff se levanta sobre unas imponentes alturas, y es bañada por las aguas del Volga, que corre á sus pies. El gobernador era entonces el general Poltaratzki, uno de los mas antiguos generales de Alejandro, hombre de ciencia y de un valor á toda prueba. Hacia ya mucho tiempo que ocupaba este importante puesto, y era querido de todos.

A mi llegada presenté al general gobernador una carta de recomendacion de uno de sus amigos de San Petersburgo, y me invitó para aquella misma noche á una de sus reuniones. Allí hice conocimiento con algunas personas de distincion que, á pesar de lo que han dicho sobre los rusos muchos escritores, me parecieron personas sumamente afables y de un trato muy distinguido.

La esposa del gobernador, que es de mucho talento, era el alma de aquella reunion. Su hijo Borsi, que entonces era un muchacho, pero que prometia lo que ha llegado á ser, esto es, uno de los mas valientes y cumplidos oficiales de la guardia imperial, que es uno de los cuerpos mejor organizados de Europa, secundaba á su madre en cuanto estaba de su parte, para amenizar estas reuniones.

Estando allí, me acerqué á un grupo en que se hablaba de caza; un caballero que vivia en los alrededores de la capital, referia proezas de uno de sus paisanos y contaba lances tan estraordinarios sobre su fuerza y su destreza que muchos de los oyentes no pudieron menos de manifestar sus dudas. El caballero A. de S. Ch., algo picado de las dudas de estos incrédulos quiso darles una prueba convincente, y nos invitó á todos á que fuésemos á pasar algunos dias en sus posesiones del distrito de Caniloff, y asistir á una de las cacerias de su valiente Alejo. Aceptamos, y quedamos citados para el siguiente dia por la mañana, retirándonos temprano para prepararnos á aquella escursion; al amanecer me vino á despertar el caballero P... que me habia ofrecido un asiento en su carruage, y una hora despues nos hallábamos todos reunidos.

Nuestro viage fue de corta duracion, pues en poco mas de tres horas, los caballos, siempre al galope, nos hicieron recorrer un camino de 50 rerstar (cerca de 12 leguas) sin remudarse, y nos detuvieron delante de la casa de nuestro amigo, lindo edificio en que nos instaló con las mas generosas maneras.

Alejo avisado de nuestra llegada, no tardó en presentarse, y su presencia fue un objeto de admiracion para todos nosotros; por mi parte confieso que quedé mudo de asombro, pues nunca habia visto delante de mí un hombre de su talla y de sus formas hercúleas. Tenia indudablemente mas de seis pies, y sus anchas espaldas y largos brazos, aunque bien proporcionados, su elástico talle, sus piernas nerviosas y robustas hacian de él un hombre escepcional. Era dependiente de nuestro amigo, y su amo le dió á conocer el motivo que nos conducia allí, y nuestras dudas respecto á sus proezas. Despues de haber escuchado con la mayor atencion, Alejo nos prometió que antes de tres dias quedariamos satisfechos, y exigia este tiempo porque segun decia, necesitaba buscar un enemigo digno.

Pero la suerte le auxilió en sus deseos, y aquella misma noche volvió de su escursion. Habia descubierto una cueva habitada por uno de esos terribles osos que serian la admiracion del resto de Europa.

Nos dispusimos inmediamente para la escursion, armándonos de escopetas, pues la dis-

tancia que teniamos que recorrer era bastante larga, y los caminos bastante malos, y partimos aquella misma noche para llegar al sitio indicado antes del amanecer. Todos íbamos provistos de una buena escopeta de dos cañones, de un cinto de cuero y de grandes botas que nos subian hasta por encima de las rodillas.

El equipo de nuestro héroe merece una detallada descripcion.

Iba envuelto de pies á cabeza en uno de esos largos levitones de piel de carnero, que en Rusia se llaman *chouba*, y ceñia su cintura con una gruesa cuerda, de la que pendia un cuchillo de monte de unas quince pulgadas de longitud, cuya estremidad, un poco encorvada y cortante por ambos lados, hacia que, dirigido por una mano diestra y vigorosa pudiese acabar de un solo golpe con el animal atacado. Su brazo izquierdo se hallaba rodeado, desde el hombro hasta el puño, por otra cuerda colocada en espiral, y que debia servirle de defensa contra las garras del animal; y por último, un fuerte guante de piel, guarnecido de clavos, cuyas puntas salian al esterior, ceñia su mano y era un poderoso auxiliar, pues al abrir la boca el animal para morder á su adversario, este le introducia con violencia la mano en la boca, y el dolor que le causaban las heridas producidas por los clavos, era tal, que el animal no tardaba en caer al suelo. Llevaba consigo una fuerte y larga trenza hecha de unos juncos muy comunes en aquel pais, con los que se hacen cuerdas mas resistentes que las nuestras de cáñamo. Su longitud era de unos veinte y cinco pies, y terminaba en una de sus estremidades por un nudo corredizo.

Ya veremos el buen servicio que le prestaba esta cuerda.

Un teletchka, carruage del pais, colocado sobre patines y tirado por dos buenos caballos, conducia nuestras provisiones de boca.

Partimos, y seguimos el camino guardando el mas profundo silencio, pues era preciso evitar el dar la alarma á las fieras que pudiera haber en los alrededores. Despues de mas de una hora de marcha sobre la nieve en que nos hundiamos hasta la rodilla, llegamos á los bosques que nos permitieron caminar á un paso mas rápido.

Alejo iba delante, no guiándose en medio de la oscuridad mas que por su instinto de cazador y por su larga esperiencia. En fin, al cabo de muchas marchas y contramarchas, llegamos á un claro del bosque, rodeado por todas partes de escavaciones profundas, guarida ordinaria de los osos del pais.

Asi que todo el mundo se halló reunido en aquel punto, resolvimos esperar en él la llegada del dia, temiendo alejarnos de nuestro enemigo, que debia hallarse por aquellos alrededores.

El dia no tardó en llegar y entonces pudimos reconocer los objetos que nos rodeaban. A doscientos pasos de nosotros se veia un bosquecillo de árboles, y á sus pies una ancha escavacion, cubierta en gran parte por ramas secas y por el musgo. El cazador conoció al momento que el animal se hallaba allí, y dando algunas vueltas para reconocer el terreno, se preparó para el ataque.

Quedó pensativo por algunos momentos, y en seguida, dirigiéndose hácia un árbol bastante corpulento que se hallaba á unos quince pasos del hoyo, ató á él la estremidad de la cuerda opuesta á la que terminaba en un nudo corredizo. Desandando despues lo andado, cogió su escopeta y adelantándose con precaucion envió sus dos balas al hoyo con el objeto de espantar á la fiera y hacerla salir de su guarida.

Su maniobra se vió coronada del mejor éxito, y en cuanto se oyó la detonacion vimos aparecer la enorme cabeza de nuestro adversario, y conocimos que teniamos que habérnoslas con un oso de los llamados *Comedores de trigo*, es decir, con uno de los mas vigorosos de los que pueblan los bosques de la Rusia.

Su fuerza es prodigiosa, y su agilidad estrema; es el mas temible de los osos, y el mas difícil de combatir. Alejo, avanzando hácia él, trata de sacarlo fuera de su agujero, arrojándole piedras. El oso tarda bastante tiempo en decidirse, pero fastidiado de ver la persistencia con que se le provocaba, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y se presentó con toda la plenitud de su fuerza. Nuestro cazador entonces nos recomienda la inmovilidad y el silencio.—Sin uno y otro, añadió, no respondo de nada. Yendo al encuentro del animal, supo manejarse tan bien que le atrajo del lado del árbol, en donde se encontraba atada su cuerda, y tomando el nudo con la mano derecha, esperó á pie firme á su adversario. Este, que habia seguido constantemente con los ojos los movimientos de Alejo, vino directamente hácia él; pero viéndole detenerse y temiendo alguna celada, no se atrevió á aproximarse mas. Sentándose entonces sobre sus patas traseras, dió muestras de querer retroceder, visto lo cual, nuestro cazador se vió obligado á salirle al encuentro. Afortunadamente, por tener todavia mucha cuerda á su disposicion, pudo avanzar libremente. El oso, enderezándose, y separando sus largas piernas como para cogerlo, dió un salto enorme y vino á caer á sus pies.

Alejo, acostumbrado á salir triunfante de estas maniobras, evitó el golpe echándose atrás, y como el animal se disponia á tomar aliento para repetir su salto, se lanzó sobre él á su vez, y al mismo tiempo que con la mano derecha le enlazaba fuertemente el nudo corredizo, con la izquierda le asentó sobre el ho-

cico un vigoroso golpe para obligarle á retirarse y asegurar la eficacia del nudo. Reculando en sentido opuesto á la cuerda, comenzó con una destreza maravillosa á dar vueltas al rededor de su víctima, evitando al mismo tiempo su alcance, y picándole de tiempo en tiempo con su puñal. El oso no tarda en sentir los dolores atroces de la estrangulacion, y á veces hace esfuerzos terribles por romper la cuerda. Escitado como lo estaba, la lucha no podia ser de larga duracion. En efecto, despues de algunos minutos de saltos y de confusiones, se dejó caer en el suelo como una masa inerte, con los ojos ensangrentados, y las patas contraidas. Alejo lo concluyó de matar de una puñalada.

Nosotros nos estuvimos inmóviles: semejante intrepidez sobrepujaba á cuanto habiamos visto hasta entonces. Debo añadir, sin embargo, que el drama no habia concluido, y que iba á trabarse una nueva lucha cien veces mas terrible que la que acabábamos de presenciar.

Apenas nos habiamos reunido en torno del vencedor, cuando sonó á nuestros oidos un grito alarmante. Volvimos simultánea y espontáneamente la vista, y á corta distancia de donde nos hallábamos vimos otro oso, la hembra del que acababa de morir, que habiendo oido los rugidos del macho, acudia en su auxilio. El aspecto de la fiera era magníficamente horroroso; su mirada chispeante de cólera, las contracciones de su entreabierta boca, y lo erizado de su lana, le daban cierta semejanza con la hiena.

Alejo comprendió al simple golpe de vista la estension del peligro que nos amenazaba, porque sabia que las primeras balas dirigidas contra estas fieras no bastan para contener su ímpetu, y tenia poca confianza además en la puntería que puede hacerse en tales casos.

Colocándose, pues, delante de nosotros, nos dijo que diéramos algunos pasos atrás, añadiendo.—«Suceda lo que suceda, no tireis!» En efecto; proponíase luchar cuerpo á cuerpo con el animal, y hubiera sido fácil herirle haciendo fuego. Volvimos, por lo tanto, á aceptar el papel de espectadores pasivos del drama horrible que iba á comenzar.

¡Qué figura tan sublime era la de Alejo en aquel instante! Pálido de sorpresa, no de espanto, sus rasgados ojos despedian rayos de luz: tal vez no habia tropezado en toda su vida con una fiera tan temible. Con la rapidez del relámpago cogió una escopeta, y apuntando al brazuelo del animal tiró del gatillo; pero fuese precipitacion, fuese que no apuntara bien, no hizo mas que herir á la fiera, lo cual aumentó su furor.

La primera idea que tuvo Alejo al ver que habia errado el tiro fue retroceder; pero avergonzado sin duda de este primer movimiento, mantúvose á pie firme, y cogiendo su arma por el cañon, avanzó resueltamente al encuentro del oso, y le asestó en la cabeza tan violento culatazo, que la culata se hizo astillas. El oso quedó medio aturdido del golpe, pero no cayó en tierra, y quedaba por hacer lo mas difícil.

Alejo se habia olvidado de coger el puñal; pero viendo que le era imposible retroceder adoptó una resolucion sobrehumana, que fue la de aspirar á sofocar con sus brazos á la fiera, saltando encima de ella por un movimiento en falso que hizo.

Durante algunos segundos la lucha ofreció un espectáculo espantoso: no se oia mas que el ruido de las repiraciones del hombre y del animal, y el rumor horrible producido por las uñas de la fiera en las espaldas de su adversario, de las cuales brotaba la sangre á chorros. Estimulado Alejo por el instinto de conservacion y por los dolores, hizo esfuerzos prontos, inauditos, para sofocar al animal, pero en vano. Nosotros no nos atreviamos á avanzar, y no podiamos hacer otra cosa que animarle con nuestras voces. En esta lucha encarnizada, el cazador logró por fin hacer que la fiera retrocediese hácia un hoyo, y empujándola violentamente para que cayera de espaldas, lo consiguió, teniendo la fortuna de que se rompiese el espinazo. Ya era tiempo, porque el vencedor y el vencido rodaron simultáneamente al fondo de la escavacion, y á duras penas logramos librar á Alejo de entre las garras de su formidable enemigo, el cual, aunque en mal estado, tenia todavía gran fuerza.

Nuestro héroe cayó desfallecido, y permaneció asi mucho tiempo antes de volver en sí: le desabrochamos para detener la sangre que brotaba á torrentes de sus heridas. Siendo muy gruesa la piel de cabra de que estaba cubierto, las uñas del animal no habian hecho mas que desgarrarle bastante profundamente la piel. Alejo, vuelto á la vida, pareció confuso, al ver las pruebas de interés de que era objeto. Le colocamos en nuestro carruage, pues no podia tenerse en pie, y los osos atados á ramas de árboles, y conducidos por los campesinos, nos seguian.

Todo el mundo corrió á recibirnos á nuestra entrada en el lugar. Los aldeanos que nos seguian construyeron apresuradamente un trineo de madera, y colocaron en él los osos. Todos felicitaban al pobre Alejo; nosotros hicimos inmediatamente una colecta en su favor, y su señor, en premio de su bravura, le concedió en seguida la libertad. Despues he sabido que este valiente no habia querido abandonar á sus parientes y amigos, y que habia permanecido en su pais, en donde continuaba sus valerosas aventuras, que le valieron el sobrenombre de *matador de osos*.

UN VIAJERO.

Costumbres orientales.

EL MODERNO HAROUN-AL-RASCHID.



El siguiente hecho histórico, á pesar de su indudable autenticidad, parece uno de aquellos deliciosos episodios que tanto han embelesado nuestra niñez en las páginas de las *Mil y una noches*.

En el distrito de Ferdj' Onah, Argelia, (que significa *hermoso pais)* vive un gefe árabe llamado Bou-Akas ben-Achour. Tambien se le conoce por el sobrenombre de *Bou-Djenoni* (el hombre del cuchillo), y puede ser considerado como tipo del árabe oriental. Sus antepasados conquistaron á Ferdj' Onah, pero él ha tenido que reconocer la soberanía de Francia pagándole un tributo de 80,000 francos al año. Sus dominios se estienden desde Milah á Rabuah, y desde la estremidad meridional de Babur hasta cerca de dos leguas de Gigeli. Tiene cuarenta y nueve años de edad y usa el traje de los Rahiles, es decir, una *gandura* de lana sujeta con un cinturon de cuero. Usa en este un par de pistolas, lleva ademas el *fisa*, de los Rahiles, y suspendido al cuello un cuchillo negro de pequeñas dimensiones.

Cuando sale, le precede un negro que lleva su escopeta, y un enorme galgo le acompaña. Ejerce el poder absoluto sobre doce tribus; y si algun pueblo vecino se atreve á hacer una incursion en su territorio, Bou-Akas pocas veces se digna marchar en persona contra él. Limítase á enviar á su negro á la poblacion principal. Este enviado enseña la escopeta de su amo, y la agresion queda inmediatamente reparada.

Tiene á sueldo doscientos ó trescientos tolbas que leen el Coran al pueblo. Todo peregrino que vá á la Meca y que pasa por Fernj' Onah, recibe tres francos, y puede permanecer el tiempo que guste disfrutando de la hospitalidad de Bou-Akas. Pero cuando el gefe descubre que ha sido engañado por un finjido peregrino, inmediatamente despacha emisarios en busca del impostor, los cuales, en cuanto lo encuentran lo derriban en tierra y le aplican cincuenta palos en las plantas de los pies.

Bou-Akas da algunas veces de comer á trescientas personas á la vez; pero en lugar de participar del banquete, se pasea al rededor de las mesas con un baston en la mano, cuidando de que los sirvientes atiendan á los convidados con todo esmero. Despues, si queda alguno, come, pero no antes que hayan concluido los demas.

Cuando el gobernador de Constantinopla, único cuyo poder reconoce, le recomienda un viajero, Bou-Akas, segun la categoria de éste y la clase de recomendacion, le da su escopeta, su perro ó su cuchillo. Si es la escopeta, el viajero se la echa al hombro; si es el perro, lo lleva atado con una cuerda; y si el cuchillo, se lo suspende al cuello: con cualquiera de estos poderosos talismanes, cada uno de los cuales tiene una categoria distinta, el forastero puede atravesar toda la region de las doce tribus, no solamente sin correr el menor riesgo, sino que como huesped de Bou-Akas es tratado en todas partes con la hospitalidad mas lisonjera. Cuando el viajero está próximo á salir del territorio, entrega la escopeta, el perro ó el cuchillo al primer árabe que encuentra. Si el árabe está cazando, abandona la caza; si está en las faenas del campo, abandona el arado, y co-

giendo el precioso depósito se apresura á llevárselo á Bou-Akas.

El cuchillo de mango negro es tan conocido, que de él se deriva el sobrenombre de Bou-Djenoni, *el hombre del cuchillo*, aplicado á su poseedor. Con este instrumento suele cortar cabezas, siempre que se encuentra dispuesto á ejecutar esta agradable operacion con sus propias manos.

Cuando Bou-Akas empuñó las riendas del gobierno, el pais estaba inundado de ladrones: pero él dió pronto en el medio de estirparlos. Disfrazábase como si fuese un pobre mercader, y dejaba caer un duro en el suelo cuidando de no perderlo de vista. Si la persona que recogia el duro se lo metia en el bolsillo sin decir nada, y pasaba adelante, Bou-Akas hacia una seña á su *chinaux*, que lo seguia disfrazado tambien y conocia la voluntad de su amo, y este funcionario se presentaba inmediatamente y decapitaba al ladron.

Gracias á este rápido método de administrar justicia, se ha hecho proverbial entre los árabe decir que un niño podria atravesar la region en que Bou-Akas impera, con una corona de oro en la cabeza sin que nadie pensase en tocarla.

El gefe respeta mucho á las mugeres, y tiene mandado que cuando estas van á los pozos á sacar agua, vuelvan la cara á otro lado los hombres que las encuentren en el camino.

Deseando un dia averiguar si se cumplian sus órdenes, salió disfrazado, y encontrándose con una hermosa doncella árabe que iba al pozo, se acercó á ella y la saludó.

La doncella lo miró asombrada y le dijo:

—Vete, estrangero, que no sabes el riesgo que corres.

Y cuando Bou-Akas insistió en hablarle, añadió:

—Necio, ¿no sabes que estás jugando la vida? ¿No sabes que estás en el pais de Bou-Djenoni, que hace respetar á las mugeres?

Bou-Akas es muy severo en sus prácticas religiosas; nunca descuida sus oraciones ni sus abluciones, y tiene cuatro mugeres, que es el número que permite el Coran. Habiendo oido decir que el cadí de una de sus doce tribus administraba justicia de una manera admirable, y pronunciaba sentencias dignas del mismo Salomon, Bou-Akas, como otro Haroun-al-Raschid, resolvió convencerse por sí mismo de la verdad de esta noticia.

Con este fin, vestido como un simple particular, sin armas ni acompañantes, salió montado en un dócil potro árabe para la ciudad del cadí.

Llegó, y entraba apenas por la puerta cuando un baldado lo detuvo agarrando la estremidad de su albornoz, y le pidió limosna en nombre del profeta. Bou-Akas le dió algun dinero, pero el tullido no lo soltaba.

—¿Qué mas quieres? le preguntó el soberano; ¿no te he dado ya limosna?

—Sí, replicó el mendigo, pero la ley no solo dice: «darás limosna á tu hermano» sino tambien: «harás por tu hermano todo lo que puedas.»

—Bien, y ¿qué puedo hacer por tí?

—Puedes librar á este pobre impedido que se arrastra por el suelo, de que lo pisen los hombres, los caballos, los camellos y las mulas, lo cual me sucederia infaliblemente al atravesar por la plaza á donde tengo que ir, y donde se celebra ahora una gran feria.

—¿Y cómo puedo librarte?

—Llevándome á las ancas, y bajándome cuidadosamente en la plaza del mercado en donde tengo un negocio que despachar.

—Asi sea, replicò Bou-Akas. Y bajándose del caballo ayudó al tullido á sentarse en las ancas, operacion que no se verificó sino con mucha dificultad.

Tan estraña pareja llamó mucho la atencion de todos al atravesar por la multitud que poblaba las calles. Por fin llegaron á la plaza del mercado.

—¿Aquí es donde quieres detenerte? preguntó Bou-Akas.

—Sí, respondió el tullido.

—Pues bien, te ayudaré á apearte.

—Tú eres el que te vas á apear.

—¿Y para qué?

—Para dejarme el caballo.

—¿Para dejarte mi caballo? ¿Qué significa esto?

—Significa que este caballo me pertenece. ¿No sabes que estamos ahora en la ciudad del cadí justo, y si llevamos el pleito á su presencia sentenciará en mi favor?

—¿Y por qué razon, puesto que el animal es mio?

—¿No crees que cuando nos vea á los dos, tú con tus miembros sanos y fuertes que Alha te ha dado para que puedas andar, y yo con mis débiles piernas y mis pies retorcidos, ha de mandar que se entregue el caballo á quien mas lo necesita?

—Si asi lo hiciese no seria el cadí justo, replicó Bou-Akas.

—¡Oh! en cuanto á eso, replicó el tullido riéndose, aunque es justo no es infalible.

—Bien, pensó el gefe, esta será una escelente acasion para juzgar al juez. Y en seguida añadió en voz alta: Estoy satisfecho; iremos á presentar el pleito al cadí.

Llegaron al tribunal, donde el juez, segun la costumbre de Oriente, estaba administrando justicia en público, y vieron que habia dos causas pendientes antes de la suya.

El primer pleito era entre un *talebó* sabio y un campesino. El objeto que se litigaba era la muger del *talebó*, á quien el campesino habia robado, y que aseguraba ser

suya propia en las barbas del filósofo, que pedia su devolucion.

La muger, cosa rara y pocas veces vista, se encerraba en el mas obstinado silencio, y no queria declarar en favor de ninguno de los dos, circunstancia que hacia muy difícil la decision. El juez escuchó á ambas partes con atencion suma: reflexionó un momento, y luego dijo: «Quédese la muger aquí, y volved los dos mañana.

El sabio y el campesino hicieron un profundo saludo y se retiraron. En seguida se vió la otra causa.

Versaba esta sobre una disputa entre un carnicero y un aceitero. Este aparecia cubierto de aceite, y aquel con algunas manchas de sangre en el vestido.

El carnicero fue el primero que habló.

—Fuí á comprar aceite á este hombre, dijo, y para pagarle saqué un puñado de dinero. La vista de este le hizo caer en tentacion. Cogióme por la muñeca, grité, pero no me quiso soltar, y hemos venido aquí, yo conservando el dinero en la mano, y él sin soltarme el brazo. Juro por el profeta que este hombre miente cuando dice que le robé su dinero, porque el dinero es mio.

En seguida habló el aceitero.

—Este hombre vino á comprarme aceite. Cuando tuvo llena la botella, me preguntó si tenia cambio de una moneda de oro. Yo saqué un puñado de dinero, que coloqué en un banco de mi tienda: se apoderó de él, y se marchaba con mi dinero y con mi aceite, cuando lo cogí por el brazo y me puse á gritar: ¡Ladrones! A pesar de mis gritos, sin embargo, no quiso soltar el dinero, y por eso lo he traido á tu presencia para que resuelvas. Juro por el profeta que este hombre miente cuando dice que le quiero robar su dinero, porque el dinero es mio.

El cadí mandó repetir á los dos su historia, pero ninguno varió en un ápice su version anterior. Reflexionó un momento, y dijo: «Dejadme el dinero y volved mañana.»

El carnicero colocó las monedas, que no habia soltado un instante, en el manto del cadí, y en seguida él y su adversario hicieron un profundo saludo al tribunal y se retiraron.

Llegaba ahora el turno de Bou-Akas y el tullido.

—Cadí, dijo el primero, he venido aquí de un pais remoto con objeto de comprar algunas mercancías. En la puerta de la ciudad me encontré con este tullido, que primero me pidió una limosna, y luego que lo dejase montar á las ancas de mi caballo, para que no lo pisotease la multitud. Consentí en ello; pero cuando llegamos á la plaza del mercado, no quiso apearse alegando que el caballo era suyo, y que tú se lo adjudicarias al que lo necesitase mas. Esta es la verdad del caso, y lo juro por Mahoma.

—Señor, respondió el tullido, cuando venia yo al mercado para mis asuntos particulares, montado en este caballo, que es mio, ví á este hombre sentado al lado del camino, y medio muerto de cansancio. Con la mayor bondad le ofrecí si queria montar á la grupa, y aceptó el ofrecimiento con muestras de gratitud. Pero, ¡cuál seria mi asombro cuando al llegar no quiso apearse, y dijo que el caballo era suyo! Inmediatamente lo requerí para que compareciese ante tu presencia, á fin de que resuelvas la cuestion. Esta es la verdad del hecho, y lo juro por Mahoma.

Hizo repetir su version á ambos, y despues de reflexionar un momento el cadí dijo: «Quede aquí el caballo y volved mañana.»

Así se hizo, y Bou-Akas y el baldado se retiraron por distintos caminos. Al dia siguiente, muchas personas, ademas de las que tenian en los juicios un interés directo, se reunieron para oir las sentencias.

El *talebó* y el campesino fueron los primeros llamados.

—Llévate á tu muger, dijo el cadí al primero de los dos, y te aconsejo que en adelante tengas mas cuidado con ella.

Y luego volviéndose á su *chinaux*, añadió, señalando al campesino: «Dale á ese hombre cincuenta palos.»

Obedecióse en el acto, y el *talebó* se marchó con su muger.

En seguida se presentaron el carnicero y el aceitero.

—Aquí tienes tu dinero, dijo el cadí al primero de los dos; llévatelo, porque es realmente tuyo y no del otro.

Y en seguida, señalando al aceitero, dijo á su *chinaux*: «Dále cincuenta palos.»

Hízose, y el carnicero se marchó triunfante, llevándose su dinero.

Llamóse la tercera causa, y Bou-Akas y el tullido se acercaron.

—¿Reconocerias á tu caballo entre otros veinte? preguntó el juez á Bou-Akas.

—Si señor.

—¿Y tú?

—Indudablemente, replicó el tullido.

—Sígueme, dijo el cadí á Bou-Akas.

Entraron en una gran cuadra, Bou-Akas indicó cual era su caballo entre otros veinte, colocados unos al lado de otros.

—Está bien, dijo el juez. Vuelve al tribunal y enviame á tu adversario.

El disfrazado jefe obedeció, y el tullido se marchó á la cuadra con cuanta prontitud consentian sus desfigurados miembros. El tullido era listo y tenia buena memoria, de manera que sin vacilar un instante pasó la mano por el anca del caballo cuya posesion se disputaba.

—Está bien, dijo el cadí; vuelve al tribunal.

Lúnes 2 de Agosto.

El cadí volvió á colocarse en su puesto, y cuando llegó el tullido pronunció su sentencia.

—El caballo es tuyo, dijo á Bou-Akas; vete á la cuadra y llévatelo. Y en seguida dijo al *chinaux:* Dale á ese tullido cincuenta palos.»

Asi se hizo, y Bou-Akas se fue á tomar posesion del animal.

Cuando el cadí, terminados los asuntos del dia, se retiraba á su casa, se encontró con Bou-Akas que lo estaba esperando.

—¿No estás satisfecho con mi sentencia? le preguntó el juez.

—Al contrario, respondió Bou-Akas; pero deseo saber qué inspiracion te ha servido para administrar justicia, porque no dudo que los otros dos casos fueron tan equitativamente resueltos como el mio. No soy un mercader; soy Bou-Akas, jefe de Ferdj'Onah, y quise juzgar por mí mismo si era cierto lo que se contaba de tu sabiduría.

El cadí se inclinó hasta el suelo y besó la mano á su señor.

—Deseo con impaciencia saber las razones en que fundaste tus resoluciones, dijo el jefe.

—Nada puede ser mas sencillo. Vuestra alteza vió que hize depositar en mi poder las tres cosas cuya posesion se disputaba.

—En efecto.

—Pues bien, por la mañana temprano hice llamar á la muger, y le dije de repente: «Pon tinta nueva en mi tintero.» Como quien ha hecho lo mismo cien veces, cogió la botella, quitó el algodon, lavó ambas cosas, volvió á colocar el algodon en su sitio y echó la tinta, haciéndolo todo con la mayor prontitud y destreza. Entonces dije para mis adentros: La muger de un campesino no debe saber manejar un tintero. Indudablemente pertenece al *talebó.*

—Bien, dijo el jefe; ¿y el dinero?

—¿Observásteis que las manos y el vestido del aceitero estaban llenos de aceite?

—Es cierto; lo observé.

—Pues bien, tomé el dinero y lo puse en una vasija llena de agua. Esta mañana la examiné y no habia ni una partícula siquiera de aceite en la superficie. De modo que me dije á mi mismo: «Si estas monedas perteneciesen al aceitero, al tomarlas en la mano las hubiera untado de aceite; y como no es así, debe ser cierto lo que el carnicero dice.

Bou-Akas inclinó la cabeza en señal de aprobacion.

—Está bien, dijo; pero ¿y mi caballo?

—Este era asunto de otra especie, y confieso que hasta esta mañana me hallaba muy perplejo y muy indeciso sobre la manera de resolver.

—El tullido, supongo, no conoceria al animal.

—Al contrario, lo conoció inmediatamente.

—¿Cómo, pues, pudiste descubrir que no era él el dueño?

—Mi objeto al llevaros separadamente á la cuadra no era ver si conociais al caballo, sino observar si el caballo os conocia. Ahora bien, cuando vuestra Alteza se acercó al caballo volvió la cabeza, bajó las orejas y dió un relincho de satisfaccion; pero cuando lo tocó el tullido, se preparó á dar coces. Entonces conocí por la indicacion del animal mismo cual era su verdadero dueño.

Bou-Akas reflexionó un instante y luego dijo:

—Alhá te ha concedido grandes tesoros de sabiduria. Tú deberias ocupar mi puesto y yo el tuyo. Y sin embargo no sé; porque tú eres ciertamente digno de ser gefe de mis doce tribus, pero yo me temo que desempeñaria muy mal el oficio de cadí.

E. H.

CAIDA DEL DICTADOR ROSAS.



Uno de los acontecimientos históricos mas notables que han ocurrido en estos últimos meses ha sido la estrepitosa caida del gobernador de Buenos-Ayres, el Dictador Rosas. Hombre este dotado de raras cualidades, habia conseguido valiéndose de toda clase de medios, hasta los mas atroces, afirmar por muchos años su dominio en las márgenes del Plata; soberbio con su poder, y con el servil vasallage á que habia reducido sus partidarios, llegó á creerse capaz de atreverse á todo, y conseguirlo todo en los miserables pueblos sometidos á su tirania, sin respetar tampoco á las naciones extrangeras, aun á aquellas mas poderosas y temibles. No es nuestro intento hacer la historia de su gobierno, bien conocida por lo demas de la parte acá de los mares, porque tambien lo malo tiene el triste privilegio de ocupar á la Fama; y los hechos del caido gobernador de Buenos-Ayres, han sido de tal naturaleza que han hecho su nombre famoso, pero de esa fama odiosa que sirve de baldon y no de honra.

Pero dejemos á la historia el cuidado de juzgarlo competentemente en todos sus actos; nuestro intento al ocuparnos de él, es solo consignar en las páginas de la *Revista* el fin de su dominacion y los principales sucesos de la corta campaña que derrumbó su poder, ficticio, como lo son siempre los poderes que no se fundan en la justicia, en la ley y en el amor de los gobernados; ilustrando tambien estas líneas con el retrato del gobernador de la provincia de Entrérios el general D. Justo J. de Urquiza, y el paso del rio Paraná por las fuerzas confederadas para derribar el poder de Rosas.

El general D. Justo J. de Urquiza, gobernador de la provincia de Entrerios, que se ha hecho notar en aquel gobierno por su prudencia y estricta legalidad, y que á su conocimiento de los negocios públicos une buenos talentos militares, despues de haber contribuido á la pacificacion del Estado Oriental, pensó en librar á la República Argentina del tirano que la gobernaba á su capricho, sin freno de ninguna clase, llegando á hacer se le diese el título de gefe supremo de la república; para combatir al Dictador contaba el general Urquiza, con la cooporacion del Brasil y de las provincias de Corrientes y del Estado Oriental, con cuyas fuerzas coligadas no temió ir á hacerla la guerra en el mismo centro de su poder.

Al efecto, despues de emplear el mes de Noviembre de 1851 en organizar los cuerpos de su egército, y preparar convenientemente todos los elementos de guerra para abrir la campaña, se puso en movimiento con direccion al rio Paraná.

El punto de reunion señalado á los diferentes contingentes de fuerzas con que iban á contribuir á esta guerra las provincias confederadas fue el del Diamante, que en los planos geográficos está designado con el nombre de Punta Gorda, y á el llegó tambien el general Urquiza con su estado mayor el dia 19 de Diciembre.

Una division brasileña habia partido ya de la colonia y subió el Paraná, conducida parte de ella en buques de la escuadra imperial al mando del almirante Grenfell. El canal del rio Paraná pasa en varios puntos á tiro de pistola de las costas pertenecientes á las provincias de Buenos-Ayres y Santa Fé; y era de temer que Rosas hubiese organizado en estas costas medios adecuados de resistencia para impedir la navegacion; tanto mas cuanto que ésta era una operacion necesaria, y los gene-

rales rosistas Echagüe y Mancilla ocupaban con sus divisiones varios puntos de la costa. El almirante Grenfell resuelto á forzar el paso navegaba dispuesto á sostener el combate, pero pasó sin ver enemigos la vuelta de Obligado, sitio el mas á propósito para establecer baterias. El general Mancilla habia elegido las Barrancas de Acevedo, frente á las islas de Tonelero para hacer un atrincheramiento, defendido por fuerzas considerables de infantería y caballería, y en el cual 16 piezas de artillería y hornallas de bala roja. En esta posi-



EL GENERAL URQUIZA.

cion rompió el fuego de cañon y fusil sobre los buques imperiales que pasaron por su frente á medio tiro de fusil, contestaron sus fuegos, sin recibir daño de consideracion; pues solo tuvo la escuadra cuatro muertos y tres heridos.

Tampoco hallaron resistencia en Ramallo, mas al llegar al Rosario y Espinillo, lugares ocupados por la division del general Echagüe, aparecieron sobre la ribera varios cuerpos de infantería y caballería estendidos en líneas en tiradores, pero viendo el almirante Grenfell que no hacian estos uso de sus armas, dió vivas á la Confederacion Argentina, á la libertad y á la

caida del tirano, que fueron bien recibidos por los gefes y tropas de la ribera, lo que dió á conocer cuan dispuestas estaban á la defeccion las tropas de Rosas, lo que debia facilitar la campaña que con tan felices auspicios empezaba.

El 19 llegó al Diamante con los vapores el almirante Grenfell habiendo dejado el resto de su escuadra apostado frente al Tonelero. El general Urquiza tuvo una conferencia con él, y combinado el plan de operaciones el ejército empezó á pasar el Paraná el dia 23, y el 24 de madrugada el general Urguiza pisó la margen derecha del rio, despues de trasladadas á ella todas sus tropas.

He aquí el parte dado de este paso:

»*Egército grande de Sud-América.*—¡Viva la Confederacion Argentina!—Cuartel general en el Diamante 25 de Diciembre de 1851.—El sol de ayer ha iluminado uno de los espectáculos mas grandiosos que la naturaleza y los hombres pueden ofrecer; el pasage de un gran rio por un grande egército.

»Las alturas de Punta Gorda ocupan un lugar prominente en la historia de los pueblos argentinos. De este punto han partido las mas grandes oleadas políticas que los han agitado. De aqui partió el general Ramirez, de aquí el general Lavalle defendiendo principios políticos distintos. De aquí se lanza ahora el general Urquiza al grito de Regeneracion de poblaciones en masa, y ayudado de naciones que piden paz y seguridad.

»La villa del Diamante ocupa uno de los sitios mas bellos del mundo. Desde sus alturas escalonados en planos ascendentes la vista domina un vasto panorama; masas ingentes de las plácidas aguas del Paraná, planicies inconmensurables en las vecinas islas, y en el lejano horizonte brazos del grande rio, y la costa de Sta. Fe, punto de partida de la gran cruzada de los pueblos argentinos.

»Animaban la escena del paso de las divisiones de vanguardia la presencia de los vapores de la escuadra brasileña, y la llegada de las balsas correntinas, construidas bajo la hábil direccion de Don Pedro Ferré, y capaces de tener en su recinto, circundado de una estacada, cien caballos.

«Al amanecer del dia 23 todo era animacion y movimiento en las alturas del Diamante, en la ribera, en los buques y en las aguas.

»En los paises poco conocedores de nuestras costumbres, el juicio se resiste á concebir, como cinco mil hombres, conduciendo diez mil caballos, atravesaron á nado en un solo dia el Uruguay, en una estension de mas de una milla de ancho, y sobre una profundidad que da paso á vapores y buques de calada.

»En medio de la variada escena del paso del Paraná descubrióse al Sud el humo de nuevos vapores que llegaban conduciendo tropas; y poco despues túvose noticias que el general Mancilla habia abandonado los acantonamientos de Ramayo, dejando clavados los cañones que guarnecian el Tonelero. Los entusiásticos vivas de la poblacion del Rosario saludaron á su paso á nuestros auxiliares, y varios oficiales del desconcertado egército de Rosas, obtuvieron pasage en los vapores para reunirse á nuestras fuerzas.

»Esta vez el auxilio del vapor mismo hacia innecesarios esfuerzos tan prodigiosos. Embarcaciones menores pasaban de una á otra orilla los batallones de infantería en grupos pintorescos que matizaban de vivisimo rojo la superficie brillante de las aguas. El vapor Don Pedro de ligerísimas dimensiones remolcaba las balsas cargadas de caballos; pero aun no satisfecha la actitud del general en gefe con estos medios, centenares de nadadores dirigian el paso de tropas, de caballos, cuyas cabezas se diseñaban apenas, como pequeños puntos negros que interrumpian en líneas transversales la tersura del rio. Por horas enteras veiase algun nadador luchando con un solo caballo obstinado en volver atras á la mitad del canal, mientras que el espectador se reposaba de la fatiga que causa el espectáculo de tan peligrosos esfuerzos, al divisar en la opuesta orilla los caballos que tomaban tierra, los batallones que desplegaban al sol sus tiendas, y allá en el horizonte los rojos escuadrones de caballería, que desde temprano avanzaban, perdiéndose de vista en la verde llanura de las islas.

»Daba impulso á aquel estenso y variado campo de accion la mirada eléctrica del general en gefe que situado en una eminencia dominaba la escena, inspirando arrojo á los unos, y á todos actividad y entusiasmo.

»El 24 á las tres de la mañana, el general Urquiza se hallaba en la ribera occidental dando las disposiciones necesarias para marchar sobre el enemigo. La operacion militar que arredra á los mas grandes capitanes está pues ejecutada, y el pasage del Paraná realizado por un grande egército y por medios tan diversos, será considerado por el guerrero, el político, el pintor ó el poeta como uno de los sucesos mas sorprendentes y estraordinarios de los tiempos modernos."

No bien se verificó el paso de este rio, siguió el egército aliado al mando de Urquiza su marcha victoriosa, sin encontrar apenas enemigos con quienes combatir. Poblaciones enteras le saludaban como á su libertador, y de las divisiones de Rosas se desbandaba gran número de soldados. Mientras tanto Rosas procuraba allegar defensores, sin atreverse á salir al encuentro de su adversario; y hasta el 3 de Febrero que se dió la batalla de los Santos Lugares, dia que acabó la dominacion del opresor de la república Argentina, nada ocurrió de notable. Acaso Rosas te-

nia el presentimiento que habia sonado la hora de su caida, cuando bien á las claras procuraba dilatar el momento de librar su suerte á los azares de una batalla, pues no podia ocultársele que no eran sus soldados faltos de entusiasmo y sin fe en la causa que defendian, los que podian contraprestar el ímpetu de los que ademas del ánimo que da la justicia, tenian á su favor el que engendra la victoria. A Rosas no podia dejar de impresionarle vivamente que Urquiza sin mas recursos que los que podia ofrecerle la provincia de Entrerios, se hubiese lanzado en 1.° de Mayo de 1851 á la grande empresa de salvar y constituir la república Argentina; habiendo ya pacificado el Estado Oriental, y aniquilado allí su poder en la batalla del Cerrito, y temia que en otra completase su obra.

Así, en efecto debia suceder. El general Urquiza, llegó al fin á dar frente al campamento de Rosas, en el que parece se hallaba éste en persona; y á las seis de la mañana del dia 3 empezó la batalla, llamada de los Santos Lugares, que terminó á las diez. El primer choque fue á legua y media afuera de los Santos Lugares, en que atacada la



PASO DEL RIO PARANA.

caballería de Rosas por la de Urquiza, quedó aquella completamente derrotada. Replegaronse los restos de ella sobre la infantería y artillería, pero avanzando sobre ellos las tropas de Urquiza en breve envolvió las fuerzas enemigas obligándolas á rendir las armas.

Cerca de 4000 muertos se supone que hubo en esta recia aunque corta batalla, y por un momento se creyó que Rosas se contaba entre ellos. Pero no fue asi, pues disfrazado, y acompañado de su hija, y de algunos pocos de sus mas íntimos, huyendo del campo de batalla ganó la costa y se acogió á bordo de un buque ingles.

Mientras tanto su cuñado el general Mansilla, que se habia retirado á Buenos-Ayres, procuraba aunque en vano, organizar algunos medios de resistencia; pero no bien llegó á su noticia la derrota del egército de Rosas, cuando conoció que todo estaba perdido. Llegaron á bandadas los dispersos, y por un momento reynó la mayor confusion en la ciudad: la soldadesca desenfrenada, quiso entregarse al saqueo en la ciudad misma, que no habia sabido defender, pero la actitud del ve-

indario y la pronta llegada de las fuerzas del general Urquiza hicieron que todo entrase en órden con muerte de muchos de aquellos desalmados.

De esta suerte en menos de dos meses, y casi sin haber hecho el general Urquiza mas que presentarse al frente de las fuerzas confederadas, dió la paz á la república Argentina, Derribando al dictador que por tantos años la habia abrumado con su tiránico poder, que tanta sangre y lágrimas habia hecho derramar, y que refugiado hoy en un pais estrangero, aprenderá aunque tarde, á conocer lo que no le habian enseñado antes las grandes lecciones de la experiencia que se hayan consignadas en la historia; esto es, el que los poderes que pretenden sostenerse por medios violentos é injustos, temprano ó tarde sucumben al embate de los odios que han concitado contra si, siendo destruidos por sus mismos desafueros.

S. C.

LA MONJA NEGRA.

ANECDOTA HISTORICA.



En el año de 1642 residia en la calle oscura y tortuosa de la Fanniere, en Colonia, y á corta distancia de la Catedral, una pobre muger conocida únicamente por el nombre de Maria Mariana. Vivia con una criada anciana, en una casa estrecha, vieja, ruinosa y mal construida. Su habitacion se componia de dos cuartos, uno en el piso principal y otro en el segundo, cuyo único medio de comunicacion era una escalera de piedra tambien arruinada. Cada cuarto tenia una ventanita con vidrios pequeños engastados en plomo. No podia darse cosa mas miserable que el aspecto y los muebles de estos aposentos. Dos catres de pino con colchones cubiertos de gerga gruesa, dos pobres mesas, media docena de sillas de madera blanca y paja, y algunos utensilios de cocina, componian todo el ajuar de la anciana de Colonia.

Maria Mariana, á juzgar por las muchísimas arrugas de su cara, debia tener cuando menos sesenta años. Sin embargo, aun se hallaban en su semblante vestigios de una estraordinaria hermosura. Sus facciones denotaban un carácter noble; sus modales mucha dignidad, y sus ojos negros, á pesar de su edad, conservaban vivísima espresion: ademas, su lenguaje, su estilo y tono, no solo indicaban que conocia la alta sociedad, sino tambien que estaba acostumbrada á dominarla. Viviendo enteramente retirada; huyendo del mundo y especialmente de la conversacion de sus vecinos, jamás salia de casa, á no ser que algun asunto de importancia la obligase á ello. Toda su riqueza consistia en una corta pension que percibia regularmente cada seis meses, y cuya procedencia se ignoraba.

La estremada soledad en que pasaba la vida, llamó la atencion de los habitantes del pais. Solo la llamaban LA MONJA NEGRA en la calle donde vivia. Sin embargo, sus modales, su reserva y particularmente las huellas de un dolor profundo, que se notaban en sus facciones, habian inspirado tal respeto hácia ella, que cuando aparecia en la calle, no habia un muchacho en la parroquia que no se quitara su gorro al verla pasar.

Ninguna familiaridad existia entre Maria Mariana y la vieja Brígida su criada; Maria se encerraba por lo regular en su cuarto con su costura, mientras Brígida quedaba en el de arriba, ocupada en guisar ó hilar cuando tenia cáñamo. Así vivian estas dos mugeres completamente aisladas del mundo y una de otra. En el invierno para economizar el gasto de dos lumbres, María Mariana permitia que su criada estuviese en su cuarto. En un rincon se ponia la criada con su torno, y al otro lado el ama, sentada en un sillon forrado de cuero y con un respaldo alto. De este modo

pasaban juntas las largas veladas de la estacion sin hablarse una palabra.

Si á veces el ama se hallaba dispuesta á tener un rato de conversacion era para preguntar á la vieja criada algunos pormenores de su familia.

—Brígida, la preguntó una noche, ¿has tenido carta de tu hijo?

—No, señora, y sin embargo el correo de Frankfort ha llegado esta mañana.

—¡Lo ves, Brígida! el contar con el cariño de los hijos es una verdadera locura. No eres la primera madre que tiene que quejarse de su ingratitud!

—Pero, señora, José no puede ser nunca ingrato, quiere á su madre, y me ha dado ya pruebas de ello. Si no me ha escrito, habrá sido únicamente porque no tendrá nada nuevo que decirme. No debemos ser demasiado severas con nuestros hijos.

—¡Severas! ciertamente que no, pero ¿no tenemos derecho á su sumision y respeto?

—Por lo que á mí hace querida señora, jamás he deseado otra cosa que el cariño de mi hijo, y á la verdad, hasta ahora no me ha dado ningun motivo de queja.

—Yo te felicito, Brígida, contestó María Mariana suspirando profundamente, yo te felicito, porque yo... ¡ay de mí! Yo tambien soy madre: y ¡que madre podia haber sido mas feliz! ¡Tres hijos!... ¡Tres hijos! ¡Fortuna, esplendor, grandeza para todos! Y sin embargo, mírame abandonada .. olvidada... y la miseria!... Considerándose ellos desgraciados si les recuerdo que existo. ¡Oh! ¡cuán feliz eres, Brígida si Dios te ha dado un hijo bueno, tierno, cariñoso! Yo no he hallado en los mios mas que ingratitud y desden.

—¡Pobre madre! esclamó Brígida. Pues mi José es tan tierno como agradecido.

—Me desgarras el corazon, Brígida!... Pero mudemos de conversacion, pues no hacemos mas que renovar la agonía de mis angustiosas penas: he sobrellevado y sufrido con paciencia muchos males. No puedes formarte una idea de todo lo que he padecido. Me ves triste, silenciosa, reservada, Brígida. Muchas veces me has preguntado la causa de mi dolor; no trates, no, de saberla! Si no debe tener jamás fin, mi secreto morirá conmigo; á lo menos me libertaré de la compasion del mundo.

—Respeto vuestro dolor, señora, y Dios es buen testigo de que jamás traté de saber vuestro secreto; pero, ¿por qué evitais la compasion de vuestros semejantes? La compasion alivia muchos males.

—Para penas como las mias, contestó María Mariana con altivéz, los consuelos del vulgo son tan indignos como inútiles. La compasion, sin aliviar mis males me ofenderia.

El tono orgulloso y altivo con que fueron pronunciadas estas palabras, intimidó á la pobre Brígida. La conversacion cesó y la laboriosa criada siguió dando vueltas á su torno.

Al cabo de un cuarto de hora, Maria Mariana volvió á reanudar de este modo la interrumpida conferencia:

—¿Te has quedado viuda, Maria? ¿Qué era tu marido?

—Servia en la guardia de mi señor, el Arzobispo de Colonia.

—¡Ah! ¿El tambien era militar? ¿Y fuiste feliz?

—¡Ah, pobre hombre! Dios haya su alma en paz; tenia muchos defectos... Pero tampoco desgraciada... de ningun modo. Con mucha paciencia de mi parte, un poco de buen humor y bastante sumision, nos llevábamos siempre bien. A él, á la verdad, le gustaba el vino un poco mas de lo regular, y tambien me daba motivos de celos.

—¡Ah! si, precisamente, un pérfido, un relajado. Mi marido, Brígida, era tambien militar y lo tenia yo á mucha honra; pero los vicios infames que acabais de indicar le dominaban igualmente. Algunas personas trataron de restablecer la paz entre los dos, pero generalmente no hacia mas que aumentar nuestros resentimientos. ¡Qué podré decirte! Madre desgraciada, tambien fui esposa infeliz. Y como si esto no bastase, mi marido murió víctima de una atroz traicion y, ¿sobre quién piensas tú que trataron de que recayese la sospecha de un infame asesinato?

—¿De un asesinato, señora?

—Si, de un asesinato... ¡Sobre mí, sobre mí, recayó la acusacion!

—¡Ay, Dios mio! ¡Cuánto os compadezco!

—Acusada delante de mis hijos, de mis hijas y de mis yernos; acusada y perseguida por mi mismo hijo, como si hubiese sido culpable de aquel crímen!

—¿Pero se convencieron luego de que érais inocente?

—Oh! sin duda se hubieran convencido de mi inocencia, si yo hubiese sido una pobre muger, sin fortuna, sin poder ni influjo; pero tenia todo esto, Brígida, y era necesario arrebatármelo todo. Por esto me calumniaron y me encerraron en una prision, y como no pudieron matarme, me separaron de todos mis amigos y me sumieron en la triste posicion en que me ves.

—¡Desventurada! dijo Brígida.

María Mariana no contestó, se cubrió el rostro con el pañuelo y derramó algunas lágrimas.

La estraña historia que acababa de oir la pobre criada, produjo en su honrado corazon una ansiedad y duda terribles. Pensativa, se distrajo y olvidó dar vueltas á su torno. Principió á recordar un sin número de circunstancias relativas á la vida de su ama, que nunca habian llamado su atencion. ¿Por qué apreciaba tanto aquellos vestidos de luto que la

EL TOCADOR DE UNA DAMA ROMANA.

Roma á 8 de las kalendas de Octubre.
Augusto, padre de la patria y cónsul.

A HERMENGARDA, ALBA SERVILIA.



La fortuna de los combates me habia hecho prisionera de tu tribu. Niña aun, entré bajo las oscuras sombras de los bosques de la Germania; apenas tenia entonces ocho años, y he aquí, que despues de cuatro de cautiverio, la suerte me trae á Roma, donde no he hallado al entrar ni la mano de un padre ni los besos de una madre..... Soy una huérfana del pueblo romano.

El Emperador Augusto se ha acordado de mi padre, gracias á la fiel memoria de Agripa y de Mecenas. Todos los bienes de mi familia me han sido restituidos, y el Senado me ha nombrado por tutor á Aulus Sylvios, de la familia consular, en cuya casa me hallo hoy, teniendo por madre adoptiva á Marcia Sylvia, descendiente de los Emilios.

¡Que tu vida sea feliz, Hermengarda! Tú has convertido mi pasagera servidumbre en un grato recuerdo, y con una emocion sin amargura pienso en las dulces cadenas que me retenian cautiva lejos de los muros de mi patria.

El sol, Febo el de los cabellos de oro, no ha cruzado mas que dos veces las bóvedas de los cielos desde que, atravesando las estensas y sombrías tierras de las Galias, las profundas gargantas de los Alpes itálicos y las llanuras de Roma, llegué á la ciudad eterna. Me siento agoviada por una tristeza profunda, y solo la buena acogida de Marcia Sylvia ha podido volver algun valor á mi abatido corazon. Al ver mis vestidos, mi madre adoptiva se sonrió, y como habia llegado la noche con su negro manto salpicado de brillantes estrellas, me invitó á tomar algun descanso, y me condujo ella misma por enmedio de una multitud de esclavos y una larga série de piezas adornadas con un lujo de que yo no tenia la menor idea, al aposento que se me habia destinado. Yo me admiré del aire de fiesta que reinaba á mi alrededor. «No os sorprendais, me dijo Marcia, jamás llega sola una felicidad; mañana caso á mi hija Cándida: no ha venido á abrazaros porque es la víspera de su boda, y esta noche revestida de la *regilla* (vestido rico régio) y de la túnica de color de azafran, ofrece sacrificios á los dioses de nuestra familia.»

Despues de haber pasado una noche muy agradable, al despertarme, siguiendo las instrucciones que se me habian dado, dejé caer una bola de plata en un vaso de metal colocado sobre una mesa, á unos tres pies de mí, y al instante vi correr á mi lado á una multitud de jóvenes y bellas esclavas. Algunas eran de tu patria, Hermengarda, y yo me acordé de mi cautiverio. Ellas me instaron á levantarme, anunciándome que Marcia Sylvia habia ordenado se me condujese cerca de ella cuando estuviese dispuesta.

Me vestí al instante y me apresure á obedecer. Hallé á mi madre adoptiva esperándome. La víspera, á la luz de la lámpara, Marcia, aunque madre de una hija que iba á casarse, me habia parecido de una belleza jóven y magestuosa; pero al dia siguiente me costó trabajo el reconocerla, pues su rostro se hallaba cubierto de una espesa capa de una pasta untuosa. Sin duda Marcia leyó en mis ojos mi admiracion, porque sus labios dejaron escapar una sonrisa. Salió entonces de la alcoba donde se hallaba el lecho, guarne-

cido de una colgadura de Babilonia, sobre que habia descansado, y al instante una porcion de esclavas, desnudas hasta la cintura, se agruparon en torna de ella, y las unas hicieron deslizarse sobre las varillas de oro las cortinas de púrpura que se oponian á la entrada de una luz muy viva, mientras las otras preparaban los lienzos, abrian los armarios de cedro, y quitaban el polvo de los espejos de plata y de acero bruñido que adornaban la estancia. Cuando Marcia hizo una señal; las esclavas cesaron de agitarse. «He tenido esta noche un ensueño, me dijo mi madre, y espero á mi filósofo caldeo». Tratando de adivinar qué relacion podia existir en un sueño y un sabio, me puse á examinar la forma y los adornos del lugar en que me hallaba. La alcoba de Marcia tiene cerca de diez pasos cuadrados; la luz penetra en ella por el techo al través de débiles planchas de alabastro transparente; las paredes, pintadas de negro, tienen relieves de oro, ejecutados con un arte maravilloso, el pavimiento es un mosáico en el que se hallan inscritos los versos y sentencias de los mas célebres poetas griegos y romanos. Mientras admiraba rápidamente la magnificencia de este delicioso asilo y el lecho de madera de cedro incrustado de conchas marítimas, y las mesas de metal cubiertas de tapices de Sidon, entró en la estancia el filósofo caldeo.

Sylvia habló con él en voz baja durante algunos minutos, le despidió despues, y en seguida dió una palmada, á cuyo sonido volvieron á presentarse las esclavas. Una jóven negra de la Numidia, trajo en un vaso de plata leche de burra entibiada al fuego. Sylvia se lavó el rostro con este blanco y suave licor, é hizo desaparecer la pasta de harina de cebada y de clara de huevo de que se hallaba cubierto. Entonces llegaron todas las mugeres encargadas del tocador, y unas hicieron calentar yerros de diversas formas en trípones de metal llenos de carbon ardiendo, mientras que otras teñian de color de oro con jabon de las Galias las numerosas trenzas de la negra cabellera de Sylvia, que alzadas por la hábil mano de esclavas egipcias, y ahuecadas por el hierro candente, formaron bien pronto como la imágen de un casco. Terminado este trabajo, una jóven y bella hija de la Grecia, abrió una cajita de nácar, é hizo caer sobre el brillante edificio de los cabellos de su señora una lluvia de pedacitos de oro, que alhiriéndose á cada bucle é impregnándose en cada uno de sus contornos, acabaron de dar á esta obra del arte el aspecto del casco de Minerva.

Una larga comitiva de esclavas pasó entonces por delante de Sylvia, llevando cada una un traje de un color, de una forma y de un carácter distinto, todos los que fueron rechazados por Sylvia, aunque complaciéndose en hacerme observar su magnificencia y frescura: «El dia del matrimonio de su hija, dijo, una ciudadana romana no debe llevar otro traje que la túnica de lana blanca.» Y al instante se revistió de ella, mientras que manos cuidadosas encerraban sus pies en coturnos de púrpura atados á las piernas con listones de oro. Tomando en seguida una llavecita del mismo metal, Sylvia abrió una caja, dentro de la cual habia un cofrecito de ébano, que contenia otro de acero bruñido... ¿Qué te diré, ¡oh mi querida hermana de la Germania! á tí, que no adornas tu cabeza mas que con la flor de los campos ó con odoríferas hojas de los bosques, qué te diré de todo lo que se mostró á mi vista? Imagínate un monton de perlas, de rubís, de záfiros, de blancos ópalos, engarzados en oro con una gracia nunca vista, ó ensartados en collares, en anillos, en brazaletes de todas formas, de todos tamaños..... Una sola perla de un zarcillo ha costado diez millones de sestercios (unos tres millones de reales.) Una pequeña parte de estas piedras, de estos camafeos mas bellos y mas preciosos que ellas, sirvió para cubrir las espaldas, los brazos y los dedos de Sylvia. Esta hizo una seña á las esclavas sirias para que se aproximasen, y la una, despues de quitar con ayuda de un cuchillito de oro la ligera pasta que podia hallarse en los brazos y en las megillas de su señora, dió color á su rostro con espuma de nitro de rosa, mientras la otra teñia de blanco su cuello y sus brazos, y una hija de la Nubia, provista de una larga paleta de metal con la punta llena de un unto negro, dió á sus cejas y á sus párpados una tinta de ébano, propia para hacer resaltar el brillo de su mirada.

¡Oh, libre hija de la severa Germania! ¿Qué son, pues, las mugeres de mi patria? Pero aun no lo he dicho todo. Una jóven griega, una hija de las hermanas de Elena, puso sobre el rostro, ya desfigurado, de Marcia, algunos lunarcitos de tela negra cortados en forma de media luna, y le entregó en seguida una caja de pastillas de myrto y de lentisco empapadas en vino de la isla de Cos, de las cuales tomó algunas para perfumar su aliento.

Entonces me aventuré á preguntar á mi madre adoptiva si podria ver á su hija. «El dia del himeneo es un gran dia. Cándida se casa con Valerio Pollio, jóven de raza consular, á quien está prometida hace un año. Tenia doce cuando se hizo esta promesa. A esta hora hace en el *Penetraclo* á las divinidades de la juventud el sacrificio de los adioses, y deposita en el altar de Vénus sus juguetes y sus muñecas. Se ha revestido, segun el rito, del trage de boda, la *tunica recta*, y va á aparece muy pronto, despues que haya recibido la bendicion de su padre.» Y como yo hablase de la magnificencia de los

regalos que Cándida debia haber recibido de su esposo, mi madre adoptiva respondió: «Es una costumbre de las naciones bárbaras que Roma no ha aceptado. El oro que toca á los contratos no puede hacer mas que mancharlos; el matrimonio de esa suerte se asemejaria á una venta. Mi hija ha recibido la dote que se acostumbra dar á las jóvenes de su clase, un millon de sestercios (unos diez y seis mil duros). Id, Alba, á vestiros el trage y adornos que os están destinados; apresuraos, porque antes de una hora estará aqui Valerio Pollio.»

No te hablaré de mi tocador; ya puedes suponer que habré rehusado teñirme los cabellos ó dejármelos cortar para reemplazarlos por una cabellera rubia. Las hijas de tu patria, cautivas, venden sus cabellos, y en las tabernas al rededor del templo de Hércules los compran las matronas para reemplazar sus bucles de ébano.

De vuelta á la cámara de Márcia, un gran ruido nos anunció la llegada de su hija. Cándida apareció al instante, guiada por su padre, y rodeada de jóvenes vestidas de telas de lana, no tocadas por color alguno, de viudas que llevaban en la frente coronas de flores blancas artificiales, y de matronas con la *regilla* de púrpura, la *rolla* el *exoticum*, la *palla* (trages talares) ú otros vestidos preciosos. La reciencasada vestia un trage blanco guarnecido de franjas y listas de púrpura; un cinturon de lana, sujeto por un nudo de forma consagrada, ceñia su talle mas recto y mas flexible que el de una tierna palmera; seis flechas preciosas dividian sus cabellos en otras tantas trenzas; cubria su cabeza un largo velo de color amarillo, y sus pies, de una pequeñez fabulosa, se encerraban en coturnos de púrpura bordados de perlas. Su única joya era un anillo de hierro, arras del matrimonio, colocado en el penúltimo dedo de la mano izquierda; desde este dedo al corazon existe una correspondencia simpática. Cándida es bella, rubia, de frente despejaba, la nariz pequeña y algo aguileña; sus negras cejas forman dos arcos encantadores bajo los cuales brillan unos ojos que fascinan. Su pecho es ancho y blanquísimas sus espaldas. Cándida, sumamente conmovida se arrojó en los brazos de su madre, quien, despues de haberla abrazado, le entregó una rueca con su copo de lana, sencillo emblema del trabajo, y recuerdo de las costumbres de la Roma de los Fabricios y de los Scipiones.

Un doméstico vino á anunciarnos que el gran sacerdote y la llama de Júpiter nos esperaban en el altar; nos dirigimos, pues, al templo, donde Cándida y Pollio se sentaron sobre un asiento cubierto de una piel de oveja. Sucesivamente fueron invocadas las grandes divinidades, Júpiter, Rey de los mundos, y Vesta y Minerva, que dan buenos consejos, y Juno, que hace los matrimonios fecundos. Habíanse celebrado ya todos los ritos y el sol caminaba á su ocaso, cuando los diez testigos y los parientes de los esposos se reunieron en la sala de los festines, guarnecida de flores y brillante con el esplendor de mil lámparas. Antes de entrar en el *triclinium* (el comedor), los hombres recibieron unos trages particulares, que fueron á vestirse, y á medida que entraban los convidados, esclavas de una belleza encantadora les ofrecian vasos y palanganas de plata para lavarse, y en seguida derramaban esquisitos perfumes sobre sus cabezas, que coronaban de flores.

Mas adelante te haré conocer la magnificencia de un festin en Roma, y hasta donde llega la locura de los señores del mundo; ahora voy á concluir la relacion de la fiesta de bodas. Despues de la última libacion, Pollio se dirijió á su habitacion, donde Cándida, separada de los brazos de su madre, debia prepararse á seguirle. Yo me uní al cortejo encargado de acompañarla. Dos niños, bellos como los amores, le daban la mano, y al son de las cítaras y de la flauta precedíanla varias matronas de hermosura singular. A la cabeza del cortejo iban dos jóvenes, agitando en la mano los antorchas de himeneo y cantando estribillos alegres. Al fin llegamos á la puerta del palacio de Pollio, quien nos esperaba en el pórtico. Cándida se acercó á él, y su esposo le dijo: «¿Quién eres?» Y ella respondió: «Donde tú seas el señor, yo seré la señora.» Entonces Pollio le entregó las llaves de la casa; ella rodeó de tiras de telas de lana la puerta, cuyos goznes untó con grasa de una víctima, y atravesando lijeramente, sin tocarlo, el umbral, entró en esta habitacion que en adelante debia ser suya.

Adios, mi buena hermana; acuérdate de tu cautiva: sin duda soy aun esclava, porque tú has guardado mi corazon.

ALBA SERVILIA.



LOS CUBOS DE SASSENAGE.

LOS CUBOS DE SASSENAGE.

Entre las siete maravillas del Delfinado se cuenta una tradicional que llaman *los cubos de Sassenage*.—Sassenage ó mas bien *Saxenay*, como se halla escrito en los mapas antiguos (*Saxum natans*, peñasco que nada á causa de las numerosas corrientes que brotan de él) es un gran pueblo situado á dos horas de Grenoble, sobre las dos márgenes del Furon, en la garganta de una montaña muy pintoresca y no lejos de la confluencia del Isere y del Drae. A una media legua de allí, en el camino de Engin, á la derecha del Furon, se eleva un peñasco en forma de pórtico arruinado, que llaman las *Puertas de Sassenage*.

Parece que la naturaleza que ha cerrado el desierto de la Cartuja con dos grandes peñascos, ha querido tambien dar á Sassenage un arco de triunfo para anunciar de lejos al viagero un lugar lleno de antiguos recuerdos, de nobleza y de encantos. La base de este peñasco singular se compone de bancos bastante paralelos al horizonte, lo que basta para motivar las cavidades en forma de hornos, que se notan en él despues de tanto tiempo. Sobre todo dos de estas grutas llaman la atencion por la forma de sus entradas exactamente parecidas á dos arcadas. La mayor es de grande profundidad, y cuesta mucho trabajo llegar á ella. Vese dentro una cascada cuya corriente comunica por un laberinto subterraneo á un lago situado á dos leguas de distancia, sobre la cumbre de la montaña de Lanz. Esta gruta está dividida en dos partes; en la una es donde la gente del pais enseñan la habitacion y la mesa donde la encantadora Melusina hacía sus misteriosas comidas, servida por sílfides.

En la otra se hallan los famosos *cubos*. Se ha dado este nombre á dos cavidades naturales de forma sobre poco mas ó menos cilíndrica. Hállanse una al lado de la otra, y aunque de grandor desigual tiene cada una unos cinco pies de diámetro; la profundidad de la una es de tres pies y la de la otra de diez y ocho pulgadas. Una antigua creencia supone que están vacías todo el año, á excepcion del dia de la Epifanía. Desde el tiempo de Chorier la mas pequeña habia perdido ya esta virtud; la otra la ha perdido despues; y Lancelot atribuye el antiguo milagro á la astucia de los campesinos que sin duda la llenaban de agua la víspera del dia de los Reyes. Es esto tanto mas probable cuanto que el pueblo sacaba de la abundancia de esta agua presagios favorables para los productos de la tierra. Uno de los cubos anunciaba el destino de las vendimias, el otro el de la cosecha; el estar secos presagiaba un año de esterilidad. M. de Boissieu atribuye la misma virtud profética al arroyo de Barberon.

M. DE F.

Estudios biográficos.

UNA REYNA.

Marina (ó María) Mniszech, era una jóven polaca, y nada al nacer le indicó que llegase á ceñir una corona. Su padre Georges Mniszech, nombrado palatino de Sandomir por Sigismundo Augusto, en la época de su eleccion, no tenia tampoco ningunas cualidades que pudiesen justificar los favores con que la fortuna habia de colmar despues á su familia. Su apellido no era conocido; era ambicioso, pero como no tenia porvenir alguno, el nombre de intrigante le cuadraba mas que el de ambicioso. La educacion que dió á su hija cuando niña, la basó en principios que la moral podia hallar bastante reprensibles, y luego que fue mayor desarrolló Marina cualidades muy marcadas y en armonía con las ideas ambiciosas que su padre le habia imbuido, al empeñarse en hacerla dòcil á sus lecciones, que ella puso en práctica desde el momento en que se le manifestaron. Una circunstancia que presenta la historia, y que podrá bien no ser mas que una invencion dice, que contribuyó á educar á Marina como si fuese hija de un Rey, aunque la corona fue ligera en su frente, pues solo la tuvo pocos dias.

—Una de las hechiceras del norte salvó un dia de la muerte al palatino, y su arte la introdujo en el palacio de Mniszech.

—Una de tus hijas reynará un dia sobre un gran pueblo, dijo la Sibyla al palatino mirando á Marina con atencion.... Su belleza y su gran corazon le conquistarán una corona.

Esta muger ha conservado su nombre en la historia, y se llama Koricka.

Despues del dia en que esta prediccion se hizo en el palacio de Sambor, Marina fue educada como hija de un soberano.

Pero para mayor inteligencia de la historia de Marina, es necesario hablar de los sucesos que en esta misma época pasaban en Rusia.

Ivan III, el primer soberano ruso que habia recibido el título de Czar, habia vencido á Selim II y triunfado de los polacos y de los caballeros porta-espada; pero no habia tenido poder suficiente para domar la naturaleza feroz del pueblo que gobernaba. La espada y el veneno acabaron casi todas las disputas, y en seguida subió al trono de los czares Ivan IV, que si bien fue sin disputa un déspota cruel, fue tambien un legislador, y dió á la Rusia un código de leyes bien coordinadas para aquella época. Si hubiera vivido en otro tiempo acaso hubiera sido un gran hombre, pero estaba embrutecido por sus excesos, y era cruel hasta rayar en ferocidad como lo demostró últimamente. Los tártaros, los suecos y los polacos hicieron armas contra los moscovitas y los vencieron, é Ivan en un acceso de brutal frenesí, acosado por todas partes, mató á su propio hijo, y cubierto de sangre espiró blasfemando contra el destino.

Durante su reynado un cosaco llamado Yermack conquistó la Siberia, que vino á formar parte del imperio ruso.

Los cosacos, con quienes Yermack habia hecho su conquista, y que componen hoy la parte principal de los egércitos rusos, son los restos de los antiguos Korsani, de la rasa de los Salves; se creen descendientes de Kamari el séptimo hijo de Japhet, y han tomado algunas veces su nombre, lo que les hace llamar Cimeri por los griegos y Cimbrios por los romanos.

Ivan IV murió dejando dos hijos para sucederle, Fedor I y Demetrio. Fedor era debil de espíritu y de cuerpo, tímido, supersticioso é incapaz de reynar. Su padre, que tenia grande habilidad, juzgó que su casa no conservaria la corona moscovita si Fedor no tenia un consejero capaz de gobernar por él.

Hizo su testamento el 10 de Marzo de 1584, teniendo cuidado de instituir una especie de regencia compuesta de cinco individuos, que ayudasen á Fedor á llevar el peso de la corona. Tambien aseguró la suerte de la czarina, y dió al jóven príncipe Demetrio la ciudad de Ouglitsch, sobre el Volga. Esta esplicacion era necesaria para la continuacion de esta historia.

A la muerte de su padre, Fedor tenia 27 años; pero enteramente entregado á las prácticas de devocion, abandonó los negocios del estado en manos de Boris Godonnoff, presidente del consejo, que lo habia declarado nulo, y gobernaba el imperio moscovita con el título de regente.

Boris Godonnoff tenia entonces treinta y dos años de edad, sus talentos eran notables, y tenia una naturaleza privilegiada. Pero como esta naturaleza era de las mas viciosas, y su ambicion no tenia límites, se podia conocer desde luego el rumbo que seguiria. El camino del trono le estaba abierto con la muerte de Fedor, pero tenia sin embargo otro obstáculo, en el pequeño Czar Demetrio. Cuando Boris se convenció bien, de que la inocente criatura era la valla que habia entre el trono y él, sonriyó y esta sonrisa fue un decreto de muerte.

Advertida la madre del real infante de los proyectos siniestros de Godonnoff, palideció y lloró, pero el valor y la prudencia no abandonan jamas á una madre en el dia del peligro de su hijo. Decidido Boris, á proseguir en su crímen, que era ya conocido, envió inmediatamente algunos hombres á Ouglitsch, portadores de órdenes de muerte. La czarina Irene conoció á los asesinos que se presentaban con el nombre de inspectores de palacio, y desde este momento su hijo no se separó de su lado.—La aya del jóven príncipe que habia prometido su criminal asistencia dando veneno á la pobre víctima tuvo en seguida horror de esta promesa impía y rehusó prestar su cooperacion. Los asesinos estaban luchando con su propia piedad, porque el niño mandado asesinar, era bello, gracioso, y querido de todos. Pero Godonnoff estaba impaciente, y rugia de furor viendo que sus órdenes no eran ejecutadas.

Biatoffszcoï, gefe de los asesinos, recibió un mensaje para apresurar el crímen. La hora para la muerte del real infante habia sonado ya, y en un momento de descuido en que el jóven príncipe penetró en una galeria fue asesinado vilmente.

El pueblo de Ouglitsch amaba á Irene, y á su hijo tan bello y tan amable, á este niño destinado á reynar un dia sobre ellos. Los asesinos fueron pues muertos, y muchos de ellos no regresaron á Moscou á tomar el precio de la sangre, mas esta justicia espiatoria no tuvo otro resultado que vengar un crímen, porque el efecto de este crímen, recibió su cumplimiento, y luego que Fedor murió algunos meses despues, Boris Godonnoff subió al trono de los czares, y cogió el fruto de su crímen.

Fedor fue el último príncipe de una dinastia, que en el espacio de setecientos treinta y seis años dió cincuenta y dos soberanos á la Rusia.

Boris Godonnoff que habia subido al trono por la muerte de su soberano legítimo, y por otros crímenes, fingió rehusar una corona que tan cara le habia costado. Pero no bien se la ciñó cuando comenzó una era de sangre y de crueldades, marcando cada dia de su reynado con crímenes que escandalizaron á la Europa.

Ahora comienza el drama en el cual Marina Mniszech desempeña un papel importante. Este preliminar era indispensable para aclararlo. En la época á que nos remontamos, los jesuitas tenian una grande influencia en la mayor parte de Europa. Sin entrar aquí en discusion, sobre el mayor ó menor bien que podia resultar de su dominacion, diré solamente, que la civilizacion les seguia siempre; á la sazon querian introducir el catolicismo en el imperio moscovita, y si este deseo ocultaba alguna ambicion, tenia al menos una apariencia laudable.

Mientras tanto Boris Godonnoff parecia haber triunfado de todos los obstáculos que su usurpacion habia originado en torno suyo; reynaba tranquilamente, cuando de pronto un rumor estraño se esparció por toda la Rusia.

Deciase que Demetrio no habia sucumbido bajo el puñal de los asesinos, que vivia y que queria hacer varias preguntas al usurpador del trono y de la corona de su padre. Pronto esta noticia adquirió gran verosimilitud, y Boris sabia, á no dudarlo, que su víctima habia salido de la tumba, y que estaba en casa del palatino Sandomir, Georges Mniszech padre de Marina, y fuertemente protejido por Sigisberto III Rey de Polonia.

Era verdad.

Algunos meses antes el patriarca de Moscou habia sido advertido por el metropolitano de Bostoff, que habia en el monasterio de Tchoudou un jóven monje que se decia el príncipe Demetrio. El patriarca no hizo aprecio de este aviso; y el metropolitano viendo el efecto sorprendente que causaba nueva tan estraña, se lo refirió al mismo Czar, que sorprendido como con la aparicion de un espectro, mandó en aquella hora á uno de sus secretarios Smirnoff Vassilieff que espidiera una órden para que el monje del monasterio de Tchoudou fuese desterrado perpetuamente á los confines del imperio. Smirnoff se lo comunicó á uno de sus cólegas, Eupheane, que dió aviso al jóven monje, proporcionándole los medios de huir con otros dos que no quisieron abandonarlo. Se dirigieron hacia Kio, teniendo cuida-

do de no alojarse mas que en los conventos. En la celda que le dieron al fugitivo en el monasterio de Novogorod Sewersky, dejó una carta que decia asi:

»Yo soy el príncipe Demetrio, hijo de Ivan IV, y no olvidaré jamás los buenos tratamientos que he recibido en esta santa casa cuando suba al trono de mi padre."

El Abad del monasterio á quien fue remitido el billete no dió cuenta de ello á las autoridades superiores, guardó el billete y no habló mas. Una cosa igualmente estraña era que la evasion del monje se hubiera ocultado al Czar, el que creia que habia salido para su destierro.

Este monje, que en el convento se llamaba Gregorio, ó bien Grischka (pequeño Gregorio), no era otra cosa, segun creian los partidarios de Boris, que el hijo de un pobre gentil-hombre de Galitch, que se llamaba Yomi (Gregorio) Otrepieff; era un jóven dispuesto, resuelto, que habia siempre habitado con las familias de Roucanoff y de los Ischerkaskg, las dos enemigas del usurpador, y que fueron sus primeras víctimas. Cansado de servir Otrepieff se hizo monje, tuvo al principio una vida errante, cambiando á menudo de convento, y pareciendo entregarse á una profunda melancolia; lo cual era observado por los que vivian con él..... En fin el patriarca Job, pasando por el monasterio de Tchoudou, notó, su talento y saber. Se lo llevó en calidad de Secretario y lo introdujo en el palacio de los czares. Pero bien pronto, sea que la vista de aquel que ocupaba su puesto agitaba al jóven príncipe proscripto, sea que la vista de las grandezas inflamaba la ambicion del aventurero, Otrepieff no quiso permanecer mas tiempo con el patriarca; y pidió y obtuvo el volverse á su retiro. Entonces fue cuando se dió á reconocer, y fue proscripto, como queda ya referido. Pero ¿á qué cabeza heria la proscripcion? Godonnoff castigaba solamente á un falsario, ó bien el usurpador heria dos veces á su víctima?.....

El fugitivo despues de haber estado errante largo tiempo, llegó al fin á Polonia, asilo ordinario de los enemigos de Rusia; allí su existencia fue por algun tiempo de las mas miserables; teniendo necesidad de ocultarse para salvar su vida solamente; habitó muchos meses en casa de los palatinos de Kiovie de Rusia roja, y despues en la del príncipe Adam Wisniewiecki, donde por primera vez dejó entrever que era el czarewitz Demetrio. El príncipe entonces lo manifestó á su hermano Constantino, y este le presentó á su cuñado Georges Mniszech, padre de Marina, á quien la maga del bosque de Lituania habia predicho que seria Reyna. Ahora empieza el nudo del drama misterioso é interesante de la vida de esta jóven.

Una tarde estando en una conversacion de las mas interesantes sobre el príncipe proscripto, vinieron á anunciar al príncipe Wisniewiecki, que su huesped acababa de ser atacado de un mal que presentaba graves síntomas: fue cuidado con esmero; pero el enfermo se sentia bien malo, el médico declaró que no habia esperanza, y el enfermo pidió un confesor.

Es necesario advertir que hasta este momento el jóven fugitivo no habia dicho positivamente que él era el príncipe Demetrio.

Habia en la casa del príncipe Adam Wisniewiecki un sacerdote católico de Polonia, de la órden de los jesuitas, nombrado el Reverendo padre Gaspar Sawicki, que desde la llegada de Gregorio se habia dedicado á enseñarle á hablar y á escribir el polaco. A este se le llamó para que entrase á confesar al moribundo. Aquel instante fue solemne; Marina, cuyos pensamientos hacía largo tiempo los tenia fijos en el trono, no se recataba de manifestar su aficion á aquella víctima de una feroz ambicion, que venia á morir en una tierra estraña, muy lejos de aquella en la cual su amor podria haberla hecho Reyna!. Gregorio era jóven y hermoso, Marina le amaba, y este pensamiento de muerte le helaba el alma. Su padre, que veia desvanecerse su ambicion en el momento de realizarse, estaba sombrío é inquieto. Los demas personajes de este drama estraordinario, aunque no tuviesen el interes que Marina y su padre, tenian al menos el de suscitar revueltas en Rusia. La vida ó la muerte de este hombre que podia resolver todas sus cuestiones, era pues de una gran importancia para todos. Apesar de que este hombre no habia hablado, una circunstancia particular lo habia revelado todo.

En medio de su delirio y en el ardor de la fiebre su principal anhelo parecia ser ocultar cierto objeto que tenia sobre su pecho, pero habiendo perdido enteramente el sentido no tuvo fuerzas para ocultarlo por mas tiempo. Este objeto era un magnifico collar de diamantes y rubies muy grandes, como solo puede usarlo un soberano. Cuando Gregorio volvió en sí pareció bastante turbado, y despues no habiendo querido hacer ninguna nueva pregunta, cayó en un estado completo de abatimiento tal, que hizo creer que aquel dia era el último de su vida.

Apoco el jesuita se presentó en la galeria donde estaban reunidas las dos familias, como tambien sus amigos; tenia el aire grave, y su fisonomía espresiva revelaba grandes cosas.

—Monseñor, le dijo al príncipe Adam Wisniewiecki, lo que voy á deciros es una cosa de tal importancia que no puedo hablar mas que delante de vos solo, y de los individuos mas intimos de vuestra familia.

Todos los que no fueron señalados por el Jesuita se retiraron al instante.

—Monseñor, prosiguió el padre con gran-

de agitacion; no nos habiamos engañado, el desgraciado que espira en este momento bajo vuestro techo es el príncipe Demetrio, hijo de Ivan IV, czar de Moscovia.

Marina no pudo contener un grito.

—El mismo acaba de confiármelo en secreto importante, pero no bajo el secreto de la confesion..... Oh! dijo el Jesuita dejándose caer sobre una silla, y cuanto ha sufrido el desdichado! y cuanto sufre todavía!

Morir asi.., lejos de los suyos..... sin una mirada amiga que le llore en su tumba... Oh! que cuenta debe dar á Dios, aquel que le ha conducido á este estado de miseria.

Marina lloró.

—Pero no hay esperanza? preguntó la jóven con tristeza.

—Lo he dejado bien malo, y cansado por el esfuerzo que ha hecho para hablarme.

El médico ha ordenado que no se le inquiete lo mas mínimo, pero tiene poca esperanza.

El palatino Mniszech estaba decaido.

—Y que os ha dicho? preguntó al fin al Jesuita.

—Muchas cosas en pocas palabras, pero este papel lo confirma todo.

Y presentó á los dos príncipes un pergamino en el cual estaba escrito lo que sigue:

»El cadáver que teneis á vuestra vista ora lo halleis en un camino, ó bien tendido cubierto de andrajos, desarmado, muerto de hambre, de miseria ó de frio sobre la puerta de una iglesia, es el de vuestro soberano Demetrio Ivanowitch, czar de Moscovia. En el momento de parecer ante el tribunal de Dios juro y protesto que soy el solo y legítimo sucesor al trono de Moscovia, de mi padre el czar Ivan.

«Boris Godonnonff fue mi ayo; él queria gobernar, queria la corona, pero no podia mientras que su mano no estuviese manchada con mi sangre. Mi madre y yo fuimos enviados á Ouglitsch; los emisarios de Boris vinieron á buscarme; mi aya me entregó á mis verdugos; pero aunque yo debia perecer, la Providencia me salvó.

»Un aleman, llamado Simon, sabiendo la hora del asesinato, cubrió otro niño con mis vestidos, y el desgraciado fue asesinado en mi lugar; era de noche y los asesinos se engañaron. Simon me habia ocultado, y á la mañana siguiente me condujo á Polonia, con peligro de su vida, poco despues le perdí.... Yo era todavia niño, pero el horror de mi posicion me lo revelaba la intensidad del peligro como si estuviera en una edad mas avanzada. Aunque estaba abandonado, proscripto, miserable, nunca pude olvidar que mi asiento era sobre un trono.

»Rogad á Dios por mi alma."

—Ha muerto este hombre? gritó el palatino de Sandomir.

—Oh! Dios mio, decia Marina llorando y juntando sus manos, no hay esperanza!

Mniszech estaba profundamente afectado. Tomó á su hija entre sus brazos, le abrazó con emocion y le aconsejó que se tranquilizase.

—Si este es el hijo de Ivan, nosotros podemos saberlo al instante; hay aqui mismo en Sandomir, un gentil-hombre del príncipe Sapiecka, llamado Potrowsky, asi como otra persona que les son mas cercanas. Uno y otro han pasado un año entero junto al desgraciado czar, en Ouglistch; hagámosles venir al instante. En efecto, vinieron estos dos hombres que durante un año habian asistido todos los dias al jóven príncipe, y no solamente le reconocieron sino que le encontraron ciertas señales particulares que tenia el jóven czar. Gregorio estaba siempre casi sin conocimiento; el mal luchaba con una naturaleza llena de vigor.

El desgraciado jóven, no parecia desear la vida, y sin embargo triunfó de la muerte. Los sintomas alarmantes desaparecieron. Marina y su padre le asistieron con esmero, no solamente por el respeto que debian tener al soberano de la Moscovia, sino por un interes mas tierno, sobre todo la hija, porque le amaba.

Despues este afecto engendró el amor, y luego se convirtió en una pasion profunda. El alma de Marina encontraba mucha simpatia en la fuertemente templada de Demetrio, en esta alma dominada solo por el pensamiento del poder y la venganza, y á la cual todo medio entre el zayal y la púrpura le era indiferente. Para él no existian mas que dos coronas, ó la del monje ó la del czar.

—Para mí, le decia á Marina, cuando prestándole el apoyo de su brazo, le conducia lentamente á los jardines del palacio á respirar un aire mas puro, para mí la vida no me ofrece mas que dos estancias, ó el palacio del soberano ó la celda del monge.

Y Marina le escuchaba con los ojos húmedos de lágrimas. Ella amaba á este jóven de frente altiva, de mirada profunda, cuyo espíritu á medio cultivar en su primera infancia, se dejaba ver bajo una cubierta agreste casi salvaje; porque este hombre que durante su vida, hasta aquellos momentos, se habia criado confundido entre las últimas clases de la sociedad, presentaba á los ojos de Marina una naturaleza estraña, llena de contrastes y de encantos.

Bien pronto fue amada como amaba. Demetrio no podia ver sin sentirse conmovido, esta jóven tan bella, tan notable por sus elevados pensamientos. La amó, pues, y le entregó su corazon. Su confianza no tenia límites, y descubrió al palatino de Sandomir todas las relaciones que habia conservado con la Rusia; las cuales eran inmensas. En fin, el dia 25 de Mayo de 1604, Demetrio, czar de Mos-

covia, y Georges Mniszeck, palatino de Sandomir, firmaron los dos en Sambor un tratado por el cual Demetrio se obligaba á desposarse con Marina, cuando fuese czar de Moscovia, dándole al mismo tiempo en propiedad los ducados de Nowogorord, la grande y de Pschew. Se obligó tambien solemnemente á hacer construir una iglesia católica, como tambien á dar un millon de ducados al palatino de Sandomir.

Agregose al tratado un artículo adicional exigido por el padre Gaspar Sawicky, en el que se estipulaba que el czar debia establecer la religion católica en Moscovia á cualquier precio que fuera.

Bien pronto Sigismundo acogió al desgraciado príncipe como un gran Rey lo debia hacer.—Dios os guarde, Demetrio; le dijo el Rey de Polonia luego que se le presentó. Seais bien venido á nuestra córte. Por las muchas pruebas que nos han sido dadas os reconocemos como á príncipe legítimo de Moscovia, y os tomamos bajo nuestra particular protección: os consideramos como nuestro amigo, autorizandoos para tratar con los gentiles-hombres de nuestro reyno; á quienes damos igualmente permiso para daros ayuda y consejo.

Y en el mismo dia el Rey Segismundo le asignó una pension de 40,000 florines.

El Rey de Polonia no podia nada sin la Dieta, y Juan Zamoiscky, que dominaba en esta asamblea, estaba en contra de la espedicion de Moscovia. Segismundo, ostigado con las solicitaciones de Mniszech, se decidió á protejer secretamente á Demetrio, y á facilitarle por este medio los recursos que necesitase. Marina, cuya ambicion estaba doblemente excitada por el amor, obligaba á sus compatriotas á abrazar la causa de un príncipe desgraciado, y le atrajo un gran número de gentiles-hombres, que vinieron á reunirse á su bandera para combatir á Boris Godonnoff. Toda esta gente jóven, ardiente y deseosa de castigar á un usurpador asesino se reunió junto á la villa de Léopol. Demetrio marchaba á la cabeza de esta tropa, con su aire altivo y determinado. Se conocia que queria alcanzar una corona ó la muerte.

Este pequeño egército recibió un considerable refuerzo por el gran número de moscovitas que se le agregó. El nombre de Ivan era el de un tirano mas bien para el resto de la Europa que para sus súbditos; habia dado leyes á la Rusia, habia vencido á los tártaros, era valiente, y esta cualidad era muy apreciable en una nacion guerrera; el nombre de su hijo fue tambien bastante poderoso. Todos los que habian servido bajo el czar pasaron al egército de Demetrio, y cuando pasó el Dnieper en 16 de Octubre de 1604, tenia un egército que le daba el derecho de hablar en público.

Boris temblaba sobre su sangriento trono, que ocupaba por un asesinato. Sentia la necesidad de reunir todas sus fuerzas para rechazar á un enemigo, el cual podia elevarse á tal punto que podia destrozarle. Juntó un egército de 80,000 hombres enviándole contra aquel, que llamaba impostor, dando orden á Ivan Schowisky que la mandaba, de no volver sin traerle su cabeza.

Aqui parece debia terminar este drama estraño. Demetrio no tenia bajo sus órdenes mas que 15,000 hombres, y las fuerzas rusas eran muy superiores. Los polacos pidieron el combate; y Demetrio lleno de fe y ardor en su causa lo aceptó con alegria, pero antes de empezar la batalla se adelantó al frente de su pequeño egército, y poniéndose de rodillas esclamó:

—O Dios mio! vos conoceis mi alma; si mi causa es justa, dadme la victoria; si es injusta confundidme en esta misma hora como un sacrílego impostor.

El combate comenzó y fue terrible y encarnizado, tanto que los dos bandos marchaban sobre sangre. El ejército moscovita fue destruido. Mientras tanto Boris Godonnoff evadia su castigo muriendo tranquilamente en Moscou, como un soberano legítimo, y su hijo Fedor le sucedió subiendo á un trono mal seguro. Pero la muerte de su padre cambió su destino, y luego que Demetrio se presentó al egército ruso, el mismo Romanoff le prestó asistencia, y le reconoció por soberano. En todas partes fue acogido, en todas partes fue vencedor. Bien pronto entró en Moscou. A su vista el pueblo prorumpió en gritos de alegria, tocáronse las campanas de todas las iglesias, y de todas partes llovian flores sobre el jóven soberano: era aquello un delirio, era una alegria, tanto mas viva, cuanto que Demetrio era jóven y hermoso, y su historia tenia un tinte fabuloso que doblaba el valor de sus aventuras, y las hacia irresistibles.

Pero muchos horrores señalaron esta entrada, que no debia haber sido mas que un triunfo. Gritos de muerte, gritos de desesperacion, se mezclaron á los cánticos de alegria del gozoso pueblo. La czarina, viuda de Boris, fue entregada á los verdugos, y su pequeño hijo Fedor fue ahogado sobre el cadáver de su madre. Toda la familia de Godonnoff se estinguió en los suplicios.

Irene, madre de Demetrio, se habia retirado á vivir en un monasterio de Moscou. Luego que pasaron los primeros momentos el hijo corrió á buscar á su madre, y le pidió su bendicion.

Irene le abrazó con ternura, le reconoció por su hijo; y al otro dia Demetrio fue coronado en la capital de Moscovia, como legítimo soberano; si bien mas de un espíritu supersticioso tomó como funesto augurio un huracan terrible que se desencadenó, causando grandes estragos. Pero luego que se vió á

Demetrio precipitarse sobre el sepulcro de su padre, derramar lágrimas, pedir venganza por los males que habian afligido sus últimos dias, se creyó que su dolor no podia ser fingido. Los grandes dolores tienen un sello que no engaña jamas.

Luego que estuvo en pacífica posesion de la corona de su padre, sobre un trono cuyos escalones habian sido regados con su propia sangre, quizo que la que amaba viniese á partirle con él. Envió una embajada solemne y magnífica para Sandomir, yendo á su cabeza Atanasio Wassilieff encargado de pedir á Marina á su padre en nombre del czar de Moscovia.

De este modo todo á la vez se realizó para la jóven, no solamente sus ensueños de amor sino los de ambicion, mientras que su padre no veia otro porvenir que ser suegro de un soberano.

Antes de salir de Polonia se verificaron las bodas de Marina con todo el ceremonial de los soberanos. Marina, seguida de una corte magnífica se habia trasladado al palacio de Firley, elegido para la celebracion del matrimonio. Allí fue recibida por el Rey Segismundo III, y el embajador moscovita Atanasio Wassilieff la desposó solemnemente en nombre de su señor, teniendo la desposada por padrinos al Rey de Polonia y á la princesa Constansa Archiduquesa de Austria, que era muger de Segismundo. Un gran número de señores polacos, todos del rito católico, asistian á este acto solemne, como tambien Monseñor Bangoni, nuncio del Papa. El Cardenal Macieïowsky, dió la bendicion nupcial á la jóven czarina, que muy dichosa, veia ponerse sobre su frente la doble corona real y de un amor correspondido.

El dia 13 de Abril de 1606, llegó Marina á las fronteras de su imperio. Entonces empezó para ella esa existencia que sus sueños la habian manifestado tan imperfectamente. Allí vió el amor de Demetrio al lado del orgullo del soberano, y esta ambicion que mas tarde debia ahogar su recuerdo en el corazon de la muger, no estaba todavia enteramente desarrollada para que dejase de sacrificarla á la suave y deliciosa impresion de un amor profundo.

Veia que era amada, hasta en esos pequeños detalles que emplea el amor como un medio para cautivar mas la voluntad. Entró en Moscou en medio de un pueblo prosternado delante de ella, y pidiendo todas las bendiciones del cielo sobre su union; y Marina que era bella, y cuyas puras facciones recibian un encanto mas del reflejo de las emociones de esta grande alma que habia alcanzado el término de sus altos pensamientos, y de esa dicha de amor, que supera á todas las demas, Marina estaba en aquel momento radiante de belleza, sonriendo dulcemente á aquel pueblo que empezaba á ser el suyo.

Por todas partes que se presentaba el clero venia á darles el pan y la sal; las telas preciosas, las pieles, tributo de los habitantes de las orillas del Oby, y que el oro mismo no puede nunca pagar, se le ofrecian diariamente á nombre del czar, mientras que magníficos carruages la trasportaban con la rapidez del viento á los palacios preparados para recibirla. En fin el viage que hizo Marina fue un verdadero encanto para ella y terminó el 12 de Mayo. Llegó junto á Moscou, y se detuvo, para hacer todavia un sacrificio á la etiqueta real. Construyéronse magníficas tiendas para que los grandes del imperio fuesen admitidos á besar su mano, aguardando el momento de su coronacion. Despues rodeada de todo un pueblo que admiraba su belleza, por que Marina era realmente bella, se encaminó al monasterio de las Vírgenes, retiro de la czarina viuda, madre de Demetrio. En este lugar santo volvió á ver á Demetrio, pero no fugitivo, desgraciado, errante, espuesto á morir de miseria en un camino desierto, sino bello, y aumentada su belleza, con todo el prestigio del poder y del lujo de la soberania.

Marina permaneció junto á Irene hasta el momento de su coronacion. Por la mañana partió para el Kremlin donde fue recibida por los primeros boyardos y los embajadores de todos los Reyes de la Europa. Ocupó un asiento en el trono, y Miguel Nagoï, le presentó la corona de *monomaca*, y la diadema, que ella besó respetuosamente. Entonces Basilio Schouïski arengó á Marina en nombre de toda la nobleza del imperio, y despues toda la corte se puso en marcha para la iglesia de la Asuncion, donde debia verificarse la doble ceremonia de la consagracion y de la confirmacion del matrimonio.

El camino que siguieron los nobles desposados estaba tapizado de terciopelo encarnado y de paño de oro, y las calles cubiertas de flores: un repique general de campanas, y las salvas de la artilleria aumentaban el entusiasmo público: las ventanas estaban adornadas y llenas de un gentio inmenso, que pedia sobre sus jóvenes príncipes todas las bendiciones del cielo, la naturaleza misma, estaba en toda su pompa en esta época del año, pareciendo querer contribuir al brillo de la fiesta: el tiempo era hermoso, y el Sol arrojaba sus rayos de luz sobre las cúpulas de oro de la antigua ciudad Moscovita.

Llegados á la iglesia los dos desposados se colocaron en un estrado elevado en medio de la nave; el czar ocupaba un trono de oro, que el Emperador de Persia le habia enviado para este acto solemne, y Marina un trono de plata. A una señal del Patriarca las damas de la czarina, entre las cuales se veian jóvenes de las principales familias del Imperio, se aproximaron á ella y le quitaron la corona de desposada. ella se arrodilló delante del

Patriarca, que hizo el signo de la santa cruz sobre la jóven polaca que venia desde tan lejos á buscar una corona! Entonces se elevaron nubes de incienso rodeando las antiguas columnas de la iglesia. El órgano despidió sus sonidos religiosos bajo las bóvedas góticas, y cien voces puras entonaron en honor de los desposados el himno de *In plurimos annos*..... En seguida el Patriarca echó al cuello de Marina, la cadena de oro de *monomaca*, la consagró y le dió la comunion. Asi fue como Marina Mniszech la hija del palatino de Sandomir, se vió consagrar y coronar soberana de un gran imperio antes de ser muger del soberano de este imperio, porque la celebracion del matrimonio no tuvo lugar hasta despues de la ceremonia de la consagracion. Concluida la ceremonia el czar y la czarina, ambos jóvenes, hermosos, sobre todo en aquel momento en que se veian satisfechos todos sus deseos, Demetrio y Marina, salieron de la iglesia asidos de las manos; llevaban la corona sobre sus cabezas y el manto imperial los envolvia. Llegados al umbral de las puertas del templo se pararon y el príncipe Mscislawski echó sobre ellos segun costumbre antigua en Moscovia una gran porcion de pequeñas monedas de plata, que tenia en un vaso.

El pueblo recibió tambien de estas monedas y el recuerdo de esta ceremonia duró largo tiempo entre los desgraciados de Moscou.

Durante un mes las fiestas mas suntuosas inauguraron el advenimiento de Marina y aumentaron su enagenamiento. El amor de Demetrio para con ella se manifestaba sobre todo en las fiestas, donde el lujo del Asia daba mas realce á las ventajas que el gusto de Occidente acababa de introducir en Rusia. No obstante, el cielo no estaba sereno, el horizonte se cargaba de nubes, y Marina mecida al sonido de los cánticos festivos y de los besos de amor de su esposo, se adormecia tambien como él, á pesar del ruido de la tempestad que por todas partes rugia ya de una manera siniestra bien cerca de ellos.

Es una desgracia sin duda ser superior en conocimientos al pueblo que uno es llamado á gobernar, cuando no se tiene la fuerza necesaria para obligarle á que se doblegue á las nuevas costumbres que se quieren introducir. Demetrio habia habitado largo tiempo la tierra de la libertad, esa Polonia, siempre estimada, siempre admirada, para que no comprendiese las reformas que debia sufrir la Rusia antes de ser un gran pueblo. Pedro el Grande, que le sucedió, dedujo la misma consecuencia, y no pudo sin embargo realizar sus proyectos de reforma, sino consolidándolas á fuerza de sangre. Pero Demetrio ocupando un trono vacilante, no solamente bajo su propio peso sino bajo el de todo aquel que quisiese mandar y sobre todo innovar, esperimentó bien pronto el efecto de la crueldad de un pueblo, que le reprochaba, ante todo, se rodease de estrangeros y reservase todas las gracias para los polacos. Enteramente independiente y de un genio altivo, Demetrio queria seguir su pensamiento, y este pensamiento le llevaba á proteger á los compatriotas de la muger que adoraba, y á la que consideraba capaz de civilizar á sus súbditos. Asi es que no respondió mas que con una sonrisa de desden, á la amonestacion que le dirigió Tatischtscheff públicamente por haber comido ternera, cuyo uso estaba entonces prohibido á los rusos.

Pero un agravio mayor que todos los otros á los ojos de los rusos, y mas particularmente á los de los viejos boyardos, que eran el sosten del trono de los duques de Moscovia, fue la obstinacion de Demetrio en conservar el trage polaco. Desde luego se formaron complots; los descontentos recorrieron las tabernas de Moscou, esos lugares donde el pueblo bebe con delicias esa bebida ardiente, en cuya composicion entra la nebrina. Alli se habló de Demetrio, se dudó de la verosimilitud de los hechos, que el mismo pueblo de Moscow habia acogido con trasporte pocos meses antes; pronto estos complots que no tenian consistencia tomaron cuerpo, y los descontentos se reunieron bajo la bandera de odio y muerte á los estrangeros.

Basilio Ivanowitsck Schouïsky, el mismo que arengó á Marina en nombre de la nobleza ruza, fue á quien eligieron por gefe los revolucionarios. La primera conspiracion fue descubierta. Schouïsky, presentado al tribunal, fue condenado á muerte, y hubiera sin duda perecido; pero Marina, que no dejaba de acordarse de este hombre desde el momento glorioso de su coronacin, pidió y obtuvo su perdon de Demetrio. Al firmar este el perdon se detuvo. Pareciale que una voz interior le gritaba que fuese justo, ó que de lo contrario pagaria con su vida.

—¿Por qué pides esta gracia? dijo á Marina mirándola con tristeza, en verdad no puedo firmar su perdon.

Marina mudó de color en un momento. El czar parecia dispuesto á ceder. Ella se aproximó á Demetrio, pasò un brazo alrededor de su cuello, y despues de besarle en la frente, fijó en él sus ojos, cuyas miradas hacía latir el corazon de aquel que siempre era su amante.

—Por mí! le dijo al fin ella, firma por mí. Tambien él la miraba con ojos de amor y estrechándola fuertemente contra su pecho... firmó..... Desgraciado!..... era su sentencia la que firmaba!

Una tarde (era el 16 de Mayo del año de 1607) el tiempo estaba tempestuoso y el viento levantaba torbellinos de polvo en los vastos campos que separan unos de otros los pa-

lacios de Moscou. La lluvia comenzaba á caer, y por huir de la tempestad cada cual se entraba en las casas que ofrecian un abrigo, y particularmente en las tabernas, donde se venden esas bebidas calientes tan apreciadas de los rusos. En un rincon muy sombrío de una de estas tabernas, habia un hombre cuyo rostro, medio oculto por su gorro no dejaba ver mas que una boca, que á veces sonreia con una espresion infernal. Algunas veces un movimiento involuntario dejaba ver su vestido brillante, la cadena de oro, los distintivos en fin de un boyardo; pero al punto, cualquiera que fuera este hombre, se envolvia en su gran capa, y volvia á ser un oscuro desconocido.

Este individuo parecia escuchar sobre todo á otro que hablaba con mucho calor de los rusos y de los polacos. Era evidente que el orador era uno de esos rusos, verdaderos hijos de Moscovia, fiel observador de sus costumbres y dispuesto á dar la vida por ellas. Su estatura era la de un atleta, y manifestaba tener un alma pura y bien templada. En breve las voces se aumentaron; el ruso parecia animarse, y comprendiendo que no seria por mucho tiempo dueño de sí mismo, se lanzó á la calle y se alejò de la taberna, luchando con la tempestad que se habia aumentado sobremanera.

—Gloria á Dios!.. Salud á Kosma!... dijo una voz á sus espaldas que dominò la del huracan. El ruso retrocediò vivamente y viò á su lado al hombre que acababa de dejar en la taberna.

—Que quereis?... y como sabeis mi nombre? preguntò á este hombre.

—Yo he visto á Kosma Minin delante de los enemigos de la Rusia; lo he visto en Nijniy socorrer con su dinero á sus infelices conciudadanos. Yo he visto á Kosma defender delante de los ancianos de la ciudad, los intereses de todos contra los suyos..... ¿Y es este el mismo hombre que acabo de ver confraternizar con nuestros tiranos?

—El manto del desconocido se entreabriò y á la luz de una lámpara que alumbraba á una imágen de San Nicolas, el ruso reconociò las insignias ante las cuales se descubriò. El desconocido se llevò un dedo á la boca.

—Silencio!..... Permaneces siendo un verdadero hijo de la vieja Moscovia.

Kosma levantò los ojos y las manos al cielo.

—Dios es testigo! respondiò.

—Yo no te exijo un juramento.... solo te exhorto á obrar.

—¿Contra quién?

En este momento varios jòvenes montados en caballos de la Ukrania, que habian lanzado al galope pasaron junto á ellos gritando, cantando y jugando con sus sables desenvainados. Uno de ellos al pasar junto á Kosma le quitò su



EL GORRO DERRIBADO.

gorro con la punta de su sable, despues lo echò en el polvo y siguió su carrera riendo con sus compañeros. Todos llevaban el uniforme polaco.

Kosma alzò del suelo su gorro, lo limpiò, se lo puso de nuevo en la cabeza y volviò hácia donde estaba el desconocido. Pero su fisonomia tenia un aspecto sombrío y feroz, su respiracion era agitada, en una palabra, lo ahogaba la indignacion.

—Y bien! dijo el desconocido, qué te parecen tus hermanos los polacos? Por qué no te has echado en tierra bajo los pies de sus caballos para servirles de alfombra?

Un sonido ronco y terrible saliò del pecho del ciudadano de Nijniy.....

—Ah! esclamò golpeándose la frente con sus manos. O Dios mio! aconsejadme! Despues levantando noblemente la cabeza, dijo al boyardo que seguia todos sus movimientos con maligna curiosidad.

—Príncipe Schouïsky, sin duda los polacos abusan de su imperio sobre nuestro czar; pero nosotros no debemos olvidar, que en Polonia es donde nos han conservado á nuestro soberano..... no es Polonia la que nos ha devuelto esa última gota de la sangre preciosa de Rourick!... Nuestro amado czar ha sido salvado por la Polonia, príncipe!..

Una risa casi salvaje, contestó á esta noble espresion de la lealtad de Kosma.

—La sangre de Rourick! dijo al fin; eres tú, por ventura, de los insensatos que creen en esa fábula? Demetrio fue degollado y no ha salido de su ataud. Ese otro Demetrio no es mas que un impostor. Quieres contribuir á la salvacion de tu patria?....

—Como?...

—Ven aquí, escucha..... qué ves tú sobre esas puertas?

—Cruces rojas.

—Pues bien! ellas publican la muerte de los que duermen dentro, mejor que pudiera hacerlo la mas alta cruz del cementerio. Ya el sol no volverá á alumbrarlos. Parte para Nijniy, Kosma, y repite en tu ciudad lo que nosotros vamos á hacer en Moscou.

Kosma no respondió al pronto.

—Si Demetrio es un impostor, dijo al fin; es necesario que muera. Pero si no lo fuese?... y los ojos espresivos del patriota decian al ambicioso que su brazo moscovita podia bien castigar á un culpable, pero no herir á una víctima.

—Yo tengo el medio de saberlo, añadió. Despues segun sea la conviccion que adquiera asi cumpliré con mi deber.

En seguida descubriéndose con respeto, pero sin bajeza delante del príncipe Basilio Schouïsky, desapareció.

Basilio le vió alejarse con una espresion indefinible.

—Bien! dijo; ve á consultar á tu príncipe Pojariky, mientras nosotros obramos. Ya nos direis cuando todo haya concluido, si hemos hecho bien ò mal.

Al amanecer del dia siguiente, las campanas tocando á rebato, y los gritos de muerte que exhala una multitud inmensa despiertan á los habitantes del Kremlin; todo yacia en silencio en este antiguo y real recinto, donde fatigados por las fiestas y los placeres se habian entregado por algunas horas al descanso sus regios moradores. Romanoff, el primer oficial de la guardia del czar, oye el ruido, sale, y se halla en presencia de Tatischtcheff que va á la cabeza de un pueblo, ebrio de furor y de sangre. Romanoff le ha salvado la vida una vez; pero cuan pálido es este recuerdo cuando el espíritu de partido despierta las pasiones mas terribles del hombre! Romanoff se adelanta hácia Tatischtcheff á medio vestir; pero recibe dos puñaladas, y va á caer ensangrentado en la antecámara que precedia á la cámara imperial gritando:

—Traicion!.... Sálvate, Demetrio, hijo de Ivan; traicion!.....

Al decir esto espira.

Demetrio, toma sus armas y rodeado de algunos guardias, resiste al pueblo; pero los revoltosos se aumentan por instantes. Todos lo que rodean al czar son muertos, y él mismo cae herido de una bala..... El pueblo se precipita sobre él para acabar su vida..... pero Demetrio sosteniendose sobre una mano les dirige una mirada que los contiene.

—Miserables, esclama; os atrevereis á matar á vuestro czar?

Yo soy Demetrio, el hijo de Ivan!.....

Los asesinos retroceden; acaso se hubiese salvado; pero en este momento, Schouïsky, á quien han ido á prevenir, llega para animarlos.

Hállalos inciertos.

—Si será verdaderamente el czarewitz! decian en voz baja.

—Amigos mios, gritó Schouïsky, yo tenia algunos escrúpulos, pero he ido al convento, he hablado con la czarina, pidiéndole de rodillas y derramando lágrimas que me dijese la verdad, y me ha confesado que habia favorecido la impostura..... Este hombre no es su hijo..... es un falsario!

El desgraciado Demetrio cae entonces bajo mil brazos que intentan acabar con su vida. En seguida la turba de furiosos, sedientos de sangre, se precipita dando gritos de muerte al aposento de Marina. Un jóven paje polaco, llamado Omolski, cuyo nombre debe conservarse en la historia, defiende por un momento la puerta de la cámara de la czarina, y no cede el paso hasta que pierde la vida. Marina, á medio vestir, pálida, sollozante se adelanta hácia los asesinos; quiere hablarles, porque aunque está fuertemente conmovida, aun no sabe toda la estension de su desgracia. Todavia conserva esperanzas! Pero gritos de rabia, es la respuesta de los asesinos. Suena un tiro, y una bala hiere á una dama de Marina que se ha puesto delante de su señora. Era una jóven judía á quien Marina habia librado de una union que detestaba, y hecho despues su felicidad casándola con un gentilhombre polaco, llamado Chmielnicki. Bien pronto es derribada la débil barrera que forman las damas de la czarina, y el pueblo va á poner ya

sobre ella sus manos ensangrentadas cuando llegan los boyardos y se apoderan de su víctima, que reservan para mayores tormentos.... En esta horrible jornada, corrió la sangre por Moscou. La fuerza bruta se vengó con todo el refinamiento del odio. Todos los polacos fueron degollados. El palatino Mniszech y los Visnowiecki, que habian sido mas previsores, se defendieron de tal manera que los rusos capitularon con ellos. Marina tuvo al menos el consuelo de tener un padre para llorar con él la pérdida de un marido amado y de una corona.

Basilio Schouïski recogió el fruto de su crímen. Muerto Demetrio, se necesitaba un soberano. Schouïski no pidió ni designó nada, pero su nacimiento era ilustre y al mismo tiempo gozaba de gran popularidad.

—¿Por qué hemos de luchar con él? dijeron los boyardos.

Y llevándolos en seguida al Kremlin á la gran plaza, lo saludaron con el nombre de padre de la Rusia; y Basilio Schouïski se sentó sin remordimientos sobre un trono que él mismo acababa de ensangrentar. Pero los remordimientos no habian sido hechos para su alma. Marina y su padre le recordaban escenas penosas; y por lo tanto hizo que se alejasen de Moscou. Una fuerte escolta condujo á Marina y al palatino de Sandomir á Jaroslaw, sobre el Volga.

¿No hay razon para decir que la desgraciada Marina estaba reservada para tormentos mayores que la muerte?... La muerte no es mas que un instante de agonia! Sin embargo Schouïscki se alarmó bien pronto por el efecto que habia producido en Polonia la revolucion de Moscou. La sangre polaca que humeaba todavia, pedia una venganza, que la patria comprendió y aun ardió en deseos de consumar. Schouïski, quiso prevenir cualquier acto hostil: puso en libertad á todos los prisioneros polacos, y Marina quedó libre para volver á Polonia. Se puso en camino, pero con qué tristeza! Atravesó cautiva el mismo pais, donde todos los pueblos inclinaron las rodillas en su primer paso..... A menudo los ojos de la czarina arrojaban abundantes lágrimas, al recordar su juventud, sobre la que pesaba tan cruel anatema á los 20 años. Sus lágrimas caian sobre su velo de viuda, con cuyos sombrios pliegues se cubria su frente sin corona, y cargada de negros presentimientos. El grito de agonia que exhala el alma en un momento de profundo pesar, se escapaba de su corazon pensando sobre todo que su corona perdida, habia sido envuelta en una mortaja y enterrada en una tumba.

—O Demetrio!, esclamaba retorciéndose las manos.

Y la desgraciada vertia de esas lágrimas amargas que abrasan los ojos y hacen morir cuando caen sobre el corazon.

Una tarde, el triste cortejo acababa de atravesar uno de los lugares que se llaman Steppes en Rusia, cuando de repente se oyeron grandes gritos; y varios ginetes cayeron sobre la escolta; y la pusieron en fuga. Marina y su padre no creyendo que esto pudiera interesarles, tomaron poca parte en aquel combate hasta que reconocieron en el gefe de aquella tropa á Staduicki, su pariente, y uno de los que habian servido á Demetrio.

—Señora, dijo á la czarina, tengo el honor de ser el primero en anunciaros el bien que os aguarda. A algunos pasos de aqui encontrareis á el hijo de Ivan, el czar de Moscovia al frente de un numeroso egército.

—Demetrio! gritó Marina fuera de si.

—Si, Señora. Venid, que os aguarda... Salvado por favor del cielo de los puñales asesinos, Demetrio será dueño de toda la Rusia. Al saber que habiais emprendido vuestro viaje dejó el camino de Jaroslaw, y me envia á salvaros. Daos prisa, porque está impaciente.

Marina cayó en una profunda meditacion. ¿Como podia ser que Demetrio se hubiese salvado del puñal de los asesinos?..... El corazon de la jóven no se atrevia á dar entrada á tan grande alegria: su frente permanecia pálida, y sus apagados ojos no encontraban el fuego de sus miradas.

El palatino, al recibir esta noticia, no quiso perder el tiempo en averiguar si era ó no verdad; intrigante profundo, le importaba poco quien fuese su yerno, con tal que fuese soberano. En seguida emprendieron de nuevo el camino de Moscou, él lleno de confianza, y Marina incierta, temblorosa y agitada por un presentimiento siniestro.

Las noticias que el palatino recibió de Staduicki fueron sin embargo muy probables y pudieron reanimar un poco á la czarina. Demetrio, decia él, se habia escapado del Kremlin y de Moscou por los subterráneos de la fortaleza. Despues de una larga enfermedad y algunos dias de sufrimientos, se habia encontrado capaz de montar á caballo y preparar sus tropas para el combate. Habia entrado en Rusia á la cabeza de un ejército numeroso, que cada dia se aumentaba y del que los príncipes Roziuski y Juan Sapieha componian la mayor parte; á la sazon estaba acampado en Fouchin á tres leguas de Moscou.

Por último, Marina llegó al campamento donde debia volver á ver á Demetrio. Apenas se pronunció su nombre cuando se vió rodeada de una turba inmensa que la proclamó soberana con una especie de delirio. Ella misma estrañando el cambio de su posicion se sintió poseida de una especie de vértigo: el ruido de la músicas militares, aquellos uniformes, aquellas armas brillantes; los clamores, los gritos de viva la czarina! viva nuestra ma-

dre! todo la turba, hace latir su corazon y vela su ya incierta mirada. Entretanto baja del caballo, y guiada por su padre y Staduicki, se adelanta en medio del campamento, donde desde lejos apercibe un grupo de hombres vestidos con elegancia y de los cuales uno se adelauta hácia ella.

Marina nunca creyó que Demetrio efectivamente se hubiese salvado. Sin duda ella hubiera dado su sangre para reemplazar la que los asesinos habian sacado hasta la última gota; pero por lisonjera que fuese esta esperanza ¿podia Marina acogerla despues de haber visto al pueblo enfurecido destrozar el cadáver de su víctima? Dado caso que la hubiese podido concebir, pronto se hubiera desvanecido á la vista del hombre que en aquel momento se acercaba á ella, este hombre tenia un esterior repugnante: su fisonomia no manifestaba mas que sentimientos viles; su mirada obliqua no se apartaba del suelo, y las pasiones mas groseras se formulaban en su sonrisa baja y amenazadora. Marina sintió helarse su corazon al recibir de este hombre una mirada de odio triunfante. Quién era? ella le conocia: Oh! sí, ella le conocia pero ¿donde le habia visto?... Creia ser víctima de un sueño infernal. Un recuerdo le hablaba de este hombre, y sin embargo ella no podia acomodar su nombre á aquel semblante que la habia hecho temblar de miedo. De repente dos brazos la rodean, la sujetaron con fuerza, y una voz murmuró á su oido:

—Marina, acordaos de la solitaria posada del bosque de Zulosz... vos me quitasteis aquel dia á mi linda prometida, pero yo busco hoy una muger mas hermosa, una muger mas noble... Gracias por el cambio.

Marina no habia oido estas últimas palabras: herida en el corazon, se arrojó en los brazos de su padre diciéndole:

—Llevadme de aqui, ó voy á morir.

Luego que se halló sola con el palatino se desató en sollozos, sin poder esplicar á su padre el conocimiento que tenia de aquel hombre; pero lloraba, y gritos espantosos se le escapaban de sus convulsos labios.

—Marina, le dijo su padre, en medio de tantos acontecimientos estraordinarios has podido creer en la resurreccion de los muertos?... En cuanto á mí, jamas me consenti en poder encontrar á Demetrio.

—Ah! gritó al fin Marina, vos no sabeis quien es ese hombre que se ha atrevido á tomar el nombre de mi Demetrio, de mi noble esposo, de mi señor!..... Es un miserable judio, la inmundicia del género humano; es ese hombre á quien yo quité la pobre jóven, que despues se casó con Chmielnick..... O! Dios mio, tened piedad de mí.

El palatino estaba confundido:

—Pero ¿estás tú segura, dijo al fin á Marina, de que este hombre sea el mismo, de quien has conservado tan temible recuerdo?

—No puedo dudarlo; respondió Marina.

—Y no os equivocais, dijo una voz.

Y en el mismo instante se introdujo el falsario en la conversacion.

—Si, yo soy en efecto el judio Jankeli. Me habeis reconocido, Marina, asi lo creia; no se olvida jamas, aquel á quien se ha ofendido, aunque fuese el último de los hombres... En cuanto á vos, conde, estoy desconocido; pero mi tio Egidio, el sabio rabino, no lo será tanto.

Y el miserable sonreia con una espresion satánica.

—Un dia, me puso al cuello este talisman y me dijo que viniese á Rusia, y que publicara que era el hijo de Ivan el Terrible.

Llegué á Siarodonb, y dije: «Yo soy Demetrio, hijo de Ivan, y vengo á pedir á Schouìski la corona de mi padre.” Ellos me acogieron, las ciudades vecinas se sometieron, los boyardos vinieron á prestarme juramento, y mis tropas se multiplicaron. Entonces fue cuando los príncipes Sapieda y Kozynski llegaron á mi campamento. Mi egército aumentado con ellos es formidable, y sobre todo la victoria me ha coronado. Estoy á las puertas de Moscou, donde voy á entrar. Ahora, Marina, yo no soy el miserable judio! la escoria del género humano! Yo tengo una corona que dar, no es verdad que es un don magnífico. Pues bien! yo la pongo á vuestros pies.

—Jamas! gritó Marina con vehemencia.

—Y por que eso? replicó el impostor con calma y mirando á Marina con una espresion infernal. Vuestro primer marido era el impostor y yo soy el verdadero Demetrio.

Luego que me casé con Demetrio, respondió Marina, mis parientes, mis amigos, todo un pueblo entero le proclamó heredero de los czares de Moscovia, y ademas.

—Vos le amábais, no es verdad que íbais á decir eso. En cuanto á mí, vuestro amor y vuestra ambicion me son indiferentes, vos me dareis mucho oro, porque yo gusto mucho, y os dejaré gobernar como gusteis y amar á quien querais.

Un sentimiento de disgusto se pintó en la faccion de Marina; Jankeli no respondió sino con una sonrisa y despues prosiguió diciendo:

—Pero, es necesario que os apresureis á reconocerme abiertamente, vuestro terror al verme ha causado ya una grande turbacion, y es necesario destruirla. Creedme, el partido es ventajoso para los dos; para mí oro, mucho oro; para vos el poder y la venganza.

Al oir el Palatino estas palabras sacó á Marina de la tienda y le enseñó á lo lejos á Moscou, con sus miles cúpulas.

—Marina, dijo el viejo polaco, allí hay una corona y enemigos que puedes arrollar debajo de tus pies.

La czarina, se turba, el corazon le late á estas palabras de ambicion y de venganza, y sus ojos brillan súbitamente.

—Y qué es necesario hacer? pregunta.

—Abrazar á este hombre.

Y el palatino mismo arrojó á su hija en los brazos del judio infame y ambicioso.

El egército que los observaba prorumpió en gritos de alegria, cuyos ecos hicieron temblar las murallas del antiguo Krenlim. Sin embargo, no era esto lo que estaba destinado á Moscou. Segismundo III, se resolvió al fin á intervenir en los negocios de la Rusia. Entró en el reyno decidido á unir esta corona á la de Polonia, ó á hacer proclamar czar de Moscovia á su hijo Wladislao. El mismo vino á poner sitio á la ciudad de Smolensko, y mientras, Herman Zolkiewski se dirigió sobre Moscou, y habiéndose encontrado al czar Schouïski cerca de Kluchin, le batió completamente, apoderóse en seguida de él y de su familia, entró en Moscou, proclamó á Wladislao czar de Rusia, y para acabar con el impostor Demetrio le ofreció en nombre del Rey Segismundo III un principado y mucho oro. Zolkiewski le conocia. El miserable aceptó en el momento, y el tratado iba ya á firmarse cuando Marina lo supo. Al pronto corrió en busca de su falso esposo con la emocion y la cólera de una muger ambiciosa.

—Miserable! le dijo con un gesto de desprecio; miserable! crees tú que he de permanecer junto á ti si no estoy sobre un trono? Tú debes reynar ó morir.

Estas nobles palabras fueron apoyadas por el príncipe Sapieha y sus soldados.

Kociuski se declara por Segismundo. Se sacan los sables, se baten, la sangre corre, y en medio de tal desorden, el impostor emprende la fuga, y se retira á Kalonga. Sola enmedio de una multitud de hombres que no reconocen freno, Marina se decide á no deber su grandeza mas que á ella misma. Recorre las filas, promete, amenaza, pide, jura, y acaba por excitar el entusiasmo de aquellas bandas indisciplinadas. Todos juran colocar en el trono, no á Demetrio, que nada importa, sino al marido de Marina Mniszech. Entonces ella se quita sus vestidos de muger, sostituyéndolos con los de un soldado, y echando un carcax á la espalda, monta á caballo, corre á Kalonga, se apodera del impostor, y poniéndole de nuevo el nombre de Demetrio lo lleva al campamento diciéndole:

—Infame! aprende á dar tu vida por un trono!

Mientras tanto Wladislao habia sido coronado en Moscou, gracias á los cuidados de Zolkiewski. Marina convertida en una heroina y en ejemplo de valor para los que la rodean, se defiende con la furia de un leon contra un egército entero, en un monasterio que habia fortificado.

Zolkiewski avergonzado de ser detenido en medio de su triunfo por una muger, se disponia á dar el asalto y prender fuego al monasterio para que nadie escapase. Marina no apreciaba la vida, pero queria vivir para reynar y vengarse. Este deseo produjo en ella una fuerza prodigiosa. Se salió del convento despues de haberle prendido fuego ella misma, y llevando siempre consigo al impostor como un simulacro de soberano, volvió á Kalonga donde se fortificó.

Este deseo de reynar, esta ambicion guerrera habia producido en esta muger un valor desenfrenado, que trocaba su naturaleza y la transformaba en un ser particular de la creacion. Aquel ismaelita, aquel hombre á quien ella despreciaba y aborrecia, erá sin embargo cuidado con el mayor esmero; temia ella por su vida; este ser despreciable habia sido proclamado por ella czar de Moscovia, el verdadero Demetrio; queria, pues, que tuviese un trono para dividirlo con él.

Esta voluntad resuelta hija de una resolucion estremada, le adquirió numerosos partidarios, viéndose de nuevo á la cabeza de un egército de descontentos, que deseosos de seguir una bandera habian abrazado la suya. Pero la hora de sus últimos reveses debian sonar ya para ella.

Marina, habia logrado atraer á su causa un gran número de kans de tártaros y un fuerte partido de cosacos. El impostor siempre desconfiado, puesto que era infame y cobarde, receló de la fidelidad de Ourmamed, Kan de Kasimoff y sin comunicar su proyecto á Marina resolvió perder á este hombre, formando su plan, tal como podia formarlo un miserable como él.

Engañó á Ourmamed bajo el pretesto de una partida de caza. Entró el tártaro sin desconfianza en la parte mas desierta y espesa del bosque, y alli bajo el pretesto de una conferencia importante, le hizo bajar del caballo; y cuando el príncipe tártaro creyó encontrar un amigo, recibió dos puñaladas que le hicieron caer á los pies de un infame asesino.

Cometida la muerte, Jakeli se apresuró á hacer un hoyo en la espesura del bosque, para ocultar el cadaver de su víctima. Volvió despues á Kalonga á anunciar á los suyos que Ourmamed habia atentado contra su vida, que él habia sido bastante feliz para defenderla, pero que Ourmamed redoblando su cólera, habia huido hácia Moscou y refugiádose enmedio de sus enemigos.

Marina conoció la infamia. Ella leyó el crímen en la palidez de su frente y en el temblor de su cuerpo.

Recibió al monstruo, que le parecia horrible desde que sus manos se mancharon con sangre, y apartó de él sus ojos con horror.

Pero otra mirada habia helado mas el alma del asesino. El príncipe Ourousoff parien-



EL ASESINATO.

le de Ourmamed, resolvió vengar su muerte, y un dia en que el impostor estaba en un estado completo de embriaguez, Ourousoff, le dió de puñaladas en su misma mesa, saliendo en seguida de Kalonga con sus tártaros.

Marina privada de repente de todas sus tropas se vió en un dia sola, abandonada y entregada á los boyardos, que la hicieron encerrar en la mas oscura prision. La desgraciada lloraba mas que ninguna otra cosa, la desaparicion de sus brillantes esperanzas, y sin embargo, vencida por la suerte, llegó su desgracia al estremo de implorar á sus enemigos! Rogar! ella! Marina! Oh! verdaderamente debia sufrir mucho! sobre todo, luego que añadiendo el insulto al rigor, una repulsa de sus carceleros fue la respuesta á su peticion.

Oh! entonces sí quiso Marina morir! Una noche tendida sobre la húmeda paja de su prision, estando soñando con tormentos y cárceles, que eran los sueños que habian reemplazado á los de poder y gloria, oyó ruido de armas y gritos de gente que combatia. La puerta del calabozo se abrió, y un hombre se presentó en ella que se arrojó á los pies de Marina y le besó las manos que llenó de lágrimas, diciéndole con voz ahogada que le siguiera. Marina se levantó y miró á este hombre; Dios habia oido sus quejas. O Providencia! estoy salvada, gritó.

En su infancia, Marina habia tenido por compañero en sus juegos á un jóven polaco llamado Zaroucki. Mas tarde él le habia amado como ella se merecia. El corazon de Marina no sentia aversion á Zaroucki; pero la prediccion de un trono habia ya cegado con su brillo á Marina. Asi es que cuando el jóven la habló de amor, Marina le dijo:

—Para ofrecerme vuestra obediencia seria necesario poder mandar.

El jóven se retiró desesperado, y durante algunos años se ignoró su suerte. Marina ya casi no se acordaba de él; pero con qué luz magica se le presentaba! En el momento en que iba á ser entregada á los verdugos, para sufrir los tormentos y la muerte, oia una voz que la recordaba todas aquellas horas de su juventud, tan brillantes y gratas! Encontraba un corazon apasionado; una mano trémula asia la suya desatándole las cadenas, mientras la otra le mostraba la libertad. Vencida por su emocion Marina llora, y sus lágrimas refrescan sus ojos ardientes, quemados por sus continuas y largas vigilias, y por los sueños terribles de una ambicion burlada.

Todas las impresiones de su juventud, impresiones siempre tan suaves sin recuerdos amargos, se apoderaron de su alma proporcionándola una dulce alegria. Arrojòse en los brazos de Zaroucki y le dijo:

Estoy pronta á seguiros; donde me conducis?

—Yo soy gefe de cosacos, respondió el jóven: tengo un cuerpo numeroso compuesto de hombres escogidos. Os voy á conducir donde está vuestro padre, venid á ver vuestra patria.

Al oir Marina estas palabras mudó de color y retiró su mano de la de Zaroucki.

—Yo no tengo patria, respondió moviendo

lentamente la cabeza, no tengo patria, excepto allí donde haya un campo de batalla, un trono ò una tumba.

—La quereis? gritó el jóven. Quereis correr nuevos peligros? Pues bien, dejadme partir, venid en medio de nosotros. Allí mandareis á hombres simples, casi salvajes, pero obedientes á vuestros deseos; vuestro solio imperial será mas bello que ningun otro de los reyes de la tierra, porque es la bóveda del cielo. Vuestro trono no consistirá en cuatro planchas de abeto cubiertas de terciopelo, sino que descansará sobre el mas noble animal de la creacion. Vuestro imperio no tendrá límites, porque le estenderemos por do quiera nuestros caballos puedan ir, y el hierro de nuestras lanzas pueda herir. Venid, Marina.

Marina le siguió toda conmovida de emocion, á la vista de esta nueva vida que le era tan estraña. Montó sobre un soberbio caballo blanco, y se halló en medio de unos hombres de rostro fiero y osado, cubiertos de armas brillantes, y cuyos gritos de amor la acogieron como á su Reyna. Marina sintió embargarse su corazon por una de aquellas impresiones que deciden de toda una existencia. En aquel momento su belleza tomò un caracter sublime. A medio vestir con el rico trage que la prision habia desgarrado, con el cabello suelto y con la mirada ardiente, toma una lanza en su endeble mano y dirige el hierro hácia Moscou. Parte en seguida haciendo seña á los cosacos que la sigan. Todos se lanzan en pos de ella, y Zaroucki, cuya alma y voluntad le estan sumisas, se dejó llevar por esta muger, cuya ambicion estaba entonces incitada por la sed de venganza. Bien pronto el oriente de la Rusia es desolado por ellos, señalando su paso con fuego y sangre. Pronto, sin embargo, se cansò Marina de aquella soberania movible; quiere reynar, pero reynar en paz.

Zaroucki, que no sabe mas que obedecerla se dirigiò sobre Astrakan, cuya conquista deseaba Marina. Astrakan, es tomado, y el príncipe Dimitriewitz Khworotinin, que intenta defenderle, es sentenciado á muerte por el vencedor. Pobre del que se atreva á resistir á Marina! En esta ciudad desolada por el hierro y el fuego, y donde todas las mugeres eran viudas ó huerfanas, se sonreia Marina porque ya era soberana.

En esta época fue cuando Kosma Minin y el príncipe Pojarski se unieron para defender su patria, y librarla de sus enemigos interiores. A su noble llamamiento se presentó una juventud valiente á ofrecer sus servicios. Zaroucki fue batido el primero como mas formidable.

Vencido por fuerzas superiores, huyó al desierto con algunos restos de su tropa. Bien pronto estos restos se dispersaron, no quedándole mas que algunos hombres que desanimados por los sufrimientos y privaciones le abandonaron con Marina.

Marina era una prenda de valor para los rusos, que querian vengarse en ella de los desastres de sus guerras interiores. Fue, pues, perseguida con un encarnizamiento atroz; mas para apoderarse de ella era necesario antes destruir un corazon sumiso, apasionado, que cubria siempre el suyo.

Era entonces á mediados del invierno de 1612; del invierno! en esta parte de la Rusia donde las mismas bestias temen el rigor del frio. Marina se arrastraba con trabajo sobre la tierra endurecida que sus pies hacian rechinar con un ruido siniestro. Alguna vez, de sus ojos secos y quemados con el fuego de la calentura, caian algunas lágrimas que el frio helaba al instante en sus mejillas. Llorar Marina! ella!

Ah! es que la desgraciada temia entonces por otro ser querido! por su hijo, pobre flor nacida en una tempestad, al borde de un abismo, y cuyos dias eran contados! Zaroucki en su feroz desesperacion miraba á esta muger y á este niño, casi muriendo de fatiga, de frio y de hambre! y la rabia hacia rechinar sus dientes. Pero si sus ojos encontraban los de Marina, buscaba fuerzas para emprender su marcha, para llevar á su hijo. Asi era como los dos proscriptos adelantaban en sus steppes solitarios regados por el Jaïck, en esas soledades inmensas en que ninguna casa se ofrece á la vista del hombre. Un dia decidieron que era necesario ganar los montes Ourales. Dejaron, pues, la nieve, sobre la cual acababan de descansar, y que se estendia á lo lejos delante de ellos, sobre esta naturaleza privada de vida como la mortaja sobre el cuerpo que va á envolver.

Los desgraciados siguieron su camino sin hablar, porque estos dolores no encuentran palabras. De repente estalló una tormenta horrorosa. La nieve los envuelve y los ciega, una tempestad furiosa los lleva de una parte á otra, y les obliga á pararse, por que no ven ningun medio para poder seguir, están como envueltos en una nube espesa. De repente esta se rasga, y en su lugar ven una terrible aparicion! eran hombres! pero enemigos, porque al ver á los proscriptos exhalan grandes gritos de alegria. Zaroucki desenvaina su sable, pero su mano enfurecida por el frio no puede ni aun ajustarse á la empuñadura. Los bárbaros que le rodean se rien de su debilidad, y todos á la vez lo hieren con sus lanzas y sables. El desgraciado cae á los pies de Marina, enrojeciendo la nieve con su sangre, y dirigiendo su última mirada á la muger por quien pierde la vida.

Apesar del corto tiempo que duró su agonia pudo ver á Marina atada con cordeles y rodeada de hombres, cuya barba negra y ruda estaba herizada con la escarcha, y cuya espresion casi satánica les daba un aspecto de

demonios de un infierno de hielo... Marina silenciosa y colérica desdeñaba responder á sus preguntas; y sin embargo, entendia su lengua, porque estos hombres eran rusos, pero por lo mismo sabia que no tenia que esperar de ellos ni perdon ni piedad.

De repente un grito dulce ha penetrado en su corazon, cuya agonia ninguna emocion esterior ha revelado. Marina respondió á este grito con otro de un alma herida. Era su hijo, el pequeño Demetrio, que la llamaba con su dulce voz. Pobre niño! Pobre ángel! arrebatado tan pronto al cielo.

El gefe de la tropa hablaba entonces en voz baja con algunos de los otros hombres; en aquel infernal consejo se decidia la suerte de Marina.

—Que muera! decia el gefe.

—La recompensa será mayor si la llevamos á Moscou! decia otro.

—No llegará, dijo un tercero, viendo á Marina caer sobre la nieve, roja todavia de la sangre de Zaroucki.

En este momento uno de los caballos golpea la tierra con su pie; el sonido es sordo y resuena por bajo la tierra. El gefe sonrie con la alegria de un demonio; hace una seña y sus compañeros le entienden; con la hacha que llevan en el poma de la silla cortan la nieve endurecida y asimismo rompen el yelo que cubre al Jaïck; bien pronto el agua del rio surge por la abertura. Los rusos levantan el cuerpo de Zaroucki y lo arrojan al rio, pero no se contentan con egercer su venganza sobre un cadaver. Pronto se acercan á Marina, la agarran, y riendo los monstruos le anuncian que el Jaïck será su última estancia.

Ella no respondió..... Y qué podia haber dicho? Su alma conversaba ya con Dios y su última palabra debia ser una oracion. Entonces sus verdugos la agarraron, y como en los juegos de los demonios en el infierno, la arrojaron con gritos de alegria en su tumba!

La tempestad rugió con mas fuerza en aquel momento; la tormenta reunió la nieve sobre la abertura en que se acababa de sepultar una de las mas bellas obras de la creacion, y le sirvió de piedra funeraria. Los rusos miraban en silencio desaparecer hasta la menor señal de su asesinato. Ya no cantaban! El horror de este momento dominó hasta á los verdugos!.....

—Se ha concluido, dijo al fin el gefe; partamos!

Todos montaron á caballo, cuando el mismo grito dulce vino á interrumpir otra vez el silencio de la soledad. Era el huérfano que yacia sobre la nieve, casi agonizante de frio y de hambre.

—Ah! dijo el gefe aproximándose á él, estás aun en este mundo, vástago maldito? El niño levantó sus ojos casi apagados y alargò sus brazos; el gefe lo tomò en los suyos. El pobre ángel no prorumpiò un solo grito. Un solo gemido, dulce como su rostro, se escapò de su pecho, cuando la mano ruda del verdugo de su madre apretò su garganta, blanca como la de un cisne. Despues arrojò su cuerpo sobre la nieve, y alcanzò á sus compañeros poniendo su caballo al galope... Bien pronto el ruido de su carrera se disminuyò por grados; reynò de nuevo en la soledad todo el horror del silencio, y el cadaver de un niño permaneciò como la única señal del drama que acababa de representarse.

T. por A. Castillo.

DE LAS DOCE A LAS DOS,

EPISODIO HISTÓRICO.

Era la una de la mañana. Bellini se sentia algo indispuesto por efecto del cansancio, y quizá del esceso de felicidad que ahogaba su corazon. Habia hecho llamar al médico, y segun este debia consagrar una semana entera al descanso, prohibiéndole absolutamente recibir otras visitas que las de cinco ò seis amigos, cuya lista formò él mismo, y sin parar aquí el severo é inexorable doctor, diò òrden al criado de que dijera á todos los que no estaban comprendidos en ella, en particular á la prima donna y á toda dama encubierta, que el señor Bellini se hallaba ausente de la corte por quince dias.

Obligados por la presencia del doctor á llevar á cabo estas importantes medidas, el enfermo se reclinò sobre un camapé, el médico encendiò tranquilamente su cigarro, y todos los demas fuimos haciendo otro tanto.

La conversacion despues de haber girado sobre mil diversos objetos, llegò por fin á tomar cierto carácter de gravedad. Hablóse de la religion, de los muertos, y de los melancólicos y profundos recuerdos que dejaban en pos de sí los que un dia fueron objeto de nuestro amor acá sobre la tierra. Bellini pasó su mano elegante por sus hermosos cabellos, se sonrió con cierta espresion italiana, y nos dijo con una voz melodiosa á la par que modulada, con un acento ultramontano:

—Una noche se representaba en el teatro *des Varietés* una de esas bufonadas que son capaces de hacer reir al hombre mas mal humorado y mas sombrío del universo. Vernet desplegaba todas sus gracias y sus talentos cómicos en la relacion de una historieta de cierto aldeano, que andaba muy apurado buscando al mismo tiempo su muger y su paraguas. En medio de la alegria general oí de repente detrás de mí una carcajada tan candorosa, tan llena de naturalidad y de dulzura, que no pude menos de volverme para ver de dónde salia aquella espresion de contento, y no fue poca mi sorpresa al encontrarme con dos preciosos labios de carmin que formaban una bellísima boca graciosamente entreabierta, acompañada de una nariz torneada, unos hermosos ojos negros y una tersa y lucida frente, á la que prestaban nuevo realce dos madejas de pelo que caian con suma gracia por entrambos lados de su cabeza. Formaban el resto de esta hermosa jóven un cuello de cisne, un talle esbelto y delicado, y unas manos que podrian servir de modelo á un escultor para formar la Venus mas perfecta y acabada.

Ya comprendereis que este espectáculo me hizo olvidar bien pronto el que pasaba delante de mis ojos, para consagrar á aquel mi atencion toda entera, y sin embargo puedo aseguraros que no os he descrito aun sino á medias esta belleza. Su encanto no consistia tanto en la perfeccion y en la armonía de sus facciones, como en la calma deliciosa, en el aire tranquilo y sereno que se veia derramado en todas ellas. Sin advertir siquiera el éxtasis en que al verla me habia quedado, continuaba con los ojos fijos en la escena, riéndose de tiempo en tiempo con la misma gracia y abandono que tanto me habian encantado la primera vez que la oí.

Concluida la funcion se levantó, echó sobre sus hermosos cabellos una mantilla de encage, arreglando sus pliegues con esa gracia que solo poseen las españolas, se apoyó en el brazo de un jóven que la acompañaba, y desapareció. Me figuré que en aquel momento habia perdido el teatro toda su animacion y su alegria, y me volví á mi casa poseido del recuerdo de esta angelical criatura, en cuya persona resplandecian la belleza y la felicidad mas completa.

Habia llegado ya la noche del siguiente dia sin que esta encantadora imagen hubiese podido borrarse de mi memoria. Hallábame en

medio de un baile, y ni lo animado de la concurrencia, ni el brillo de las antorchas, ni los melodiosos ecos de la música cuyas impresiones se unian á las que me causaba la vista de tantas bellezas, podian hacérmela olvidar. De repente, juzgad cual seria mi sorpresa, la veo en medio de unas parejas. Sí, era ella, con su alegria natural y sencilla, con su viveza española. Ninguna otra colocaba con mas gracia su lindo pie sobre las tersas alfombras, ninguna ofrecia á la vista de sus admiradores una garganta y una espalda de nieve tan torneadas. Deslizándose en medio de todas con su cabeza coronada de flores de púrpura y oro, la admiracion general la aclamaba en silencio por la reina del baile.

—¿Qué mirais con tanta atencion? Me preguntó una voz que hirió mis oidos al mismo tiempo que una mano golpeó cariñosamente mi espalda. Al volverme encontré cara á cara con la figura fria y grave del capitan de la marina española, Don Antonio de la Rivera.

Mi contestacion fue señalar á la jóven.

—Al ver tan feliz á esa jóven, le añadí, parece que se siente uno animado de esa misma felicidad. La desgracia no ha puesto nunca su mano fatal sobre esa frente risueña; y ni el recuerdo de lo pasado, ni la idea del porvenir, han turbado jamás esa alegria que parecen haber respetado todos los sinsabores, todas las inquietudes.

El capitan, despues de mirarme con una amarga sonrisa, me respondió con ese aire conciso y resuelto de todo el que está habituado al mando:

—Veo que la conozco mejor que vos.

—¿La conoceis, la habeis visto alguna vez en el mundo? esclamé. Capitan, espero de vuestra amistad que me presenteis en su casa, ó que me proporcioneis un amigo á quien pueda ser deudor de tan gran ventura.

—Conque vos, me replicó el capitan, ¿la creeis la mas dichosa de las mugeres? ¿Imaginais que nunca ha sido víctima de algun infortunio? ¿Vuestro corazon os dice que las lágrimas no han corrido jamás por sus megillas, ni la palidez ha descompuesto su hermoso semblante?

—Con esa alegria, con esa calma, con esa serenidad inalterable, ¡cómo podria haber concebido jamás un pensamiento triste!

—Pues miradla, me dijo, mirad bien á esta feliz muger.

Al decir esto se adelantó hácia ella y la saludó. Una palidez mortal eclipsó de repente las hermosas facciones de la jóven española, que le alargó la mano en medio de un temblor convulsivo.

—No creo que mi vuelta á París deba ser para vos un motivo de pesar, le dijo el capitan para tranquilizarla, al ver que le faltaba poco para desmayarse.

La jóven pasó al momento la mano por la frente y cubrió con ella sus ojos por algunos segundos. Al descubrirse ya no quedaba en su semblante la mas leve señal de aquella terrible emocion; su boca sonreia con la misma gracia que antes, y sus pies volvieron á deslizarse de nuevo sobre el pavimento.

Al instante pasé mi brazo por debajo del del capitan, y llevándole hácia una esquina del salon: En nombre de nuestra amistad, le dije, contadme la historia de esta muger.

—¿De esta criatura feliz, que jamás ha conocido el infortunio? Con el mayor gusto; sentémonos aquí, echemos un vaso de ponche, y escuchadme.

Habia en Lisboa un rico negociante español llamado Lopez, que se dedicaba á especular por medio del comercio y otras empresas industriales. La prosperidad de este hombre se habia hecho proverbial en la ciudad. Jamás habia naufragado ninguno de sus navios; jamás se le habia desgraciado ninguna especulacion mercantil, y su hija Margarita estaba próxima á casarse con el hijo de un rico comerciante amigo de su padre.

Durante diez y ocho años la fortuna derramó á manos llenas sus favores en todo cuanto hacia relacion á los negocios de Lopez, pero inconstante en sus caprichos derribó de un soplo el edificio que ella misma habia formado. De los bajeles en que el negociante tenia todos sus intereses en medio de los mares, unos naufragaron y otros fueron presa de los piratas; era preciso, pues, renunciar al casamiento de su hija, que ya no podia dotar. Dos años mas de contratiempos bastaron para completar su ruina, y solo le quedó de su inmensa fortuna un crédito de cinco mil duros contra una casa de comercio de Madrid; pero como esta negase el crédito fue preciso demandárselo judicialmente, y Lopez se resolvió á salir de Lisboa.

Los procedimientos judiciales son en España mas lentos y costosos que en ninguna otra parte. Durante los tres años que duró el pleito, Lopez, su muger y su familia, vivieron en un estado muy próximo al de la miseria, subsistiendo los tres del trabajo de sus manos. El padre redactaba cartas y documentos para algunos mercaderes de poco tráfico, y madre é hija se ocupaban en coser para las modistas de mas fama.

El adversario de Lopez le fue llevando de tribunal en tribunal, hasta que condenado en última instancia y agotados ya todos los medios de embrollar mas el asunto, tuvo que pagar los cinco mil duros. Llegó por fin una tarde en que al entrar Lopez en su casa pudo enseñar á su muger en medio de una indecible alegria, la cartera que contenia la suma que para ellos, en otro tiempo tan ricos, ahora miserables, era un capital de mucha consideracion, una verdadera fortuna.

Despues de un breve consejo de familia para resolver el destino que se daria á este pequeño tesoro, se acordó depositarlo en poder de un comerciante, á fin que este pudiera colocarlo con seguridad en Portugal, donde procurarian hacerlo productivo.

—Yo mismo voy al momento, dijo Lopez. Dentro de un cuarto de hora estaré de vuelta.

Sin embargo, una hora llegó á transcurrir sin que Lopez hubiese vuelto á su casa; su muger y su hija principiaron á recelar de su tardanza, y fácil será concebir cuál seria su angustia y su desesperacion cuando á la hora de media noche no habia aun llegado Lopez. Toda la noche se pasó en una mortal agonía. Al amanecer, las desdichadas fueron en su busca, pero inútilmente; y ya desesperadas recurrieron á la policia.

Habiase recogido durante la noche un cadáver herido con diez puñaladas, y al verle reconocieron con horror que este cadáver era el del único protector que les quedaba sobre la tierra. Es inútil añadir que la cartera con los cinco mil duros habia desaparecido. Sin duda algun ladron habia sabido que Lopez acababa de cobrar una suma considerable, y le habia asesinado para robarle.

La madre de Margarita no pudo resistir á un golpe tan terrible, y fue atacada de una paralisis al aspecto del cadáver de su marido. Los socorros de la ciencia no bastaron para restituir el movimiento á sus yertas manos reducidas ya al estado de insensibilidad: su razon se trastornó casi del todo; y en este estado fue preciso que Margarita consagrase todo su tiempo y todos sus cuidados á alimentarla, vestirla, velar sobre ella y socorrerla en sus continuos achaques.

Largo tiempo hacia que la pobreza era el único patrimonio de estas dos mugeres; pero á la pobreza no tardó en suceder la miseria, y con ella el frio, el hambre, la desnudez y los harapos. Margarita, precisada á estar á cada instante cerca de su madre, y á prodigarle toda clase de atenciones, no podia dedicarse á trabajar.

Llegó por fin un dia en que les faltó un pedazo de pan que comer; la anciana madre echada sobre un mal gergon de paja, único resto de toda su fortuna, murmuraba con una voz balbuciente, y con esa sonrisa infernal que demostraba el estado de idiotismo á que se veia reducida. «Tengo hambre, tengo hambre; mucha hambre.»

Ya no le quedaba á Margarita un solo mueble, un solo vestido que vender, y sus ojos afligidos, en vano buscaban en rededor suyo un medio de aliviar los sufrimientos de su madre. De repente una sonrisa de amargura se vió lucir en su semblante. Se levantó y corrió desesperada á la tienda de un peluquero francés establecido hacia poco tiempo en uno de los sitios mas públicos de Madrid.

—¿Quereis comprar mis cabellos? le dijo destrenzando y esparciendo sobre sus hombros unas hermosas madejas de pelo que llegaban hasta sus rodillas.

El peluquero no habia visto jamas una cabellera tan preciosa y abundante. Despues de haberla estendido sobre los hombros de Margarita quedó esta cubierta como si la hubieran adornado con un manto de terciopelo.

Ofrecióle en el acto lo que tuvo por conveniente. Margarita aceptó sin replicar. Haciasele largo cada momento que trascurria antes de consumar este sacrificio, el mas doloroso quizá que la miseria hubiera podido imponerle.

Agarró el peluquero sus descomunales tigeras y las acercó á la cabeza de Margarita. Un estremecimiento horrible puso en conmocion todos sus miembros, y el condenado no puede esperar con mas agonia el golpe del hacha que lo que ella temblaba hasta oir cerrar las desapiedadas tigeras.

—En nombre de la Santísima Vírgen, acabad por piedad.

—Lástima me dá cortar un cabello tan hermoso y separarlo de una cabeza tan linda, le dijo el peluquero.

—Acabad, le respondió ella, acabad por Dios de una vez.

—Mucho os deberá costar este sacrificio.

—Daos prisa, daos prisa, porque creo que el valor me va á faltar.

—Y si yo os ofreciera, continuó el peluquero, un medio de conservar vuestros cabellos, le aceptariais?

—Sin duda. Si hay alguno, decidmelo, y mi reconocimiento será eterno. Pero no, vos no conoceis mi posicion. Yo no puedo trabajar, y mi madre enferma y privada del conocimiento exige que consagre todo mi tiempo á su cuidado.

—Ya; pero el precio de vuestros cabellos apenas servirá para sacaros de apuro por una semana; y concluido este, ¿á qué recurso habeis de acudir para manteneros?

Margarita alzó los ojos al cielo con una mirada de desesperacion.

—Pues bien; si aceptais la oferta que voy á haceros, vuestra madre tendrá en adelante asegurada su subsistencia.

—Acepto desde ahora vuestras proposiciones sin conoceros.

—Os pagaré diez duros al mes. Con esta suma os será fácil proporcionar á vuestra madre una muger que la cuide y que esté siempre á su lado para atenderla como exige su delicada situacion, y con el resto de ella y lo demas de vuestros honorarios podreis proporcionarle todo lo demas que le haga falta.

—Y qué necesito hacer para ganar esta suma?

—Poneros á despachar detras de mi mostrador.

Poco habia que vacilar. Una oferta semejante inesperada, parecia un verdadero milagro que Dios hacia sin duda por la intercesion de Santa Margarita patrona de la desgraciada niña.

—Acepto vuestras proposiciones, le dijo. Vendré á despachar detras de vuestro mostrador.

El peluquero no pudo disimular la alegria que esperimentaba en aquel momento.

—Quiero probaros que los franceses son generosos en sus tratos. Hé aqui un duro adelantado. Venid mañana temprano para firmar nuestro contrato, y os pagaré en seguida un mes de vuestros honorarios.

Margarita salió de casa de este hombre bienhechor, con el corazon lleno de alegria y de reconocimiento; por la primera vez despues de la muerte de su padre podia llevar la esperanza y el consuelo á la morada de su pobre madre.

A la mañana siguiente, despues de haber descansado tranquilamente durante la noche, se fue muy temprano á casa del peluquero. Este habia hecho estender la obligacion por ante escribano, y se la leyó á Margarita, la que escuchándola apenas y sin enterarse de su contenido, anhelaba tan solo ver entre sus manos las diez brillantes piezas de plata que lucian sobre el mostrador. Todo lo que comprendió fue que sus nuevas obligaciones se reducian á estar en el almacen del peluquero desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche.

Ciertamente que era muy triste el deber que tenia que llenar. Si dos meses antes se le hubiera ofrecido espontáneamente á Margarita lo hubiera rehusado sin fijar su consideracion por un momento en tan degradante oferta; pero habia visto á su madre próxima á morir de hambre, habia sentido ya rechinar las tigeras que iban á cortar su hermosa cabellera, y lo que en otro tiempo le hubiera parecido un tormento infernal, le parecia ahora comparable á la felicidad del Paraiso. La pobreza, como dice Montaigne, es el maestro que enseña con mas aspereza, pero tambien con mas prontitud.

Todo aquel dia lo pasó Margarita feliz y contenta, ocupada en hacer compras de algunos muebles para la pobre morada de su madre. Encontró para cuidar á la enferma una muger honrada é inteligente. En fin, la desgracia parecia haber concluido ya para ella, y cesar desde entonces de perseguirla.

El dia siguiente á las ocho de la mañana se fue á casa del peluquero; este la aguardaba ya con impaciencia.

—Pasad á mi gabinete, le dijo. Allí encontrareis un trage que os he mandado hacer exprofeso; porque, añadiò echando una mirada desdeñosa sobre el humilde atavio de Margarita, mi dama de mostrador no podria presentarse al público vestida de esa manera.

El trage preparado para Margarita no era seguramente como esta lo habria querido. Habia en él cierta afectacion teatral de lujo y de mal gusto, que la afligia. Pero al fin se lo puso suspirando, y entró de nuevo en la tienda despues de concluir esta humillante *toilette*.

—Ahora, dijo el peluquero, ocupémonos del peinado.

Margarita se miró en un hermoso espejo que tenia enfrente. Estaba peinada con una sencillez elegante que le sentaba perfectamente.

El artista parisiense, armado de su peine, destruyó sin piedad esta preciosa obra, y principió á hacer todo género de combinaciones para formar lo que él llamaba con tono muy enfático, un peinado digno de él. Trenzaba y destrenzaba los cabellos de la jóven, los entrelazaba con flores, los cubria de pedrerías, ó bien les ceñia una diadema. Pero nada le satisfacia, y volvia á deshacer á cada momento la obra que habia acabado. Margarita, sufrida y resignada, le dejaba obrar sin replicar una sola palabra, sin murmurar una sola queja.

De repente da un grito de alegría, y golpeando su frente, esclamò:

—¡Helo aquí! ¡Helo aquí! Esto es.

Destrenzó los cabellos de Margarita, los peinó con cuidado, y los esparció sobre sus hombros á manera de un velo.

—Ahora, señora, idos á sentar detras del mostrador.

—¿Antes que me acabeis de peinar?

—Estais peinada, le replicó con fatuidad. ¿De qué otro modo podrian lucir mas vuestros hermosos cabellos? Este espectáculo atraerá á mi tienda todos los curiosos de Madrid.

—No me espongais, por Dios, á una humillacion semejante, le dijo Margarita toda encendida y sofocada de pena. Por piedad, no me espongais al público como una muestra, porque me moriria de vergüenza.

—No quiero yo vuestra muerte, respondió insolentemente el peluquero... Y pues que vuestro orgullo es tan susceptible, devolvedme los diez duros que os he dado, y quedaremos en paz; os dejo libre de todas las obligaciones que habeis contraido conmigo.

Margarita le miró con terror.

—¡Y bien! continuó con dureza, qué decidís?

La jóven fue llorando á sentarse detras del mostrador.

El peluquero no se habia engañado en su especulacion. Una multitud inmensa se reunió bien pronto delante de la tienda, y apenas podia atender á las continuas compras que venian á hacerle los curiosos para contemplar de cerca á aquella encantadora jóven, tan caprichosamente vestida. Fue preciso que Margarita sufriese en silencio sus miradas insolen-

tes, sus requiebros equívocos, y sus galanterías mil veces mas insoportables.

Entretanto su digno patron reia, se frotaba las manos, se chanceaba con los curiosos que compraban, y sobre todo llenaba su caja, que era lo que mas le importaba.

Al llegar la media noche, la desgraciada jóven, víctima de esta vergonzosa especulacion, pudo por fin retirarse á su casa, y llorar libremente en los brazos de su madre, que sonreia al ver sus lágrimas sin poder comprender su dolor.

Una multitud mucho mas considerable que la del dia anterior, se reunió la mañana siguiente al rededor de la tienda del peluquero: todos se reian, y señalaban alternativamente á la muestra de la tienda y la dama del mostrador.

Bien pronto los murmullos y los silbidos sucedieron á las carcajadas; el populacho principió á arrojar piedras en lo interior del almacen, y si la fuerza armada no hubiera intervenido, Margarita y el peluquero hubiesen sido víctimas de algun acto de violencia. No hubo otro medio de apaciguar este desorden que cerrar la tienda por todo el dia.

La causa de este alboroto procedia de que el peluquero francés, Mr. Bertrand, habia juzgado apropósito hacer colocar durante la noche un cartelon concebido en estos términos:

POMADA DE LEON PARA HACER CRECER EL CABELLO. *Pueden verse los efectos de esta receta en la señorita que está detrás del mostrador del señor Bertrand, peluquero de muchas reales personas en los paises estrangeros.*

A la mañana siguiente ya habia desaparecido el cartelon de su primitivo lugar: pero Mr. Bertrand lo habia hecho poner en el interior de la tienda, precisamente encima de la cabeza de Margarita.

Durante un mes entero, fue preciso que la desvalida huérfana española sufriese el oprobio y la humillacion propia de un estado semejante.

Ella creia haber agotado todos los sufrimientos de aquel género de suplicio; pero le quedaba aun por experimentar el mayor de todos. Una mañana vió entrar en el almacen del peluquero al jóven negociante de Barcelona, á quien habia estado prometida por esposa antes de las desgracias sobrevenidas á su padre. Al verle cayó sin sentido á sus pies. Cuando volvió en sí de este pasmo, el jóven ya habia desaparecido. Pero á la noche le volvió á hallar en casa de su madre.

—Margarita, le dijo, nuestras familias nos habian destinado el uno para el otro en tiempos mas felices. ¿Quereis que realicemos ahora sus proyectos? Vengo á pediros vuestra mano. Ella le miró con una alegria mezclada de sorpresa y de duda. No podia creer que fuese cierto lo que oia.

—Por vuestra madre habeis sufrido las mas crueles humillaciones sin murmurar, sin quejaros una vez siquiera. Yo lo sé; y una hija tan piadosa no puede menos de ser la mas tierna y afectuosa de las mugeres. Sedlo mia; yo os lo pido de rodillas.

Margarita le tendió una mano que él besó cariñosamente.

—Y hé aquí cómo la virtud es siempre recompensada, le dije al capitan interrumpiéndole, añadió Bellini. Porque hoy dia la desgraciada Margarita es la esposa de un comerciante jóven y rico. La pobreza y los grandes trabajos que ha sufrido, le harán mucho mas grata la opulencia y la felicidad que ahora disfruta; ademas, estos mismos trabajos, por llevar consigo un carácter de heroicidad y valentia, no son tan dolorosos como mil otros á que la miseria somete sus víctimas. Morir de hambre, por egemplo, es peor que servir de muestra.

El capitan me interrumpió á su vez. Querido Bellini, me dijo, la historia de Margarita no está aun terminada. Aun no os he dicho en qué estado llegué á verla por segunda vez.

—Espero con impaciencia la continuacion de las aventuras de esta hermosa española, le respondí. El señor Bertrand me hubiera vendido mas de un tarro de pomada, si yo hubiese estado en Madrid, cuando esplotaba tan dignamente la belleza y el hermoso cabello de Margarita.

El capitan tomó un vaso de ponche de una de las bandejas que los criados circulaban por el salon, y continuó su relacion con una gravedad solemne, casi lúgubre.

Bellini se disponia á continuar su narracion, cuando sentimos un gran ruido en la escalera. La voz ronca y débil del portero luchaba con otra fuerte y de acento conocidamente español. Al choque de palabras sucedió el de cuerpos, y muy pronto oimos alguno que rodaba la escalera dando gritos, siguiéndose un fuerte campanillazo en la habitacion: el criado que salió á abrir fue saludado con un empellon por parte del que llamaba, y al momento siguiente apareció en nuestra estancia un hombre alto, moreno, y con una honda cicatriz en medio de la frente.

—Impertinentes! Quereme impedir que os vea cuando sé que estais malo! No sé cómo no les he roto la cabeza á todos.

—Mi querido Ribera, dijo Bellini, ya estais de vuelta? A fe que si hubiese tenido noticia de vuestra llegada, en vez de cerraros mi casa os hubiera ido á ver, malo y todo como estoy.

—Eso nos reconcilia, replicó el marino. Ahora decidme como estais; aseguradme de que vuestra indisposicion no es nada, y venga un cigarro.

El capitan se sentó en un sillon y se puso

á fumar tranquilamente.

—En el momento de vuestra llegada nos acupábamos de vos, querido amigo, dijo Bellini. Estaba contando á estos señores la historia de Margarita, y les iba á referir de qué manera la encontrásteis la primera vez. Haced-les vos mismo esta relacion, porque yo me siento fatigado, y en vuestra boca tendrá la aventura cierto sabor marítimo que no puede recibir de la mia, humilde y terrestre maestro.

—Con mil amores, *caro mio*, dijo el capitan que comenzó la relacion de esta manera:

Bogábamos en bonanza por los mares del Sur sin ocurrencia alguna notable, cuando un dia los marineros me hicieron notar á corta distancia una embarcacion sin bandera, y cuyo aparejo, todo desconcertado, parecia mas bien efecto del capricho de los vientos, que de la direccion del mas inesperto piloto. En el mismo estado de desórden se hallaban su velámen y cordelage, y el casco algo averiado. Conduciendo á merced de las corrientes los desmantelados palos, se arrastraba hácia nosotros en línea casi recta, y cual si en aquel momento le dirigiese una mano certera con la intencion de abordar nuestro navío.

Esta contradiccion me hizo desconfiar al pronto y recelar si nos habriamos encontrado con algun astuto corsario, por lo cual mandé á mi tripulacion que se estuviese á la defensiva; pero no tardé en reconocer mi error. Era un buque mercante sobre cuyo bordo no se veia persona alguna, y que se mantenia aun sobre las aguas por un verdadero milagro, pues de la manera que estaba aparejado, el menor soplo de viento hubiera bastado para echarlo á pique.

Le grité varias veces con ayuda de mi bocina; pero nadie me respondió.

Esto escitó mi curiosidad hasta un punto que me es difícil esplicar. El navio no habia sufrido averias de consideracion; no podia, pues, concebir la idea de un naufragio. ¿Pero cómo un bajel se hallaba así perdido en los mares del Sur, sin tripulacion para maniobrar, ni capitan para dirigirlo? Para salir de esta duda, echamos el bote á la mar, y yo mismo salté á bordo de la desierta embarcacion, ansioso de resolver este estraño problema.

Al poner el pie sobre el puente, no pude detener un grito de horror y de espanto, continuó el capitan, que palideció aun al recordar esta escena. Una multitud de huesos emblanquecidos y de esqueletos ya secos se hallaban sembrados por toda la cubierta. Los marineros que me acompañaban, pretendian que era *Bagel Holandes*, especie de navio fabuloso que las leyendas marítimas nos pintan habitado por fantasmas, y se empeñaron en que le abandonásemos cuanto antes, y nos restituyésemos á nuestro bordo; pero yo recorrí toda la cubierta sin encontrar un ser viviente. Bajé en seguida á la cámara del capitan, y allí me encontré como arriba, esqueletos cubiertos de vestidos ya consumidos por el tiempo, el sol y las aguas de las diversas estaciones. Los papeles que hallé en el secreter de la cámara me hicieron conocer que habia salido de Lisboa, ya hacia un año, en direccion al puerto de Méjico.

Ocupábame en recoger estos documentos cuando oí de repente una voz plañidera que entonaba con lúgubre acento el salmo *De profundis*. Creí de pronto si seria una mofa de los marineros que me acompañaban; pero mis marineros estaban poco acostumbrados á chancearse conmigo, y por otra parte se hallaban poseidos de un terror demasiado intenso para que les quedase gana de echarla de graciosos.

La voz se fue acercando á mí poco á poco. Era dulce, melodiosa, desconsolada, y animaba cada una de las terribles palabras de este salmo con una espresion doliente que era capaz de helar de espanto el alma mas insensible. Yo escuchaba con la mayor atencion, cuando ví entrar una fantasma, vestida de blanco, pálida y con una hermosa cabellera estendida sobre su espalda. Habia en sus miradas una espresion torba, siniestra y fija sobre el objeto en que se clavaban, que no podia resistirse. Esta estraña aparicion, no hizo alto ni pareció reparar en mí. Sentóse al pie de la cama, pasó en actitud dolorida la mano por la frente, é interrumpiendo su canto fúnebre por algunos momentos, murmuró en lenguage portugués y con un acento lúgubre y melancólico:

—Qué noches tan largas! Qué dias tan eternos!

Despues de lo cual continuó sollozando:

—*De profundis clamavi ad te.*

—No pude ya contener por mas tiempo la cruel agonía que me causaba el aspecto de aquella muger. Señora, la dije en su lengua nativa, ¿qué desgracia fatal os ha dejado así sola en este navio desierto?

—Silencio, me respondió en voz baja: no se puede hablar á los muertos; necesitan silencio, silencio. Solo la mar puede mezclar sus sordos arrullos á los ecos del canto *De profundis*.

—¿No pudiera saber cuál es vuestro nombre?

La muerte, la muerte! Yo estoy muerta como él, como todos. La muerte, la muerte!

—¿Quereis, señora, que os saque de esta triste mansion y de enmedio de estos mares para llevaros á Europa?

—*Dies iræ*, *dies illa*, Prosiguió ella, silencio: duermen, todos duermen.

Indudablemente la razon de esta desventurada se habia trastornado con el espectáculo horrible que habia presenciado dentro de aquella embarcacion. Le hice seña que me si-

guiera; pero lo rehusó con un movimiento de cabeza. Quise llevármela, y me rechazó con fuerza. Por fin la tomé en mis brazos y la saqué sobre cubierta. Cuando la vieron los marineros, el terror que se apoderó de ellos fue tal, que les faltó poco para tirarse al mar.

Confié la desconocida á uno de mis oficiales que me habia acompañado, y me volví de nuevo á la cámara del navío. Allí tomé un cajoncito con dinero y varios papeles que me parecieron importantes, y dí órden de bajar al bote y ganar otra vez nuestro bordo.

La desgraciada loca no queria venir; pero se dejó llevar sin resistencia.

Apenas llegamos al navío cuando todos nos rodearon para oir contar nuestra fúnebre espedicion, y considerar el singular hallazgo que habia hecho. Llevé la jóven á mi gabinete, haciéndolo disponer de manera que lo habitase ella sola, y me volví sobre cubierta, donde los marineros discutian con calor sobre las causas que pudieran haber producido la muerte de una tripulacion entera; unos lo atribuian á un combate naval, pero el navío no tenia señal alguna de daño causado por las balas; otros se empeñaban en esplicarlo por medio de algun fenómeno sobrenatural.

De repente se le ocurrió á uno de ellos la idea de peste; ya no hubo mas divergencia de opiniones; todos asintieron unánimes á esta esplicacion de la mortandad ocurrida en el navío.

Y esa muger, esa muger que el capitan ha traido á bordo, vá á traernos el contagio de esa horrorosa enfermedad, esclamaron á un tiempo muchas voces. Es preciso que no permanezca entre nosotros; vamos á arrojarla al mar.

Al mar esa muger contagiosa! gritaron todos precipitándose hácia la cámara y apoderándose de la desgraciada antes que pudiese llegar á socorrerla. Me lancé entre ellos con la velocidad del rayo y preparé una de mis pistolas.

—¡Deteneos! les dige, en el momento en que despues de haber agarrado á la jóven con unos garfios, porque no se atrevian á tocarla con sus manos, la iban á arrojar al mar. Deteneos! si cometeis un crímen semejante, si atentais á la vida de esa muger, por el Dios que me oye, pongo fuego á la Santa Barbara y hago volar el navio que vosotros habreis deshonrado.

Ellos sabian que yo era capaz de hacerlo como lo decia, y asi soltaron su presa. Llamé entonces á uno de mis oficiales, el que tomando la pistola preparada, apuntaba hácia la pólvora en mi lugar, y me fuí á socorrer á la desgraciada que en aquel accidente se habia desmayado. La conduje nuevamente á la cámara, de donde la habian sacado los marineros, y allí con la ayuda del cirujano, logré volverla en sí despues de muchos esfuerzos. Con una indecible alegria y con una sorpresa no menos agradable, noté que habia recobrado la razon cuando volvió en sí.

¿Dónde estoy? me preguntó recorriendo con miradas de estrañeza todos los objetos que la rodeaban. ¡Oh! qué sueño tan horroroso he tenido! Dios mio! habrá al fin terminado?

—Todas vuestras desgracias han concluido, señora, le respondí con lenguage cariñoso. Dios se ha dignado poner término á los terribles martirios que os habia impuesto.

—Conque todo ha sido verdad, esclamó ella sollozando. Ah! si; no era un sueño lo que mis ojos han presenciado. Alonso! Madre mia! Hijo mio! Todos han muerto. Oh! Dios mio, Dios mio! ¡Por qué no me habeis llevado cerca de vos como á ellos!

Yo llegué á temer por un momento que volviese á caer en su triste demencia; pero el sacudimiento y el terror causados por las amenazas y las violencias de mis marineros, habían producido sobre ella una revolucion saludable. No se necesitaba mas que un asiduo cuidado para asegurar del todo esta feliz curacion.

Sin embargo, quedaba aun á la convaleciente una profunda tristeza, que nuestras atenciones y desvelos apenas podian distraer algunos cortos instantes. Y si por casualidad se hacia la menor alusion á lo pasado, este recuerdo le ocasionaba siempre una agitacion nerviosa, y un delirio que, aunque pasagero, retardaba su completa curacion. Durante los seis meses que pasó á bordo, evitamos siempre con cuidado, todo lo que podia alterar su tranquilidad. Mi tripulacion despues de haber querido asesinar á Margarita, porque asi se llamaba la enferma, habia concluido por tomar en sus penas una parte activa, y el mas vivo interés en cuanto hacia relacion á su persona. Los mas rudos de nuestros marineros se creian dichosos en merecer su estimacion. Y así es que ella no quiso desembarcar en el Brasil, ni abandonar nuestra compañia, mientras duró mi navegacion.

Por fin llegué á Lisboa, y allí fue preciso separarnos. Entonces la entregué la cajita llena de oro, que habia hallado en la cámara del navío en donde la recogí.

—Esta cajita pertenecia á mi marido, dijo derramando un torrente de lágrimas. Pobre Alonso, qué muerte tan cruel!

Esta es la primera vez, despues de su restablecimiento, que la oia hablar de su triste aventura.

—Oh capitan, continuò, lo que he sufrido en ese navío! Siento que mi razon se trastorna al recordar mis horribles desgracias.

—Si es asi, señora, desterrad para siempre de vuestro pensamiento ese recuerdo fatal.

—No, me dijo ella, no debemos rechazar asi de nuestra alma la memoria de los muertos, solo porque nos es penosa. Alonso! Mi

querido Alonso! Mi pobre hijo!

Y corrian de nuevo por sus mejillas lágrimas abundantes.

—Vos me habeis hallado privada de la razon, sola en un navío y rodeada de cadáveres. Esto es bien triste, ¿no es verdad? Pues vos no conoceis aun, capitan, lo que hay de mas doloroso en mis desgracias. Escuchadme, mi noble y generoso amigo, y juzgad cuán grande es mi infortunio.

Don Alonso me habia elegido por esposa, cuando yo estaba pobre, abandonada y reducida por la mas horrorosa miseria á un oficio tan vergonzoso y degradante, como era el de servir de muestra á un peluquero. Me era preciso en tan triste estado sufrir la insolente curiosidad de una multitud de personas de todas clases; pero Alonso me arrancó de esta miserable situacion, me dió su nombre, me hizo rica y feliz, me amaba con delirio, y era con respecto á mi madre un hijo tierno y respetuoso. Juzgad del amor y de la veneracion que yo le profesaria, y que aun le profeso en el fondo de mis entrañas.

—Mis desgracias parecian ya haber concluido, y la fortuna me colmaba de favores en cambio de los aciagos golpes con que me habia herido. Esta dicha, sin restituir á mi madre la razon por ejemplo, le proporcionó sin embargo, intervalos de descanso en que la recobraba algun tanto, y si no la curaba su alma, al menos reanimaba su cuerpo. En fin, capitan, llegué á ser madre. Madre! Señor! vos no podeis comprender la inefable delicia que encierra esta mágica palabra. Ah! yo no podia imaginar que la felicidad maternal podia espiarse con tormentos tan crueles como los del infierno.

—Mi hijo tenia ya dos años y yo veinte, cuando una noticia inesperada vino al parecer á acabar de colmar las dichas y prosperidades que nos rodeaban. Un pariente remoto que residia en Méjico, acababa de legar á Alonso una herencia considerable. Juzgad de la alegria de mi marido. En cuanto á mí, sin embargo, no puede retener una lágrima de sentimiento, porque al tener noticia de esta nueva fortuna supe tambien que la presencia del heredero en Méjico era absolutamente necesaria.

—¡Dios mio! ¡Una separacion! ¡una larga separacion vienes á anunciarme, amigo mio! le dije yo.

—¡Una separacion, Margarita! ¡Yo abandonar un solo instante á la muger que tanto adoro! Jamás. Soy bastante rico para poder fletar un barco á mi costa. Procuraré reunir en él todas las comodidades posibles á fin de dulcificar las incomodidades y las privaciones de una larga navegacion, y asi podremos irnos, tú, tu madre y nuestro hijo. Asi visitaremos estos bellos paises que ahora desconocemos. Si nos gustan mas que Europa los habitaremos siempre: si te aflige una vez alli el recuerdo de Portugal, pronto daremos á la vela para Lisboa. ¿Qué me dices de estos proyectos, Margarita? ¿Te agradan? Porque si te hubiesen de costar una sola lágrima ó un suspiro, adios Méjico; poco me importa que la herencia se recoja ó se pierda.

Yo abrazé á Alonso con la ternura que merecia un amor semejante, y un mes despues nos haciamos á la vela para Méjico en un bajel que se llamaba *Margarita*.

El único incidente desagradable que tuvimos al marchar, fue la desaparicion de un marinero, tanto mas notable, cuanto que hacia tres dias que se habia establecido en la fragata, por cuyo motivo creimos menos una desercion que un acontecimiento estraño, y no faltó quien supusiera que el desgraciado habria caido á la mar sin que nadie lo viese.

Los primeros dias de navegacion se pasaron con una calma y una dicha que no puede describirse; mi hijo gozaba y se divertia con las maniobras y el movimiento de los marineros; mi madre parecia reanimarse con el aire de la mar, y Alonso pasaba la mayor parte del tiempo á mi lado leyendo trozos de nuestros poetas.

El tercer dia de travesía el cirujano se acercó á hablar á mi marido en voz baja y con infalibles muestras de agitacion; no pude entender lo que le dijo, pero noté que Alonso perdió el color, se levantó precipitadamente y siguió al cirujano dando órdenes á algunos marineros para que arrojasen al agua el cadáver del que no pareció al partir, que se acababa de encontrar en un rincon de la bodega. Esto fue al menos lo que á mi me dijeron, pero esto no era mas que una parte de la verdad; la tristeza de mi marido no me dejaba duda de que me ocultaba algun secreto.

Al dia siguiente los cuatro marineros que habian arrojado al mar el cadaver, amanecieron malos y á las veinte y cuatro horas murieron. En seguida tocó el turno al cirujano; Alonso no pudo callármelo por mas tiempo; la peste se habia declarado en el buque. Para colmo de desdichas un sol ardiente nos abrasaba, aumentando la intensidad y los progresos de las calenturas! El capitan, su segundo y los oficiales que iban á bordo sucumbieron; y siendo imposible ya dar una direccion al barco, vogábamos á merced de las olas y de los vientos.

Sin embargo, la peste habia respetado aun á mi marido, mi madre y mi hijo; á pesar de la espantosa infeccion que exhalaban tantos cadáveres, ningun síntoma de la enfermedad se habia presentado en los individuos de mi familia. Una mañana mi madre parecia agitada y convulsiva; en seguida cayó en un profundo abatimiento, y mi marido me arrancó á la fuerza de su lado: pocas horas despues habia

un cadáver mas en el buque. A cada momento examinaba con terror las facciones de mi marido; una tarde se me acercò débil y vacilante, le tendí la mano para sostenerle, pero me hizo seña de que no le tocase, me mostrò á mi hijo, y cayó á mis pies, lo cubrí de besos para reanimarle, pero ya no existia. Tuve intenciones entonces de arrojarme al mar, y lo hubiera hecho si Dios no me hubiese dado valor para resistir tan criminal tentacion. Con todo, ¿no hubiera sido un consuelo la muerte para una pobre muger sola con su hijo, en una embarcacion cubierta de cadáveres y abandonada en medio de los mares? Tal fue mi suplicio durante un mes; un mes, largo como la eternidad del infierno.

Creia que mis desgracias habian llegado á su término, pero me restaba aun sufrir otro tormento mil veces mayor. Sentada sobre la cubierta con mi niño en los brazos, lloraba considerando la estension sin límites de la mar, en la que reinaba la mas completa calma, y pedia á Dios, viento, una tempestad, cualquiera cosa que quitase al barco su inmovilidad y lo arrojara á algun punto donde hallase auxilio ò perdiera la vida. Una enfermedad estraña se apoderò de mí; los ojos me representaban mil visiones, las fuerzas me abandonaron y caí en el mismo sitio donde estaba, imposibilitada de todo movimiento. En tan horrible situacion oia mi hijo que me llamaba llorando, que se desesperaba y yo no lo podia consolar.

¡Dios mio! tus pruebas son terribles! Lo que pasò despues no lo puedo esplicar; mi razon se estraviò, y no la he recobrado sino en medio de vuestros marineros que querian arrojarme al agua. ¡Por qué no lo hicieron, Dios de bondad!"

Entonces procuré consolar á Doña Margarita; semejantes dolores no admiten consuelo, pero es un deber tratar de mitigarlos.

—Sin cesar oigo la voz de mi hijo, añadiò Doña Margarita con una espresion que me hizo estremecer; en la soledad de la noche sus gritos de: Madre mia! madre mia! me persiguen y me desvelan... por el dia creo oirlo á cada instante. ¿Sabeis vos, capitan, lo que es el cariño de una madre?

Nos separamos en seguida, y no he vuelto á ver á esta señora hasta el dia que la encontré en París en el baile en que el señor Bellini, prendado de su hermosura, me la enseñó danzando con muestras inequívocas de una felicidad completa.

—Y despues ¿qué habeis sabido? preguntó Bellini.

—Despues, replicó el capitan, la he visitado en su magnífica casa, porque la viuda de Don Alonso es hoy esposa del marqués de Villavicencio. Me recibió en el gabinete rodeada de cuanto ha inventado el lujo para hacer la vida agradable, y con una niña en los brazos como de edad de diez y ocho meses.

—¿Y qué os dijo? preguntamos casi todos á la vez.

—Me habló de su dicha, del amor que la profesa el marqués, de las gracias de su hija, y de un vestido de baile que la estaban concluyendo para la funcion que habia la misma noche en casa del embajador ingles.

—¡Cómo! replicó Bellini, ni una palabra de lo pasado, ni un recuerdo de Alonso y de su hijo, muerto de hambre á la vista de su madre cuyo auxilio imploraba en vano?

—Señores, respondió gravemente el capitan, cuando Cervantes, ese inmortal genio, estaba espirando abandonado en medio de la miseria, uno de sus amigos, manco como él, le hablaba de la *Memoria* como del mas precioso don que la Providencia ha concedido á los mortales. Aun hay otro mayor, interrumpió el autor de *Don Quijote;* otro, sin el que la vida humana no seria mas que una larga é interminable tortura; ese bien, regalo de la divinidad, es el *Olvido*.

—El olvido! el olvido! replicò Bellini. Esa palabra yela la sangre en las venas.

—Hé ahí lo que somos los hombres; como si la vida fuese tan larga y feliz, queremos amargar la poca dicha presente con el recuerdo de lo pasado.

—No participo de vuestras ideas, capitan, continuó el maestro; es horrible pensar que el hombre mas querido no deja en este mundo sino un ligero recuerdo que el tiempo ha de estinguir.

Héme aquí rodeado de amigos verdaderos; si mañana muriese, pasado el primer instante quedarian alegres y contentos sin acordarse de mí, y sin que acaso le ocurriese á ninguno al oir mi música decir: ¡Pobre Bellini!

¡Nosotros olvidarte! esclamaron todos, eso no. No se olvidan de esta manera á los hombres como tú.

Algun tiempo despues el autor de este artículo se quejaba en un periódico de París, de que hubiesen transcurrido dos años de la muerte de Bellini sin que hubiesen puesto una losa sobre su tumba, á pesar de que se abrió una suscricion al efecto entre sus amigos. Cervantes tenia razon.

E. C.

Á GRANADA.

FANTASIA.

Mi alma esperimenta una sensacion placentera cual nunca la conoció; es debido á el haber oido tu glorioso nombre.

Bien haces en llorar, desventurado moro; perdiste la perla del mundo; en tus ensueños debes figurarte que has muerto, pues tus placeres y hasta tu misma vida, son tristes ilusiones sin tu Granada.

Dauro y Genil venis á enriquecer á la maravilla Oriental, y á bordar el cesped que tapiza sus praderas; susurrais blandamente para no turbar el sueño de delicias en que parece sumida; los sauces inclinan sus frondosas ramas besando vuestras cristalinas ondas, y la espléndida natura prodiga á Granada sus bellezas convirtiendola en un paraiso.

Yo te saludo, bellisima Iliberis, y me atrevo á mirarte; déjame que te admire y alabe tus maravillas.

Sierras magestuosas que circundais su territorio; rios que correis bajo bòvedas de yedra; alamedas que la aclamais por reyna de la fertilidad; bosques en que se alberga la poesia, dispensad que levante mi voz y que mi pluma escriba. Aun vibra en tus selvas el sonido de la guzla, y la voz del musulman hace herir el espacio con los acentos con que modula su cántico de amores.

¿Oyes del manso arroyuelo que serpea por la llanura el poeta susurrar? pues es que llora tu desventura.

¿Oyes en alas de la perfumada brisa un gemido? Es el del árabe que vierte amargo llanto.

¿Oyes el crugir de una armadura, el galope de un caballo y el gemido de su ginete, que turban el silencio de la melancólica Alhambra? Es Muza que corre desenfrenado á ocultarse donde no vea alzada la enseña del cristiano.

Cuando hundiéndose el sol en Occidente esparce esa claridad tenue y rojiza, ¿no divisaron tus ojos en el lejano horizonte la blanca figura de un turbante, y las auras revoltosas no trajeron á tus oidos un suspiro?

Siempre hermosa, gentil y bella haces que Febo en su veloz carrera, refrene sus fogosos caballos, derrame sobre ti abundantes rayos de claridad y te inunde con sus destellos. Que la luna en su nocturno paseo, tambien se pare ante tí y platee tus almenas. Que Apolo y las Musas te hayan escojido cual otro Parnaso, y pulsen sus liras en tu alabanza.

Mas ¿qué ruido es ese que llega hasta mis oidos y que llena mi alma de valor?: percibo tropel de armas; ay Granada! llegó tu última hora.

El atambor guerrero resuena; crugen las armaduras, los caballos relinchan y hieren el cesped con sus herrados cascos, y desean ansiosos la hora del combate. Fernando é Isabel plantan sus reales ante Granada, y se proponen colocar sus banderas en la mas alta de sus almenas.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Cual es esa torre en que vibra una campana que hace recordar á los fieles la magnanimidad de los conquistadores de la Iliberis? Es la vela, y el pabellon que se alza orgulloso en la muralla, la sacrosanta enseña del pueblo cristiano.

Granada, hónrate con tus vencedores; son santos, y van guiados por la mano del Omnipotente, que no podia ver con resignacion la mejor parte de su mundo en manos de los nietos de Agar.

Ese sol que te alumbra es ya mas puro. Entre tus edificios no se ve la altiva mezquita, y sí la imagen del Crucificado. Y tú, oh Dios que desde tu escelso trono presides y gobiernas los destinos del mundo, consérvala fiel, y cánticos en tu alabanza llenarán el espacio. Sí lo harás; eres grande y justo.

Bien haces en llorar, desventurado moro. Granada es ya cristiana; de nada servirá tu amargo llanto.

FELIX RANDO Y BAZO.

LOS PIRINEOS.



Entre las muchas descripciones que se han hecho de los Pirineos, de esa hermosa cordillera que se levanta en el istmo que une la península española al continente, y que ofrece el aspecto mas grande, magestuoso é imponente que puede darse, se distingue la trazada por el célebre naturalista M. Egrond. Cuando emplea los brillantes colores del poeta, y dirige su pincel la filosofia, brilla la naturaleza en todas sus galas; y allí en donde los que no estan iniciados en sus misterios no ven mas que trastorno y confusion, aparece el órden mas admirable, y la mas pequeña é insignificante partícula se ve primorosamente colocada en el lugar que le corresponde en el maravilloso conjunto de la creacion. Esos montes, cuyas empinadas cúspides, coronadas de nieve eterna, rajados en varias direcciones por profundos precipicios, cubiertos de antiquisimos bosques habitados por animales feroces, retratan al espíritu apocado la viva imagen del terror, se convierten en encantadores paisages y en risueñas perspectivas, que bajo el pincel del pintor filósofo, elevan el alma á Dios. Esas erguidas cumbres que parecen amenazar al cielo, son otras tantas pirámides que en los varios trastornos que ha sufrido la naturaleza ha permitido el Omnipotente que quedasen en pie para perpetuar la memoria de su poder; esos precipicios que asombran y detienen al viagero en sus escursiones, son el símbolo de la voracidad del tiempo que desgasta las obras mas sólidas; esas inmensas selvas de árboles que se desploman al peso de los años, son la alegoría de la vejez; esos valles en donde vaga libremente la oveja bajo el cayado del simple pastor, son el modelo de la vida patriarcal, y finalmente esos torrentes que se derraman de aquellos inmensos depósitos de nieve, publican en su precipitada fuga, que siendo casi inútiles en una tierra quebrada y de dificil cultivo, van á pagar su tributo al industrioso habitante de las llanuras, fertilizando el suelo que se afana en cultivar.

M. Egrond dirige su voz á los poetas y los convida á consultar las Musas del Pirine. No desoigais, dice al viejo amador de la antigua y moderna poesía, Poetas trágicos, no echareis de menos allí los tétricos y acordes sonidos de la cítara; las sagradas musas del bosque de los abetos os inspirarán todos los géneros de poesía, encumbraos al pico del Mediodia y allí os dictará el númen la sublime oda; en el valle de Campan las geórgicas; la sátira en Bagneres; en Canteretz los idilios; el romance en S. Salvador; la elegía en Requesens; en fin, en todas partes podeis entregaros á profundas meditaciones. Pero si alguno inspirado de mas grandiosas ideas aspira á mayor fama, si su ánimo le alienta á la epopeya, recorra, registre é interrogue el profético valle de Gavarnie, donde renace lo pasado, donde se revela lo futuro; el valle de Gavarnie con su gran cascada, que lo conducirá al pie de la marmórea muralla; el valle de Gavarnie, con su cuenca, que puede compararse á un anfiteatro; con su *pote*, como vulgarmente le llaman los montañeses, cuyos lienzos sumamente altos estan adornados con la hermosa cascada. Aquí desde este valle hallareis montes de todas alturas y formas, vistas horrorosas, imponentes y terribles; la monotonía de las peladas rocas, la inmensidad de los barrancos, y ventisqueros de los precipicios. ¿Gustais acaso de viajar por entre mil sendas escabrosas? Trepad á la brecha de Rolando. Si lo lograis, si vuestro pie poco egercitado no os arrastra á un precipicio, si os veis libre de tan peligroso paso, ved en esa empinada cuesta una inmensa muralla, una almena de muchos pies de elevacion y abertura, y á traves de ella contemplad el ancho recinto de la Península. Ninguna barrera se opone á vuestra vista mas



LOS PIRINEOS. (VALLE DE GAVARNIE.)

que la que levanta su limitada facultad. Sentaos bajo el dosel de esta roca que forma un cielo raso de algunos centenares de pies de grueso, y desde este elevado observatorio ved erguida á la izquierda la inmensa mole del monte Perdido, en Aragon, picacho el mas elevado de la enorme masa calcárea llamada el Marmóreo; un delicioso valle se dilata á vuestros pies, y mas allá la montaña de Millory os retrata la grandiosa cúpula de la alhóndiga de Paris. Todas las montañas de Aragon se presentan á vuestra vista, y este magnífico espectáculo que enagena vuestros sentidos, y estas gratas emociones que los suspenden y anonadan, llegan á su colmo, si en aquel intervalo de éxtasis acierta á pasar un numeroso rebaño de gamuzas por entre el silencioso llano. ¡Qué contraste tan singular forma la soltura de los movimientos de estos lindos animales, y su parda vestidura con el albo y callado desierto!

Pero dejad estos peñascos, y penetrad en algunos de esos profundos valles, surcados por mil arroyos, protegidos de los vientos por montañas cubiertas de una lozana vegetacion, y vivificadas por poblaciones felices. Entrad en el valle de Campan..... A medida que nos internamos en esta cañada, ved cual se encumbran mas y mas las montañas que la ciñen: cómo la vertiente izquierda sube en progresiva escarpadura cada vez mas rápida, y la derecha circunscribe sus límites por medio de una serie de lomas chatas, vestidas de una vegetacion mas vigorosa y risueña. Ya á medida que nos internamos va desplegándose todo el atavio y la magia del valle encantador, y nuestra insaciable vista abraza de un solo golpe el brillante conjunto de pintorescas bellezas, y observa los constrastes de este peregrino recinto. Pero cuán varia es la naturaleza! Observad la parte opuesta del Adour, y vereis una escena enteramente distinta; una árida montaña se eleva sin rastro de vegetacion, y su cumbre coronada de picachos es todavia mas esteril.

El admirable valle de Argeles ofrece otro género de bellezas. Subid al terraplen de la antigua abadia de S. Sabino, y desde alli abrazareis una perspectiva encantadora. Ved al despuntar el alba cómo se humilla la niebla á vuestros pies; se estiende cual mar inmenso y flota entre las montañas, llenando sus mas recónditas sinuosidades; ved cual despues de mil fenómenos se va elevando como en lluvia de oro, y encubre el mismo disco del sol..... Despejado ya el valle de estos vapores se os presenta con toda la frescura del rocío y la esplendidez del astro radiante. Semejante á una rosa que espone por primera vez su seno virginal á la faz del dia, asi Argeles despliega á vuestra vista sus bosques, sus eminencias y sus planicies esmaltadas de verde por el naciente trigo, ú oscurecidas por una fresca labor; sus campos cubiertos de aldeas y dehesas, sus bosques de un ramage verde gris ó amarillento, y por último, sus yelos y sus erguidos peñascos.

Venid mas acá, otras delicias os aguardan; ya no quiero conduciros á traves de precipicios y barrancos, sino por un camino real, cómodo y seguro, y por un pais donde la nieve no entristezca nuestra vista, sino á lo lejos confundidas con los blancos y densos nubarrones aglomerados en las cúspides del Pirene oriental. Echad una ojeada sobre este pais encantador. Ved esa nivelada llanura del Ampurdan, que al pie de los mas humildes escalones del Pirineo se estiende hasta la playa del Mediterraneo. Qué hermosa perspectiva ofrece contemplada desde la cumbre de la eminencia de Aviñonet!..... Contemplad la pureza del cielo que tanto realza la vivacidad del cuadro, esos fecundos y labrados campos taraceados de varios colores, esos montes cubiertos de eternal verdor, y añadid á tantas bellezas el ruido de los vientos, el movimiento de las aves, el de los rebaños que hormiguean en aquellas colinas, y esperimentareis no sé qué clase de ideas grandes y consoladoras.

Si la botánica tiene para vosotros algunos atractivos, hallareis en el Pirineo riquezas de este género que dejarán mas que satisfecha vuestra ambicion..... Pero si os convienen placeres mas vivos, y egercicios mas violentos, corred tras el ligero venado..... ó bien acompañad al osado montañez que va á buscar al oso en su misma guarida; mas si os horrorizais con esas escenas sangrientas, acudid á otra caza sencilla y mugeril.

Toda la cordillera de los Pirineos está llena de caza de pluma: aves de todas especies huyendo del norte helado atraviesan las gargantas de estas montañas á su paso para invernar en los paises meridionales..... los becafigos y ortolanos llegan primero; vienen despues las codornices y las tórtolas; siguenlas los estorninos, los mirlos y los tordos, y cierran esta general emigracion las grullas y los patos: tambien se halla el gallo silvestre, la perdiz nacarada y la comun, y los faisanes. Pero ninguna de las emigraciones anuales de las aves es mas interesante que la de las palomas zuras por los placeres que proporciona su caza y por su abundancia."

Invita despues el célebre naturalista á los pintores para que vayan á copiar aquellos cuadros sublimes..... á los valetudinarios porque allí han de hallar el remedio de sus dolencias en aquellos establecimientos de baños, en aquellas aguas saludables, y finalmente invita á todos á hacer un viage á los Pirineos. Su cielo os promete salud, les dice, su suelo instruccion y placer: allí lo terrible, lo gracioso, todas las clases de cultivo, todo el horror de la esterilidad forman un conjunto capaz de contentar vuestros deseos. No vereis allí la mono-

tonía que por todas partes os presenta la sociedad; aqui en esta cima vereis una laguna en que abunda el pescado, allá dilatadas perspectivas que juntan la tierra con la inmensa bóveda celeste..... descended luego á los hogares de esta plebe pacífica, cual la simple oveja del solitario prado, y vigorosa á la par del terrible oso que se esconde en las cavernas de la dilatada selva; observad al vasco ligero como la gamuza; en su físico notareis los alterados rasgos de una fisonomía fenicia; al vigoroso catalan y rosellonés, como pasa de un brinco la pierna derecha por encima de su pareja inmovil. ¡Qué admirables son allí los efectos de la luz en los dias serenos, desde que sale el sol enrogecido y ardiente hasta la hora en que las densas tinieblas acaban por envolverlo todo! Qué admirables tambien las costumbres del pueblo, su trage, su lenguage! Y esa formidable barrera término de dos reynos, que enardecidos alguna vez por el estrépito de las armas se han hecho una gloria de pisarla teñidos con la sangre de sus hermanos, que á despecho de la naturaleza mantiene unidos la civilizacion! Llegad á esos aldeanos en los dias en que celebran sus mercados, y vereis una variedad de razas y costumbres, que instruyen á la par que recrean; y antes de volver á la ciudad registrad todos esos lugarejos y aldeas, algunos de ellos sin nombre, y vereis al tosco labrador vivir contento con su mediania, con el ganado que pace en su pradera y con las mieses que doran sus campos; sencillo y sin ambicion recorre el prolongado círculo de sus dias en las rústicas faenas, y en la contemplacion de las maravillas de la naturaleza.

D. E. I.

Estudios históricos.

LA MADONA DE TORCUATO TASSO.

CAPITULO I.

Hermano y hermana.

El 29 de Junio de 1577 dos personajes estrangeros preguntaban al dueño de la posada de los Tres Reyes en Colonia, donde hallarian un platero que pudiese cambiar escudos de oro frances por moneda corriente en los Paises Bajos. El posadero Fernig, que era un hombre grueso y de semblante alegre, echado en la esquina de su puerta con los brazos desnudos y las mangas levantadas hasta los codos, les respondió que encontrarian lo que buscaban en la calle de la Estrella, junto á la iglesia de S. Pedro y S. Pablo, en la tienda del maestro Ians Rubens.

Los viajeros se dirigieron hácia el punto que les habia indicado el digno Fernig.

¿Quienes serán esos estrangeros? preguntaron al posadero algunas personas que lo acompañaban.

—Sé que vienen de Francia, pero por su acento conozco que son italianos.

—Hermano y hermana, añadió una voz de tiple demasiado aguda, que hizo levantar la cabeza bruscamente al posadero.

—Ah! ah! estás ahí? dijo con tono de buen humor, á la vista de los ojos negros de su muger, que era blanca y colorada, con los brazos gruesos y los dientes como perlas. ¿Qué te prueba que estos estrangeros sean hermano y hermana? Yo los hubiera creido marido y muger.

—Una muger, replicó Trea sonriéndose, no hace lo que ha hecho esa señora. Al menos hay maridos que no lo merecen. Este señor italiano, está muy malo, como lo atestigua suficientemente su palidez. Pues bien, esa dama no se le separa un momento, está siempre junto á él y cuida satisfacer sus menores deseos.

Cuando lo mira, sus ojos se le llenan de lágrimas, que procura ocultar al enfermo. Esta noche pasada yo no sé lo que ha sucedido en su aposento, pero el pobre señor daba grandes lamentos como si sufriera una enfermedad terrible. La jóven no se ha acostado, ha pasado toda la noche junto á él, consolándole y prodigándole sus cuidados para hacerle beber los brebajes que ha preparado ella misma para calmar sus dolores. Creeis que despues se ha acostado un rato y que ha tomado algun reposo? No: cerca de la cabecera del lecho de su hermano, apretando sus manos contra las suyas, ha pasado el resto de la noche pidiendo á Dios por el que dormia.

—Y no hariais otro tanto por vuestro marido, Trea? dijo el posadero pasando su brazo por el talle de su muger y abrazándola con fuerza.

—No estoy cierta, replicó, callando en seguida como para que se la invitase á continuar, lo que hizo al instante. Si valieseis la pena de que se tomasen los mismos cuidados por vos, se tomarian como con otro cualquiera. Pero vos sois un hombre rechoncho, que no me ama, y á quien yo no amo, dijo, pasando sus manos por la barba del maestro Fernig.

En este momento se oyeron en el interior las voces de algunas personas que llamaban á la posadera, la cual se separó lijera de su marido.

—Es un tesoro, un verdadero tesoro! dijo Fernig, siguiendo con la vista á su muger. Ah! maestro Jacobo, bendita sea Nuestra Señora y los Santos del paraiso que me han dado por muger á Trea. Desde que vino aqui, el bien ha entrado en mi casa, sin contar mi fortuna, porque tiene mucho orden, y mucha inteligencia y amor al trabajo; cuanta gracia y qué buen corazon! A la salud de Trea, compañeros.

Mientras que el posadero hacia el elogio de su muger, el caballero italiano apoyado en el brazo de su hermana, se dirigia hácia la calle de la Estrella, guiado por la cúpula de la iglesia de San Pedro y San Pablo, que sobresalia sobre todas las casas, y enseñaba su calado campanario como un encaje de Flandes. El caballero, que contaba treinta y tres años próximamente, era de regular estatura, de buen cuerpo, aunque tenia una pierna torcida, á la cual llevaba la mano á menudo, como si sufriera. Estaba endeble de una herida que habia recibido en un desafio. El trage de terciopelo negro que llevaba adornado con cintas de seda, cuadraba maravillosamente á su figura pálida y á sus facciones, que sin presentar mucha regularidad no dejaban de tener cierta belleza; su frente era espaciosa, y los ojos animados de una espresion, en que la ternura se mezclaba con la melancolia. Todo lo restante, marcaba en él un personage de distincion. Al pronto su aire frio y casi desdeñoso inspiraba reserva; pero cuando se le veia volver sus ojos hácia su hermana animados con una espresion dulce y afectuosa, cuando se oian las modulaciones casi musicales de su dulce voz, se comprendia que por poco que se le conociese era preciso amarle.

Su hermana, porque Trea no se habia engañado en sus conjeturas, era bella, blanca, y á primera vista parecia que tenia veinte años. Pero cuando se la miraba de cerca, se conocia por su tez ajada, y por las arrugas que empezaban á desfigurar su rostro, que si no tenia treinta años estaba muy cerca de ellos. No era hermosa, y sin embargo cautivaba la atencion, porque tenia cierto encanto misterioso que atraia los corazones. No quitaba los ojos de su hermano, observando sus menores movimientos, y se inquietaba de verle permanecer sombrío, y se regocijaba, cuando miraba con interes algunos de los objetos que le ofrecia el camino. Cuando él tosia, ella dirigia miradas inquietas sobre el pañuelo que aquel llevaba á la boca, temiendo ver sangre. Despues cuando dejaba caer la cabeza tristemente sobre su pecho, su hermana procuraba sacarle de su melancolia, enseñándole, ya las magníficas esculturas de una casa, ya los rayos de oro que reflejaba el sol en las losas de una iglesia. Pero su alegria era corta, porque apenas levantaba la cabeza y miraba con aire distraido, se volvia á entregar á sus pensamientos dolorosos y á sus tristes preocupaciones.

—De este modo llegaron á la calle de la Estrella, y á la casa de Ians Rubens. Entraron en la tienda donde se hacian los cambios y descuentos. Al ver al estrangero el digno flamenco, hizo un movimiento de sorpresa y de alegria, y corriendo hácia él le presentò la mano, diciéndole en italiano:

—Seais bien venido, querido mio, señor caballero, ya hacia tiempo que no os veia.

Aquel á quien hablaba alzó la cabeza, y le miró con sorpresa y sin dar muestra de conocerle, aunque Ians Rubens le dirigiò la palabra en tono de amistad.

—No me conoceis? continuó el platero; no estraño que me háyais olvidado; pero yo seria un ingrato si no me acordara de vos. En el año de 1665, hace ya doce años, sucedió en Ferrara que un hombre fue atacado por tres ladrones, y hubiera perecido sin el pronto auxilio que le prestó un jóven caballero que pasaba, y que despues de haber dispersado á los ladrones, llevó á su casa al estrangero herido gravemente, y le prodigó los mas generosos cuidados, hasta el momento en que pudo volver á su casa. No, no, caballero, doce años no os han desfigurado tanto que no haya conocido al primer golpe de vista, á aquel á quien debo la vida, al señor Torcuato Tasso.

Alargó de nuevo la mano al caballero, el cual la estrechó afectuosamente, mientras que la señora Cornelia, miraba á su hermano con atencion.

—Aquí hay oro, continuó el maestro Rubens, ya debeis comprender que no estareis mejor en Colonia que en mi casa. Decidme en qué posada habeis parado, para que envie por vuestro equipaje. Mi muger os recibirá con suma alegría. Ya os conoce, señor caballero, pues le he hablado muy á menudo de vos, y cada vez que me oye contar mis peligros y vuestra generosidad para conmigo, dice: «Vírgen Santa, no he de ver yo á ese valiente señor?»

He aquí cumplido su deseo.

Y presentando la mano á la señora Cornelia mientras agarraba del brazo á Torcuato los entró en una grande sala que se comunicaba con un escritorio, por una pequeña puerta de madera de roble, ricamente cincelada.

—María, le dijo á su muger, vé aquí al señor Torcuato, de Ferrara.

La señora Rubens, que estaba rodeada de seis hijos y que iba á ser madre la séptima vez, se separó de ellos y vino hácia donde estaban los estrangeros, á los cuales hizo una profunda reverencia.

—Caballero, le dijo, ya hacia tiempo que deseaba tener el gusto de recibiros en mi casa, y yo me felicito hoy doblemente por habérmelo Dios concedido, porque no solamente habeis venido á mi casa, sino que habeis traido á vuestra hermana; y es imposible equivocar que los dos sois de una misma sangre, puesto que su semejanza con vos es estrema.

—Y juzgais bien, señora, dijo Cornelia; yo soy la hermana de Torcuato, y os doy gracias, porque os habeis mostrado tan llena de afeccion para con él.

—Nosotros seriamos unos ingratos en obrar de otro modo, pero estoy segura, que mi marido os habrá prevenido que podeis pasar muchos buenos dias con nosotros, no es verdad? Yo os tendria gustosa á mi lado toda la vida.

Tomó las manos de Cornelia, y obligó á Torcuato á sentarse en uno de los grandes sillones que habia en la habitacion.

La señora Rubens envió luego á la posada de los Tres Reyes por el equipaje de los estrangeros, y les preparó ella misma dos de las mas hermosas habitaciones de la casa. En seguida dió las órdenes necesarias, para que sus huéspedes fuesen tratados dignamente, y para preparar una comida, que pudiese dar á los dos italianos una idea del talento culinario de las damas flamencas. Apesar de su edad avanzada presidia á todos los trabajos, y puso ella misma mano á la obra ayudada por su hija Blandina, que tenia siete años y merecia la preferencia de su madre, que la miraba sonriéndose, y que aplaudia sus gracias.

Despues de haber paseado á sus huéspedes por la ciudad y haberles enseñado cuanto habia de mas curioso, sin olvidar la Catedral construida en forma de cruz, que cuenta cuatrocientos pies de longitud y ciento ochenta de latitud, y está sostenida sobre cien columnas de cuarenta pies de circunferencia, la señora Rubens los llevó á las iglesias de San Gereon y San Cuniberto, y llegó á su casa en el mismo momento en que ponian la mesa para comer.

Antes de empezar la comida que terminaba tan bien la jornada, el ama de la casa llamó á los niños; luego que vinieron se arrodillaron delante de su padre y le pidieron su bendicion. El maestro Ians Rubens, se quitó el sombrero, y estendiendo sus manos sobre las frentes de cada una de las criaturas pidió para ellos las bendiciones del cielo, por medio de una súplica corta y solemne. Despues de esto fueron á abrazar á su madre, que estuvo arrodillada durante este acto de familia, y corrieron á ponerse bajo la direccion de una antigua sirvienta.

El señor Torcuato suspiró.

—Vos sois dichoso, maestro Rubens, dijo él.

—Una dicha igual, podeis tener, cuando gusteis, replicó el maestro Rubens; para esto basta amar á una buena muger como la mia, y casarse en seguida.

Torcuato sonrió con pena, y no contestó.

—Cuando se posee una hermana tan buena como Cornelia, no es necesaria otra muger, dijo la señora María, porque conoció que su marido habia causado un dolor secreto á su huesped.

—Yo creia que habitábais en Amberes? preguntó Torcuato haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, para desterrar un pensamiento funesto que le martirizaba. Cómo es que habitais en Colonia?

—Mi familia, replicó Rubens, es originaria de la Stiria, provincia que pertenece, como sabeis, á el Austria. Mi padre Bartolomé Rubens, adicto á la casa del Emperador Carlos V, siguió á Flandes á este príncipe luego que se hizo coronar en Aix-la-Chapelle en 1520, despues de haber presidido la dieta de Worms y establecido su residencia en Bruselas. Aquí fue donde mi padre Bartolomé encontró á una jóven, de una familia noble de Amberes; no tardó en amar á Bárbara Arens-Spirinck; se casó, y pidió al Emperador el permiso de dejar el empleo que tenia en la corte, para ir á establecerse en Amberes con la familia de su esposa. Un año despues nací yo.

Mi padre se ocupó en dirigir mi educacion, y cuando tuve veinte y cuatro años me envió á Italia para acabar mis estudios. Allí pasé seis años en diferentes universidades, hasta que tomé el bonete de doctor en derecho

civil y canónico en la Sapienza de Roma; en esta época recorrí la Italia, y pasé por Ferrara, donde debí la vida á vuestro valor. Volví á Amberes, todavia convaleciente de mi herida, y mi padre, despues de haberme abrazado tiernamente lo mismo que mi madre, me condujo el mismo dia de mi llegada á la casa de uno de sus amigos, el noble Pypeling, donde ví á su hija, que me pareció encantadora.

—Qué te ha parecido la señorita, Ians? me preguntó despues mi padre.

—Digna de ser amada! respondí yo sorprendido con esta pregunta.

—Pues bien! prosiguió, ámala y trata de que te ame, porque su padre y yo deseamos veros unidos por el santo lazo del matrimonio.

Maria confesó á su madre que me amaba, y un año despues se celebró en la iglesia de San Jacobo nuestro matrimonio.

Poco despues, en la misma época, como uno de los principales ciudadanos, fui nombrado Canciller del senado de Amberes.

Entonces comenzaban á agitarse los Paises Bajos con la heregia de los Iconoclastas; esos impios que querian meterlo todo á sangre y fuego en el pais, y Amberes, mas que otra poblacion de las de Flandes, fue víctima de sus revueltas y de su pillaje. Mi muger habia sido madre, mi pequeña fortuna se hallaba espuesta á perecer en medio de las agitaciones y de las crueldades causadas por esos malvados, que robaban en nombre de la Religion; resolví retirarme de Amberes donde residia despues de seis años, y buscar para mi familia y para mí una vida mas sosegada en Colonia, lejos de las fatales disensiones que armaban los ciudadanos de Amberes los unos contra los otros. Cuando puse en práctica mi proyecto, con el fin de aumentar un poco mi pequeña fortuna me establecí como platero. Cambié, pues, de morada, y desde la casa que habitaba cerca de la Vieja Carniceria de Amberes, me trasladé á otra de la calle de la Estrella en Colonia. Fue una mudanza completa.

Gracias á Dios, despues de esta época, todo ha sido próspero para mi fortuna y familia; porque no solamente he tenido ganancias, sino que soy padre de seis hijos, y el séptimo que espero de un dia á otro. Soy dichoso al lado de mi muger que es amable, buena, y que cria á sus hijos con zelo cristiano en nuestra santa Religion; hace diez años que estoy aquí; á cada hora del dia doy á Dios gracias por la existencia feliz que su misericordia se ha dignado concederme. Esta es mi historia, señor caballero, y la causa porqué me encontrais en Colonia, cuando creiais que habitaba en Amberes.

—Ay! dijo Torcuato Tasso, mi vida es bien diferente de la vuestra. Mientras que pasais á la sombra dias frescos y reposados, á mí me combaten todas las agitaciones de una existencia brillante en apariencia, pero en realidad maldita, llena de amargura y de desesperacion. Desde que vine al mundo, no he tenido patria ni reposo. Mi padre Bernardo Tasso, huérfano al nacer, fue criado por un tio suyo, Obispo de Recanti, que fue asesinado por unos miserables, cuando su hijo adoptivo contaba apenas siete años; el pobre niño fue á estudiar á la universidad de Padua, casi á espensas de la caridad publica; agregado en seguida al conde Guido Rangone, pasó al servicio de la duquesa de Ferrara, Reyna de Francia; viajó con el príncipe de Salerno, y despues que volvió á Italia con un rico empleo junto á Ferrand de San-Severino, se casó con una noble napolitana, á quien amaba, llamada Porcia de Rossi. Yo nací nueve meses despues, y mi hermana al año siguiente. Pero, ay! la desgracia y la pobreza, cayeron bien pronto sobre nuestra familia! El príncipe de Salerno se declaró contra Carlos V, fue vencido por este príncipe, y mi padre, siguiendo á su protector fue á morir á Ostia, dejando apenas á mi madre y á mi hermana, con que vivir decentemente. Yo seguí á mi padre en su destierro. El solo fue mi maestro, y cuando concluyó mi educacion, algun tiempo antes de su muerte me envió á casa de un célebre jurisconsulto de Padua para estudiar el derecho. En vez de seguir las instrucciones de mi padre, luego que le perdí, abandoné el estudio para componer un poema titulado Renaud. Este ensayo de un principiante tuvo buena acogida, y esto decidió mi vocacion. Despues escribí un poema épico; tomando por asunto la libertad del sepulcro de Jesucristo por los cruzados, y algunos fragmentos de Godofredo me valieron el honor de ser llamado á la corte de Ferrara por el duque Alfonso, que queria celebrar con mis versos la llegada de la archiduquesa de Barbe su esposa. Partí lleno de orgullo y de alegria. El príncipe me hizo una gran acogida, y asistí á todas las fiestas que se hicieron durante las solemnidades. Todos imitaban al príncipe en la manera honrosa con que me trataba; la duquesa de Barbe, el Cardenal de Este y la princesa Leonora su hermana.

Al pronunciar el nombre de Leonora, Torcuato palideció, y una emocion profunda alteró su voz. Cornelia levantó con inquietud los ojos y miró á su hermano, pero él se repuso al momento y continuó:

«El Cardenal de Este iba á partir para Francia y me propuso acompañarle. Acepté este ofrecimiento con empeño, y despues de haber abrazado á mi madre y á mi hermana, despues de haberle levantado un sepulcro á mi padre, llegué á Francia á la sombra de mi protector. Este pais me gustó poco. El carácter de los hombres cambia con el clima: endebles y pusilánimes en el Me-



LA CARNICERIA DE AMBERES.

diodia, son robustos, fuertes y belicosos en el Norte. Bajo una latitud media es donde se encuentra generalmente, mezclada la prudencia y la fuerza, que engendran cualidades mas sólidas. A la variedad, pues, de sus estaciones es á lo que los franceses deben su inconstancia, defecto que antes que yo les imputa la historia. Lo que he notado es que sus mugeres se diferencian de las italianas en el brillo de su cutis y en la finura de su trato. En cuanto á los hombres, aunque no son como en los tiempos del Cesar, sin embargo, por lo comun son bien hechos, excepto los nobles que tienen las piernas mas cortas, en proporcion de su cuerpo, lo cual se puede atribuir á la costumbre que tienen de pasearse á caballo. Los campos son preferibles á las ciudades que por lo general son mal edificadas. Las casas son de madera, y no ofrecen nada de notable en su arquitectura. Una escalera de caracol, que solo sirve para trastornar la cabeza, conduce á habitaciones tan sombrías como mal distribuidas. Lo que hay verdaderamente de admirable son las iglesias, cuyo numero, grandeza y magnificencia, son una prueba de la antigua piedad de esta nacion. Pesada es su arquitectura, aunque se deja conocer que los que las dirigieron prefirieron mas la solidez que la elegancia; hay en ellas objetos que llaman la atencion de los espectadores como son sus vidrios, notables por la belleza de sus dibujos y la vivacidad de los colores. Ponen los franceses mas cuidado en adornar los templos de Dios, que los italianos. Los nobles que viven en sus dominios, en medio de domésticos y de vasallos, contraen maneras insolentes é imperiosas; se dedican poco al estudio de las letras y sobre todo de las ciencias, y dejan este cuidado á las clases inferiores; y á esto es necesario atribuir la decadencia de los estudios filosóficos.

Yo fui testigo de los horrores de la noche de San Bartolomé, y últimamente volví á Italia mas pobre que nunca.

Pasé á Roma, y luego á Ferrara, donde el duque Alfonso me recibió con una alegria casi fraternal. Volví á ver á su esposa y á su hermana, y junto á ellas corrieron los primeros años de dicha que he gozado. La duquesa Bárbara y su bella hermana Leonora, gustaban mucho de oir mis versos; y yo pasaba las noches enteras componiendo los que les habia de recitar al dia siguiente. Asi fue como mi poema de Godofredo, adelantó considerablemente, y se convirtió en *la Jerusalen libertada;* asi fue como escribí la *Aminta*, que se representó delante de la corte. La duquesa de Urbino, escribió al duque Alfonso, pidiendo que le enviase al autor y á la obra..... Asi fue como en medio de estos sucesos preocupado con una idea mas constante terminé mi poema de la Jerusalen, que di al público.

—Sí, interrumpió Cornelia, y toda la Italia se conmovió con este libro. Todos pronunciaban con admiracion el nombre de Torcuato Tasso; el pueblo repetia sus versos, y los gondoleros los cantaban remando.

—Y que importa esa gloria? que importan esos triunfos? replicó Torcuato con pena. De que me han servido? desgraciado! .. Yo creí que el gran poeta de su siglo podia amar á los pies del trono de un pequeño soberano de Italia... Oh! desgracia...! desgracia!...

—Hermano mio, hermano mio, silencio! en nombre del cielo, silencio! gritó Cornelia arrojándose en los brazos de Torcuato, y tratando de taparle la boca.

—Nada temas, no revelaré mi secreto, hermana mia, él morirá conmigo... Déjame contar solamente que se encerró al Tasso en una prision, y que se le ocultó mucho tiempo el azul del cielo y la luz del sol. Una noche rompí los barrotes de la puerta de mi calabozo, con una fuerza que Dios me envió sin duda en un momento de misericordia y de piedad hácia mis continuos sufrimientos, y me encontré fuera de la prision, medio desnudo y las manos y pies ensangrentados. Sin dinero, sin recursos, sin guia, erré casi muerto de hambre y de frio al traves de las montañas, y disfrazado de pastor llegué á la casa de mi hermana Cornelia. Este ángel de bondad no dudó seguirme á Francia. Allí me oculté á mis perseguidores. Ay! todavia no me encontraba allí seguro y pasé á los Paises-Bajos... Y ved aqui porque estoy junto á vos en vuestra mesa, enfermo y quizas loco. Si, loco! hay momentos en que dudo de mi razon, hay horas en que pido con agonizante voz se me diga si la luz del entendimiento se ha apagado para mi! Loco! loco! el Tasso!—Oh! Dios mio! tened piedad de mí, porque querria mil veces la muerte, antes que ver realizada tan terrible idea!

Ocultó en seguida con sus manos su cabeza ardiente y sus ojos llenos de lágrimas.

Cornelia inquieta, agitada, pálida, parecia temer alguna desgracia.

—El viaje os habrá fatigado mucho, es necesario, pedir licencia al señor Rubens para retiraros á descansar, dijo.

Torcuato Tasso levantó la cabeza y miró á su hermana con aire distraido. Despues como si fuera un niño que cede á su madre, se dejò levantar de la mesa, dejando á los otros consternados y llenos de afliccion.

—Pobre jóven! murmuró la señora Maria luego que se retiraron.

—Mira en lo que ha venido á parar ese gran genio del siglo! Por qué serie de dolores y tormentos ha adquirido la gloria! Bendita sea nuestra obscuridad, Maria! pidamos á Dios que no les ponga á nuestros hijos tan fatal corona.

—Amen! replicó la señora Rubens.

Y como se encontrase fatigada por la lle-

gada de sus huéspedes, y por la triste escena que acababa de presenciar, se retiró á su cuarto despues de haber abrazado tiernamente á su marido.

CAPITULO II.

El don de Nuestra Señora.

La agitacion de Torcuato, luego que se hubo retirado solo con su hermana á la habitacion que se les habia preparado, lejos de calmarse tomó un deplorable caracter de demencia. Sin embargo, no rechazó á Cornelia, y guardando silencio, le permitió que le desnudara. Un momento despues, Cornelia creyó que dormia tranquilamente, y que iba á olvidar con el reposo y el sueño sus tristes pensamientos. Pero de repente vió á su hermano incorporarse y como si prestase atencion á algo, y á poco dejar su lecho y arrodillarse delante de una pequeña capilla, que al uso de Flandes habia en el dormitorio. Alli, sacó de su pecho una pequeña efigie de plata de Nuestra Señora, que traia suspendida á su cuello por una cadena del mismo metal, y poniéndola delante, con vivas señales de fervor y respeto, empezó á responder por monosilabos, como si alguna persona le dirigiese la palabra.

—Gracias, dijo en seguida, gracias, Santa Madre de Jesus, gracias por vuestra divina caridad, que os ha hecho bajar del cielo, para consolar aqui abajo á un desgraciado sin esperanza, oh! si no sufro bastante! Leonora! ella me amaba, lloraba cuando le recitaba mis versos; se ruborizaba y me alargaba furtivamente la mano cuando se mezclaban en ellos palabras de amor.

Sin embargo, ella se reia de este amor con su hermano; amaba á otro! Ellos han querido aprisionarme!... á mi... á Torcuato Tasso! A mí, á quien vuestros ángeles han venido á enseñarme los himnos que cantan delante de vos!

Calló y escuchó algun tiempo; las lágrimas caian de sus ojos sobre sus abrasadas mejillas.

—En Italia? replicó en seguida, en Italia? Oh! madre del Salvador, por los tormentos de vuestro divino Hijo muerto en la cruz, no me mandeis que vuelva á Italia! Alli la veria, y verla seria morir! No me lo mandeis! No me lo mandeis!

Por algunos instantes siguió como si prestase atencion á lo que le decian. De repente dió un grito de alegria y se levantó juntando las manos con entusiasmo.

—Con que me ama?... Luego no me ha hecho traicion? Con que sus odiosas burlas en cuanto á mí no eran verdaderas! Vamos, vamos! es necesario volver á Italia, á Ferrara, al instante, en este momento!.. He aqui al Metauro, salud al Metauro, salud á tí, débil hijo del Apenino, mas ilustre todavia por tu nombre que por tus ondas! Viajero vagabundo, yo voy á buscar en tí mi seguridad y mi reposo! Que el roble altivo que tú fecundas, extienda á lo lejos sus ramas, para prestarme su hospitalidad y cubrirme á las miradas enemigas de la divinidad que me persigue... Pero qué importa esta divinidad desvergonzada, si Maria, la madre del Salvador vela por mí, pues me lleva junto á Leonora... Leonora es para mí, para Torcuato! Mirad! he aqui el anillo que brillaba en vuestro dedo y que tomé de vuestra mano, un dia que me permitisteis llevarla á mis lábios. Leonora, venid conmigo á la sombra de vuestros jardines, para que os recite como otras veces mis versos, escritos para vos y llenos de mi pasion. Escuchad.

Y tomando la mano de la pobre Cornelia que lloraba, se puso á recitar un episodio de la Jerusalen, como si la princesa de Ferrara estuviera á su lado. Al concluir lanzó un gemido, y buscó su espada en su costado.

—Yo no saldré, dijo. Yo soy gentilhombre, y el primero que venga á ejecutar en mí las órdenes de su infame señor, recibirá la muerte de mi mano. Porque yo me estimo en mas que él; vedlo. Si él es el príncipe de Ferrara, yo soy el poeta de *la Jerusalen libertada*.

Aqui su delirio tomó súbitamente un nuevo caracter. Se golpeó el pecho, recitó el *Confiteor* todo conmovido, y se puso á hablar de contricion y de remordimientos.

—Si, yo estoy condenado; si, yo soy un ateo indigno de la proteccion celestial. Piedad, piedad! Salvadme del infierno! Oh! salvadme de esos demonios horribles!...

Mientras asi hablaba, su frente estaba bañada de sudor, sus facciones desencajadas y sus labios quemaban. Cornelia aplicó á ellos una bebida que Torquato tomó con avidez, y poco á poco su agitacion se cambió en una modorra que acabó en un sueño profundo. La jóven limpió la frente de su hermano y le acomodó sobre su lecho, no retirándose de allí, hasta despues de haberle visto dormir tranquilamente. Entonces hizo una corta plegaria en la capillita, y se echó vestida sobre su lecho en la pieza inmediata, para encontrarse pronta al menor movimiento de su hermano.

Dios sin duda tuvo compasion de los sufrimientos del pobre poeta, pues estuvo toda la noche sumido en un sueño profundo y dulce. Cuando se levantó no le quedaba recuerdo alguno de su delirio y de sus agitaciones anteriores; solamente sentia aquel malestar que sigue á los ataques nerviosos. Púsose en la ventana, contempló con serenidad los esplendores del sol que salia, y con la sonrisa en sus labios y la frente gozosa, pasó al cuarto de su hermana. Al verla sobre su lecho, vestida, su mirada espresó el asombro, y la desesperacion se retrató en su semblante.

—Todavia me persigue este mal horrible, esclamó! Oh! Dios mio! primero la muerte que tales sufrimientos; primero la m erte que no que se diga: El Tasso está loco!»

La voz de su hermano despertó á Cornelía, que con una sola mirada conoció los dolorosos pensamientos que agitaban al desgraciado.

—Hermano mio, dijo con fingida fatiga, me he acostado vestida!... Nuestros paseos al rededor de la ciudad de Colonia, me han fatigado de tal modo que me eché en mi lecho olvidándolo todo!... Y tú has dormido bien?.....

Al decir esto se dirigió hácia Torcuato, con tanta calma aparente que las inquietudes de este casi se disiparon, con una sonrisa de aquel ángel.

—He estado malo, Cornelia? preguntó él.

—Malo? No; hemos dormido muy bien, á pesar de sernos desconocido este cuarto, contestó ella riendo. Y para librarte de tan locas inquietudes, ven á respirar el aire fresco y puro de la mañana. Mira, querido poeta, mira esa púrpura y oro que brillan en el cielo.

Llevole despacio á la ventana, le echó su brazo al cuello y le entretuvo con pensamientos festivos y dulces que acabaron de apaciguar la imaginacion del pobre insensato.

—Pero ya oigo la voz de nuestros huéspedes dijo ella. Las siete dan en la Catedral, y creo que es tiempo de unirnos á ellos y de prestarles nuestros servicios. Ven, hermano.

Ambos bajaron á la sala, y se detuvieron en la puerta admirados del espectáculo que se ofrecia á sus ojos. Una de las hijas de la señora Rubens, la pequeña Blandina, estaba sentada con un aire serio maternal, junto á una cuna, que mecia cantando una antigua cancion, interrumpiéndola á cada copla para ver si habia causado su efecto y si el niño comenzaba á dormirse.

De pronto vió á los estrangeros, y levantándose con cierto airecillo de importancia, les hizo señal de entrar, pero con precaucion para no despertar al niño.

Chit! dijo en voz baja y llevando su pequeño dedo blanco á sus labios de rosa, chit! mi hermanito está durmiendo.

—Vuestro hermanito, Blandina.

—Es un niño pequeño que la bondad de Dios nos ha enviado esta noche. Mirad, mirad, qué hermoso, yo lo miro de cuando en cuando para ver si se duerme. Pero chit; se ha despertado y es necesario que le vuelva á dormir.

Y empezó á mecer la cuna, y á cantar una cancion muy popular en nuestros dias en Flandes.

Torcuato escuchaba con emocion estos cantos populares, traduciéndolos en su corazon en la lengua armoniosa de Italia.

—Todos estos cantos son obra de poetas desconocidos y se perpetuarán de edad en edad. Me sucederá á mi lo mismo? En los siglos venideros, se repetirán mis versos como repiten los niños estas baladas?

—Hermano mio! por qué te muestras tan decidido á atormentarte? Tu gloria no es inmortal? La Italia, la Europa, el mundo entero no te proclaman con entusiasmo?

—Habia conmigo en las prisiones de Ferrara un pobre que se creia Dios; sus compañeros le dirigian adoraciones y súplicas, que él recibia como si hubiese sido el Criador del universo. Quien me asegura á mí que no estoy tambien loco?

Una gozosa voz interrumpió los pensamientos de Torcuato; era maese Ians Rubens que venia á recibir las felicitaciones de sus huéspedes por el nuevo hijo que habia tenido. Lo tomó de la cuna y lo presentó al señor Torcuato y á la señora Cornelia besándolo de paso.

—Mirad, dijo, mirad qué hermoso, qué blanco es! su madre lo ha dado á luz sin sufrimientos. Es necesario que vos y vuestra hermana sean sus padrinos; de este modo tendrá el honor de haber tenido por padrino al mas grande de los poetas católicos.

—Torcuato tomó al niño en sus brazos y lo miró con atencion.

—No, dijo, no, querido niño, no haré recaer sobre tí la fatalidad que me persigue! No; yo no pediré á Dios para ti los dones funestos del ingenio y del arte! Puesto que has recibido el triste privilejio de la existencia, que la oscuridad proteja tu vida entera! Que los deseos desenfrenados de un bien imposible no devoren tu corazon! No busques ese vano fantasma que se llama gloria! Semejante á las nubes de oro y de púrpura que coronan la cima de las montañas, cuando se logra alcanzarlas al precio de mil fatigas y con peligro de la vida, solo se halla en su lugar un vapor infecto que desaparece. Hijo! sé desconocido y serás dichoso! Es Torcuato Tasso quien le pide á Dios por el hijo de su huésped.

En seguida puso al niño en la cuna y tendiendo la mano á Ians Rubens:

—Amigo mio, le dijo, recibid nuestro adios! Es necesario que yo vuelva á Italia; una voz secreta, imperiosa, irresistible me llama. Guardad como memoria de vuestro desgraciado amigo, esta cadena de oro y esta Madona de plata, que la dareis en mi nombre á vuestro hijo, cuando pueda conocer mi nombre. Esta Madona es obra de un platero de Roma que la historia cuenta entre el número de sus santos; esta es la sola herencia que me dejó mi padre, y que venero con mucha razon como una preciosa y santa reliquia. Adios! seguid la vida apacible que teneis, y si vuestro hijo llega á tener una existencia brillante, acordaos que el Tasso ha maldecido su gloria. Vamos, Cornelia, pobre ángel puesto á



IANS RUBENS PRESENTANDO EL NIÑO A TORCUATO TASSO.

mi lado para consolarme y sostenerme en mi marcha; sin descanso y sin fin. Ven, tú que no te cansas ni de la amargura de mis quejas ni de la injusticia de mi egoismo! Tú que sin desfallecer procuras siempre consolarme, como si yo fuera consolable, ven! Tu mision no se ha acabado todavia, y no lo estará hasta el dia en que mi cabeza abrasada deje de pensar. Cuando llegue ese dia guárdate bien, Cornelia, de llorar sobre mí, sino canta hymnos de alegria y de reconocimiento, canta el Te Deum laudamus, porque tendré por la primera vez lo que ambiciono; reposo.

Ians Rubens siguió algunos instantes con la vista á sus huéspedes que se retiraron; despues entró en su cuarto y se arrodilló junto al lecho de su esposa que dormia.

—Dios mio, dijo, vos me habeis dado un buen lugar en este mundo; una muger pura y santa delante de Dios y de los hombres, hijos que prometen vivir segun vuestro espíritu, y el pan de todos los dias. Bendito seais por todos los siglos, pues desde que el Tasso ha estado aqui he conocido vuestra misericordia para conmigo, pobre é indigna criatúra!

En este momento María despertó, miró á su marido y le dijo:

—Ians, ve á buscar á nuestro hijo y traelo.

El platero de Colonia, accedió al deseo de su muger, y luego que ella besó la frente á su hijo y se lo puso al pecho, dijo:

—Qué nombre le pondremos?

—Hoy es el dia de la fiesta de San Pedro y San Pablo; quieres que se llame como estos dos santos? preguntò Ians.

—Tienes razon, amigo mio, dijo ella, nuestro hijo se llamará Pedro Pablo Rubens.



EL NIÑO EN LA CUNA.

CAPITULO III.

La muerte.

La vida de una familia en Flandes, es una sucesion casi no interrumpida de fiestas. Cada uno de los grandes sucesos de la vida, tiene no solamente su celebracion solemne, sino tambien su aniversario; cada año reunidos al rededor de la mesa patriarcal, con algunas viandas sazonadas por la mano de la madre, se saborea una botella de vino añejo, y se

alarga la comida con tiernos y gozosos recuerdos. Con estos banquetes se celebran los sucesos notables que tienen lugar en las familias. En este caso se hallaba la de Rubens, con motivo del bautismo del nuevo reciennacido que iba á verificarse en la iglesia de San Pedro y San Pablo. La señora Rubens se ocupó de los preparativos, para los que no bastaron ocho dias, porque el padrino del niño era monseñor el príncipe de Chimay, y la madrina la muy rica y poderosa señora condesa de Lalaing.

Cuando llegó el dia señalado, la señora Rubens, mientras que se conducia con gran pompa y ceremonia el reciennacido á la iglesia, se quedó en su casa para prevenir lo necesario para el banquete, sin que por esto se olvidase de recitar mas de una plegaria por su querido hijo, sobre el cual habia de caer el agua regeneradora, que purifica el alma y borra el pecado original. Estaba aun arrodillada á los pies de la Madona, delante de la cual habia estado en aquella noche sombria desvariando Torcuato Tasso, cuando oyó el ruido de los coches en que venia el acompañamiento. Se levantó y corrió á recibir á los convidados. La condesa de Lalaing, bajó la primera; era de las mas nobles, de las mas ricas y de las mas hermosas damas de los Paises-Bajos. Acercose á María, la abrazó afectuosamente, y tomó al niño de los brazos de la partera, que siguiendo la costumbre le habia llevado á la iglesia.

—Señora Rubens, dijo la condesa de Lalaing, he aquí un niño cuyas madres somos nosotras. Nosotras uniremos nuestros corazones y dirigiremos por él nuestras plegarias; si una de nosotras llega á faltar, la otra procurará velar mas tiernamente sobre él, á fin de que viva como buen cristiano, y que sea dichoso en este mundo y en el otro.

La señora Rubens quisó hablar, pero el gozo le quitó la voz, no pudo responder sino llorando y besando la mano de la condesa. Se pasó en seguida á la sala del banquete, y se sentaron á la mesa despues de haber echado la bendicion el señor Don Francisco Belderos cura de la iglesia de San Pedro y San Pablo, que no habia querido confiar á ninguno otro el cuidado de bautizar al hijo de uno de sus mas ricos feligreses, sobre todo cuando el padrino y la madrina eran los principales señores del pais. La fiesta se prolongò hasta las siete de la noche á cuya hora los huéspedes de Ians Rubens y de la señora María pidieron permiso y se retiraron, dejando á el ama de la casa lo menos ocho dias de trabajo para volver á ponerla en orden.

Los cuatro primeros años del pequeño Rubens se pasaron sin presentar incidentes notables. Preferido por su madrina en medio de sus hermanos y de sus hermanas, se encontraba querido de todos, viniendo cada uno á su casa, para prodigarle sus caricias. No velaba menos asiduamente sobre él la señora Maria y trataba de darle una direccion cristiana en su su primera edad, que comenzaba á dejar entrever una naturaleza impetuosa. Por lo demas, el pequeño Pedro Pablo era de una belleza notable. Sus ojos grandes llenos de espresion, la blancura y el brillo de su tez y la dulzura de su caracter le ganaban el afecto de todos. Cada vez que su madrina venia á verle, se volvia satisfecha de su ahijado. Un dia al llegar la noble condesa, el niño la conoció á lo lejos, y con el fin de alcanzarla cuanto ántes echó á correr, pero faltándole los pies, cayó dando con la frente contra el suelo. Las dos le levantaron, pero el niño estaba sin conocimiento. Corrieron en busca de un médico que vivia al lado, el que vino al instante y se puso á examinar la herida, mientras que la condesa de Lalaing, y sobre todo la señora María, tenian fijos con ansiedad los ojos en el facultativo observando sus menores movimientos, y esperando las palabras que habia de pronunciar como un decreto de vida ó de muerte. El médico examinó la frente del herido, la bañó en seguida con agua fresca y sondeó la herida. Despues echó una mirada triste sobre la pobre madre, la cual dió un grito y cayó sin conocimiento. En efecto, la herida parecia mortal; y cuando la señora Rubens volvió en sí, merced á los socorros que se le prodigaron, fue para caer en el mayor desconsuelo.

—Hijo mio! gritó, hijo mio! Yo no quiero que muera! Yo no quiero separarme de mi niño! Hijo mio! devolvedme á mi hijo!...

Se quiso separarla del cadáver, pero se resistió á las súplicas de la condesa de Lalaing y á las ordenes de su marido, y escapándose de sus manos fue á tomar el cuerpo inmóvil y helado de su hijo, y estuvo considerándole algun tiempo con una sangre fria nacida de la misma desesperacion, con los ojos secos y la voz ronca. En seguida le levantó los brazos que cayeron al instante, tocó su frente y sus cabellos ensangrentados, y llevó sus labios á los de su hijo como para comunicarle algunos restos de vida. Pero nada! La muerte! la muerte en toda su realidad! Tuvo un momento en que levantó la cabeza y que se sintió inclinada á blasfemar de Dios, pero al pnnto rechazó de su imaginacion este funesto y loco pensamiento, y conociendo que el demonio la atormentaba hizo la señal de la cruz. Sin duda alguna un ángel tuvo compasion de ella, y bajó del cielo para inspirarle un pensamiento de salvacion, porque de repente fue y depositó al pequeño Pedro Pablo á los pies de la Madona de Torcuato Tasso.

—Madre de Dios, dijo, por los siete cuchillos que atravesaron vuestro corazon, cuando seguiais á vuestro hijo al monte Cal-

vario, y cuya muerte tanto os martirizó aunque sabiais su próxima resurreccion; Madre de los siete dolores, venid en mi ayuda! no me abandoneis! tened piedad de mi! Yo quiero dedicar mi hijo á vuestro culto! llevará vestidos blancos hasta que cumpla los siete años, cada dia á esta misma hora irá á oir una misa que diran en vuestra capilla, en la Iglesia de San Pedro y San Pablo. Y yo, madre mia, rezaré siete Ave Marias todos los dias de mi vida Bendecidlo! volvedme á mi hijo!

En seguida tocó al niño.

—No! gritó; no! La Santísima Vírgen no me ha desamparado! Yo siento latir bajo mi mano el corazon de mi hijo. Miradlo; sus ojos se abren, se mueven sus brazos, pronuncia mi nombre! Oh! bendita sea por siempre la Santa Madre de Jesus, que ha tenido piedad de mis dolores y de mi aflixion!

Y no era una ilusion, el niño habia vuelto á la vida.

El médico admirado tapó la herida; se llevó la cuna del infante junto á la cama de su madre, y alli, durante once noches no cesó de velar sin descansar un momento, por aquel que solo por un milagro habia renacido. La convalecencia de Pedro Pablo fue en un principio, penosa y lenta, pero despues hizo rápidos progresos. Un mes despues de este suceso, su madre lo vistió con un trage blanco, y poniendo en su cabeza una corona de rosas tambien blancas lo llevó á la iglesia seguida de sus demas hijos, todos con luces en las manos. Los criados de la casa, Ians Rubens y la señora condesa de Lalaing cerraban el acompañamiento; todos se arrodillaron en la capilla de la Vírgen y unieron su voz á la del sacerdote que cantaba el *Te Deum*. La ceremonia se concluyó, y ya todos se iban á retirar cuando el niño como movido por una inspiracion del cielo se adelantó, y puesto junto al altar, con una voz dulce y clara recitó el Ave Maria que habia oido decir muchas veces á su madre mientras estuvo enfermo. Se le escuchó con atencion, nadie quiso interrumpirle, y el mismo sacerdote con las manos juntas lo consideraba con emocion. Cuando llegó al Amen se levantó con gravedad, y tomando la mano de su madre salió de la iglesia pensativo y sin mirar siquiera á los que le acompañaban. Solamente al entrar en su casa, fue cuando abrazó á su padre, y tendió los brazos á la condesa de Lalaing su querida madrina.

La señora Rubens observó religiosamente el voto que habia hecho delante de la Madona de Torcuato, y solamente cuando Pedro Pablo cumplió los siete años cambió sus vestidos blancos con otros mas en armonia con los de un niño. Desde entonces Pedro Pablo, gracias á los cuidados que se tomó su padre en su educacion, se mostró mas instruido que lo son ordinariamente los jóvenes de su edad. Ians Rubens le habia entregado á un ayo frances, que no le hablaba mas que en latin, de suerte que el niño habia aprendido sin fatiga y sin trabajo, y por decirlo asi sin conocerlo, la lengua flamenca, la francesa y la latina. Su madre le habia enseñado otras habilidades, y gracias á un caballito que le regaló la condesa de Lalaing, iba al lado de su padre como el mejor ginete del mundo; á su paso por las calles, todos se agrupaban para verlo, y admiraban su destreza y su valor.

Inutil es decir que el maestro Rubens y su muger se distraian con su querido hijo, preguntándole á menudo á qué carrera queria que se le destinara. Muchas veces la condesa de Lalaing habia pedido que se le diese por page, prometiéndole ademas una gracia á causa del grande prestigio que tenia en la corte, como el mando de una compañia. Pero los peligros de la guerra tenian inquieta á la señora Rubens, y su marido sabia cuan dificil era vivir en el santo temor de Dios en esta carrera belicosa. Por esto se resistian á las constantes ofertas de la condesa, y pensaron que era mejor que Pedro Pablo vistiese la toga. El niño empezó sus estudios en humanidades, y entró en el colegio. Bien pronto se señaló entre sus compañeros como mas inteligente, y á la edad de diez años traducia con suma facilidad los autores griegos.

El maestro Rubens no se enorgullecia con los adelantos de su hijo; su mayor recreo cuando llegaban los Domingos y dias de fiesta era encerrarse con él en su gabinete. Alli sentaba al pequeño doctor sobre sus rodillas, ponia un libro sobre la mesa y le escuchaba leer con su hermosa y clara voz. Lo que el niño preferia sobre todo era Homero, porque encontraba en él batallas y héroes; un dia su padre le dijo:

—Pablo, he aqui un libro lleno de cosas maravillosas, á pesar que leemos el Homero, vamos á empezar el Plutarco. Es un libro escrito en una lengua que no sabes todavia, pero que ya la aprenderás facilmente. Este libro se llama la Jerusalen libertada: es un regalo que me envió de Italia uno de mis amigos, hace siete ú ocho años, el señor Torcuato Tasso; el mismo que regaló á tu madre la imagen de Nuestra Señora de los siete Dolores, delante de la cual hizo un voto cuando te creia muerto. No quieres tú aprender esta lengua para leer un libro tan hermoso?

El niño no respondió, sino abrazó á su padre y tomó el poema.

Tres meses despues llegó el cumpleaños del maestro Ians Rubens, que tenia ya cincuenta y siete.

Los hijos de este dichoso padre, vinieron á presentarle sus trabajos que hacia largo tiempo tenian preparados. Elena y Blandina sus hijas le presentaron, la primera un pañuelo bordado, y la segunda un par de guan-

tes calados, que podian competir con los de los mejores artistas de la ciudad; Felipe llevó una tesis que acababa de sostener en la universidad de Lovaina; Juan Bautista le presentó una magnífica caja, que habia hecho; Enrique un dibujo muy bueno en miniatura, y Bartolomé una página de escritura, con todos los adornos y trazos hechos con la pluma, y con la cual se hubiera enorgullecido el mejor profesor de caligrafía. Cuando le tocó el turno á Pedro Pablo, presentó á su padre el libro de la *Jerusalen libertada*, y le preguntó con el aire grave de un doctor:

—Que canto quereis que os traduzca, papá?

El maestro Rubens abrió el libro á la casualidad, y el niño sin pararse, tradujo de una lengua á otra, como si hubiera hecho una lectura corriente en la lengua flamenca, el episodio entero de la Floresta encantada.

Su padre admirado, le tomó entre sus brazos, lo abrazó tiernamente, aplicando la cabeza á su pecho, y con los ojos llenos de dulces lágrimas dijo á media voz:

—Oh! tú serás la gloria de nuestra familia!

Despues, como el niño se quedase allí teniendo en la mano el gran libro de la Jerusalen le preguntó su padre:

—Qué esperas que no vas á jugar con tus hermanos y hermanas?

Pedro por toda respuesta puso sobre las rodillas de su padre el libro, y le fue enseñando al principio de cada canto un dibujo que representaba una de las acciones mas principales del poema. Sin duda tenia muchas incorrecciones y defectos esta obra de un niño de diez años, pero no podia desconocerse en ella su inteligencia y su vocacion artística.

A la vista de esta revelacion del genio, el maestro Rubens se acordó de Torcuato Tasso que maldecia su gloria, y no queriendo para su hijo un destino fatal, resolvió romper estos dibujos. Se sonrió, y rompiéndolos en efecto dijo:

—Todo lo has echado á perder con tus malvados pintarrajos. Vete á jugar, y no pierdas el tiempo en estas tonterías.

El niño bajó la cabeza y se retiró triste. El maestro Rubens despues de haberlo examinado un poco, guardó el libro en un armario que cerró con llave, y fue á reunirse con su familia.

El pequeño Pedro Pablo se retiró á su cuarto, donde estuvo llorando amargamente.

Al cabo de un año se volvieron á recordar los sucesos ya referidos. Eran los últimos dias de Febrero, época de lluvias y de tristeza, mas en Colónia que en otro pueblo del mundo. Una tarde, maestro Ians Rubens gozaba al lado de su familia y se regocijaba con la señora María del bien que poseia, y de los largos años que todavia pensaba vivir para velar sobre el porvenir de sus hijos, cuando sonaron en la calle gritos espantosos de: Socorro! socorro! A estos gritos se levantó como para socorrer á un desgraciado á quien quizás atacaban algunos malhechores; pero en la precipitacion de su movimiento generoso se hirió la cabeza contra la cornisa de la chimenea, y cayó ensangrentado á los pies de su esposa. Sin embargo, en lugar de entregarse ésta á los gritos y á las lamentaciones, fortalecida con el espíritu de Dios reprimió su dolor, y despues de levantar á su marido y de haberle colocado en un sillon, fue á dar órden de llamar á un médico y de prohibir á los niños la entrada en el aposento.

El médico llegó y mandó sangrar al herido. El maestro Ians Rubens recobró luego el conocimiento y buscó un pretesto para alejar á su muger. Despues se quedó solo en el cuarto con el médico, y le dijo:

—Señor, despues de tantos años como habeis sido para mí y para mi familia un amigo, exijo de vos una prueba de vuestra amistad. Es necesario que me digais francamente lo que pensais de mi herida y de mi estado. Sabed que tengo grandes deberes que cumplir como padre y como cristiano; creeis segura mi curacion, ó mi muerte cierta?

El médico bajó tristemente la cabeza.

—Comprendo vuestra respuesta, y al mismo tiempo os doy gracias por vuestra franqueza. Me quedará mucho tiempo para arreglar mis asuntos delante de Dios y delante de los hombres?

—Ha sido un milagro que no hayais sucumbido en el acto, murmuró el médico.

El maestro Rubens llamó á su muger.

Querida María, le dijo, aunque seas una muger débil, es necesario que conozcas que nuestra separacion aqui en la tierra está muy próxima, y que no tardaré mucho en comparecer ante el soberano juez. Pero estos cortos instantes me son precisos para llenar mis deberes, sin cuyo requisito la muerte me seria amarga. Envia á buscar al confesor, pídele que venga á ayudarme en mis últimos momentos, y escucha bien las instrucciones que me restan que darte para el porvenir de nuestros hijos.

Sabiendo mis mas secretos pensamientos y mis proyectos, no me queda mas que decirte.

La señora Rubens, pálida como la muerte habia oido las fatales palabras de su marido sin manifestar otra emocion que su palidez. Sentóse junto al lecho del moribundo, puso su mano entre las de su marido y escuchó silenciosamente todo lo que le dijo con voz débil pero segura. Despues que le manifestó los proyectos que tenia formados para el porvenir de sus siete hijos, despues de haberle enseñado claramente los medios de conservar la fortuna que les dejaba, le aconsejó que se marcharse de Colonia y volviese á Amberes.

—Gracias á Dios, añadió, las querellas que se habian conservado entre los hugonotes y los católicos, se han apaciguado completamente. Ya no existe ningun peligro real para aquellos que han permanecido fieles á la fe de sus padres, y allí te encontrarás en medio de tu familia, mientras que en Colonia no cuentas con un amigo.

Al pronunciar estas palabras, entró el cura de San Pedro y San Pablo. A la vista de Ians agonizante no pudo reprimir una lágrima, y tuvo que emplear algunos instantes para reponerse, antes de cumplir sus deberes para con el moribundo. Despues de este movimiento de ternura producido por la misma naturaleza, se acercó el ministro de Jesucristo y escuchó la confesion del maestro Ians, bendiciendo en el fondo de su corazon á Dios por haber criado un alma tan pura, tan noble, tan leal, y tan cristiana. Acabada la confesion salió para volver á administrar el santo Viático y la Extremauncion á su penitente, el cual aprovechando este intervalo de tiempo hizo reunir al rededor de su lecho á toda su familia.

—Hijos mios, les dijo, me quedan pocos instantes de vida, y voy á comparecer bien pronto delante de Dios, mi criador y mi juez. Yo confio en su inmensa bondad y en vuestras plegarias que me alcanzará su misericordia; no cesad de dirigirle por mí vuestras oraciones!

Los sollozos de sus hijos le interrumpieron; Iáns les hizo señal para que callasen y prosiguió:

—No tengo necesidad de recomendaros el respeto que debeis á vuestra madre; cualquiera que sea vuestra edad es el primer deber y el mas imperioso que teneis que llenar en la tierra. Pero lo que tengo que recomendaros, mas particularmente, es la union entre vosotros, y que os ameis y ayudeis los unos á los otros. Y despues, hijos mios, vivid como cristianos; sabed que fuera del verdadero camino de la ley de Dios no se puede gozar de la dicha y del sosiego. Recibid mi bendicion! y ve-



IANS RUBENS BENDICIENDO Á SUS HIJOS.

nid á abrazarme por la última vez!

Los niños bajaron respetuosamente su cabeza ante las dos manos que se levantaron para bendecirlos, besando en seguida aquellas

mismas manos heladas por el frio de la muerte. En este momento llegò el cura con el Viático. Todos los vecinos y amigos de Ians Rubens prevenidos por el rumor general del mortal accidente, se apresuraron á asistir á la santa y lúgubre ceremonia llevando cada uno un cirio en la mano; algunos se arrodillaron al rededor de su lecho y los demas quedaron en el vestíbulo de la casa y en la calle. Noble testimonio de la estimacion y respeto que cada uno sentia hácia el hombre de bien á quien Dios llamaba á su seno.

Al principio maese Ians mezcló el murmullo de su voz á las preces que recitaba el sacerdote y repetia el auditorio, pero pronto dejó de oirse aquella voz que firme poco antes, se habia ido debilitando poco á poco hasta estinguirse completamente. María entonces apoyando su cabeza sobre la cama lanzò un grito penetrante:

—Hijos mios! hijos mios!

Estos se levantaron desalados y corrieron al lado de su madre.

—Estais huérfanos! les dijo, estais huérfanos!

En efecto, Ians Rubens acababa de entregar su alma á Dios.

No pintaré todas las lúgubres y piadosas ceremonias que siguieron á este fatal momento. La misma María quiso envolver en el sudario el despojo mortal de su marido, y cumplir este terrible deber con una fuerza que sin duda le prestaba el auxilio de Dios. No consintió siquiera en confiar á manos estrañas el triste cuidado de depositar en el féretro el cuerpo del difunto; ayudada solo de un fiel y antiguo criado de la casa lo colocó en ella dulcemente, despues de lo cual encendió la lámpara funeraria y fue á reunirse con sus hijos, que al verla se arrojaron en sus brazos, y entonces fue solamente cuando ella pudo llorar y aliviar su corazon del peso horroroso que le abrumaba. Despues de este primer momento consagrado al dolor y á la desesperacion, María se entregó por algunas horas á un abatimiento profundo, sintiéndose sin fuerzas, sin resolucion y sin valor, no cuidándose de nada de lo que pasaba á su alrededor, y deseando solo la muerte. Este estado de postracion duraba todavia cuando las campanas tocaron el *Angelus*, lo que para ella fue como un aviso divino. Levántase avergonzada de su debilidad, hace una plegaria, corta pero fervorosa, y dando nuevas pruebas de su actividad tranquila y de su valor cristiano, obligó á sus hijos á tomar algun alimento, y á que se acostasen en seguida, y no permitió á nadie que velase en la casa, escepto al criado anciano que hacia ya cuarenta años que servia á su marido. Sola con él y un sacerdote, pasó la noche en el aposento mortuorio, mezclando, segun la espresion de Bossuet, lágrimas con súplicas. Cuando vino el dia, prestó algunos cuidados á su persona, se vistió de luto y fue á despertar con un beso á cada uno de sus hijos, que reunió en seguida para rezar la oracion de la mañana. Ella misma recitó esta plegaria, aunque segun costumbre uno de sus hijos estaba encargado de este deber, y añadió á las oraciones ordinarias el *De profundis* que pronunció con voz conmovida pero clara. En seguida se levantó del reclinatorio sobre el cual se habia arrodillado delante de la Madona de Torcuato Tasso, y confió sus dos hijas á una respetable dueña, que recibió la órden de llevarlas á la pieza mas retirada de la casa á fin de sustraerlas á todas las solemnidades lúgubres que iban á verificarse.

—En cuanto á vosotros, dijo á sus hijos, sois hombres, y es menester que principieis vuestro aprendizage con el dolor y los deberes penosos. Os vestireis de luto, y en seguida id á orar sobre el féretro de vuestro padre hasta el momento en que vengan á buscarle los sacerdotes. Voy á reunirme con vuestras hermanas, y cuando salgais de la iglesia venid á verme.

Al pronunciar estas palabras los besó en la frente, los guió hasta la habitacion mortuoria, lanzó una mirada dolorosa por entre la puerta entornada y se alejó.

Cuando terminó todo el ceremonial y al regresar del cementerio vinieron, segun la costumbre, los numerosos amigos de Ians Rubens á rezar el último *De profundis* en el cuarto donde habia entregado su alma á Dios; los cinco hijos de Rubens fueron á reunirse con su madre que leia un libro devoto á sus hijas, ocupadas en coser sus vestidos de luto. Entonces volvióse á renovar la escena de las lágrimas y de los sollozos, en la cual tomò parte el anciano cura que acompañaba á los niños.

En este intermedio entró la dueña para anunciar que estaba servida la comida, pero no pudo proferir una palabra y prorumpiò tambien en llanto. Entonces María armándose de valor alargó silenciosamente la mano al sacerdote, y sus hijos la imitaron.

Es costumbre en Flandes, y esta costumbre es muy cruel, que en el dia de un entierro la familia del difunto da una comida á sus amigos mas íntimos y á los sacerdotes que han celebrado el servicio fúnebre. Veinte personas, pues, se hallaban reunidas en el salon que precedia al comedor. María las saludó con dignidad dolorosa con la cabeza erguida, como si hubiese querido hacer alarde de su valor y rechazar esa especie de humillacion que resulta siempre de la compasion. A cada uno designó el sitio que debia ocupar, y cuando los convidados se sentaron observóse que maquinalmente y por costumbre, habia quedado vacio un asiento en medio de la mesa, el que estaba destinado al dueño de la casa, y que

poco antes ocupaba Ians Rubens. Al reparar María en el asiento vacante sintió correr una lágrima por su megillas, y mas de un momento transcurrió sin levantar los ojos.

—Maese Felipe Rubens, dijo al fin, sirviéndose para hablar á su hijo del lenguaje respetuoso que usaba para con su marido, maese Felipe Rubens, sois el gefe de la familia y os pertenece este asiento.

Felipe obedeció con silenciosa dignidad la órden de su madre. Dejó el puesto que ocupaba y fue á sentarse en el sillon de nogal, cuyo respaldo alto y cincelado con las armas de la familia se distinguia de los demas asientos, y saludó á los convidados como habia visto hacerlo á su padre. En seguida recitó con voz firme el *Benedicite*, llenó de vino una gran copa de plata, la llevó á sus labios y la entregó á un criado que estaba detrás de él para que la diese á su madre. Esta humedeció igualmente sus labios en el vino, pasó la copa á la persona colocada á su derecha, y el vaso de plata circuló de labio en labio y de mano en mano hasta volver á las de Felipe. Entonces se sentó este, los demas hicieron lo mismo, y el jóven Rubens se puso á hacer platos y los honores de la mesa con tal desembarazo, gracia y delicadeza que encantó á todos los que le vieron. María le contemplaba con enternecimiento, y casi sintió dentro de su corazon un movimiento de alegria, si bien para desaparecer pronto como un fugitivo rayo de sol, que penetra por entre la espesa nube de una tempestad y se estingue apenas ha resplandecido.

Terminada la comida, recitó Felipe Rubens las *Gracias*, saludó á sus convidados, presentó la mano á su madre y la condujo á su habitacion. Ella entonces echándole los brazos al cuello, lo estrechó contra su pecho, y volviéndose á sus demas hijos: Este es, les dijo, vuestro padre desde hoy en adelante.

Los otros cuatros niños se descubrieron la cabeza por un movimiento espontáneo de respeto.

Conforme á los últimos consejos que María habia recibido de su marido, se ocupó con actividad y secundada por su hijo mayor, de los medios de realizar su fortuna y regresar á Amberes. Un año despues de la muerte de Ians Rubens, toda su familia se dirigió á la iglesia de San Pedro y San Pablo para asistir á las honras del aniversario celebradas por el descanso del alma del difunto, y oró sobre su tumba cubierta desde la víspera con una losa de mármol en la que se leia esta inscripcion:

Deo Optimo, Maximo sacrum
Joanni Rubenio,
Clarissimo jurisconsulto qui Italiam
Per septennium, maximamque
Sequanorum partem, ad capiendum
Ingenii cultum, judiciumque confirmandum
Peragravit, sedulo lustravit,
Deinde in Belgium reversus, Antverpiæ
Scandinorum senatus collegio adlectus,
Id munus per annos sex integros
Magna cum laude gessit;
Ac demum civilibus bellis exortis
Quo procul ab eis nimirum, quietis
Amans ageret, patriam cui propter
Administratæ reipublicæ, justiciæque
Merita charus erat, ultro reliquit.
Seque Coloniam Agrippam omni
Cum familia recepit
In eaque 19 annos transegit
Viro itaque antiquæ, nostri temporis
Historiæ cognitione longe præstante,
Universis ab humanitate, morum suavitate,
Beneficentiæque promptitudine
Pergrato,
María Pepylinga uxor
Septem ex eo liberorum mater,
Cum quo annis 26, concordite, sine
Ullâ querella, vixit,
Marito dulcissimo benemerenti
Posuit.
Natus Antverpiæ XIX calend.
Aprilis anno 1530.
Denatus Coloniæ calend. martii
Anno 1587.

Al salir de la iglesia montaron todos en dos coches que los esperaban á la puerta y se pusieron en camino para Amberes.

CAPITULO IV.

Ottovoenius.

Cuando María Rubens entró en Amberes, despues de 20 años de ausencia, halló esta desgraciada ciudad libre al fin de los horrores de la heregía y de la guerra intestina. Largo tiempo rebelde á la autoridad de España, despues de un sitio de doce años, durante el cual tuvo que sufrir los horrores del hambre, se habia visto al fin obligada á rendirse al duque de Parma, que la tenia sitiada, desde cuyo gran acontecimiento habian transcurrido ya dos años, de modo que el comercio principiaba á renacer, la ley á recobrar su vigor y á imperar la justicia.

María que poco antes era una muger tímida, sin conocimiento ni esperiencia de los negocios y que, segun la espresion de la antigüedad pasaba sus dias en su casa hilando lana: *domum mansit lanam fecit;* desde la pérdida de su marido, habia recobrado toda la inteligencia y toda la actividad de que su difunto esposo y digno padre de familia, por tan largo tiempo le habia dado ejemplo. Acompañada de su hijo, fue á reclamar mucha parte de sus bienes, que durante su ausencia y la de maese Ians Rubens habian sido confiscados, tanto por el partido realista como por los

rebeldes, que so pretesto de emigracion no habian hecho escrúpulo de saquear y robar. Gracias á su perseverancia y á la manera firme é inteligente con que supo ella aducir su derecho, obtuvo completa justicia, y su hijo mayor la secundó tan bien que se captó la estimacion de los magistrados, y á pesar de sus pocos años mereció la singular honra de ser nombrado secretario de la municipalidad de Amberes.

Entre tanto Pedro Pablo Rubens habia vuelto á cursar en Amberes sus estudios, y continuaba haciendo progresos tan rápidos que á la edad de trece años hablaba el griego y el latin como su lengua nativa, y no tenia menos facilidad para espresarse en inglés, español, italiano y francés. Como á su mucha hermosura reunia la franqueza y jovialidad de su carácter, se captaba todas las voluntades, y particularmente la de su madrina la condesa de Lalaing que importunaba incesantemente á María para que le diese á su hijo por page, alegando que acabaria de completar en la corte una educacion ya tan bien principiada, que á su lado adquiriria el hábito de los buenos modales, y que de este modo llegaria á conquistarse un puesto importante cerca del Rey de España; segun ella, esta carrera era preferible en mucho á los estudios del derecho para un jóven que prometia llegar á ser tan perfecto y cumplido caballero. Largo tiempo resistió María á tan seductoras ofertas, pero acabó por ceder al fin. Inútil es decir que este dia fue de triunfo y de alegria para la condesa de Lalaing, que se apresuró á llevar su page á Bruselas y lo trató como á sus propios hijos, de quienes pronto fue Pedro Pablo no solo un amigo y hermano, sino un fiel servidor.

Empero de todos los placeres que ofrecia esta existencia de disipacion y de esplendores, uno solo tuvo encantos para el jóven page habituado á la vida severa y laboriosa de la familia. En lugar de pasar sus dias en la ociosidad y en la disipacion, empleó casi todo su tiempo en montar á caballo, en cuyo ejercicio llegó á desplegar pronto tal habilidad que domaba los potros mas cerriles, siendo la admiracion de los escuderos encanecidos en el oficio. Pero cuando volvia al palacio de la condesa, cuando le era forzoso tomar parte en las conversaciones frívolas, ó bien en jugar á los dados, apoderábase el tedio de su corazon.

Despues de un año de ausencia Pedro Pablo volvió á pasar algunos dias al lado de su madre, y á entregarse al estudio y á la sabrosa lectura de los libros de la biblioteca paterna. Su primer cuidado fue buscar el libro regalado por Torcuato Tasso, el de la *Jerusalen libertada*, y no sin admiracion vió que su padre habia conservado cuidadosamente los dibujos hechos por Pedro Pablo en este volúmen. Semejante hallazgo le devolvió la aficion á la pintura, y puso manos á la obra con tal actividad, que sorprendiéndole un dia su madre con la paleta y el pincel en la mano, no pudo menos de manifestarle su satisfaccion.

—Ah madre mia! le dijo, cuanto mejor seria que en vez de obligarme á vivir perezosamente y sin provecho para mi gloria en casa de la condesa de Lalaing, me permitieseis que bajo la direccion de un buen pintor me procurase los medios de asegurar mi futura suerte y mi nombradía!

—Cómo! replicó María, tú, el hijo de un noble, abrigas semejantes pensamientos!

—Madre mia! contestó Pedro, yo creia que hacer obras maestras que esciten la admiracion de todos, valia por lo menos tanto como montar á caballo, jugar á los dados y echar votos y juramentos! que tal y no otra es la vida que paso con los hijos y los criados de la condesa.

—Pues bien, hijo mio, volverás al seno de tu familia, pero no me hables de proyectos que desapruebo.

«A pesar de esta negativa, dice el historiador de Rubens, Miguel, el *licenciado* en derecho, no persistió menos en su resolucion y aprovechó la primera coyuntura favorable que se le presentó para manifestarla nuevamente á su madre, la cual por su parte volvió á declarar su repugnancia á semejante peticion que consideraba impropia de la cuna de su hijo, pretestando sus pocos años para fijarse en una profesion conveniente, y que ademas ella lo habia educado y destinado para la toga ó para un estado mas elevado, y por último que le parecian demasiado equívocos para su rango los triunfos del arte de la pintura, para que pudiese dar su consentimiento.»

Sin embargo de esta negativa absoluta, arrastrado el jóven Rubens por su pasion á la pintura, hizo nuevas tentativas para convencer á su madre, reiterando hasta con importunidad sus ruegos y sus instancias, pues segun decia, no sabia que hubiese un estado mas noble que el de pintor, ni vida mas libre y exenta de cuidados y peligros.

Antes de ceder y aceptar María tan grave resolucion, determinó consultar á sus parientes y tutores de su hijo, pero estos juzgaron conveniente el partido que queria seguir su pupilo, quien viendo al fin colmados sus deseos entró como discípulo en casa de Adam Van-Noordt, célebre retratista establecido en Amberes.

Dia de gozo y contento fue para Rubens aquel en que su tutor le tomó del brazo y lo acompañó á casa del artista. Era este un hombre brusco, áspero de carácter, que de simple carpintero, habia llegado á ser un pintor célebre; pero que de su antiguo oficio conservaba aun las maneras brutales y un modo de hablar no menos grosero, al punto de que sus discípulos tenian que aprender á costa de los

mas penosos tratamientos; y á no ser por su demasiada aficion á la pintura, pronto hubieran abandonado á un profesor tan intratable. Pedro Pablo imitó su resignacion, y se consagró al estudio con un fervor y una capacidad que no por eso desarmaron á Adam Van-Noordt. Consolábase Rubens de estos pesares con Enrique Van-Baelen, Sebastian Francos y Jacobo Jordaens, quienes mas tarde adquirieron una gran celebridad, y se esforzaban como él por alcanzar el talento necesario á su fortuna y nombradia.

Diez y ocho meses pasaron durante los cuales no se desmintió un solo momento la paciencia de Pedro Pablo, á pesar de las difíciles pruebas á que le sometia la áspera condicion de Van-Noordt. Pero un dia entró este tan colérico en su casa, de resultas de un esceso de bebida á que de ordinario se entregaba, que insultó é injurió á sus discípulos de una manera que hubiera avergonzado al último cargador del muelle de Amberes; llevando la inícua bajeza hasta abofetear al jóven Jordaens, cuya constitucion débil y enfermiza hubiera debido ser bastante para ponerle al abrigo de este infame tratamiento. Rubens y sus compañeros separaron y libraron al jóven Jordaens de los golpes del malvado, y resolvieron abandonar al punto aquella maldita casa. Volvióse, pues, cada uno á la de sus padres, y María, que á la sazon se hallaba rodeada de algunos amigos, aprovechó esta ocasion para amonestarle sobre el poco brillo del estado de pintor, concluyendo siempre que era mejor abandonar los pinceles y volver á emprender los estudios del derecho. Al oir semejante discurso un caballero que se hallaba de visita y que habia sido presentado en casa de la viuda de Rubens por un regidor de la ciudad, no pudo menos de sonreirse, y le replicó que no todos los pintores obraban como el maestro Van-Noordt, pues él conocia algunos que merecian la estimacion de todos como cristianos y como caballeros. Durante esta plática llegó el príncipe de Chimay, corrió hácia el que de esta suerte hablaba y lo trató de la manera mas honorífica, dirigiéndole reconvenciones amistosas porque al llegar á Amberes, no habia ido á hospedarse en su palacio, siendo asi que se consideraba dichoso con ser el mejor amigo de un hombre de tan gran nombradía.

—Ya lo veis, dijo sonriendo el estrangero, no todos los pintores son malos y groseros, pues yo puedo confesaros que la pintura es mi profesion, y si me llamo Octavio Van Veen, bajo cuyo nombre me ha presentado en vuestra casa el señor regidor, firmo mis cuadros con el nombre latinizado: Ottovoenius.

—Y esos cuadros que os pagan á precio de oro, interrumpiò el príncipe de Chimay, os han valido no solamente la estimacion y amistad de todas las personas honradas, sino muy principalmente de SS. AA. los archiduques Cárlos y Alberto, y de Monseñor el duque Parma.

Rubens, con los ojos llenos de lágrimas, se arrodilló delante de Ottovoenius, tomó respetuosamente una de sus manos y la llevò á sus labios:

—Permitid, dijo, que me prosterne delante del que tanto espleudor ha dado á la escuela flamenca! del grande artista que el mismo Van-Noordt nos señalaba como uno de los mas grandes genios del siglo!

—Amigo mio, no merezco esos elogios exagerados; pero si no estoy destinado como Moises á penetrar en la tierra de Canaan, mi mision á lo menos es mostrarla á los bienaventurados israelitas que deben habitarla.

—Madre mia, Monseñor, señor regidor, os suplico encarecidamente que intercedais para que el maestro Ottovoenius se sirva admitirme entre sus discípulos, esclamò fervorosamente Rubens. Señor, no me levantaré hasta que me otorgueis esta gracia.

—Hijo mio, contestò el pintor, si realmente os ha dado Dios la vocacion del arte divino de la pintura, no vacilaré en llevaros conmigo á Bruselas é instalaros á mi lado en el gabinete de estudio que los magistrados de la ciudad me han dado en su palacio; pues el encanto de vuestra persona me ha cautivado ya el corazon; pero si solamente os inclinais al arte por un sentimiento mal fundado de orgullo, me atreveria á aconsejaros que abandoneis un camino en que mas valdria no haber puesto jamás los pies, si no habeis de marchar el primero á la cabeza de todos los demas. Mostradme algunos de los estudios que habeis hecho bajo la direccion del maestro Adan Van-Noordt.

—Yo puedo enseñaros en la sala inmediata, dijo María, un cuadro que me regaló la semana pasada, hecho por él espresamente para festejar el aniversario de mi nacimiento.

Hablando asi llevò á Ottovoenius á la pieza contigua, mientras que Rubens los seguia con el corazon palpitante y en una ansiedad imposible de describir.

Al ver el cuadro el maestro Ottovoenius lanzò un grito de sorpresa y de admiracion, volviòse hácia Rubens y abrazándolo con entusiasmo, le dijo:

—Vos sereis el mas grande pintor de Flandes y hasta del mundo entero, si dejais al tiempo y al trabajo el cuidado de madurar el admirable genio de que os ha dotado el Ser Supremo. Venid á Bruselas conmigo, Pedro Pablo; no solamente os concedo que seais mi discípulo, sino que os lo pido y suplico. Mas que discípulo sereis mi amigo y hermano. Gracias os doy, Dios mio! porque me habeis reservado el honor de dirigir por la senda de la celebridad y conducir á una gloria inmortal al que debe colocarse entre Miguel Angel Buonarotti

y Rafael Sainzio! Gracias, Dios mio! porque en adelante me consolaré de no dejar á la posteridad solo un nombre de artista secundario, puesto que ya no lo pronunciará sin agregar el feliz título de *maestro de Rubens!* Venid, amigo mio! partamos ahora mismo para instalarnos juntos en nuestra casa de Bruselas.

Fácilmente puede congeturarse cual seria el contento de Pedro y la felicidad de su madre que oía predecir semejante destino para su hijo. Al dia siguiente marcharon Pedro Pablo y Ottovoenius para Bruselas, donde haciendo éste completa abnegacion de su propia gloria no se aplicó mas que en formar á su discípulo, en revelarle los secretos del arte y en dar una prudente direccion á la fogosidad de su genio. No se separaba de él un solo instante, lo llevaba consigo á todas partes, velaba sobre sus costumbres con el interés de una madre, é hizo de él no solo un gran pintor, sino tambien un caballero perfecto. Asi transcurrieron dos años, al cabo de los cuales Ottovoenius se volvió tétrico y pensativo; muchas veces lo sorprendia Rubens derramando lágrimas, y le reconvenia tiernamente por no confiar sns pesares á su hijo adoptivo.

—Amigo mio, le respondiò un dia el pintor, el pesar que esperimento es la necesidad que tengo de separarme de tí!

—Separarnos? Qué he hecho yo para merecer semejante castigo? preguntó Rubens traspasado de dolor.

—Nada de que no pueda envanecerme y considerarme feliz; pero es menester que pases á Italia para estudiar á los grandes maestros y perfeccionarte en tu arte copiando sus obras maestras sublimes. Confiésote que me falta el valor al pensar en tan cruel separacion... Sin embargo, añadiò, tu gloria exige este sacrificio, y debo someterme á él. Iremos á Amberes y pediré á tu madre permiso para que hagas este viage.

En efecto, al dia siguiente, María viò llegar á su casa á Ottovoenius y á su discípulo, y aquel le comunicó los designios que tenia de hacer viajar á Rubens, y la respetable señora no quiso decidir tan grave resolucion sin haber oido el parecer de su familia. Al efecto reunió en su casa á los parientes mas dignos de su confianza, y les manifestò lo que Ottovoenius pretendia para Pedro Pablo, añadiendo que se conformaba en un todo á la decision que tomasen por el interés de su hijo y en honor de su familia.

En efecto, una deliberacion en debida forma escrita en flamenco y que posee el autor de estas notas, declara: «Que los parientes y tutores de Petrus-Paulus Rubens, satisfechos de la honradez, capacidad y buena conducta de éste, no tienen dificultad en acceder al viage que piensa hacer á Italia, á fin de perfeccionarse en su arte, á ejemplo de su digno maestro Octavius Van-Veen.»

Una vez tomada esta resolucion de familia, Ottovoenius no se ocupò ya sino de proporcionar á su querido discípulo los medios de ejecutar su viage con todas las comodidades posibles. No solamente diò á Rubens cartas de recomendacion para los muchos amigos que tenia en Italia, sino que tambien pidiò para él una audiencia á SS. AA. los archiduques Alberto é Isabel.

No eran ya un misterio las brillantes predicciones de Ottovoenius sobre el porvenir artístico de Rubens; hablábase de ellas en todo Flandes, y aunque Rubens, segun los consejos de su maestro, no manifestaba sino á muy pocas personas sus obras de pinturas, no por eso se le consideraba ya en la còrte menos dotado de grandes talentos, digno de nombradia y destinado á iluminar á su pais. Asi es que el príncipe y su augusta esposa acogieron á Pedro Pablo con el mas vivo interés, el cual aumentò de punto cuando confirmò con su presencia la aventajada opinion que de él tenian formada. Rubens acababa de cumplir sus diez y siete años; pero el desarrollo de su talle y el conjunto de su fisonomia le hacian aparecer de mas edad, y sin quitarle nada de la gracia de la adolescencia, daban á su persona cierta espresion de gravedad que le cuadraba maravillosamente. Conducido por su maestro Ottovoenius se adelantò con el mas gentil desembarazo hácia la archiduquesa, hincó una rodilla en tierra y se inclinò delante de ella con tal respeto y gracia, que le hubieran envidiado los cortesanos mas afamados por la elegancia de sus maneras. Isabel lo recibió con amable sonrisa y dándole á besar su mano, favor que solo otorgaba á los mas ilustres señores de Flandes, le dijo:

—Por santa Gúdula! messire Rubens; fuerte reconvencion merece maese Ottovoenius por no haber traido á nuestra corte sino hasta la víspera de su marcha para Italia, á tan apuesto y cumplido caballero como demostrais ser.

Rubens contestò modestamente, pero con cortedad, algunas palabras que revelaban desde luego su talento.

—Monseñor, dijo entonces la princesa tomando por la mano al jòven y conduciéndole al archiduque, os presentamos á messire Rubens, al discípulo favorito de nuestro pintor Ottovoenius, suplicándoos que le dispenseis vuestra proteccion y benevolencia.

—Messire Rubens, añadiò el arquiduque, he dado òrden á mi canciller para que os entregue algunas cartas de recomendacion, tales como las mereceis, para los príncipes de Italia con quienes me hallo en relaciones de íntima amistad. Partid, pues, ya que vuestra vocacion os llama, y continuad en Italia vuestros estudios de pintura. Pero cuando háyais dado á vuestro talento la madurez necesaria, volved á nuestra corte, donde no dejareis de



RUBENS PRESENTADO A LA ARCHIDUQUESA.

hallar, asi como maese Ottovoenius, proteccion, ayuda y amistad

—Monseñor, dijo Rubens, solo siendo un malvado destituido de todo sentimiento noble podria no justificar una parte de vuestras bondades. No dudeis que su recuerdo me hará mas perseverante, y que siempre las tendré presentes como un estímulo para el trabajo.

El príncipe se quitò del cuello una larga cadena de oro y la pasó al de Rubens.

—Tomad, dijo, no la perdais, para que en medio de las seductoras ofertas que indudablemente os hará la Italia para reteneros, os recuerde sin cesar que nos perteneceis y que os aguardamos. Segun nos acaba de decir Ottovoenius parece que marchais dentro de tres dias; en este supuesto, madama la archiduquesa y yo queremos que os quedeis hoy en nuestra compañía; mañana ireis á abrazar á vuestra madre y pasado mañana pertenecereis á vuestro maestro.

—A mi padre, replicò Rubens profundamente conmovido, pues le debo lo que sé, y el inefable honor de la acogida conque os dignais honrarme.

A estas palabras dichas con entusiasmo, la archiduquesa no pudo menos de enternecerse; un murmullo de aprobacion resonò enmedio de la asamblea, y todos aplaudieron, cuando adelantándose la princesa hácia Rubens, le dijo:

—Puesto que Monseñor el archiduque os ha otorgado una muestra de su afecto, queremos imitar tan buen ejemplo; tomad esta sortija en memoria de vuestra soberana.

—Oh! señora, esclamò Rubens que esta vez no pudo contener sus lágrimas, oh! señora! quereis que muera de alegria!

—No seguramente; queremos que vivais luengos años, y que sea inmortal vuestro nombre.

Con tantos y tan señalados favores honrado, partiò Rubens al siguiente dia para Amberes, donde su madre noticiosa de su llegada, le esperaba y corriò á arrojarse en sus brazos apenas puso el pie en el umbral de la casa, y sus hermanos y hermanas acudieron tambien presurosos á juntar sus abrazos á las caricias de su madre; en seguida, luego que manifestò los favores que habia merecido á sus soberanos, celebròse un banquete de familia en que reinò la mas cordial alegria, aunque turbada con la triste idea de una pròxima separacion. En efecto, en la tarde de aquel mismo dia Pedro Pablo pidiò de rodillas á su madre su bendicion, y levantándose esta con cierta gravedad solemne, dijo:

—Dios mio! haced que vuestros ángeles velen incesantemente sobre mi hijo y lo libren de toda enfermedad y de todo peligro; pero haced sobre todo que el demonio no pueda ejercer sobre su alma su dominio, y que permanezca pura delante de vuestros ojos. Muera antes que incurrir en pecado mortal, porque mas facilmente me consolaria de su pérdida que de su caida. Un presentimiento doloroso me oprime

el corazon en este momento supremo, y me dice que Pedro Pablo oye por última vez mi voz en este mundo, y que ya no nos volveremos á ver sino en el cielo. Señor, cúmplase vuestra santísima voluntad, pero ya que nos separais en la tierra, reunidnos un dia en vuestra eterna morada.

Y alargando la desolada madre sus brazos á su hijo, que se precipitò en ellos, una y otro confundieron largo rato sus lágrimas y sollozos, hasta que cediendo por un instante María á tan terribles emociones, levantó la cabeza y descolgó de la pared la madona de plata que le habia regalado Torcuato Tasso.

—Hijo mio! dijo, ya en otro tiempo alcanzaron mis ruegos de la divina Madre de Dios tu salud, cuando todos te creiamos muerto. Te la entrego, para que jamás te separes de ella, en reconocimiento de este milagro y como una memoria del amor entrañable de tu madre. Muchas veces te he contado la historia del ilustre poeta á quien la debemos. No seas ingrato con él, ni olvides que tu padre le debiò la vida.

Al oir el ruido del coche y de los caballos, que anunciaba la hora terrible de la partida, faltò de todo punto el valor á la inconsolable madre que pálida y trémula, no tuvo fuerzas sino para dar el último abrazo á su hijo, y cayò sin conocimiento. Cuando vuelta en sí abrió los ojos, vióse rodeada de sus otros seis hijos, que se esforzaban por consolarla.

Mientras volvia de su desmayo, Pedro Pablo enjugaba sus lágrimas y seguia el camino de Bruselas. Al descender del carruage halló á Ottovoenius que le aguardaba, y que no se separó de él hasta el momento de partir, que fue al amanecer del siguiente dia.

En el momento en que los caballos arrancaban al galope, Ottovoenius echó sobre las rodillas de su discípulo una cartera. Al abrirla Rubens vió que contenia varias letras giradas contra los principales banqueros de la Italia, importantes una suma considerable de dinero, y ademas la carta siguiente:

«Hijo mio, ahí tienes el fruto de mis economías privadas, yo te las presto, porque es menester que sepas que no vas á Italia á adquirir riquezas, sino talento: la fortuna y la gloria te esperarán aquí á tu regreso.»

—Dios mio! esclamó Rubens; con tales pruebas de ternura y con tan nobles testimonios de interes, cémo no he de hacerme digno de la estimacion del que voluntariamente se ha constituido en mi segundo padre! Cómo es posible que no llegue á ser un gran pintor!

CAPITULO V.

Miguel de Montaigne.

Despues de las vicisitudes inherentes á los viages, en una época en que estos se hacian sin ninguna clase de comodidad, Pedro Pablo desembarcó en Venecia, donde su primer cuidado fue buscar una casa cómoda, y en la cual habia una vasta sala que transformó en obrador; empero antes de tomar sus pinceles y su paleta, consagró la primera semana de su estancia en la ciudad, en estudiar las obras maestras del Ticiano, de Pablo Verones, y de los demas grandes pintores de que abundan las galerías y los palacios de la nobleza veneciana. Al ver tantos cuadros admirables se sintió inspirado y lleno de entusiasmo, se encerró en su sala de estudio, á fin de copiar de memoria el estilo de cada uno de los artistas célebres cuyas obras acababa de admirar. Todas las mañanas al rayar el dia iba á misa, y se volvia en seguida para sentarse delante de su caballete, que no abandonaba hasta el anochecer para dar un paseo en góndola.

Una mañana que trabajaba con aplicacion en delinear un asunto tomado de la *Eneida*, y que inflamaba su imaginacion recitando en voz alta los versos de Virgilio, oyó girar suavemente sobre sus goznes la puerta entornada de su habitacion y vió, no sin sorpresa, dos ojos negros y vivos que le miraban. Se levantó, se dirigió á la puerta y halló á una persona desconocida como de cincuenta años de edad, y cuyos vestidos anunciaban un caballero de alto rango. Cuando este se quitó para saludarle su gorra de terciopelo negro, coronada de una cadena de oro, dejó ver un cráneo completamente calvo que cuadraba admirablemente á su fisonomía noble y distinguida.

—Perdonadme, señor, le dijo el desconocido avanzando hácia Rubens, perdonadme la indiscrecion que cometo; pero os he oido recitar versos de Virgilio con tanto entusiasmo que no he podido resistir á la tentacion de venir á escucharos desde mas cerca. Si admitís mis escusas, no me quedará ya mas que felicitarme de mi indiscrecion, añadió colocándose delante del cuadro que trazaba Rubens, puesto que me habrá proporcionado el honor de saludar á un caballero tan cumplido como vos y de admirar una obra tan notable como este boceto.

Y púsose á analizar el cuadro de Rubens á guisa de juez tan esperto, que el jóven flamenco quedó tan sorprendido como encantado.

—Señor, añadió cuando acabó de examinar la pintura y hablando la lengua italiana de que se habia servido al entrar, en qué ciudad de Italia habeis nacido? porque no conozco en vuestra manera de espresaros ni el acento de Mántua, ni el acento romano, ni la pronunciacion veneciana.

—No soy italiano, respondió Rubens en español.

—Ah! comprendo: sois uno de los discípu-

los de esa gran escuela española, tan justamente envanecida con el sublime Murillo, el gran Zurbaran y el divino Morales.

—No soy español, interrumpiò Petrus Paulus, que esta vez hablò en francés.

—Segun eso sois un compatriota?

—No, señor, soy flamenco, replicò Rubens hablando, al fin su lengua natal.

—Cáspita! esclamò Montaigne asombrado, y espresándose en lengua latina, bien se conoce que habeis recibido una educacion esmerada y cumplida.

—Debo este beneficio á la ternura de mi madre, dijo Rubens en griego.

Montaigne no pudo contener su emocion y echándole los brazos el cuello, lo estrechò contra su corazon.

—Pardiez! ya he hallado á mi maestro. Pareceis todavia adolescente, y sin embargo hablais seis lenguas, y pintais como nadie sabe pintar en nuestros tiempos! A qué destino de gloria estais reservado, niño singular y sublime! Qué haceis en Venecia? Esta ciudad es ingrata para las artes y no os dará ni riquezas, ni honores. Mañana parto para Mántua, donde el duque Vicente de Gonzaga me honra con su amistad. Dejad, pues, á Venecia; acompañadme; haremos el viage juntos de una manera agradable, y en el palacio del príncipe hallareis una admirable galeria de cuadros, donde podreis estudiar á vuestra satisfaccion á Rafael Sainzio, Miguel Angel, el Ticiano, el Tintorello &c., y llegareis á ser, si ya no sois, el émulo y rival de todos estos grandes maestros.

—El archiduque Alberto me ha dado cartas de recomendacion para el duque de Mántua.

—Pues bien, se las entregaremos juntos, porque Miguel de Montaigne no quiere separarse de vos, ya que ha tenido la dicha de trataros.

—Miguel de Montaigne, decís? replicò Rubens, el autor de los *Ensayos!* Por san Pedro y san Pablo, mis patronos! voy á disponer mi maleta y á partir con vos, porque *seria temeraria locura decir no á la fortuna, cuando me sonrie y me tiende su mano amiga* (*).

—Partamos, pues, repitiò Montaigne, encantado con esta cita de su libro hecha con tanta oportunidad; partamos y no volvamos á separarnos. Me siento dispuesto á amaros como á ese pobre La Boetie, «esa otra mitad de mi mismo, tan dulce y tan fecunda para mi felicidad y mi entendimiento.»

Segun habian resuelto la víspera, Montaigne y Rubens partieron en efecto el dia siguiente para Mántua. Este último, como cumplia á su edad y á su fortuna, viajaba con un solo criado, mientras que Montaigne era seguido de un tren suntuoso y de muchos criados. No solamente le acompañaba siempre un secretario para escribir los pensamientos y las sentencias que se le ocurrian á su gefe, sino tambien un pintor encargado de dibujar los monumentos y los paisages dignos de atencion que encontraban en el camino. Segun la costumbre de la época, Miguel de Montaigne viajaba á caballo, pero le seguia una buena y cómoda litera, y cuando se sentia fatigado, echaba pie á tierra sin ceremonia y se acostaba con toda la comodidad que apetecia en su carruage, dejando al impetuoso Rubens la gloria de no dejar jamás la silla, ni las espuelas.

—En vuestra edad, decia, yo hubiera hecho otro tanto; pero en la mia, no es afrenta confesarse vencido por la fatiga, y descansar y dormir cuando el capricho ó la necesidad nos acometen.

Y en efecto, él se mimaba y regalaba como un sibarita con las caricias del bienestar y con las deliciosas voluptuosidades del cuerpo.

El dia mismo de su llegada á Mántua, Miguel de Montaigne quiso conducir á la còrte del duque al jóven pintor, que despues de haberse engalanado con un rico vestido que realzaba su buena figura, siguiò á su compañero á quien el príncipe Vicente de Gonzaga recibiò con los brazos abiertos y como á un antiguo y querido amigo.

—Cuánto tiempo hace, señor de Montaigne, que no tengo el gusto de abrazaros! bendigo á Dios porque hoy me concede tan alegre y buena sorpresa.

—Monseñor, replicó Montaigne, he venido espresamente de Francia para tener este honor y esta alegria; pero la acogida que recibo de V. A. sobrepuja mis esperanzas. Asi que, quieros mostraros mi agradecimiento por medio de un don que os agradará cuando háyais podido apreciar su mérito; tengo, pues, la satisfaccion de presentaros á este jóven pintor flamenco, el maestro Pietro Paolo Rubens, destinado á ser un dia uno de los mas célebres artistas del mundo, y para el cual me atrevo á pedir á V. A. el título de pintor de cámara.

—Lejos de rehusaros, señor de Montaigne, lo que me pedís, debo agradaros la ocasion que me presentais de conocer á tan buen pintor, y desde hoy el maestro Rubens será mi pintor predilecto.

—Y yo pido que se ponga á trabajar ahora mismo. Mandad que le traigan pinceles, un lienzo y un caballete.

El príncipe hizo señas de que obedeciesen á Montaigne, y Rubens sin falsa vergüenza, pero con modestia, bosquejó en dos horas un magnífico retrato del príncipe Vicente de Gonzaga. Montaigne, con esa encantadora puerilidad que tanta gracia daba á su talento y á sus modales, iba y venia detras del pintor,

(*) Ensayos de Montaigne I. XIV

vigilando para que nadie pudiese ver la pintura comenzada, y aun impidiò hasta dos veces al duque que mirase en qué punto se hallaba la obra de Rubens. Cuando ésta se encontrò en buen estado, cuando la cabeza principió á adquirir una gran semejanza, á pesar de la precipitacion con que Rubens la ejecutaba, se levantó el príncipe, detuvo el brazo del pintor y permitió á los curiosos, que se acercasen tambien para mirar... Un grito de admiracion se escapó de los labios del duque de Mántua; en seguida se puso á contemplar largo rato y guardando el mas profundo silencio tan magnífica obra, hasta que tomando al fin el brazo de Rubens:

—Jóven, le dijo, no abandonareis la Italia! Quiero que vuestra gloria le pertenezca para siempre. Fijad vuestra residencia en este pais, y no os separeis jamás de mi lado. Si no sois gentil-hombre, yo os concedo el título; y si quereis riquezas, yo os colmaré de ellas. Habitareis mi palacio, mi mesa será la vuestra, y os amaré como amo á Miguel de Montaigne.

Todos los cortesanos aplaudieron, y Miguel de Montaigne mas que todos; Rubens enjugó una lágrima que corria por su megilla, lágrima de felicidad, lágrima de alegria, lágrima de entusiasmo y de gloria!

—Monseñor, respondió, tantas felicidades juntas me enagenan de gozo y me colman de honor! Pero estas cartas de Monseñor el duque Alberto os manifestarán que le pertenezco, que de su órden he venido á Italia, y que debo volver al lado de mi bienhechor apenas termine mis estudios.

—Escribiré al duque Alberto, le suplicaré que como una prueba de amistad me conceda el permiso para que fijeis vuestra residencia en Mántua, y adquirais carta de naturaleza en Italia.

—Monseñor, no sé cómo pagaros tantas mercedes pero no puedo aceptarlas... porque no podria renunciar, la esperanza de volver al lado de mi madre.

—Haremos que venga á Mántua.

—Y mi patria, Monseñor, la hareis venir tambien á Mántua? Mi querida y noble Flandes! La casa de Colonia donde he abierto los ojos y en la cual murió mi padre bendiciéndome! La iglesia donde reposan sus huesos! todo vendrá á reunirse conmigo aqui? No, Monseñor, dejadme en libertad de volver un dia á mi cara y hermosa Flandes. Si me están reservados algun talento y alguna nombradia, no debo por estos dones un tributo á mi patria y á mi príncipe? Vivir y morir lejos de mi Flandes, seria una existencia fatal é insoportable!

—Tiene razon, dijo Montaigne conmovido; la patria es el amor de las almas grandes.

—Pues bien, replicó el duque de Mántua suspirando, cedo aunque con pesar; pero os prevengo que no recobrareis vuestra libertad sino dentro de un año y despues que hayais llenado mi galeria con vuestras obras.

Rubens hincó una rodilla en tierra y besó respetuosamente la mano que le presentaba el duque. Este lo levantó, se asió del brazo del jòven pintor y atrayendo á Montaigne hácia ellos, esclamó:

—Dichosos los príncipes que cuentan semejantes hombres entre sus súbditos!

—Dichosos los súbditos que tienen tales príncipes como vos!, replicó Montaigne.

Presentado bajo semejantes auspicios en la córte de Mántua, facilmente se comprende que el crédito de Rubens no haria mas que tomar mayor incremento, principalmente desde que se hicieron públicas su irreprensible conducta y su decidida aficion al trabajo, pues en lugar de lanzarse con ardor en medio de las brillantes fiestas que Vicente de Gonzaga prodigaba en su córte; en lugar de trocar la vida laboriosa y severa que habia pasado en Flandes por otra de disipacion y de placer, no salia de su obrador sino para ir á estudiar las bellas obras de los grandes maestros de la Italia, y á pesar de las invitaciones que recibia de todas partes, no admitia en su casa á nadie mas que á Montaigne quien pasaba la mayor parte del dia al lado del artista. Mientras este pintaba, le leia algunos trozos de los autores de la antigüedad, ó bien se entregaba con él á conversaciones amenas é instructivas y á esas disertaciones finas y profundas cuyo secreto él solo poseia. Tan pronto le hablaba de sus viages y de las curiosidades que habia visto en ellos, como le contaba las aventuras de su juventud, y la buena y sólida educacion que debia á la ternura y á la inteligencia de su padre.

—Yo he nacido en el Perigord, le decia, en el castillo de Montaigne, en una hermosa y serena noche de invierno del 28 de Febrero de 1533. Mi padre, oriundo de Inglaterra, tiene por nombre de familia el de Ryghem, y por armas un escudo azul sembrado de treboladas de oro, con un leon rapante en campo gules. Este padre, honrado y fiel escudero que habia servido en las guerras ultramontanas no quiso que me educase en las frivolidades de las mugeres y en las bajezas de los lacayos, y me dió por padrinos á un honrado matrimonio que vivia de la labranza, á fin de que me criase con toda la libertad y holgura que los demas niños de la aldea. Asi es que desde la edad de tres años se me veia tostado por el sol y con un pedazo de pan negro en la mano, recorrer los prados y los montes sin temer á los perros ni á los lobos. Trepaba por las rocas para coger nidos de pájaros; no aguantaba á ninguno de mis compañeros ni una chanza pesada, ni un pescozon, pareciendo, segun mi estatura, mi fuerza y mi comprension, que tenia tres años mas. El único refi-

namiento que quiso dar mi padre á mi educacion de campesino, consistia en la precaucion que habia tomado de colocar á mi lado un hombre pobre, pero profundo en el griego y el latin, y que nacido ademas en Alemania, me adiestraba sin cesar indiferentemente en estos tres idiomas, pues no sabia él una palabra del francés. Sin embargo, el latin se llevaba la preferencia sobre los otros dos, por la aficion que mi padre tenia á Tácito y Virgilio. Hasta mi misma madre siempre que venia á verme, no me hablaba sino por medio de palabras latinas, que tartamudeaba mas bien que pronunciaba, pues tal habia sido el encargo que habia recibido de su marido. En fin, cuando á la edad de seis años volví al castillo, no sin llorar y echar de menos mi vida campesina, todos los criados recibieron la órden ó de callar delante de mí ó de aprender las palabras latinas necesarias para hablarme. Latinizamos tanto, que nuestro idioma se pegó hasta las aldeas, quedando como proverbios muchas voces latinas que todavía subsisten.

En cuanto al aleman, al italiano y al griego, los estudiaba por arte, pero bajo la forma de debates y ejercicios, y nos acostumbramos á declinar á la manera de los que por medio del juego del ajedrez ú otros parecidos aprenden la aritmética y la geometria; de esta suerte me aficionaba á la ciencia por mi propio deseo y sin forzar mi voluntad. Era tal el esmero con que mi padre dirijia mi educacion, que para no turbar mi cerebro todavia tierno arrancándolo con violencia del sueño profundo, ordinario en los niños, me despertaba no de pronto y bruscamente, sino con la música agradable y recreativa de un bandolin que principiaba á tocar muy suavemente ,y por grados iba aumentando el sonido hasta producir uno mas fuerte y agudo. Por lo demas,



SUEÑO DE MONTAIGNE, NIÑO.

mis alimentos en el castillo continuaban siendo los mismos que en el campo; no comia sino pan de centeno, carnes asadas pero sin condimento ninguno, y jamas humedecí mis labios en un vaso de vino. Las golosinas de dulce me estaban absolutamente prohibidas, de lo que poco ó nada me curaba, porque preferia un buen pedazo de queso y un vaso de agua limpida y fresca.

Entre tanto mis maestros no tenian ya nada que poder enseñarme, y habian vaciado para mi el fondo de su saco. Entonces resolvió mi padre, aunque á pesar suyo, continuar en lo sucesivo mi educacion conforme á la regla comun y á la vida ordinaria, y me envió, cuando cumplí siete años, á un colegio de Burdeos, donde fue grande la sorpresa y general el asombro cuando vieron á un niño de tan tierna edad entrar de rondon en las primeras clases y distinguirse en ellas por su saber y su aplicacion al trabajo. Pronto me capté el afecto de mis maestros, entre los cuales se contaban los mas célebres sábios de la época y del pais: Nicolás Grouchy, Guillermo Guerente, Buchunan y Muret. Cuando en el colegio representábamos tragedias latinas, me encargaban siempre los principales papeles, y á decir verdad, me agradaba mucho esta clase de distracciones que me eran mas provechosas que todas esas pedanterias escolásticas

que me enseñaban solamente las derivaciones nominales de la virtud. Asi es que me desquitaba grandemente de esta aridez leyendo á hurtadillas las *Metamorfosis* y el *Arte de Amar* de Ovidio, que debo confesar apenas entendia, y que no tenia para mí otro atractivo que el de la prohibicion. En este estado salí del colegio, y mi padre me hizo viajar por Italia, donde conocí al duque de Mántua, que entonces no era mas que un simple caballero como yo, jóven, atrevido, y que se llamaba lisa y llanamente Vicente de Gonzaga. Pronto contrajimos una estrecha amistad, y ya veis que nada han podido el tiempo y las grandezas contra aquella ternura de nuestra adolescencia.

—Vuestra educacion, dijo Rubens, me recuerda la solicitud é inteligente prevision de mi padre, que me ha hecho aprender de la misma manera que el vuestro las leguas latina, española, griega y francesa.

—A mi regreso de Italia por los años de 1554, fuí honrado con el cargo de consejero, cuyas funciones desempeñé hasta la muerte de mi hermano mayor, en que, cansado ya del enojoso oficio de juez, dejé la toga, no sin haber conseguido durante el tiempo que ejercí este cargo, que en toda la provincia de Gascuña se usase de la lengua francesa y no del latin para la redaccion de los actos judiciales, porque bueno era que la justicia, de suyo ya tan embrollada, hablase por lo menos la lengua vulgar. Hubiérame holgado de hacer otras mejoras, pero la rutina judicial es cien veces mas tenaz enfermedad, y esto mas que nada me obligó á renunciar el oficio. Una vez libre y dueño de mi fortuna y de mi tiempo, pasé á Paris, donde el Rey Enrique II me mostró la mas cordial benevolencia, y como prueba de su afecto me concedió el cordon de san Miguel; pero lo que estimé mas que esta distincion, que despues ha llegado á ser casi despreciable por lo mucho que se ha generalizado, fue las relaciones que contraje con los Sres. Pasquier, Pibrac, Pablo de Foix, y Miguel del Hospital, con quienes trabé íntima amistad, sin contar á mi noble y generoso Estevan de la Beotie. Antes de conocernos nos estimábamos Esteban y yo, y desde que nos conocimos, nos amamos. La Beotie en su juventud habia compuesto un tratado de la *Servidumbre voluntaria*; yo habia leido este libro, y reconociendo en él sentimientos análogos á los mios y que anunciaban un alma modelada por el patron de los héroes antiguos, habia deseado siempre ver á este amigo desconocido. Le escribí, me contestó, y siete años despues nos encontramos en una sociedad, y desde entonces nos hicimos amigos inseparables; todo fue ya comun entre nosotros, y si hubiera tenido que esplicar esta ternura y sus causas, me hubiera visto muy apurado para hacerlo. Mas ¡ay! nueve años despues, vino la muerte á romper este hermoso vínculo, y ahora no hay dicha que no me parezca amarga, porque como todo lo partíamos á medias, se me figura que le robo su parte.

Montaigne enjugó furtivamente una lágrima, y tratando de reprimir su emocion, se puso á hablar de esta suerte:

—Madama Margarita de Francia me honró con su estimacion y confianza, asi como madama Juana de Foix, y ambas me hicieron contraer un matrimonio bueno y ventajoso con una muger juiciosa y dotada de raras virtudes, de quien no he recibido sino motivos de elogio y gratitud desde el dia de mis bodas hasta este momento. La muerte me arrebató en la flor de su edad una hija que amaba entrañablemente, y por muchos años sentí un vacío inmenso en mi corazon; pero el tiempo mitiga, si no cura, todos los dolores, y yo concluí por pensar en mi desgracia con melancolia, pero sin desesperacion. Otro golpe mas rudo y mas funesto todavia, si es posible, me reservaba el destino. Pocos años despues perdí á mi padre. ¡Oh! bien sabeis, Rubens, que la muerte de un padre es una desgracia espantosa que no puede compararse con ninguna otra. Por espacio de mas de un año entero no pude resolverme á abandonar la casa mortuoria y volver á la córte, por que no me sentia con fuerzas para separarme de los lugares, de los muebles y de los libros que me recordaban á este padre idolatrado, y tenia por gran consuelo llevar su misma capa cuando montaba á caballo.

Regresé al fin á Paris en ocasion en que ocurrieron las escenas sangrientas del dia de san Bartolomé, escenas, que, os confieso, me curaron de la córte y de Paris. Desde entonces vivo aislado, ageno á los partidos y adicto al Rey con un afecto legítimo, sin que me mueva á ello el orgullo, ni ningun interés privado. Vuelto á mi castillo, me dió el capricho de escribir algunos pensamientos, segun se me ocurrian, y que debia á los estudios de mi juventud y á la experiencia de mi vida. Entonces escribí, imprimí y publiqué la primera parte de los *Ensayos*, y no fue poca mi sorpresa, cuando ví el gran éxito que obtuvo mi obra, de cuyo mérito no estaba muy satisfecho, y vos que la habeis leido, podeis decir si era ó no fundada mi desconfianza.

—Esa obra es mi libro favorito, aunque no apruebo, ni participo de su duda perpetua. He tenido demasiada necesidad de creer para no creer.

Montaigne se sonrió.

—Dejemos al libro por el hombre, replicó. Cansado de la soledad, como me habia cansado de la córte, resolví viajar y volver viejo á esta Italia, donde habia pasado los mejores años de mi juventud. Ya sabeis el resto de este viage y su feliz resultado, puesto que le

debo haberos hallado y conocido.

—A mí me toca dar las gracias á este viage, replicó Rubens, porque en esta córte algo frívola, sin vuestra compañia hubiera vivido aislado y lleno de tedio. Sin embargo, debo confesaros que aprecio al príncipe, no por su rango y por la proteccion que le debo, sino por su carácter honrado y por las dotes de su talento. Quisiera amar al hombre, si no respetase al príncipe.

En este instante se abrió la puerta y apareció Vicente de Gonzaga.

—Algunas veces conviene ponerse á escuchar detras de las puertas, dijo; gracias, mi jóven pintor; olvidad, pues, que soy el príncipe y amad al caballero. Por lo demas yo vengo á daros una prueba de la amistad que os profeso, y que os pido pagueis con la vuestra. Dos misiones tengo que confiaros, porque he observado en vos no menos habilidad y discrecion que talento. Escuchad. Trátase en primer lugar de que marcheis á la córte del príncipe de Ferrara, mi amado cuñado, y le ofrezcais de mi parte el hermoso cuadro de *Acteon* que acabais de pintar, y que pensaba haber reservado para mí, si noticioso Alfonso de vuestra fama, no me hubiera escrito encargándome que os comprase un cuadro para él, y para no demorarle esta satisfaccion quiero regalarle el mio y confiaros este mensage, á fin que pueda tener el gusto de recibir á un tiempo la obra y al autor.

—Y yo os acompañaré en este viage, dijo Montaigne. Partiremos juntos á Ferrara, porque ya no quiero separarme de vos.

—En ese caso, señor de Montaigne, puesto que cometeis infidelidad á nuestra antigua amistad en favor de este jóven recienvenido, disponeos á salir de Ferrara y partir para la España; porque pienso enviar á Felipe III una magnífica carroza con un tiro de siete caballos napolitanos, y quiero confiar á Rubens esta comision. Ya conocereis que si me decido á separarlo por algun tiempo de sus tareas artísticas, no es solamente con la intencion de darle un honor tan estéril, como es el de llevar estos presentes. No, á fe mia! Pero me es necesario cerca del Rey de España y de su ministro el duque de Lerma, un amigo diestro, hábil, esperimentado, que disipe las prevenciones desfavorables que mis enemigos han hecho concebir de mí en aquella córte; y sin embargo no quiero una justificacion indigna de mi rango y de mi carácter. Nadie me ha parecido mas apropósito para llenar esta mision como nuestro querido Pietro Paolo, y así vengo á suplicarle se encargue de ella, como una prueba de su afecto á mi persona. Por lo demas estoy seguro que la desempeñará con honor y gloria.

Fácil es presumir el contento de Rubens al verse honrado con la confianza del príncipe de Mántua y con una mision que hubieran envidiado los mas poderosos señores de la córte, si bien es menester decir que Vicente de Gonzaga, al conferir tan delicada y honorífica comision á Rubens, daba una nueva prueba de esa hábil política que le distinguia entre todos los príncipes de Italia, porque conocia que nadie podia servir mejor su causa cerca del Rey de España, que un jóven que desde el primer golpe de vista cautivaba los corazones con su hermosura, y cuya elocuencia era sin igual, y los modales los mas delicados del mundo. Leal, incapaz de mentir, serviria al que le enviaba con el calor de la conviccion, y de este modo solo podia asegurarse el acierto.

Ocho dias despues de esta entrevista, fue recibido Rubens en audiencia pública y solemne por el príncipe de Mántua, y en seguida partió para Ferrara con una numerosa comitiva de pages y lacayos que llevaban la librea del príncipe á quien él representaba. Un historiador de la época ha conservado la lista de los que componian la servidumbre del jóven embajador, y enumera hasta *veinte y dos* personas.

Montaigne acompañó en este viage á Rubens, y ambos llegaron á Ferrara con gran pompa y esperados por el príncipe Adolfo que envió uno de los oficiales de su casa para recibirlos y arengarlos.

CAPITULO VI.

Torcuato Tasso.

El recibimiento que Rubens tuvo en Ferrara fue digno del enviado del príncipe de Mántua, y del célebre pintor de quien principiaba á ocuparse la Italia entera, tan aficionada entonces al arte, á la poesía y á la pintura. Miguel de Montaigne no se vió despreciado en medio de los honores que tributaban á su jóven compañero; sin embargo, á pesar de la inmensa reputacion que debia á los *Ensayos*, como él mismo decia, chanceándose y sin envidia, se asemejaba mucho á una estrella colocada demasiado cerca del sol, y se hallaba un poco eclipsado. Consolábase de esto con la amistad que á Rubens profesaba, y mucho mas con la reflexion de que un pintor debia hacer mas impresion en las masas que un escritor, porque habla á los ojos, mientras que el segundo no habla mas que al entendimiento. Pero Rubens, fiel á su amor por el trabajo, supo sustraerse sin afectacion, á la mayor parte de las fiestas y placeres que querian prodigarle; desde el dia siguiente de su llegada, despues de haber empleado la mitad del dia en pintar, salió de su casa con Montaigne con objeto de ir á estudiar los cuadros preciosos de que abundaba Ferrara. La noche los sorprendió á los dos en esta ocupacion, y ya se disponian á volver á su casa para vestirse con el trage de córte á fin de con-

currir á un baile que daba el duque Alfonso, casado en segundas nupcias con Margarita, hermana de Vicente de Gonzaga, cuando oyeron de repente gritos estraños que hicieron estremecer á Rubens.

—No es nada, dijo con indiferencia uno de los criados que los acompañaban, esos gritos salen del hospital de los locos.

La locura! jamás esta palabra espantosa se habia presentado á la imaginacion de Rubens, que se aproximó, visiblemente conmovido, á su compañero, y en seguida sonriendo de su terror:

—Vamos, dijo; semejantes debilidades no pueden convenir á un hombre que ha consagrado su vida al arte. Entremos, pues, en este hospital. Y á pesar de la visible repugnancia de Montaigne, que en su elegante egoismo gustaba poco de esponerse á penosas emociones, penetraron en esta mansion, triste como el infierno, y en la cual *habia lágrimas y rechinamientos de dientes*. Ni el mismo Dante hubiera concebido jamás nada mas espantoso, pues no se veia allí otra cosa sino pesadas cadenas de hierro, calabozos, desgraciados medio desnudos, tendidos, sobre la paja y encerrados allí sin esperanza de curacion, ni se oia mas que zurriagazos y terribles ahullidos. Despues de una corta visita en este pandæmonium de dolores, se disponian á salir con el corazon traspasado de dolor y la cabeza atormentada, cuando al atravesar la última sala, uno de aquellos desgraciados se escapa de pronto de entre los brazos de sus guardianes que querian sujetarlo, y corrió hácia los estrangeros para pedirles proteccion. Pero apenas los hubo visto, cuando se detuvo de pronto, se echó á los pies de Petrus Paulus, se llevó las manos á la frente como para recojer sus ideas y esclamó:

—Rubens! Rubens!

Figúrese el lector cual seria el asombro del pintor al oirse nombrar por aquel loco, que se levantó, se agarró al jóven flamenco y continuó:

—Protegedme! arrancadme de este sitio, por que voy á morir en él, porque en él me voy á volver loco, porque acaso lo estoy ya. Me persiguen con tal encarnizamiento y con tan ingeniosa aversion..... hasta se ponen de acuerdo con el demonio para esto. Por la noche un espectro, un hijo del abismo viene á atormentarme, me acosa, me persigue sin tregua, no me deja descansar ni dormir. Si la compasion de algun cristiano que entra en esta cloaca me deja dinero para comprar un pedazo de pan, él me lo quita! Si cómo, él echa á perder y amarga mi alimento! Si trabajo, su mano invisible me trastorna los papeles y me estropea las plumas..... Rumores sordos, apariciones nocturnas, sonidos de campanillas y relojes me despiertan sobresaltado y me llenan de espanto. Ya no puedo mas! Yo sucumbo, siento malos todos mis miembros, y la calentura no me deja fuerzas para quejarme. Saltan chispas de mis ojos, horribles silbidos destrozan mis oidos, me he creido atacado de epilepsia, y á no ser por un milagro, temia perder la vista... Si, la Vírgen María baja del cielo, la gloriosa Vírgen María viene á mí con su divino Hijo en brazos, y rodeada de una aureola, de un cerco resplandeciente con los mas vivos colores. Ahora mismo, cuando entrásteis aun estaba á mi lado; me señaló con su dedo celestial la madona de plata que llevais en el pecho y que yo dí hace mucho tiempo á Rubens en Colonia; despues desapareció. Yo quise correr á vos, pero me detuvieron mis verdugos.

Escuchaba Rubens con terror, y no podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero, esclamó, Torcuato Tasso fue el que dió á mi padre esa madona de plata, á mi padre que le debia la vida.

—Yo soy Torcuato Tasso, contestó el infeliz en voz baja.

Y como Rubens y Montaigne mirasen en torno llenos de duda y de angustia para saber si era verdad, los loqueros replicaron:

—Este loco es Torcuato Tasso.

Quisieron ellos cogerle y llevárselo, pero Rubens se arrojó entre aquellos miserables y su preso.

—En nombre de mi señor el príncipe de Mántua no toqueis á este hombre, dijo estendiendo la mano sobre él como para protejerle; si Ferrara no tiene mas que un infame hospicio para Torcuato Tasso, Mántua y Flandes le ofrecen un asilo y cuidados que le alivien de todo el mal que le habeis hecho. Qué vergüenza, qué baldon para vuestra Ferrara, que paga con la persecucion y con la cárcel tanta gloria como le ha prodigado el gran poeta!

Entre tanto Torcuato Tasso de rodillas junto á Rubens le escuchaba con una alegria llena de sorpresa diciéndole en voz baja:

—No me abandoneis! en nombre de vuestro padre, en nombre de la Vírgen santa cuya efigie llevais al pecho, no me abandoneis! Hay horribles momentos en que me pregunto aterrorizado si he perdido la razon; pero ellos la matarán pronto y del todo, si continúo aqui mucho tiempo. El director de este hospital es un poeta, un poeta que hace detestables versos, y que, indigno discípulo del Ariosto, me hace espiar con sus persecuciones la superioridad de mis versos sobre los suyos, y la gloria de haber dado un rival á quien él llama su maestro. El bárbaro... me quita el papel que yo consigo proporcionarme, quema las estancias que escribo, me deja sin luz de noche, y dias pasados hizo que me pegasen..... Pegar á Torcuato Tasso! Porque en un momento de alegria desesperada hice un soneto, pidiendo á un gato que me prestase la verdosa luz de sus ojos para que me sirviese de

linterna!... No me abandoneis, porque todo el mundo me abandona! Ni el Emperador Rodolfo, ni el Cardenal Alberto de Austria, ni el mismo Cardenal Cynthio contestan á mis diarias cartas. Quizás no dejan que lleguen á sus manos. Tened lástima de mí! Ay! si supiérais cuánto la merezco! Tenia yo el proyecto de escribir dos poemas épicos, cuyos asuntos eran tan nobles como interesantes; cuatro tragedias, cuyo plan habia trazado ya, y varias obras en prosa sobre cuestiones muy importantes á la felicidad del género humano. Me proponia hermanar la elocuencia con la filosofía, y esperaba dejar tras de mí una memoria inmortal. Ahora, he renunciado á todo. Me daria por contento con poder apagar la sed que me devora! Que no pueda yo ser de condicion humilde para vivir libre en un obscuro rincon! No recobraria en él mi salud que he perdido sin remedio, pero pasaria el resto de mi vida sin angustias, con honor y sin que me ultrajaran. Si los hombres me negasen su ausilio, yo invocaria las leyes de la naturaleza; iria con los animales á las orillas de las fuentes y los rios para apagar libremente la sed que me consume. No me asusta la intensidad de los padecimientos, pero calculo su duracion con espanto, y esto basta para incapacitarme de pensar y de escribir. La idea de una cautividad sin término, y la indignacion del mal trato que sufro no pueden menos de aumentar mi tristeza. La suciedad de mi barba, de mis cabellos y de mi vestido, me hacen un objeto asqueroso á mis propios ojos. La soledad á que estoy condenado es mi mas mortal enemiga; huia yo de ella hasta en el seno de la felicidad.....

—Nada temais, dijo Rubens, estais en libertad, porque no me separaré de vos hasta que salgais de este lugar de desolacion.

—Me parece mas prudente, objetó Montaigne, confiar á mi cuidado al señor Torcuato Tasso, y que os dirijais inmediatamente á la córte del príncipe Alfonso para alcanzar de él la órden de poner en libertad..... al amigo y libertador de vuestro padre, añadió, recalcando estas últimas palabras. En seguida separando á un lado á Rubens:

Conviene, le dijo, que si es posible no nombreis al prisionero cuya libertad solicitais. Torcuato amaba á la hermana del duque Alfonso, á la princesa Leonor, de quien era amado. He aqui los verdaderos motivos de tanta crueldad y ódio. Manejaos con astucia en este asunto, y apresuraos antes que alguno prevenga al príncipe. Voy á dar las órdenes necesarias para el viage secreto de nuestro amigo: una vez que se halle fuera de Ferrara y en seguridad, el duque no se atreverá á hacer mas ruido; y hasta fingirá que aprueba nuestra idea. Lo conozco muy bien; ningun italiano es mas amigo que él de la traicion, ni mas vengativo, pero ninguno tampoco es mas débil en la derrota.

Rubens comprendió maravillosamente la finura y prudencia de las recomendaciones de Montaigne. Partió sin demora á hablar al duque Alfonso; con la mirada serena, el aire tranquilo y casi indiferente, le pidió la libertad de un enfermo del hospital de los locos, íntimo amigo de su difunto padre, y el príncipe firmó sin desconfianza la órden para que dejáran salir á la persona que designase el pintor del duque de Mántua. El jóven flamenco volvió lleno de alegria al hospital y sacó de él inmediatamente á Torcuato Tasso, que no se atrevia á creer en su felicidad, y se le figuraba que estaba soñando.

Montaigne echó sobre los hombros de Torcuato su capa, á fin de ocultar á las miradas de los transeuntes los andrajos de que estaba cubierto, y lo conducian á su casa cuando el poeta, pasando por delante de una iglesia, suplicó á sus compañeros que le permitiesen entrar á dar gracias al pie de los altares por la libertad milagrosa que acababa de recobrar. Quisieron impedírselo, pero insistió con tanto ahinco y les dijo con tanta vehemencia que la Vírgen le mandaba orar, que temieron una crisis de locura, y cedieron. Torcuato se arrodilló con trabajo, oró con fervor, y al levantarse para seguir á sus amigos, reparó en una piedra sepulcral que parecia recientemente colocada; lanzó un grito y cayó sin conocimiento; en aquella piedra fúnebre se leia grabado el nombre de Leonor de Este.

—Apartémosle de este sitio! esclamó Montaigne! Esta tumba, Rubens, es la de la muger por quien esperimentaba esa malhadada pasion que ha causado todas sus desgracias y pesares. Tambien su amada ha sucumbido hace seis meses á los dolores de un amor sin esperanza! Vamos, apresurémonos á separar á Torcuato de estos lugares.

Y lo condujeron, ó mas bien lo arrastraron á su casa, á donde felizmente pudieron llegar sin obstáculo, favorecidos por la noche que habia sobrevenido, pero mucho trabajo les costó volverlo á la vida.

—Ella no existe ya, esclamó cuando pudo desahogar por medio de sus lágrimas y sollozos la desesperacion que le oprimia, ya no existe! Oh! dejadme morir ¿Qué quereis que llegue á ser mi vida sin ella! Ahora comprendo porqué la Vírgen santísima ha bajado del cielo para consolarme... Ya no existe! ya no existe! Dios mio, dejadme morir! unidme á Leonor!

Jamás se vió una desesperacion igual, ni hubo jamás dolor que estallase de una manera tan violenta. Sin embargo, era preciso partir, era preciso sacar al desgraciado Tasso fuera de Ferrara, ó resolverse á entregarlo de nuevo á sus perseguidores. Montaigne conoció que de nada servian los consuelos en esta circunstancia, asi es que preparó una pocion so-

porífera con una habilidad digna de un químico, (sabido es que se le alcanzaba algo de esta ciencia,) y logró que la bebiera Torcuato, que pronto cayó en un sueño letárgico. En seguida, confiándolo á la celosa vigilancia de un criado fiel é inteligente, le encargó que buscase un coche con buen tiro de caballos, y que inmediatamente tomase el camino de Mántua. Dejó ademas instrucciones minuciosas sobre los cuidados que debian prodigarse al enfermo, y se dirijió con Rubens á la córte del duque de Ferrara. Ya se habia divulgado la noticia de la libertad de Torcuato, y el príncipe que acababa de saberla en el momento que Montaigne y su jóven amigo entraban en el palacio, se adelantó hácia ellos pálido de cólera, cogió á Rubens por el brazo y llevándolo á un sitio apartado:

—Qué habeis hecho? qué habeis hecho de él? preguntó montado en cólera.

—Monseñor, respondió Rubens con la mayor calma y bajando la voz, como para dar á entender al príncipe que la habia alzado imprudentemente demasiado, Monseñor, se halla libre, fuera de Ferrara, y bajo la proteccion de mi señor, S. A. el duque de Mántua.

—Vicente me volverá mi prisionero!

—El duque de Mántua no entrega á nadie que se acoge bajo su proteccion.

—No sabeis que ese miserable habia osado poner los ojos en mi hermana? y quereis que deje impune semejante baldon?

—Vuestra cólera y vuestra venganza dirán á la Europa entera lo que quereis tener oculto. Creedme, Monseñor, no os entregueis á transportes injustos, cuyos resultados menos funestos serian turbar la paz de una tumba.

Alfonso miró á Rubens poniéndose pálido, y principió á pasearse aceleradamente por la estancia, y volviéndose de pronto hácia Rubens con la sonrisa en los labios, sereno el rostro y con la espresion de la benevolencia en todas sus facciones:

—Señor caballero, dijo en voz alta, como si hubiese contestado á una peticion de Rubens, yo no puedo negar nada á la amistad de mi caro hermano S. A. el duque de Mántua, sobre todo cuando me dirige sus peticiones por medio del jóven y célebre pintor, á cuyo talento debo el admirable cuadro que tengo á la vista. A vuestras instancias y á las de Vicento, otorgo la libertad de ese pobre enfermo que llaman Torcuato Tasso. Los médicos han declarado que el cambio de aires y de pais podrian volverle la razon, y nadie mas que yo se interesa en la salud del poeta cuyos versos han encantado á la casa de Este. Mañana partireis con él y el señor de Montaigne, añadió, ya que absolutamente estais resuelto á dejar nuestra córte. Mucho siento que mi hermano os llame tan pronto; pero sé que piensa enviaros á España con una mision importante. Partid, pues, y no olvideis que dejais en mi córte admiradores y amigos.

Montaigne y Rubens hicieron una profunda reverencia. Al levantar la cabeza encontraron la mirada de víbora de Alfonso fijaba sobre ellos, llena de veneno y de ódio. Montaigne no pudo menos de estremecerse.

Despues cuando se retiraron y se vieron fuera del palacio:

—Petrus Paulus, dijo el filósofo al pintor, voy á ponerme una cota de malla y ver si mis armas están en buen estado para defenderme del puñal de los *bravi*. Además os confieso que no dormiré, beberé, ni comeré, mientras me halle en este reino, porque he visto reflejado el asesinato en las miradas traidoras del duque Alfonso.

—Mañana al amanecer partiremos, replicó Rubens sonriendose; pero por lo que á mí hace, os declaro que pienso cenar, y sobre todo dormir, añadió bostezando.

—Dios y la Vírgen santísima os protejan! replicó Montaigne. Cenaré, pues, y dormiré lo mismo que vos; pero de buena gana daría quinientos escudos de oro por hallarme ahora mismo fuera de Italia, pues os confieso que me parece imposible que pueda respirar y vivir tranquilo, hasta que no me vea en la castellanía de Montaigne.

CAPITULO VII.

El triunfo.

El honrado y antiguo doméstico á cuya vigilancia y celo habian confiado Montaigne y Rubens á Torcuato Tasso, se habia mostrado digno de esta mision; gracias á la celeridad de su marcha, llegó á Mántua mas de un dia antes que sus amos, sin descuidar sin embargo ninguna de las atenciones que exigia el estado del pobre enfermo, que desde que habia sabido la muerte de Leonor de Este permanecia sumergido en un abatimiento profundo, sin proferir una palabra, sin levantar los ojos y sin reparar en los que le rodeaban, ni en los lugares á donde le conducian. Asi fue como llegó á Mántua: hospedado en la casa de Rubens, rodeado de cuidados afectuosos, ni aun parecia comprender el cambio sobrevenido en su destino. Cuando Rubens y Montaigne, tan pronto como se apearon del carruage, se apresuraron á acudir á su lado, lo hallaron todavía en este estado. En vano Pietro Paolo, para escitar en él alguna sensibilidad, le enseñó la Madona de plata, y pronunció el nombre de Leonor de Este; nada pudo hacer salir de su postracion á aquella alma destrozada por el dolor. No rehusaba los cuidados que le prodigaban, y se dejaba manejar como un niño enfermo, cuya vivacidad ha estinguido la calentura.

Desde que el príncipe de Mántua supo la llegada de Torcuato Tasso á su principado, y

la conducta de Rubens en Ferrara, aprobó en un todo lo que habia hecho su jóven enviado, y le manifestò con los elogios mas honoríficos delante de toda su córte cuan satisfecho se hallaba de esta conducta. No contento con este asentimiento, él mismo se dirijiò en persona á ver á Torcuato Tasso para asegurarle su proteccion y hacerle las mas brillantes ofertas á fin de invitarlo á que se quedara á su lado y fijara su residencia en Mántua. Al ver al poeta mas eminente de la Italia, en tan deplorable estado físico y moral, no pudo retener sus lágrimas, pero ni su presencia, ni su voz, ni las palabras afectuosas que dirijió al desgraciado, lograron conmoverle. Los médicos declararon que si se prolongaba este deplorable estado, podia temerse todo para la razon y para la vida del poeta, concluyendo por decir que debian emplearse todos los medios para sacarlo de él á toda costa y sin demora. Despues de haber reflexionado Rubens algunos instantes, manifestó, que creia haber hallado el medio de producir una viva conmocion sobre el espíritu de Torcuato, y se retiró á su obrador, sin mas compañía que la de Montaigne, para entregarse á los preparativos de su proyecto.

En la mañana del siguiente dia, el duque de Mántua y los principales señores de su córte pasaron á casa de Rubens, deseosos de conocer sus proyectos y los resultados que con ellos obtendria. Reunidos en el salon que precedia á la alcoba de Torcuato Tasso, oyeron primero una música dulce y melancólica, dispuesta sin duda con el objeto de escitar al enfermo; despues le oyeron dar un grito penetrante que resonó en el fondo de todos los corazones, y que hizo estremecer aun á los mas indiferentes.

—Leonor, dijo el enfermo en seguida, Leonor, tú me llamas, me muestras los cielos donde me aguardas. Gracias, gracias! ¡Oh! ven á romper las cadenas que me sujetan á esta tierra de dolores; llévame al cielo contigo!



LA TENTATIVA DE CURACION.

—Se ha salvado, diio en voz baja un médico. El señor Rubens ha obrado mas con un cuadro que nosotros con toda nuestra ciencia; é hizo seña á los concurrentes que podian entrar en la alcoba del enfermo. Vicente de Gonzaga y los señores que le seguian esperimentaron casi la sorpresa exaltada del Tasso, al ver el gran cuadro que Rubens habia pintado la víspera y colocado bajo los poderosos rayos del sol naciente, en frente de la cama de Torcuato. Alumbrado asi de una manera que tenia algo de prodigio, este cuadro ofrecia cierta cosa celestial; representaba á Leonor rodeada del esplendor de los bienaventurados, y conducida por los ángeles al cielo que ella señalaba con el dedo á su amante. De este boceto se sirvió Rubens mas adelante para una de sus obras maestras mas sublimes, su Asuncion de la Vírgen.

En un principio habia tomado Torcuato Tasso el cuadro por una aparicion divina; pero luego que Rubens logró por medio de este engaño volver alguna sensibilidad á su enfermo, movió el lienzo á fin de no dejar caer la

imaginacion del poeta en una exaltacion casi tan funesta como su abatimiento, y no vaciló en mostrarse á él.

—Querido Torcuato, le dijo, estais libre, y rodeado de amigos que procuran consolaros de vuestros dolores, y haceros olvidar el trato indigno que habeis sufrido. He querido reproducir la imágen de la santa que os aguarda en el cielo, y para bosquejar ese cuadro me he servido del retrato de la princesa Leonor, pintado por Correggio, que habia visto en los salones de Ferrara. Habré conseguido hacer alguna cosa que sea grata al amigo y al libertador de mi padre?

Torcuato con toda su razon estrechó tiernamente la mano del jóven pintor, que añadió:

—El duque de Mántua, feliz y envanecido con poseer en sus estados al poeta mas grande de la Italia, espera en la pieza inmediata vuestro permiso para entrar á veros, pues desea ofreceros un asilo honroso á su lado, y procurará hacer feliz al que ha inmortalizado el nombre de sus antepasados.

—Feliz! esclamò Torcuato Tasso, feliz! Monseñor! No hay felicidad para mi sino en el cielo.

Los progresos de la cura del Tasso, continuaron con rapidez, y cuando ocho dias despues, partió Rubens para España, no le quedaba ningun recelo acerca del que le debia la razon y la vida. Al separarse del poeta y de Montaigne, á quien asuntos urgentes sobrevenidos de repente llamaron á toda prisa á Francia, no pudieron los tres contener la efusion de su dolor y derramaron abundantes lágrimas.

—Querido Pietro Paolo, le dijo el filósofo, estais llamado á altos destinos, porque reunis, gracias á la munificencia celeste, dotes muy preciosas y opuestas; el valor y la prudencia, el génio y la razon, el arte y la inteligencia de los negocios; circunstancias que bastan para inmortalizar á dos hombres; el nombre pues, de Rubens pasará de generacion en generacion como el de Torcuato Tasso.....

—Y el de Montaigne, interrumpió el poeta.

—Asi lo espero, añadió ingénuamente el autor de los *Ensayos*; pero mi nombre no tendrá el esplendor que rodeará al de Rubens, ni gozaré la felicidad que Torcuato Tasso, que subirá al cielo sin pasar por el Calvario.

—Quién mas que él merece estos favores tan raros de la Providencia?

—Nadie seguramente, pero aun cuando los merezca debe bendecir sin cesar á Dios, que no ha querido echar ni una sola espina en el camino inmortal que huellan sus pies..... Adios, querido Pedro Pablo, á quien he amado á la vez como hijo y como hermano.

—Adios, caro Pietro Paolo, á quien bendigo como á mi libertador, y amo con ternura fraternal.

—Dios mio! esclamò Rubens estrechando en sus brazos á sus dos amigos, Dios mio! cuán inmensa es vuestra misericordia para conmigo! Seria infamemente ingrato si alguna vez me separara de mis deberos de cristiano..... Adios, señor Miguel de Montaigne! Concédanos Jesus la gracia de volvernos á ver, y de amarnos en el otro mundo, si estamos destinados á no reunirnos ya jamás en este... Adios Torcuato Tasso; no pierdo la esperanza de volver á reunirme con vos en Mántua.

Y se separaron, *dejándose*, decia Montaigne, *mutuamente alguna cosa de si mismos los unos á los otros, para no separarse por entero.*

Precedido de su brillante fama de pintor, Rubens recibió en la córte de España la acogida mas lisonjera y honrosa. Su desembarazo, su franqueza y sus finos modales unidos á su mucha juventud, le granjearon todas las voluntades, y como habia previsto el duque de Mántua, le aseguraron sin obstáculos el logro de su proyecto, siendo asi que los mas hábiles diplomáticos habian visto muchas veces frustrados los suyos. El duque de Lerma sobre todo se le aficionó en estremo, «admirado de ver, dice un historiador, que se pudiera dar felice cima á los negocios de estado y de política honradamente y sin intrigas. «Rubens, añade el mismo escritor, introducido en audiencia ante el Rey de España, no «tardó en captarse su afecto y benevolencia, «en términos que desde entonces gustaba tener «largas conferencias con el jóven enviado y oirle hablar sobre el objeto de su mision, sobre «su viage á Italia, sobre las noticias de los «Paises Bajos, que á la sazon ardian en dissensiones intestinas. Y de tal modo cautivó la «voluntad del monarca con su elocuencia, sus «finos modales y su profunda erudicion en multitud de materias, que al fin S. M. C. Felipe «III, le diò las mas relevantes muestras de su «afecto y de la satisfaccion que le cabia por la «acertada eleccion que el duque su señor habia hecho de su persona para enviarle á su «córte. Cuando Rubens despachó su comision y «pidió una audiencia de despedida ante el Rey «y sus ministros, S. M. le ofreció su cordial «proteccion, y como testimonio de lo satisfecho que habia quedado por su buena conducta en la negociacion, le colmó de presentes y «distinciones por medio de su primer ministro «el duque de Lerma.» (*)

No fue menos brillante el recibimiento que á su regreso mereció Rubens del príncipe de Mántua, porque el jóven embajador no solamente habia llevado á feliz término las negociaciones que á su talento diplomático habia confiado Vicente de Gonzaga, sino que sobrepujó en mucho sus esperanzas. Abrazólo

(*) Historia de Rubens.

tiernamente, lo hizo sentar á su lado, y lo proclamó delante de toda su córte no menos hábil diplomático, que gran pintor; despues de lo cual lo condujo á las habitaciones de la duquesa, y quiso que pasase todo el dia en su compañia como un amigo íntimo, y dice Scarpone, historiador ferrarés, *como uno de los hijos de la casa*. Rubens recibió todos estos honores y todas estas demostraciones de afecto con una modestia y discrecion que no hicieron mas que aumentar el interés que inspiraba.

En este dia de intimidad fue cuando Vicente de Gonzaga contó á Rubens la marcha de Torcuato Tasso, á quien en vano habia rodeado de todas las seducciones de la córte, y se le habian prodigado fiestas, espectáculos, bailes, y sobre todo mascaradas, que eran su diversion favorita; nada habia podido contenerle. Sus ideas habian llegado á ser incoherentes y su voluntad sin objeto; tan pronto se entregaba con frenesí á las disipaciones del mundo, tan pronto se encerraba en un convento, estudiaba la teología y hablaba de tomar el hábito, como se presentaba en la córte para leer los versos de su tragedia de *Torrismundo* ó de *Floridan*, poema imitado del *Amadis de Gaula*. Despues desapareció de repente, y se supo que se le habia visto alternativamente en Loreto y en Nápoles, donde el conde de Palermo y el marqués de Villa le habian disputado el honor de recibirle. Desde Nápoles habia pasado á refugiarse en una celda del convento de Montolivete, en seguida se volvió á Nápoles, y desde aquí se dirijió á Roma, donde, enfermo y sin querer manifestar su nombre á nadie, entró en un hospital fundado por uno de sus antepasados para los pobres de Bérgamo emigrados á Roma. En este asilo fue donde lo descubrió por casualidad el gran duque de Toscana, llevándolo en seguida consigo á Florencia, donde pronto huyó como de otras ciudades. Desde esta época no habia vuelto á saberse el paradero del gran poeta, cuya razon habia alterado tanto la desgracia.

Rubens se afligió con esta relacion y se compadeció de los tormentos y aberraciones de aquella inteligencia sublime, ya casi estinguida, y volvió á entregarse con ardor á la pintura, buscando asi en el trabajo consuelos al vacío inmenso que le dejaba la partida de Miguel de Montaigne, y á la tristeza que le inspiraba la demencia de Tasso, marcado ya con el sello de la fatalidad. Asi dejó pasar un año, al cabo de cuyo tiempo pidió al duque de Mántua permiso para recorrer las diferentes ciudades de Italia, á fin de ir á estudiar en ellas lo que le faltaba conocer de las obras de los maestros célebres antiguos. No sin pesar accedió Vicente de Gonzaga á esta partida, le entregó una suma considerable como pago de muchos cuadros, y le puso al cuello una pesada cadena de oro, «sin embargo de que «Rubens, dice Scarpone, habia recibido tan«tas en España, que no le quedaba sitio en «su pecho donde colocar la nueva, pues lle«vaba mas de veinte mil ducados de oro y «piedras, entre presentes y regalos honorifi«cos de los reyes, príncipes y princesas cu«yos retratos habia pintado ó cuyas córtes ha«bia visitado.»

Rubens se dirijió primero á Roma, á donde llegó el 23 de Abril de 1595. Al entrar en la ciudad antigua, notó grande agitacion entre el pueblo que discurria por las calles en trage de fiesta, y se encaminaba presuroso hácia el palacio del soberano Pontífice, cercado de toda la milicia papal. Rubens, admirado, preguntó á muchos transeuntes qué gran fiesta se celebraba; pero estos sin detenerse y continuando presurosos su camino, le contestaron:

—El triunfador! la llegada del triunfador!

Y desaparecieron.

Rubens, sin poder obtener esplicaciones mas completas, se dirijió al palacio del Cardenal Cynthio Aldobrandini, sobrino del Papa y amigo de Vicente de Gonzaga, para quien llevaba cartas del príncipe de Mántua, y que ademas habia escrito á Rubens para obtener el favor de que se hospedara en su casa: porque tal era en aquella época el entusiasmo de la Italia por las artes, que los principales señores y hasta los mismos reyes tributaban á los artistas y poetas honores distinguidos, y prodigaban á competencia sus homenages de admiracion al genio.

Rubens no observó en las avenidas del palacio Aldobrandini menos concurrencia y pompa que en las calles de Roma. Con mucho trabajo pudo llegar hasta donde estaba el Cardenal, quien, como ya le habia visto muchas veces en la corte del duque de Mántua corrió á su encuentro, le estrechó tiernamente en sus brazos y le dijo:

—Bien venido sea el señor Rubens, que mi buena estrella me envia; mi palacio recibirá hoy á dos huéspedes á cual mas ilustres: el gran pintor flamenco y al autor de la *Jerusalen libertada*.

—Torcuato Tasso? esclamó Rubens, Torcuato Tasso está en Roma?

—Llegará á mi casa dentro de breves instantes; mi tio el Santo Padre le ha escrito á Nápoles, para ofrecerle los honores del triunfo que recibió en otro tiempo Petrarca en Roma. Al principio rehusó estas gloriosas demostraciones de los romanos, pero al fin ha cedido á las instancias de los tres cardenales enviados por Clemente VIII para vencer la repugnancia del ilustre poeta... El Tasso se puso en camino; todos los pueblos por donde pasaba le prodigaban festejos y lo recibian como hubieran hecho con el mismo Papa: las poblaciones en masa salian al camino, las Autoridades

le arengaban y las jóvenes doncellas le presentaban flores. Y cuando tuvo que atravesar los límites del reino de Nápoles y de los estados romanos, entre Mola y Fondi, infestados por la partida del célebre bandido Mario Scierra, mi tio quiso enviar un cuerpo numeroso de soldados para proteger al viajero. Torcuato rehusó esta escolta, y continuó su camino con el reducido número de criados que le habian acompañado hasta entonces. No tardó en encontrar á los temibles ladrones, y ya se disponia á resistir vigorosamente, cuando con gran sorpresa suya vió á Mario Scierra avanzar hácia él, arengarle como hubiera podido hacerlo un orador de profesion, y suplicarle que le concediera el honor de acompañarle con una escolta hasta las puertas de Roma. Torcuato Tasso dió las gracias al gefe de los bandidos, y le aconsejó que se alejara de la carretera para no asustar á los viajeros; el bandido le prometió que asi lo haria, y hasta ahora ha cumplido su palabra. En fin el Tasso se halla en Roma desde esta mañana. El Santo Padre lo ha recibido en el Vaticano..... pero escuchad... él mismo me lo trae á mi palacio, porque ya sabeis que está prohibido á los Soberanos Pontífices dar hospitalidad en los suyos á un estrangero por ilustre que sea.

En efecto, oyóse el ruido de la muchedumbre que saludaba con sus aclamaciones á Torcuato Tasso gritando: «Viva el gran poeta!» y cantaba los versos de la *Jerusalen*. En seguida toda esa multitud se colocó al rededor del palacio Aldobrandini y se abrió respetuosamente para dar paso al triunfador, que luego que bajó del coche marchaba apoyado en el brazo del mismo Papa.

El Cardenal Cynthio, seguido de Rubens, se apresurò á ir á recibir al Rey de la cristiandad y al Rey de la poesia. Rubens, al ver á Torcuato no pudo reprimir un grito de dolor, tales eran los estragos que la enfermedad habia hecho en la débil persona del infortunado! tanto le habia ya marcado la muerte con su terrible sello! Torcuato alargó la mano á Rubens y derramó algunas lágrimas; despues volviéndose hácia Clemente VIII:

—Muy Santo Padre, dijo, he aqui al libertador generoso que me arrancó de los calabozos del duque de Ferrara. El es á quien deberian tributarse los honores del triunfo, por que es el digno sucesor de vuestro Miguel Angel Buonarotti; es jóven y feliz, mientras yo no necesito ya sino un féretro. He venido porque me lo habiais ordenado, y como hijo sumiso de la Santa Iglesia, debia obedeceros á pesar de mi repugnancia. Pero si persistis en querer concederme una corona, reservadla para adornar mi tumba. Las pompas del triunfo no añadirán nada al mérito de mis obras, mientras que turbarán los pocos dias que me restan de vida, como han envenenado la felicidad del Petrarca.

—Desechad esas ideas lúgubres, Torcuato Tasso, interrumpió Clemente VIII, y consentid en honrar una corona que ha honrado á todos los que la han llevado antes que vos.

—Mis dias están contados! replicò el poeta con melancolía. Os debo obediencia y cedo: pero á lo menos concededme la gracia de retirarme hasta entonces al convento de San Onofre, con el señor Rubens, que me otorgará este último favor. Su cautiverio no será de larga duracion! Lo conozco. Dios no tardará en llamarme á sí, el ángel de la muerte me tiene ya asido de su mano. Si quereis coronar á otra cosa que no sea un cadáver, es menester que os apresureis, como es preciso que yo me apresure á poner bien mi alma con Dios! Y sin embargo, tengo mucha confianza en su misericordia, porque á pesar de la enormidad de mis culpas, su bondad paternal ha cuidado de hacérmelas espiar en este mundo con la mas dura de las pruebas, el don fatal del génio. ¡Oh! si supiérais lo que he sufrido; si pudiéseis comprender cuantas veces he pedido á Dios que me despoje de esta falsa gloria, os sentiriais lleno de compasion y vertiriais lágrimas. Gracias á la bondad divina, estos dolores van á tener pronto un término, ó mas bien ya lo tienen, porque he dejado de pertenecer á la tierra, y mi alma está ya en el cielo con mi corazon, al lado del ángel que ora por mí á los pies de Dios. Las gentes se rien y me tratan de loco cuando les digo que la Vírgen santa, Madre de Dios, se digna bajar del paraiso á la tierra para consolarme: si supiérais lo que sufro, comprenderíais que el Altísimo ha permitido este milagro, sin el cual se hubiera apoderado de mi la desesperacion; porque ha habido momentos en que la blasfemia venia á mis lábios, y momentos en que hubiera estallado sin el dedo divino y misericordioso que la reprimia. Concededme, pues, la gracia que solicito de vuestra Santidad; dejadme retirar al convento de San Onofre; allí vendreis á buscarme el dia del triunfo.

El Papa Clemente VIII accedió á esta súplica, y el cortejo se puso en marcha para acompañar al poeta hasta el convento. Cuando llegó á sus umbrales, Torcuato se volvió, saludó á la multitud, besó la mano del Papa, y despues de haber sido recibido por el abad y sus monges, pidió retirarse á una celda de novicio. Allí, solo con Rubens, cuando un poco de sueño hubo dado algun alivio á la estremada fatiga que esperimentaba, tomó la mano del jóven pintor y la colocó sobre su abrasada frente.

—Sientes las señales de la corona de espinas, Pietro Paolo? Maldita sea la gloria!..... si una maldicion puede todavia salir de los labios de un moribundo. ¡Oh! amigo mio! que no hubiese yo nacido de un pobre artesano! por qué en mi locura me habré creido igual á un príncipe, solo porque me llamaban el



EL TASSO SE DESPIDE DEL PAPA.

poeta mas grande de mi siglo!... Pero ahuyentemos estos pensamientos, dijo, no quiero ya ocuparme sino del cielo! Rubens, desprende de tu cuello la Madona de plata que dí á tu padre; volverás á tomarla de mis manos heladas, cuando mis labios hayan exhalado el último suspiro.

Rubens obedeció sin vacilar: Torcuato recibió la Madona y la estrechó contra sus labios con fervor.

—Ahora, añadió, es menester que ejecutes mi última voluntad; toma esta cajita y quema todos los papeles que contiene, pues son borradores indignos de poesias concebidas y escritas durante mi embrutecimiento en el encierro, cuando no tenia toda mi razon como decian.

Rubens miró á Torcuato con aire de duda y perplegidad.

—Si próximo á morir dejaras una pintura indigna de tí, ¿no mandarias á tu hijo ó á tu hermano que la quemase? preguntó Torcuato al jóven pintor.

Este, sin vacilar ya, cogió los papeles y los entregó á las llamas que los devoraron. Cuando no quedó mas que un monton de cenizas, Torcuato Tasso, que habia contemplado con serenidad consumirse los manuscritos, se puso á balbucear varias oraciones, apretando la Madona de plata en sus manos agitadas por los temblores de la agonia. Poco á poco se estinguió su voz; ya no se oyó nada, y permaneció el resto del dia absorto en una dulce contemplacion. En los dos dias siguientes dirijió pocas palabras á su jóven compañero, que no le abandonó un momento, ni disfrutó una hora de descanso ni de sueño. Atento como una madre al menor gemido del poeta, acercaba á sus labios abrasados el brebaje bienhechor que le mitigaba la sed; ó bien sostenia su cabeza débil, y recogia las palabras insensatas que el delirio hacia murmurar al enfermo, y las cuales revelaban su desesperacion y su odio por la gloria que habia sufrido!

Al cuarto dia recobró su razon, estrechó la mano á Rubens y le suplicó que llamase al abad de San Onofre, para que le suministrase los últimos sacramentos del cristiano que se muere, el Viático y la Estrema-uncion. En el momento en que revestido con las insignias eclesiásticas y seguido de todos sus monges colocados solemnemente en procesion, el venerable sacerdote salia de su iglesia para ir á llenar su santa mision, oyó fuera del convento el ruido de la música y las aclamaciones del pueblo; era el cortejo del triunfo que venia á buscar al Tasso para conducirlo en pompa al Capito-

lio. El anciano sacerdote con el sagrado copon en la mano, se adelantó hácia la multitud, y desde lo alto de las gradas del convento les hizo seña que se arrodillasen.

—Orad, les dijo, orad! por que un alma cristiana va á subir al cielo.

Toda aquella multitud se arrodilló devotamente, y media hora trascurrió durante la cual un capuchino solo, de pie, recitó la oracion de los agonizantes, y dijo las palabras del *De profundis* repetidas por toda la concurrencia.

Trascurrido este tiempo, viose á Rubens, que no podia reprimir sus lágrimas, descender del convento, seguido de dos monges que sostenian un cadáver cubierto con un manto de púrpura. Atravesaron la multitud asombrada, se dirijieron al carro triunfal, subieron sus gradas y depositaron su carga sobre el trono de oro y marfil. Entonces Rubens tiró del paño y dejó ver el cadaver de Torcuato Tasso, revestido con la toga romana.

El jóven pintor tomó la corona de laurel que habian preparado para ceñir la frente del poeta, y la puso sobre aquella cabeza helada, inmovil, muerta!

En seguida bajó, se arrodilló entre la multitud que no se habia levantado todavia, y oyóse de nuevo el lúgubre murmullo del *De profundis*. Dióse entonces la señal de marcha y el cortejo se encaminó hácia el Capitolio



EL CADAVER DEL TASSO EN EL CARRO TRIUNFAL.

Solo Rubens no siguió al carro que conducia el cadáver, sino que fue á refugiarse en el rincon mas obscuro de la iglesia de san Pedro, y alli, arrodillado delante del altar de la Virgen, oró con fervor teniendo en su mano la Madona de plata que habia vuelto á tomar de las manos heladas de Torcuato Tasso, y en la que el gran poeta imprimia sus labios cuando entregó su alma á Dios.

De Roma, donde todavia permaneció cerca de cuatro meses, pasó Rubens á Florencia, donde el duque reinante lo acogió con no menos benevolencia que lo habia hecho el Santo Padre; encargóle ademas que hiciera su propio retrato, para colocarlo en la magnífica galería donde este príncipe reunia los retratos de los mas grandes pintores del universo.

Un año pasó antes que el jóven flamenco dejase á Florencia, desde donde se dirijió á Bolonia y despues á Venecia, regresando por último á Roma, donde el Papa le habia llamado para pintar doce cuadros destinados al palacio Rospigliosi, que representasen los doce Apóstoles.

La princesa Scalamara le encargó tambien dos grandes cuadros, cuyos asuntos eran; el del primero *Proteo* y *Arqueloo*, y el del segundo Vertumno y Pomona rodeados de frutos y animales.

Despues de haber acabado ocho ó diez cuadros mas con la brevedad y perfeccion que le caracterizaban, partió para Génova y Milan, donde dibujó é hizo grabar su magnífica coleccion impresa en Amberes con el título de *Palazzi*

di Genua da Pietro Paolo Rubens.

Una tarde, despues de haber pasado todo el dia en copiar uno de los mas admirables cuadros de Miguel Angel, al entrar en la quinta que habia arrendado, se entregó al *dolce far niente*, como para descansar de seis horas de un trabajo continuo y de lucha con el enérgico y sublime Buonarotti. Primero se complació con la satisfaccion que le causaba el éxito de su obra, y de aqui llevó naturalmente sus ojos sobre su gloria, resplandeciente aureola que rodeaba su cabeza en una edad en que la mayor parte de los hombres permanecen todavía desconocidos. La fortuna, los honores y la fama venian á él de todas partes: contaba ya de dos á tres millones de reales honradamente adquiridos; los primeros príncipes de Italia le trataban como á un hábil diplomático y un embajador de alta distincion; en cada ciudad que visitaba recibia los testimonios mas relevantes de la admiracion pública, en fin la Europa entera repetia con entusiasmo el nombre de Pedro Pablo Rubens. Era jóven; jamás la enfermedad ni la desgracia habian ajado su cuerpo ni su alma, y podia llamarse feliz entre todos. Sí, feliz; porque para gozar de estos triunfos, para depositarlos á los pies de un ser querido ¿no tenia á su madre, á su santa y buena madre, que tanto se alegraba con cada uno de los ecos de la gloria de su hijo que llegaban hasta ella? Su madre, que no habia vuelto á ver en el espacio de ocho años, pero que abrazará muy en breve, porque dentro de tres meses dejará á Genova é Italia para volver á ver á su querida Flándes y á su idolatrada madre. ¡Dios mio! cuanta alegria, cuanta felicidad le están todavia reservadas!... No la escribirá que vá á ponerse en camino para verla. Llegará sin haber avisado á nadie, penetrará en la casa paterna... De repente abrirá la puerta de la habitacion, donde suele hallarse siempre su querida madre, y se quedará alli, mudo é inmovil, para gozar de la sorpresa que esperimentará al ver al caballero desconocido... Ella vacilará por el pronto en reconocerle, porque cuando se ausentó era adolescente, y ahora ya es hombre. En seguida, de repente se arrojará en sus brazos, y lo estrechará amorosamente en ellos. —Pedro Pablo, mi Pedro Pablo! hijo mio! eres tú?—Y despues sus hermanas y hermanos, avisados ya por los criados, acudirán presurosos y unirán sus caricias á las de su madre. Un banquete reunirá á toda la familia, que derramará lágrimas de gozo y de ternura al ver otra vez á su lado al buen hijo, al amante hermano y al cariñoso amigo. Pero, á qué esperar el largo espacio de tres meses? Hoy mismo si quiere, puede realizar tan venturoso proyecto!—A qué acumular mas fortuna y mas gloria en Génova, cuando la felicidad le espera en Amberes! Hola! que se prepare todo lo necesario para un viage á Fálndes. Parto solo, esta tarde, con mi fiel criado Hubertus. A Ians dejo el cuidado y el gobierno de mi casa durante mi ausencia. Y con el corazon palpitante de alegria se dirijió al puerto, ajustó un barco, que se dió al punto á la vela para los Paises Bajos, y arribó á las costas de Flándes con una celeridad maravillosa. La primera persona que encontró al pisar las playas de su querida patria fue un criado de su madre, que iba á embarcarse para Italia, con un mensage de la señora de Rubens para su hijo; pero reconociendo al artista, corrió á él y le entregó la carta. Rubens la abrió en aquel mismo instante y leyó:

«Querido hijo Pedro Pablo, abandona in-
«mediatamente la Italia y vuelve á los brazos
«de tu amante madre. Conozco que me quedan
«pocos dias de vida, y que no tardaré en ir á
«reunirme con tu padre á los pies de Dios. A
«los setenta años de edad, las mas leves enfer-
«medades son temibles, y la que yo sufro es
«grave y no perdona ni aun á los jóvenes; quie-
«ro decirte con esto que no me ocupo ya sino
«de la salvacion de mi alma, y que resignada
«á la voluntad de Dios, no le pido mas que
«una sola gracia en este mundo, la felicidad de
«volverte á ver, y abrazarte aunque no sea
«mas que una vez antes de morir. Si se digna
«concederme este favor, Pedro Pablo, moriré
«sin pesar, por que habré cumplido felizmen-
«te toda mi mision sobre la tierra. Tus herma-
«nas están casadas ventajosamente, y tus her-
«manos ocupan en el mundo posiciones cómo-
«das y honradas, donde se captan la estima-
«cion y el aprecio público... Y tú, Pedro Pa-
«blo, tú, mi amado hijo, has cubierto de glo-
«ria nuestra casa! Debo confesártelo, muchas
«veces mi corazon de madre ha palpitado de
«orgullo, cuando he oido hablar de tus traba-
«jos, admirados de todos, y de tu celebridad,
«tan grande y tan merecida! Empero mi ale-
«gria ha llegado al colmo cuando he sabido que
«no habias comprado esa gloria á costa de tu
«felicidad, pues eras tan dichoso como célebre.
«Vuelve, pues, á mis brazos, mi querido Ru-
«bens, vuelve pronto, para que tu madre pue-
«da abrazarte una vez antes de espirar, y darte
«la bendicion que te envia desde su lecho de
«dolor, esperando el dia en que vengas á abra-
«zarla.

MARIA PYPELINK, *viuda de Rubens.*

Caballos! caballos! gritó fuera de sí Rubens, y algunos instantes despues le arrastraba un coche como un torbellino hácia Amberes, porque derramaba el oro para apresurar la rapidez de la carrera..... Las diez de la mañana daba el reloj de la plaza de Amberes cuando llegó á su ciudad natal, y cuando el coche se paró delante de la puerta de la casa de su madre. Esta puerta estaba cerrada, y al rededor de la casa reinaba un lúgubre silencio que heló de espanto á Rubens. Llamó, y Blandina su hermana salió á abrir y se arrojò en sus brazos

llorando. Estaba vestida de negro.

—Madre mia! madre mia! esclamó Rubens.

Blandina le señaló el cielo.

—Oh! madre mia! ya no os veré mas, ni oiré vuestra voz; mis labios no besarán con respeto vuestra mano! Mi frente no recibirá vuestra bendicion! Desgraciado de mí!

Hubiera querido llorar, pero no pudo. Una mano de hierro apretaba su corazon; una pesada venda abrumaba sus ojos y su frente; creyó que iba á volverse loco.

Su hermana lo condujo á la alcoba de su madre y lo acercó al lecho en que habia exhalado el último suspiro.

—Aquí es, dijo, donde sus labios se cerraron para siempre pronunciando tu nombre, Pedro Pablo! Aquí es donde sus manos se estendian para bendecirte, como nos habia bendecido á nosotras.

Rubens se arrodilló y ocultó su rostro contra los pies de la cama, en cuya actitud y derramando amargas lágrimas, permaneció mas de un cuarto de hora, y cuando se levantó no pudo su hermana menos de sorprenderse y consternarse al ver sus facciones tan descompuestas.

—Donde reposa nuestra madre? preguntó.

—En la iglesia de la abadia de San Miguel, hermano mio.

Rubens se embozó en su capa y se dirijió silenciosamente á la abadía de San Miguel, evitando con cuidado las calles concurridas. Cuando llegó á la iglesia, se encaminó en derechura al presbiterio y se paró delante de una losa donde leyó el nombre de su madre. Prosternado y con los labios pegados en esta losa oró con fervor hasta que vino la noche. Entonces el abad de San Miguel, sabedor de su llegada, y que antes no habia querido turbar tan justo dolor, se aproximó á él y le invitó á que se retirara á descansar un rato, á fin de alejarlo de tan fúnebres lugares. Rubens se resistió al principio, pero acabó por ceder á la voz persuasiva y á la voluntad del anciano sacerdote, que habló en nombre de Jesucristo y de la autoridad que habia recibido de este divino maestro. Conducido, pues, por el abad al claustro, le suplicó Rubens que le concediera una celda como á los monges, y le permitiera pasar en ella algun tiempo

—Quizá, añadió, no abandonaré jamás estos santos lugares, y consagraré en ellos á Dios y al dolor el resto de mi vida.

—Hijo mio, replicó dulcemente el abad, mal secundariais la voluntad de Dios, renunciando á servirle por medio de los maravillosos dones que os ha concedido, y encerrándoos para siempre en un cláustro. Este asilo estará abierto para vos hasta que se haya mitigado vuestro dolor, que ahora es preciso respetar y dejar abandonado á si mismo; pero no penseis sepultaros en este claustro, porque faltariais á lo que debeis á Dios y á los hombres.

Cuatro meses transcurrieron, sin que en todo este tiempo hubiese salido Rubens una sola vez de la abadia de San Miguel. Triste, abatido, atormentado, no pensaba siquiera en sus pinceles, y no sabia hacer mas que orar y llorar. Un dia al entrar en su celda despues de haber asistido á los maitines, halló á dos personas que lo esperaban; eran estas su maestro Ottovoenius y el archiduque Alberto; el pintor se arrojó en sus brazos, y el príncipe le estrechó la mano afectuosamente.

—Ya has dado demasiado tiempo al dolor, dijo Ottovoenius, que contestaba con sus lágrimas á las lágrimas de su discípulo. Recuerda que perteneces á tu patria, á tu familia, á tu gloria! Es menester que dejes hoy mismo esta abadía y vuelvas á tomar tus pinceles...

—Y venir á mi corte, interrumpió el archiduque, porque hace seis años que os nombré mi pintor, y es justo que desempeñeis al fin los deberes de vuestro cargo, añadió con amable sonrisa.

—Permitidme que vuelva á Italia, monseñor. Agradezco infinito vuestras bondades, pero conozco que mi tristeza no tendrá consuelo sino lejos de Flándes.

—Ingrato! esclamó Ottovoenius; cómo, ¿quieres abandonar otra vez á tu patria? Quieres dar á la Italia una gloria que pertenece á la tierra que te vió nacer y donde reposan las cenizas de tus padres? Oh! si tu santa madre te oyese, diria: «Lo que acabas de decir es indigno de mí!»

Rubens miró á Ottovoenius con emocion, y fue á arrodillarse sobre la tumba de su madre, donde oró largo rato con fervor; en seguida quitándose del cuello la Madona de plata del Tasso, la depositó entre las reliquias amontonadas á los pies de una Virgen que se veia apoyada contra una columna encima de la piedra sepulcral, y volvió al lado del príncipe y de Ottovoenius.

—Haced de mí lo que querais, les dijo; me habeis hablado en nombre de mi madre y debo obedeceros.

Ottovoenius dió el brazo á Rubens; el archiduque se opoderó de su otra mano, y se alejaron los tres, no sin que una lágrima rodase lentamente por las megillas del artista.

«Cuando Rubens volvió á presentarse al público, refiere el licenciado Miguel, todos se apresuraban á tributarle los cumplimientos mas lisonjeros por su feliz regreso, y rendirle homenage á sus brillantes talentos, de que tan estraordinarias muestras habia dado, tanto en las cortes italianas, como en la de Madrid; porque antes de su llegada á los Paises Bajos, la fama de su nombre habia ya resonado en la corte del archiduque Alberto, en la ciudad de Amberes y en los paises vecinos.»

Largo tiempo deseado en la ciudad de Amberes, apareció sobre el horizonte de los Paises Bajos como una brillante aurora que presagia

la hermosura del dia que anuncia; todos se alegraron al volver á ver al ilustre artista que habia sabido captarse el afecto de los Papas, de los Reyes y de los príncipes; que con su vasta erudicion habia honrado á la patria de sus antepasados, que con su genio penetrante é infatigable se habia adquirido el justo título de segundo Apeles, y por último, que con su talento superior en la pintura prometia á la ciudad de Amberes y á todos los Paises Bajos el establecimiento de la brillante escuela flamenca.

Apesar de todas estas demostraciones de alegria y afecto con que fue acogido, no solo por parte de sus parientes y amigos, sino tambien de los principales personages de la ciudad, no se hallaba á gusto en Amberes, y hasta llegó á aburrirse en términos de quejarse amargamente de esta ciudad, porque no veia en ella á los Ticianos ni Correggios; esos hermosos cuadros que le servian de otros tantos manjares deliciosos para alimentar su genio, como los de la mesa de un príncipe sirven para satisfacer el apetito de los palaciegos.

Por otro lado el clima templado y benigno de Italia, á que ya estaba habituado, le agradaba mas que el crudo temperamento de Amberes, de modo que resolvió por segunda vez volverse á aquel delicioso pais, á pesar de las promesas que habia hecho al archiduque y á Ottovoenius.

Sabedores de esta resolucion los archiduques Alberto é Isabel, opusieron á ella un poderoso obstáculo, con tanto mas motivo cuanto que estaban informados de su gran capacidad para el gabinete, y de su sobresaliente genio para la pintura; por otro lado SS. AA. RR. no ignoraban la eleccion que el duque de Mántua habia hecho de la persona de Pedro Pablo Rubens confiándole una comision reservada para su hermano Felipe III, rey de España, la cual habia evacuado con tanta honra como gloria, y sabian tambien que su Magestad Católica habia manifestado delante de sus ministros y cortesanos su satisfaccion por la alta mision de que habia sido encargado Rubens cerca de su persona, pues le consideraba mas apto y digno que cualquiera otro caballero que el duque de Mántua hubiera podido enviarle.

Consideraciones de tanto peso no podian menos de obligar á SS. AA. RR. á guardar este raro tesoro para enriquecer su corte los Paises Bajos, y para la felicidad de sus súbditos, mandando á Rubens que pasase inmediatamente á Bruselas, en cuya corte recibió una acogida, como no la habia hallado en ninguno de los príncipes de Italia, pues los archiduques le pidieron un detalle de sus viages y de sus aventuras en las cortes de los príncipes donde se habia presentado, y principalmente de la de Madrid.

«Despues de esta amena é íntima conversacion, SS. AA. encargaron al hábil pintor que hiciera sus retratos, en cuyo intervalo pudieron persuadirle de que abandonase su resolucion de volverse á Italia, y lo agregaron á su servicio, señalándole una pension considerable y honrándolo al mismo tiempo con la llave de oro.

Los archiduques no fueron los únicos que temieron que Rubens permaneciese firme en su proyecto de pasar á Italia, sino tambien los ministros y demas personages de la corte, que pusieron de su parte lo que pudieron para separarlo de un propósito que podia privarles de la satisfaccion que recibian con su amena conversacion, con su elocuencia y demas dotes que tanto realzaban el mérito del hábil diplomático y del sobresaliente artista.

«Rubens tuvo sin embargo que hacerse mucha violencia para resistir á la atenciones de una corte que tan obsequiosa se mostraba con él; pero como por otra parte estaba convencido de que ya no le quedaba motivo plausible para oponerse á los deseos de los archiduques, accedió á ellos, si bien pidió á su vez la gracia de poder establecerse en Amberes, á fin de que la frecuencia de la corte no impidiese sus estudios y el ejercicio de la pintura, como los únicos encantos que su alma podia gustar en el mundo, y porque su única ambicion era pasar una vida dulce y tranquila, distante del bullicio de la corte, y perfeccionarse en su arte, sometiéndose no obstante á las órdenes de SS. AA. RR. en todos tiempos y lugares en que su mejor servicio lo exigiese.

Los archiduques, contentos con esta sumision á su voluntad, accedieron al mismo tiempo á la súplica de Rubens, que despidiéndose de SS. AA. y de toda la corte, tomó el camino de Amberes, llevando á sus parientes y amigos la agradable noticia de que la corte de Bruselas le habia retraido de su propósito de regresar á Italia, y que iba á fijar su domicilio en Amberes.

«La resolucion de Rubens fue tan séria que compró una casa muy espaciosa y la reedificó en gran parte á la romana, segun el plano que él mismo habia levantado, disponiendo en ella muchas salas muy vastas y cómodas, á fin de colocar en ellas la preciosa coleccion de cuadros y estátuas antiguas, bajos relieves, medallas y otra porcion de preciosidades artísticas reunidas á fuerza de tiempo, dinero y paciencia en los diferentes viages que habia hecho.

Este amor á las raras producciones de la antigüedad no se amortiguó en su corazon hasta el fin de su vida, pues por medio de un comisionado inteligente y fiel establecido en Italia, con quien sostenia continua correspondencia, hizo preciosas adquisiciones, aprovechando él por su parte todas las ocasiones favorables en los Paises Bajos para enriquecer su vasta coleccion.

«No solo adornó y embelleció con el mayor lujo su casa, sino que construyó en ella un espacioso laboratorio, al que conducia una escalera magnífica y cómoda para subir y bajar los grandes cuadros, como el paso mas frecuentado y necesario de su domicilio y profesion.»

A. C.

AL SUEÑO.

DEDICADO A MI AMIGO DON EDUARDO DE LUQUE.

Eres el árbol benigno
A cuya sombra se apaga
El ardor imponderable
Con que el corazon se abrasa.

Iris mágico de paz,
Con cuyo influjo se calma
La tormenta impetuosa
Que en el pensamiento brama.

Cendal que el sufrir envuelve
Bajo misteriosa gasa,
Cuna donde el pecho herido
Cual tierno niño descansa.

Y en el tránsito penoso
Que lleva cansada el alma,
Cruzando de la ecsistencia
La senda desesperada:

Eres el único asilo,
La mansion hospitalaria,
Donde toma nuevo aliento
Para seguir su jornada.

¡Oh sueño! cuanto te debe
El que vive en la desgracia,
Y un leve fulgor de dicha
Le niega su estrella infausta.

El que en su mente dolida
Ve levantarse enlutadas,
Memorias de un tiempo bello
Que el sol del amor dorára.

El que contempla su vida
Sobre el punto que resbala,
Y agudo dardo letal
En su corazon se clava.

Y que ya desesperado
Agitándose en sus ansias,
Maldice su negro hado;
Remedio á su mal no halla.

Por que perdió para siempre
La rica flor de esperanza,
Y en su lugar siente asidas
Del desengaño las garras.

¡Oh! ven, sueño, yo te invoco;
Ven, y con tu dulce magia,
Mis tristes párpados une
Y mis pupilas dilata.

Ven, y mi ardiente cerebro
Refresque tu brisa grata,
Donde brotan las ideas
Como en un volcan la lava.

Mas en vano te imploro; la amargura
No calma su terrible indignacion,
Y en un abismo de infernal tortura
Combate sin cesar mi corazon.

Siempre insomne, te pido con delirio
En tu blando regazo descansar,
Y al de mi pecho bárbaro martirio
Sabrosa tregua por momentos dar.

Pero tus alas al batir clemente,
Prodigando benéfico sopor,
Cenizas fueran al tocar mi frente,
Incendiada con fuego de dolor.

Deja, deja que apure del destino
La amarga copa que á beber me dá;
Desvelado sufrir solo es mi sino.
Reposo hallar en tí no puedo hallar.

JOSE M. JIMENEZ.

ANECDOTA HISTORICA

DEL TIEMPO DE LUIS XIV.

En la noche del lunes de Pascua de Resurreccion del año 1711 habia gran besamano en el palacio de Versalles. El Rey, que acababa de pasar una parte del invierno en Marly, en donde acostumbraba hacer la vida de un simple particular, habia manifestado su deseo de ver toda su corte reunida aquella noche, y ya puede suponerse que ninguno de los cortesanos dejaria de hallarse presente. Un inmenso concurso llenaba los salones y aguardaba la llegada de S. M.; la reunion se componia la mayor parte de antiguos cortesanos, un tiempo compañeros de Vardes y Lauzun, y que ahora se habian consagrado á la devocion y serias ocupaciones. Señoras, cuyos atractivos habian desaparecido hacia ya mucho tiempo, se hallaban tambien presentes, y aquello parecia enteramente el reinado de la etiqueta y del fastidio.

Sin embargo, en medio de tantas caras arrugadas, séquito adecuado de un monarca anciano y de un favorito de setenta años, veiase en un rincon de una sala, y semejante á un rayo del sol abriéndose paso por entre un cielo cargado de nubes, un grupo de jóvenes hermosas, cuyas facciones espresaban la alegria y el buen humor.

La que por su hermosura atraia la atencion de todos era la jóven duquesa de Saint-Cerest, viuda de veinte años, morena encantadora, de aire magestuoso, y que al reirse en aquel momento enseñaba la dentadura mas bonita del mundo. Una conversacion animada la ocupaba, asi como á sus jóvenes compañeras, que como ella, eran casi todas damas de la duquesa de Borgoña. ¿De qué estarian hablando?

Al hacer la duquesa un movimiento, descubrióse á su lado una cara, cuyos lindos ojos azules y hermoso pelo rizado, unidos á un aire de familia y á las miradas cariñosas que se dirigian, hubieran persuadido á un estraño que veia á una hermana menor de la duquesa. Sin embargo no era tal, y no tardó en descubrirse quien era, por la llegada de un page, que apresurado y sin aliento esclamó: »Señor marqués de Boufflers, venid pronto; ¿en qué estais pensando? El Rey llega ya, y el señor mariscal, vuestro padre, os busca por todas partes para presentaros á S. M.”

El grupo se separó para abrir paso á un jóven de unos quince años, vestido con la mayor elegancia, y que se esforzó cuanto pudo para ocultar bajo un aire marcial, la gracia infantil y casi femenina con que le habia adornado la naturaleza. Antes de seguir al page, saludó con galanteria á las damas, y cogiendo la mano de la duquesa, estampó en ella un estrepitoso beso, y le dijo:

—Querida y hermosa prima, os habeis divertido completamente esta noche á costa mia; pero os doy mi palabra de que pronto pienso probaros que soy un hombre.

Estas espresiones promovieron alguna risa, y un caballero de hermosa presencia, alto, de aire algo altanero, que podria tener unos treinta y cinco años, y se hallaba al lado de las damas, esclamó en voz bastante alta para que pudiera oirsele en todo el salon:

»Lindo mozalbete por cierto para darse aire de galanteador. Debieran volverle á mandar á su preceptor para que le diese unos cuantos azotes.»

El jóven Boufflers llegaba apenas á la puerta que daba en la galeria, cuando al oir estas palabras que habian escitado de nuevo la risa de los cortesanos, paróse, volvióse hácia ellos, y colocando sobre su cabeza su sombrero adornado de plumas, miróles con sangre fria y como provocándoles á desafio. Tenia puesta la mano sobre la guarnicion de su inofen-

siva espada de corte, cuando la voz del ugier anunció la entrada del Rey. Un silencio repentino penetró por toda la reunion, sin esceptuar á las jóvenes, y en pocos momentos todos se habian colocado en hileras en los sitios laterales del salon. Todos, menos el jóven Boufflers, á quien la cólera habia impedido fijase su atencion en lo que estaba pasando, y permanecia solo en medio del recinto vacio, en su actitud amenazadora, con el sombrero puesto, é insensible á cuantas señales le hacian para que se descubriese.

El Rey le observó y frunció las cejas; una tempestad iba sin duda á estallar. Dirigióse S. M. al momento hácia el jóven, y le dijo con tono severo: «¿Qué significa esto? ¿Quién sois? ¿Qué haceis aquí? ¡Quitaos el sombrero, caballero, quitaos el sombrero!»

El muchacho que por primera vez se veia en presencia de aquel monarca que inspiraba temor á sus mismos parientes, no pudo al principio vencerse y ocultar su sobresalto. Sonrojose, y obedeciendo al real mandato, tartamudeó algunas palabras confusas, y miró en derredor suyo en busca de algun apoyo. Pero ninguno parecia estar dispuesto á arrostrar el descontento real, confesando que conocia al delincuente, y si hubiesen podido manifestar sus ideas, hubieran dicho únicamente que ese jóven habia destruido para siempre su fortuna, al menos durante la vida del Rey.

En aquel momento el mariscal de Boufflers que habia estado aguardando á su hijo, al oir lo que estaba pasando, se abrió paso por entre la multitud, y llegándose al Rey le dijo: «Oh! señor, os suplico perdoneis á mi hijo! Aun está en el colegio de los reverendos padres jesuitas, en donde no ha podido aprender los usos de la corte. Confiado en vuestra bondad, esperaba presentárosle hoy. Perdonadle, señor; os ruego que le perdoneis.»

Ah! con que es vuestro hijo? contestó el Rey con mas afabilidad. Bien, señor mariscal; mas yo suplicaré al padre de Tellin que reconvenga en mi nombre á esos reverendos señores, por no enseñar mejores modales á sus discípulos.»

Examinando entonces al jóven Boufflers, añadió: «Sabeis, señor mariscal, que vuestro hijo tiene cierta cosa en el semblante que me recuerda á Lauzun? Me parece verle ahora tal como era cuando me fue presentado por primera vez, hará como unos cincuenta años.»

«Ah! señor, esclamó el jóven con vivacidad, si en algo me parezco al señor Lauzun, es en el mucho afecto que profesaba á vuestra Magestad.»

Esta contestacion agradó al Rey, que ya habia olvidado su mal humor.

«Tan jóven y ya adulador, dijo dándole un golpecito en la cara; vamos, voy viendo que los reverendos padres no han descuidado su educacion tanto como me habia figurado. Hijo mio, continuó, no necesitais buscar ejemplos brillantes fuera de vuestra familia, y estoy seguro de que los seguireis. Espero que á vuestro padre y á mí nos quedan aun bastantes años de vida, para veros principiar vuestra gloriosa carrera. Vuestras hermosas facciones denotan claramente que la sangre noble de los Grammonts corre por vuestras venas.»

Todas las miradas se dirigierou hácia la linda duquesa de Saint Cerest, que tambien era Grammont, y que sonrojándose de haber escitado la atencion parecia todavía mas hermosa.

«Pero, prosiguió el Rey, debeis tambien ser fiel y valiente; podeis responder por ambas cosas?»

«Señor, replicó el jóven con firmeza, mi apellido es Boufflers!»

Esta contestacion hizo una viva impresion sobre todos los asistentes. El anciano Boufflers bajó los ojos, pero era fácil conocer que su corazon rebosaba de orgullo paternal. Una lágrima corrió sobre su arrugada megilla; el Rey permaneció un momento silencioso y reflexivo; de repente alzó la voz y dijo:

«Caballeros, hace tres años que el mariscal de Boufflers defendió á Lila durante cuatro meses contra el príncipe Eugenio; dos años hace que salvó el ejército en Malplaquets. Por estos servicios le elevé á la dignidad de duque y par de Francia, y le nombré Gobernador general del departamento de Flándes. Es tiempo de que descanse, pues las armas no convienen ya á su edad ni á su nombre. Sé que entre vosotros hay muchos dignos de reemplazarle; pero creo que hay nombres privilegiados, y confieso que tengo fe en el de Boufflers; por cuya razon nombro, como sucesor de su padre, al marqués de Boufflers, Gobernador general de Flándes y particular de Lila.»

Estas palabras llenaron á todos de admiracion. Desde el principio del reinado de Luis XIV, no se habia dado ejemplar de semejante favor, pues este monarca no se habia apartado nunca del empeño que habia formado de no conceder jamás supervivencias.

El anciano mariscal se inclinó en silencio, no encontrando palabras para manifestar su reconocimiento por tan señalada distincion. El Rey le alargó la mano y le dijo: «Nada de gracias, mariscal, me sirvo á mí mismo. Sabia muy bien al escojer á este jóven, que vos no le entregariais el gobierno, hasta que conocieseis que era capaz de reemplazaros. En seguida besó al jóven Boufflers en la frente, y siguió paseándose y hablando en voz baja con el mariscal, que desde el tiempo de la famosa campaña de Compiegne en 1697 (en donde habia tenido el honor de arruinarse para recibir la visita de la familia real) no habia disfrutado nunca de tanto favor. En cuanto á su hijo, era por supuesto objeto de la atencion de todos los cortesanos; los hombres le miraban con admiracion, y las damas le reservaban todos sus favores. Ya no

era aquel niño que á la mañana siguiente debia ser reconvenido por los jesuitas. Era un jóven de brillante porvenir, altamente favorecido del Rey, y honrado con el ósculo real.

Debe decirse en honor de la verdad, que el mozalvete como se le habia llamado desdeñosamente, no pudo recibir tan distinguida prueba de regio favor sin algun sentimiento de orgullo, máxime en el momento en que le habian ridiculizado tan cruelmente, y la espresion desdeñosa y altiva de sus hermosos ojos manifestaba cuan grande era su triunfo.

Apenas el Rey se hubo retirado del salon, el jóven Boufflers echó una mirada en derredor suyo, y acercándose apresuradamente á un caballero jóven de buena talla y altanera presencia, le tocó en el codo por no alcanzar mas arriba y le dijo:

«Desearia hablar con el señor duque de Coigny.»

«Estoy á vuestra disposicion, marqués de Boufflers,» contestó el duque friamente. «¿En qué puedo serviros?»

«En mucho! hacedme el favor de seguirme al hueco de aquella ventana. Se retiraron y prosiguió: «Ahora decidme, ¿os parece que el gobernador general de un departamento es igual á un duque?»

«Seguramente, y tambien mucho mas, su superior,» replicó el duque con la misma frialdad.

«En este caso, veo no tendreis inconveniente en hacerme el favor de darme mañana una satisfaccion.»

«Oh! dijo el duque que conservaba aun su aire de menosprecio, conozco demasiado lo que os debo, señor marqués! vuestro rango es superior al mio!»

«Y si quiero dejar á un lado esta consideracion?» contestó el jóven con impaciencia.

«Perdonadme; pero sin serios motivos que puedan autorizar la querella...

«Tengo muchos para desafios.»

«¡De veras! me sorprendeis,» dijo el duque con fingida sencillez y divirtiéndose al ver la cólera de su jóven adversario.

«Acabais de hablar de mí de un modo muy insolente.»

«¿Y que mas?»

«¿Qué mas? estais enamorado de mi prima, madama de Saint-Cerest.»

»Y es esto todo!?»

«¡Cómo, todo! ¿Os mofais de mí? cuidado con lo que hablais!»

«De ningun modo, os lo aseguro.»

«Pues bien, mañana al amanecer pasaré á buscaros á vuestra casa.»

«Oh! dispensadme; nunca acostumbro á levantarme tan temprano; si os es indiferente, lo dejaremos para las once, ó si preferís para despues de comer.»

Esto era matar al jóven Boufflers, que sabia muy bien que á la mañana siguiente tenia que volver al colegio de los jesuitas. Su amor propio no le permitia alegar esta razon, se debanaba los sesos para hallar un medio de adelantar el desafio, y seguramente que si se le hubiese ocurrido que un bofeton podia adelantarlo, no hubiese titubeado en saltar sobre una silla para alcanzar la cara del irónico duque, que aumentó su confusion diciéndole sencillamente:

«No os olvideis de que os acompañen vuestros testigos.»

«Mis testigos,» pensó el muchacho. Esta era otra dificultad. ¿Dónde habia de hallarlos? ¿Sus condiscípulos? Le parecia demasiado ridículo valerse de ellos, ¿Los amigos de su padre? Era muy probable que se lo fuesen á contar. Al fin se le presentó una idea luminosa que le llenó de orgullo.

«Caballero, contestó con dignidad, vuestros testigos lo serán mios, y mañana á las diez en punto estaré en vuestra casa.» Ya encontraré alguna escusa, pensó, para no volver al colegio por la mañana. Monsieur de Coigny se inclinó con gran ceremonia, y contestó con una sonrisa casi imperceptible:

«Muy bien, marqués, entonces hasta mañana á las diez.

En aquel momento la alegre duquesita de Saint-Cerest se acercó á ellos diciendo: El Rey se ha retirado ya á su aposento, ¿quién me quiere acompañar hasta mi carruaje?

Los dos rivales corrieron hácia ella, pero el duque ganó la victoria, pues el pobre Boufflers se vió detenido por un caballero bastante corpulento, que justamente pasaba delante de él. Era su padre. El anciano, habiendo reconocido á su hijo, le cojió la mano y le dijo en voz bastante clara para aumentar la humillacion del muchacho:

«Vamos, Enrique, es menester que nos volvamos á París; recuerda que mañana temprano tienes que volver al colegio.

II.

A las once de la mañana siguiente, la duquesa de Saint-Cerest acababa de levantarse y estaba en su gabinete, cuando la anunciaron que su primo deseaba verla. Mandó le hiciesen pasar adelante, y entró el jóven en un estado de agitacion indecible.

«¿Que hay? ¿qué ha sucedido, Enrique?» preguntó la duquesa.

«Mandad que salgan vuestras doncellas, tengo que hablaros» contestó con voz casi imperceptible.

La duquesa se sonrió é hizo seña á sus camareras para que saliesen. Apenas habian cerrado la puerta, esclamó Boufflers:

«Salvadme, querida, salvadme!»

«Dios mio! ¿qué peligro os amenaza, y cómo estais aqui á estas horas sin vuestro ayo? Os creia en el colegio hace ya tiempo. Vamos, Enrique, contadme todo lo que hay», di-

jo la duquesa con calma, haciéndole sentar á su lado.

«El colegio! ¡Esta mañana! Oh! no me hableis mas de colegio! ¿Sabeis, prima, que el duque de Coigñy es el caballero mas desleal que se puede dar?»

«¿De veras? ¿pues qué ha hecho?»

«¿Qué ha hecho? Habeis de saber, prima, que debiamos batirnos esta mañana hasta que uno de los dos cayese muerto. Era asunto arreglado entre los dos. Debia pasar por su casa á las diez. Lo creereis, prima? ha faltado á la cita.»

«Es posible!»

«Es una vergüenza, ¿no es cierto? Pero yo proclamaré por todas partes que el duque de Coigny es un cobarde. Escribiré un cartel, y firmado por mí lo fijaré en la puerta de su casa, para que todo el mundo lo vea, y tendrá que darme una satisfaccion.»

«Merece ciertamente que le trateis de esa manera; dijo la duquesa haciendo los mayores esfuerzos para conservar su gravedad, estais entonces furioso contra él.»

«Yo le arrancaré la vida!»

«Pobre duque! pero ¿en qué os ha ofendido?»

«En qué! Pues no se atreve á estar enamorado de vos?»

«Os lo ha dicho él?»

«No, pero yo lo he adivinado, y os aseguro que es cierto.»

«Mas, Enrique, no veo que esta sea razon suficiente para que le mateis, ni para que os vengais aquí en este estado de agitacion y como si tuvieseis un ejército en perseguimiento vuestro.»

«Porque no sabeis, que para batirme con ese duque aleve, tuve que huir de la casa de mi padre, mientras mi ayo estaba aun durmiendo, y que en este instante me estarán buscando por todas partes.»

«Oh! á la verdad que esto ya se va haciendo serio.»

«Cuando salia de la casa de Coigny, donde habia estado una hora aguardando que al señor duque le diese la gana de volver, la primera persona á quien encontré fue á mi ayo.»

«Y os vió?»

«Francamente no lo sé. Al momento recurrí á mis piernas, y como me sirven mejor que á él las suyas, creo que no me agarrará tan pronto.»

«¡Qué ocurrencia! Pero ¿qué dirán los reverendos padres cuando vean que no volveis?»

«Que digan lo que quieran. Ya no soy un niño, soy un hombre, y lo que es mas, uno de los primeros nobles del reino. El mes que viene cumpliré quince años. Querida prima, dependo enteramente de vos; ocultadme, no permitais que me encuentren.

—Lo haria con mucho gusto, Enrique, pero ¿creeis que seria prudente? consideradlo bien. Vais á cumplir quince años, sois gobernador de un departamento! Todo esto pudiera comprometer mi reputacion.»

«¡Os parece así!» Contestó el muchacho inocentemente, y quedándose pensativo.

A este punto de la conversacion, la hermosa duquesa viendo la impresion que sus palabras habian causado en el corazon de su primo, y lo serio y meditabundo que se habia quedado, no pudo ya contenerse y dió rienda suelta á la risa que habia detenido tanto tiempo. Boufflers admirado y confundido no sabia si ofenderse ó no de la alegria de su prima. Mas como la duquesita seguia riéndose, con tanto mas motivo cuanto hasta entonces habia tenido la mayor dificultad en reprimirse, se resintió su amor propio, y levantándose con ira, cruzó la habitacion y fue á esconderse en el hueco de una ventana, de modo que no pudiese ver á su bonita pero frívola prima. Esta, compadecida de su enojo y despues de haberle hablado cariñosamente sin recibir contestacion alguna, acercóse á él y tomándole la mano, que trató de retirar, le dijo con dulzura:

«Querido Enrique, ¿estais enojado conmigo?»

Estaba demasiado agitado para contestar inmediatamente, ademas queria ocultar á su prima las lágrimas que bañaban su rostro, pero no pudo resistir la presion de aquella linda mano, y sonriéndose enmedio de su llanto, volvióse y la dijo con espresion de cariño: «Oh no, ¿puedo enojarme con vos?»

La ventana en donde se hallaba el jóven, caia sobre el jardin; estaba abierta, y daba paso á la fragancia de las lilas y á la música de las avecillas que disfrutaban de una hermosa mañana de Abril. Sea que hubiese alguna influencia misteriosa en la atmósfera perfumada, unida al modo cariñoso con que la duquesa trataba de calmar la herida sensibilidad del susceptible muchacho, ó que se hubiese propuesto principiar aquel dia su carrera de amor y galantería, pensando que únicamente le faltaba un lance amoroso para ser un caballero completo, el jóven Boufflers se echó á los pies de su prima del modo mas apasionado, cuando de repente abrióse la puerta, y un hombre de edad mediana, vestido de abate, descolorido, la peluca desgreñada y el semblante inquieto, entró precipitadamente en la habitacion esclamando:

«Ah! por fin os he encontrado! Esta vez, señor marqués, no os escapareis.»

Era el ayo del jóven Boufflers, que habia recorrido todo París en busca de su pupilo. En el momento que le vió, temiendo sin duda que se le volviese á escapar, le cogió del brazo y procuró sacarle fuera del cuarto.

«Venid, señor marqués, le dijo con tono medio de mando, medio de súplica, el carruage os aguarda para llevaros al colegio. Ve-

nid pronto si quereis llegar á tiempo para la leccion de griego, que sabeis principia á la una en punto. Señora duquesa, unid vuestras súplicas á las mias para persuadir al marqués que vuelva con tiempo para la leccion de griego.»

Desgraciadamente para el pobre abate, la hermosa cuya asistencia imploraba, tenia demasiada dificultad en contener la risa, escitada por este nuevo incidente y por su ridícula persona, para atreverse á abrir la boca. Considerando, pues, el caso como desesperado, por negarse enteramente el marqués á dejar la habitacion, el abate llamó á un robusto lacayo que habia dejado á la puerta como medida de precaucion.

«Aquí, le dijo, coged al marqués con todo el respeto conveniente y llevadle al carruage.»

«Oh! mi querido abate, gritó el jóven, os suplico me concedais una hora mas; despues os seguiré, os lo prometo. Vamos, sois siempre tan condescendiente... No podreis rehusarme este favor, estoy seguro de ello.»

Mas el abate se negó cruelmente á dejarse persuadir. Enrique viendo desvanecerse á toda prisa todos sus sueños de amor y guerra, principió á patear y alborotar; pero reportándose dijo:

«Pues bien! supuesto que sois inexorable, dejadme al menos escribir una esquela que la duquesa tendrá la bondad de mandar. ¿No es cierto, prima? Escribiré al duque y le diré que iré á verle tan pronto como salga del colegio. Qué desgracia! Nunca os lo perdonaré, señor abate, sois un mal alma!

Pero el abate que acababa de mirar su reloj, y vió con terror que se habia pasado la hora, hizo una seña al forzudo lacayo, y antes que la duquesa pudiese intervenir, el pobre Boufflers, llevado en brazos como un niño, encontrose sentado en el carruage, su ayo á su lado, y oyó dar la órden al cochero: Al colegio de los jesuitas.

Los caballos salieron á todo escape. Al ir á salir fuera de las puertas del palacio de la duquesa otro carruage entró rápidamente. El abate reconoció al que le ocupaba, y esperando distraer el pesar de su pupilo, dijo, ¡Ah! ahí vá el duque de Coigny.

Boufflers dió un salto, y á no haberle agarrado su ayo se hubiera tirado del carruage.

Por fin pasaron. Introdujeron al marqués en el interior del colegio. Al tiempo de pasar por la terrible puerta, á cuyos umbrales habia de deponer todo privilegio de rango y fortuna, olvidar todas sus ilusiones y esperanzas, y volverse otra vez al igual de trescientos alumnos escogidos en todas las clases de la sociedad, sintió su corazon desfallecer. Oyó el reloj del colegio dar la una y media, y una voz que pronunció estas palabras:

«Marqués de Boufflers, hace cinco horas que debierais estar aqui, y el provincial desea veros.»

Estas espresiones hicieron olvidar al muchacho no solamente su resentimiento contra su preceptor, sino al duque de Coigny y á su linda prima. Miró con ansia en derredor suyo para implorar el apoyo del abate; pero este, temiendo alguna reconvencion del provincial por no haber vigilado bien á su pupilo, ó no queriendo apoyar las escusas falsas que acaso este tuviese á bien dar, se habia prudentemente retirado, y dejado al pobre jóven para que solo sufriese todo el peso de la tempestad.

Despues de algunos momentos de terror, se reanimó su espíritu, no dudando que los sucesos de la noche anterior eran suficientes para hacer su persona sagrada y guardarle de todo peligro; fundado en esto se presentó con bastante serenidad al provincial, que ocupado en ciertos negocios con algunos padres, parecia no haber notado la presencia del jóven, á quien tan continuado silencio habia desconcertado todo su valor. Por fin el provincial, sin alzar la cabeza dijo: «Señor marqués de Boufflers, creo tendreis la bondad de decirme porqué no habeis entrado esta mañana en la clase á la misma hora que vuestros compañeros.»

Enrique que habia esperado una descarga de reconvenciones se vió perplejo para contestar á una pregunta tan fria y tan precisa. A cualquiera otra persona que se la hubiese dirijido, hubiera contestado con orgullo, que á nadie tenia que dar cuenta de sus acciones, ó acaso hubiese dicho que se habia visto comprometido en un desafio, ó que habia pasado la mañana con una hermosa dama, ó tambien que era gobernador general de Flándes, y por consiguiente dueño de disponer de su tiempo á su antojo. Pero, ¿cómo podria dar ninguna de estas contestaciones á los miembros de una sociedad religiosa que consideraba con tanto respeto, y que ademas pudieran haber impuesto alguna penitencia al nuevo gobernador general? Perturbado con estas dificultades el pobre jóven solo pudo articular algunas palabras incoherentes.

«No oigo lo que decís, dijo el provincial pausadamente, ¿tendré que repetiros mi pregunta?»

Boufflers, avergonzado ya de su confusion contestó resueltamente:

«Padre, confieso que he faltado, pero como no puedo contestar con franqueza á la pregunta que me habeis dirijido, os suplico me dispenseis el que guarde silencio.

Esta contestacion era la de un caballero y no la de un estudiante, y el mismo Boufflers se admiró de ella. Sin embargo, mucho mayor fue la sorpresa del provincial: le miró friamente con una espresion muy particular, y tocó una campanilla que estaba encima de la mesa.

Presentóse á la puerta un hermano lego.

«¿Es esto cuanto podeis decir?» preguntó el provincial.

Boufflers se inclinó afirmativamente.

«Mejor hariais en considerarlo un poco; os doy todavia cinco minutos.» Le enseñó el reloj y volvió á escribir. Los padres que rodeaban la mesa habian permanecido todo este tiempo en un profundo silencio, no pareciendo siquiera notar lo que estaba pasando. Aquel mortal silencio, aquellas cabezas calvas, encorvadas é inmóviles como estátuas, inspiraron á Enrique un estraño terror. Permanecia con los ojos fijos en el reloj, conjeturando lo que podria suceder al cabo de los cinco minutos, cuando la voz del provincial le sacó de su meditacion.

«Han pasado los cinco minutos. Mandad subir al padre Arsenio.»

El padre Arsenio era la persona destinada á imponer el castigo corporal á los niños. Al oir aquel nombre terrible, el jóven tembló, y sus mejillas, al principio cubiertas de un hermoso carmin, se cubrieron de una palidez mortal.

«Padre, dijo, espero que no es para mí que habeis mandado llamar al padre Arsenio. Sabeis que ya no soy un niño; tengo quince años. Imponedme cualquier otro castigo, me someteré á él sin murmurar; pero por compasion, padre, no me impongais ningun castigo vergonzoso.

En aquel momento presentóse á la puerta un hombre con semblante cruel, armado con el instrumento del castigo. Boufflers se estremeció y ocultó el rostro en las manos; pero recordando la eminencia del peligro, renovó sus súplicas.

«Perdon, padres: ya que lo exije el provincial, lo confesaré todo; por Dios! mandad salir á ese hombre.»

«Es demasiado tarde,» contestó el provincial con voz severa.

«Demasiado tarde! Oh! no, reverendos padres, no es tarde si quereis atender á mis razones. Solo os pido algunos momentos. Os lo suplico. ¿No sabeis qne he sido nombrado por el Rey, gobernador general de Flándes y particular de Lila! Ya veis que no se me debe azotar. Seria deshonrar los cargos que me han sido conferidos. Se ofenderia el Rey. Os ruego me perdoneis! ¡no es asi! ¡Oh cielos! ¡ninguna contestacion! Padres, mis queridos padres, ayudadme á persuadir al provincial!»

El pobre muchacho iba de un lado á otro acongojado, implorando á cada uno de los presentes, con tal aire y acento de aflixion, que hubiese conmovido al corazon mas empedernido. Suplicó, lloró, amenazó alternativamente. Por fin, ahogado por el llanto, exhausto por la violencia de su dolor, cayó casi sin sentido á los pies de sus jueces. A pesar de la frialdad y rigidez de aquellos hombres, no pudieron menos de conmoverse de su desesperacion, y hasta el padre Arsenio dejó caer el terrible instrumento del castigo. Mas el inexorable provincial le recordó su deber con una mirada, recogiolo, y puso las manos sobre la víctima que trató debilmente de desasirse de sus garras. Fue en vano; oyóse el sonido de las disciplinas, mezclado con estas esclamaciones, proferidas entre ahogados sollozos: «Gobernador general de Flándes! Gobernador de Lila!» Infeliz jóven! No era su dolor menos agudo que el de aquel romano que, sentenciado á sufrir el género de muerte de los esclavos, esclamaba esperando bajo la vara de los lictores. «¡Soy romano y ciudadano!»

Cuando concluyó el castigo, oyóse un ligero golpe en la puerta.

«Podeis entrar», dijo el provincial.

Un hermano lego entró, y dirigiéndose con sumision al provincial:

«Dos personas en el locutorio desean ver al marqués de Boufflers.»

«¿Quiénes son?»

«El duque de Coigny y la duquesa de Saint Cerest.»

Aunque pronunciados en voz baja, el desgraciado muchacho oyó los nombres. El sonido de sus risotadas, pareció resonar en sus oidos, como si el tañido fúnebre de las campanas anunciase la agonia de su amor y orgullo. Sintió su tierno corazon destrozarse, y cayó sin sentido en el suelo.

Tres dias despues un carruage con las armas de Francia, entraba en el palacio del mariscal de Boufflers. Un caballero que venia de parte del Rey deseaba verle.

«Mariscal de Boufflers, dijo, el Rey ha sabido la enfermedad de vuestro hijo y lo que la ha causado. Ha dirigido una severa reprension á los reverendos padres, y me ha encargado viniese á informarme de la salud de vuestro hijo, y manifestaros cuanto se interesa por él.»

Las lágrimas ahogaron las palabras del desdichado padre. Condujo en silencio al mensagero del Rey á otra habitacion enlutada, en la que un caballero jóven y una señora velaban al lado de un lecho mortuorio. El caballero era el duque de Coigny; la señora, la en otro tiempo alegre duquesa de Saint Cerest; el difunto.... ¿Necesitamos acaso nombrarle?

«Caballero, dijo el desventurado padre, con voz ahogada por el llanto: dad mis mas espresivas gracias á su Magestad, y decidle que ya puede disponer de las dignidades de Gobernador general de Flándes y particular de Lila. El que debia disfrutarlas despues de mi muerte, ya no existe, y pronto le seguiré!....

Y efectivamente, antes de concluirse el verano, el infeliz padre descansaba al lado de su adorado hijo!!

ELISA GATTEBLED DE SANTA COLOMA.

UN RECUERDO.

MEDITACION.

 lzóse un dia en el verjel del mundo,
Y encantadora y pura en él vivió;
Mas sopló el cierzo, y arrancó iracundo
De su existencia la agostada flor.

—

Solo quedan sus áridos despojos;
Que sus galas, encanto del pensil,
Del dolor desgarraron los abrojos,
Y mústia y deshojada yace aquí.

—

Como el de un ángel cándido y hermoso
Era su rostro que animó el placer,
Y su pecho inocente y candoroso
Templo de amor y de ilusiones fue.

—

Murió inocente, se estinguió su vida
Cual se estingue la llama de una luz;
Y de la vil materia desprendida,
Se alza del cielo á la region azul.

—

Y del mundo las gracias se alejaron
Que á su pura existencia sonreian,
Y al cielo sus ensueños se elevaron,
Porque del cielo descendido habian.

—

Lecho apacible de fragantes flores
Es la tumba en que duerme la beldad;
Del mundo allí no suenan los rumores,
Y todo en ella es calma y dulce paz.

Y de la luna al rayo que partido
Entre las hojas cruza del ciprés,
Al ángel de los sueños adormido
Sobre la loza sepulcral se vé.

—

Y no turba jamás de humano acento
Aquel recinto la doliente voz;
Allí tan solo del tranquilo viento
Suena la melancólica cancion.

—

Yo en su sepulcro, bardo peregrino,
Los dulces sueños de mi amor canté;
Canté las que me roba mi destino,
Ilusiones hermosas de mi bien.

—

Y mil veces del valle repitieron
Los apacibles ecos mi cantar;
Y las memorias gratas me trajeron
De dias puros que pasaron ya.

—

Dias risueños en que ví tranquilo
A mis ojos abrirse el porvenir,
Y de mi pecho en el sagrario, asilo
A los amores de una hermosa dí.

—

Mas ¿por qué recordar mejores dias
Si cual humo mi bien se disipó?
En la tumba dormid, memorias mias;
Mi corazon os da su último adios.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

Madrid.—1850.

RIO JANEIRO.



El sitio en donde está edificado Rio Janeiro, era conocido entre los indios de aquellas regiones con el nombre de Ganabara. Hácia el año de 1555, se establecieron en él unos franceses protestantes; pero á poco fueron espulsados por los portugueses, que construyeron algunos fuertes, conociendo la importancia de aquella posicion, tal es el origen de esta ciudad, á la que se le puso por nombre S. Sebastian, alcanzando en poco tiempo un estado floreciente. En 1711 se apoderó de ella el almirante Dugnay-Fronin, pero vuelta á poder de los portugueses multiplicaron tanto sus fortificaciones, que en la actualidad se halla á cubierto de todo ataque. El estenso comercio que hacia y su importancia bajo todos aspectos, hizo que en 1763 se la erigiese en capital del Brasil; pero su verdadero esplendor lo tuvo desde 1808 con la llegada de la familia real de Portugal, y principalmente desde que en 1820 se constituyó el Brasil en imperio independiente de Portugal.

El nombre del Rio-Janeiro lo ha tomado de su bahia: dióse á esta el de *rio* á causa de que ofrece primero la apariencia del embocadero de un rio, y el de *Janeiro* (Enero) porque fue descubierta en este mes. La bahia principia á estenderse enfrente de la ciudad, y tiene unas 5 leguas de ancho, y 6 de seno de N. á S. Contiene multitud de pequeñas islas, entre las cuales se nota la del Gobernador, que es la mayor de todas. La entrada está defendida por el fuerte de Sta. Cruz al E. y por las baterias de S. Juan y de S. Teodosio al N., situadas una enfrente de otra: el paso que queda es de unos 600 pies de ancho, y está dominado por un fuerte construido en la isla baja de Lagem, situada casi en el centro del paso. Las defensas mas importantes del interior de la bahia son los fuertes del Villegagnon y das Cobras, levantados sobre pequeñas islas. Todos los viageros están acordes en elogiar las orillas de esta bahia, limitada por elevados montes cubiertos de lozana vegetacion y de muchas y deliciosas quintas que terminan diversamente en punta y en escarpadas cúpulas de formas las mas pintorescas. Respírase un aire apacible, su atmósfera es despejada, y las brisas traen envuelto el perfume de los limoneros, naranjos &c. que tapizan los declives de las alturas.

Rio Janeiro ó S. Sebastian, es corte del Emperador, residencia de las primeras autoridades del Gobierno, y sede de un Obispo. No obstante de que las calles de esta capital estan generalmente enlosadas, se ven sucias, y mal alumbradas de noche. Casi todas las casas tienen dos pisos, sus fachadas son estrechas, pero en el interior son muy capaces, y estan construidas de granito y cubiertas de tejas: muchos de los segundos pisos son de madera. La obra mas notable es el acueducto del Corcovado; los demas edificios públicos nada tienen que llamen la atencion del viagero. Esta ciudad se divide en siete parroquias, y tiene tres conventos de frailes, dos de monjas, tres hospicios, dos hospitales, un seminario, un Liceo, una Academia de Bellas artes, y otros establecimientos, que como hemos dicho, llaman poco la atencion por sus edificios.

Pero cuanto falta en Rio Janeiro y ordinariamente en el Brasil como producto del arte, lo suple con ventaja la naturaleza; y nada hay mas pintoresco, mas risueño, que la costa y la entrada de Rio Janeiro. Veamos la descripcion que hace M. Arago en sus viages.

«Dibujo la costa; su riqueza por todas partes es asombrosa, y me afano con un celo casi religioso para reproducir sus contornos caprichosos y variados con toda la fidelidad posible. La entrada nos es señalada por dos pequeñas islas; una de ellas se llama isla *Redonda*, sin duda porque es cuadrada; entre estas dos islas todo buque puede atrevidamente tomar paso. Hé aquí el *pan de azúcar*, agudo, rápido sin verdor; es el pie de un gigante que debe servir de punto de vista á los navegantes.



VISTA DE RIO-JANEIRO.

La cabeza está allá bajo al oeste de la rada; cabeza bien dibujada, con su frente descubierta; su cabellera parece un bosque frondoso, su ojo una gruta húmeda, su nariz un pico huesoso, y su barba es deprimida: luego sigue el cuello que es figurado por un ancho valle, despues los pectorales dominando una roca tallada en forma de espalda y de brazos, luego el abdómen, el muslo, la rodilla, la pierna, y por último el pan de azúcar que dibuja el pie; es un verdadero gigante echado de espaldas, mas ó menos largo, segun la posicion del buque, pero siempre tallado como si lo hubiera hecho un escultor. No sabré recomendar demasiado á los capitanes de embarcaciones la vista tan feliz y singular de esa cadena de montañas, para que no puedan equivocar la entrada de la inmensa rada, que el pie del gigante indica de un modo mas exacto y preciso que pudiera hacerlo un faro.

La alegria está pintada en todos los semblantes, la avidez en todas las miradas; todo el mundo está en pie, curioso, atento, menos Petit y Marchais que están sentados al pie del palo mayor, encogiéndose de hombros de la lástima que les causa nuestra admiracion y nuestra impaciencia. Nubes de mariposas de mil colores juegan entre las jarcias; rivalizan entre ellas por la variedad y coquetería, resisten á la brisa de mar que las rechaza, y penetran con nosotros en el golfo donde han nacido. Estos nuevos huéspedes son respetados como las hermosas aves de la víspera, y saludamos por último, bordo contra bordo, esa tierra del Brasil, en la que el Atlántico se ha franqueado un paso como para dar asilo á los buques que acaba de atormentar.

La entrada queda pronto salvada; penetramos en la rada; ¡qué espectáculo tan encantador! Ni la soberbia Génova, con sus palacios de mármol y sus jardines aéreos; ni la risueña Nápoles con sus limpias aguas, su Vesubio y sus villas tan lozanas: ni la rica Venecia con su arquitectura morisca y sus cúpulas cinceladas; ni aun el Bósforo con sus eminentes cúpulas, sus kioskos y sus minaretes hasta las nubes, ofrecen á la vista asombrada un panorama mas magnífico. A la derecha, á la izquierda, á nuestro frente, á nuestras espaldas, una naturaleza poderosa ostenta sus coquetas riquezas de todo el año; árboles de una sorprendente altura, islas alegres, sembradas por decirlo así en toda la estension de ese charco de agua cristalina, sobre el que pasan y repasan millares de mariposas viajeras, grises, amarillas, encarnadas, abigarradas: un cielo mas elevado, poblado de papagayos chillones y de elegantes cotorras, de goëlands y de enjambres numerosos de tímidos *pájaros moscas* que se tomarian por abejas si no fuesen vendidos por el oro, las esmeraldas y los rubíes de su plumaje; y despues embocaduras dominadas por iglesias de caprichosa arquitectura; deliciosas habitaciones esparcidas acá y acullá, medio ocultas en cierto modo por los plantíos de palmeros y de anchos parasoles, de plátanos, y ademas millares de piraguas que van de una *praya* á otra lanzadas por la corta *pagaya* del negro esclavo, que aulla su canto nacional para animar su valor y pujanza: tambien ves aquí un bosque de palos y pabellones de todas las naciones del mundo, una ciudad grande y hermosa, un soberbio acueducto que la domina y alimenta; en lontananza se ven, como si fuera una barrera poderosa puesta para contrarestar las invasiones del Atlántico, se ven, decimos las *montañas desorgues* con sus agujas tan puntiagudas y tan regulares que se podria decir que es obra de los hombres. ¡Oh! todo esto es magnífico, imponente, encantador, todo esto no puede describirse, bastante es poderlo admirar.

Apenas se llega á un pais nuevo, que todo se quiere ver, estudiar, conocer; los rios y sus ocultas riquezas, la tierra y sus tesoros, el hombre y sus costumbres. Se teme que falte semejanza, ó ánimo, ó paciencia: ¡tan rápidas pasan las horas cuando se estudia y se medita!

Hé aquí pues el Brasil, tierra feraz entre las mas feraces del globo; casi se podria decir que es una naturaleza distinta de todas las demas, una verdadera naturaleza privilegiada. Para enriquecerse, la codicia no tiene mas que escudriñar el suelo; para vivir, el hombre no tiene mas que respirar, porque la brisa de mar que sopla por la mañana os da fuerzas contra el calor del dia; y el viento de tierra que ha atravesado las altas montañas del interior, os hace olvidar por la noche la temperatura de una zona sofocante.

Muchos peces nadan aquí en los rios; demasiadas aves pueblan la atmósfera; demasiado fruto pesa en los árboles; demasiados insectos se introducen en la yerba. Aquí las montañas ocultan piedras preciosas, los arroyos arrastran pajitas de oro, y diamantes tan hermosos como los de Colconda. En el Brasil no hay de esas enfermedades epidémicas ó contagiosas que diezman las poblaciones y cuyo solo recuerdo es un azote.

Si os agrada una vida indolente y tranquila, si para vos el descanso es la felicidad; suspended vuestra hamaca á los troncos escamados de los palmeros, ó buscad una suave habitacion cerca de la playa herida por la perezosa ola: mas, si temeis la monotonía de los placeres exentos de variedad, permaneced en vuestra casa, envejeced en ella; porque en el Brasil, cada mañana de víspera es igual á la del dia siguiente; y creeriais que la nube que pasa hoy sobre vuestra cabeza, es la nube que vino ayer á protejeros con su sombra ó á refrescaros con su rocío.

En el Brasil se diria que esa naturaleza fuerte y vigorosa que pesa sobre el suelo, es la

misma de siglos pasados, sin que nunca se renueve. Ella es verde, abigarrada y risueña; es una riqueza continua; es un suave perfume; es un silencio misterioso que penetra el alma y la mueve al delirio; es una quietud que descansa sin enervar; es un medio soñar y un medio despertar; se siente penetrar dulcemente la vida por los poros, se aspira el aire, se deja uno ir muellemente al descanso del sueño, como si el dia proviniese del cansancio, y uno se adormece á los gritos y á los silbos agudos de los insectos y de los colibris, como á un celeste concierto que no muere sino mucho tiempo despues de haberse ocultado el sol en el horizonte.

Creo os he hablado del acueducto, que saliendo del pie vírgen del Corcovado, baja y serpentea de colina en colina, conserva fresca y limpia el agua que ha recibido en su orígen, y alimenta la ciudad entera. Mi primera visita será hoy para su acueducto y voy á seguirle en todas sus sinuosidades.

De lejos, se puede tomar por una obra de los romanos en tiempo de su esplendor; pero despojándose de toda prevencion, no se ve sino un trabajo de paciencia y de utilidad pública; la corriente de agua llega á una colina vecina, con ayuda de un doble acueducto en el que se cuentan ciento cuarenta arcadas al último piso, y que ofrece un aspecto bastante monumental. Desde el pie del convento de Santa Teresa hasta los flancos desembarazados del Corcovado, es una pared de bricas ó ladrillos y de gruesas piedras bien cimentadas, de una longitud de legua y media, sobre una altura de cuatro ó cinco pies, unida por una bóveda á otra pared paralela, sirviendo todo de regata á la corriente de agua. De vez en cuando, se practican pequeñas ventanas cuadradas sobre las paredes, y á cada cien pasos de distancia, una pequeña estancia, un pequeño estanque lateral, adonde cae el agua por medio de un tubo de plomo, ha sido cavado para las necesidades de los peones y viajeros. Para quien se haya hecho una justa idea de las costumbres perezosas de los del Brasil, este acueducto es una obra graciosa, que por sí solo hace el elogio del príncipe en cuyo reinado ha sido construido.

Despues de dos horas de camino por los sitios mas caprichosos y mas pintorescos, llegué á la estremidad de la fábrica, y descansé algunos instantes debajo de un magnífico bertholletia que hacia sombra á la sábana de agua que, escapándose de la poderosa vegetacion en donde esta prisionera, resbala libremente sobre un toba duro y pulido, en donde los curiosos tienen la costumbre de detenerse antes de subir al Corcovado. El paisaje presenta aquí, aun mas que en ninguna otra parte, uno de esos panoramas fantásticos que Claudio Lorrain habia ideado, pero que Martin, ese pintor del espacio, ha poetizado tan admirablemente.»

La escursion que hace al Corcovado, la escribe así:

«¡He aquí por fin una de esas selvas vírgenes en las que no se puede, dicen, penetrar sino con ayuda de la hacha y del fuego! Armémonos pues de resolucion, y avancemos sin volver la cabeza.

El manantial que provee el acueducto está aquí, estendido sobre una espaciosa y brillante roca: este es el punto de salida, de donde se ve serpentear un sendero bastante bien señalado, pero que desaparece poco á poco, á medida que se suben los flancos de la montaña. Consiste esto en que son muy frecuentes las tentativas, y que el peligro y el cansancio detienen pronto á los esploradores; pero yo deseaba ver, y nada de este mundo era capaz de hacerme retroceder. De vez en cuando, con ayuda de una pequeña hacha, me franqueaba un camino mas directo en esa masa compacta y cerrada de diversos follages, anchos, cuadrados agudos, dentellados, ásperos ó lisos, y de ramas que se cruzaban, se encontraban y se confundian, sin que se pudiera adivinar de qué tronco provenian. La oscuridad se hacia sombría, y sin embargo el sol, ese sol duradero del Brasil, no llegaba aun á la tercera parte de su carrera. Sobre mi cabeza, á mis costados, copos frondosos de verdura, impedian la entrada á todo raya, y en muchos siglos quizá el suelo que hollaban mis pies no habia reflejado el azul del cielo.

Avanzaba con una lentitud que me consumia; las inmensas capas de hojas secas y medio pulverizadas que cubrian el terreno, se hundian bajo de mis pies, sepultándome á veces hasta la cintura.

Cuando estaba cansado y mis fuerzas se hallaban agotadas, escuchaba inmovil y recogido. Tan pronto oia el chillido agudo de la coqueta y verde cotorra que llegaba hasta mí desde las mas elevadas cimas como para saludar mi bienvenida; tan pronto era la voz lastimera del mono ouistiti, tan bonito, tan limpio, tan vivo, tan cariñoso... cuando no os desgarra con sus uñas afiladas como agujas. Ahora es una corteza quemada, arrancada de un tronco secular, deteniéndose un instante sobre un espino de palmero, haciendo un agugero, deslizándose á lo largo de un tallo limpio, y deteniéndose despues de mil cascadas, sobre el terreno que ella alimenta y vivifica. Y mientras que con la mirada dirigida hácia el cielo, tratais de penetrar esa inmensa bóveda que os cubre, un rumor fugaz escapado de vuestros pies y que se prolonga á lo lejos, os dice que acabais de despertar una culebra asustada por la primera vez del nuevo enemigo que la persigue hasta en sus pacíficos estados.

Ademas, digo de paso, que los viajeros no deben dar crédito á las relaciones exageradas de ciertos escritores cuyas plumas presentan al Brasil como surcado por una enorme canti-

dad de reptiles venenosos, que segun ellos hacen tan peligrosos el paseo y el descanso. Indudablemente hay en el Brasil un gran número de serpientes, y entre ellas muy temibles; pero nadie ha podido asegurarme haberlas visto cuya mordedura sea mortal, y que se atrevan á atacar al hombre. Por lo que á mí toca, por frecuentes que hayan sido mis escursiones en los mas solitarios sitios de esa region tan escabrosa, debo en verdad declarar, aunque deba sufrir mi amor propio, que nunca tuve que combatir con ninguno de esos terribles reptiles, de los que estaba ya receloso por las relaciones de tantos narradores, y que hay ciertas provincias en Francia, en que las víboras son mas abundantes que las culebras en el Brasil. Añadiré sin embargo que hay aquí lagartos monstruosos que pueblan todas las ruinas y cabañas; que su número es inmenso, no obstante la guerra encarnizada que se les hace, por lo delicada que es su carne; pero su vecindad muy poco peligrosa, no es menos inquietante para el reposo y la tranquilidad, porque son de una estrema familiaridad, y no huyen sino del ruido y del movimiento.»

Las señoras brasileñas, segun M. Arago, se visten con lujo, pero sin gracia ni elegancia; y los rubíes, perlas y diamantes con que recargan sus dedos, sus orejas y cabellos, no contribuyen poco á realzar el brillo de su tinte aceitunoso. Por las calles siempre van solas, unas en pos de otras á dos pasos de distancia como una bandada de grullas, mientras que los dos esclavos, vestidos con limpieza pero descalzos, cierran la marcha y protegen la última hilera. El órden se rompe al menor obstáculo, y siempre es necesario algunos minutos de intervalo, entre el tiempo del descanso y del movimiento, porque la mas rígida etiqueta reina aquí sobre este particular en todas las familias.

Otras damas se pasean por la tarde y una parte de la noche por las calles y plazas públicas de Rio, pero esta vez van solas y cubiertas de piés á cabeza con un manto negro, con el que se tapan como los árabes con los albornoces; ¿es esto coquetería? No; es destreza y prevision, porque casi todas son de una fealdad repugnante, y su lenguaje está perfectamente en armonía con sus costumbres. Ya veis que la Europa tiene su reflejo en el Brasil, y que los vicios son activos esploradores. En Rio, quizá mas que en ninguna otra parte, la nobleza es abandonada y perezosa, necia é ignorante.

Las cartas de recomendacion pueden abriros aquí las casas de algunos grandes personajes; pero es raro que despues de una primera visita y de recíprocas finezas, seais recibido segunda vez. En Rio no se obsequia á los forasteros sino lo preciso, para no decirles claramente que su presencia es importuna.

En el Brasil, las mugeres sobre todo, tratan á los negros con la mas espantosa crueldad, y se alejan de ellos como de un animal venenoso.

Continuando M. Arago sus investigaciones en Rio Janeiro, se ocupa de los principales edificios, y algunas costumbres notables.

«Hé aquí el Palacio Real dice, enfrente del desembarcadero. No hay ninguna casa, en la calle del Richelieu, que no tenga mejor esterioridad.

Hé aquí los coches del Rey, de los príncipes y de los ministros, tirados por mulas; nuestros simones tienen un movimiento mas elegante y una forma mas coqueta. Entre el Brasil y la Europa hay una diferencia de tres siglos, y sin embargo, si veis las carrozas y los arneses de las grandes ceremonias, quizá llegueis á modificar vuestra opinion; las artes y el lujo de Francia é Inglaterra, han atravesado el Atlántico y han venido hasta aquí á proclamar su poder dominador.

La siesta española está muy en boga en el Brasil. En pleno dia, solo recorren la ciudad adormecida, los estranjeros, los agentes y los negros.

En Rio Janeiro hay una biblioteca real, hermosa y enriquecida con las mejores obras literarias, científicas y filosóficas de todas las naciones civilizadas. Me ha costado mucho trabajo hacérmela indicar porque está completamente desierta y desconocida de los brasileños.

En una pieza vecina al salon público, hay unos elegantes armarios privilegiados, en donde duermen sin que ni siquiera se hayan abierto, cerca de 2,500 volúmenes admirablemente encuadernados.

De la biblioteca fuí al Museo. El *director* (pues esta palabra está tan en moda aquí como en Portugal) me hizo los honores de los diversos salones de ese vasto local con una amenidad particular, y ostentó á mis ojos las riquezas confiadas á su cuidado con una complacencia que nacia de orgullo. Cuando le hice la oferta de algunos insectos y mariposas que faltaban en su coleccion europea, me ofreció generosamente en cambio un gran número de individuos muy raros, indígenas del Brasil, y si hubiera insistido en mi negativa, se habria ofendido. Mucho siento haber olvidado el nombre de ese modesto sábio, en quien los estranjeros hallan una benevolencia honrosa y una conversacion escepcional en ese pais medio salvaje.

Un instituto fundado con las mismas bases que el de Francia, debia ser creado en el Brasil, bajo la proteccion especial del soberano; ya se habia nombrado un cierto número de miembros, y entre ellos algunos sábios y artistas parisienses. El uno, Mr. Taunay, pintor del mayor mérito, fue á predicar allá, como San Juan en el desierto, el culto y amor de las bellas artes. Desanimado y casi avergonzado de la inu-

tilidad de sus esfuerzos, se retiró en seguida á las montañas, al pie de la deliciosa cascada Tijuka, en donde sus pinceles activos é inteligentes continuaron dotando á su pais con un gran número de esos curiosos paisajes y de cuadros de un género muy estimado por los aficionados.

El otro, escultor de talento, artista de alma y de buril, terminó pronto en el disgusto una vida llena de cansancio y de progreso. Sus estátuas eran apreciadas en el Brasil solo por su magnitud; le he visto casi dispuesto á romper á martillazos un soberbio busto de Camoëns, porque, fiel á la historia, habia hecho tuerto al poeta, y se le exigió que le hiciera con dos ojos.

En Rio no hallareis una coleccion de cuadros, ni en las casas de antiguos nobles, ni en casa de los ricos señores; solo se ven adornados unos que otros salones de fonda con algunos cuadros; ¡Y que cuadros, Dios mio! Romeo, Pablo y Virginia, Cora, Amarili, Atala y Chactas... . Todo esto os hace desear vivamente abandonar la ciudad, y esconderos en las infinitas selvas que la rodean.

Es preciso, sin embargo, que concluya mi tarea y que estudie esta capital, que podria ser tan hermosa y floreciente. No escribo panegíricos, hago historias.

Pero si Rio Janeiro no es una ciudad en donde las artes ocupan un puesto de preferencio, es al menos una ciudad especulativa y comerciante, en donde todo hombre que llega con capitales es recibido en todas partes como si viniese á dotar el pais con nuevas riquezas.

Héme aquí en la calle donde el genio del comercio ha plantado su caduceo dominador Se llama *Vallongua;* es un bazar abierto á todo el mundo, el centro general de todas las fortunas, una feria perpetua y permanente; es una especie de plaza pública, un forum, un campo, como querais llamarlo; es tambien un lugar de estudio y meditacion..... Entrad. La misma mercancía pregona, ruega, canta y aulla para que la repareis, se rotula, se hace coqueta y hermosa, á pesar de ser sucia y fea: se cansa del almacen, vuestros desprecios la vuelven triste y grave, y si no obtiene vuestras preferencias, al menos no escapa á vuestra atencion.

Allá en un salon bajo y hediondo están clavados en el suelo y en las paredes, bancos negros y grasientos. En estos bancos y sobre este piso húmedo, se sientan desnudos, absolutamente desnudos, hombres, mugeres, niños, y alguna vez ancianos que esperan al comprador. Apenas se presenta este en la puerta, y á una seña del amo, todo el harem se levanta, gesticula, se agita, se contrae, mujen canciones salvajes, prueba que tiene pulmones y que ha comprendido perfectamente la esclavitud. ¡Infeliz del que no trata de distinguirse de sus compañeros! el látigo está preparado para surcar su cuerpo y hacer volar por el aire pedazos de carne negra.

Pero ya os lo he dicho, cada uno sabe su papel y lo desempeña perfectamente.

Ahora, silencio; el negocio va á tratarse, y cerrarse la venta.

—Eh, pst, tú aquí!....

—*Cualquiera cosa* se levanta: esa cualquiera cosa es un ser que tiene dos ojos, una frente, sesos, un corazon como vos y como yo. ... ¡Pero me engaño! ese pecho no encierra un corazon; pero por lo demas está completo.

—Mirad *esto.* (Es el amo quien habla.)

—*Eso* no es malo.

—Camina.

Y *eso* se pone á caminar.

—Ahora corre.

Y *Eso* corre, alza la cabeza, agita los miembros, patea, rie, grita, enseña los dientes.

—Vamos, bravo. ¿Cuánto vale?

—Seis cuadruplos.

—Doy cinco. Pero, ahora que me acuerdo ¿ha pasado ya la viruela?

—Ya la ha tenido; mirad bien.

En efecto, manchas amarillas y lucientes esparcidas sobre el cuerpo negro testifican el contacto de un pequeño hierro candente cuya cicatríz ha dejado una señal que engaña al inesperto comprador.

—Está bien; hé aquí vuestros cuadruplos.

Un nuevo comprador se presenta.

—¡Hola! levántate, camina, salta, absolutamente como acabas de hacerlo.

—Es bastante regular, es jóven, sus dientes son deslumbradores; pero.....

—S. E. puede estar tranquilo.

—¿Dices que tres onzas? tómalas.

—Cantad ahora vosotros.

La cascada cae mugiendo, los dos compradores, salen, empujando delante de ellos á puntapies su adquisicion. El amo mete su oro en una bolsa de cuero, y se coloca en la puerta para detener otros parroquianos al paso; hé aquí en miniatura un mercado de negros en el Brasil.

Rio Janeiro puede ser considerado como una plaza de armas, á pesar del mal estado de las fortificaciones que la protejen; porque estas, ademas de estar bien situadas, se hallan al abrigo de todo golpe de mano. En la entrada del puerto se notan los fuertes *Lage* y *Santa Cruz* erizados de cañones, los que por sus fuegos cruzados, hacen el paso sumamente peligroso. Cuando habeis salvado la entrada, os hallais frente al fuerte de Villegagnon, que debe este nombre á una accion heróica de un jóven vasco bastante atrevido, por haber tratado de vengar un gran acto de crueldad.

A consecuencia de algunos altercados con los brasileños, la tripulacion de una embarcacion de Bayona, llegada á Rio hacia pocos dias, se vió de repente rodeada, hecha prisionera y llevada á la pequeña isla, en don-

de está hoy dia construido el fuerte. Se instruyó proceso, y todos los marineros vascos fueron ahorcados, no como franceses, dice la sentencia, sino como hereges.

A la nueva de esta barbarie, Villegagnon, noble de Bayona, se dirigió al Rey de Francia para pedir venganza de este hecho. Cansado de solicitar sin alcanzar nada, Villegagnon reune en su casa un cierto número de amigos á quienes hace partícipes de su indignacion.

—¿Quereis ser de los mios? les dice. La sangre de nuestros hermanos es la que nos llama al Brasil; ¿estais dispuestos á seguirme? Armo un brick y parto luego.

—Nos vamos contigo, esclaman sus camaradas.

—Mañana mismo, amigos mios.

—Mañana.

Villegagnon atraviesa el Atlántico, arriba frente de Rio como un lobo hambriento que busca su presa, penetra en la rada y devuelve cortesmente y tiro por tiro el saludo de la plaza. Luego atento é impaciente fondea en la ensenada de la isla adonde tuvo lugar el sacrificio de sus compatriotas. Llega la noche.

—¡A las armas! dice en voz baja á sus valientes y decididos compañeros; ¡á las armas! hé aquí un brick de guerra brasileño, su tripulacion indudablemente es numerosa; mas no importa, tenemos valor. ¡Al agua los botes y al abordaje del brick!

—¡Al abordaje!

Y hélos aquí nadando á fuerza de remo hácia el buque brasileño.

—¡Adelante! les gritan.

—Aun no, contesta Villegagnon de pie en la popa de la primera embarcacion.

—Adelante!

Y el grito de alarma llama sobre el puente á la tripulacion del brick.

Pero Villegagnon y los suyos han obrado ya; se precipitan silenciosamente por los obenques y portañolas; las pistolas permanecen mudas; hieren, derriban, matan á sablazos, á golpes de pica y de hacha; es una verdadera carnicería y no un combate.

—¡Que no se maten todos! grita Villegagnon todo cubierto de sangre; amarrad los que queden, y á tierra.

La órden es obedecida. Diez marineros brasileños son conducidos á la isla; son juzgados y ahorcados. Villegagnon hace clavar sobre las horcas esta corta inscripcion: *Ahorcados, no como hereges sino como asesinos.*

Se vuelve despues á bordo; una brisa de tierra le favorece, corta el cable, iza sus velas y toma rumbo. La calma le coge en medio del puerto, tira segunda ancla para no ser arrojado á la costa. Pero la alarma ha cundido ya en el puerto y en la ciudad. Las horcas levantadas descubren á todo el mundo el golpe de mano de Villegagnon; la rada se ve pronto surcada por miles de embarcaciones de guerra, y el brick bayones es requerido para entregarse. Villegagnon contesta con fusilería y metralla; se traba un atroz combate, pero el número sofoca al valor.

Todos los camaradas de Villegagnon perecieron con las armas en la mano; solo él, á quien se habia mandado salvar, acribillado de heridas y tendido sobre el puente fue devuelto á la vida. Se le encerró en un fétido calabozo cavado para él en la isla de las represalías, en donde murió en medio de los tormentos mas horrorosos.

El fuerte Villegagnon ha tomado su nombre del valiente noble bayones, que la corte de Francia ni pensó siquiera en vengar.

La isla de las ratas y la de las culebras están igualmente dominadas por fuertes baterías que seria muy difícil de desmontar; y al fondo de la rada, en la isla del Gobernador, tan grande como Santa Elena, se levantan otras baterías para defender las magníficas playas que las rodean.

Duguy-Trouin, entrando como enemigo y á toda vela en la rada de Rio Janeiro, ejecutó una accion sorprendente, y de la que los anales marítimos franceses conservan preciosamente el glorioso recuerdo. La matanza de la tripulacion del capitan Duclair fue vengada, y el gran almirante trajo á Francia veinte y siete millones que habia impuesto á la ciudad.

La historia del Brasil desde su descubrimiento puede reasumirse en dos épocas; la de los primeros establecimientos de los especuladores, tributarios de los portugueses, y la de la llegada á Rio de Juan VI, huyendo de Lisboa ante los victoriosos egércitos franceses. Hánse construido en esta tierra feraz algunas ciudades y aldeas, y se ha elegido una corte. La nobleza portuguesa ha seguido allí á la familia de Braganza. Desde entonces se ha hecho sentir una mayor actividad en la pesquisa del oro y piedras preciosas que aquí arrastran los rios y arroyos. Empero la agricultura, la industria, las artes y las ciencias han permanecido estacionarias, y nada anuncia aun que el Brasil quiera regenerarse con un bautismo de civilizacion.

Siendo en algun modo el carácter de los brasileños no tenerlo, poco les importa vivir con comodidad con tal que vivan. Todos sus pensamientos los reducen á evitar el dolor. No quieren agitarse, el movimiento les desagrada; si les despertais se caen, y creo que un ciudadano sentenciado á hacer una jornada á pie de cuatro ó cinco leguas, seria castigado con mas rigor, que el que debiese sufrir una pena de ocho dias de cárcel. Unicamente salen de su especie de letargo cuando se les echa en cara. No desesperemos, pues, de los brasileños.

Ese jardin público, desierto enteramente; ese hermoso paseo del acueducto totalmente aban-

donado; esos vastos bosques, magníficos, silenciosos, que ocultan tantos tesoros y que costaria poco trabajo á una mano activa darles un valor décuplo, esas aguas tan limpias, llenas de peces, que corren hoy tristes é inútiles por regiones medio salvajes; ese asombroso número de animales dañinos que sitian las poblaciones, que seria tan fácil destruir ó alejar; esas poblaciones ambulantes y crueles que esparcen el espanto hasta las puertas de las principales ciudades, ¿no indica todo esto la culpable apatía de los brasileños? ¡Pues bien! indicadles el resultado de su muelle indolencia, y se reirán de vos. Su perezosa memoria se despertará para mostraros en un pasado poco lejano, lo que era el Brasil antes de su conquista; y su frente, descolorida por lo regular, se cubrirá de un cierto rubor de modestia, como si la gloria de los Diaz, Cabrales y Alburquerques, fuese su propia gloria; como si las conquistas de sus antepasados, fuesen el fruto de los trabajos y cansancios del dia.

En todas las direcciones de esa vasta parte del Nuevo-Mundo, en las llanuras, en el centro de las montañas, en las orillas del mar, me decia un dia un brasileño, poseemos florecientes ciudades, anchos y seguros puertos de mar que nos atraen á todos los especuladores de la Europa. Creen llegar entre salvajes, y no hallan por todas partes sino hombres civilizados; están asombrados, estupefactos de la riqueza del pais, del comercio de nuestras ciudades, y se marchan con el sentimiento de nuestra gloria y prosperidad.

El mismo lenguaje usan hoy todos los brasileños, y al oirlos se creeria que el Brasil no tiene otras riquezas que las que ellos han traido.

¡Amarga irrision! Fingen ignorar que la mejor parte de esa vasta region es apenas conocida, y que si á grandes distancias, algunos establecimientos indican á los viajeros las débiles huellas de una civilizacion naciente, el inmenso espacio que los separa unos de otros está abandonado casi en su totalidad; estos hombres ciegos é ilusos olvidan que las comunicaciones entre dos provincias son siempre muy dificiles y algunas veces hasta imposibles á causa de los torrentes que desvastan sus campiñas y destruyen las frágiles barreras que se les habia opuesto. Rehusan hacernos saber que de Bahía á Rio, las dos principales ciudades del Brasil, no se ha de viajar sino á pie ó cavalgando sobre un mulo, sin que casi se haya apenas principiado una carretera para carruajes. Tampoco nos dicen nada de la precision en que está el viajero de llevar consigo los víveres necesarios para su viaje; ni de la necesidad que tiene de hacerse acompañar por esclavos, á veces poco fieles, para que les sirvan de guia en medio de los bosques y vastas soledades.

Ninguna fonda ò posada se encuentra en todo el camino, ninguna garantía hay contra los ataques de las poblaciones antropófagas, ningunos recursos sino de valor, contra la ferocidad de las onzas y los jaguares; ninguna seguridad por parte de los guias, á quienes ni siempre halagan las recompensas, ni casi nunca someten las amenazas. Están demasiado cerca de la libertad para no humillarse de su esclavitud; y esos hombres tan tímidos, tan sumisos en las ciudades, parecen en medio de los bosques dispuestos á reconquistar la independencia que se les ha arrebatado.»

B. I.

Estudios de historia natural.

ALGUNOS PECES.

Los naturalistas han observado y distinguido por sus nombres como unas cuatrocientas especies de peces. Acaso haya otros tantos y mas en la profundidad de los mares, que la ciencia conocerá mas tarde; por ahora vamos á limitarnos á describir algunos de los que han sido mejor estudiados. La estructura de los peces anuncia toda la sabiduria del Criador, que ha sabido apropiarla al elemento en que viven: su cuerpo está cubierto y garantido por escamas, de tal suerte que pueden satisfacer á las necesidades de su naturaleza, y evitar los peligros á que están espuestos; el centro de gravedad, es decir, el punto del cuerpo sobre el cual puede el todo balancearse ó tenerse en equilibrio, está en el sitio mas favorable al movimiento, y la forma que conviene mejor en el centro que habita el pez, es la misma que darian los principios de geometria.

Muévense por medio de aletas, mientras que la cola les sirve de defensa y para darles direccion; muchos de ellos están provistos de una vegiga llena de aire, que ora comprimiéndose ó dilatándose les permite bajar ó subir á su volutad. Sus ojos están particularmente adaptados á las leyes, segun las cuales la luz penetra en el agua á diferentes profundidades, y tienen mucha semejanza con los de los pájaros. Pero el oido es acaso lo que hay de mas notable en su conformacion; por ellos respiran, y despues de haber llenado de agua su boca la arrojan por detras, y sale levantando las membranas del oido.

Sabido es que el agua encierra cierta cantidad de aire, y este aire tan necesario á su respiracion penetra por el oido en el cuerpo del pez: si estuviese privado de él en las mismas condiciones moriria al momento, porque no teniendo pulmones no puede respirar fuera del agua.

Por mucho tiempo se ha creido que los peces eran sordos, pero hoy generalmente se cree que oyen, y ademas está probado que el agua puede transmitir el sonido.

En general los peces son ovíparos, es decir, que se reproducen por medio de huevos, y se han hallado muchos millones de ellos en el cuerpo de un bacalao. De aquí debe colegirse que si los peces no se devorasen entre sí, el Océano no podria contenerlos, no obstante su estension; pero perecen en la misma proporcion que se reproducen, y de este modo hay sitio para todas las especies. Aunque los peces estan sujetos á tantos peligros, ora por parte de ciertas especies, ora por parte del hombre, viven largo tiempo, y algunos alcanzan centenares de años; segun se ha comprobado con algunas carpas que habian sido señaladas al efecto. Entre la multitud de los habitantes del Océano, haremos mérito de algunos que por su naturaleza, tamaño y forma, son dignos de particular mencion.

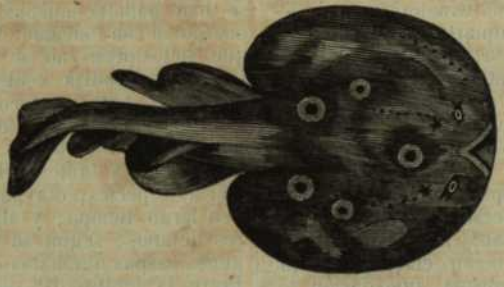
El Congrio.—Este pez tiene alguna cosa en la forma que recuerda á la anguila; sus aletas y oidos bastan para marcar su lugar en el reyno animal: en general las anguilas forman una transicion entre el pez y la serpiente. Cuando el *Congrio* ha llegado á todo su desarrollo, no tiene menos de diez pies de largo. Su pesca es bastante peligrosa; se enrosca alrededor de las piernas, y se defiende desesperadamente. No hace mucho que cerca de Yarmouth un congrio derribó al pescador que se disponia á matarlo; pesaba cerca de sesenta libras, pero los

hay que pesan un quintal. El congrio es en estremo voraz, se oculta para espiar su presa, si es demasiado grande para ser devorada inmediatamente, se enrosca en torno de su víctima, que pronto se ve obligada á ceder. Este pez se encuentra en las costas de Francia y de Inglaterra, y se trasportan secos á España y Portugal. Regularmente se pezcan con anzuelo. La carne del congrio se come, pero generalmente es dura y de mal gusto.



EL CONGRIO.

LA TREMIELGA Ó RAYA ELECTRICA.—Es un pez plano y casi circular del género *de las rayas*, y muy comun en las costas de Francia y de Inglaterra: algunos pesan de sesenta á setenta libras: su carne aunque poco estimada se come. Comunmente la tremielga habita en el fondo del mar ó se sepulta en la arena. Si se la toca por un descuido, se siente inmediatamente una conmocion eléctrica.



LA TREMIELGA.

LA AMARILLA DORADA.—Debe su nombre á los matices que la adornan; pero no es recomendable por la belleza de sus proporciones. Este pez es deprimido; su cabeza ancha y su boca no guarda relacion con su cuerpo. Algunos pesan de diez á doce libras, y su largo es entonces de quince á diez y seis pulgadas. La dorada divide con el pequeño abadejo el honor de llevar la señal de los dedos de S. Pedro. Pretenden algunos que *dorada* es una abreviacion de *adorada*, pues este pez era tenido en mucha estima por la espresa señal que dejó en él el Apostol. Los pescadores del Adriático le llaman *il janitore* (el portero) por alusion á las llaves que tiene S. Pedro. En otras comarcas de Europa se ha dado á la dorada el nombre de pez de S. Pedro. La dorada ha sido tenida como un plato delicado. Este pez es en estremo voraz, y está tambien defendido por espinas y dientes, que nada tiene que

temer de sus enemigos marítimos; pero teniendo la funesta ventaja de ser preferido por los hombres, figura mucho en nuestras pescaderías.



LA AMARILLA DORADA.

El chaétodon.—Se hace notar por el modo con que se apodera de su presa. Su boca tiene la forma de un cañon, y sus municiones son algunas gotas de agua que lanza por ella; es verdad que no se dirige mas que contra las moscas y otros insectos que vienen á jugar á poca distancia de la superficie. Cuando el *chaetodon* ve una mosca, se acerca á ella con precaucion, enfila el insecto, y le dispara una gota de agua, con tanta precision que rara vez deja de caer sin movimiento sobre la superficie. Muchos se han divertido en hacerle repetir este experimento en un estanque.



EL CHAETODON.

El esturgeon.—Su forma y lo delicado de su carne le han valido el nombre de pez real. Algunos llegan á tener diez y ocho pies de largo, y pesan hasta quinientas libras y aun mas, sobre todo en el mar Caspio; pero en nuestros mares sus proporciones son mas reducidas. A veces y en ciertas épocas del año se le ve aparecer en algunos rios. Tiene la cabeza larga y terminada en punta; sus ojos son muy pequeños, y los tiene cerca de los oidos; su boca es pequeña, sin dientes, y aun sin quijadas huesosas. El cuerpo es largo, pentagonal y cubierto de hileras de tubérculos consistentes; entre la estremidad de la boca y de la nariz, se hallan cuatro apéndices prolongados, que tienen la forma de un gusano, por medio de los cuales se cree que el *esturgeon* detiene su presa. Los huevos del *esturgeon* son para los rusos objeto de un tráfico considerable. Estos peces, no obstante su gran tamaño, pueden saltar á grande altura; y hacen tanto ruido al caer que se oye á gran

distancia. Algunas veces sumergen en su caida las pequeñas canoas de los indios; asi es que estos no se acercan á ciertos parages sino con muchas precauciones.



EL ESTURGEON.

La lamprea.—Lo mismo habita en las aguas saladas que en las dulces. Su forma es la de una águila, y pesa de cuatro á cinco libras. Es pescado muy estimado. Se atribuye la muerte de Enrique I de Inglaterra á una indigestion de lampreas. Tiene, como la rémora, la propiedad de adherirse á los cuerpos sólidos; pero solo aplicando á ellos los labios y aspirando el aire. La Severn es famosa por sus lampreas, y la ciudad de Glocester tiene la antigua costumbre de ofrecer al monarca por Navidad un pastel de este pescado. No es esto cosa muy fácil á causa de la estacion, y muchas veces se ve el gremio de pescadores en grande apuro para pescarlas.



LA LAMPREA.

El gymnotus ó anguila eléctrica.—Hállase este pez en la América del Sud, y goza de la propiedad singular de una máquina eléctrica, hasta el grado de poder dar la muerte instantáneamente á algunos animales. Si un cierto número de personas asidas de las manos se ponen en comunicacion con el *gymnotus*, ó con el agua en que se halla, experimentan todas á un tiempo la misma conmocion eléctrica. Se han hecho varios experimentos que confirman cuanto acabamos de decir. Citaremos el del doctor Wiliamson. Habiendo metido la mano en el agua á tres pies de distancia del animal, sintió en las coyunturas de los dedos una impresion dolorosa. Echó luego en el agua algunos pececillos, y la anguila los aturdió al punto, y se los comió. Echóse otro pez á mayor distancia; el *gymnotus* se aproximó al pronto y se retiró sin egercer su facultad eléctrica; pero en breve volvió, miró fijamente al pez durante algunos segundos, y le imprimió una conmocion que lo puso en un estado de completa insensibilidad. Un perro que se sometió al mismo efecto, manifestó la sensacion penosa que experimentaba por medio de aullidos. Una tercera parte á lo menos del cuerpo del *gymnotus* está dotada de esta propiedad eléctrica. El aparato está dispuesto

de dos lados; la estructura es sencilla y regular: consiste en compartimientos planos en número de noventa, y de una pulgada de largo, con nervios apropiados á este fenómeno.

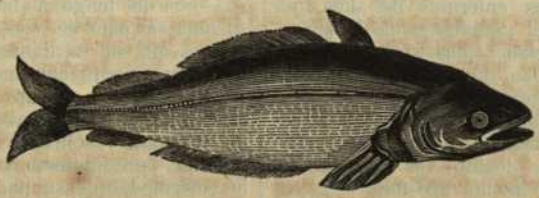


LA ANGUILA ELECTRICA.

El pez espada.—El arma terrible de que está provisto este pez ha hecho que se le dé el mismo nombre, tanto por los pueblos antiguos como por los modernos. Tiene por lo comun de diez á doce pies de largo, y los ha habido que han pesado hasta cuatro quintales. Su cuero es redondo; su boca de un tamaño regular, no tiene dientes; pero su espada, que es larga y huesosa, los reemplaza con ventaja; por eso este pez, que se mueve con una agilidad sorprendente, es temible para casi todos los habitantes del Océano. En los cascos de los buques se ha hallado embutida á veces toda entera el arma con que la naturaleza los ha dotado. Se ha calculado que un perno de hierro golpeado por un martillo del peso de una arroba, no hubiera profundizado tanto hasta los ocho ó diez golpes, mientras que el pez espada ha obtenido este resultado por una sola y misma impulsion. Los que se han hallado á bordo cuando ha tenido lugar tal encuentro, se han figurado que el buque habia dado contra algun escollo, pues tan grande era la violencia del choque. Dícese que estos peces van de dos en dos, y que están en abierta hostilidad con la ballena. Cuando tiene lugar uno de estos encuentros, la ballena sumerge la cabeza, y procura dar un golpe con la cola á su adversario, poniéndole fuera de combate si lo logra; pero por lo regular la agilidad de éste lo preserva, y á su vez empieza á dar vueltas al rededor del monstruo, hasta que sepulta su arma en el costado del cetáceo; si la herida no es mortal, redobla sus golpes, y acaba por alcanzar victoria. La carne de este pez es de buen gusto, blanca cuando es jóven, y de alimento. En Génova se vende en el mercado, y los sicilianos se dedican á su pesca desde que la estacion es favorable.

El merlangus carbonasius. Este pez, del género del bacalao, debe su nombre al color oscuro de su cuerpo. Los habitantes de las islas Orcades, hallan en su carne grandes recursos en las épocas del año en que carecen de otras provisiones, y sacan de él un aceite bueno para el alumbrado. Para pescarlos despliegan mucha destreza.

B. I.



EL MERLANGUS.

EL ULTIMO ANGEL DEL CORREGGIO.

A una media legua de la aldea del Correggio, en el camino de Parma, y en el mismo sitio en que existió bajo el imperio de Trajano un campamento romano, vivia hácia la primera mitad del siglo XVI, en una especie de ermita toscamente fabricada con restos de la indicada colonia militar, un filósofo, un físico, ó un sábio, á quien sus virtudes, aun mas que su piedad que era muy grande, habian grangeado el aprecio y veneracion de las poblaciones cercanas. Tadeo de Monselva, que asi se llamaba nuestro ermitaño, despues de haber servido largo tiempo con gloria en las tropas venecianas, habia renunciado á las pompas y vanidades mundanas, é ido á confinarse, lejos del antiguo teatro de sus triunfos, en las landas del pais de Parma. Allí, compartiendo su tiempo entre la oracion y el estudio, entre el cultivo de un jardinito y la práctica de obras de misericordia, veia deslizarse su vida serena y tranquila, entre las esperanzas del cielo y las bendiciones de la tierra. Porque la sabiduria y la vida austera de Tadeo habian atraido hácia él un gran número de esos enfermos del alma, que andan en busca del ambiente de la virtud, como el viajero helado por las brisas de la mañana, busca un rayo de sol que reanime sus miembros entumecidos.

Abogado de los unos, médico de los otros, y amigo de todos, reunia Tadeo en su persona la ciencia de un doctor, el valor de un soldado, y la caridad de un apóstol.

El viernes 17 de Agosto de 1534 á las diez de la noche, el hermano Tadeo, (pues este era el único título que habia conservado, renunciando en cambio á los de capitan de las tropas de la república serenísima, caballero del con de san Marcos y demas que antes le ador – naban) se disponia á entregarse por algunos momentos al reposo, despues de haber terminado sus oraciones, cuando oyó llamar con fuerza á la puerta de su ermita. A pesar de que esta se hallaba á cada momento visitada por desgraciados de todas las clases, no era costumbre que acudiesen á horas tan avanzadas de la noche; por lo cual, con aquella voz firme y resuelta con que habia alentado en otro tiempo á los esclavones en el campo de la gloria y de la muerte preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, hermano Tadeo; soy yo, Ludovico; y respondió una voz infantil y trémula, el hijo segundo de Antonio Allegri el pintor. Abridme por Dios.

A los primeros acentos de aquella voz, al oir el nombre de Antonio Allegri, se levantó el hermano Tadeo y se dirigió precipitadamente á abrir la puerta.

El niño se hallaba casi sin respiracion, por lo mucho que habia corrido para llegar pronto, y tenia los ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué ocurre, hijo mio? dijo el eremita, haciendo tomar asiento al niño en un escabel, y prodigándole los mas tiernos cuidados.

—Mi padre está enfermo, muy enfermo, hermano Tadeo, respondió el niño entre sollozos, y mi madre os ruega que acudais á asistirle cuanto antes os sea posible, si lo teneis á bien.

—¿Si lo tengo á bien? replicó Tadeo cogiendo su palo de viage, ¿si lo tengo á bien? Vamos allá sin tardanza, hijo mio, y dejemos en el camino tu cansancio y mi sueño.

Y echaron á andar, silenciosos en un principio, hasta que al cabo de algunos instantes de ansiedad y solicitud rompió el silencio el eremita, preguntando á Ludovico la causa de la enfermedad de su padre.

—¡Ay, hermano Tadeo! esclamó el niño con un acento impropio de su edad, que era solamente la de trece años; la enfermedad de mi padre procede de otra mas antigua, que es la miseria.

Tadeo dirigió una mirada de asombro al niño.

—Sí, la miseria, volvió á decir este; ella es la que le mata. Porque habeis de saber, que tenemos que habérnoslas con unos acreedores exigentes, y el trabajo de mi padre no basta de modo alguno para satisfacerles. Hará unos ocho dias, Isaac Leví, ese judio grueso de Parma, que es el dueño de nuestra casa, se llevó por cuatro escudos nada mas que mi padre le debia, el cuadro de *Jesus en el Huerto de los olivos*. Ya conoceis ese lienzo, y sabeis que le ha costado á mi padre seis meses de un trabajo asiduo. El mismo dia el recaudador de contribuciones del pueblo le obligó á que hiciese su retrato y el de su muger, so pretesto de que debiamos mas de dos ducados correspondientes al último impuesto.

—¡Triste cosa, es por cierto, esclamó el eremita alzando la vista hácia el cielo, que no ha de alcanzar en este mundo ninguna recompensa el talento! Pero á todo esto ¿no me dices cual ha sido la causa inmediata de la enfermedad de tu padre?

—Hará cuatro dias, dijo Ludovico, no teniamos en casa pan que llevarnos á la boca; el panadero se negaba á vender ya mas al fiado á mi madre, y la lechera, que siempre se habia mostrado tan confiada y tan caritativa, no queria de modo alguno, si no se la pagaba, entregar la medida de leche que todos los dias gastaban mis hermanas pequeñas Inés y Verónica. Mi madre lloraba á lágrima viva, los niños lloraban tambien, pero no de desesperacion ni de vergüenza, sino de hambre. «Por Dios, no lloreis, esclamó mi padre, que me partís el corazon y me impedis que trabaje; yo iré mañana á Parma al convento de religiosos franciscanos, que me deben todavia algun dinero, me pagarán, y viviremos algunas semanas en la abundancia. Entre tanto, aquí hay algunos mendrugos de pan que han quedado de otros dias, repartidlos entre vosotros, y tened un poco de sufrimiento hasta mañana por la noche. Y al decir esto mi padre, hermano Tadeo, sacaba de su caja de pinturas, no unos mendrugos, como habia prometido darnos, sino pedazos de pan en buen estado, pues habia pasado dos dias sin comer para proporcionárnoslos.

—¿Y por qué no acudió á mí Antonio? interrumpió Tadeo profundamente conmovido. ¿No sabe que el solitario del campo de Trajano tiene siempre á disposicion de sus amigos, es decir, de las personas que padecen, los zequíes del capitan de los esclavones?

—Mi madre tiene un corazon mejor que su fortuna, replicó el niño, y se avergonzaria de pedir, aunque no fuese mas que un vaso de agua, á cualquiera de sus mayores amigos.

—¡O Antonio, Antonio! esclamó el eremita, siempre el mismo; ejerceis á cada momento la caridad, casi hasta mas allá de lo que os consienten vuestros medios de fortuna, y vacilais en invocar, cuando os llega la vez, el corazon de un cristiano, hermano vuestro y amigo. Continúa tu relacion, hijo mio.

—Partió efectivamente nuestro padre antes del alba, y llegó á Parma. Corrió al convento de sus deudores los franciscanos, les espuso su situacion, y logró que le pagasen. Pero ora fuese casualidad, ora que los padres no tuviesen en sus arcas otra clase de moneda, pagaron á mi padre los doscientos escudos que le debian en cuatrines. Mi padre, loco de alegria, tomó á pie y con un sol abrasador el camino de Correggio, agobiado con aquella enorme carga. Cuando llegó á casa, apenas tuvo fuerzas para decirnos: «Nos hemos salvado; aquí están los doscientos escudos.» ¡Ay, Dios mio! Aquel dinero, mas bien era presagio de nuestra ruina que de nuestra fortuna. Despues de depositar mi padre su pesada carga, bebió uno tras otro dos enormes vasos de agua fria para apagar la sed que le devoraba, sin hacer caso de las advertencias reiteradas que todos le hicimos en contra. No os tengo que decir mas, hermano mio, sino que una hora despues de echarse al cuerpo mi padre la fatal bebida, cayó en cama atacado de una violenta fiebre. Dos dias hace que le está consumiendo, sin que se haya podido lograr de él que nos consienta vengamos á reclamar vuestro auxilio en su favor. Esta noche le ha sobrevenido una horrible crisis, y mi madre ha aprovechado el momento en que parecia comenzar á rendirse al sueño, para mandarme en busca vuestra. Quizá ya no sea tiempo, pues la muerte se viene encima.

—La muerte camina á escape, pero se para á los mandatos de Dios, Ludovico, y si el Señor no ha señalado todavia la hora en que ha de ser llamado vuestro padre á las regiones celestiales, todos los tormentos precursores de la destruccion de los seres humanos que en él se observan, desaparecerán ante los decretos del Árbitrio soberano y los recursos de la ciencia.

—Dios os escuche, hermano, dijo Ludovico, haciendo durante unos cuantos instantes la señal de la cruz.

Siguiendo su conversacion llegaron el eremita y su guia á la casa de Antonio Allegri, y Ludovico introdujo al solitario en la habitacion del enfermo.

El sublime aldeano, el ilustre creador de tantas obras maestras del arte, se hallaba tendido en una miserable cama, mal cubierto con unos harapos de jerga verde, que hacian las veces de sábanas y colcha. Su muger, y Octavio su hijo mayor, estaban en pie junto á la cabecera del lecho, y con sus manos cruzadas habian improvisado al pintor una almohada, porque su respiracion comenzaba á ser en estremo fatigosa. Julia, la hija mayor, á quien su esquisita belleza habia conquistado ya una alta celebridad en Parma, se hallaba apoyada como Marco VI en la columna de la cama, con los brazos cruzados sobre el pe-

cho y los ojos clavados en un Sto. Cristo que habia colgado en la pared, parecia orar con fervor. Las otras dos hijas pequeñas, Inés y Verónica, dormian sosegadamente, abrazadas la una á la otra, sobre un poco de paja estendida en el suelo en uno de los rincones del aposento.

La violencia de la enfermedad habia operado ya una gran descomposicion en las facciones del artista. En su semblante, rústicamente hermoso, se veian grabadas las huellas de sus grandes padecimientos físicos y morales. Estaba muy estenuado, y sus ojos, profundamente hundidos en las órbitas, parecia que no tenian ya miradas, sino destellos pasageros.

Tan alarmantes síntomas de una próxima descomposicion no pasaron desapercibidos á la esperimentada vista del solitario; pero dominando sus emociones, sin dejar que se trasluciesen en lo mas mínimo, se acercó al lecho del artista.

Antonio le reconoció al instante.

—¡Ah! ¿sois vos, hermano Tadeo, le dijo con voz apagada, y tendiendo hácia él su mano descarnada, que sacó con dificultad de debajo de la cubierta del lecho.

Cogióle el solitario la mano y se la estrechó con tierna efusion y señales de respeto.

—Sí, yo soy, Allegri, dijo Tadeo; yo, que vengo á reñir con vos. ¿Con que os sentis enfermo, y no me enviais á llamar? ¿padeceis, y no me invitais á que venga á compartir vuestros sufrimientos?

—Tadeo, replicó Antonio, cuando tengo una torta de miel gozo en repartirla entre mis amigos; pero cuando es de hiel, la guardo para mi solo.

—Antonio, es menester hacer partícipes á los verdaderos amigos, tanto de la miel como de la hiel. La comunidad de bienes y males es la base sobre que estriba el amor de los cristianos.

—Mucho me alegro de veros, Tadeo, dijo el pintor, y supuesto que estais aqui, voy á deciros algunas palabras en secreto. Mónica, añadió dirigiéndose á su muger, y vosotros, hijos mios, tened la bondad de retiraros unos instantes; yo os llamaré de un momento á otro.

Salió del aposento la obediente esposa, acompañada de sus hijos, Octavio, Ludovico y Julia; las dos hijas pequeñas continuaban durmiendo sobre la paja; el artista y el solitario se quedaron sin testigos, el uno frente al otro.

—Tadeo, dijo el pintor cuando se hubo persuadido de que nadie podia oir su conversacion; decidme, no como facultativo previsor, sino como amigo sincero, ¿creeis que me hallo en peligro de muerte?

Tadeo no respondió.—El artista reprodujo su pregunta, y volvió á ser acogida con el mismo silencio.

—¿Con que es decir que no queda ninguna esperanza? ¿Y mis pobres hijos?

—La Providencia quizá obre un milagro, dijo Tadeo con débil voz; pero la medicina no puede ya.

—La Providencia nada hará por mí, exclamó Antonio.

—Amigo Antonio, dijo el solitario, no tratemos de sondear los secretos de Dios, y examinemos nuestros actos antes de escudriñar los suyos. Antonio, amigo mio, pensad en vuestra alma, tratad de recapitular los hechos de vuestra vida y disponed vuestra conciencia...

—¿Mi conciencia? interrumpió el moribundo, ¿mi conciencia? Mi vida toda se ha reducido al trabajo, la miseria ha sido la compañera inseparable de mis vigilias, jamás mi pecho palpitó de envidia ni cólera. He soportado sin quejarme todas las humillaciones, todas las injusticias, todo el oprobio, que pueden sufrirse en este mundo, y nunca he devuelto en cambio á las personas que han sido causa de estos sufrimientos la maldicion ni el anatema. He educado á mis hijos en el santo temor de Dios, tratando de despertar en ellos el cariño á sus semejantes. ¿Qué quereis, pues, que busque en mi conciencia? ¿Cómo quereis que tema la sentencia de aquel que durante cuarenta años ha manejado la balanza de mis sufrimientos, dolores y martirios?

El solitario enternecido, estrechó la mano del pintor.

—Hombre honrado, génio sublime, esclamó; tienes razon; la pureza de tu vida, la inocencia de tus costumbres, tu caridad y tu pobreza, serán tus mejores abogados en el tribunal de Dios. La penitencia no se hizo para almas como la tuya.

Antonio advertia que iba perdiendo la vida por momentos; el mal seguia la marcha que Tadeo habia pronosticado de antemano.

—Llamad á mi muger y á mis hijos, dijo el artista, despues de haber hablado todavia algunos instantes mas con el solitario: siento que es llegada la hora de la eterna despedida.

La muger del pintor y los tres hijos entraron en la habitacion, corriendo á arrodillarse con un mismo instintivo y rápido movimiento, á la cabecera del lecho de su esposo y padre.

—Esposa mia, hijos de mi corazon, esclamó el pintor; en breve voy á abandonaros... ¡Ay! no lloreis así; tarde ó temprano es preciso pagar esta deuda suprema. Voy á abandonaros; tratad de hacer que me sea menos penosa la partida, demostrándome que os dejo unidos á todos. Yo hubiera querido haceros mas dichosos, pero la desgracia que me ha perseguido, ha sido mas fuerte que la perseverancia de mi pincel. Octavio y Ludovico, ya os hagais soldados ó labradores, nunca abandoneis á vuestra madre ni á vuestras hermanas pequeñas que duermen allí, miradlas; allí quedan bajo la proteccion de Dios y de vosotros.

En esto se despertó una de dichas criaturas. Inés llena del mayor sobresalto y aterrada con el fúnebre espectáculo que tenia á su vista, hincóse tambien de rodillas sobre la paja, juntó sus manos y murmuró algunas oraciones. La tierna actitud de aquella criatura, su rostro perfectamente ovalado, circundado de los abundantes rizos de su oscura cabellera, la dulce ternura de sus miradas, que parecia erraban en busca de una estrella desconocida del cielo, reanimaron los instintos y sentimientos del artista.

—Traedme mis pinceles y mi paleta, esclamó.

—Dádselos, dijo el hermano Tadeo á Octavio que vacilaba en obedecerle, dádselos, el artista tiene tambien como el guerrero su campo de batalla en que desea morir.

Incorporaron al enfermo, le improvisaron sobre el lecho una especie de caballete, y el sublime maestro, cogiendo sus pinceles y mezclando los colores con su mano casi completamente helada por el frio de la muerte, reprodujo en el lienzo, con esa correccion de dibujo y esa suavidad de colorido que distinguen todas las obras del Correggio, las facciones de la apacible y serena criatura á quien hizo ángel antes de hacerla huérfana.

Terminada su obra; esa perla, ese diamante, ese prodigio en que se hallaban reunidas todas las perfecciones de la naturaleza y del arte, dijo el pintor al solitario:

—He firmado mis primeros cuadros con mi verdadero nombre de Antonio Allegri, que era el apellido de mi padre; á los que he pintado en la segunda época les he puesto al pie el apellido de Lieti, que era el de mi madre; ¿con qué nombre os parece que debo firmar este, Tadeo?

—Con el nombre que te hace inmortal, dijo el solitario, con el de *Correggio*.

Antonio escribió entonces lentamente al pie del lienzo estas palabras:

EL CORREGGIO IN LIMINE MORTIS PINXIT, 17 AUGUST. 1534.

En seguida le faltaron las fuerzas; dirigiendo una mirada al Cristo y estendiendo los brazos hácia sus hijos, cayó desfallecido en el lecho y exhaló el último suspiro.

Pero el alma del artista, antes de abandonar su mansion terrestre, se habia revelado por última vez en un momento supremo, en la página de gloria que acababa de abrirse. El último ángel del Correggio era el adios que daba al mundo, y uno de los mas brillantes títulos de gloria que legaba á la posteridad.

Por la noche, la aldea de Correggio en masa, y la ciudad de Parma, representada por sus magistrados y los habitantes mas notables que encerraba en su recinto, acudian con gran solicitud á los funerales del gran artista que acababa de perder la Italia. Asi sucedió que aquel hombre cuya existencia habia trascurrido miserable, pobre y desapercibida, fue de repente saludada con los dictados de grande, inimitable y divino, en el momento en que iba á caer sobre su cadáver, maltratado en vida por la adversidad, la tapa de su tumba.

Advirtióse con gran sorpresa que el solitario del campo de Trajano no asistió á las exequias de su amigo. Pero al cabo de seis meses se encontró la esplicacion de su ausencia, que redundaba en mayor gloria del Correggio y provecho de su dilatada é indigente familia.

Las casas soberanas de todos los Estados de Italia habian enviado corredores judios á Correggio para adquirir los cuadros y bocetos del ilustre pintor. La viuda, instigada por los consejos de esos agentes secretos, y mas que nada, obligada por su indigencia, que habia ido en aumento desde la muerte de su marido, habia consentido en hacer una venta pública de aquellos ricos monumentos de uno de los ingenios mas estraordinarios y completos de Italia.

Llegado el dia de dicha venta, y despues de haberse verificado la de los bocetos, diseños y demas, se sacó á licitacion la postrer obra del maestro, su *último ángel*.

Púsose á esta magnífica obra el precio de diez ducados, un agente del marques de Monferrat ofreció tres ducados mas, el del duque de Mantua cinco, y el del duque Fernando de Este quince. Por último, la primera de las obras maestras del Correggio iba á ser adjudicada por la módica suma de treinta y tres ducados, cuando un hombre vestido de capitan de las tropas esclavonas, se adelantó con paso resuelto, y descansando con altivez su manopla de piel de búfalo sobre el pequeño cuadro que cubrió completamente, esclamó en alta voz:

—En nombre del Rey de Francia, en nombre de Francisco I, ofrezco veinte mil escudos por este cuadro.

Miráronse unos á otros todos los secuaces de la avaricia que allí se hallaban presentes, y ninguno se atrevió á pujar la oferta del monarca de Francia.

El cuadro por lo tanto, fue adjudicado á Francisco I.

En el momento en que el capitan veneciano tomaba posesion de él en nombre del monarca, para lo cual en honra del gran Rey á quien representaba, y del gran artista á quien vengaba de la persecucion póstuma de sus contemporáneos, se habia quitado respetuosamente el sombrero, reconocieron en él la viuda y los hijos de Correggio al solitario del campo Trajano.

—Os debemos nuestra fortuua, señor capitan, esclamó Mónica.

—A mí no, señora, sino al Rey de Francia, á quien se considera con razon el padre y Rey de todos los ingenios y glorias... Si, señora; ese es quien os salva. En cuanto á mí, nin-

guna otra gloria me cabe en este suceso mas que la de haber señalado á ese príncipe magnánimo la muerte de un esclarecido ingenio y la ocasion de socorrer una gran desgracia.

Y en seguida, despues de haber puesto en manos de un escudero el precioso cuadro que acababa de conquistar para la Francia, se retiró el hermano Tadeo.

¿A dónde os encaminais ahora? preguntó Julia.

Ahora me vuelvo al campo de Trajano, dijo Tadeo, á despojarme de mi trage de capitan y vestirme mi sayo de ermitaño, que no volveré á abandonar hasta que me una en el cielo con mi amado Correggio.

La familia del Correggio fue protegida y pensionada por Francisco I. El *último ángel* comprado por este monarca, fue regalado por él á su hermana Margarita, reina de Navarra. Luego pasó á formar parte de la galería del Louvre en tiempo de Enrique II, y trascurrido mas de un siglo fue hallado entre los cuadros que componian la rica coleccion del duque de Orleans, sobrino de Luis XIV y regente de Francia.

D. C.

EL INCOGNITO.

El príncipe Jorge, llamado á reinar en la Moldavia, acababa de hacer uno de esos viages por Europa, con los que los herederos presuntivos modernos completan su educacion política. Desgraciadamente en esta escursion por las córtes, en que cada parada habia sido para él una ovacion oficial, el jóven príncipe no habia podido ver otros hombres ni otras cosas que las que le habian querido enseñar, esto es, lo que podia agradarle, y no lo que podia instruirle. Su preceptor, Márcos Aski, uno de esos *Panariotas* que profesan el principio de que para avanzar mucho es necesario caminar de rodillas, habia tenido especial cuidado de rodearlo de todo lo que podia lisonjear su orgullo. Sin embargo, la naturaleza felizmente lo habia dotado de un corazon bastante recto, para que la sinceridad de los buenos deseos pudiese resistir á esta fatal educacion. Presentándole la vida bajo un aspecto falso, no le habian podido quitar la facultad de ver; engañado sobre la verdad, conservaba la voluntad de conocerla. En el fondo, su ceguera no provenia sino de la ignorancia; se trataba solamente de arrancar la especie de catarata con que sus cortesanos habian velado su espíritu.

La noticia de la muerte de su tio, que le dejaba la autoridad soberana, habia ido á sorprenderlo en Grecia, última estacion de su peregrinacion, y se habia apresurado á tomar otra vez el camino de Moldavia, subiendo por el Danubio. Habia dejado detrás sus gentes y sus bagajes, no llevando consigo mas que á su preceptor, con el que viajaba de incógnito.

Los dos acababan de parar en una pequeña posada situada á orillas del Pruth, y Márcos Aski comunicaba á el príncipe el resultado de los informes que habia tomado acerca de los medios de continuar el viaje. La última silla de posta habia partido una hora antes de su llegada; no habia ningun barco particular que poder tomar á flete, y á menos de no resignarse á una espera que podia prolongarse, no quedaba otro recurso que el barco público, que hace su viaje diario con los pasajeros de las dos orillas.

—Pues bien, tomaremos el barco público, dijo el príncipe; lo que deseo es evitar todo retardo. Este medio me parece por otra parte el mas cómodo.—Su señoría ha comprendido, con su perspicacia habitual, todas las ventajas que presenta el viaje por mar, dijo Márcos, cuya obsequiosa sonrisa aplaudia las pala-

bras mas insignificantes, los menores gestos de su discípulo; pero tengo que hacer presente varios inconvenientes. En el barco no hay mas que un solo departamento; su señoría va á encontrarse confundido con todos los viajeros.—¿Qué importa? Siempre olvidais nuestro incógnito, Aski, y concluireis por dejarlo adivinar á todo el mundo. No he podido conseguir que me llameis simplemente Jorge.—Perdonad, dijo el preceptor; pero si me es permitido justificarme, diria que no es solamente culpa mia. Su señoría tiene un aire que no permite olvidar su rango; y á decir verdad, he temido que todo el mundo lo reconozca. Su vestido vulgar no puede quitarle su aspecto de príncipe. Ahora mismo estaba oyendo al posadero estasiarse sobre la nobleza de vuestros modales.

—Habrá visto el posadero que lo escuchábais, dijo el príncipe con satisfaccion, y ha querido agradaros; pero estad seguro de que cargará en la cuenta esta lisonja.

—¡En verdad que no se escapa nada á su señoría! esclamó Márcos con admiracion; lee en el fondo de las almas... ¡Cargar elogios en una cuenta!.... hé aquí una de las frases mas agudas que jamás he oido; si se hubiese pronunciado en París, mañana salia en todos los periódicos.

—¡Por favor! Márcos, basta, interrumpió el jóven príncipe; teneis conmigo una indulgencia que se parece singularmente á la ceguedad. ¿Cuándo debe llegar el buque?

—Dentro de una hora. Habia olvidado decir á su señoría que la posadera me ha hecho concebir algunas inquietudes sobre la navegacion del Pruth. Parece que desde hace un mes recorre una partida de bandidos el rio, y han robado algunas barcas... sin querer hablar á su señoría de un naufragio reciente....

—Vamos, veo que quereis asustarme, Aski.

—Señor, no tengo pretensiones á hacer cosas imposibles, y el valor de su señoría me es bastante conocido..... Solamente he creido de mi deber decirle la verdad desnuda. Su señoría sabe, por lo demas, que estoy dispuesto á seguirle, aunque fuese á la Siberia; no tiene mas que pronunciar el *Sic volo, sic jubeo*...

—Vamos, ¿y no acabais? repuso el príncipe; continuad el verso; decid: *Sit pro ratione voluntas*, «que vuestra voluntad es la verdadera razon.» Triste razon, Aski, con la que jamás espero contentarme.

Márcos hizo un gesto de asombro.

—Su señoría me permitirá al menos que admire cómo recuerda el latin.

—Vos sois el que me lo habeis enseñado, Aski, como todo lo demas.

—Así estoy enteramente satisfecho de mi obra, y me atrevo á decir que su señoría no está menos elevado sobre los demas hombres por su instruccion que por su nacimiento.

—Mirad el barco, interrumpió el príncipe; ajustad la cuenta pronto con el posadero; dentro de diez minutos estaremos ya de viaje.

Márcos se apresuró á obedecer, en tanto que su antiguo discípulo lo esperaba en la orilla.

Aunque la costumbre de oirse elogiar hubiese dado al príncipe cierta opinion favorable sobre sí mismo, tenia bastante buen sentido y sinceridad para poner en duda algunas veces la realidad de sus méritos. Los elogios que su antiguo preceptor acababa de hacerle sucesivamente de su hermosura, de su distincion, de su talento, de su valor y de su instruccion, le dejaban algunas dudas; efectivamente, deseaba la posesion de todas estas superioridades, pero sentia la necesidad de comprobarlas por la esperiencia. El viaje que iba á hacer por el Pruth le presentaba una ocasion favorable para hacer estos esperimentos. Desconocido de todos, veria si se recomendaba solamente por sus cualidades personales, y sabria por último la verdad acerca del valor de sí mismo. Ordenó de nuevo á Aski, y esta vez de una manera terminante y con toda la seriedad posible, que no hiciese la demostracion mas sencilla que pudiese descubrirlo, y se embarcó con él en el buque, que al poco tiempo emprendió su carrera hácia las fuentes del rio.

Los pasajeros eran numerosos, y segun su aspecto parecian pertenecer á todas las clases. Habia labradores, comerciantes, ricos propietarios, un antiguo militar aleman, y algunas mugeres de diferentes edades y condiciones. El príncipe observó entre ellas una cuya particular belleza y maneras desembarazadas le encantaron. Muchos pasajeros se habian aproximado á ella, uno despues de otro, para trabar conversacion, y la habian hecho insensiblemente la Reyna de una especie de córte, donde la alegría y el buen humor parecia que habia elegido domicilio.

El príncipe Jorge se acercó á su vez para tomar lugar en el círculo; pero, contra lo que estaba acostumbrado, no se tuvo consideracion alguna con él. Quiso hablar, y el que estaba á su lado lo interrumpió; quiso llamar la atencion por un rasgo de talento, nadie se creyó obligado á ofrecer una sonrisa á su chiste. Algo sorprendido al principio, nuestro príncipe se sintió algo picado de aquella indiferencia inesperada, y quiso vengarse con epigramas; pero la jóven se los devolvió con una finura tan delicada y tan graciosa, que todos con semblante risueño se pusieron en contra del importuno epigramista. El príncipe, desconcertado, se vió obligado á alejarse del grupo, encaminando sus pasos hácia una aldeana que habia escuchado de lejos el debate, y se habia reido, como los otros, á sus espensas.

—Sentaos aquí, pobre inocente, dijo la muger de formas abultadas, haciéndole un lado; habeis encontrado una mas fuerte que vos,

pero esto no debe atormentaros; el talento, como otras muchas cosas, está repartido por todo el mundo; solamente que debe uno saber hacerse á sí mismo justicia, y no trabar cuestion con aquellos que tienen sables de acero, cuando no tiene uno sino un sable de madera.

Jorge miró á la ciudadana campestre con un asombro mezclado de mal humor; ella se inclinó hácia él guiñando los ojos.

—¿Sabeis por qué la niña os ha tratado tan mal? continuó, sin observar el aire escandalizado del príncipe, porque os habeis burlado de aquel jóven moravo que está sentado á su derecha; es su amante, y nosotras las mugeres no dejamos que toquen á aquellos á quienes amamos... principalmente cuando son tan hermosos como aquel... ¡Ah! ahora poco, cuando estábais cerca de él, no pareciais tan brillante, mi buen jóven. Estoy segura de que sois un guapo mozo, pero él tiene el aire de un príncipe.

Jorge se levantó bruscamente para reunirse á Márcos y al viejo oficial aleman, con el que se puso á hablar; pero se encontró que tenia que habérselas con uno de esos eruditos quisquillosos que, sabiéndolo todo con la mas escrupulosa precision, no dejan pasar la mas insignificante inexactitud. Al cabo de algunos minutos, el viejo militar habia notado en la conversacion con su interlocutor tres errores históricos, otras tantas faltas contra los principios de la física, y no sé cuantos solecismos en el lenguaje. El príncipe, impacientado, concluyó bruscamente la conversacion; pero al separarse oyó al militar aleman quejarse con Aski de la falta de instruccion que de algunos años se advertia en la juventud.

Hasta entonces la esperiencia le habia sido poco favorable. Las opiniones de su preceptor sobre su distincion, sobre su talento, sobre su ciencia y sobre su belleza, no le parecia que hacian muchos prosélitos. Vió que la leccion era mas ruda de lo que él se habia prometido, y no pudo dejar de dar entrada á cierto despecho. Descender de un pedestal es siempre una operacion difícil y delicada, aun para los mas modestos; asi nuestro contrariado príncipe fue á sentarse cerca de la proa, con un humor bastante triste.

Empezaban á estenderse las sombras de la noche sobre el rio, cuyas orillas desiertas no se distinguian sino vagamente. La mayor parte de los viajeros habian dejado la cubierta, impelidos por el fresco de la noche, El buque acababa de entrar en un brazo que se estrechaba entre dos islas, cuyos árboles interceptaban la última claridad del cielo. Se llegaba á uno de los puntos mas estrechos, cuando tres barquillas salieron de entre unos sauces que se estendian por ambas orillas, y se dirigieron rápidamente hácia el barco. En el momento que el patron los divisó dió un grito de aviso.

—¡Los bandidos del rio! esclamó.

Pero no habia acabado todavía cuando las barcas abordaban, precipitándose sobre el puente hasta unos doce hombres.

Hubo entre los pasajeros un momento de confusion y de espanto, de que se aprovecharon los piratas para despojar á los mas opulentos de sus mejores vestidos y alhajas.

Ya empezaban á sacar de los bagajes colocados á la entrada de la cámara todos los objetos de valor que encontraban en ellos, cuando el jóven moravo, que se habia quedado dentro con su futura, salió bruscamente sable en mano, escitando á sus compañeros á defenderse. El príncipe, sorprendido primero, como todos, oyó la escitacion y se precipitó sobre uno de los bandidos. Su ejemplo fue seguido por los marineros, y luego por los viajeros, de manera que á los pocos instantes, los piratas vencidos volvieron á sus barcas y huyeron.

El combate habia sido vivo, pero tan corto, que no hubo ningun muerto que deplorar; todo se limitaba á algunas heridas. La que el príncipe habia recibido en el brazo, sin ser peligrosa, le hacia perder mucha sangre. La futura del moravo se ocupaba en vendársela con su pañuelo, cuando el preceptor, que habia desaparecido desde el principio de la refriega, se presentó en el puente.

—¡Gran Dios! ¡su señoria herido! esclamó.

—No es nada, dijo el príncipe sonriéndose. ¿Pero de dónde diablos salis?

En lugar de responder el preceptor se precipitó hácia él con gritos de desesperacion.

—¡Qué! ¿los miserables se han atrevido á levantar las manos contra su señoría? Pronto, piloto, desembarcad en el primer pueblo. ¡Remedios, un médico! Es el príncipe Jorge, señores. ¡Sabed que respondeis de los dias de vuestro soberano!

A esta declaracion se levantó en el barco un grito general de sorpresa, que fue seguido de un silencio lleno de respeto. Todos los viajeros se habian separado descubriéndose.

Márcos, con las manos juntas y los ojos vueltos al cielo:

—Su señoria tiene la culpa, esclamó; no ha querido escuchar sino su valor, y solo habeis resistido á los bandidos, y únicamente á él debemos nuestra salvacion.

—Os engañais, Márcos, interrumpió el príncipe con severidad. Primero he cedido al espanto, como todos.

Luego tomando la mano al jóven moravo:

—Hé aquí el que ha combatido primero, y cuya firmeza nos ha servido de ejemplo, dijo con espansion; acaba de probar que tenia derecho al primer lugar por el valor como por todo lo demas. El recuerdo de esta jornada no se borrará jamás de mi memoria; ella me ha enseñado lo que es un príncipe reducido á si

mismo. Una niña me ha curado de mis pretensiones de talento; un viejo oficial me ha probado mi ignorancia; un bravo estranjero me ha sobrepujado en valor, y una prudente matrona me ha advertido que tenia simplemente el aire de un buen muchacho. En adelante yo me tendré en lo que valgo; procuraré conservar mis derechos á este título, y no olvidaré jamás la leccion que debo al *incógnito*.

D. E.

Estudios de historia natural.

ALGUNOS PECES.



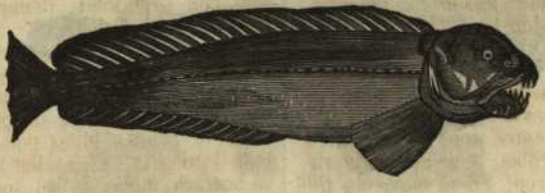
En artículos anteriores hemos dado pormenores relativos á algunos de los peces mas notables por su tamaño ó circunstancias particulares. Vamos á ocuparnos ahora de otros, dignos tambien de especial mencion.

El CICLOPE (TERUS-LAMPES) es un pez sin escamas, pero está cubierto con una piel áspera y dura; tiene la boca ancha y sembrada de pequeños dientes. Adhiérese con fuerza á las rocas y á los otros cuerpos duros. Pésase á veces en las costas de Inglaterra y Francia, y su carne es poco estimada.

El DIABLO DEL MAR ha sido asi llamado por su estraordinaria fealdad; es el *lophius piscatoris* de Cuvier.

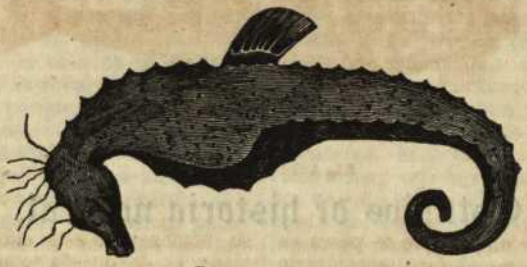
La SERPIENTE DE MAR tiene mucha semejanza con la anguila. Existe una especie que se pesca en el Mediterráneo, y cuya carne es muy delicada. Se ha hablado mucho de una serpiente de mar de centenares de pies de largo, y con fuerzas bastantes para sumergir un navio; pero estas relaciones no tienen bastante fe para que puedan admitirse sin otros datos.

El LOBO MARINO que debe este nombre á su voracidad, solo se cria en los mares del Norte; sus dientes son tan fuertes y duros que si muerde el ancla de un buque se oye resonar el hierro, y queda en él la señal de la mordedura. Llega á tener siete pies de largo; y á veces se han cogido mas pequeños en nuestras costas.



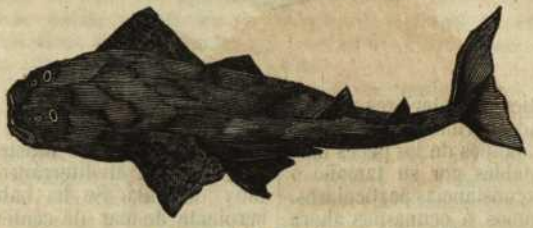
EL LOBO MARINO.

El HIPPOCAMPUS ó caballo marino, es un pecesillo que solo tiene algunas pulgadas de largo; su cuerpo es como el de un gusano, pero su cabeza tiene cierta semejanza con la del caballo: el cuerpo se compone de anillos con unas puntas salientes. Asegúrase que despues de la muerte del animal su cola conserva la misma posicion que le da antes que espire. Hállase en el Mediterráneo.



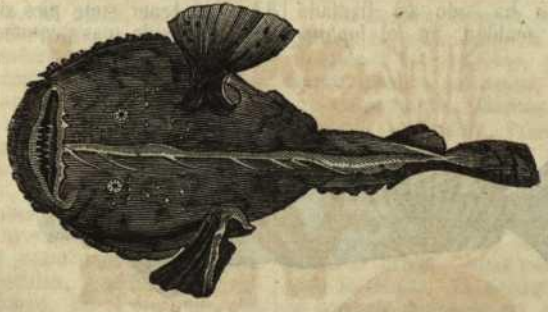
EL HIPPOCAMPUS.

La SQUATINA-ANGELUS, está clasificada tan pronto entre los peces planos como entre aquellos cuyo cuerpo es redondo. Su tamaño es de cinco á seis pies. Sus aletas superiores parecen alas, y de aquí que muchas personas le hayan dado el nombre de ángel.



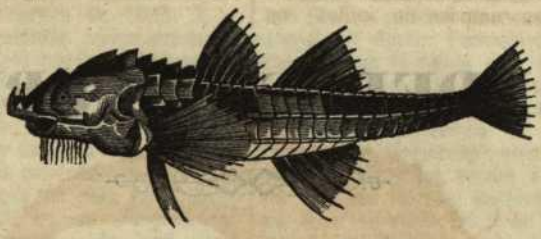
LA SQUATINA-ANGELUS.

La CABEZA DE MUERTO, tiene la cabeza tan ancha como el cuerpo, con una boca de una dimension estraordinaria. El grabado dará una idea mas esacta que todas las descripciones. Dícese que su carne hervida tiene el sabor de la del puerco.



LA CABEZA DE MUERTO.

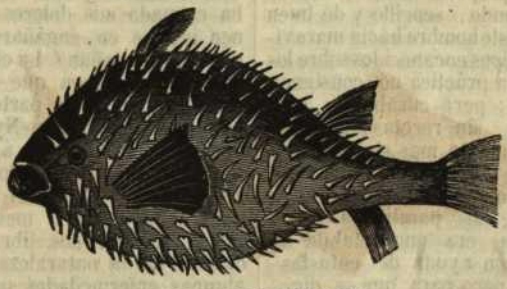
El ASPIDOPHORUS-EUROPEUS es un pez pequeño y muy comun en nuestra costas. Su cabeza es grande, huesosa y desigual; tiene el cuerpo octógono, desprovisto de escamas, pero cubierto de incrustaciones huesosas que se proyectan en puntas agudas.



EL ASPIDOPHORUS.

Lira es el nombre de un pez que se pesca en el Mediterráneo, y que no es raro encontrarlo en el mercado de Roma. Su cuerpo es flexible, redondo, suave al tacto, y matizado de amarillo, azul y blanco. El color azul es de lo mas bello que puede figurarse.

El PUERCO-ESPIN-MARINO indica bastante por su nombre que está cubierto de puas. Su tamaño es de doce á veinte pulgadas; su cuerpo está cubierto de una piel blanquecina, sembrada de puas agudas y fuertes; su boca es muy grande. Se le encuentra en los mares cercanos al cabo de Buena Esperanza.



PUERCO-ESPIN-MARINO.

El ORTHAAGORISCUS-MOLA, que los ingleses llaman *Sol*, se halla en el Océano del Norte y en el Mediterráneo. Su figura es bastante rara, pues su cuerpo, ancho y corto, termina por una aleta circular que al verla se diria que era la cabeza de un pez grande separada de su cuerpo. Hay algunos que tienen dos pies de largo, y que pesan hasta doce libras. No tiene escamas, pero está cubierto de un pellejo áspero y duro: su cabeza no forma saliente alguna con su cuerpo.

B. I.



YERBAS MARINAS.

CURANDEROS CELEBRES.(*)



Hace algunos dias que la ciudad de Bruselas se hallaba conmovida por un acontecimiento que trastornaba todas las cabezas. Un hombre se habia aparecido, un pobre diablo, mozo de labranza, que se dice no sabe leer ni escribir, hábil solamente en preparar el lino, honrado en el fondo, sencillo y de buen carácter. Este hombre hacia maravillas, hacia lo que los médicos encanecidos sobre los libros é instruidos por la práctica no consiguen hacer siempre. Curaba; pero curaba sin medicamentos, sin drogas, sin recetas farmacéuticas, y por el procedimiento mas simple; ponia las manos sobre el dolor, y el dolor desaparecia; tocaba el ojo que habia perdido la vista, y la recobraba; los paralíticos marchaban, los sordos oian, era una retahila de milagros inauditos; y con ayuda del entusiasmo popular ha faltado poco para que se digese que el paisano de Waes habia resucitado un muerto. Asi va el mundo; cuando hay cosas maravillosas como esta, la imaginacion pública crea montañas.

Era curioso ver á Driesken Nypers (así se llama nuestro hombre) seguido en todas las calles por gentes á pie, por coches magníficos, sitiado en todas las casas donde entraba, y los grupos estacionados contando historias de sus curas, y los agentes de policía paseandose alrededor de los grupos para mantener el órden, y los cafés y fondas llenarse de jente cerca de donde el *curandero* habia hecho una cura prodigiosa, ó contada como tal. Esto duró tres dias; luego desapareció el curandero y el entusiasmo se calmó. El hombre maravilloso habia ido á otra parte á continuar sus curas. Se habla menos de él, pero se habla todavia; hablemos nosotros tambien un poco.

Cada vez que nos encontramos frente á frente de un hecho que sale de los casos ordinarios, que se halla en contradiccion con las nociones que hemos adquirido por el exámen atento de los fenómenos naturales, la duda es permitida por lo menos; pero si es necesario no creer fácilmente, es preciso no negar tampoco fácilmente, pues ¿qué sabemos nosotros de los fenómenos de la naturaleza? ¿Nos ha revelado por ventura todos sus secretos?

Muchas personas vienen y dicen: Yo estaba enfermo y me ha curado; yo sufria y ha calmado mis dolores. Esas gentes no tienen interés en engañarnos, ¿por qué creer que nos engañan? La ciencia no lo sabe todo, con que asi, ¿con qué derecho haria la desdeñosa? Por otra parte, la falcultad de que está dotado Driesken-Nypers no es nueva, si hemos de dar crédito á ciertos libros viejos.

En efecto, uno de los pensadores mas vigorosos y atrevidos del siglo XV, Pedro Pomponace, no tiene la menor dificultad en admitir en uno de sus libros, que hay hombres dotados por la naturaleza de la facultad de curar algunas enfermedades por una emanacion que la fuerza de su imaginacion dirige sobre el enfermo. Cuando ellos emplean esa fuerza, dice, afecta su sangre y sus espíritus animales que por una evaporacion impulsada fuera, producen tales efectos. Para obtener estos efectos, es preciso tener una gran fe, *magnam fidem*, una imaginacion fuerte, y una voluntad firme, *vehementem imaginationem et fixum desiderium*, y estas disposiciones no se encuentran en todos los hombres.»

Pomponace no cita á nadie en particular, pero parece reasumir en estas palabras algunos hechos de los cuales ha sido testigo; y Pomponace no era un hombre crédulo, pues ha compuesto el libro de que hablamos, para demostrar que los prodigios atribuidos en su tiempo, sea á la mágia, sea á la intervencion de los demonios, son supercherias ó efectos producidos por una causa natural que no se ha sabido descubrir.

Pero esto no es mas que una teoría, y no vemos en ello ningun hecho preciso, determinado y concluyente. Es preciso llegar al siglo XVII para encontrar un hombre que presente

(1) Este curioso artículo lo hemos tomado de un periódico francés.

fenómenos análogos á los que se nos dice que produce Diesken Nypers.

Este hombre, llamado Valentin Greatrakes, era un *gentleman* irlandés nacido en Waterford el catorce de Febrero de 1628. A la edad de 13 años, la formidable insurreccion de 1641 le obligó á refugiarse con su madre en Inglaterra, y luego volvió á Irlanda, mientras que Cromwell la pacificaba á su manera. Pasó un año en el palacio de Coperquin, entregado á la contemplacion, y sujeto á unos accesos irregulares de éstasis. Es probable que los desastres sangrientos de que su pais fue teatro, influyeron poderosamente en su imaginacion. Entró á servir en el regimiento de lord Orrery, y sirvió contra los rebeldes; fue licenciado con su regimiento en 1656, y obtuvo el destino de juez de paz, que perdió con la restauracion. La inaccion á que se vió obligado le volvió á la contemplacion y á los éstasis. Un dia oyó una voz que le decia que él habia recibido el don de curar los lamparones; perseguido por esta idea, que combatia su razon, la tuvo secreta durante muchos meses, pero al cabo se la comunicó á su muger, que no vió en estos fenómenos mas que una lesion de la imaginacion. Greatrakes pensó al principio como su muger; pero sin embargo, la voz no le dejaba tranquilo, y fue misteriosamente á ver á un escrofuloso que tocó y se curó inmediatamente.

Esta cura metió mucho ruido, acudieron otros escrofulosos, y con todos obtuvo el mismo resultado. Habiéndose declarado una fiebre epidémica en un condado vecino, fue advertido por la voz misma, marchó en seguida á tocar á los enfermos y curó un gran número de ellos Su reputacion se estendió muy pronto, y los enfermos acudieron á bandadas á Alfane. Pero habiendo sido informado de estos hechos el Obispo de Lismore, citó á Greatrakes ante su tribunal eclesiástico por haber practicado la medicina sin permiso, y le fue prohibido por una sentencia el tratrar á los enfermos por la imposicion de las manos.

Su antiguo coronel, lord Orrery, no hizo caso de la sentencia del Obispo. Su cuñada, la condesa de Conway, padecia despues de muchos años dolores de cabeza inveterados, y confiada al cuidado de Greatrakes la curó á pesar de la sentencia.

Greatrakes dejó la Irlanda en 1666, y el Rey Cárlos II quiso verle en Whitehall. Hizo curas en Lóndres, y se alojó cerca de un hospital donde iba todos los dias á tocar los enfermos. Tuvo muchos partidarios, pero los pensadores francos de la córte ligera y brillante de Cárlos II no podian acomodarse á la simplicidad de los modales y al espíritu piadoso de Greatrakes, y algunos cortesanos le persiguieron con sus burlas. Un médico, el doctor Lloyd, escribió contra él un folleto titulado: *Wonders no miracles.* (Los prestigios no son milagros). Se hicieron coplas y canciones contra el *curandero*, y se le dijo netamente que era un charlatan.

Otros médicos tomaron su defensa. El doctor Stubbe publicó una respuesta al folleto de Lloyd; el doctor Faireclow señaló infinitas curas de que él habia sido testigo; y Astelins, que habia seguido á Greatrakes en sus visitas al hospital, citó hechos concluyentes bajo la garantía de su buena fe y de su ciencia. El método de Greatrakes segun Astelins, consistia en aplicar las manos á la parte dolorida y dar friegas ligeras de arriba á bajo. Cuando un dolor se habia fijado en un miembro, le hacia bajar poco á poco y le echaba fuera por los estremos. Cuando por la aplicacion de su mano habia escitado la accion de la naturaleza, se producian escreciones de diversos géneros, como sudores, evacuaciones albinas, vómitos, etc.

Los dolores se hacian muchas veces mas vivos cuando él comenzaba á operar, y á fuerza de fricciones reiteradas iban cediendo y salian por los estremos. Las enfermedades que Greatrakes ha tratado son muy numerosas; la paralisis, la ceguera, la sordera, la hidropesía, la pleuresía, fiebres de todas clases, dolores de ceática, tumores, cánceres, lamparones, etc., y todas han sido curadas por el simple tacto, si se ha de dar crédito á sus apologistas. Algunos enfermos recayeron en el mismo estado despues de una cura aparente; otros no pudieron ser curados á pesar de todos sus cuidados, pero el mayor número obtuvo una cura completa.

Los médicos cuyos nombres hemos citado y muchos eclesiásticos han hecho el elogio de las costumbres de Greatrakes y dicen: Era bueno, honesto, religioso, no recibia dinero ni recompensas de nadie, y se dedicaba á cuidar los enfermos por pura caridad.

Pasó un año en Lóndres, y fastidiado de ocupar la atencion pública con su persona, volvió á Irlanda en 1667, y murió olvidado en 1680.

El siglo siguiente volvió á nacer un hombre que metió mucho mas ruido que Greatrakes, y ocupó la atencion pública en Europa durante muchos años.

Este hombre, llamado Juan José Gassner, habia nacido en Bratz, frontera del Tyrol y de la Suabia; estudió en Inspruck, y obtuvo en 1758 el curato de Klosterle en la diócesis de Coire. Hacia quince años que desempeñaba estas funciones, cuando se esparció el rumor de que curaba las enfermedades por la simple imposicion de las manos; y aun se dice que habia curado á la condesa de Wolfegg por correspondencia. Algunos enfermos fueron á Klosterle y volvieron curados, de suerte que muy pronto se les vió llegar por bandadas de quinientos á seiscientos á la vez. Pueblos enteros se despoblaban, y el buen cura no sabia á

quien atender, pero sin querer recibir nunca ninguna retribucion. De todas partes recibia cartas por las cuales los enfermos lejanos que no podian ir cérca de él reclamaban sus cuidados. Obtuvo por fin el permiso de su Obispo para ausentarse, y fue sucesivamente á Wolfegg, Weingarten, Ravenspurg, Detlang, Kirchberg, Morspug y Constanza, donde hizo curas numerosas.

Este buen cura, atormentado despues de mucho tiempo de un dolor de cabeza insoportable, que los médicos de Inspruck y Praga no habian podido curar, habia buscado en las obras contrarias á los exorcismos medios de curar que el arte no habia encontrado. Segun él, las enfermedades podian ser clasificadas en tres especies: enfermedades naturales para las cuales la medicina tiene remedios; enfermedades diabólicas contra las cuales no habia mas remedio que un exorcismo hecho con fé; y enfermedades por *circoncesion*, en las que está complicada la invasion diabólica y la afeccion natural, contra las cuales el exorcismo se hace impotente en parte.

Estas esplicaciones no persuadieron mucho al Cardenal Obispo de Constanza, que le mandó volver á su curato en 1774; pero las curas auténticas que le fueron presentadas y las reclamaciones de los enfermos decidieron al Cardenal á darle el permiso de volver á Constanza y continuar sus exorcismos, lo que él hizo con ostentacion en Elwag, Sulzbach y Ratisbona durante todo el año de 1775.

En Sulzbach hubo una afluencia considerable de enfermos de Alemania, de Suiza y de Francia; la cura del bailio de la provincia de Borgoña, que padecia de la gota, metió mucho ruido.

Los exorcismos se practicaban en una gran sala en presencia de muchos testigos. Un notario ó cualquier otro funcionario público llevaba un registro de las preguntas y respuestas y de las menores circunstancias; y estos registros eran firmados todos los dias por los asistentes, fueran quienes fueran, y ninguna de estas actas, á las cuales concurrian médicos y sabios de todas clases atraidos por la curiosidad, ninguna contiene una sola protesta. Es preciso advertir que Gassner era completamente desinteresado, que llevaba una vida muy simple y muy austera, y que rehusaba las remuneraciones que le ofrecia un justo agradecimiento.

Para convencer á los espectadores con hechos, Gassner hacia sufrir al pulso de los enfermos variaciones súbitas y estremas. Federico I, duque de Wurtemberg, abuelo del Rey de Wurtemberg, quiso hacer la esperiencia. Escogió enfermos, nombró los médicos que debian tomarles el pulso, y designó los testigos. A peticion sucesiva de los médicos y á la palabra del exorcista, el pulso pasaba por todas las variaciones. El acta de esta sesion tan curiosa fue firmada por el príncipe y sellada con su sello, firmándola ademas todos los asistentes. Asi se conserva aun en los archivos de Wurtemberg.

No todos quedaron convencidos por estos hechos. El padre Sverzinger, teatino, que presenció los exorcismos, declaró que no habia visto nada de maravilloso, ni sobre todo, de diábolico; pretendió que las curas obtenidas eran esplicables por algun principio físico desconocido aun, pero que sin duda se descubriria.

El célebre De-Haen, médico de María Teresa y profesor de medicina práctica en Viena, fue encargado de examinar los hechos relativos á Gassner; pero desgraciadamente no fue testigo de ninguna operacion, y tuvo que referirse á las narraciones que se le hicieron. De-Haen, que no creia mucho en la mágia, habia establecido en Viena un hospital de poseidos, donde se habia convencido de que estos desgraciados no eran mas que maniáticos ó melancólicos. Su libro *Magiæ examen* (1774) tenia por objeto esta demostracion, y sin embargo en su obra de *Miráculis*, que publicó en 1776, parece inclinado á creer que es necesario considerar como de naturaleza diabólica ciertas enfermedades curadas por Gassner por medio del exorcismo. Aquello de que De-Haen no comprendia la causa, lo llamaba diabólico, y era una manera de eludir las dificultades.

Sin embargo, la autoridad eclesiástica se conmovió por el ruido que hacian las operaciones de Gassner y de la guerra de plumas que habia suscitado. El Obispo de Constanza y los Arzobispos de Praga y Saltzbourg prohibieron á Gassner que continuase sus trabajos, y José II, por su rescripto de 1777, le obligó á salir de Ratisbona, donde el entusiasmo por él se aumentaba cada dia.

Gassner se retiró á Boudorff, donde murió el 4 de Abril de 1779. Despues de su salida de Ratisbona habian cesado completamente sus operaciones curativas, y no se pensó ya en él.

Hé aqui unos hechos auténticos y mas que suficientemente garantizados. ¿No se puede sacar de ellos alguna conclusion en favor de Drieken-Nypers?

Este hombre sencillo, completamente lego, no ha oido sin duda en su vida hablar de Greatrakes ni de Gassner; ignora las maravillas que han atribuido al uno y al otro, y sin embargo parece que produce los mismos efectos y por los mismos medios. Cura como ellos por la imposicion de las manos, por el simple tacto, por una virtud simpática, en cierto modo, tan inesplicable en él como en los otros.

El doctor Van-Housebrouk de Excarde, parece que ha recogido algunos hechos que confirman lo que anuncia la voz popular. Nosotros mismos tenemos de una persona digna de crédito el hecho de haber aliviado en pocos

minutos los dolores de un hombre que padece un terrible reumatismo. Estas son cuestiones que seria fácil resolver, y que merecian ser resueltas.

Hace mas de 70 años que el magnetismo es el objeto de vivas discusiones; los unos tienen en él una fe ciega, los otros no quieren reconocer en él mas que el charlatanismo; pero esos debates interminables no han resuelto nada. Si en efecto Driesken-Nypers está dotado de la facultad que se le atribuye, la prueba cierta de esa facultad ¿no seria un gran paso en la cuestion tan controvertida del magnetismo? Una vez que fuese establecido que por el simple tacto, por esa fuerza que Pomponace describia con tanto atrevimiento, Driesken-Nypers cura realmente los enfermos y alivia los dolores instantaneamente, ¿por qué rehusaria uno creer que la facultad de que está naturalmente dotado no podria ser obtenida artificialmente bajo ciertas condiciones?

Con razon ó sin ella, el rayo pasa por capaz de todo en punto á fechurias y estravagancias; él solo se asume la responsabilidad de un número inmenso de esos *hechos diversos* referidos en las columnas altas de los diarios y que tanto agradan al lector no científico. Sin embargo, bajo la capa de la Academia, y de consiguiente al abrigo del delito de noticias falsas, vamos á reproducir una historia referida con mucha gracia, en la que se verá, que dejar descubierto á un transeunte, registrarle los bolsillos, soplarle el reloj, y quitarle el dinero dejándole la vida, es para el fuego del cielo negocio de un instante, de un millonésimo de segundo.

«El lunes 17 de Mayo á las once de la noche, dice M. H., me dirigia á mi casa por la calle Saint-Guillaume, la calle de Chaise y la de Varennes, cuando un trueno fuertísimo me hizo apresurar el paso creyendo inminente una lluvia á torrentes. Apenas habia andado cincuenta pasos, cuando retumbó un segundo trueno al mismo tiempo que brillaba el relámpago. Principiaron á caer gruesas gotas, y como me hallaba á unos trescientos pasos de mi casa, eché á correr. De súbito me ví envuelto en una luz tan fuerte que senti un vivo dolor en los ojos. Resonó instantaneamente un trueno espantoso, y mi sombrero fue volando á diez pasos de mí, á pesar de que no soplaba el menor viento. La sensacion que habia esperimentado en los ojos fue tan violenta, y tan cruel mi temor de haber quedado ciego, que toda mi atencion se fijó en esto, de suerte que no puedo decir si esperimenté otra cosa que la sacudida eléctrica propiamente dicha, la cual no fue muy violenta.

«El último trueno fue seguido de un torrente de lluvia. El agua que cayó sobre mi cabeza disipó bien pronto mi aturdimiento y mi deslumbramiento que apenas habian durado siete ú ocho minutos, y fue tan grande mi alegría de ver que veia bien, que recorrí tan ligero como alegre la pequeña distancia que me separaba de mi casa.

«En el momento de acostarme, quise sacar mi reloj, y solo entonces advertí las huellas del paso de la descarga eléctrica á través del bolsillo izquierdo de mi chaleco, pues tenia en el fondo un agujero por el que cabian dos dedos, y sus bordes parecian quemados. El chaleco era de cachemira, el forro del bolsillo de percalina, y el segundo forro interior de paño.

«Como yo corria para llegar á casa antes que descargase la nube, la cadena de mi muestra formaba por delante un círculo saltando sobre mi chaleco, y probablemente el rayo la tomó por el medio, que era el punto mas bajo de su curbatura, puesto que la parte superior, fijada en un ojal de mi chaleco, no sufrió el menor deterioro, mientras que el gancho que retenia la muestra habia desaparecido con los primeros eslabones de la parte inferior. Este gancho era de plata como toda la cadena, pero tenia interiormente una rodajita de acero para la solidez del tornillo. La cadena era maciza y de forma de barbada. Por lo demas hé aqui los efectos que puedo comprobar.

«Un anillo de oro que reunia varios miriñaques, habia sido hecho cinco pedazos. La llave de la muestra que era de acero, recubierta en el cañon de una hoja de oro que habia desaparecido completamente, menos la hoja de oro que estaba intacta. Una brujulita de plata habia tenido sus polos invertidos; en cuanto á la muestra, esta no presentaba ninguna señal esterior de deterioro, ni aun en el anillo de que habia sido arrancado el gancho de la cadena. Pero aunque no eran mas que las once y media, las agujas señalaban las cinco menos cuarto, y se habia parado.

«Persuadido de que se habia roto el muelle ó alguna otra pieza, puse la muestra sobre la mesa con intencion de enviarla al relojero el dia siguiente; pero por la mañana, habiéndome ocurrido el darle cuerda para ver hasta qué punto estaba deteriorada, ví las agujas ponerse en movimiento con una marcha muy regular, que no ha variado desde entonces, como si el rayo, al mismo tiempo que dislocaba las agujas hubiese desbandado el muelle y conducídolo bruscamente al estremo de su carrera.

«Al lado de mi muestra tenia tambien en el momento de la nube un medalloncito de hierro de Berlin, con el arco de oro, y una llavecita de oro. Ambos objetos desaparecieron completamente, arrebatados sin duda con el gancho de la cadena por el agujero hecho en el bolsillo del chaleco.

«La cadena, que habia servido de conductor, no conservaba ninguna huella esterior del paso de la descarga. Yo sentí solamente á

la mañana siguiente unas fuertes agujetas como las que resultan de un ejercicio violento y á que uno no está habituado, pero ninguna señal se advertia en mi ropa ni en mi piel.

«Debo notar aqui una particularidad de mi vestido, que puede no haber sido indiferente á la produccion de estos efectos. He contraido en España la costumbre de traer sobre la camisa y de consiguiente bajo el chaleco, una faja de seda encarnada que me da cuatro vueltas y tiene de ancho de 15 á 20 centímetros. Esta faja ¿no me habria preservado, determinando el paso de la descarga por la superficie de mi vestido mas bien por lo interior de mi cuerpo?»

En apoyo de esta relacion leida ante la Academia por Mr. Biot, se presentaron los objetos tocados por el rayo, tales como la brujulita de plata y la capa de oro de la llave del reloj sin el cañon de acero. El tenor de la relacion y el carácter del sabio que la ha presentado, responden con bastante seriedad de la exactitud del hecho para que nos apresuremos á reproducirlo.

E. C.

UN MATRIMONIO FORZADO.



Un sinnumero de carruages obstruian no ha mucho tiempo la calle de San Honorato de París, frente á la iglesia de la Asuncion, entre once y doce de la mañana, con motivo de la celebracion de un casamiento. Los esposos iban en un carruage forrado de raso blanco, cuyos caballos estaban engalanados en las cabezas con rosas blancas. La iglesia se hallaba completamente llena. La novia iba envuelta en un largo velo que caia por el suelo arrastrando.

Las circunstancias que habian mediado en este matrimonio, eran en estremo curiosas, y merecen por lo tanto que las relatemos á nuestros lectores.

Existia un jóven que rayaba en los veinte y cinco años de edad, ni bien bello, ni feo, pero si completamente arruinado. Ignorábase de todo punto qué habia sido de su fortuna; quizá se supiese algo de ella entre las gentes de los *bulevares*, pero lo cierto es, que en aquella época nadie lo sabia á punto fijo, incluso el mismo sugeto á quien nos referimos. El hecho era que dicha fortuna habia volado, y habia quedado en su lugar únicamente el crédito, ese consuelo de las almas filosóficas, es decir, la sombra del cuerpo. ¡Cuantos mortales hay que á la misma luz del dia no son otra cosa que sombras!

Nada sin embargo se traslucia por las apariencias, pues nuestro jóven, á quien llamaremos M. de T., á pesar de lo aflictivo de su situacion, no dejaba de fumar ni un solo cigarro de los que tenia costumbre, sin que por eso gastase ni un solo cuarto. Cosa en estremo rara, si se atiende á que una de las cualidades distintivas de los sugetos arruinados suele ser el despilfarro.

Cuando se le preguntaba cuales eran sus proyectos, respondia que ninguno, lo cual se creia sin esfuerzo, pues era hombre capaz de cumplir cualquiera palabra que empeñase.

—Pero, y despues? se le preguntaba.

—Despues, volveré á empezar.

¡A cuantos filósofos que habrán muerto en olor de sabiduria, no se les hubiera ocurrido una contestacion semejante! Verdad es que en estos tiempos trascurren por los *bulevares* de Paris una infinidad de filósofos, á cuyo lado los mas famosos de la antigüedad no serian mas que unos niños de teta. La diferencia estriba únicamente en que en la actualidad, Zenon usa botas de charol y Anaxágoras es

ndividuo del *Jockey Club*.

Y no podia suceder otra cosa, pues si las revoluciones no sirviesen para crear filósofos, ¿para qué diablos servian?

Desapareció de su casa una hermosa y apacible mañana M. de T., dejando únicamente tras si el humo de su cigarro. Hablóse tres dias de su inesperada ausencia, pero al cuarto ya nadie se acordaba de que pudiera existir tal persona en el mundo.

Algunos creian que habria ido á unirse con un tio allá en Valparaiso ó Lima, ó quien sabe si en el fin del mundo. Otros, que habria recibido el nombramiento de subprefecto, especie de suicidio administrativo que se ha desarrollado mucho de algun tiempo á esta parte entre los jóvenes arruinados de Paris.

Otros, por último, menos cavilosos, se contentaban con pensar que habria muerto lisa y llanamente.

¡Pobre diablo! esclamaban sus amigos íntimos.

Tal es la oracion fúnebre que entonan unos por otros los amigos de *bulevard*.

Pero M. de T. lo mismo pensaba en morirse que en ser subprefecto; pues se hallaba en los baños de Aix sin otras miras que las de divertirse y ver tierras.

Era el mes de Julio y hacia un tiempo mas bien propio del mes de Mayo. M. de T. bailaba como si tuviese veinte años, y tiraba dinero al juego como si fuese millonario. Las bellas le amaban, unas por su polka y otras por su alegria.

Pero la dicha polka le llevó mas lejos de lo que nadie hubiera pensado, segun se verá al final de esta historia. Indudablemente la polka no es un baile, sino una hada misteriosa, que ha convertido en maridos á mas de cuatro lindos mancebos.

Asi sucede que existen hoy dia algunos entendidos padres de familia, que en vez de enseñar á sus hijos el griego, que es lengua que se olvida en cuanto se aprende, los instruyen en danzas exóticas; empezando por la *mazourka* y acabando por el *schottisch*. Estos padres comprenden el siglo en que viven.

Entre las personas que concurrian al Casino en la época de que hablamos, se distinguia una jóven llamada la señorita de St..... con quien M. de T. habia bailado mas de una vez. El padre de la señorita St... ejercia en su pais una dignidad parecida á la de *chambellan*, y en su calidad de personage oficial, se creia condenado á sostener una gravedad que no reconocia otros límites que el sueño. Allá de Pascua á Ramos solia jugar al whist; pero para eso era menester que estuviese en un lucido intervalo de alegria.

La señorita de St..... tenia veinte y dos años, cabello rubio, ojos negros, y un dote que se hacia subir á medio millon. Compréndese fácilmente que no es necesaria una complicacion tal de cualidades, para atraer en torno de una muger un lucido escuadron de amantes.

Cuando M. de T. llegó á los baños de Aix, el escuadron de la señorita de St... se componia de tres ingleses, de los cuales uno tenia la dignidad de *baronet;* cinco alemanes, entre quienes habia algunos con el grado de *mayores*; cuatro españoles, entre quienes figuraban algunos grandes de España; seis franceses, en cuyo número se hallaban inclusos algunos hombres de Estado; y catorce italianos de todos los estados de Italia; el resto le formaban suizos, polacos y daneses.

La señorita de St... dejaba maniobrar al escuadron, y tan pronto bailaba con Polonia, como con Inglaterra. El wals no tenia para ella nacionalidad fija; para su corazon todas la polkas eran iguales.

Un bávaro, á quien M. de T. habia conocido en Paris en las reuniones del príncipe de Callimaki, fue el encargado de presentarle á la señorita de St...

Gozaba esta fama de muy pronta y aguda para dar respuestas, y el dia de la presentacion la habia dado un asalto la España, que habia escitado su buen humor en alto grado.

—Caballero, dijo á M. de T., sumo placer me cabrá en bailar con vos, pero ha de ser con una condicion.

—Servios decidla, señorita, respondió el francés.

—La de que me prometais no hacerme la corte.

—¿Nada mas que eso?

—Nada mas.

—Pues yo os lo juro.

M. de T. no faltó á su palabra.

No seremos nosotros quienes digamos que esa fidelidad á toda prueba en el cumplimiento de su palabra por parte de M. de T. no resintiese á la señorita de St... pero fue el caso que lo supo disimular muy bien, y que desde este dia el parisiense y la jóven estrangera no dejaron de bailar juntos ni una sola noche. Sabida es de todos la libertad que reyna en los sitios donde van las gentes á pasar temporadas de baños; basta haberse visto cuatro veces para ponerse en el pie de la mas íntima amistad; y personas que las mas de las veces, concluida aquella temporada no vuelven á verse en toda su vida, viven alli como los mejores amigos del mundo.

La señorita de St... visitaba diariamente en compañia de M. de T. todas las curiosidades del pais, desde Charmettes hasta el puerto de La Caille. Habia frecuentes escursiones por el lago Bourger, y cabalgatas en asnos á la *Casa del Diablo*.

Cuando estaba de servicio el escuadron de los amantes, y formaba parte de la comitiva de la señorita de St... era de ver lo que es-

ta se reia en compañia del parisiense de los suspiros, de la Alemania irritada en las personas de sus representantes los cinco *mayores*, y de las lamentaciones de la Inglaterra humillada en la encorbatada persona del *baronet*.

Un dia que la señorita de St... discurria á la ventura en compañía de M. de T. por las alamedas de Chatillon, hizo este alto de repente al pie de un árbol, y esclamó:

—Señorita, voy á haceros una proposicion.

—Oigamos, caballero, respondió ella componiendo los pliegues de su vestido.

—¿Os dignais aceptarme por marido?

—¿Hablais con seriedad?

—Con seriedad ó de burlas, como gusteis.

—¿Y la palabra que me disteis de no hacerme nunca la corte?

—Precisamente para poder cumplirla mejor es para lo que pretendo casarme con vos..

—¡Ah!

—Contempladme bien, señorita; tal cual soy me someto á vuestra aprobacion, con todas mis cargas y gabarros; si acaso os conviniere, podeis decírmelo; nos casamos, y punto concluido.

—¡Sabeis que sois terrible! ¿Creeis que no hay mas que casarse asi de sopeton con las gentes?

—Pues bien, os concedo veinte y cuatro horas para reflexionar.

—Yo os pido tres dias.

—Sea; pero os advierto que el plazo será de todo punto improrogable.

—Quedamos convenidos... y ahora prometed no volver á hablarme mas del asunto hasta que yo me decida.

—Con sumo gusto.

Subió M. de T. á una barca, y se encaminó á su casa á comer.

Tres dias despues hallándose M. de T. en el terraplen de Burdeos, sacó el reloj.

—Señorita, ha llegado la hora, dijo gravemente, en nombre de lo pactado, respondedme ¿soy ó no soy vuestro marido?

—Un instante no mas; he estado reflexionando desde hace tres dias.

—Demasiado quizá.

—Mucho ó poco, lo que yo veo aquí antes de deciros que no, sin que por eso os diga que si, es que nada indica en vos que tengais por mí un gran cariño.

—En cuanto á eso, ya me compondré yo luego para probároslo.

—Corriente, pero yo desearia saberlo de antemano.

—Pero no reflexionais que me habeis prohibido que os haga la corte.

—Entonces como entonces, y ahora como ahora. Nos hallamos en el mes de Agosto, y entonces estábamos en Julio.

—Sois singular por cierto.

—No os diré que no.

—En fin, veamos qué deseais.

—Una buena y eficaz prueba de amor, y sinó nada.

—¿Nada mas que una?

—Claro está, ese será el principio de otras sucesivas.

—Me ausento resuelto á obedeceros, dijo M. de T., despidiéndose respetuosamente.

Trascurrió algun tiempo, y el escuadron continuaba maniobrando sin descanso. Una mañana que se habia formado una partida campestre para ir á almorzar á la cascada de Gresy, se hallaba M. de T. en compañia de la señorita de St... en un pequeño carruage conducido por dos briosos caballos. Llegó el momento de partir; en torno del carruage dos ó tres alemanes y otros tantos españoles habian sacado al trote á los asnos que montaban.

—Señores, esclamó de repente M. de T... Tened la bondad de ir á decir á M. de St. que me llevo robada á su hija.

—Y salió al galope, sacudiendo á diestro y siniestro latigazos á los caballos.

—Pero, caballero, no reflexionais, repuso la señorita de St... que no sabia si reirse ó enojarse con el lance.

—Al contrario, por lo mucho que reflexiono es por lo que corro cuanto puedo.

—Estais cometiendo un acto tan atroz que carece de nombre en todos los idiomas.

—Convengo en ello, y por lo tanto, será mejor que no volvamos á hablar mas del asunto.

—Caballero, esto es una infamia.

—No, señorita, es un rapto.

Llegaron por fin á todo escape á Annecy, y alli M. de T., se hizo con algunos caballos de posta, que remudándolos á cada parada los llevaron hasta Ginebra.

M. de T. condujo á la señorita de St... al *Hotel-des-Berques*, en donde habia preparadas de antemano de órden suya dos habitaciones.

—Señorita, la dijo con esmerada urbanidad, aquella es vuestra habitacion y esta es la mia. Ya es tarde, y debeis sentir alguna necesidad de alimento; con vuestro permiso voy á mandar que os sirvan la comida.

—No estará de mas, replicó ella con acento de víctima.

—Me habiais pedido una prueba de amor, y os la he dado verificando vuestro rapto.

—Linda prueba por cierto... Mil otros hubieran hecho lo mismo que vos.

—¿Y por qué á nadie se le ha ocurrido hacerlo antes que á mí?

—Teneis razon, contestó ella aturdida.

M. de T. se sonrió.

—Ahora me resta daros una prueba del respeto que me mereceis, y os la doy retirándome.

M. de St... se hallaba jugando al whits, cuando una avanzada del escuadron de los amantes se presentó á anunciarle que acaba-

ba de verificarse el rapto de su hija.

—¡Cómo ha de ser! ¡ya es mayor de edad! respondió.

La mañana siguiente estaba aun jugando al whits, cuando M. de T. y la señorita de St.. entraron súbitamente en el salon, cogidos del brazo.

—Papá, dijo la señorita de St..... tengo el gusto de presentarte á mi esposo.

E. C.

UNA ESCENA DE BANDIDOS.

I.

Seguidme á la Calabria; escalad conmigo un pico de los Apeninos, y llegados á su cima vereis á vuestra derecha á Santo Lúcido, y frente á vosotros, á la falda de la montaña, un camino iluminado en aquel momento por un gran número de fogatas, en rededor de las cuales se agrupan hombres armados. Estos hombres están allí á caza del bandido Jacobo, con la partida del cual acaban de sostener un vivo fuego; pero habiendo llegado la noche no se han atrevido á perseguirlo, y esperan la luz del dia para recorrer la montaña.

Ahora bajad vuestras frentes y echad una mirada á vuestros pies, sobre aquella especie de meseta de piedra, á la que es casi imposible descender, visto que la montaña parece cortada á pico, terreno envuelto por la maleza hasta el punto de que apenas se divisa, y distinguireis allí primero cuatro hombres que se ocupan en preparar una comida, encendiendo fuego y desollando un carnero; otros cuatro que juegan; otros dos que están de centinela, y tan inmóviles, que los creeríais al verlos pedazos de roca que han tomado la figura humana; una muger sentada, y que no se atreve á moverse por miedo de despertar á un niño dormido en su falda; y finalmente, apartado un tanto, un bandido que echa las últimas espuertas de tierra sobre una huesa que acaba de abrirse.

Este bandido es Jacobo, esa muger su querida, y esos hombres que hacen centinela, que juegan ó preparan la comida, lo que él llama su banda; en cuanto al que descansa en aquella tumba, es Gerónimo, el segundo del capitan; una bala acaba de ahorrarle la horca levantada ya para Antonio, el segundo teniente, que ha cometido la estupidez de dejarse coger.

Cuando Jacobo hubo terminado su obra funeraria, dejó escapar de sus manos la pica de que se habia servido, y se sentó sobre aquella tierra fresca, donde sus rodillas dejaban el mismo surco que sobre arena; permaneció asi inmóvil y orando como un cuarto de hora, y despues, sacando del pecho un relicario, suspendido á su cuello por una cinta encarnada y adornado con la imágen de la Vírgen y del niño Jesus, lo besó piadosamente, y levantándose luego con lentitud, vino á apoyarse, baja su cabeza y los brazos cruzados, contra la base de la roca.

El bandido habia hecho este movimiento con tanto silencio y tristeza, que ni aun sus compañeros lo oyeron, lo cual debió parecerle falta de vigilancia, pues echando una ojeada sobre los que le cercaban, frunciéronse sus cejas, y su boca se abrió para dejar escapar una terrible blasfemia.

Los que desollaban el carnero se levantaron, los jugadores permanecieron inmóviles, los centinelas se volvieron tan espontáneamente, que se hallaron frente á frente, la muger se estremeció, y el niño rompió en llanto.

Jacobo pegó una patada.

—María, haz callar á ese niño.

María abrió rapidamente su corpiño escarlata bordado en oro, y aproximando los labios de su hijo á su seno, lo rodeó con sus dos brazos como para protegerlo. El niño cogió el pecho y calló.

El bandido pareció satisfecho al ver aque-

llas señales de obediencia; su rostro perdió su espresion severa para tomar un aspecto profundamente triste, é hizo á sus hombres con la mano seña de que podian continuar.

—Hemos acabado de jugar, dijeron los unos.

—Y el carnero está ya cocido, esclamaron los otros.

—Entonces comed, dijo el capitan.

—¿Yo vos, capitan?

—Y no como.

—Ni yo tampoco, añadió la dulce voz de la muger.

—¿Yo por qué, María?

—No tengo hambre.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas tan por lo bajo y con tal timidez, que el bandido pareció conmovido; dejó caer su encallecida mano á la altura de la cabeza de su querida; ella la cogió y la apoyó sobre sus labios.

—Sois una buena muger, María.

—Os amo, Jacobo.

—Entonces, sed razonable y venid á comer.

María obedeció, y los dos vinieron á tomar su puesto en rededor de la paja, sobre la cual los bandidos habian puesto algunas lonjas de carnero asado, pan y vino.

El bandido sacó del puño de su puñal un tenedor y un cuchillo de plata, que dió á María, pues él solo tomó una taza de agua pura, que él mismo fue á coger á un manantial vecino, habiendo hacia tiempo renunciado al vino por temor de ser envenenado.

Durante la comida, á la cual los bandidos hicieron honor, Jacobo permaneció triste, y era fácil ver que su corazon estaba lleno de recuerdos. De repente pareció que no podia resistir mas; pasó su mano por la frente, lanzó un suspiro y dijo:

—¡Es preciso que os cuente una historia, muchachos! Venid vosotros tambien, añadió dirigiéndose á los centinelas, pues á estas horas no se atreverán á perseguirnos.

Los centinelas no se lo hicieron repetir segunda vez, y acudieron á participar de la comida y de la novela. María deslizó tímidamente su mano en la de Jacobo, todos se acomodaron lo mejor posible, y cada uno escuchó la narracion con ese interés que siempre conceden á la historia de cualquiera aventura los hombres que llevan una vida errante.

—Era en 1799. Los franceses habian tomado á Nápoles y hecho de él una república; la república á su vez quiso conquistar la Calabria, ¡por Baco! ¡arrancar la montaña á los montañeses! Esto no era cosa fácil, especialmente para paganos. Muchas bandas la defendian como nosotros la defendemos ahora, porque la montaña es nuestra, y se habian puesto á precio las cabezas de los gefes de estas partidas, como ahora la mia; la cabeza de Cesaris entre otras valia tres mil ducados.

Una noche, durante la cual, como ahora, se habian oido algunos disparos, dos jóvenes pastores, que guardaban sus ganados en la montaña de Tarsia, comian en torno del fuego que habian encendido, menos con objeto de calentarse que con el de ahuyentar los lobos; eran dos hermosos muchachos, dos verdaderos calabrases, medio desnudos y llevando por todo vestido una piel de carnero, sandalias en los pies, y una cinta al cuello, á cuyo estremo se veia un relicario. Eran casi de la misma edad; ni el uno ni el otro conocian á su padre, pues se les habia visto espuestos en la puerta de las iglesias, el uno en Tarento, el otro en Reggio. Algunos campesinos de Tarsia los habian recogido, y generalmente eran llamados los niños de la *Madona*. Sus nombres de pila eran Querubin y Celestino. Se amaban, porque su amistad de hermanos por la desgracia era su sola pasion en el mundo.

Como ya os he dicho, guardaban sus rebaños en la montaña, comiendo del mismo pan, bebiendo en el mismo vaso, contando las estrellas del cielo, y felices como si aquella colina fuese para ellos el Paraiso. De repente oyen un ruido á su espalda, se vuelven, y encuentran un hombre de pie, apoyado en su carabina. Llevaba un gran sombrero calabrés, lleno de cintas y terciopelo, desnudo el cuello, un chaleco con botones de filigrana, una chaqueta, en cuyos bolsillos asomaba la punta de dos pañuelos, su fiel canana llena de cartuchos, un pantalon de pana azul y sus botas de cuero. Añadid á esto dos pistolas y un cuchillo de monte pendientes de la cintura.

Los dos muchachos cambiaron una mirada tan rápida como el relámpago, pero no obstante, se apercibió de ella el bandido.

—¿Me conoceis? les dijo.

—No, respondieron.

—Por lo demas, que me conozcais ó no, poco me importa. Los hombres de la montaña son hermanos y deben contar los unos con los otros, por tanto cuento con vosotros. Desde ayer me persiguen como una fiera; tengo sed y hambre.

—Aqui teneis pan y agua, dijeron los jóvenes.

El bandido se sentó, apoyó su carabina sobre la rodilla, armó sus dos pistolas y se puso á comer.

—¿Cual es el nombre de esa aldea donde se percibe una luz? dijo á los muchachos, estendiendo su mano hácia el punto mas sombrío del horizonte.

Los jóvenes fijaron algunos segundos sus ardientes ojos en el punto indicado, pero nada vieron. Volvíanse para decírselo, pero el bandido habia desaparecido. Comprendieron entonces que habia empleado aquel engaño para que no pudiesen ver por qué lado se retiraba.

Los dos jóvenes se sentaron, y despues de

algunos instantes de silencio se retiraron á un mismo tiempo.

—¿Lo has reconocido?

—Sí

Estas palabras fueron pronunciadas en voz baja, y como si temblaran de ser oidos.

—Ha temido le hiciésemos traicion.

—Ha partido sin decirnos nada.

—No debe estar lejos.

—No; parecia muy fatigado.

—A pesar de todas sus precauciones lo encontraria si quisiese.

—Y yo tambien.

Los dos jóvenes no dijeron mas; pero se levantaron y partieron cada uno por lado diferente de la montaña, como dos perros perdigueros. Al cabo de un cuarto de hora Querubin estaba de vuelta junto al fuego, y Celestino se sentaba á su lado.

—¿Y bien?

—Lo he hallado.

—Y yo tambien.

—Dormia al pie de un árbol, y tenia en sus manos dos pistolas.

—¡Tres mil ducados es casi tanto como estrellas hay en el cielo!...

Los dos jóvenes callaron durante algunos minutos. Querubin rompió el primero el silencio.

—¿Es muy difícil matar á un hombre?

—No, respondió Celestino; el hombre es como el carnero; tiene una vena en el cuello, y es preciso cortarla.

—¿Has reparado á Cesaris?

—Tenia el cuello desnudo.

—Entonces no seria difícil, siempre que el cuchillo cortase bien.

Cada uno pasó su mano por la hoja del suyo; despues, levantándose, se miraron los dos sin hablar.

—¿Cuál de los dos dará el golpe?

Celestino cogió algunas chinas y las presentó con el puño cerrado.

—¿Pares ó nones?

—Pares.

—Son nones: á tí te toca.

Querubin partió sin decir una palabra. Celestino le miró alejarse en la direccion donde estaba dormido Cesaris, y despues se entretuvo en arrojar al fuego una tras otra las piedras que habia recogido. Al cabo de diez minutos vió volver á Querubin.

—¿Y bien? le dijo.

—No me he atrevido.

—¿Por qué?

—Dormia con los ojos abiertos, y me ha parecido que me miraba.

—Vamos entonces juntos.

Partieron corriendo, pero bien pronto acortaron el paso, luego marcharon de puntillas, y por último se echaron boca abajo, caminando como serpientes, hasta que, llegados al pie del árbol, se introdujeron por entre sus ramas, y distinguieron al bandido que dormia. Entonces el uno se deslizó á su derecha y á la izquierda el otro, y empuñando sus cuchillos se lanzaron de rodillas. El bandido parecia despierto; sus grandes ojos estaban abiertos, pero su pupila permanecia fija.

Celestino hizo una seña á Querubin de que siguiese con la vista todos sus movimientos. El bandido, antes de dormirse, habia apoyado su carabina contra el tronco del árbol y envuelto su llave en un pañuelo. Celestino desató el pañuelo, lo echó sobre la cabeza de Cesaris, y viendo que Querubin estaba preparado, gritó:

—¡Vamos!

Querubin se precipitó como un tigre jóven sobre el cuello del bandido; este, ensangrentado, lanzó un grito terrible, se puso de pie, dió algunas vueltas con la cabeza echada hácia atrás, disparó á la ventura sus dos pistolas, y cayó muerto.

Los dos muchachos habian permanecido boca abajo y sin respirar. Cuando vieron que el bandido habia cesado de moverse, se levantaron aproximándose á él. Su cabeza solo pendia ya del cuello por la columna vertebral; acabaron de separarla del cuerpo, la envolvieron en el pañuelo de seda, y partieron para Nápoles. Durante toda la noche marcharon por la montaña, orientándose por el mar que veian lucir á su izquierda. Al amanecer distinguieron á Castro-Villari; pero no se atrevieron á atravesar la poblacion por miedo de que la sangre no revelase lo que llevaban, y que algun bandido de la partida de Cesaris vengase en ellos la muerte de su gefe. Sin embargo, les acosaba el hambre; uno de ellos resolvió ir á pedir pan á una posada, mientras el otro lo esperaba en la montaña; pero cuando hubo dado algunos pasos volvió.

—¿Y el dinero?

Llevaban una cabeza que valia tres mil ducados, y ni el uno ni el otro tenian un ochavo con que comprar pan. El que llevaba la cabeza deslió el pañuelo, tomó uno de los pendientes de la oreja de Cesaris, y lo dió á su camarada. Una hora despues el mensajero estaba de vuelta con provisiones para tres dias.

Dos dias despues, á las nueve de la mañana, divisaban una gran ciudad en el fondo de un golfo; preguntaron su nombre, y les dijeron que se llamaba Nápoles. Ya no tenian que temer á los compañeros de Cesaris, y marcharon derechos á la ciudad. Llegados al puente de la Magdalena, se aproximaron al centinela frances, y le preguntaron en calabrés á quién era preciso dirigirse para cobrar la suma ofrecida al portador de la cabeza de Cesaris.

II.

El centinela los escuchó sériamente hasta

el fin; despues atusó su bigote, y se dijo á sí mismo:

—¡Es estraordinario! Estos pillastres apenas levantan del suelo algunas pulgadas y hablan como soldados. Venid acá, sargento.

El sargento comprendia algunas palabras de aquella lengua; adivinó que el pañuelo ensangrentado contenia una cabeza, y llamó al oficial. Este dió á los jóvenes dos soldados que los escoltasen hasta el palacio donde estaba el ministro de policía. Los soldados digeron que conducian la cabeza de Cesaris, y las puertas se les abrieron de par en par.

El ministro quiso ver á los valientes que habian libertado á la Calabria de aquella plaga, é hizo entrar en su gabinete á Querubin y Celestino. Por largo tiempo miró á aquellos dos bellos jóvenes, les preguntó cómo habian hecho para coger al bandido, ellos le refirieron su hazaña como la cosa mas sencilla del mundo; exigia la prueba, y Celestino, poniendo una rodilla en tierra, desató el pañuelo, cogió la cabeza por los cabellos y la puso tranquilamente sobre la mesa del ministro.

Nada habia que replicar á esto sino pagar la suma. El ministro les dió un talon, llamó á un portero, y este les condujo á la caja. El cajero contó la suma, y los jóvenes la echaron en aquel mismo pañuelo ensangrentado que habia envuelto una cabeza humana. Momentos despues se hallaban en la calle de Toledo. La calle de Toledo es el palacio del pueblo. Vieron en sus aceras una multitud de *lazaroni* que tomaban el sol ó comian los ricos macarrones de Nápoles. Esta vista les dió apetito; compraron un gran plato, lo llenaron de este manjar, y sentados en las gradas de uno de aquellos palacios hicieron su comida.



BANDIDOS CASTIGADOS.

En la calle de Toledo se come, se duerme y se juega. Habian ya comido, y se mezclaron á un grupo que jugaba. Al cabo de cinco horas habian perdido algunos reales; pero con su fortuna tenian para jugar asi largos años. Felizmente aquella misma noche supieron que existian casas en Nápoles donde en algunas horas se podian perder miles de ducados y comer como príncipes. Dirigiéronse á una de estas fondas; el dueño miró su traje, y se echó á reir; mostraron empero su dinero, y el fondista les saludó profundamente, diciéndoles se les serviria en su cuarto hasta tanto que sus escelencias se hubiesen hecho vestidos que le permitieran comer en la mesa redonda. Querubin y Celestino se miraron, y apenas comprendieron por qué sus trajes, tan pintorescos, no eran decentes; pero un sastre vino bien pronto á hacérselo comprender. Siguiendo sus deseos, les tomó medidas para un lindo vestido calabrés. Sus escelencias comieron y bebieron, encontrando admirables el salmon y el lágrimas, y cuando concluyeron preguntaron al mozo si podian dormir en la alfombra; el

muchacho les enseñó dos camas que ellos habian creido eran altares.

Celestino, que era el cajero, metió su oro en un secreto, cogió la llave y la ató al relicario pendiente de su cuello.

Despues dirigieron muy devotamente su oracion á la Virgen, besaron su escapulario, y durmieron hasta el amanecer. Al dia siguiente estaban vestidos y comian á la mesa redonda. Luego entraron en la sala de juego, y perdieron ciento veinte ducados.

Un criado, para consolarlos, les propuso llevarlos por la noche á una casa donde aun se divertirian mas. Cuando llegó la hora, llenaron de oro sus bolsillos y siguieron al criado; no volvieron á la fonda hasta el dia siguiente, muertos de hambre y los bolsillos vacíos.

Aquella era una buena vida. Asi trascurrieron quince dias. Al cabo de este tiempo podian desafiárselas como calaveras con todo el mundo. Una noche se presentaron como de costumbre en la casa, pero estaba cerrada por órden superior. Acababa de cometerse en ella un asesinato. Vieron entonces mucha gente que marchaba toda hácia un mismo punto, y la siguieron. Algunos minutos despues se hallaban cerca de Villa-Reale, en la magnífica calle de la Chiaja, lugar de cita del mundo elegante. Nápoles respira allí la brisa del golfo, cargada con el perfume de los limoneros de Sorento y los jazmines de Pansilippe. Hay allí mas fuentes y estátuas que sobre todo el resto de la tierra; despues, mas allá de esas estátuas y esas fuentes, un mar cual no se ve en parte alguna.

Paseábanse allí nuestros héroes, codeando á las mugeres, pisando á los hombres, con una mano sobre el oro y la otra sobre su puñal. Llegaron asi á un grupo que estaba parado frente á un café: en medio de aquel grupo habia una linda carretela, y dentro de ella una muger que tomaba helados. El grupo se habia formado para admirar aquella muger. Era en efecto, la criatura mas bella que puede imaginarse. Nuestros calabreses entraron en el café, pidieron dos sorbetes, y se pusieron á la ventana para ver mas de cerca aquella muger.

—¡Cuán bella es! esclamó Querubin.

Un hombre se acercó á él, dándole un golpe en el hombro.

—¿Qué quereis decir?

—Que la condesa Fornarina está reñida hace dos dias con su amante.

—¿Y bien?...

—Que si quieres, por quinientos ducados y silencio....

—¿Es mia?

—Vuestra.

—¿Entonces, tú eres?...

—Un *rufian*, para servirte.

—Un momento, dijo Celestino; yo tambien quiero poseer á esa muger.

—Entonces, escelencia, la cantidad será doble.

—Pero, ¿quién la obtendrá primero?

—Esto es cosa nuestra; ven á buscarnos á la noche á la fonda de Venecia donde vivimos.

El rufian partió por un lado, nuestros jóvenes por otro. Querubin y Celestino entraron en la fonda; les quedaban justamente quinientos ducados; pusiéronse cada uno á un lado de la mesa, y se echaron cartas. El as de oros cayó á Querubin.

—Que te diviertas, le dijo Celestino, y se arrojó en su lecho.

Querubin puso sus quinientos ducados en el bolsillo, examinó si su puñal salia con facilidad de la vaina, y esperó al rufian; al cabo de un cuarto de hora llegó este.

La noche era magnífica; el cielo límpido y azul; la condesa vivia en Chiaja; el rufian marchaba el primero, y Querubin lo seguia cantando. Al fin llegaron á una puerta secreta, donde les esperaba una doncella.

—Escelencia, dijo el rufian, cien ducados son para mí, y pondreis los otros cuatrocientos en una taza de alabastro que vereis sobre la chimenea.

Querubin contó los cien ducados y siguió á la muger. Marchaban por un hermoso palacio de mármol; en las escaleras habia magníficos reverberos, y en las salas sobre braseros de ajofar se quemaban ricos perfumes. Atravesaron asi habitaciones dignas de una reina; despues, y al fin de una galería, la camarera abrió una puerta, hizo pasar á Querubin, y la cerró tras él.

—¿Sois vos, Gidsa? dijo una voz de muger.

Querubin miró al lado de donde aquella voz venia, y reconoció á la condesa, vestida con una ligera bata de muselina, recostada sobre un sofá de seda, y jugando con una trenza de sus largos cabellos, que habia desatado, y que la cubrian como una mantilla española.

—No señora, no es Gidsa; soy yo, respondió Querubin

—¿Y quien sois vos? añadió la voz con espresion mas dulce todavía.

—Querubin, el hijo de la *Madona*. Y el jóven avanzó hasta el estremo del sofá.

—¿Venis por vuestro amo?

—Vengo en mi nombre, señora.

—No comprendo.

—Pues bien, voy á haceros comprender. Os he visto esta noche en la Chiaja, y al veros me he dicho: ¡Qué bella es!

La condesa se sonrió.

—Entonces ha llegado un hombre, y me ha dicho: «¿Quereis esa muger que hallais tan bella?... os la doy por quinientos ducados.» He vuelto á mi casa y tomado esta suma. Llegados á vuestra puerta me ha pedido y le he dado cien ducados; en cuanto á los otros, me dijo los pusiese en esta taza de alabastro, y vedlos aqui.

Querubin arrojó tres ó cuatro puñados de oro en la taza, que demasiado llena, rebosó; en seguida se aproximó á la condesa.

—¡Deteneos, ó llamo, gritó esta, y os hago arrojar por mis lacayos!

Querubin se mordió los labios, y llevó la mano á su puñal.

—Escuchadme, señora, le dijo con frialdad; cuando me habeis oido entrar habeis creido era algun viajero ilustre ó algun abate, y habeis dicho: «Me divertiré con él.» No es, empero, ni uno ni otro; es un calabrés de la montaña, un niño; si quereis; pero un niño que ha traido desde Tarsia á Nápoles la cabeza de un bandido dentro de un pañuelo, la cabeza de Cesaris. Este oro es todo lo que queda del precio de esa cabeza; con estos quinientos ducados habria podido pasar diez noches entre mugeres, vinos y juegos; no lo he querido, y os tendré.

—Muerta tal vez.

—Viva.

—¡Jamas!

La condesa estendió el brazo para coger el cordon de la campanilla, y Querubin dió un salto desde la chimenea al divan. La condesa lanzó un grito y se desmayó. Querubin acababa de clavarle la mano con su puñal seis pulgadas mas abajo del cordon de la campanilla.

Cuando Querubin volvió á la fonda de Venecia, despertó á Celestino; este se sentó sobre su lecho, y frotándose los ojos, miró en torno.

—¿Qué significa esta sangre? le dijo.

—Nada.

—¿Y la condesa?

—Es una muger magnífica.

—Entonces, por qué diablos me despiertas?

—Porque no tenemos ya un cuarto, y es preciso partir antes de amanecer.

Celestino se levantó. Los dos jóvenes salieron de la fonda como tenian de costumbre, y nadie pensó en detenerlos. A la una de la madrugada habien pasado el puente de la Magdalena; á las cinco estaban en la montaña. Entonces se detuvieron.

—¿Qué vamos á hacer? dijo Celestino.

—No lo sé; ¿crees que debemos volver á la cabreria?

—¡No!

—Pues bien, entonces hagámonos bandidos.

Los dos jóvenes se dieron las manos, juràndose ayuda y amistad eternas. Han cumplido su promesa, pues desde aquel dia no se han separado.

—Me engaño, añadió Jacobo interrumpiendo su historia y mirando la huesa de Gerónimo; se han separado hace una hora y para siempre.

III.

Terminada la historia que hemos referido en nuestra primera parte, Jacobo dijo á su banda:

—Podeis dormir, y yo velaré por todos, despertándoos cuando sea hora de partir, antes de amanecer.

Al oir estas palabras, cada cual se acomodó del mejor modo, y tal era la confianza de aquellos hombres en su gefe, que cinco minutos despues todos dormian con tanta tranquilidad como si se hubiesen hallado en un fuerte inexpugnable. Maria sola permanecia silenciosa y en su sitio.

—¿No procuras descansar, Maria? le dijo Jacobo con su voz mas dulce.

—No estoy cansada, respondió Maria.

—Pero un largo insomnio podrá ser malo para tu hijo.

—Entonces voy á dormir.

Jacobo estendió su capa sobre la tierra; Maria se acostó encima de ella, y luego, mirándole con timidez:

—¿Y vos? le dijo.

—Yo voy á buscar un paso por medio de esos malditos franceses; no conocen tan bien la montaña que hayan guardado todos sus desfiladeros. No podemos permanecer eternamente sobre esta roca.

—Entonces voy á seguiros, dijo Maria levantándose. Ya sabeis que tengo el pie firme, la vista perspicaz, la respiracion ligera....

—¿Temeis que os haga traicion?

Dos lágrimas silenciosas rodaron por el rostro de Maria. El bandido se le acercó.

—Pues bien, venid, pero dejad el niño; puede despertarse y llorar.

—Entonces id solo; dijo Maria volviéndose á acostar.

El bandido se alejó; Maria lo siguió con la vista mientras pudo distinguir su sombra; despues, cuando desapareció tras una roca, lanzó un suspiro, abrazó á su hijo, y todo entró en silencio. Dos horas despues se oyó un ligero ruido del lado opuesto á aquel por donde Jacobo habia partido. Maria abrió sus ojos, y reconoció al bandido.

—¿Que hay? le preguntó con ansiedad viendo su rostro macilento.

—Que es preciso nos hayan vendido los pastores, porque en cada desfiladero hay un centinela.

—Entonces, si no hay modo alguno de salir de esta roca, ¿qué haremos?

—Permaneceremos aqui, no vendrán á buscarnos.

—Pero moriremos de hambre.

—A menos que Dios no nos envie el maná, lo que no es probable; pero lo mismo da morir de hambre que ahorcado.

Maria oprimió contra su pecho á su hijo, y lanzó un suspiro que pareció un sollozo. El bandido dió una patada.

—Acabamos de hacer una buena comida; tenemos con que hacer otra mañana. Por tanto, durmamos.

—Duerme! dijo Maria, y el bandido se acos-

tó á su lado.

Tenia razon Jacobo, habia sido vendido, no por los pastores, sino por Antonio, su teniente, prisionero en la última refriega, y que se habia librado de la cuerda prometiendo entregar al jefe de la banda: habia comenzado á cumplir su promesa colocando los centinelas con los que habia tropezado Jacobo.

Sin embargo, el coronel habia puesto á Antonio bajo fuerte custodia, pues para que él no sufriese la horca, era preciso que Jacobo quedase bien ahorcado, y el coronel era hombre sobrado prudente para no tomar sus precauciones. Esperó por tanto el dia, para ver si los bandidos se habian escapado, lo cual era prueba entonces de la traicion de Antonio. Los bandidos, empero, permanecian sobre aquel nido de águilas.

—Vamos, dijo el coronel; empiezo á creer que no serás ahorcado. Esta creencia pareció causar gran placer á Antonio. Haced que venga el cirujano del cuerpo, añadió el coronel á un soldado; y despues, volviéndose hácia Antonio:—¿Qué hallarán que comer en lo alto de esa montaña?

—Nada.

—Por tanto, si no logran escaparse, se rendirán ó morirán de hambre.

—Sin duda.

—Doctor, ¿cuántos dias puede vivir un hombre sin comer?

La persona á quien se dirigia la pregunta era un hombre redondo como una esfera, á la que por burla se hubieran puesto unos pies y una cabeza; el hombre que por la esperiencia era el menos á propósito para resolver semejante cuestion, se estremeció todo.

—¿Sin comer, coronel? contestó con espanto. Pero un hombre arreglado no debe dejar que pasen cinco horas de una comida á otra; en cuanto al vino que debe beber, esto varia, segun la edad y el temperamento.

—No os pido una receta higiénica; os dirijo una pregunta sencilla. Por lo demas, doctor, tranquilizaos, pues personalmente no estais interesado en la cuestion.

—Desde el momento en que me dais vuestra palabra de honor, dijo el médico mas tranquilo, os diré que en el sitio de Génova, donde he podido hacer una porcion de esperimentos de esta clase, hemos visto que, por término medio, un hombre no podia soportar durante cinco ó siete dias la privacion completa de alimento.

—Pues bien, dijo el coronel; esperaremos que se entreguen ó mueran de hambre.

En vista de las seguridades dadas por Antonio y el facultativo, el coronel se contentó con mandar á sus oficiales redoblasen la vigilancia. Tres mil ducados estaban ofrecidos á quien trajese al campamento la cabeza de Jacobo. Ocho dias pasaron asi: todas las mañanas el coronel visitaba los puestos avanzados para saber si los sitiados no se habian entregado; pero todos los dias con su anteojo distinguia algunos bandidos tumbados sobre la arena, ó calentándose al sol, saltando de precipicio en precipicio; entonces hacia venir á Antonio, que juraba que, á menos de no alimentarse con yerbas, no sabia qué podian comer. Despues llamaba al doctor, quien le respondia:

—Sin falta, coronel, se entregarán mañana. El hombre no puede estar sin comer mas de ocho dias, y mañana los tendremos muertos ó vivos. Ahora vamos á almorzar.

Al duodécimo dia el coronel perdió la paciencia, y llamó al bandido y al médico; pero esta vez le dijo al uno:—«Sois un pillo,» y al segundo:—«Sois un imbécil.» Despues mandó arrestado al médico, y á Antonio que pensase en su alma, si es que la tenia. El doctor obedeció como un militar esclavo de la disciplina; en cuanto á Antonio, llamó al coronel, que ya se alejaba.

—Coronel, le dijo, aunque me ahorqueis nada habreis adelantado, pues ni mi muerte les quitará los recursos que hayan podido encontrar, ni podeis dar el asalto, pues que solo haciendo rodar las rocas, que no faltan en la montaña, destruirian un egército, y vos solo teneis un regimiento. Oidme; si yo me hallase en lugar vuestro, desearia saber, merced á qué sortilegio esos hombres han vivido sin alimentarse sobre aquella roca, aun cuando solo fuera por emplear igual recurso en circunstancias parecidas. Me empeñaria en ello, y como solo tendria un medio de saberlo, lo emplearia.

—¿Y cuál seria ese medio?

—Diria á ese Antonio, cuya muerte me es inútil, y cuya vida pudiera serme preciosa: «Vas á jurarme estar de vuelta dentro de ocho dias;» y lo dejaria libre.

—Y durante esos ocho dias, ¿qué haria Antonio?

—Iria á reunirse con su antiguo jefe, diciéndole haberse escapado de las manos del verdugo, y que venia á vivir ó á morir á su lado. Entonces, durante estos ocho dias, Antonio seria bien torpe ó Jacobo bien hábil, si el primero no descubria el secreto del último. Una vez el secreto descubierto, Antonio volveria á decírselo al coronel, quien en pago lo dejaria marchar libre.

—¿Y si no descubria el secreto de Jacobo?

—Volveria tambien para dejarse ahorcar.

—Es trato hecho.

—Y aceptado, respondió Antonio.

—Tu juramento.

Antonio sacó de su pecho un escapulario, y dándoselo al coronel y estendiendo sobre él su mano, dijo: Juro por este escapulario, bendecido en San Pedro de Roma el Domingo de Ramos, volver aquí dentro de ocho dias, sea

que haya sorprendido ó no el secreto de Jacobo.

El coronel quiso devolverle su escapulario; pero Antonio se negó á recibirlo.

—Guardad esa prenda, y si dentro de ocho dias, á esta misma hora, no hubiese vuelto, arrojadlo al fuego, y la misma llama que lo devore devorará al perjuro durante toda la eternidad.

—Este hombre queda libre, dijo el coronel.

Aquella misma noche Antonio se habia reunido á sus camaradas; Jacobo, que lo creia muerto, lo volvió á ver como un padre á su hijo. Antonio refirió su evasion, y todo el mundo creyó lo que decia. Antonio habia esperado encontrar á sus compañeros pálidos, descarnados, muertos de hambre; pero por el contrario, los hallaba sanos y alegres. María siempre estaba guapa, su hijo hermoso, y en el suelo se distinguian algunos huesos perfectamente limpios, es verdad, pero que sin duda habian tenido carne. Cómo habia llegado esta carne á aquellos hombres colocados sobre una roca, era lo incomprensible; creyó un instante que se la traeria algun pastor por algun camino subterráneo; pero pensó bien pronto que si tal camino existiese, Jacobo se habria fugado por él en vez de permanecer doce dias sobre aquella roca. Volvíase loco.

Llegó el momento de colocar los centinelas: Antonio se ofreció, pero se le dijo que descansase. Diez minutos despues todo el mundo dormia, menos Antonio y los centinelas que velaban. Por la mañana todos se despertaron alegres cual los pájaros que cantaban en la falda de la montaña; Antonio solo estaba fatigado, porque no habia podido cerrar los ojos durante toda la noche. A las siete el jefe consultó una lista, tocó á un hombre con el dedo, y le dijo:—«A ti te toca.» El hombre, sin responder, partió con otros dos bandidos. Antonio se ofreció para esta espedicion.—«Es inútil, respondió Jacobo, sin esplicarse mas; bastan tres hombres.» Dos horas despues volvian; uno de ellos tenia algunos arañazos en las manos y en la cara. A las cuatro el capitan consultó el sol, y dijo:—«Es hora de comer.» Cada cual se sentó en el suelo; la comida se componia de dos perdices, de una liebre y de la mitad de un corderillo. El capitan hizo las partes con la imparcialidad mas grande. Hubo agua en abundancia, pero nadie habló del pan.

—Hé aquí hasta mañana á igual hora, dijo el capitan á Antonio, porque solo hacemos una comida, y ya veis que no nos va mal. Antonio se sonrió, y luego se puso á jugar con sus compañeros. El resto del dia trascurriò sin que se hablase mas de comida; pues parecia que todos temian, tocando esta conversacion, despertar el hambre. Jacobo solo enseñó á Antonio la cocina de los bandidos, oculta en una roca, y en la cual se veian algunas provisiones, entre ellas la mitad del cordero, del cual habian comido aquel dia. Este creyó de nuevo que los pastores eran los que surtian á la banda. A las nueve de la noche el capitan designó á Antonio para que hiciese centinela; tomó una carabina, cogió su canana, é hizo un movimiento para dirigirse á su puesto; pero deteniéndose de pronto:

—Capitan, le dijo; si alguno viniese hácia mí, ¿le he de disparar?

—Sin duda, respondió Jacobo.

—Pero si fuese.....

—¿Quién?

—Ya me entendeis.....

—No por cierto.

—Un amigo, por ejemplo; é hizo un gesto que queria espresar su pensamiento.

—¡Un amigo! repitió el capitan; ¡imbécil! á menos que no nos descienda del cielo.

—¡Diablo! no lo sabia, contestó Antonio dirigiéndose á su puesto.

La noche pasó tranquila, y ni amigo ni enemigo vino á turbar á Antonio. Al amanecer el capitan lo relevó. Llegó á la meseta de la roca para oir á Jacobo decir á uno de sus camaradas:—«Hoy te toca á tí» y para ver, como la víspera, partir al hombre designado seguido por otros dos bandidos. Antonio estaba muerto de fatiga: hacia dos dias y dos noches que no habia descansado. Buscó un poco de sombra, y durmió hasta que lo despertaron para comer.

Seis dias pasaron asi, sin incidente alguno. Antonio á la hora señalada habia hecho sus seis comidas, notando la misma delicadeza de manjares, la abundancia de agua y la falta de pan. La madrugada del sétimo dia, Antonio marchó á pasearse pensativo sobre una roca que miraba al mar, porque pensaba que solo le quedaban veinte y cuatro horas para descubrir el secreto del cual pendia su vida. Apenas echò una mirada sobre el valle, percibiò al coronel maldecido en el mismo sitio donde habia jurado ir á reunirse con él, con el anteojo fijo y el doctor al lado. Al movimiento que hizo el coronel al distinguirlo vió que habia sido reconocido.

—Sí, sí, teneis razon... soy yo, el imbécil de Antonio. Despues consideraba con particular atencion los bellos árboles que rodeaban el valle, y se preguntaba cuál escogerian para ahorcarlo. Estaba sumido en estas profundas reflexiones, cuando se sintó tocar en la espalda; se volvió vivamente, y vió á su lado al capitan.

—Te buscaba, porque hoy te toca.

—¿El qué?

—¡Ir por provisiones, diablo!

—¡Ya!.....

—Vamos, date prisa, porque tus camaradas te esperan ya. Un minuto despues Antonio estaba á su lado.

Los tres se avanzaron entonces silenciosos

hácia una parte de la roca, cortada tan á pico, que el coronel habia juzgado era inútil colocar centinelas de aquel lado. Llegados al borde del precipicio, y mientras Antonio lo consideraba con la tranquilidad de un montañés, uno de sus compañeros sacó de debajo de unos arbustos un saco y una cuerda, y se las dió á Antonio.

—Y qué diablos vais á hacer? dijo este un tanto inquieto por aquellos preparativos. Uno de los bandidos se echó boca abajo, de modo que solo su cabeza se distinguia fuera del precipicio.

—Haz lo que yo, dijo á Antonio.

Antonio obedeció, colocándose al lado de su camarada.

—¿Ves aquel árbol? le dijo mostrándole con el dedo un arbusto que crecia entre dos rocas, á veinte pasos debajo de ellos, y á unos dos mil pies del fondo del valle.

—Sí, respondió Antonio.

—Pues bien; en esa juntura hay un nido de águilas; vamos á descenderte hasta el arbusto, te agarrarás á él, y con la otra mano registrarás el nido, metiendo en el saco lo que encuentres.

—¡Cómo! ¿Los aguiluchos? dijo Antonio.

—No, sino la carne que el padre y la madre les traen, y cuyas tres cuartas partes nos comemos.

Antonio dió un brinco.

—¿Y quién ha tenido esta idea? preguntó.

—¡Buena pregunta! El capitan, respondió el bandido.

—¡Sublime!! esclamó Antonio golpeándose la frente. ¡Y á este hombre voy á hacer traicion! añadió suspirando.

En efecto, Jacobo perseguido como una fiera, aislado sobre un punto de la roca, sin comunicacion con la tierra, habia encargado á las águilas de su alimento, y los bandidos del aire y de la montaña partian entre sí como hermanos.

Aquella noche desapareció Antonio. . .

. . . . . .

Al dia siguiente el coronel pasó revista á su regimiento. Despues dijo:

—¿Quién de vosotros está seguro de romper una botella tres veces, á ciento cincuenta pasos, con vuestros fusiles?

Tres hombres salieron de las filas. La botella fue puesta á la distancia convenida. Uno de los tiradores rompió las tres botellas. Llamábase Andrés.

—¿Ves, le dijo el coronel, ese águila que revolotea encima de nosotros?

—La veo, mi coronel.

—Pues bien, cuenta con diez luises si la matas.

—Cómo, ¿volando ó parada?

—Como quieras; durante un mes quedas libre de hacer servicio alguno.

—¡Hola, amigo! dijo nuestro cazador al águila, anda con cuidado. Despues limpió y montó con el mayor cuidado su fusil. El águila, en su vuelo circular, se habia acercado á la roca, de repente descendió como un rayo, y un momento despues cruzaba los aires con una liebre en sus garras. Cinco minutos despues, y dejada la presa en el nido, fue á posarse sobre una roca. Sonó un tiro, y el águila cayó.

—Vedla aquí, coronel; es macho.

—Pues toma tus diez luises; cuenta con doble cantidad si matas á la hembra.

—Basta, respondió Andrés loco de gozo.

Al dia siguiente volvia con la hembra en la mano.

—Capitan, dijo aquel mismo dia un bandido á Jacobo, no habia nada en el nido.

—Pues qué, ¡han volado los aguiluchos! esclamó el capitan estremeciéndose.

—No; están allí todavía; pero sin duda el padre y la madre han creido comian demasiado, y se han cansado de alimentarlos.

—Está bien, dijo Jacobo; hoy comeremos con los restos de ayer.

Al siguiente dia Jacobo quiso él mismo visitar el nido. Los dos aguiluchos habian muerto de hambre: los cogió.

—Ese infame Antonio nos ha vendido.

Aquel dia los bandidos comieron uno de los aguiluchos; al dia siguiente la mitad del otro; al tercero la otra mitad.

Despues de comer, Jacobo se acercó al borde de la roca, y vió al coronel, que hablaba con el doctor, cuyo arresto habia levantado el dia que supo cómo vivian Jacobo y sus compañeros. El coronel lo distinguió, puso un pañuelo blanco en la punta de su espada y lo agitó al viento Jacobo comprendió que le ofrecian parlamentar. Llamó á María, le quitó su delantal, y fijándolo sobre su carabina, la puso en el pico mas elevado de la roca. El coronel llamó á Andrés, lo hizo su embajador, y le dió instrucciones.

Algunas horas despues, nuestro valiente y diestro cazador estaba al lado de Jacobo. Andrés tomó el continente grave é importante de un embajador.

—¿Cuáles son tus instrucciones?

—Que todos los bandidos salvarán el pellejo menos el jefe.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

—Entonces las cosas pueden arreglarse. Sígueme.

—Buenas noticias, amigos mios, dijo Jacobo á su banda. Los franceses os ofrecen la vida.

Los bandidos dieron un salto de gozo; María alzó melancólicamente su cabeza.

—¿A todos? preguntó un bandido.

—A todos, respondió Jacobo.

—¿Sin escepcion? dijo dulcemente María.

—Poco importa á estos valientes, contestò con impaciencia Jacobo, que haya una escepcion, si esa escepcion no les alcanza.

—Está bien, respondiò María bajando su cabeza.

—Es decir, añadiò uno de los bandidos, que hay una escepcion, y que alcanza al jefe.

—Tal vez, respondiò Jacobo.

—¿Y ese hombre quien es?...

El bandido mirò á sus camaradas, y viendo en todas las figuras una espresion de armonía con la suya, apuntò con su carabina á Andrés.

—¡Qué haces? gritó Jacobo, cubriendo á Andres con su cuerpo.

—Enseñar á ese pagano á que no se encargue de semejantes embajadas.

—Está bien, está bien, Luidgi; baja tu carabina, porque si es tu parecer rechazar esta condicion, tal vez no es el de toda la banda.

—¡Es el parecer de toda! ¿no es verdad? esclamò Luidgi volviéndose hácia sus camaradas.

—Sí, sí, respondieron todos á una voz; vivir ò morir con el jefe. ¡Viva el capitan! ¡viva el padre! ¡viva Jacobo!

María permanecia silenciosa; pero dos lágrimas de gratitud corrian por sus megillas.

—¿Lo entiendes? dijo Jacobo volviéndose hácia Andrés. Y ahora te doy el consejo de que te marches pronto, pues, segun la cara de esos hombres, no respondo de lo que te suceda.

Despues de la marcha de Andrés, los bandidos permanecieron mudos é inmòviles, y Jacobo se alejò sin decir una sola palabra. Entonces cada cual buscò algun medio para combatir el hambre que los devoraba. María solo permaneciò sentada sobre la roca; conocia que todavía tenia leche para su hijo. Al cabo de dos horas volviò Jacobo; llevaba en una de sus manos uno de esos largos bastones llenos de hierros, y en la otra la cuerda que tantas veces le habia servido.

—Haced vuestros preparativos, porque partimos.

—¡Cuándo! esclamaron estos.

—Esta noche, respondiò Jacobo.

—¿Habeis encontrado un paso?

—Sí.

La alegría reapareciò en todos los semblantes, porque nadie dudaba de la palabra del capitan. María se levantò, y presentando su hijo á Jacobo, le dijo:

—Abrázalo.

Jacobo abrazó al niño con el aire de un hombre que teme dejar sorprender un sentimiento humano en el fondo de su alma; despues estendió su mano hácia el Oriente.

—Dentro de media hora será de noche, dijo.

Cada uno revisó sus armas y renovó los cartuchos.

—¿Estais listos? preguntó Jacobo.

—Lo estamos.

—Partamos, pues.

Siguieron entonces un estrecho sendero, en el cual un hombre bastaba para detener á diez. A su estremidad habia un centinela, y el capitan, que marchaba el primero, recomendó á los bandidos el silencio con ese acento breve é imperioso que anuncia que va la vida si no se obedece. Cada uno retuvo hasta su aliento. En aquel momento el niño lanzò un quejido. Jacobo se volvió, y sus ojos brillaban en la sombra como los del tigre. María arrimó su pecho seco al niño. Lo tomó ávidamente, y calló. Continuaron marchando. Al cabo de diez minutos el niño, engañado en su esperanza, dejó escapar otro grito. Jacobo lanzó una especie de rugido que no podia descubrir ni á él ni á su banda, porque quien lo hubiese oido lo habria tomado mas bien por el grito del lobo que por la voz del hombre. María, temblando, arrimó sus lábios á los lábios de su hijo; dieron algunos pasos mas, pero el niño, atormentado por el hambre rompió en llanto. Entonces Jacobo dió un salto hasta él, y antes que María hubiese podido detenerlo, lo cogió por una pierna, lo arrancó de los brazos de su madre, y le rompió la cabeza contra un árbol. María permaneció un instante pálida, fijos los ojos y los cabellos erizados; despues, bajándose maquinalmente, recogió el cadáver mutilado del niño, lo envolvió en su delantal, y continuó siguiendo á la banda, á cuyo frente estaba ya Jacobo. Bien pronto se perdieron de roca en roca por un camino que solo parecia hecho para serpientes. Al fin llegaron á una montaña cortada á pico. Frente á aquella roca, y á unos veinte pasos, se veia otra semejante: el precipicio que las separaba habia sido producido sin duda por alguna convulsion volcánica. Llegados allí, los bandidos se miraban con espanto. Jacobo se detuvo, y los bandidos formaron en rededor suyo un círculo, como si solo de su genio esperasen la vida. Este estendió la cuerda en toda su longitud, llamó á uno de sus hombres, ató uno de sus estremos á la muñeca, y atando sólidamente el otro estremo á la mitad del palo erizado de hierros lo lanzó sobre la otra roca. Los bandidos, habituados á distinguir á la sombra de la noche como á la luz del dia, siguieron el vuelo de la lanza. Viéronla pasar por entre dos árboles, y temblorosa fijarse en la tierra. Entonces Jacobo estendió la cuerda, y vió que el palo resistia su empuje. Ató el otro estremo, hizo con la cuerda mil nudos, y, cual si atravesase un puente, pasó por ella á fuerza de puños, y pendientes sus piernas ante el abismo. Al fin de increibles esfuerzos llegó á la roca de enfrente é hizo señas á su banda de que lo siguiese. Valientes y atrevidos monta-

ñeses, no vacilaron ni un momento; por donde uno habia pasado podian pasar todos, y en efecto pasaron. María permaneció la última. Cuando llegó su turno cogió el pico de su delantal con sus dientes, y sin dar señal alguna de debilidad, pasó como los demas. El jefe respiró, porque acababa de salvar la vida á los que habian rehusado conservarla al precio de la suya; y echando una mirada de increible desprecio hacia los puestos militares, dijo á su banda:

—Marchemos.

Una hora despues distinguian un pueblecito. Jacobo entró en la casa de un campesino, dió su nombre, y dijo que él y sus compañeros tenian hambre. Apresuráronse á traerles cuanto les era necesario, y cada cual hizo su provision de víveres. Al cabo de veinte minutos estaban otra vez en la montaña, fuera de todo peligro, y sin temor de ser perseguidos.

Jacobo se detuvo, y examinando el lugar en que se hallaban:

—Pasaremos aqui la noche, dijo; ahora comamos.

Esta órden fue ejecutada con afan. De repente Jacobo se levantó: María no estaba ya con la banda.

La buscó, distinguiéndola al fin al pie de un árbol: estaba de rodillas, y abria con sus



MARIA, LA MUGER DEL BANDIDO.

manos una huesa para su hijo. Jacobo dejó caer el pedazo de pan que tenia entre sus manos. La miró un instante sin atreverse á hablarla, y volvió triste y silencioso hácia su banda. La comida habia terminado; Jacobo plantó un centinela, mas bien por costumbre que por temor, y despues permitió á todos que descansasen. El mismo, retirándose á un lado, estendió su manta sobre la tierra, y dió á sus camaradas ejemplo, que estos, fatigados, no tardaron en imitar. El bandido que estaba de centinela velaba hacia un cuarto de hora, y empezaba ya á sentir que el cansancio era mas fuerte que su consigna: sus ojos se cerraban á su pesar, y se veia obligado á marchar continuamente para no dormirse de pie, cuando una voz dulce y triste pronunció su nombre. Se volvió, y reconoció á María.

—Luidgi, soy yo; no temas nada.

Luidgi la saludó con respeto.

—¡Pobre muchacho! Te caes de fatiga y de sueño, y necesitas velar.

—Es la órden del jefe.

—Oye, respondió María; yo no puedo dormir, aun cuando quisiera. Y le mostró su delantal ensangrentado. La sangre de mi hijo me tiene despierta. Tú sabes qué buena vista tengo: dame tu carabina; haré centinela en tu lugar, y al apuntar el dia te despertaré. Son dos horas de descanso las que te ofrezco.

—¡Pero si lo supiese el jefe!... dijo Luidgi, que deseaba aceptar la proposicion.

—No lo sabrá.

—Me lo prometeis, María.

—Te lo prometo.

El bandido le entregó su carabina, y diez minutos despues dormia profundamente. En cuanto á María, permaneció un cuarto de ho-

ra casi inmóvil. Despues se aseguró de que dormia. Entonces dejó su sitio, pasó por enmedio de los bandidos, tan ligera que parecia una sílfide, y llegada cerca de Jacobo, bajó el cañon de su carabina, lo apoyó al pecho de Jacobo, y disparó.

—¡Qué es esto! gritaron los bandidos despertándose asustados.

—Nada, dijo María, Luidgi, cuyo lugar ocupo, se ha olvidado decirme que su carabina estaba amartillada, y como yo he apoyado la mano en el gatillo, ha salido el tiro.

Cada cual volviò á echarse la frente sobre su brazo y á dormirse. En cuanto á Jacobo, no habia proferido ni un suspiro: la bala le habia atravesado el corazon. María colocò la carabina contra un árbol, cortò la cabeza de Jacobo, la puso en su delantal, manchado aun con la sangre de su hijo, y descendiò de la montaña.

Al dia siguiente anunciaron al coronel que una jòven, que decia haber muerto á Jacobo, pedia hablarle. El coronel la hizo entrar en su tienda. María se detuvo delante de él, soltò el pico del delantal, y la cabeza de Jacobo, rodò por el suelo. El coronel, hombre de guerra, se estremeciò sin embargo; despues, alzando los ojos hácia aquella jòven, grave y pálida como la estátua de la desesperacion:

—¿Pero, quién sois? le dijo.

—¡Ayer era su muger, hoy soy su viuda!

—Entregadle tres mil ducados, dijo el coronel.

. . . . . .

Cuatro años despues una religiosa del convento de Santa Cruz en Roma murió en gran olor de santidad, por la vida ejemplar que habia observado desde el dia en que pronunciò sus votos. En cuanto á su vida anterior, se ignoraba completamente; sabiase tan solo que sor María habia nacido en Calabria.

ALEJANDRO DUMAS.



DE LAS SECTAS RELIGIOSAS EN RUSIA.



reemos que no podrá menos de llamar la atencion de nuestros lectores el estracto sacado de una obra publicada en Rusia por el baron Augusto de Harthausen, consejero de Estado en Prusia. Lo poco que aqui conocemos del carácter de aquel pais, de sus usos y costumbres y de su estado religioso actual, nos hace mirar como uno de los asuntos mas dignos de publicidad el del artículo estractado de dicha obra.

Como no se puede conocer, dice el autor, el carácter de un pueblo, las instituciones sociales y políticas de un pais si no se conoce tambien su estado religioso, me he ocupado en el periodo de mis viajes, en recoger sobre este punto, documentos positivos, y sin tener la pretencion de presentar un cuadro completo, estoy seguro de saber algo mas sobre este asunto que algunos otros estranjeros, y aun que la mayor parte de los rusos, sin esceptuar á los magistrados y empleados de aquella nacion. He hallado en algunos puntos, que no es del caso nombrar, ocasiones felices para poder apreciar y conocer de cerca muchas sectas prohibidas por el gobierno, ganándome la confianza de los habitantes, asistiendo á sus ceremonias secretas.

El cristianismo penetró en Rusia hácia el siglo IV. La iglesia rusa era hija de la iglesia oriental, y en especial del patriarcado de Constantinopla. Las heregias gnósticas habian desaparecido entonces, es cierto, pero el Oriente ha conservado siempre algunas ideas gnósticas que los cruzados importaron al Occidente, y que se encuentran aun esparcidas entre los mahometanos. Estas ideas se encuentran tambien en Rusia. El pueblo ruso no es aficionado á las discusiones filosóficas como los pueblo del Oriente. Así es que no se debe esperar encontrar en él entre las nuevas sectas un sistema completo; se hallan únicamente algunas ideas aisladas, pero que semejantes á esas locuras contagiosas, condenan al mas ciego fanatismo. En este particular colocamos en primera línea á los Morelschiki, que se sacrifican entera ó parcialmente. Aun no se conocen las doctrinas de los primeros; esto es, de aquellos que se sacrifican enteramente, pero su existencia se halla desgraciadamente comprobada todos los años y en todos los puntos del reino, especialmente en el Norte, por hechos semejantes al que vamos á referir. Primeramente se abre una ancha fosa en tierra, acompañando este trabajo con algunas singulares ceremonias, y se la rodea de paja, de leña y otros varios combustibles Una reunion compuesta de veinte, treinta, cincuenta y á veces de cien fanáticos, descienden á esta sepultura, prenden fuego á los combustibles que la rodean, y mueren en medio de las llamas con una estoica indiferencia. Otras veces se reunen en una casa, han arrimado de antemano paja y leña, y la prenden fuego luego que están dentro. Llegan los vecinos alarmados, pero ninguno se atreve á oponerse á esta operacion, pues las víctimas de ella son tenidos por santos, que reciben el bautismo del fuego.

La policía no suele tener conocimiento del hecho sino despues de terminado el cruento sacrificio. ¿En qué doctrinas está basado este fanatismo? Eso es lo que no se sabe. Unicamente la palabra *bautismo de fuego* prueba que en estos fanáticos hay algun dogma oscuro y secreto. Y en efecto, ¿cómo, si así no fuese, podria esplicarse un hecho que se reproduce de una manera uniforme en distintos puntos que se hallan á grandes distancias, y por espacio de mas de un siglo?

Los fanáticos de la segunda especie son los Skopzi ó eunucos. Ignórase si como Orígenes fundan su practica en algunos pasages de la Biblia mal entendidos, tanto mas cuanto que ellos miran á este libro como un libro falsificado. Ellos solos se creen poseedores del verdadero Evangelio que fue escondido y empadeerado en la cúpula de la iglesia de san Andrés

en Petersburgo por Pedro III á quien veneran como á su gefe y como una emanacion de Cristo. No se ve ninguna analogía entre sus prácticas y su cuerpo de doctrina, si asi pueden llamarse algunas ideas oscuras y sin hilacion. Ellos dicen que en un principio no habia mas que Dios Padre; que este creó el mundo y que se manifestó á él como hijo en la persona de Jesucristo, á quien tienen por un Dios como el ungido del Señor, penetrado por la divinidad y que habla bajo su inspiracion. Pero Dios se manifiesta continuamente como Espíritu Santo á sus verdaderos hijos, esto es, á los Skopzi. El Cristo no ha muerto, segun ellos, y vive siempre sobre la tierra bajo una forma cualquiera, viviendo en la persona de Pedro III, que no ha muerto como se dice, sino que ha huido á Irkutz, y desde entonces creen que la salvacion debe venir del Este. Pedro debe venir muy pronto, y en el Krencliu de Moscow tocará la gran campana de la iglesia de la Ascension; sus verdaderos discípulos la oirán desde todas las partes del mundo, y se reunirán á su alrededor empezando entonces el reino eterno de los Skopzi.

Estos sectarios no creen en la resurreccion del cuerpo, y no celebran el Domingo. Comulgan con un pan que colocan primeramente en la tumba de algun personaje mistico de su secta y queda consagrado con esta ceremonia. Cada uno de ellos come un poco de este pan el dia primero de Pascua, que es el único dia festivo que tienen en todo el año. Se reunen durante la noche del Sábado al Domingo y se entregan á ceremonias estrañas y misteriosas. Estas ceremonias se llaman Karabliek, que quiere decir barca frágil que vaga á merced de las olas.

En sus reuniones cantan recitando algunos himnos cuyas palabras no comprendia, pero que producian en mí una impresion profunda aunque dolorosa á causa del entusiasmo salvage que respiraban. Los miembros de esta secta se reconocen por ciertos signos masónicos. Todos tienen en su casa el retrato de Pedro III, y todos se hallan animados de un espíritu de proselitismo muy ardiente. El que llegue á convertir doce discípulos, obtiene la dignidad de apóstol. En algunos gobiernos, poblaciones enteras pertenecen á esta secta. Nada revela sus creencias religiosas. Sus casas, sus familias, se parecen á las demas; tienen mugeres é hijos, porque se casan verdaderamente, y no se someten á la cruenta operacion hasta despues de haber tenido un hijo. Sin embargo, en general sus hijos provienen de uniones adúlteras, pero los Skopzi cuidan á estos hijos como de legítima union. El número oficial de los Skopzi es de tres mil. Como son muy ricos, la policia saca partido de sus riquezas, pero nunca puede sorprender á las personas.

Otra secta que parece tener algunos puntos de semejanza con la de que venimos ocupándonos, es la de los disciplinantes, aunque se sabe muy poco á punto fijo de sus doctrinas. En sus asambleas, en las cuales no se consiente la imágen de ningun santo, saltan y corren en círculo unos detras de otros, dándose golpes con las disciplinas. En medio tienen una gran copa á manera de pila llena de agua, á donde van de cuando en cuando á coger agua con las manos para echársela sobre la cabeza y para beber, siguiendo en su ejercicio hasta que caen de cansancio. Cierto dia del año, despues de estas furiosas danzas, los hombres se dejan caer sobre los bancos que hay al rededor del local de sus sesiones, y las mugeres se echan debajo de los mismos. De pronto se estinguen las luces y empiezan espantosas orgías.

Tuve yo en Moscow un secretario, que habia sido antes farmacéutico con tienda abierta, y tiempos atras empleado en una fábrica de aguardiente cerca de Roskey, donde se habia asociado con varios individuos que pertenecian á esta secta, y aun habia asistido él á algunas de sus reuniones.

Lo que este sugeto me contaba me parecia increible, pero en honor de la verdad debo decir que la conducta de mi secretario, durante los tres meses que lo tuve en mi compañía, no me autorizó ni en lo mas mínimo para suponer que fuese hombre que diese pávulo á mentiras. Opinaba él que los disciplinantes y los eunucos estaban en relaciones íntimas, y que se suplian recíprocamente unos á otros. En las reuniones á que habia asistido, no habia presenciado ninguno de los horrores que me contaba, bien que esto habia dependido de no querer plegarse á la exigencia que tenian con él para que abrazase la secta, único modo de permitirle la entrada en esa gran reunion anual de que hemos hablado. Sin embargo, los mismos sectarios, teniendo gran confianza en él, le habian contado todas aquellas monstruosas escenas. Por lo demas, las noticias que me daba han sido plenamente confirmadas por una informacion de la policía que sorprendió una de estas reuniones en Moscow el año 1840. De esta informacion resulta que los disciplinantes y los eunucos son una misma secta, y que los primeros suplen á los segundos, y vienen á llenar sus vacantes como puesto de ascenso. Dichos sectarios miran con horror á los perros, porque los suponen en tratos con el diablo, y aman por el contrario á los gatos. Aunque miran á Cristo como á su fundador, le insultan y abofetean su imágen el dia de su recepcion. No reconocen el matrimonio, y no se casan mas que para sustraerse á las pesquisas de la policía. Sus mugeres y sus hijos son comunes. Se ha observado que cuando una muger de esta secta despues de la muerte de su marido se casa con otro que no es disciplinante

y llega á penetrar los misterios de aquella profanacion, desaparece sin que se vuelva á saber mas de él. La noche de Pascua se reunen los disciplinantes y eunucos para festejar juntos á la Madre de Dios. En tal solemnidad se coloca en un baño lleno de agua caliente á una muchacha de quince años, á quien se suele ganar haciéndole grandes promesas. Algunos viejos se acercan á ella y la hacen una sajadura prolongada desde el centro del pecho al costado izquierdo. Luego le cortan el pecho izquierdo en cuajo y la estancan la sangre con una prontitud increible. Durante la operacion se le hace tener en la mano una imágen que representa al Espíritu Santo. El pecho que se ha cortado se hace pedazos pequeños, y se sirve á los sectarios, los cuales deben comer algo de él. Luego se hace subir á la muchacha á un altar, y toda la asamblea baila al rededor cantando: *Vamos bailando, vamos saltando sobre las montañas de Lyon.* La danza se hace cada momento mas furiosa. Por último, se apagan las hachas, y entonces tienen lugar las inmundas escenas de que hablamos antes. Mi secretario conoció á muchas de aquellas muchachas á las cuales se honraba como santas, y me decia que á la edad de veinte años parecia que tenian ya sesenta, y que solian morir muy jóvenes; pero me citó una que se habia casado y habia tenido dos hijos. Estos fanáticos llevan algunas veces por mortificarse sobre la misma carne cotas de malla y camisas de crin de caballo. Yo conocí uno que llevaba una cruz de metal sobre el pecho y otra á la espalda, sujetas á los brazos y al costado por medio de garfios de hierro metidos en la carne. *L. E.*

INVITACION A D. G. DE C.

Los que juntais, felices trovadores,
el canto dulce al arpa regalada,
¿sabeis ya qué es amor y qué son flores?
¿habeis ido á los valles de Granada?

¿Oisteis el trinar de aquellas aves,
y aquel eterno son de fuente y fuente,
y aspirásteis los hálitos suaves
que allí recoge el apacible ambiente?

¿Visteis la luna y la naciente aurora,
y los rayos lucir de mediodia,
por entre el muro que la gente mora
partió en arcos de aérea celosia?

¿Visteis caer los surtidores claros
entre los sotos de arrayan vestidos,
ó lamiendo, al caer, mármoles raros
en soberbios salones embutidos?

¿Visteis de adelfas y jazmin y lauro
la bóveda que en torno se dilata,
por donde corre, silencioso, Dauro,
y Genil, al correr, nieves desata?

¿Visteis los manantiales que destila
gota por gota sobre el hondo rio,
cuando á bañar desciende en la tranquila
onda, los pies Generalife umbrío?

¿Y la *Silla del moro* corpulenta,
y la fuente feliz del *Avellano*,
y la santa montaña que sustenta
entre eterno verdor templo cristiano?

¡Ay, si no, no canteis! Tristes reflejos
en belleza alcanzaron vuestros ojos,
y con que vieseis á Granada al lejos
os diera ya, cuanto cantais, enojos.

Sin perfume la rosa os pareciera,
y el lauro sin verdor, y sin blancura
las guirnaldas que lento entretejiera
al tenderse el jazmin por la espesura;

Y tuvierais por pálida la lumbre
de la luna que amiga os acompaña
á la cita de amor, y en su vislumbre
de la amante muger el rostro baña.

No, no canteis aun; mas presurosos
allí acudid por letras y sonidos,
y tales hallareis que deleitosos
os hechicen el labio y los oidos.

Y entonces cantareis como se canta
sin querer ni pensar en aquel suelo,
donde invencible inspiracion levanta
la flaca mente y la remonta al cielo.

Y entonces enviareis á las hermosas
de esperanza y amor tales querellas,
que, cuando pareciesen desdeñosas,
tiernas, de hoy mas, os mirarán por ellas.

Direis de Bibarrambla el gran torneo,
donde traicion trocó lanza por caña,
y del Alhambra el esplendor, trofeo
tras luenga lid, de la cristiana España.

Direis los que sepais de los amores
de la Sultana y de su amarga suerte,
y de cuando los claros surtidores
con sangriento raudal manchó la muerte.

Direis la saña opresa del guerrero
cautivo, el llanto de la dulce esclava,
los moros que venció el buen caballero
que contó en sus Maestres Calatrava.

Y ¿qué importa cantar lo que cantaron
de esos valles y alcázares é historias
otros ya? ¿Por ventura se acabaron
las flores ó murieron las memorias?

¿No corre Mayo como siempre verde
por las orillas de Genil risueñas,
y el oro Dauro de sus linfas pierde
y cuelgan rosas de las altas peñas?

¿No vive aun el Alhambra entre los yertos
escombros de sus torres en ruina,
y alegre esconde el Albaicin en huertos
su muerte, al peso de la edad, vecina?

Oh! si no es que teneis los trovadores
la garganta sin voz ó el arpa rota,
id y cantad; las fuentes ni las flores
ni allí la antigua inspiracion se agota.

A. Cánova del Castillo.

DE LAS HORMIGAS.



Hay unos insectos (las hormigas) que aunque de continuo se ofrecen á nuestra vista y son un objeto de curiosidad y aun de admiracion por su infatigable codicia, no conocemos bastante sus instintos y hábitos sociales. Verdad es que lejos de sernos útiles, como las abejas, nos perjudican; pero pareciéndose á ellas en muchas de sus costumbres, y siendo un ejemplo que el hombre debiera en parte imitar, no los creemos indignos de ocupar un momento nuestra atencion.

Las hormigas viven en sociedad con otras de su misma ó de diferente especie, de las que contamos en la Península hasta ocho. Las mas comunes son la sanguínea, la rojiza, la parda y la cenicienta. Construyen sus habitaciones de diferentes maneras; unas forman conos de varios pies de altura; otras hacen su retiro en la tierra, á bastante profundidad; otras en el tronco de los árboles podridos, y otras, en fin, en las hendiduras de las paredes. Por lo comun, hecho el agujero, juntan madera menuda y pedazos de hojas y construyen la cubierta abovedada, sólida y poco maciza. Debajo establecen varios pisos, dejando espacios para galerías que van al esterior. Tienen salas muy bajas, toscas, pero espaciosas y comodas para colocar en ellas á ciertas horas del dia las larvas y ninfas. Los materiales del nido estan entrelazados para aumentar la solidez. La tierra contenida entre las capas del montecillo que forma el hormiguero, desleida por las lluvias y endurecida por el sol, sirve para unir todas las partes del edificio, permitiendo á sus habitantes separar algun fragmento, sin destruir el todo. Lo mas noble de esta construccion, es que impide la entrada del agua, que esceptuando algun caso fortuito, solo moja 4 ó 5 líneas de la superficie.

Las hormigas son omnívoras, es decir, que se alimentan indistintamente de materias animales ò vegetales. Las neutras, ó privadas de

partes sexuales, se llaman tambien obreras; son las que van á buscar las provisiones, dan de comer á las larvas y vigilan sobre su bienestar y seguridad; si la temperatura sube, las llevan á la superficie del nido, para que se calienten, y si hace mal tiempo, las bajan al fondo de sus habitaciones. Prodigan el mismo cuidado á las ninfas, y desgarran su envoltura en la época de la metamorfosis. Si se llega á descubrir su morada, se las ve agarrar á los pequeñuelos y llevárselos con prontitud á lo mas recòndito del hormiguero. Son valientes y coléricas. Si un insecto estraño se atreve á violar su domicilio, se esparce la alarma, entran en combate con el enemigo y casi siempre es víctima de su audacia. Cuando el peligro que las amenaza es pequeño, la república se defiende y venga con un destacamento. Son susceptibles de conmiseracion y de hospitalidad. Mr. Latreille encontró en nidos de hormigas pardas algunos cloportes jòvenes, que tenian buen alimento y no sufrian ultraje alguno.

Si se pasa varias veces el dedo sobre un camino de hormigas, se corta la corriente de emanaciones que les conduce y se extravian. Cuando se les pone un obstáculo á su marcha, se paran, vuelven hácia atrás y tardan en franquearle. Tienen el olfato en las antenas (especie de cuernecitos), y cuando se les cortan, pierden su camino y quedan errantes. Entonces otras hormigas se acercan á ellas, y con un líquido que derraman de su boca sobre las heridas las curan. Este acto de sensibilidad se repite varias veces.

Las hormigas machos y hembras solo se hallan en perfecto desarrollo, es decir, con alas, un tiempo muy pasajero. A pesar de los esfuerzos que hacen las neutras, para retener á los machos, estos abandonan la estancia, tan luego como pueden volar. Las hembras se van tambien con ellos, se unen sobre la tierra, ó en el aire, y ya fecundadas se posan en el suelo y se desembarazan al instante de sus cuatro alas. Entonces las obreras las hacen entrar en el hormiguero, donde las cuidan con asiduidad, las prodigan toda clase de atenciones, les dan el mejor alimento y la habitacion mas cómoda. Centinelas relevadas sin interrupcion, las vigilan y parecen esperar la postura para recojer los huevos. Ya madres, reciben los mas rendidos homenajes de todas las obreras, las acompañan una docena de ellas, que las sirven de guardia de honor, y como entre las abejas, son el objeto del amor y del cariño de toda la gran familia. Pueden vivir varias hembras en un mismo nido sin rivalidad, y cada una tiene su còrte. Segun Hubert, las neutras quieren tanto á las hembras, que cuando estas mueren, las limpian y lamen sin interrupcion varias horas, como si esperasen volverlas á la vida.

Pero estos seres tan interesantes, son por desgracia una de las plagas mas temibles para la agricultura; destruyen los frutos, las semillas y hasta las raices de los árboles, en las que hacen agujeros y galerias subterráneas muy profundas Los daños que causan en la India y en el Ecuador son considerables. Han llegado á destruir plantíos enteros de cañas de azúcar, y obligado á los hombres á abandonarles el terreno. Durante el dia, dice el viajero Stedman, nos veíamos de continuo asaltados por egércitos de hormiguitas, llamadas aquí *de fuego*, por el dolor que causa su mordedura; son negras y muy pequeñas, pero se reunen en tal número, que cubren en cierto modo el suelo y plagan las piernas, atenazando tan vivamente la piel, que es mas fácil separarles la cabeza del cuerpo, que obligarlas á soltar. Acampados en una ribera del Cottica, vimos un gran número de hormigas de mas de una pulgada de longitud, y de color negro, que en muy poco tiempo despojaron y cortaron en pedacitos las hojas de un árbol, llevándoselas despues á su habitacion.

Se saca de las hormigas un líquido, llamado por los químicos *ácido fórmico;* es tan abundante en las que son pardas *(formica rufa* de Linneo) que si se revuelve de cerca un hormiguero, causa inflamacion en el conducto aéreo.

Cuantos medios se han imaginado para destruirlas son insuficientes. Aunque tienen enemigos poderosos entre los cuadrúpedos y las aves, su propagacion es prodigiosa.

Cuando se ven inquietadas por otras que les son enemigas, abandonan algunas veces su morada para trasladarla á otro punto. Al efecto, las primeras que han descubierto un local adecuado, van á noticiarlo á las otras. La nacion entera se transporta en breve, llevando consigo sus larvas. Para el ataque y defensa, se sirven del ácido fórmico, que lanzan comprimiéndose el abdómen.

Si dos hormigueros se declaran la guerra, sus combates son á muerte. Hubert ha descrito una batalla, de la que fue testigo. Parece que los dos egércitos se encontraron á la mitad del camino de su habitacion respectiva, y que en el momento empezó la refriega sobre unos tres pies cuadrados de superficie. Al anochecer, despues de una sangrienta lucha, cada egército entró por partes en su mansion, dejando el campo cubierto de muertos. Antes de la aurora volvieron á pelear, creciendo el furor y la carniceria.

Las hormigas sanguíneas *formica sanguínea L.)* y las pardas, por quienes con frecuencia son atacadas, ejecutan la táctica de guerrilla. Los dos partidos se emboscan y caen de repente uno sobre otro. Si las sanguíneas están en menor número, piden socorro, y en breve un refuerzo de la ciudad se adelanta en masa, se despliega y envuelve al enemigo. Segun el indicado naturalista, las que son de un mismo hormiguero tienen sus ratos de ejercicio, en los

que se verifican combates simulados, parecidos á los que solemos ver entre los perros jóvenes.

Las hormigas rojizas y las sanguíneas se alimentan principalmente con las cenicientas. Las dos primeras especies viven en sociedad, y á sus hormigueros se les llama mixtos. Las sanguíneas no van nunca solas, sino en pequeños pelotones; se emboscan cerca de algun hormiguero, y á la que pillan, ó á cualquiera otro insecto débil, le matan y conducen á su estancia.

Hubert refiere otra batalla de estos insectos guerreros, que á no haberla observado él pareceria fabulosa. Dice que un dia 15 de Julio á las diez de la mañana un hormiguero sanguíneo envió una descubierta, que marchó apresuradamente hasta la entrada del nido de unas hormigas cenicientas situado á 20 pasos. Estas que las perciben, salen en tropel para atacarlas, y hacen algunas prisioneras; pero las sanguíneas no avanzan, parecen esperar socorro. En efecto, llegan divisiones para reforzar á las primeras. Entonces avanzan un poco, y cuanto mas se acercan á las sitiadas, mas se apresuran á enviar correos á su nido. Estos llegan, esparcen la alarma; y en el momento un gran refuerzo marcha hácia el ejército. Las sanguíneas no se apresuran á emprender la lucha, solo alarman con su presencia á las cenicientas; estas ocupan un espacio de dos pies cuadrados delante de su hormiguero, y puede decirse que la mayor parte de su nacion ha salido para esperar al enemigo. Ya empieza á verse al rededor del campo frecuentes escaramuzas, provocadas por la impaciencia de las sitiadas, cuyo considerable número anuncia una vigorosa resistencia, pero desconfiando de sus fuerzas, piensan con tiempo en salvar á los pequeñuelos que le están confiados. ¡Rasgo admirable de prudencia!

Mucho antes de que pueda, ni aun vislumbrarse el éxito de la lucha, sacan á sus ninfas de los subterráneos y las colocan á la entrada del nido, en el lado opuesto á aquel por donde vienen las hormigas sanguíneas, á fin de poderlas trasladar mas fácilmente, si la suerte les es contraria. Las hembras jóvenes huyen tambien hácia el mismo lado. El peligro se acerca Las sanguíneas, que se hallan ya reforzadas, se lanzan en medio de las cenicientas, las atacan en todas direcciones, y esparciendo el terror, hartas de sangre, llegan hasta la cumbre de la ciudad. Las cenicientas, despues de una viva resistencia, renuncian á la defensa, toman las ninfas que habian reunido fuera del hormiguero, y se las llevan lejos, perseguidas siempre por las sanguíneas, que quieren arrebatarlas su prole. Por todas partes corren las vencidas, llenas de pavor; sin embargo, algunas se arrojan con denuedo, y por medio del enemigo penetran hasta los subterráneos, para librar del pillaje algunas larvas que salvan presurosas. Las sanguíneas penetran instantes despues en el interior, cubren las avenidas y parecen establecerse despues en el nido devastado. Varias compañías suyas empiezan á llevarse todo lo que resta de larvas y de ninfas, formando una cadena continua de un hormiguero á otro, y asi se pasa el dia, sin que pueda transportarse todo el botin, quedándose buen número para custodiar la ciudad asaltada y continuar al primer arbor la traslacion de su presa.

De repente empiezan á marchar algunas sanguíneas en direccion opuesta. Hay sin duda contraórden. En efecto, la ciudad saqueada debe ser la nueva habitacion de la especie sanguínea. Todo se transporta á ella con celeridad: larvas, ninfas, hembras, en fin cuanto tiene el hormiguero invasor se deposita en la estancia conquistada, y las hormigas sanguíneas renuncian para siempre á su antigua mansion.

E. O.

Monumentos de Paris.

SAINT-GERMAIN-L'AUXERROIS.

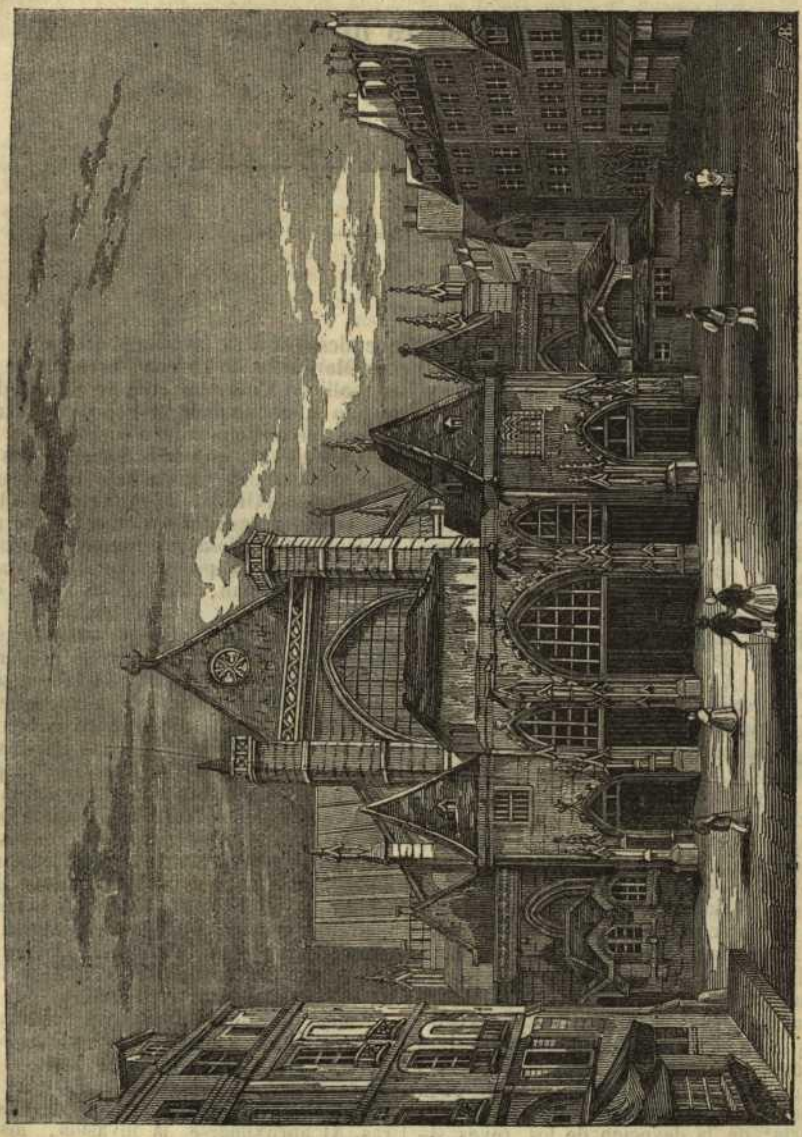
Saint-Germain-l'Auxerrois, venerable basílica, ennegrecida por los siglos y mutilada por las revoluciones, ha estado á punto de desaparecer para abrir por ella una calle ancha y recta que debia ir desde el Louvre á la barrera del Temple. Pero se ha conservado en lo posible porque es un bello é imponente contraste el que ofrece la arquitectura del siglo XII al lado de la greco-romana del siglo XVII; y no menos singular el aproximar entre sí los nombres históricos de Childeberto y de Luis XIV: Childeberto, sucesor de Clovis, fundador de una iglesia, y Luis XIV, septuagésimo quinto Rey de Francia, fundador de un palacio.

En torno de Saint-Germain-l'Auxerrois, de esa ruina religiosa que va unida á los anales de tres razas de reyes, y que remonta su origen al del cristianismo en las Galias, en torno de ese monumento del nacimiento del arte, lleno aun de cenizas ilustres debia haberse plantado un bosque de árboles semejante á los sagrados que rodeaban los templos paganos. El historiador, el poeta, el pintor, las almas pensadoras que se alimentan de lo pasado, irian bajo su sombra á conversar con las piedras del edificio que les hablarian de los milagros de S. German de Auxerre, y de S. German Obispo de París; de la devocion de los reyes sicambrios y de las reynas merovingias, y de las sepulturas de tantos magistrados, artistas y otras notabilidades que fueron. Allí, Ultrogota, muger de Childeberto, llevaba su ofrenda y su oracion: allí fue bautizado el *pequeño Rey* Juan, hijo de Luis el X; allí Enrique desposò á su favorito el duque de Toyeura con Margarita de Lorena, hermana de la Reyna; allí en 1245, un cura se atreviò desde el púlpito á escomulgar al Papa que habia escomulgado al Emperador Federico II.

Childeberto, que reynaba en París en 540 hizo edificar una capilla bajo la advocacion de S. German, Obispo de Auxerre. Chilperico I que pensaba rescatar sus crimenes por medio de fundaciones piadosas, agrandò y adornó esta capilla, á la cual prometió que poseeria el cuerpo de S. German, Obispo de París, que aun vivia, aunque ya estaba beatificado por sus milagros: este santo Obispo jamas llegó á ocupar el sepulcro que se le habia preparado con grandes gastos. Entonces esta iglesia se llamaba *S. German el Redondo* á causa de su forma circular, cuyo sobrenombre conservó hasta que se le cambió de forma: las iglesias estaban en figura de cruz en memoria de la pasion.

Una poblacion numerosa se habia reunido en torno de Saint-Germain, bajo la proteccion de sus torres y de sus fosos, cuyos límites se marcan por el muelle de la Escualar, la calle del Arbol seco y la de los Fosos de Saint-Germain; un claustro donde los canónigos tenian una escuela pública de teologia se adosaba á los muros de la basílica; y las ciencias holladas por los bárbaros, volvian á florecer á la sombra del altar cristiano.

Mas he aquí que llegan los normandos, esos terribles hombres del Norte, que llevaron sus estragos y destrozos hasta el corazon de la Francia, ponen sitio á París, y sus habitantes se resistian al amparo de sus trincheras. Al aproximarse la invasion, los clerigos de S. German l'Auxerrois y los habitantes del arrabal se retiran á la ciudad con sus reliquias y tesoros. Los normandos roban, saquean queman aquel arrabal abandonado y sin defensa, y se fortifican con obras de mampostería, y abriendo nuevos fosos; pero des-



SAINT-GERMAIN-L'AUXERROIS.

pues de dos asaltos inútiles, renuncian á su empresa contra París que los ha diezmado, y cargados de botin, se retiran á la provincia que habian invadido en la costa. Volvieron de nuevo y otra vez fueron rechazados.

El clero de S. Germain l'Auxerrois al regresar á su basílica solo halló ruinas y despojos, y las señales que habian dejado la sangre, el vino y las llamas. Purificáronse aquellos lugares, se reedificó la iglesia, casi como se ve hoy, se levantaron de nuevo las casas, se protegió el arrabal con una muralla, y se reunieron en él *á los esclavos* de uno y otro sexo pertenecientes al dominio de S. Germain l'Auxerrois, porque antes la poblacion estaba adherida al suelo, y el señor disponia absolutamente de sus vasallos como de los bueyes de sus establos, y de los árboles de sus bosques. Nadie podia abandonar la tierra en que habia nacido, ni casarse, ni establecerse fuera de los límites del dominio del señor bajo penas severas. Si un vasallo ó esclavo tomaba muger fuera de su territorio, esta muger no seguia la condicion de su marido ni cambiaba de señor. La servidumbre era en Francia lo que es todavia en Rusia; un propietario poseia tantas fanegas de tierra, tantas cabezas de ganado, y tantos siervos; vendianse los hombres como se vende á los negros.

Genoveva, hija de Eudes, siervo de S. Germain l'Auxerrois, amaba á un jóven esclavo del cabildo de Ntra. Señora, y era correspondida; pero ni el uno ni la otra tenian la cantidad necesaria á comprar su libertad, y estaban observados tan de cerca que la fuga solo los hubiera reunido para volverlos á separar en breve para siempre. El padre de Genoveva fue á arrodillarse ante los canónigos de S. German, pidiendo gracia para su hija, y aquellos por un acto de generosidad inaudita en aquellos tiempos, dieron su permiso para el casamiento de Genoveva, que pasó á ser esclava de los canónigos de Nuestra Señora.

La construccion de S. Germain l'Auxerrois se concluyó rápidamente, gracias á lo mucho que trabajaron los siervos, y á los donativos de los fieles. El vestíbulo cubierto que precede á la portada servia de asilo á los penitentes públicos, que durante mas ó menos años aguardaban que se volviesen á abrir para ellos las puertas del santuario. El Rey Roberto, cuyo nombre va unido á toda iglesia ó convento en Francia, este monarca devoto y sin embargo escomulgado, fue el que mandó levantar esa fachada casi triangular, el que adornó con estatuas la portada, y el que inscribió sobre el frontispicio: *Childeberto I, Rey cristiano, y su muger Ultrogota, fueron los fundadores de esta iglesia.* La estatua de S. German que se hallaba á la entrada de su parroquia fue quitada y enterrada en la nave, segun la antigua costumbre de depositar en lugar bendecido las imágenes de los santos que se quitaban de sus nichos.

La antigüedad de la arquitectura se reconoce en lo grueso de los pilares redondos que sostienen las bóvedas bajas. No han pasado todavia cien años que el aspecto interior de la iglesia era enteramente diferente, y estaba mas en armonia con el caracter grave y magestuoso de las creencias católicas: los vidrios pintados de las ventanas no dejaban penetrar mas que una claridad misteriosa, y reflejos semejantes á la aureola de un querubin; la aerea nave permanecia velada de un vapor suspendido que se hubiera dicho lo exhalaban los cirios y los incensarios; los costados y parte baja de las naves conservaban aun enmedio del dia tinieblas propicias al tribunal de la Penitencia. Ademas la pintura y la escultura competian á maravilla. Juan Gonjon habia representado el acto de enterrar á Jesucristo, y este bajo relieve parecia un cuadro viviente. Leonardo de Vinci habia representado la cena de los Apóstoles, y el pincel del artista italiano se habia mojado en el Evangelio para componer esa obra maestra mandada hacer por Francisco I. Pero el mal gusto del siglo XVIII destruyó una parte de estos curiosos ornamentos, y el vandalismo de la revolucion dispersó los restantes. Finalmente, en Febrero de 1831 un motin de carvanal cayó sobre la regia parroquia y tomándola por un juguete casi la destruyó á su paso. Despues de este sacrílego desastre el tabernáculo ha permanecido cerrado, y el culto proscripto en un templo que no tiene el símbolo de la cruz.

¡Cuantos nombres célebres en la historia han tenido su último eco bajo las bóvedas de S. Germain l'Auxerrois! El historiador Fauchet, el poeta Malherbe, el geógrafo Sauson el médico Guy-Patin, el sabio Dacier, el pintor Coypel, el escultor Coysevox han dormido al lado de los cancilleres y de los príncipes. Su polvo ha sido barrido por la mano de los hombres, que en una época de vértigo buscaron víctimas hasta en las tumbas.

El claustro, aunque dividido en habitaciones particulares, recuerda sin embargo acontecimientos singulares, que no ha podido borrar el pico de los demoledores. Allí fue donde durante la prision del Rey Juan, Marcel, prevoste sedicioso de París, sublevó al pueblo contra el regente, con motivo de una nueva moneda que se habia mandado acuñar; allí donde Cárlos VI presidió la asamblea en que se concluyó un tratado de paz con los príncipes de la sangre; allí donde se embarcó Maurevert para asesinar á Coligny, gefe de los protestantes, y donde se tocó á rebato dos dias despues en la famosa noche de S. Bartolomé; allí finalmente donde murió Gabriela d'Estrées, duquesa de Beaufort sin que Enrique IV la cerrase los ojos!

La revolucion que hacia la guerra á los

monumentos religiosos con no menos encarnizamiento que á las instituciones monárquicas, ha pasado su nivel destructor sobre la mayor parte de las iglesias góticas que levantaban su cabeza por encima de las casas de París: se queria establecer la igualdad entre los edificios como entre los hombres! Pero los nombres, los recuerdos subsisten siempre.

T. M.

EL TEIDE.



Los antiguos y venturosos *guanches*, que con asombro veian fulminar sobre sus cabezas los torrentes de fuego que vomitaba su terrible monte, le llamaron *Echeyde*, que significa infierno, de cuya voz por alteracion del lenguage se formò despues la palabra *Teyda*, y ultimamente *Teide*.

Este prodigio de las revoluciones del globo es sin exageracion una de las maravillas del mundo, y uno de tantos objetos formidables con que el Autor de lo criado ostenta su grandeza.

En el centro del pais afortunado se alza del seno de las aguas una isla de severo aspecto. Mas de 2,000 montañas desiguales surcan y erizan su fecundo suelo. Las cordilleras de donde dependen estas eminencias se confunden en el medio, y forman en las altas regiones una espaciosa llanura, en la cual descansa la magestuosa corona de la noble competidora de la Gran Canaria. Aquí está sentado el admirable Pico de Tenerife. Esta es la base de esa soberbia pirámide que se pierde en las nubes, de ese faro que atrae tantos navegantes á las riberas de la Nivaria, presentándose á su vista con imponente magestad, cuando le divisan de treinta ò cuarenta leguas de distancia en los dias claros y apasibles. Su hechura aparece cònica en su conjunto, pero los contornos de su figura no siguen por toda su periferia la igualdad de la superficie convexa; hasta á mas de la mitad de su altura se reconoce la forma de una primera montaña surcada de profundos barrancos, entre los cuales sobresalen varias lomas y picachos, y sobre cuya cima reposa otra por la parte del Este, confundiéndose con la anterior con las demas vertientes. Segun las conjeturas geológicas, es de creer que una erupcion volcánica, que reventó por las cumbres mas eminentes de la isla, formó el primer cuerpo de este excelso monte, haciendo mas tarde explosion de sus entrañas otro volcan que produjo el segundo, el cual constituye su altiva cúspide. Cuando en ciertos meses del año este monte se cubre de nieve, parece, segun la feliz espresion de Viera, una pirámide de plata bruñida.

El que desea examinar de cerca los portentos del Pico, se determina á tomar el sendero mas frecuentado que empieza á trepar por la vertiente oriental aprovechándose de los dos meses mas favorables para ello, Agosto y Setiembre. En el Puerto ò en la deliciosa Villa de la Orotava se organiza comunmente la espedicion. Allí se toma regularmente uno ó mas guias, y las caballerías y provisiones que requiera las precauciones y comodidades del curioso viajero. Si este emprende su salida al rayar el dia, no podrá ménos de hacer alto á los primeros destellos del sol de la mañana, para contemplar la sublimidad que presenta el magnífico cuadro del valle de Taoro, las vistas distantes y el horizonte de tan bello paisaje. Continuando la marcha por un pais mas ò ménos divertido de la region pínea se llega al MONTE DE LOS CASTAÑOS, que está á dos y media leguas del enunciado puerto ó Villa de la Orotava. A pocos minutos se pasa EL PORTILLO, que es un tránsito muy estrecho entre dos rocas basálticas figurando dos columnas. Entonces se entra en el llano de LAS CAÑADAS, de donde se descubre el Pico con un golpe de vista cuya magestad sorprende, variando en un todo la decoracion. En medio de este llano cubierto de amarilla piedra pòmez, á tres y media leguas del mismo Puerto de la Orotava, se eleva el Teide, cuya base tiene cinco

leguas de diametro. El viajero que suponemos haber salido á las cinco de la mañana, llegará á las nueve y media á las faldas de ese primer cuerpo que la gente de Tenerife llaman EL MONTON DE TRIGO, que no es sino de menudísima piedra pòmez, en donde no se observa otra vegetacion que la alpina, las varias obsidianas arrojadas por los volcanes y los enormes peñascos que se precipitaron del monte en la época que exhalaba llamas y materias encendidas. Puédese empeñar la subida á caballo, y con todo el tren de la espedicion. Apesar de lo penoso de ella, la imaginacion del viajero va sin cesar distraida con las deliciosas vistas, con los raros y pintorescos paisages que por do quier fijan su atencion. Dentro de media hora, es decir, á las diez se llega á los altos riscos, desde donde se descubre la Gran-Canaria, por cuya circunstancia se llama aquel puesto VISTA DE CANARIA, y luego á las once se hace alto en el paraje conocido por LA ESTANCIA DE LOS INGLESES. Llámase así este sitio por haber sido aquellos estrangeros los que han practicado las primeras y mas frecuentes ascensiones á la cima del grandioso monte. Redúcese este lugar á una reunion de enormes peñascos colocados al lado derecho de la subida, ofreciendo en sus cavidades un abrigo no muy cómodo al fatigado viajero, que cuando llega á este paraje echa por lo comun pie á tierra para luego tomar el cayado. Un sordo rumor de las embravecidas olas del mar, que baten los distantes escollos de la isla, suele interrumpir de vez en cuando el profundo silencio que reina en este lugar, el cual forma un singular contraste con el animado pais que se ha recorrido. Por todas partes circuye un terreno árido, montones de piedras calcinadas, peñas ennegrecidas por el fuego voraz de los volcanes, y escarpadísimas rocas que amenazan desplomarse. En este asombroso sitio se pernocta casi siempre al amparo de los peñascos, y al calor de la lumbre de una grande hoguera encendida con las malezas y leña que se recoje en los escabrosos alrededores; siendo de advertir, que pasando de aquí ya no se encuentran materias combustibles de esta especie. Los sentimientos del viajero que detenga aquí su planta no podrán ménos de tomar un carácter sublime, dando ensanche á las tristes emociones que deben agitar su espíritu.

El dia siguiente, que es la segunda jornada, á la una de la noche prosigue á pie la marcha ascendente, venciendo mil obstáculos, y arrostrando los eminentes peligros que presenta la estrecha senda que sirve de via, y cuyo piso deleznable y movedizo no permite al caminante afirmar su paso para caminar con seguridad, sin encontrarse espuesto á cada instante á precipitarse por los declivios de los mas espantosos ribazos. Abrumado de cansancio y de fatiga se llega á las dos y media á la ALTA VISTA Ó ESTANCIA DE LOS NEVEROS, conocida por este último nombre, por que aquí descansan con sus cabalgaduras los que suben á buscar nieve á la Cueva del yelo. Por este tránsito la vista no descubre sino erizadas y puntiagudas rocas, que descuellan por entre mil peñascos calsinados, de dimensiones varias, sembrados por todas partes, y formando una monstruosa y horrible confusion. El viajero favorecido de su cayado hace otra pausa en *Alta vista* para tomar aliento, á causa de lo penoso de la marcha por aquellos pasmosos sitios, que hacen vacilar á cada instante la constancia del mas intrépido viandante. Continuando la subida no dejará de llegar á las tres y media y LA CUEVA DEL YELO, siempre superando graves peligros, pero incitado por la curiosidad de contemplar esta célebre gruta, que se halla formada por una reunion de desmedidos peñascos quemados, pero unidos por los violentos impulsos de la naturaleza, de una manera tan admirable y con tanta solidez, que contienen un gran depòsito de *agua, yelo y nieve*. Penétrase en esta estraordinaria caverna por una abertura superior, que imita la escotilla de un barco. Mirando por ella se ven unas peñas perpendiculares sobre las cuales se puede apoyar una escalera de cuerdas de cuatro á cinco varas de largo para descender á su interior. Cuando se baja á dicha concavidad se advierte una fresca y suave temperatura. Distínguese entonces su figura triangular, que tiene como diez varas de ancho y cuarenta de largo. Sobre su base está la enunciada entrada, que cuenta cuatro varas de largo, y tres de ancho. El techo es una perfectísima bòveda de forma aplanada, en la que parece que ha presidido el arte al admirable enlace de sus piedras, de las cuales se hallan suspendidas, entre una multitud de carámbanos de yelo, innumerables estalácticas de varias y caprichosas formas. Estas se reflejan de á cuatro ó cinco varas de alto sobre la superficie cristalina del agua que sube circundando varias masas de nieve hasta cosa de una vara de alto poco mas ó ménos, dejando vér por su diáfana transparencia el fondo de la caverna constituido por un resplandeciente pavimento de terso y brillante yelo, en donde descansan los pilones de nieve que sobresalen en el agua. Las paredes se hallan generalmente cubiertas de incrustraciones salitrosas, y adornadas de pedazos de yelo de la congelacion mas pura, formando relieves y figuras que la imaginacion puede asemejar á varios objetos del arte y de la fantasía. El agua contenida en este magnífico y plateado receptáculo, se agita de continuo por las infinitas gotas que destilan insesantemente ocasionando un armonioso ruido. La profundidad de este precioso recinto está muy bien iluminada por la claridad que entra por la abertura principal, y por algunos rayos de luz que penetran al traves de ciertas

grietas de la peña. Cuando las grandes nevadas cubren el Pico, esta cueva se llena por consiguiente de nieve, en tales términos que no se agota, apesar de la cantidad considerable que se extrae para el consumo de los principales pueblos de la isla de Tenerife, y la que se derrite por la accion vehemente del sol. El viajero no podrá ménos de emplear algunos minutos contemplando un objeto tan curioso y digno de su atencion; sobre todo auxiliado por la luz del dia cuando desciende del Pico. Continuará su empeñada subida. Luego se mejorará el camino, que se cubre de menudo cascajo, y el incansable caminante llegará á las cuatro y media á LA RAMBLETA.

Aquí da principio el segundo y último cuerpo del encumbrado monte. Hasta la misma llegan las rocas y escorias volcánicas que llaman los naturales *mal pais*. En este parage, y en el cráter de un antiguo volcan, cuyos torrentes de lava fueron arrojados lateralmente, se notan varios respiraderos, los cuales han merecido el nombre de *Narices del Pico*, en atencion á que por ellos se exhalan algunos vapores puramente acuosos, á la temperatura de cincuenta á cincuenta y cinco grados centígrados poco mas ó ménos. De este punto las vistas son ya de una forma y de una estension admirable.

Si el viajero quiere hacer el último esfuerzo de rara perseverancia, despues de algunos minutos de descanso vuelve á tomar el cayado, y trepa por EL PAN DE AZUCAR, llamado asi porque en efecto se parece á uno de estos panes en figura de pilon. Verificase la subida por una estrecha vereda trazada en vueltas á la parte del sur, en la cual se entra por un especie de empedrado, cuya union es digna de admirar; á esta estraordinaria senda sigue un piso de menudisimo cascajo blanquecino ó rojo, entre el cual sobresalen varias venas de risco de color oscuro. El caminante no puede dar un paso con sosiego y seguridad; si pisa la movediza y gruesa arena se hunde á veces hasta la rodilla; si quiere asegurar su resvaladiza planta en los salientes peñascos del declivio, se abrasa con la intensidad del calor, y de los vapores sulfúreos que arrojan las grietas. A fuerza de resolucion es como se pueden superar estos grandes obstáculos para que el viajero llegue dentro de una hora con corta diferencia, es decir, á las cinco y media de la mañana, á LA CUMBRE DEL PICO.

No son todos los que pueden escalár la cima del famoso Teide. La constancia del viajero depende de su constitucion física, como tambien de su natural audacia; la Estancia de los ingleses, la Rambleta y la Cumbre del Pico graduan generalmente estas felices cualidades. El que pisa las faldas de este monte, no se queda sin llegar hasta á mas de la mitad de su primer cuerpo; pero no son todos los que vencen la altura de éste hasta el pie del segundo, y son muy raros los que huellan la magestad de su corona.

Despues de mil riesgos y sobresaltos, el viajero impávido pisa con asombro la cumbre del formidable monte. Contemplándose en las elevadas regiones del espacio, en una de las alturas mas eminentes del globo, á doce mil ochocientos pies por encima del nivel del mar, sobrecogido echa una ojeada de admiracion y sorpresa al rededor del inmenso espacio que le circunda. A sus pies Tenerife con sus cerros, sus fragosos riscos, sus áridas cordilleras, sus multiplicados cráteres, sus profundas quebradas, sus risueños valles, sus florestas, sus campos feraces, sus vistosas poblaciones; mas allá á oriente y occidente se designa el Archipiélago, sobre el cual parece que el Teide arroja alternativamente el espectro de su sombra, y por todas partes el Océano visto en su mas sorprendente estension, perdiéndose en los límites de un inconmensurable horizonte. En medio de tanta sublimidad y grandeza, el alma conmovida se eleva á las celestes mansiones. Desgraciadamente no siempre presenta la atmósfera la diáfana transparencia que se requiere para tan maravilloso espectáculo.

Desde que el viajero se coloca en la cúspide de la montaña, advierte que la punta de la pirámide no es tan aguda como de abajo parece, pues tiene nada ménos que un cuarto de legua de circunferencia. En el centro se ve un inmenso cráter llamado vulgarmente la *Caldera*, rasgado hácia al Este por una corriente de lava. Su figura es irregularmente elíptica, cuyo eje mayor tiene trescientos pies, y el menor doscientos. Asperos riscos, compuestos en gran parte de pòrfido y basalto, forman sus bordes. Por las sinuosidades de las capas de lava que cubren su interior, se baja al fondo aunque con mucha dificultad, cuyo suelo contiene á la parte del Este una costra considerable de finisima materia sulfúrea de diversos colores. Hácia al Oeste se descubren varios trozos de tierra, entre los cuales sobresalen de trecho en trecho abundantes masas de piedra blanca y roja. Vénse sembrados por todas partes montoncillos de azufre en estado de petrificacion, y algunos otros minerales. Diferentes grietas que se abren por la parte interior y esterior del cráter constituyen los *Poros del Pico*. Por ellos se exhalan dos especies de vapores, á la temperatura de sesenta á ochenta grados centígrados, unos acuosos, y otros sulfúreos. Los sulfúreos se forman al atravesar los primeros ciertas grietas que contienen petrificaciones de azufre y atacan, emblanqueciendo las lavas porféricas del interior del cráter; las acuosas emblandecen las substancias térreas que se encuentran en su fondo. El que recorre la cavidad del cráter esperimenta un calor muy vivo, y no puede permanecer de pie cinco minutos en un mismo sitio porque se abrasan sus plan-

tas, y sale medio sofocado de los rescoldos del mal apagado volcan, á respirar libremente en el ámbito que forman sus orillas: pues la rarefaccion del aire en la cima del Pico ha sido demasiado exajerada, y debe correr como una de tantas fábulas con que se han querido aumentar los prodigios del Teide, diciendo que en su cúspide, ni nieva, ni llueve, ni arrecian los vientos; que de ella el sol parece mas pequeño, y que sale por el horizonte como una llama despidiendo torrentes de rayos, abrasadores.

Ordinariamente en los dias apacibles de los meses de Agosto y Setiembre, que es cuando se escala el Pico, el termómetro centígrado se encuentra á las siete de la mañana de cinco á siete grados por encima de cero.

Las irrupciones del Teide que deben haber conmovido el abrasado suelo de la antigua Nivaria, y asombrado el Archipiélago, son anteriores á la conquista de la misma isla de Tenerife, acaecida á fines del siglo XV. Despues de la dominacion europea, que empezó en 1496 con la sumision de los arrogantes *guanches* por las armas españolas, tan solo se cuentan cinco volcanes, que han roto por la base de este soberbio monte, hácia sus faldas y por lados algo distantes del asiento principal del Pico; uno en 1704 y dos en 1705 en el término de Güimar; el del pueblo y puertos de Garachico en 1706, y el de 1798 en el distrito de Chasna.

El descenso es sin comparacion mucho mas rápido que la subida; seis horas bastan muy bien para desandar las tortuosas sendas del Teide, desde lo alto del *Pan de azucar*, hasta el pie del *Monton de Trigo*. Atravesando el viajero las Cañadas regresa al risueño Valle, ó á las riberas del Puerto de la Orotava, si quiere, á las seis de la tarde del segundo dia de la jornada.

D. D.

DIVINIDADES DE LA INDIA.



Las tres grandes divinidades de la India se llaman *Brahmâ*, *Vichnon* y *Shiva*, es decir, el creador, el conservador y el destructor. Tambien son adoradas á veces bajo una sola figura que llaman la *Trimourti*.

Brahmâ, creó todas las cosas, á excepcion del mar, porque antes de él existia un dios desconocido y poderoso que habia creado el agua sin socorro de nadie.

Segun la fábula índica, he aquí cómo se formaron estas tres divinidades, y el origen que tuvo el mundo. Antes que existiese la tierra, el universo no era mas que una inmensa estension de agua cubierta de espesas tinieblas. Mas hete que de pronto apareció sobre la superficie de las aguas una criatura jóven y hermosa, á la que ordinariamente dan en la India el nombre de *Bahvuni*. Al principio se asustó de verse á merced de las ondas y sumida en una oscuridad profunda; pero poco á poco acostumbrándose á esta existencia tan nueva para ella, se entregó á la alegria, y empezó á saltar y hacer otras estravagancias; al mismo tiempo se le cayeron tres huevos que rompiéndose salieron de ellos tres jóvenes dioses que fueron Brahmâ, Vichnon y Shiva.

Brahmâ se halló sentado al nacer enmedio de las aguas sobre una flor de loto; y es menester convenir que á haberse podido ver se hubiera asombrado, porque tenia muchas cabezas sobre un solo cuerpo, y cuatro

brazos. En torno suyo reynaban espesas tinieblas que no podian penetrar todos sus ojos, confuso de su misterioso nacimiento estaba sumido en el mayor asombro, cuando de pronto oyó



BRAHMA.

una voz que le mandaba implorase al que le habia dado el ser. Entonces Brahmâ se prosternó, y vió presentarse á su vista todas las maravillas de la creacion, y despues de haber estado cien años contemplándolas, se puso á crear el universo, es decir el cielo, la tierra, los astros, las plantas, las rocas, y finalmente, todos los animales. El globo, ó lo que es lo mismo la tierra, la puso sobre la cumbre de una alta montaña que los indios llamaban el monte *Merú*.

Hecho esto Brahmâ quiso que alguien fuese testigo de tantas cosas buenas como habia hecho, y al efecto sacó de su cabeza un hombre al que llamó *Brahman*, que significa sacerdote, al cual dió cuatro libros llamados Védas, ó la palabra de sus cuatro bocas, en los cuales le mandó estudiase hasta el fin del mundo. Despues, viendo que el sacerdote no podia entregarse pacíficamente á su lectura, á causa de las bestias feroces que todo lo poblaban, Brahmâ sacó de su brazo derecho un guerrero, á fin de que defendiese al sacerdote.

Pero mientras estos dos hombres se ocupaban en cosas tan distintas, la tierra estaba sin cultivo, por cuya razon acudieron á Brahmâ, quien sacó de su muslo un tercer hombre, que á la vez fuese labrador y comerciante; finalmente como estos tres hombres no podian todavia bastarse á todo, el dios consintió en sacar de su pie un cuarto hombre, un pobre artesano que debia trabajar para sus hermanos.

En seguida Brahmâ dió una muger á cada uno de estos personages, y estas cuatro familias fueron el origen de otras tantas castas de razas, que aun subsisten hoy en la India, y que aun mas que por el estado que egercen, se distinguen por la variedad de su color.

Los sacerdotes y los guerreros, tienen la piel casi tan blanca como los europeos; los labradores y mercaderes la tienen cobriza, y los artesanos y trabajadores bronceada. Hay tambien en la India una quinta casta, que es la de los *párias*. Los individuos de esta raza son tan detestados de los de las demas, que viven relegados en habitaciones aisladas sin trato ni comunicacion sino entre si; su color es un negro sucio.

Despues de esto, Brahmâ quedó tan pagado de su obra que se creyó superior á Vichnon y Shiva, por cuya causa fue castigado y precipitado desde los cielos hasta el fondo del abismo sobre el que está suspendido el mundo. Antes de volver al cielo se vió obligado á aparecer en el mundo bajo cuatro formas diferentes, y los indios creen todavia, que no ha vuelto á ocupar su asiento al lado de sus hermanos sino despues de haber cumplido esta penitencia.

Vichnon, no menos poderoso que Brahmâ tuvo el encargo de velar por la conservacion del mundo y de los tesoros que encierra. Siempre que alguna catástrofe ha amenazado al globo terrestre ó á sus habitantes, dicen los adoradores de este dios que se ha mostrado en la tierra bajo una forma diferente; llaman á esto las metamorfosis de Vichnon, y es tan estravagante la relacion de algunas de sus aventuras que bien merecen referirse.

La primera vez que Vichnon bajó del cielo fue para buscar los libros sagrados de los Védas, que un gigante enemigo de los dioses habia usurpado; despues de haberlos estado buscando largo tiempo por toda la tierra, descubrió al fin que el gigante los habia ocultado en el fondo del mar; entonces tomó la forma de un pez, se sumergió en las ondas, mató al gigante, y arrancó de su poder los preciosos libros que Brahmâ habia confiado á sus sacerdotes.

Otra vez, habiendo inventado los dioses un brevage misterioso que daba la inmortalidad á cuantos lo gustaban, se presentaron unos ge-

nios malos y quisieron tomar su parte. Con este motivo se originó una disputa entre los dioses y los genios, sosteniendo unos y otros tan terrible combate, que el monte *Merús* que sostiene la tierra fue precipitado en la mar, y ya iba á perecer el globo entero, cuando Vichnon tomó la forma de una tortuga inmensa y sostuvo el mundo sobre su concha, hasta que el mundo volvió á su lugar. Pero no pudo impedir que una parte del brevage se derramase sobre la superficie de las aguas, y las cambiase en un mar de leche, de la que salieron entonces varias cosas maravillosas, tales como un elefante con tres trompas y un soberbio caballo con tres cabezas.

Aunque los malos genios que se mostraban ordinariamente bajo la forma de gigantes, ó de monstruos horribles, hubiesen sido vencidos por los dioses, no renunciaban por eso á destruir la obra de Brahmâ; y uno de ellos, habiendo enrollado la tierra como si fuese una hoja de papel, se la llevò sobre los hombros hasta el fondo del abismo; pero Vichnon se transformó en jabalí, y atacando al gigante volvió á traer la tierra á su sitio.



MONSTRUO INDIO.

Vichnon volvió á aparecer diferentes veces bajo la forma de varios animales, y en cada una salvó el mundo de algun gran peligro; pero cansado al fin de ocultarse bajo estas metamorfosis innobles, en adelante solo se mostró en figura humana.

Por aquellos tiempos habia un Rey llamado *Balí*, cuyo reyno era tan estenso, que segun se decia, poseia el cielo, la tierra y los infiernos: su poderío le inspiraba un orgullo desmedido, é indignado Vichnon por ello quiso castigarle. A este efecto tomó la figura de un brahman, pero tan pequeño que podia pasar por un enano, y presentándose ante Balí, despues de haberle divertido con sus agudezas le rogó que en recompensa le diese tres pasos de terreno de su vasto imperio. Riyose Balí de la pretension porque los tres pasos que el brahman podia dar con sus pequeñas piernas, apenas equivalian á medio paso de cualquiera otro hombre, y por lo tanto le concedió lo que deseaba. Pero Vichnon, desarrollándose al punto en un tamaño prodigioso, midió de un paso el cielo, de otro la tierra, y ya iba á medir con el tercero el infierno, cuando arrojándose Balí á sus pies le suplicó que le dejase un solo rincon de su reyno. Satisfecho Vichnon de haber humillado el orgullo de aquel poderoso monarca se la concedió dejándole el dominio de los infiernos.

Hasta entonces Vichnon se habia limitado á aparecer bajo la figura de un simple sacerdote ó de un hombre ordinario, pero tambien quiso darse á conocer en la tierra como un gran Rey, á fin de instruir á los hombres, y enseñarles el uso de los instrumentos de agricultura. Mostrose, pues, sucesivamente bajo los nombres de *Rama* y de *Crichna*, príncipes los mas valerosos que han existido en la India.

Las aventuras de Rama son bastante singulares; se casó con una princesa llamada *Sita*, que era mas bella que el dia; robola el gigante *Sanka*, pero Rama, auxiliado por un egército de monos y otro de osos, recobró á su esposa, despues de dar muerte al raptor.

Las aventuras de Vichnon, bajo el nombre de Crichna no fueron menos maravillosas. Hijo de reyes, prefirió pasar su infancia en medio de los pastores, á los que hacia bailar al son de su flauta, con sones tan melodiosos que atraian á sus pies á los animales mas feroces. Pero no fue este su único pasatiempo, pues de vez en cuando se entretenia en sostener montañas sobre su dedo, en matar monstruos de todas clases, y en bailar sobre la cabeza de las serpientes.

Cuando llegó á la edad viril Crichna empezó á recorrer el mundo para destruir los gigantes de muchas cabezas y otros tiranos que lo desolaban; al mismo tiempo instruia á los pueblos, y les enseñaba á ser sabios para ser felices.

Finalmente, cuando Vichnon creyó que nada tenia que hacer en la tierra se volvió al cielo, de donde solo bajó otra vez bajo la fi-

gura de un hombre sabio y virtuoso llamado *Boudha*, para enseñar á los pueblos de la India las ceremonias religiosas de los brahmanes ó sacerdotes de Brahmâ, á los cuales consagró el loto, esa planta maravillosa, en la que se habia sentado aquel dios antes de la creacion.

Los indios estan persuadidos que Vichnon no volverá á la tierra hasta la fin del mundo; pero entonces tomará la forma de un caballo blanco y alado, que tendrá un pie levantado sobre el globo, y cuando lo deje caer, los malvados serán precipitados en el infierno, y la tierra reducida á polvo. Mientras llega este momento fatal, Vichnon duerme tranquilamente en el mar de leche, donde está acostado sobre una culebra de cinco cabezas, que en el último dia arrojará torrentes de llamas y destruirá todas las criaturas.

Respecto al dios Shiva tercer personage de la Trimourti solo se debe decir que bajo la figura de monstruos, de gigantes y de malos reyes fue el enemigo constante que tuvo que combatir el buen Vichnon.

R. Q.

LAS PRIMERAS IMPRESIONES DE LA VIDA.



La *Revista Británica* ha publicado un artículo debido á la pluma de Cárlos Dickens, célebre novelista inglés. Nuestros lectores recordarán la novela que con el título de *David Copperfield* publicó la *España*, y no se disgustarán al volver á encontrar al entretenido, fácil y filosófico escritor en este artículo que tomamos de la *Gaceta*.

«No soy bastante filósofo ni escéptico para hablar útilmente sobre las causas primeras ó los colores primitivos. Sin embargo, todos contamos en nuestra existencia algunas primeras impresiones en estremo curiosas y admirables, que pueden hacernos reflexionar mucho, tanto mas interesantes, cuanto que hablan á nuestro corazon, y todos pueden comprenderlas.

El primer paso es solo el que cuesta, dice un refran francés, y tambien universal, que nos es á todos tan conocido como á un estudiante el verso latino: *Fácilis descensus Averni*, ó el otro refran: «Mas vale pájaro en mano que dos volando.»

Permítaseme, pues, añadir á mi vez á «la sabiduría de las naciones» algunos otros axiomas, asentando que «no olvidamos jamás nuestros primeros pasos, nuestra primera subida, nuestra primera piedra de descanso y nuestra primera caida.»

El tiempo cicatriza muy en breve la herida que recibimos hace algunos años; en vano buscamos la señal, y si acaso existe, hemos olvidado cuándo la recibimos y quién nos la curó. ¿Nuestra primera herida, decimos? Figúrasenos que es de ayer; parécenos ver brillar la espada y sentir el frio del acero, aun cuando nuestra cabeza parezca un copo de nieve, y nuestros amigos y enemigos hayan muerto, no conservando mas conocimientos ni amistades que las de los que eran niños cuando fuimos heridos por primera vez.

Cada uno tiene su humor y su carácter; pero si nos consideramos bajo este aspecto, todos nos parecemos. ¿Qué importa la materia

de que se compone la cámara lúcida del daguerreotipo? Que sea de palo de rosa ó de pino; que el lente sea de cristal de roca ó de vidrio, las primeras impresiones atraviesan con igual fuerza el foco, yendo á fijarse de la misma permanente manera sobre la hoja de plata de la memoria. El duque y el barrendero, la marquesa y la vendedora de manzanas, el estudiante y el anciano, á pesar del borrascoso mar que cubre con sus olas el espacio que media entre ayer y hoy, entre el sol poniente y la rosada aurora, son todos ellos parecidos á las rocas descritas por Coleridge en su fantástico poema *El viejo marino*. Todos llevan consigo

«la indeleble señal de *lo que fueron*.»

La mayor parte de nuestras primeras impresiones se conservan en los mas recónditos asilos de la memoria, si nos es lícito usar aquí esta metáfora familiar. Con frecuencia creemos haber perdido las llaves; pero es verdad que no han hecho mas que estraviarse, y de tiempo en tiempo las encontramos olvidadas en el fondo de algun bolsillo, atadas á un llavero que habiamos abandonado por inútil. ¡Ah! hé aquí la llave del cajoncito donde encerramos nuestro primer billete de amor, cuya tinta límpida y brillante se ha vuelto amarilla, pero cuyos caractéres se conservan tan claros y bien formados como al principio. Hé aquí otra donde encerramos nuestro primer frac, hoy dia tan raido y apoyado, pero que no por eso deja de ser el primero que usamos. En vano hemos quebrado por dos veces y nos hemos declarado insolventes; en vano hace mucho tiempo fue Jack sentenciado á la trasportacion, Ned encerrado en su féretro, y Tom asado y devorado por los salvajes de la Nueva-Zelanda; en vano nos pavoneamos orgullosos en una dorada carroza, y negamos que hemos ido á pie y llenos de lodo; en vano hemos trocado nuestro apellido y tomado un título y escudo de armas; en vano ocultamos con guante blanco nuestra mano encallecida y manchada con los trabajos de la servidumbre; en vano en fin nos alimentamos con sopa de tortuga en vez de callos, y bebemos vino del Rhin en lugar de cerveza, nunca olvidaremos nuestras primeras impresiones, ni se borrará jamás la huella que dejaron nuestros primeros pasos. Arrojad la piedra en el á Leteo tanta profundidad como pudiéreis; el perezoso rio, despues de guardarla algun tiempo en su seno, la volverá á arrojar á vuestros pies mas pulida y reluciente que nunca.

Hay impresiones particulares á los diferentes sexos (el autor de estos apuntes pertenece al menos amable); pero tambien las hay que son comunes á los dos.

Pero no es este sin embargo mi objeto (y os pido mil perdones señoras y señoritas), quiero hablar de mi primer par de pantalones. ¿Quién no recuerda, ni quién puede olvidar esta prenda de nuestro vestido, tan ardientemente deseada, tan estimada, tan temida y tan admirada? ¡Cuán incómoda nos pareció la primera vez! ¡Si no fuera por el orgullo de hombre que nos inspiraba, cómo la hubiéramos relegado al olvido desde el primer dia, y hubiéramos vuelto á tomar nuestra blusa de montañés de Escocia, y con ella recorrido el mundo! Es preciso que confesemos tambien la admiracion que nos produjo al subir sobre una silla y contemplarnos al espejo. ¡Ay! con gran vergüenza nuestra nos vimos sorprendidos por algunas maliciosas primas que nos hicieron llorar con sus sarcasmos y burlas. Pero tambien, ¡con qué inesplicable placer metimos la mano hasta el codo en los bolsillos, en los cuales encontramos una moneda de seis peniques que nos habian puesto allí para que nos procurara el placer y la felicidad! ¡Y cuán amargo fue nuestro dolor, y cuál nuestra humillacion cuando al salir á la calle mas orgullosos con nuestro vestido nuevo que romano con su protexta, nos encontramos frente á frente con algunos pilluelos que nos pusieron en ridículo, comparándonos á unas tenazas de chimenea, y arrojando sus trompos á nuestras piernas! ¡Qué castigo nos impuso el tunantuelo (que probablemente habrá sido ahorcado ó deportado) el cual armado con un clavo nos desgarró el pantalon desde la rodilla abajo, huyendo y riéndose en seguida!... ¡Y cuál fue nuestro terror al volver al maternal regazo, temiendo que nos riñesen nuestros padres.

¡Nuestros primeros pantalones eran de color de tabaco, unidos con botones á la chaqueta, abierta de manera que dejaba ver la pechera de la camisa, tan perfectamente planchada, que nos prestaba el aspecto de un pollo preparado para asarlo. Terrible moda que daba al maestro de escuela vivos deseos de alzar su palo contra nosotros! Cuando uno se hallaba asi vestido y cerca de él, deberia costarle mucho trabajo el contenerse para no alzar las disciplinas, á que son tan aficionados los pedagogos. Confieso á mi vez que me cuesta mucho tambien el contenerme cuando felizmente rara vez veo pasar por mi lado algun niño vestido con el trage que en mi tiempo se llamaba en Inglaterra trage de esqueleto.

Nuestro primer libro con estampas! Nacimos en la época de Jorge IV, y todavia recordamos con placer las caricaturas de aquella época, edad de oro de los elegantes, entre los que se contaba en primera línea nuestro príncipe, lo cual le esponia con frecuencia á figurar entre aquellos repertorios satíricos. Generalmente se les ponia un marco de papel dorado, que ya no existe en las tiendas ni almacenes. Nuestro primer libro de imágenes contenia la historia pintoresca y en verso de un cierto Mr. Ungüento-píldora, que por su nombre debia ser un discípulo de Esculapio. Todavia conser-

vo en la memoria la relacion de un gran convite que dió á sus amigos y que empezaba asi:

Ungüento-píldora un dia
Y su hermana Miss Betzy, etc.

El grabado representaba una porcion de elegantes vistiéndose y acicalándose el corsé, y otros colocando en su cabeza y cuello cuanto podia realzar sus gracias, sufriendo las mayores torturas para no separarse en nada de las exigencias de la moda. Uno de aquellos elegantes se desesperaba en los últimos momentos de tocador, al ver que se le habia soltado un punto de una de sus medias, y esclamaba:

¡Un punto en mi media!
Jesus qué desgracia;
La rabia me asedia;
No podré mi gracia
Lucir en el baile, etc., etc., etc.

Si la memoria no me es infiel, llegaban todos al fin, y pasaban una noche deliciosa. —La primera vez que vine á Lóndres (la cual no fue la menos fuerte de mis primeras impresiones), no hice caso de la Torre, ni de la abadía de Westminster, ni de San Pablo, ni de la columna monumental, y supliqué que se me condujera inmediatamente á casa de Ungüento-píldora.

Casi en la misma época comí la primera ostra. ¡Qué sensacion tan notable! Todavía me parece que la siento deslizarse por mi garganta con su gusto de aceite de resino; y dudo aun si fue verdaderamente la otra la que despareció tan misteriosamente, ó si tengo que comenzar de nuevo á gustar su sabor.

Mi primera ida al teatro! La promesa que se me hizo de llevarme, la esperanza diferida, la condicion de «si no hace buen tiempo iremos al teatro.» ¡Con qué ansiedad consulté yo al levantarme de la cama el cielo, las nubes, el termómetro y el barómetro! Dieron por fin las cinco. Aquel dia me peiné, me lavé y me vestí sin hacerme de rogar. No me quejé ciertamente de que me llenaban los ojos de jabon, sufrí sin murmurar el daño que me hacian el peine y el cepillo. Tampoco tuvieron que decirme «Estaos quedo.» Iba al teatro, y en esto consistia toda mi felicidad. Tomé una taza de té sin parar mientes en si era una infusion de la hoja china ó de heno (lo cual podia ser muy bien); y si en vez de manteca me hubieran puesto en el pan un poco de serrin, no me hubiera apercibido de ello tampoco. Una hora antes de empezar me hallaba yo sentado ya en el salon de mi casa, impaciente, probando mi primer par de guantes blancos, temiendo que se incendiase el teatro, ó que papá no volviese de su oficina, ó que mamá no pudiese acompañarnos por haberse manchado su vestido nuevo, ó que al subir al coche de alquiler estallase alguna tempestad de granizo, piedra, lluvia y truenos, obligándonos á meternos en cama sin ver la comedia. Pero gracias á Dios, nada de todo esto sucedió; fuí al teatro, y era completamente feliz.

El reducido coliseo de una ciudad de provincia fue para mí mucho mayor y mas suntuoso que el de Covent-garden, ó el de Drury-Lane, donde se vanagloriaba de haber asistido algunas veces el niño Thimble, hijo del sastre de mi padre. ¡Ah! y qué magnífico me pareció el palco que se habia tomado al entrar, y sus banquetas, que yo me guardé bien de encontrar estropeadas ni incómodas! Y el magnífico telon verde con un agujero enmedio, al través del cual brillaba de vez en cuando una mirada curiosa! Y los brillantes oficiales de la guarnicion con sus charreteras de oro, sentados en el palco de anfiteatro y cantando en los entreactos la cancion tan popular entonces:

¿Puedes tú, dulce Sofía,
Olvidar á quien te ama?

Crei que cantaban espresamente para divertirme, aun cuando sospeche hoy dia que lo harian impulsados por la frecuencia de los brindis. El patio estaba vacío; ¿por qué? Esto me incomodó. La vendedora de naranjas se hallaba sentada en un rincon, y de muy mal humor. ¿Por qué no participaba de la alegria general? ¿Por qué no escuchaba la pieza con con el mismo placer que yo, aun cuando la tal pieza era lo mas estúpido y necio que se habia compuesto, y ademas muy mal representada? No por eso dejé de admirar á la heroina con vestido azul, que me hizo estremecer cuando se alejó toda despeinada en un acceso de locura, y á Digby, el director, con sus lindas botas de campana. Pues ¿y el gracioso de la compañía? ¿Puede encontrarse otro mas lindo con su peluca rubia? ¡Con qué gracia cantó una cancion sobre una pierna de carnero, al verse encerrado en los calabozos del castillo! ¡Qué música tan agradable la de aquella orquesta! Ciertamente no hubiera tocado mejor si hubiese sido Costa su director, Sivori el primer violin, Richardson el flauta, y Bolessini el bajo. ¿Y los regalos que nos hicieron entre las dos comedias? Unas naranjas, verdaderas manzanas de oro del jardin de las Hespérides; ¡es verdad que estaban pasadas!

Pero ¿á qué vienen esos gritos dirigidos al patio?—«Sentados, sentados, silencio, silencio.»—Y ¿por qué mis padres sonrien al observar aquel tumulto? Lo ignoro, pero yo les imito... Mas tarde no tuve precision de que se me animara á soltar la carcajada cuando en el fin de fiesta se presentó el gracioso, que, intentando escalar una ventana del primer piso, cayó de espaldas con la escalera de cuerda, puesta allí espresamente para hacerle caer. Concluyó por fin el espectáculo.—¡Cómo! ¿tan

pronto?—Sí, en efecto, han bajado el telon. ¡Qué perfume tan pronunciado se percibe de cortezas de naranjas y de aceite de las lámparas! —¿Dónde pára mi schal? pregunta mi madre.—¿Y mi capa? añade mi padre.—Me envuelven cuidadosamente entre pañuelos y ropones para qûe no me resfrie á la vuelta. ¿Podria yo acaso olvidar esta circunstancia final? Era la primera vez que me acostaba tan tarde, y fue preciso me dieran á comer unos emparedados y un vaso de agua caliente con azúcar.

¿Quién al meter la mano en el bolsillo de su chalecho puede decir que ha olvidado el prime reloj que llevó? El mio era una saboneta de plata que tenia grabado en su interior el número 70,310, y el nombre de su autor Snoole de Chichester.

¡Feliz Snoole que ha fabricado tantos relojes! Yo tambien era feliz; y ¿quién no lo es al poseer el que hace el 70,310? No cesaba de contemplarle, de igualarlo con los demás y consultarlo cada cinco minutos; le abria, lo arreglaba, movia á derecha é izquierda sus saetas, hasta que un dia ¡crac! se rompe la cuerda y se pára.—Cuán amables encontraba á todos los que se dirigian á mí preguntándome qué hora era! Por nada de este mundo me hubiera yo metido en cama sin colocar el reloj antes con gran cuidado bajo la almohada.—Mas tarde puse en ella un rizo de mi amada (la primera), como una prenda que no habia de separarse nunca de mí.

¿Qué se ha hecho de aquel reloj? qué del de oro que le reemplazó? ¿Dónde está el de Ginebra montado en rubís y diamantes? ¡Cuántos relojes no he comprado, vendido y cambiado desde aquel tiempo! Pero de ninguno me acuerdo tanto como de mi primera saboneta, de mi reloj de plata de Snoole de Chichester, con el número 70,310.

El primer rizo de una novia me acuerda la primera de las primeras cosas, el primer amor. No creo ni puedo creer sincero y verídico al hombre que me asegura que nunca se ha enamorado, y que no se acuerda de todas las delicias y melancólicas circunstancias que acompañaron aquel grande acto de su vida. No tengais vergüenza pues de confesar que vuestro primer amor os lo inspiró una niña con pantalones bordados, vuestra compañera en los juegos de la infancia (en cuanto á mí puedo asegurar que es la que he amado mas), ó la hija del director de vuestro colegio, ó la doncella encargada en el mismo de la ropa blanca de los alumnos, que os parecia una silfide ó una hada aun cuando pasara de los cuarenta. Despues habeis amado á Fanny, Mina, Luisa, Sara, Marta, Enriqueta, Carlota, etc., etc., ó habreis creido amarlas; pero ¿no es cierto que conservais como yo en el fondo de vuestra alma la imágen de vuestro primer amor?—Por esto entiendo tan solo el primer amor de estudiante impreso en mi memoria, con la inapetencia y el deseo de componerme, costara lo que costara; con los gemidos profundos del pecho, con el cariño á todos los padres, madres, hermanos y primos de la que se ama, y con el deseo ardiente de llegar á cumplir cuanto antes los 21 años.

El primer hijo...—¿Habeis sido padre?—Pues me comprendereis entonces. Me parece ver todavia al médico, al comadron y á la altanera nodriza. Subo y bajo las escaleras con impaciencia nerviosa, y espero intranquilo en el salon á que me avisen. ¡Ah, todavia el ama!... siempre altiva, pero esta vez radiante de alegria.—Aqui está ya el reciennacido, que gesticula y se agita entre sus pañales como un diablillo. Apenas tiene un mes, ¡y cuanta inteligencia demuestra! ¡Qué hermoso es! ¡Cómo lo comprende todo! ¡Es un prodigio, en verdad! Despues ha llegado el segundo, el tercero, ¿qué sé yo? Todos han sido muy lindos y graciosos; pero ninguno tanto como el primero; no ciertamente.

Espero, lector querido, que no habreis conocido nunca la impresion que voy á mencionar; pero, sin embargo, hay muchos hombres que recordarán minuciosamente la primera vez que se embriagaron... Si por casualidad sois de estos, creo que no lo olvidareis, que no podiais distinguir claramente el espacio que mediaba entre dos escalones de una escalera de mano, os parecia que la tierra daba vueltas en vuestro derredor; el piso lo encontrábais blando y creiais marchar sobre nubes, cuando de repente faltándoos el equilibrio disteis con vuestro cuerpo en el duro suelo. Los maldicientes digeron que habiais tratado de escalar un balcon creyendo que era un farol, ó querido tocar la guitarra con una reja. Lo cierto es que recordais perfectamente que todo lo habiais olvidado aquel dia. ¿No es cierto tambien que os despertásteis al dia siguiente sin saber cómo ni cuándo os habiais metido en la cama? ¡Ah, y cuán triste, arrepentido y avergonzado estábais entonces!

Dirigiéndome á lectores de la buena sociedad, debo suponer que ninguno de ellos recuerda la humillacion que sintió el que por primera vez ha hecho una visita á *Mi tio*, ó al primer prestamista sobre efectos que quiere socorrernos. Se me ha asegurado por algunos que se han visto en la dura necesidad de recurrir á tan *querido pariente*, que no pueden olvidar la impresion que les hizo la primera visita que le hicieron; la visible hipocresía con que se miran los objetos puestos al mostrador para su venta como cubiertos de plata, relojes de oro, sortijas, alhajas, vasos de porcelana, biblias de familia, y demas articulos, con sus correspondientes precios, cómodos en estremo. Tambien me han contado la vuelta que dieron para penetrar en aquel santuario por la puerta reservada, y el horror que de ellos se apo-

deró al verse confundidos delante del despacho de *Mi tio* con su zapatero que iba á empeñar un par de cortes de botas. Me aseguraron que estas impresiones no se borran jamás de la memoria.

No quiero hablar de la primera muerte que presenciamos; de la terrible sensacion que esperimentamos al oir los pasos de los sepultureros, la salida del féretro, el silencio glacial y el vacio que nos rodea entonces, ni de la dulce melancolía que vino á reemplazar los primeros trasportes del dolor.

Pero despues de recorrer casi todas las primeras impresiones me olvido de la primera vez que fui considerado como un hombre. ¡Oh circunstancia para siempre memorable! Sucedió esto á los postres de un banquete, al que fuí convidado con mi hermana, que aun cuando no tenia mas que un año mas que yo, se la consideraba ya como muger, mientras que á mí todavía se me trataba como un chico. A los postres, pues, se retiraron las señoras, segun uso y costumbre en Inglaterra. Quedéme con mi anfitrion, que rayaba en los 50, y otro anciano casi de la misma edad. Contemplaba sonriéndome las botellas de vino, creyendo que iban á estrañar el que no hubiese yo seguido á las damas, cuando el dueño de la casa me dirigió las siguientes palabras memorables:

«Sr. Cárlos, dignaos serviros de esa botella y pasarla despues.»

Servíme, y conocí que al pasar la botella habia yo tambien pasado el Rubicon. Llené media copa, no sintiéndome con fuerzas para mas. Deciame para mí, ¿si acaso los convidados gozarán con mi turbacion, preguntándose en sus adentros: ¿Beberá? ¿Perderá el conocimiento? ¿Caerá bajo la mesa? Sin embargo, vacié poco á poco mi vaso, guiñando el ojo izquierdo á la manera de un gran conocedor de vinos, y alzando la copa á la altura del derecho y contra la luz. Desde entonces dos ó tres veces me han tratado con la misma ceremonia. He asistido á opulentos banquetes, y he ocupado tambien en ellos el asiento principal; pero nunca se me ha dicho en el mismo tono que la vez primera:

«Señor Cárlos, dignaos serviros de esa botella y pasarla despues.»—Cárlos Dickens.

L. E.

JOSEFINA, Ó LA PREDICCION.



¡Oh! esta es una historia verdaderamente singular, tanto que si yo no la hubiese sabido por uno que la oyó referir á la misma Josefina, no le daría crédito. Voy pues á decirosla tal como me ha sido trasmitida, sin cambiar ni añadir nada. He aquí la historia.

Transcurrieron los primeros años de Josefina en la Martinica; años de júbilo y de felicidad, exentos de las zozobras de la grandeza y de sus continuos reveses; no podia la Emperatriz dirigirles una mirada, sin sentir humedecidos de lágrimas sus ojos, y los echaba de menos aun en el tiempo de su prosperidad, antes que el plomo de un intenso dolor la oprimiera el alma con su enorme peso. Oh! cuanto hubiera deseado, cuando esposa ultrajada y descendida del trono, veia desvanecerse toda su felicidad, no haber dejado nunca su fresca y linda morada de la Martinica! Pasaban y se sucedian delante de ella los recuerdos de su alegre infancia! Recuerdos que se presentaban á su vista rodeados de bellas y risueñas imágenes y que solo servian para hacerle medir la inmensidad de su infortunio! Oh! cuanto envidiaba su juventud y sus fiestas, sus padres y su pais. Cuanto echaba menos su bahía de S. Pedro, el mar y sus orillas, el lugar do naciera, en fin la Martinica!

La Martinica con sus montañas tan antiguas como el mundo, que ya se elevan al es-

pacio en inmensas pirámides de formas desiguales y gigantescas, ya esbeltas y graciosas, frágiles y ligeras, se adornan con ricos mantos de flores y se coronan á envidia de las selvas, de naranjos, ananas, granados y adelfas, en tanto que en la llanura el *mangue* y el plátano esparcen su balsámico olor.

La Martinica con sus valles verdes y azulados que emanan una atmósfera embalsamada; con sus naranjos cubiertos á la vez de fruto y flor, y cuyas ramas deshojadas nunca se han visto emblanquecidas por la escarcha.

Alli era pues, no lejos de la orilla del mar, donde vivia Mad. Tascher feliz y contenta, sin ambicion, sin deseos, buena y franca, pero indolente como todas las criollas, cuando aconteció la aventura que vamos á describir.

Era la hora en que el sol velándose con una densa cortina de nubes, se dirigia hácia el otro emisferio, y despareciendo tras las elevadas montañas de S. Pedro, dejaba adivinar su presencia en esta parte del mundo por una estensa ráfaga de fuego dibujada en una cinta de carmin, con matices de azul, rosa y azafran sobre un fondo claro. Convertianse sus últimos rayos en una luz suave y blanquecina, que se filtraba á traves de las flecsibles lianas, haciendo suceder al fuego abrasador del astro del dia, el crepúsculo tan dulce al final de uno hermoso. Cada montaña proyectaba al norte su gigantesca sombra, que toma al mediodia el color pálido y suave de un ópalo sin brillo, y solo se oia resonar en lontananza la voz dulce y armoniosa de los ecos, cuyos quiméricos ruidos rechazados por los abismos, chocan, crecen y solo llegan á nuestros oidos en fragmentos; no siendo mas que rumores fugitivos, voces traidas por los vientos y casi estinguidas por la distancia, pero cuya solemne repercusion vibra en el interior de nuestras almas.

Este era el instante que escogia de ordinario Josefina para dar su paseo de tarde; fiel á su costumbre, sale y se dirige, con algunas compañeras suyas, al sitio en que descansando de las muchas fatigas del dia, se reune la poblacion esclava de la Martinica, para ejecutar el baile de la tarde: baile que para ella tiene muchos encantos, y que al ver tantos negros y negras agitarse cadenciosamente al son monotono del tamboril, se diria que han olvidado el recuerdo de sus trabajos y el de la pérdida de su libertad. Y era verdaderamente curioso ver todos estos grupos estrepitosos y animados, cuya larga cadena abrazaba todo el espacio hasta el mar, que en esta hermosa tarde estaba toda erizada de mástiles, con pabellones y banderolas que se balanceaban muellemente en el aire. Josefina tambien estaba allí contemplando aquella admirable escena, respirando el perfume del azahar y de los *lucioles* odoriferos, y embriagándose en la brisa embalsamada que impelia el viento fresco de la tarde.

Mezclada á esta muchedumbre aturdida que estrechándose en las olas ondulantes, se agitaba en un movimiento perpetuo, ¡Josefina tambien se dejaba llevar, con todo el abandono de un alma sencilla y pura, de la alegria del espectáculo, cuando de repente á la algazara de las voces, al estrépito de las risas, á los gritos confusos, al ruido de los bailarines y al sonido cadencioso del tamboril, sucedió el mas profundo silencio.

Todo enmudece, todo se detiene, y despues solo un grito se eleva: *La hechicera!* Y al rededor de una pequeña anciana que se adelanta, agitando su arrugada faz, todos cuantos estan presentes y los que hay esparcidos por el campo corren y se estrechan con temor, porque los negros son supersticiosos; y todos interrogan á la anciana á porfia para que les descubra los arcanos del destino y les prediga lo que deberá sucederles de *próspero ó de adverso*. Pobres desgraciados! Cada palabra que se desprende de su boca la recogen como una palabra santa, como un oráculo cuyo cumplimiento es seguro. Amarga decepcion ¡oh! sin embargo, dejadle su credulidad, su creencia, su error, al que ha recibido de la sibila la seguridad de un porvenir dichoso! No borreis de su rostro el gozo que brilla sobre su frente! Dejadle sus ensueños dorados, sus lisonjeras esperanzas; que al menos hoy se aduerma mecido por doradas nubes; dejadle sus ilusiones, sus dulces ilusiones, que le hacen ver como una radiante nube el cielo de su pais, su sol de oro, las playas de su patria, su madre á quien infames raptores lo han arrebatado para venderlo como una bestia de carga; que al menos soñando sea libre ¡oh! no lo desengañeis. Que su noche sea feliz! ¡el siguiente dia será tan triste cuando con todo su peso vuelva á ver la fria realidad!..... Por que no conozco suerte mas horrorosa que la de los hombres de color, en las colonias donde aun no se ha abolido la esclavitud. Allí el hombre bajo el poder inmediato del hombre es su presa, su utilidad, todo. Puede comprarlo, venderlo, pegarle, azotarlo, hacerle sufrir toda clase de tormentos, con tal *que no lo mate*. En una palabra, el esclavo negro está bajo el dominio de su amo, como vuestro perro está bajo vuestro poder; poder impio y bárbaro, proscripto por la religion y la moral, que hace que contra todas las leyes naturales y divinas, una parte de la humanidad sea por un tráfico infame rebajada hasta el bruto, envilecida, degradada, ligada como un ser no dotado de razon al terrojo (*) condenada á la ignominia, á la desgracia.

Pero despues de todas estas penosas reflec-

(*) Gléve, terrojo, terrazgo: el suelo del campo, ó de la tierra de labor. Diccionario de Nuñez Taboada.

ciones solo nos ocuparemos de Josefina. Allí estaba pues, como os decia, admirándose con sus compañeras de un silencio tan repentino, y procurando descubrir lo que lo ocasionaba de un modo tan veloz cuanto estraordinario. Pronto lo distinguió. Entonces simple espectadora, se contenta con echar desde lejos una mirada indiferente aunque un tanto irónica sobre la adivina; por el pronto se escita su curiosidad y quiere tambien hacerse decir la *buena ventura*.

Haced sitio á Josefina y á sus alegres amigas! Cejad al instante para dejar pasar á la jóven criolla á quien todos adoran (es tan buena..!) los negros abren sus filas y dejan avanzar á la jóven que quiere tambien leer en el porvenir.

Vedla frente á frente de la agorera. Pero de qué proviene que á su vista se turba esta? Por qué se trastornan con violencia sus repugnantes facciones? De qué proviene esa especie de temblor convulsivo que la agita? Ha querido Dios por esta vez que ese arte engañoso y faláz sea una ciencia de verdad? Cuando la sociedad violentamente agitada iba á pasar por los terribles cataclismos de noventa y tres, ¿queria designar con anticipacion la que habia escogido para enjugar el llanto de la Francia? Lo ignoro, pero estamos tentados á creerlo asi.

Entretanto la hechicera quiere retirarse, pero la curiosidad de Josefina se aumenta en proporcion de los obstáculos que encuentra. Insta, obliga, se esfuerza en picar el amor propio de la decrépita sibila, burlándose del silencio que se obstina en guardar, y que atribuye á su ignorancia en el arte de augurar el porvenir. En el interin, inmovil y como sumergida en profunda contemplacion fija la anciana una mirada en Josefina, con una atencion que nada es capáz de distraer, cuando de repente y como cediendo á las instancias de la jóven, esclama con una voz apagada y febril:

Oh! qué mezcla se encuentra en vos de prosperidades y desgracias; no me pregunteis mas pues he dicho demasiado!

Demasiado? repuso Josefina riéndose estrepitosamente, nada se deduce del sentido dudoso de tus palabras. Buena muger, tú sabes asegurarte bien para no comprometer tu ciencia, pero habla con mas claridad si quieres que demos algun crédito á tus predicciones.

—Pues bien! si, todo lo sabreis, todo, respondió la vieja; pero acordaos que sois vos quien me obliga á ello. Niña, escucha: *Un dia serás Reyna de Francia, y morirás es un motin.*

A estas palabras, hiende la anciana la multitud absorta, desaparece, y deja á Josefina admirada de su futuro esplendor, soñando honores y tronos, dirigiendo ya sus ambiciosos pensamientos hácia el fausto de la diadema, pero olvidando sus reveses. Ya sobre sus espaldas de niña siente pesar la púrpura imperial. *Reyna de Francia!* este nombre lisonjea agradablemente el oido y el corazon.

Y sin embargo, ¡cuanto mas feliz hubiera sido si nunca se hubiese visto rodeada del séquito imperial! Bajo un cielo pues, en el seno de los placeres tranquilos, hubiera gozado dias de paz imperturbable; viviendo sin deseos hubiera muerto sin pesares. Pobre Josefina! que vió desplomarse un dia todo el edificio de su felicidad! y esparcirse en el viento del infortunio todas las ilusiones de su alma!!!.....

R. T. J.

GINEBRA Y SU LAGO.

Es Ginebra una ciudad cuya descripcion podria ocupar ella sola un voluminoso tomo. Lo mas precioso que contiene no consiste en monumentos, ni en ruinas de edificios de los pasados siglos, ni en obras maestras del arte, pues es Ginebra considerada bajo este aspecto menos interesante que otras varias ciudades de último órden; sino su vida íntima, su organizacion industrial y civil, y el carácter particular que le comunican su situacion y el papel que ha representado. ¡Cuántos viajeros partiendo sin mas objeto que ir á admirar las obras de la clásica Italia, se han visto detenidos en Ginebra por el placer de examinar esta ciudad, no obstante que solo quisieron antes verla como de paso! En vano buscariamos en Francia ni en otras naciones una ciudad análoga á la patria de Calvino; pues Ginebra ni presenta la opulencia y esmerado lujo de las capitales de moda, ni las apariencias de pobreza y mezquindad de las ciudades de provincia. En esa poblacion, á lo mas compuesta de 26,000 almas, hállase cierta delicada civilizacion y dignidad moral, una especie de recto juicio y costumbres literarias, una actividad industriosa y facilidad de trato, y en fin, cierta solidez y formalidad, que interesan y encantan á la mayor parte de los viajeros.

Igualmente hallamos en Ginebra en todos tiempos varios personajes que han representado un importante papel en la escena política, grandes damas fastidiadas, varones ilustres que cayeron de su puesto, ministros derribados por la veleidosa fortuna, y célebres literatos estrangeros: aristocracia que no siempre echa de menos en las humildes habitaciones de las posadas ginebrinas los grandes palacios de Francia ó Inglaterra, ni la vida bulliciosa y agitada de las grandes capitales. Siendo esta ciudad el centro de la industria, del comercio, de las ciencias y literatura, está libre de los inconvenientes de otras ciudades de inferior categoría; ni la estúpida altaneria de los provinciales nobles de ínfima clase de Francia; ni el aire de importancia no menos necio é importuno de muchos propietarios, ni la burlesca vanidad de muchas autoridades francesas asi militares, como judiciales y financieras, &c. &c.; nada de esto segun dice un viajero podria hallar cabida en un estado como el de Ginebra en que el principal gefe no tiene cien luises de lista civil.

Ginebra está situada en la estremidad SO. del lago de su nombre á la salida del Ródano, algo mas arriba de la confluencia de este rio con el Arve. Cércanla fortificaciones bastante considerables, particularmente por el lado de los estados sardos, pero la dominan algunas alturas; por el lado del puerto está cerrada con estacas ligadas con fuertes cadenas. El Ródano la divide en tres partes; la *Cité* ó ciudad alta, la isla, y el cuartel San Gervais; la Cité es la parte mas grande, y está situada en la márgen izquierda del rio, parte sobre una colina que se eleva 29 metros sobre el nivel del lago, y parte en la llanura; San Gervais, tambien en la márgen izquierda del Ródano, está situada sobre una colina; finalmente, la isla formada por dos brazos del rio, se halla entre la Cité y San Gervais, y estos varios cuarteles se comunican entre sí por medio de cuatro hermosos puentes. En los muros hay un puente colgante, y otro semejante á éste atraviesa el Ródano mas abajo de la ciudad cerca de Chatel. Las calles de Ginebra son aseadas y anchas pero mal distribuidas, y las bajas están espuestas á inundaciones en las grandes crecidas de las aguas del lago, por cuya razon las casas son bastante elevadas.

Admirable golpe de vista ofrece la Cité, cuyos edificios son elegantes y hermosos. Cuéntanse en esta ciudad tres templos calvinistas, y

una Catedral, arquitectura gótica dedicada á S. Pedro; fórmala un edificio vasto é irregular, construido el siglo pasado; su portada es de estilo griego, y ocupa la parte mas elevada de la ciudad; aquí celebra sus sesiones el consejo de los representantes. Hay tambien en Ginebra dos templos luteranos, una iglesia católica, una sinagoga, una hermosa casa consistorial, un astillero, cuarteles, una academia reformada, varias escuelas de primera educacion, tres de enseñanza mutua, y muchos otros establecimientos científicos y literarios, debiéndose citar entre otros la biblioteca que contiene 50,000 volúmenes y mas de 200 manuscritos.



CHATEL.

Los paseos públicos son deliciosos, debiendo citarse entre ellos el de la Treille, los baluartes y la plaza de S. Antonio, desde donde se descubre el Monte-Blanco y una gran parte del lago. La ciudad está muy bien alumbrada; carece de fuentes, pero en 1691 se estableció en la isla una máquina hidráulica que sube el agua hasta 100 pies, y surte toda la ciudad por medio de dos depósitos, el uno en la Cité y el otro en San Gervais.

La gran industria de los habitantes de Ginebra consiste en estensas fábricas de tejidos de lana y de seda, indianas, muselinas, chales, paños, sombreros, porcelana, instrumentos matemáticos y quirúrgicos, pedreria, plateria y otras artes; pero lo que le ha dado mas celebridad son sus fábricas de relogeria, en las cuales se emplean de 7 á 8000 operarios: dícese que el primer reloj lo llevó á Ginebra un frances en el año 1587.

Los naturales de esta ciudad tienen mucha instruccion, y son por lo general amantes de las artes y del comercio. Cuidan con particular esmero de la educacion de las mugeres.

Algunos escritores han hallado en las mugeres de Ginebra cierto estudio y afectacion en el lenguage agenos del buen gusto; pero la mayor parte de los modernos viajeros las han visto bajo mejor aspecto, y aseguran que en general la conversacion de las damas ginebrinas es fácil, elegante, y su trato complaciente y atractivo.

El pueblo de Ginebra es muy aficionado á

la lectura, y aunque no abundan allí los hermosos libros modernos, no obstante la biblioteca pública contiene como ya hemos dicho, muchas obras célebres y en estremo útiles que van pasando de mano en mano entre todos los habitantes de la ciudad. En efecto, cualquier ciudadano de Ginebra tiene derecho á pedir prestado libros, siendo por consiguiente preciso un enorme registro para anotar los nombres de los que los piden, pues se suceden además con la mayor rapidez; y es lo mas particular que no hay ejemplo de que en esta continua circulacion de libros se haya extraviado ninguno. Es muy curioso de ver la multitud de personas que el dia destinado de la semana van á cambiar por otras las obras leidas, y á aclarar sus dudas y aconsejarse con el complaciente bibliotecario.

En los talleres de relojería eligen para leer en las veladas el mejor lector ó lectora entre los simples trabajadores, y los restantes cuidan de hacer el trabajo que corresponde durante la lectura. Vemos, pues, que en Ginebra es en extremo popular la aficion al saber y á la ocupacion del entendimiento, muchísimo mas que en Francia á pesar de sus medios de publicidad y continua agitacion literaria. «Acuérdome, dice un viajero francés, que habiéndome por fortuna encontrado allí con Mr. de Chateaubriand, despues de haber dado algunas vueltas tuvo á bien acompañarme otra vez á la posada. Al bajar del coche compareció la posadera, y admiróme verla parada delante del coche, cuando por lo regular iba siempre afanosa y atareada, y mucho mas me sorprendió cuando vino á preguntarme si el caballero que quedaba en el coche era Mr. de Chateaubriand. Viendo ella mi sorpresa me dijo: Señor, quién no conoce aquí á Chateaubriand. Cuando referí este lance á un ginebrino muy enterado de las costumbres de su pais, lejos de admirarse, me dijo, que si se hubiese sabido que pasaba á aquella hora el autor de los *Mártires* toda la calle hubiera estado llena de curiosos.

Entre los manuscritos franceses que hay en la biblioteca, existe un resto de sermones de Calvino, de los que hubo antes cuarenta y cuatro tomos. Este número no admirará á los que sepan que Calvino empleó en la predicacion la mitad de su vida. Dichos volúmenes fueron la mayor parte vendidos en clase de papel y á tanto la libra por un bibliotecario extraño enteramente á las cualidades que requiere tal destino, y solo por una tan rara como feliz casualidad pudieron hallarse unos diez tomos. La venta á peso de los manuscritos de Calvino á un especiero, en la misma patria de ese célebre reformista y en un siglo que hace alarde de algo literario y civilizado, es un rasgo que apenas creerán nuestros nietos.

A propósito de manuscritos, recordaremos á los viajeros que hayan pasado por Ginebra una famosa carta autógrafa de Napoleon Bonaparte que un librero hombre de instruccion, expuso en su tienda, cuya carta presenta varias faltas ortográficas, que sin embargo en nada perjudican á la fama del Emperador de los franceses.

Durante el imperio de Napoleon, no le fue nada favorable la opinion del pueblo ginebrino, y por su lado aquel le tenia muy poca simpatía por creerlo del partido inglés. No obstante, por efecto de algunas ventajas mercantiles y de los recuerdos de una buena administracion, ha cambiado la opinion de los ciudadanos de Ginebra sobre este punto, y en el dia no hay rincon en la ciudad que no tenga retratos y apoteosis del Emperador. El mismo cambio ha tenido lugar tambien en muchos pueblos del mediodía de Francia, antes muy enemigos de Bonaparte.

Al particular atractivo que hallamos en la esmerada instruccion de los ginebrinos, añádense los encantos de la situacion de la ciudad, y para los que gustan de ello, todos los goces del lujo.

Hay en la ciudad, entre otras curiosidades, una estátua de bronce que últimamente se ha dedicado á J. J. Rousseau, y que es obra de Mr. Pradier, la cual han colocado en la isla que lleva el nombre del célebre filósofo.

Todavia enseñan á los viajeros que van á ver esta isla el sitio en que fue quemada por mano del verdugo la obra que publicó Rousseau sobre la educacion con el título de *Emilio;* dicho sitio está delante de la casa de la ciudad y al pie de la tribuna en que se leen las sentencias á los que condena la justicia. Algunos curiosos viajeros piden que se les enseñe la casa en que vivió el filósofo de Ginebra, pero hace algunos años que fue demolida, y en su mismo sitio se edificó otra casa de sillería. Por otra parte, en la que hubo anteriormente solo vivió Rousseau algun tiempo en su infancia, habiendo nacido en casa de una amiga de su madre que ésta habia ido á visitar. Nada añadirémos relativamente al célebre escritor ginebrino, pues no es este el lugar propio para extendernos sobre su vida que casi todos conocen.

Abundan en Ginebra las familias acaudaladas, y cuando llega la primavera todas ellas se esparcen por los campos y van á poblar las quintas de los alrededores, parecidas á las que llaman *Villa* en Italia y Lombardía, y que tienen como estas pórticos de órden corintio, columnas clásicas y pabellones con ornatos de estilo griego; pero al lado de estas partes de una arquitectura pesada á veces, se ven diferentes habitaciones campestres que llevan todo el carácter suizo y son mucho mas halagüeñas á la vista. No tratarémos de hacer una pintura del sorprendente y delicioso aspecto que ofrecen tantas casas de campo como ocupan las orillas del magnífico lago de Ginebra, pues esto

seria imposible por falta de espresiones. Sin embargo, dedicaremos á él algunas líneas, para que nuestros lectores puedan formarse una ligera idea.

Este lago tiene la forma de una media luna con las puntas inclinadas hácia el sur. Baña los cantones suizos de Ginebra, Vaud y el Vales, y la provincia sarda de Chablais. A mas del Ródano que entra en él por su estremidad oriental y sale por la opuesta, recibe este lago unas cuarenta corrientes, cuya mayor parte proceden de los barrancos de las montañas. Los pueblos mas considerables situados en sus orillas, son: en Suiza, Ginebra de que toma el nombre, Nyon, Rolle, Morges, Cully, Vevay y Villeneuve; en Saboya, Thonon y Evian. Las orillas de este lago especialmente hácia el norte presentan un aspecto muy pintoresco, y son accesibles casi en todas partes; amenizándolas un vivo verdor, un cultivo esmerado, é infinidad de elegantes quintas, cuyas lindas fachadas se reflejan en el cristal de las aguas.

La orilla meridional presenta sitios agrestes, como las rocas de Meillerie, mas arriba de las cuales se levanta magestuosamente la mole de los Alpes. Las aguas son muy azuladas y puras. Nótase en él, particularmente por la parte de Ginebra, un fenómeno llamado *Seiches*, el cual consiste en repentinas crecidas y bajas de las aguas que alguna veces lo desnivelan mas de 4 $^{1}/_{2}$ pies, y cuyo efecto se atribuye á la variacion de la presion atmosférica. Se esperimentan en este lago terribles tempestades, y huracanes violentos y peligrosos. Los vientos del S. y del NE. llamado *cierzo* y vandaise, son muy funestos para las embarcaciones de menor porte. Navegan en sus aguas grandes barcos con velas latinas, y algunos buquesitos de vapor. Los romanos conocian este lago con el nombre de *lacus Lemanus*, y los franceses le llaman el lago Leman.



LAGO DE GINEBRA.

Concluiremos este artículo haciendo un ligero resúmen de la historia de Ginebra.

Su orígen se pierde en la noche de los tiempos, y no hay autor que fije de un modo cierto la época primera de la historia de aquella ciudad: no obstante, existen pruebas auténticas de haber pertenecido á los romanos 122 años antes de la era cristiana, y antes de la sumision de los allobroges la consideraron como una de las principales de la conquista romana. En aquel tiempo se componia de la parte de la ciudad que está situada á la orilla izquierda del Ródano, y segun dicen, Julio César mandó reunirla á la islita que forman los dos brazos del rio, donde mandó edificar una torre cuadrada, que todavia existe casi entera, á fin de defender á Ginebra por el lado de Helvecia, y proteger las fortificaciones que levantó á lo largo del Ródano. El mismo César nos dá la noticia de haber sido el autor de

todas esas obras. «A lacu Lemano ad montem Juram murum in altitudinem pedum sexdecim fossamque perduxit.» *(Comm. de Bello Gall.*, lib 1.°) Finalmente los romanos fueron quienes hicieron de Ginebra una de las ciudades mas importantes de la Galia Narbonense. En tiempos posteriores hubo de sufrir muchísimo á causa de la invasion de las hordas bárbaras que sembraron la desolacion y el estrago en el Occidente; pero encontró un protector celoso en Carlomagno, que la reunió al reino de Arlés, con que formó parte del efímero reino de Borgoña, siendo en seguida anexada al imperio de Alemania.

Bajo el mando de Emperadores débiles, únicamente sostenidos por una nobleza sometida á las leyes de la Iglesia, fue muy fácil al clero alcanzar bastante influjo para repartirse los derechos de la soberanía, y despues de una série de conmociones, conspiraciones y arterías intestinas, Ginebra y su territorio quedó todo sujeto á la jurisdiccion espiritual y temporal de los Obispos. Mas nunca pudieron gozar en paz de su autoridad; los habitantes, á quienes daban el nombre de vasallos, intentaron hacer prevalecer antiguos privilegios ya extinguidos, y los condes de Saboya, impulsados por un espíritu de dominacion, disputaron mas de una vez á los Obispos sus derechos sobre el territorio, lo que fue orígen de interminables querellas, de cuyas resultas estos perdieron su influencia: hasta que el último de ellos sucumbiendo bajo el peso de graves dificultades y además alarmado por el poder siempre creciente de los reformistas que tomaron el nombre de hugonotes, huyó á Annecy en 1558, donde se estableció la silla episcopal y permaneció hasta 1792 que los franceses se hicieron dueños de la Saboya. De la época en que huyó de Ginebra dicho Obispo data el orígen de la república, cuyas bases llevan el carácter de una democracia absoluta. Dos consejos elegidos por el pueblo tomaron las riendas del gobierno, y en 25 de Abril de 1535 el consejo de los Doscientos adoptó la religion reformada, cuyas doctrinas fueron posteriormente arregladas por Calvino. Los naturales, por efecto de esta mudanza de religion y de gobierno, disfrutaron una tranquilidad aparente que interrumpieron los duques de Saboya, y hubieran acabado por hacerse dueños de la ciudad á no haberla socorrido los cantones suizos. No obstante tan oportuno auxilio, la libertad y nueva religion de Ginebra corrieron grandes riesgos, y hasta 1754, bajo el reinado de Emanuel III de Cerdeña, no fue solemnemente reconocida la independencia de esta república. En 1768, el gobierno de Ginebra recibió una nueva organizacion muy ventajosa para el pueblo: este nuevo orden de cosas produjo varias agitaciones que pusieron en peligro el estado político de Ginebra. Tres potencias, á saber la Francia, la Cerdeña y la Suiza, intervinieron en los asuntos de aquel pueblo y cambiaron su Constitucion, haciendo aceptar á los consejos en 4 de Noviembre de 1782 un nuevo código fundado sobre principios aristocráticos.

Este sistema de gobierno, á pesar de las continuas muestras de descontento que daba el pueblo, duró hasta 1789, en cuya época estalló una nueva revolucion: abolióse lo que la esperiencia habia demostrado ser incompatible con la libertad republicana en el edicto de 1782, y se conservó lo que pareció convenir á los principios, espíritu y orígen de la Constitucion. Esta pacificacion doméstica debia hacer esperar el goce de largos años de sosiego á la república; pero la revolucion de Francia llevó tambien allá sus estragos, y el gobierno frances de aquel tiempo reunió Ginebra á la Francia en 1798. Por último, á la vuelta de los Borbones, recobró Ginebra sus derechos y su sistema republicano.

A. U.

LA LLAVE DE LA CALLE,

O LONDRES POR LA NOCHE.

Se afirma y se cree comunmente, que todas las mañanas se dispiertan 70,000 individuos en Lóndres, sin saber dónde reposarán su cabeza á la noche siguiente. Aunque este número parezca exagerado y fuera de realidad, es incontestable que millares de personas se encuentran en la mas penosa incertidumbre con respecto á su descanso cotidiano, y que la mayor parte resuelven el problema de la manera menos satisfactoria para sí mismos, no acostándose.

Los individuos que pasan la noche sobre sus piernas ó duermen al raso, pueden dividirse en dos clases: 1.ª los redactores de periódicos, los panaderos y todos los que el trabajo ó su profesion los retienen fuera del lecho; 2.ª las señoras y caballeros que no se acuestan por la razon sencilla de que no tienen cama. Pudiera formarse una tercera clase de los aficionados, artistas ó escritores, que quieren estudiar los actores de las escenas de noche, tomando parte en ellas.

Se dice de burla que los miembros de la segunda clase, la mas numerosa de las tres, «poseen la llave de la calle,» poco deseada, que os abre una multitud de casillas misteriosas, que ganareis mucho en no conocer en su fondo; verdadero «Sesamo, ábrete,» que conduce á cavernas que jamas habreis visto, y que seguramente no volvereis á ver, triste clave de una ciencia que, si no hace al hombre mas sábio, lo vuelve seguramente mas grave.

Seguidme, voluptuosos poseedores de un lecho de cuatro columnas guarnecido de espesas colgaduras; salid de entre vuestras blancas sábanas de tela fina. Seguidme, vosotros que os echais en mullidos colchones y reposais la cabeza en la confortable almohada del ciudadano bien acomodado. Seguidme tambien, obreros, artesanos, labradores, que dormis tranquilos en vuestro reducido lecho, á pesar de la dureza del gergon y la lana grosera de la cubierta; dejad vuestro lecho bueno ó malo, y venid á ver cómo lo pasan los que no tienen ninguno. Estudiad conmigo las venas y las artérias de ese gran gigante dormido. Mirad como con «la llave de la calle» abro ese gran cofre de piedra, y saco un libro de enormes páginas titulado: «Lóndres de noche.»

No tengo nido esta noche. ¿Por qué? Eso no importa.

Acaso habré perdido mi casa por todas partes; ó no la habré tenido nunca, no querré ir á despertar á mi huéspeda despues de media noche. Acaso será un capricho. El hecho es que no tengo nido para esta noche, y que á escepcion de nueve peniques, á saber, una pieza de seis, en plata, y otros tres en cobre, mis bolsillos están vacios; héme aquí pues, condenado á vagar por las calles toda la noche, pues no se puede, si es que no lo sabeis, obtener nada que parezca á cama por menos de un shelling. Posadas donde, reducido por la estrechez del local, he suplicado humildemente que me admitan, han despreciado mis nueve peniques con amarga ironia. Quieren diez y ocho, suma fabulosa. Hasta se atreven á pedirme dos shelines. Es, pues, evidente que no hay cama para mí.

Es media noche. Asi lo anuncia la campana sonora de San Dunstan, en tanto que, haciendo alto en Temple Bar, reflexiono sobre mi posicion de hombre sin asilo. He andado mucho durante el dia, y esperimento en los pies una desagradable sensacion, como si mis bo-

tas tuviesen por plantas ladrillos acabados de sacar del horno. Tengo sed tambien, pues estamos en Julio y hace un calor insoportable.

En el momento en que suena en San Dunstan la última campanada, me bebo un medio cuartillo de cerveza, y la novena parte de mis peniques se marcha para no volver jamás. La cervecería, ó mas bien la taberna de cerveza donde acabo de beber, se cierra temprano. El huésped, mientras me sirve, da órden al mozo de ir cerrando las puertas, porque desea acostarse. Un sastre barbudo, gran aficionado á cerveza, se echa el último vaso y dice que va á hacer lo mismo. ¡Tres veces feliz el hombre que iba á acostarse!

¡Cuanto lo envidio, á medida que se aleja! Sin embargo, sabe Dios si su cuarto será una mazmorra, su lecho una tarima á manera de tumba, su cubierta una manta mugrienta, comprada en la mas sucia prenderia. Envidio aun á sus hijos, pues estoy seguro que tiene una camada de hijos gordos, y con gran apetito. Los envidio; saben al menos dónde duermen; pero yo no lo sé. Observo con una especie de curiosidad perezosa la larga operacion de cerrar la taberna. En seguida dirijo mis pasos hácia West-End, y luego que llego á la esquina de la calle de Wellington, me detengo para contemplar una estacion de coches de alquiler.

Tortúrate, pobre cerebro, esfuérzate, génio de invencion, y todo esto en vano para el miserable descubrimiento de seis pies de colchon y una cubierta.

¡Que no tuviese la esquisita impudencia, la fria audacia de mi amigo Bolt! No estaria cinco minutos sin encontrar un lecho. Bolt, en verdad, no tendria el menor escrúpulo en entrar en la fonda mas elegante de Albemarle Street ó de Jermin Street, pedir una cena, un cuarto y un sacabotas, y hacer mullir el lecho, confiando en la Providencia y en su feliz seguridad de caer en cuatro pies, como un gato, para salir bien por la mañana. Me seria tan difícil imitar á Bolt, como bailar en la cuerda tirante.

¿Y Spunge, que acepta con tanta altivez cualquier socorro que le dais, y os toma una media corona con tono amenazador? Estoy seguro de que Spunge haria una irrupcion en casa de un amigo, y si no lo obligaba á abandanarle la cama, tomaria al menos posesion de su sofá y de su capa, para pasar la noche; luego al dia siguiente, pediria imperiosamente el desayuno. ¡Si yo fuese Spunge!

¿Y que haré? Ya son las doce y cuarto. ¿Cómo he de mantenerme en pie hasta mañana á medio dia? Suponiendo que ande tres millas por hora, ¿estoy condenado á andar treinta y cinco millas por estas terribles calles de Lóndres? He oido hablar de esas sombrias arcadas de los *Adelphi*, donde dicen que los vagabundos duermen tendidos cuan largos son; pero he leido en los *Pasatiempos del Hogar* que ló inspectores de policía ordenan á los agentes que visiten estos parages y saquen á los vagabundos de estos refugios. Quedan todavia los primeros arcos del puente de Waterloo, los que están en seco, y los arcos de los caminos de hierro; pero renuncio á la idea de buscar en ellos un asilo. Naturalmente tímido, no puedo dejar de pensar en los rateros, aunque no tengo mucho que me quiten ¡Dios lo sabe!

Tambien he oido hablar de posadas de noche, y de cuartos á dos peniques. Estoy dispuesto á aprovecharme de ellas, pues me hallo horriblemente fatigado y no puedo sufrir ya las plantas de los pies; pero no sé dónde encontrar esas casas, y no me atrevo á preguntar dónde están.

Quisiera, sin embargo, adquirir el derecho de tenderme en alguna parte. ¿Creerá ese cochero que se rebaja su dignidad aceptando una botella de cerveza y dejándome descansar en su vehículo hasta que tenga quien lo alquile? Algunos de estos carruages permanecen parados toda la noche, y yo me acomodaria grandemente en ese número 2022. Pero no puedo hacer que forme de mí una opinion favorable ese cochero, que blasfema y riñe con el hombre encargado de llevar los caballos al agua. Ni él ni su camarada son gente á quien se atreva uno á pedir un favor.

Hoy es dia de ópera, por lo que le oigo decir á un agente de policía que pasa. Asistir á la partida de los carruages es ciertamente una manera de matar el tiempo, y con un rayo de esperanza me encamino hácia el teatro de Covent Garden.

Héme aquí ya metido en lo mas compacto de la multitud.

¡Que confusion, qué apretones, qué ruido! Los caballos piafan, los agentes de policía multiplican sus exhortaciones á los cocheros.

Ya es la carroza de milady la que obstruye el paso, ya es Mr. Smith el corredor, llevando á una dama de cada brazo, que se pierde en medio de un caos de carruages, y llama en vano á su alquilon. Los episodios no faltan, episodios mas ó menos ridículos. Un agente persigue á un ratero por entre los caballos y hasta debajo de las ruedas de los carruages. Una vieja soltera que se ve separada de su sociedad en el tumulto, y que ha perdido uno de sus zapatos en el lodo, se agita convulsivamente, como un pájaro en la agonia. Todo queda concluido al poco tiempo. Los carruages desaparecen. Las notabilidades de la City, los grandes señores de Lombard Street, los emperadores de Cornhill suben á sus espléndidas carrozas, adornadas con grandes escudos de armas por delante, por detrás y por los costados. Los duques y los marqueses, las gentes de tono, se eclipsan en *broughams* de ruedas bajas ó *clarences* enanos.

La individualidad mas elevada del pais se aleja en un sencillo carruaje con dos criados con librea negra. «Se diria mas bien que era la librea de un médico, que de una reina...» esclama un espectador campesino. Mr. Smith al fin ha encontrado un carruage, y la solterona su zapato. Todo el mundo se ha marchado ya. Un instante todavia: el caballero que quiere significar que es de gran tono yendo á la ópera, aparece en el peristilo, se arregla con cuidado el lazo de su corbata, y se pone un ropaje que creo que se llama abrigo de ópera. Se volverá á pie hasta Carberwell con sus gemelos en la mano y con guantes blancos, para manifestar de dónde viene. Viene despues el concurrente diario, que no se inquieta por la salida. Este es un aficionado á música á no dudarlo. Lejos de cuidarse del efecto, dobla prontamente sus guantes, los mete en su bolsillo, pone su anteojo en su caja y la guarda en otro bolsillo.

Se abotona el paletó. Hecho esto se dirige apaciblemente á la taberna de Albion, donde lo veo beberse un baso de cerveza en el mostrador. Se podria apostar que es un caballero, y estoy seguro de que es un hombre inteligente y bien organizado. Caballeros y peones han desaparecido. Las pesadas puertas del teatro se cierran, y la Opera Real Italiana queda abandonada á los bomberos, á las tinieblas y á mí.

En todo este intervalo habia olvidado la cuestion del lecho.

Todavía la dejo aplazada por la diversion é instruccion al mismo tiempo que hallo en observar la escena que se representa en casa de un vendedor de vaca y jamon, en la esquina de Bon Street. Se ve allí gran afluencia de consumidores sedientos y hambrientos, que han salido del Liceo ó de Druny Lane, y pidiendo á grandes gritos salchicha, jamon, etc. Por todas partes se pide mostaza. El dinero resuena en el mostrador. Se paga, se recoge la moneda. Luego vienen las gentes que se llevan á casa media libra de vaca fiambre ó un cuarteron de jamon. Yo los observo, examino su compra y repaso su cuenta.

Veo con una ansiedad muda las oscilaciones de las balanzas, la lucha suprema entre el pedazo de carne añadido, y la pesa de media onza. La media onza gana la partida; el vendedor, satisfecho, empuja la carne con la hoja del cuchillo, y hace resonar triunfantemente la moneda. Todo esto me ocupa y me interesa hasta el punto de no tener cuenta con la hora. Cuando los consumidores empiezan á alegrarse, miro el reloj y me sorprendo agradablemente de ver que no es mas que la una y diez minutos.

Me queda todavia »un vasto desierto de horas que atravesar." Me queda que sufrir »el largo silencio de la estacion nocturna." Todavia no ha entrado todo el mundo en su casa; pero el número de transeuntes respetable disminuye gradualmente; el de las figuras sospechosas aumenta con una alarmente rapidez. El agente de polícia, con su largo sobretodo, el viandante nocturno irlandés, cubierto de harapos, y sombras errantes que parecen mugeres, han tomado plena y entera posesion de Row Street y de Long Acre. Sin cierto contingente de jóvenes rateros y de albañiles ébrios, serian los dueños absolutos de Druny Lane.

Entro errante por esta última calle, de vecinaje mal sano, y contemplo su aspecto desolado. Observo principalmente las esquinas de la calle. Apenas se ve un alma en la calle misma; pero todas sus esquinas tienen sus puestos, y casi todos los puestos están adornados de figuras apoyadas en la pared. Ya son dos agentes de alta estatura, ya un grupo de jóvenes aventureros, de cabellos lustrosos y con su pipa en la boca; ladrones, amigo mio, no hay que engañarse.

En efecto, los mendigos de profesion no funcionan á esta hora. ¿Para qué habian de estar en la calle hasta tan tarde? Aquellos á quienes se les pide limosna se han ido á cenar y á acostarse; los que la piden han hecho otro tanto; pues todos tienen una cena, ó al menos un lecho que los aguarda.

En ciertas puertas se observa un monton de alguna cosa que, de tiempo en tiempo, un agente va á empujar con su baston ó mas bien con su pie. Entonces el monton se remueve, se distinguen en él brazos y piernas, y se oye un terrible juramento con el acento irlandés. Si el vigilante del órden nocturno insiste sobre la ejecucion del reglamento que prescribe hacer circular á todo el mundo, los brazos y las piernas hacen un movimiento hácia delante; pero para volver á caer, en el momento que el funcionario vuelve la espalda, en otra puerta, mientras que otro baston ú otra bota no lo echa de allí.

La una y media da en el reloj de Santa María de Strand, y héme aquí en Charles Street. Drury Lane es una callejuela sumamente sucia, digna de luchar con Church Lane ó Buckeridge Street. Un sentimiento indefinible, pero irresistible, me impele á seguir su curso tortuoso y lleno de lodo por algunas centenas de pasos. De repente me detengo.

APOSENTOS PARA HOMBRES SOLOS

A CUATRO PENIQUES POR NOCHE.

Este agradable distico, (el anuncio ocupa dos líneas) está pintado en los cristales de una ventana, detrás de la cual arde una luz. Alargo el cuello por la puerta para reconocer el establecimiento que hace tan lisonjera invitacion al público. Es una abominable mazmorra, un verdadero calabozo; ¡pero no cuesta mas que cua-

tro peniques cada noche! ¡Pensad en esto, maese Brooke! Los costados de la puerta están llenos de anuncios que una luz de gas inmediata me permite leer. Descifro, no sin trabajo, un seductor anuncio de camas separadas, con todas las facilidades para cocer la comida ordinaria, agua caliente á discrecion, etc., etc. Los anuncios dicen ademas que es un establecimiento modelo, reputado por el fénix de las posadas de noche. Leo igualmente coplas satíricas contra el gran Lodging Housse de Spital-fields, al que se acusa de no ser mas que una Bastilla. Empiezo á palpar involuntariamente los ocho peniques que guarnecen mi bolsillo. Dios sabe entre qué horrible compañia me voy á entrar; pero ¡cuatro peniques! Y todavía me quedarán otros cuatro; está echada la suerte. *Jacta est alea.*

Soy admitido. Se me quiere informar bien de que mediante mi compañía, el establecimiento se halla con todas sus plazas cubiertas. Pago mis cuatros peniques, ceremonia preliminar, sin la cual no se me permitiria atravesar la entrada del sórdido pasaje. Entonces el guarda del aposento levanta la barrera de la puerta, y blandiendo un candelero de hierro como una espada, me hizo señal de seguirlo.

Trepé por la escalera carcomida; entré en el cuarto; el encargado me deseó una buena noche con aire bastante equívoco. ¿Por qué me echo hácia atrás y casi empiezo á bajar las escaleras? ¿Por qué corriendo como un loco por el corredor, suplico al guarda en nombre del cielo que me abra la puerta? ¿Por qué cuando el dicho guarda, levantando la barrera de la puerta, me ha enviado á todos los diablos sin devolverme mis cuatro pequines, porqué me he detenido en la calle estupefacto, hasta que vuelvo de mi estupor por el choque de una cuadrilla de camorristas borrachos que cantan en coro?

¿Qué es lo que ha podido hacerme huir con esta precipitacion? No es la cara patibularia del guarda, ni el aspecto siniestro de la casa. No es tampoco la vista de los miserables andrajosos que debia tener por compañeros de dormitorio. ¿Qué era, pues? ¡Ay! en buen inglés, el olor y la vista de las chinches. ¡Misericordia! el local estaba lleno. Pululaban por todas partes, andaban por el suelo, se dejaban caer del techo, ejecutaban toda especie de evoluciones y carreras las mas desaforadas. ¡La llave de la calle, Dios mio! ¡Dadme la llave de la calle!

Héme ya en ella, respiro; pero no he tenido mas tiempo que para ir á Broad Street, en Saint-Gilles, cuando me pregunto si no he obrado con demasiada precipitacion. Me siento tan cansado, tan aporreado, tan abrumado de sueño, que hubiera podido caer en un letargo y no sentir los estragos que hicieran en mi cuerpo los odiosos insectos. Ya era tarde. Mi moneda de cuatro peniques habia desaparecido, y no me atreveria de nuevo á arrostrar el aspecto del guarda.

¡Las dos de la madrugada! Hace una noche oscura, casi impenetrable, en el momento en que entro en Oxford Street por el lado de Meux. Las sombras flotantes que parecian mugeres, se han hecho ya muy raras. A las dos y cuarto entro en Regent-Circus, y puedo optar entre una escursiou por las inmediaciones de Regent's-Park y un apacible paseo por el barrio de los clubs. Me decido por los clubs, y bajo por Regent-Street hácia Piccadilly.

Por grados insensibles, por un lento pero inevitable progreso, veo que me hago un verdadero viandante, un vagabundo sin casa ni hogar. Mis pies se hinchan, mi cabeza se hunde entre mis hombros, y se inclina á un lado. Tengo mis manos estrechadas una con otra, y puestas delante como en actitud de súplica. No me paseo, ruedo á la ventura. Aunque estamos en Julio, tirito de frio. En tanto que hago alto en la esquina de Conduit-Street (todos los que vagan de noche se encariñan con las esquinas), una persona muy bien vestida me echa un penique. ¿Cómo sabe ese fantasma que tengo la llave de la calle? Yo no voy mal vestido, y sin embargo, mi miseria es evidente. Tomo la moneda.

¿Dónde se han ido los agentes de polícia? Marcho por medio del empedrado y de un cabo á otro de la magnífica calle, no descubro un alma. Alto; ¡hé aqui una! un bribonzuelo de cabellos rubios sale de la sombra de la capilla del arzobispo Tenison. Por todo vestido lleva unos calzones hechos pedazos. Me pide el permiso de dar tres saltos de carpa por un penique. Le doy el penique del fantasma, y quiero dispensarle los tres saltos; pero el jóven tiene demasiada conciencia para esto. Se guarda la moneda en la boca y desaparece haciendo cabriolas. Los faroles de gas y yo solos, somos los que gozamos del espectáculo.

Héme aqui que he llegado sano y salvo á la esquina de lo que otras veces era plaza del Cuadrante. Veis que siempre se trata de esquinas. Un perro errante viene á hacerme compañía. Veo desde luego que es un perro que está sin asilo como yo; no tiene el trote grave y deliberado del perro que sabe á dónde va. Evidentemente rueda, vaga, esplora las esquinas de la calle, pero se vuelve siempre al arroyo; va olfateando todos los objetos, las puntas de cigarros, los troncos de coles; lo que no haria un perro domiciliado y que se respetase. En resúmen, este miembro de la especie canina es mas feliz que yo, miembro de la especie humana; puede tenderse á su satisfaccion en el dintel de la primera puerta que encuentra, sin que ningun agente le diga no, en tanto que el nuevo reglamento de polícia, si yo quisiera hacer otro tanto, me gritaria con todos sus pulmones: «¡Anda, anda!»

¡Chit! Escuchemos. Un ruido lejano. Se

acerca. Se aumenta. Es una bomba de incendios que corre hasta no poder mas. En un momento se llena la calle de gente. ¿De dónde sale toda esa gente? No podré decirlo; pero veo centenares de individuos, todos bien dispiertos, todos de acuerdo para arrojar al viento de la noche este terrible grito de ¡al fuego!

Sigamos al torrente. Para un vagabundo nocturno, una bomba de incendio que corre á galope es un talisman poderoso. La influencia es contagiosa. A cada paso se aumentaba la turba. En una estrecha calle del cuartel de Soho, y en la tienda de un comerciante de conservas, es donde ha estallado el incendio, un terrible incendio, al decir de la turba, que parecia muy satisfecha; pero no hay nadie en la casa, ligera contrariedad para el público, ávido ante todo de emociones. En cambio, tres familias con niños pequeños habitan la casa inmediata, y es un verdadero melodrama verlas trasladar en traje de noche por los bomberos.

La emocion aumenta; el fuego se estiende; la multitud está estasiada, y los rateros guardan á mansalva en sus bolsillos los pañuelos de los espectadores. No diré que el incendio me agrada, no; pero me interesa. Yo quisiera trabajar en la bomba; pero no tengo fuerza en los brazos. Se distribuye cerveza á los que trabajan en las bombas.

He mirado largo tiempo el incendio; los roncos silbidos de las bombas, la algazara de la multitud, los sordos bramidos del fuego, me han distraido de manera que lo he olvidado todo, hasta la cuestion de la cama. Pero cuando el fuego se apaga ó á lo menos se ha logrado cortar, cuando á las llamas suceden columnas de vapor y de humo; cuando, por una consecuencia natural la escitacion del público se cansa y la presion de la multitud disminuye, abandono la casa calcinada y medio destruida. En el mismo instante el reló de Santa Ana da las cuatro y me apercibo que ya es de dia claro.

Cuatro horas mortales debian pasar, sin embargo, antes del verdadero dia de Lóndres. Cuatro revoluciones completas del minutero sobre la lúgubre faz del cuadrante, antes que el lechero empiece su carrera y yo encuentre acceso en mis penates.

Para colmo de desgracia, con el desfallecimiento del corazon, que me trabaja lentamente, empieza á llover. No es un aguacero, sino una lluvia lenta y monótona que os humedece sin mojaros, una lluvia caprichosa, que ya os hace creer que va á caer con fuerza, ya os azota la cara y os enseña irónicamente que no es esta su intencion. Recorro dolorosamente el laberinto de callejuelas inmediata á Soho, pero no encuentro mas que un agente de aire misántropo que registra las barras de las ventanas y los botones de las puertas con una sonrisa diabólica, y parece sentir que un cuidadano poco vigilante no haya dejado una ligera tentacion á los ladrones nocturnos.

Otro agente se ofrece á mi visita en Golden Square. Tiene el aire de aburrirse grandemente. Al pasar por su frente, me echa una detenida mirada.

—Buenos dias, me dice.

Yo le devuelvo el cumplimiento.

—Os vais á acostar sin duda, añadió.

Le contesté con un sí mal asegurado.

Volvió la espalda y no dijo mas; pero, ¡Dios venga en mi socorro! veo la ironia mas cruel en su ojo de toro, la mas desdeñosa incredulidad en su sombrero de ule. No tenia necesidad de oirlo silbar como un mirlo, para comprender que sabe perfectamente que no tengo cama á mi disposicion.

Desciendo por Sherrard Street, y entro en la plaza del cuadrante con la cabeza baja. Decídme por qué empiezo á temer á los agentes; nunca, á Dios gracias, he violado la ley, y sin embargo evito la fuerza pública. El sonido de los pesados tacones de las botas de los agentes me inquieta. Uno de ellos está parado á la puerta de los almacenes de MM. Swan y Edgard, y para evitarlo, abandono la resolucion que habia tomado de volver á subir por Regent Street. Doy una vuelta á la izquierda, y bajo á Hay Market.

Allí encuentro tres individuos que saben evidentemente dónde van á acostarse, aunque entran en casa un poco tarde. Por su aire resuelto, por su bulliciosa conversacion, estoy seguro de que tienen casa por todas partes. Acaban de salir de una pescadería, de grado ó por fuerza, borrachos los tres.

Estos caballeros, de las mejores esperanzas, parecian dispuestos á hacer calaveradas. La puerta de la taberna y de la pescadería daba paso á grupos semejantes en toda la estension de *Hyde Markel*. Muchos pertenecian á la flor de los patricios, llevaban formidables bigotes é iban vestidos con elegancia. Creo haberles visto ya, y podré, sin duda, verlos todavía con grandes espuelas de oro y charoladas botas de montar, acompañar sobre magníficos caballos negros el carruaje de S. M. cuando va á abrir el Parlamento. A esto llaman gozar de la vida. Segun todas las apariencias, se acostarán esta mañana en el cuerpo de guardia, y serán condenados á una multa mas ó menos crecida por haber violado la paz pública.

Podria apostarse que se embriagan asi trescientas veces al año por término medio, y que en el mismo espacio de tiempo tendrán otras tantas cuestiones con los agentes de policía, romperán algunos centenares de faroles de gas, y harán otras proezas por el estilo. Irán á las carreras d'Epsom por el camino de hierro, promoverán el desórden durante estas car-

reras, y derribarán las empalizadas. Frecuentarán el teatro Adephi á la hora en que el precio de las localidades se reduce á la mitad, y los salones de noche. Despues de haber gastado asi su sueldo en bacanales de todo género, buscarán dinero en casa de los usureros judios, y se dejarán robar sin quejarse. Un dia, cuando hayan apurado su salud y su dinero, seguidos por todos sus acreedores, serán espulsados de sus cuerpos y abandonados de sus amigos. Todo esto concluirá por llevarlos á White Cross Street ante el tribunal de los deudores insolventes. Dios sabe dónde y cómo morirán. En un estercolero acaso, ó de *delirium tremens*.

Queria dar una vuelta por Saint-James-Park, iba ya á bajar por la gran escalera de piedra que conduce al Mail, cuando encuentro una banda marcial compuesta de la manera siguiente: un granadero con su largo capote, llevando en la mano una linterna encendida, aunque estaba tan claro como en la mitad del dia; un oficial envuelto en su capa, y otros cuatro ó cinco granaderos notablemente ridículos con sus feos uniformes grises. El oficial echa una mirada de profundo disgusto sobre todas las cosas; parece que considera su mision como la mas pesada carga. Yo estaba inclinado mas bien á considerar aquello como una farsa, y sin embargo, si no me engaño, es lo que se llama las «rondas mayores» ó alguna cosa parecida.

Luego que llegó al centinela apostado al pie de la columna del duque de York, el oficial hace en alta voz una pregunta ininteligible, á la cual el soldado de capote gris contesta con un ahullido no menos incomprensible. Entonces el granadero que abre la marcha hace girar la linterna con un movimiento particular; el oficial blande su espada, al duque de York, porque todo el piquete baja en desórden con paso acelerado, y se dirige hácia el palacio de la duquesa de Kent.

Los dejo cumplir su agradable comision, y bajo por el Mail cada vez mas fatigado. Son las cinco menos cuarto. Apenas puedo tirar de mis pies. La lluvia ha cesado, pero el aire de la mañana es penetrante y frio, y me traspasa hasta los huesos. Mis cabellos están húmedos y se pegan á mis megillas. Mis pies parece que han tomado proporciones monstruosas, y mis botas se han estrechado á proporcion. Quisiera pertenecer á la especie de las marmotas ú otros animales invernizos. Seis meses de sueño creo que no repararian mis fuerzas. ¿Dónde encontrar un almihar de heno, una pila de sacas donde reposar mi cuerpo? Creo que aun me dormiria sobre una de esas terribles tablas forradas de cobre en que la *Morgue* ofrece su tributo cuotidiano á los ojos de París. Se me ocurre romper un farol para que me arresten y me conduzcan á la casilla de la policía. ¡Si me echase debajo del puente de Westminster! Aparentemente tengo miedo, porque no hago ni lo uno ni lo otro.

Descubro un banco debajo de un árbol; me lanzo á él, y á pesar de los nudos y sinuosidades que tiene, me acurruco allí de la mejor manera posible y trato de dormir. Pero estoy horrible, cruelmente desvelado. Para empeorar las cosas, me siento, me pongo en pie, doy una vuelta ó dos sobre mi mismo, y me parece que podria dormir en pie. Aprovechando, sin embargo, un momento que creo favorable, me vuelvo á echar en el banco, y me encuentro mas despavilado que nunca.

Un jóven vagabundo como de diez y ocho primaveras, se sienta á mi lado y ronca con la tenacidad mas provocadora. Medio desnudo, sin zapatos ni medias, duerme, y segun todas las apariencias, con un sueño profundo; pero dan las cinco en el ruidoso reloj de Horse-Guards; se despierta, me mira un instante, dice estas palabras: «¡Algo dura es la cama, compañero!" y se vuelve á dormir. En la misteriosa masonería de la miseria, me llama compañero, y por no sé qué influencia magnética, me comunica en parte la facultad de dormir en tan espinosas circunstancias; pues despues de haberme vuelto y revuelto en aquel banco de manera hasta sentir todos mis huesos doloridos, caigo en un sueño profundo. ¡Tan profundo que se parece á la muerte! Tan profundo, que no oigo las campanadas de los cuartos del reloj de Horse-Guards, este tormento de los durmientes del parque.

Me despierto sobresaltado al dar las seis. Mi nuevo compañero ha desaparecido. Temiendo yo ser sometido á otro interrogatorio por un agente que se acerca (y no sabiendo en el hecho qué horrible crimen puede ser dormir en el parque de Saint James), me alejo con el mismo malestar y con el mismo dolor en los pies; sin embargo, aquel sueño de una hora me ha refrescado. Paso por delante de los establos de vacas, donde se venden quesos y leche en las noches de verano, y entro en Claring-Drois por el largo pasaje del jardin de la primavera.

Muchas veces durante la noche, he oido decir que habia aquella mañana mercado en Covent-Garden. He visto carros que trasportaban montañas de legumbres, atravesando á paso lento y pesado las calles silenciosas. He encontrado fruteros en sus carrillos tirados por burros, y sus mozos no me han eximido de sus chistes y burlas al ver mi aire abatido y desorientado. He guardado á Covent-Garden para lo último de mi peregrinacion; pues he oido decir y leido muchas veces, que el mercado en cuestion era un fecundo objeto de estudio y distraccion.

Grande es mi desengaño, lo confieso. Covent-Garden no me parece sino un monton gigantesco de coles. Soy acometido por una lluvia de estos vegetales, lanzados desde la cús-

pide de aquellas pirámides á los compradores que están abajo. No puedo dar un paso sin tropezar con una col, sin pisar una col. Llueven coles, el suelo está lleno de ellas, por todas partes la col domina y reina como señora.

Con alguna paciencia veria sin duda otras muchas cosas, pero invadido por este diluvio de coles, mal tratado por los vendedores, cuyas operaciones impido, me veo obligado á tocar retirada y alejarme de la plaza para ponerme á salvo.

Allí encuentro á mi compañero, el vagabundo del parque, en actitud de hacer un desayuno económico en uno de los establos en que se vende tambien café. Este establo es un género de edificio que no se ha descrito todavia, cierta cosa entre la tienda de una gitana y la garita de un vigilante nocturno. El brebaje aromático, si puede darse este nombre á un compuesto de habas tostadas, hiel de caballo tambien tostada y achicoria de desperdicio, sale hirviendo de una gran olla del aspecto mas cabalístico; se vierte en un regimiento de tazas, y como el estómago pide alguna cosa mas sólida, las tazas están flanqueadas de platos cubiertos de macizas pilas de espesas tortas y de una equívoca sustancia calificada de confite. Ademas de mi compañero, otros dos vendedores gozaban de la hospitalidad del establecimiento, y un enorme jardinero, sentado en una pila de sacos de patatas, se ha abastecido en la misma tienda de pan, leche y café, que consume con una avidez tal, que á cada bocado que traga le saltan las lágrimas á los ojos.

Este espectáculo me recuerda la existencia de cuatro peniques en el fondo de mi bolsillo; pero reflexionando luego, creo que es mejor hacer un desayuno regular, y entrar para ello en un café que tenga su patente en debida regla. Entretanto sigue el dia su marcha á pasos agigantados. El sordo murmullo de las ruedas de los carros no ha cesado en toda la noche; pero los carruajes cargados de bagajes comienzan á dirigirse rápidamente a las estaciones de los caminos de hierro.

Los agentes nocturnos desaparecen gradualmente, y se ven aparecer á los mozos y criados de las tabernas, de los cafés y gabinetes de lectura, que salen de la cama y se ponen á barrer. Muchas tabernas y cafés se quedan abiertos toda la noche; la taberna de las *Armas de Mokowk*, por ejemplo, no se cierra jamás. El jóven lord Stultus, acompañado de su amigo el capitan Asinus, ha intentado á eso de las cuatro de la mañana espulsar de ella, en virtud de su autoridad privada, á todos los concurrentes para quedar dueños de la plaza; pero á una insinuacion suplicante de Frume, el dueño de la casa ha sustituido á este primer designio la oferta caballeresca de una rueda de grandes vasos de «viejo Tom» á toda la compañía. Este obsequio no ha sido aceptado menos caballerosamente.

Comprendiendo la rueda unas treinta damas y caballeros, era un buen negocio para Frume. Como hombre que entiende su comercio, ha sabido doblar la ganancia, dando á todos los miembros de la compañía, que estaban ya alegres, vasos con tres cuartas partes de agua y una de ginebra, operacion que repite muchas veces, y que tiene el doble objeto de combatir la intemperancia y aumentar de una manera considerable las rentas de su tesoro. Despues de las *Armas de Mokowk*, puede citarse la *Pipa y el Cuello de Caballo*, frecuentada por los carreteros nocturnos; no queriendo pasar en silencio una casita cerca de Druny-Lane con la muestra de *Pichon Azul*, donde se reunen Tom Thug y su banda, cuyos adelantos en el arte de la estrangulacion han sido tan admirados del público.

Echo al pasar una mirada curiosa á estas hosterias famosas. A medida que el dia avanza, toman un aspecto mas tranquilo y mas pacífico. Muy pronto no habrá casas mas monótonas ni mas solitarias, hasta que las horas de la noche vuelvan á ellas la vida, la algazara, el robo, y tal vez el crímen.

Hay tambien cafés que no se cierran. Este en que entro para cambiar mi moneda de cuatro pequines por una taza de café y una tostada, ha quedado abierto toda la noche. Ahora solo tiene por únicos ocupantes un mozo asqueroso que está durmiendo en pie, y media docena de aburridos que, por el gasto de una taza de café, han adquirido el privilegio de sentarse á mesas grasientas, donde con la cabeza apoyada entre las manos tratan de echar un sueño furtivo, sueño interrumpido muy pronto ¡ay! por los empellones y los gritos de «¡despertad!» del mozo, que él mismo no puede tenerse de sueño. Parece que la consigna es no dejar dormir á los consumidores.

A mi vez, tomo asiento y trato de mantenerme despierto leyendo un número del *Sun*, del martes último. ¡Vanos esfuerzos de resistencia! estoy tan rendido, tan estenuado, que me duermo en seguida. Sea porque el mozo haya ido á acostarse, sea tambien porque el gasto de cuatro peniques me otorga un privilegio, se respeta mi sueño.

Sueño, y sueño de una manera horrible. Sueño con las chinches, con las coles, con los agentes de policía, con los soldados de los capotes largos y con las casas incendiadas. Al despertar encuentro con gran placer que son las ocho y diez minutos; un vendedor de periódicos, lleno de harapos, trae un ejemplar, húmedo todavia del *Times*, y leo en este periódico una media columna titulada: *Terrible incendio en Soho*. Lo dejo.

Si estuviera menos estropeado moralizaria sobre todo esto; pero no hay mas que dos cosas en mi espíritu; dos cosas solas en el mundo para mí, mi casa y mi cama. Las ocho

me devuelven una y otro. Despues de una privasion tan cruel, en el momento en que el Lóndres de los negocios, el Lóndres industrial y comerciante, ardiente por la ganancia como por el trabajo, empieza su tarea, atravieso con rapidez el Strand y la sombra del primer ómnibus que se dirige al Banco, entro en mi casa, me meto en la cama, abandono la llave de la calle á quien la reclame, y sea quien quiera no lo envidio.=CARLOS DICKENS.

(*D. E.*)

EL DIABLO ENCOLADO.

TRADICION ALEMANA.



a Alemania es el pais que mas ha conservado, al través de todas las revoluciones, ese gusto por lo maravilloso que caracteriza á los pueblos primitivos; en este pueblo se busca á todo una esplicacion sobrenatural, pero revestida de cierta rudeza, al par que sencillez, que dan un colorido poético á los acontecimientos y á los objetos mas insignificantes. Por esta razon es allí en donde los cantos populares y las tradiciones son recogidos con mas avidez y religiosidad, y á fuerza de habituarse á ellas han pasado á ser una necesidad para todas las clases, que tienen encarnado el sentimiento poético, y comunican su perfume á cuanto llega al alcance de sus sentidos.

En comprobacion de lo que llevamos dicho vamos á trasladar una de sus mas populares tradiciones.

Hace algunos años que en la iglesia de San Juan de Troppeau, se veia una lápida sepulcral, sobre la cual se notaba acostada la figura de un hombre llevando en una mano un pez y en la otra una antorcha. Si hubiéseis preguntado á las gentes del pais, de quién era aquella sepultura, os hubieran contestado refiriéndoos la siguiente tradicion:

«En tiempo del duque Casimiro de Teschen, gobernador del condado de Troppeau, cuyo mando le habia conferido el Rey Luis para toda su vida, en la ciudad que daba nombre al condado viviar un pescador llamado Juan el Corto, que ganaba su sustento honradamente, pero con dificultad. A menudo era mas fácil encontrar el sol que el pan en su cabaña.»

«Durante el año 1524 habia una gran miseria en el pais, lo cual agravó su situacion, y provocó una enfermedad cruel que puso el colmo á su miseria.»

«Hasta entonces le habian socorrido varios habitantes, pero la necesidad aumentaba todos los dias, y cada cual tenia bastante trabajo para proveer á su propia subsistencia. Nuestro pescador se vió abandonado, y no supo cómo calmar el hambre de su esposa y de sus hijos.»

«Una tarde en que estos se encontraban aun en el bosque recogiendo las raices que les servian de alimento, Juan estaba tan desesperado de su triste suerte que maldijo su vida, y despues de haber implorado inútilmente al cielo para alcanzar un pronto socorro, se puso irritado á invocar el auxilio del príncipe del infierno..... Su familia entró con el rostro consternado; á penas habian encontrado con que entretener su hambre por algunas horas.»

«Sobrevino la noche; la muger y los hijos de Juan estaban entregados á un profundo sueño; pero á él le impedia dormir la magnitud de su disgusto. De repente una luz pálida alumbra su habitacion, y un hombre, que por su aire burlon presintió que debia ser aquel á quien en su desesperacion habia llamado á su auxilio, aparecióle en seguida. Efectivamente, no se habia engañado, era Satanás en persona; dos cuernos se le abrian paso por entre la espesa caballera que cubria su frente.»

—Escucha, le dijo el diablo al pescador que temblaba: tú has reclamado mi asistencia: hé aquí dinero, él te garantirá de la miseria durante algunas semanas. Despues podrás adquirir mas, pero con una condicion. Mañana, luego que te sientas curado, parte para Sajonia, sin despedirte de nadie. Lo que tengas que hacer allí te lo dirán personas que encontrarás; lo que atraerás, presérvalo mucho del agua; pues si el agua lo destruia ó siquiera lo mojaba, tu alma me perteneceria para siempre.

«Dichas estas palabras, el espíritu maligno desapareció, y la oscuridad de la noche dejó otra vez la habitacion en tinieblas. Juan, fatigado por la emocion y rendido por la enfermedad, se durmió tambien.»

«Despertó sano y fuerte. Al pronto creyó que cuanto le habia sucedido no era mas que un sueño espantoso; no obstante, al advertir el buen estado de su cuerpo y que tenia un bolsillo lleno de dinero á su lado, se arrepintió profundamente de haber tenido tratos con Satanás. Sabia que con él no se podia bromear, asi es que, colocó el dinero al lado de su esposa y tomó el camino de Sajonia sin despertarla.»

«Caminó sin objeto y sin designio. Llegado que hubo á Sajonia, atravesó Dresde y Torgau sin oir una sola palabra que pudiera creer le iba dirigida. Por fin, entró en Wittemberg, en donde una multitud inmensa se habia reunido frente la iglesia de Santa Ursula. Juan, movido por la curiosidad, se abrió paso entre los espectadores para averiguar la causa que los tenia allí reunidos. A las exhortaciones repetidas y furibundas de Lutero, las imágenes de los Santos eran llevadas fuera de la iglesia y hechas astillas con gran mofa y escándalo. Llególe el turno á una estátua pequeña que representaba á Santa Julia llevando el diablo encadenado. La estátua de la Santa y la figura del diablo fueron hechas astillas, y uno de los presentes dijo riendo:

«—Ahora puede venir algun papista y llevarse al pobre diablo para encolarlo en su casa.»

«El pescador tomó para él estas palabras, y cuando la multitud se hubo dispersado, logró apoderarse de los pedazos de la figura del diablo, despues de lo cual se apresuró á volver á su pais.

«Su familia se habia ya repuesto de la consternacion en que la sumió la repentina desaparicion de su jefe. Sus bienhechores habian acudido diligentes el mismo dia de la partida del pescador para consolar á esta familia, no solamente con presentes de comestibles, sino tambien participándole que habian visto á su jefe atravesar de mañana el mercado, de lo cual se dedujo que repentinamente habia emprendido un viaje lucrativo, que le produciria mucho dinero. Asi es que el pescador, á la vuelta, encontró á los suyos en las mejores disposiciones, muy alegres y en completa salud.»

«Como es natural, todos le preguntaron ¿por qué se habia marchado tan repentinamente? ¿de dónde sacó el dinero que traia?»

«—Un mercader estrangero, contestó, me ha encargado salvar una joya preciosa. El viaje me ha vuelto la salud; su buen resultado me traerá beneficios. Ved ahí la causa de mi repentino viaje, de mi buen semblante y del dinero que traigo.»

«Ya no se le hicieron mas preguntas. Empleó la noche próxima en juntar los pedazos del diablo; para esto se encerró solo en su casa y se puso á trabajar en ello. La llama con la cual disolvia la cola tomaba la forma de figuras estraordinarias que hacian visajes, desaparecian y se presentaban de nuevo. Por fin logró juntar todas las astillas de la figura. Entónces tembló el suelo á sus pies; rechinaron los cristales; la llama chisporroteó de una manera estraña; el trueno retumbó en el esterior. Una humareda sombria salió del brasero y bajó hasta sus pies; hízose mas compacta y se arremolinó..... Satanás estaba en su presencia.»

«—¡Bien! has trabajado con maestría, dijo al pescador que temblaba; mi busto está encolado. Llévalo siempre contigo, cuidando que no se moje; y ten entendido, que con solo abrazarle, encontrarás en tu bolsillo todo el dinero que desees. Pero no olvides que si esta figura se moja ó se separa de ella un solo pedazo, tu alma pasará á ser desde aquel momento propiedad mia.»

«Y desapareció.»

«El pescador puso cuidadosamente el busto en un armario, vacío desde mucho tiempo. El ruido de la llave despertó á su muger que estaba dormida. Vió que cerraba nuevamente el armario, y quiso luego saber qué era lo que su marido guardaba con tantas precauciones. Juan procuró largo rato distraer su curiosidad; pero al convencerse que era en vano, refirióle que aquello era la joya del mercader estrangero, asquerosa, pero una preciosidad artística en su género. Aumentando aun su curiosidad con esta relacion, insistió la muger por verla. Juan abrió el armario y le enseñó el diablo encolado..... Al verlo se echó para atrás asustada.»

«—¡Ah! dijo sollozando, hubiese preferido morirme de hambre á prolongar mi vida á tan horrible precio. No te has acordado de que eres padre, cuando para el bien de tus hijos te has perdido uniéndote al busto de este perverso enemigo.»

«Y se dejó caer en la cama llorando. Sus palabras resonaron como un eco en los oidos de Juan, de manera que ni la perspectiva de las riquezas le era halagüeña. Volvió suspirando á su cama, y sintió que alguna cosa dura le apretaba el costado; cogiola... era el diablo encolado! .. Colocólo en el armario; pero lo encontró nuevamente á su lado en la cama, lo cual se repitió varias veces. Entonces comprendió que ya no se debia separar de él. Corrieron de sus ojos abundantes lágrimas de arrepentimiento, pero todo fue en vano; el diablo encolado no se movia de allí..

«Llegó el dia, y el dinero lo fue todo. Los niños pedian pan; Juan se vió obligado á abrazar secretamente el busto que llevaba en su costado. En el instante su bolsillo se llenó de dinero.»

«La vista del oro tiene algo de particular: aunque se encuentre el hombre al borde de la tumba, vuelve con placer aun los ojos hácia el metal adorado universalmente. Asi es que Edwigia, esposa de Juan, tambien olvidó al verlo la manera como se habia adquirido. Desde entonces la familia vivió bien y alegremente, lo cual prueba que hasta una mala conciencia llega á hacerse soportable.

«No obstante, le era muy cruel al pescador, habituado al agua, el cesar un trabajo al cual llamaba su vocacion; apenas se atrevia á salir de su casa por temor de mojarse. Por otra parte, su repentina fortuna, sobre cuyo orígen no podia dar mas que falsas esplicaciones, le enagenó el corazon de sus amigos, pues creyeron que era un ladron y cesaron de verle

«Aconteció por aquel tiempo la desaparicion de un vaso de oro de un valor raro, perteneciente al duque Casimiro. Buscóse en vano por mucho tiempo quien lo habia robado, y las sospechas acabaron por dirigirse al pescador. Se le prendió, y el dinero encontrado en su bolsillo pareció una prueba irrecusable del robo. Los dolores de la tortura le obligaron á declararse culpable de un crimen que no habia cometido, por lo que inmediatamente se le condenó á la rueda, y un fraile le asistió para prepararlo á la muerte. Este sacerdote gozaba reputacion de santidad. Juan que lo sabia se lo descubrió todo con arrepentimiento y sin reserva la vigilia del dia destinado para el suplicio, y lo hizo con tanto mas empeño por cuanto el tiempo estaba lluvioso, y Juan temia mojarse aun durante la ejecucion.

«El sacerdote, mientras escuchaba su relacion, meneó largo rato la cabeza y reflexionó. Por fin, como socorrido por una idea, fuese en busca del duque para lograr que hiciera aplicar otra vez la tortura á Juan, pero la tortura ordinaria de los bohemios, es decir, que se le debia quemar con antorchas. Siguióse este consejo: estendióse á Juan desnudo, pero la figura del diablo continuó pegada á su costado izquierdo á pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para sacarla. Entonces los arqueros aplicaron las antorchas al paciente. El pobre pescador sufria mucho; pero tambien la figura fue poco á poco devorada por las llamas. Apenas estuvo consumida, llegó corriendo el platero del duque para hacer cesar el tormento y poner al pescador en libertad, pues que se habia encontrado el vaso, objeto de tanto trastorno.

«Juan fue llevado medio muerto á su casa, en donde su familia, entre alegre y afligida le recibió con los brazos abiertos.

«La figura del diablo desapareció para siempre; Juan curó, y recobró la calma de la conciencia que habia perdido desde mucho tiempo. Su salud fue mejor que antes, sus negocios mejoraron, y murió al cabo de muchos años, despues de haber colocado á toda su familia.»

D de B.



INDICE POR MATERIAS.

ESTUDIOS DE CIENCIAS NATURALES.

Algunos insectos. Página 84.
El Orangutang. 110.
La Gutta-perka. 169.
El Lobo. 180.
El mundo invisible 190.
El Hipopótamo. 214.
Algunos peces. 343.—355.
De las hormigas. 380.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Toma de Tolon. 156.
Caida del Dictador Rosas en Buenos-Ayres. 243.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

El Cardenal de Retz. 50.
Maquiavelo. 163.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Diferencia entre la literatura antigua y la moderna. 113.
Literatura alemana. 117.

VIAJES.

Un naufragio. 7.
La gruta de la Balme. 30.
Constantinopla y la embocadura del Bósforo. 42.
La gruta de los Gigantes en Kentucky. 135.
Bukarest y Valaquia. 177.
Africa. El Bornou y el pais de Munga. 187.
Las rápidas ó caidas del Niagara. 213.
Los Cubos de Sassenage, en el Delfinado. 261.
Los Pirineos. 287.
Rio Janeiro. 335.
El Teide. 386.
Ginebra y su lago. 399.

COSTUMBRES.

El Carnaval en Roma. 71.
Abolicion de las Suttis en la India. 152.
Los Araucanos. 167.
Conduccion de las mugeres argelinas en camellos. 176.
Costumbres notables. 207.
Tipos coetaneos. 209.
Una caza en Rusia. 236.
El moderno Haroun-al-Raschid. 239
El Tocador de una dama romana. 257.
La llave de la calle, ó Lóndres por la noche 404.

LEYENDAS HISTÓRICAS

El amigo del caballero de Forbin. 88.
Una muger de ciento treinta y dos años. 119.
Una Reyna. 262.
La Madona de Torcuato Tasso. 290
El último ángel del Correggio. 348.
El incógnito. 352.
Josefina ó la prediccion. 396.

NOVELAS CUENTOS Y ANECDOTAS.

El testamento falso. 22.
La predileccion. 35
La pesca con redes. 53.
Visiones de la noche en los campos. 128.
Los casamenteros. 141.
A mesa redonda. 149.
El Puente de los novios. 158.
Fantasia. 182.
El pedigüeño. 205.
La Monja negra. 247.
De las doce á las dos. 277.
Anécdota histórica del tiempo de Luis XIV. 328.
Un matrimonio forzado. 362.
Una escena de bandidos. 365.
El Diablo encolado. Tradicion alemana. 411.

POESIAS.

A María Santisima. Plegaria. 127.
Vigilia. A la memoria de Irene. 133.
Desconsuelo. Soneto. 162.
Ayer y hoy. Melancolias. 172.
En el album de la señorita D.ª C. F. y R. 208.
El Poeta. Sonetos. 219.
A Cádiz. 235.
Al sueño. 327.
Un recuerdo. Meditacion. 334
Invitacion á D. G. de C. 379.

EDIFICIOS Y MONUMENTOS NOTABLES.

Real sitio de S. Ildefonso ó de la Granja. 220
Saint-Germain-l'Auxerrois, en Paris. 383.

INDUSTRIA Y APLICACIONES CIENTÍFICAS Á OBJETOS ÚTILES.

Sobre aplicaciones del sistema métrico al arte de recetar. 251.

MISCELANEA.

Del estado del cristianismo, de las letras y de las artes en Abisinia. 33.
Reseña del estado de la industria minera en la provincia de Málaga al finar el año de 1851, con una noticia de todas las sustancias calisas y petreas que se consumen en la misma. 73.
De la influencia de las construcciones modernas en la literatura. 164.
El Levita de Efraim. 171.
De los Bancos en los Estados Unidos. 173.
Preceptos morales de Jorge Washington. 174.
Discurso sobre el dibujo. 203.
A Granada. Fantasia. 286.
Curanderos célebres. 358.
De las sectas religiosas en Rusia. 377.
Divinidades de la India. 389.
Las primeras impresiones de la vida. 392.

LÁMINAS ILUSTRATIVAS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN.

El naufragio. Página 8.
Leopardo de mar. 10.
Nido de aves bobas. 12.
Los náufragos al rededor del fuego. 15.
Metzelaar entre la nieve. 17.
Albatros. 21.
La gruta de la Balme. 31.
El doctor Dofter Esther. 34.
Vista de la embocadura del Bósforo. 44.
El Cardenal de Retz. 51.
Giordano Lancia hablando. 62.
Pandolfello y el gran senescal. 66.
Mascarada de Carnaval en Roma. 72.
Nido de gusano. 84.
Nido de gusano abierto por la mitad. 85.
Mariposa espectro. 85.
Gusano de la mariposa espectro. 85.
Efimeros y sus nidos. 86.
Larvas de efimeros y hoyos que practican. 87.
Nidos de larvas de efimeros. 87.
Massulipatan. 93.
La llegada de Ians 97.
Lucha de los sobrinos de Ians. 98.
La lima 101.
Juan Barth haciendo muecas á los ingleses. 107.
El Orangutang. 111.
El enfermo y la centenaria. 120.
Cinq-Mars yendo al cadalso. 123.
De-Thou abrazando al verdugo. 125.
Gruta de los gigantes: Entrada de la avenida gotica. 136.
Idem: Sala de las stalagmitas. 136.
Idem: Sala de las estrellas. 138.
Idem: El pozo sin fondo. 139.
Idem: El Mar muerto. 140.
Vista de Strasburgo. 148.
Bonaparte en el sitio de Tolon. 157.
Lorenzo en su jardin. 158.
Maquiavelo. 163.
Araucano á caballo. 168.
El Levita de Efraim. 171.
Muger argelina conducida en un camello. 176.
El lobo. 181.
Combate de Oluf y el caballero de la estrella roja. 186.
El mundo invisible; lámina primera. 192.
Idem: Monadas. 197.
Idem: Vibriones. 199.
Idem: Proteos. 200.
Idem: Vorticellas. 201.
La reclamacion. 206.
Las rápidas ó caidas del Niagara. 213.
Real sitio de S. Ildefonso. Fuente de los Vientos. 223.
Idem id. Fuente de Anfitrite. 224.
Idem id. Fuente de Andromeda. 226.
Idem id Fuente del Canastillo. 228.
Idem id. Plazuela de las ocho calles. 229.
Idem id. Fuente de los baños de Diana. 231.
Idem id. Fuente de la Fama. 233.
El general D. Justo J. de Urquiza. 243.
Paso del rio Paraná por el ejército de Urquiza. 244.
Los Cubos de Sassenage. 261.
El gorro quitado. 269.
El asesinato. 274
Los Pirineos. Valle de Gavarnie. 288.
La Carnicería de Amberes 294.
Ians Rubens presentando su hijo á Torcuato Tasso. 298.
El niño en la cuna. 298.
Ians Rubens bendiciendo á sus hijos. 302.
Rubens presentado á la Archiduquesa. 308.
Sueño de Montaigne, niño. 312.
La tentativa de curacion. 318.
El Tasso se despide del Papa. 322.
El cadaver del Tasso en el carro triunfal. 323.
Vista de Rio Janeiro. 336.
El Congrio. 344.
La Tremielga ó Raya eléctrica 344.
La Amarilla dorada. 345.
El Chaetodon. 345.
El Esturgeon. 346.
La Lamprea. 346.
El Gymnotus ó anguila eléctrica. 347.
El Merlangus carbonasius. 347.
El Lobo marino. 355
El Hippocampus ó caballo marino. 356.
La Squatina-angelus. 356.
La Cabeza de muerto. 356.
El Aspidophorus-europeus. 357.
El puerco-espin marino. 357.
Yerbas marinas. 357.
Bandidos castigados. 368.
María la muger del bandido. 375.
Saint-Germain l'Auxerrois, en Paris. 384.
Figura de Brâhma. 390.
Monstruo indio. 391.
Chatel. 400.
Lago de Ginebra. 402.

REVISTA

PINTORESCA.

939-b